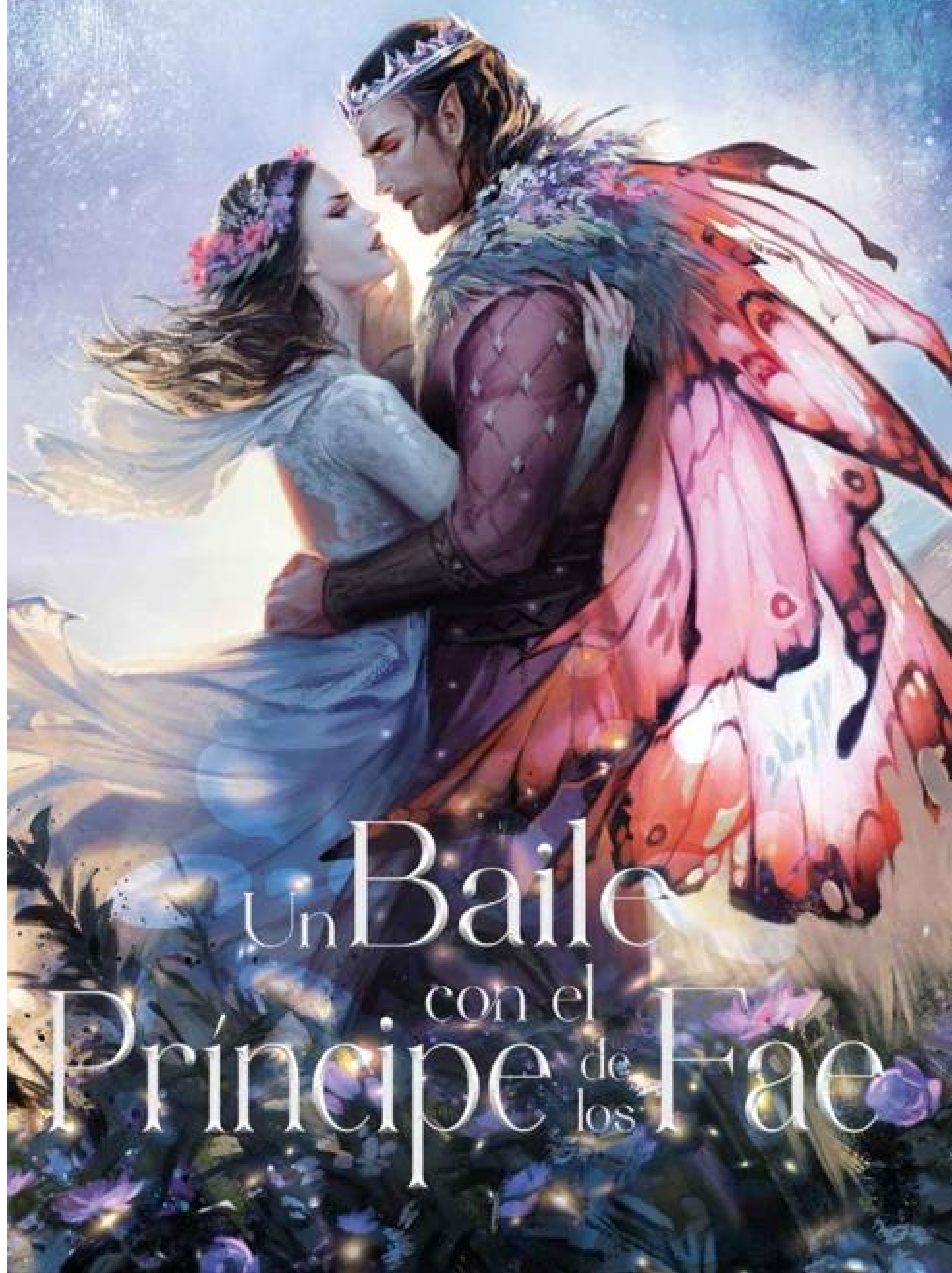
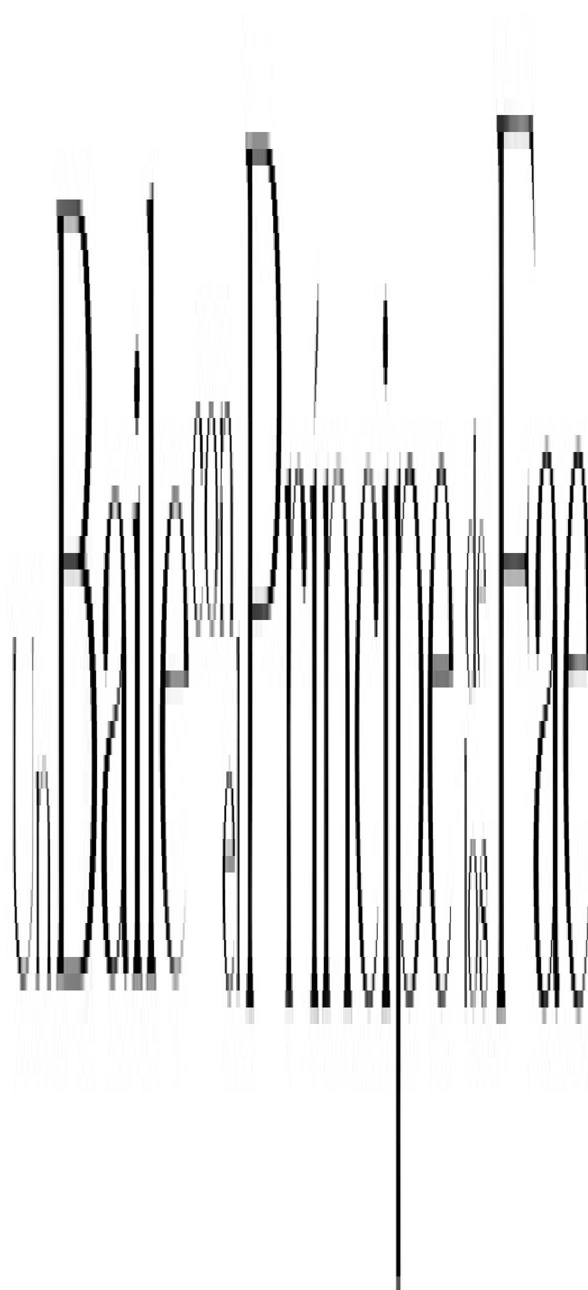

AUTORA BEST SELLER
ELISE KOVA
Un Baile con el Príncipe de los Fae

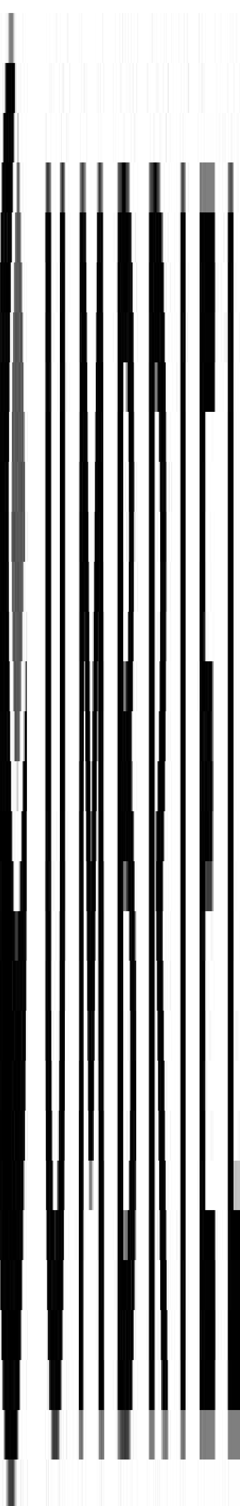

AUTORA BEST SELLER
ELISE KOVA
Un Baile con el Príncipe de los Fae



ELISE KOVA

Un Baile con el Príncipe de los Fae

Traducción de Guiomar Manso de Zuñiga Spottorno



Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Dance with the Fae Prince* Editor original: Silver Wing Press Traducción: Guiomar Manso de Zuñiga Spottorno 1.ª edición: octubre 2022

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid www.umbrieleditores.com
ISBN: 978-84-19251-31-2

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para todos los que se quedan despiertos hasta tarde
leyendo libros sobre besos


Westwatch
N



Uno

Cuando el dinero se acabó, Joyce vendió los cuadros, después la plata de Padre, luego las joyas y los vestidos de mi madre, a continuación todo lo que había de valor en mi pasillo. Vendió y vendió para financiar sus fiestas y ambiciones. Vendió para intentar reclamar algo de la gloria que murió con mi padre.

Y ahora no queda nada.

Así que hoy va a vender mi mano.

Nadie lo ha dicho a las claras. Solo sé que es verdad. Hace más de un año que lo sé. Lo siento en lo más profundo de mi ser, del mismo modo que siento una tormenta que acecha justo al otro lado del horizonte, el aire cargado de anticipación. Empezó con pequeños comentarios que hacían mis hermanas, cositas aquí y allá. Cada vez que lo mencionaba, estaba siendo «poco razonable» por leer entre líneas.

Pero ahí es donde siempre está la verdad, ¿no es así? En las cosas que no se dicen.

Después, los comentarios sobre matrimonio y lo que es «apropiado para mi edad» empezaron a ser habituales a la mesa de la cena. Como demasiado y hago demasiado poco. Casarme es el negocio más lógico, y Joyce es una mujer de negocios antes que cualquier otra cosa.

Esos pensamientos son tan abrumadores e ineludibles como la niebla que invade las tierras altas que se extienden desde la finca de mi padre hasta los tupidos bosques al pie de las montañas Pizarra. Estas preocupaciones han colgado como una nube permanente por encima de mi cabeza durante semanas. Ajusto las manos sobre las riendas de Misty, que suelta un relincho suave y sacude la cabeza. Le acaricio el cuello en respuesta. Ella percibe mi disgusto.

«No pasa nada. Todo irá bien», la tranquilizo. Pero para ser sincera, no tengo ni idea de si algo va a ir bien o no. Hoy es el día en que Joyce se va a reunir con el hombre que va a comprar mi mano para casarse conmigo. Todo depende de unas conversaciones mantenidas en una habitación en la que ni siquiera me dejan entrar. «Vamos, una última carrera hasta el bosque».

Misty es una yegua torda, pero no la bauticé así por su capa. Nació hace tres años, en los últimos meses del otoño, como ahora. Me quedé en los establos toda la noche con su madre, impaciente por conocerla. Quería asegurarme de que yo fuese la primera persona que viera.

Ella es lo último que me dio mi padre antes de que su barco se hundiera.

Desde entonces, todas las mañanas, hemos sido inseparables. Misty corre a una velocidad que me hace sentir como si mis pies se hubiesen separado del suelo y estuviese volando con los pájaros en lo alto. Corre porque comprende el dolor de estar atrapada y ensillada día tras día. Mientras volamos por encima de la tierra mojada, cortando a través de la niebla como una flecha, se me pasa por la cabeza, no por primera vez, que tal vez simplemente deberíamos seguir corriendo.

Tal vez pudiera liberarnos a las dos. Nos marcharíamos… y no volveríamos jamás.

Los árboles brotan de la nada. Una hilera sólida de centinelas, más como una pared que un bosque. Misty se encabrita y casi me hace caer. Tiro y la hago girar para recuperar el control, luego seguimos al trote por el borde del oscuro bosque.

Mis ojos escudriñan entre los árboles, pero hay poco que ver. Entre la niebla y la espesa cubierta vegetal, cualquier cosa más allá de unos pocos palmos está negra como el carbón. Tiro con suavidad y nos detenemos para poder mirar mejor, aunque ni siquiera sé qué estoy

buscando. Los aldeanos dicen que ven luces en el bosque por la noche. Algunos cazadores valientes que se atreven a cruzar la barrera entre los hombres y la magia afirman haber visto las criaturas salvajes y malvadas del bosque: medio humanas, medio bestias. Los feéricos, o los fae, como se los conocía en tiempos pasados.

Como es natural, a mí no me han dejado entrar en el bosque nunca. Tengo las palmas de las manos húmedas de sudor, así que las froto contra la gruesa lona de mis pantalones de montar. Solo estar así de cerca me llena de una anticipación inquieta.

¿Será hoy el día? Si huyo al bosque, no me seguiría nadie. La gente que entra en el bosque se da por muerta antes de una hora.

El agudo grito de nuestro gallo llega hasta mí por encima de las suaves colinas. Miro atrás y arriba en dirección a nuestra propiedad. El sol empieza a deshilachar la niebla con sus dedos de un brillo cegador. Mis breves momentos de libertad han expirado… Es hora de enfrentarme a mi destino.

El trayecto de vuelta nos lleva el doble de tiempo que el de ida. Alejarme de la fría penumbra del amanecer, de la espesa niebla y de todos los enormes misterios que se ocultan en ese oscuro bosque se vuelve más y más difícil a cada día que pasa. El hecho de que el *último sitio* al que deseo regresar es a nuestra mansión no ayuda. En comparación, el bosque es tentador.

A medio regreso, se me ocurre que esta es la última vez que voy a recorrer este trayecto… No me cabe ninguna duda de que las libertades de las que disfruto aquí, a pesar de estar limitadas a las breves horas de primera hora de la mañana, van a desaparecer por completo cuando me casen con algún señoritingo para ser su yegua de cría. Entonces me veré obligada a soportar cualesquiera abusos y maltratos que quiera infligirme en nombre de la cosa más malvada del mundo: «El Amor».

—Katria, Joyce te va a despellejar viva por haber estado fuera hasta tan tarde —me regaña Cordella, la moza de cuadra—. Ha venido a buscarte dos veces ya.

—¿Por qué no me sorprende? —murmuro, mientras echo pie a tierra.

Cordella me da un manotazo suave en el brazo y me señala a la

cara con un dedo.

—Hoy tienes una oportunidad con la que la mayoría de las chicas solo podría soñar. La señora de la casa te va a encontrar una pareja apropiada, un hombre que va a cuidar de ti para el resto de tus días, y todo lo que tienes que hacer es sonreír y estar guapa.

He tenido a la suficiente gente «cuidando de mí» como para durarme toda la vida, pero no se lo digo.

—Lo sé —opto por decir a cambio—. Solo desearía tener algo que decir sobre *quién* es ese hombre.

—No importa quién sea el hombre. —Cordella empieza a desabrochar las hebillas de la silla mientras yo saco el hierro de la boca de Misty—. Todo lo que importa es que sea rico.

Cuando Cordella me mira, ve a una joven heredera. Ve la casa, los vestidos, las fiestas… todas las muestras de riqueza a las que Joyce no puede renunciar. Ve la reluciente fachada reminiscente de un tiempo en el que de verdad teníamos todas esas cosas buenas, mucho antes de que todo se consumiera por una miríada de malas decisiones y la muerte de mi padre.

—Espero que todo salga bien —digo al final. Cualquier otra cosa daría la impresión de que soy una desagradecida. Y desde la posición de Cordella como mujer de familia modesta que se agarra a cualquier oportunidad, no tengo ninguna razón para mostrarme nada menos que agradecida.

—Katria —me llama mi hermana más pequeña desde la veranda que da la vuelta a la mansión entera. El sol apenas ha salido, pero ya está vestida, con aspecto de ser *ella* la que se va a casar hoy y no yo con mi ropa vieja, raída y manchada de barro—. Madre te está buscando.

—Lo sé. —Le paso la cabezada a Cordella—. ¿Te importa ocuparte del resto?

—Puedo hacer una excepción hoy. —Me guiña un ojo. Cordella ha hecho este tipo de «excepciones» más de una vez. Misty fue un regalo de mi padre, no de la señora de la casa. No mucho después de que él empezara a pasar largas temporadas ausente en las rutas comerciales, Joyce decretó que no podíamos gastar más recursos en caballos. Ya estaba furiosa por que padre no la dejara vender a la potra. Así que, si

quería tener un caballo, entonces tendría que encargarme de ella yo misma. Nunca se habló del hecho de que mis dos hermanas han tenido caballos estabulados desde hace años y apenas los montan. Sus gastos jamás han sido «demasiado».

—Gracias —le digo a Cordella con seriedad, y me encamino hacia la casa.

—Apestas —comenta Laura con una risa cuando me acerco. Para añadir dramatismo, aprieta su nariz entre dos dedos.

—¿Estás segura de que no eres tú? —Le dedico una sonrisa irónica —. No creo que te hayas bañado esta mañana.

—Estoy tan fresca como una rosa —proclama Laura.

—¿Una rosa? —Meneo los dedos por el aire—. Entonces, ¿qué son todas estas espinas apestosas? —Me abalanzo sobre ella para hacerle cosquillas en la tripa. Laura suelta un gritito y me aparta de un empujón.

—¡No! ¡Vas… vas a llenarme la falda de barro!

—¡Soy el monstruo del barro!

—¡No, no, socorro! —Estalla en sonoras carcajadas.

—Basta ya. —Helen corta a través del breve momento de ligereza con un deje severo. Aunque es más joven que yo, actúa como si fuese la mayor. Ella es la que de verdad tiene el control entre nosotras tres. La favorita de Madre—. Laura, ven —le ordena a nuestra hermana pequeña

Laura mira de Helen a mí, pero cede ante la segunda al mando de Joyce

—No puedes seguir comportándote así —la regaña Helen.

—Pero si…

—Tantas tonterías infantiles. ¿Acaso no quieres ser una señorita de verdad?

—Sí, pero…

—Entonces, deberías empezar a actuar como tal. —El pelo rubio y corto de Helen cae sobre un lado de su cara. La han mimado toda su vida y, aun así, se mueve como una asesina. Acecha constantemente entre las sombras y en mis pesadillas.

Algún día, Laura se despertará y será igualita a ella. La niña dulce que conozco habrá acabado aplastada bajo los pies de Helen y Joyce.

—¿Qué quieres, Helen? —Intento que devuelva la atención a mí para ahorrarle el sermón a Laura.

—Oh, he venido a darte un mensaje. —La sonrisa de Helen es como la de una víbora. Tiene la sonrisa de su madre. La misma sonrisa que Laura aprenderá a esbozar con el tiempo. Hay muy pocas cosas sobre el segundo matrimonio de mi padre, después de la muerte de mi madre biológica, que considero una bendición. Pero saber que no comparto sangre y esa horrible sonrisa con la mujer que me crio es una de esas pocas cosas—. Joyce quiere que vayas a fregar la entrada para nuestros invitados de hoy.

Un repentino e intenso aroma a humo llena mi nariz. Me reprimo de frotármela. Siempre que alguien dice una mentira, noto un denso olor a humo en el ambiente. Traté de explicar esta sensación una vez y me encerraron en mi habitación por decir tonterías. Así que he mantenido mi don en secreto desde entonces. Se ha convertido en una de mis pocas y preciadas herramientas de supervivencia.

—¿Quieres decir que debo irme y dejar de compartir vuestra maravillosa compañía? ¿Cómo voy a sobrevivir? —Cuando hago ademán de entrar en la casa por la puerta a la derecha de Laura, Helen me agarra del brazo.

—No creas que solo porque te vas a casar eres, de repente, mejor que nosotras. Eres una hija bastarda, nacida fuera del matrimonio y una vergüenza para el nombre de nuestra familia. Vas a casarte con el lord de algún triste rincón y vas a vivir el resto de tu vida en la oscuridad para la que te hemos preparado.

Laura se mira los pies. Hubo un tiempo en que me hubiese defendido, pero ese ímpetu ya lo han sofocado. Tanta dulzura… tanta luz… y están desapareciendo ante mis ojos. Y yo estoy demasiado débil y triste para impedirlo.

—No quiero hacer esperar a Madre. —Suelto mi brazo de un tirón.

Diga lo que diga Helen, hoy puedo regodearme un poco. *Yo* soy la primera en casarse. Algo que Helen está desesperada por hacer. Considera que estoy consiguiendo algo antes que ella por primera vez en su vida. La ironía es que también es la última cosa que yo querría jamás.

Entro en la mansión por un pasillo corto que me deposita en el

vestíbulo principal. Flores marchitas cuelgan flácidas por los bordes de jarrones agrietados y perfuman el aire con el terroso y enfermizo olor dulzón de las primeras etapas de la podredumbre. Los delicados frescos del techo están manchados de hollín, después de años de velas encendidas sin la suficiente limpieza entre medias. Antes del incidente del tejado, no mucho después de que mi padre se marchase en uno de sus barcos, Joyce trató de forzarme a subir a una de las enclenques escaleras para que limpiara el techo. Dado lo pequeña que era, estoy bastante segura de que intentaba matarme. «Si aún eres una carga para nuestras arcas a esta edad», había dicho, «entonces, lo menos que puedes hacer es ayudar con el mantenimiento. Tienes las manos de un hombre, pero la ética de trabajo de una niña».

Como si no me pasase ya cada hora de cada día reparando y adecentando esta reminiscencia ruinosa de días pasados. Esa es otra cosa de toda esta situación que me llena de una alegría siniestra: van a perder a su sirvienta más valiosa.

Sin embargo, ese pensamiento malicioso desaparece de mi cabeza igual de deprisa que apareció. En los rincones más profundos de mi mente tengo vagos recuerdos de este lugar en sus primeros días, cuando aún era precioso. De *ella*, mi madre biológica, la mujer misteriosa que mi padre conoció en uno de sus viajes como joven comerciante y trajo a casa con él, haciendo caso omiso de todas las expectativas de un joven futuro lord. Recuerdo el sol entrando a raudales por las ventanas ahora cubiertas de mugre que se asoman a la parte delantera de la mansión. Si guiño los ojos… casi puedo recordar su cara, inclinada sobre mí. Un arcoíris de color se extiende detrás de ella. Está radiante de felicidad y amor mientras canta una de sus canciones, todas ellas grabadas a fuego en mi corazón. Sé que antaño la risa y la música llenaban estos pasillos y salones. Me llenaban a mí. Pero aquí y ahora, parece casi imposible de creer.

—¿Qué estás haciendo? —La exclamación de horror proviene de la entreplanta. Levanto la mirada para ver a la única «madre» que he conocido, la mujer que me crio, bajar como una exhalación por las escaleras enfundada en un vestido de terciopelo rojo sangre. Lleva el pelo pálido recogido sobre su cabeza, retenido por una tiara que la hace parecer la princesa que siempre quiso ser—. Van a llegar

hombres en cualquier momento y tú estás ahí plantada con aspecto de haberte estado revolcando por la piara de los cerdos toda la mañana.

Mi ropa no está *tan* mal, pero no discuto.

—Justo venía a cambiarme. —Ignoro la mentira de Helen acerca del suelo. Me pregunto si a Joyce le molesta que no caiga en sus intentos por liarme para recibir una regañina.

—Bien. Tengo pretendientes a los que atender. —Cruza las manos delante de su estómago, las uñas pintadas del mismo tono que su vestido—. Haz todo lo que puedas por asearte lo mejor posible. De lo contrario, un hombre podría percatarse de con qué se estaba casando y saldrá corriendo antes de que los papeles estuviesen firmados.

Qué, no *quién*. Siempre he sido su *pequeño monstruo*.

—Haré todo lo que pueda.

—Bien. —Joyce menea los hombros y se endereza un poco más. Siempre que hace eso, no puedo evitar pensar en ella como un gran pájaro que se atusa las plumas—. Con un poco de suerte, estarás casada antes del atardecer.

—*¿Casada?* ¿No prometida? —Sabía que estaban hablando del tema… pero pensé que tendría un poco más de tiempo. Que quizás pudiese conocer al hombre antes de casarnos. Que podría arruinar esto de algún modo.

—Hemos hablado de esto muchas veces.

—No lo creo. —Nunca lo hemos hecho. Lo sé. Aun así, mi certidumbre se hace añicos con su profundo suspiro.

—Está claro que se te ha debido de olvidar otra vez. No te preocupes, estoy aquí para ayudarte. —Joyce me dedica esa sonrisa serpentina y apoya las manos sobre mis hombros. Hubo un tiempo en que creía esta mentira suya—. Así que vas a ser buena y no vas a recurrir a uno de tus arrebatos de dramatismo, ¿verdad?

Hipersensible. Dramática. Me trata como si estuviera siempre a punto de perder los estribos. Como si alguna vez hubiese hecho algo de esa índole.

Al menos, no creo que lo haya hecho…

—Seré buena —me oigo decir. Es una respuesta instintiva. No soy yo. Es lo que ella me ha entrenado a ser.

—Excelente.

Nos vamos cada una por nuestro lado y yo me refugio en mi habitación.

El primer piso de la mansión contiene lo que suelen ser las dependencias familiares. Antaño, yo también vivía ahí, pero cuando mi padre empezó a viajar más y más, de repente Helen necesitaba una habitación entera para su estudio de arte, y mi dormitorio era el que mejor luz tenía.

Aquí es donde vas a vivir ahora, me llega el recuerdo de la voz de Joyce cuando me detengo a la entrada del oscuro pasillo que conduce hasta mi habitación. Enciendo el resto de una vela, una que me llevé mientras sustituía las de los cuartos de mis hermanas. Ilumina el yeso agrietado de los pasillos, la piedra desmigajada que cuenta la verdad sobre esta mansión.

Es demasiado. No hay dinero suficiente para mantenerla en buen estado, en realidad no. Yo hago todo lo que puedo, por el recuerdo de mi madre… y para que, si Padre regresa alguna vez, tenga un hogar al que volver. Joyce, sin embargo, solo se preocupa de las zonas comunes y sus dormitorios. Para esos sí que hay dinero suficiente. Para la fachada. Todo lo demás, creo que lo dejaría arder.

Mi cama ocupa todo el fondo de la habitación del final del pasillo y llena el espacio de mantas y almohadas de pared a pared. Mi vieja estantería, también demasiado grande para esta habitación, está casi vacía y los escasos objetos que ocupan las baldas son solo artículos prácticos. Mi posesión más preciada es el laúd que hay apoyado contra ella. Hago ademán de agarrarlo, pero me lo pienso mejor al instante. Si lo tocara ahora, seguro que me oiría alguien. Creo que Helen tiene el oído entrenado, como los perros, para oírme rasgar las cuerdas. Protesta siempre que se ve «forzada a soportar» una sola nota.

De vez en cuando, sin embargo, Laura sí me escucha. Echaré de menos las noches en que encuentra la valentía suficiente para venir a escondidas hasta aquí y tararear mientras toco. Es la única que ha oído mi música en años.

Con un suspiro, me giro hacia el armario, sorprendida de encontrar un vestido nuevo dentro. Bueno, técnicamente no es «nuevo». Lo reconozco como el vestido que llevó Helen en el baile de primavera hace dos años. Se lo puso solo esa vez, así que la gasa sigue

impecable. Deslizo las manos por esa suavidad mantecosa, muy distinta de la ropa que suelo utilizar.

Me arriesgo a usar el cuarto de baño de arriba. Es una pequeña forma de protesta, pero más agradable que el agua caliente alanceando mi piel. La mayoría de los días, yo soy la que calienta y lleva el agua para los baños de todos los demás. Cuando termino, no suelen quedarme fuerzas para subir agua para mi propio baño. Cuando termino de lavarme, me atrevo incluso a hurgar entre los cosméticos de Helen. Elijo un colorete suave para mis mejillas que acentúa el gris tormentoso de mis ojos y un rojo intenso para mis labios que resalta los mechones de oscuro tono óxido de mi pelo castaño.

Emerjo como una mujer nueva. Tengo el pelo recién cepillado, recogido en una cascada de rizos de la que incluso Joyce hubiese estado orgullosa. Me pregunto si hubiese tenido este aspecto todos los días si mi padre no se hubiera casado nunca con esa mujer.

Joyce era viuda antes de casarse con mi padre. Visto desde fuera, era un emparejamiento conveniente. Los dos tenían hijas pequeñas, Helen y yo, y pertenecían a un estrato económico similar. Joyce había heredado una fortuna considerable de su anterior marido en forma de singulares minas de plata al norte. Las mismas minas a las que solo podían llegar los barcos de mi padre.

Yo me di cuenta pronto del juego de Joyce, pero mi padre no lo vio nunca. Ni siquiera al final del todo, cuando se marchó por última vez. Él la quería. Ella había sido la que lo «salvó» de las profundidades de la desesperación tras la muerte de mi madre. Después llegó Laura, la luz de los ojos de ambos y el «pegamento», como solían decir, de nuestra pequeña familia disfuncional.

Camino con sumo cuidado por las partes del suelo que más crujen para colarme a hurtadillas en mi vieja habitación. Da a la parte de delante de la mansión y me proporciona una buena vista del camino que nos conecta con la carretera principal que tomamos para ir a la ciudad. Como era de esperar, hay tres carruajes aparcados delante. Veo a un hombre con una chistera emerger por una de las entradas principales de la mansión. Intercambia unas palabras con su cochero y se alejan a toda prisa.

Me pregunto cómo se siente acerca de casarse con una mujer a la

que no ha visto nunca. Está claro que se siente lo bastante a gusto como para venir aquí y hacer una oferta.

Aunque, claro, puede que sí nos hayamos visto. A lo mejor el hombre con el que me case sea alguien con quien ya me haya cruzado alguna vez en la ciudad o en algún baile. Me estremezco al pensar en el lascivo conde Gravestone y en cómo nos miraba a mis hermanas y a mí durante nuestras primeras temporadas en sociedad. Rezo por que no venga en mi busca, ni en la de ellas cuando les llegue el momento. Hay algunos males que no puedo desearle ni a Helen.

Salgo con sigilo del estudio de arte de mi hermana antes de que me descubran. En lugar de bajar por las escaleras principales, tomo una escalera lateral encajada entre el dormitorio principal y la pared. Es un acceso de servicio que me lleva de vuelta a las cocinas. Desde ahí, me desplazo sin ser vista por la casa a través de otros pasadizos similares. Una cosa de la que mi madre y mi hermana no se dieron cuenta nunca era de que, al convertirme en su sirvienta y exigir que actuara como tal, también me permitieron aprenderme todos los pasadizos construidos hacía muchos años en esta casa medio en ruinas.

La pared del salón adyacente al estudio de mi padre se desliza sobre unas bisagras ocultas y silenciosas. Cruzo la habitación en absoluto silencio, mis pisadas amortiguadas por la alfombra, y cuando llego al otro lado, aprieto la oreja contra la pared y contengo la respiración. Es lo bastante delgada como para que oiga con total claridad la conversación que está teniendo lugar en la otra habitación.

—… y su dote serán los mercantes norteños de la Applegate Trading Company —dice Joyce.

Me muerdo el labio. No hay mercantes norteños, ya no. Esas aguas son traicioneras y mi padre tenía a una de las pocas capitanas del mundo que podía navegar por ellas. Era una mujer increíble; la había visto solo una vez, pero me fascinó cada segundo de nuestra breve conversación. Era solo un año mayor que yo y ya llevaba dos años capitaneando barcos. Tal vez fuese su juventud intrépida la que le permitía trazar un rumbo que ni siquiera los marinos más duros e impregnados de sal osarían seguir por esas aguas turbulentas para llegar hasta una excepcional veta de plata.

Pero incluso ella había agotado su suerte, como nos pasa a todos antes o después. Se hundió con su barco; mi padre, también. No me había dado cuenta de que Joyce había mantenido en secreto la desaparición de mi padre. *Está tratando de controlar del todo la Applegate Trading Company*, pienso. Hinco las uñas en la pared. Con mi padre desaparecido, pero no declarado muerto, puede asumir el control sin oposición.

—Es una propuesta muy interesante —dice una voz vieja y ajada.

Espero que no sea demasiado interesante para quienquiera que sea ese hombre. Porque si se casa conmigo a cambio de barcos y luego descubre que no hay ninguno, *yo* seré la que sufra por ello. No me cabe ninguna duda de que a Joyce se le ocurrirá una mentira ingeniosa si la necesita. Dirá que los barcos se hundieron justo después de la boda. *Cálmese, todo el mundo puede tener mala suerte*, la imagino diciendo.

—Así es —afirma Joyce—. Como puede ver, este no es lo que nadie consideraría un matrimonio normal. Reconozco que es costumbre que la novia aporte su dote, pero soy una mujer de negocios astuta y conozco el valor de mi hija y de lo que estoy ofreciendo. Como tal, les estoy pidiendo a todos los potenciales pretendientes que me digan lo que me darían a cambio del beneficio de obtener su mano.

Hay una larga pausa.

—Mi señor no tiene ningún interés por los barcos —dice esa voz ajada y cansada—. Se los puede quedar.

¿Señor? ¿Significa eso que el hombre que está hablando no es mi aspirante a futuro marido? ¿Qué tipo de hombre enviaría a un sirviente a negociar por mí? No quería amor, pero sí me había atrevido a esperar dignidad. Pero si el hombre no puede molestarse ni en venir ahora, ¿cómo me tratará una vez que esté a su cuidado?

—Entonces, ¿qué es lo que desearía su señor como dote? —Joyce parece absolutamente perpleja por que alguien pudiese rechazar los barcos. Aunque también oigo mi deleite al ver que esto hace temblar su voz.

—Mi señor colecciona determinada variedad de artículos raros. Ha llegado a mis oídos que aquí poseen un tomo en particular que lleva

buscando desde hace mucho tiempo.

—¿Un libro? —Una pausa—. Oh, usted trabaja para *él*. —La voz de Joyce se vuelve más afilada—. Sé que Covolt siempre se negó a venderlo, pero encontrará que yo soy una mujer de negocios mucho más abierta.

El libro… No podían estar hablando de *ese libro*, ¿verdad?

Cuando Joyce entró en nuestras vidas, decretó que todos los recuerdos de mi madre biológica fuesen eliminados de las habitaciones. Yo había intentado oponerme, pero mi padre me había dicho que era natural que una esposa nueva hiciera eso. Que un amor nuevo no podía florecer a la sombra de uno viejo. Una noche, acudí a él, absolutamente inconsolable. Le supliqué que salvara algo, cualquier cosa, solo una. Para entonces, ya había perdido el recuerdo de la cara de mi madre. No quería perder nada más.

Fue entonces cuando me enseñó el libro. Era una cosa pequeña y vieja. Cualesquiera letras que hubiese tenido estampadas alguna vez en el cuero habían desaparecido ya del todo, desgastadas por el paso del tiempo. La única marca que aún era discernible era una estrella de ocho puntas sobre la cima de una montaña grabada en el lomo. La escritura del interior también se había descolorido y solo quedaban fantasmas ilegibles para rondar por las páginas casi en blanco.

Mi padre me había jurado que esta era la cosa que más había valorado mi madre. La única cosa que quería que yo tuviera y mantuviese a salvo. Mi herencia. Me dijo que cuando me hiciese una mujer, me lo daría. Pero mientras tanto, me hizo jurar que guardaría el secreto sobre la importancia de esa obra. Estoy segura de que fue para evitar que Joyce la destruyera, como había hecho con el resto de cosas de mi madre.

Cuando más preocupada estaba de que Joyce pudiese descubrir el libro, le había dicho a padre que no quería esperar. *Deja que yo lo esconda*, le había suplicado. Pero él había dicho que no estaba preparada. Así que me había dado el laúd para asegurarse de que tenía algo de mi madre, afirmando que era el que usaba para cantarme nanas.

—Mi señor tenía la esperanza de que ese fuese el caso —afirma el hombre viejo—. Me ha autorizado a hacer la siguiente oferta: tomará

la mano de la joven en matrimonio y cuidará de ella durante el resto de su vida, o la de él, en este plano mortal. La que sea que acabe primero. A la joven nunca le faltará nada. Pide solo el libro como dote. Además, como muestra de buena voluntad hacia su familia, abonará cuatro mil monedas cuando los papeles del matrimonio estén firmados.

Mi destino está sellado. Cuatro mil monedas es más de lo que vale esta mansión entera. Es el equivalente a un año entero de los negocios de mi padre en el mejor de los tiempos. Me deslizo despacio por la pared hasta el suelo a medida que registro que este hombre misterioso que ni siquiera se ha molestado en venir en persona será mi marido.

—En verdad esa es una oferta muy generosa. —A Joyce le tiembla un poco la voz. Me la imagino babeando—. Prepararé los papeles para inmortalizar este acuerdo y cimentar el matrimonio. ¿Quiere que los firmemos mañana cuando pueda venir su señor?

—No hay necesidad de esperar.

—¿Oh?

—Como he dicho, mi señor me ha autorizado para tomar estas decisiones en su nombre. Estoy capacitado para firmar por él y me ha dado su anillo. Dijo que si aceptaban nuestra oferta, debía cerrar el trato de inmediato.

—Muy bien.

En algún momento entre las palabras musitadas sobre la mejor manera de redactar el acuerdo y el frufrú de los papeles, dejo de escuchar. Me apoyo contra la pared, las manos temblorosas, y pugno por respirar. El mundo gira a una velocidad mareante. Sabía que iba a ocurrir esto. Lo sabía. Pero ahora es una realidad y todo sucede tan deprisa… Había pensado… *había pensado que tendría más tiempo*…

—Muy bien, pues ya está hecho —declara Joyce cuando sin duda termina de firmar mi nombre por mí.

—Bien. Dígale a su hija que recoja sus cosas mientras usted recoge el libro. —Más arañar de sillas—. Nos iremos en una hora.

Y así sin más, estoy casada y voy a abandonar el único hogar que he conocido jamás… para ir con un hombre cuyo nombre ni siquiera conozco.



Dos

—El misterioso lord Fenwood. —Laura se apoya contra el marco de la puerta mientras empaco mis escasas pertenencias. Como era de esperar, la noticia ha corrido como la pólvora, puesto que solo hay unas cinco personas en la mansión—. Creo que jamás he visto a este lord en particular en ningún acontecimiento.

—Creo que es un solitario. —Helen está enfrente de su hermana. En todos estos meses, apenas había venido a mi habitación, y verla aquí ahora es una excepción poco bienvenida—. Solo he oído hablar de él de pasada. Dicen que vive al norte de la ciudad, que su casa está justo *al borde* del bosque.

—¡Oh, *él*! —Laura da palmas con las manos—. He oído a la gente de la ciudad decir que es un antiguo hechicero. —Se gira hacia mí como si esa perspectiva fuese la mejor noticia que hubiese oído en meses—. Si te enseña magia, ¿me prometes que me enseñarás?

—No va a enseñarme magia. —Aun así, el optimismo de mi hermana pequeña trata de dibujar una sonrisa en mi cara. Al menos hasta que Helen hace todo lo que puede por sofocar cualquier tipo de alegría que pudiese existir entre nosotras.

—No le enseñaría magia. La *consumiría* para hacer magia. He oído que los hechiceros beben solo la sangre caliente de doncellas recién

sacrificadas y bailan con feéricos cornudos a la luz de la luna.

—Si bebiera solo la sangre de doncellas recién sacrificadas, no quedarían mujeres jóvenes en todo el pueblo. —Pongo los ojos en blanco e intento disimular el hecho de que en realidad estoy algo alarmada de que ninguna de mis hermanas sepa nada concreto acerca de este hombre. Están tan metidas en los círculos sociales de la zona que si ellas no lo conocen, no lo conoce nadie. Había esperado recabar algo de información sobre mi nueva situación—. Y nadie baila con feéricos a la luz de la luna. Si te acercases tanto a un fae, estás muerto.

—Eso suponiendo que los feéricos existan, para empezar. —Helen no cree en las viejas leyendas. Es demasiado práctica. Además, creció tierra adentro, más cerca de las minas de su madre… más lejos del bosque y sus historias. Cree que Laura y yo somos ridículas por albergar nuestras sospechas. Aunque se niega en redondo a entrar en el bosque ella misma—. Es mucho más posible que sea una especie de viejo ermitaño horrible y lleno de arrugas que busca una mujer joven para hacerla suya.

—Estoy segura de que es maravilloso —insiste Laura—. E iremos a visitarte a ti y a tu nuevo marido antes de que pase un mes. He oído que Madre va a comprar un carruaje nuevo, va a contratar a un cochero y a conseguir tres sirvientes nuevos para la mansión. ¡*Y* eso es solo el principio! Tendrás que volver para ver las maravillas que ha comprado tu matrimonio.

Laura tiene buenas intenciones, pero no se da cuenta de que sus palabras son como una daga.

No soy más que una cabeza de ganado en una feria. Aunque al menos seré de utilidad para ella.

—Será agradable tener por fin algo de ayuda de verdad por aquí —comenta Helen con una mirada de desaprobación en mi dirección.

He hecho todo lo posible, y más, por ellas. Cuando Helen y Joyce estaban recién llegadas, traté de convertirlas en mi familia. Empecé a hacer las cosas como las pedían, cuando las pedían, porque quería ser una «buena hija». Para cuando me di cuenta de que me estaban convirtiendo en su sirvienta personal, la cosa había ido demasiado lejos como para tener alguna esperanza de cambiar la situación. Entonces Joyce empezó a animar a padre a pasar más tiempo en sus

barcos. Y después del incidente del tejado… Jamás volví ni a soñar en contradecirlas.

—Estoy segura de que las dos vais a ser muy felices aquí durante los años venideros —digo.

—Hasta nuestras propias bodas —recalca Laura. Está impaciente por que la casen con algún lord encantador. Como la más joven y, de lejos, la más guapa de nosotras, tendrá hombres de sobra entre los que elegir.

—Katria, vamos ya, no querrás hacer esperar a tu nuevo marido. —Joyce aparece detrás de sus hijas. Echa un vistazo al baúl que me dio—. Oh, bien. Pensé que podría caber todo en ese *pequeño* baúl. —Joyce mira la habitación a su alrededor con desdén. Una habitación pequeña, llena de una cantidad pequeña de cosas, para una mujer que ha intentado hacer pequeña toda su vida.

Me juro entonces que jamás dejaré que este nuevo marido ni nadie más me haga sentir pequeña. Procuraré con todas mis fuerzas mantenerme bien erguida. Jamás volveré a vivir acobardada.

—Vamos. —Me cuelgo el laúd a la espalda y levanto el baúl.

Las cuatro salimos a la amplia veranda de la parte de delante de la mansión. Ahí es donde le echo mi primer vistazo al mayordomo que ha negociado mi destino. Es alto a pesar de tener la espalda un poco jorobada, delgado, con vidriosos ojos negros y pelo gris engominado hacia atrás. Su ropa es elegante, sin adornos excesivos, pero está claro que es de buena calidad. El tipo de riqueza que no te grita a la cara sino que susurra con una confianza cómoda. Joyce podría aprender algunas cositas de él.

—Usted debe ser lady Katria —saluda, con una reverencia. Después mira a Joyce y hace un gesto hacia el baúl que descansa a su lado—. Aquí están las cuatro mil monedas, como prometido.

—Como ya ha deducido, esta es Katria. Y aquí está su dote. —Joyce le tiende un pequeño paquete envuelto en seda. El mayordomo lo desenvuelve, comprueba su contenido y luego envuelve otra vez el tomo con actitud reverente. Me tiemblan las manos mientras reprimo el impulso de arrancárselo de los dedos.

—Excelente, todo está en orden. Si tiene a bien seguirme, lady Katria.

Cuando estoy a media escalera entre la veranda y el camino de entrada me doy cuenta de que puede que esta sea la última vez que recorro este camino. No sé si voy a querer volver a esta casa, o a la gente que vive en ella. Miro atrás, hacia ellas, y luego más allá aún para captar un último atisbo de los preciosos frescos pintados en el techo del vestíbulo, algo ajados por el tiempo.

Madre no estaba destinada a vivir aquí demasiado tiempo, decía mi padre. Quizás yo tampoco. Quizás solo estoy cumpliendo mi destino de dejar este lugar un poco demasiado tarde.

Casi he llegado al carruaje cuando el repiqueteo de unos cascos me distrae. Cordella conduce a Misty por el lateral de la casa, desde los establos. Me saluda con la mano.

—Señorita, pensé que no querría irse sin esta.

Suelto un suspiro de alivio. Todo está sucediendo tan deprisa que me pregunto qué más se me ha pasado por alto. O qué más había dado por sentado que se solucionaría solo.

—Cordella. —La voz de Joyce es como un látigo, resuena como un chasquido en el aire frío—. Lleva esa bestia de vuelta a los establos.

—¿Qué? Misty es *mía*.

—Estoy segura de que tu marido estará encantado de regalarte un caballo nuevo, un caballo mejor, como regalo de bodas. No seas una niña egoísta y le niegues ese placer —me regaña Joyce.

—No quiero… quiero a Misty. —Miro al mayordomo—. Es una buena yegua y lleva conmigo toda su vida. No supondría ningún problema, ¿no cree?

—En las cuadras de mi señor hay sitio. —El hombre asiente.

Joyce sacude la cabeza y se lleva una mano a la boca.

—No me lo puedo creer. Sé que te he criado mejor. —Frunzo los labios. Años de experiencia me han enseñado que el silencio es la mejor respuesta cuando se pone así—. Pensar que le faltarías al respeto a tu nuevo marido y le quitarías algo a tu familia de manera innecesaria al mismo tiempo. Y todo por un ridículo caballo.

—¿Ridículo? Pero ¡si a ninguna de vosotras os importa esa yegua lo más mínimo!

—Eres una dama, Katria Applegate. Gritar es algo muy impropio. —Joyce ha bajado la voz—. Cordella, por favor, devuelve ese caballo

a los establos.

Cordella mira de Joyce a mí, pero sé lo que va a hacer antes de que lo haga. No puede oponerse a la petición de Joyce. Da media vuelta.

—¡No! ¡No puedes hacer esto! ¡Por favor! —Corro hasta Cordella.

—Katria. —Mi nombre es como un latigazo en boca de Joyce. Doy un respingo y me quedo inmóvil. Detenida en seco por el mero sonido—. Estás disgustada por nada y estás quedando como una tonta.

Tengo unas ganas inmensas de gritarle. Tiene todo lo que queda del negocio de mi padre para ella sola. Tiene sus cuatro mil monedas. Podría comprar una manada entera de caballos. *Deja que me quede con Misty*, quiero gritar. Pero no puedo. Porque al igual que Misty, me han domado, me han silenciado con un bocado invisible que mi madrastra me metió entre los dientes hace mucho.

Un toque suave en el hombro me sobresalta. Levanto la vista para ver que el mayordomo se ha acercado a mí. Sus ojos son sorprendentemente amables y compasivos.

—Me encargaré de que mi señor le consiga un caballo nuevo.

Nunca le faltará nada. Había dicho que esa era la promesa que hacía su señor. Podía pedirle lo que quisiera, pero no significaría nada. Sería una amabilidad vacía, entregada por cumplir una obligación por parte de personas que le dan más importancia a un libro que a mí.

Me aparto con brusquedad.

—No quiero sus caballos. —No quiero su amabilidad compasiva ni obligada. No quiero nada que se parezca siquiera a cercanía en este matrimonio.

—Siempre tienes que montar el numerito, ¿verdad? —murmura Joyce, lo bastante alto como para que la oiga todo el mundo—. Cálmate y sé cortés mientras te embarcas en esta nueva etapa de tu vida. —Hace que suene como si de algún modo yo hubiese elegido esto. Como si esto fuese algo que yo *quería*. La fulmino con la mirada antes de entrar en el carruaje.

Laura se acerca a la carrera mientras el mayordomo ocupa el asiento del cochero.

—¡Laura! —Joyce está a punto de perder los estribos.

—Vuelve con tu madre —le bufo a mi hermana. Me estremezco al imaginar la reprimenda que le va a caer. Laura hace caso omiso de mi sugerencia y de la llamada de su madre. Agarra la puerta y me impide cerrarla.

—Te voy a echar de menos —farfulla con los ojos llenos de lágrimas. Mi dulce hermanita. Apenas tiene catorce años. Siempre ha sido la mejor y la menos rota de todos nosotras—. Tú hacías que este lugar fuese soportable.

—No, eso ha sido todo cosa tuya. —Le doy un abrazo rápido. El mayordomo no nos mete prisa—. No pierdas tu amabilidad, Laura, *por favor*. Aférrate a ella con todas tus fuerzas hasta que puedas salir de aquí.

—Tú tampoco. —Se aparta y me reprimo de decirle que la mía se perdió hace mucho mucho tiempo—. Yo cuidaré de Misty. Lo juro. Cordella me enseñará. Quizás la próxima vez que vengas puedas llevártela. Intentaré hablar con Madre.

—No te arriesgues a sufrir su ira por mí; sabes que es mejor no hacerlo. —Remeto con suavidad un mechón de pelo detrás de la oreja de Laura. En ese momento, un movimiento detrás de ella capta mi atención—. Ahora vete, antes de que tu madre venga a buscarte. —La aparto con suavidad y cierro la puerta. Joyce hace que Laura suba las escaleras otra vez con palabras secas y cortantes.

El carruaje se pone en marcha y las pierdo de vista enseguida. Diga lo que diga Laura… dudo que vaya a volver ahí jamás.



Helen había dicho que lord Fenwood vivía al norte de la ciudad. En mi cabeza, eso significaba un poco al norte. De un modo parecido a como nuestra mansión está *justo* al sur. Sin embargo, resulta que lord Fenwood vive mucho más lejos, y ya se ha hecho tarde cuando por fin llegamos a lo que va a ser mi nuevo hogar.

Un alto muro de piedra, al menos el doble de alto que yo, es el primer indicador de que hemos llegado. No ha habido nada más que colinas ondulantes y el omnipresente bosque a mi derecha durante gran parte del día. Hace una hora, tomamos un estrecho camino

secundario, más bien surcos dejados por ruedas entre las hierbas, que se dirigía directo hacia el bosque. Lo primero que vi fue el muro, que brotaba de entre los árboles como los restos ruinosos de un castillo muy antiguo.

Unas plantas trepadoras se aferran a las volutas de la verja de hierro, con pequeñas flores blancas que desprenden un aroma agradable. La verja se cierra con un golpe solemne a nuestra espalda. No hay señal alguna de quién o qué podría haberla cerrado. El sonido reverbera en mi interior con la misma rotundidad que un telón al cerrarse tras una representación.

Damos tumbos por un camino que serpentea entre setos y árboles pequeños. Es como una versión en miniatura de los viejos bosques, aunque sin la misma sensación agobiante que ejerce el bosque de verdad. A lo lejos, veo a un ciervo levantar su poderosa cabeza regia. Sus cuernos tienen tantas puntas que sé que la mayoría de los nobles mataría, literal, por tener esa cornamenta colgada de su pared. ¿Qué dice de este lord Fenwood que esté dispuesto a dejar vivir en paz a un animal como ese en su propiedad?

Al cabo de un rato, la maleza da paso a una zona circular con gravilla y el carruaje se detiene. El mayordomo abre la puerta y me ayuda a bajar. Echo mi primera ojeada a la casa solariega de lord Fenwood.

Rodea el extremo circular del camino, con dos alas que brotan a ambos lados de una torre central. Ahí está el castillo que prometía ese muro. El mortero es viejo, pero está en buenas condiciones. Tengo el ojo entrenado para este tipo de cosas ahora, después de haber reparado la mansión de mi familia lo mejor que podía tantas veces. La paja que cubre el tejado parece fresca.

No hay nada inherentemente poco atractivo, pero aun así se me erizan los pelos de los brazos. El aire aquí parece cargado. La mansión está justo al pie del bosque y, cuando era niña, le juré a mi padre que no entraría nunca. Así que casi me salgo del pellejo del susto cuando el mayordomo descarga mi baúl y cae con un ruido sordo sobre la gravilla.

Cuidado con el bosque, Katria. No entres nunca en él. Júrame, por la vida de tu madre, que no entrarás nunca. Fue su último deseo antes de

morir: que jamás entraras ahí.

—Discúlpeme, lady Katria. —El mayordomo me saca de golpe de mis pensamientos.

—No es necesario que se disculpe. —Fuerzo una sonrisa y recoloco el laúd sobre mi hombro. Mi situación no es culpa de este hombre y lo mejor que puedo hacer ahora mismo es intentar encontrar aliados donde pueda—. Y puede llamarme solo Katria.

—Katria será, pues.

—¿Puedo saber su nombre?

Parece sorprendido de que lo pregunte. Luego piensa la respuesta durante lo que me parece demasiado tiempo para una pregunta tan sencilla.

—Oren.

—Es un placer conocerlo.

—Vayamos dentro. Está cayendo la noche y deberíamos dejarla bien instalada antes de la cena. —Levanta mi baúl con una facilidad sorprendente para un hombre de su edad y subimos los tres escalones que llevan a la grandiosa entrada de la torre central del castillo.

Me quedo impactada al instante por la elegancia del lugar. Una escalinata de madera, con una elaborada barandilla de lirios y enredaderas de aspecto muy real, se curva hacia el lado izquierdo de la entrada. Unas altas ventanas flanquean la puerta a ambos lados, con vidrieras de colores, emplomadas para formar intrincados paisajes de campos y montañas. Deslizo los dedos por sus oscuros contornos y palpo el relieve del metal que las conecta.

—¿Va todo bien? —pregunta Oren.

—Sí. Solo había visto ventanas como esta en el ayuntamiento. —La artesanía con cristal es un arte perdido. Hay muy poca gente que mantiene vivas las viejas costumbres, y la mayoría están en las ciudades más grandes. Rara vez vienen a sitios tan remotos como este. Esta casa debe ser muy antigua y es asombroso que estas ventanas hayan sobrevivido tanto tiempo. O tal vez el lord puede pagar por que alguien venga hasta su propiedad para cuidar de este tipo de obras. Por lo que he visto hasta ahora, lord Fenwood es más rico de lo que cualquiera podría imaginar.

—Es verdad que son singulares.

Oren me conduce hacia el ala izquierda. Antes de que entremos por la puerta arqueada intento mirar hacia la parte superior de la torre, pero no logro ver nada más allá de donde la escalera se curva tras el primer rellano.

—¿El señor de la casa vive ahí arriba?

—Lord Fenwood va y viene a su antojo —explica el mayordomo en tono vago. Me pregunto a dónde irá; cualquier cosa parecida a la civilización está a más de dos horas de distancia. Quizás fuese un cazador que había hecho una fortuna excepcional y ahora buscara emociones en lo más profundo de los bosques.

—Tiene una casa preciosa —digo, en lugar de señalar que ese comentario no respondía a mi pregunta—. No puedo imaginar por qué no querría pasar más tiempo aquí.

El mayordomo se para en medio del pasillo. Una hilera de ventanas que da a la entrada circular se extiende a nuestra izquierda, una serie de puertas a nuestra derecha. El silencio hace que me preocupe de haberlo ofendido de algún modo con el comentario. Aunque no veo cómo.

—Hay unas cuantas reglas que debe conocer —dice el mayordomo cuando retoma el camino. Ya esperaba que hubiera reglas para acompañar a mi nueva situación, así que me preparo para ellas—. La primera es que, si necesita algo, solo tiene que decírmelo. Estaré disponible para todo lo que quiera, dentro de mis posibilidades. Sin embargo, como soy la única persona de servicio en la casa, a menudo estoy ocupado con otras cosas del mantenimiento. Le serviré la cena todas las noches y debería prepararle el desayuno la mayoría de las mañanas, así que ese sería el mejor momento para informarme de cualquier cosa que necesite.

—Eso es muy generoso por su parte.

El hombre continúa como si yo no hubiese hablado.

—La siguiente regla es que solo se le permite estar en la mitad delantera de la propiedad, por el camino que hemos entrado, y bajo ninguna circunstancia se le permite entrar en el bosque.

—Eso no será problema —digo con calma—. Esa también era una de las reglas de mi padre.

—La última regla, y la más importante, es que solo se le permite

salir de esta ala de la casa durante las horas del día, independientemente de lo que oiga o vea.

—¿Cómo dice?

—Estas reglas son para su protección —dice, al tiempo que mira por encima del hombro—. Estamos lejos de la ciudad y cerca del bosque. Las nieblas aquí son más espesas y por ellas pululan los vieja mágicos. No es seguro para los humanos estar fuera por la noche.

Intento canalizar un poco de la valentía de Helen cuando hablo.

—No puede estar refiriéndose a los feéricos. No son más que cuentos de viejas.

Se ríe entre dientes como si no fuese más que una niña tonta, como si hubiese visto a los fae con sus propios ojos y hubiese vivido para contarlo.

—Como quiera. Pero al menos preocúpese de las bestias que moran en el bosque. Siempre que esté dentro de estas paredes, estará protegida. Pero donde acaban los muros acaba también la protección de mi señor. ¿Lo entiende?

—Sí. —Aunque no se cómo me siento al respecto. Supongo que las reglas no son poco razonables Y hace mucho que renuncié a la idea de entrar en el bosque. Me pregunto cuál sería la reacción de mi padre si reapareciese por algún milagro solo para descubrir que Joyce me ha casado y mi nuevo hogar está tan cerca de los oscuros árboles que bordean la infranqueable cordillera de montaña que limita nuestro rincón del mundo. Es más, esperaba que mis libertades quedaran reducidas cuando me casara y, sin embargo, parecen haberse expandido un poco.

En general, mi nueva situación podría ser mucho peor.

Nos detenemos ante la última puerta del pasillo. Cuando el mayordomo la empuja, las bisagras se resisten y chirrían de manera sonora. Tiene que apoyar incluso el hombro contra ella para abrirla.

—Mis disculpas —farfulla—. Esta ala de la casa no suele usarse demasiado. Lo arreglaré mientras cena.

—Si me dice dónde encontrar las herramientas, puedo arreglarla yo misma. —Parece sorprendido de que pueda decir tal cosa—. No deje que el vestido lo engañe. Estoy más acostumbrada a los pantalones de trabajo que a la gasa.

—Mi señor ha jurado que nunca le faltará nada; él se encargará de todo lo que necesite. Me encargaré de arreglar la puerta mientras cena —dice Oren con ciertas reticencias. Me pregunto si su señor lo castigaría por dejarme hacer el trabajo. Si Oren estaría dispuesto a que lo hiciera por mi cuenta, pero no puede.

Sigo teniendo poco más que meras especulaciones acerca de quién es mi marido en realidad.

Oren me conduce al interior, deja mi baúl sobre un banco con borlas al pie de una cama con dosel y cortinas. Está enfrente de una gran chimenea de piedra, en la que ya crepita un fuego. Igual que todo lo demás en esta mansión tipo castillo, los muebles son elegantes y bien conservados.

—La cena estará lista en una hora. Espero que esté dispuesta a cenar pronto, de modo que pueda estar de vuelta en sus habitaciones cuando se ponga el sol.

—No hay problema. Suelo ser de las que se acuestan pronto y se levanta pronto. —Sonrío.

Oren se limita a asentir y me deja sola. Cuando se va me doy cuenta de que he olvidado preguntarle qué debería ponerme para la cena. Y… si por fin voy a conocer entonces al hombre con el que me he casado.



Tres

La cena tiene lugar en una habitación adosada a la parte de atrás de la torre. El espacio es más un conservatorio que un comedor. Unos arcos apuntados que enmarcan unos cristales enormes, y seguro que carísimos, muestran una vista del bosque cada vez más oscuro que rodea la mitad posterior de la mansión. Me siento como una mariposa atrapada en una caja de cristal y trasladada a un entorno antinatural. Estoy a salvo dentro de estas cuatro paredes, pero hay tan solo una delgada lámina para separarme de cualesquiera monstruosidades que vivan en el bosque.

Miro por las ventanas del fondo de la sala, más allá de mi reflejo, a las profundidades de los árboles. Parecen más viejos aquí que en casa. *No*, me corrijo, *este sitio es mi casa ahora.*

—¿Qué opina del jabalí asado y las verduras silvestres? —Oren entra por una puerta lateral con una bandeja al hombro.

—No soy exquisita con la comida —digo con una sonrisa. He pasado demasiadas noches en las que el hambre era lo único que tenía en el plato como para quejarme de cualquier comida caliente que me pongan delante.

—Bien —dice él—. No tenemos demasiada elección aquí fuera. —Hace una pausa mientras deja la bandeja a la cabecera de la mesa—.

Con eso no quiero decir que no tengamos comida. Tenemos toda la que necesitamos, pero el menú es lo que sea que nos proporcione el bosque y lo que haya que comerse de la despensa.

—Estaré encantada de ayudar a buscar comida —digo mientras tomo asiento.

Oren parece horrorizado por la sugerencia.

—No somos carroñeros que tengamos que rebuscar en el barro para encontrar comida.

—Por supuesto que no. —Me río como si yo no hubiese sido nunca esa persona. La necesidad de buscar comida fue lo que me impulsó a investigar en la biblioteca de mi padre cualquier libro que hablara de las tierras locales. Así es como sé distinguir una seta comestible de una venenosa—. Solo es que creo que las setas silvestres son deliciosas. Y recolectarlas es una actividad que me divierte.

Me sirve agua y vino de dos jarras distintas.

—Tomo nota. —*Pero no servirá de nada*. Noto en su voz que lo piensa, aunque no diga nada.

—¿El señor de la casa va a cenar conmigo? —pregunto.

—No, él cena en sus aposentos.

Frunzo los labios.

—¿Lo conoceré después de la cena?

—Para entonces, estará a punto de ponerse el sol.

—Puede venir a visitarme a mis aposentos si se hace tarde.

—Eso no es apropiado.

Toso el vino de vuelta a mi copa.

—¿No es apropiado? ¿Acaso no soy su mujer?

—Sobre el papel por las leyes de esta tierra, sí.

—Entonces, creo que no pasa nada por que me vea en mis aposentos. —Dejo la copa despacio, agradecida de que no me tiemble tanto la mano como para que repiquetee contra la mesa o se derrame su contenido.

—El señor está muy ocupado.

¿Con qué?, quiero preguntar, para saber algo. Llevo horas tratando de manejar toda esta situación con la mayor elegancia posible, pero todavía no tengo ni idea de quién es el hombre con el que me he casado. No tengo ni idea de cómo adquirió su fortuna, de dónde

procede, lo que quiere, ni por qué necesitaba tanto un libro como para aceptar pagar por una mujer solo para obtenerlo.

—¿Podría, por favor, darle el mensaje de que su *esposa* estaría muy agradecida de que pudiera pasar unos minutos con ella antes de que se ponga el sol? —Miro a los vidriosos ojos negros del mayordomo mientras le hablo.

—Le daré el mensaje. —Con eso, se marcha.

Ceno sola. Para algunas personas puede resultar incómodo, pero yo estoy acostumbrada a la soledad y a pasar tiempo conmigo misma. De hecho, en cierto modo, lo prefiero. El silencio es consistente y la soledad es segura. No hay nadie que intente quitarme la comida. Nadie que quiera entablar conversación conmigo. Nadie a punto de sacarme de un empujón de mi puesto a la mesa para que vaya a fregar los platos.

Termino con mi plato antes de darme cuenta siquiera y noto una ligera molestia en el estómago. He comido demasiado deprisa. Además, la comida es más contundente de lo que estoy acostumbrada. Me inclino hacia atrás en mi silla, en una actitud muy poco propia de una dama, y me doy unas palmaditas en la tripa. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan llena.

Esto podría ser peor; vuelvo a mis pensamientos de hacía un rato. Mi marido parece no tener ningún interés real en mí. Es mejor que un hombre que esperara que acudiese a su cama esta misma noche para empezar a trabajar en mi «deber» de darle un heredero para su fortuna. Y parece que tengo las mismas… no, *más* libertades que en casa. Además, aquí no me molestará nadie.

Oren regresa e interrumpe mis pensamientos una vez más.

—¿Ha acabado?

—Sí.

—¿Ha sido suficiente? —Recoge mi plato limpio.

—Más que suficiente. —Me siento más erguida—. Por favor, dígale al cocinero que estaba delicioso.

Me dedica una sonrisa furtiva y asiente.

—Así lo haré.

—¿Alguna noticia de mi marido? —pregunto.

El mayordomo suspira. Una vez más, algo que debería ser una

respuesta sencilla lo hace meditar durante demasiado tiempo.

—Creo que podrá encontrar algo de tiempo, cinco o diez minutos, quizás. Encenderé un fuego en el estudio del ala izquierda. Puede esperarlo ahí.

El mayordomo se marcha a toda prisa, cargado con los platos. Me pongo de pie y doy una vuelta completa a la mesa del comedor. De repente, me arrepiento de haber pedido ver a lord Fenwood. ¿Qué pasa si le ha molestado mi petición? ¿Qué pasa si no quiere saber nada de mí y ahora solo he despertado su ira? Me paro y sacudo la cabeza.

No, si voy a vivir aquí y voy a estar casada con este hombre, tengo derecho a verlo *al menos* una vez. Saber su nombre. Si no tenemos nada que hacer el uno con el otro en el día a día, no pasa nada, pero al menos deberíamos reconocer la presencia del otro.

Una vez hago acopio de valor, salgo del comedor y giro a la derecha. Para mi sorpresa, la segunda puerta está abierta. Un fuego chisporrotea en la chimenea y las paredes están cubiertas de estanterías en su mayor parte vacías. Han corrido una mesa hacia el lado derecho, una que supongo que suele estar situada entre las dos butacas que ahora están espalda contra espalda delante de la chimenea.

Cruzo hasta ellas y deslizo las yemas de los dedos con suavidad por el cuero. *Qué forma más extraña de colocar las butacas…*, cavilo. No tardo mucho en descubrir por qué están dispuestas de ese modo.

Una voz corta a través del silencio y de mis pensamientos para resonar en lo más profundo de mi ser. Tiene la misma cualidad tonal que el gruñido grave de un lobo y despierta en mí un instinto de presa. *Huye*, me insta mi sentido común al oír el sonido. *Huye lejos de aquí, este no es sitio para ti*.

—No te gires —me dice.

A pesar de todo, echo un vistazo hacia atrás. Ha sido por instinto, en realidad. Cuando alguien habla, yo miro. No tenía intención de desobedecer… No *esta* vez, al menos.

—He dicho que no te gires.

Mis ojos vuelan hacia delante otra vez.

—Solo he visto un pelín de tu hombro. Lo siento, no pretendía…

—Oren te ha explicado las reglas, ¿no es así?

—Sí. —El hombre con el que estoy hablando es alto, a juzgar por la altura a la que llegaba su hombro contra el marco de la puerta. Pero eso es todo lo que sé de él. Está apoyado contra la pared de al lado de la puerta, como si supiese que iba a intentar mirarlo a pesar de su orden.

—Esta es la última regla que debes saber —dice—. Bajo ninguna circunstancia has de poner jamás los ojos sobre mi persona.

—¿Qué? —susurro, mientras hago un esfuerzo supremo por evitar mirar hacia atrás de nuevo.

—Oren me informó de que deseabas conocerme. Te estoy dando ese gusto, como es ahora mi obligación. Sin embargo, solo lo haré si juras no mirarme nunca.

Las butacas tienen sentido ahora. Me pregunto si está horriblemente desfigurado. A lo mejor solo es vergonzoso hasta un punto enfermizo. Sea cual sea la razón, no tengo ningunas ganas de hacerlo sentir incómodo.

—Me parece bien. —Tomo asiento en la butaca que da hacia las ventanas, con la espalda hacia la puerta—. Te agradezco que te hayas tomado el tiempo de reunirte conmigo.

Oigo sus pasos por el suelo. Da zancadas largas, una confirmación más de que es tan alto como sospechaba. Sus pisadas también son ligeras, casi silenciosas. Camina como lo hago yo, como si tratara de no hacer ni un ruido. No puedo imaginarlo como un hombre muy musculoso, dadas sus pisadas. No… lo imagino como alguien largo y espigado. No mucho mayor que yo, a juzgar por la fuerza de su voz. Trato de captar un atisbo de él en el reflejo acuoso de las ventanas, pero la habitación ya está demasiado oscura para eso. Es poco más que una sombra borrosa que se mueve detrás de mí.

La butaca detrás de mí suspira con suavidad bajo su peso. Se me ponen de punta los pelillos de la nuca. Nunca he sido más consciente de la presencia de alguien. Nunca he estado más tentada de hacer nada aparte de girarme para comprobar si todas mis conjeturas sobre él son acertadas.

—Bueno, ¿de qué querías hablarme? —pregunta, un poco seco.

—Solo quería conocerte, eso es todo —admito—. Parecía un poco

extraño estar casada con alguien sin haberlo… —Me callo antes de decir «sin haberlo visto»—. Sin haber hablado con él —digo a cambio.

—Te has casado conmigo sin haber hablado conmigo, ¿por qué importa ahora?

No logro distinguir si ese hecho le duele o no. ¿Esperaba que rogara y suplicara verlo antes de firmar los papeles? ¿Es consciente siquiera de que mi destino quedó sellado con el trazo de una pluma que ni siquiera sujetaba yo?

—Vamos a pasar la vida juntos —digo—. Me gustaría hacerla lo más agradable posible.

—Aquí no hay nada agradable.

Vaya, parece que mi marido es *muy* alegre. Pongo los ojos en blanco, agradecida de que no pueda ver mi expresión.

—Tienes una casa muy bonita, la riqueza suficiente para hacer lo que te plazca, nadie te dice lo que debes hacer…

—No creas que me conoces —me interrumpe con brusquedad.

—Estaría contenta de conocerte, si me das la oportunidad.

—No tengo ningún interés en que me conozcas, porque yo no tengo ningún interés en conocerte a ti. Este es un acuerdo formal, nada más. No eres más que un trato que tengo que cumplir.

Cierro las manos sobre mi vestido a la altura del pecho, como si tratara de escudarme físicamente de una herida invisible. ¿Qué esperaba? ¿Qué era lo que había deseado en realidad? ¿Un gran romance? *Já*. El tipo de amor que aparece en las historias que leen las jovencitas no es real. He sido testigo del «amor» entre mi padre y Joyce. *Ese* es el único amor verdadero, y no es algo que desear.

No, no quería que me quisiera. Pero, quizás, había esperado que no me consideraran una carga, por una vez.

—Muy bien —digo en voz baja.

—¿Algo más? ¿O ya estás satisfecha?

—Estoy satisfecha.

—Bien. Espero que no me des ningún problema mientras estés aquí. Obedece las reglas y no te faltará nada mientras tú, o yo, caminemos por este plano mortal. Nunca más tendrás que cruzarte conmigo.

La butaca cruje un poco cuando se levanta, sus pisadas se alejan.

Desearía tener algo más que decir, o una imagen clara de lo que quiero. Pero el hecho es que nunca se me ha permitido querer nada en toda mi vida. Me han dicho lo que puedo y no puedo tener durante tanto tiempo que cualquier destreza innata de las personas para tomar ese tipo de decisiones, yo la he perdido. Se ha marchitado y ha muerto por no haberla utilizado nunca.

Me quedo sentada al menos diez minutos más después de estar segura de que se ha marchado. Me limito a contemplar el bosque oscuro. Ha caído la noche y la luna se está poniendo, así que es casi imposible distinguir las oscuras siluetas en torno al bosque. Cuanto más miro, más tengo la extraña sensación de que *algo* me está devolviendo la mirada.

Incapaz de soportar la inquietud ya más, me dirijo hacia mi propia habitación. Sin embargo, cuando salgo al pasillo, oigo pisadas en el vestíbulo principal. Mi cabeza se gira despacio hacia la puerta que sirve de entrada a mi ala. Contra todo mi buen juicio, camino con sigilo hasta ahí y aprieto la oreja contra la puerta.

Oigo voces amortiguadas al otro lado, pero no consigo entender lo que dicen. Las palabras son extrañas, extranjeras, pronunciadas en un idioma que no reconozco. Me acerco en silencio a una de las ventanas que da a la entrada circular. Está desierta. Ya ni siquiera está ahí aparcado el carruaje que me ha traído hasta aquí.

¿Quién está ahí?, me pregunto. *¿Acaso vive más gente aquí?* Oren hizo que pareciese que solo estábamos los tres en la mansión. ¿Me habría mentido? Y si era así, ¿por qué?

Obedece las reglas y no te faltará nada, había dicho lord Fenwood. Oren también había dejado esas reglas claras: no he de salir de mi ala de noche, oiga los ruidos que oiga. Haga lo que haga el lord a altas horas de la noche no es asunto mío.

Muy bien. No me importa ser más una invitada de larga duración que esposa.

Me retiro a mi habitación y me preparo para irme a la cama. El colchón y el edredón son de las cosas más cómodas que he sentido en la vida y enseguida me sumo en un sueño apacible…

Solo para despertar a la hora o así al oír unos gritos escalofriantes.



Cuatro

Me siento de golpe, aferrada a mis mantas como si fuesen una armadura. Los gritos paran igual de deprisa que han empezado y resuenan solo en mis oídos. Tengo el corazón acelerado, la respiración superficial y agitada. Miro hacia la puerta mientras me pregunto si algún bandido, o algo peor, está a punto de irrumpir por ella para asesinarme en mi cama.

Sin embargo, no sucede nada. Todo está en calma y silencioso una vez más. No hay ni una brisa siquiera para remover los árboles del bosque en el exterior. Tampoco oigo los cantos de los insectos nocturnos ni los suaves crujidos de una casa vieja.

No sé cuánto tiempo me quedo sentada de ese modo, pero es el tiempo suficiente como para que los músculos de mi espalda empiecen a sufrir calambres por mantener una posición tan erguida y rígida. Suelto el aire y trato de quitarme de encima algo de la tensión mientras salgo de debajo de las mantas. Echo un chal por encima de mis hombros, me apoyo contra la pared de mi habitación y escucho. Sigo sin oír nada.

Consciente de que debo de estar loca por arriesgarme a salir, abro la puerta una rendija. Una luz de luna grisácea, poco más que una vela solitaria tratando de iluminar el pasillo entero, entra por las ventanas.

Miro a mi alrededor y no veo a nadie.

Cruzo el pasillo a la carrera y me apoyo contra la pared, al lado de una de las ventanas que da a la entrada circular. Me asomo afuera. La gravilla está desierta y lisa, como si Oren acabase de rastrillarla. Sigo andando, como si quedarme parada demasiado tiempo a la luz de la luna fuese a convertirme en un objetivo en esta noche fresca y tenebrosa.

Cuando por fin llego a la puerta del final del pasillo, aprieto la oreja contra la madera. No hay voces, no hay movimiento y no hay gritos. Mis manos se posan en el picaporte, temblorosas. Me han dado cuatro reglas muy claras, pero eso fue antes de oír los gritos. ¿Y si se está produciendo un ataque? ¿Y si tenemos problemas?

Empujo el picaporte hacia abajo. No se mueve. Estoy encerrada.

Tengo el corazón en la garganta mientras retrocedo para alejarme de la puerta. Sacudo la cabeza y le suplico en silencio a nadie en particular. Ya no estoy en el pasillo. Estoy en el largo armario de debajo de las escaleras de la mansión de mi familia. La puerta está cerrada. Helen me dice que Madre ha tirado la llave y que jamás volveré a ver la luz del día.

Corro de vuelta a mi habitación y me hago un ovillo en la cama, con las rodillas pegadas al pecho. Me paso la noche entera con la vista clavada en las ventanas que dan al oscuro bosque y me recuerdo que si necesitara escapar, si de verdad lo necesitara, siempre podría romperlas. Tengo una vía de salida.

Aunque esa vía de salida vaya a parar al bosque en el que le he jurado a todo el mundo que no entraría jamás.

Cuando por fin llega la mañana, respiro un poco más relajada. No ha habido más sonidos. No han pasado más cosas extrañas en toda la noche.

Me aventuro hasta el cuarto de baño que inspeccioné solo unos instantes la víspera. Es la tercera puerta del pasillo, lo que lo sitúa entre el estudio y mi dormitorio. Es una sala extraña con agua que fluye caliente y fría del grifo por arte de una magia que no entiendo. Pongo a prueba este fenómeno dos veces durante mis ablaciones matutinas. Ambas veces el agua echa humo si la dejo correr el tiempo suficiente.

Desde luego que este es un lugar extraño.

Vestida y preparada para el día, recorro el pasillo con mucha más confianza a la luz diurna de la que sentía la noche anterior. El picaporte de la puerta gira con suavidad para darme acceso al resto de la casa. Salgo fuera y me veo atraída hacia el comedor por el olor a pan recién horneado.

Me han dejado un plato preparado. Dos huevos fritos sobre rebanadas de pan tostado, media salchicha a su lado. Es un desayuno digno de una reina y doy rápida cuenta de él.

Eso sí, no hay señal de Oren, ni de lord Fenwood, y había tenido la esperanza de toparme con uno de ellos. Me pregunto si hubo un accidente la noche anterior que los haya incitado a partir temprano por la mañana y tomar el carruaje para ir a la ciudad.

El grito aún reverbera en mis oídos.

Cuando termino, recojo mis platos y me dirijo a la puerta lateral por la que vi salir a Oren la noche anterior. Como era de esperar, conduce a una cocina bien equipada. No puedo reprimir mis instintos y examino los productos secos y envasados de la despensa. Hay cosas suficientes para alimentar a diez personas durante dos inviernos, con holgura. Hay otra puerta que conduce abajo, al sótano que supongo que hace las veces de fresquera. No soy lo bastante valiente como para aventurarme a entrar en la oscuridad después de lo de la noche anterior.

Camino a lo largo de una mesa de trabajo hasta el fondo de la sala, donde hay un gran fregadero encastrado en la encimera, y lavo mis platos. Las baldas descubiertas alineadas por la pared de enfrente de la chimenea me permiten devolver los platos a su sitio habitual sin problema. Regreso al comedor, medio esperando que Oren estuviese ahí, dispuesto a regañarme por atreverme a mover un solo dedo.

Pero sigue sin haber nadie.

El silencio es insoportable. Sobre todo porque los últimos sonidos que he oído en esta casona fueron esos gritos. Me dirijo de vuelta a mi dormitorio con propósito renovado. No puedo quedarme en este edificio ni un segundo más. No puedo vivir con ese sonido como mi única compañía.

Me cambio de ropa. Elijo un vestido mucho más sencillo, uno que

solo me llega hasta las rodillas para que no se quede enganchado en las zarzas y con altas rajas por los lados para darme movilidad. Debajo, llevo un par de resistentes pantalones ceñidos. Agarro mi laúd, me lo cuelgo del hombro y recorro el camino de vuelta hasta la entrada principal.

Me detengo delante de la puerta y me repito las reglas que me dio Oren. Ahora mismo tengo derecho a salir. Es de día. Y solo voy a investigar la parte delantera de la mansión, no la de atrás. La cosa entra dentro de sus parámetros; estaré a salvo. Miro despacio hacia atrás. Puede que incluso esté más a salvo que aquí dentro.

La mañana es fría y refrescante. El aire, incluso al pie de las montañas, parece más ralo y ligero. Puedo oler el denso olor a pino del bosque detrás de mí. Los pequeños arbolitos que conforman el bosque delante de mí palidecen en comparación con sus antepasados.

Por curiosidad, sigo un ramal del camino de entrada. Gira en torno al edificio y, como era de esperar, acaba en una cochera y unos establos. Los caballos están en sus cuadras. El carruaje aparcado. O sea que no han ido a la ciudad, según parece.

Casi voy hacia los caballos, pero lo pienso mejor de inmediato. Me recordarán demasiado a Misty, y esa herida está todavía demasiado reciente. En lugar de eso, doy media vuelta y echo a andar por el camino hasta la verja de entrada. Está cerrada y la gravilla no muestra señal alguna de que nadie haya sacado el carruaje esta mañana. Aunque tampoco es que sea una gran rastreadora (de haberlo sido, tal vez mi familia hubiese comido mejor), o sea que es difícil estar segura.

Me siento más valiente, así que camino a lo largo del muro entre la maleza y las zarzas. Mis robustas botas de trabajo me dan un buen agarre. En algún punto entre el muro, la mansión y el camino de entrada, llego a un claro. Flechas de luz solar golpean el suelo en rayos que perforan la menguante cubierta vegetal en lo alto. El invierno que se aproxima está haciendo que estos árboles tiren las hojas, que han quedado desperdigadas por el suelo en tonalidades naranjas y rojas. En el centro del claro hay un tocón inmenso. Debía de pertenecer a uno de los árboles viejos, talado hacía mucho tiempo para evitar que arraigara demasiado profundo en tierras cultivables.

Me siento y apoyo un tobillo sobre la rodilla contraria con el laúd

en el regazo. Sujeto el mástil con una mano y rasgo las cuerdas con suavidad con la otra. Está desafinado. Por supuesto que lo está, han pasado semanas desde que lo toqué por última vez. Hago mis ajustes y rasgueo de nuevo, hasta que quedo satisfecha.

Aprieto con las yemas de los dedos y toco una sola nota que dejo que se sostenga en el aire. Tarareo y ajusto el tono de mi voz hasta que se corresponde con el sonido reverberante del cuerpo del laúd. Dejo que la armonía se diluya y me tomo un descanso antes de que mis dedos comiencen a danzar sobre las cuerdas.

Punteo, punteo, punteo, rasgar. La introducción sube y sube hasta parar en un repentino silencio. Después, la primera nota. Canto con la segunda.

«Te conocí,
cuando los árboles
ardían.

Te vi,
cuando no
mentías».

Un breve interludio. Me mezo al son de la música. Al mismo ritmo que los árboles y brisas que completan mi alegre *troupe*. Sigo rasgando las cuerdas cuando llegamos al coro.

«Nuestra canción, cabalgó sobre neblinas de altas montañas». Cierro los ojos y siento la música dentro de mí en la misma medida que a mi alrededor. El bosque se ha sumido en un silencio cauto, como si me escuchara tocar. Hacía una eternidad que no tenía un sitio donde tocar y cantar. *«Nuestra canción, rondaba por criptas de reyes de antaño».*

Muevo los dedos sobre el mástil para hacer la transición de vuelta al verso. Toco ahora cada nota en armonía mientras encuentro la melodía de nuevo.

«Te vi,
cuando el…»

—Vaya, menuda sorpresa.

Solo he oído su voz una vez antes, pero aun así la reconocería en cualquier parte. Su resonancia es más grave que la cuerda de un bajo. Más rica que el chocolate negro. Doy un respingo, sobresaltada, y giro la cabeza hacia atrás por instinto.

—No mires —me recuerda.

Miro hacia delante a toda prisa.

—No he visto nada. Bueno, solo tu hombro otra vez. —Está escondido detrás de un árbol.

—Vas a conseguir que piense que tienes algún tipo de obsesión con mis hombros.

Suelto una carcajada suave y le sigo el juego.

—Bueno, por lo que he podido ver, son hombros bastante bonitos.

Es su turno de reírse. El sonido es tan brillante como la luz del sol y tan suntuoso como el terciopelo. Tengo que forzar a mis manos a quedarse quietas para no intentar armonizar con ella por instinto. Sé lo irritante que soy con el laúd en las manos.

—No sabía que supieras tocar el laúd.

—Sospecho que hay mucho que no sabemos el uno del otro. —No había parecido interesado en abrirse la noche anterior para descubrir cosas así.

—¿Dónde aprendiste esa canción?

—No estoy segura… —El sabor a metal explota en mi boca, como si acabara de comer algo quemado o me hubiese mordido la lengua y ahora tuviese sangre por dentro de los carrillos. Odio mentir. Siempre que alguien intenta mentirme a mí, noto olor a humo. Siempre que yo miento, noto sabor a metal. De un modo u otro, las mentiras son cosas desagradables que procuro evitar a toda costa—. Debí de oírla en alguna parte cuando era muy pequeña. Hace mucho que la conozco. —Las medio verdades son más fáciles.

Fue mi madre la que me enseñó esa canción. Era mi nana. Pero según me fui haciendo mayor y Joyce entró en nuestras vidas, mi

padre me decía siempre que mantuviese en secreto las cosas que mi madre me había enseñado.

—Supongo que ese tipo de canciones viejas tienen su propia forma de perdurar en sitios como este.

—Supongo que sí. —Agarro el laúd en ademán protector—. ¿Pasa algo por que la estuviera cantando?

—¿Por qué iba a pasar nada?

Pienso en Helen, en mi madre, y en sus regañinas. Los ánimos de Laura son poca cosa en comparación.

—No canto muy bien, tampoco toco muy allá.

—No estoy seguro de quién te dijo eso, pero mentían. Eres excepcional.

El aire todavía está fresco y despejado; no noto olor a humo en la nariz. *No está mintiendo.* De verdad cree que lo hago bien.

—Gracias.

—¿Quieres terminar la canción para mí? Hace mucho tiempo que no la he oído —dice con suavidad. Oigo en su voz lo inseguro que está al preguntar. Lo vacilante. Tal vez se sienta mal por cómo me trató la noche anterior.

—Solo si me contestas una pregunta primero.

—Dime.

—Ayer por la noche… oí gritos. Bueno, un grito. Terminó deprisa… ¿Va todo bien?

Su vacilación es horrible.

—¿Es posible que tuvieras una pesadilla?

—Sé lo que oí.

—Yo no grité ayer por la noche.

—No he dicho que fueses tú. —No soporto sus evasivas. La forma en que me está hablando ahora mismo es igual que cuando Joyce me hablaba con tono de superioridad, cuando me decía que estaba equivocada cuando yo sabía muy bien que no lo estaba. Cuando buscaba cualquier excusa para explicar o restarle importancia a lo que pensaba o sentía—. Fui a investigar, pero no pude porque la puerta estaba cerrada con…

—¿Trataste de salir de tus dependencias por la noche? —Hay casi un gruñido al final de la pregunta. La ira es un ente palpable y puedo

sentir cómo emana de él—, Hay unas reglas *explícitas* para tu propio bienestar.

Me gustaría lanzarle una mirada ceñuda. Me gustaría poder mirarlo a los ojos y decirle lo poco razonable que es encerrarme como a un animal por la noche.

—Quizás no hubiese tratado de salir si no hubiera oído gritos. Creí que estaba en peligro.

—Eso es precisamente la razón de que te dijeran que no hicieses caso de nada de lo que oyeras. No estás en peligro. El resto no es asunto tuyo.

—Pero…

—Aquí estás *segura*. —Esas palabras deberían ser tranquilizadoras, pero la manera en que las dice, llenas de semejante ira, dolor y frustración… Casi suena como si la seguridad me la diera a regañadientes. Como si le doliese cuidar de mí. En verdad soy más protegida que esposa. La misma carga que he sido siempre.

—Si estoy segura, entonces no tienes por qué encerrarme en mi ala.

—Está claro que sí, puesto que no eres capaz de seguir unas instrucciones simples.

—*No* soy tu prisionera.

—Pero ¡eres mi responsabilidad! —El arrebato silencia incluso a los pájaros. Los oigo emprender el vuelo para evitar este incómodo enfrentamiento—. He jurado protegerte. Y eso es lo que estoy haciendo.

Inspiro por la nariz y dejo salir el aire como un suspiro. Mis párpados aletean antes de cerrar los ojos. Si hay una cosa que Joyce y mis hermanas me han enseñado es a cómo dejar pasar las cosas y seguir adelante. Reprimir la ira solo empeora las cosas a largo plazo. La mayor parte del tiempo, intento escuchar mis propios consejos.

—Por favor —digo, con el tono más neutro posible. Procuro imbuir hasta la última gota de dolor invisible a esas dos palabras. Es lo más parecido a una súplica de lo que quisiera estar nunca—. No puedo sentirme como un animal atrapado. Te juro que, pase lo que pase, no saldré de mis dependencias de noche. Así que, *por favor*, no cierres la puerta con llave.

—¿Cómo sé que vas a cumplir tu palabra? —Suena escéptico. No puedo culparlo. Es verdad que me impuso solo cuatro reglas y ya he reconocido que traté de infringir una la noche anterior.

Desearía poder mirarlo. Desearía poder ver su expresión, poder sostenerle la mirada y demostrarle que estoy siendo sincera. ¿Cómo comunico esas cosas cuando no puedo mirar a la cara de la persona con la que estoy hablando?

—Supongo que simplemente tendrás que confiar en mí.

Se ríe con suavidad.

—Confianza… Una cosa muy difícil de darle a *los de tu especie*.

—¿Tanto te ha quemado una mujer? —Me arrepiento al instante de cómo he dicho eso. Por lo que sé, ya ha tenido una esposa antes. Tal vez *sí* que lo quemara. Tal vez su rostro está tan desfigurado que no permite que nadie lo mire. Me duele la espalda, así que enderezo mi postura.

—Quizás sea de eso de lo que trato de protegerme.

Las palabras me dejan de piedra. Oigo el tenue susurro de «mantente lejos» y «quédate fuera» danzar entre ellas. Me pregunto quién lo hirió. Un golpe como el que él ha soportado, como el que he soportado yo, no necesita dejar cicatrices físicas; es mucho más profundo que la carne.

—Juraste que nunca me faltaría nada. Me *falta* tener la puerta abierta. —Juego mi última baza y espero, curiosa por ver si funciona.

Deja escapar una risa sombría. Noto que quiere resistirse y aun así…

—*Muy bien*. Pero has de saber que en el mismo momento que salgas de esas dependencias de noche ya no podré garantizar tu seguridad.

—Trato hecho. —Oigo que hace ademán de marcharse. Unas hojas crujen bajo sus pies ligeros. Me pregunto qué hacía aquí fuera para empezar. No podía estar comprobando que yo estaba bien—. Espera.

—¿Y ahora qué?

—No has terminado de oír la canción. —Recoloco el laúd en mi regazo y aún evito mirarlo—. ¿Te gustaría?

—Sí. —La palabra va envuelta en un anhelo sombrío que me hace preguntarme qué significa para él esta vieja canción folclórica. Ajusto

mis manos y empiezo a tocar de nuevo.

Cuando la última nota se pierde entre los árboles, sé que hace largo rato que se ha ido.



Cinco

Sigue habiendo ruidos por las noches, pero cada vez se me da mejor ignorarlos. Por suerte, en la semana que ha pasado, no ha habido más gritos. Una noche oí una música tenue acentuada por campanas justo cuando estaba a punto de dormirme, como si llegara flotando hasta mí desde un lugar muy lejano. Otra noche oí golpes sordos y gruñidos que hacían retumbar la puerta a la entrada principal. Y aun otra noche, oí risas emanar desde una zona alejada de la mansión.

Es curioso lo deprisa que uno se acostumbra a algo. Ahora, ya apenas me despierto por los sonidos extraños. La primera noche después de que lord Fenwood y yo habláramos, comprobé la puerta que daba acceso a mi ala. El picaporte giró. Había hecho lo que le había pedido, así que mantuve mi palabra y no la abrí. Después de eso, nunca he dormido mejor.

Durante una semana, encuentro una especie de paz extraña en la rutina repetitiva de mis días. Es agradable que nadie te mangonee ni espere cosas de ti desde el amanecer hasta el anochecer. Puedo pasear entre la maleza y tocar en mi claro sin preocuparme de nada. Una o dos veces, juraría haber percibido la presencia de lord Fenwood escuchando otra vez. Pero si es así, no revela su presencia.

Entonces, la paz se diluye para convertirse en monotonía.

Hoy, el séptimo día desde mi llegada, me despierto y me quedo en la cama. No tengo energías para hacer nada más que contemplar el techo. ¿Para qué salir de la cama cuando no hay nada que hacer? Al menos en mi casa tenía un objetivo. Todos los días había algo que hacer, algún trabajo de mantenimiento necesario con el que ocupaba mis manos y me hacía sentir realizada al final del día. Como muy poco, tenía a Misty a la que cuidar y montar.

Cuando me casaron, había esperado encontrar un nuevo propósito en la vida. Sentía cierta aprensión sobre si ese propósito me *gustaría* o no, pero construir un hogar y una familia sería algo en lo que trabajar y a lo que aspirar. No tener nada que hacer se está volviendo un bodrio tremendo.

—Hoy no has ido al bosque —me dice Oren durante la cena mientras llena mi copa. Me sorprende que se haya fijado en mis costumbres. Solo interactuamos al principio y al final del día, y nunca lo he visto entre medias, aunque hemos empezado a tutearnos.

—No… —Revuelvo las patatas por mi plato con un tenedor—. No tenía ganas.

—¿Va todo bien?

—Sí. Bu… bueno, no estoy segura, en realidad.

—¿Estás incómoda? —Parece sorprendido de que pueda tener alguna razón para estar molesta o turbada. No puedo culparlo. Estoy rodeada de un paraíso cómodo, donde todo lo que tengo que hacer es pedir algo y mi deseo se cumple.

—No, para nada. —Me río con amargura—. A lo mejor ese es parte del problema. Tal vez estoy tan acostumbrada a estar incómoda que no tengo ni idea de lo que hacer conmigo misma ahora que esa incomodidad ha desaparecido.

—¿Hay algo que pueda traerte?

—Nada que traerme… pero podrías hacer algo por mí. ¿Te importaría preguntar si lord Fenwood estaría abierto a tomar una copa conmigo esta noche?

Sus finas cejas grises se fruncen mientras me mira con sus ojos vidriosos.

—Puedo preguntárselo.

Me pregunto qué ha querido decir esa expresión indescifrable

durante el resto de la cena. Oren no vuelve. Llevo mi plato a la cocina, lo lavo como he hecho después de la mayoría de las comidas y lo devuelvo a su sitio. De camino de vuelta a mi habitación, veo que la puerta de mi estudio está abierta. Las dos butacas esperan y sendos vasos con perlas condensadas descansan sobre mesas a sus lados, llenos de una bebida fría.

Ocupo mi butaca a toda prisa. Me siento y luego me muevo un poco hasta ponerme cómoda. Después, agarro los reposabrazos y me echo atrás para apretar la cabeza contra el cuero. Aunque el lord me sobresalte hoy, no voy a mirar. Quiero que esta reunión vaya lo más suave posible. No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba hacer una conexión genuina en mi nueva casa hasta este mismo momento. Puede que no quiera amor del hombre… pero amistad, un objetivo compartido o cierto entendimiento. Eso me bastaría, creo. Incluso en los peores momentos de nuestra mansión familiar, tenía a Laura.

Oh, dulce Laura. Todos los días me pregunto qué tal estará.

—¿Has solicitado verme? —Esa voz sensual me saca de golpe de mis pensamientos. Me pregunto si sabe que, aparte de lo espantoso que se pueda imaginar, con una voz así podría seducir a cualquier hombre o mujer.

—Así es. Pensé que podíamos compartir una bebida. —Levanto mi vaso por un lado para que pueda verlo. Oigo el susurro de sus pisadas acercarse. Sin previo aviso, su vaso entrechoca con suavidad contra el mío. Está cerca; si girase la cabeza podría verlo. Pero no lo hago. Una vez más, el fuego arde tan tenue que todo lo que puedo distinguir de él en la ventana es una sombra alta—. ¿Por qué estamos brindando?

—¿Qué tal por el hecho de que he conseguido mantenerte con vida durante todo este tiempo? —se ríe en tono sombrío. Yo también me río.

—No soy *tan* imprudente.

—Pero yo sí lo he sido. —La butaca detrás de mí se mueve cuando se sienta en ella.

—¿Ah, sí?

—Sobre todo en mis años de juventud. —Los hielos tintinean en su vaso cuando bebe un trago—. He sido la causa de muchos quebraderos

de cabeza para Oren en todo el tiempo que lleva cuidando de mí.

—¿Oren lleva mucho tiempo contigo?

—Sí, ha cuidado de mí desde que era un bebé.

—¿Conociste a tus padres? —pregunto en voz baja, del todo consciente de lo difícil que puede ser este tema.

—Sí.

—¿Hace cuánto tiempo que murieron? —Mantengo la vista fija en el líquido color limón de mi vaso.

—¿Qué te hace pensar que están muertos?

—Lo oigo en tu voz. La gente utiliza un tono determinado cuando ha perdido a un ser querido. Esa pérdida deja un vacío que le da a todo un tono hueco cada vez que habla de ello. —Bebo un sorbito para intentar eliminar ese sonido de mi propia voz—. *Oh*, esto está buenísimo. Y dulce, como la miel.

—Es hidromiel. No es la mejor botella que tengo, pero desde luego que tampoco es la peor. —Esbozo una leve sonrisa al pensar en él escogiendo una botella solo para esta reunión en algún almacén polvoriento—. ¿A quién has perdido tú? —pregunta. Mi sonrisa se esfuma.

—A los dos —musito—. Mi madre murió cuando yo era muy pequeña. Mi padre decía que no estaba hecha para este mundo, que era demasiado buena para él. Pero que era afortunado porque al menos me dejó a mí atrás para él.

—¿Y tu padre?

—Dirige… dirigía… una empresa comercial, como sabes… —Dejo la frase a medias. Su muerte está más fresca. He intentado no pensar en ella, guardarla en la misma caja que ocupa la pérdida de mi madre, pero no es lo mismo. Con mi padre he tenido una vida. Madre no es más que recuerdos desvaídos y emociones grabadas a fuego en mi mismísima alma.

Lord Fenwood es paciente, me permite perderme en mis pensamientos durante unos minutos.

—Joyce, su mujer, le pidió que empezara a ocuparse del negocio de manera más directa, que fuese en sus barcos mercantes. Se ausentaba tan a menudo que había semanas en las que tenía que hacer verdaderos esfuerzos por recordar los detalles de su cara. Entonces…

el barco en el que iba se hundió. Nadie encontró los cuerpos, así que hubo esperanza, durante un rato. Pero ya ha pasado tanto tiempo…

—Lo siento muchísimo. —Lo dice en serio. En ninguno de nuestros encuentros he olido una sola mentira en su aliento. Me doy cuenta de que todas y cada una de las cosas que me han dicho en esta casa han sido tan verdad como la lluvia.

—He sobrevivido.

—Como hacemos todos.

Aunque estamos sentados espalda contra espalda, imagino el aspecto que debe tener detrás de mí. ¿Está recostado hacia atrás en su butaca como lo estoy yo en la mía? Si alguien nos mirara desde el lado, ¿daría la impresión de que tratamos de apoyarnos el uno en el otro, desesperados por tener algo de apoyo? Aislados en un mundo en el que nos han separado de aquellos a los que más queríamos.

—Oren me ha dicho que estás consternada. ¿Es el aniversario del fallecimiento de uno de ellos?

Niego con la cabeza.

—No —digo, cuando me doy cuenta de que no puede verme—. No, mi madre murió a principios del otoño y mi padre fue en verano.

Decirlo en voz alta me hace percatarme de lo cercano que está el primer aniversario de su muerte y de lo mucho que ha cambiado mi vida en un año. Debería estar más triste, creo. Pero he sentido algunas emociones con tal intensidad que creo que se han quemado y no han dejado atrás más que los bordes chamuscados de mi corazón.

—Y puede que «consternada» sea una palabra demasiado extrema —me fuerzo a continuar—. Supongo que quiero algo que hacer, algún tipo de propósito aquí.

—No necesitas *hacer* nada, solo disfruta del lujo que me puedo permitir proporcionarte.

—Es justo eso, no estoy hecha para vaguear y disfrutar de lujos.

—Eres la hija primogénita de un gran comerciante. —Se ríe un poco—. Oren me habló de vuestra casa. Conozco el lujo al que estás acostumbrada.

—Sigues sin saber nada de mí —le recuerdo de un modo innecesario y con un deje un pelín cortante—. Y si Oren pensó que nuestra hacienda era lujosa, entonces deberías hacer que le

examinaran la vista. —Su silencio me insta a continuar—. La casa se mantenía en pie a base de clavos, yeso y plegarias. Lo sé de buena tinta, puesto que yo era la responsable del mantenimiento.

—¿Tú?

—Sé que no lo parezco, pero en realidad soy bastante mañosa, si es que puedo decirlo yo misma; sé hacer bastantes cosas en materia de arreglos y mantenimiento. Ninguna de ellas con una calidad excepcional, he de admitir, pero lo bastante bien. No puedo preparar un festín, pero sí puedo asegurarme de que la comida sea lo bastante sabrosa como para que no pases hambre. No puedo construir una casa, ni explicar los detalles arquitectónicos más sofisticados, pero puedo decirte cuándo se va a desplomar un tejado y dónde deberías apuntalarlo para que dure otro invierno y haya el dinero suficiente para contratar a un verdadero constructor. —Me paso el vaso de una mano a otra mientras pienso en todas las cosas que aprendí por necesidad. Parte de mí siente el repentino impulso de explicar la crueldad de Joyce como una especie de lección equivocada. Sacudo la cabeza y bebo otro sorbo de aguamiel. Sus intenciones no importan cuando su manera de ejecutarlas fue tan miserable. Estoy intentando otorgarle méritos que no se merece.

—Entonces, ¿estás diciendo que preferirías ser mi sirvienta a ser mi esposa?

—No —exclamo, tan deprisa y con tal brusquedad que lo oigo moverse incómodo en su butaca. Ni siquiera me disculpo por mi tono —. *Nunca jamás* volveré a ser la sirvienta de nadie.

Oigo cómo inspira con suavidad.

—Me disculpo por cómo me he expresado. Yo nunca te convertiría en una.

Otra verdad. Suelto un suspiro de alivio.

—Pero sí me gustaría tener un propósito de algún tipo. Me gustaría sentirme útil al menos. Me gusta tener las manos ocupadas.

—Hablaré con Oren para ver si hay alguna tarea que crea que podrías hacer.

—Gracias. —Levanto la vista hacia el techo y deseo que hubiese un espejo, desearía poder verlo con más claridad—. ¿Qué haces tú para ocupar las horas de tu día?

Se ríe otra vez y lo oigo beber un trago.

—¿Yo? Trato de convertirme en rey.

Me río con él. Sin embargo, lo raro es que no hay ni asomo de humo en el aire. Está diciendo la verdad.

Pero hace años que estas tierras no han tenido un rey. ¿De qué pretende ser rey? No encuentro el valor de preguntárselo durante el resto de nuestra agradable conversación.



A la mañana siguiente, Oren me espera después del desayuno. Casi dejo caer mis platos al suelo de la cocina por la sorpresa al verlo.

—Casi haces que se me pare el corazón. —Suelto un gran suspiro y procuro calmar mis nervios de repente acelerados.

Oren continúa retirando con una palita la ceniza de la chimenea. Al fondo aún hay pequeñas brasas humeantes, listas para ayudar a volver a prender el fuego.

—Tengo más razones para estar aquí que tú.

—Aun así, nunca lo estás.

—¿Cómo crees que se prepara tu comida? —Me mira mientras cruzo la sala hasta el fregadero. Espero que me diga que no friegue los platos, pero no lo hace. Tal vez sea porque llevo ya una semana haciéndolo y sabe que no servirá de nada impedírmelo. O tal vez sea por algo que lord Fenwood le dijo ayer por la noche.

—No lo sé —reconozco—. Suponía que habría algún tipo de cocinero. —Me encojo de hombros y abro el agua para concentrarme en los platos en lugar de en él. Me muero por saber si hay más gente en esta casa o no, pero no quiero curiosear de un modo demasiado obvio. Ya sé que eso no surtirá demasiado efecto.

—No lo hay.

—Entonces, tienes una mano maravillosa para los aderezos. —Le lanzo una sonrisa. Oren se ríe al tiempo que termina de volcar la ceniza en el cubo de metal.

—Estás tratando de halagarme para caerme bien.

—Estoy diciendo la verdad. —Cruzo la sala para dejar libre el fregadero de modo que pueda lavarse las manos. Está cubierto de

hollín hasta los codos—. Además, no creía que te cayera mal. ¿Necesito hacer esfuerzos por caerte bien?

—Supongo que tenerte aquí no ha sido tan malo como esperaba.

—Un respaldo rotundo —digo con sequedad.

Hace caso omiso de mi comentario, cierra el agua y tarda un poco demasiado en secarse las manos. Me pregunto qué está pensando.

—El señor desde luego que está intrigado por ti.

Una sensación cosquillosa recorre todo mi cuerpo, como el rubor cálido de una bañera un pelín demasiado caliente. ¿Por qué me emociona la idea de que lord Fenwood esté *intrigado* por mí? Intento reprimir esa sensación antes de que llegue a mis mejillas.

—¿Qué te hace pensar que esté «intrigado» por mí? —La curiosidad se apodera de mí y no puedo evitar preguntárselo. Tengo que saberlo.

—Cada vez pregunta más por ti y no lo he visto pasar tanto tiempo con una persona nueva desde hace años.

Apenas ha pasado tiempo alguno conmigo. Si esta es su definición de pasar mucho tiempo con alguien, es un milagro que no se haya vuelto un ermitaño loco aquí afuera.

—Bueno, pues puedes informarle de que yo también disfruto del tiempo que paso con él. Me siento mucho menos sola cuando tomamos una copa juntos por la noche.

—Se lo diré. —Oren se dirige hacia la puerta lateral de la cocina, el cubo de cenizas en la mano—. Ahora, ven. A pesar de mis protestas, el lord me ha informado de que hoy tienes trabajo que hacer.

—¿En serio? —No puedo ocultar mi emoción mientras corro detrás de él. No obstante, me paro en seco en el umbral de la puerta de atrás —. Creía que no se me permitía salir a la parte de atrás de la casa.

—*Esta* zona está bien. —Oren señala hacia el viejo muro de piedra que bordea el perímetro de la propiedad por donde se extiende detrás el ala derecha de la casa y hacia el bosque. A la tenue luz que deja pasar el follaje, veo el punto en el que termina medio desmoronado—. No puedes cruzar por donde termina el muro bajo ninguna circunstancia. Nuestra protección se extiende tan solo dentro de sus confines. Lo cual significa que el jardín es seguro.

El jardín está encajonado entre el muro de nuestra derecha, el ala

derecha de la mansión detrás de nosotros y el comedor tipo conservatorio al lado izquierdo. Me sorprende no haberme dado cuenta antes de que esto estaba aquí, aunque quizás se deba a que llamarlo «jardín» sea una manera un poco generosa de describir la zona. Parterres asilvestrados rebosan por los senderos agrietados cubiertos de una espesa capa de pinocha. Hay un cobertizo de madera en el rincón donde el muro conecta con la casa y que se mantiene en pie solo de milagro. Oren se dirige a lo que supongo que es el cubo del abono a su lado y vuelca dentro la ceniza.

—¿Cul… cultiváis cosas aquí fuera? —pregunto.

—Hay patatas en esta hilera —explica, mientras camina por el sendero y señala. En efecto, reconozco las hojas planas de una planta de patatas—. Allí hay zanahorias, mezcladas con el perejil. Al fondo hay romero. El arbusto de la albahaca asfixió a las tomateras el invierno pasado y después… murió. —Parece un poco culpable al respecto—. Bueno, ¿qué tal se te da la jardinería?

—Bien, supongo. —Es una afirmación un poco exagerada. Joyce me golpeó los nudillos con una vara más de una vez por los escasos productos que daba nuestra huerta. No eran las peores cicatrices que me había causado. Uno pensaría que su duro castigo me hubiese hecho excepcional. Sin embargo, me hizo meramente pasable porque solo me llenó de resentimiento por la tarea—. Pero lo que seguro que puedo hacer es adecentar este lugar, apuntalar el cobertizo, redefinir los lechos de semillas. Y si me das instrucciones acerca de las plantas, no las estropearé.

Oren parece escéptico. Estoy encantada con este proyecto y no quiero que me lo quite solo porque mi destreza con la jardinería sea mediocre. Así que añado a toda prisa:

—Prometo que no te defraudaré, Oren.

—¿Por qué no empiezas por limpiar hoy? —sugiere—. Y después veremos lo de que cuides las plantas.

—Suena genial —me apresuro a decir.

Oren me deja a solas. Es una tarea un poco abrumadora, dado el estado del jardín, pero eso solo significa que tardaré varios días en completarla. Mi mente ya ha empezado a elaborar una lista de prioridades y a imaginar todas las oportunidades que tiene este jardín.

Tal vez, si queda el material suficiente cuando acabe de repararlo todo, pueda fabricar un banco. Este sería un lugar encantador para sentarse a finales de primavera o en verano, cuando los polinizadores estén haciendo su trabajo, felices y contentos.

Me atrevo a abrir la puerta del cobertizo y casi se desploma el tinglado entero cuando lo hago. Dentro, sin embargo, encuentro un rastrillo, que es todo lo que necesito de momento. Empiezo con los caminos y amontono la pinocha al fondo del jardín. Hay una línea clara donde terminan los caminos de piedra y empieza el suelo del bosque. Empujo la pinocha hacia el suelo del bosque, pero no voy más allá.

Ya es última hora de la mañana cuando me tomo mi primer descanso. Me apoyo contra el muro y me seco el sudor de la frente. Tengo los músculos doloridos. Solo he pasado una semana ociosa y ya he perdido algo de fuerza. La rigidez de mis huesos me hace sentirme mejor aún por mantenerme ocupada. El trabajo me mantiene en marcha, lo cual me mantiene fuerte.

El sonido de un hipido llama mi atención, seguido de inmediato por un suave sollozo. Miro a mi alrededor para ver de dónde proviene y mis ojos se deslizan hacia el bosque. Allí, a lo lejos, veo a una niña pequeña con los puñitos cerrados. Se seca las mejillas mojadas, pero sin dejar de llorar.

—¿Qué dem…? ¿Qué estás haciendo ahí fuera? —le grito. Sigue llorando como si no pudiese oírme—. Niñita, ¿estás perdida?

Sigue sin haber respuesta.

Miro alrededor para intentar ver si hay alguien más en las inmediaciones. No veo a nadie. La niña lleva una bandolera colgada delante del cuerpo. ¿Quién podía haber llevado a una niña al oscuro bosque? Sé que hay hombres y mujeres que se atreven a buscar comida en su interior, pero nunca he oído de nadie que fuese tan tonto como para llevar ahí a un *niño*. Me separo del muro y voy hasta el borde del camino de piedra.

—Niñita, mira, ven aquí —la llamo, haciendo bocina con las manos.

La niña se queda parada, deja caer las manos de la cara para mirarme. Se frota la nariz con los nudillos. Y entonces corre detrás de

un árbol.

—¡No, espera! ¡No corras! —Salgo del camino para pisar sobre la mullida cama de pinocha que acabo de rastrillar—. No tienes por qué tener miedo. Intento ayudarte. ¿Has venido hasta aquí con tus padres?

Veo que asoma la carita desde detrás del árbol. Tiene el pelo de un tono dolorosamente parecido al de Laura.

—No pasa nada —le digo con voz dulce—. No voy a hacerte daño. —Deslizo la mano por el muro y camino hasta el mismísimo borde, donde se desmorona para quedar reducido a meros escombros. Me detengo—. Ven aquí.

La niña se refugia detrás del árbol.

—Por favor, aquí fuera no es lugar seguro para una niña pequeña como tú. En las cocinas hay chocolate. Puedo darte un poco si quieres. —No tengo ni idea de si hay chocolate o no, solo sé que ese soborno siempre funcionaba con Laura cuando tenía esta edad.

La niña vuelve a emerger. Veo ahora que está absolutamente mugrienta. Esperaba el barro y la tierra que cubre su ropa. No esperaba la sangre.

—¿Estás herida? —susurro.

La niña niega con la cabeza y empieza a sollozar otra vez. En mi mente, se está formando una imagen de lo que podría haberle ocurrido. Alguien debió de llevarla al bosque, ya fuera con buenas o con malas intenciones, y luego le sucedió alguna terrible desgracia de la que esta niñita, de algún modo, logró escapar. Eso también significa que en alguna parte ahí fuera, el hombre, o la bestia, o incluso el feérico que hizo eso podría todavía estarla buscando. Podría estar escondido detrás de cualquiera de estos árboles.

—Necesito que me escuches ahora. Sé una niña buena, ¿vale? —Sigue llorando. Escudriño el bosque en busca de algún peligro, luego la miro otra vez a ella—. En el castillo que hay detrás de mí estarás a salvo. Por favor, ven conmigo. El lord de esta mansión es muy amable y generoso. Él jamás te haría daño.

La niña llora aún más fuerte. Me da la sensación de ver movimiento en el bosque detrás de ella. Avanzo con mucha cautela.

—¿Puedes decirme tu nombre? —pregunto. La niña niega con la cabeza—. El mío es Katria. El bosque da miedo, ¿verdad? —Más

movimiento en la periferia de mi visión. Tengo el corazón acelerado. Tiendo la palma de una mano sudorosa hacia ella—. Vamos, toma mi mano. —No sé si la protección de lord Fenwood, sea cual sea, se extenderá también a ella, pero si la niña toma mi mano, de un solo tirón estaremos otra vez detrás del extremo desmoronado del muro. Si corro lo más deprisa posible, estaremos en el jardín en un abrir y cerrar de ojos.

La niña deja de llorar y levanta sus diminutos dedos. Mi mano se cierra en torno a la suya. Sus ojos refulgen de un amarillo intenso, como unas antorchas que se reflejaran en los ojos de un lobo por la noche.

La niña sonríe de oreja a oreja y su boca está llena de demasiados dientes, afilados como cuchillas. Tira con una fuerza que no debería poseer y me arrastra al otro lado del muro. Caigo de cabeza y suelto un gritito de sorpresa. De rodillas, hundo las manos en la húmeda cubierta de hojas en putrefacción y tierra mojada, y levanto la cabeza de golpe hacia ella.

La niña ya no está. En su lugar, hay una mujer deforme. Tiene brillantes ojos amarillos con ranuras por pupilas. Detrás de ella, se despliegan unas finas alas que arrastra por el suelo mientras camina hacia mí con unas garras huesudas. Alrededor de sus hombros se ve un turbulento manto de sombras.

Abro y cierro la boca para intentar formar palabras, pero no hay ninguna. Parpadeo varias veces, como si así fuese a desaparecer, como si así fuese a despertarme de esta pesadilla, pero la mujer está cada vez más cerca.

—Por favor, no me hagas daño —suplico con vocecilla débil. Empujo contra el suelo y retrocedo arrastrándome. Debería levantarme y echar a correr, pero el miedo me ha convertido en un pelele. Los ojos inyectados en sangre de la mujer buscan mi muerte.

—Tal vez no te haga daño. —Su voz suena embarullada y ajada. Es como si alguien le hubiese arrancado las cuerdas vocales y luego se las hubiese vuelto a colocar todas mal. Además, la lengua común no parece ser su idioma materno—. Si me prometes que harás algo por mí.

—¿Qué? Te daré lo que tú quieras.

—Abre una ventana de esa habitación. —Señala con una garra huesuda hacia el comedor—. Déjala abierta esta noche.

¿Para que pueda asesinarme en mi cama más tarde?

—Yo… por supuesto —me apresuro a decir—. Lo que tú quieras. —El sabor metálico de las mentiras llena mi boca. No hay forma humana de que vaya a dejar la ventana abierta para esta criatura.

—*Hmmm*, los de tu especie saben mentir. —Es como si pudiese oler el metal en mi aliento, así que reconsidera su oferta—. A lo mejor me limito a hacerte gritar lo bastante alto para que él no tenga otra opción más que salir en persona.

Suelto un gritito cuando choco de espaldas contra un árbol. *Levántate*, me grita mi mente, pero estoy paralizada en el sitio. Tengo que huir. Tengo que luchar. *No puedo morir de este modo.*

La mujer se pone en cuclillas delante de mí y hunde la punta de una de sus garras en mi pecho.

—Ha empezado a divertirse con humanas, según parece. Veamos si le sigues pareciendo divertida cuando no tengas brazo.

La vieja bruja me agarra de la muñeca izquierda y da un tirón de mi brazo al tiempo que echa su mano derecha hacia atrás y hacia arriba. Esas malvadas garras afiladas van a hundirse en mi carne. Cierro los ojos y aparto la cabeza cuando veo su mano moverse por el aire.

Un rugido sacude la tierra. El sonido es parte hombre, parte bestia, y todo ira primordial. Noto una ráfaga de aire pasar como una exhalación a mi lado y tiran de mi brazo de un modo doloroso hasta que suena un chasquido y se suelta. Dejo escapar un grito al caer al suelo. Mi cabeza golpea contra una roca.

Parpadeo, aturdida. Tengo la vista borrosa y lo único que veo es el bosque, pero detrás de mí se produce una pelea. Intento empujar contra el suelo para levantarme, pero mi único brazo útil se niega a obedecer. El mundo se ladea y vomito todo el contenido de mi estómago. Continúo parpadeando en un intento por enfocar las cosas de nuevo. Las motas de sol que se cuelan entre el follaje son demasiado brillantes. Los ruidos demasiado estridentes. Temo que pueda vomitar otra vez.

Estas sensaciones me resultan familiares. La última vez que las

sentí fue cuando me caí del tejado con Helen. En aquella ocasión, mi mundo se volvió turbio y, cuando recuperé el conocimiento…

—Llévatela. —*Ese es Oren*—. Vuelve a la casa, yo la contendré.

—Gracias. —Reconozco la voz de lord Fenwood, incluso en mi estado, incluso sin haber puesto jamás los ojos en el hombre. *Sé* que es él. Igual que puedo sentir su presencia detrás de mí, cálida y robusta, innegable—. Cierra los ojos —susurra, con una ternura sorprendente, en total contraste con los gruñidos y ruidos guturales que se oyen detrás de nosotros.

No quiero cerrar los ojos. Si lo hago, ¿cuándo despertaré? ¿Y qué estará ocurriendo entonces? Pero tengo aún menos ganas de quedarme aquí fuera, así que aprieto los ojos con un gemido.

Dos grandes manos se deslizan por debajo de mí, una en torno a mis hombros y otra debajo de mis rodillas. Me siento ingrávida cuando el lord me levanta en volandas y me aprieta contra su pecho en ademán protector. Tenía razón, sí que es alto. Pero también mucho más musculoso de lo que esperaba. Puedo sentir esa fuerza imponente debajo de la fina camisa que lleva. Una fuerza que está usando para protegerme.

—Ya estás a salvo. —Sin embargo, justo cuando dice esas palabras, un grito brota de la bestia. No parece que estemos muy a salvo.

—Por favor, no me hagas daño. —Me tiembla la voz.

—Yo nunca te haré daño.

Verdad.

—¿Qué está pasando? —Entierro la cara en su pecho para no abrir los ojos por tentación impulsiva. No creo que *quiera* saber lo que está sucediendo. La imagen de esa mujer ya está grabada a fuego por dentro de mis párpados y amenaza con atormentarme para siempre jamás.

—Ya estás a salvo —repite—. Te tengo entre mis brazos, así que no tienes nada que temer.

Esa no es respuesta, pero mi nariz no huele a chamusquina, así que tampoco es una mentira. Suelto el aire con otro gemidito y deposito toda mi fe en él mientras me lleva en brazos de vuelta a la seguridad de la mansión.



Seis

El lord abre de una patada la puerta de la cocina, donde los olores familiares se mezclan con su propia colonia de musgo y salvia. *A salvo,* repito las palabras en mi cabeza, *estos olores significan que estoy a salvo*. Intento grabar ese hecho en mi misma alma. Mi corazón empieza a apaciguarse, aunque el de él sigue latiendo a toda velocidad contra mi mejilla. Agarro su camisa con suavidad, aunque no estoy segura de si pretendo tranquilizarme a mí misma o a él.

De vuelta en mi habitación, me tumba en la cama. Mantengo los ojos cerrados con fuerza. No incumpliré sus deseos, sobre todo no después de haberme salvado.

—Tengo que ir a ver si Oren está bien. Pero primero… ¿cómo estás tú? —susurra.

Casi puedo sentir sus manos levitar por encima de mí, como si quisiera tocarme. La sensación fantasma de las yemas de sus dedos sobre mis mejillas cruza mi mente a toda velocidad. Trato de seguir centrada, pero todo lo que ha pasado ha desperdigado mis pensamientos al viento.

—Me duele un poco el hombro. Mi cabeza parece que va a reventar. —Mientras lo digo, siento dos dedos deslizarse con suavidad por mi sien. Por fin cede, su caricia tan leve y suave que me hace

estremecerme—. Estaré bien. No dejes a Oren solo ahí fuera con esa *cosa*.

—«Cosa», desde luego —repite con un gruñido y se aparta. Lo oigo moverse por la habitación.

Casi lo llamo de vuelta. No quiero estar sola, pero guardo silencio. Oren lo necesita más que yo. Y por lo que dijo la criatura… debe haber algún tipo de hechizo o protección alrededor de la casa. Solo tienen que contener a la bestia el tiempo suficiente como para pasar los dos detrás del muro. Aquí dentro debe de ser seguro.

Debe de ser…

Cuando vuelvo a abrir los ojos, ha llegado el crepúsculo. Mi hombro está rígido y aúlla cuando intento moverlo, pero sí que puedo menear los dedos y flexionar el codo. Supongo que es solo una torcedura terrible. Tengo un dolor de cabeza atroz, pero ya logro enfocar la vista. Me siento y froto con suavidad la zona de mi sien que impactó contra la roca. Veo sangre en mis dedos al retirarlos. He sangrado también sobre la funda de la almohada.

Maldigo entre dientes. Por suerte para mí, una ventaja de mi condición de mujer es que ya estoy bien versada en sacar manchas de sangre de las sábanas. Quito la funda de la almohada, columpio las piernas por un lado de la cama y me pongo en pie despacio. El mundo se ladea un poco, pero nada demasiado alarmante. Estoy lo bastante estable como para ir hasta la sala de baño. Tengo un aspecto espantoso, pero lavarme la cara es una mejoría significativa para convertirme en «humana» otra vez.

Una vez lavada la funda de la almohada, vuelvo a emerger al pasillo sintiéndome bastante más fresca. Veo que hay una nota clavada a la puerta que lleva a la torre central principal. Voy hasta ella y leo la elegante caligrafía que solo puedo suponer que fue escrita por la mano fuerte de lord Fenwood.

K:

Solo por esta noche, habrá una excepción a las reglas.

Cuando te despiertes, si es antes del amanecer, puedes salir y acceder al comedor y a la cocina. Toma lo que necesites para cuidar de ti misma en cuerpo y espíritu.

Todavía tengo el estómago demasiado revuelto por los acontecimientos del día como para sentirme demasiado inclinada a comer nada, pero mi curiosidad es demasiado intensa como para rechazar esta oportunidad de pasear por ahí de noche. Abro la puerta una rendija.

El vestíbulo principal parece… normal.

No sé lo que esperaba. Han hecho tanto hincapié en que no emerja de noche que quizás había pensado que, de algún modo, el castillo entero cambiaba. Que al otro lado de la puerta había un portal a otra tierra. Me río con suavidad de mí misma.

Un tintineo de platos y cubiertos en el comedor me hace quedarme muy quieta. Se me acelera el corazón como si estuviese otra vez en ese bosque. Respiro hondo. *Aquí estoy a salvo*, me repito. Llevo más de una semana viviendo aquí. Durante más de una semana, ese monstruo ha estado acechando en el bosque. Solo me atacó cuando me aventuré demasiado lejos. *Dentro de estas paredes, no tengo nada que temer*.

El resplandor dorado de la luz de unas velas refleja el marco de la puerta del comedor sobre el suelo oscuro. Hago una pausa al lado de la entrada, sin mirar adentro. Hay dos posibilidades sobre quién podría estar cenando tan tarde, y prefiero asegurarme antes que arrepentirme.

—¿Lord Fenwood? —digo en tono dubitativo. Ahora es mi turno de tener la espalda contra la pared, el hombro apenas expuesto—. ¿Eres tú?

Se produce un silencio largo.

—Solo un momento y habré terminado.

—No corras por mí. Puedo volver más tarde.

—No, no. Quédate. —¿Es anhelo lo que oigo en las insondables

profundidades de su voz? No me muevo.

—¿Qué estás comiendo? —pregunto, antes de que el silencio pueda volverse incómodo. Él se ríe bajito.

—Nada demasiado propio de un lord. Un pedazo de queso al que le he quitado el moho y un chusco de pan que no podía dejar que se pusiera rancio. —Odia malgastar la comida. Esa similitud entre nosotros relaja mi postura, aunque sea solo un poco—. Pero al menos el hidromiel está bueno.

—¿Oren no te ha preparado la cena? —Me invade un intenso miedo por lo que podría significar eso.

—Ha tenido un día bastante durillo, así que le he dado la noche libre.

—¿Está bien?

—Sí, lo está.

—Menos mal. —Suelto un suspiro de alivio.

—Aunque muy bien podía no estarlo. —La voz de lord Fenwood adopta un tono desilusionado.

Jugueteo con un hilo de mi blusa y tiro un poco de él. Es entonces cuando me doy cuenta de que el hilo proviene de una raja en la costura de mi hombro. Ese monstruo casi arranca mi manga de cuajo.

Se me ocurre una idea. Forcejeo y tiro de la manga hasta soltarla del todo, luego continúo rajando la costura hasta el puño. Acabo con un retal largo y rectangular que ato con fuerza sobre mis ojos cerrados.

Apoyo las yemas de los dedos con suavidad sobre el marco de la puerta y entro en el comedor. Bueno, al menos eso creo. Es imposible estar segura. El grueso algodón de la blusa sobre mis ojos bloquea casi toda la luz.

—¿Qué estás…? —Una silla araña el suelo.

—No veo nada. Lo juro. —Levanto ambas manos para tratar de tranquilizarlo—. Solo he pensado que quizás fuese más fácil hablar así, mejor que desde detrás de una puerta. —No dice nada, lo cual me hace tener todos los nervios a flor de piel. Sé que debo de tener un aspecto deplorable con la ropa aún sucia y una manga de menos—. Desearía poder mirarte a los ojos para que pudieses ver lo sincera que soy cuando digo que lo siento. Pero como no puedo hacer eso, pensé

que esto sería lo segundo mejor.

A menos que haya encontrado una manera de pasar por mi lado y salir de la habitación con un sigilo asombroso, solo puedo dar por sentado que sigue ahí de pie, en completo silencio. Me pregunto qué expresión tendrá. ¿Está enfadado? O quizás esté divertido, o incluso *impresionado* por que haya pensado en vendarme los ojos como solución… Una fantasía inofensiva de él contento conmigo ocupa mis pensamientos durante un segundo. Sin embargo, el recuerdo de Oren peleando él solo con ese monstruo en el bosque para que el lord pudiera salvarme me devuelve a la realidad.

—Milord, jamás tuve… no tenía la intención de ir más allá del borde del muro. —Miro en dirección a lo que espero que sea él. Por alguna razón, lo imagino sentado en la misma silla que me siento yo, a la cabecera de esa larga mesa. Empequeñecida por la sala vacía.

—Me juraste que no lo harías. Debí saber que no podía confiar en ti. —La frustración se cuela en su voz, rezuma de la herida que nunca tuve la intención de infligirle.

—Por favor, escúchame hasta el final. Nunca tuve la intención de traicionar tu confianza —me apresuro a decir—. Vi a una niñita llorando entre los árboles. Temí que alguien la hubiese llevado al bosque y algo horrible le hubiese pasado a esa persona. Estaba manchada de sangre. Parecía… La niña se parecía a una de mis hermanas cuando no tenía más que siete años o así. Estaba tratando de ayudarla y, antes de saber qué estaba pasando, se había convertido en esa *cosa*.

—Una feérica.

Esas dos palabras me sacuden hasta la médula. Me doy cuenta de que nunca había creído *de verdad* en los feéricos hasta ahora. Hablaba de ellos. Advertía a mis hermanas sobre ellos. Creo que incluso intentaba buscarlos durante esas neblinosas cabalgatas matutinas. Pero en el fondo de mi corazón, nunca creí en las viejas leyendas de que los bosques estaban llenos de fae: seres nómadas de una guerra muy lejana entre humanos y criaturas mágicas.

—Son reales —susurro, y me tambaleo hacia delante. Estiro las manos en busca de la silla del otro extremo de la mesa. Oigo sus pisadas correr hacia mí. Mis manos no encuentran la madera del

respaldo de una silla sino que se cierran en torno a sus dedos suaves y cálidos. El lord está delante de mí en un instante, me roba el aliento con su presencia e impide que choque con torpeza contra algo—. ¿De verdad son reales los feéricos?

—¿Dudas de lo que has visto con tus propios ojos?

Niego con la cabeza. Noto las rodillas débiles. Él debe de percibirlo también porque lo oigo sacar una silla y me ayuda a sentarme en ella. Lord Fenwood se sienta a mi lado.

—Sí, esa cosa que viste en el bosque hoy era una feérica. —Toma mis dos manos. No hay ni un ápice de humo en mis fosas nasales. Dice la verdad. O al menos él cree que es la verdad. Aunque después de lo que he visto y oído… no hay ninguna otra explicación.

—Son tan monstruosos como cuentan las historias.

—Pueden serlo, sí —admite—. Por eso te dije que no entraras nunca en el bosque de detrás de la casa.

Sacudo la cabeza mientras un escalofrío recorre todo mi cuerpo.

—¿Los fae pueden cambiar de forma?

—En realidad, no. Todos los feéricos nacen con habilidades innatas. La mayoría tienen alas o garras que pueden invocar a voluntad, junto con varios otros rasgos heredados de las bestias del bosque. Pero una habilidad que comparten todos los feéricos es el don del *glamour*: los feéricos pueden darse el aspecto que quieran. Eso sí, es solo una ilusión, un truco de magia de los sentidos y muy difícil de mantener una vez que los tocan.

Aprieto sus manos con más fuerza al oír la palabra *tocan*. Son suaves, sin callos. Las manos de un lord que pasa sus días en una torre. No como mis manos, ásperas y llenas de cicatrices. Ni como los dedos con garras de ese monstruo.

—¿Hay alguna otra manera de distinguir el *glamour* de la realidad? ¿Aparte del contacto físico?

—El agua pura también borra el *glamour* de un feérico.

Tan verdad como la lluvia. Me pregunto si la expresión es un vestigio de algún consejo antiguo para tratar con los feéricos.

—La criatura te quería a ti. —Mi voz se quiebra un poco cuando recuerdo lo que la mujer me había pedido.

—Apuesto a que sí. —Se ríe en tono sombrío—. Al final me tuvo.

Solo que no vivió para contarlo.

—¿Eres un cazador de feéricos? —me atrevo a preguntar. Un hombre, solo en el bosque, refugiado en una casa protegida por hechizos contra esas bestias mágicas. Un hombre que no deja que otras personas lo vean, quizás por miedo a que utilicen esa información en su contra. Porque si yo lo viera, podría identificarlo. Tendría información que los feéricos querrían y está claro que matarían por ella.

—Sí que cazo algunos, de vez en cuando —admite por fin.

Inspiro con brusquedad. Mis dedos se aprietan alrededor de los suyos. Estoy casada con un hombre que caza las presas más peligrosas de este mundo.

—¿Cazas de noche? ¿Es por eso que oigo los ruidos?

—Es mejor que no te preocupes de los ruidos. —Empieza a retirar las manos de las mías—. Cuanto menos sepas, más a salvo estarás. Esa criatura ya ha intentado utilizarte una vez para llegar hasta mí.

La idea de que podría ser utilizada para llegar hasta nadie no deja de sorprenderme. No estoy acostumbrada a significar tanto para nadie ni para nada. Mis sentimientos están cada vez más embarullados, velados por emociones que no he sentido nunca y estoy mal preparada para entender. Sus dedos resbalan de los míos y me invade el deseo insaciable de recuperar sus manos.

Antes de que pueda hacerlo, desliza un nudillo por mi mejilla. Noto que remete un mechón de pelo descarriado detrás de mi oreja. Se me corta la respiración. ¿Cuán cerca está de mí? Imagino su cara a meros centímetros de la mía, mirándome con todo el deseo que apenas me he atrevido a soñar jamás que alguien pudiera sentir por mí.

—¿Qué más necesito saber acerca de los feéricos? —susurro. Solo conozco las advertencias que me hacía mi padre con las leyendas que me contaba cuando era pequeña.

—No necesitas saber nada más. Con un poco de suerte, no estarás condenada a tener feéricos en tu vida durante demasiado tiempo.

Retira la mano. Intento atraparla pero no encuentro nada más que aire. Y sin duda quedo como una tonta en el proceso.

—Pero cuanto más sepa, más probable será que pueda ayudarte cuando te persigan.

—Ya has sido de mucha ayuda. Más de lo que puedes imaginar, en realidad. —Nada de humo, nada de mentiras—. Ahora, deberías descansar un poco. Come lo que puedas y vuelve a la cama.

Se pone de pie y yo me muerdo el labio. Quedan muchas cosas por decir. Percibo lo cansado y preocupado que está. Siento la inmensa necesidad de decir algo tan reconfortante o bonito como las viejas canciones que solía cantarme mi madre cuando estaba quejosa. Pero no soy ninguna poetisa; solo sé repetir las palabras que me han enseñado. Toda mi vida he sido un recipiente, he permitido que otras personas me llenaran de sus deseos, necesidades, pensamientos… Hay tanto de todos los demás ahí dentro que no queda sitio para mí. Y ahora, cuando necesito algo de mi propia creación para ofrecer, no encuentro nada.

Lo oigo marchar y ni siquiera consigo reunir las palabras para desearle buenas noches. Me doy cuenta aún más tarde de que no le he dado las gracias formalmente por haberme salvado.



Para mi sorpresa, lord Fenwood me da una segunda oportunidad para encontrar mi voz a la noche siguiente.

Cuando vuelvo a mi ala después de cenar, encuentro la puerta del estudio abierta, la chimenea encendida, las butacas en su posición habitual. Ocupo mi asiento, impaciente por hablar con él otra vez. Ya he tenido un día entero para recuperarme. Tengo la cabeza más despejada y mi sensación de culpa también se ha aliviado un poco con la oportunidad de disculparme con Oren durante la cena.

Oigo las pisadas de lord Fenwood en cuanto entra por la puerta. Una oleada de calor me recorre de arriba abajo, para por fin arremolinarse en mi estómago. Ya noto la garganta pastosa. Justo cuando intento encontrar mi voz para saludar con timidez, una tela cae sobre mis ojos desde arriba. Levanto las manos y agarro las suyas sorprendida.

—¿Qué estás…?

—La otra noche me diste una idea —murmura, sin dejar de vendarme los ojos. La seda está fría contra mi rostro arrebolado—.

Quería probarla otra vez, si no te importa. —Su voz me llega desde arriba y desde atrás. Debe estar arrodillado en su butaca y asomado por encima. Los sonidos que hace… sus palabras, su respiración, sus movimientos, llenan mis oídos y están acentuados por el fantasma de su aliento cálido sobre mi nuca. Trato de reprimir un escalofrío y fracaso en el intento.

—Por mí, vale —consigo decir.

Oigo bastante movimiento detrás de mí: el roce de la butaca, el tintineo del hielo en su vaso. Siento cómo el aire se mueve cuando viene a ponerse delante de mí. Mi nariz detecta con ansia el aroma fresco y terroso que lo sigue. Lo imagino mirándome desde lo alto. Hay algo vulnerable, de un modo excitante, en saber que puede verme cuando yo no puedo verlo a él. En el ojo de mi mente, es una mera silueta, perfilada en la oscuridad de al lado de la luz del fuego. Sus rasgos son vacíos borrosos a la espera de ser rellenados.

—Ponte de pie —me ordena. Obedezco. Toma mis dos manos y me guía un paso a un lado. Escucho mientras mueve la butaca en la que estaba sentada hace un instante, supongo que para ponerla de frente a la suya—. Ahí mejor. Siéntate. —Me guía de vuelta a la butaca.

—No es justo —suelto de pronto, al tiempo que retengo su mano cuando hace ademán de retirarla—. Tú puedes verme a mí, pero yo no puedo verte a ti.

—La regla…

—Ya conozco la regla; no estoy intentando cambiar la regla. —Quiero tocar su cara, sentir el puente de su nariz, deslizar las yemas de los dedos hasta sus labios y trazarlos. ¿Son carnosos o finos? ¿Cómo es su mandíbula? ¿Y el ángulo de su frente?—. ¿Puedo hacerte preguntas sobre tu aspecto? Así tengo algo que imaginar acerca del hombre con el que estoy hablando. Todo lo que sé ahora mismo es que tienes unos hombros bonitos. —Sonrío.

—Muy bien. Deseo concedido. —Se ríe, luego se aparta y ocupa su propio asiento. Lo divierto. Me sorprende constatar lo mucho que eso me gusta.

De repente, la nueva disposición de las butacas parece como una sala de interrogatorio. Es bastante emocionante. He pasado de ser vulnerable por mi falta de conocimientos a tener el poder. Va a

responder a mis preguntas.

—¿Tienes el pelo largo o corto?

—Entre medias —responde.

—¿Hasta los hombros?

—Un poco más largo, solo un pelín.

Frunzo los labios para evitar sonreír como una tonta mientras empiezo a pintar mi retrato mental de él.

—Debería avisarte de antemano de que es imposible mentirme. Así que ni lo intentes.

—Jamás se me ocurriría ni intentarlo.

—Bien. —Me echo hacia atrás en la butaca—. ¿Tienes el pelo rizado? ¿Ondulado? ¿Liso?

—Más bien liso. Aunque a menudo tiene opiniones propias. Oren siempre me dice que me lo corte más corto porque se me mete en los ojos todo el rato.

—¿Lo retiras de tu cara cuando se te mete en los ojos? —Puedo sentir empatía por las frustraciones del pelo largo.

—Alguna vez me he hecho una trenza o dos. —Puedo oír la sonrisa en su voz.

—¿De qué color es?

—Castaño oscuro, un poco más oscuro que el tuyo. —Eso me da el tono casi exacto.

—¿De qué color tienes los ojos?

—Verdes.

—¿Como los pinos?

—No, más como una lima —precisa. Estallo en carcajadas—. ¿Qué es tan gracioso?

—¿Verdes como una *lima*? —Sacudo la cabeza. ¿Quién describiría sus ojos así?—. Ese es un color muy brillante.

—Me han dicho que tengo unos ojos bastante penetrantes.

Frunzo un poco el ceño mientras trato de imaginar el tono exacto. ¿De verdad es tan vibrante como dice? Pelo castaño oscuro, brillantes ojos verdes… Es una combinación preciosa.

—¿Y tu mandíbula?

—¿Qué pasa con mi mandíbula? —Parece divertido de que pregunta sobre ella.

—¿Es ancha? ¿Estrecha? ¿Con pelusilla?

—Intento ir siempre bien afeitado. Admito que mi éxito en la empresa puede ser variado.

—¿Ahora mismo sería un éxito?

—No. —Casi puedo oír la sonrisa en su voz. Una leve pelusilla, pues.

—¿Y la forma de tu mandíbula?

—Reconozco que nunca la he analizado. —Una pausa. Imagino que desliza esos dedos suaves por la aspereza de su barba incipiente. Hace otra pausa antes de contestar—. Más bien cuadrada. Supongo.

Emito un suave sonido pensativo.

—No pareces satisfecha con esa respuesta.

—Solo estoy…

—Dilo —me urge. Creo que sería imposible no obedecer a ese tono firme.

—Estoy tratando de pensar qué hay de malo en ti —admito, y ocupo mi boca de inmediato con mi vaso de hidromiel.

—¿Qué hay de *malo* en mí? —Lo oigo beber también un sorbo.

—Suenas… despampanante —reconozco, con poco más que un susurro—. Pensé que a lo mejor no querías que te viera porque eras espantoso.

Su vaso choca con suavidad contra la mesa. Oigo que se levanta. Lo he ofendido. Antes de que pueda disculparme, está ahí otra vez, delante de mí. Engancha mi barbilla entre el nudillo de su dedo índice y su pulgar. Inclina mi cara hacia arriba, hacia donde imagino que está la suya. Sé que está a apenas unos centímetros de mí. Percibo cada doloroso ápice de distancia entre nosotros, acompañado de una sorprendente necesidad de cruzarla. Siento un intenso calor por todo el cuerpo, pero no puedo moverme para aliviar la tensión. Me tiene atrapada con dos dedos.

—Quizás —susurra—, intento protegerte *porque* soy despampanante. Porque si me miraras con esos ojos que Oren me dice que son como un mar tempestuoso, jamás podría dejarte marchar.

Huelo el licor dulce en su aliento. Desearía poder saborearlo en su boca. El deseo es tan abrumador que me sorprende. Mi mente lo repele al instante. *No*, sea lo que sea lo que está ocurriendo entre

nosotros, eso es lo último que querría en la vida. Este es el principio del camino que conduce a cómo mi padre acabó tan enredado con Joyce.

Los romances empiezan bien y terminan fatal. Así es como engañan a la gente a intentar hacer el fútil esfuerzo. Joyce era la «luz» de mi padre, la que lo sacó de la desesperación de la muerte de mi madre. Y después, una vez que se hizo con él, le mostró su verdadera cara.

Yo no dejaré que lord Fenwood ni nadie más me atrape jamás.

Me suelta, como si percibiera mi vacilación. Como si se hubiese dado cuenta de que por fin he llegado a la misma conclusión que él. Lo mejor para nosotros es evitarnos a toda costa. Si no podemos vernos, entonces no podemos desearnos el uno al otro y este calor terminará por apagarse.

—Buenas noches, Katria.

Aun así, mientras me doy cuenta de esas cosas y me hago ese tipo de promesas, solo el sonido de mi nombre en sus labios hace que se me corte la respiración. Me deja con los restos del fuego ardiendo en la chimenea, ardiendo dentro de mí. Me quedo sentada en la habitación cada vez más oscura, con los ojos aún vendados, y me dedico a retocar el delicioso retrato mental de él que he empezado a construir.



Siete

Camino por el vestíbulo principal, desde la entrada del comedor hasta las vidrieras emplomadas de al lado de las puertas. Me asomo al exterior y compruebo que la entrada todavía está desierta. Repito la operación. Mi larga falda susurra alrededor de mis tobillos, tan agitada como mis nervios. Me retuerzo las manos.

«Esta es una idea espantosa. Una idea espantosa y *horrible*». Tampoco es que hubiese tenido ni voz ni voto en ella. La carta me estaba esperando al lado del plato de mi cena ayer por la noche. Oren dijo que había llegado vía paloma mensajera. Me sorprendió que una paloma mensajera fuese capaz de encontrar el camino hasta aquí fuera. Me sorprendió aún más que mis hermanas de verdad hubiesen decidido hacer el viaje y venir de visita como habían prometido hacía semanas.

Laura sonaba totalmente entusiasmada por la idea y había mencionado que lo intentarían cuando me marché, pero esperaba que todas estuviesen tan embelesadas por sus cuatro mil monedas, sus sirvientes nuevos a los que mangonear y los vestidos nuevos que probarse que nunca creí que de verdad fuesen a venir a verme. Me muerdo la uña del dedo gordo y maldigo en voz baja.

Parte de mí se siente devastada por la culpa de tener tan mal

concepto de Laura. Siempre hemos tenido buena relación. Por supuesto que ella vendría a verme. Y solo puedo imaginar cómo habrán cambiado sus circunstancias sin la poca protección que yo podía ofrecerle contra Joyce.

En cuanto a Helen, ella no viene a verme a mí; viene a intentar burlarse de mí y, sin duda, a contarle todo lo que averigüe a Joyce.

Puedo imaginarla en el carruaje, dándole la tabarra a Laura sobre las condiciones tan miserables en las que debo encontrarme. Me detengo y respiro hondo, aliso mis faldas. Por eso me he puesto hoy mi mejor vestido. Por eso debo enseñarle la maravillosa casa que tengo ahora, el peso que he ganado gracias a comer bien y a los buenos cuidados, el lustre que ha vuelto a mi pelo y a mis ojos y, lo que es más importante, cómo ya nunca pienso en Joyce ni en ella ni en sus deseos tan triviales. Estoy bien, no, estoy *mejor* sin esas dos.

Por fin, oigo el relincho de un caballo y la gravilla crujir debajo de unas ruedas de carruaje. Reúno hasta la última brizna de compostura que tengo y salgo afuera para esperar en la cabecera de los tres escalones. Oren salió a caballo para recibirlas en la carretera principal y ser su guía. Echa pie a tierra y me lanza una mirada de recelo, una que comparto.

El nuevo lacayo de mis hermanas abre la puerta de su carruaje y salen en tromba.

—Katria, qué alegría verte. —Laura corre hasta mí, los brazos abiertos de par en par. La vista de su pelo rubio me recuerda a esa criatura del bosque. Me sacudo el recuerdo de encima y bajo las escaleras para recibirla.

—No teníais por qué haber hecho todo este camino solo para verme —digo, y le devuelvo el abrazo con la misma fuerza.

—No he podido traer a Misty —me susurra a toda prisa. Y ahí estaba yo, tratando de admitir que no había estado deseando ver a Misty tirar de su carruaje—. Lo intenté.

—No te preocupes por eso —pronuncio las palabras en voz lo bastante callada para que Helen no nos oiga, pero hablo con tono firme. Laura tiene ahora cosas más importantes de las que preocuparse que de mi antigua yegua.

—Queríamos ver cómo te va. —Helen cruza los brazos en su pose

habitual—. Por lo que veo, estás bien.

—No tengo queja, desde luego.

—¿Nos haces el tour de tu preciosa casa nueva? —Laura entrelaza su brazo con el mío y contempla la mansión con asombro. Está claro que ve las mismas cosas que vi yo cuando llegué: su aspecto de castillo y la antiquísima y bien conservada artesanía.

—Saltémonos el tour —le digo, al tiempo que le doy unas palmaditas en el brazo. Había planeado y ensayado cómo evitar enseñarles el lugar, ya que hay al menos dos tercios de la casa en los que no se me permite entrar—. De todos modos, la mayor parte no son más que cuartos vacíos, aburridos y con corrientes. Preferiría mil veces pasar el tiempo con vosotras. Así me pongo al día de lo que ha estado sucediendo en la ciudad.

Esto desencadena una larga y detallada explicación por parte de Laura de todos los cotilleos de la alta sociedad de la que yo nunca formé parte en realidad. Continúa hablando mientras acompaño a mis hermanas al estudio que el lord y yo solemos utilizar para nuestras conversaciones nocturnas. He conseguido una tercera butaca y, con la ayuda de Oren, una botella de hidromiel para compartir con ellas.

—¿Qué es esto? —pregunta Helen mientras le sirvo una copa.

—Es hidromiel. —Le entrego un vaso—. Yo desde luego que no lo había probado nunca hasta que vine aquí. Mi marido lo importa de tierras lejanas. —La verdad es que no tengo ni idea de lo fácil o difícil que es conseguir este hidromiel, pero Helen parece impresionada contra su voluntad, así que merece la pena abrir la botella. Laura contempla el líquido color miel con una amplia sonrisa. Levanto mi vaso hacia ellas—. Un brindis por los emparejamientos casuales y afortunados.

Entrechocamos los vasos y tomamos asiento.

—Hablando de lo cual, ¿cómo *es* tu marido? —pregunta Laura, en una voz que es apenas más que un susurro. Echa un vistazo furtivo hacia la puerta, como si lord Fenwood pudiera entrar en cualquier momento—. No es tan horrible como nos temíamos, ¿verdad?

—Para nada. De hecho, es un encanto —digo, con una sonrisa genuina. Helen frunce un pelín los labios, como suele hacer cuando está furiosa en silencio. Eso me empuja a continuar—. No ha sido

nada más que generoso, amable y comprensivo. Incluso le gusta cómo toco el laúd. Se sienta en el bosque conmigo mientras toco. —Lo ha hecho unas cuantas veces a lo largo de estas últimas semanas. La última vez confió lo suficiente en que no intentaría captar un atisbo de él como para sentarse en el tocón detrás de mí, nuestras espaldas casi en contacto… lo cual me hizo soñar con su piel pegada a la mía a la noche siguiente.

Helen suelta un bufido.

—No te engañes. Ningún hombre de verdad se sienta en el exterior a disfrutar de cómo tocas el laúd. ¿Acaso no lo has estado satisfaciendo lo suficiente en la cama que siente la necesidad de hacer cualquier cosa para intentar encandilarte con gestos tan ridículos?

No sé por dónde empezar con ese comentario. Quiero insistir en que de verdad le gusta cómo toco, pero ponerme a la defensiva solo conseguirá que Helen se ponga aún más cabezota. Lo que es peor, solo con esas pocas palabras, me ha hecho dudar de mis instintos. Aunque jamás haya olido humo en él. Aunque esté sentada en mi nueva casa con mi nueva vida… Helen consigue sacar a mi vieja yo, las partes sumisas de mí de las que todavía no puedo deshacerme en su compañía.

—No ha hecho ninguna exigencia en ese aspecto.

Mis hermanas intercambian una mirada. Laura se inclina hacia mí.

—Pero *sí has* cumplido tus deberes como esposa, ¿verdad?

Frunzo los labios.

—Eso es un no. —Helen parece divertida por la revelación—. Así que *es verdad* que es tan horripilante como esperábamos. Ni siquiera has podido reunir el valor de hacerlo.

—No es… No lo es.

—Entonces, ¿por qué no nos ha recibido él? Es un poco extraño que el señor de la casa no reciba a sus invitados.

—Está ocupado durante el día. Y vosotras no sois invitadas normales, sois familia. Sabía que yo podía ocuparme de las formalidades. —Me he estado preguntando qué opina de esta visita. Mi lord Fenwood no parece del tipo de persona que disfruta de recibir invitados inesperados en casa.

—No hay ninguna razón para que un hombre con la mente y el

cuerpo sanos no se lleve a su reciente esposa a la cama, incluso con alguien de aspecto tan solo pasable como tú. —Helen lo dice como si el hecho debiera ser obvio. Como si fuese tonta por no darme cuenta yo solita.

—Tal vez esas cosas no sean su prioridad. —Me muevo para sentarme un poco más erguida. Puede que yo también haya empezado a preguntarme si, o cuándo, pensaba llevarme a su cama… pero rara vez dejo que esos pensamientos salgan de la cámara acorazada del rincón de mi mente durante las horas del día. Esos pensamientos son para mi propia diversión solo durante los ratos más tranquilos a altas horas de la noche.

—Entonces, ¿cuál es su prioridad? —pregunta Laura.

—Su trabajo.

—Oh. ¿Nos cuentas qué hace? —Sonríe al cambiar de tema con mucho arte, para gran alivio mío. Mi pequeña aliada, aun ahora.

—Es cazador. —Y eso es todo lo que van a saber de la verdadera profesión de mi marido. Helen suelta un resoplido desdeñoso.

—Ningún cazador obtiene las suficientes presas como para poder permitirse unas tierras como estas. Estoy segura de que cazar es una excusa y se escabulle por las noches a la cama de alguna otra mujer. Ha hecho su fortuna y ahora va de flor en flor.

Pienso en los ruidos, en las reglas, en la torre misteriosa y la otra ala entera de la casa que jamás he explorado o cuestionado siquiera. ¿Y si es verdad que tiene a otra mujer ahí? ¿Una mujer de día, otra de noche? Me muerdo el labio.

Helen alarga una mano para darme unas palmaditas en la rodilla. Casi le doy una patada en esa naricilla chata.

—Vamos, vamos, muchas mujeres tienen maridos infieles. Pero debes darle un heredero para su fortuna, y deprisa, si quieres seguir siendo relevante para él. De lo contrario, podría dejarte tirada en la calle sin pensarlo dos veces.

—¿No decías que debe ser espantoso? Si tiene un aspecto tan horrible, lo suficiente como para hacer un trato para conseguir una mujer, ¿cómo crees que puede tener una amante? —Helen intenta hundirme. Confundirme. Machacarme. No quiero dejarla, pero lo frustrante es que ha tenido años para pulir esta destreza. Sin duda,

Joyce la ha preparado para este encuentro. Sabe muy bien lo que me hace daño y qué botones presionar en mí.

—Cuando su casa está tan cerca del bosque, *tiene* que ser un cazador —interviene Laura—. Y debe haber presas muy singulares en un sitio donde el bosque es tan denso y viejo. —Se inclina hacia mí, los ojos brillantes—. A lo mejor caza feéricos.

Casi escupo el hidromiel, pero fuerzo una risa a cambio.

—¿Un cazador de fae? No seas ridícula.

—Imagino que debe estar despampanante cuando va pertrechado para cazar. —Laura se lleva el dorso de la mano a la frente y finge un desmayo. Ocupo mi boca con otro sorbo de hidromiel.

Helen ladea la cabeza. Me está inspeccionando. Odio cuando hace eso porque es capaz de atar cabos que nadie más percibiría.

—*Dices* que es apuesto… y aun así pareces dudar de eso. No ofreces ninguna prueba, ninguna explicación detallada de lo guapo que es, ni una mención de tu rasgo favorito de él… —Hace un ruidito pensativo—. No lo has visto nunca, ¿verdad?

Abro la boca y luego la cierro sin decir ni una palabra. Aprieto los labios en un mohín enfadado. Este don suyo ha sido mi némesis durante años.

—¿Eso es cierto? —exclama Laura ante mi silencio—. ¿Has *conocido* siquiera a tu marido?

—Sí, lo conozco. —Esto es justo por lo que no quería que vinieran. Sabía que averiguarían las extrañas verdades de mi nueva vida. Sabía que las utilizarían contra mí aunque sea yo la que vive rodeada de lujos. Tengo el marido que ellas tanto deseaban. Tengo seguridad, el futuro resuelto y libertades. Aun así, el espectro de Joyce levita sobre todo ello, me dice que no tengo nada.

—Entonces, ¿cómo puedes no saber…? —La confusión de Laura parece genuina.

—Solo hemos hablado cuando no podía verlo.

Helen suspira y sacude la cabeza con tristeza.

—Es una lástima ver cómo se aprovechan tanto de tus debilidades y tu intelecto inferior. Esta es la razón de que tuviéramos que protegerte y mantenerte tan cerca de casa, Katria. Si alguna vez te dejábamos salir con libertad, sabíamos que pasaría esto.

Me hierve la sangre. Estoy acostumbrada a sus pullas contra mí, pero ahora está vilipendiando al hombre que me salvó la vida. Intenta volverme contra la *única persona* que no me ha causado daño ni ningún mal.

—Nadie se aprovecha de mí. No sé cómo se te ha podido ocurrir siquiera algo así. —Hago un gesto a nuestro alrededor—. No me falta nada. Todo lo que desee, no tengo más que pedirlo para tenerlo. Mi marido es amable, respetuoso y cariñoso. Deberías soñar con conseguir un hombre como él. *—Porque un hombre como él sería mucho mejor de lo que te mereces*, desearía poder decirle en voz alta.

—Y aun así, te ha negado la decencia de mirarte a los ojos cuando lo conociste por primera vez —comenta Helen.

—Katria, sabes bien que me gustaría pensar que todo esto es súper romántico… pero esto no es un libro de cuentos. —Laura me agarra de la mano—. Es *raro* que no te permita verlo.

—Es inofensivo.

—Además no sabes de dónde proviene su riqueza. —Helen suspira —. Piensa en ello con lógica, solo intentamos ayudar. Es imposible que pueda permitirse todo esto solo con los productos que caza. Exigió solo un libro como tu dote. ¿Y si está conectado con algún tipo de extraño mercado negro ilegal?

Sé bien que ayudar no es lo que intenta. Aun así… Helen tiene cierta razón. Las dos la tienen, por mucho que odie admitirlo. Si mi marido es un cazador de feéricos, como sospecho, ¿a quién le vende sus presas? ¿Quién le paga por esas muertes? Y si lo hace solo por bondad y por librar al mundo de esas bestias, ¿cómo ha ganado o cómo gana su dinero?

Todas ellas son preguntas para las que no tengo respuesta. Desearía tenerla. Porque en el vacío de una explicación, las dudas empiezan a arraigar.

—Estoy preocupada por ti —dice Helen.

—Jamás te has preocupado por mí —espeto cortante—. Te has pasado la vida entera pisoteándome. —Helen tiene el valor de soltar una exclamación ahogada, como ofendida—. Me convertisteis en vuestra sirvienta.

—Para protegerte del mundo. Para prepararte para él a base de

endurecerte. Y te estás desviando del tema. —Helen blande sus palabras como dagas. Sabe justo dónde golpear—. Esto ya no tiene nada que ver con nosotras. Si fuimos tan horribles, entonces enhorabuena por haber escapado de nosotras. —Helen lleva en la cara una sonrisa de labios apretados, un poco engreída. Sabe muy bien lo horrible que ha sido conmigo, y esa expresión lo reconoce. Pero también tiene razón, ya no importa cómo me trataron, me he librado de ellas. Aprieto las manos de Laura un poco más fuerte, con la esperanza de que sepa que ella está exenta de estas duras verdades—. Si quieres *seguir* escapada, deberías asegurarte de que estás segura en tu nueva casa.

—¿Eso es una amenaza? —pregunto. Helen se echa a reír.

—No tengo ningún control sobre ti, sobre tu matrimonio o sobre tu nueva vida. Todo lo que digo es que, si tu marido está metido en algo ilegal y lo encarcelan, podrías acabar en la indigencia o verte forzada a compartir su destino como cómplice. Si tu marido está enredado con otra mujer y decide sustituirte por ella, acabarás tirada en la calle. Si tu marido se dedica a alardear de su fortuna y malgastarla, te encontrarás en una situación parecida a la de antes… ¿y sabes qué situación será esa?

Tengo el estómago revuelto. Sé a dónde quiere ir a parar con todo eso. Aun así, lo dice de todos modos.

—Tendrás que volver arrastrándote con nosotras —proclama Helen mientras se pone en pie para tratarme con la misma prepotencia que utilizaba siempre que Joyce no estaba por ahí para hacerlo ella misma. Es la viva imagen de su madre—. Así que si no quieres que pase eso, deberías hacer caso de mis advertencias. Hazte útil para tu marido. Sé consciente de tu situación. Sé astuta. Ese ha sido siempre tu problema: nunca piensas dos pasos más allá y eso te hace muy fácil de utilizar. —Helen mira a Laura—. Nos vamos.

—Pero si acabamos de llegar. —Laura se aferra a mí—. ¿No podemos quedarnos a pasar la noche al menos?

—*No pienso* quedarme en este extraño lugar con su extraño marido.

—Quizás Oren pueda acompañarte de vuelta mañana —le sugiero a Laura, haciendo caso omiso de la culpabilidad que siento al instante

por ofrecer a Oren de voluntario sin habérselo preguntado antes. Pero he hecho grandes esfuerzos por imponerle mi presencia lo menos posible. Y prepararé mis propias comidas durante un mes en agradecimiento por este favor. No me importaría disfrutar de algo de tiempo a solas con Laura; quizás pudiésemos buscar ideas para sacarla de esa casa cuanto antes, antes de que Joyce y Helen la estropeen.

—No impongas tu presencia —la regaña Helen.

—No sería ninguna imposición —insisto.

—Madre nunca te querría aquí.

Ah, Madre, su comodín. La razón inobjetable. Laura se levanta a regañadientes. Todavía tenemos los dedos entrelazados.

—Vendrás a visitarnos pronto, ¿sí? —Sus ojos están más apagados, más mortecinos. Oigo que un pedazo de mi corazón se agrieta con su dolor. *Sé fuerte*, querría decirle. *Un poco más y estarás fuera de ahí, de un modo u otro*.

—Por ti, sí —la tranquilizo. Por mi hermana, volveré a esa casa. Y quizás, quizás la próxima vez la traiga conmigo de vuelta.

—Bien. —Laura lanza los brazos alrededor de mis hombros y me da un fuerte apretón. Helen apenas mira atrás una sola vez mientras sale con fluidez de la mansión. Sin duda está ansiosa por informar a Joyce de todo lo que ha averiguado.



—Qué raro que tus hermanas hiciesen todo el viaje hasta aquí solo para dar media vuelta y marcharse —comenta Oren cuando me sirve la cena.

—Me alegro de que lo hicieran. Bueno, una de ellas —musito en tono sombrío—. Si alguna vez vuelven a enviar un mensaje de que van a venir, responde de inmediato que solo Laura puede venir. Nunca jamás vuelvas a abrir las verjas para Helen o para Joyce. No son bienvenidas aquí.

Oren se queda quieto, la jarra entre ambas manos, mi copa de vino aún vacía.

—De ahora en adelante, dependerá de ti decidir a quién se le permite o no se le permite entrar en estos salones.

—¿Qué? —La extraña manera de expresarse me saca de golpe de mi trance enfadado.

—Nada. —Oren sacude la cabeza y llena mi copa de vino—. Oh, el señor de la casa me ha pedido que te informe de que esta noche no podrá reunirse contigo. —Dicho eso, Oren se encamina de vuelta a la cocina. Lord Fenwood no había faltado a una sola velada en más de una semana. La noticia solo alimenta mi inquietud.

—Oren —lo llamo. Se detiene y me mira con ojos compasivos. Siente pena por mí. *¿Por qué?* Tengo unas cuantas conjeturas, pero tengo la insistente sensación de que esa mirada no tiene nada que ver con mi familia—. Tú me dirías si algo fuese mal, ¿verdad?

—Por supuesto. Pero no te preocupes, todo va como teníamos planeado. —Y con eso, desaparece.

Durante toda la cena, repaso en mi cabeza su extraña forma de expresarse y su actitud. Algo iba mal. O tal vez no y solo es que la visita de mis hermanas me ha afectado. Quizás esté buscando excusas para encontrar problemas donde no los hay.

Me preparo para irme a la cama y me recojo. Pero el sueño me elude. No hago más que repetirme las palabras de mis hermanas. Las de Helen eran crueles, desde luego, y no me cabe duda de que ha dicho esas cosas para hacer que me derrumbe, pero eso tampoco quiere decir que esté *equivocada*. Incluso Laura estaba preocupada por mí.

¿Debería estar más preocupada por mi situación? ¿Y si Helen tiene razón y esta libertad y comodidad que he encontrado son tan frágiles que pueden arrancarlas de mis manos y quedar hechas añicos en cualquier momento? Cierro los puños en torno al edredón. Es tan suave… más suave que nada que haya poseído hasta entonces. No puedo renunciar a esta cama. No puedo renunciar a la libertad que tengo aquí. *No renunciaré a esta vida*.

Me levanto de la cama, echo una bata por encima de mi camisón y salgo de la habitación. Esta noche hay luna llena y el pasillo está bien iluminado. Me detengo un instante cuando me doy cuenta de que ha pasado casi un mes desde que llegué.

A medio camino de la puerta, empiezo a pensarme las cosas mejor. Si lord Fenwood no quiere ser visto o que yo sepa la verdad acerca de

él, es asunto suyo. Debería dejarlo estar. Estoy a punto de dar media vuelta y volver a la cama cuando oigo múltiples pares de pisadas en el vestíbulo principal. Bajan atronadoras por las escaleras y se dirigen hacia la otra ala de la mansión.

Ahí es cuando me percato de la carta que han deslizado por debajo de la puerta que da al vestíbulo.

Me invaden unas náuseas frías mientras recojo el sobre. Mi nombre está escrito en él con la letra de lord Fenwood. Le doy la vuelta y rompo el sello. El contenido de la carta es como sería la peor de mis pesadillas:

A mi esposa, Katria:

Tengo asuntos peligrosos que atender. En el caso de que no regrese nunca a estos salones, te lo dejo todo a ti: la casa, todo su contenido y la suma escondida debajo de los tablones del armario adyacente a mis aposentos. Debería ser suficiente para que puedas vivir con holgura el resto de tus días. Te lo dejo todo a ti, esposa.

Y si no regresara jamás, eres una mujer libre y deberías disfrutar de tu vida como tal.

Sinceramente,

Lord Fenwood

La forma en que está escrita la carta… No tiene ninguna intención de volver. Eso está dolorosamente claro.

Mis hermanas tenían razón. Paso del frío al calor mientras estrujo la carta en mi mano. La tiro al suelo, agarro el picaporte de la puerta y lo giro. Al infierno las reglas. Voy a averiguar toda la verdad.



Ocho

El atrio está desierto, pero la puerta justo frente a mí está abierta. Nunca la había visto abierta. Miro de ella a las escaleras que giran en torno a la torre.

Me decido por las escaleras primero y las subo de dos en dos. Según lo que he oído, o bien lord Fenwood se ha ido con un grupo de gente, o bien ese grupo había venido a asesinarlo por alguna horrible acción que nunca pensó que mereciera la pena contarme.

Emerjo en una buhardilla y me preparo para encontrar al lord o a Oren tirados en un charco de su propia sangre. Sin embargo, en la habitación no hay nadie más, ni vivo ni muerto, aunque sí parece que la han registrado a conciencia. Las puertas de los armarios han quedado abiertas. Hay cajas con el contenido volcado sobre el suelo. Esta habitación era un taller de algún tipo. Hay pinturas, unas salpicadas por el suelo, otras aún en tarros. Hay hierbas secándose por encima de mi cabeza cuyas fragancias se mezclan con el aroma a virutas de madera y un intenso olor metálico a sangre del cual no logro encontrar la fuente. Me gustaría pasar horas inspeccionando este espacio personal de lord Fenwood, pero no hay tiempo para eso.

De vuelta en el piso de abajo, cruzo la puerta hacia el ala derecha. Tiene la disposición contraria a mis aposentos, aunque en lugar de un

estudio, encuentro otro taller. No veo en ninguna parte las copiosas herramientas que necesitaría un cazador. De hecho, las únicas armas que veo son unas cuantas dagas enjoyadas. Falta una en una hilera de ganchos.

No obstante, es verdad que dijo que cazaba feéricos. ¿O fue eso una mentira astuta a una mujer crédula que sabía que no lo cuestionaría? Estampo las manos sobre una de las encimeras, y los frascos y recipientes chocan entre sí mientras maldigo en voz baja. ¿Cazador de feéricos? Jamás debí creer que semejante cosa pudiese ser verdad.

Mis hermanas tenían razón y lo odio. No sé *nada* acerca de este hombre. *Pero lo sabré antes de que amanezca*, me prometo.

Al final del pasillo, a diferencia del mío, hay una puerta. Conduce a un tramo de escaleras de piedra que bajan en espiral hacia la oscuridad. Una ráfaga de aire frío procedente de esas misteriosas profundidades me recuerda que no llevo más que un camisón y una bata. Cambio el peso de un pie al otro, cargada de energía nerviosa, mientras debato conmigo misma qué hacer ahora. Sea donde sea que haya ido el lord, y con quien sea que se haya ido, o quien sea que pueda habérselo llevado, no pueden llevarme mucha ventaja. Pero ya he malgastado bastante tiempo mirando en las diversas habitaciones. Si vuelvo atrás para cambiarme, seguro que les perderé la pista.

Suelto una retahíla de palabrotas y corro de vuelta a uno de los estudios para recoger un farolillo que enciendo con una caja de yesca cercana. Me ciño mejor la bata a mi alrededor y me coloco una vez más ante el precipicio de las escaleras. Me permito contar despacio hasta diez para hacer acopio de todo el valor que he poseído jamás y empiezo a bajar.

La escalera de caracol gira sobre sí misma dos, cuatro, doce veces. Al pie, hay un largo túnel, frío y húmedo. Mi luz alumbra solo unos pocos pasos delante de mí. Siento la oscuridad como si fuese una monstruosidad viviente que susurra amenazas desde lo desconocido. Me tiembla un poco la mano, por lo que el farolillo se sacude. La llama parpadea en el interior, así que me agarro la muñeca con la otra mano para mantenerla quieta. Lo último que quiero es que mi única luz se apague.

Por la piedra y el mortero que veo, el túnel parece una de las partes más viejas del castillo, pero en ningún momento estoy nerviosa por mi seguridad dentro de él. Hay vigas de sujeción nuevas en el techo, así que alguien se ha debido de ocupar del mantenimiento de este viejo pasadizo. La pregunta es *por qué*.

A lo lejos, un arco plateado está iluminado por la luz de la luna: una vía de salida. A medida que me acerco, empiezo a oír voces procedentes del bosque. Ralentizo el paso y dejo mi farolillo en el suelo. El pasadizo ha ido subiendo poco a poco, de modo que el suelo ya no está lleno de charcos de agua. Veo varios juegos de pisadas. No logro distinguir cuánta gente pasó por ahí antes que yo porque sería imposible caminar por este túnel de ninguna manera que no fuese en fila de a uno.

En cualquier caso, hay las huellas suficientes como para preocuparme, porque lo que es obvio es que son más que yo.

Debería darme la vuelta. Sé que debería. Pero la curiosidad se ha apoderado de mí y no hace más que empujarme hacia delante. He venido en busca de la verdad y no me iré hasta averiguarla

El túnel me deposita en el bosque. Me estremezco, aunque no sé si es de frío o de la inmediata sensación de estar expuesta. Cada árbol oscuro me mira desde lo alto con anticipación, la pálida luz de la luna parpadea como una bestia de mil ojos entre la vegetación en lo alto.

Unas voces me impiden acobardarme de vuelta en el túnel y correr hacia la seguridad de la mansión. Hay un camino de piedra desgastada que serpentea entre los árboles en una lucha perpetua con la maleza del bosque. Las voces provienen de la dirección hacia la que se dirige el camino. Echo a andar por el borde del sendero y pronto veo una luz naranja parpadeante. Me agacho y avanzo con el mayor sigilo posible, hasta acercarme lo suficiente como para distinguir cada palabra que está diciendo la gente. Solo que no entiendo ninguna de ellas. Hablan en un idioma extraño que no reconozco.

¿Se ha llevado esta gente a lord Fenwood? ¿O son sus cómplices? Su carta sonaba como si supiera que iba a hacer algo esta noche que haría que lo mataran. Eso es lo que me empuja todo el rato a seguir adelante. Necesito la verdad de este hombre, aunque sea solo una vez.

Llego hasta un árbol y pego la espalda a él. La gente ha empezado

a entonar un cántico. Veo sus turbios contornos bailando a la luz del fuego. Me deslizo por el tronco para sentarme en el manto de pinocha que cubre el suelo del bosque. Luego empiezo a reptar lo más despacio posible hasta la cima de una pequeña cresta.

El camino que salía del túnel serpentea por el bosque hasta una hondonada. La cresta que rodea por completo la zona circular está cubierta de árboles, y en el pequeño valle, hay cuatro personas.

No, no son personas, son *monstruos*.

Un hombre tiene cuernos de ciervo que salen de su cabeza. No hace más que pasar los dedos a través del fuego, milagrosamente sin quemarse, mientras canta en voz grave y pastosa. Otro hombre y una mujer bailan en torno a él. Los dos se han desvestido para quedarse en ropa interior y su piel desnuda está cubierta por completo de brillante pintura morada en un patrón de espirales y puntos y líneas que se deslizan por todo su cuerpo con un efecto casi hipnótico mientras se mueven.

La mujer tiene el pelo rojo oscuro, lustrosa piel marrón y alas como las de una mariposa. El hombre es pálido y tiene cuernos de carnero enroscados a ambos lados de su cara, además de unos brazos fuertes que terminan en garras huesudas. Me estremezco con violencia ante su imagen. Cantan y chillan y gritan hacia la luna en lo alto mientras esta observa lo que solo puedo describir como algún tipo de ritual siniestro.

Estas criaturas son feéricos. No era de extrañar que lord Fenwood creyera que iba a morir esta noche. Es obvio que no estoy segura ahí. Debería marcharme antes de que me vean. Sin embargo, la presencia de la cuarta persona es lo que me mantiene ahí.

De pie enfrente del hombre que canta y juega con el fuego hay un caballero mayor con vidriosos ojos negros y pelo gris engominado hacia atrás. Oren está medio desnudo, el pecho también pintado. Desplegadas a su espalda, hay dos finas alas pálidas, como las de una libélula. Se me queda la garganta seca y pastosa. La leve joroba de su espalda… *He dejado que un feérico entrase en mi dormitorio*.

Lord Fenwood ha dejado que un fae entrara en su casa. Debía haber descubierto la verdadera naturaleza de Oren y planeaba confrontarlo esta noche. Hundo los dedos en la tierra y la pinocha,

mientras trato de reprimir las ganas de gritar de la frustración.

Confrontar a Oren para desvelar su condición de feérico sería un suicidio y el lord debía saberlo. De ahí la carta. Pienso en sus fuertes brazos protegiéndome. ¿Y si ha hecho esto para mantenerme a salvo? Debería haberse limitado a despedir a Oren.

Antes de que pueda hacer ninguna tontería, los cuatro levantan sus brazos y sus caras hacia los cielos en lo alto y dejan escapar un grito primitivo que luego se para en seco. Despacio, con actitud reverente, se giran todos hacia la cresta opuesta al camino. De pie sobre una roca, alzándose sobre todo el grupo, hay un hombre que solo puedo suponer que es su líder.

Lleva una capa con un apretado ribete de flores silvestres. Su ancho pecho está desnudo, con poco más que un taparrabos alrededor de la cintura que no hace nada por ocultar los abultados músculos de sus muslos. Por todo su cuerpo, hay más líneas y símbolos dibujados con pintura luminiscente. Replegadas detrás de él, arrastrando por el suelo mientras anda, veo unas maltrechas alas carmesís.

Exuda un aura de poder y autoridad. Descubro que estoy tan cautivada por él como aterrada. Es como una cerveza venenosa que promete ser la cosa más deliciosa del mundo… a pesar de todo, te arriesgarías a morir solo por poder probar un trago.

El líder levanta algo pequeño con ambas manos mientras desciende hacia la hoguera del centro del claro. No logro distinguir qué lleva hasta que se acerca más al fuego. Se me cae el corazón del pecho y rueda hasta parar a los pies de ese hombre. Lord Fenwood está muerto. Debe de estarlo.

Porque ese monstruo feérico sujeta en las manos el libro de mi madre.

Con el corazón acelerado, doblo las rodillas para ver mejor. *No, no puede ser, por favor, deja que sea cualquier cosa menos eso.* Sin embargo, como era de esperar, el libro tiene las marcas que tan familiares me resultan en la tapa y el lomo.

Los otros cuatro feéricos caminan despacio alrededor del fuego para tocar cada uno al hombre mientras cantan y susurran. Lo acarician como amantes, como aduladores, como devotos que lo consideran un dios. El líder se detiene y abre el libro. Sus labios se

mueven, pero no logro oír las palabas que dice. Al mismo tiempo, los otros individuos empiezan a bailar otra vez. El rubio pálido corta una trenza de detrás de su cuerno de carnero y la tira dentro del fuego. El hombre de los cuernos de ciervo arranca un trozo de su ropa y la reduce a cenizas en un santiamén. Oren desliza una daga enjoyada por la palma de su mano y la sujeta sobre el fuego para dejar que su sangre gotee sobre él. El fuego cambia de color y pasa de un naranja normal a un blanco vivo, un rojo oscuro, y luego a un negro antinatural veteado de morado y blanco.

Entonces, el líder cierra el libro y lo levanta por encima de su cabeza. Me doy cuenta de que lo va a tirar dentro del fuego. Un instinto absurdo por proteger ese tomo ajado se apodera de mí. Me levanto del suelo.

«No», susurro. «Por favor, no». El libro es todo lo que tengo como prueba de la madre que me quiso. Se suponía que iba a ser el último regalo de mi padre. Ninguno de los feéricos se fija en mí, de pie ahora sobre la cresta del valle. Están todos demasiado concentrados en el hombre y el libro.

Empieza a mover los brazos; la gravedad tiene ahora el control de la situación.

—¡No! —grito, y echo a correr hacia ellos.

Los feéricos se giran hacia mí. Me hubiese quedado paralizada por el miedo de no ser por el impulso que me proporciona la pendiente de la cresta. Corro al tiempo que agito los brazos a la desesperada. He perdido el equilibrio. Las manos del hombre se separan del libro mientras yo cierro la distancia que nos separa. Todo sucede con una lentitud surrealista mientras el libro cae por el aire.

La fae de las alas de mariposa se abalanza hacia mí, pero los otros parecen demasiado aturdidos para hacer nada. Esquivo a la mujer y salto a por el libro antes de que pueda tocar las llamas, pero se me engancha el pie en una raíz. Mi tobillo cruje, yo me retuerzo. Es demasiado tarde, estoy demasiado desequilibrada. ¿Cómo he recorrido semejante distancia tan deprisa? ¿Cómo es posible que me haya acercado tanto a unos feéricos y siga respirando?

Tampoco es que importe, porque visto cómo estoy cayendo…

Los ojos del hombre se abren como platos, de un vibrante tono

esmeralda, del mismo color que la primavera, que el renacimiento de la tierra misma. Antinaturales. Impactantes. Nuestras miradas conectan y me quedo sin respiración. Su belleza aterradora es lo último que veo antes de caer dentro de las llamas. Y el mundo estalla en un calor incandescente.



Nueve

Si he de ser sincera, la muerte duele mucho menos de lo que creía. El fuego se ha convertido en luz solar y me envuelve como una manta. No me duele nada. De hecho, es más bien al contrario. Quizás sea como la vez que Misty me pisó el pie y me rompió varios huesos. No me di cuenta de lo grave que era hasta unas horas más tarde. Cordella me contó cómo un cuerpo puede entrar en shock mientras me vendaba en los establos para que Joyce no nos viera y me regañara por haberme hecho daño.

Si entré en shock por un pie roto, caer en un fuego rugiente debía de ser un nivel de insensibilidad completamente diferente.

Sin embargo, no estoy del todo ida. Hay gritos a los lejos; las palabras embarulladas adquieren un breve momento de claridad antes de quedar demasiado lejos como para oírlas. Estoy a la deriva en un mar pálido; me están llevando al gran Más Allá así que no tengo otra opción que someterme. Oigo voces nuevas, cánticos y oraciones. Estas no son como las palabras febriles pronunciadas por los feéricos alrededor del fuego. Estas canciones son brillantes y alegres. Oigo los acordes de miles de laúdes y, de algún modo, sé que están tocando para mí.

Creo que oigo la voz de mi madre entre el coro. Me canta para que

regrese a casa. Me canta para que regrese con ella. *Por fin, por fin,* canta el coro lo que siente mi corazón, *reunidas por fin.*



Silencio.

Después, una voz de mujer.

—¿Qué vamos a hacer con ella?

—Se la llevamos a Vena —decreta una voz familiar. *Conozco esa voz.* ¿De qué conozco esa voz?

—¿Estás loco? —pregunta un hombre—. No podemos llevársela a Vena. Aunque pudiese sobrevivir tanto tiempo aquí, que no puede, no podemos llevar a una *humana* a Canción Onírica.

—Vena es la única persona que sabrá cómo sacarle mi magia de dentro —dice la segunda voz. Es grave, como la nota más baja de una lira cuando retumba en armonía con los truenos en un horizonte lejano. Inconfundible. Pugno por recuperar la conciencia.

—Hol tiene razón —aporta otro hombre—. Aunque quisiéramos hacerlo, moriría antes de llegar a Canción Onírica.

—Entonces, tendremos que movernos deprisa, ¿no creéis? —insiste la voz grave.

—O la dejamos de vuelta en el Mundo Natural. Luego vamos a Canción Onírica, le preguntamos a Vena qué hacer y volvemos para realizar el ritual que devuelva la magia a su legítimo lugar —sugiere la mujer.

—A menos que pienses atarla a una silla, dudo de que vaya a quedarse en el sitio. Eso ya me ha quedado muy claro. —Es la voz grave otra vez. Parece conocerme.

¿Lo conozco yo a él? Noto la cabeza embotada y pesada. Entreabro los ojos.

—Se está despertando —anuncia Oren.

Es mediodía y el sol es cegador. Parpadeo despacio a medida que el mundo se enfoca. Oren está inclinado sobre mí, con camisa esta vez. En cualquier caso, debe de tener dos ranuras cortadas en la espalda para dejar salir las alas de libélula que asoman a ambos lados de él.

Me aparto con brusquedad de Oren y de las otras cuatro personas

que están detrás de él.

—Tranquila, no vamos a hacerte daño —me asegura Oren.

—No te va a creer —comenta la mujer de las alas de mariposa. Reconozco a cada una de las personas ahora como los que estaban reunidos alrededor del fuego.

—Dejadlo que mime a la humana hasta que se harte, y entonces la forzamos a hacer lo que queramos. —El hombre de los cuernos de carnero cruza los brazos delante del pecho, los bíceps abultados. Sus músculos destacan las marcas ligeramente brillantes que discurren por ellos—. No me importa si tiene la magia de los reyes de Aviness. No va a saber cómo utilizarla, así que podemos dominarla.

—No vais a forzarme a hacer nada —espeto cortante. Es probable que no sea lo más sensato, pero tengo un dolor de cabeza atroz, estoy rodeada de feéricos y estoy harta de que hablen de mí como si no estuviese ahí. Eso es algo que a Joyce le encantaba hacer.

Los cinco me miran con grados variados de sorpresa. Los labios de la mujer se entreabren y me mira con los ojos como platos. El hombre de los cuernos de ciervo intercambia una mirada de recelo con Cuernos de Carnero antes de volverse hacia mí de nuevo. Su líder frunce un poco el ceño mientras su pelo castaño oscuro cae delante de su cara con una ráfaga de viento.

—No sabía que hablaras la lengua común —le dice el hombre con cuernos de ciervo al de cuernos de carnero.

—No la hablo —responde, sin dejar de mirarme—. Y apuesto a que ella no habla… no hablaba… no debería hablar feérico tampoco.

—¿Es la magia? —Oren mira a su líder.

—Es probable —murmura con esa voz grave suya. Sus ojos se deslizan otra vez hacia mí. Son más verdes que todo el follaje iluminado por el sol a nuestro alrededor. Más verdes de lo que debería ser posible. Un tono único, casi como una…

—Lima —susurro, y suelto una exclamación ahogada—. No, no, no, *no*. —Esa única palabra se repite una y otra vez. No puede ser. No es posible.

Se acuclilla a mi lado. Sus alas raídas dan leves sacudidas a su espalda. Sigue habiendo restos de pintura morada debajo de sus uñas.

—Has roto *todas* las reglas, Katria. —Las palabras están

impregnadas de frustración.

—Eres tú —murmuro—. Lord Fenwood.

—Supongo que ahora que has visto al verdadero yo, deberías saber también mi verdadero nombre. Davien. —Señala detrás de él—. El caballero de las astas es Hol. Mi otro amigo con cuernos es Giles.

—¿Ni siquiera vas a intentar hacer una bromita sobre cuernos? Menuda desilusión —farfulla Giles mientras sonríe como un gato.

Lord Fenwood… Davien lo ignora.

—La dama es Shaye. Y por supuesto, ya conoces a Oren.

Me he arrastrado hacia atrás todo lo posible hasta dar con un árbol, en un esfuerzo por poner la mayor distancia posible entre mí y estas criaturas. Con la espalda apretada contra el tronco, empiezo a adquirir más conciencia de los alrededores, aunque me resulta casi imposible apartar los ojos de los fae. Espero que se lancen a mi cuello en cualquier momento, aunque todavía no me hayan matado.

Ya no estamos en las profundidades del bosque de pinos. Unos viejos robles se estiran hacia el cielo con una telaraña de ramas para captar la luz del sol y las brisas frescas de la tarde. Tiras de musgo cuelgan de su corteza y oscilan al aire. A nuestro alrededor revolotean pequeñas motas de luz, un arcoíris de luciérnagas lo bastante brillantes como para poder verlas a la luz del día. El musgo también tiene una pátina iridiscente, parecida a las alas carmesís de Davien.

Todos los colores son más brillantes de como los he visto en toda mi vida. Todos los olores son más nítidos e intensos. El aire en sí parece vivo, poderoso y temible, de un modo completamente diferente al del bosque oscuro. Aquí no me siento amenazada. Aun así, al mismo tiempo, este parece un lugar de grandes peligros.

—¿Dónde estamos? —pregunto.

—En el Bosque Sangrante, al noreste de lo que conocéis como montañas Pizarra.

—Al noreste… —Me cuesta procesar la información—. No hay *nada* al noreste de las montañas Pizarra. Son completamente infranqueables. El mundo termina ahí. —Todos los estúpidos que alguna vez han intentado cruzarlas no han regresado nunca.

—Infranqueables para los de *tu especie*. —Hol mira en mi dirección por el rabillo de sus ojos morados antes de volver a escudriñar el

bosque a nuestro alrededor. Todos y cada uno de los músculos de su cuerpo están en tensión. Como si estuviese listo para una pelea… o listo para huir—. Al menos, sin la ayuda de gente como nosotros.

—Las montañas Pizarra son una frontera entre mundos —explica Davien con calma forzada. Hay una especie de agitación ardiendo en el fondo de sus ojos. Está frustrado conmigo. Perfecto. Que lo esté. *Él* ha sido el que ha mantenido todo esto en secreto y quien ahora me ha arrastrado a ello—. Al otro lado, está el antiguo reino de Aviness, donde estamos ahora.

—En estos tiempos, la mayoría de la gente lo llama las tierras feéricas —comenta Giles, que también vigila el bosque mientras habla. El viento revuelve su pelo rubio alrededor de sus cuernos.

—¿Por qué no me habéis matado? ¿Por qué me habéis traído aquí? *¿Qué queréis de mí?* —Mis preguntas son cada vez más aceleradas y frenéticas.

—Quiero la magia que has robado. —La voz de Davien se vuelve más bien un gruñido—. La magia que era mi derecho de nacimiento.

—Yo no me he llevado ninguna magia. —Niego con la cabeza.

Davien me agarra de los hombros con sus anchas manos y me sacude.

—Tú entraste en el claro, tú interrumpiste el ritual y *tú* te metiste en la llama.

Supongo que sí que hice todas esas cosas.

—Nunca tuve la intención de… Perfecto, si quieres esa magia, llévatela. No tengo ni la más remota idea de lo que estás hablando y no la querría ni aunque lo supiese.

—Ojalá fuese así de fácil. —Una sombra cruza su cara—. Me he pasado la vida entera, casi veinticuatro años, buscando las piezas que necesitaba para completar ese ritual. Esperé cinco años solo a que las estrellas estuviesen alineadas. ¿Y crees que puedes *dármelo* solo porque tú lo dices?

—Basta. —Oren aprieta las yemas de los dedos con suavidad sobre el antebrazo de Davien para interrumpir la diatriba del hombre—. No vas a conseguir nada con esto.

—A lo mejor sí —dice Shaye con una sonrisa retorcida—. Hasta ahora, nunca habíamos tenido a un humano que robara magia feérica.

A lo mejor si la sacude con la fuerza suficiente, sale escupida de ella. O tal vez se le caiga la cabeza del cuerpo.

Abro los ojos como platos.

—Ninguno de nosotros vamos a tocarla. —Debe darse cuenta de que se está contradiciendo, porque Davien me suelta con un suspiro frustrado.

—Creo que tú acabas de tocar…

—Silencio, Giles. —Davien se pellizca el puente de la nariz. La manera en que me mira ahora me recuerda a cada ápice de desdén que Joyce y Helen me mostraron en la vida, o incluso más.

—No pretendía… —empiezo a decir. Mi instinto de conciliación se despierta solo con esa mirada. Pero él me interrumpe.

—Eso está claro. Y aun así, has estado a punto de arruinarlo todo. —Davien echa a andar por el bosque—. La vamos a llevar con Vena.

—Allá tú —dice Oren en voz baja mientras me ayuda a levantarme.

—Todo el trayecto hasta Canción Onírica, a través del Bosque Sangrante, con una humana. —Shaye echa un vistazo hacia atrás en mi dirección antes de intercambiar una mirada con Hol—. Le doy tres días.

—Generosa —comenta Hol—. A mí me sorprendería que aguantara dos.

—Genial. Ahora tengo que elegir entre uno, que parece demasiado poco, y cuatro, que estaremos todos de acuerdo en que es demasiado generoso —refunfuña Giles—. Optaré por cuatro, si tengo que elegir. ¿Lo oyes, humana? Estoy siendo optimista por ti.

Me doy cuenta de que están hablando de cuánto tiempo lograré sobrevivir. Sacudo la cabeza despacio; el movimiento se convierte en un estremecimiento que baja por mi columna y enseguida evoluciona a un intenso temblor. No puedo moverme cuando mis huesos se sacuden con semejante violencia. Mi espalda golpea el árbol y me deslizo por él una vez más hasta el suelo. Me hago un ovillo y me agarro la cabeza.

—Tenemos que ponernos en marcha. —Oren trata de levantarme de los codos—. No estamos seguros aquí fuera.

—¡Por supuesto que no! No estoy segura con ninguno de vosotros.

—Ninguno de nosotros va a hacerte daño.

—Al menos no mientras tengas la magia de Davien —apunta Giles con voz cantarina. Su falda ondea con suavidad alrededor de sus muslos mientras anda.

Un gemido se abre paso por mi garganta y escapa como un sonido farfullado y apagado.

—Quiero ir a casa.

—No puedes —responde Oren.

—Llevadme de vuelta —exijo—. Llevadme de vuelta ahora —repito, en voz más alta. Lo suficiente para llamar la atención de Davien. Se detiene y se gira despacio hacia mí mientras me levanto del suelo por voluntad propia—. Tú… tú hiciste un trato cuando te casaste conmigo. Juraste que nunca me faltaría nada. Lo único que me *falta* es ir a casa.

Davien viene hacia mí despacio, con calma, mientras sus músculos se marcan con un poder que promete que podría hacerme pedazos si así lo decidiera. Su magia feérica es como un aura. Me sorprende que no haga rielar el aire a su alrededor como el calor sobre las piedras en un día de verano.

—En cuanto a eso —casi ronronea—. En primer lugar, *casa*, ¿dónde sería siquiera? ¿De vuelta en esa «mansión decrépita» en la que me dijiste que vive tu familia? ¿Esa es la que consideras tu «casa»? ¿O has convertido mi propiedad en tu casa?

—Me la dejaste a mí, en tu carta. —Intento no dejarme intimidar, pero es más y más difícil a medida que se aproxima—. Solo me falta que me llevéis de vuelta ahí.

—Me doy cuenta de cómo utilizas esa palabra: *falta*. Pero no va a tener el efecto que crees.

—Pero…

—Sí, te hice una promesa muy generosa que, destacaré aquí y ahora, no tenía por qué hacer. Y tienes razón en que tenía que cumplirla. Sin embargo, estás olvidando una parte bastante importante del tema. —Llega hasta mí y se detiene. Me mira desde lo alto—. Mi promesa estaba vigente solo hasta que tú, o yo, abandonáramos ese plano mortal. Y visto que ya hemos cruzado el Vano a la tierra de Midscape… ya no estamos en *ese* plano mortal. Así

que mi promesa se cumplió y ahora ha quedado anulada.

Da medio paso más hacia mí. Mi espalda golpea el árbol de nuevo y me corta toda posibilidad de escapatoria. Está tan cerca que puedo sentir su aliento, justo rayando en un aire frío invernal.

—No puedes exigir nada de mí aquí.

—Solo quiero ir a casa —susurro.

—Te llevaré de vuelta a tu patético mundo en cuanto tenga la magia que hay en tu interior. —Me agarra de la barbilla y gira mi cabeza hacia arriba para forzarme a mirarlo a los ojos—. Hasta entonces, estás a mis órdenes. Si me escuchas, puede que justo consiga sacarte de esto con vida.

Intento pensar en todo lo que he aprendido alguna vez acerca de los fae. ¿Monstruos? Confirmado. ¿No pueden mentir? Estoy bastante segura de que eso es verdad, puesto que nunca he olido una sola mentira en ninguno de ellos. ¿Tienen que cumplir sus promesas? Eso parece, puesto que está tan ansioso por escabullirse de la promesa que hizo al casarse conmigo. ¿Cómo puedo usar nada de eso para sobrevivir? *¡Piensa, Katria, piensa!*

—O sea que si voy con vosotros a ver a esa Vena y te devuelvo esa magia que dices que hay en mi interior, ¿me llevarás de vuelta a la mansión?

—Lo juro.

Trago saliva con esfuerzo. Eso ha sonado a promesa. Y no he olido humo.

—Muy bien. Pues guíanos.

Me suelta y da media vuelta. Cuando pasa por al lado de sus compañeros, veo que la mujer, Shaye, le murmura algo. Apenas logro oír lo que dice.

—Ya verás, la próxima vez tratará de decir que todavía es tu mujer. Como si las leyes humanas pudiesen mantenerse aquí. —Me mira con una sonrisa malvada. Sabe que puedo oírla. Me da la sensación de que eso es justo lo que quería.

Aunque con su pelo rojo y sus alas de mariposa no se parece a Helen o a Joyce lo más mínimo, a cada minuto que pasa me recuerda más y más a ellas.

Ciño mi bata sucia y embarrada a mi alrededor, intento caminar

con la dignidad que sé que no poseo ahora mismo y echo a andar descalza por el bosque. Es un milagro que no me cortara los pies ayer por la noche. Al menos el suelo del bosque en esta zona está cubierto de un musgo afelpado y cómodo. La idea me hace pensar un instante. Me miro los pies y meneo los dedos.

—¿Qué pasa? —pregunta Oren.

—Dile que se dé prisa —nos grita Hol—. Le hemos dado cuatro días máximo antes de que muera aquí. No hay tiempo que perder.

—No es nada. —Sacudo la cabeza y sigo adelante, pasando por al lado de Oren y la desagradable sensación de traición que siento ante su mera presencia.

La noche anterior, me torcí el pie con una raíz. Fue una torcedura fea. Oí los huesos crujir y los tendones chasquear. No debería ser capaz de andar ahora mismo. Sin embargo, la articulación parece estar bien. De hecho, ahora que mi aturdimiento inicial se ha despejado, me siento como si pudiera bailar, correr, saltar y cantar.

Ojalá tuviese una razón para hacer alguna de esas cosas. Todo lo que hay ante mí es una larga caminata a través de territorio enemigo.

Aunque al menos mi tobillo es garantía silenciosa de una cosa: es posible que de verdad tenga magia. De otro modo, ¿cómo podría estar andando ahora mismo?



Diez

No estoy muy segura de por qué lo llaman el Bosque Sangrante. Comparado con el bosque allá en casa, este lugar es… *¿me atrevería a pensarlo?*: alegre. Sin tener en cuenta a mis acompañantes, claro está.

Hablan entre ellos a lo largo del día, y en su mayor parte, me ignoran. Davien dice poco; conduce al grupo y medita de un modo bastante dramático. Oren también se mantiene al margen de sus discusiones; se queda un poco rezagado, más cerca de mí. Sin duda para asegurarse de que no huyo. Yo me aseguro de mantener las distancias incluso con él. Toda la confianza que se había ganado conmigo ha desaparecido de un plumazo.

Como es inevitable, la conversación vuelve a mí, junto con los ojos de todos ellos. Preguntan cómo me va. Dicen que debo estar cansada. Dicen que mi débil y frágil cuerpo humano debe estar a punto de desmoronarse.

Cada vez, les aseguro que soy más que capaz de seguir adelante. Que puedo ir un poco más allá.

Es a la cuarta vez que lo hacen cuando por fin estoy agotada. El sol se está poniendo al otro lado, en el lado *equivocado*, de las montañas que se alzan imponentes sobre nosotros. Es un fenómeno extraño para mí y una evidencia más de que estoy muy lejos de casa. Allí el sol sale

de las montañas… no se pone detrás de ellas. Me paro de repente, cruzo los brazos y les lanzo una mirada furibunda.

—¿Pensáis decirme en algún momento exactamente *por qué* voy a morir en los próximos tres días?

—¿De verdad quieres saberlo? —pregunta Hol.

—¿Oh, puedo decírselo yo? —Giles parece un poco demasiado entusiasmado para mi gusto. Sonríe y es entonces cuando me doy cuenta de que sus dientes son solo un pelín más afilados de lo que serían los de un humano normal.

—Supongo que te dejaré negarme ese placer —le dice Shaye a Giles.

—Decidle lo que os dé la gana —llama Davien desde delante—. Pero no dejéis de andar.

Retomamos nuestro camino y Giles habla sobre la marcha.

—Puesto que eres humana, voy a asumir que no sabes prácticamente nada sobre el mundo en el que vives. —Pongo los ojos en blanco, pero él me ignora—. Lo que necesitas saber es lo siguiente. Hay tres mundos: el Más Allá, donde vas cuando mueres; Midscape, donde estás ahora mismo y donde aún residimos los que tenemos magia; y el Mundo Natural, el mundo que les concedieron a los humanos después de las antiguas guerras y de donde procedes tú.

»Entre cada uno de estos mundos, hay una barrera. La barrera entre Midscape y el Más Allá se llama el Velo. La barrera entre Midscape y el Mundo Natural se llama el Vano.

—Muy bien. —Creo que lo sigo. Aunque parece demasiado increíble como para ser real—. Entonces, ¿hemos cruzado el Vano para llegar hasta aquí?

—Correcto —dice.

—¿O sea que la gente que intenta cruzar las montañas cruza el Vano y en realidad acaba aquí? ¿En Midscape?

—No del todo.

—Por suerte para ellos, no. —Shaye ladea la cabeza y suelta una risotada—. La muerte es más amable para un humano que acabar por accidente en tierras feéricas.

Cruzo los brazos delante del pecho y reprimo un escalofrío. Sigo vestida con mi camisón y mi bata. ¡Lo que daría por la dignidad de un

par de pantalones o un vestido adecuado!

—Se supone que los humanos y las criaturas normales de Midscape no son capaces de cruzar el Vano. Solo unos pocos de los elfos pueden hacerlo; es el rey de los elfos el que mantiene las barreras entre los mundos. Al no permitir a la mayoría de la gente cruzar de un lado a otro, conserva su poder.

—¿El rey de los *elfos*? —repito—. ¿Aquí hay más que feéricos?

—Hay elfos, sirenas, lykins, nosotros… Hace mucho tiempo había también dríades, pero se extinguieron después de crear a los humanos. También están los vampiros, pero hace siglos que no se los ve. Creo que la última vez que se oyó de ellos fue un par de cientos de años después de que se erigiera el Vano. Puede que les haya sucedido lo mismo que a las dríades.

Las dríades habían creado a los humanos… Todas las criaturas de leyenda eran reales… Me siento mareada y paro un momento para apoyarme contra un árbol y recuperar la respiración.

—Es imposible.

—¿Cómo dices? —me grita Giles desde más adelante.

—No me digas más ¿por fin se ha rendido por hoy? —pregunta Shaye.

—Esto no puede ser real. Tengo que estar soñando. —Sacudo la cabeza con una risa—. ¿Criaturas mágicas? ¿Antiguas guerras? ¿Barreras entre mundos? *No*. No, esto no es real.

—Por desgracia para ti, es muy real. —Giles mete las manos en bolsillos escondidos entre los pliegues de su falda suelta—. Porque todavía ni siquiera hemos llegado a la parte que te va a matar.

—Oh. Bien. Más cosas que pueden matarme aparte de los villanos de todos los cuentos que me contaron de pequeña. —Lo miro ceñuda.

—No os paréis —grita Davien. Frunzo el ceño aún más y me aparto del árbol. Caminamos a un paso bastante ligero y, aunque todavía no diría que estoy cansada, también es mucho más que un paseíto por el bosque. Miro atrás. Da la impresión de que estuviéramos huyendo de algo. Lo que sea que pueda infundir miedo a los corazones de esta gente, sé bien que no quiero conocerlo. Mis pensamientos vuelven a la mujer que me atacó en el bosque. Tal vez haya más como ella aquí fuera.

—Los humanos no están hechos para este mundo —explica Giles —. Solo una humana puede sobrevivir aquí: la reina humana.

—¿Dónde vive? —Si hay una reina humana, entonces a lo mejor puedo encontrar el camino hasta ella. Seguro que se mostraría compasiva conmigo, ¿verdad? Maldigo para mis adentros. ¿En qué estoy pensando? ¿En llegar hasta una reina humana? Aunque Giles me dijera dónde encontrarla, yo no sabría distinguir una ciudad de otra aquí. No sé nada acerca de este mundo. Una enfermiza sensación de impotencia se asienta sobre mis hombros y me entran ganas de gritar.

—No es un sitio donde quieras ir. Está casada con el rey de los elfos y vive muy lejos al sur.

—Ojalá se pudran con todos los elfos detrás de su muro —masculla Hol en voz baja.

—A ver si lo he entendido bien. Estáis diciendo que los humanos no pueden sobrevivir aquí, así que hace mucho tiempo que a todos los humanos los expulsaron al… —Intento recordar cómo había llamado a mi mundo—. Mundo Natural.

—Vaya, vaya, tiene capacidad de aprendizaje. Me siento como un padre orgulloso. —Giles se seca una lágrima imaginaria del rabillo del ojo y hace como que sorbe por la nariz.

Ignoro su comentario. Es lo más parecido a una afirmación que voy a conseguir, así que sigo con mis cavilaciones.

—Y como los humanos no pueden sobrevivir aquí… ¿yo voy a morir?

—Más o menos. —Giles se encoge de hombros—. Tampoco es que lo hayamos probado nunca. Shaye, tú viste una vez a un humano arrastrado hasta Midscape, ¿verdad?

Shaye lo fulmina con la mirada por ponerla en primer plano, pero responde de todos modos.

—Así es. Fue una idea horrible de una persona horrible que hizo cosas horribles. —Sus ojos lucen lejanos mientras habla. No parece mirar nada en concreto—. Es la comida, el agua. En Midscape los humanos no se nutren como deberían. Se marchitan y mueren a una velocidad alarmante.

Trago saliva y me giro hacia las montañas.

—¿Cómo se cruza el Vano? —pregunto con el tono más casual

posible.

—No se te ocurra ni pensar en intentar hacerlo. —Hol parece leerme el pensamiento. Recoge su largo pelo castaño rojizo en su nuca y lo peina alrededor de sus cuernos. Parecen hechos de madreperla, más que de hueso—. El Vano es un sitio peligroso, incluso para nosotros. Recuerda que se supone que nadie debe ser capaz de cruzarlo. Nosotros solo podemos atravesarlo con magia y brechas abiertas que son un riesgo cada vez que las usamos. Si intentaras entrar en él, morirías seguro.

Suena como que voy a morir de todos modos. Aunque eso no lo digo en voz alta. Me han proporcionado suficiente alimento para la mente como para rumiar en silencio durante un rato. De vez en cuando, levanto la vista hacia ellos. Los tres siguen hablando entre sí. Las centelleantes alas de Shaye dan pequeños respingos ocasionales, prueba de que son reales.

O de que estoy teniendo la pesadilla más horripilante y vívida de mi vida.

Levanto el antebrazo y le doy un pellizco firme. Duele. No, no es un sueño.

Con un suspiro, me paso los dedos por el pelo. Se quedan atascados en una serie de nudos. Empiezo a dar tironcitos para deshacer los enredos. Eso les da a mis manos algo que hacer mientras pienso. Como si desenredar mi pelo fuese a ayudarme a desenredarme del lío en el que estoy metida.

Ni siquiera me doy cuenta de que el grupo se ha parado hasta que estoy a unos pasos de ellos. Sacada de golpe de mis pensamientos, miro a mi alrededor. Desperdigadas entre los árboles veo las ruinas de viejas casas largo tiempo olvidadas, como los juguetes de un niño tirados a la intemperie. Un gran roble asciende desde los restos de una casa, encajonado entre las paredes medio derruidas.

—Nos quedaremos aquí a pasar la noche. —Davien señala hacia el edificio que justo estaba mirando.

—¿Tenemos que hacerlo? —Giles se estremece y envuelve los brazos a su alrededor—. Este lugar está maldito.

—Solo está maldito si dejas que lo esté —rebate Hol con firmeza, aunque no estoy segura de a quién intenta convencer, si al resto de

nosotros o a sí mismo.

Oren se ha acercado para pararse a mi lado. Lo miro de soslayo.

—¿Así es como funcionan las maldiciones? —le susurro.

—No, las maldiciones son… —empieza a explicar, pero Davien lo interrumpe.

—Este lugar no está maldito de verdad. —Su voz grave retumba a través de mí. Odio que sea la misma voz con la que he estado hablando todas esas noches durante el último mes. La misma voz que me mantenía despierta hasta tarde en la cama, suspirando con suavidad mientras anhelaba ver solo un atisbo de la cara que la acompañaba. Hubiese sido más amable que su voz cambiase al entrar en este mundo. Todavía no sé cómo conciliar la diferencia entre el apuesto, amable y *seguro* lord Fenwood que imaginaba y el poderoso y letal feérico que está de pie delante de mí—. Es solo un lugar de brutalidad y gran trauma.

—El tipo de trauma que no olvidan ni los árboles. —Shaye levanta la vista hacia la cubierta de hojas debajo de la cual estamos, como si tratara de comunicarse con esos mismos centinelas.

Entramos en las ruinas por debajo de un arco medio derruido y nos abrimos paso entre rocas y escombros, alrededor del roble central y hasta el rincón del fondo.

Giles agarra un palo del suelo y dibuja un círculo a su alrededor. Oren me hace gestos para que me coloque atrás con el resto de ellos. Observo fascinada cómo marca cuatro líneas en el círculo, cada una dirigida hacia un punto cardinal diferente. Mientras hace las marcas, murmura:

—Norte, sur, este y oeste, ancladme a este mundo. —Clava el palo en el suelo a sus pies—. Llenad mi cuerpo de magia; permitidme blandir todo el poder de la roca y las hojas de los árboles. —Levanta el palo y señala con él hacia el árbol del centro de las paredes de piedra. La punta del palo apenas toca la corteza—. Permítenos estar a salvo entre tus hojas; que tu corteza sea nuestro escudo, y tus ramas, nuestras paredes.

Sus ojos, por lo general avellana, brillan de un leve tono esmeralda por los bordes y el árbol cobra vida con una sinfonía de gruñidos y crujidos de madera.

Me tambaleo hacia atrás. Oren me frena con una mano y me ayuda a mantenerme en pie. Observo asombrada cómo la corteza se separa del árbol y se arquea por encima de nuestras cabezas. Brotan nuevas ramas que se entrelazan para formar paredes que se funden con los restos de piedra a nuestro alrededor. Las hojas se abren para convertir el follaje en un tejado. Cuando la luz se difumina, nos aguarda una cabaña.

—¿Cómo…? —murmuro. No soy capaz de formular una frase coherente. Debería estar aterrada. Debería querer huir de lo que acabo de ver. Y aun así… Ha sido *alucinante*. La magia es una de las cosas más hermosas que he visto jamás. La sensación de poder acumulado en el aire. La emoción mientras giraba en torno a nosotros y el árbol cobraba vida. La forma en que se movía…

—Se llama *ritumancia* —responde Oren a mi pregunta inacabada—. Cada tipo de criatura de este mundo tiene su propia forma de magia, distinta de la de los demás. Los feéricos, o fae, tienen ritumancia, lo cual significa que utilizamos rituales para dominar y usar nuestros poderes. No podemos hacer ningún acto mágico más allá de un simple *glamour*, o de utilizar nuestros dones físicos, sin realizar primero una serie de pasos para cargar o almacenarla.

Giles levanta las manos como para demostrarlo. Tensa los dedos y unas afiladas garras salen disparadas de ellos. Son iguales a las que vi ayer cuando bailaba alrededor del fuego. Cuando relaja las manos, las garras desaparecen.

Pienso en lo que lord Fenwood… Davien, me recuerdo con firmeza; lord Fenwood no existió nunca. Pienso en lo que me dijo aquella noche a la mesa del comedor. No me sorprende que supiera tanto sobre la magia feérica. Yo que pensaba que era un cazador cuando en realidad era un fae él mismo.

El grupo se instala a pasar la noche. Hol enciende la hoguera mientras Shaye y Davien se van a cazar algo para la cena. Vuelven con una liebre que se trincha y asa enseguida.

Hol me da un trozo.

—Puede que no te sepa a nada ni haga nada por ti, pero comerla no puede hacerte daño.

Mi estómago gruñe, al parecer lo bastante alto como para que

todos lo oigan, porque Giles suelta una carcajada. En realidad, no quiero comer su comida feérica, pero tengo que intentar conservar fuerzas. Como muy poco, aunque sepa a cenizas y no me alimente, con suerte mi estómago se sentirá lleno. Y eso será suficiente para sofocar sus protestas.

—Gracias —farfullo, y acepto la pata que me ofrece.

Como no he comido nada en todo el día, huele a gloria. Se me hace la boca agua. Pego un mordisco, preparada para un bocado espantoso, pero en lugar de eso… es la cosa más deliciosa que he probado en la vida. ¿Alguna vez había comido algo como esto siquiera? Doy otro gran mordisco al tiempo que me limpio con el dorso de la mano la grasa que resbala por mi barbilla.

—Al menos haces un esfuerzo por comerla —comenta Oren con una sonrisa.

—No puede hacer daño —digo, repitiendo las palabras de Hol. No quiero que sepan que puedo saborear la comida. A lo mejor otros humanos les estaban mintiendo a los feéricos. Después de todo, *nosotros* sí podemos mentir, son ellos los que no pueden. Tal vez hacerles creer que la comida y el agua no nos nutren sea una táctica para poder escapar y volver a casa. Tal vez sea la comida la que me permita cruzar el Vano.

Una vez terminada la cena, el grupo se instala para pasar la noche. Hol hace la primera guardia, Giles la segunda y Oren la tercera. Mi mejor opción de huir será cuando sea él el que esté de guardia. Si voy a escapar, tendrá que ser entonces.

El suelo del bosque es más cómodo de lo que esperaba. La espesa alfombra de musgo acuna mi cuerpo y me sumo en un sueño sorprendentemente profundo. Me despierto cuando Oren se remueve a mi lado. Me he colocado lo bastante cerca como para que no pudiese moverse sin que yo lo sintiera. Finjo dormir, suspiro con suavidad y ruedo sobre el costado. Me tapo la mitad de la cara con las manos, entreabro un ojo y me asomo entre los dedos.

Oren y Giles están susurrando. Su conversación es breve y Giles ocupa su puesto en el suelo entre el grupo. Espero hasta que su respiración pesada se ha convertido en suaves ronquidos.

Con movimientos lentos y calculados, ruedo sobre el estómago y

meto las manos debajo de mis hombros. Empujo para quedar a gatas sobre las rodillas y las palmas de las manos y estudio al grupo, utilizando los restos refulgentes de la hoguera como fuente de luz. Mis ojos se atascan en Davien. Incluso con esa luz tan tenue, su piel ámbar es casi luminiscente. Las brasas naranjas perfilan sus músculos, el afilado corte de su mandíbula y la línea de su frente, suavizada por el sueño.

Si me limito a mirar su cara, no es demasiado distinto del hombre que había imaginado, incluso la ligera pelusilla. Pero entonces veo las iridiscentes alas carmesís extendidas detrás de él. *No,* el lord Fenwood que yo conocía era una ilusión. Durante todo ese tiempo, este feérico me estaba manipulando. Cuando salí de la casa de mi familia, juré que nunca más me utilizarían.

Esa promesa a mí misma no ha terminado solo porque haya cruzado a su mundo.

Me levanto despacio y salgo de puntillas por el arco hecho de ramas y corteza. Oren está apoyado contra la abertura de las ruinas. Su guardia atenta me detecta al instante.

—Deberías estar dormida —susurra.

—Tengo que ir al cuarto de baño —digo con timidez, mientras hago caso omiso del sabor a metal en mi boca—. He pensado que no debería hacerlo donde todos los demás apoyan la cabeza.

—Puedes hacerlo ahí. —Señala hacia el otro lado del árbol, justo al lado del refugio—. No miraré.

—No puedo. Es demasiado… —Suspiro, frustrada—. No puedo hacerlo tan cerca de la gente.

—Están todos dormidos.

—Tengo miedo escénico. —Cambio el peso de un pie al otro como si la necesidad fuese urgente—. Iré justo detrás de ese árbol. Está lo bastante lejos. —Señalo hacia un roble grande cerca de otras ruinas. Oren frunce los labios.

—Muy bien, pero date prisa.

—Haré todo lo posible. —Aprieto las manos sobre mi bajo vientre —. Esa comida no me ha sentado demasiado bien.

Me lanza una mirada compasiva, casi suficiente para hacerme sentir mal por mentirle y escaparme. Aunque él fue el que me mintió

en primer lugar. Si yo le importara lo más mínimo, me hubiese contado que era feérico o hubiese impedido que me trajeran aquí.

Voy hasta el árbol y me meto detrás de él. Echo otro vistazo atrás. Mis ojos se cruzan con los de Oren y mis labios pronuncian las palabras *No mires*, sin emitir ni un ruido.

Pone los ojos en blanco y aparta la mirada. Esta es mi oportunidad. Corro desde el árbol hasta detrás de la pared desmoronada de otra casa destruida hace mucho tiempo y escucho para ver si me está persiguiendo. El bosque está en silencio. No creo que me haya visto moverme.

Respiro hondo, me preparo y emprendo la huida.



Once

Me pregunto cuánto tiempo de ventaja he ganado mientras me aparto de la pared y echo a correr a toda velocidad entre los robles. En breve, Oren vendrá en mi busca y cuando no me encuentre, estoy segura de que alertará a los otros. Tengo que dar por sentado que son buenos rastreadores. No tengo nada en lo que basar esa asunción, pero prefiero estar preparada para lo peor aunque espere lo mejor. Dada la suerte que he tenido durante el último día, sin duda serán capaces de localizar a un escarabajo en toda una cordillera de montaña.

Lo bastante lejos como para saber que no pueden verme, empiezo a cortar hacia la izquierda y tomo la dirección por la que vinimos. Había un arroyo no mucho más atrás. He oído historias de personas que cruzan cuerpos de agua mientras los persiguen perros… algo de que el agua lava el rastro de tu olor o algo así. Los feéricos parecen ser parte bestia, así que tal vez la premisa sea la misma. No puede hacer daño.

Las pequeñas motas de luz que iluminaban el bosque durante el día han hecho sus camas sobre el oscuro musgo para convertir el suelo del bosque en un mar de estrellas que se aleja de mí cuando corro a través y se cierra de nuevo por encima de mis huellas. Los árboles rielan como el agua. Algo que solo puede describirse como magia

emana en pulsos regulares de sus troncos y hacia las hojas antes de caer de vuelta a la tierra como una neblina luminiscente. Todo aquí parece vivo, *despierto*, parece como si unos seres muy antiguos observaran cada paso que doy.

Aprieto una mano contra mi costado. Me duele y me arden los pulmones. Recupero la respiración durante solo un segundo y sigo corriendo. Si consigo llegar hasta el arroyo, quizás pueda despistarlos. He prestado mucha atención al rumbo que trajimos hoy. Encontraré el camino de vuelta y luego me dirigiré hacia las montañas. Cruzaré el Vano. Si ellos pueden hacerlo, yo también. Después de todo, tengo esta magia de reyes o lo que sea que se suponía que creaba su ritual. Puedo hacerlo; sé que puedo.

El arroyo aparece ante mis ojos.

Salto desde la orilla, chapoteo por el agua y me lanzo hacia el otro lado. Justo cuando mis pies tocan la orilla de enfrente, veo un remolino de movimiento en la periferia de mi visión. Giro en redondo hacia él por acto reflejo.

Un hombre se estampa contra mí. Venía del cielo. Un manchurrón de iridiscencia rojo sangre y luz estelar. Caemos al suelo juntos y levanto la rodilla por instinto, en busca del punto blando entre sus piernas que seguro que lo dejará tiritando, pero en lugar de eso encuentro sus costillas debido a la extraña posición en la que caímos. Está medio encima de mí, pero se separa del suelo al tiempo que intenta atrapar mi muñeca mientras yo forcejeo por liberarme.

—Suéltame… —Una gran manaza se planta sobre mi boca.

Los brillantes ojos verdes de Davien conectan con los míos. Lo único que impide que su nariz toque la mía es su mano. Su pelo cae en cascada por encima de sus hombros y me hace cosquillas en la mejilla.

—¿Estás intentando que te maten? —gruñe.

Intento hablar contra su mano, los sonidos amortiguados ininteligibles hasta que retira los dedos.

—Tus amigos no hacen más que decirme todo el día que voy a morir de todos modos. Muy bien puedo acelerar el proceso.

—Y aun así nosotros seguimos tratando de mantenerte con vida. —Aún no se ha quitado de encima. Su cuerpo aplasta el mío contra el lecho del arroyo y el agua fluye contra mi costado en frío contraste

con el calor de sus músculos firmes.

—¿Sabes quién más trató de mantenerme con vida? Mi madre y mis hermanas. ¿Sabes cómo lo hicieron? Me encerraban en habitaciones, me impedían tener amigos y me quitaban todo lo que me trajese la más mínima alegría. Me trataban como a una *cosa* más que como a una persona. —Lo miro y parpadeo con los ojos escocidos.

Las palabras brotan de mi boca sin que yo las haya invitado. No quiero decir estas cosas, no a él, no aquí, no ahora. Pero en este momento, parece que no puede haber nada oculto entre nosotros. Él ha comprimido todo el espacio en el que podían vivir los secretos y lo ha reducido a polvo. Tan solo está *él*, que asalta mis sentidos como lleva haciendo desde hace semanas. Solo que ahora puedo verlo. Ahora puedo mirar esos brillantes ojos verdes mientras me dejan expuesta. Esto es más que el más leve de los contactos y puedo sentir su cuerpo sobre el mío mientras su peso derriba mis barreras.

—Quiero vivir, más que nada en el mundo. Y porque eso es lo que quiero, me niego a pasar mis horas como la cosa de alguien. Voy a vivir mi vida como yo quiero vivirla o a morir en el intento. Así que ayúdame a vivir o estate dispuesto a matarme —termino, la voz temblorosa.

Davien abre y cierra la boca. Sin decidirse a qué decir, mueve su peso y apoya una mano en el suelo al lado de mi cabeza. Con algo de espacio otra vez entre nosotros, consigo respirar de nuevo. Nunca me he sentido tan expuesta.

—Levántate —dice, apenas más que un gruñido—. Vas a pillar un resfriado si te quedas tumbada en el agua.

Davien me deja espacio para que me ponga en pie. Retiro con la mano la tierra y las piedrecitas de mi bata andrajosa. Mi camisón es alarmantemente traslúcido por el lado contra el que fluía el agua. Ciño la bata un poco más fuerte a mi alrededor. Si se ha dado cuenta de la falta de decoro, ha hecho hincapié en no mirar.

—Vivir tu vida como quieres vivirla… —repite, y se ríe con suavidad mientras niega con la cabeza—. Menuda aspiración más egoísta.

—¿Perdona? —Es mi turno de acercarme a él. Me pongo de puntillas para mirarlo a los ojos, pero aun así me quedo corta—. ¿Qué

has dicho?

—Quieres vivir tu vida sin tener en cuenta a nada ni a nadie más. Es egoísta.

—He hecho muchos sacrificios. Me lo he ganado. —Niego con la cabeza mientras retrocedo—. No tengo por qué defenderme ante ti, ni ante nadie.

—Tienes razón, no tienes por qué hacerlo, porque está claro que los demás no te importan nada. —Se encoge de hombros—. Tampoco es que pudiera entender a alguien que eligiese vivir su vida de ese modo.

—¿Oh? ¿Y cómo vives tú tu vida? ¿Encerrado en una mansión en el mundo humano? ¿Buscando mujeres cuyas familias tienen las cosas que necesitas para tus rituales nocturnos? ¿Soy siquiera la primera esposa humana que has tomado? —Me sorprende lo mucho que quiero que diga que lo soy; lo herida que me sentiría si solo fuese una de muchas.

—Lo eres. —Me lanza una mirada tan fría que tirito—. No te tomé como mi esposa a la ligera. De haber tenido otra opción, no lo hubiese hecho. Nunca quise involucrarte en nada de esto. Si tu padre se hubiese limitado a darme el maldito libro cuando se lo pedí por primera vez hace años, nada de esto hubiese sucedido. Tuve que esperar y hacer una oferta que sabía que tu familia no podía rechazar.

—La muerte de mi padre…

—Yo no tuve nada que ver con eso —me interrumpe con firmeza, pero aun así con cierto tacto con un tema tan delicado—. Tampoco me alegré ni me alegro de ella. Envié a Oren con la expectativa de negociar con tu padre, no con Joyce. Ni siquiera sabía que había pasado al gran Más Allá, solo que estaba ausente y rumores sobre las penurias de tu familia.

Suelto un pequeño suspiro de alivio.

—Pero ayer por la noche… —continúa—, cuando por fin, *por fin* tenía todo lo que necesitaba en su sitio, años de trabajo dando sus frutos por una causa mucho más grande que yo mismo, mucho más grande de lo que podrás imaginar jamás… yo… yo…

—¿Tú? —susurro cuando el silencio se extiende hasta el punto de que temo que no continuará.

—No *dejaba* de pensar en ti. Te dejé esa carta en un intento de ponértelo fácil si alguien pretendía decir en algún momento que no tenías derecho a esas tierras, a esa casa. Hubieses tenido la vida resuelta. Todo lo que tenías que hacer era seguir las reglas que te di por tu propio bien y quedarte donde estabas.

Tengo el estómago revuelto, y no porque haya ingerido comida del mundo feérico. Siento náuseas porque no huelo humo y los feéricos no pueden mentir. Está diciendo la verdad.

Todo lo que tenía que hacer era quedarme donde estaba. Una última noche de obedecer las reglas y la libertad total que siempre he ansiado hubiese sido mía. Davien hubiese salido de mi vida y sus riquezas en el Mundo Natural habrían sido mías.

—Y sin embargo, aquí estamos otra vez. —Sacude la cabeza—. Otra noche en que lo arriesgas *todo* por no quedarte donde te habían dicho.

—Si quieres que te ayude con esto, vas a tener que empezar a contarme qué está pasando. Trátame como a un igual. Sé que debería, pero no soy capaz de seguir reglas a ciegas. —Joyce me ha dejado marcada de un modo demasiado profundo, de maneras que solo empiezo a comprender ahora, como para obedecer órdenes sin cuestionarlas.

—¿Crees que te lo mereces? —Arquea las cejas.

—Si me tienes algo de cariño… no, algo de respeto, entonces harás esto. No soy una reliquia que puedas almacenar en una estantería hasta tu siguiente ritual. Soy una persona de carne y hueso. No me trates como a una cosa y no tendré ningún motivo para estar fuera de lugar, porque el lugar en el que estaré será en el que haya elegido estar.

Davien suelta un gran suspiro. Se pasa una mano por el pelo. La mitad se queda pegado hacia atrás gracias al agua del arroyo. La otra mitad cae delante de su cara.

—¿Prometes que eso será todo lo que haga falta?

—Lo juro.

—Dame una razón por la que tendría que creerme que vas a mantener tu palabra. Juraste que si dejaba la puerta abierta, no saldrías. Mentiste. —Tiene una expresión dolida. Quizás fuese por eso

que no quería que lo viera antes. El hombre es un libro abierto de emociones. Ha pasado tanto tiempo en un aislamiento físico que nunca ha tenido que aprender a disimular.

¿Mientras que yo? Aprendí esa destreza muy deprisa gracias a Joyce y a Helen.

Sacudo la cabeza despacio. No se me ocurre nada que pueda ofrecerle para demostrar que estoy diciendo la verdad. Podría contarle cómo noto sabor a metal cuando miento, pero no tiene ninguna prueba del sabor que noto ahora o no. Laura nunca dijo que pudiese oler a metal en mi aliento, las pocas veces que aceptó olerme.

—Supongo que no tienes ninguna razón. —Me encojo de hombros—. Supongo que lo mejor que puedo hacer para demostrártelo es empezar a actuar de buena fe yo misma. Volveré al campamento *motu proprio*.

Su expresión cambia. Su ceño se suaviza un poco y se arquea hacia arriba. Entorna los ojos, solo un poco y solo un segundo. Es como observar los pensamientos danzar por la mente de una persona, expuestos de un modo que no había visto jamás.

Cruzo el arroyo y subo chapoteando por la orilla de enfrente. Estoy a varios pasos de distancia cuando me percato de que no me sigue.

—¿Vienes?

—¿De verdad piensas ir andando? —Se ríe bajito. Sus poderosas alas, las cuatro, se despliegan por orden tácita suya y se abren detrás de él. Así que es verdad eso que me dijo de que los feéricos pueden descartar e invocar algunos de sus rasgos animales a voluntad. Las alas habían desaparecido cuando caímos al arroyo y ahora parecen más grandes aún. Unas vetas un pelín traslúcidas captan la luz del suelo del bosque. Está realmente radiante. Con un poderoso batir de alas, medio salta, medio planea por encima del arroyo y se planta a mi lado—. Hay una manera mucho más rápida de hacerlo. Y si te voy a tratar como a una igual, entonces debería extenderte la posibilidad también a ti. —Su brazo se cierra alrededor de mis hombros y me atrae hacia él. Una vez más la fuerza imponente de su cuerpo me deja sin respiración—. ¿Confías en mí?

—No lo sé —susurro.

—Menuda situación en la que nos encontramos, ¿no crees? —dice,

con una sonrisa tan arrebatadora que debería ser un crimen—. Yo no puedo confiar en ti y ahora tú pareces tener alguna razón para no poder confiar en mí.

—Bueno, tú también traicionaste mi confianza —comento. Parece genuinamente sorprendido por mi respuesta.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Me mentiste acerca de quién eres.

Frunce el ceño.

—¿Qué tenía que haberte dicho? —pregunta con suavidad. Su sinceridad me deja impactada—. ¿Que tu nuevo marido era un feérico destinado a abandonarte? ¿Te hubiera hecho feliz eso?

Ya no puedo mirarlo a los ojos. No tengo respuesta a su pregunta.

—Supongo que solo desearía que las cosas fuesen diferentes —es todo lo que consigo decir. Apoya los dedos debajo de mi barbilla y guía mi cara de vuelta a él. Sus ojos lucen francos y alentadores.

—Yo me he pasado la vida entera deseando que las cosas fuesen diferentes. Y ahora estamos a punto de que todo cambie. Y una vez que cambie para mí, cambiará también para ti. —*Verdad. Verdad. Verdad*—. Una vez que tenga el poder que llevas dentro, te llevaré de vuelta a tu mundo. Todavía tendrás esa casa. Todavía tendrás toda la riqueza que te he dejado. Vivirás con todas las comodidades que quieras y toda la felicidad que puedas comprar.

—¿Qué pasa con los fae del bosque?

—Iban a por mí, no a por ti. Sin mí ahí, nadie irá a molestarte. —Su brazo se aprieta una vez más—. Así que te lo preguntaré otra vez, una pregunta imposible de un feérico a una humana: ¿confías en mí? ¿*Querrás* confiar en mí? ¿Podemos empezar de cero?

Debería decir que no. Todos los instintos humanos de mi cuerpo gritan que no. No puedo confiar en este hombre. Su mismo diseño como feérico es ser mi enemigo.

Y aun así, me desafío a mí misma.

—Sí —murmuro casi sin aliento.

Sus movimientos son un borrón. En un solo gesto fluido me atrae hacia su pecho al tiempo que estira su mano libre para pasarla por detrás de mis rodillas. Se inclina hacia delante, flexiona las piernas y luego salta hacia arriba con un poderoso batir de sus alas.

Salimos disparados hacia el cielo.

El follaje pasa por nuestro lado como una exhalación. Trato de protegerme con una mano y entierro la cara en su pecho. Davien también cambia de postura para abrirse paso entre el grueso de las ramas con los hombros y el cuello. El bosque se convierte en un recuerdo lejano cuando atravesamos su barrera hojosa y ralentizamos nuestro vuelo para flotar entre las estrellas.

—Mira —susurra.

Despego la cara de su pecho y su hombro cuando empezamos a descender. Bajamos mucho más despacio de lo que debería ser posible de manera natural. Davien estira una pierna para señalar con el pie. Con solo la punta de su bota toca una de las ramas superiores de un roble y se da impulso de nuevo con otro batir de sus poderosas alas. Volvemos a subir. La magia suelta chispas como ascuas de las alas detrás de él.

—¿Ves? No es tan horrible. —Me mira desde lo alto con una sonrisa. Me muerdo el labio y por fin admiro el mundo a nuestro alrededor, ahora que al menos confío un poco en que no estamos a punto de caer.

Aunque sé que debería tener miedo, aunque mi estómago ha caído fuera de mi cuerpo, mi corazón está henchido.

—No es tan horrible… —repito, y el pensamiento se pierde entre el esplendor.

Desde donde estamos, puedo ver todo el Bosque Sangrante. Se extiende a lo largo de la lejana cordillera montañosa y clarea a medida que se acerca a una vistosa ciudad en la cima de una colina a lo lejos. Logro distinguir las torres de un castillo recortadas contra el cielo oscuro. Es el único signo de vida notable que alcanzo a ver. Por encima de nosotros, los cielos nunca han sido tan brillantes. Las estrellas parecen más bien las orillas arenosas de un océano, en lugar de las diminutas motas que siempre las había considerado.

—Es increíble —susurro. Suelto una mano de alrededor del cuello de Davien y señalo hacia el castillo—. ¿Qué es eso?

Sea lo que sea, no le gusta. Siento cómo se tensan sus hombros antes de que una mueca de desagrado cruce su rostro. Incluso la brillantez de sus ojos parece difuminarse con las sombras de algún

trauma.

—Es la Corte Suprema. Es la colina donde coronaban a los primeros reyes, donde reside la corona de cristal de los feéricos y donde vive y reina el rey feérico.

—¿Y tú quieres matarlo? —Las palabras son más fáciles de decir de lo que deberían haber sido, pero yo no tengo intereses en este asunto. Apenas me importan los reyes y reinas feéricos.

—¿Cómo lo sabes? —Baja la vista hacia mí justo cuando su pie toca otra copa de árbol y nos hace despegar de nuevo.

—Una vez me dijiste que querías convertirte en rey. —Me relajo más en la seguridad de sus brazos.

—No lo has olvidado. —Se ríe entre dientes—. Pensé que no te lo creerías.

—Así hubiese sido, de haber olido a humo.

—¿Olido a humo? —Frunce el ceño y me doy cuenta de que no le he hablado de mi don.

—Bueno, verás… —Cada vez que intento hablarle a alguien de ello, las cosas terminan mal. Aparto los ojos de él y miro hacia otro lado. Así es como veo el movimiento a lo lejos. Hay como una sombra borrosa. Parpadeo y la figura ha desaparecido, solo para aparecer como una nubecilla de humo más cerca—. ¡Cuidado! —grito, pero demasiado tarde.

Davien se gira. Abre los ojos como platos cuando ve lo que he visto yo. Un hombre ha surgido de la nada, al parecer. Alrededor de los hombros, lleva un manto de sombra idéntico al de la mujer del bosque aquel día. Se condensa en oscuridad y arroja una lanza de sombras directa hacia nosotros. Davien trata de reaccionar, pero ni siquiera él es lo bastante rápido.

Su grito llena el aire cuando la lanza atraviesa su hombro. Su sangre me salpica, su brazo se queda flácido y resbalo de su agarre mientras caemos de vuelta al suelo.



Doce

El arañazo de una rama contra mi espalda es lo primero que me saca de mi aturdimiento conmocionado. Me hago un ovillo a toda velocidad, encojo las rodillas y me protejo la cara con los antebrazos. Quiero hacerme lo más pequeña posible. Sé que voy a impactar contra todo tipo de ramas y troncos de camino al suelo, pero cuanto más pequeña sea, espero que menos golpearé.

Mi estrategia funciona, en su mayor parte. Al menos hasta que una rama desafortunada me golpea en el costado y me saca todo el aire de los pulmones. Resoplo y ruedo de la rama, solo para casi impactar contra otra en mi descenso. Hay una última rama que me permito golpear. Preparada esta vez, soy capaz de colocarme mejor y agarrarla con ambas manos. Mis dedos resbalan contra la corteza y se desgarran al instante, pero al menos ralentiza mi caída.

En cualquier caso, no evita que caiga al suelo en una posición extraña. Por suerte, el grueso manto de musgo amortigua el impacto. Me falta el aire y me duele todo. Tengo el cuerpo cubierto de moratones y arañazos. Esta es la razón de que Joyce me prohibiera subir a las alturas después de lo del tejado. Las cosas nunca van bien cuando estoy en lo alto.

Un golpe sordo a mi lado desvía mi atención. Me levanto y corro

hacia donde ha aterrizado Davien. Está muy quieto y, hasta que llego y me arrodillo a su lado, no veo su pecho moverse.

—Gracias a los dioses —susurro. Puede que no sepa muy bien cuál es mi lugar con respecto a este hombre, puede que haya traicionado mi confianza de modos un poco turbios, pero sé que *él* es la mejor oportunidad que tengo de sobrevivir a este mundo y volver a casa.

El hombre que tiró la lanza desciende con elegancia entre el follaje. Se mueve de rama en rama sobre las puntas de los pies, no más que un susurro de humo entre medias. Con un *pop*, se materializa en el suelo a poca distancia de mí.

—Estás viva. —Chasquea la lengua—. Menuda desilusión más grande. Esperaba que esto fuese mucho más sencillo. Pensar que no he podido matar a un feérico con la magia atrofiada y a una humana. Estoy perdiendo el toque.

—No te acerques —consigo decir—. No des ni un paso más hacia aquí.

—¿O qué? —Ajusta la bufanda de sombras que cubre sus hombros y la parte superior de su pecho. Yo tenía razón, es igual que la que llevaba la mujer del bosque que me atacó hace unas semanas—. No sé por qué te ha arrastrado hasta aquí, humana, pero permíteme que te asegure que esto se te queda muy grande.

Como si no lo supiera. Continúa su avance.

—No te acerques más —repito, una mano estirada hacia él.

—Estoy impaciente por ver cómo me lo vas a impedir. —El hombre sacude la cabeza con una sonrisa siniestra.

Me giro hacia Davien. Él es mi mejor esperanza, pero el musgo debajo del hombro que atravesó la lanza ya está teñido de un oscuro tono rojizo. Sacudo su hombro bueno con suavidad.

—Levántate, por favor —suplico.

—No se va a levantar. Es el último cabo suelto que debió ser atado hace años —escupe el hombre. Su pelo blanco brilla a la luz de la luna mientras sujeta su lanza en alto. Da un paso adelante y posiciona su peso para tirarla.

—Ni se te ocurra —grita Shaye desde la distancia. La veo a ella y luego a los otros tratando de cerrar el espacio que nos separa, pero no van a ser lo bastante rápidos.

Tengo que ganar algo de tiempo. Tengo que hacer algo.

—¡Te he dicho que no te acerques más! —grito una última vez. Mi miedo y mi ira aumentan en mi interior. Una marea que no puedo contener. Emociones y deseos que han ardido tan calientes que se han convertido en algo… tangible.

El poder brota de la palma de mi mano para convertirse en una pared de luz. Sale disparado hacia nuestro atacante con una fuerza letal. En un instante, queda envuelto en luz. El silencio llena el aire mientras el hombre se convierte en una silueta inversa, un contorno sólido de blancura que es demasiado cegador de mirar. Luego, explota.

La fuerza de la magia me tira de espaldas al lado de Davien. La onda expansiva recorre el bosque entero, sacude con violencia ramas sueltas de los árboles y arranca el musgo de la tierra y el lecho de roca más abajo. Me pitan los oídos, aunque el bosque se queda oscuro de repente y envuelto en un silencio inquietante después del estallido.

Me siento y me doy cuenta de que los dolores de mi cuerpo se han marchado tan lejos de esta tierra como nuestro atacante. Parpadeo hacia el epicentro de la explosión, donde estaba el hombre hacía solo un momento. No queda nada más que un círculo chamuscado de roca dura. Me miro la mano.

¿Yo… he hecho eso? ¿Cómo? Un millar de preguntas dan vueltas en mi mente, pero se callan de inmediato cuando oigo un gemido suave a mi lado.

—¿Davien?

Sus ojos se entreabren.

—¿Qué acaba de pasar? —murmura.

—Creo que he matado a un hombre. —Vuelvo a mirarme la mano, mientras espero a que mi mente registre que *acabo de matar a un hombre*.

—Era una mancha inmunda sobre esta tierra. Bien matado está. —Davien se incorpora y hace rotar su hombro herido. Hace una pausa, mira la herida y luego mete el dedo por el agujero desgarrado y ensangrentado de su camisa. Lo desliza por la piel intacta y suspira—. Parece que también me has curado a mí.

—No… no pareces muy contento al respecto.

—Estaría más contento si fuese yo el que me curara y protegiera por mí mismo. —Se pone de pie con cara de pocos amigos y va hasta el centro de la tierra chamuscada. Davien hinca la punta de su bota en los únicos restos del hombre y escupe.

—Bueno, de nada. —Me pongo de pie y hago ademán de cerrar la bata a mi alrededor, pero mis manos tocan algo mojado. Puede que Davien esté curado, pero sigo cubierta de sangre suya. Hago una mueca ante mi propia suciedad.

—No debería tener que darte las gracias —murmura sin mirarme con esos ojos distantes y desenfocados.

—¿Perdona? Te he salvado la vida y, por culpa de eso, ahora tengo que vivir con el hecho de que *he matado a un hombre*. Así que quizás un «gracias» facilitaría un poco el proceso, sí. —Me tiemblan las manos. Noto una sensación viscosa y mareante que supongo que proviene de saber que he terminado con una vida.

—¡No debería tener que darte las gracias porque debería haber sido capaz de hacer eso yo solo! —La ira rebosa de su interior. Una ira descontrolada e implacable que es mucho mayor de cualquier cosa que hubiese podido crear por mi cuenta—. Robaste el poder de nuestros reyes y lo tomaste para ti sola. Igual que los de tu especie os apoderasteis de nuestras tierras y nuestras canciones y nuestras leyendas. Has tomado lo que debería haber sido *mío*. —Su pelo cae, desgreñado, por delante de su cara. Tiene la respiración entrecortada.

Solo puedo mirar anonadada su ira mal enfocada. Yo no pedí nada de esto y desde luego que no lo quiero, pero Davien irradia ira en olas de poder que paralizan mi lengua.

—Davien, ya basta. —Oren rompe el silencio. El grupo ha llegado —. Deberíamos seguir nuestro camino. Los Carniceros del rey están sobre nuestra pista.

—Caminaremos toda la noche —declara Davien después de tomarse un momento para respirar y recuperar la compostura—. No pararemos hasta cruzar el río Cristal y estar en territorio Acólito. —Se gira hacia mí—. Te llevaré en brazos yo mismo si hace falta.

—Estaré bien. —Cruzo los brazos y observo cómo Oren se lleva a Davien con una mano sobre su espalda. Intercambian palabras severas, la mayoría procedentes de Oren. Giles y Hol los siguen de

cerca. Shaye se demora un poco.

—¿Vienes? —pregunta.

—No es como si tuviese elección —mascullo y echo a andar arrastrando los pies.

Me agarra del brazo. Intento soltarme, pero me sujeta con fuerza. Tan cerca de ella por primera vez, me percato de los tenues tatuajes dorados que suben en espiral por el lado de su cara. Casi se funden con el marrón de su piel.

—Camina con la cabeza alta, humana.

—Tengo nombre.

—Camina con la cabeza alta, *Katria*. —Que esté dispuesta a llamarme por mi nombre me da que pensar—. Tienes el poder de reyes en tu interior. Haznos a todos el favor de no avergonzarlo.

—¿Qué significa eso siquiera? —No sé por qué lo pregunto; no me va a dar una respuesta.

No obstante, incumple todas mis expectativas cuando lo hace.

—El ritual que llevamos a cabo en el bosque ayer por la noche era para extraer el antiguo poder de la familia real desaparecida de Aviness de su último heredero vivo.

—¿Desaparecida?

—Asesinada, sería una descripción más precisa —aclara, su voz y su expresión más sombrías—. Gobernaron durante siglos, hasta que Boltov I mató al rey Aviness VI. Después de eso… las tierras feéricas fueron arrasadas desde el interior, y los Boltov solían acabar arriba. Sin embargo, la única manera en que consiguieron mantener el control y el mando sobre los feéricos fue matando de manera sistemática a todos y cada uno de los pertenecientes a la estirpe Aviness. Cualquiera que pudiese aspirar a reclamar el gran poder de los primeros reyes para gobernar a los feéricos.

Shaye señala hacia Davien.

—*Él* es lo más cercano que tiene nuestra gente a ese regente perdido y el poder que esa estirpe llevaba en sus venas. Ese ritual estaba destinado a devolverle ese poder como único heredero vivo de los Aviness… la última rama del árbol genealógico que Boltov no ha cortado por el cuello.

—Su derecho de nacimiento —susurro.

—Sí. Y tú se lo *robaste* al meterte en esa hoguera cuando se suponía que él era el que debía hacerlo. Así que hasta que encontremos una manera de sacarlo de tus frágiles huesos humanos, dale a nuestra historia un mínimo de respeto y al menos actúa como si caminaras con el poder de la antigua realeza.

Por fin me suelta. Me froto el brazo y asiento a regañadientes. Shaye pone los ojos en blanco y empieza a caminar. La sigo de cerca.

—¿Puedo preguntarte algo?

Me mira por el rabillo del ojo.

—Adelante.

Es extraño. Shaye ha sido de todo menos amistosa conmigo… pero no me parece que sea cruel. He pasado años en compañía de personas crueles de verdad. Hay algo particular en una persona cuando no hace más que buscar todas las formas posibles de destrozarte.

Shaye no parece estar buscando maneras de ser desagradable por amor a serlo. ¿Abrasiva por naturaleza? En parte, quizás. Cauta, puede que fuese más preciso. Pero sea como sea que se manifieste esa naturaleza suya, no parece *disfrutar* de mi desgracia.

—¿Cómo acaba el último heredero feérico vivo en mi mundo?

—Ese era el único sitio al que podía ir donde estaría a salvo. —Shaye suspira—. Hace algo más de veinte años, los Boltov y sus Carniceros…

—¿Carniceros? ¿Como el hombre que nos ha atacado esta noche?

—Exacto. Son feéricos asesinos que juran defender la Corte de Sangre que han construido los Boltov, o pobres desgraciados que han nacido en el seno de los Carniceros y nunca han tenido otra opción. Los Carniceros disfrutan del derramamiento de sangre y lo hacen como deporte. —Hace una mueca de desagrado, una expresión que comparto—. Los Carniceros Boltov han decidido que su misión en la vida es erradicar a todo el que pueda amenazar el poder de los Boltov.

—¿Las mujeres también pueden ser Carniceras?

—¿Por qué no habrían de poder? —Su respuesta es recelosa, su expresión indescifrable.

—Una feérica me atacó en el bosque… aunque en realidad parecía ir tras Davien. Llevaba la misma cogulla de sombras que el hombre de esta noche.

—Tu valoración es correcta: era una Carnicera. —Shaye sube casi a gatas un corto terraplén y luego, para mi sorpresa, me ofrece una mano—. Procuramos patrullar por esos bosques tan a menudo como podíamos, a ambos lados del Vano, pero algunos de los hombres y mujeres de Boltov se nos colaban de vez en cuando.

Tomo la mano de Shaye y me iza con facilidad. Sus bíceps son más gruesos que la rama contra la que impacté en mi caída. Lo más probable era que la mujer pudiese partirme en dos si lo intentase y, después de años de trabajos manuales, yo no soy precisamente frágil.

—¿Así que estaba escondido en mi mundo para mantenerse lejos de los Boltov y sus Carniceros?

—Oh, es cierto, no terminé. —Shaye suspira y niega con la cabeza —. Odio esta historia.

—No tienes que contármela. —Aunque estoy desesperada por conocerla. Reyes, caballeros malvados, miembros de la familia real huidos… tiene todos los rasgos de los libros de cuentos que Joyce les leía a Helen y a Laura. Los que yo oía a base de pegar la oreja a sus puertas por las noches antes de volver en silencio a mi cama y arroparme yo misma.

—Quieres saberlo, así que te lo voy a contar. —Shaye respira hondo y continúa la historia—. La muerte del rey Aviness VI dio inicio a un ciclo aparentemente interminable de personas que rivalizaban por el poder. Hay tres cosas que le dan a un rey el control sobre los fae: la corona de cristal, la colina en la que fue coronado el primer rey, que también es donde se encuentra la corona de cristal, y la magia de los viejos reyes. Si un hombre controla las tres cosas, controla a los feéricos.

—Ya veo. O sea que una de ellas no es suficiente, ¿no?

—No, aunque cualquiera de esas tres cosas contiene un poder inmenso. Así que toda familia emparentada de manera tangencial con Aviness trató de ejercer su derecho a la corona de cristal y a los poderes como legítimos regentes de los feéricos, pero los Boltov siempre llegaban hasta ellos antes de que pudiesen acercarse siquiera a la corona, y mucho menos a la colina del primer rey, sobre la que se alza la Corte Suprema.

»La mayoría se refugiaron en estos bosques para su propia

protección, y algunos incluso abandonaron del todo su estirpe. Tampoco es que eso les sirviera de gran cosa. Los Boltov se encargaron de que los árboles se regaran con su sangre y dieron caza de manera sistemática a cualquier persona de la estirpe Aviness que pudiera reclamar la vieja magia latente de los reyes. Davien solo tenía una relación tangencial con ese linaje, pero eso no lo libró de la cacería.

—¿Relación tangencial? ¿Qué significa eso?

—Su madre era viuda. Volvió a casarse… la pobre ni siquiera sabía que su nuevo marido era el último lejano superviviente de la familia Aviness.

—¿Cómo podía no saberlo?

—Él solo estaba emparentado a través de una serie de matrimonios y primos lejanos; una ramita solitaria del árbol genealógico.

—Suena como que el hombre con el que se casó la madre de Davien apenas tuviera sangre Aviness —comento.

—Así es. El último Aviness con algo de sangre de verdad fue ejecutado hace casi treinta años.

—Además, si Davien nació antes de que su madre se casara por segunda vez, no tiene ninguna relación de sangre con la familia, solo estaría emparentado por matrimonio.

—Sí, pero ese es vínculo suficiente para poner nerviosos a los Boltov.

La historia de Davien es inquietantemente similar a la mía en algunos sentidos. No puedo evitar pensar en Joyce, viuda y con una hija, que se casaría con la esperanza de tener seguridad y por ambiciones secretas.

—¿Tiene hermanos?

—No. —Al menos nadie sufrió como lo hice yo.

—Entonces, entiendo que los Carniceros mataron a su padre.

—Y a su madre, aunque ella no tenía nada que ver con la familia aparte de una alianza de boda y unos votos. —Shaye hace una pausa mientras cruzamos otro pueblo en ruinas. El sol empieza a asomar por el horizonte y las primeras luces de la mañana pintan las piedras de un tono fantasmagórico—. Oren, el mayordomo y niñero de Davien desde que nació, se lo llevó y se refugió en un viejo bastión de los Aviness al otro lado del Vano. Uno que todavía contaba con algunos

de los viejos hechizos protectores. Era la mejor opción de que Davien llegase a la edad adulta fuera del alcance de los Boltov, cuando sería lo bastante fuerte como para regresar y luchar por todos nosotros.

Eso explica por qué parece un castillo.

—¿Por qué había un bastión feérico en el lado humano del Vano?

—Porque los elfos encuentran un deleite perverso en arrebatarnos nuestras tierras y, cuando el mundo se dividió, parte de lo que era nuestro acabó en manos de vosotros los humanos. —Su rostro muestra una expresión de disgusto, pero en un alarde positivo de su carácter, no parece dirigirlo hacia mí, sino más bien a las circunstancias… y a esos elfos del pasado.

—¿O sea que Davien se crio en el mundo humano?

—Sí. Separado de nuestra gente y de la magia de Midscape… ha vivido una vida solitaria de lucha. Lo único que lo ha mantenido firme es la obligación de liberarnos de la tiranía de los Boltov. Porque su dominio de estas tierras es más férreo a cada día que pasa, y si él muere, si la última persona con cierto derecho a reclamar el poder de Aviness perece… entonces nada se interpondrá entre Boltov y su posibilidad de desbloquear por fin todo el poder de la corona de cristal. El poder de los reyes ya no estaría vinculado al linaje Aviness y quedaría liberado para que cualquiera se apoderase de él.



Trece

Lo que antes me parecía un bosque de magia se ha convertido ahora en un cementerio encantado. Después del relato de Shaye, caminamos en silencio la mayor parte de la mañana. Cada casa abandonada a su suerte para pudrirse y derrumbarse es ahora una lápida a mis ojos. Cada árbol es la marca de algún feérico caído, asesinado en su cama para que esta familia Boltov pudiese gobernar sin ser cuestionada.

Siento un profundo dolor en mi interior que no puedo explicar. Humanos. Fae. El sufrimiento es algo universal. Sería imposible contemplar este paisaje yermo y no sentir pena por los horrores que han ocurrido ahí.

Tal vez sean estas historias y sus incómodas verdades lo que me ayuda a compartimentar al menos lo sucedido con el Carnicero. No es como si hubiese tenido la intención de matarlo. La magia actuó por sí sola. Además, si no acababa con su vida, él seguro que hubiese acabado con la mía. Y… tampoco suena como si fuese alguien inocente de haber cometido atrocidades. Tal vez al acabar con su vida, había salvado otra. Esa es una lógica peligrosa, pero tengo que mantener la cordura de algún modo ahora mismo.

De verdad que no me sobran horas en el día para sufrir una crisis emocional. Estoy demasiado ocupada tratando de sobrevivir.

Cuando amanece, las diminutas motas de luz salen del musgo y empiezan a bailar entre los árboles una vez más. Iluminan el aire y zumban a mi alrededor con una felicidad que ahora queda amortiguada por la verdad. Me pregunto si de verdad son espíritus de los feéricos asesinados, aunque esa es una curiosidad que no pienso satisfacer.

Avanzamos sin incidente durante el resto del día. Todo el mundo permanece alerta, pendientes del horizonte en todas direcciones. Giles y Shaye han dado amplias batidas al bosque a nuestro alrededor, siempre a la vista pero lo bastante lejos como para ver detrás de árboles lejanos y mirar al otro lado de crestas que podrían ser demasiado altas para el resto de nosotros.

Hol, Oren, Davien y yo vamos siempre juntos. Oren y Davien delante, Hol y yo detrás. Aunque no hay demasiada conversación.

Tal y como prometió Davien, caminamos el día entero a través del bosque. Cuando llega la noche, mi estómago casi ruge y me duelen los pies. No importa lo mullido que sea el musgo, la ayuda de un par de zapatos sería una diferencia enorme para mis pies palpitantes.

—Deberíamos parar a cenar —dice Hol, lo bastante alto como para llamar la atención de Davien y Oren.

—Tenemos que seguir avanzando. —En contraste con sus palabras, Davien se detiene—. No podemos descansar hasta que estemos en territorio Acólito.

—No he dicho descansar. He dicho parar a comer algo. —Hol se gira hacia mí y luego otra vez hacia Davien con una mirada significativa—. Solo una parada breve.

Los ojos de Davien se posan en mí. Frunzo los labios mientras me evalúa desde la parte de arriba de la cabeza hasta la punta de los pies. Las palabras anteriores de Shaye se me han clavado en la memoria y procuro mantener la cabeza alta, aunque soy consciente de que en esos momentos poseo toda la dignidad de un mapache desgreñado.

—¿Necesitas parar? —me pregunta.

—Puedo seguir —me fuerzo a decir, cuando todo lo que quiero es gritar: «¡Cinco minutos, por favor!». Pero no seré yo la que los ralentice. Y cuanto antes lo ayude a sacar su magia de mi cuerpo, antes podré volver a casa y salir de esta situación letal en la que nunca

debí encontrarme.

—Bien, seguimos adelante entonces.

—Davien…

—Tu legítimo rey ha hablado. —Davien interrumpe a Hol con expresión ceñuda—. Si seguimos andando, deberíamos cruzar el río Cristal cuando amanezca.

—Muy bien. —Hol cruza los brazos.

—Señor, *legítimo rey*, permiso para hablar con libertad. —Shaye se ha posado sobre una roca por la que estamos pasando. Estaba lo bastante cerca para oír toda la conversación.

—Concedido —gruñe Davien.

—Te estás portando como un imbécil. —Shaye sonríe con suficiencia—. Eso es todo.

Davien bufa indignado, nos da la espalda y retoma su camino a paso airado. Creo que veo a Oren reírse de un modo casi imperceptible. No había nada de humo aparejado al comentario de Shaye, lo cual significa que estaba diciendo la verdad acerca de que Davien estaba siendo un imbécil, al menos como lo ve ella. Reprimo una risita.

Sin embargo, unas horas más tarde, ni siquiera tengo energía para diversiones inocentes. Pie derecho. Pie izquierdo. Eso es para todo lo que tengo fuerza.

Pie derecho, pie izquierdo, repito en mi mente mientras me muevo. Les estoy diciendo a mis piernas que se doblen al tiempo que les ruego a mis pies que me mantengan erguida. Creía que conocía las profundidades de la fuerza de la que puedo tirar, lo que soy capaz de lograr cuando me veo forzada a ello. Pero esto está haciendo añicos toda noción anterior y poniendo más a prueba.

De repente, los árboles se abren y el sonido de un flujo de agua asalta mis oídos. Parpadeo, de pie al borde de la orilla de un río distinta de cualquiera que haya visto jamás. No está bordeado de arena, ni de roca, sino de *vidrio*. Cientos de miles de esquirlas centelleantes reflejan la luz de la luna como el cristal. La magia gira en espiral debajo del agua, dividida en miles de fractales por las piedras.

—Este debe ser el río Cristal —murmuro aliviada.

—Lo es —confirma Shaye.

Sin previo aviso, me levanta con sus fuertes brazos. Paso los brazos alrededor de su cuello como hice con Davien. Noto incluso los brazos cansados, aunque quién sabe por qué… No los he usado en todo el día.

Shaye se da impulso hacia el aire y bate sus alas de mariposa detrás de ella. Hol está a nuestro lado, empleando un par de alas blancas tipo murciélago que descarta con un pensamiento en la orilla de enfrente. El vuelo de Shaye es más fuerte y seguro que el de Davien; recuerdo que ella mencionara algo de que la magia de Davien estuviese debilitada por haber estado separado de la magia de este mundo. Tal vez sea por eso que sus alas tienen siempre ese aspecto andrajoso.

Davien cruza la cuenca del río con Giles en brazos. En realidad, es más un salto y un planeo que un vuelo real como el de Shaye, pero aun así se me caldean un poco las mejillas ante el recuerdo de estar en sus brazos, ante esas primeras sensaciones de ingravidez mientras surcábamos el cielo estrellado. Durante esos breves segundos en los que las cosas de verdad parecían estar empezando de cero entre nosotros.

Mi aterrizaje es muchísimo más elegante durante mi segunda experiencia de vuelo que en la primera. Nos posamos en la orilla del otro lado. En cuanto mis pies tocan la tierra húmeda, un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Shaye me aprieta los hombros.

—Dale un momento. Se te pasará.

—¿Qué…? —Mis dientes castañetean con tal violencia que no puedo terminar mi pregunta. Por suerte, Shaye parece saber lo que voy a preguntar.

—El río Cristal es una de las líneas de demarcación de los Acólitos. Has dejado atrás el control de la Corte de Sangre y nuestras tierras están protegidas contra ellos por potentes hechizos. La magia te está tanteando… se asegura de que no eres enemiga.

En efecto, a medida que habla, la sensación de que unas manos palpan todo mi cuerpo se va difuminando y deja solo la carne de gallina a su paso. Fuerzo otro escalofrío para intentar quitarme de encima la sensación.

—¿Qué pasaría si fuese enemiga?

—Te encantaría saberlo. —Shaye sonríe. Antes de que pueda insistirle, mira a Davien—. Hay un puesto fronterizo no lejos de aquí. Podemos acampar…

—Continuamos hacia Canción Onírica —sentencia Davien, al tiempo que pasa por nuestro lado.

—Canción Onírica está a otro medio día de camino. —Las manos de Shaye resbalan de mis hombros y corre al lado de Davien—. Tienes que parar. *Ella* tiene que parar.

Davien se gira hacia mí con la misma agitación de antes.

—Puedes curarte a ti misma, ¿no?

—No lo sé… —murmuro—. Me he curado antes… pero no estoy segura de cómo lo…

—Bien. Infunde fuerza a tus músculos con la magia del rey y continúa adelante con el resto de nosotros.

—Mi señor, creo que Shaye… —intenta Oren.

—¡He hablado! —La voz de Davien resuena entre los árboles y se pierde mucho antes de que lo haga la agitación tensa de sus hombros.

—Katria… —empieza Oren con amabilidad.

—Estoy bien. —Es mi turno de interrumpirlo—. No os preocupéis por mí. Puedo seguir adelante.

Oren me mira con escepticismo, pero no dice nada. No me voy a rendir. No pienso ser la humana débil que todos esperan, lista para desplomarme en cualquier instante. Puedo seguir adelante.

Sin embargo, ojalá pudiese utilizar el poder por voluntad propia… Me miro los pies hinchados. Hace ya un rato que me he fijado que han empezado a dejar machitas de sangre sobre el musgo que piso. No importa lo mullido que sea el suelo… mis pies se han convertido en una enorme ampolla que ahora se está abriendo.

Oigo a los feéricos hablar a mi alrededor, pero estoy demasiado concentrada en mis pies para prestar atención siquiera a lo que están diciendo. *Curaos*, pienso, *¡curaos!* Pero la magia no hace nada. Jamás había pensado que la magia fuese real siquiera hasta hoy. ¿Por qué creo que de repente voy a poder utilizarla a voluntad? *¿Ayer?* Parpadeo en dirección al amanecer. ¿Qué día es, de todos modos?

Llevo una eternidad andando…

El mundo se ladea cuando empiezo a dar tumbos. Cada paso es más tembloroso que el anterior. Mis rodillas amenazan con bloquearse o con ceder.

Pie derecho.

Pie izquierdo.

Shaye me dice algo, pero suena como un balbuceo lejano. Parpadeo varias veces. Empiezo a ver los árboles borrosos. Algo les pasa a mis ojos *y* a mis oídos.

—Casi hemos llegado —creo que dice.

Casi… no es lo bastante pronto.

Pie derecho.

Pie izquierdo.

Ya ha amanecido y el bosque está vivo una vez más, pero no puedo disfrutar de nada de ello. Soy como un autómata. Me muevo para demostrármelo a mí misma y al hombre de los brillantes ojos verdes que mira hacia atrás de vez en cuando, aunque solo para asegurarse de que sigo en pie.

—Mirad —dice Giles desde algún lugar lejano—. Es Canción Onírica.

Estamos sobre una cresta, donde los árboles han dejado un poco de espacio. A nuestros pies, se alza una ciudad. Nunca he visto nada más bonito. Se me anegan los ojos de lágrimas mientras el mundo se ladea. La imagen borrosa de la metrópolis se inclina hacia un lado, gira en espiral como lo hago yo.

Todo se queda negro.



Gimo con suavidad y ruedo sobre mi colchón de plumas. Noto el edredón pesado sobre mí. Es tan suave como siempre fue y lo he subido hasta mis orejas para bloquear el sol de última hora de la mañana.

Mientras bostezo, la consciencia vuelve a mí poco a poco. He tenido un sueño de lo más extraño. Además, ha sido un sueño largo. Y muy vívido… He soñado que estaba en la tierra de los feéricos, que me arrastraron hasta ahí después de un ritual en el bosque.

Me río con suavidad de mí misma mientras retiro las mantas, convencida de que me encontraré con mi dormitorio en la mansión de lord Fenwood. Me quedo paralizada y reprimo una exclamación. Esta habitación *no* es aquella.

Unas cortinas finas ondean a la brisa de la tarde y me proporcionan atisbos entrecortados de una enorme ciudad debajo de mis ventanas arqueadas en un primer piso. La cama es una simple plataforma, tan cómoda como la que más, pero un recordatorio claro de que estoy muy lejos de cualquier cosa ni remotamente familiar. Deslizo las manos por las sábanas. Son casi idénticas a las utilizadas en casa de Davien.

¿Las habría importado de Midscape?, me pregunto. Debió hacerlo. Se me ocurre que nunca he sentido un tejido tan suave y mantecoso como este. Es obvio que estaba fabricado con magia.

Mi habitación es austera. Paredes encaladas divididas por oscuras vigas que sujetan un techo alto. Hay un espejo colgado sobre el tocador a la derecha de la cama, una silla situada en el otro extremo.

Y… ya está.

Retiro el edredón del todo y me siento con las piernas cruzadas para masajearme los pies. Igual que la última vez que me desperté, estoy curada. Las plantas de mis pies no muestran signos de ampollas ni de magulladuras.

O sea que tengo magia. Y puedo utilizarla. Solo que no de manera consciente.

—Genial, simplemente *fantástico*.

Cuando me levanto, noto que mi bata y mi camisón no están por ninguna parte. Me han puesto una sencilla combinación de seda con delicados bordados en el cuello, un dibujo parecido a las marcas que Shaye y Giles llevan en la piel. Estoy demasiado agradecida de haberme deshecho de esa ropa sucia como para horrorizarme por la idea de que alguien me haya desnudado mientras estaba inconsciente.

Me miro con cuidado al espejo. Giro a derecha e izquierda. La habitual palidez de mi cutis está más brillante. Mi pelo parece de un tono castaño más vibrante, más intenso. Es un cambio aún más notable que el que experimenté con la buena comida y la vida fácil en la mansión de lord Fenwood. La verdad es que estoy radiante. Debería

hacerme con magia antigua y prohibida más a menudo.

Sin embargo, cuando me giro, veo que la espalda baja del vestido deja a la vista el borde superior de las irregulares cicatrices que se extienden entre mis escápulas. *Quienquiera que me haya vestido debió de verlas*. Me entran náuseas y procuro colocar mi pelo sobre la vieja herida. Me duele solo de pensar en ella, así que intento quitármela de la cabeza.

Abro la puerta de mi habitación y asomo la cabeza al pasillo. No hay nadie. Camino por el pasillo hacia la escalera de un extremo. Las otras puertas que encuentro están cerradas. Más dormitorios, supongo.

Me llegan voces desde el pie de las escaleras. Son murmuradas y suaves, pero una sobresale por encima de las otras.

—Vale, creo que Shaye lo expresó con la claridad suficiente, pero solo para hacer hincapié en lo obvio: estabas siendo un imbécil. Un auténtico burro. Pero más… testarudo y frustrante. —*Giles*. Y sospecho que sé exactamente con quién está hablando.

No tengo la intención de bajar las escaleras a hurtadillas, pero la cosa acaba por salir así. Mis pisadas son lo bastante suaves como para que nadie me oiga. Y no es mi culpa que la mesa del gran salón esté situada de tal manera que ninguno de los sentados a su alrededor tenga una visión clara de mí cuando emerjo.

—Trataba de mantenernos a salvo —insiste Davien.

—Tratabas de desgastarla —lo contradice Shaye, mientras se mete comida en la boca—. Ya fuese porque estabas frustrado con ella porque tiene la magia… o porque estabas intentando empujarla hasta el punto de utilizar la magia para ti otra vez y así poder verla. Sea como sea, un imbécil de todas formas, y deberías recuperar el control. Esa no es forma de que se comporte un rey.

Davien la mira furioso.

—Nos estaban persiguiendo los Carniceros.

—Había *un solo Carnicero*, al que matamos. Bueno, al que *ella* mató. Gran truco, ese, sobre todo hacerlo sin un ritual para preparar el poder. Cuando recuperes esa magia, también deberías aprender a hacerlo. —Giles arranca un trozo de una hogaza de pan y da un gran bocado. Continúa hablando con la boca llena—. Puede que seamos los metepatas de la ciudad, pero al menos somos capaces de asegurarnos

de que nadie viva para contar lo mucho que la hemos liado.

—Como con esa mujer del bosque —murmura Hol por encima de su copa.

—Justo como esa Carnicera del bosque —conviene Giles.

Me doy cuenta de que se refieren a la mujer que me atacó. Shaye había mencionado algo acerca de patrullar los bosques a ambos lados del Vano. Puede que le deba la vida más que solo a Davien.

—Hizo *explotar* a ese hombre. Un arrebato mágico como ese seguro que llamó la atención de un montón de feéricos cerca y lejos —insiste Davien.

—Es una suerte que no viva nadie en el bosque, ¿eh? —Giles sonríe.

—Estoy seguro de que el rey Wotor lo sintió. —Davien se inclina por encima de la mesa. Su voz se vuelve pesada y seria. Las burlas cesan—. Lo cual significa que va a venir a por mí… y a por ella por extensión. Sabe que la magia vieja ha regresado a estas tierras.

—¿Quién es el rey Wotor? —pregunto, llamando la atención de todos hacia mí—. Sí, hola, me acabo de despertar. ¿Es el mandamás de los Boltov?

—Así es. El rey Wotor Boltov… ¿Por qué número vamos? ¿Por el décimo? —Giles se echa hacia atrás en su silla, con aspecto extrañamente engreído—. Limítate a «Boltov» porque es más fácil. Sea como sea, va a intentar matarte a la primera oportunidad que tenga.

—Genial. Estoy empezando a detectar una tendencia a que, en el mundo feérico, todo va a matarme antes o después.

—Nuestro dulce hogar letal —musita Giles en dirección a Hol, que pone los ojos en blanco como respuesta.

—Entonces, ¿cómo nos aseguramos de que no pase? Porque respirar es algo que me gusta mucho.

—Ahora que estás en pie, el primer paso es hablar con Vena. —Davien se levanta—. Si alguien va a saber qué hacer… será ella.



Catorce

El gran espacio de encuentro en el que me depositan las escaleras está conectado con dos enormes puertas a una sala de espera que conduce a las salas de audiencias de Vena. Está sentada en un trono dorado, rodeado de rosas espinosas y ruiseñores. Su lustrosa piel oscura contrasta con el vestido azul espuma de mar que lleva y las vistosas alas verdes tipo murciélago que se extienden a su espalda. Lleva el pelo oscuro recogido sobre la cabeza, fijado en su sitio con flores bañadas en oro.

Está hablando con tres individuos cuando entramos, pero en cuanto sus ojos se posan en Davien y en mí, los despide con un gesto de la mano.

—Davien —dice su nombre con una profunda adoración—. Nuestro rey ha regresado por fin. —Vena se pone en pie y camina hacia nosotros con los brazos abiertos—. Siento no haber estado ahí para recibiros de manera apropiada cuando llegasteis.

—Estabas reforzando nuestro frente del oeste. No es ninguna ofensa. —Davien la agarra del antebrazo y ella hace otro tanto, las manos casi en los codos. Se inclinan hacia delante y cuando creo que están a punto de besarse, inclinan las cabezas en direcciones opuestas y se dan un beso en cada mejilla.

—Eres muy amable. —Hace una genuflexión e inclina la cabeza con respeto antes de soltar a Davien. Después se vuelve hacia mí. Noto que su actitud se enfría un poco mientras lleva a cabo su evaluación —. Esta es ella. —No es una pregunta, así que ni Davien ni yo respondemos nada. Vena entorna sus ojos dorados mientras se acerca a mí. Me agarra las mejillas con las manos e inclina mi cabeza a derecha e izquierda—. Veo el poder en ti… una enorme fuerza que tu cuerpo humano tiene problemas para contener.

—Un poder que me pertenece a mí. —Davien da unos pasos hacia Vena, que me suelta. Aunque Davien actúa como un rey con la mayoría, parece más un seguidor en la corte de Vena—. ¿Cómo libero la maga de los reyes de ella?

Vena frunce los labios sin apartar la vista de mí.

—El poder ha dejado su impronta en ella. Lo veo surcar por todas sus venas. Sigue cada uno de sus movimientos.

—¿De verdad? —Levanto el brazo. Casi espero ver chispas mágicas de luz como cuando Davien voló o cuando Giles realizó su ritual para crear el campamento. No veo nada y descubro que estoy un poco desilusionada. Si me van a perseguir por tener magia, quiero también experimentar los beneficios. Quiero sentirme tan poderosa como me considera esta gente. No sentirme como… yo misma. La misma vieja Katria de siempre.

—Pero aún puede liberarse, ¿verdad? —pregunta Davien.

—Esperemos que sí. —Los labios de Vena esbozan un rictus de preocupación—. Esto va a requerir investigación y estudio antes de que decidamos el mejor curso de acción.

—No tenemos tiempo…

—Nuestras fronteras están seguras —lo interrumpe Vena con una sonrisa. Apoya una mano en su hombro—. Sé que te has pasado la vida entera preocupado por que las barreras se desmoronaran y los antiguos rituales perdiesen fuerza con el paso del tiempo, pero esto no es tu hogar ancestral en el Mundo Natural. Aquí en Midscape somos fuertes. Somos tus guerreros, futuro rey de los fae. Puedes confiar en nosotros para mantenerte a salvo mientras lidiamos con la última fase de reclamar tu poder. Todos hemos esperado mucho tiempo y podemos esperar un poco más.

—Aunque las fronteras estén seguras… ¿no moriré solo por estar en Midscape? —pregunto yo. Cuando llegué aquí, los amigos de Davien dedicaron horas a dejarme muy claro lo segura que era mi muerte.

Vena me mira de arriba abajo una vez más.

—¿Te da la sensación de estarte muriendo?

—Bueno, no… —Dejo la frase a medio acabar.

—Desde luego que no tienes el mismo aspecto que han tenido otros humanos en las mismas circunstancias. No te estás marchitando. —Se acerca a mí y apoya las yemas de los dedos debajo de mi barbilla. Inclina mi cabeza a derecha e izquierda—. De hecho, estás luminiscente. ¿Has comido algo ya?

—Sí, en el bosque.

—¿Y cómo te supo?

—Normal —admito. Hacer hincapié en lo deliciosa que estaba parece innecesario.

—¿Normal? —repite Davien—. ¿Por qué no dijiste nada?

Me encojo de hombros.

—Estaba hambrienta. Pensé que a lo mejor eran alucinaciones mías. —Mentir me sabe como si lamiera unos cubiertos recién lustrados. Él también sospecha que es mentira, pues entorna los ojos con escepticismo.

—Come otra vez —me indica Vena—. E informa a Davien o a mí misma de inmediato si algo cambiara en cuanto al sabor o a su valor nutritivo. Aunque sospecho que no cambiará nada.

—¿Por qué? Nunca ha habido un humano, aparte de la reina humana, que pudiese vivir en nuestro mundo. No desde que se erigió el Vano. —Davien cruza los brazos delante del pecho.

—Sospecho que se debe a la magia que tiene dentro. Está curando sus heridas, ¿no es cierto? Tal vez también esté convirtiendo nuestra comida en sustento para ella, a pesar de ser humana. O quizás sea porque la magia es parte de este mundo que existe dentro de ella. No hay ningún precedente real para lo que ha ocurrido, así que cualquier explicación es viable. —Vena se encoge de hombros—. Está viva y eso es todo lo que importa, ¿no?

—Desde luego que prefiero estar viva —comento, por obvio que

pueda parecer—. Pero ¿significa eso que una vez que la magia salga de mí empezaré a… marchitarme? —No consigo reunir el valor de decir «morirme».

—Si mis especulaciones son correctas, creo que sí. —Vena asiente —. Así que nos aseguraremos de que cuando consigamos extraer la magia de ti, también seamos capaces de devolverte a tu mundo enseguida.

—¿Podría consumirse la magia al ser utilizada para mantenerla con vida? No es de este mundo. Su conexión con la magia no puede fortalecer el poder. —La preocupación está bien patente en el rostro de Davien. Preocupación no por mí, sino por la magia que hay en mí. Aprieto los labios en una sonrisa amarga.

—Dudo de que una humana pueda gastar la magia del rey tan deprisa. —Las palabras de Vena son cautas. No dice que no de manera explícita. Dice que *lo duda*, no un sí o un no firmes. Tengo que estar atenta al lenguaje de los feéricos. No pueden mentir… pero eso tampoco significa que hayan jurado decir siempre la verdad. Pienso en todas las veces que mi padre hizo hincapié en los trucos de las negociaciones. Esas destrezas me servirán bien aquí.

—Tal vez tengas razón. —Davien frunce los labios. Sin duda ha oído lo mismo que yo, pero no puede hacerse nada más. Estamos todos atrapados en esta circunstancia tan poco convencional—. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Te lo haré saber en cuanto descubra algo que merezca la pena compartir. Yo me centraré solo en la investigación, pero tú, mientras tanto, restaura tu vínculo con esta tierra. Fortalece tu propia magia innata antes de heredar el poder de los reyes. —Vena sonríe de un modo cariñoso, casi maternal—. Disfruta de nuestra seguridad y comodidad antes de ir a reclamar tu trono con batallas y derramamiento de sangre.

Davien suelta un gran suspiro. Durante un segundo, me da la impresión de que va a discutirle eso. Noto en su expresión que es lo que le gustaría hacer, pero para mi sorpresa, no dice nada.

—Muy bien. De momento, dejo este tema en tus manos, Vena.

Vena me mira.

—Y tú disfruta de todo lo que Canción Onírica tiene que ofrecer.

Los lugares de paz y seguridad como este son raros en tierras feéricas. Verlo como humana es aún más raro. Disfruta de ello a tope.

—Lo haré, gracias. —Hago una pequeña genuflexión en dirección a Vena cuando nos marchamos. La mujer tiene un brillo peculiar en los ojos y asiente en respuesta. No sé si debería mostrarle respeto, pero hacerlo parece lo correcto.

Doy unos pasos rápidos para alcanzar a Davien, que me mira por el rabillo del ojo. El silencio entre nosotros es pesado y más incómodo de lo que lo ha sido nunca. Me aclaro la garganta para romper el silencio antes de hablar.

—Si sirve de algo, no me importa tomarme un breve descanso aquí. No he tenido una verdadera oportunidad de recuperar el aliento en los últimos días. Será agradable sentirme a salvo.

—¿Puedes sentirte a salvo entre los feéricos? —pregunta.

Nos detenemos en la pequeña antesala entre el salón de audiencias de Vena y el espacio de encuentro. Me muerdo el labio y me paso una mano por el pelo.

—Para ser sincera, siempre me he sentido a salvo cuando estaba contigo —admito. *Aunque no quería hacerlo*.

—Hasta que supiste que era feérico. —Hace ademán de marcharse, pero lo agarro de la mano para impedírselo. Es tan cálida y suave como aquella noche en la mansión, la primera vez que me vendé los ojos.

—Incluso después… Nunca creí que fueses a hacerme *daño*.

—Y aun así, trataste de escapar a la primera oportunidad que tuviste, sin tener en cuenta lo que te había prometido. —No se ha apartado, al menos no físicamente. Aun así, noto que lo he herido. El profundo dolor resuena mortecino dentro de mí, se transmite de la palma de su mano a la de la mía.

—Podía confiar en ti, pero no en los otros —señalo—. Se pasaron el primer día entero hablando de cómo iba a morir.

—Pero te traicioné, ¿no? —Da un paso adelante, sus alas dan pequeñas sacudidas con su agitación—. ¿No dijiste que el hecho de que te ocultara la verdad se había convertido en una herida? ¿Puedes confiar en alguien que te ha traicionado?

—Yo…

Davien se para a apenas un pelo de mí. Puedo sentir cada centímetro de su figura alta y fibrosa. Me mira desde lo alto con una intensidad que nadie me ha dedicado nunca antes. Espera mi respuesta, nuestras manos aún entrelazadas.

—No puedes tenerlo todo, Katria. Me dices una cosa. Haces otra. Confías en mí, hasta que dejas de hacerlo. Estás interesada en comprender mi situación, pero haces poco una vez que la conoces. ¿Qué es lo que sientes en realidad?

—No lo sé —susurro. Es una admisión tanto para él como para mí misma. Es probable que esa sea la raíz de todos nuestros problemas—. No sé *lo* que siento por ti. No sé cómo conciliar al hombre que tengo delante ahora con el lord Fenwood que conocí allá en la mansión. Porque por aquel hombre… Por aquel hombre… —*Estaba empezando a sentir algo de verdad.* La confesión es un susurro silencioso y reticente en mi mente. Y en el mismo instante en que la oigo, todas las barreras que he levantado jamás se refuerzan de nuevo.

Nunca me permitiré enamorarme.

El amor es dolor. Incluso solo el principio ya me tiene sufriendo. Confusa. Dividida por intereses enfrentados. ¿Era así como se sentía mi padre? ¿Sabía que Joyce era terrible para él y aun así algo… *algo* se negaba a permitirle marchar? Incluso cuando sabía que era malvada, la llamaba «su luz».

Ahora yo estoy cayendo en la misma trampa. Este hombre empezó a despertar sentimientos en mí que nunca quise y tengo que detenerlos ahora, porque de otro modo podría seguirlo hasta mi fin en este mundo que amenaza con matarme a cada esquina. Debo, a toda costa, ignorar las emociones que se cuecen en lo más profundo de mi corazón.

—Yo soy ese hombre —murmura.

—Lord Fenwood era una mentira.

—Soy feérico. No puedo mentir, por mucho que quiera hacerlo. Todo lo que te dije, todo lo que era ahí, es quien soy ahora. No puedes elegir las partes de mí que te gustan y abandonar el resto. —Me suelta —. Soy tanto el lord Fenwood que disfruta del hidromiel como copa nocturna con una conversadora brillante, como Davien Aviness, feérico y legítimo regente del reino de Aviness, que tengo toda la

intención de restaurar. Puedes confiar en mí tal y como soy, quererme tal y como soy, o no.

Lo observo marchar mientras pugno por encontrar las palabras. De todos modos, no importa, ¿verdad? Recuperará su magia de mi interior y habremos acabado. Volveré a mi mundo y viviré sola en esa mansión que me ha legado, lejos de cualquier persona que pueda hacerme daño jamás. Él se quedará aquí y será rey de todos los feéricos y olvidará que yo haya existido jamás.

Davien no mira atrás ni una sola vez.

Me demoro un poco en la antesala, pues no estoy preparada para volver al salón principal. Los oigo hablar en voz baja. Me pregunto qué dicen, pero me pienso mejor lo de intentar escuchar a escondidas. No quiero oírlo… en realidad, no. Están hablando de mí. No, están hablando de la *magia de Davien* que está dentro de mí y de cómo la van a recuperar. Yo no soy más que un recipiente indeseado. Un paso adicional que todo el mundo aborrece. Una carga, una vez más.

Dejo caer la cabeza y reprimo una risa amarga.

Una puerta que se abre al otro lado de la sala me sobresalta. Veo a un niño salir por ella. Dos pequeños cuernos asoman justo por encima de sus sienes. Una colita nervuda se columpia a su espalda mientras se dirige hacia el salón de audiencias de Vena, un gordo morral de mensajero colgado del hombro.

—Perdona —le digo con suavidad. Da un respingo y agarra su morral con ademán protector. Su pecho sube y baja agitado por el pánico de la sorpresa—. Lo siento, no pretendía asustarte. —Señalo hacia la puerta—. ¿Adónde lleva esa salida?

—¿Qué me pagarás por saberlo?

—¿Tengo que pagarte por responder a una pregunta sencilla?

Hincha el pecho y se limpia la nariz con el pulgar. Sin duda se ve con un aspecto muy duro en el ojo de su mente.

—Nada es gratis.

—Pues iré hasta ahí y lo averiguaré yo misma, entonces. —Me aparto de la pared.

—Oh, no eres nada divertida, señorita —protesta—. Muy bien, es solo una salida lateral a la ciudad. ¿Necesitas algo? Puedo traértelo.

—Por un precio, ¿verdad?

—Veo que aprendes rápido. —El chico tiene una sonrisa de dientes torcidos y ojos de un tono morado claro—. Soy pequeño, así que puedo colarme en cualquier sitio y… espera… eres *ella*. La humana. ¿A que sí?

Me pregunto cómo lo ha sabido. Yo no me di cuenta de que Oren era feérico durante semanas, hasta que vi sus alas. Sin los rasgos inhumanos visibles, es imposible decir que los feéricos son diferentes a mí.

—No tengo ningún interés en trabajar contigo. —Me molesta que me haya descubierto.

—Eh, eh, no hay ninguna necesidad de poner cara larga, señorita. No voy a hacerte daño. —Se ríe—. Es solo que nunca había visto a una *humana* vivita y coleando hasta ahora.

Cruzo los brazos delante del pecho en ademán protector y me replanteo mi rumbo de acción. El chiquillo no parece tener más de diez años, pero quizás su aspecto sea solo *glamour*. Quizás sea otro monstruo disfrazado.

—Perdona, pero tengo que irme.

—Espera, ¿no necesitabas algo? —Corre para ponerse delante de mí—. Puedo ayudarte a conseguirlo. De verdad. Ni siquiera te pediré mucho a cambio.

Miro otra vez hacia la puerta mientras me mordisqueo el labio.

—Quiero ir a algún sitio con música y canciones. ¿Cuánto me costará eso?

Lo piensa durante un segundo. Hincha los mofletes mientras lo hace.

—Te ofreceré algo mejor. Te consigo una capa para que nadie se dé cuenta de lo rara que eres sin garras o cola o cuernos o alas. —*Oh, ¿yo soy la rara?*—. Y *después* te llevaré a algún sitio con música. Y solo te costará…

Me preparo para el golpe.

—Un baile.

—¿Solo un baile? ¿Eso es todo?

—Un solo baile es mi precio por todo lo que acabo de decir.

Los feéricos no pueden mentir. Lo cual significa que no puede retractarse de su oferta. Parece bastante inofensiva…

—Vale.

—¿En serio? —Parpadea y después su sonrisa se ensancha. Bota de un pie al otro con una emoción nerviosa—. *Excelente*. Te acabas de conseguir al mejor guía de Canción Onírica. No hay ningún sitio al que Raph Pies Ligeros no sepa llegar.

Su entusiasmo es contagioso y no puedo evitar que una sonrisa curve mis labios. Una sonrisa que se ensancha cuando la puerta se abre y la luz del sol golpea mi cara.



Quince

El aire es dulce y sabe a libertad. Inclino la cara hacia el cielo y me deleito en el calor del sol. Bajo la vista y mi corazón empieza a acelerarse cuando la verdad me golpea con toda su fuerza:

Estoy en un mundo de feéricos y magia.

Multitud de hombres y mujeres deambulan por la calle, atareados con sus asuntos como si sus rasgos antinaturales no fuesen notables en absoluto. Veo a una pareja reír, los brazos entrelazados mientras doblan una esquina. Hay un padre con sus hijos, ayudantes diligentes en la excursión de hoy a la tienda de comestibles. Una chica vuela por encima de nuestra cabeza, perseguida de cerca por otras dos; van gritándose cosas que se pierden entre los sonidos de su magia y sus alas zumbonas.

Todo el mundo tiene algo singular: cuernos y cascos, colas y alas. Veo pelo rosa chillón y ojos de gato. Debería estar aterrada. *¡Encuentra miedo!*, me grita mi sentido común desde el fondo de mi mente, *estas personas son tus enemigos mortales*.

Pero no tengo miedo. Mi corazón late a un ritmo que imita sus pisadas. Mis ojos registran todo de ellos. Y mis pies quieren correr hacia algo completamente indescriptible… algo que no tengo ni idea de quién o qué puede ser o dónde puede estar. Quiero ver y tocar todo

a mi alrededor. Mi mundo sombrío ha encontrado su color y quiero hacerlo *mío*.

—Si sigues mirándolo todo con esa cara de pasmada, la gente se dará cuenta. —Raph tira con suavidad de mi mano y hace un gesto con la cabeza hacia la derecha. Capto su indicación y nos ponemos en marcha.

Cada edificio de Canción Onírica es más magnífico que el anterior. Están hechos de madera y piedra, hierro y cristal. Sábanas de seda cuelgan de cuerdas de tender que cruzan la calle de lado a lado, perfumando el aire de lavanda y jabón. Me detengo en una verja especialmente bella para deslizar las yemas de los dedos por el hierro labrado. Han taladrado miles de agujeros diminutos en una fina lámina de metal para convertirla en un encaje delicado. Hay lazos y cintas por toda la superficie, tan vívidos que me sorprende que no salgan volando con la brisa.

—*Vamos*. —Raph toma mi mano y tira—. Creía que querías música, no… ¿qué era eso que estabas haciendo ahora mismo? ¿Magia humana?

—No, los humanos no tenemos magia. —Me río con suavidad. Mis ojos siguen clavados en la verja mientras me aleja de ahí a rastras—. La estaba admirando. La construcción es preciosa; jamás había visto nada igual.

—A mí me parece bastante normal. —Se encoge de hombros. Oh, qué maravilla crecer en un mundo donde todo esto es normal—. Por aquí. —Giramos alrededor del edificio de la verja de encaje, nos colamos por una puerta trasera y entramos en un pequeño patio en la parte posterior izquierda de la propiedad—. Espera aquí.

—Vale. —Me quedo a la sombra de un tejadillo sobre la puerta lateral mientras Raph corre hasta la puerta de una cocina y llama varias veces. Se abre y una doncella de rostro rubicundo asoma la nariz.

—La señora de la casa te va a despellejar vivo esta vez. No puedes llamar todo el rato de este modo.

—No tiene por qué enterarse de que estoy aquí. ¿Puedes llamar a Ralsha? —Raph cruza las manos y las sujeta en alto como si estuviese suplicando. La mujer planta una mano en su cadera y arquea las cejas

—. Vale, haré un reparto por ti cuando quieras, pero no me vas a sacar nada más.

—Buen chico. Espera un momento.

Aquí todo tiene un precio, me recuerdo mientras observo la interacción. Debo recordarlo y prestar atención a cada palabra que emplee la gente. Por suerte, tengo experiencia en ello gracias a mi padre. *No es solo lo que dice la gente, sino cómo lo dice*, me explicaba. *Presta atención a todo*. Antes de que Joyce apareciera en nuestras vidas, incluso me dejaba asistir a algunas de sus reuniones y me pedía consejo después. Una de las pocas veces en las que sentía que podía emplear mi don para percibir mentiras para ayudar a alguien además de a mí misma.

Ralsha es una niña, más o menos de la misma edad que Raph, pero mientras este tiene el pelo corto castaño rojizo, aquella tiene largos rizos de un violeta intenso. Da un gritito de emoción al ver a Raph y lanza los brazos alrededor de su cuello. Está claro que ahí se cuece algo de amor juvenil y reprimo una advertencia para ambos. Tal vez los feéricos sean inmunes a las dificultades del amor que tenemos que soportar nosotros los humanos. Sea como sea, sus errores no son asunto mío.

Con algo de aleteo de pestañas por parte de Raph, Ralsha vuelve dentro de la casa y regresa con una capa. Raph le da un beso en la mejilla y le guiña un ojo antes de volver conmigo. Ralsha se funde con el umbral de la puerta antes de que la doncella que vi antes la llame otra vez al interior.

—Aquí tienes. De hecho, es una capa buena. La madre de Ralsha es la mejor modista de Canción Onírica. Ralsha dice que incluso tiene una rueca encantada que puede tejer tela con hilo invisible.

—Si es hilo invisible, ¿cómo puedes saber que está ahí? —Sonrío.

Raph lo piensa durante un tiempo excesivo, lo cual solo me hace sonreír aún más. Al final, me saca la lengua.

—Si ella dice que está ahí, debe estarlo. —*Oh, es cierto, no pueden mentir*—. Ahora date la vuelta y deja que te ponga esto. —Levanta la capa en alto.

—Menudo servicio. —Me río bajito y me doy la vuelta.

—Bueno, te dije que soy el mejor guía… —Sus palabras se cortan

en seco. Me encojo al instante. Ya sé lo que ha visto. Este estúpido vestido de seda y su estúpido escote delante y atrás. Siento que un dedo pequeño se aprieta contra mi columna entre mis escápulas—. ¿Cómo te hiciste esto, señorita?

Es un niño. No sabe que algunas cosas es mejor no mencionarlas. No sabe que es de mala educación preguntar de un modo tan descarado por las cicatrices más desagradables de una persona.

—No me acuerdo —murmuro. Al decir la mentira, el habitual sabor metálico llena mi boca. Aunque no es solo porque estoy mintiendo. Aquel día también saboreé la sangre, después de morderme la lengua a causa de los gritos y del forcejeo. Huelo el olor a carne quemada que salpica mi recuerdo—. La tengo desde siempre. Desde que era pequeñita. No más mayor que tú. Siempre ha estado ahí.

Se ríe entre dientes.

—Tiene un aspecto horrible. Debes ser una humana muy dura para haber sufrido algo así y seguir estando bien.

Me echo la capa sobre los hombros y de inmediato me siento mucho menos expuesta. Mis secretos más terribles quedan ocultos una vez más bajo la armadura de la tela.

—Me gusta pensar que así es.

—Bien, tienes que ser dura para sobrevivir a los feéricos. —Sonríe otra vez y volvemos a salir a la calle.

Después de unos pocos minutos más de camino, llegamos a una taberna. Oigo las cuerdas al rojo vivo de un violín bien tocado. Por debajo, se oye un tambor febril que sienta un ritmo vivo para los otros artistas. Una flauta de pan resuena por encima de todos ellos y entrelaza una melodía que convierte toda la colección de sonidos estridentes en una canción trepidante.

—¿Qué es este lugar? —susurro.

—La Cabra Chillona —responde Raph con una sonrisa—. Querías música. No hay ninguna mejor en todas las tierras feéricas. Bueno, no te quedes ahí plantada. Entra. —Me da un empujoncito y me tambaleo hacia el arco de la entrada.

No hay puertas ni ventanas en La Cabra Chillona. Solo columnas y arcos que conforman la fachada principal y dejan entrar la luz del sol y salir el sonido. Tampoco hay sillas, solo mesas altas ante las que los

hombres y mujeres están de pie, dando pisotones al son de la música y regando el suelo de cerveza espumosa.

Mis ojos vuelan hacia el escenario bajo en el extremo opuesto a la entrada, donde toca la banda. Multitud de hombres y mujeres giran por una pista de baile delante de él.

—*Cielos*, procura llamar menos la atención. —Raph tira de mí hacia una mesa vacía al lado de uno de los arcos. Trepa sobre la pared a media altura y se planta ahí como si el lugar le perteneciera. Una camarera viene hasta nosotros y deja una jarra delante de mí—. Eh, ¿dónde está la mía? —se queja Raph.

—Quizás cuando seas más mayor. —La mujer le guiña un ojo y se aleja.

—Maleducada. —Raph pone los ojos en blanco.

Casi me pierdo el intercambio entero, demasiado concentrada en la música. La animada giga la tocan en métrica yámbica clásica. El hombre de la flauta de pan salta por el escenario y anima a los bailarines con su propio juego de pies experto. Solo he visto una actuación una vez en la vida… Mi padre trajo a una banda de músicos ambulantes a una de sus últimas fiestas de la Applegate Trading Company después de que yo le suplicara y suplicara. Dio la casualidad de que la fiesta era el día de mi cumpleaños, así que no pudo negarse, aun después de haber prácticamente prohibido la música tras la muerte de mi madre pues decía que era «demasiado dolorosa de oír».

Joyce fue la que eligió la música aquella noche. Así que, por supuesto, fue una sosa colección de conservadoras canciones instrumentales tocadas por hombres el doble de mayores que mi padre. Que los dioses nos libraran de divertirnos de verdad en una de esas fiestas. De haberlo hecho, este era el aspecto que hubiese podido tener nuestra casa… como hubiese podido sonar. Trato de imaginármelo y la idea viene acompañada de una imagen cómica de Joyce casi perdiendo la cabeza a causa de todos los pisotones sobre sus alfombras de precio tan elevado como ridículo.

Una leve sonrisa curva mis labios. He empezado a dar golpecitos con un pie al son de la música. Mis ojos recorren todo el lugar mientras el hombre de la flauta de pan da vueltas por ahí. Es entonces cuando veo un montón de instrumentos a un lado del escenario.

Apoyado contra ellos hay un laúd. No es tan sofisticado como el de mi madre, eso lo noto desde aquí, pero las cuerdas están intactas y apostaría cualquier cosa a que está afinado.

—¿Qué son todos esos? —le pregunto a Raph, al tiempo que señalo hacia el montón de instrumentos.

—Instrumentos para músicos. —Se encoge de hombros—. La gente va hasta ahí y agarra el que quiere cuando el bar está callado. Una taberna en silencio es una taberna triste —dice, como si parafraseara a otra persona.

Seguro que no lo he entendido bien.

—¿Quieres decir que cualquier persona puede tocarlos?

—Eso creo. —Se encoge de hombros otra vez. Desearía saber si está diciendo la verdad verdadera o solo la verdad como él la conoce —. Nunca he visto a nadie meterse en un lío por tocarlos. Oh, espera, ¿*tú* quieres tocar uno?

—No, no… Yo toco fatal. —Aun así, me crujo los nudillos mientras lo digo. Anhelo tocar las armonías para la melodía de esa flauta de pan y que sé que están atrapadas en las cuerdas de ese laúd.

—Ya, es probable que tengas razón.

—¿Qué? —Lo miro y las voces de Joyce y Helen de repente se enredan con las palabras de Raph. El chico baja la voz.

—Eres humana. Es imposible que pudieras tocar lo bastante bien para seguirle el ritmo a un feérico. Estoy seguro de que estás alucinada por la calidad de nuestros bardos.

Lo estoy, pero eso no significa que no pudiera mantenerles el ritmo. Creo que podría…

¡Para ya con ese ruido!

Madre, lo está haciendo otra vez ¡Está tocando esa cosa!

Si vuelves a tocar el laúd una sola vez más le cortaré el mástil o te cortaré a ti el cuello.

Las palabras de Joyce y Helen ahogan la música durante un segundo oscuro. Contemplo los instrumentos silenciosos desde debajo del peso de todas las palabras con las que me llenaron. Joyce y Helen me presionaban con tal fuerza que me hacían pequeña. Nunca había lo suficiente de mí para enfrentarme a ellas. Nunca…

La sien de Laura está apoyada en mi rodilla. Inclina la cabeza

hacia arriba para mirarme. *Una canción más antes de irme a la cama,* dice solo con los labios.

—No —susurro.

—¿No, qué? —Raph está confuso.

Es comprensible. Él no estaba ahí el día que vendieron mi mano a cambio de una fortuna. No estaba ahí el día que juré no dejar que ni ellas ni nadie me atraparan de nuevo, me hicieran sentir pequeña, me convirtieran en una herramienta en lugar de una persona entera.

—Estás equivocado. Sí que podría mantenerles el ritmo. —Lo miro ceñuda—. Y te lo voy a demostrar.

—¿Qu…? ¡Espera!

Pero ya he empezado a zigzaguear por la pista de baile. Me acerco al escenario con la suficiente decisión como para que el flautista asienta en mi dirección con su cabeza con cuernos de cabra. Le devuelvo el gesto y él se aparta. Parece casi como si me hubiese dado permiso.

Los golpes de los pies de los bailarines retumban a mi espalda. La grave resonancia del tambor está dentro de mí. Durante un breve y glorioso minuto, mientras subo al escenario y voy directa hacia el laúd, la música ahoga todas y cada una de las palabras que Joyce o Helen me han dicho en la vida. Paso la correa del laúd por encima de mis hombros.

—Hola, amigo —susurro. Rasgo las cuerdas con delicadeza, lo bastante suave como para que nadie lo oiga excepto yo. Como sospechaba, está afinado—. ¿Vamos a ello?

Giro en redondo y doy un paso adelante. Caigo en la melodía con naturalidad. Mi pie empieza a dar golpecitos al son de la música mientras mis dedos empiezan a moverse por instinto. Los otros músicos me miran con expresiones emocionadas y sonrisas de aliento. Asienten en mi dirección y yo les devuelvo el gesto.

Ahora como cuarteto, la música es más rica, más profunda. Mis ojos conectan con los de la violinista, una mujer de cabeza afeitada que muestra tatuajes parecidos a los de Shaye y Giles. Me sonríe y asiento. Yo asiento en respuesta.

No hablamos con palabras, ni con pensamientos, ni siquiera con gestos, en realidad. Hay como indicaciones en la música que oímos.

Pequeñas señales por el camino que dicen «si yo toco esto, tú tocas eso». Y los cuatro juntos, hacemos nuestra propia música personal, hecha para este momento y que no se repetirá jamás.

Convertimos la emoción en canción.

El sudor resbala por mi cuello cuando la melodía cambia. La violinista se aparta del resto de nosotros, sube a un crescendo y acapara toda la atención. El resto de nosotros nos difuminamos hasta que vuelve a bajar en tromba para embarcarse en una melodía nueva.

Esta la conozco, pienso.

«Había una vez una muchacha de cabellera fina,
la vi bailar y dije que era divina.
Así que la llevé al hogar de las sirenas del mar,
y le dije: ¿Jenny, conmigo te quieres casar?».

La taberna entera suelta un *hurra* al unísono y todo el mundo se une para cantar el coro.

«Pronto habrá una boda con pasión,
un voto y un beso y una consumación.
Jilly pronto podrá bajar,
al hogar de las sirenas del mar».

Mis manos vuelan por el laúd. Hay solo breves descansos entre el coro y los versos. Apenas unas notas. Siempre me encantó esta canción, justo por eso. Era un reto tocarla y más difícil aún cantarla.

«Ahora Jilly y yo formamos un trío familiar,
vivimos cerca del hogar de las sirenas del mar.
Jilly a la orilla un día bajó,
y en dirección a las sirenas del mar miró».

Otro *hurra* antes del segundo coro.

«Oh, no, dulce Jilly, mi niña,
te has arriesgado a que el mar profundo te riña.
Entonces a Jilly se la llevó el mar,
y por sus deseos tendrá que pagar».

Mis manos siguen volando por las cuerdas. He llegado sin darme cuenta hasta el último verso que conozco de la canción. Miro al hombre que toca el tambor. Él me mira a mí. El otro hombre y la mujer hacen lo mismo. Expectantes.

Mis dedos se crispan y se detienen.

Esa voz… la persona que entonaba la canción… Un horror ardiente y enfermizo cae de golpe sobre mí. *Era yo*. Era yo la que cantaba. Desearía poder huir y hacerme un ovillo en un rincón y morir antes de que termine la canción.

De repente, como salida de la nada, una voz grave y masculina llena la sala con un nuevo verso.

«Pero seguro que Jilly volverá,
saldré cuando el mar más negro será.
Romperé su lazo con el frío y oscuro mar,
porque yo soy el mejor sireno del lugar».

Cuando la taberna grita *hurra* por última vez, levanto la vista hacia la fuente de la voz. Mis dedos siguen tocando por instinto ahora que ya no estoy agobiada por el horror de lo que he hecho.

Mis ojos conectan con los de Davien, que canta con todos los demás y conduce a la taberna hacia el final de la canción.

«Pronto hay una playa con un trío,
Jilly y yo y nuestro crío.
Pronto seremos felices otra vez,
y viviremos para cumplir los ciento diez».

Los músicos continúan tocando mientras yo me escabullo del centro del escenario y vuelvo al lado para devolver el laúd a donde lo encontré. Tengo la cara sofocada y solo siento cómo se pone aún más roja mientras bajo del escenario envuelta en una pequeña ronda de aplausos. Intento agachar la cabeza abochornada… pero las sonrisas de aliento que me dedica la gente, las palmaditas en los hombros… para cuando llego hasta Davien, llevo mi propia sonrisa plantada en la cara.

—Tienes un aspecto súper engreído. —Suena molesto, pero su rostro no ha recibido la indicación, porque lleva plantada una sonrisa que casi parece impresionada.

—No sé si engreído es la palabra correcta. —Giro la cabeza hacia el escenario, donde la banda sigue tocando y la gente sigue bailando y dando vueltas. Acabo de terminar la actuación y ya tengo ganas de volver—. Jamás había hecho algo así y me sorprende lo mucho que me ha gustado —admito, tanto para mí como para él.

Davien parece sorprendido por esta confesión, porque se apresura a cambiar de tema.

—De verdad que no deberías ir por ahí tú sola.

—Creía que Canción Onírica era segura.

—Lo es.

—Y Vena me dijo que saliese y disfrutase de la ciudad. Eso es lo que he hecho. —Me encojo de hombros—. Además, no estaba del todo sola. Tenía al mejor guía de todo Canción Onírica.

—En cuanto a eso… —La voz de Davien se carga de frustración y mira hacia la mesa que habíamos ocupado Raph y yo. Veo que ahora está Hol ahí, al lado de una mujer con largo pelo negro y cuernos curvos de carnero. Los dos le están echando un buen rapapolvo a Raph.

—Eh. —Me abro paso por al lado de Davien—. No seáis

desagradables con él. Solo me estaba ayudando. Yo se lo pedí.

Hol me lanza una mirada muy *muy* cansada. Aunque no podía llevar más de unos pocos minutos hablando con Raph, Hol da la impresión de llevar horas con esa conversación.

—Hay una diferencia entre «ser desagradable» y la disciplina necesaria.

Me estremezco. Suena igualito a Joyce.

—¿Sabes lo que podías haber hecho? —le increpa la mujer a Raph.

—¡No iba a hacerle daño! —insiste el chico—. Solo quería ver cuánto tiempo aguantaba bailando.

La mujer lo agarra de la oreja y tira con suavidad.

—Es *humana* —le bufa al oído—. Se rompe con mucha mayor facilidad que nosotros.

—Yo acepté sus términos de manera voluntaria —aporto. No puedo soportar ver que tratan a Raph de ese modo por mi culpa. Me pregunto qué le harán. Solo puedo imaginar que los castigos feéricos deben ser peores aún que los de Joyce—. No me importa concederle un baile.

Una mano pesada cae sobre mi hombro. Levanto la vista para encontrarme con Davien.

—Tienes que tener más cuidado con los tratos que haces aquí —dice con solemnidad—. Aceptaste concederle un baile sin fijar los términos ni poner limitaciones. Raph podría haberte hecho bailar hasta que murieras de agotamiento. Podría haberte hecho bailar hasta caer a un río.

—Pero… —Me tiembla un poco la voz. Justo cuando creía que estaba a salvo…—. Dijo que no me haría daño.

—No lo hubiese hecho a propósito, pero Felda tiene razón, Raph no pensó cómo podría impactarte. Es joven e insensato.

—Ahora —dice Hol con firmeza—, la absolverás de todos los tratos que haya hecho contigo.

—¿Tengo que hacerlo? —gimotea Raph.

—Sí, *ahora*.

Raph me mira. Da una patadita al muro sobre el que todavía está de pie y cae una nubecilla de polvo. Con las manos a la espalda y cara de culpabilidad, empieza a hablar.

—Tus deudas están pagadas, todo ha sido saldado, no se debe nada, quedamos a la par.

Suenan como palabras mágicas, así que casi esperaba sentir un cosquilleo por el cuerpo, pero no siento nada. Me siento tan normal como me sentía cuando hice el trato con él. Sin embargo, si lo que Davien dice es verdad, le había dado a este niño sin querer un poder inmenso sobre mí.

—Y discúlpate con ella —le dice la mujer, Felda.

—Lo siento —obedece el niño, que apenas se atreve a mirarme a los ojos.

—No pasa nada —lo tranquilizo—. Y gracias por liberarme de mis deudas.

—De verdad que no te iba a hacer daño —insiste Raph en voz baja.

—Basta de ti por hoy. —Hol levanta al chico en volandas y lo deposita en el suelo—. Creo que todavía tienes cosas que hacer con Vena. Deberías ponerte a ello y no hacerla esperar. Es gracias a ella que tenemos siquiera un tejado sobre nuestras cabezas. Así que tómate más en serio tus tareas de contribuir con Canción Onírica.

—Vale, vale.

—Te veremos en casa después —dice Felda, la voz algo más suave. Estira las manos hacia Raph. En el ojo de mi mente, agarra al chico con ambas manos para sacudirlo un poco más y seguir su regañina, pero en vez de eso lo atrae hacia ella para darle un fuerte abrazo—. Te queremos, Raphy.

—*Argh,* mamá, hay gente, *buf*, yo también os quiero —farfulla Raph y sale corriendo, aunque no antes de que su madre le plante un beso en la frente.

—De verdad que sentimos mucho sus acciones. —Felda se endereza y se rasca la parte de atrás de la cabeza con aspecto de culpabilidad por su hijo—. Puede ser un incordio a veces.

—No estoy enfadada —les recuerdo. Sigo confusa con respecto a lo que acabo de ver. En un instante, Felda le ha demostrado más afecto del que Joyce les mostró jamás a sus propias hijas siquiera.

—Aun así, como disculpa por lo que ha hecho nuestro hijo, nos gustaría ofreceros un asiento en nuestra mesa y extenderos toda nuestra hospitalidad a los dos —dice Hol.

—Sería un honor para nosotros comer con vosotros. —Felda inclina la cabeza en dirección a Davien.

—El honor será nuestro. Guiadnos hasta allí. —Davien hace un gesto hacia la puerta y la pareja nos conduce hacia mi primera comida con feéricos.



Dieciséis

Davien los sigue, aunque hace una pausa cuando ve que no voy a su lado.

—¿Vienes?

Cruzo los brazos y camino hasta él.

—Te agradecería que no hablaras por mí.

—¿Hubieses rechazado su oferta?

—No lo sé. —Estos feéricos han hecho muy poco por ganarse mi simpatía. No estoy segura de querer sentarme a su mesa y compartir el pan con ellos.

Se ríe y sacude la cabeza.

—Qué humana eres —oigo que dice en voz baja.

—¿Qué se supone que significa eso? —Echamos a andar.

—No solo perderías la oportunidad de que Hol y Felda se convirtieran en aliados al sentarte a su mesa, sino que además los ofenderías cuando están intentando reparar el daño causado. —Davien se echa a reír—. No entiendes nada acerca de cómo pueden retorcerse las palabras en tu contra. Ni acerca de tratos, rituales o las leyes de la hospitalidad.

—No te burles de mí. —Le lanzo una mirada asesina. Aun así, como si se pasase el día en una competición eterna consigo mismo

para ver cuánto me puede frustrar, sonríe con suficiencia. Sus ojos verdes centellean a la luz del sol.

—No me burlo de ti. Creo que es encantador que hayas vivido una vida mucho más sencilla.

—Lo dudo. Pero aunque tengas razón, más sencilla no significa mejor. —Evito mirarlo y fijo los ojos a cambio en la junta de un tejado.

—¿Cómo es que conocías esa canción? —pregunta. Al parecer se le ha ocurrido de repente. Me pregunto si se da cuenta de que estoy incómoda y trata de volver a algo más inofensivo.

Poso la mirada otra vez en él. ¿Se da cuenta de que estoy incómoda?

—Espera, no me lo digas. Es solo otra de las viejas canciones que oías por la ciudad, ¿no?

—Sí —miento, y trago saliva para intentar quitarme el sabor a metal de la boca. Da la impresión de que cuanto más miento en su presencia, más difícil se vuelve y más tiempo perdura ese sabor metálico en el fondo de mi garganta. Mi madre fue la que me enseñó casi todas las canciones que conozco.

—De verdad que es increíble lo mucho de nosotros que queda en ese mundo… —Deja la frase a medias, los ojos llenos de nostalgia mientras mira recto hacia delante. Davien es por lo menos una cabeza más alto que la mayoría de la gente, así que puede ver hasta el final de la calle sin problemas. Sin embargo, no creo que ahora mire a nada en particular. Me pregunto qué intenta ver, qué lugar… o qué tiempo.

—¿En serio que solía ser todo un solo mundo? He oído los viejos mitos sobre las antiguas guerras mágicas. Recuerdo lo que me han contado acerca del rey elfo arrasando la tierra. Pero pensé… —Miro a mi alrededor—. Supongo que tendré que creer que todo es verdad, ahora que veo este lugar, que te veo a ti. —Mis ojos se quedan atrapados en una intrincada vidriera plomada que adorna el primer piso de un edificio por el que pasamos—. El arte del vidrio… ¿También provenía de los fae?

—Así es. —Davien sonríe—. Los feéricos descienden de las dríades, que eran las viejas centinelas del bosque, mucho antes de que las guerras mágicas fuesen un susurro siquiera en los labios de la gente. A

diferencia de los feéricos, que fueron una evolución natural del tiempo y la magia, las dríades crearon a los humanos con sus propias manos. Al principio, los feéricos cuidaban de los primeros humanos y les enseñaban a utilizar su magia para trabajar con la naturaleza.

—¿Los humanos tenían magia? —Intento imaginar un mundo así y fracaso en mi intento.

—Hace mucho tiempo. Antes del Vano. Quizás sea por eso que tú puedes ser un recipiente para la magia de los antiguos reyes.

Abro y cierro los dedos para ver si logro sentir la magia que incluso Vena dijo que percibía en mí. Pero no siento nada en absoluto. Sé que la magia es real, la he visto. Brotó de mi interior en el bosque aquella noche. Sin embargo, no puedo invocarla ni aunque lo intente.

Llegamos a una casa de piedra con tejado de barro. Hol y Felda nos conducen al interior, a lo largo de un pasillo y hasta una cocina que ocupa la mitad posterior de la casa. Davien y yo nos sentamos en torno a una mesa mientras Felda y Hol se afanan por su cocina. Me fijo en los ganchos al lado de la puerta de atrás; un morral de mensajero muy parecido al de Raph cuelga de uno.

—Por favor, no lo castiguéis… —Las palabras suaves escapan de mis labios sin pretenderlo mientras Felda deja en la mesa una tabla con una hogaza de masa madre y un cuchillo.

—¿Qué? —Felda parpadea y ladea la cabeza en mi dirección.

—A Raph. Por favor, no lo castiguéis cuando vuelva a casa. No querría que sufriera ningún daño por mi culpa.

—¿Daño? —Sacude la cabeza y parece escandalizada por lo que estoy sugiriendo. Frunce un poco el ceño, como si mi preocupación la hubiese ofendido de algún modo—. Nosotros nunca le haríamos daño a nuestro hijo.

—Pero en la taberna… parecías muy enfadada.

—*Estaba* enfadada. —Felda se pone las manos en las caderas—. No sé cómo conseguí tener al niño más precoz de todo Canción Onírica, pero supongo que ese es mi honor y mi responsabilidad. —Sonríe como si parte de ella no creyera en realidad que fuese un honor tener nada que ver con las travesuras de Raph—. Pero ya lo hemos regañado lo suficiente. Siempre que no vuelva a meterse en ningún lío hoy, cosa que a veces es un auténtico reto para ese niño, no se hablará más del

incidente cuando vuelva a casa.

—Oh, bien… —Fijo la vista en el pan que Felda empieza a cortar. ¿De verdad es tan sencillo? Jamás he visto a un niño perdonado con semejante facilidad cuando ha hecho algo mal. Helen y Laura no se equivocaban nunca. Y cuando yo lo hacía, solía notar las repercusiones durante días. Cuando siento el peso de otro par de ojos sobre mí, levanto la vista hacia el otro lado de la mesa, donde está sentado Davien. Me observa con el ceño un poco fruncido, como si me inspeccionara o me estudiara.

—Por favor, servíos de nuestro pan y nuestro vino —dice Hol en tono ceremonioso mientras sirve hidromiel en cada una de nuestras copas.

Agradezco la excusa para apartar la mirada de Davien. Sus ojos son demasiado inquisitivos y me preocupa qué podría ver en ellos si le sostuviera la mirada durante demasiado tiempo. Jamás había esperado echar de menos la venda sobre mis ojos.

—¿Qué te parece Canción Onírica hasta ahora? —pregunta Felda.

Acojo el cambio de tema con una sonrisa.

—Es un lugar realmente magnífico. Los feéricos son algunos de los mejores artesanos que he visto en la vida.

—Tenemos a bastantes que poseen viejos rituales de artesanía que se han transmitido durante muchísimos años a través de sus familias y sus cortes.

—Cuando dices rituales… ¿es lo mismo que lo que vi en el bosque aquella noche? —Miro a Davien.

—Eso fue un ritual, sí, pero también lo fue lo que hizo Giles cuando acampamos en el Bosque Sangrante —explica.

Mastico un pedazo de pan durante un momento, mientras pienso en todo lo que he aprendido sobre los feéricos y su magia hasta ahora. El pan es fuerte y tiene justo la cantidad de miga correcta para complementar a la corteza crujiente.

—Entonces, ¿un ritual puede ser cualquier cosa? ¿Y lograr cualquier cosa?

—Hay *algunas* limitaciones —responde Hol—. Por ejemplo, no podemos traer de vuelta a los muertos, ni cambiar el corazón de una persona.

—Así que como puedes ver, no hay demasiadas limitaciones. —Davien sonríe con suficiencia.

—¿Cómo se hace un ritual? —Pienso en lo que dijo Vena acerca de encontrar una manera de sacar la magia de mi interior. ¿Va a realizar algún ritual conmigo?

—Hay unos pocos que están tan sintonizados con su magia y las leyes inherentes de nuestro mundo como para inventar rituales nuevos, pero la mayoría pasan de generación en generación de manera oral o en tomos escritos que se guardan dentro de familias o cortes —explica Hol.

—Es la razón de que la cuasi erradicación de la familia Aviness haya perjudicado tanto a los feéricos y nos haya hecho débiles durante siglos. Hace muchos años, realizaron un ritual sobre la corona de cristal que aún está vigente y exige lealtad de todos los feéricos… pero la corona solo puede llevarla el verdadero heredero de Aviness. Siempre y cuando haya un heredero Aviness con vida, no obedecerá a ningún otro amo. Y requiere el poder de los reyes perdidos para desvelar todo su potencial. —Davien mira por la ventana con cara de muy pocos amigos, proyectando su ira hacia alguien o algo muy lejos de esta mesa.

—¿O sea que los feéricos no pueden hacer magia solo con sus pensamientos? —Pienso en mis acciones en el bosque. En cómo la magia vino a mí sin llamarla, solo como respuesta a mi necesidad inconsciente de sobrevivir.

—Hay algunas excepciones, como invocar alas o garras —dice Hol—. O nuestro *glamour*.

—Pero por lo demás, no —añade Felda—. No obstante, hay algunos rituales que nos proporcionan distintos grados de control sobre nuestro poder durante determinado tiempo. Como el ritual realizado con la corona de cristal. Lo que podemos hacer durante ese tiempo y cuánto dura, todo eso depende del ritual.

—Viste un ejemplo de eso en el bosque. —Davien devuelve la vista al presente y la posa en mí—. La forma en que se movía ese Carnicero es un ritual cuyo secreto se guarda con celo. Lo transmiten entre sus filas y lo realizan sobre las capas que llevan. He oído que lo llaman «caminar sombrío», y les permite moverse de una oscuridad a otra, lo

cual los hace especialmente letales de noche. Sin embargo, el ritual expira deprisa; es decir, solo pueden hacer determinado número de movimientos antes de que la magia cargada se agote

Empiezo a encajar la magia feérica en términos que logro comprender, con los que estoy familiarizada. Pienso en cuando reparé el yeso de las paredes de nuestra casa. El «ritual» sería el acto de combinar los ingredientes y mezclarlos en un cubo. Supongo que el cubo, o el recipiente para la magia, es el feérico que realiza el ritual; aunque suena como que el recipiente también podría ser una cosa, como la corona de cristal o las capas de los Carniceros. Entonces, pueden emplear el yeso, la magia, hasta que se agote o se vuelva inútil (cuando se seca).

—Creo que lo entiendo —digo con cierta confianza, ahora que cuento con este marco conceptual.

—¿En serio? —Davien arquea las cejas; parece impresionado, así que le dedico una sonrisa taimada.

—Eso creo. Mirad, a ver si lo he pillado… —Les explico mi analogía—. ¿Es más o menos eso?

Hol se echa hacia atrás en su silla y se ríe.

—No me sorprende que pudiéramos enseñar a los antiguos humanos. Para pertenecer a una gente que perdió su magia de un día para otro, aquí desde luego que veo trazas de entendimiento.

Si eso es verdad, tal vez sea capaz de aprender a usar la magia que hay en mi interior. Me hago con otra rebanada de pan para evitar la mirada atenta de Davien; sumerjo la punta en el aceite y las hierbas antes de metérmela en la boca. Es como si pudiese percibir lo que estoy pensando. Me pregunto si una noche en la mansión me taladró un agujero en la mente con esos ojos suyos mientras yo tenía los ojos vendados y era ajena a todo lo que hacía. Ahora, tendría una ventana a mis pensamientos más íntimos siempre que quisiese.

Me muerdo el labio. Espero estar equivocada sobre eso… porque mi mente no es un sitio en el que nadie debiera pasar demasiado tiempo. Ya es bastante peligrosa para mí, y yo vivo aquí.

El resto de la comida discurre con suavidad. Para cuando Hol y Felda nos acompañan a la puerta, puedo decir con total honestidad que me he divertido. Felda, de hecho, me da un pequeño abrazo antes

de marcharnos.

—Ha sido un placer conocerte —me dice—. Hol me ha contado cosillas sobre tus circunstancias, más de las que hubiese debido, lo admito. —Su sonrisa se tuerce en una sonrisa pícara. Ya veo de dónde la ha sacado Raph—. Sé que venir aquí no era parte de tu plan… pero me alegro de que Davien te tenga a su lado.

Miro de rejo hacia donde Davien y Hol están sumidos en una conversación intensa en voz baja. No parece que hayan oído las palabras calladas de Felda.

—No estoy… no sé lo que piensas, pero…

—No tienes que darme explicaciones —dice, un poco demasiado deprisa. Como si *yo* estuviese avergonzada y ella me estuviera haciendo un favor—. Es solo que es agradable ver a alguien con él. Hol y sus otros caballeros reales han hecho todo lo posible, desde luego, pero tenían sus obligaciones aquí, para tratar de mantener Canción Onírica a salvo. Además, nunca podían quedarse demasiado tiempo con él, porque como puedes ver con Davien, nosotros los feéricos no estamos hechos para vivir en vuestro mundo. Imagino lo solitario que estaba con solo Oren como compañía. Que los dioses lo bendigan, es un buen hombre, pero no el mejor conversador. —Se ríe y yo también sonrío—. Por lo que ha dicho Oren, parece que los dos os lleváis bien.

Antes de que pueda responder nada, los dos hombres se reúnen con nosotras.

—Deberíamos volver al consistorio —dice Davien—. Lo último que queremos es que Vena nos necesite para algo y nosotros no estemos disponibles.

—Por supuesto. —Asiento, nos despedimos y volvemos a las calles de Canción Onírica.

—Me alegro de que les vaya tan bien —comenta Davien cuando ya estamos lejos de la casa.

—¿No era así? —A mí me habían parecido una familia de una normalidad envidiable. Más normal de lo que nunca creí posible, hasta ahora, para una familia.

—El hogar ancestral de su familia se encuentra en lo que es ahora el Bosque Sangrante. Su Corte de Hojas estaba encabezada por uno de

los últimos supervivientes vivos de Aviness —explica con tono sombrío. Veo que aprieta los puños y se abultan los músculos de su mandíbula—. Los Carniceros los obligaron a abandonar su casa mucho antes de que Raph naciera siquiera.

Davien ralentiza el paso y mete las manos en los bolsillos de sus pantalones holgados. Lleva una túnica bastante abierta en el esternón y la extensión plana de su pecho queda al descubierto debajo de una serie de collares. Encaja de un modo tan natural aquí… Hay algo en el aire que lo rodea que simplemente… pertenece.

Supongo que eso no es lo que me sorprende. Lo que me sorprende es lo celosa que estoy de ello. No es que quiera formar parte de los feéricos. Solo quiero *pertenecer*, encajar. Quiero que algunas personas, algunos sitios, algún tiempo sean *míos*. No quiero ser una paria que tiene que luchar por los restos que quedan tirados en el suelo debajo de unas mesas en las que jamás tendré asiento.

Quiero tener una familia. Una mesa.

—Si te conviertes en rey, ¿volverán a su casa? —pregunto con suavidad—. ¿Reconstruirán la Corte de las Hojas?

Me mira a los ojos y revela las turbias profundidades de su dolor. Hay tantas cosas de este hombre que siguen siendo un misterio para mí. Pero en lugar de tener miedo… me encuentro cada vez más intrigada por las interminables posibilidades de esas cosas. Quiero preguntar. Quiero saber. Quiero retirar capa tras capa de él como siento que él hace conmigo cada vez que estamos juntos.

¿Qué me pasa?

Este interminable tira y afloja entre nosotros amenaza con hacerme pedazos.

—Si… *cuando* sea rey, estas tierras pertenecerán una vez más a las personas que las crearon. Las cortes podrán regresar a sus hogares ancestrales o construir otros nuevos, lo que sea que encaje mejor con quiénes son ahora.

»Me aseguraré de que los feéricos sean fuertes de nuevo. Que tengamos un asiento a la mesa del Consejo de Reyes de Midscape. Exigiré que nos devuelvan las tierras que nos robó el rey de los elfos y lucharé por que los feéricos recuperemos la relevancia que nos merecemos. Me encargaré de que todas las cortes se reconstruyan para

mantener a raya a la Corte Suprema, para que ningún otro rey se vuelva a considerar jamás tan poderoso como para actuar sin tener que rendir cuentas. Utilizaré el poder que está atrapado dentro de la corona de cristal y la colina de la Corte Suprema para ayudar a mi gente de todas las formas posibles mientras siga con vida.

Me tiene asombrada. Su forma de hablar está llena de convicción… y no porque haya practicado este discurso, como hacían Laura o Helen antes de las fiestas de Padre para tener las mejores opciones de encandilar a un buen pretendiente. Habla de la verdad que conoce, la que ha cimentado en su corazón por encima de todo lo demás.

La necesidad de tocarlo se vuelve irresistible. Un hombre con una misión noble es más atractivo de lo que hubiese esperado jamás. Quiero sujetar su mano y acariciar la piel suave de la palma. Quiero deslizar los dedos por los fuertes músculos de su pecho y… y… mi mente hace aguas.

Me invade un intenso calor que colorea mis mejillas y me hace mover el peso de un pie al otro a medida que se arremolina de un modo harto incómodo en mi bajo vientre. Este hombre me hace querer cosas peligrosas. Cosas que nunca creí que necesitara hasta ahora y que desde luego nunca necesité.

—Deberíamos regresar con Vena —señalo, y mi voz no suena tan fuerte como de costumbre.

—Deberíamos. —A pesar de lo que dice, sus ojos siguen conectados con los míos, la cabeza un poco agachada. Por primera vez desde que vine a este mundo, tiene el aspecto y suena como el lord Fenwood que conocí en la mansión.

El resto de nuestro trayecto transcurre en un silencio tenso e incómodo. Nuestros hombros se rozan siete veces, pero ¿quién lleva la cuenta?

Aun así, los dos nos resistimos a cruzar ese peligroso espacio que nos separa. Porque en ese espacio está la línea de no retorno. Y de algún modo, a plena luz del día en medio de una calle bulliciosa, acabamos de estar peligrosamente cerca de cruzarla.



Diecisiete

Esa noche, solo estamos Giles, Shaye y yo para cenar. Cuando emerjo de mi habitación, ellos ya están sentados, la comida medio desaparecida. Me he permitido echarme una siesta después de volver de casa de Hol para intentar aclararme las ideas, pero descubro que están igual de embarulladas cuando despierto. Mis pensamientos y mis sueños, todo ello gira en torno a Davien y este extraño mundo nuevo, incluso aunque no quiera que lo hagan.

—¿Dónde está Oren? —pregunto mientras columpio las piernas por encima del banco en una de las mesas del comedor.

—Tenía asuntos domésticos que atender —dice Shaye.

—Oh, ya veo. —*No preguntes por Davien. No preguntes por Davien*, repito en mi cabeza. Aun así…—. ¿Y Davien? —*Maldita sea, Katria.*

—Vena lo necesitaba para algo. Supongo que tendrá que ver con el ritual para sacarte la magia de dentro. —Giles arranca un muslo de un tipo de ave asada grande pero irreconocible y empieza a masticar con ansia con sus afilados dientes—. Conociéndolos a los dos, mañana por la mañana ya se les habrá ocurrido algo. Son muy listos.

—Cualquiera es listo comparado contigo, Giles. —Shaye sonríe.

—Es una suerte que te tenga por aquí para completar lo que a mí me falta. —Giles se ríe divertido. Shaye se apresura a girarse hacia mí

y se mueve un poco incómoda en su asiento.

—He oído que hoy te has ido de aventura a la ciudad.

—¿Te lo ha dicho Hol? —Trincho un trozo de carne para mí misma y agarro una rebanada de pan y una cucharada de verduras de una bandeja al mismo tiempo.

—Entre otros.

—¿Otros?

—La gente no para de hablar de la nueva cantante y laudista de La Cabra Chillona. —Shaye sonríe y arranca trocitos de pan tamaño pájaro que se va metiendo en la boca uno a uno—. Tienes más fuego en tu interior de lo que pensaba. No te hacía del tipo de persona que tiene un lado canalla.

Me encojo de hombros.

—Me gusta la música y quería oír un poco.

—Es una suerte que tenga una tendencia un poco canalla. —Giles se ríe entre dientes—. Esta ciudad es una ciudad de canallas. Justicieros. Vagos. Maleantes traicioneros que no encajan en ningún otro sitio y le cortarían el cuello a nuestro actual rey si tuviésemos la oportunidad.

—A mí me ha parecido que todo el mundo es encantador —lo contradigo, y empiezo a comer.

—*¿Todo el mundo?* ¿Incluso nuestro querido aspirante a rey cuando tuvo esa pataleta en el bosque?

—Bueno… —Siempre supe que el enfado no iba dirigido a mí, pero fue irritante, por decirlo de un modo suave.

—¿Y el niño de diez años que estaba dispuesto a hacerte bailar como una marioneta para su propia diversión? —Shaye arquea las cejas.

—No iba a hacerme daño. —Salgo en defensa de Raph una vez más. A pesar de que la situación podría haber acabado mal, no lo hizo. Y estoy convencida de que no pretendía hacerme ningún mal.

—Podría haberlo hecho de todos modos.

—Le creí cuando dijo que no.

—Deja de salir en defensa de gente cuando no deberías. Si alguien te trata mal, échaselo en cara. —Shaye sacude la cabeza y me mira por el rabillo del ojo—. Nunca pensé que oiría a una humana defender

a un feérico… ni decir que «está bien». ¿Qué le ha pasado al mundo?

La idea de decir algo cuando alguien me trata mal es extraña. Intento encontrar un sitio para encajarla en mi psique. La idea me gusta lo suficiente como para tratar de ponerla en práctica.

—Quizás no sea tu humana típica.

—Mientras tengas la magia de los reyes dentro, desde luego que no —admite Shaye.

—Espero que Davien pueda obtenerla pronto y poner un poco de orden en este mundo loco… —murmura Giles.

Recuerdo lo que dijo Davien hoy en la calle acerca de Hol.

—¿Vosotros vivíais antes en el Bosque Sangrante?

Intercambian una mirada que vale como una conversación entera. Giles es el primero en hablar, después de negar con la cabeza.

—Al principio yo vivía en la Corte de los Pilares.

—¿La Corte de los Pilares?

—Los Boltov pasaron por ella y nos exigieron nuestras hachas y nuestros rituales. No éramos gran cosa como combatientes y no pudimos organizar una resistencia. Aunque lo intentamos. Esas viejas herramientas de constructor eran todo lo que teníamos… —Sus ojos y su voz se vuelven distantes. Shaye se estira por encima de la mesa y apoya su mano sobre la de Giles. Sus ojos se cruzan y hay otro momento de comprensión entre ellos al que yo no pertenezco. La conexión entre esos dos es más profunda de lo que creía.

Shaye empieza a hablar y casi puedo percibir que lo hace para que Giles no tenga que continuar con su relato.

—Yo al principio vivía en la Corte Suprema.

—¿En la Corte Suprema? —repito con suavidad—. ¿El sitio del castillo? ¿Donde viven los…?

—Donde viven los Boltov. Sí. —Shaye devuelve las manos a su regazo. Contempla su plato durante un momento antes de beber un trago de su hidromiel con decisión—. Nací ahí… y creo que desde el momento que inspiré por primera vez, espiré la promesa de que no me permitiría morir ahí.

—Shaye… —dice Giles con suavidad.

Shaye me mira a los ojos con una intensidad de la que no puedo apartar la mirada.

—Después de mi nacimiento, los Boltov me evaluaron, decretaron que era digna y empezaron a entrenarme para ser una Carnicera.

Pienso en ese hombre del bosque que estaba tan decidido a matar a Davien. Lo imagino viviendo una vida de sangre y batalla desde su nacimiento. Sin conocer ni un ápice de amabilidad de un modo muchísimo peor de lo que puedo ni empezar a comprender.

—¿Cómo escapaste?

—Me convirtieron en un arma —musita Shaye por encima del borde de su copa—. La cosa con los Boltov es que no se dan cuenta de que las armas no son leales por defecto. Una espada no conoce regente alguno, solo la mano que la sostiene.

—¿O sea que encontraste un regente mejor?

—Encontré una mente, pensé por mí misma y me convertí en mi propia regente —declara Shaye con firmeza—. Me di cuenta de que no era una herramienta para ser utilizada por otros, sino un soldado, un caballero, una *persona* que cualquier rey estaría encantado de tener a su servicio. Así que encontré mi propia misión en la vida, y dio la casualidad de cuadrar bien con un rey mejor.

Jugueteo con mi comida y me muevo en mi silla para intentar ponerme más cómoda. De repente, no logro encontrar una posición en la que mi piel parezca quedarme bien. Algo de lo que ha dicho me ha descolocado, ha sacudido mi mundo hasta el punto de no poderlo reparar con facilidad.

—¿Cómo encontraste esa mente tuya? ¿Una en la que tú definías tu propia valía? —pregunto con suavidad. Me atrevo a deslizar los ojos hacia los suyos, aunque temo que me regañará o se burlará de mí. Para mi sorpresa, no lo hace. En lugar de eso, me mira con intensidad, expectante—. ¿Cómo pudiste romper con el rey que te controlaba? ¿Cómo pudiste decirte a ti misma que él ya no importaba o incluso… incluso odiarlo?

—Empezó con un pensamiento —dice en voz baja. A medida que habla, sus palabras dragan mis inseguridades más íntimas de las turbias profundidades en las que intento ahogarlas—. Pensé que quizás la razón por la que el rey trataba de mantenerme a raya era porque yo era mejor de lo que él podría ser jamás. Tenía miedo de mí, miedo de lo que podría llegar a ser si no me controlaba. Así que gastó

hasta el último ápice de su energía en hacerme sentir menos. En hacerme sentir inútil. En hacerme sentir que no era nada sin él.

Maldita niña, haz lo que te digo y tal vez algún día encuentres a alguien que te quiera. Las palabras de Joyce me llegan desde una historia que he intentado borrar de mi memoria.

—Lo hacía sentir fuerte. Mandaba sobre mí, me decía lo que hacer, pensaba que cada una de mis respiraciones dependía de él… eso era lo que le daba poder. Lo cual significaba que *yo* tenía poder. Él me necesitaba. Y yo quería arrebatarle eso. Así que lo hice. Encontré una mente propia y la conservé. La alimenté en secreto hasta el momento en que pude huir. Y entonces juré hacer todo lo que estuviese en mi mano para destruirlo. —Shaye clava su cuchillo en la mesa a su lado —. Moriré feliz si soy yo la que le corta el cuello cuando todo esto termine. Pero incluso si no lo soy, saber que ayudé a la persona que le dio el golpe final sería la mayor obra de mi vida.

Miro con asombro a la mujer a la que debería temer, creo. Pero… Pero la admiro con pasión. Es todo lo que desearía haber sido yo. Todo lo que espero poder ser todavía. Aunque mis villanos no son reyes ni sus partidarios; mis villanas van envueltas en capas de seda. Se empolvan la nariz y me miran por encima del hombro. Puedo cenar con feéricos, pero la idea de mi madre aún me hace acobardarme.

—Creo que la has impactado tanto que ha enmudecido. —Giles me da un codazo amistoso mientras habla con Shaye—. Tienes que ser más suave con la pobre humana. No está acostumbrada a nuestra agresividad.

—No seas más suave por mí. —Agarro el tenedor y el cuchillo y ataco la carne con saña—. Encuentro que las cosas aquí son muy agradables. Así que actuad con normalidad.

Shaye arquea las cejas en dirección a Giles, que se ríe con disimulo. Los dos se callan de golpe cuando se abren las puertas de la sala de audiencias de Vena. Davien y la líder de Canción Onírica salen por ella, aún absortos en una intensa conversación… al menos hasta que los ojos de Davien se posan en mí.

—Bien, estás comiendo —comenta

—¿Qué otra cosa debería estar haciendo?

—Nada más. Solo es que está bien que lo hagas, porque necesitarás

todas tus fuerzas para el ritual mañana por la mañana.



Apenas consigo dormir esa noche. Me paso las horas dando tumbos por la cama. Si no es la idea de lo que el ritual podría conllevar, es la imagen de Davien sonriendo como un idiota, sus brillantes ojos verdes fijos en mí. En un momento dado, incluso me levanto de la cama y llego a medio camino de la puerta, con la intención de ir a buscarlo y exigir saber qué va a pasar, antes de pensármelo mejor. Voy a verlo en unas pocas horas, me recuerdo. No hay ninguna necesidad en absoluto de ir a hurtadillas en medio de la noche hasta su habitación, dondequiera que esté.

En cuanto amanece, salgo de la cama y bajo las escaleras hasta el salón principal. Todavía están preparando las mesas, encendiendo las velas tanto con cerillas como con magia. De pronto, me llama una voz familiar.

—¡Eh, señorita humana! —Raph llega a la carrera. Lleva una cesta la mitad de grande que él llena de hogazas de pan recién horneado—. ¿Tienes que ir a alguna parte hoy? —Me regala una de sus sonrisas de dientes torcidos.

—No… Pero sí que podría utilizar tu ayuda para conseguir algo. —Me pongo en cuclillas a su lado, sin quitarle el ojo de encima al pan de su cesta. Primero aprovecharé la oportunidad de utilizar los pequeños dedos habilidosos de Raph para hacer un nuevo trato con él; más cuidadoso, esta vez. Después, aprovecharé mi propia habilidad para hacerme con un panecillo para mí.

—Ya sabes que puedo conseguir lo que necesites. ¿Qué puedo por ti hacer?

—Necesito un laúd. Cualquier laúd. No tiene que ser uno de gran calidad. —La noche anterior hubiese sido mucho más soportable si hubiera tenido un instrumento que tocar para pasar el rato—. ¿Cuánto me costará?

Lo piensa un poco; vuelve a hinchar los mofletes mientras lo hace.

—Quiero ver el Mundo Natural.

Suelto una carcajada al imaginar a Raph en el lado humano del

Vano. Tal vez pudiese contratarlo en la mansión cuando la magia esté fuera de mí. La idea de Raph ayudándome a cuidar de ese jardín lleno de maleza casi me hace reír. La imagen tampoco me disgusta. Podría ser una especie de aprendiz para mí. O quizás yo para él. Al vivir tan cerca del Vano… tal vez fuese capaz de encontrar algún viejo resto de magia humana en mí. Laura se divertiría con Raph, como poco. He empezado a imaginar que ella también vive conmigo. Conseguiría la magia que buscaba, y yo tendría la certeza de que Joyce no la corrompe.

—No creo que pueda concederte eso. Prueba otra vez. —Elijo mi hogaza caliente de la cesta. El chico emite un ruidito pensativo. De repente me doy cuenta de que evita mi mirada. Sus mejillas están un poco sonrojadas—. ¿Tienes algo más en mente?

—Estoy pensando.

—Esperaré. —Arranco pedazos de pan y los voy metiendo en mi boca mientras él hace acopio del valor necesario para pedirme lo que sea que quiere.

—Quieroirtecantarotravez.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Quieroirte cantar otravez.

Me inclino hacia él.

—Prueba una vez más.

—Quiero oírte cantar otra vez. —Por fin pronuncia palabra a palabra, con una timidez agónica pero adorable mientras lo hace—. Toca una canción para mí con el laúd que te traiga.

Estoy a punto de aceptar cuando recuerdo lo que me dijo Davien.

—¿Qué canción?

—Cualquier canción que quieras.

—¿Cuándo?

—Cuando tú quieras.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Cualquier canción, en cualquier momento, de cualquier tipo que tú elijas. Tienes libertad para decidir las circunstancias de cómo cumples tu parte de este trato.

Lo pienso un poco, los ojos entornados.

—Sabes que ya conozco a tus padres, ¿no? No estás tratando de

engañarme, ¿verdad?

Su cola delgaducha da un latigazo enfadado.

—Te traeré un laúd si me tocas una canción, la que tú quieras, cuando tú quieras. Pero cuando toques, tengo que poder sentarme justo delante a escuchar. Eso es todo lo que pido. Sin trampas. Sin trucos.

—Trato hecho. —Me levanto y le alboroto el pelo. Quién sabe si traerá el laúd, de todos modos—. No eres tan malo, para ser un niño.

—Y tú eres medio decente, para ser humana. —Me saca la lengua.

—Raph. —El tono de Davien lleva aparejada una advertencia.

Yo le saco la lengua al pequeño feérico y me aseguro de que Davien me vea para que sepa que nuestra broma es mutua. Lo miro con una leve sonrisa.

—Yo empecé.

—Estoy seguro de que sí. —Me tiende una mano, expectante.

Tardo un momento en percatarme de que quiere un trozo de mi pan. A lo mejor el hombre me gusta más de lo que creo, porque le paso un pedazo de pan sin decirle que se busque uno propio.

—No eres del todo la esposa dócil que esperaba como hija de un lord. Tengo la impresión de que nuestro tiempo juntos está salpicado de momentos en los que te he encontrado en lugares en los que no deberías estar, haciendo cosas que no deberías hacer.

—Es una maldición que tengo —farfullo, y pienso en mi infancia. Siempre acababa molestando o encontraba un sitio que Joyce no quería que encontrara. Como una entrada secreta a su armario. En el estudio de Helen.

O el tejado…

—La verdad es que más bien disfruto de ello. Para tener que casarme en el Mundo Natural con una humana cualquiera, supongo que podría haber acabado mucho peor parado. —Trata de reprimir una sonrisa pero pierde la batalla.

—Me *sorprende* que no encontraras una mujer antes que yo, con ese tipo de encanto. —Me meto un buen pedazo de pan en la boca.

—A mí me sorprende que tú no encontrases un marido antes que yo, con modales como esos.

Pongo los ojos en blanco pero esbozo una sonrisa. Se esfuma

cuando se me ocurre algo.

—Has dicho casado en el Mundo Natural…

—No te preocupes, aquí no estamos casados para nada. —Se encamina hacia el salón de audiencias de Vena—. No he usado ningún truco ni ley de los feéricos. Los rumores de feéricos que roban la mano de mujeres están muy exagerados.

—Por supuesto. —Fuerzo una sonrisa otra vez a mis labios mientras la sensación desolada que la borró antes de mis mejillas continúa su camino, bajando por mi pecho y hasta mi estómago. Se asienta como decepción en mis entrañas. ¿Por qué me sorprende esto? Davien dijo que me legaría la mansión. Él iba a regresar al mundo feérico y no pensaba volver a mi lado jamás. Yo sería viuda. Sola en el mundo.

Sola para que nadie pueda hacerme daño…

Sola… solitaria…

—Me aseguré de que Oren estructurara todo el tema de modo que nuestro matrimonio se disolviese una vez que me fuera. —Por una vez, no se da ni cuenta de mi agitación. Ni siquiera me mira—. Serás libre de casarte con quien quieras, Katria. Y yo soy libre de encontrar una pareja adecuada para asegurar el futuro de mi reino.

—Piensas en todo, ¿verdad?

Ralentiza el paso y por fin me mira. El mundo parece detenerse. Se me corta la respiración. Hay una profundidad en su expresión que, por primera vez, no logro descifrar. ¿Es pena? ¿O preocupación? No lo sé. Tiene el ceño un pelín fruncido en el centro y tengo que reprimir el impulso de agarrar su mano. Quiero tocarlo. *Quiero*… Mi mente se estrella contra los muros que he construido a mi alrededor una vez más; no me permite pensar en nada ni un paso más allá.

—Lo intento —dice con suavidad—. Pero incluso a los reyes los pillan a veces desprevenidos.

El sentimiento es tan suave como una pluma al caer. Aterriza sobre una parte oscura y fría de mí que hago esfuerzos desesperados por ocultarle al mundo. Mi corazón late en respuesta, como si tratara de infundir sangre y calor de vuelta a ese rincón sin usar de mi alma. La forma en que me mira ahora… *arrepentimiento*. Eso es lo que es.

—¿Por eso fuiste tan duro conmigo en el bosque cuando acababa

de llegar a este mundo? —pregunto, en un intento por honrar la promesa que me hice la noche anterior, inspirada por Shaye. Estoy segura de que a ella se le da mucho mejor llamarle la atención a alguien cuando le ha hecho daño, pero esto es lo mejor que consigo—. Porque la forma en que me trataste entonces… Sabía que no estabas enfadado conmigo, pero aun así no fue…

—Justo —termina por mí. Davien agacha la cabeza para mirarme a los ojos. Soy consciente de lo mucho que cierra la distancia entre nosotros. Sus ojos están llenos de lo que llamaría remordimiento. Caen a mis manos, que agarra con ademán pensativo. Desliza los pulgares por mis nudillos y casi me hace olvidar por completo de lo que estábamos hablando—. Lo sé. Debería haberte pedido disculpas antes. Shaye tenía razón y estaba actuando como un niño petulante, frustrado con las circunstancias. También tienes razón en que no tenía nada que ver contigo, pero eso no es excusa. Lo siento, Katria. No permitiré que ocurra nunca más. ¿Me perdonas?

—Davien, yo… —¿Alguna vez se han disculpado conmigo de un modo tan amable o sincero? Mis muros se derrumban bajo el calor de su presencia, tan cerca que es abrumadora.

—Oh, bien, ya estáis aquí los dos. —Vena pasa como una brisa por nuestro lado. Davien deja caer mis manos y se aparta, las mejillas un poco más rojas de lo que lo estaban hacía un momento—. Terminad vuestro desayuno y empecemos. No hay tiempo que perder.

Abre la puerta a su sala de audiencias, pero el lugar no está vacío. De pie en el centro hay una mujer envuelta en un familiar chal negro. Es igual que el que vi esa noche en el Bosque Sangrante y aquel otro día en casa. Se me corta la respiración, pero a Davien no lo pilla tan por sorpresa como para no lograr emitir un gruñido.

—Carnicera de Boltov —escupe, y se lanza al ataque.



Dieciocho

Davien es rápido. La Carnicera lo es más. Es un remolino de movimiento que levanta una espada corta para bloquear la daga de Davien. Se mueven tan deprisa que mis ojos ni siquiera lograron captar de dónde ha sacado esa daga.

—¡Davien! —grita Vena, pero él ya está en movimiento otra vez. Da un salto atrás y arremete con la otra mano y una daga diferente. La Carnicera la desvía una vez más—. Basta ya. —Vena corre hasta él—. Esta es Allor, y es aliada de los Acólitos.

—Pues a mí me parece una Carnicera. —Davien sigue apretando contra la hoja de Allor. La mujer lleva plantada en la cara una sonrisa perezosa. Casi puedo ver cómo se reprime de hacer pedacitos a Davien.

—Y a mí tú me pareces un príncipe mimado, así que no empecemos con los motes*, ¿te parece?* —dice Allor. Su voz suena tan suave como su capa de sombra.

—Basta. —Vena los agarra a los dos por el hombro y trata de separarlos de un empujón. Tiene más o menos el mismo éxito que si hubiese intentado mover dos montañas—. Le he *pedido* a Allor que viniera. Nos va a ayudar a dilucidar el ritual necesario para recuperar tu poder.

—¿Vas a confiar en una Carnicera? —Davien mira de reojo a Vena.

—*Tú* confiaste en una Carnicera.

—Shaye ya los había dejado mucho antes de unirse a nosotros. Este monstruo…

—Otra vez con los nombrecitos. —Allor pone los ojos en blanco.

—¿Queréis bajar de una vez las armas los dos? —Vena actúa como si hablase con dos niños.

—Primero él —dice Allor con desdén.

—Pero serás…

—Cuando llegue a tres. —Vena suspira—. Uno. Dos. *Tres*.

Los dos se separan despacio. Davien devuelve sus dagas a las fundas que lleva ocultas en su ancho cinturón. Allor devuelve la espada a una vaina en su cadera, pero no retira la mano de la empuñadura, lo cual es mucho más inquietante cuando sus ojos se deslizan hacia mí.

—Los rumores son ciertos, pues. Tenéis a una humana aquí.

—Soy Katria. —Es mucho más agradable que me llamen por mi nombre que «humana».

La mujer sonríe de oreja a oreja y luego asiente.

—Allor. Aunque supongo que eso ya lo habías deducido.

Sus mechones ralos de pelo corto y negro están recogidos en la nuca. Una larga cicatriz blanca corta a través del nacimiento del pelo, baja por su frente y llega casi hasta su sien derecha. Es más o menos de mi altura, pero el doble de musculosa que yo… lo cual ya es decir algo, puesto que nunca me he considerado una persona demasiado delicada.

—¿Puedes explicar esto? —le insta Davien a Vena.

—Allor es una de nuestras informadoras clave sobre los tejemanejes internos de la Corte Suprema. Sin ella, casi no tendríamos ni idea de lo que hacen los Boltov. Ella fue la que ayudó a conseguir la información sobre cómo restaurar la magia de los reyes, la que nos habló de la reliquia que necesitábamos en el Mundo Natural para completar el ritual —explica Vena.

Davien lo piensa un poco. Sus ojos saltan de Vena a Allor, está claro que aún es escéptico. Aunque no pueda verle la cara, es algo que noto emanar de él.

—¿Eso es verdad? —Davien mira a Allor.

—¿Podría Vena mentir aunque quisiera? Una pregunta mejor sería por qué dudas de ella. —Allor inspecciona la empuñadura de su espada y retira algo de polvo imaginario de ella.

Los músculos de la mejilla de Davien se crispan pero mantiene la voz serena al hablar.

—Entonces, estoy en deuda contigo. Cuando sea rey, serás…

—Ahórramelo. —Allor levanta una mano—. Os ayudo porque me interesa. No le demos más importancia de la necesaria. Aunque sé que eso es difícil para la gente regia como tú. —No se le ha borrado la sonrisa, como si el mundo fuese una especie de gran broma y ella fuese la que se ríe. Es la expresión que solía adoptar Helen cuando sabía que yo estaba en un lío pero todavía no me había dado cuenta.

Sé muy bien que no hay que confiar en una expresión así.

—¿Qué sacas tú por toda esta generosidad? —pregunto.

—Duermo mejor por la noche al saber que he ayudado a mi gente. —Las palabras me suenan ensayadas y hacen poco por calmar mis nervios.

—Vale, ¿y qué estás sacando *de verdad*?

Su sonrisa se vuelve un pelín siniestra. También como la de mi hermana. También como todo lo que odio y de lo que sé que debo recelar. Allor se gira hacia Vena.

—¿Por qué se preocupa tanto esta humana por nuestra política?

—No me has contestado —insisto. Su respuesta ha sido vaga en el mejor de los casos.

—Lo que yo saque de todo esto es asunto mío. —Allor cruza los brazos.

—Admito que ahora me pica la curiosidad —comenta Davien en tono casual—. ¿Qué te ha prometido Vena?

—Seguridad aquí en Canción Onírica… y la absolución de mis crímenes por parte de nuestro próximo rey.

Davien le lanza a Vena una mirada significativa. Por la respuesta de Vena, parece que no soy la única que sabe cómo leer sus expresiones.

—Todo el mundo necesita algo, Davien. Y habrá muchos como ella, que busquen liberarse de su vida pasada.

—Hablaremos sobre esto más tarde —declara Davien como un verdadero rey. Percibo su enfado. Si fuese yo, ya le estaría echando la bronca por hablar en mi nombre, aunque también la entiendo a ella. Por suerte, no soy yo la que gobierna. No sé si podría manejar este tipo de decisiones.

—Creo que será mejor así —apunta Allor—. Empezarán a preguntarse dónde estoy si me ausento durante demasiado tiempo.

—Entonces, ¿qué es lo que vamos a hacer? —pregunto. Con suerte, cuanto más deprisa hagamos lo que sea que vayamos a hacer, antes se marchará Allor. Mis nervios todavía tiemblan de un modo muy desagradable.

—Le pedí a Allor que investigara en los antiguos archivos almacenados en la Corte Suprema en busca de cualquier tipo de información sobre una transferencia mágica. Puesto que ella fue la que averiguó cómo extraer la magia de los antiguos reyes, pensé que tal vez pudiera ser también la que nos encontrase una solución para este embrollo —explica Vena.

—¿Y lo hiciste? —Davien arquea las cejas.

—Quizás… —Allor se ajusta el pelo. Está disfrutando demasiado de tener esta información secreta y está claro que no se siente demasiado inclinada a compartirla.

—Allor —dice Vena con severidad.

—Vale, sí, quizás. No puedo estar segura.

—Eso es de una utilidad increíble —comenta Davien con sequedad.

—¿Vas a dejar que te cuente lo que he averiguado o no? —Allor lo fulmina con la mirada antes de continuar—. Hay unos textos viejos sobre «abdicaciones». Solo ha ocurrido dos veces, según los registros de los viejos reyes, pero *sí* ocurrió. Y cuando lo hizo, un rey le pasaba su poder al siguiente mediante este proceso. El rey anterior extraía su poder y lo almacenaba en la corona de cristal. Después, cuando coronaban al nuevo rey, el poder fluía de la corona a él siempre que el regente anterior lo decretara.

»Ya lo sé, esta otra persona no podría *llevar puesta* la corona de cristal, pues eso solo lo puede hacer el verdadero heredero de Aviness, siempre que haya un heredero vivo. Parecía más un sistema para salvaguardar los poderes en casos en los que un heredero era

demasiado joven para gobernar. Alguien ocuparía su puesto y luego abdicaría *de vuelta*. —Allor se encoge de hombros—. Es un poco farragoso, como mucho de lo que tiene que ver con los antiguos rituales y sus efectos.

Davien se pasa una mano por el pelo. Lo oigo maldecir con suavidad en voz baja.

—¿*Eso* es todo? —dice al final—. ¿Has terminado de hacernos perder el tiempo?

—No os he hecho «perder el tiempo». —Allor pone los ojos en blanco—. Te estoy diciendo que *es* posible sacar la magia de ella y dártela a ti. Deberías estarte desviviendo para tratar de darme las gracias.

—Posible para antiguos reyes poderosos en la cúspide de su poder y que poseían la reliquia más sagrada de nuestra gente: la corona de cristal. Sigo sin ver cómo nos ayuda eso en este caso.

Empiezo a darme cuenta de que necesito averiguar todo lo que esa «corona de cristal» puede hacer. Shaye dijo que garantizaba la lealtad de todos los fae, pero empiezo a tener la impresión de que es mucho más que eso.

—Nos ayuda porque significa que existe un ritual para mover el poder —interviene Vena—. No sabemos si la corona de cristal tiene que ser el recipiente al que se mueve dicho poder. A lo mejor puede ser otra cosa.

—Por supuesto que debe ser la corona de cristal. ¿Qué más sería lo bastante poderoso como para contener la magia?

Vena señala en mi dirección.

—*Ella* no es la corona de cristal y el poder parece estar residiendo en su interior sin ningún problema.

Davien se gira hacia mí y su rostro se ilumina. Mi corazón se trastabilla un instante. Nadie me ha mirado jamás de ese modo, como si fuese la cosa más importante del mundo. Pero entonces se me para el corazón y cae como el plomo hasta el fondo de mi estómago. Acabo de darme cuenta de que no me mira a mí… sino a la magia que hay en mí.

No le importas nada, susurra una voz malvada dentro de mí, *en realidad, no*. *Cuando te mira, ve la magia*. Me muerdo el labio y deseo

que no fuese verdad, aunque sé que lo es. El ceño de Davien se frunce un poco y me pregunto si puede leer mis expresiones como yo leo las suyas. La idea es tan cómoda como arrastrarme a través de un arbusto con espinas. Picotea mis brazos y araña mi columna. Aparto la mirada y rompo toda conexión que pudiera haberse estado formando entre nosotros.

—Deberíamos intentarlo —digo—. Cuanto antes me quite esta magia de encima, antes podré irme a casa. —Cuando vuelvo a mirar a Davien, tiene una expresión un poco confusa y herida. Apenas me resisto a hacer un comentario al respecto. ¿Cómo puede mirarme de ese modo cuando todo lo que quiere de mí es este poder? ¿Cuando, en todos los demás aspectos, no soy más que un recipiente inadecuado?

Vena viene en mi rescate.

—De acuerdo. —Cruza hasta mí y me pone las manos en los hombros. De repente, me da la sensación de que ha puesto el peso del mundo ahí—. Sé que nada de esto tendrá sentido para ti como humana, pero todo lo que te pido es que continúes con la mente y el corazón abiertos a ello. Tus antepasados, hace muchísimo tiempo, poseían una magia que les arrebataron cuando los dejaron al otro lado del Vano. Quizás, ahora que estás aquí, puedas reactivar esos poderes olvidados y dejar que te sirvan una vez más.

—Haré todo lo posible. —Es todo lo que puedo ofrecer. Deslizo la mirada hacia Allor—. ¿Qué hago?

—En primer lugar, necesitaréis algo en donde almacenar la magia. Me he adelantado y he traído esto. —Allor saca un colgante de cristal que pende de una cadena de plata. El cristal está cortado de tal manera que capta incluso los parpadeos más tenues de las lámparas de araña en lo alto y fragmenta la luz en una miríada de arcoíris—. *De nada*.

—¿Otra reliquia? —pregunta Davien. Incluso él suena escéptico con respecto a la mujer ahora. Lo cual me hace sentir mejor, aunque solo sea un poco. No puedo quitarme de encima la sensación de que hay algo claramente *inquietante* en ella.

—Así es. Estaba entre las joyas reales… abajo en las criptas, donde Boltov guarda todos los viejos tesoros Aviness. No me preguntes a qué rey o reina perteneció. No tengo ni la más remota idea.

—Llevarte esto ha sido muy imprudente por tu parte. —Aunque Vena pronuncia esas palabras de advertencia, se dirige al mismo tiempo hacia el collar.

—Ya lo sé, pero te alegras de que lo hiciera. —Allor sonríe y se lo tiende. Vena acepta el colgante con ambas manos y lo acuna con sumo cuidado.

—Sí, esto es obra de los antiguos —susurra, y se vuelve hacia mí—. Toma.

Acepto el collar. Esperaba que el cristal pareciese cortante, dadas sus muchas aristas, pero más bien parece terciopelo bajo mis dedos: cálido, suave, casi vivo. Inspiro con brusquedad cuando siento que me atraviesa algo parecido a un fogonazo.

—¿Qué has sentido? —A Vena no se le escapa nada.

—Me… me ha parecido familiar —reconozco—. Hay algo en él… algo que he sentido antes.

—Eso es el poder que hay en tu interior. Reconoce esto como familiar y emite una llamada. —Vena se gira hacia Allor—. ¿Cuál es el siguiente paso para que abdique este poder?

—Por lo que he leído, el rey que abdicaba sujetaba la corona de cristal y miraba a los ojos de su sucesor. Entonces decía que iba a transferir la magia y el trono, le entregaba la corona y el nuevo rey era coronado.

—Parece bastante fácil. —Davien viene hacia mí con paso decidido y se coloca delante. Levanto la vista hacia él y mi corazón se vuelve a acelerar al instante debido a su proximidad—. Bien. Mírame a los ojos, Katria.

La forma en que dice eso… tan fácil, casi sensual. Me muerdo el labio. Odio lo que me hace este hombre contra mi voluntad. No quiero que todo mi ser se incendie con solo verlo. Pero no podría ser más guapo que de ese modo etéreo suyo.

—¿Ahora qué? —susurro. Aunque me acaban de decir cómo se realizaba el ritual, mi mente ya se ha quedado en blanco.

—Esperad, primero… —dice Vena. Revolotea por la periferia de mi visión. Sin embargo, sea lo que sea lo que esté haciendo, no alcanzo a verlo.

Lo único en lo que puedo pensar es en los ojos de Davien. Tal vez

el ritual ya haya empezado. Esos ojos nunca han lucido más brillantes, nunca han sido tan absorbentes. Mis ojos se despistan, bajan por el borde de su nariz para aterrizar sobre sus labios, un rosa oscuro que suplica ser besado. Es una suerte que mis hermanas nunca lo vieran. Aunque sea un feérico, se hubiesen quedado destrozadas del todo. Tal vez el hecho de que sea feérico las hubiera hecho desearlo aún más. Es peligroso… *prohibido.*

Así que, ¿qué esperanza tengo? Trago saliva. No tengo respuesta.

—Dos separados. Uno junto —murmura Vena. Sus dedos se interponen en mi campo de visión cuando levanta la mano hacia la mejilla de Davien. Dibuja espirales y puntos en su mejilla derecha y luego en la izquierda, todo con una oscura tinta morada que se difumina poco a poco a medida que se seca. Después siento su dedo sobre mi propia mejilla—. Dos separados. Uno junto.

—Dos separados —me veo incitada a repetir. La tinta se filtra en mi interior como las palabras.

—Uno junto —termina Davien, lo cual me provoca un escalofrío.

Vena se mueve detrás de mí. Estoy atrapada entre ella y Davien. Tampoco es que haya escapatoria. No la hubo nunca para mí. En cuanto Joyce me casó, estaba destinada a estar con este hombre… aunque ese matrimonio ya no sea válido.

—Ahora, empieza —me susurra Vena al oído mientras miro a Davien a los ojos—. Respira con él. —Davien inspira y yo hago lo mismo, igual que los dibujos de nuestras mejillas son imágenes especulares—. Espirad. Inspirad. Espirad.

Las respiraciones son tan lentas y profundas que me mareo. Me inclino hacia él y creo ver que él hace lo mismo. Sus dedos suaves rozan mis callos cuando cierra las manos en torno a las mías y sujetamos juntos el collar de cristal entre nosotros.

—Reúne el poder de los reyes, el poder que no te pertenece. Toma esa magia desconocida y transmítesela a su legítimo propietario —me indica Vena.

Inspiro cuando Davien espira. Todo se descabala durante un segundo, pero me apresuro a recuperar la sincronía. Todo este ritual depende de mí y no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Cuanto más lo intento, más frustrantemente obvio me resulta.

Pero tengo que intentarlo.

Empiezo a concentrarme en cada centímetro de mi cuerpo. Me centro en los músculos de mis pies, en cómo presionan contra el suelo y me mantienen estable cuando el resto de mí parece que trata de alejarse volando. Me centro en mi estómago, que aún da volteretas por la manera en que Davien sigue mirándome. Me centro en mi cuerpo físico hasta el punto de que desaparece. Como si una vez que mi mente lo ha comprendido, ya no haya que tenerlo en cuenta.

Entonces… lo que queda es canción. Ese ritmo frenético que oí cuando caí al fuego. La música de los ancianos, en la que todos cantan juntos en un coro que queda recalcado por la voz de mi madre.

Debe ser la magia. La magia es felicidad, calor, familiaridad. Después de todo, el poder puro debería hacer a la persona sentirse bien.

Tengo que dejarlo ir. Esto no estaba destinado a mí. Y aun así, ya da la sensación de que se ha fundido con mi sangre. Da la sensación de que no existe una forma en la que podría desenredarlo jamás.

Aun así, tengo que intentarlo.

Aprieto el collar con más fuerza e imagino que el poder fluye por mis brazos, de un modo muy parecido a como vi la magia flotar entre los árboles la primera noche que intenté escapar. El rostro de Davien está iluminado. No me atrevo a apartar la mirada, así que solo puedo dar por sentado que está funcionando.

—Ahora di las palabras —me ordena Vena con suavidad.

—Te doy esta magia. Llévate… —No tengo oportunidad de terminar.

La magia explota de mi interior con un chasquido brusco. Salgo propulsada hacia atrás y aterrizo con torpeza sobre Vena. Davien se tambalea y cae de rodillas. Incluso Allor ha caído al suelo. El collar sale volando y resbala por el suelo para aterrizar lejos de todos nosotros, sin romperse por algún milagro incomprensible.

Davien maldice.

—¿Por qué no ha funcionado? —Mira de Vena a Allor con expresión acusadora. De algún modo, he evitado su ira y no me culpa a mí.

—Ha sido un primer intento. —Vena me ayuda a quitarme de

encima de ella con una sonrisa amable. Al menos no está enfadada por cómo hemos aterrizado—. Los rituales rara vez salen bien la primera vez, sobre todo los que se ajustan y adaptan sobre la marcha.

—Necesito ese poder —gruñe Davien.

—Lo tendrás. Y tenemos tiempo de obtenerlo. —Vena se pone en pie y se quita con la mano algo de polvo y tierra invisible de sus vestiduras—. Katria está a salvo aquí mientras la magia esté en su interior. Nuestras fronteras son seguras. —Vena mira a Allor—. ¿El rey Boltov tiene algún indicio de lo que está pasando aquí?

—No tiene ni idea de lo que está pasando en Canción Onírica ahora mismo —afirma Allor con un tono un poco demasiado desenfadado y una sonrisa un poco demasiado amplia para mi gusto.

—Entonces, tenemos tiempo. —Vena me ofrece una mano—. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien. —Tomo su mano y me pongo en pie, un poco inestable—. Un pelín cansada, supongo.

—Imagino que lo sucedido se habrá cobrado su peaje —comenta pensativa—. Deberíamos dejarlo por hoy.

—Pero…

—Agotarla no servirá de nada —interrumpe Vena la objeción de Davien—. Lo intentaremos otra vez mañana. Y Allor, si oyes algo o averiguas algo que pueda ayudar, háznoslo saber.

—Por supuesto. Ahora, debería volver, antes de que alguno de mis compañeros Carniceros se pregunte a dónde he ido. —Se despide con un leve gesto de la mano y va hacia la sombra del trono de Vena. Con una nubecilla de humo, desaparece. Miro por la sala a nuestro alrededor, en busca de dónde podría aparecer ahora.

—No intentes buscarla, lo más probable es que ya esté fuera de la ciudad. Tiene un talento único para el caminar sombrío de larga distancia, lo cual la hace muy útil para nosotros —explica Vena.

—Carniceros —masculla Davien.

—¿Estás segura de que podemos confiar en ella? —me atrevo a preguntar. Vena arquea las cejas—. ¿Qué les da a ellos?

—Nada. No tienen ni idea de que trabaja para nosotros. —Vena parece molesta por el hecho de que pueda acusarla de haber hecho algo mal cuando de este tema se trata. Supongo que no puedo

culparla. Soy una forastera. Sin embargo, no logro quitarme de encima esta sensación…

—Se ausenta de la Corte Suprema durante mucho tiempo. Además, sus respuestas… ¿no te diste cuenta de cómo evita cualquier cosa directa? —comento.

—Deberías dejarme a mí la gestión de Canción Onírica y de los Acólitos. Tú céntrate en recuperar tus fuerzas para que podamos volver a intentarlo mañana.

—Te refieres a que me deja la gestión a mí, ¿verdad? —interviene Davien, que mira a Vena a los ojos.

—Por supuesto, majestad. Ha sido un desliz al hablar. No estoy acostumbrada a que estés aquí.

—Procura que no vuelva a suceder.

—¿Quieres que dejemos de trabajar con Allor? —le pregunta Vena, al tiempo que cruza las manos delante de ella, claramente confiada en saber la respuesta.

—No, ha demostrado su utilidad. Y si alguna vez se tuerce o deja de ser útil… la mataremos. —Davien echa a andar hacia la puerta. Luego hace una pausa y se gira hacia mí—. Tú, ven conmigo.

—¿Qué?

—Quiero hablar contigo.

Miro a Vena, que se limita a encogerse de hombros. Totalmente confusa, sigo a Davien fuera de la sala de audiencias. Emergemos de vuelta en la sala que hace la veces de comedor, vacía ahora excepto por los varios sirvientes y unos cuantos rostros desconocidos en un rincón.

El brazo de Davien se cierra en torno a mi cintura, tira de mí hacia él. Sus alas se despliegan con una lluvia de chispas.

—¿Qu…? —No tengo ocasión de terminar.

—Voy a echar a volar a menos que me digas que no lo haga. —Me mira a los ojos una vez más y nuestros costados se funden.

—Llévame lejos —susurro. Me envuelve entre sus brazos y se da impulso hacia un arco abierto en la parte superior de la sala. En un abrir y cerrar de ojos salimos de ese agobiante edificio, que apesta a nuestro intento fracasado de separar la magia de mí, y salimos a cielo abierto.



Diecinueve

Con un solo batir de las alas de Davien, rompemos el agarre que la tierra tiene sobre nosotros y subimos disparados hacia el cielo por encima de Canción Onírica. Tengo el corazón en la garganta otra vez, mi estómago da volteretas. Pero no de terror.

Me doy cuenta de que me siento a salvo en sus brazos. Davien me sujeta con una seguridad cómoda. Como si, incluso con mis anchos hombros y fuertes manos, no fuese ningún problema para él.

Mis dedos juguetean con suavidad con el pelo de su nuca. El viento tira hacia atrás de los largos mechones y los aparta de su rostro esculpido. Luego cambia y sus ojos se apartan del horizonte para ver el siguiente sitio donde apoyará el pie. Me pilla admirándolo y el calor invade mi pecho y mis mejillas.

Davien se ríe bajito, pero no dice nada acerca de que lo esté mirando. Su pie toca el afilado pináculo de un edificio, como una pluma que hiciera equilibrios sobre una aguja, y se da impulso de nuevo. Reemprendemos el ascenso hacia las algodonosas nubes que surcan el cielo azul con la misma facilidad que nosotros.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Creo que acabas de hacerlo. —Pongo los ojos en blanco y él se ríe—. Sí, Katria, ¿qué es?

—¿Por qué es tu vuelo más como una sucesión de saltos que el de los demás… feéricos alados? —Miro a nuestro alrededor. Davien sube más alto que la mayoría de los otros, pero solo en la cresta de su arco. Entonces vuelve a bajar hacia tierra mientras los otros mantienen su altitud.

—*Ah* —dice con un suave suspiro—. Eso…

—¿Es por lo de tus alas? —pregunto.

—¿Quieres oír mi respuesta a tu pregunta? ¿O prefieres que me limite a dejarte especular? —Davien se ríe y yo esbozo una sonrisa pícara. Volvemos a tocar en firme, esta vez sobre la barandilla de un balcón y salimos disparados una vez más. Los tejados de Canción Onírica centellean al sol, los canalones dorados y las tejas de cristal captan las primeras luces del amanecer—. Sí, es por mis alas. Están débiles porque me vi forzado a crecer en el exilio. Estaba lejos de esta tierra, mi tierra natal, y de toda su magia. Piensa que nuestro poder es como un músculo. Se marchita por falta de uso. Y yo no tenía apenas magia con la que entrenarme en el Mundo Natural.

—¿Así que tus alas se quedaron mustias por no usarlas? —Miro por encima de su hombro al movimiento de sus alas. Aunque están como deshilachadas y raídas por los bordes, con agujeros en ciertas partes como si alguna vez lo hubiesen derribado a flechazos, baten con potencia y fuerza. Parecen más fuertes que la primera vez que volamos. Tal vez no sea la única que se está volviendo más luminiscente en este mundo.

—Entre otros defectos de mi magia —admite. Suena como si le doliera hacerlo, lo cual hace que sea aún más significativo cuando continúa—. Por eso no podía dejar que me vieses nunca. —Sus brazos se aprietan en torno a mí—. No podía cubrirme de *glamour* cuando nos conocimos, ni descartar mis alas a voluntad. Hubieses sabido exactamente lo que era desde el primer momento. Era una criatura débil y patética.

—Eso no es verdad.

—Lo es.

—Ahuyentaste a una Carnicera para salvarme.

Sus ojos vuelan hacia los míos, los labios un pelín entreabiertos. Nunca he prestado más atención a los labios de un hombre que ahora.

Y él parece igual de interesado en los míos. Lo imagino mirando mis labios cuando hablaba con los ojos vendados. Solo pensarlo hace que casi me retuerza en sus brazos.

—Técnicamente, lo hizo Oren. Yo solo pude huir.

—Llegaste en tromba y me salvaste.

Parece frustrado y abochornado por que intente hacerle un cumplido. Entiendo muy bien esa sensación de incomodidad.

—Debería haber sido capaz de hacer más…

—Esa es otra razón por la que querías el poder de los viejos reyes, ¿verdad? Para convertirte en el feérico que hubieses sido de haber crecido en Midscape.

—Así es. —Me mira con anhelo, aunque una vez más, mira *a través* de mí, no a mí. Mira el poder que es suyo.

—Voy a hacer todo lo que pueda por entregártelo —digo con suavidad—. Prometo que lo haré.

—Lo sé.

Antes de que podamos decir nada más, desciende. Este movimiento lleva una sensación de terminación, así que aprieto un poco mis brazos alrededor de su cuello y me pego un poco más a él para cuando toquemos el suelo. Nuestro aterrizaje, por supuesto, es tan delicado como lo ha sido el resto del vuelo.

Hemos aterrizado en un solar vacío de un extremo de la ciudad, al pie de las montañas, donde el bosque empieza a invadir el valle. Todas las casas de Canción Onírica están amontonadas unas encima de otras. No me había dado cuenta de lo apiñadas que están hasta ver este solar vacío. Giles y Oren están ahí juntos, absortos en un acalorado debate sobre un libro del que ni siquiera levantan la vista a medida que nos acercamos.

—Veo que habéis hecho muchos progresos mientras he estado ausente —comenta Davien, y esa grave voz suya silencia la discusión y atrae todas las miradas, incluida la mía, hacia él.

—Acabamos de empezar por hoy —dice Giles con un suspiro dramático—. Estamos intentando descifrar las instrucciones que nos ha dado Vena antes de venir.

—¿Me las enseñáis? Estoy seguro de que podré ayudar. —Davien se adelanta.

Oren gira el libro y lo sujeta en alto de tal modo que Davien pueda pasar las páginas. Miro por un lado de él. En las páginas de la izquierda, hay dibujos de casas y sus varias partes, en las de la derecha, instrucciones. Quien fuese el que hizo los dibujos prestaba una atención meticulosa a los detalles. Cada viga y unión ha sido etiquetada y marcada con sumo cuidado. Las instrucciones lo detallan todo, desde el material, hasta los tiempos necesarios, pasando por las palabras y acciones que hay que decir y hacer.

—¿Es un libro de hechizos? —pregunto.

—Es un registro de rituales, sí. —Davien continúa pasando las páginas marcadas con marcapáginas de seda.

—Ha pasado de generación en generación en mi corte —dice Giles con orgullo—. Rituales de una época diferente, cuando en la Corte de los Pilares estaban los mejores constructores de todo Aviness.

—Entonces, ¿si hago esto…? —Señalo con un dedo las instrucciones de una página derecha aleatoria—. ¿… obtengo esto? —Muevo el dedo hacia la página de la izquierda, que muestra un detalle de un alero por encima de una puerta.

—Simplificando, sí. —Asiente.

—Aunque es probable que *tú* no vayas a hacer nada. Estas instrucciones son para feéricos. —Giles se ríe.

—Hablas demasiado deprisa sobre cosas que no sabes, Giles. Siempre ha sido tu defecto —sentencia Davien.

—¿Perdona?

—He traído a Katria aquí porque creía que podría sernos de gran ayuda.

—¿Le vas a pedir que ayude con un ritual? —pregunta Giles con tono crítico.

—Le voy a pedir que haga uno. Si es que quiere.

—¿Perdona? —Ahora es mi turno de mirar a Davien con la misma incredulidad que Giles—. Nunca he… No sé cómo… ya viste cómo fue la cosa antes.

—Cómo fue la cosa antes es justo la razón de que te haya traído aquí. —Davien me mira—. Te agobias en sitios cerrados. Y tienes problemas para seguir instrucciones y reglas. —Supongo que eso no es *del todo* mentira—. Y está claro que estabas incómoda en presencia de

Allor. —Eso sí que es verdad—. Nada de eso crea un entorno positivo en el que utilizar la magia. He pensado que este es un proyecto que podría despertar tu entusiasmo. Te gusta trabajar con las manos, te divierte construir cosas, y prefieres tener un propósito que se origine en un objetivo claro. Estamos trabajando en algo importante para todo Canción Onírica.

Me fuerzo a ignorar la cantidad de detalles que ha reunido sobre mí y mi personalidad.

—¿Y eso es? —pregunto a cambio.

—Un túnel al interior de la montaña —dice Giles con entusiasmo. Oren le da un codazo brusco—. ¿Qué?

—Se supone que es un *secreto*.

—¿A quién se lo va a contar? —Giles levanta las manos por los aires—. ¡Somos básicamente sus únicos amigos aquí! —Parpadeo varias veces y se me comprime el pecho. Se percata de mi expresión y se apresura a añadir—: Perdona, quiero decir, eso ha sonado más brusco de…

—¿Crees que eres mi amigo? —susurro.

Los tres me miran ahora con expresión extraña e ininteligible.

—Bueno… sí. A no ser que te moleste.

Niego con la cabeza a toda prisa.

—No, para nada. No estoy acostumbrada a tener amigos. Nunca he conocido a demasiada gente, en realidad. Mi familia me mantenía en casa. Mucho. —Me fuerzo a reír en un intento de aliviar la atmósfera extraña, pero lo único que consigo es empeorarla.

Davien me agarra el hombro con suavidad y me da un apretoncito.

—Aquí tienes amigos, Katria.

—Por fin hago amigos y viven a un mundo de distancia. —Sigo riéndome. Entonces, ¿por qué duele? Un fogonazo de dolor destella en los ojos de Davien, como si fuese su pecho el que se comprimiese y no el mío.

—Solo a un Vano de distancia —me recuerda Oren—. Uno en cuyo cruce estamos bastante bien versados.

—Es verdad. Vale, o sea que este proyecto es un túnel al interior de las montañas, ¿no? —me apresuro a añadir, a ver si logro apartar el tema de conversación de mi persona.

—Sí, por si acaso Boltov ataca. Al menos parte de Canción Onírica tendría un lugar al que escapar —dice Giles con solemnidad.

—¿Cuántos? —No puedo evitar preguntarlo.

—No los suficientes. Aunque haremos todo lo que podamos.

—¿Por qué no vais empezando vosotros dos? —sugiere Davien—. Katria y yo os observaremos un poco para que ella pueda ver cómo funciona la cosa. —Davien se retira de vuelta al camino de tierra compactada que discurre por delante del solar y me hace un gesto para que lo siga.

Deslizo la vista hacia Canción Onírica. Desde aquí puedo ver la ciudad entera bajar por la ladera y rodear el consistorio de Vena. Cientos de personas y familias desplazadas que viven en peligro, que luchan y pelean por reclamar unas tierras natales que quizás no vuelvan a ver nunca y que, aunque lo logren, puede que no estén iguales cuando vuelvan.

Esa sensación es tan desconocida para mí que tengo que hacer un esfuerzo para comprenderla. Nunca he sentido esa conexión con ninguna parte. Nunca he tenido un sitio al que lucharía a toda costa por volver.

¿La mansión de Davien? ¿Supongo? Sí estoy luchando por volver ahí. Pero incluso eso… es solo una casa. No es mi casa. Quizás pueda convertirla en mi casa algún día pero, por el momento, es solo un sitio en donde poder estar. ¿Es *eso* adonde estoy luchando por volver? ¿Es *eso* lo mejor a lo que puedo aspirar en la vida?

—Estás apesadumbrada —interrumpe Davien mis cavilaciones.

—¿Qué?

—Tus hombros se encorvan un poco cuando piensas en cosas tristes. —Desliza el dedo por mi hombro, desde el cuello hasta la punta, donde se demora un poco.

—¿De verdad crees que seremos capaces de derrocar a Boltov? —pregunto con suavidad; así evito la verdad de lo que estaba pensando.

—Sí, lo creo. Tenemos que poder. Me niego a plantearme ninguna otra opción. —Davien desliza también la mirada por Canción Onírica, con determinación—. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Aunque nada de esto está sucediendo como tenía planeado, no

puedo quitarme de encima la sensación de que estabas destinada a estar aquí, conmigo, mientras lo hago. —Termina su barrido de la ciudad y sus ojos se posan en mí.

—Pero si yo te estoy reteniendo.

—Me estás ayudando a aprender. Me has forzado a tomarme el tiempo de aclimatarme a Midscape antes de tener el dominio total de mis poderes. Me enseñas a estarme quieto y a ser paciente, a saber que no puedo atacar sin más y derrocar a Boltov de un día para otro. Me estremezco al pensar en lo que podría haber ocurrido si tú no hubieras estado aquí para obligarme a frenar un poco.

Una comisura de su boca se curva en una leve sonrisa. La expresión es un poco sensual, de un modo completamente inocente que la hace aún más irresistible. Davien no se da cuenta de lo atractivo que es, pienso. Su encanto es como su magia. No lo ha utilizado en el mundo humano. Un músculo que no se ha flexionado durante tanto tiempo que ni siquiera se da cuenta de la fuerza que tiene. Pronto, se percatará también de ese poder, y entonces tendrá a un montón de mujeres a sus pies. Un apuesto príncipe regresado del exilio para reclamar el trono… Apuesto a que hay un centenar de feéricas como Laura que perderán la cabeza por estar con él.

¿Y dónde me dejará eso a mí?

Olvidada, de vuelta en el Mundo Natural.

Nunca tuviste un sitio aquí para empezar, bufa una voz desagradable en el fondo de mi mente. *Nunca hubo intención de que estuvieras aquí. Ni con él.*

—¿Estoy haciendo todo eso? —Arqueo las cejas con escepticismo y me guardo mis reservas para mí misma.

—Eso y más. —Davien hace ademán de agarrar mi mano, pero luego se lo piensa mejor, como si pudiese leerme la mente—. Oh, mira, van a empezar.

Hago lo que me dice, aliviada de tener una distracción.

A un lado, hay un pequeño montón de material que Oren y Giles están moviendo; cosas que esperaría y no esperaría encontrar para construir. Hay de todo, desde madera, hasta bloques de hormigón, pasando por geodas, rotas como la cáscara de un huevo, y cuyas centelleantes yemas de cristal centellean a la luz del sol. Hay también

cubos de pintura y pinceles, uno de los cuales agarra Giles.

Empieza a dejar un rastro de pintura goteada por el suelo mientras murmura. Mientras tanto, Oren ha recogido algunas de las ramas más pequeñas de los árboles y las deja como columnas en las cuatro esquinas del contorno que está dibujando Giles. En la parte superior de cada uno de los burdos postes, coloca un cristal y, por arte de magia, la rama se envuelve a su alrededor para sujetar la piedra como una joya sobre un cetro.

Giles va hasta el pie de la montaña para pintar espirales y puntos y líneas sobre una de las rocas que hay ahí. Hace lo mismo con la madera que hay a un lado. Oren y Giles acaban frente a frente en extremos opuestos del contorno que han hecho. Ambos se ponen en cuclillas y meten los dedos en la pintura mojada que se ha arremolinado de manera irregular en los terrones de la tierra compactada.

En la periferia de mi visión, veo moverse a Davien. Sus labios rozan mi oreja con suavidad cuando me susurra al oído.

—Observa con atención. Siente su magia. Siente su conexión con la tierra, con todo lo que nos rodea, todo lo que fue y pudo ser.

Quiero hacer lo que me dice, pero no creo que se dé cuenta de lo mucho que me distrae cuando habla de ese modo.

Los cánticos de Giles y Oren se vuelven más acelerados y graves. El aire a su alrededor crepita con pequeñas chispas de luz de frecuencia creciente. Oigo un retumbar a un lado. El enorme tronco de un árbol gime con una presión invisible. Un crujido desgarra el aire y la madera. Al mismo tiempo, la ladera de la montaña cobra vida como si un *golem* dormido se acabase de despertar. Las piedras detrás de Giles empiezan a levitar mientras refulge la marca que dibujó sobre la gran roca.

Es una vorágine de magia rutilante, piedra y madera. Unos constructores invisibles sierran, martillean y clavan. Encajan juntas con suma precisión a medida que se taladra un agujero en la ladera de la montaña. La magia hace el trabajo de varios obreros en un abrir y cerrar de ojos. Antes de darme cuenta siquiera, ha empezado a excavarse un túnel. La arcilla mana a través del suelo, forma gruesas gotas y luego se funde por el camino. Vigas de sujeción apuntalan el

techo.

Contemplo la escena asombrada… y frustrada. Lo último debe verse con claridad en mi cara porque Davien se gira hacia mí.

—¿Qué te pasa? —pregunta.

—Es tan… simple.

—Te aseguro que solo tiene apariencia de simplicidad. En realidad, hacer magia como esta requiere años de práctica para comprender tanto los rituales como tu propio poder

Estiro la mano hacia la boca de un túnel.

—En cuestión de apenas unos minutos, dos hombres han taladrado la ladera de una montaña solo con sus pensamientos. Han logrado algo que llevaría años. Si yo tuviese este poder, si tuviese solo una fracción de él, la casa de mi familia hubiera sido diferente. Podría haber hecho más. Podría haberme librado de ellas hace mucho porque hubiese sido capaz de mantenerme por mi cuenta.

Me arden los ojos sin haberlo pretendido. ¿Por qué me frustra tanto esto? ¿Por qué me siento tan herida? Davien se limita a mirarme de ese modo escrutador suyo, que me hace sentir más vulnerable que ante nada ni nadie hasta ahora. Aparto la mirada y sacudo la cabeza. Estoy a punto de decir que no pasa nada y de olvidar mis sentimientos cuando su mano se posa en mi hombro.

—Si tantas ganas tienes de hacerlo, hazlo —dice con dulzura. Eso llama mi atención de vuelta a él y miro directa a sus ojos verde esmeralda—. Ahora mismo, tienes el poder de hacer esto y mucho más. Si utilizases una fracción del poder de los reyes, podrías terminar el túnel y su cámara principal en un abrir y cerrar de ojos.

—Pero yo… —Pienso en mi intento con Vena y niego con la cabeza. No aprendí a enyesar o a reparar un tejado de un día para otro. Como tampoco aprenderé a usar la magia de un día para otro. Requerirá práctica—. ¿Qué tendría que hacer?

Davien sonríe. Una sonrisa genuina, amplia y radiante. Todo su rostro se ilumina de la emoción.

—Vas a empezar con algo pequeño. ¿Unos faroles, quizás?

—Vale. —Lo sigo hacia la cabecera del túnel. Oren y Giles están apoyados contra las piedras mientras tratan de recuperar la respiración.

—Bien hecho los dos —los felicita Davien, mientras agarra el libro.

—Ahora sí que hemos terminado por hoy, ¿verdad? —Giles jadea con suavidad. Tiene aspecto de haber trabajado un día entero en una cantera. Lo cual sofoca un poco mi frustración sobre la «facilidad» con la que construyen.

—Un poco más. —Davien me entrega el libro—. Vamos a hacerlo juntos, tú y yo.

—Tú podrías hacerlo en un instante —le dice Giles a Davien.

—Esto no trata de mí —responde Davien escueto.

—Qué raro que nuestro príncipe perdido reconozca que no todo trata de él. —Giles sonríe, pero Davien lo ignora.

—Ven conmigo, Katria —me indica. Lo sigo hasta el montón de madera, ahora muy reducido. Davien deja el libro abierto en el suelo —. Lo primero que tienes que recordar sobre los rituales es que todos requieren unos componentes básicos. Estos pueden ser cualquier cosa, desde tiempo, hasta situación, pasando por objetos físicos o las acciones que realices. Los componentes pueden consumirse, como el libro que utilicé aquella noche en el bosque, o pueden ser reutilizables, como esos cristales. —Señala hacia los cristales que aún descansan sobre los postes del espacio de trabajo que Giles dibujó en el suelo.

—Lo entiendo —me obligo a decir, e intento ignorar el recordatorio de la pérdida del libro de mi madre. Solo que no puedo —. El libro de mi m… —Casi digo *de mi madre*, pero recuerdo a tiempo la promesa que le hice a mi padre de no decirle nunca a nadie de quién era el libro. Él quería que nadie hablara de ese libro. Decía que era solo para nosotros. Para mí no era ninguna sorpresa que no se lo hubiese dado nunca a Davien, por un montón de razones—. El libro de mi familia, el que usaste en el bosque, ¿por qué lo necesitabas?

Davien parece incómodo. Culpable, incluso. Desearía que eso me hiciese sentir mejor por el hecho de que lo destruyera. Sin embargo, su culpabilidad no me devolverá lo que he perdido.

—Tenía una magia especial entretejida en su encuadernación. Los componentes de un ritual pueden ser extraños a veces, y no siempre tienen sentido. Pero cuando se unen todos, la magia se libera y eso es lo importante. Si hubiese tenido otra opción que no consistiese en

destruir el libro, la hubiera utilizado.

—Ya veo. —Se produce un momento de silencio entre nosotros y aparto los pensamientos a un lado. No quiero pensar más en el libro. Ya no existe. ¿De qué puede servir seguir pensando en él? Y, en cierto modo, si quemar ese libro puede salvar a un pueblo entero, me gustaría pensar que es lo que hubiera querido mi madre. Davien espera a ver qué digo a continuación. Decidida, vuelvo al tema que tenemos entre manos y señalo a la parte superior de la página—. ¿Son estos de aquí arriba?

—Sí, estos son los componentes del ritual. —Davien señala a lo que parece la lista de ingredientes de una receta—. A continuación, vienen los preparativos. En ocasiones, antes de que el ritual empiece siquiera, tienes que hacerte algo a ti misma o a los componentes. En este caso está en blanco porque este ritual es bastante sencillo. —Asiento y él continúa—. Y esas son las instrucciones para realizar el ritual en sí. Y ya está. Como te decía, bastante sencillo.

—En teoría, supongo que sí —murmuro, todavía algo dubitativa sobre las perspectivas de todo esto.

—La ejecución también lo es. Ante todo, lo primero: tienes que hacer estas marcas en la piedra que quieras usar.

—¿Qué hacen las marcas? —pregunto, aunque aun así tomo la pintura que me ofrece y empiezo a copiar del libro.

—Sintonizan tu magia con el artículo que intentas manipular. Ayuda a proporcionarte el control, o la conexión, con la persona o la cosa.

—¿También con personas? —Pienso en las líneas que Vena dibujó en nuestras caras y en lo conectada que me sentí con Davien en ese momento.

—Sí. Ahora, el siguiente paso es visualizar lo que vas a hacer. Es la razón de que incluyeran el dibujo con el ritual. —Señala hacia el farolillo en el libro—. Mientras lo visualizas, vas a decir estas palabras y después, cuando estés lista, libera tu magia.

Miro el dibujo y pienso en cómo fabricaría ese farol… Respiro hondo y cierro los ojos. *Libérate*. Pienso la orden para la magia en mi interior. *Fabrica el farolillo*. Frunzo el ceño. No sucede nada y me siento igual que antes.

—Vamos —murmuro.

—Di las palabras —susurra Davien a mi lado. Abro los ojos de golpe. *Oh, es verdad, las palabras*. Bajo la vista hacia la página.

—Pedacitos rotos. Volved a ser una unidad. Haced algo nuevo. Que viva hasta otra era u otra edad —recito, pero sigue sin suceder nada—. Creo que no…

Davien se mueve para arrodillarse detrás de mí. Apoya las manos en mis hombros, las desliza por mis brazos y tira de la fina tela de mi camisa prestada de maneras inadvertidamente seductoras. Con sus manos ahora sobre las mías, cierra los dedos alrededor de las palmas de mis manos.

—Deja de intentar forzarlo. Respira hondo. Deja que ocurra —dice con esa voz ahumada suya. Siento que algo se remueve en mi interior y que no tiene demasiada relación con la magia—. Siente la magia en mí. Siéntela mientras la dejo ir. Siente mis respiraciones y el poder que extraigo de la tierra misma. Piensa en tu magia como un baile. Eres la persona que guía por propia voluntad.

Como un baile… pasos que debo dar junto con la magia, no forzándola.

Cierro los ojos una vez más e imagino el farolillo. Las palabras que tengo que pronunciar se me aparecen en la mente. Siento el poder ondular a través de los músculos de sus antebrazos colocados sobre los míos.

—Pedacitos rotos —empiezo en voz baja. Intento entregarme a las palabras. Ceder el control que tanto anhelo a una parte de mí que no había estado ahí nunca—. Volved a ser una unidad. Haced algo nuevo. Que viva hasta otra era u otra edad.

Un crujir de piedra hace que mis ojos se abran de golpe. Veo pedazos bailar por el aire. Mi sorpresa los hace vacilar, se estremecen y casi caen al suelo.

No, pienso con calma. *Continuad, seguimos bailando*.

La magia de Davien se fusiona con la mía. Me está ayudando, pero no demasiado. Su poder discurre junto al mío, lo encajona, lo canaliza. Casi como si me guiara con el más ligero e invisible de los contactos.

En un instante, aparece un farolillo en el suelo delante de mí. Me

quedo sin aliento y me desplomo. Davien evita que me caiga con una mano sobre mis hombros. Tira de mí hacia atrás y me apoyo en él para sujetarme.

—Es normal sentirse exhausto después de la primera vez —dice con amabilidad.

—¿Exhausta? Me siento… me siento… —Contemplo el farolillo alucinada—. Me siento *viva*.



Veinte

Pasamos el resto de la tarde trabajando en el túnel. Sigo sin poder realizar apenas ni el más simple de los rituales por mi cuenta, pero al final del día, casi he completado un farolillo yo sola. Mientras los otros excavaban el túnel entero y el hueco aproximado de lo que será la cámara de escape.

Al final, Oren, Giles, Davien y yo nos marchamos triunfantes. Volvemos caminando por la ciudad, puesto que Giles no puede volar, lo cual me da más tiempo para empaparme de las vistas y sonidos de Canción Onírica.

—Es realmente magnífico —musito pensativa. Llevo solo unos días aquí y aun así tengo la sensación de que hace un siglo que conozco este lugar. El tiempo da la impresión de discurrir de manera diferente en Midscape, más despacio. Aunque creo que solo me siento así porque cada hora de cada día ha estado lleno de momentos de esos que te cambian la vida.

—¿El qué? —pregunta Davien. Oren y Giles siguen detrás de nosotros. Discuten sobre el contenido del libro de rituales y deciden qué más deben completar sí o sí antes de tener que devolvérselo mañana al constructor del que lo tomaron prestado.

—Todo en este mundo. Cómo cada casa está hecha a medida de un

modo único, fabricada por las manos de los que viven en ella. Los olores de la comida feérica, cómo penetra en la nariz con especias y aromas cítricos. Incluso vuestras puestas de sol son más bonitas… hasta que las montañas las interrumpen.

Davien se ríe.

—Sí… es un gusto estar en casa por fin. —Frunzo los labios un instante y él malinterpreta la expresión—. Tú también podrás volver a casa pronto. Sobre todo a la velocidad que estás consiguiendo manipular la magia de los reyes. Muy pronto podrás abdicarla en mí sin problema.

—Eso no es lo que… —Dejo la objeción a medias. No tenía envidia de él. Estaba triste por la idea de que él estará aquí mientras que yo tendré que volver a ese mundo frío y tan dolorosamente normal al otro lado del Vano. ¿Cómo se lo comunico a él cuando apenas estoy dispuesta a admitirlo para mí misma?—. Sí. Eso será lo mejor. Y cuando ocurra, volveré al mundo humano y viviré en esa mansión. Sola.

El silencio es denso y sorprendentemente incómodo.

—No tiene por qué ser sola —dice al fin, de un modo tan tierno que casi me desmorono. Levanto la vista hacia él y mi corazón se tropieza con lo que espero que diga a continuación: *Yo podría ir contigo*. Eso es lo que trata de rellenar mi mente por él, pero no es lo que dice—. Según vuestras leyes, se te considerará una viuda. Nadie sabrá lo que ha pasado. Di que me perdí en el bosque. Redacté la carta de un modo lo bastante ambiguo. Podrías encontrar a un compañero humano adecuado con el que pasar la vida y que nadie cuestionará.

—He descubierto que no soporto a la mayoría de los humanos —murmuro. Davien me oye y se echa a reír.

—¿Y los feéricos son mejores?

—Es sorprendente, pero sí. Parece que se me da mejor llevarme bien con los fae. —Pienso en nuestra conversación de hace un rato sobre los amigos.

—Solo lo piensas porque te has visto obligada a estar con nosotros. —Sonríe.

—No. Soy perfectamente capaz de odiaros al mismo tiempo que me obligáis a estar con vosotros. De hecho, forzarme a estar con

alguien suele significar que acabo odiando más a esa persona. —Pienso en Joyce y en Helen. Puede que fuesen mi familia, pero eso no les impedía ser las guardianas de mi prisión. No tenía ningún problema en odiarlas al tiempo que quería a Laura—. Estaba preparada para odiarte cuando compraste mi mano en matrimonio.

Vuelve a reírse.

—He de admitir que temía que ocurriera eso. Me había autoconvencido de que no importaba, que eras un medio para un fin… pero me alegré mucho cuando no fue así. Nunca quise ponerte en esa posición; tampoco disfruté con ello.

No hay ni un poquito de humo. Dice la verdad, como siempre. Inspiro el aire fresco y espiro todos los malos sentimientos que aún quedaban de nuestro turbulento comienzo, tanto en el Mundo Natural como aquí en Midscape. Es verdad que su oferta por mi mano fue muy generosa, y que incluso trató de cuidar de mí lo mejor que pudo cuando pensó que se marchaba sin mí.

—Yo también estaba emocionada por la idea de que no me odiaras. Valga lo que valga la opinión de una humana.

—¿La opinión de una humana? No demasiado —dice de manera casual. Entonces Davien gira esos ojos hacia mí y sé al instante que me va a romper el corazón antes de que todo esto termine. Bueno, los pedazos que aún queden por romper—. Pero *tu* opinión, Katria… encuentro que tu opinión vale más a cada minuto que pasa. Vale más que todas las magias perdidas de los vampiros en el sudeste y todos los antiguos poderes que rondan por las aguas de las sirenas en el norte.

¿Son solo imaginaciones mías, o cada vez andamos más despacio? ¿Caminamos un poco más cerca el uno del otro? ¿Nuestros hombros se rozan cuando antes no lo hacían? Trago saliva. Un millar de preguntas queman mi lengua.

Lo que quiero preguntar es: *¿Me vas a hacer daño como todos los demás?* Sin embargo, opto por preguntar otra cosa.

—¿Por qué me dejaste esa mansión a mí? Oren y los otros dijeron que era una propiedad que había perdido tu familia. ¿Por qué no la conservas? —Tengo que saber si tenía tan buenas intenciones como creo.

—Tendré un castillo entero en la Corte Suprema y toda la tierra del mundo feérico. Lo menos que podía hacer era darle algo a la mujer que me había ayudado a reclamar lo que me pertenece por nacimiento. —Mira en mi dirección—. Vale, esa decisión la tomé *antes* de que liaras todo el ritual.

—Entonces, supongo que es una suerte para mí tener en la mansión esa carta escrita a mano por ti —me burlo con suavidad y le doy un empujoncito con el hombro. Se ríe otra vez y se inclina de nuevo hacia mí—. ¿Vendrás a visitarme? —Las palabras se me escapan como un susurro. Creo que no me ha oído y estoy dispuesta a olvidar la pregunta. No debería haberla hecho. He sido una tonta. Abro la boca para cambiar de tema cuando, para mi sorpresa, contesta.

—Si puedo, sí.

Los feéricos no pueden mentir. *Sí vendría* a verme. Incluso después de convertirse en rey de los fae. Aunque… tampoco ha sido un sí contundente. ¿Era el sentimiento otra de esas medio verdades de los feéricos?

Nuestra conversación se corta en seco por los sonidos de música y gente cantando. Miro hacia delante por la calle adoquinada.

—¿Qué es eso?

—Oh, supongo que empieza esta noche —murmura Davien con una pequeña sonrisa.

—¿El qué?

—La primera fiesta que celebra el inminente fin del otoño y la llegada del invierno. Hace mucho tiempo que no sigo las festividades feéricas.

—¿Fiestas por el otoño? —pregunto.

—Sí, nosotros celebramos todos los cambios en nuestra tierra, sobre todo después de los largos inviernos sufridos durante la ausencia de la reina humana. Ven, Katria, deja que te enseñe más de mi mundo. —Me tiende una mano, expectante. Vacilo, pero solo un segundo, antes de tomarla. Sus dedos cálidos se cierran en torno a los míos y sigo con la mirada la línea de su brazo hasta un hombro ancho y luego hasta el ángulo cincelado de su mandíbula, la delicada curva de sus labios. ¿Cómo sería besarlos?

¡No! La parte protectora de mi mente se rebela. No puedo pensar de ese modo. Así es como acabas herido. Así es como acabas enamorado. Así es como otra persona toma el control de tu mundo.

Sin embargo, esa voz es cada vez más débil. A lo mejor puedo meterme en esto con los dos ojos abiertos. A lo mejor, si acepto que esto no es más que un enamoramiento pasajero, conservaré la cabeza y el corazón. No resultaré herida.

Todo eso suena como una gran mentira en mi mente, pero su mano es muy suave. Su sonrisa es muy contagiosa. La forma en que me mira, como si fuese la única mujer en el mundo, es más emocionante que nada que haya conocido jamás. Juntos nos apresuramos hacia la gran plaza delante del consistorio de Canción Onírica.

Los comerciantes han trasladado sus habituales puestos en el mercado para colocarlos alrededor de la plaza. Tienen todo tipo de comida y bebida desplegada sobre ellos y, aunque algunos todavía tienen mercancías exhibidas, no veo ningún dinero cambiar de manos.

En el centro de la plaza, hay una plataforma en la que toca una banda. Bailarinas vestidas con vaporosas faldas se mueven como el viento, transportadas por el ritmo frenético del tambor. Multitud de feéricos hablan, ríen, cantan y bailan. Algunos bailan por encima de nuestras cabezas, girando en valses que desafían a la gravedad mientras la centelleante magia de sus alas cae en cascada hacia tierra como las colas de unos fuegos artificiales moribundos.

—Por aquí. —Davien me conduce entre la masa de gente.

—Davien, ¿por qué no se abren para dejarte pasar? —le susurro, después de acercarme un paso más a él.

—¿Abrirse por mí?

—Pensé que la gente mostraría más deferencia a un rey.

Parece que de repente entiende a qué me refiero.

—Sí, en general es así… pero he estado ausente tanto tiempo que solo un puñado de los más leales ayudantes de Vena sabe quién soy. Mi identidad se ha mantenido en secreto en gran medida para ayudar a mantenernos a salvo, sobre todo cuando todavía sigo siendo vulnerable sin la mayor parte de mi magia.

Habla de *nosotros*, no solo de él. Se me comprime el pecho. Las dudas que me atormentaban se vuelven más y más débiles a la luz de

esta fantasía loca que me estoy empezando a permitir vivir con él en este lugar mágico.

—¿Te molesta? —pregunto.

—¿Debería hacerlo?

—Esa no es una respuesta —señalo.

—Te estás acostumbrando a la forma de hablar de los feéricos más deprisa de lo que me gustaría —comenta mientras ríe.

—Qué duro para ti. —Sonrío a mi vez—. Me dio la impresión de que querías ser rey. Así que hubiese pensado que el hecho de que no te muestren el respeto debido te molestaría.

Una expresión pensativa relaja su ceño. Sus labios se entreabren para soltar un suave suspiro y esbozan una sonrisa fácil. Se pasa una mano por el pelo. Observo cómo cada sedoso mechón cae en cascada de vuelta a su lugar; las trenzas que se ha hecho se le enganchan un poco en los dedos.

—Creo que habrá tiempo de sobra para disfrutar de toda la parafernalia de ser rey. Por el momento, prefiero ver este mundo como un hombre corriente, o tan corriente como puedo ser, para comprender mejor los problemas de mi gente. Para sentir sus necesidades mientras vivo entre ellos. E incluso cuando sea rey, me gustaría que mis súbditos me viesen como un hombre tanto como su rey. Como alguien con sus propios sueños y deseos. —Hace una pausa, el ceño un poco fruncido—. ¿Qué pasa?

Ni siquiera me había dado cuenta de que habíamos dejado de andar. La plaza parece haberse difuminado. ¿Los gritos y carcajadas? Desaparecidos. Todo lo que queda es él y la música en una sinfonía triunfal.

—Creo que serás un gran rey. —De verdad que lo creo. Entonces, ¿por qué me duele el pecho? ¿Por qué empiezo a sentir ya los bordes de un dolor que estoy tratando de evitar?

La mano de Davien se levanta y levita al lado de mi sien. Vacila. No sé si quiero que me toque o no. El suelo bajo mis pies ha cambiado de más maneras que solo por mi llegada a Midscape. Aunque pueda regresar al mundo humano, todo será diferente. Mi mundo cambió de manera irrevocable cuando caí en esa hoguera.

Retira un mechón suelto para meterlo con ternura detrás de mi

oreja.

—¿Por qué pareces tan triste al respecto?

—Porque… —*Cuando seas rey, eso significa que no volveré a verte más. Significa que no estarás aquí mismo… al alcance de la mano*.

—¿Porque…? —Se acerca un poco más a mí. Soy su único foco de atención. Se ha reunido conmigo en esta burbuja que he fabricado en la que todo lo demás ha desaparecido. Por una vez, sé que me está mirando a mí y no a la magia que hay en mi interior. Si contengo la respiración, ¿se detendría el tiempo? ¿Podría usar la magia en mi interior para construir muros a nuestro alrededor con los que mantener todo lo demás fuera?

Mi respuesta llega en forma de Giles y Shaye que hacen añicos nuestro momento cuando llegan en tromba acompañados de una realidad ruidosa.

—¿Qué hacéis vosotros dos? —pregunta Giles. Shaye arquea las cejas y nos mira con escepticismo. Me distrae la corona de cristal que Giles lleva sobre la frente.

—Estaba a punto de conseguir coronas para Katria y para mí —dice Davien, al tiempo que deja caer la mano y cruza hasta el puestecillo al que nos dirigíamos. Shaye hace un ruidito pensativo, los ojos un poco entornados. Su habitual aura amenazadora está un poco disminuida por la coronita de rosas rosadas que cruza su frente.

Davien regresa pronto y me da una corona parecida, solo que en lugar de rosas lleva flores que no reconozco.

—¿Qué flores son estas ? —Son rosas y moradas, con docenas de pétalos finos y largos.

—Áster —responde Davien mientras sujeta la corona por encima de mi cabeza—. ¿Puedo?

—Claro. —Procuro sonar casual, pero tengo la garganta tan cerrada que casi me atraganto con esa única palabra.

—Las mujeres llevan coronas de las últimas flores que salen antes del invierno, mientras que los hombres llevan réplicas de la corona de cristal para tener la fuerza y el liderazgo necesarios con los que soportar el invierno que se avecina —explica muy considerado, mientras desliza las yemas de los dedos con sumo cuidado por la flora de la corona. Nunca había sentido celos de una flor… pero aquí estoy

ahora.

—Interesante elección de flor y de color. —Shaye no ha apartado los ojos de mí. Me siento como si me tomase medidas para hacerme un vestido. Si fuese así, eso explicaría la sensación de no dar la talla.

—Estoy seguro de que solo ha dado la *casualidad* de ser la primera que ha agarrado Davien. —Giles toma a Shaye del codo.

—Hay muchas flores ahí. —Shaye no parece dispuesta a dejar el tema y se niega a moverse mientras Giles intenta alejarla de ahí—. ¿Ha sido una elección casual? ¿O ha habido más pensamiento detrás de ella?

Davien frunce el ceño y mira a Shaye de soslayo. Todo su cuerpo irradia agitación.

—¿Qué significa el áster? —pregunto. Sé muy poco de flores, aparte de unos pocos conocimientos rudimentarios sobre las comestibles. El lenguaje de las flores fue uno que aprendieron mis hermanas. Nunca había un sitio de más a la mesa durante sus lecciones.

—Es… —Davien se gira hacia mí y un fogonazo de pánico destella en sus ojos. Se demora un poco demasiado con la siguiente palabra. Está claro que busca qué decir y, por primera vez, me pregunto qué siente un feérico cuando intenta decir una mentira. ¿Duele? ¿Caen piedras de sus labios como en los cuentos? ¿O… sabrán también a metal?

—¡Oh! ¡No puedo creerme que te haya encontrado, señorita! —Raph se materializa de la nada para colarse entre Davien y yo. Solo entonces me doy cuenta de lo cerca que habíamos estado. En cuanto doy un paso atrás, el mundo vuelve a enfocarse. El ruido, la gente, las celebraciones en marcha, todo ello ajeno a Davien y a mí. Raph me planta un laúd en las manos; el movimiento hace que su corona de cristal en miniatura se tuerza sobre su frente—. Te dije que te conseguiría uno. Incluso es bastante decente si puedo decirlo yo mismo.

Tomo el laúd como si me estuviese pasando a un bebé. Acuno su mástil y lo trato con todo el dulce cuidado que se merece. No es tan sofisticado como el de mi madre, ni la mitad de bueno, pero es lo bastante decente como para hacer el apaño.

—¿Qué le has pedido a cambio de conseguir eso? —Davien se alza sobre Raph en actitud amenazadora.

—¡Solo una canción, y dejé que ella decidiera todas las condiciones! —Raph levanta las manos y retrocede hasta chocar conmigo. Apoyo una mano en su hombro en ademán protector. Levanto la vista hacia Davien.

—Me aseguré de tener cuidado con lo que prometía.

—¿Y has conseguido eso de un modo honrado? —le pregunta Shaye al niño.

—¿O del modo que hará que el tío Giles tenga que rescatarte del lío? —Giles parece un poco demasiado emocionado ante esa perspectiva.

—Lo conseguí bien —se defiende Raph. No es una respuesta clara. Sonrío y rezo por que no haya robado el laúd. Aunque no rezo hasta el punto de ir a devolverlo sin tocarlo al menos un poco. La correa ya está por encima de mi hombro, y mis dedos puntean las cuerdas mientras lo afino—. ¿Vas a tocar ahora?

Miro hacia atrás en dirección a la plataforma donde están los músicos.

—No voy a interrumpir.

—Es como en la taberna —me dice—. Cualquiera puede ir y tocar.

—Parece que el escenario está bastante lleno… —Parte de mí está un poco nerviosa por tener que actuar delante de tantas personas de fiesta. La otra parte anhela estar en el escenario una vez más, laúd en mano.

—Creo que deberías. —La voz grave de Davien corta con facilidad a través de mis objeciones—. Me encantaría oírte tocar otra vez cuando puedo mirarte a la cara, en lugar de solo a la parte de atrás de tu cabeza.

¿Cómo se supone que voy a decir que no a eso?

—¿Cuántas veces me escuchaste tocar en el bosque?

Esboza una levísima sonrisa.

—Las suficientes como para saber que eres mejor que la mitad de la gente que hay ahí arriba ahora mismo. —Davien apoya la mano encima de la mía sobre el mástil del instrumento—. Ve y toca, para mí. Llena mi mundo de tu canción.

Hago un pequeño gesto afirmativo. Mis ojos permanecen atrapados por los de Davien mientras mis pensamientos están enredados en él hasta el punto de que casi tropiezo con mis propios pies. La canción que toca la banda está llegando a su cénit. La música centellea en el aire tempranero de la noche y me aparto a duras penas de ese hombre mágico para correr con pies ligeros hasta el escenario.

En las escaleras que conducen a la plataforma, vacilo un instante. Las palabras de Joyce y Helen todavía me susurran, pero día a día, parecen resonar desde un lugar cada vez más lejano. No son de este mundo. Ellas no conocen a esta Katria. Una Katria que es atrevida y toca música para los feéricos y con ellos. Subo las escaleras a la carrera y los dos últimos escalones de un salto.

La música me atrapa y mis manos ya se están moviendo antes de que mis pies toquen los retumbantes tablones de la plataforma. Me acoplo al ritmo de los otros músicos mientras nos movemos y oscilamos ante el público. Es una canción sin letra, una melodía que no me resulta familiar. Aun así, el sonido es tan dulce que podría llorar. Giro sobre mí misma con una carcajada mientras mis dedos vuelan por las cuerdas y mi corazón corre en un esfuerzo por mantener el ritmo.

Los músicos tocan a mi alrededor. Los reconozco de La Cabra Chillona y todos compartimos sonrisas cómplices. El hombre que parece encabezar a la *troupe* me dedica un asentimiento de aprobación que hace que su pelo negro como el carbón caiga por encima de los rutilantes tatuajes que lleva grabados en la frente.

Mi recorrido por el escenario llega a un abrupto final cuando mis ojos conectan con los de Davien. Está justo en primera fila, Raph encaramado a sus hombros. Los dos me miran, pero solo tengo ojos para Davien el hombre. Se ha buscado una corona, y aunque es idéntica a la de todos los demás… en su frente luce diferente. Él es su príncipe, oculto a plena vista entre ellos. Esa corona, la de verdad, se hizo para él. Verla me recuerda el poco tiempo que me queda para pasar con él.

Escúchame, dice una voz nueva en mi interior, azuzada por lo fugaz que es este mundo. *Escucha mi canción. Esta es para ti y solo para ti. Escúchala ahora, porque puede que no vuelva a tener el valor de tocarla*

otra vez. No sé de quién es el corazón que late dentro de mi pecho, pero es más fuerte que el que he conocido toda mi vida, más seguro. Tiene deseos y necesidades propios y parece asegurarme con cada latido febril que no permitirá que le nieguen nada.

No permitiré que me nieguen nada.

Los labios de Davien se entreabren un poco. Su ceño se suaviza. Sus mejillas se pliegan en una sonrisa relajada, la más sincera y dulce que le he visto jamás. Ilumina toda su cara, más brillante que la magia feérica que centellea por encima de nuestras cabezas con el aleteo de alas de libélula y otras con plumas de paloma.

Toco hasta que la canción termina. Mucho más de lo que esperaba. En el momento de calma posterior, bajo a hurtadillas de la plataforma. En el suelo está todo más oscuro. Bajo las brillantes campanillas que iluminaban por arte de magia a los artistas, no me había dado cuenta de lo de noche que se había hecho.

—¡Has estado asombrosa! —Raph da palmas mientras Davien lo deposita en el suelo. Los dos se han abierto paso hasta mí—. Gracias por dejarme oírte.

—Por supuesto.

—Es *verdad* que has estado asombrosa —repite Davien con un tono completamente distinto, uno que hace que mi corazón se trastabille.

—Pero, uhm, señorita, voy a necesitarlo de vuelta ahora. —Raph da unos golpecitos en la parte de abajo del laúd—. Verás, como que lo tomé prestado. En realidad, no dijiste que tuvieras que quedártelo. Y… Lo siento.

Sus palabras se van volviendo más débiles, más suaves, sin duda porque ve mi expresión. No puedo ocultar mi pena y mi aflicción. Abro y cierro los dedos en torno al instrumento, e intento convencerme de que puedo dejarlo ir. Ha sido divertido mientras duró, igual que todo este mundo.

—No —interviene Davien—. Raph, dile a quien sea que me encargaré en persona de que tenga un instrumento nuevo.

—¿Eh? ¿En serio? ¿Puedes hacer eso?

—Puedo.

—No pasa nada. —Le devuelvo el laúd a Raph. No conozco la historia de ese laúd. Puede que tenga valor sentimental para otra

persona, igual que el de mi madre lo tiene para mí. Un instrumento bueno como este está destinado a pasar de generación en generación, entre familiares, entre amigos—. Ha merecido la pena poder tocarlo. Gracias.

Raph agarra el laúd y se aleja a toda prisa. Es desgarrador verlo marchar, pero ya tengo un laúd en el mundo humano. Uno mucho mejor y mucho más significativo que cualquiera que pudiera encontrar aquí.

—Supongo que es mejor así. —Davien se mete en mi espacio personal y una de sus manos aterriza sobre mi cadera y se desliza por la parte baja de mi espalda. La otra entrelaza los dedos con los míos—. Si tuvieses un laúd en la mano, no podría bailar contigo.

—No bailo demasiado bien.

Echa la cabeza atrás y entorna los ojos en ademán escéptico.

—Yo creo que sí.

—Pues crees mal.

Davien se acerca más, roza mi oreja con sus labios.

—He pasado meses observando cómo se mueve tu cuerpo. —Su mano baja un poco más, toca mi piel—. Tienes música en ti y la gracia y elegancia de una bailarina.

—No es… —No tengo ocasión de protestar. Me levanta en volandas, y suelto un gritito de sorpresa. Los dedos de sus pies quedan estrujados debajo de mi talón—. Ya te dije que no bailo bien.

—Deja de preocuparte tanto. Solo muévete, Katria. Muévete conmigo.

Su voz, ese tono… tan suntuoso y lento como cuando un arco se desliza para tocar la nota más grave de un violín. La petición resuena en mi interior como el retumbar de pies por la plaza. Aprieto las caderas contra las suyas. Cada desplazamiento de su peso mueve sus muslos contra los míos. Sigo sus movimientos por instinto, sin preocuparme de lo torpe que debo parecer porque, cuando mis ojos se cruzan con los suyos, solo está él.

Mi pecho contra el suyo. Su brazo alrededor de mi cintura. Su túnica escotada revela el pecho ancho y firme que vi a la luz de la luna allá en el bosque. Su corona, un centelleante recordatorio de lo muy *prohibido* que debería ser él para mis manos muy humanas. Me

falta la respiración y no solo por el baile. Suelto una exclamación ahogada y apenas me reprimo de suplicar más. Quiero todo lo que siempre me he negado.

Quiero ser osada. Quiero bailar. Quiero ser alguien que no he sido nunca, aunque sea solo por una noche.

La música termina y el público estalla en vítores. La gente despeja la plaza cuando los músicos se toman un descanso, pero Davien no aparta los ojos de mí, su respiración trabajosa.

—Tienes que venir conmigo.

—A donde quieras —jadeo con suavidad.

Todo queda atrás cuando Davien me conduce al interior del consistorio de Canción Onírica. Hay pocas personas por ahí. Las celebraciones se han extendido por toda la ciudad y la han pintado de los colores del otoño y los grises del invierno con canciones y alegría. Davien me conduce escaleras arriba y hasta la puerta del final del pasillo.

Es su cuarto.

La cama con dosel es cuadradota, sencilla, no el tipo de mueble elaborado que esperaría en un rey. Es de madera oscura y sus vetas relucen a la luz de la luna como las corrientes de un río. Las cortinas de terciopelo azul marino revelan más almohadas de las que esperaba. Tiene un armario y un escritorio y una zona de estar que da a un pequeño balcón con vistas a todo Canción Onírica.

Davien me guía hasta el sofá situado delante del balcón. Se sienta a mi lado, nuestros muslos en contacto. Su mano sigue sobre la mía.

—Canta para mí otra vez —susurra.

—¿Qué quieres oír? —murmuro. No podría cantar ahora mismo ni aunque lo intentara. Tengo la garganta demasiado tensa. La mente en blanco.

—Cualquier cosa. —Levanta una mano, la apoya sobre mi mejilla y desliza el pulgar por mi labio de abajo con un movimiento perezoso—. Siempre y cuando pueda observar tus labios.

—No se me ocurre una sola canción. —Tengo las mejillas al rojo vivo.

—Por eso nunca quise que me miraras —dice despacio. Una sonrisa curva sus labios de manera peligrosa. Parece que tenga la

intención de devorarme—. Porque sabía que si lo hacías, te quedarías muda de la impresión. Y no quería verte callada nunca.

Me río con más convicción. Hasta ahora, no me había dicho nunca nadie que quisiera oírme. Sentirme escuchada y vista es más embriagador que beber demasiado hidromiel feérico.

—Pensaba que era porque si te miraba jamás podrías dejarme marchar.

Es su turno de reírse.

—Lo recuerdas.

—Recuerdo cada una de las noches que pasamos juntos con agónico detalle. —Me muevo un poco y nuestros muslos se rozan hasta quedar pegados

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Yo también.

—Davien… —Busco en sus ojos una respuesta que sé que no puedo encontrar sin preguntárselo tanto a él como a mí—. ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué *estamos* haciendo ahora mismo?

Davien pone un dedo debajo de mi barbilla e inclina mi cabeza hacia arriba. Se acerca un poco más a mí.

—No lo sé… pero creo que me gusta. ¿Y a ti?

—Yo… no quiero sufrir. —Cualquier cosa más alta que un susurro parecería un grito ahora mismo. Está tan cerca… A un pelo de distancia. Un mero temblor y mis labios estarían sobre los suyos. Un escalofrío hormiguea a lo largo de mi columna, me tienta a probar la teoría.

—Yo nunca te haría daño.

Verdad. Me escuecen los ojos. ¿Cómo puede algo ser verdad y mentira al mismo tiempo? ¿Cómo es posible que diga algo totalmente en serio y aun así yo sepa que no es cierto?

—Sin embargo, todo esto me hará daño.

—¿Todo el qué?

—Todos estos *sentimientos*. Sé cómo acaba esto. —Acaba con una casa fría y un matrimonio unilateral. Acaba con una guerra emocional con palabras más afiladas que cualquier acero.

—Entonces, no nos preocupemos por ellos —sugiere en tono

casual. Eso es todo lo que yo había esperado.

—¿De verdad puede ser tan fácil?

—Cuando me casé contigo, me dije que jamás podría querer a una humana.

—Es imposible que yo pueda quererte a ti. —Ni a nadie más.

—Bien. Entonces, estamos en la misma onda. —No hace más que inclinarse hacia delante y yo no hago más que inclinarme hacia atrás. Pronto, estaré tumbada sobre el reposabrazos del sofá. Pronto, él estará encima de mí. Siento un fogonazo de calor por todo el cuerpo.

—¿Nada de emociones? —Me pesan los párpados. Cada pestañeo es más largo que el anterior. Sus labios se curvan como una guadaña, y yo estoy lista para la cosecha.

—Nada de amor. —Suena como una promesa—. Aunque, si me dejas, te haré *sentir*.

—¿Sentir qué? —Me tiembla la voz.

—Todo. —La palabra flota en el aire mientras Davien espera mi objeción. Este es el punto de no retorno que vi aproximarse hace días. Todo en él está prohibido, todo grita que acabaré con el corazón roto. Pero no seré la hija de mi padre. Puedo rendirme a estas necesidades físicas sin enamorarme y entregar todo lo que soy en el proceso.

¿Verdad?

Antes de tener la oportunidad de revisar ese pensamiento, su boca se estrella contra la mía.



Veintiuno

Sabe a miel especiada. Su piel huele a virutas de madera de nuestro trabajo anterior y a humo de las hogueras que iluminaban la plaza en lo bajo. Su pelo me hace cosquillas en la frente y en las mejillas, se cierra a nuestro alrededor como una cortina y protege este momento del mundo cruel que se desplomará sobre nosotros más pronto que tarde.

Deslizo las yemas de los dedos por sus costados, luego por toda la extensión de su pecho. La camisa que Davien llevaba hoy está abierta casi hasta su ombligo y cuelga ahora como una invitación. Mis dedos rozan contra su piel caliente y se me escapa un gemido que él aspira de manera brusca, como si tratase de consumir el placer que su mera existencia despierta en mí.

Davien cambia su peso. Tiene una mano apoyada al lado de mi cabeza, la otra sobre mi mejilla. Me guía con una leve presión contra la mandíbula y un suave tanteo de su lengua. He besado antes, una vez, pero no fue nada parecido a esto. El hijo del mayordomo, allá cuando nos podíamos permitir tener un mayordomo, era solo un año mayor que yo y los dos éramos poco más que adolescentes curiosos.

Davien, sin embargo, me besa como un hombre. Es mejor que cualquier sueño sensual e indulgente fantasía que haya podido

imaginar jamás. Sabía cómo encajaban un hombre y una mujer en la teoría… pero nada podría haberme preparado para la verdadera sensación de ello.

Su lengua se desliza sobre la mía y me arqueo hacia él. Siento cómo sus labios se estiran cuando vuelve a sonreír. Frunzo el ceño. Odio que mi placer le cause diversión. Sé que yo no tengo experiencia y es probable que él haya tenido hordas de mujeres postradas a sus pies.

Aunque tampoco estoy tan frustrada como para apartarme de su beso. Tal vez se deba a alguna magia feérica de la que todavía no me han hablado, pero soy una cautiva absolutamente voluntaria debajo de él. Mis dedos se cuelan debajo de su camisa, siguen la línea de su clavícula, se envuelven alrededor de sus hombros y lo sujetan contra mí hasta el punto de que tenemos que obligarnos a separarnos para respirar.

Su pelo sigue aislándonos del mundo. Sus ojos verdes tienen su propia luminiscencia en la oscuridad. Con mis propios ojos, trazo el contorno de la pátina que deja el beso en sus labios.

—Siento ser…

—¿De qué tendrías que disculparte? —me interrumpe. Un rubor escarlata hace arder mis mejillas.

—No estoy bien versada en este tipo de temas.

—¿Qué tipo? —Hay un brillo perverso en sus ojos mientras desliza los dedos por mi mejilla y mi cuello. Juguetea con el cuello sedoso de mi blusa. Nunca he sido tan consciente de la cantidad exacta de tela que me cubre y dónde.

—Ya sabes de qué tipo —consigo decir.

—Quiero oírte decirlo. —Sus ojos saltan de mi pecho a mi cara.

—El tipo de cosas que una dama de mi clase no puede permitirse hasta estar casada.

—Hasta estar casada… —repite pensativo—. Vaya, pensar que podría haberte tenido hace mucho y nunca lo hice. —Davien se inclina hacia mí otra vez. Levanto la cara pero él se mueve de modo que sus labios rozan contra mi oreja cuando me susurra con voz ahumada—. ¿Te hubiese gustado eso? ¿Que tu misterioso marido cuyo nombre de pila ni siquiera conocías acudiese a ti por la noche? ¿Hubieses

disfrutado al sentir mi peso sobre ti en la oscuridad? ¿Hubieras mantenido los ojos abiertos para estudiar mi silueta en busca de alguna pista sobre mi aspecto? ¿O los hubieras cerrado y te hubieses sometido a cada una de las caricias de mis manos y mi boca?

Se me pone la carne de gallina por todas partes. Mi cuerpo responde a sus palabras como si me estuviese tocando de verdad y no solo describiese las cosas que me podría hacer. ¡Que los viejos dioses me ayuden, las cosas que *quiero* que me haga!

—Pensaba en ti entonces —admito. Nunca había pensado que se lo contaría, pero ahora mismo no le ocultaría nada, ni siquiera mi cámara de los secretos—. Por la noche, imaginaba que acudías a mí.

—¿Oh? —Hace un ruidito pensativo en el fondo de su garganta. El sonido reverbera a través de mí y convierte en calor ardiente los pocos huesos que me quedan—. Cuéntame qué imaginabas.

Reprimo un gemido. ¿Por qué le estoy permitiendo hacerme esto? Debería quitármelo de encima y marcharme de ahí. Al menos, eso es lo que me dice mi sentido común que debería hacer; solo que mi sentido común ya no está en control de la situación. Lo único que puedo pensar es en obedecer cada una de sus peticiones, y encuentro una oscura sensualidad en la idea de dejar mi mente a un lado y seguir a cambio a mis sentidos.

—Te imaginaba en mi puerta, imaginaba que me despertabas… que me preguntabas si podías quedarte a pasar la noche en mi cama.

—Y, en tus fantasías, ¿me permitías quedarme?

—Cada vez.

—¿Y qué hacíamos cuando pasaba la noche en tu cama?

No había vuelto a pensar en esos sueños despierta desde que llegamos a Midscape. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que puse el pie por primera vez en este extraño mundo? ¿Una semana? ¿Dos? ¿Un mes? Por lo que sé ahora mismo, podría ser un año. El tiempo se ha vuelto extraño, distorsionado. Me encuentro indefensa debajo de un feérico y todo lo que quiero es que me bese de nuevo. Y si para que eso ocurra tengo que contarle mis fantasías más oscuras, que así sea.

—Te sentía a ti —susurro.

—¿*Cómo* me sentías?

—Te sentía encima de mí, tocándome. Sentía cómo dedicabas toda

tu atención a mí. Para mí, única y exclusivamente para mí.

—¿Y era una sensación agradable? —Las yemas de sus dedos acarician perezosas mi pecho, bajan por los arcos de mis curvas. Contengo la respiración de golpe.

—Sí.

—Bien. —Se aparta y se pasa la lengua por los labios. Jamás había visto nada más sensual—. Porque en todas mis fantasías, no te sentía como nada aparte de excepcional.

—¿Tú… tenías fantasías sobre *mí*? —La idea de él despierto, deseándome, de sus grandes manos acariciando cada centímetro de lo que ahora sé que es su cuerpo firme hace que mi cerebro eche chispas.

—Oh, sí. —Empuja las caderas contra mí y estrella sus labios otra vez sobre los míos. Me besa al son de la música cuando esta se intensifica en el exterior. La banda ha retomado su actuación y nuestros gemidos armonizan con el crescendo de la plaza a nuestros pies. Davien sujeta mi cabeza, los dedos enredados en mi pelo, la lengua conquistando mi boca. Me tiene justo donde me quiere, me aleja más y más de cualquier cosa que se asemeje a razón o sensatez. Cuando se aparta, es solo para tener espacio suficiente para hablar. Sus labios se mueven sobre los míos para gruñir—: Imaginaba que te hacía mía como un hombre debería hacer suya a su esposa. Ansiaba llevarte a mi cama y tenerte hasta que gritaras mi nombre y tuvieras la garganta en carne viva. Hasta que mi cuerpo fuese lo único que conocieses o quisieses.

Esta vez el beso lo inicio yo. Sus palabras han creado tal tensión en mi interior que me voy a romper en mil pedazos si no tengo su boca sobre la mía otra vez. Lo agarro y tiro de mi cuerpo hacia el suyo. Elimino el espacio entre nosotros, renuncio al frío aire nocturno a cambio de un calor primitivo que no puede negarse.

Nos besamos durante una cantidad de tiempo obscena. Cuando por fin se aparta, jadeo con suavidad entre mis labios hinchados y contemplo al que es muy probable que sea el hombre más guapo de la existencia. La corona aún brilla en su frente. Rey, gobernante y protector. *Mi* rey. Sin decir una palabra, Davien se quita de encima de mí. Nuestros ojos permanecen conectados, aunque nuestros cuerpos ya no lo estén.

Se agacha y me levanta en brazos, como si fuese a transportarnos a los cielos. Pero en lugar de eso, me lleva a la cama. Mi alma se eleva por los aires cuando me tumba. El colchón es más firme que el mío, pero aun así se hunde bajo su peso. Los dedos de Davien se deslizan una vez más detrás de mi cabeza.

—Solo hacemos lo que queremos. —Me mira directo a los ojos al hablar—. Nada más, nada menos. Sin expectativas.

—Y sin sentimientos —repito nuestra promesa de antes

Davien asiente y me besa otra vez. Nuestras manos y nuestros dedos exploran hasta mucho después de que la música pare en la plaza más abajo. Hay partes de su cuerpo que todavía no soy lo bastante valiente o atrevida para explorar, por muchas ganas que tenga de hacerlo. Él parece seguir mi ejemplo y va tan solo hasta donde voy yo. La cosa da lugar a un tira y afloja entre pasión y sensibilidad. Lujuria y razón y el espacio desesperado en el que la frustración encuentra su hogar.

Al final, los besos paran y nos quedamos tumbados el uno al lado del otro, sin hablar, la mirada perdida en el techo enmarcado por la parte de arriba del dosel de la cama. Trago saliva y me arriesgo a mirarlo de reojo. Me pregunto si estará molesto por que no hayamos hecho más. Hay una leve sonrisa dibujada en sus labios, los párpados pesados.

—Debería irme —susurro.

—¿Tienes que hacerlo? —Se gira sobre el costado y apoya la cabeza en sus nudillos.

—Hemos hecho lo que queríamos. —Los acontecimientos de la noche hacen que mis mejillas tiren para formar una sonrisa pícara. A pesar de que querría muchísimo más… esto ha estado bien. Ha sido suficiente—. No hay ninguna razón para que me quede.

—A menos que no quieras dormir sola.

Me planteo la sugerencia. Nunca he pensado cómo me sentiría al dormir con otra persona. ¿Haría demasiado calor debajo del edredón con los dos juntos? ¿Le daría patadas por la noche? ¿O se enroscaría su cuerpo alrededor del mío y encajaríamos a la perfección? Él me haría sentir protegida, segura… *deseada*… Niego con la cabeza, me aparto un poco y me siento.

—Dormir sola no está mal. Me ha ido bien hasta ahora.

—¿Ah, sí? —Arquea una sola ceja y yo me pongo de pie para que no vea cómo pongo los ojos en blanco.

—Además, ¿dormir juntos? Eso es algo que harían las parejas casadas de verdad.

—Nosotros éramos una pareja casada de verdad y no dormimos juntos. —Cruza las manos y las pone entre su cabeza y la almohada. Me observa mientras ajusto mi ropa. Sigue puesta, en su mayor parte. Solo un poco descolocada a causa de sus ávidas manos.

—Apenas se nos podía considerar una pareja casada de verdad. —Me encojo de hombros—. Te casaste conmigo por un libro. Y yo te guardaba todo el rencor que podía por ello.

—¿Y hasta dónde te llevó ese rencor?

Arrugo la nariz en su dirección.

—Creo que me gustabas más cuando te estaba besando. Entonces estabas callado.

Se mueve a la velocidad del rayo para arrodillarse en la cama delante de mí. Me agarra las manos.

—Podría retomar los besos si eso fuese a animarte a quedarte.

—Estoy cansada. —Retiro las manos con una leve risa.

—Entonces, vuelve mañana.

—Lo pensaré. —Dudo que lo haga. He sucumbido al impulso. He satisfecho esta necesidad. No hay ninguna razón para volver a hacer esto nunca más.

—Mi puerta está abierta para ti siempre que lo desees, o si cambias de opinión acerca de esta noche.

—No cambiaré de opinión acerca de esta noche, y ya veremos lo de mañana. Después de todo, no soy tu amante. —Me quedo quieta cuando mis ojos se posan en la corona de flores. Debe de haberse caído la primera vez que me tumbó hacia atrás. Tal vez sea rey, pero esa será la única corona que pueda darme jamás. Inútil. Condenada a pudrirse. Descartada al amanecer.

La dejo ahí tirada y me dirijo hacia la puerta. Sería peligroso aceptar demasiados regalos de él. Se haría una idea equivocada. La corona de flores se queda en el suelo. La de él sigue sobre su cabeza; de algún modo, no se ha movido a pesar de todas las libertades que

nos hemos tomado.

—Podrías ser mi amante, si quisieras. No es inusual para un rey.

Me quedo paralizada. Como si eso fuese a resultarme atractivo en lo más mínimo.

—Eso es lo *último* que querría.

—¿Por qué te resistes de manera tan ferviente a cualquier noción sobre el amor?

La pregunta me hace pensar un poco. Miro a un rincón oscuro de la habitación. Cada recuerdo de Joyce discurre en primer plano por mi cabeza. Sus torturas. Sus palabras edulcoradas a mi padre.

Las débiles excusas de mi padre, una y otra vez. Sus explicaciones. *Katria… Estaba perdido en un abismo del que ella me salvó. Tú nunca comprenderás la herida que me dejó la muerte de tu madre…* Oh, lo comprendía muy bien. Comprendía que Joyce le vendió mentiras y él las compró más deprisa que la plata de sus minas.

También comprendía cómo a mi padre le fue resultando cada vez más fácil estar de su lado. Cuanto más crecía, más me parecía a mi madre. Más difícil era para él estar conmigo. Y durante todo ese tiempo, mi hogar se convirtió en una reminiscencia ruinosa de días largo tiempo pasados. ¿Perdido para siempre a causa de qué?

Ah, del *amor*.

—Porque el amor es dolor —susurro.

—El amor es vida.

—¿Qué podrías saber tú? —espeto cortante, la mirada furibunda —. Un príncipe huido encerrado en una torre que compra a la única mujer que ha tenido jamás.

Davien abre un poco los ojos, pero en lugar de ira, su ceño se frunce en algo parecido a la comprensión. Irradia compasión

—¿Qué te hace decir que el amor es dolor?

No respondo, concentrada solo en mi ruta de escape. Con un rielar de magia y un batir de alas invocadas en un abrir y cerrar de ojos, está delante de mí. Su mano sujeta la puerta cerrada justo cuando hago ademán de abrirla. Lo miro furiosa.

—Déjame salir.

—¿Por qué crees que el amor, de todas las cosas posibles, es dolor?

—He visto lo que ocurre cuando dos personas se enamoran. Una se

colapsa dentro de la otra, todo sentido de personalidad, de valía y de fuerza pisoteados bajo la bota de la parte que acaba arriba. —Como la estatua de mi padre que había creado en mi cabeza: fuerte y decidido, pero reducido a polvo en el momento en que Joyce entró en nuestras vidas—. He oído las peleas amargas, las pullas, el odio lanzado y luego suavizado en nombre del *amor*, el preciado amor.

—Nada de eso es amor —susurra. Pongo los ojos en blanco.

—El amor no es como en los cuentos de hadas. En el mejor de los casos, es una transacción.

—No. —Davien da un paso adelante, impone su presencia en mi espacio personal—. El amor es lo más parecido que tenemos al significado en este mundo. El amor de una madre por sus hijos, el amor por quiénes somos y por todos los que se esforzaron antes de nosotros para entregarnos el mundo como lo tenemos ahora… El amor es la razón por la que vivimos, por la que luchamos, por la que seguimos adelante cuando las cosas se ponen duras… No siempre es fácil, pero es nuestro alivio de las verdaderas penurias, no la penuria en sí.

—Mientes —escupo.

—Katria… —Deja la frase en el aire y busca mis ojos—. ¿Qué te pasó antes de llegar a mi casa?

—Déjame pasar.

—Estoy intentando…

—¡Déjame pasar! —Levanto la voz solo una fracción, pero él se aparta de inmediato.

Abro la puerta de golpe antes de que pueda decir nada más, salgo hecha una furia y apenas me resisto al impulso de cerrarla de un portazo en sus narices.



A la mañana siguiente, me quedo tumbada en la cama hasta bien pasado el amanecer. Resuenan pisadas por el pasillo a medida que el mundo se despierta a mi alrededor. Me pregunto quién más reside aquí. Shaye y Giles parecen hacerlo. Oren, es probable. Hol tiene su propia casa. ¿Vena y sus consejeros, quizás?

Se me corta la respiración cuando un andar familiar cruza el pasillo. Sus pisadas parecen ralentizarse al pasar por mi puerta, casi hasta pararse. ¿Cómo lo conozco por su andar? ¿De verdad puedo olerlo desde aquí? ¿O está mi mente recurriendo a recuerdos de la noche anterior? ¿O, lo que es mucho más probable, no será que mi piel todavía huele a él?

Davien sigue su camino.

No hago más que revivir la noche en mi mente, pero no tiene más sentido por mucho que pasen más horas. Doy una y mil vueltas, sin dormir, pero sin sensación de estar despierta tampoco. Me he quedado atrapada en esos momentos que compartimos. Momentos que no deberían haber ocurrido nunca, pero que de algún modo lo hicieron.

¿Por qué lo besé? ¿Por qué dejé que él me besara a mí? ¿Cómo acabé en su cama?

Gimo y ruedo hacia un lado. Me enredo en las sábanas. Me duele todo, desde la cabeza hasta los pies. Creía que besarlo aliviaría esta tensión, pero lo único que ha conseguido es empeorarla.

Cuando ya no puedo soportar más el calor de cocerme en mis propios pensamientos, por fin me levanto. Lo mejor que puedo hacer es enfrentarme a Davien. Cuanto antes estemos juntos, antes sentiremos que las cosas han vuelto a la normalidad. Podremos restarle importancia a lo de la víspera como la excepción que fue, y luego pasar página.

«En realidad, es normal. Dos personas de nuestra edad, que es obvio que se atraen… Estas cosas *ocurren*. No hay ninguna razón para profundizar en ello ni hacer que la situación sea incómoda. Nos picaba, nos rascamos, ya está», murmuro para mí misma, e intento encontrar mi propia forma de animarme mientras me visto.

Las modas vaporosas de los feéricos ya no me resultan extrañas. Cada vez estoy más acostumbrada a mostrar mis hombros y brazos, aunque aún me siento cohibida por mi espalda. Me pregunto lo que dirían mis hermanas si pudiesen verme ahora, con estas largas mangas y generosos escotes que nunca me atrevería a llevar allá en casa. Me paro a mirarme al espejo. Tengo la piel brillante y húmeda. Las mejillas rosadas y los labios carnosos. Cuanto más tiempo paso aquí, más parezco parte de este mundo.

Me pregunto si habría alguna manera de no tener que volver nunca a mi mundo. Si la magia de los reyes puede mantenerme a mí, a una humana, viva aquí, tal vez haya algo que Davien pueda hacer por mí que me permitiera quedarme a vivir aquí el resto de mi vida natural. Frunzo el ceño en dirección a mi reflejo.

¿En qué estoy pensando? ¿Vivir toda mi vida aquí? ¿En Midscape? ¿Entre feéricos y su magia? ¿Qué sitio hay aquí para una humana como yo? Ninguno.

Es más, eso significaría tener que vivir mi vida en el mismo mundo que Davien. Tendría que ver desde la distancia cómo se convierte en rey, cómo se casa y engendra herederos. O peor aún, como amante relegada a los rincones auxiliares de su vida. No… una vida de vuelta en el mundo humano sería mucho mejor que eso. De hecho, estar a un mundo de distancia puede que no sea suficiente.

Emerjo de mi cuarto y me dirijo abajo. Para mi sorpresa, Hol, Shaye, Giles y Oren están todos apiñados en torno a su mesa habitual. Tienen mapas desplegados entre ellos, salpicados de trozos de papel que parecen notas intercambiadas vía paloma mensajera. Todos se giran hacia mí a la vez.

—Vena quería verte —me informa Oren—. Davien ya está ahí.

Vacilo un instante pues detecto una sensación extraña en el ambiente.

—¿Va todo bien?

—Sí. Ve. —Oren intenta dedicarme una sonrisa tranquilizadora, pero hay demasiada preocupación en sus ojos negros.

Me acerco temerosa a las puertas de Vena. Vacilo solo un segundo para ver si consigo oír algo de lo que estén diciendo dentro, pero las puertas son demasiado gruesas. Llamo con los nudillos.

—Pasa —dice Vena.

Como era de esperar, encuentro a Vena y a Davien en el interior, pero no están solos. La Carnicera del otro día, Allor, también está presente. Está apoyada contra una de las paredes del lado, los brazos cruzados.

—¿Qué ha pasado? —pregunto cuando veo que me miran. Mis ojos se cruzan con los de Davien. La preocupación retuerce su rostro, frunce su ceño. Un silencio terrible continúa tensando los músculos de

mi pecho, hasta el punto de que duele respirar.

—Bueno, si ninguno de los dos vais a decírselo, yo… —empieza Allor.

—El rey Boltov va a enviar un ejército a Canción Onírica. —La voz retumbante de Davien solo hace más ominosas las palabras.

—¿Qué? —exclamo.

—Por fin le ha llegado la noticia de que he regresado… y de que tú estás conmigo.

—¿Sabe lo de la magia? —susurro.

—Lo sabe todo.

—Había un espía entre nosotros. —Vena maldice—. Debe de haberse colado por nuestros hechizos protectores al principio de las celebraciones para llevarle la noticia.

—¿Qué significa todo esto? —Me había preparado toda la mañana para enfrentarme a Davien, pero no de este modo. Mientras bailábamos ayer por la noche, un rey planeaba mi muerte.

—Significa que el rey sabe que tienes la magia que él necesita para que no vuelvan a cuestionarlo ni a desafiarlo jamás. —Allor lleva en la cara una sonrisa malvada mientras habla—. Así que viene a matarte para conseguirla.

Y yo que pensaba que el peor de mis problemas hoy era encontrarme con Davien.



Veintidós

—¿Qué hacemos ahora? —Miro a unos y otros.

—Hemos estado trazando un plan —explica Davien. Su calma es inesperadamente chirriante.

—Espero que sea bueno porque no tengo ningún interés en morir.

—Yo no tengo ningún interés en verte morir. —Los músculos de sus mejillas se tensan—. Además, al rey, *tú* no le importas nada; solo le importa la magia que tienes dentro. Cuanto antes saquemos la magia de ahí, antes estarás a salvo.

—Entonces, ¿puedo asumir que hemos hecho algún progreso en ese frente? —Miro de Vena a Allor y luego a Vena otra vez.

—Tenemos una idea.

Me gustaría tener algo que sonara más seguro que «una idea», pero si es lo mejor que tenemos ahora mismo…

—¿Y esa idea es?

—Al norte de nosotros, justo en la frontera con las tierras de las sirenas, está el lago Unción —explica Vena—. Es donde iban todos los viejos reyes antes de su coronación, a bañarse en las aguas más cercanas al Árbol Ancestral en el mismo borde del mundo. Si hay algo que vaya a conectarte lo suficiente con el poder de los reyes como para pasárselo a Davien, está en esas aguas.

Árboles Ancestrales, borde del mundo. Repaso los elementos que

no parecen tener una importancia crucial para mantenerme con vida.

—¿No creerá Boltov que vamos justo hacia allí?

—No lo hará si yo le digo que estáis refugiados aquí abajo. —Allor se encoge de hombros.

—Parece que tienes mucha influencia sobre el rey. —Aprieto los labios para evitar hacer una mueca.

—Hago lo que puedo. No tiene ninguna razón para no confiar en mí.

—¿Le contarás que Davien y yo nos estamos preparando para un ataque aquí? —Su comentario anterior podría haber sido algún tipo de circunloquio astuto de feérico.

—Por supuesto que lo haré. —Su sonrisa se amplía—. ¿Tienes alguna razón para no confiar en mí?

—Basta, las dos. —Davien suena alterado.

Le dedico una mirada de pocos amigos, pero tiene razón. Tenemos otros asuntos más acuciantes. E incluso aunque Allor no sea una aliada de verdad, hay muy poco que vaya a poder hacer para demostrar que se equivocan. Eso me ha quedado claro.

—¿Boltov estará vigilando el lago? —pregunto.

—No le merecería la pena semejante despliegue de efectivos. El camino hasta ahí no es fácil. Atravesar las brumas encantadas era parte de las pruebas para los aspirantes a reyes. Un rito de iniciación.

—Oh, también hay *brumas encantadas* para llegar hasta el lago mágico sin morir a manos de los Carniceros. Genial. —Cruzo los brazos.

—Si tienes un plan mejor, me encantaría oírlo. —Davien también cruza los brazos, la cabeza ladeada, mientras me mira desde lo alto. ¿Por qué es que su petulancia lo hace más frustrante y más atractivo en la misma medida?

—Ya sabes que no lo tengo.

—Entonces, está decidido. Tú ve a decirle a Boltov que nos han alertado sobre los movimientos de sus ejércitos y nos estamos preparando aquí para el ataque, fortificando las defensas de Canción Onírica —le dice a Allor. Después se gira hacia Vena—. Por favor, prepara todo lo que podamos necesitar para nuestro viaje y después céntrate en preparar a Canción Onírica para lo que sea que Boltov

pueda traer hasta nuestras puertas.

Vena apoya una mano sobre el bíceps de Davien.

—Lo que nuestra gente necesita para protegernos es un rey, un verdadero rey, reunificado con el trío de poderes de Aviness. No te preocupes por Canción Onírica y céntrate en recuperar lo que es tuyo por derecho propio, Davien. Regresa con nosotros como un conquistador.

—Lo haré. —Davien se yergue un poco más.

—¿Cuándo partimos? —pregunto.

—En cuanto podamos. —Davien viene hacia mí. Para mi sorpresa, toma mi mano en la suya. No puedo evitar el rubor que trepa hasta mis mejillas ante ese contacto inesperado. Que lo haga en público parece de algún modo más íntimo y desesperado—. No hay ni un momento que perder.



En cuestión de una hora, hay cuatro caballos preparados. Llevan las alforjas llenas de víveres que justo acaban de cargar cuando salimos a la plaza. Hol y Oren han optado por quedarse atrás y ayudar a defender Canción Onírica. Oren se centrará en terminar el túnel de evacuación y Hol ayudará con la guardia de la ciudad. Así que seremos solo Shaye, Giles, Davien y yo misma en la carretera.

El sol de la tarde brilla alegre sobre la ciudad ajena al peligro. La gente sigue afanada en sus quehaceres diarios como si no pasase nada. La plaza aún está engalanada para las celebraciones y no hay ni señal de una inminente batalla.

—¿Cuándo se lo dirá Vena a los demás? —le pregunto a Davien mientras bajamos las cortas escaleras hasta donde los caballos nos aguardan.

—Cuando sea el momento oportuno. —Davien se monta en su caballo con cierta torpeza y le hacen falta cuatro ajustes hasta encontrarse cómodo en su montura. Su caballo es un semental tordo rodado; un ejemplar fuerte cuyos músculos son muestra de su buena crianza y de unos cuidados aún mejores. De no ser por la intensidad que exuda el caballo, me recordaría a Misty.

—¿Y eso cuándo será? —insisto, al tiempo que trato de borrar de mi mente los pensamientos de mi yegua largo tiempo ausente. Espero que con todo el dinero que ganó mi familia, hayan tenido el suficiente para cuidar de ella. A lo mejor cuando vuelva podría utilizar parte del dinero que Davien me dejó en esa casa para ir a recomprarles mi yegua.

Tal vez cuando regrese me limitaré a robar a Misty de noche. Nadie conoce los establos ni la finca mejor que yo. Después de pasar semanas sobreviviendo en tierras feéricas… la idea de enfrentarme a mi familia o de robarles delante de sus narices, es mucho menos temible de lo que podía haber sido hacía unos meses. Por todos los dioses, quizás logre reunir el valor suficiente para decirles sin más que me voy a llevar a Misty y para decirle a Laura *ven conmigo*.

—Eso no es problema nuestro. —Hace un gesto hacia la yegua blanca de su lado—. Solo tenemos que concentrar todos nuestros esfuerzos en llegar al lago Unción lo más deprisa posible. Será una cabalgata dura de dos días hasta llegar ahí. ¿Necesitas ayuda para subir a caballo?

Resoplo con desdén. ¿Ha confundido mi acto de comprobar la montura y la cabezada del caballo como inseguridad en materia de equitación? Si es así, desde luego que hoy se va a llevar una sorpresa.

—Creo que estaré bien.

Meto el pie en el estribo con confianza y me subo a caballo. La montura está domada y bien gastada en los lugares correctos, pero aun así es fuerte y de buena calidad. Le doy a la yegua una palmadita en el cuello y agarro las riendas con un contacto suave. No conozco a este animal como conozco a Misty, así que por muy confiada que sea, aún debería tener cuidado. Lo último que quiero es asustarla o presionarla demasiado y que me tire.

—¿Estamos listos? —pregunta Shaye—. El sol es abrasador.

—Adelante —dice Davien con un asentimiento.

Shaye chasquea la lengua y sale disparada hacia la ciudad con Giles pegado a sus talones. Davien duda un instante, pero yo no. Al pasar por su lado, no puedo evitar lanzarle la más leve de las sonrisas. Él la capta y sus ojos se abren un poco, frunce los labios. Da un tirón brusco de las riendas, lo que hace que su caballo se sobresalte y

relinche.

Me giro hacia delante con una carcajada. Ya lo averiguará. Después de todo, es un príncipe.

Ese pensamiento aislado me pilla desprevenida. *Es un príncipe*, repite mi mente. Siempre he sabido que lo es, pero por alguna razón, cuanto más se estrecha nuestra relación, más me cuesta imaginarlo. Giro la cabeza hacia atrás. El viento revuelve su pelo, que capta la luz del sol con un brillo casi líquido. Pensar que hace tan solo unas horas deslicé mis dedos por ese pelo… que besé esos labios…

Aparto los ojos de él y miro hacia delante otra vez, antes de que mi estómago pueda dar tantas volteretas que se revuelva. Dejo que Canción Onírica se difumine a mi alrededor, sin fijarme en sus casas ni en su increíble construcción por primera vez mientras atravieso las calles. «Ayer por la noche no significó nada», me repito solo para mí misma.

Nada de sentimientos. Eso es lo que prometimos. Ayer por la noche no fue nada más que una liberación de la tensión que se ha estado acumulando entre nosotros desde hace semanas. No hay ninguna necesidad de darle demasiadas vueltas. Ninguna necesidad de complicarlo. Ninguna necesidad de sentirse culpable ahora. Puede ser solo eso: una escapatoria divertida, un alivio personal. No fue nada, hasta el punto de que ni siquiera merece la pena hablar de ello.

Si siento algo, es solo que no seré capaz de permitirme esa escapatoria durante mucho tiempo más. Pronto, si Vena está en lo cierto, la magia habrá salido de mí. Después de que eso suceda, tendré que abandonar Midscape lo antes posible, antes de que empiece a marchitarme.

Davien y yo nunca estuvimos destinados a estar juntos. Él es el rey fae y yo no pienso permitirme enamorarme. El hecho de que encontrase siquiera un breve divertimento con él ya es suficiente. *Es suficiente*, me repito, con mayor insistencia que antes. Aun así, por alguna razón, la idea no parece poder asentarse en mi mente. No hace más que perseguirme, así que cabalgo más y más deprisa, como si tratara de dejarla atrás.

Salimos de la ciudad y llegamos al pico del valle en el que está asentada Canción Onírica. Estamos de vuelta en el bosque y la magia

revolotea por el aire a nuestro alrededor. Aquí puedo ir aún más deprisa; no estoy restringida por las calles ni por la gente que había en ellas. Serpenteo entre los árboles a medida que aumenta mi confianza en mi yegua.

—¿Intentas guiarnos tú? —me grita Giles con una carcajada.

—Desde luego que no —le grito de vuelta.

—Parece que intentas echarnos una carrera.

—Si supiese dónde vamos, me sentiría inclinada a echar carreras —reconozco. Ralentizo el paso para poder mantener una conversación normal. Troto hasta donde Shaye y Giles siguen avanzando juntos. Davien ya casi nos ha alcanzado desde que dejamos atrás la ciudad.

—Se te ve bastante cómoda a caballo para ser una dama de la nobleza —comenta Shaye.

—No sé si yo me llamaría dama de la nobleza —digo con una leve sonrisa—. Mi padre era el primer lord de nuestra familia. Solo se ganó el título gracias a su suerte en los negocios. —Se me borra la sonrisa y mis ojos se pierden en la extensión dorada y roja del bosque—. Y cuando esa suerte se acabó… lo mismo ocurrió con todo lo demás que trae aparejado el título. Excepto el título en sí.

Shaye me mira durante un minuto largo. Hay una comprensión profunda en sus ojos, una consideración que a la mayoría de la gente le falta. No me siento observada del mismo modo que con Davien. No es como si hurgara en mis pensamientos más profundos ni en mis rincones más oscuros. No… Con Shaye hay casi un reconocimiento sutil. Como si viese y reconociese mi dolor, igual que yo lo veo y lo reconozco en ella, aunque nuestro dolor sea diferente y único.

—¿Recibiste lecciones de equitación antes de que se acabase la suerte?

—No, aunque sí conseguí una yegua como regalo. Una de las únicas cosas que me dio mi padre en la vida. Tenía que cuidar de ella, que ocuparme de todas sus necesidades, pero la moza de cuadra que teníamos fue lo bastante amable como para enseñarme los rudimentos de la equitación. Después de eso, me enseñé a mí misma. Escapaba a caballo un rato todos los días, a primera hora de la mañana. —Tengo la vista fija en el punto donde las tenues motas brillantes ocultan los árboles a lo lejos—. Continuaba y continuaba hasta llegar al borde

mismo de mi pequeño mundo… y en ese punto, fantaseaba con seguir adelante. Con cabalgar hasta un lugar en el que estuviese muy lejos del alcance de mi familia.

—Supongo que lo conseguiste —comenta Giles con una carcajada. Es un tipo alegre y no parece percatarse del dolor que ronda por debajo de mis palabras y que Shaye está muy claro que sí percibe—. Después de todo, ahora mismo estás cabalgando bastante lejos de ellos, en un sitio donde jamás podrán alcanzarte.

Me río con suavidad. *Ojalá pudiese quedarme aquí*. El pensamiento cruza mi mente de un modo tan natural que tardo tres segundos enteros en darme cuenta. No es la primera vez que he tenido este tipo de pensamientos, así que no es sorpresa lo que me alarma. Es lo natural que se ha vuelto ese deseo.

—¿Ese es el caballo que querías quedarte? —pregunta Davien. No recuerdo cuándo se ha acercado tanto. Ahora está al otro lado de mí, así que estoy emparedada entre Shaye y él—. Oren me contó que hubo un punto conflictivo el día que te marchaste y que tuvo que ver con un caballo.

—Se llama Misty —explico—. Mi padre me dio solo dos cosas en toda mi vida: el laúd de mi madre, que era más una herencia de ella que un regalo por parte de él, y Misty. Mis hermanas ni siquiera montan. —Aunque Laura sí que dijo que haría todo lo posible—. Se echará a perder ahí.

—A lo mejor cuando vuelvas puedes recuperarla.

—Es curioso —me río—, estaba pensando justo lo mismo hace un rato. Pensé que si puedo tener magia en mi interior, si puedo cruzar el Vano y cenar con feéricos, ¿qué puedo temer de mi familia? —Aun así, al tiempo que digo esas palabras, sigue habiendo una niñita asustada dentro de mí, temerosa de cualesquiera castigos que Joyce pueda estar tramando.

—Muy poco, diría yo. —Giles se ríe otra vez.

Davien continúa mirándome pensativo. Con él a un lado y Shaye al otro, no tengo ningún sitio en el que esconder mis pensamientos o emociones.

—Quizás, cuando todo esto termine y el polvo se haya asentado, pueda hacer un viaje de vuelta al Mundo Natural y ayudarte a

reclamar a Misty. Tener la magia del rey fae será útil en cualquier aventura. —Sonríe un poco y yo no puedo evitar esbozar mi propia sonrisa. La idea de nosotros dos deslizándonos a hurtadillas por la noche y colándonos en la antigua casa de mi familia para quitarles algo, después de todo lo que ellos me quitaron a mí, es una fantasía más dulce de lo que podría haber imaginado jamás.

—O, su majestad podría querer enviar a sus leales vasallos a ayudarla —dice Shaye con formalidad, al tiempo que le lanza a Davien una mirada significativa—. Después de todo, tú estarás muy ocupado. Tendrás que asentarte en el trono y asegurarte de que nadie quiera arrebatártelo. No sería sensato marcharse en esos momentos.

—En verdad, los feéricos no están acostumbrados a que sus líderes duren demasiado —suspira Giles—. Hace una eternidad que nuestra tierra no conoce la estabilidad.

—Todo eso cambiará conmigo —promete Davien—. Y creo que tendré tiempo, poder y energía suficientes para ayudar tanto a mi gente como a Katria.

Se me aparece la imagen de una balanza en la mente. Todos los feéricos, su reino entero, están en un lado, y yo estoy en el otro. Aun así, de algún modo, esa balanza no está tan desequilibrada como para que yo acabe volcada hacia el olvido. Davien sigue pensando en mí y en mi bienestar. Tal vez decía la verdad cuando dijo que haría un esfuerzo por venir a visitarme. A lo mejor no fue un baile cuidadoso de palabras feéricas.

—Supongo que el tiempo lo dirá. —Las palabras de Shaye suenan tan incómodas como se la ve de repente en su montura. No hace más que lanzar miradas de soslayo en dirección a Davien. Algo ronda por su cabeza y no siento ninguna inclinación por estar aquí cuando se lo quite de encima.

—¿Cuál es nuestro plan? —pregunto, en un intento por cambiar de tema.

—Hay una casa franca justo en el límite norte de nuestras fronteras, al norte de aquí. Llegaremos hasta ahí hoy y descansaremos. Se encuentra todavía dentro de las barreras de los Acólitos del Bosque Salvaje, así que podremos pasar la noche relativamente seguros. Y luego, mañana, nos levantaremos al amanecer y cabalgaremos sin

descanso por los bosques del norte, a través de las brumas, hasta llegar al lago Unción en el punto más septentrional de las tierras feéricas.

—Entendido. —Me inclino hacia delante para mirar a Giles al otro lado de Shaye—. Entonces, creo que tenemos tiempo para echar esa carrerita. ¿Tú qué opinas?

Giles pica el anzuelo.

—Opino que mi caballo es más grande y de mejor raza que el tuyo.

—Es una pena que no vaya a compensar el hecho de que yo sea la mejor amazona —le pico—. Te echo una carrera hasta la casa franca. El último en llegar se encarga de la cena.

Giles estalla en carcajadas.

—Sea como sea vas a salir perdiendo, porque soy un cocinero patético. Pero trato hecho. Shaye, ¿nos das la salida?

Shaye suspira, como si estuviese tratando con dos niños, aunque cuenta de todos modos.

—Tres. Dos. ¡Uno!

Giles y yo salimos disparados. Dejo a Shaye y a Davien atrás, junto con todos los pensamientos incómodos que han despertado sin darse cuenta. Dejo que mi mente se quede en blanco mientras el viento tira de mi pelo y mi ropa y me provoca lágrimas en las esquinas de los ojos. Giles estaba equivocado. Pase lo que pase, yo gano. Porque tengo la oportunidad de galopar tan rápido como quiera por los bosques mágicos de los feéricos.

Incluso cuando esos pensamientos están intentando hundirme… cuando galopo de este modo, siento que soy yo la que tiene alas. Siento como si volara.

Como explicó Davien cuando partimos, este viaje nos va a llevar dos días. Así que nuestra carrera acaba siendo más un reto de resistencia. Nuestro ritmo inicial se ralentiza a un trote alegre y acabamos lado a lado.

—Esto no es gran cosa como carrera —comenta con una risita.

—La mayoría de las carreras se ganan al principio o muy al final. La parte central es solo una cuestión de mantener el ritmo. —Le guiño un ojo.

—No estoy seguro de que así sea como funcionan las carreras.

—Es probable que tengas razón. —Me río—. Nunca he echado una carrera con nadie. —Estas son las ventajas nuevas y emocionantes de tener amigos de verdad.

—Pues es una pena, porque montas muy bien.

—Gracias. —Me esponjo un poco mientras me permito saborear el cumplido—. Creo que todos vosotros sois las primeras personas que me han visto montar en la vida.

—¿Ni siquiera tu familia?

—Puede que me hayan visto al final de mis cabalgatas matutinas, o de lejos… Tenía que tener su desayuno preparado no mucho después del amanecer. Así que solían estar dormidas cuando salía por la mañana y muchas veces aún cuando regresaba.

Giles se queda callado durante un buen rato. Casi puedo oír sus pensamientos.

—Adelante —lo animo tras un suspiro—. Pregunta lo que sea que esté rondando por tu cabeza.

—No hay…

—Puedo sentirlo. —De un modo muy parecido a como sentía los pensamientos de Helen cuando cavilaba sobre cuál sería la mejor manera de torturarme la siguiente vez.

—Davien no nos contó gran cosa acerca de tus circunstancias. De hecho, sabíamos muy poco de ti antes de que vinieras a nuestro mundo.

—Eso tiene sentido. —Sobre todo dado cómo me trataron cuando llegué: con gran escepticismo y un enfado casi directo. Después de haber tenido tiempo de ver a Davien con sus leales compañeros, su reacción está más clara para mí ahora. Yo era un cabo suelto, un riesgo y una responsabilidad. Entré de golpe en su vida de un modo que él nunca deseó y ellos no tenían ni idea de que yo me sentía de un modo muy parecido. Después «robé» su magia. Tenía muy pocas cosas que pudieran animarlos a tomarme cariño.

—Pero sí nos contó que eras una dama de la nobleza. —Giles se ríe con suavidad—. Hol estaba muy preocupado por la idea de que nuestro futuro rey se casase con una plebeya.

Sonrío con amargura.

—Nací plebeya… y sea cual sea el título o la estima que sí poseo,

estoy segura de que no tiene el nivel suficiente como para justificar mi matrimonio con un rey. Tampoco es que importe, puesto que en vuestro mundo no se nos considera casados. —Como me han dejado muy claro muchas veces ya.

—Sí, eso apaciguó un poco a Hol.

—Pero eso no es lo que querías preguntarme, ¿verdad?

—No. —Giles frunce los labios y piensa un poco en silencio antes de preguntar—: No tienes muy buena relación con tu familia, ¿verdad?

—¿Qué te ha hecho pensar eso? —Me río—. ¿El hecho de que vendiesen mi mano para pagar deudas y poder volver a financiar sus fiestas? ¿El hecho de que no he encontrado ni una sola cosa buena para decir sobre ellos desde que llegué?

—El hecho de que te pones tensa, tu voz cambia y tus ojos pierden de vista el presente cada vez que se los menciona.

Lo miro, estupefacta. Noto que tengo la boca abierta, pero tardo un momento en recuperar la compostura lo suficiente como para cerrarla.

—Y yo que pensaba que se me daba bien ocultar mis emociones y pensamientos.

—Se te da bien; eso creo yo al menos. Fue Shaye la que se dio cuenta. Davien también, pero él siempre parecía conocerte mejor por el tiempo que habíais pasado juntos antes de venir aquí.

Supongo que yo no era la única que escuchaba durante esas noches que pasamos juntos, prestando atención a lo que decía el otro.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Si estás preocupada por que puedan hacerte daño, Davien ha dejado claro que nadie te hará daño jamás. Al menos, no mientras él aún respire.

—¿Qué? —susurro.

—Ya nos ha encomendado la responsabilidad de protegerte.

—Porque soy el recipiente que lleva su magia.

—No, incluso después de que la magia se extraiga. Ha dejado sus deseos *muy claros*. Cuando regreses al mundo humano, iremos con regularidad a comprobar que estás bien. Durante el resto de tus días, o durante el tiempo que quieras, tendrás su protección.

Me muevo incómoda en la montura. De repente, la tarde me

parece demasiado calurosa, aunque el invierno se esté intentando colar al mismo tiempo por debajo de mi capa. Davien quiere protegerme, no solo a la magia que llevo dentro. Quiere protegerme *a mí*. No sé cómo procesar este sentimiento. ¿Por qué es más fácil de gestionar la idea de que me vea solo como a un recipiente que la idea de que me vea como a una persona?

—¿Qué pasa? —pregunta Giles con amabilidad.

—Nada. —Sacudo la cabeza, pero los pensamientos se quedan pegados al interior de mi cráneo. No puedo escapar de ellos.

Giles me mira a los ojos.

—Estás llorando.

Levanto una mano temblorosa a mi mejilla, rozo su curva. Y sí, ahí hay humedad. Noto mi respiración entrecortada, atascada en emociones que amenazan con estrangularme.

—¿Por qué me resulta mucho más fácil procesar que me traten como a una cosa que como a una persona? ¿Cómo puede ser que la segunda posibilidad duela más? —balbuceo.

Giles parpadea varias veces, perplejo. Sus cejas se arquean hacia arriba y se juntan en el centro. No puedo soportar su compasión.

—Porque ahora sabes que así es como deberían haberte tratado desde un principio. Porque sabes que si una persona te ve y te respeta como debería, entonces no hay ninguna excusa para que otra persona no lo haga. El defecto no está… nunca ha estado, en *ti*, sino más bien en los defectos de todos los que te han rodeado. Tú siempre fuiste digna.

—Yo… —me atraganto con mis propias palabras. Sacudo la cabeza y me giro hacia delante—. Hemos olvidado que estábamos echando una carrera. No voy a dejar que me distraigas para que sea más benévola contigo.

—No trataba de distraerte. Katria…

No oigo lo que sea que dice. Con una patada y un cambio de peso, salgo disparada otra vez a través del bosque, para huir, como hacía cada mañana allá en casa, de todos los pensamientos que amenazan con asfixiarme.



Veintitrés

Como era de esperar, soy la primera en llegar a la casa franca. Al menos, supongo que es la casa franca, pues no he visto ninguna otra estructura durante horas desde que partimos de Canción Onírica.

La «casa» es más bien una cabaña de una sola habitación grande. Hay un pequeño pozo de fuego en el centro, con carbones negros sobre un lecho de arena. Una olla cuelga del techo sobre él, con varios otros artículos y utensilios de cocina rudimentarios almacenados alrededor. Hay literas alineadas por las paredes a derecha e izquierda.

Las camas no tienen colchones, solo tablones de madera maciza. Es extraño ver algo hecho para los feéricos que no sea de un lujo extraordinario. Una investigación de uno de los baúles al pie de las literas revela una reserva de mantas. Otro baúl guarda un surtido de cosas variadas, desde raciones en conserva hasta lo que solo puedo suponer que son artículos médicos y elementos para rituales.

No le encuentro ningún sentido a quedarme sentada de brazos cruzados a esperar a que lleguen los demás, así que voy detrás de la casa, a un pozo que vi al llegar. Con dos cubos de agua, lleno un gran barril con grifo para beber. Un tercer cubo lo divido entre la olla que cuelga por encima del hogar y una pequeña jofaina para asearse.

Como sospechaba, hay herramientas para encender un fuego entre

los artículos de cocina. Me lleva dos intentos, pero consigo prender los carbones. No es un fuego demasiado grande, pero es caliente y los carbones no desprenden demasiado humo.

La puerta se abre y por ella entra Giles, que interrumpe mi paz.

—Creía que se suponía que tenía que ser yo el que cocinara. Después de todo, he perdido la carrera.

—A menos que vayamos a tomar agua hervida para cenar, todavía tienes mucho por cocinar.

—*Mmm*, agua hervida. Mi favorita. —Se frota el estómago y yo me río—. Es un gusto oírte reír. Antes yo…

—No te preocupes por ello.

—No, sí que me preocupo. Te he molestado, y desde luego que no tenía la intención de hacerlo, así que quiero pedirte disculpas.

—Te he dicho que no te preocupes por ello. —Atizo un poco el fuego.

—Pero…

La llegada de Davien y Shaye me salva. El relincho de sus caballos distrae a Giles de lo que fuera que fuese a decirme a continuación. Me levanto y devuelvo mi atizador a su gancho.

—Por lo que a mí respecta, esa conversación la dejamos muy atrás en el bosque. Déjalo ahí, Giles —digo en tono bastante ligero, aunque con un toque de cautela. Giles y yo estamos bien y espero que él permita que la cosa siga así al no insistir en aquello.

Me mira pensativo, pero no tiene ocasión de responder antes de que Davien y Shaye entren en la cabaña.

—Gracias a los dioses que habéis encendido un fuego. El aire ya empezaba a ponerse gélido —comenta Davien.

—Lo cual significa que deberíamos salir en busca de algo de comer —le dice Giles a Shaye.

—*¿Nosotros?* —pregunta esta, las cejas arqueadas.

—Sí, nosotros. He perdido la carrera con Katria.

—No veo cómo esa patética apuesta tuya hace que yo también tenga que cocinar —protesta.

—Porque no quieres comer nada de lo que yo cocine sin supervisión. —Giles la agarra del codo y la conduce hacia la puerta. Los pies de Shaye se mueven con reticencia—. Vamos, busquemos algo

de comer y cacemos alguna cosilla antes de que el sol se ponga del todo.

—Vale, vale —acepta Shaye.

Davien se ríe cuando la puerta se cierra detrás de ellos.

—Esos dos hacen una pareja tan extraña. Y aun así, siempre que los veo juntos no puedo evitar sonreír.

—O sea que sí que están juntos, ¿no? —Había tenido sospechas crecientes.

—Intentan ocultarlo. —Davien se encoge de hombros—. Pero sí. Giles ha tenido ojos solo para ella desde que llegó a Canción Onírica. Al menos eso es lo que me cuenta Hol… y lo que vi cada vez que los dos estaban juntos en el Mundo Natural.

—¿Y Shaye? ¿Ella le corresponde? —Debe haber alguna razón para que suelan mantener las distancias en público o sean discretos acerca de sus afectos.

—Sí, lo hace, aunque se está tomando su propio tiempo con todo ello. Shaye… —Davien cruza hasta el fuego y se sienta a mi lado, claramente sopesando sus palabras. Yo vuelvo a sentarme. No encuentro el ánimo para sentarme al otro lado del fuego con respecto a él, aunque sé que sería lo mejor. Puedo percibir su calor radiante a través del estrecho espacio que nos separa. Por fin encuentra cómo decirlo—: Shaye ha tenido una vida difícil.

—Me contó un poco… que nació para ser una Carnicera.

—Como todos los Carniceros, fue entrenada para luchar desde el momento en que aprendió a andar. Durante los primeros quince años de su vida, no conoció ni un resquicio de amabilidad. Nunca supo que la gente podía ser tierna o fiable. Cuando llegó a Canción Onírica por primera vez, ni siquiera sabía qué aspecto tenía el amor. —Los carbones al rojo vivo iluminan más el rostro de Davien que la mortecina luz del sol que desaparece deprisa al otro lado de las montañas—. Giles fue paciente con ella; todavía lo es. Me ha dicho que no tiene ninguna prisa y que lo mejor siempre merece la pena la espera.

—Parece un buen hombre. —Doblo las rodillas, las pego a mi pecho y cierro los brazos a su alrededor. Tenía buenas intenciones en el bosque. Es solo que él… no lo entiende.

—Lo es; aunque, claro, yo procuro tener la compañía solo de hombres y mujeres buenos.

—Entonces, ¿cómo acabaste casado conmigo? —pregunto con una carcajada.

—Porque creo que eres la mejor mujer de todas. —Davien me mira directo a los ojos al decirlo. No hay forma de esconderse de él. Sus verdades son implacables y me pillan desprevenida a cada vez.

—Entonces, supongo que no me conoces demasiado bien —murmuro.

—Creo que te conozco mejor de lo que querrías.

—¿Cómo?

—¿Cómo aprendemos sobre cualquier cosa? Presté atención. Escuché cuando cantabas. Escuché las melodías que tocabas desde el corazón. Observé tus movimientos con más atención de la que jamás presté a los estudios que me ayudarían a asumir la corona.

—Mientes. —Mi voz es un susurro ahora, incapaz de decir nada más fuerte.

—Desearía poder hacerlo. —Sonríe, los labios recalcados de rojo por las brasas—. Pero sabes que no puedo. —Davien se inclina hacia delante para ponerse de rodillas. Viene hacia mí casi como un animal de presa, acechante, y cierra el espacio que nos separa con movimientos lentos y deliberados. Me inclino hacia atrás, las palmas de las manos abiertas en el suelo de madera detrás de mí. Me está dando caza, como una bestia de sombras y luz de fuego. Mata el espacio entre nosotros. Con una mirada, me golpea entre las costillas. Quedo indefensa—. Todos y cada uno de mis pensamientos vuelven a ti. Eres como un remolino, giro y giro hacia abajo en espiral y, cada vez, me quedo atrapado en tu centro. Ahora, sé que hay una sola manera de escapar.

—¿Y cuál es? —Estoy encajonada entre sus brazos mientras se sostiene por encima de mí. Tiene una rodilla entre mis piernas y la mueve cuando se inclina hacia delante.

—Rendirme, dejar de luchar, y ver a dónde me llevas.

Sus labios se estrellan sobre los míos con una fuerza que me empuja hacia atrás del mismo modo que la noche anterior. Mis brazos vuelan hacia arriba y se cierran alrededor de su cuello para buscar

estabilidad. Me sujeta contra él con una mano, la otra nos sostiene a los dos. Siento su fuerza sobre mí, alrededor de mí, protegiéndome. Gimo con suavidad mientras mi cuerpo se arquea hacia él por voluntad propia.

¿Cómo hemos acabado aquí? ¿Acaso no estaba pensando antes en cómo no podía volver a dejar que esto ocurriera y que no había sido nada más que un arrebato momentáneo? ¿Por qué me está besando ahora? ¿Por qué deseo tanto todo esto?

Son preguntas que no puedo responder porque tengo la mente en blanco, aunque por primera vez, siento el corazón lleno.

Despacio, me ayuda a tumbarme en el suelo, sin interrumpir el beso en ningún momento. Su lengua se desliza por mis labios y lo dejo entrar. En el mismo segundo que lo hago, tantea en suave exploración. En consecuencia, profundiza el beso aún más.

En estos momentos, no hay pensamientos. Ya no me preocupo por lo que es y lo que puede ser, lo que podría o no podría ser. No me da miedo el futuro ni lo que pueda depararme en esa casa solitaria de vuelta en el Mundo Natural, protegida de todo, separada de todos.

Solo está él, su calor, su vida. Espira, yo inspiro, y respiramos así, en tándem. Mi mundo se estrecha para consistir solo en él, una de sus manos en mi pelo, la otra sobre mi pecho.

Entierro las manos en los pliegues de su camisa y tiro. De repente, toda nuestra ropa nos queda apretada y justa. Ahora hay más en este deseo que me mueve. No he tenido lo suficiente de él ya. Quiero exponerlo. Quiero besarlo hasta que estemos rotos y sin aliento y gloriosos en la noche.

Su boca abandona la mía, su respiración jadeante y entrecortada.

—Deberíamos parar, amor.

La palabra cae como un cubo de agua helada sobre mí. Lo miro pasmada, mis manos se aflojan sobre su ropa. Debe de ver el horror en mi cara porque hay un destello de pánico en sus ojos.

—Dijiste…

—Es solo una expresión —murmura. Se inclina hacia delante para deslizar los labios por encima de los míos otra vez, como si pretendiese silenciar mis pensamientos ya desbocados con un mero beso—. No le busques tres pies al gato.

Sí, pero ¿lo decías en serio?

La pregunta no sale por mi boca. Me llena de demasiado pánico. Me lo quito de encima y hago un esfuerzo por recuperar la compostura.

—Katria…

No puedo mirarlo. Envuelvo los brazos a mi alrededor y me abrazo con fuerza. Clavo las uñas en mis tríceps.

—Hicimos un trato —susurro al fin.

—Nada más que diversión. Lo recuerdo.

—Nada de sentimientos.

—Lo recuerdo —repite.

—¿Estás cumpliendo tu parte del trato? —Por fin me giro hacia él. Los labios de Davien se abren un poco.

—Lo estoy intentando.

¿Intentando? Pero ¿lo estás consiguiendo? Otra pregunta que no me atrevo a hacer. No cuando él debe decir la verdad.

Me levanto del suelo y oscilo un poco cuando me enderezo. Una vez más, me separo de él mientras arreglo mi ropa y siento una mezcla de confusión y una terrible insatisfacción. ¿Cuántas veces debo abandonarme a esta necesidad antes de quedar satisfecha? Este deseo que me llena es una bestia implacable que carga a través de mis pensamientos y me consume de un gigantesco mordisco tras otro.

—Katria. —Davien murmura mi nombre y pone las manos sobre mis hombros. Las desliza por mis brazos. Las yemas de sus dedos sobre mis antebrazos desnudos me provocan escalofríos por todo el cuerpo que van directos a la cabeza. Casi la echo hacia atrás para dejar mi cuello al descubierto y que pueda morderlo.

—Davien… —Suspiro su nombre como una suave plegaria. Nunca he creído en los viejos dioses que adoran las personas mayores en la ciudad, pero si les hubiese prestado más atención, apuesto a que tendrían un nombre como este.

—Piensas demasiado. —Como era de esperar, besa la piel expuesta de mi cuello.

—Uno de nosotros debe hacerlo.

—Déjate ir; entrégate a mí.

Me estremezco y él tira de mí hacia él; quedo envuelta en sus

brazos una vez más. Sus manos se deslizan sobre mí, su boca pegada a la piel suave de mi cuello… Es decir, hasta que suena el picaporte de la puerta.

Davien me suelta al instante y me aparta con suavidad. Se muestra compuesto y sereno mientras yo me apresuro a recolocar mi ropa de nuevo. Por suerte, no conseguimos llegar demasiado lejos esta vez.

—¿Habéis encontrado algo? —pregunta Davien como quien no quiere la cosa.

—Una liebre, ortigas, unas cuantas setas silvestres. —Giles sujeta en alto una liebre y una bolsa gorda.

—No interrumpimos nada, ¿verdad? —A Shaye no se le escapa nada.

—Me encantan las setas silvestres —me apresuro a decir.

—Bien, entonces puedes cocinarlas tú. —Giles sonríe, pero la sonrisa se le borra enseguida cuando Shaye le da un codazo.

—Has perdido tu apuesta, así que cocinas tú. Ya es hora de que pulas algunas destrezas. Un soltero como tú no puede sobrevivir para siempre de la caridad de otros.

—A lo mejor me encuentro una esposa preciosa que cocine para mí. —Giles menea las cejas.

—Buena suerte con eso. —Shaye va hasta el fuego, pero sus ojos no hacen más que saltar de Davien a mí.

—Voy a ir a ver cómo están los caballos. Me aseguraré de que estén bien provistos para la noche. —Escapo antes de que un rubor rojo trepe por mi cuello y me delate.

Sola, respiro hondo y dejo que el frío de la noche me envuelva mientras la puerta se cierra. Me dirijo de vuelta al pozo y saco un cubo de agua para los animales. Mi reflejo me mira desde el agua.

«¿Qué estás haciendo?», le pregunto a la mujer ondulante. Este es un lugar mágico. A lo mejor responde. A lo mejor tiene más suerte que yo dilucidando estos sentimientos. Mi reflejo guarda silencio. «Pues sí que ayudas».

Suspiro y voy hacia los postes donde están atados los caballos. Están ahí tranquilos, pastando de las altas hierbas que asoman entre el musgo, sin una sola preocupación en el mundo. Uno por uno, los dejo beber del cubo y, cuando se han llenado, vuelvo al pozo y saco otro

cubo más para dejárselo delante. Me doy cuenta de que el olor a liebre asada y setas silvestres salteadas en su grasa se está volviendo ya casi insoportable.

La conversación susurrada del interior me hace detenerme a la puerta.

—… responde a mi pregunta —dice Shaye con sequedad.

—Ya lo he hecho. —El tono de Davien suena perezoso y casi oculta la agitación bajo sus palabras.

—La has esquivado una y otra vez.

—No es verdad.

—¿Qué sientes por Katria? —exige saber Shaye sin rodeos. Mi corazón da un respingo.

—Prometí no sentir nada.

—No me importa nada una promesa que te hiciste a ti mismo cuando fue a vivir bajo tu tejado, ni una que nos hicieras a nosotros. —Shaye suena exasperada.

—Déjalo en paz. —Giles suspira por encima del repiqueteo de los utensilios de cocina—. Puede sentir lo que quiera por nuestra amiga humana. A mí me gusta bastante.

—Y a mí me interesa saber que ese sentimiento es amor. —Shaye es como un perro con un hueso. No hay manera de que vaya a dejar el tema—. ¿La quieres?

Me apoyo un poco en la puerta, aprieto la oreja contra la madera fría y contengo la respiración. *No*, quiero gritar, *di que no*. Si no me quiere, las cosas seguirán siendo sencillas. Significará que no me he equivocado. Si no me quiere, entonces…

—Sí, la quiero —admite Davien. Resbalo despacio contra la puerta hasta quedar de rodillas. Me tapo la boca, me falta el aire. Se me agarrota el estómago. Es como si mi cuerpo tratara de ponerse del revés. Soy hija de mi padre a pesar de todos mis intentos por evitar correr su misma suerte.

No, yo no cometeré las mismas equivocaciones que él. Solo porque Davien empiece a tener sentimientos amorosos no significa nada para mí. Yo no me dejaré llevar por ese tipo de afecto. No volveré a ceder a mi deseo con él nunca más. Le daré esta magia y me marcharé antes de que me atrape en una vida de miseria como en la que Joyce atrapó

a mi padre.

—Ya sabes…

—Lo sé —interrumpe Davien a Shaye con brusquedad—. Sé que ella y yo nunca podríamos estar juntos. Lo que sienta hacia ella no cambia nada. Conseguiré la magia que lleva dentro y la mandaré de vuelta a su mundo.

—Majestad… —dice Giles con suavidad, casi con tristeza, aunque lo que dice Davien es lo más sensato que podría decir. No hay nada por lo que estar tristes. Está claro que conoce el lugar de cada uno en esta historia.

—Con el tiempo, estoy seguro de que no significará nada para mí y que esto será poco más que un capricho. Encontraré a una reina adecuada y me desharé de este conjuro en el que me tiene atrapado Katria. —Las palabras de Davien van ganando fuerza a cada frase que dice—. Acabará por no ser nada para mí.

No hay ni un ápice de humo. Cada palabra que ha dicho es verdad.



Veinticuatro

El amanecer se filtra por las ventanas de la casa franca. Giles atiza las brasas del fuego hasta que brotan unas llamas bajas de nuevo. Sin embargo, el sonido de sus golpes es lejano y mortecino. Lo único en lo que parezco capaz de centrarme es en la respiración suave de Davien en la litera de encima de la mía.

Mis ojos se abren y cierran despacio, cada vez más breve que la anterior hasta que me despierto poco a poco de una neblina soñolienta. Los feéricos habían usado su magia para convertir mantas y hierbas en mullidos colchones y abrigados edredones que han transformado los catres de madera en una cama tan cómoda como la que tenía en Canción Onírica.

Pero no estoy distraída admirando su magia. Eso se ha convertido en algo normal. Lo que seguro que no es normal son las palabras de Davien que aún resuenan en mi mente. Rebotan contra los recuerdos de mis padres que he intentado empacar en pequeñas cajitas que no quisiera abrir nunca.

¿La quieres?

Sí, la quiero.

Me quiere. Cierro los ojos con una mueca. Este es el dolor del que llevo toda la vida intentando escudarme. Es el principio de la agonía

que vi a mi padre soportar por su amor. Por suerte, Davien todavía está esforzándose por ahorrárnosla a los dos. Cuanto antes me marche, antes estaremos libres.

Cuando Shaye se levanta de la cama de un salto, sé que es hora de moverse. Davien piensa lo mismo, pues baja de su litera cuando yo me incorporo. En algún momento de la noche, ha perdido su camisa. Cada músculo duro que sentí debajo de su ropa está ahora al descubierto y el amanecer gris los perfila con trazos de luces y sombras.

Nuestros ojos se cruzan mientras mi mirada recorre su cuerpo. Sus labios se entreabren y me pregunto si está pensando en besarme de nuevo. Me pregunto si su confesión a Shaye me ha envuelto en una luz nueva, porque desde luego que yo lo veo diferente. Nunca había sentido esta consciencia dolorosa de su mera presencia. Él asalta mis sentidos y los fuerza a la sumisión hasta el punto de que es lo único en lo que soy capaz de concentrarme.

—Buenos días. —Su voz suena pastosa por el sueño.

—'Nos días. —Aparto la mirada ahora que aún puedo y bajo las piernas de la cama—. Voy a ver a los caballos para asegurarme de que estén en buenas condiciones para el día.

—Eres muy diligente. Gracias. —Giles sonríe.

—No me cuesta nada. —Huyo tan deprisa como la noche anterior. No puedo mirar a Davien cuando está solo medio vestido.

El bosque está silencioso. Las motas de luz que suelen revolotear por ahí durante el día aún no han despertado. Se elevan a cada paso que doy; algunas se quedan flotando en el aire mientras que otras vuelven al suelo musgoso para lo que supongo que son unas cuantas horas más de sueño.

Compruebo las sillas de los caballos y les llevo más agua fresca. Hoy nos espera otro día de duro camino, así que deberían hidratarse ahora que pueden.

«Creo que voy a conseguir toda una manada como vosotros cuando vuelva al mundo humano», le digo a mi yegua, y le acaricio el hocico mientras el caballo de Davien bebe. «Sois mucho más simples que las personas, o que los feéricos».

—Pero ¿tienen mejor conversación?

La voz familiar me deja paralizada. Me giro despacio para mirar a

la persona que ha hablado. Como esperaba, Allor está a apenas unos pasos de mí, su forma envuelta en sombras recortada contra la neblina de la mañana.

—Depende de con quién esté hablando. —La sequedad de mi tono hace poco por disimular mi incomodidad ante su presencia.

Una sonrisa petulante, como la de un gato, se despliega por su boca, como si mi desagrado fuese de lo más satisfactorio.

—Espero que disfrutes hablando conmigo. Traigo buenas noticias.

—¿Ah, sí?

—Sí, por supuesto. He venido a deciros que el rey está reuniendo sus fuerzas para el ataque a Canción Onírica.

—¿Y cómo es eso una buena noticia?

—Su objetivo es Canción Onírica, no tú. —Suspira con dramatismo —. De verdad que no creía que fuese a tener que explicarte esto.

Oh, no tiene que hacerlo. Ya he entendido lo que pretende decir. Si el rey Boltov está reuniendo todas sus fuerzas para un ataque a Canción Onírica, entonces lo que creo que quiere que piense es que no tiene a personas dispuestas a venir a por nosotros. Pero, ¿por qué no decirlo así sin más si fuese verdad?

—¿Crees que vendrá a atacarnos? —Intento estructurar mi pregunta con el mayor cuidado posible.

—No puedo dar por sentado que sé lo que hará el rey.

—Adivina. —Allor ladea un poco la cabeza. Es un gesto sutil, uno que a la mayoría se le pasaría por alto. Yo lo interpreto como irritación—. Solo trato de averiguar en cuánto peligro podríamos estar. —Suelto mi farsa con el mayor convencimiento posible y procuro parecer muy preocupada.

—El objetivo del rey sigue siendo Canción Onírica.

No contesta a lo que le he preguntado. Estoy a punto de que todas mis sospechas sobre ella estén justificadas. Lo percibo.

—¿Ha dado órdenes de que otros nos persigan?

—No sé todo lo que dice o hace.

—¿Tiene alguna razón para sospechar de nosotros? —Dejo el cubo en el suelo.

—Tampoco sé cómo funciona su mente. —Sus manos se cierran y luego se relajan, como si se forzara a permanecer calmada.

—¿Nos van a atacar cuando crucemos esta frontera?

—El mundo es un sitio peligroso.

—¿Por qué no me respondes de manera directa? —exijo saber, la voz un poco más alta. No le doy opción de contestar, sino que voy directa a su cuello proverbial con mi interrogatorio—. ¿Sí o no? ¿Va a enviar el rey a gente a atacarnos cuando dejemos atrás la seguridad de las fronteras de los Acólitos en el Bosque Salvaje?

—No tengo por qué darte ninguna respuesta. —Allor se ha quedado callada, su voz un susurro letal.

—No, no tienes por qué. Pero aunque tuvieras que dármelas, no podrías… porque no *puedes* mentir y no *quieres* decir la verdad.

Sonríe y sus labios se separan un poco para revelar sus dientes. Son como los de Giles, un poco *demasiado* afilados.

—No confías en mí, ¿verdad, pequeña humana?

—No creo que tenga muchas razones para confiar en ti. No creo que nadie deba confiar en ti.

—Cuidado con hacer amenazas que no puedes cumplir. —Sus ojos centellean. Una ola de poder parece emanar de sus hombros y reunirse alrededor de la capucha oscura que lleva.

Este es el momento en que yo cedería. Si Allor fuese Joyce, me acobardaría. Me rendiría aquí y ahora porque yo no tenía ningún poder, ninguna fuerza. Ahora en cambio, doy un paso decidido hacia delante.

—Tengo el poder de los reyes de Aviness en mi interior. —Doy otro paso—. Tengo un poder por el que Boltov mataría… por el que *ha matado* a miles de personas. —Otro paso, y otro más. Muy pronto, estamos a apenas unos centímetros de distancia y mi sangre hierve en mis venas. La tensión se está acumulando en una ola que está a punto de estrellarse sobre ambas—. No serías la primera feérica en tratar de acabar conmigo. Puede que tampoco seas la última que mate por ello.

—¿Crees que puedes matarme? —Allor se endereza un poco para mirarme desde lo alto. Yo también me yergo en toda mi altura. Echa la cabeza atrás y señala a la vena abultada de su cuello—. Si lo crees, te recomiendo que golpees aquí. Ve directa a por el cuello. No me des la oportunidad de defenderme. Porque si lo haces… esa será tu última equivocación.

—¿Cómo te atreves a…? —La aparición de Davien me interrumpe.

—¿Allor? ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a desearos suerte en vuestro paso al otro lado hoy. —Allor se aparta de mí con una sonrisa—. Todos los demás mensajes, se los he dado a Katria. Y ahora, debería irme. —Salta de vuelta a una de las largas sombras proyectadas por los árboles y desaparece como el humo en la brisa.

—¿De qué iba todo eso? —Ni siquiera he oído a Davien acercarse, pero está a mi lado. De repente, su mano está sobre mi espalda. Doy un respingo al sentir su contacto—. ¿Katria? ¿Qué pasa?

Muchas cosas, pero me centro en la más importante.

—Deberíamos volver a Canción Onírica.

Sus labios se fruncen en un mohín.

—Sabes que no podemos.

—Tengo un mal presentimiento sobre esto. —Agarro la camisa de Davien, haciendo caso omiso de lo natural que me parece tocarlo. Bajo la voz a un susurro. Allor podría estar en cualquier sitio. Por lo que sé, podría tener magia que le permitiría escucharnos desde lejos. Ningún sitio parece seguro excepto Canción Onírica y ella puede llegar hasta nosotros incluso aquí—. Tenemos que volver, rodear a los carros y enfrentarnos todos juntos a Boltov. Estoy segura de que allí, con un poco más de tiempo, podremos encontrar un ritual que funcione. —Un ritual con el que Allor no tenga nada que ver.

—Tenemos que seguir adelante. —Me agarra las manos—. Cuanto antes transfiramos la magia de ti a mí, antes podré utilizarla con eficacia para proteger a todo el mundo.

—¿Es que no lo ves? Allor nos está mandando lejos, al otro lado de los hechizos protectores, nos está separando de la manada. No me fío de ella. —Aprieto las manos—. Está jugando con nosotros y va a ganar la partida si no nos mantenemos un paso por delante de ella.

—Es solo porque Allor es así. Tiene esa actitud y transmite esa sensación.

—Entonces, es alguien con quien no deberíamos estar trabajando.

—No tenemos elección en eso. —Frunce el ceño—. Sé que no te gusta desde el principio, pero…

—Creo que nos van a atacar —suelto de golpe.

—¿Por qué dices eso? —Busca mis ojos, como si buscase una razón para creerme, como si quisiera… pero querer no parece suficiente y noto que mis costillas se colapsan sobre mi corazón al darme cuenta.

—No fue capaz de darme una contestación directa a mis preguntas.

Davien se ríe bajito.

—Esa es una costumbre muy feérica.

—No. —Lo retengo cuando intenta apartarse y tiro de él otra vez hacia mí—. No estabas aquí para oír lo que le pregunté. *Cómo* se lo pregunté. —Me pregunto si Allor se marchó sin decirle gran cosa a Davien para plantar esta misma semilla de duda que está arraigando —. Creo que es una agente doble y creo que vamos directos a donde quieren que vayamos. Le pregunté si el rey iba a atacarnos. Le pedí que contestara sí o no, y no quiso responder.

—Allor es así.

—Deja de buscar excusas para ella. —Mis manos por fin se aflojan. Busco su cara, desesperada por que me crea—. Davien, ¿a quién crees más? ¿A ella o a mí?

Aspira una bocanada de aire pero no sale palabra alguna. Lo miro, expectante. Espero hasta que me duele, hasta que su silencio es un peso que me hiere con una fuerza lenta y aplastante. Dijo que me quería, pero no está dispuesto a creerme. Entonces, ¿de qué sirve ese amor? Esta es solo una prueba más de lo que siempre he sabido: el amor no sirve para nada.

—Necesito esa magia. Todo se arreglará cuando la tenga —dice al fin—. Eso es lo que Vena y todo Canción Onírica desean.

—Y yo quiero dártela, pero…

—Sin peros. Si de verdad estás de mi lado, me ayudarás. Entonces, ¿qué dijo Allor?

—Solo que el objetivo del rey está en Canción Onírica. —Abro la boca para continuar hablando, pero él ignora el gesto y se aparta.

—Partimos en una hora.

Cierro los puños y vuelvo a notar esa sensación de que la magia se apodera de mi sentido común. Inspiro por la nariz y suelto el aire por la boca. Davien no me lo perdonará jamás si vuelvo su magia contra él.

Un último intento.

—Davien, ¿podemos al menos esperar a mañana? ¿Retrasarlo un poco? A lo mejor si cambiamos nuestros planes podemos darles esquinazo.

—No hay nada a lo que dar esquinazo porque no se avecina ningún ataque. Pero sí tenemos aún más razones para darnos prisa.

—Pero…

—Necesito mi magia para proteger Canción Onírica y cuanto más retrasemos esto, mayor será el riesgo. He dado mi veredicto sobre esto y soy tu *rey*. —Levanta la voz al final hasta casi gritar. Davien señala al suelo como si tratara de reclamar la mismísima tierra como suya.

—No… —Niego con la cabeza—. No eres *mi* rey. Eres el rey de los feéricos y está claro que yo no soy nada más que un miserable recipiente humano que alberga tu magia. Así que muy bien, partamos, majestad. Pero si se derrama sangre hoy, estará sobre tus manos.

Me giro hacia los caballos y lo ignoro mientras se dirige furioso de vuelta a la casa franca.



La frontera del territorio Acólito en el norte no es más que una brecha entre los árboles. Cuando el sol golpea mis hombros, la misma sensación hormigueante que sentí al cruzar las grandes barreras que rodeaban el bosque de Canción Onírica vuelve a trepar por mi espalda y a provocarme escalofríos. Al otro lado, me siento más expuesta y más alerta que nunca.

Delante de nosotros, sin embargo, hay más bosque, al menos hasta que llegamos a un lago vidrioso. Los árboles del otro lado son más ralos, con musgo colgando de sus brazos esqueléticos. La tierra parece más baja, más húmeda. Más pantanoso que la tierra firme sobre la que hemos cabalgado a lo largo del último día y medio.

No obstante, lo más notable es la pared de niebla turbulenta que oscurece incluso el sol. Es imposible ver más allá del primer árbol. Podría haber *cualquier cosa* escondida en esa neblina lechosa.

—Es eso, ¿verdad? —pregunta Davien en voz baja.

—La bruma de las historias, la bruma de los reyes, el rito de iniciación que tenían que superar antaño los monarcas para ser

bendecidos en las antiguas aguas del lago Unción —recita Giles, como si lo estuviese leyendo de un libro de cuentos.

—Entonces, ¿esto no es el lago Unción? —le susurro a Giles. Él sacude la cabeza.

—Encuentro que los rumores acerca de lugares encantados están muy exagerados. —Shaye achucha a su caballo para guiarlo alrededor del lago. Los otros tres intercambiamos una mirada y vamos tras ella —. Por lo general, no son más que sitios en los que alguien quiere que otros no entren, y no sabe cómo conseguirlo aparte de con algún cuento tonto.

—No es un cuento tonto. —Giles llega hasta ella—. ¿Por qué crees que el rey Boltov no vino nunca a ungirse?

—¿Porque se ungió a sí mismo en la sangre de sus enemigos y no necesitaba un lago para validar su reivindicación del trono después de eso? —Las palabras de Shaye salen secas y rezuman amargura. Trago saliva con esfuerzo al pensar en lo que dice. Mis ojos ya escudriñan la bruma en busca de Allor. Podría estar en *cualquier parte* de esta turbiedad. Y está tan sedienta de sangre como el rey al que sé que sirve con total lealtad.

—Porque sabía que la bruma se negaría a dejarlo pasar, puesto que no era un heredero legítimo de Aviness. Se quedaría perdido para siempre.

—Nosotros no tendremos ese problema —proclama Davien.

—Espero que no tengamos ningún problema —digo en voz baja. No me oye nadie. Mi yegua relincha y sacude la cabeza. Le acaricio el cuello y le chisto con suavidad—. Puede que descubramos que avanzamos despacio por aquí.

—Se calmarán una vez que nos adentremos en la bruma —sentencia Davien confiado.

—Lo dudo. A no ser que los caballos sean diferentes en tu mundo a los del mío.

—No tenemos tiempo para consentirlos.

—No estaba sugiriendo que los consintiéramos —mascullo. Hay algo en este lugar que me tiene también a mí de los nervios.

—Avanzaremos en una hilera apretada para mantener la visibilidad —sugiere Shaye.

—Y con suerte no encontraremos nada en la bruma que nos separe. —Veo cómo se tensa la garganta de Giles cuando traga saliva con nerviosismo. Me pregunto qué cree que nos aguarda al otro lado de esta niebla mágica.

—Solo por si acaso, tomad. —Shaye nos entrega brújulas a todos —. Siempre que sigáis hacia el norte, os toparéis con la carretera vieja que conduce hacia la fortaleza Aviness al lado del lago, o con el lago en sí. Si nos separamos en la bruma, nos encontraremos ahí lo antes posible.

Estoy familiarizada con las brújulas; como hija de un importante comerciante, he visto muchas. Sin embargo, esta es distinta de cualquier brújula que haya tenido mi padre jamás. En lugar de una aguja que gira debajo de un panel de cristal, esta brújula es plana por completo y está hecha de prismas triangulares de cristal fusionados con magia. Los indicadores normales de norte, sur, este y oeste han sido grabados en la piedra. Uno de los prismas iluminado de un color verde fantasmagórico ilumina la dirección y la capa exterior. Cuando me giro en la montura, los prismas se apagan e iluminan según hacia dónde mire.

—¿Los puntos cardinales son iguales en Midscape que en el Mundo Natural? —Sé que este no es el lugar ni el momento para una lección sobre la geografía de Midscape, pero siento demasiada curiosidad como para no preguntarlo.

—Por lo que sabemos, sí —responde Giles—. Lo cual tiene sentido, dado que el Mundo Natural y Midscape fueron antaño una sola tierra. —Mira a Shaye—. ¿Cómo sabemos que estas van a funcionar en la bruma? ¿No se supone que está ahí para confundir a cualquiera que no tenga sangre Aviness?

—Hay una sola manera de averiguarlo. —Davien se pone en marcha. Por una vez, no puedo descifrar lo que piensa. No sé si la bruma lo está afectando, si lo pone nervioso como al resto de nosotros, o si solo está ansioso por llegar al lago, para poder extraer la magia de mí y que podamos terminar con todo este asunto.

—Yo iré en cabeza —declara Shaye, que se le adelanta.

—¿No debería ser yo? —Davien se sienta un poco más erguido en la montura.

—Mi rey, si van a atacar, preferiría que me atacaran a mí primero. Así te podría conseguir tiempo para escapar si hiciese falta. —Me alivia un poco pensar que Shaye crea que puede haber un ataque—. Tú irás detrás de mí, después Katria, y Giles cerrará la marcha.

—Muy bien. Si eso es lo que la generala de mis futuros ejércitos cree que es lo más estratégico, te haremos caso. —Davien se coloca detrás de Shaye.

Al menos escucha a alguien, pienso con amargura mientras coloco a mi yegua detrás del caballo de Davien y Giles ocupa la retaguardia, justo como nos ha indicado Shaye. Hay un solo instante de vacilación silenciosa. No hay viento alguno, ni pájaros piando ni grillos cantando. Todo está muy quieto, con la excepción de mi corazón atronador. Está todo tan callado que me sorprende que no puedan oírlo.

—Allá vamos —dice Shaye con suavidad, aunque rompe el silencio como un grito. Se pone en marcha.

Su caballo se resiste en el mismo momento en que intenta adentrarse en la bruma. Sacude la cabeza y da manotazos. Shaye lo obliga a seguir adelante. Da la impresión de que la bestia camina por aguas profundas, o por arena, o por alquitrán. La obedece, pero cada paso es más difícil que el anterior.

Davien también empieza a tener problemas, pero desaparecen en cuanto cruza la pared de niebla. La bruma se abre para él y se enrosca como tentáculos fantasmales a su alrededor. Estoy lo bastante cerca como para poder seguir su aura. Giles solo parece poder aprovechar la cola y su caballo también se resiste y tiene problemas.

—Prueba de más de que la verdadera razón de que Boltov nunca intentara apoderarse de la fortaleza del lago Unción, o desmantelarla, era porque no había forma de que pudiese llevar a un ejército a través de esta bruma. ¿Para qué proteger algo a donde nadie puede llegar? —comenta Giles. Aunque está justo detrás de mí, su voz suena lejana y amortiguada. El espacio está como estirado entre nosotros. Lo que antes era un bosque tupido es ahora una incómoda extensión de nada. El suelo bajo los cascos de los caballos es rocoso y está embarrado. Muy pocas cosas pueden crecer aquí.

—Sospecho que tienes razón. —Davien evalúa cómo se abre la

bruma para él.

—Esperemos que no se esté abriendo para que puedas embarcarte en una de las horribles pruebas de antaño —dice Giles.

—Ya te dije que no te preocuparas por ese tipo de historias. —El tono de Shaye es reflejo de cómo pone los ojos en blanco—. Te aseguro que se inventaron solo para mantener a la gente lejos. —Aunque dice eso, está claro que aquí hay magia en el ambiente. Incluso yo puedo sentirla.

Es como si un millar de manos invisibles se estuviesen deslizando por mis hombros y mis brazos. Casi puedo ver mi ropa moverse, empujada por fuerzas que no puedo entender. El aire permanece perfectamente quieto, así que sé que no es una brisa solitaria la que tironea de la tela.

—Entonces, ¿cómo explicas que la bruma se abra para nuestro rey? —pregunta Giles.

—Es probable que sea una barrera, sí. Pero dudo mucho de que haya fantasmas encantados para proteger el lago Unción. —La valentía férrea de Shaye es implacable y me pregunto qué podría asustar a la mujer. No creo que quiera encontrarme con ello nunca—. Sin embargo, si tienes miedo, desde luego que puedes dar media vuelta.

Davien resopla desdeñoso.

—No deberíamos separarnos.

—Es del todo imposible que ninguno de nosotros te abandone de verdad, majestad. ¿No es cierto, Giles? —Shaye se gira en su montura para mirar hacia atrás. Alcanzo a ver su rostro con claridad cuando su expresión pasa de la broma pícara a la sorpresa de ojos como platos y luego al horror aterrado—. ¿Giles? —repite con voz susurrada.

Miro detrás de mí. Solo hay neblina.

Giles no está por ninguna parte.



Veinticinco

—¿Giles? —lo llamo.

—Shh —me chista Shaye—. No hagas ruido.

—Pero…

—Ponte al lado de Davien —me ordena, sin dejar espacio para las preguntas. Hago lo que me dice.

—¿No deberíamos ir a buscarlo? —susurro.

—No. Él sabe lo que tiene que hacer. Igual que nosotros sabemos que debemos continuar adelante. Vinimos aquí en una misión, una de la que no podemos desviarnos.

Miro hacia atrás de nuevo. Se me hace un nudo en el estómago ante la idea de dejarlo atrás. ¿No debería Shaye querer salir corriendo detrás de él? ¿Acaso no le importa? Su amor por él es justo como todo el amor que he conocido en mi vida: depende por completo de la utilidad que él tenga para ella. Cuando ya no sea útil, o cuando pueda perjudicarla, se lo aparta a un lado.

—Deberíamos acelerar el paso —sugiere Davien. Se gira para mirarme—. Quédate siempre cerca de mí, ¿vale?

—No necesitas preocuparte por mí —digo con un gesto afirmativo —. Puedo mantenerte el ritmo.

—Bien.

Todo placer que hubiese podido obtener por su confianza en mí

destreza a caballo queda engullido enseguida por la preocupación que me consume. Es como si Giles no hubiera estado ahí nunca. Miro detrás de nosotros y la tierra mojada ha rellenado por completo las huellas de los cascos. Ni siquiera estamos dejando un rastro que él pudiera seguir. Me aferro a mi brújula con más fuerza; podría ser lo único que evitara que merodeara por este bosque hasta el día de mi muerte.

Shaye aprieta el paso y Davien y yo nos mantenemos cerca. Los árboles esqueléticos que pasan como una exhalación por nuestro lado me hacen dar respingos en mi silla. Salen de la nada, como manchurrones oscuros, y después desaparecen.

Llevo el estómago hecho un nudo. Me aferro a las riendas y a la brújula a la desesperada. Escudriño la niebla para ver alguna señal de algo o de alguien.

En el revoltijo de árboles en sombra, veo una forma humanoide.

—¿Habéis visto eso? —les pregunto a los dos.

—¿Visto qué? —Davien se retuerce para mirar hacia lo que sea que estoy señalando.

—Allí había una persona.

—Sería un árbol.

—Juro que había alguien —insisto.

—Seguid adelante —nos ordena en tono cortante Shaye desde más adelante—. Concentraos solo en eso.

Compruebo mi brújula. Seguimos rumbo norte.

—¿Cuánto tiempo más crees que va a durar esto?

—Al menos otra hora a caballo —responde Davien en tono lúgubre.

Otra hora en esa bruma pastosa. Otra hora para darle a lo que sea que atrapó a Giles una oportunidad de atraparnos también a nosotros. A lo mejor Giles solo se ha despistado. A lo mejor. Aunque incluso mientras intento pensar en esa posibilidad, sé que ese no es el caso. Es imposible que se haya separado por accidente.

Hay algo ahí fuera, silencioso, sigiloso, y nos está dando caza. De algún modo logra seguirnos la pista, incluso entre toda esa bruma.

Me estremezco. Si solo pudiese utilizar la magia que hay dentro de mí. Si solo fuese capaz de aprender a pulirla, a enfocarla, a luchar con

ella… En vez de eso, lo único que puedo hacer es correr y tratar de poner esa magia en manos de Davien lo antes posible para que podamos salvar esta tierra.

Un remolino de movimiento me sobresalta. Doy un fuerte tirón de las riendas y me inclino hacia un lado, lo cual hace que mi caballo proteste de manera sonora, se encabrite y manotee. Nos estrellamos contra Davien y su montura, lo cual los desvía de su rumbo. Por suerte, sus pies permanecen dentro de los estribos.

—¿Qué demon…?

Antes de que pueda enfadarse conmigo, una brisa sigue al susurro de un arma cuando corta a través del aire en el espacio que ocupábamos Davien y yo hacía un instante. Pelo negro, como las sombras que irradia la cogulla de la Carnicera, veteado de hebras blancas que casi igualan a la palidez de su piel. Mis ojos conectan con los de Allor.

Odio haber tenido razón.

Allor se zambulle en la neblina de nuestra izquierda y queda oculta por completo al instante.

—¡Nos atacan! —grita Davien para llamar la atención de Shaye. Justo acaba de decirlo cuando Allor emerge de la niebla una vez más.

Estiro un brazo hacia él y lo empujo de la montura con la palma de mi mano. Es pura suerte que la espada de sombras que blande Allor solo me haga un cortecito en el costado. El agudo dolor me sorprende, pierdo el equilibrio y voy a caer entre los dos caballos. Allor da una voltereta por encima de mí.

El revoltijo de pisadas de los caballos asustados hace retumbar el suelo. Ruedo y me tapo la cabeza con ambas manos para intentar hacerme una diana lo más pequeña posible. Uno de los caballos suelta un relincho agónico cuando Allor clava su espada en su anca. Me arrastro a toda prisa para quitarme del camino del caballo, que cae al suelo como un fardo. Cuando encuentro mis pies, agarro las riendas del otro caballo. Allor no nos va a quitar nuestra única posibilidad de escapar si yo puedo hacer algo al respecto.

—Ni se te ocurra —gruñe Allor. Extiendo una mano hacia ella y trato de que la magia venga en mi ayuda, pero no pasa nada mientras la mujer se lanza a por mí. Davien intenta moverse por mi periferia,

pero Shaye es más rápida. Salta de su montura, se retuerce en el aire y placa a Allor. La tira al suelo y las dos mujeres ruedan mientras los dos caballos restantes piafan a su alrededor.

—Serás traidora —escupe Shaye. Allor ya está tratando de liberarse de la llave con la que la inmoviliza Shaye.

—Shaye… —Davien esprinta hacia ella, pero la mujer lo detiene a medio camino con una mirada penetrante.

—¡Vosotros dos marchaos! Dejádmela a mí.

Allor se suelta y da una puñalada hacia arriba con una daga hecha de sombras. Shaye la esquiva y desvía el brazo de la Carnicera, antebrazo contra antebrazo. Allor se estira por delante de Shaye para agarrarla del hombro, libera su pierna y la enrosca alrededor del cuerpo de Shaye. Forcejean.

—¡Marchaos! —Shaye me mira a los ojos. La orden no es para Davien. Queda claro al instante a quién está dejando al cuidado de su rey mientras ella se queda atrás. Me quedo paralizada en el sitio, demasiado aturdida para moverme—. ¡Vamos!

Me pongo en marcha. Me subo de un salto en el que era el corcel de Davien. El hombre ya va hacia Shaye, que sigue enzarzada con Allor. Saco el pie del estribo más próximo a él y le ofrezco la mano.

—¡Davien!

—¡No vais a escapar! —grita Allor. Se quita a Shaye de encima, se pone en pie en un abrir y cerrar de ojos y aprovecha el impulso para lanzar un proyectil hacia nosotros. Le doy una patada al caballo y lo hago maniobrar con destreza para apartarlo de la trayectoria mientras Davien lo esquiva.

Shaye brota de la neblina, unos guantes con garras cubren sus manos. Están hechos de sombras. Se lanza a por el cuello de Allor, pero falla y conecta con su hombro a cambio. Se me revuelve al estómago al ver la sangre.

—Davien —repito, más alto esta vez, para llamar su atención. Sus ojos vuelan de Shaye a mí.

—Maldito. Seas. ¡Márchate! —brama Shaye, que apenas logra pronunciar las palabras entre los insistentes ataques de Allor mientras intenta mantener parte de su atención puesta en nosotros al mismo tiempo.

Davien por fin se pone en marcha, pero no va hacia Shaye, sino que esprinta hacia mí, que hago girar al caballo para recibirlo. La bruma continúa abriéndose cuando giro.

—Aparta —me dice.

—Yo monto mejor, ponte detrás —le espeto de vuelta. No puedo creer que haya pensado siquiera otra cosa. Por suerte, Davien solo se sorprende un momento y luego obedece. Mete el pie en el estribo y se sube a la montura detrás de mí—. Agárrate fuerte.

Con un grito y una patada, adentro al caballo en la bruma. La refriega me ha hecho perder el sentido de la orientación, pero tengo la brújula en el bolsillo. Ya la consultaremos luego. Ahora mismo, lo único que importa es salir de ahí cuanto antes.

Salir de ahí y dejar a Shaye atrás. Se me revuelve el estómago. *Puede cuidar de sí misma*, quiere decir parte de mí. Aun así, ya me muero de la preocupación. *Es solo una fae.* Pero no es así. En el tiempo que hemos pasado juntas, se ha convertido en más que eso para mí. Es Shaye, la mujer con un pasado aún más oscuro que el mío. La mujer a quien quería ver ayudar a matar a Boltov y liberar las tierras feéricas.

Es… Giles tenía razón; es una amiga.

Davien se mueve detrás de mí. Está mirando atrás, pero yo estoy concentrada solo en lo que tenemos delante, en esquivar los árboles esqueléticos que emergen como enemigos nuevos de entre la niebla.

—Shaye —murmura.

Freno un poco al caballo al oír el conflicto y el anhelo tan presentes en el nombre de la mujer.

—Podemos volver atrás.

—No… Has hecho lo correcto. Tenemos que seguir adelante. Shaye está cumpliendo con su deber y sus juramentos al darnos la oportunidad de escapar. —Habla como un rey, pero está claro que las palabras son forzadas, cada una más difícil que la anterior—. Además, no hay forma de que las encontremos otra vez. Y con suerte, no habrá forma de que Allor nos encuentre a nosotros.

Retuerzo las riendas entre mis dedos y continuamos al trote. Es más callado que el galope. Con un poco de suerte, habremos dado esquinazo del todo a Allor. Debe habernos seguido todo el camino hasta la niebla. Maldigo para mis adentros; espero que esté muerta.

—Has hecho lo correcto —repite Davien con suavidad. Su aliento mueve los pelillos de la parte de atrás de mi cuello. No hay espacio en la montura para dos. Es incómodo y no deja nada a la imaginación con su cuerpo apretado contra el mío. Tiene las manos en mis caderas, por falta de un lugar mejor donde ponerlas.

—Dejar a Shaye y a Giles no parece demasiado correcto.

—Tenemos que seguir adelante. Todo depende de ti y de mí. Los sacrificios de Shaye y Giles, Vena, los de todo Canción Onírica dependen de esta única oportunidad. Siempre y cuando lleguemos al lago y logremos transferir la magia de ti a mí, todos los sacrificios habrán merecido la pena. Sin importar cuál fue el coste.

No tengo respuesta a eso. ¿Qué podría decir? ¿Que no estoy de acuerdo? Aunque no lo estuviera, no me corresponde a mí decirlo. Tampoco sé si estoy de acuerdo o no. No envidio las elecciones que tiene que hacer, la posición en la que se está poniendo, la responsabilidad que va a soportar.

Mi mano abandona las riendas y se posa con suavidad sobre la suya. Quiero que me abrace y me diga que todo va a ir bien. Quiero abrazarlo y asegurarle que está tomando las mejores decisiones posibles. Aunque estemos huyendo para salvar la vida, incluso en una situación como esta, quiero consolarlo y que me consuele.

Estos sentimientos muy bien podrían conseguir que me mataran. *Esta* es la razón por la que no debes permitirte amar. Solo tengo que fijarme en Giles. A él lo dejó atrás la mujer que ama. Shaye no he tenido ningún problema en seguir adelante sin él. Y si no fuese por la magia que hay en mí, dudo que a Davien fuese a costarle mucho dejarme atrás también.

Intento quitarme de encima esos pensamientos. Para ello, busco mi brújula.

—Oh, no —murmuro.

—¿Qué pasa? —pregunta Davien. Aunque sé que, por encima de mi hombro, puede ver cuál es el problema.

—¿Tienes…? —Justo cuando empiezo a preguntárselo, siento que se mueve. Miro atrás y ya ha sacado su propia brújula. Como era de esperar, está haciendo lo mismo que la mía.

La luz refulgente da vueltas sin parar, con lo que ilumina y

oscurece cada prisma de cristal uno después de otro. Ningún prisma permanece iluminado más de un segundo. Incluso cuando paro del todo a nuestro caballo, la brújula sigue sin mostrar una dirección estable.

—¿Qué está pasando? —Miro atrás con nerviosismo. Todo está tan callado, tan quieto. Allor podría estar a medio mundo de distancia o justo detrás de nosotros. Quiero seguir avanzando, pero hacerlo sin rumbo parece casi más aterrador que enfrentarnos a Allor.

—Debe de tener algo que ver con las viejas barreras que rodean este lugar. —Davien maldice en voz baja—. Con suerte, lo que sea que está intentando despistarnos será el doble de malo para Allor o cualquiera de sus aliados que puedan estar al acecho.

—¿Qué hacemos, mi rey? —pregunto. Me giro hacia atrás y veo que abre un poco más los ojos. Se ha dado cuenta de lo que he dicho antes que yo misma. *Mi rey*, como si fuese parte de este mundo. Un ataque de Allor y mi tono ha cambiado desde esta mañana.

—Seguimos recto hacia delante —me indica, después de aclararse la garganta.

Frunzo los labios. Dimos una y mil vueltas durante la refriega y, aunque por alguna casualidad hubiese adivinado bien dónde estaba el norte, sé por los marineros de mi padre que es imposible marcar un rumbo preciso sin un compás u otra referencia. Pero también sé que, llegados a este punto, sería peor intentar dar media vuelta. Con suerte, nos toca la lotería y el lago está justo más allá de nuestro campo de visión.

—Antes o después llegaremos a la carretera —afirma en tono convincente.

—O, incluso mejor, al lago. —Intento ser optimista. Estoy bastante segura de que fracaso en mi intento—. ¿Crees que Shaye y Giles estarán bien?

—Eso espero. —Suelta un profundo suspiro—. Me daba miedo que vinieran. Temía que pudiese ocurrir algo como esto.

—¿Creías que nos iban a atacar? —Podría haberme engañado. Su brazo se aprieta a mi alrededor un segundo.

—Sabía que era posible.

—Me trataste como si estuviera loca cuando compartí contigo mis

sospechas acerca de Allor. —Mis palabras salen un poco más cortantes de lo que quisiera. Estoy segura de que, entre ellas, puede oír *Te lo dije*.

—No lo vi venir. —Suspira y me sujeta un poco más fuerte. Siento las yemas de sus dedos contra los huesos de mi cadera; su cuerpo entero cuando se inclina hacia mí—. Tú tenías razón y yo estaba equivocado. De algún modo, una humana sabía más sobre mi gente y mi mundo que yo.

—No creo que ese sea el caso. —Escudriño la niebla en un intento de concentrarme en cualquier cosa menos en él. Las cosas que me hace este hombre… cómo me hace sentir… todo ello va a ser mi condena—. Confiabas en la gente que estaba por debajo de ti para que te mantuvieran a salvo, para que fuesen escépticos por ti. Yo, por naturaleza, me mostré vacilante, dubitativa, lista para asumir que los feéricos eran las criaturas peligrosas de las historias que me contaba mi padre de niña, que no podía confiar en ellos y tenía que estar ojo avizor.

Se ríe en voz baja y su risa calienta mi cuello. Me esfuerzo por ignorar el calor que me recorre al sentirlo.

—Dudar de todo el mundo no es manera de ser un líder. —Me fuerzo a continuar hablando—. Los líderes de verdad tienen fe en sus subordinados.

—Hablas como si tuvieses experiencia con el liderazgo.

—Cuando era más joven, mi padre tenía mucha gente por debajo de él en su empresa. Me fijé en cómo los trataba. También conocí a muchos de sus capitanes y siempre pude distinguir cuáles eran los buenos y cuáles los malos. Podía ver si alguien tenía los rasgos de un líder bueno o no. —*Excepto mi padre*. Él fue la única persona con la que me falló mi buen juicio. La única persona a la que le di el beneficio de la duda durante demasiado tiempo. Él nunca fue el líder que yo consideraba que era. De haberlo sido, hubiese dirigido nuestra casa mejor. Hubiese corregido las peores tendencias de Joyce y Helen, no les hubiese permitido ser tan crueles conmigo.

—Bueno, ¿y qué opinas de mí, entonces? —Su pregunta me hace girarme hacia atrás. Escudriño la bruma para asegurarme de que no se nos acerca nadie por la espalda, cosa que aprovecho como excusa para

no mirarlo a los ojos—. ¿Crees que seré un buen líder?

—Creo que tu reino tiene suerte de que hayas vuelto con ellos. Cualquiera tiene suerte simplemente de estar en tu presencia. —Las palabras son tan sorprendentes para mí como lo son para él. Su mirada se suaviza, su postura se relaja.

—Eso significa mucho para mí.

—¿Incluso procedente de una humana? —Me giro hacia delante una vez más y me recuerdo lo que soy para él, lo que nunca podremos ser. No puedo quererlo. Aunque no supiese el veneno que es el amor, no podría amarlo *justo a él*. Mañana, la magia ya no estará en mi interior y no seremos nada. Él mismo lo dijo.

—¿Cuántas veces debo decirlo? *Sobre todo* procedente de una humana, siempre que esa humana seas tú. Katria, yo… —Un ruido a nuestra derecha me hace dar un respingo. Doy tal sacudida que casi me caigo de la silla. Davien me sujeta con fuerza y evita que caiga—. ¿Qué pasa?

—¿Has oído eso? —susurro.

—¿Oír qué?

Ahí está otra vez: el sonido nítido de una nota alta tocada en un violín solitario.

—Suena a… música. —Continúo mirando hacia la bruma de donde parece provenir el sonido.

—¿Música? —Davien duda un momento—. Tal vez este sea el encantamiento del que todo el mundo habla.

Me muevo en la montura y tiro con suavidad de las riendas para cambiar nuestro rumbo en dirección a la música.

—¿Qué estás haciendo?

—No lo sé —confieso.

—Deberíamos alejarnos de ella. No estamos lejos de la frontera del territorio de las sirenas. Podría ser algún tipo de llamada entre ellas.

No creo que lo sea, pero no sé cómo explicarle por qué lo creo. A medida que nos movemos a través de la bruma, un laúd se une al violín. Luego el golpeteo de manos sobre tambores, y oigo el tintineo de los platillos de unas panderetas. Estoy justo a punto de dilucidar la melodía cuando Davien habla de nuevo.

—Katria… —Pone sus manos sobre las mías en las riendas—.

Deberíamos ir en dirección contraria.

—No. —Niego con la cabeza y me giro hacia él—. No creo que debamos.

—Esto podría ser algún tipo de magia para atraer a los que no sean herederos de Aviness y alejarlos de la fortaleza. Yo no oigo nada.

Ahora reconozco la canción. Es la que tocaba mi madre. Casi puedo oír su voz en la periferia de mis recuerdos, borrosa. Resuena hasta mí desde un tiempo lejano. Una canción de seguridad, una canción de hogar… así es como describía ella esta melodía. No tenía letra, pero ella siempre la tarareaba mientras sus dedos danzaban sobre el laúd. He oído esta canción hace poco, ¿verdad? ¿Cuándo? Busco en mi interior pero no encuentro nada.

—Tienes que confiar en mí —le digo a Davien con firmeza—. No lo hiciste con lo de Allor. Hazlo ahora. Mi instinto me dice que esta es la dirección correcta.

Davien frunce los labios. Me da la sensación de que va a decir que no, pero entonces, para mi sorpresa:

—Vale, seguimos no más de una hora. Si no cambia nada para entonces, yo decido nuestro nuevo rumbo. Y huimos a la primera señal de peligro.

—Trato hecho. —Pongo al caballo al trote—. Gracias por confiar en mí. Sé que tenías muchas razones para no hacerlo. —Pienso en nuestro tiempo juntos en la mansión y en esa noche malhadada que nos puso a los dos en este brete.

—También me has dado muchas razones para confiar en ti. —Acaricia mis caderas con ternura, sus dedos se deslizan por mis muslos, casi sin pensar. Me pregunto si se da cuenta de que lo está haciendo. No le digo nada porque, por peligroso que sea, no quiero que pare—. Me has salvado la vida ahí atrás. Has arriesgado la tuya por mí.

—Actué sin pensar.

—Y tu instinto fue salvarme.

—No deberíamos hablar. No queremos revelar nuestra posición y necesito escuchar la música.

Suelta un leve suspiro. Sabe que lo estoy cortando, que estoy evitando esta conversación a toda costa.

—Muy bien. Podemos hablar esta noche en la fortaleza.

Espero que no. Espero no tener que hablar nunca de lo que hice, porque si lo hago, puede que tenga que desempacar todos estos sentimientos complejos que he estado intentando ignorar a la desesperada. Aun así, incluso ignorándolos, casi he dado la vida por él.

Expulso esos pensamientos de mi mente y me concentro en la música. Después de un ratito, empiezo a tararear al son. Davien se sienta un poco más erguido, el cuerpo en tensión.

—¿Esa es la canción que oyes?

—Sí. —Bueno, para ser sincera, lo que él me oía tararear eran las armonías que mi madre aportaba a la melodía. Sonidos sin palabras que son más música y emoción que cualquier cosa coherente.

Davien se ríe y sacude la cabeza con incredulidad.

—Entonces, una vez más, tenías razón.

—¿A qué te refieres?

—Esa es la melodía de la familia Aviness. La tocaban en todas las coronaciones. Es una de las canciones más antiguas de los feéricos. Si la estás oyendo aquí y ahora, entonces las barreras que protegen este lugar deben estar llamando a la magia que hay en ti.

No puedo reprimir el arrebato de orgullo por tener razón.

—¿Ves?, merece la pena escucharme. —Echo la cabeza atrás y le lanzo una sonrisa. Su brazo se aprieta y tira de mí hacia atrás en la silla. Mi cabeza aterriza sobre su hombro.

—Si me sonríes de ese modo otra vez, no seré capaz de reprimirme de borrarte esa expresión engreída de los labios con un beso. —Noto su aliento cálido sobre mi cuello, las palabras graves y roncas—. Considera esto una advertencia.

Me suelta y me enderezo en la silla una vez más, pero no puedo ir muy lejos. No hay forma de escapar de él mientras vayamos montados juntos. Llevamos un buen rato ya apretados el uno contra el otro y nuestra posición no deja nada a la imaginación. Era capaz de ignorarlo mientras estaba concentrada en la música, pero ahora ha hecho que eso sea casi imposible.

Por fortuna, no me distrae más. La música nos guía hasta la carretera, cada vez más alta a medida que continuamos camino por los

adoquines. Sin previo aviso, la bruma se disipa y vamos a parar a una puesta de sol dorada que ilumina un lago resguardado y un castillo largo tiempo olvidado.



Veintiséis

La fortaleza me recuerda a la mansión de Davien allá en el Mundo Natural. La arquitectura guarda un parecido increíble, aunque esta esté en bastante peor estado. Está claro que el lugar lleva tiempo olvidado por los hombres, pero no por la naturaleza.

El pequeño castillo medio derruido se alza sobre un lago de aguas cristalinas. Nunca he visto agua de un azul tan brillante en toda mi vida. Incluso a la luz anaranjada del atardecer emite un brillo casi cerúleo.

Los robles del bosque que hemos cruzado han desaparecido. En su lugar hay unos enormes y ancianos centinelas de madera y perseverancia. Sus troncos se abren en abanico en la base, lo que los hace parecer vestidos con faldas de vuelo debajo de la corteza. Las montañas también han desaparecido.

Contemplo el horizonte del oeste y parpadeo en dirección a la puesta de sol.

—Nunca había visto un cielo tan diáfano e ininterrumpido.

—Yo tampoco. —La voz de Davien suena cargada de veneración—. Y nunca había visto nada tan bonito.

Guío al caballo hacia la entrada de la fortaleza. Las puertas hace mucho que se han podrido y las enredaderas se extienden alrededor de

la abertura en su lugar. Desmontamos y Davien va directo hasta el borde del agua, hasta donde llegan los muros del castillo.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora?

—Entremos dentro —decide, y vuelve hasta mí—. Se está haciendo tarde y hay algunas cosas relativas al ritual que debemos finalizar.

—¿Finalizar? —pregunto.

—Vena pudo dilucidar la mayor parte del ritual… pero reconoció que quizás nos viésemos obligados a hacer algunos ajustes cuando estuviéramos aquí. Los rituales son un arte y no sabíamos qué aspecto tendría nuestro lienzo.

Mi corazón se hunde en el agua fría del lago y me estremezco. Los feéricos han dejado claro lo importante que es el ritual para que su magia funcione bien, y lo difícil que puede ser diseñar y perfeccionar los rituales.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán esos ajustes?

—Espero que no más de un día, como muchísimo. —Davien empieza a desenganchar las alforjas y yo lo ayudo—. Por suerte, seguimos adelante con mi caballo, así que no perdí ningunas de las cosas con las que nos envió Vena.

—No puedo ni imaginar lo mucho más sangrienta que hubiese sido esa refriega si también hubiésemos tenido que tratar de quitarle las alforjas a mi yegua… Pobrecilla. —Suspiro. Desearía poder volver ahí y encontrarla para darle un entierro apropiado. La conocí solo durante un tiempo corto, pero me sirvió bien.

—Hablando de sangre, ¿estás bien? —La mano de Davien toca mi costado—. No me fijé en esto mientras íbamos montados.

Me miro el costado, donde Allor me hizo un pequeño tajo con su espada.

—Fue algo leve y ya está curado. —Meto el dedo por el agujero de mi camisa para confirmar lo que ya sospechaba. La piel ya se ha suturado; no hay ni siquiera el más leve signo de una herida—. He de admitir que la curación acelerada en una cosa realmente buena de tus poderes de rey feérico. La voy a echar de menos.

Davien se ríe.

—Si pudiera dejarte conservar parte de este poder, lo haría.

—Bueno, si puedo elegir, entonces por favor, dame la curación

mágica. —Me centro en las alforjas en un esfuerzo por disimular mi sorpresa ante lo que ha admitido. Él se acerca un poco más a mí.

—Trato hecho, pero solo después de que haya derrotado a los feéricos más sedientos de sangre que han pisado esta tierra jamás.

—Creo que eso suena justo. —Levanto la vista hacia él con una sonrisa maliciosa. Odio lo feliz que me hace solo su cara. Incluso cuando el mundo es duro, incluso cuando la muerte y el peligro acechan al otro lado de cada esquina, hay una ligereza que solo su presencia exuda. Aparto los ojos de él, antes de perderme en esas emociones mareantes—. Deberíamos entrar… ver si nos esperan nuestros amigos. —*Con suerte no nuestros enemigos*—. Dejaré el caballo ensillado, solo por si acaso tenemos que salir corriendo. Una noche con la montura puesta no debería hacerle daño.

—Bien pensado. —Su expresión se torna seria cuando levanta la vista hacia las ruinosas paredes, las oscuras ventanas. Si Shaye o Giles hubiesen llegado aquí antes que nosotros, seguro que habrían venido a recibirnos ya. Es mucho más probable que, si nos espera alguien, sean enemigos—. Yo iré delante. Mantente bien pegada a mí. —Me tiende la mano y yo la tomo.

Entramos por un extremo de un vestíbulo en forma de «L». A nuestra izquierda hay una antecámara que ha sido invadida por completo por las enredaderas y demás vegetación que trepaba por la fachada principal. El otro brazo de la «L» revela el vestíbulo principal de la fortaleza.

A nuestra derecha hay una escalera que conduce al primer piso y a nuestra izquierda una chimenea gigantesca. Una mesa de piedra rectangular colocada delante del hogar es el único mobiliario que perdura. Enfrente de la chimenea hay tres ventanas grandes abiertas en la pared y que dan al lago. Por algún milagro, las vidrieras todavía están intactas.

—Tienen un diseño muy parecido al de tu casa. —Mantengo la voz muy baja mientras cruzo hasta una de las ventanas, pero aun así, mis palabras consiguen resonar entre las columnas y hasta las enormes vigas que sostienen la cavernosa sala. Deslizo los dedos con suavidad por los oscuros contornos de las imágenes. Cada dos paneles muestran un retrato de un hombre o una mujer con una rutilante corona hecha

de cristal, casi idéntica a la que llevó Davien la noche del festival en Canción Onírica.

—Tanto mi hogar como este lugar se hicieron por y para la familia Aviness. —Davien también examina el cristal. Siento cómo irradia calor a medida que el castillo se queda más frío tras ponerse el sol.

—También hay mujeres que llevan la corona.

—Hubo unas cuantas ocasiones en nuestra historia en las que en lugar de un heredero varón, una mujer ocupaba el trono. —Davien se encoge de hombros—. La última heredera de la estirpe directa hubiese sido una mujer.

—Todo el mundo hace que suene como que solo ha habido reyes.

—Eso ha sido lo predominante, y los Boltov solo pasan la corona entre los hombres de su familia. Creo que algunos olvidan que hace mucho también hubo reinas.

Me paro delante de un hombre que sujeta la corona en la mano en lugar de llevarla puesta.

—¿Por qué no está sobre su frente?

—Debe ser uno de los que abdicó. —Davien se acaricia la barbilla, pensativo—. La corona de cristal solo puede llevarla un verdadero heredero. Es parte del ritual imbuido en ella hace muchos años por la familia Aviness. Cuando las cortes feéricas originales se unieron para luchar contra los primeros elfos y nombraron rey a Aviness, le juraron lealtad en un ritual que todavía hoy en día vincula a todos los feéricos a la corona. He oído que Boltov empezó a llevar la corona en la frente con ayuda de alguna ilusión o ritual oscuro en su intento por afirmar que yo no era legítimo. Aunque cualquier feérico sabría la verdad solo por sentido común.

—Suena poderosa —murmuro. Contemplo al hombre del cristal e intento imaginarme dibujada en una ventana algún día, abdicando en favor de Davien.

—Lo es. Tiene un poder inmenso. Y los Boltov solo pueden aprovechar una pequeña fracción de él. No tengo ninguna duda de que Boltov cree que si logra hacerse con la magia de los antiguos reyes… podría hacer mucho más, sin importar si yo estoy vivo o muerto.

—Razón por la cual no podemos dejar que se apodere de él jamás.

—Levanto la vista hacia Davien y él me dedica un leve asentimiento que parece cómplice. Aunque sé que solo estoy desempeñando un papel pequeño y accidental en esta gran historia de Aviness, por primera vez siento que de verdad soy parte de esto, en lugar de una mera espectadora.

—En efecto. —Se dirige hacia la chimenea a nuestra espalda—. Deberíamos acampar aquí mismo esta noche. Daremos una batida rápida por la fortaleza y luego podemos bloquear con barricadas las entradas a esta sala. Cuando sea que lleguen Shaye y Giles, se darán cuenta rápido de dónde estamos.

Se me comprime el pecho y me limito a mirar su espalda. No sé si Shaye y Giles van a venir. Estaban con nosotros hace tan solo unas horas. Pensar que ahora podrían estar… Me estremezco y destierro ese pensamiento de mi mente. Son fuertes, y si Davien tiene fe en que vayan a entrar caminando por esa puerta, yo también la tendré. Como muy poco, elijo pensar que han decidido volver a Canción Onírica para ayudar a protegerla.

—Prepararé el fuego —me ofrezco.

—¿Tú? —Parece sorprendido, lo cual me provoca una carcajada.

—Te aseguro de que soy perfectamente capaz de encender un fuego. Lo hacía para mi familia la mayoría de las mañanas. Lo hice en la casa franca ayer. —Voy hasta la chimenea y empiezo a comprobar el tiro. Por lo que veo, no parece haber obstrucciones. Aunque las hubiera, el techo es muy alto y el tejado tiene tantos agujeros que dudo mucho que vayamos a tener que salir de ahí a causa del humo.

—Puedo usar magia —se ofrece.

—O puedes empezar tu registro. A menos que prefieras que sea yo la que registre las habitaciones y los pasillos.

Davien frunce el ceño.

—Preferiría que te quedases a mi lado, pero también veo el beneficio de dividirse y conquistar.

—Gritaré si hay algún problema.

—Asegúrate de hacerlo. Jamás me perdonaré si te ocurre algo. —Le da un apretoncito a mi hombro y empieza a subir las escaleras, lo cual me obliga a recordarme durante un momento que debo respirar después de un comentario como ese.

Rebusco en las alforjas y aprovecho para evaluar nuestras posesiones. No hay gran cosa, pero tenemos lo suficiente como para estar cómodos al menos esta noche. Por suerte, entre todas las cosas encuentro algo de yesca y acero. Vuelvo a cruzar el vestíbulo de entrada hasta la antecámara y recojo ramitas y arbustos secos para hacer de fajina. Sorprendentemente, encuentro unos cuantos troncos partidos apilados y secos al lado de la chimenea. Me pregunto si han realizado algún tipo de viejo ritual sobre el armario en el que están guardados, dado que no tiene señal de podredumbre.

Rituales feéricos prácticos para hacerme la vida más fácil cuando vuelva al mundo humano, eso sería algo imprescindible. Me río mientras recopilo madera e imagino al rey feérico en mi casa, lanzando un conjuro sobre un armario de modo que mi leña estuviese siempre seca y lista. Desde luego que es una imagen agradable.

Transporto mi botín de vuelta a la chimenea, apilo la leña sobre la fajina y procedo a golpear la yesca hasta que consigo que el fuego prenda. Para cuando he terminado de avivar las llamas, Davien todavía no ha regresado, así que decido centrarme en la comida. Llevamos algunas raciones al fondo de las alforjas, así que las extiendo sobre la mesa. Paso un tiempo exagerado asegurándome de que sean lo más agradables posible a la vista, dado que se trata solo de una pequeña hogaza de pan, un frasco de mermelada de mora y carne salada.

«Comes más con los ojos que con la boca», musito, al tiempo que pienso en todas las veces que Joyce me regañó por no haber preparado la mesa a la perfección.

—¿Cómo dices? —Davien me da un susto cuando entra por una de las otras puertas laterales del vestíbulo principal.

—No habrás encontrado una despensa milagrosamente llena de comida, ¿verdad? —pregunto, en lugar de repetirme.

—A menos que consideres que el musgo es comida, no. —Se acerca —. Creo que esto será suficiente.

—Yo también. Solo desearía que fuese más sustancial.

—Es una cena digna de un rey. —Se hace con un pedazo de pan, abre el frasco de mermelada y unta su rebanada. Suelto una carcajada.

—No lo es.

—Yo soy rey y me la estoy comiendo, por lo tanto, lo es. —Sus ojos centellean de la diversión. Podría matarme con una sonrisa.

—Muy bien, *majestad*. —Hago una profunda reverencia.

—Si tan preocupada estás, ¿por qué no la hacemos digna de un rey? —El sol se está poniendo en el exterior y Davien está envuelto en un cálido resplandor a causa de la cada vez más tenue luz de las vidrieras y el fuego.

—¿Cómo haría eso?

—Un pequeño ritual debería bastar. —Empieza a rebuscar en las alforjas tras echarle un vistazo a la comida—. ¿Qué tenías pensado? ¿Quizás algo de pasta? ¿O pastel de carne?

—Si esas son mis opciones, pastel de carne. —Observo con gran fascinación cómo toma un trozo de tiza y marca una serie de triángulos y círculos en una especie de cuadrícula sobre la mesa. Sus movimientos son fuertes y confiados.

—Los rituales de comida son bastante sencillos. Necesitas algunos requisitos básicos para los ingredientes, algo de calor. —Hace un gesto con la barbilla en dirección al fuego—. Y el resto ya es magia.

—Vale. —Me invade la emoción ante la idea de volver a usar la magia. Estoy a punto de perder estos poderes, así que más me vale disfrutar de ellos cuanto pueda y como pueda.

—Quédate aquí de pie. —Me coloca delante de la mesa y se pone detrás de mí. Nunca he sido más consciente de su fuerte cuerpo ni de la manera en que su respiración corta a través de mi ropa para golpear directa en mi nuca—. Pon tus manos así.

Su voz suena baja y grave mientras desliza las yemas de los dedos por mis brazos. Aterrizan con dulzura sobre el dorso de mis manos y se cierran suavemente. Lleva las palmas de mis manos hasta la mesa y las apoya de un modo muy ligero en dos puntos de la cuadrícula.

—Ahora, igual que hicimos con el farolillo, piensa en lo que tratas de hacer. —¿Cómo pueden unas instrucciones ser tan… sensuales? Intento no retorcerme—. Ordena a la magia que se pliegue ante ti, que te obedezca como su ama. Tú la controlas. Ella no te controla a ti.

—¿Tú cómo la sientes? —pregunto, mientras hago un esfuerzo por no perder la concentración—. He estado intentando sentir la magia dentro de mí, pero no puedo. Cada vez que quiero invocarla, no

encuentro nada ahí.

Traza pequeños círculos sobre el dorso de mi mano con las yemas de sus dedos mientras sopesa mi pregunta. No creo que sea consciente siquiera de lo que está haciendo y no le comento nada al respecto. La sensación es demasiado deliciosa para parar.

—La magia… no diría que es algo que siento, no de manera consciente, al menos. Es más como un estado. Una percepción del mundo y de todos sus misterios, los que conoces y los que no, lo que puedes controlar y las fuerzas con las que no puedes hacer nada más que someterte a ellas. La magia es una de las cosas más grandes que conoceremos jamás y que nunca seremos capaces de explicar. Conocer la magia es como tocar a los viejos dioses que crearon esta tierra a partir del caos primordial. Es abrazar el atisbo de grandeza que todos poseemos en nuestro interior, es estirarse con valentía hacia lo que podría ser y no lo que es, tanto en nosotros mismos como en el mundo a nuestro alrededor.

Las palabras de Davien son meditadas y poéticas. Si no fuese por sus pausas y su quietud susurrante, creería que había ensayado ese discurso. No obstante, cada palabra es tan sincera como las anteriores.

Me río bajito, en un intento por liberar algo de la energía nerviosa con la que me ha llenado con su discurso.

—Eres consciente de que nada de eso es demasiado útil para mí, ¿verdad?

—Supongo que no lo es. —Ni siquiera tengo que darme la vuelta para saber que hay una sonrisa en su cara—. ¿Por qué no la tratas como harías con un baile? Eso pareció funcionar para ti durante la construcción del túnel.

—Es verdad, pero… —Me callo con un suspiro—. Desearía poder sentirla, eso es todo. Pugno por conjurar algo que ni siquiera sé si está ahí la mitad del tiempo.

—Conocer la magia es como intentar explicarte a qué suena el color rojo. Una vez que lo oyes, lo sabes, pero hasta entonces es una locura tratar de explicarlo.

Eso me hace pensar de verdad. Deslizo los dedos por sus marcas de tiza, pensativa.

—Creo que entiendo lo que estás intentando decir.

—¿Sí? —La pregunta es una mezcla de alegría y sorpresa.

—Sé a qué suena el color rojo. —Empiezo a pensar en la magia de un modo nuevo por completo—. Igual que conozco las armonías de los polinizadores en verano, o el suave réquiem del invierno. El mundo tiene un sonido, una canción propia, si eres capaz de escucharla. —La magia debe ser igual. Una vez que la oyes, serás capaz de cantar al son. No es un baile. Es la música en sí.

¿Cuál es la canción que canta mi magia?

La pregunta me sacude hasta la médula. No es *mi* magia. Este no es mi poder, ni mi destino. Levanto las manos de la mesa y cierro los puños.

—¿Qué pasa?

Me aparto de él con un gesto negativo de la cabeza. Envuelvo los brazos a mi alrededor y voy hacia las ventanas. El lago está de un intenso color cerúleo con la última luz del ocaso. Justo como sospechaba, brilla de verdad.

—¿Katria?

Oigo sus pisadas acercarse. Hablo sin girarme hacia él.

—No importa. No tiene ningún sentido que aprenda nada de esto.

—¿He dicho algo que te ha molestado? —Se detiene justo detrás de mí una vez más. Sigo sin girarme hacia él.

—No. —Está claro que soy perfectamente capaz de molestarme a mí misma.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—No me mientas, por favor. —Visto mi silencio, continúa con sus asunciones erróneas—. No tienes ningún motivo para estar frustrada con la magia. Aunque nosotros los feéricos trabajemos en dominar y perfeccionar nuestras habilidades, nuestro conocimiento de la magia es en cierto modo innato. La conocemos desde el momento de nacer. Tú no tienes esa ventaja, así que es natural que te cueste y…

—No estoy disgustada por no poder usar la magia. —Dejo caer la cabeza—. Es solo que no le encuentro el sentido a intentar aprender a usarla. Hacerlo solo me causará desilusión.

—Seguro que aprendes a dominarla —me asegura.

—¿Con qué tiempo? —Me giro para mirarlo a los ojos—. Mañana,

si todo va bien (y sé que no necesito decirte todo lo que depende de mañana, así que *tiene* que ir bien), dejaré de tener magia. Este poder nunca fue mío, es tuyo. No tiene ningún sentido que lo aprenda, ni ahora ni nunca. No soy más que una testigo, un accidente, una ladrona. Soy una breve nota en tu sinfonía y duele demasiado fingir ser otra cosa.

Sus ojos se suavizan, sus cejas se levantan un poco por el centro.

—No quiero que sufras —dice con ternura.

—Estoy acostumbrada a que me hagan daño. Puedo sobrevivir al dolor. —Son todos estos *otros* sentimientos los que me resultan difíciles. Son los sentimientos felices con los que no sé qué hacer; los que recalcan lo profundas que son todas mis demás heridas.

—Esa no es manera de vivir. No tendrías que haber vivido así nunca.

—Bueno, pues lo he hecho, y me ha ido bien.

—*Sobreviviste* y eso es encomiable, dado que solo conozco la punta del iceberg de tu sufrimiento. Pero solo sobrevivir no es manera de *vivir*. Quiero que crezcas y florezcas. Te mereces florecer. —Da un pequeño paso adelante. Yo doy un gran paso atrás.

—No deberías preocuparte por mí. —Niego con la cabeza.

—Pero lo hago.

—Pero no lo harás. —Mis palabras salen tan frías y glaciales como el aire que se cuela por la ventana a mi espalda—. Muy pronto, ya no seré nada para ti. Todo esto, sea lo que sea, no será nada. Tú serás rey y yo seré solo una humana que vive en tus tierras al otro lado del Vano.

—Ahora son *tus* tierras —insiste.

—Deja de ser amable conmigo. —Levanto un pelín la voz—. Deja de fingir que todo esto es real.

Se tambalea, casi como si le hubiese pegado. Davien sacude la cabeza despacio.

—Cada minuto de esto ha sido real para mí. Más real de lo que jamás deseé o pedí que fuera.

—Pues no lo es. —Tal vez si lo digo las veces suficientes, será verdad para los dos—. No puede serlo. No solo por lo que nos depararán nuestros futuros, sino porque nunca estuvimos destinados a

conocernos siquiera.

—Pero lo hicimos. Y contra todo pronóstico…

—No lo digas. —Sé lo que viene. Su voz tiene el mismo tono que tenía cuando estaba hablando con Shaye—. Si lo paramos ahora, podemos fingir que nada de esto ha ocurrido.

—Estamos más allá del fingimiento.

Sé que lo que dice es verdad, pero continúo de todos modos. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras él nos condena a ambos.

—Ninguno de los dos tenemos por qué resultar más heridos de lo que vamos a estar, de lo que ya estamos. Podemos…

—En contra de todo pronóstico, te quiero, Katria.

No puedo hacer nada más que mirarlo. Ardo de ira, de frustración, de pasión. Nunca ha habido dos palabras que me hiciesen más feliz, ni que cortasen más hondo. Nada ha significado tanto para mí al tiempo que no debe significar nada en absoluto.

—No es verdad —susurro.

—Sí lo es. —Da un paso hacia mí—. Te quiero de un modo que nunca esperé querer a nadie. Siempre he estado destinado a acabar en un matrimonio de conveniencia. Nunca esperé amar.

—Y yo no lo quiero. —Niego con la cabeza. Me arden los ojos, anegados de lágrimas ya—. No quiero tu amor.

Su expresión es un poema. Lo he herido más con esas palabras de lo que jamás hubiese podido imaginar. Se queda en un limbo. Su boca se abre y se cierra y está claro que no logra dilucidar lo que quiere decir a continuación. Lo dejo rumiar en silencio. Creo que me he expresado con gran claridad.

—¿Por qué? —Sacudo la cabeza a modo de respuesta y desvío la mirada—. ¿Ni siquiera me vas a conceder la amabilidad de decirme qué mal te he hecho? ¿No era el hombre para ti? Aceptaré lo que me digas, aunque sea solo que tú no sientes lo mismo. Pero por favor, apiádate de mí, y dímelo a las claras, solo por esta vez, porque creía… creía que quizás tú…

—No eres tú —confieso, a sabiendas de que el silencio sería más fácil. Pero no me sale herirlo del modo que sé que debería—. Nunca querré a *nadie*.

—¿Qué?

—Me hice esa promesa hace mucho tiempo. La hice antes incluso de que compraras mi mano. La determinación de no enamorarme de ti no tenía nada que ver contigo.

—¿Por qué rechazas el amor? —La pregunta es sincera, llena de ingenuidad.

Suelto una carcajada ronca, incrédula. ¿Cómo puede no saberlo?

—El amor es dolor. Solo míranos a nosotros dos, aquí y ahora, al inicio mismo de este encaprichamiento. —No me atrevo a llamarlo amor—. Y ya nos está haciendo agujeros que jamás podrán ser rellenados. Y esto es solo el principio. Pronto serán palabras almibaradas que son veneno disfrazado. Será inconsciencia ante las heridas que nos infligimos el uno al otro. Serán niños, olvidados, encerrados en armarios y utilizados como armas para hacer daño al otro. Y será así hasta el día de nuestra muerte; una muerte prematura causada por el otro, sin duda.

Interrumpe mi diatriba con otro paso hacia mí; empieza a invadir mi espacio personal. Debería huir, pero la energía nerviosa me tiene paralizada. Estoy temblando de la cabeza a los pies, pero no sé por qué.

—Nada de eso es amor —declara Davien sin más, con tristeza.

—Mi padre quería a Joyce. Y ella lo quería a él. Y fui testigo de cómo ese amor lo consumió día tras día, lo cegó. Vi cómo mi padre se convertía en la cáscara del hombre que yo conocía. Se quedó al margen mientras Joyce y Helen me maltr… —La palabra se queda atascada en mi garganta.

—¿Mientras hacían qué? —Su voz suena grave, rebosante de lo que diría que es ira. Niego con la cabeza—. ¿Mientras hacían qué? —repite con mayor firmeza.

—Mientras me maltrataban. —Ahora estoy temblando de verdad. Pero no creo que sea miedo. Es como si una mano invisible me hubiese estrujado más y más a cada año de mi vida. El peor instrumento de tortura del mundo, uno que ni siquiera me di cuenta que tenía sobre mí. No hubo ni un momento de alivio. Había sido abrumador. *Más y más fuerte*. Constante. Y sin embargo, con esa única palabra, las ataduras que me sujetaban se están deshilachando. Como si al reconocerlo puedo por fin empezar a encontrar liberación—. Mi

padre me quería, pero… ¿de qué sirvió ese amor ante la presencia de esa mujer?

—Nada de eso es amor. —Levanta mi cara con ambas manos. Sus pulgares se deslizan por mis mejillas cuando unas lágrimas enfadadas rebosan de mis párpados inferiores—. Llamarlo amor es un insulto a la cosa más grande que tenemos en este mundo. El amor, el amor verdadero, es la única cosa más poderosa que la magia en sí.

—Entonces, ¿por qué? —pregunto, aunque es imposible que él sepa la respuesta—. ¿Por qué se quedaría mi padre al margen, si no era porque quería a Joyce?

Aun así, mientras lo pregunto, oigo los retazos de una conversación que había intentado olvidar. Una que había sido demasiado pequeña para tener y había sido demasiado breve para parecer importante hasta ahora. *La necesitamos, Katria. Ella tiene las minas. La empresa tiene problemas… y ella es la primera cosa que alivia la oscuridad de la muerte de tu madre.* Aspiro una bocanada de aire temblorosa.

—No lo sé —admite Davien.

—Desearía poder preguntárselo —susurro.

—Yo también desearía que pudieses hacerlo. Pero aunque hubieses tenido tiempo de hacer todas las preguntas para las que necesitas respuestas… solo tú serás capaz de hacer las paces con todo lo que has tenido que soportar. Solo tú puedes proporcionarte paz ya. —Apoya la frente con suavidad contra la mía—. Y esa paz te la traerá el amor. El amor a ti misma.

Me aparto de él con brusquedad.

—¡Basta ya de hablar de amor!

—Lo que tú has conocido nunca fue amor.

—Mientes. —Sacudo la cabeza.

—No miento. Solo quieres que sea así porque eso te ha ayudado a explicar los horrores que has soportado. —Ve directamente a través de mí. Mis lágrimas caen con mayor libertad, el dolor escapa en sollozos entrecortados. Davien cierra el resto del espacio entre nosotros. Ahora no lo aparto de mí. Pasa una mano por detrás de mi cabeza mientras aprieta mi mejilla contra su pecho. La otra mano se desliza alrededor de mi cintura y me abraza con fuerza.

—¿Por qué? —Ni siquiera sé qué estoy preguntando. Hay tantas cosas implícitas en ese «por qué». ¿Por qué era mi familia como era? ¿Por qué nunca fui lo bastante buena para su ternura?

—No hay ninguna razón para la crueldad, ninguna excusa. —Niega con la cabeza y besa mi pelo. Nunca me había sentido más protegida que en este momento, y eso solo me hace llorar aún más—. Pero te juro, Katria, con todo lo que soy y lo que seré… que mientras siga respirando, jamás dejaré que ni ellas ni nadie vuelvan a hacerte daño. Nunca tendrás que volver a esa casa. Y si alguna vez desearas hacerlo, porque creas que echarles en cara la crueldad que te infligieron te traerá algo de paz, juro que estaré a tu lado si me necesitas.

Sus palabras son más dulces que una canción. Nunca he oído nada más hermoso. No hay ni un indicio de humo en el aire a su alrededor. Separo la cara de su cuerpo para levantar la vista hacia él; inclino la cabeza todo lo posible hacia atrás para mirarlo a los ojos. Su pelo se cierra como una cortina a mi alrededor como hizo la primera noche que caí en su cama.

—¿Por qué harías todo eso por mí? —susurro.

—Ya sabes por qué. —Una sonrisa pícara juguetea en las comisuras de su boca—. Porque *te quiero*, de verdad. Te quiero de un modo que me hace querer sacrificarme por ti. Que me hace querer mover las montañas, o los océanos, o las estrellas, solo para verte sonreír. —Acaricia mi mejilla de nuevo y me mira con un asombro inconmensurable—. *Eso* es lo que es el amor, Katria. Lo que debería ser. Tú eres digna de ese amor. De mi amor, el amor de otros y el tuyo propio.

Abro la boca, pero no me salen las palabras. Quiero decirle que yo también lo quiero. Tengo tantas ganas de decirlo que se me comprime el pecho hasta el punto de no poder respirar. Aun así, querer decírselo no es suficiente. Todavía hay un bloqueo que no puedo superar con palabras.

Pero quizás…

Quizás pueda *demostrárselo*.

Mis manos se deslizan hacia arriba por sus costados, su pecho, y se envuelven alrededor de su cuello. Ya conozco sus movimientos. Conozco la mirada de admiración y lujuria que me lanza al mirarme

entre sus pestañas. Siempre va acompañada de besos que saben a promesas aún por cumplir.

Esta noche, cumpliré esas promesas.

Por una noche, dejaré de preocuparme por el mañana. Dejaré a un lado todas las formas terribles en que podríamos resultar heridos por esto. Haré caso omiso de la inminente caída a la que estamos destinados.

Y en vez de eso, lo besaré. Lo conoceré. Y no me arrepentiré de nada.



Veintisiete

Parece saber lo que ronda por mi mente y por mi corazón antes que yo. Me besa con pasión, aun cuando yo estoy todavía reuniendo el valor necesario y reconociendo mis deseos. Hace exigencias tácitas con su boca que mi cuerpo anhela satisfacer. Quiero olvidar mi dolor y dejarlo ir. Quiero permitirme algo para mí, solo para mí.

Me aferro a su cuello con una necesidad ferviente. Enredo los dedos en su pelo, tiro de su boca más cerca de la mía, aunque no quede espacio vacío entre nosotros. Davien sigue mis indicaciones, sus manos cobran vida, las palmas y los dedos por todo mi cuerpo, desde mi cara hasta mis pechos y mis caderas. Dibuja círculos cerrados con los pulgares que me hacen perder la cabeza solo con su movimiento.

Nos besamos con más intensidad de lo que lo habíamos hecho nunca, como si tratásemos de acabar con el último resquicio de duda que aún pudiera quedar entre nosotros. Sus dientes arañan mi labio de abajo; echo la cabeza atrás al mismo tiempo y suelto un gemido que él recibe con una inspiración brusca y un temblor en su respiración.

—Te deseo —murmuro.

—Dime lo que quieres. —Agacha la cabeza y se lanza hacia mi cuello expuesto. Siento cómo se clavan sus dientes en mi músculo, cómo cierra los labios alrededor.

—Te deseo —repito. El mundo da vueltas y tengo que agarrarme a

él aún más fuerte para que mis rodillas no cedan a causa del mareo.

—Dime lo que quieres —gruñe, mientras pellizca mi piel entre sus dientes.

Algo en mi interior se rompe. A lo mejor es el último resquicio de mi autocontrol, pero da la impresión de que sus palabras sensuales y necesitadas me abren en canal.

—Quiero que me beses de arriba abajo hasta que no haya ni una sola parte de mi cuerpo que no conozcas. Quiero que me explores con la lengua y con los dedos. Quiero que me hagas tuya como un hombre debería hacer a su mujer. Quiero que vayas despacio hasta que me quede sin aliento y suplique, y luego quiero que seas duro. Quiero que nos hagamos añicos juntos y caigamos como arcos plateados de estrellas fugaces mientras descendemos desde un cielo fabricado por nosotros mismos.

Davien gime y se retira de mi cuello para volver a mis labios. Me besa con una intensidad creciente, cada movimiento de su boca más desordenado y más sensual que el anterior. Sin previo aviso, Davien se aparta y apoya la frente contra la mía.

—Lo haré todo… y aún más —boquea—. Y cuando haya terminado, cuando quedes dolorida, dichosa y aun así llena de deseo todavía, lo haré otra vez. Te demostraré lo mejor que pueda lo mucho que te quiero.

Me abraza con una fuerza aplastante y da un paso atrás. Mis rodillas casi ceden y me veo forzada a aferrarme a él como la única cosa estable en mi mundo ahora mismo. En alguna parte entre la ventana y la mesa, pierde la camisa. Deslizo las manos por la ancha planicie de su pecho, desnudo para mis caricias, expuesto solo para mí.

Su piel está tan caliente en la noche fría que me sorprende que no me queme. Sus manos se cierran en torno a mi camisa, buscan el faldón. Me la quita por encima de la cabeza y no se lo impido. Aun así, cuando los dedos del invierno recorren mi columna y me provocan un escalofrío por todo el cuerpo que no tiene nada que ver con las oleadas de placer que ya está despertando en mi interior, hago una pausa.

Davien percibe mi vacilación y aparta su peso un poco.

—¿Tienes frío? ¿Es demasiado?

—No es eso. Y no. —Quiero tapar mi cuerpo cada vez más expuesto, pero ese impulso compite con mi creciente deseo de continuar deslizando los dedos arriba y abajo por sus brazos—. Nunca he…

—Yo tampoco. —Su boca esboza una sonrisa de alivio—. Seremos el profesor del otro esta noche, y su abnegado alumno. —Se agacha para rozar mis labios con los suyos.

—¿Y si no te gusto cuando me veas de verdad? —pregunto con labios temblorosos. Todavía no le he enseñado la cicatriz de mi espalda y Davien solo ha captado atisbos de las heridas que aún llevo conmigo.

—Te vi de verdad la primera vez que entraste por mi puerta. He visto tu alma y me he enamorado de ella. Así que no hay nada en el revestimiento humano que la alberga que podría hacerme quererte menos. —Suena tan seguro, tan confiado, que mi autocontrol se relaja un poco. Mis manos vuelven a sus caderas—. Confía en mi amor, en mí. Nunca jamás traicionaré esa confianza.

El siguiente beso que me da es más profundo que ninguno de los anteriores, más lento y más confiado. Inspira y yo espiro; así me roba la respiración y mis dudas con ella. Me entrego aún más a él.

Lo deseo. Lo deseo entero. Si esta noche es la última noche real que tenemos para estar el uno con el otro, entonces estoy decidida a dejar mis dudas a un lado y a disfrutar de él mientras lo tenga.

Las manos de Davien abandonan mi cuerpo y suelto un gemidito. Él se ríe.

—No quiero que pases más frío del que tienes ya. —Hurga en las alforjas, saca una manta y la extiende sobre la mesa.

—Estoy en llamas —susurro.

Me agarra por las caderas para subirme a la mesa. Envuelvo las piernas a su alrededor por instinto. La sensación es gloriosa. Mi corazón late con intensidad a un ritmo que empieza a guiar la melodía que solo nosotros podemos cantar.

Se coloca encima de mí y su presencia exige cada ápice de mi atención, como si no la tuviese ya. Me muevo al tumbarme hacia atrás y le dejo espacio en la gran mesa conmigo. Davien desliza los dedos

por mi pelo, lo retira de mi cara y me mira entre besos como si fuese una diosa reencarnada.

Entonces, con una mirada que promete un millar de deseos, del tipo que son inmencionables a la luz del día, baja por mi cuerpo. Retira una a una las prendas restantes que se interponen entre nosotros y las sustituye por besos. Me apoyo en los codos y lo miro mientras mordisquea con suavidad cada uno de los huesos de mi cadera. Levanta la vista hacia mí con los ojos vidriosos y los párpados pesados. Después, despacio, de un modo minucioso, se abre paso entre mis piernas.

Antes de que pueda decir ni una palabra de abochornada protesta, me recuerda que el tiempo para la modestia ha quedado muy atrás con un beso que me roba el aliento, que inspiro de vuelta mientras gimo. Enrosco los dedos de los pies y él me mantiene en un limbo de éxtasis que nunca antes he sentido. Caliente. Cada vez más. Un calor que solo puede escapar con gritos de placer.

Esto es lo que quería. Esta era la liberación que estaba buscando. Esta es la razón de que todos nuestros otros besos robados nunca fuesen suficiente. Jamás podrían ser suficiente.

Arqueo la espalda para separarla de la mesa, los puños cerrados en torno a la manta. Vuelvo a caer de inmediato con un grito. Me hago añicos de un modo que jamás creí posible y aterrizo en una dicha tan abrumadora que parece la primera cosa que he sentido en la vida.

Davien se endereza mientras lame sus labios con una sonrisa. Se mueve para colocarse por encima de mí, encajado entre mis piernas. Nuestros ojos se cruzan. Veo excitación, dudas, nerviosismo… las mismas emociones que siento yo.

—¿Estás segura? —pregunta—. Si tienes alguna duda paramos.

—Tengo muchas dudas… sobre todo tipo de cosas *excepto* este momento. Te deseo, Davien —repito mis palabras de antes.

Empuja hacia delante. Hay tensión, molestia, un repentino chasquido de dolor. Hago una mueca y él se queda muy quieto.

—¿Estás bien?

—Muy bien —lo tranquilizo.

Por suerte, se cree lo que digo y no para. Respiramos en tándem, sus caderas pegadas a las mías. Mi respiración es rápida y superficial

mientras me acostumbro a sentirlo dentro. Y cuando estoy preparada, se mueve. Nunca he sido más consciente de su presencia segura y fuerte que en esos primeros momentos. Tampoco era consciente de lo caliente que podía llegar a ponerse esa espiral turbulenta en mi bajo vientre.

Nos movemos juntos, intensificamos nuestro deseo al unísono, sin aliento. Esta vez, cuando llega el estallido, caemos juntos. Davien aterriza en mis brazos y somos un batiburrillo de éxtasis y deleite. Una alegría pura escapa como risa cuando se aparta y compartimos una sonrisa, una comprensión íntima que solo los amantes pueden entender.

—Eso ha sido… Ha sido… —Me cuesta encontrar las palabras. Una sonrisa sensual se despliega despacio por sus labios.

—Eso ha sido solo la primera ronda.

Davien reclama mi boca una vez más y caemos de vuelta en la agonía de la dicha.



Veintiocho

Me despierto bastante antes del amanecer, así que tengo la oportunidad de ver cómo la luz del sol repta por la habitación hasta caldear las mejillas de Davien. Estamos bien arropados en las mantas y en los brazos el uno del otro, protegidos del frío. He dormido más profundo de lo que lo había hecho en mucho tiempo y me he despertado cubierta todavía por la fina pátina de la felicidad provocada por nuestra actividad nocturna.

Sin embargo, en lugar de volver a sumirme en ese descanso profundo y sin sueños, elegí quedarme despierta para poder grabarme en la memoria esta imagen de él. Esta es nuestra primera y única mañana juntos. Es probable que sea la única mañana de mi vida en que vaya a despertarme en brazos de un hombre. Aunque Davien tenga razón y el amor no sea el veneno malvado con el que me alimentó Joyce, sigo sin creer que vaya a buscarlo nunca.

En parte porque todavía me da miedo enamorarme. Pero ahora también porque nunca encontraré un hombre que me conozca como ha llegado a conocerme Davien. Que me vea por todo lo que soy y me quiera a pesar de mis cicatrices. Que me haga sonreír solo por su existencia, de un modo completamente ilógico, imposible y, aun así, maravilloso.

Se remueve y noto que el pacífico conjuro que habían arrojado sobre nosotros empieza a desintegrarse. Pronto, nos levantaremos. Habrá ropa y desayuno y planificación de rituales. Le daré la magia que he estado albergando en mi interior. Y entonces la única forma en la que existiré en este mundo será en el recuerdo de un príncipe feérico.

Davien entreabre los ojos. Parpadea soñoliento y luego gira la cabeza hacia mí.

—Buenos días —farfulla, y frota la nariz contra la mía antes de darme un piquito en los labios.

—Buenos días —lo saludo, con una sonrisa.

—¿Has dormido bien?

—Genial, ¿y tú?

—La vez que mejor he dormido en toda mi vida. —Noto que sus músculos se tensan cuando se estira. La sensación llena mi cuerpo vacío y dolorido de un deseo que todavía estoy demasiado cansada para abandonarme a él de nuevo—. Empiezo a pensar que las viejas leyendas populares sobre los feéricos eran más precisas de lo que creía.

—¿Oh?

—Si hubiese sabido que raptar a una humana y traerla de vuelta a mi mundo me llenaría de semejante felicidad y me proporcionaría el mejor descanso de toda mi vida, lo hubiese hecho mucho antes.

Mi risa rebota contra las vigas por encima de nuestras cabezas.

—Si hubieses raptado a cualquier otra humana, estaría muerta ya.

Frunce los labios.

—Entonces, es posible que esté más agradecido de que robaras mi magia de lo que jamás hubiese creído posible.

—Y ahora te la tengo que devolver. —Empiezo a desenredarme de él, pero cuando hago ademán de sentarme, sus brazos se cierran en torno a mí. Se agarra a mí y me arrastra de vuelta con él. Se enrosca a mi alrededor, mi espalda contra su pecho. Encajamos a la perfección de todas las maneras imaginables.

—Quédate un poquito más —susurra—. Quiero recordarlo todo acerca de esta mañana.

—Soy incapaz de negarte nada —murmuro. Esa idea todavía me

aterra, aunque supongo que no necesito asimilar demasiado este amor, puesto que muy pronto estaremos en mundos distintos. Desde luego que esa es una manera de evitar implicarme demasiado.

—Bien, entonces te tengo justo donde quiero… ¿Qué es esto? No me fijé en la oscuridad ayer por la noche. —Su pensamiento se convierte en un susurro y siento su dedo presionar contra mi espalda. Hago una mueca y aspiro una temblorosa bocanada de aire—. ¿Katria?

—Fu… Fue hace mucho tiempo.

—Si no quieres contármelo, no lo hagas. —Debe haber oído el dolor en mi voz.

Desde luego que estoy indefensa ante este hombre, porque empiezo a hablar casi sin darme cuenta.

—Sí quiero. Fue hace mucho tiempo… antes de que Laura, mi hermana pequeña, naciera. Helen había estado implacable aquel día, así que hui al tejado. —En mi mente, tengo seis años. Joyce y Helen acaban de entrar en mi vida—. Helen me persiguió hasta el borde mismo del tejado. Empujaba y empujaba. No quería parar. El borde del tejado llegó muy deprisa y las dos caímos al vacío. Recuerdo verla caer delante de mí. Y entonces, de algún modo, la alcancé. Cerré los brazos a su alrededor y caímos a plomo sobre la acera que se extendía alrededor de la mansión. Mi espalda contra la piedra, ella encima de mí.

El olor a carne quemada llena mi nariz y hago una mueca.

—Después de aquello, todo está borroso. Sufrí una conmoción, creo… Pero mi espalda estaba tan dañada que la herida tuvo que ser cauterizada. Joyce lo hizo con una pala de hierro de un juego de herramientas de chimenea.

Aquel día es lo más parecido que la he visto nunca a estar preocupada por mí. Durante todo el proceso, parecía horrorizada, asustada incluso. Y aun así, una y otra vez, aún puedo oír sus susurros: *monstruo, criatura monstruosa*, mientras mi padre contemplaba la escena impotente. *Tienes suerte de tenerme a mí*, le dijo ella, *suerte de que puedo manejar esto.*

—Cuando por fin me curé, nunca más me permitieron subir al tejado, o a ningún sitio alto. Joyce me odió aún más después de

aquello. Creo que me guardaba rencor por casi matar a Helen. —Poco después, empezó su largo proceso de enviar a mi padre lejos cada vez más a menudo… y yo fui relegada a las dependencias de servicio como el *monstruo* que era.

—No fue culpa tuya. —Davien suspira, al tiempo que desliza los dedos por las cicatrices—. Desearía tener la magia suficiente para borrar todos los dolores que has sufrido y que no tuvieses que soportarlos nunca más.

—Bueno, si mi familia me hubiese querido de un modo más… apropiado, no me hubiesen vendido a ti con tanta facilidad. —Entrelazo los dedos con los suyos.

—Eso no es excusa en lo más mínimo.

—Lo sé, pero encuentro que me hace sentir mejor que seas mi lado bueno.

—Entonces, me alegro de poder ayudar —murmura, y se acerca un poco más.

Nos quedamos ahí tumbados todo el tiempo que podemos, pero el amanecer es tan implacable como nuestro deber para con todos los seres feéricos. Al cabo de un buen rato, sus brazos se relajan y los dos sabemos que hemos retrasado esto el tiempo suficiente.

—Con un poco de suerte, Shaye y Giles aparecerán hoy —comenta, mientras se pone los pantalones.

—Ojalá. Aunque he de decir que, por muchas ganas que tengo de verlos en buen estado, me alegro de que no apareciesen ayer por la noche. —Mi sonrisa se refleja en su cara. Los ojos de Davien brillan con malicia. Quiere besarme; ahora sé lo que significa esa expresión. Casi doy un paso adelante para que pueda hacerlo.

—No se lo digas a ellos, pero yo siento lo mismo.

—Bueno, ¿qué tenemos que hacer para este ritual? —pregunto, vestida ya.

—Mira, te enseñaré lo que Vena me dio antes de venir. —Davien saca una carpeta con varias hojas sueltas. Las despliega por la mesa en la que estaba nuestra manta hace unos minutos. Lo último que saca es el collar de cristal al que intenté transferir el poder hace unas semanas —. La idea sigue siendo la misma: tú abdicas y al hacerlo llenas el collar con la magia de los reyes, que luego me conferirás a mí. El lago

servirá como catalizador para ayudar a sacar esos poderes. Te ungiremos como se haría con un heredero al trono. De ese modo, con un poco de suerte la magia estará menos latente y será más controlable.

A medida que ojeo las páginas empiezo a encontrar algo de sentido en ellas. Es un patrón, un ritmo. Quizás asimilé algo de lo que dijo ayer por la noche durante nuestra breve lección de magia.

—¿Puedo hacer una sugerencia? —pregunto.

—Siempre. —Me mira con curiosidad. Sin duda se pregunta qué puede haberme hecho hablar.

—Aquí… creo que debería ser yo la que dijese esta frase, no tú. —Señalo a una parte del guion que Vena ha escrito para nosotros.

—¿Y eso por qué?

—No estoy segura… hmm. —Intento encontrar las palabras—. Fluirá mejor, creo. El ritual solo funcionará. Es una sensación que tengo. Pero… ¿Cómo explicarlo…?

—No tienes que hacerlo. —Interrumpe mis cavilaciones—. Tus instintos han demostrado ser correctos una y otra vez. Ya sea por la magia que hay en tu interior o solo por alguna habilidad innata que poseas, confío en ti.

—Bien, porque tengo unos cuantos cambios más. —Le lanzo una sonrisa maliciosa y él se ríe.

—Dime.



Lo hablamos durante todo el desayuno, debatimos los rituales de Vena y hacemos ajustes. Al principio, es un poco raro. Da igual lo que diga, todavía estoy preocupada por excederme. Él es el rey feérico. ¿Quién soy yo para cuestionar sus decisiones?

Pero Davien había dicho que algunas personas, como Vena, estaban tan sintonizadas con su magia que podían ver los rituales. Quizás sea la magia en mi interior la que guía el camino hacia delante. Pongo toda mi fe en ella.

El sol ya está alto cuando por fin salimos fuera. La bruma todavía rodea este lugar como una pared viviente. Parece como si

estuviésemos envueltos en nubes, flotando en algún sitio muy alto en el cielo.

—¿Estás lista? —pregunta.

—No hay razón para no estarlo. —Agarro el collar con tal fuerza que se me ponen los nudillos blancos. Me he quedado en ropa interior y ya estoy casi tiritando aunque el sol caliente mis hombros. Tuve la precaución de atizar el fuego antes de salir de la fortaleza. Pase lo que pase, voy a volver enseguida al calor de la chimenea después de que esto termine.

—Cuando quieras, pues.

Respiro hondo para prepararme y me meto en el agua. Es hielo en estado líquido. Suelto el aire con un castañeteo de dientes, aunque me fuerzo a caminar por los suaves cantos rodados que conforman el lecho del lago. A medida que me muevo, las ondas de agua centellean como el cosmos que vi en mi primera noche en Midscape. Percibo la magia irradiar por todas partes a mi alrededor, me llama. La tenue canción que oí en la bruma resuena una vez más, como si su origen estuviese en las profundidades del centro de este lago.

Hago una pausa cuando el agua llega a mi bajo vientre. Temblando, envuelvo los brazos alrededor de mi cuerpo en un intento de conservar los últimos retazos de calor que tengo. El hecho de que Davien entre en el agua detrás de mí es lo que me mantiene en marcha. Contengo la respiración de golpe cuando el agua me llega a las costillas.

Davien se detiene detrás de mí. Parece tener el mismo frío que yo.

—¿Estás lista?

—Lo estoy.

—Muy bien. —El aire a su alrededor cambia cuando su tono se vuelve serio, sus ojos penetrantes. Otra vez está mirando la magia en mi interior, una magia que está decidido a extraer aquí y ahora—. Heredera de Aviness, legítima gobernante de estas tierras, guardiana del poder de los viejos reyes, has entrado en estas aguas como mujer, pero emergerás de ellas como reina. —Levanta una mano y dibuja líneas desde mi cuello hasta mis hombros, mis clavículas y mi pecho —. Yo, como súbdito leal, te unjo con las aguas sagradas.

—Recibo tu bendición. —Con la punta del dedo, dibujo los

brillantes contornos de determinadas figuras sobre él también, espirales y puntos que no tienen ningún significado coherente y aun así parecen decir *Te veo, formo parte de ti*—. Yo soy el recipiente de Aviness.

De repente, respiro hondo y me sumerjo.

En el mismo instante en que mi cabeza se cuela debajo de la superficie, el calor me rodea. Abro los ojos y veo docenas de figuras plateadas que esperan bajo el agua. Todas llevan coronas de cristal que reconozco de las vidrieras de la fortaleza. Salgo a la superficie para toser el agua que he aspirado por la sorpresa. Nado hacia atrás, pero las manos se cierran alrededor de mis hombros.

Esto *no* era parte de nuestro plan.

—¿Qué pasa?

—He visto… he visto… a gente debajo del agua —tartamudeo, aunque mis dientes ya no castañetean de frío. El calor que sentí desde el momento en que me sumergí todavía me rodea, lo mismo que esa agua rutilante. Hace que mi piel luzca de un gris, iridiscente, salpicada de puntitos arcoíris—. ¿Qué? —Me fallan las palabras mientras sujeto los antebrazos en alto.

—Esto es para lo que hemos venido —dice Davien en tono tranquilizador—. No tengas miedo. No vaciles. Acepta la unción como haría una reina.

Pienso en lo que me dijo Shaye hace unas semanas: *Camina con la cabeza alta, pues tienes el poder de reyes.* Llevo fingiendo todo este tiempo para intentar cumplir las expectativas de la magia en mi interior. Puedo fingir un poco más. Me enderezo y me aparto de Davien. Aunque hago el mayor esfuerzo posible, todavía miro el agua con desconfianza. Desde aquí arriba, no logro ver esas figuras fantasmagóricas, pero sé que si abriese los ojos bajo la superficie, las vería una vez más.

Cierro los ojos y opto por centrarme en el sonido de la música que aún se oye. Cuanto más me concentro, más sube su volumen. El sonido me da fuerza, me hace pensar en mi madre biológica. La imagino mirándome con cariño desde el gran Más Allá, orgullosa de su hija por todo lo que podría conseguir.

Pego el collar a mi pecho con ambas manos y dejo que mi

consciencia se separe de mi cuerpo. En alguna parte, entre las palabras de Davien y la música, encontraré la magia. Y una vez que sea capaz de sujetar ese poder con la misma fuerza que sujeto este colgante de cristal, seré capaz de entregárselo al hombre al que le he entregado todo lo demás.

—Estoy lista para hacer mi juramento. —Por alguna razón, mi voz ya no suena como la mía de siempre. Es más suave, más confiada de lo que la he oído nunca antes.

—¿Juras proteger y guiar a tu gente? ¿Protegerlos con la magia antigua que te ha concedido el destino y tu familia? ¿Gobernarás con la honradez y la justicia como tus armas, para reforzar nuestras fronteras y defender nuestra causa? —Davien repite las palabras de las páginas que nos dio Vena. Termina con uno de mis añadidos—. ¿Haces estos juramentos con veneración y severidad?

—Lo hago.

—¿Renunciarás a toda tentación que podría hacerte perder el rumbo?

—Renuncio.

—¿Y utilizarás hasta el último resquicio de tu poder para fomentar, conservar y venerar las costumbres de nuestro pueblo para siempre jamás?

—Eso y más, te lo juro. —Mis pestañas aletean y cuando abro los ojos me cruzo con su mirada esmeralda. Los labios de Davien se entreabren. Él también lo siente. Me pregunto si oye siquiera la música que está alcanzando su punto álgido. Llena mis oídos como el agua; llena mi alma como la magia de los reyes feéricos—. Hago estos juramentos con libertad y sinceridad.

—Entonces, respira tu último aliento como la mujer que eres y resurge como reina. —Se inclina hacia delante y pone ambas manos sobre mis hombros. Contengo la respiración y Davien me empuja hacia atrás. Esta vez, estoy preparada para lo que me aguarda.

Debajo del agua oigo vítores, una sinfonía alegre que se intensifica a mi alrededor como si tocara en un salón tres veces más magnífico que la fortaleza en la que dormimos la víspera. El aplauso de reyes y reinas de antaño me fortalece a mí y a la magia que puedo sentir crepitar de todos mis poros.

Davien me saca otra vez a la superficie. Aspiro una ávida bocanada de aire frío. Parpadeo hacia el cielo y me deleito en esta sensación de poder inconmensurable.

Si quisiera, si me atreviera, podría cambiar este mundo.

Y entonces mis ojos caen de los cielos y se posan en él. La primera y única cosa que hago con este poder es verterlo en el collar que aún tengo aferrado en las manos. Me pongo de pie y Davien se arrodilla. Ahora viene la parte que escribimos juntos.

Me muevo al son de la música, de la magia que mora en mi interior. Camino alrededor de él, y hago réplicas de las formas que dibujó en mi cuerpo con el agua antes. Vuelvo a pararme delante de él y le tiendo el collar.

Davien lo mira con una expresión cargada de asombro y anticipación. Levanta la mano despacio. Todo lo que ha querido jamás está ahora a su alcance.

La magia empieza a salir de mi cuerpo. Me siento más pesada a cada segundo que pasa y me pregunto si tendré fuerzas suficientes para decir lo que tengo que decir a continuación. Pero estamos tan cerca…

—Abd…

Salida de la nada, una flecha de sombra arranca el collar de la palma de mi mano y el poder que el ritual había estado acumulando se rompe con un chasquido casi audible.



Veintinueve

Durante un segundo, estoy demasiado aturdida para hacer nada. Davien mira mi mano extendida donde hace un segundo estaba el collar. Parpadea como si nuestros ojos nos estuviesen jugando una mala pasada. Después, reaccionamos al unísono.

Davien salta del agua y se gira hacia el origen de la flecha. Yo me zambullo donde se ha hundido el collar bajo la superficie vidriosa del lago. La canción que oía antes ha cesado. El agua se está enfriando, frígida una vez más. Aunque abro los ojos debajo del agua, no veo ninguna de las figuras fantasmagóricas. Es como si no solo la magia que tenía en mi interior hubiese acabado dentro del collar, sino la magia del lago en sí, de todo este lugar.

Mi horrible teoría se confirma cuando salgo a la superficie, colgante en mano.

La bruma que rodeaba y protegía la fortaleza se está evaporando a la luz del sol. Como si alguien retirase una mortaja, revela con una claridad prístina el bosque ralo y escuálido por el que llegamos hasta aquí. Alineados entre esos árboles vemos a diez Carniceros, cuyas capuchas irradian sombras iracundas alrededor de sus cuellos y hombros.

Había tenido la intención de reunir el poder de Aviness… pero no

había soñado ni querido tener *tanto* éxito.

Davien se pone en marcha al instante. Va hacia el Carnicero más próximo, pero otros dos se separan de la fila y desaparecen en la sombra de uno de los árboles cercanos. Un movimiento a mi derecha me distrae de Davien. Los dos Carniceros han reaparecido a la sombra de la fortaleza y vienen corriendo hacia mí.

No sé qué hacer, miro frenética de Davien al collar. Tres Carniceros se ciernen ya sobre él. Davien es fuerte y se ha vuelto más poderoso durante su tiempo en Midscape, pero sin el poder de los reyes, sé que son demasiados para él. Miro atrás y veo que los otros dos están ya casi a mi altura, así que me alejo a toda prisa hacia aguas más profundas.

—No os acerquéis ni un metro más —les digo—. Tengo el poder de los reyes.

—Eso es justo lo que hemos venido a buscar. —El hombre que se acerca esboza una sonrisa fría.

—No me forcéis a usarlo. —Sonaría más amenazadora si mi voz no temblase.

—Como si pudieras. Ya has separado la magia de tu cuerpo. Ahora no eres más que una patética humana.

—¡Katria, corre! —brama Davien a pleno pulmón. Sin previo aviso, un fogonazo de luz brota de él. Aparto la mirada en el último segundo, pero los Carniceros quedan cegados. Esprinto en dirección al caballo, salpicando en todas direcciones con mis prisas. Avanzo despacio hasta que llego a aguas menos profundas, pero para entonces los Carniceros ya se están recuperando. Oigo sonidos de lucha procedentes de donde está Davien.

Lo miro de reojo, solo para encontrarlo en proceso de esquivar ataque tras ataque. Se echa hacia atrás y unas garras largas y letales brotan de sus dedos. Las hunde en el costado de uno de los atacantes, pero no tengo ocasión de ver caer a la mujer porque en la periferia de mi visión los dos hombres cargan hacia mí con la velocidad de un jabalí enfadado.

El caballo es nuestra mejor opción. No podemos luchar. Tenemos que huir. Por suerte, no se les ha ocurrido matar al corcel todavía. Doy gracias a mi ser del pasado por haber pensado en mantener al animal

ensillado.

Usando las escaleras que llevan a la fortaleza, me agarro a las enredaderas que crecen alrededor de la entrada abierta y las utilizo para ayudarme a izarme cuando salto. Aterrizo de cualquier manera a lomos del caballo y me apresuro a sentarme a horcajadas y meter los pies en los estribos. Consigo hacerlo justo cuando los Carniceros están sobre mí. El caballo, sobresaltado por sus ataques y mi grito, sale disparado más deprisa que la flecha que nos pilló a Davien y a mí por sorpresa.

Me aferro a él y me mantengo agachada al tiempo que lo hago zigzaguear mientras más flechas pasan silbando por mi lado.

—¡Davien! —grito. Se gira hacia mí y me ve ir directa hacia él.

Davien junta otra vez las manos para dar una palmada que provoca otro estallido de luz. Una vez más, protejo mis ojos justo a tiempo. El caballo no tiene tanta suerte; se asusta y se encabrita. Me agarro con uñas y dientes, y tranquilizo a la bestia lo mejor que puedo sin dejar de azuzarlo para que avance. *Confía en mí*, le suplico en silencio al corcel.

Desde luego que es una montura bien domada, muy propia de un rey, pues continúa adelante aunque estoy segura de que está medio cegado. Alargo la mano hacia Davien. Lleva a tres Carniceros pegados a los talones. Su truco del fogonazo de luz es menos eficaz que la última vez y dudo de que vaya a volver a funcionar.

Nos agarramos del antebrazo y emito un ruido gutural cuando lo ayudo a subir. Davien da un poderoso salto y aterriza igual de desequilibrado que yo, e incluso casi me tira en el proceso. El caballo gira en redondo cuando pierdo el control mientras reajusto mi equilibrio.

—¿Lo tienes? —La pregunta está cargada de desesperación.

—Lo tengo. —Llevo el colgante agarrado en la mano derecha, aunque no me atrevo a despegar los dedos de él ni de las riendas del caballo para enseñárselo.

—Galopa como el viento —me urge, al tiempo que se agarra con fuerza a mí. Aún en ropa interior y empapados, emprendemos la huida.

Siete de los diez Carniceros están muy lejos, pero los tres que

lograron protegerse los ojos del último fogonazo de luz de Davien saltan de sombra en sombra de los árboles entre los que esprintamos. Lanzan proyectiles con gritos y chillidos de risa maníaca.

Hago girar al caballo a derecha e izquierda en un intento por evitar todas las sombras posibles. Lo último que quiero es que uno de ellos aparezca justo delante de nosotros. Nuestra única esperanza es mi destreza hípica contra su suerte al lanzarnos cosas.

—Puedes hacerlo —me anima Davien. Según lo dice, aparece una Carnicera en un árbol cercano. Se columpia de las ramas más altas. Levanto la vista por instinto—. Sigue mirando adelante —me espeta Davien. No veo el cuerpo de la Carnicera cuando se encuentra con las garras de Davien, pero oigo el crujir de huesos, el grito agudo y el golpe sordo que hace cuando cae al suelo a nuestra espalda.

¿Eso es uno menos? ¿O dos? ¿O derribó Davien a más aún que no vi allá en el lago? Espero que ese sea el caso.

—El caballo no puede seguir a este ritmo para siempre. —Me giro hacia él.

—El ritual de sus capas se agotará pronto. Usarlo a plena luz del día como ahora requiere más poder. Podemos dejarlos atrás —me asegura.

En efecto, dos de los Carniceros restantes ya no nos persiguen. Vuelvo a centrarme en lo que hay por delante para seguir serpenteando entre los árboles. Otro Carnicero se abalanza sobre nosotros desde la cima de un árbol, pero falla por completo.

Ahora quedan solo tres que le estén siguiendo el ritmo al caballo. Davien tiene razón. Sí que podemos dejarlos atrás. *Podemos hacerlo*.

Sin embargo, en cuanto lo pienso, una flecha pasa zumbando por delante del hocico de nuestro caballo, que se asusta y se encabrita. Yo consigo agarrarme, pero Davien no puede agarrarse tan bien al animal como yo. Cuando pierde el equilibrio, siento que tira de mí, hasta que me suelta para evitar que caigamos los dos.

—¡Davien, no! —grito, pero en ese momento el caballo vuelve a tener las cuatro patas en el suelo.

—¡Vete! —brama Davien—. ¡No pares! —Davien se levanta de un salto, las garras desenvainadas, y se gira hacia los Carniceros restantes.

—Yo…

—¡Vete! —No me da la oportunidad de hablar, pues oye mi objeción antes de que pueda darle voz—. No permitiré que te atrapen, ni que se lleven el collar.

Una sensación pegajosa, caliente y enfermiza se apodera de mí y espanta el aire frío de mi piel sudorosa. Si lo dejo atrás, aquí y ahora, van a matarlo. No puedo… Debo.

—¡Katria, *vete*! —me grita una última vez.

Con todo el dolor de una herida abierta, le doy una patada al caballo e iniciamos otro esprint. Mientras me alejo, tengo el cuello girado hacia atrás, hacia él. Observo cómo dos de los Carniceros restantes caen sobre él. Ya solo me persigue uno.

Tengo que volver atrás.

No puedo volver.

Si no vuelvo, lo matarán.

No puedo dejar que lo maten. Lo quiero. Tengo que volver.

No. La voz de la razón suena callada y calmada, *justo porque lo quieres, no puedes volver atrás*. Hacerlo sería el tipo de amor equivocado, el tipo imprudente que hace caso omiso de sus más fervientes deseos. Sería un amor egoísta, en el que pongo lo que yo quiero por delante de lo que quiere él. Volver significaría entregar la magia que innumerables feéricos, que Giles y Shaye, han dado la vida por proteger.

¿Esa elección sería amor?

Aprieto los ojos con fuerza y suelto un grito de frustración y agonía que armoniza de la manera más horrible con un grito de dolor procedente de Davien a lo lejos.

No lo mates, le suplico al destino, a la suerte, a cualquier viejo dios que pueda estar escuchando. Quizás Boltov lo quiera con vida. Se me hace un nudo en el estómago. No, si lo llevan a la Corte Suprema, tendrá que enfrentarse a un destino mucho peor que la muerte.

Sea como sea, va a morir, y nunca tuve la oportunidad de decirle con franqueza que lo quería.

Esquivo otra flecha y animo al caballo a seguir adelante. Continúo a nuestro paso incansable. Evitamos las sombras y corremos como si nuestra vida dependiese de ello. No cedo ni siquiera cuando pierdo de

vista al último Carnicero, la magia de sus capas agotada ya.

Los gritos de agonía de Davien me persiguen durante mucho más tiempo que cualquiera de los hombres y mujeres de Boltov.



Treinta

Insensible. Por dentro y por fuera. No siento nada.

Tengo la piel tan fría que me sorprende que no se haya agrietado y haya empezado a sangrar. Su tono saludable ha desaparecido, sustituido por un tono tan fantasmagórico como la tierra yerma bajo mis pies. Todos mis músculos se han agarrotado por haber tiritado durante tanto tiempo.

Incluso mi mente se ha congelado. Mis pensamientos están muy quietos, rodeados de escarcha. Lo único que parezco capaz de comprender es adelante. *Sigue adelante*. No pares.

Así que cuando veo una sombra emerger en la periferia de mi visión, apenas puedo reaccionar a tiempo. Los Carniceros por fin me han alcanzado. Ahora me tienen, a mí y a la magia, y dejé a Davien atrás para nada.

—¡Katria!

—¡No! —grito de vuelta, e intento azuzar al caballo, pero está exhausto de nuestra huida desesperada toda la mañana. No le queda nada dentro que darme.

—Katria. —El hombre se acerca.

—No dejaré que me atrapes. No… —Por fin me giro y veo quién viene hacia mí—. ¿Giles? —pregunto con voz rasposa.

—Creía que eras tú. —Corre hacia mí. Solo puedo imaginar el aspecto que tengo. Sigo en ropa interior, mi pelo mojado cuelga en pegotes enmarañados, tengo los labios azules, el cuerpo cubierto de barro y piedrecitas y sangre—. ¿Qué ha pasado?

Niego con la cabeza y me atraganto con las palabras. Mover la cabeza a un lado y otro pone todo mi cuerpo en movimiento. Tiemblo con violencia. Boqueo respiraciones incompletas en las que suelto solo la mitad del aire antes de inspirar de nuevo. Miro pasmada el collar en mi mano.

—Yo… yo… Davien… Él…

Giles frunce el ceño. Sabe lo que he hecho. Sabe que he dejado a su rey atrás para los Carniceros. ¿Me creerá cuando le diga que fue lo que quiso Davien? ¿Importará siquiera? He dejado a Davien, al heredero de Aviness, abandonado.

¿Qué he hecho?

—Deja que agarre yo esto. —Giles alarga las manos despacio hacia las riendas del caballo.

—Tenemos que seguir adelante. No podemos volver ahí.

—Es obvio. Hay un árbol no lejos de aquí en el que me refugié ayer por la noche. Iba hacia el norte cuando la bruma se disipó y mi brújula empezó a funcionar de nuevo. —Mientras habla, se quita el abrigo y es entonces cuando me doy cuenta de que su camisa está cubierta de sangre.

—Estás herido.

—Lo estaba. Por eso no me reuní con vosotros en la fortaleza. En vez de eso, busqué un refugio y me curé. Ahora ya estoy bien. —Lo dice de un modo que revela su verdadero significado: *estoy bien, no tienes que preocuparte por mí, preocúpate por ti misma*. Giles me pasa el abrigo por encima de los hombros—. Iremos ahí ahora.

—Tenemos que seguir moviéndonos. No estamos a salvo.

—No está lejos y vas a morir congelada si sigues adelante de este modo —dice Giles con firmeza—. Tenemos que conseguirte algo caliente y seco.

Estoy demasiado cansada para discutir más. Dejo que Giles tome las riendas del caballo y nos desvíe en diagonal del rumbo que yo había estado siguiendo. Por suerte, sigue siendo más o menos

dirección sur y lejos de la carretera principal.

No obstante, ningún sitio parece seguro mientras los Carniceros sepan que tengo este collar. Boltov tiene la corona, la colina y ahora también al heredero que se había estado interponiendo en su camino. Todo lo que necesita es este poder para ser el gobernante indiscutible de los feéricos.

Pronto llegamos a uno de los árboles más grandes del bosque esquelético. Está claro que estamos más cerca de los bosques de Canción Onírica. Los árboles aquí son más grandes y están bien alimentados. Todavía les falta vida, como al resto del antaño brumoso bosque, pero son lo bastante grandes como para que dos personas quepan dentro, aunque sea apretados, y eso es justo lo que hacemos.

Nos apretujamos en el tronco hueco. Giles sugirió que atásemos al caballo a cierta distancia, todavía al alcance de la vista, pero lo bastante lejos como para que si alguien atacara no nos viese de inmediato. No quiero ver morir a otro caballo… pero *yo* tengo aún menos ganas de morir.

—Pásame mi abrigo otra vez. Lo necesito solo un segundo.

Hago lo que me dice y Giles lo coloca en el suelo justo fuera del árbol. Se quita los calcetines, el cinturón y los guantes de montar. Después de dibujar unas cuantas líneas y círculos en la tierra blanca, amontona las cosas. Con un conjuro suave y un toque de sus manos, aparece ropa nueva: una túnica, unos pantalones ceñidos y un par de sencillos botines. Giles me da todas las prendas.

—No son mi mejor trabajo —dice, con cierto tono de disculpa—. No tengo demasiadas cosas en forma de material aquí fuera ahora mismo. Pero será mejor que nada.

Eso es cierto, desde luego. En cuanto me paso la túnica por encima de la cabeza siento cómo atrapa el escaso calor que mi cuerpo aún está produciendo. Cuando estoy vestida, Giles se acerca más y pasa un brazo a mi alrededor.

—No te hagas ideas equivocadas —dice, sin mirarme a los ojos—. Solo intento que entres en calor lo más deprisa posible para que podamos ponernos en marcha de nuevo.

—No me hago ideas equivocadas —digo en voz baja—. Sé que solo tienes ojos para Shaye.

—¿Qué le ha pasado? ¿Y a Davien? —pregunta por fin.

Me tiembla el labio de abajo, pero no de frío. Pugno por encontrar las palabras. Hice una elección cuando dejé a Davien atrás. Ahora tengo que defenderla incluso delante de… no, sobre todo delante de sus más leales aliados.

—Conseguimos llegar hasta la fortaleza ayer por la noche. —Sacudo la cabeza y retrocedo un poco en el tiempo—. Poco después de que desaparecieras, nos atacaron. Era Allor.

—Lo sabía. —Maldice en voz baja—. Me atacó a mí primero.

—¿Cómo escapaste?

—No iba a por mí, así que no me persiguió cuando conseguí soltarme, pero esperaba haberla desviado lo suficiente de vosotros tres. —Niega con la cabeza—. Parecía como si tuviese una esquirla de cristal de algún tipo. Tal vez una vieja reliquia Aviness que utilizaba para orientarse en la bruma.

Miro el collar. Allor dijo que había sido ella la que lo encontró. Apuesto a que fue mientras buscaba una manera de que Boltov pudiese cruzar por esta bruma. Nos había estado engañando desde el principio… y nosotros la dejamos. La ira me calienta más que la ropa o Giles podrían hacerlo jamás.

—La vi ir tras vosotros, pero no pude seguirla. ¿Os alcanzó, entonces?

—Sí. Shaye se enfrentó a ella; luchó para que Davien y yo pudiésemos escapar. Mi yegua murió en la refriega, pero aun así conseguimos llegar a la fortaleza…

Los recuerdos de la víspera me inundan de repente. Parece imposible pensar que hace tan solo unas horas desperté en brazos de Davien. Que esta es la misma realidad que aquella. Debería ser imposible que una persona se sienta tan llena y cálida y luego tan fría y amarga en el mismo día.

—Conseguimos que el ritual funcionara. —Por fin desenrosco los dedos de alrededor del collar; de hecho, tengo que abrir uno o dos con la otra mano porque se me han agarrotado—. Toda la magia está fuera de mí y en este collar. Pero entonces, justo cuando iba a conferírsela a Davien, aparecieron más Carniceros. Peleamos. Íbamos a escapar… Pero… Giles, ocurrió todo muy deprisa. Davien estaba ahí a caballo

conmigo, y de pronto dejó de estarlo. Lo rodearon. Me dijo que me marchara. —Miro a los ojos tristes de Giles—. ¿Qué se suponía que debía hacer? Sé lo mucho que esto significa para él, para toda tu gente. No podía permitir que los Boltov se apoderaran de él… Pero eso significaba… Eso significaba…

—Está bien —susurra. Su brazo se aprieta alrededor de mi hombro y me atrae hacia él. El abrazo es cálido y seguro de un modo completamente diferente al de Davien—. Hiciste lo correcto.

—¿Por qué tengo la sensación de haberlo traicionado? —Se me quiebra la voz—. ¿Por qué tengo la sensación de que lo he condenado a muerte?

—No lo dejaremos morir. —Giles tiene una fuerza que yo solo podría soñar con poseer ahora mismo. Es la fuerza de un hombre que no ha visto a múltiples Carniceros caer sobre un solo feérico.

—¿Boltov no lo matará?

—Oh, seguro que sí. —Una sombra cruza el rostro de Giles—. Pero no antes de dejar a Davien en ridículo. Boltov no le concederá el honor de una muerte limpia. Davien lo ha eludido durante demasiado tiempo para eso. Boltov hará una declaración antes de matarlo. Querrá hacer público el hecho de que mata al último Aviness. Querrá que la gente sepa que lo ha logrado, para que nadie vuelva a atreverse a decir nada en su contra. Y ese será su error, como también será lo que nos proporcione el tiempo suficiente para infiltrarnos en la Corte Suprema.

—¿De verdad crees que todo eso es cierto? —Me llena con una chispa de esperanza que casi parece peligroso tener.

—Sí. Pero primero, ¿cómo te encuentras?

—¿Qué? —Cómo me encuentro yo apenas es un problema.

—Ya no tienes la magia. ¿Has empezado a marchitarte?

—Estoy exhausta —admito—. Pero creo que sería de esperar.

—Cierto.

Sacudo la cabeza.

—Por lo demás, me encuentro bien. Lo bastante bien como para continuar.

Tengo que hacerlo. No dejaré que me diga que no. La idea de que estoy dispuesta a dar mi vida por los feéricos me golpea con más

fuerza de la que esperaba. Me trago la oleada inicial de miedo y calmo mi respiración. Voy a llegar hasta el final de esto. Voy a ver a Davien sentado en el trono feérico con la corona de cristal. O moriré en el intento.

Giles me lanza una mirada escéptica.

—No creo que me esté marchitando todavía. Aún me queda algo de tiempo aquí —insisto.

—Vale, pero estate pendiente de ello —dice al fin—. Sea como sea, tenemos que volver a Canción Onírica. Es el camino más corto a través del Vano si tuviésemos que llevarte de vuelta. Además, el material y los aliados que necesitamos están ahí. Con un poco de suerte, nos toparemos con Shaye por el camino, o nos reuniremos con ella ahí. Pero si no es así, la salvaremos a ella también.

—¿Crees que Boltov también la dejaría vivir?

—Durante un tiempo, por razones similares a las de Davien. Querrá dar ejemplo con ella, de los horrores que le aguardan a todo Carnicero que ose abandonar sus filas. Supongo que su tortura será menos pública, pero no menos severa. —Las emociones tensan los bordes del rostro de Giles, hacen que su boca y su frente se frunzan. Su habitual falta de seriedad ha quedado aplastada por un peso inmenso. Sé muy bien lo que está sintiendo.

Boltov se ha llevado a las personas que más queremos.

—Deberíamos retomar el camino —digo. Me levanto y, cuando salgo de la protección del árbol y del calor de Giles, una brisa sopla sobre mí y reprimo un escalofrío.

—¿Estás lo bastante caliente? —Debe haberlo visto—. ¿Has empezado a marchitarte?

—Estoy *bien* —insisto—. No tenemos tiempo que perder. —Me cuelgo el collar del cuello y lo remeto dentro de la túnica—. Cuanto antes lleguemos a Canción Onírica, antes salvaremos a Shaye y a Davien.



El trayecto hasta Canción Onírica es frío, silencioso y tenso. El caballo está demasiado cansado para soportar el peso de ambos, así que voy

montada sola. Giles insistió en que fuese yo la que estuviese a caballo; así podría huir más deprisa si fuese necesario.

Noto que se me cambia la cara en cuanto vemos la línea de demarcación del territorio de los Acólitos en el Bosque Salvaje. Estamos muy cerca de la seguridad. Ya empieza a atardecer y sé que si nos vemos obligados a tomarnos un descanso, la casa franca no está lejos.

—¿Vamos a continuar adelante durante toda la noche? —pregunto.

—Yo puedo seguir. —Giles mira al caballo—. ¿Qué opinas de él?

—Hemos ido suave; creo que aguantará. Y si empieza a tener problemas, desmontaré e iré caminando también.

—Muy bien, entonces… —Giles se queda paralizado cuando cruzamos la franja de tierra desnuda que marca el territorio de los Acólitos.

Yo también lo he sentido. O más bien, *no* he sentido nada. No noto el cosquilleo de la barrera que rodeaba el territorio antes. La tierra es igual aquí que al otro lado de la línea.

—Algo va mal. —Giles da voz a mis sentimientos. Me mira—. Cambio de planes. Iremos a la casa franca y tú te quedarás ahí. Yo me adelantaré, investigaré qué pasa en Canción Onírica y volveré a por ti.

—No. —Descarto la idea de inmediato—. Nuestro plan sigue siendo el mismo. Solo que vamos con más cautela.

—Pero…

—No me voy a quedar en ningún sitio de brazos cruzados, sola e indefensa. Además, si te marchas y de verdad me ocurre algo, si Boltov se apodera del collar, nadie lo sabrá hasta que sea demasiado tarde. Nuestra mejor opción es seguir juntos.

Frunce los labios mientras lo piensa un poco, pero al final cede.

—Muy bien, pero si nos topamos con problemas, huyes con el collar. Dirígete a Canción Onírica y mantén los ojos abiertos. Pase lo que pase, Boltov no puede obtener ese poder.

—Entendido. —No he llegado tan lejos ni he sacrificado tanto para entregar la magia ahora.

Continuamos en silencio durante el resto del día. Ninguno de los dos estamos de humor para charlar de nimiedades. Poco después de

ponerse el sol, hacemos una pausa en un arroyo y le damos al caballo la oportunidad de beber.

—¿Sigues teniendo fuerzas para continuar? —pregunta Giles. Oír su voz después de horas de silencio me parece sorprendentemente ruidoso.

—Sí, pero yo no soy la que lleva andando todo el día. ¿Cómo estás tú?

—Soy más duro de lo que parezco.

—A mí me pareces bastante duro. —Le dedico una sonrisa cansada; una que me devuelve sin mucho ánimo.

—Sigamos adelante, pues.

Han salido las estrellas y la luna está ya alta cuando olemos el humo. Intercambiamos una mirada recelosa y los dos fruncimos el ceño, pero no cambiamos de rumbo. Sin embargo, cuando un resplandor anaranjado aparece entre los árboles, Giles levanta el brazo.

—Esto no pinta bien —susurra—. Deberías quedarte aquí.

—No, seguimos adelante juntos.

—Intento protegerte. —Su voz lleva un deje de frustración cansada. Su preocupación es bien intencionada, aunque equivocada.

—Ya lo sé —digo con la mayor calma posible—. Pero he venido hasta aquí y no voy a retirarme ahora. Pase lo que pase, voy a llegar hasta el final de esto.

Giles me mira pensativo y luego se resigna con un suspiro.

—Muy bien, pero si alguien pregunta, yo creía que debías quedarte atrás.

—Tu objeción queda anotada.

—Mantente cerca y sígueme, pues. No queremos ir por la carretera principal. —Empieza a guiarnos hacia un lado, lejos del camino bien marcado que llevamos siguiendo durante la última hora.

Es la sensación de avanzar a hurtadillas lo que me llena de miedo. Recalca el hecho de que este lugar al que antes consideraba realmente seguro ya no lo es. Me llevo la mano al collar que cuelga de mi cuello y pienso en Davien. Tengo que ser fuerte para él. No puedo tener miedo. Todavía soy la guardiana de la magia de los viejos reyes. Y hasta que sea capaz de devolvérsela a la persona que de verdad puede

emplearla para salvar estas tierras, tengo que hacer lo posible por ayudar a salvar a los feéricos de Boltov.

El sonido del crepitar del fuego en la distancia se vuelve más alto. Desmonto, dejamos al caballo atado a una rama baja y continuamos a pie, pues a los dos nos parece que llamaremos menos la atención así. Nos movemos con sigilo, agachados entre la maleza, hasta acercarnos a la cresta del valle en el que se asienta Canción Onírica.

Noto el humo denso en los pulmones y el resplandor naranja es aún más brillante ahora; es casi como si estuviese amaneciendo entre los árboles. Me levanto la túnica para taparme la nariz y la boca, pero no sirve de mucho. Se me aguan los ojos y me arden los pulmones, pero no me detengo. He de ver lo que hay al otro lado de esos árboles. He de ver Canción Onírica, a pesar de que algo me dice que este es un empeño del que me arrepentiré. Que lo que estoy a punto de ver no lo olvidaré nunca.

Cuando salimos de entre la maleza y nos asomamos a los restos humeantes de la magnífica ciudad por cuyas calles bailé hace no más de tres días, mis sospechas se confirman.



Treinta y uno

Canción Onírica no es ya más que una concha chamuscada. Me recuerda a las brasas humeantes de una chimenea, brillan como estrellas enfadadas, refulgen con un calor vengativo y prenden llamas para consumir el poco combustible que pueda quedar. Creo que he abandonado mi cuerpo durante un segundo, porque Giles me sacude y tiene que decir mi nombre tres veces.

—Katria.

—La han quemado. Toda ella. —Toda esa magnífica artesanía, desaparecida entre las llamas. Aunque los feéricos puedan hacer cosas deprisa mediante rituales, sigue siendo una tragedia. Entonces mis pensamientos se desvían hacia la gente y mi cerebro frena en seco. Me giro hacia Giles y lo agarro de ambos hombros—. La gente…

—Lo sé. —Retira mis manos. Los restos humeantes de la ciudad se reflejan en sus ojos. La ciudad… su *hogar*—. Aunque no veo demasiados cuerpos en las calles. —Está claro que tenemos definiciones diferentes de lo que son «demasiados cuerpos», pero no digo nada—. Lo cual significa que nuestro plan funcionó.

—¿Plan? —repito, los ojos aún clavados en las ruinas. El Mundo Natural no ha conocido nada más que paz durante siglos. Es obvio que en ocasiones surgen riñas, pero nada importante. Nada de *esta*

envergadura.

Los fae me habían contado desde un principio los horrores que eran capaces de cometer los Boltov, pero no lo había entendido bien. Nunca pensé que nadie fuese capaz de este nivel de destrucción e indiferencia por la vida… ni siquiera con la magia a su disposición.

—Sí, ¿recuerdas el túnel?

Mis pensamientos empiezan a ordenarse de nuevo.

—El túnel… pero no lo terminamos.

—Vena se encargó de que fuese completado mientras todo el mundo estaba distraído con las celebraciones otoñales. Estaba preocupada por la creciente posibilidad de sufrir un ataque desde que Davien y la magia habían regresado. —Giles se dirige de vuelta al bosque, aunque sus ojos saltan de un lado para otro con recelo—. El plan era que los soldados y los guardias se quedaran a defender la ciudad, que contuviesen durante el mayor tiempo posible lo que fuese que Boltov lanzase contra nosotros, mientras los civiles escapaban a la montaña.

Ya no soy capaz de imaginar Canción Onírica; en mi mente, solo veo las calles rojas de sangre y fuego. Pienso en todas esas personas que se quedaron atrás para que otros pudiesen tener la oportunidad de vivir. Esa imagen, ese pensamiento, es muy probable que me atormenten durante años de formas que ahora mismo no puedo ni aspirar a comprender, no cuando mi objetivo sigue siendo mi propia supervivencia.

Giles se dirige hacia la izquierda, en dirección a las montañas. Pasa por al lado del caballo.

—¿Lo vamos a dejar aquí?

—Llamaría demasiado la atención, y no podemos meterlo debajo de la montaña —dice.

—Cierto. ¿Cuánta gente sabía lo del túnel? —Tampoco era como si lo hubiésemos mantenido en secreto mientras trabajábamos en él.

—No estoy seguro. Yo no tenía un rango tan alto.

—Pero… todo el mundo debía saberlo, ¿no? ¿Sabían lo que hacer en caso de producirse un ataque? —Me muerdo el labio, incapaz de quitarme de encima la sensación pegajosa y enfermiza que se está enroscando alrededor de mi columna.

—Puede que los informaran solo cuando se produjo el ataque, que les dijeran que tenían que acatar las órdenes que les dieran y nada más. —Giles me mira de reojo mientras nos conduce alrededor de Canción Onírica hacia las montañas. Capto atisbos de sus picos helados a través de la oscura cubierta de hojas; los voraces fuegos se reflejan sobre la nieve y el hielo—. ¿Adónde quieres ir a parar?

—¿Y si lo sabía Allor? —susurro.

Gira en redondo para mirarme con los ojos muy abiertos.

—¿No creerás que…? —murmura—. Pero ella… Shaye hubiese vuelto para prevenirlos.

—No lo sé —digo con debilidad—. No vi lo que ocurrió con ellas y Allor no estaba entre los Carniceros que nos atacaron a Davien y a mí en el lago. No sé qué le pasó a Shaye.

Sin decir una palabra más, Giles echa a correr hacia las montañas. Lo sigo de cerca a través del tupido bosque. Las habituales motas de luz que duermen sobre el musgo han desaparecido, con lo que todo está envuelto en una sombra amenazadora. Es como si en todas partes donde toca Boltov, la vida fuese succionada del mundo.

—Giles —susurro cuando mis oídos detectan el sonido de una refriega a lo lejos. Giles sigue corriendo. Se va a dar de bruces con lo que seguro que es una trampa. Lo agarro de la muñeca y clavo los talones en la tierra blanda. Giles se gira y me mira con ojos aterrados —. *Escucha.*

Sus ojos solo se abren aún más cuando oye lo mismo que yo: gritos, risas, gruñidos y llantos. No son sonidos de gente que disfruta de un respiro.

—No —murmura. Observo cómo la esperanza abandona sus ojos y oscurece su expresión aún más.

—Vayamos despacio. Tenemos que mantenernos ocultos —susurro. Giles asiente.

La luz de un fuego empieza a filtrarse entre los árboles. Las llamas danzarinas centellean sobre las vertiginosas paredes de la montaña, no lejos de donde Giles, Oren, Davien y yo estuvimos trabajando en el túnel. A medida que nos acercamos, las voces suenan más nítidas.

—Vuestro rey os quiere vivos. Así que mejor que nadie se resista —ordena un hombre con desdén.

—Claro que siempre se producen accidentes. —*Esa es Allor*. Mis ojos se cruzan con los de Giles. Se ha dado cuenta de lo mismo que yo.

—Voy a matarla —masculla en voz baja.

—Vas a tener que pelear conmigo por ese honor.

Asiente en mi dirección en ademán cómplice y me hace un gesto para que lo siga hacia un árbol cercano.

—¿Se te da bien trepar?

Levanto la vista hacia el árbol y pienso en aquel tejado. *Nada de trepar*, me había grabado a fuego Joyce. *Nada de alturas. Mantente cerca del suelo*… donde pertenecía.

—De hecho, trepar se me da fenomenal —admito, para mí misma y para él. Porque seguí haciéndolo a pesar de sus indicaciones; trepaba para reparar las paredes exteriores de la mansión, o para limpiar el moho que se extendía por los techos. Incluso después de la caída, nunca tuve miedo a las alturas. Siempre me parecieron algo natural. Es curioso cómo algunas de esas destrezas me están viniendo bien cuando menos me lo espero.

—Creo que podremos echar un buen vistazo desde ahí arriba. —Giles señala hacia una de las ramas más largas del roble y yo lo sigo hasta la copa del árbol. Como era de esperar, desde ahí vemos a los Carniceros y a los supervivientes de Canción Onírica a nuestros pies, pero bien protegidos por las anchas ramas sobre las que estamos tumbados y las frondosas hojas del roble.

Se ven restos de una batalla en el suelo: más cuerpos y sangre. A los supervivientes los han reunido en tres grupos distintos, cada uno de ellos delante de un pequeño ejército de Carniceros. La mayoría de ellos se miran los pies o a nada en particular con los ojos vacíos y huecos.

—¿Los van a llevar a todos de vuelta a la Corte Suprema? —pregunto.

—Solo puedo suponer que así es.

—¿Cuántos ejemplos necesita dar un rey? —Mi pregunta lleva casi un gruñido al final. Esto es demasiado. Boltov está yendo demasiado lejos. Y aun así, por todo lo que me han contado, esta sigue siendo solo una mínima parte de los horrores que este rey ha traído a tierras feéricas.

—Vamos a desplazarnos por grupos —indica el hombre que supongo que es el cabecilla de los Carniceros—. Os recomiendo encarecidamente que escuchéis las instrucciones que os demos, puesto que no hacerlo puede tener más consecuencias desagradables.

Los Carniceros entregan a todo el mundo pequeñas piezas de lo que parece ser cristal.

—¿Qué es eso? —Miro de reojo a Giles—. ¿Más reliquias?

—No. Esos son fragmentos de la corona. «Llamadas del rey». Es uno de los muchos poderes de la corona de cristal. Todo feérico que reciba una llamada debe responder en el plazo de un día o morirá.

Hago una mueca. Por precioso que sea este mundo, está claro que tiene un trasfondo violento que se me había pasado por alto durante semanas. Pero ahora lo veo. Veo la oscuridad con la misma claridad que veía cada chispa centelleante de luz mágica.

El Carnicero en jefe camina hacia un grupo que está oculto en su mayor parte por los árboles.

—Como líder de este grupo rebelde, tú les enseñarás a volver al abrazo amoroso de nuestro rey.

—*Amoroso*. —Vena suelta una carcajada desdeñosa. Está viva. El alivio me recorre de arriba abajo. Si Vena está viva, aún hay esperanza. No estoy muy segura de por qué pienso así, encaramada a un árbol, incapaz de hacer nada por ayudar… pero si alguien puede encontrar una manera de salir de la situación en la que se encuentra ahora mismo, creo que esa es Vena.

—Os hemos mostrado misericordia. —El Carnicero se acerca más a ella, fuera del alcance de mi vista—. Depende de ti decidir si esa misericordia continúa o si ejecutamos la venganza de nuestro rey aquí y ahora.

Se produce una larga pausa. Me pregunto qué está pasando por la mente de Vena. ¿Y si espera que Davien venga a salvarlos después de todo? A lo mejor eso es lo que la hace decir:

—Obedezco la llamada de mi rey.

Se ve un pequeño fogonazo de luz. Algunos hombres y mujeres de los otros grupos empiezan a sollozar en silencio. Acaban de ver a su líder, a su esperanza, lanzarse a los brazos de su enemigo. Veo a otros llevarse las esquirlas de cristal al pecho y repetir la misma operación:

desaparecen con pequeñas chispas.

Mientras observo al grupo más próximo a la montaña, veo un delgado hilillo de piedras bajar rebotando por las rocas al pie de la montaña. Me inclino hacia delante para ver mejor el origen de esas piedras, lo que podría haberlas soltado. Había esperado ver a una horda de Acólitos dispuestos a lanzar un ataque aterrador sobre los Carniceros desde lo alto. Pero en lugar de eso, mis ojos conectan con un par de ojos lilas que me son familiares. Veo la curva de unos cuernos que reconozco adosados a una carita que se asoma desde detrás de uno de los salientes más altos.

Los ojos de Raph se abren un poco, pero me llevo un dedo a los labios y él asiente. Los dos nos echamos hacia atrás en nuestros escondites.

Por desgracia, es posible que no haya sido la única en ver las piedras que ha soltado Raph. A medida que los grupos de supervivientes desaparecen despacio, uno por uno, el Carnicero principal ladra una orden.

—Registrad la zona. Aseguraos de que no queda ningún rezagado.

—Si encontramos alguno, ¿cuál es la orden? —pregunta Allor.

—Matadlos a primera vista. El rey ya tiene demasiadas ejecuciones entre manos. Podemos divertirnos un poco.

Los Carniceros se abren en abanico con un murmullo de emoción. Giles y yo recogemos nuestros brazos y piernas lo más posible sin perder el equilibrio. Contengo la respiración mientras veo a dos Carniceros pasar por debajo de nosotros, buscando. Esperamos durante lo que parece casi una hora. Una hora de músculos en tensión, respiración superficial y miedo acuciante de que en cualquier instante voy a oír un grito que señale mi muerte.

Sin embargo, este no llega nunca y, en lugar de eso, lo siguiente que oigo es una orden nueva.

—Volved a la base —ordena el hombre.

Giles y yo nos quedamos en el árbol durante al menos diez minutos más. Inmóviles. Nos miramos, como si estuviésemos esperando a ver quién de los dos toma la responsabilidad de ser el primero en hablar. Me sorprendo al aceptar el reto.

—¿Crees que es seguro? —Mi voz suena tan bajita que estoy

segura de que Giles me ha leído los labios, más que oído mis palabras.

—No creo que haya ningún lugar seguro para nosotros ya —dice en tono solemne—. Pero sí, creo que todos los Carniceros se han marchado.

—Bien. Sígueme.

—¿Y exactamente adónde crees que vas? —pregunta mientras bajamos despacio del árbol.

—Todavía no estoy segura. —Aunque creo que todos los Carniceros se han marchado, sigo recorriendo con sumo sigilo el bosque oscuro, me agarro a los árboles y procuro hacerme lo más pequeña posible. Llegamos al borde del claro donde los Carniceros atraparon a los supervivientes.

—Deberíamos darles un entierro digno —dice Giles con suavidad.

—No hay tiempo para eso.

—¿No hay tiempo? Todo lo que tenemos ahora es tiempo… mientras esperamos a que vengan a matarnos. —Su voz se tiñe de ira. Sé que no soy más que la persona que tiene a mano para darle rienda suelta. En realidad no está enfadado conmigo. Esa es otra cosa para la que me preparó mi familia: para permitir que las diatribas violentas y las palabras hirientes no fuesen más que golpes de refilón que rara vez daban en el blanco.

—Yo no pienso quedarme a esperar que nadie venga a matarme. —Escudriño las montañas mientras trato de averiguar de dónde puede haber salido Raph—. Me he pasado la vida entera a merced de los antojos de los demás, esperando a ver qué me hacían a continuación. No voy a esperar más.

El susurro de mi nombre le da tal susto a Giles que casi se sale del pellejo.

—¡Katria! Aquí.

Raph está entre una roca y la montaña, a un lado de la carnicería. Giles está tan solo un paso por detrás de mí y corre hasta él, pasmado de ver al hijo de Hol. Raph tiene la mirada perdida. La conmoción ha cambiado su habitual expresión precoz por una hueca. Levanta la vista hacia nosotros y parpadea varias veces; por primera vez, parece el niño que es.

—Creía que éramos los únicos supervivientes. —Le tiembla el labio

de abajo mientras lucha por reprimir las lágrimas—. Los vi agrupar a todo el mundo. No sabía qué hacer.

—¿Quién más está contigo? —pregunta Giles.

—Os lo enseñaré. —Raph nos conduce a través de grietas y recovecos creados por las rocas y piedras retiradas al construir el túnel. Es casi imposible para nosotros pasar por las zonas más estrechas; no me sorprende que a los Carniceros no se les ocurriese ni intentarlo. Para el cuerpecillo delgado y ágil de Raph, sin embargo, no es ningún problema. Él encontró un camino donde nadie más lo hizo. Un escondrijo que ni siquiera Allor conocería—. Cuando ocurrió todo, mi padre me dijo lo que hacer. Iba a estar donde él me dijo. Lo juro. Pero… estaba preocupado, ¿sabéis?, puesto que no podían haber informado a todo Canción Onírica… Fui a ver cómo estaba Ralsha. Y bueno, ella tenía una amiga que tenía un amigo… Solo intentábamos mirar los unos por los otros y, cuando llegamos aquí, ya estaban… ya sabéis. Tenía este escondite y lo compartí.

El camino se adentra en la montaña. Al otro lado del breve túnel natural hay un claro protegido. Dos docenas de niños feéricos están ahí refugiados. Algunos lloran sin disimulo, otros los consuelan. La mayoría simplemente se abrazan a sí mismos o a otros, la mirada perdida muy parecida a la de Raph.

—No pretendía romper las reglas y no ir con el resto. Lo juro. —Raph se limpia la nariz con el dorso de la mano y niega con la cabeza—. ¿Creéis que mi padre se va a enfadar?

—No. —En ese instante, Giles se derrumba ahí mismo. Cae de rodillas y abraza con fuerza al chiquillo. Imagino que Giles ha visto a este niño, quizás a todos estos niños, crecer en la ciudad que él juró proteger. La ciudad que todavía arde—. Lo has hecho fenomenal, Raph.

—De verdad que sí —aporto—. ¿Cómo habéis podido evadiros de los Carniceros cuando nadie más pudo hacerlo?

Raph levanta la vista hacia mí.

—Ya te lo dije, el mejor guía que hay. Nadie conoce… —se traga un nudo de emoción— … conocía Canción Onírica como yo. Nadie podía meterse en sitios en los que yo sí para hacer entregas. Y esos Carniceros menos aún. Sobre todo si la «entrega» son mis amigos.

Me arrodillo cuando Giles por fin lo suelta. Pongo una mano sobre el hombro de Raph y lo miro a los ojos.

—Raph, lo que estoy a punto de pedirte es totalmente injusto. Es una responsabilidad que ni siquiera los adultos más hábiles querrían soportar, y te voy a preguntar si estarías dispuesto a hacerlo.

La chispa de fuego en sus ojos me tranquiliza. Debajo de la conmoción y la tristeza hay ira y determinación. Aunque su ciudad sigue en llamas, quiere venganza. Todos la queremos.

—Tengo algo muy importante que necesito que entregues. Y juro que, si haces esto, es la última entrega que te voy a pedir que hagas jamás.

—¿Katria? —interviene Giles con preocupación, como si de algún modo presintiera a dónde va a ir a parar todo esto. Me pregunto si puede ver el plan que se está formando en mi cabeza, aunque lo esté trazando a medida que hablo. Raph se limita a mirarme en un silencio decidido.

—Necesito que me entregues *a mí* en el corazón de la Corte Suprema.



Treinta y dos

—No —se opone Giles al instante.

—Lo haré —dice sin embargo Raph al mismo tiempo.

—Raph, no puedes. —Giles se gira hacia mí y me señala con el dedo—. Y tú no puedes pedirle algo así.

—Llevarle los poderes a Davien es la mejor opción que tenemos ahora. Y está claro que Raph es la persona más cualificada para llevar esta misión a buen término —declaro con calma.

—Arriesgaste tu vida para alejar estos poderes de manos de Boltov. Dejaste atrás al último miembro de la estirpe Aviness para mantener este poder fuera de las manos de Boltov. —Giles se yergue indignado mientras escupe las palabras. Cierra los puños, y la ira que percibí en él antes continúa aumentando en su interior. Y ahora le he dado una excusa razonable para dirigirla contra mí.

Aun así, no pierdo la calma.

—Las cosas eran diferentes entonces. Cuando dejé atrás a Davien, pensé que había una ciudad a la que era seguro traer el poder. Pensé que había un pequeño ejército preparado para asaltar la Corte Suprema y liberarlo. Pero nada de eso es cierto ya.

»Boltov tiene al último heredero y una vez que lo mate, el ritual que evita que nadie más que un Aviness pueda llevar la corona de

cristal quedará roto. La corona estará libre. Boltov podrá ponérsela entonces y dominar su poder. Tiene presos a todos los que podrían oponerse a él. —O peor—. Domina la colina y todo lo que necesita ahora para que su papel quede cimentado para los próximos cientos de años es este collar. —Toco el colgante de mi cuello para dar énfasis a mis palabras—. ¿Durante cuánto tiempo crees que podremos mantenerlo lejos de él?

Giles cede un poco.

Sin duda empieza a ver mi lógica, así que insisto.

—Va a invertir hasta el último recurso que tenga para buscar este collar, y no hay nada que ni tú ni yo podamos hacer para detenerlo. La única oportunidad que teníamos para mantenerlo lejos de él ha ardido en llamas. —Aspiro una bocanada de aire tranquilizadora—. Excepto Davien. Él es nuestra última esperanza. Si tienes razón y Boltov no lo ha matado de inmediato, yo podría llegar hasta él con el collar. Podría terminar de abdicar. Podría conferirle el poder que hay en su interior y entonces él podría derrocar a Boltov.

—Puede que mueras en el intento —susurra Giles.

Me encojo de hombros, aunque al mismo tiempo pienso que parezco más valiente de lo que me siento.

—Creo que voy a morir de un modo u otro. —Intento esbozar una sonrisa atrevida. Estoy segura de que resulta un poco desquiciada. Debo estarlo para estar sugiriendo esto—. Ya sea porque me marchite o porque Allor conoce mi cara. Sabe que hay una humana que os ha ayudado, que es probable que tenga el collar. No creo que esté a salvo ni siquiera en mi mundo. Aunque lográramos mantener el collar fuera de sus manos, intentaría darme caza de todos modos.

—Podrías irte lejos del borde del Vano. Los seres de Midscape nunca se adentran demasiado en el Mundo Natural. No estamos hechos para él. Estar ahí nos destruye. —Giles toma mi mano con las dos suyas—. Aún puedes marcharte. Esta no es tu guerra.

—Sí que lo es —digo con suavidad—. Hice un juramento de proteger a la gente de esta tierra.

—¿Qué?

Estoy de vuelta debajo de las aguas del lago. Todos los reyes y reinas del pasado me observan. Siento sus ojos sobre mí incluso ahora.

—Juré que mantendría este poder a salvo y que protegería a los feéricos; se lo juré a Davien, y a la familia Aviness que vivió antes que él.

Por fin lo entiende.

—Pero eso no era más que parte del ritual, ¿no?

—Aun así, las palabras significaron algo para mí. —Están grabadas a fuego en mi memoria. Pronuncié esas palabras con todos y cada uno de los regentes del pasado como testigos. No eran meras palabras vacías—. Tal vez tengas razón. Tal vez no debieran haber significado nada. No soy más que una humana, pero ahora estoy metida en esta lucha. —Agarro el collar con fuerza—. Quiero ver ganar a Davien.

No… solo quiero verlo vivo. No puedo soportar la idea de que esté encerrado, cautivo a merced de los caprichos de Boltov. Como poco, y por trágico que sea pensarlo siquiera, no puedo dejarlo morir sin decirle que lo quiero. Que aunque juré no amar nunca, él se había enterrado bien hondo en mi corazón y se había colado por debajo de los muros. No me dejaré morir antes de hacer al menos eso.

Giles se vuelve hacia Raph.

—¿De verdad crees que podrías hacerlo? ¿Colarnos en la Corte Suprema?

Raph solo vacila un instante antes de reunir la determinación suficiente para asentir con firmeza.

—Sé que puedo. Puedo entrar en cualquier sitio que quiera y… y tienen a mis padres.

—Puedes quedarte aquí —le sugiero a Giles—. A cuidar de los niños.

—No hay ninguna posibilidad de que vaya a dejaros ir solos. Hol ya me va a matar por este plan. Me mataría por segunda vez si dejara a su hijo fuera de mi vista para embarcarse en esta desquiciada misión solo con una humana.

—Vale, vale. —No quiero discutir con él—. Nos tomamos el resto de la noche para recuperar fuerzas y después, al amanecer, partimos hacia la Corte Suprema.



Raph deja a Ralsha al mando cuando nos vamos. Se produce una despedida lacrimosa entre ellos en la que Raph le jura recuperar también a la madre de la niña. El afecto de Davien me ha hecho ver su amor de juventud con una nueva luz. A lo mejor sí se puede sacar algo bueno del acto de amar. Beneficios del amor que solo estoy empezando a entender. Me costará un tiempo, pero ahora al menos estoy abierta a verlos, lo cual es un comienzo.

Después de partir del bastión de los niños, Giles se pone en cabeza y emprendemos el camino. A la luz del día, los restos de Canción Onírica son, de algún modo, aún peores. El sol no oculta nada. La brutalidad de Boltov está expuesta de manera desvergonzada. Me pregunto si el rey tiene intención de dejar esta tierra quemada y ennegrecida para el resto de la eternidad, como recordatorio para cualquiera que ose siquiera alzarse contra su familia en el futuro. Un recordatorio de lo que les pasa a los usurpadores.

Tardamos dos días en llegar a las afueras de la Corte Suprema. La caminata es larga, pero lo más duro de ella es mirar todo el rato hacia atrás esperando ver a un Carnicero abalanzarse sobre nosotros desde una sombra cercana. Sin embargo, Boltov debe de sentirse seguro en su victoria, porque nadie ronda por los bosques en busca de supervivientes. Me pregunto si tiene a gente allá en el lago Unción buscándome, si es tan arrogante como para creer que es imposible que una humana pudiese llegar tan lejos.

El primer Carnicero al que vemos es desde la distancia. Camina por el adarve de la gran muralla de piedra que rodea la Corte Suprema. Los tres estamos sobre la cima de una colina, tumbados entre las altas hierbas a fin de hacernos casi invisibles para los guardias en lo bajo. Estudiamos el terreno y sopesamos nuestro próximo movimiento.

—La muralla solo tiene unos doscientos años —comenta Giles—. El último rey Boltov la construyó para intentar cimentar su legitimidad ante el Consejo de Reyes. Estoy casi seguro de que el invierno después de terminarla, su hijo lo asesinó para poder ascender al trono.

—Dime, ¿alguna vez ha muerto un rey feérico de causas naturales? ¿U os limitáis a mataros los unos a los otros antes de que pueda suceder tal cosa?

—Ha sido raro que un rey llegara al final de su vida natural desde

la caída de la familia Aviness. —Giles mira de reojo a Raph—. No quiero que te sientas presionado, ni siquiera ahora. Si no crees que haya una manera de entrar ahí sanos y salvos…

—En todas las paredes hay un agujero —dice Raph con una pequeña sonrisa—. Solo tenemos que encontrarlo.

Después de otro medio día de caminar, por fin lo hacemos. Como decía Raph, hay un segmento de la muralla en el que el bosque ha abierto una brecha en la piedra. Como era de esperar, es Raph el que se da cuenta.

—¿Veis eso? —Señala—. Esa sección con arbustos grandes, como si hubiese un árbol asomado a través. Bueno, de hecho, creo que *hay* un árbol pequeño asomado a través. Sabéis lo que significa, ¿verdad? —Pone los ojos en blanco ante nuestras expresiones de ignorancia—. Significa que la muralla no es del todo sólida en ese punto. Así que solo tengo que bajar ahí esta noche, echar un vistazo y, si estoy en lo cierto, podréis venir a reuniros conmigo. Y así sin más, estaremos dentro. —Chasquea los dedos.

Dentro del lugar más letal de las tierras feéricas. Dispongo del resto de la tarde para tomar una decisión. La paso masticando unos champiñones que encontramos la víspera, durante nuestra larga caminata, y observando los patrones de las patrullas de Carniceros de Boltov en la muralla.

Cuando cae la noche, Raph se mueve durante un receso de la patrulla. El chico es rápido y pequeño; en un abrir y cerrar de ojos, desaparece a través del follaje que sobresale de la muralla. Giles y yo intercambiamos una mirada nerviosa, pero entonces Raph vuelve a asomar la cabeza y nos hace gestos para que bajemos la colina.

La muralla es mucho más grande de lo que parecía desde la distancia. Las picas de aspecto malvado que sobresalen de la parte superior son mucho más afiladas de lo que las imaginaba. Hago caso omiso de la sensación de miedo que repta por mi interior y trata de asfixiarme, me abro paso entre el follaje y empujo contra la roca irregular y medio desmigajada para emerger al otro lado. Oigo una campanilla suave en el fondo de mi mente y una mano invisible se cierra en torno a mi cuello, aunque desaparece en el viento antes de que pueda atragantarme.

—Tenemos que ir lo más deprisa posible al bosque ahí arriba —susurra Giles cuando emerge de debajo de la muralla con un frufrú de hojas—. Cuanto antes nos alejemos de la muralla y nos pongamos a cubierto, mejor.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto mientras huimos de la luz de la luna en busca de la protección de los árboles. Me froto el cuello para dar énfasis a mis palabras.

—Ese era el hechizo protector de Boltov. Ahora sabe que alguien se ha colado en su territorio. Es solo cuestión de tiempo antes de que nos empiecen a buscar.

—¿Saben que somos *nosotros*? —pregunto, al tiempo que acelero el paso para mantenerle el ritmo a Giles—. ¿Sabrán que somos nosotros nada más vernos? ¿Pueden seguirnos el rastro?

—Lo del rastro no lo sé. ¿Nada más vernos? Bueno, de un solo vistazo, Raph y yo puede que seamos capaces de fundirnos con los otros feéricos de la Corte Suprema, tú menos. Pero tienen rituales que pueden realizar para dejarnos expuestos.

—Entonces, tenemos que actuar con rapidez.

—Estoy en ello —farfulla Raph.

La ciudad se alza a lo lejos, asentada sobre la cima de la colina. Otra muralla la rodea, con más guardias a la entrada. Avanzamos con sigilo por el bosque, en dirección contraria a la puerta principal.

—¿Sabes algo acerca de la ciudad del interior? —le pregunto a Giles.

—Ni un poquito. Soy tan ignorante como tú.

—A mí no me miréis. —Raph se encoge de hombros—. Nunca he estado tan lejos de Canción Onírica.

—Entonces, tendremos que ir improvisando sobre la marcha.

Casi hemos llegado al final del bosque que rodea la muralla de la ciudad cuando oímos las hojas removerse a nuestra espalda. Me giro al instante. Me han perseguido Carniceros demasiadas veces ya como para no reconocer la manera en que se mueven, el ruido que hacen cuando viajan en las sombras. Mi mano vuela hacia el colgante, aunque no estoy segura de si estoy a punto de resistirme o de rendirme con la esperanza de conseguir acercarme a Davien una última vez.

La mujer es un borrón. Se abalanza sobre mí en un segundo, más rápida y más letal que cualquier Carnicero que haya visto hasta ahora. Sin embargo, en lugar de matarme, su mano se cierra sobre mi boca. Su otra mano está sobre la de Giles. Raph está demasiado alucinado para hacer poco más que balbucear.

—Vais a conseguir que os maten —dice Shaye con una sonrisa desquiciada.



Treinta y tres

En cuanto retira las manos de nuestras bocas, Giles suelta un suspiro de alivio que termina con su nombre susurrado.

—Shaye.

La mujer no tiene ocasión de reaccionar antes de que Giles lance los brazos a su alrededor. La sujeta y la abraza como si fuese la última mujer de la tierra. Es obvio que Shaye está sorprendida. Sus ojos saltan de Raph a mí, y le dedico una pequeña sonrisa cómplice antes de girarme hacia Raph.

—¿Por qué no les damos un momento?

—No necesitamos un momento —dice Shaye a la defensiva.

—Shaye. —Giles se aparta con una mirada dura. Shaye pone los ojos en blanco, pero la sonrisita que asoma por un rincón de su boca revela sus verdaderas emociones.

—Vale, *un* minuto.

La doy a Raph una palmadita en el hombro y lo guío hacia un árbol cercano para colocarnos al otro lado. Me apoyo contra él, cruzo los brazos y contemplo el bosque en pendiente. Mis ojos se ven atraídos enseguida por la Corte Suprema que se alza por encima de nosotros y centellea contra el cielo nocturno.

—A Giles le gusta mucho. —Raph me saca de sopetón de mi ensimismamiento.

—Así es —coincido.

—A ella también le gusta él, aunque no quiera demostrarlo.

—Eso es muy astuto para un niño. —Le revuelvo el pelo. Él hace una mueca de enfado y se lo vuelve a peinar. He aprendido que a Raph no le gustan las cosas que le recuerden su edad. Yo debo ser lo peor, porque sus reacciones solo me hacen querer recordársela más.

—Uno, no soy un niño —dice con firmeza—. Y dos, sé una cosita o dos sobre el amor.

Suelto una carcajada.

—¿Qué sabes tú sobre el amor?

—Sé reconocerlo cuando lo veo. —Hincha el pecho—. Como esa noche en que el príncipe Davien y tú bailasteis juntos. Vosotros dos estáis enamorados. Cualquiera podía verlo.

El nudo de mi pecho se afloja al tiempo que se me hace uno nuevo en el estómago. Me pregunto si está en lo cierto y cuántas personas se dieron cuenta. Me pregunto cuántos reconocieron lo que estaba pasando mucho antes de que lo supiera yo, o incluso Davien. Me pregunto si aquella noche, a pesar de que Davien me jurase que no habría sentimientos entre nosotros, ya sabía que me quería y que yo lo quería a él.

—¿Qué? ¿Tengo razón? —insiste Raph implacable.

—Sí —confieso con una risita suave—. Tienes razón.

—¡Lo sabía! Y por eso vas a salvarlo.

—Esa es una de las razones. Salvar tu reino también es un motivo bastante importante. —Me giro otra vez hacia la alta ciudad encaramada sobre la colina y a la vertiginosa muralla que la encapsula. Por cada Carnicero que veo acechando, estoy segura de que habrá cinco más escondidos. Un ejército entero de asesinos, entrenados desde que respiran su primer aliento. ¿De verdad tenemos alguna oportunidad contra ellos?

—Perdón por el retraso. —Shaye se reúne con nosotros, Giles a su lado.

—Las disculpas son innecesarias. —Me aparto del árbol.

—¿Os estabais besando? —Raph menea las cejas.

Shaye se inclina hacia delante para plantar su nariz justo al lado de la de él.

—¿Sabes?, tu padre y tu madre no están aquí ahora mismo para

protegerte. ¿De verdad quieres ponerme a prueba, jovencito?

La columna de Raph se pone rígida cuando se yergue en toda su corta altura.

—No, en absoluto. Perdón, lady Shaye.

Shaye hace un ruidito pensativo y se endereza.

—Te estoy vigilando, chaval. —Por curioso que pueda parecer, no se queja de que lo llamen «chaval» cuando es Shaye la que lo dice. Es verdad que la mujer tiene un aura intimidante, una que no hace más que intensificarse cuando mira hacia la ciudad—. Bueno, o sea que habéis venido hasta aquí con intención de colaros en la Corte Suprema, ¿no?

—¿Te lo ha contado Giles? —pregunto.

—No necesitó hacerlo. Es obvio. ¿Por qué estaríais aquí si no? Sobre todo después de la destrucción de Canción Onírica. —La boca de Shaye se retuerce en una mueca de disgusto. Sus ojos centellean con una ira incomparable a nada que haya visto jamás. Esta batalla siempre ha sido personal para ella, y con su ataque a Davien y a Canción Onírica, Boltov solo ha aumentado las razones de Shaye para pelear.

—¿Cómo sobreviviste a Allor? —le pregunto.

—Os lo cuento por el camino. —Shaye empieza a subir por la ladera—. Creo que conozco el mejor sitio para conseguir entrar.

Mientras caminamos alrededor de la ciudad circular, Shaye nos cuenta su historia. Se enfrentó a Allor durante todo el tiempo que pudo, encajando golpes para que Davien y yo pudiésemos escapar. Una vez que llegó a su límite, Shaye activó una magia que denomina «el sueño sin sueños».

—¿Y eso qué hace? —pregunto.

—Es un ritual de mi propia creación; es lo que usé para escapar de Boltov la primera vez. Piensa en ello como si me envolviera en la mortaja de la muerte. Puedo refugiarme en él durante un periodo de tiempo corto. Hacerlo paraliza mi respiración y ralentiza mi corazón hasta el punto de que es casi imposible determinar si todavía late. Es una especie de estasis, aunque si me quedo ahí demasiado tiempo, moriría de verdad.

—Así que le hiciste creer a Allor que te había matado y te reviviste

cuando se marchó.

—Sí. Los Carniceros siempre se muestran muy ansiosos por creer que han vencido a sus rivales. Que nadie puede compararse con su destreza y su crueldad. No se quedan a enterrar a nadie ni comprueban dos veces su golpe final. —Shaye se encoge de hombros —. Había funcionado ya una vez y volvió a funcionar esta. Después traté de encontraros a Davien y a ti. Cuando vi las huellas de la refriega en la fortaleza, me dirigí directa a Canción Onírica. —Durante todo este tiempo, Shaye recorría el mismo camino que nosotros, solo que unos pasos por detrás—. Al ver las ruinas, vine directa hacia aquí. Vine a cumplir mi promesa. No tengo ni idea de quién más ha sobrevivido.

—Viniste a matar a Boltov —termino por ella.

—Dije que lo haría… o que al menos ayudaré a quien lo haga. —Los ojos de Shaye se posan en mi cuello—. Supongo que Davien no obtuvo los poderes y por eso estamos metidos en este lío. ¿Es así?

—No, no los obtuvo. Y fue mi culpa. Si hubiese actuado más deprisa…

—Fue culpa de los Carniceros que os atacaron y de Boltov por enviarlos —me interrumpe Giles—. No aceptes culpas cuando no son merecidas.

—Malditos Carniceros —escupe Shaye en voz baja—. Jamás se pierden una oportunidad para arruinar algo, ¿verdad?

Nos detenemos en un punto bajo de la colina. Un pequeño arroyo pasa a través de unos barrotes de hierro empotrados en la muralla.

—Es una de las fuentes de agua para la ciudad —explica Shaye.

—Esto hará el apaño. —Raph se acerca a toda prisa a inspeccionar los barrotes.

—Échate a un lado, chaval. —Giles va hasta ahí—. Déjale esto al hombre con experiencia en la construcción.

Mientras observo a Giles empezar a preparar un ritual a ambos lados del estrecho riachuelo, me siento esperanzada por primera vez. Giles y sus conocimientos de construcción nos ayudarán a entrar por puertas y a salir de apuros. Raph es pequeño, pero ágil y rápido. También ha demostrado ser creativo y con recursos, cosas que seguro que vamos a necesitar una vez dentro. Y Shaye… ella tiene la

información más valiosa de todos nosotros. Ha vivido en la Corte Suprema. Si alguien puede saber dónde tienen retenido a Davien y cómo llegar hasta él, será ella.

La miro de reojo, preparada para decirle lo agradecida que estoy de que esté aquí con nosotros, pero su expresión solemne me quita las ganas.

—¿Qué pasa? —pregunto en voz baja para no atraer la atención de Giles ni de Raph. Shaye contempla la ciudad en silencio y su pecho sube y baja despacio mientras respira hondo, adentro por la nariz, afuera por la boca—. ¿Shaye?

—No puedo creer que por fin esté aquí de vuelta —admite. Me mira a los ojos. Hay una cualidad penetrante en su mirada, teñida de una preocupación frenética que sé que no puedo calmar—. No puedo creer que vaya a volver a entrar. Por voluntad propia.

—No pasa nada si no quieres entrar. —Me atrevo a poner una mano sobre su hombro en un intento de ofrecer algo de consuelo. En cierto modo, creo que puedo comprender una fracción de lo que siente. Imagino cómo podrían asfixiarme mis emociones si alguna vez volviera a encontrarme ante la casa de mi familia. Estaría aterrada, por decir poco.

Shaye se ríe con suavidad y niega con la cabeza.

—No estoy disgustada. Estoy orgullosa de mí misma por volver, por ser lo bastante fuerte como para cumplir mi promesa.

—Te admiro —reconozco con voz dulce. Shaye desliza los ojos hacia los míos.

—Y yo te admiro a ti. A lo largo de todo esto, has demostrado tener mucho aguante, más del que esperaba. No estás tan mal… para ser una humana.

Un leve chasquido interrumpe nuestra conversación. Las dos nos giramos para ver a Giles retirar una sección de la reja. La aparta para dejarla a un lado y Raph se apresura a intentar ayudar, aunque supongo que el chiquillo no está haciendo gran cosa en términos de levantar peso.

—¿Estáis listas? —nos pregunta, aunque sus ojos están puestos sobre todo en Shaye.

—Sí. —La mujer echa a andar con confianza, elegancia y una

determinación asesina. Observo cómo entra de manera voluntaria de vuelta en la guarida de su torturador sin el más mínimo miedo. No… Eso no es verdad. He visto sus ojos. Sí tiene miedo, pero no va a dejar que ese miedo gane. No le va a dar al rey ningún poder sobre ella nunca más permitiendo que la asuste o la intimide.

Espero que algún día yo pueda ser la mitad de fuerte que Shaye. Que viva lo suficiente para intentarlo. Mientras cruzo por debajo de la muralla de la Corte Suprema, me hago una promesa en silencio.

Volveré a casa de mi familia y les echaré en cara lo que hicieron. Le diré a Laura que se marche y sea ella misma, conmigo o por su cuenta, y luego las dejaré atrás para siempre. Jamás volveré a tener miedo de ellas. Jamás dejaré que vuelvan a intimidarme. No permitiré que los miedos que se han atrincherado en los rincones más oscuros de mi mente rijan mis acciones.

A medio túnel, Shaye hace una pausa y nos hace gestos para que hagamos lo mismo. Cuando habla, su voz no es más que un susurro.

—Esto nos va a llevar directos a una zona ajetreada. Incluso a estas horas de la noche, va a haber gente en la calle, saliendo de tabernas o haciendo negocios.

—Y con el agua, no hay forma de que podamos utilizar el *glamour*. —Raph se mira los pies.

—Lo cual significa que no hay manera de esconderse —confirma Shaye con un asentimiento.

—No me sorprende que dejasen esta entrada tan desprotegida. —Giles se acaricia la barbilla, pensativo—. Bueno, entonces ¿cuál es el plan?

—Voy a provocar una distracción —declara Shaye.

—No —intenta objetar Giles, pero ella continúa hablando por encima de él.

—Tengo unos cuantos rituales más ya cargados. Puedo provocar el caos suficiente como para que vosotros tres podáis colaros con disimulo entre la multitud.

—No voy a dejarte sola. —Giles la agarra de la mano.

—Y además estamos perdidos sin ti —apunto yo—. Tú eres la única que sabe cómo orientarse en la Corte Suprema.

—No es difícil y con su buen sentido de la orientación, no tendréis

ningún problema. —Shaye hace un gesto con la barbilla en dirección a Raph—. Puedes hacerlo, ¿verdad?

—Yo…

—Sé que puedes. —Shaye le resta importancia a las dudas del niño con su determinación feroz—. Y solo porque vaya a provocar una distracción no significa que vayan a atraparme. Creo que ya he demostrado que puedo ser bastante escurridiza, sobre todo cuando de las garras de Boltov se trata.

—No quiero que te utilices como cebo. —Giles sigue aferrado a ella—. Tiene que haber otra manera de hacerlo

—Quizás la haya, quizás no. Pero no podemos arriesgarnos a pasar la noche discutiéndolo. Las celebraciones del final del otoño están llegando a su fin y, si algo sé de Boltov, es que va a usar su culminación como plataforma para mostrarle a todo el mundo que el último Aviness ha muerto por fin a sus manos. —Shaye niega con la cabeza—. No tenemos tiempo para buscar planes mejores ni para repensar nuestras decisiones. Solo podemos seguir adelante con lo que nos ha dado el mundo e ir improvisando por el camino.

—Suenas como yo y no creo que me guste —dice Raph. Shaye sonríe.

—Tú no eres el único que sabe cómo causar problemas.

—Muy bien. —Giles se resigna a la idea. Desliza una mano por su pelo dorado al lado de sus cuernos—. Pero voy a ayudarte a crear la distracción.

—Deberías quedarte con ellos —insiste Shaye—. Si se topan con más problemas por el camino, puede que te necesiten para repelerlos.

—También puede que Raph y yo nos movamos más deprisa si somos uno menos —intervengo—. Nosotros dos solos no tenemos pinta de amenaza en absoluto.

—¿Estás diciendo que parezco intimidante? Nadie me había llamado intimidante nunca. —Giles parece extrañamente halagado.

—Pues yo me sentí bastante intimidada por ti cuando te conocí —le aseguro con una sonrisa, aunque la expresión se borra de mi cara pronto cuando mi tono se vuelve serio una vez más—. Con vosotros dos para crear la distracción, funcionará mejor. Y podéis cuidar el uno del otro, así que con suerte os podréis reunir otra vez con Raph y

conmigo.

Shaye mira a Giles a los ojos. Me da la sensación de que están manteniendo una conversación sin palabras. Ella frunce el ceño. Él asiente. Ella niega con la cabeza; él le saca la lengua; ella pone los ojos en blanco.

—*Vale* —acepta Shaye al final—. Tampoco es que pueda ir en contra de mis propios consejos y pasar demasiado tiempo hablando de esto. Ahora, vosotros dos, escuchad con atención. No es difícil llegar al castillo desde ningún sitio de la Corte Suprema… —Nos explica la mejor ruta mientras terminamos de cruzar el túnel. El agua enmascara nuestras palabras. Cuando termina, ni siquiera se molesta en mirar hacia mí—. ¿Lo habéis entendido todo?

Raph asiente confiado.

—Déjamelo a mí

—¿Cómo entramos *dentro* del castillo? —A medida que se acerca la luz del final del túnel, la realidad de nuestro plan se cierne sobre mí. Estoy a punto de entrar en territorio enemigo sin magia y con un niño como mi único aliado.

—Por desgracia, eso no es algo con lo que yo pueda ayudaros. —Shaye frunce el ceño—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve en la Corte Suprema. Y me marché cuando todavía no había ascendido lo suficiente en las filas de los Carniceros como para conocer el intríngulis de la guardia personal de Boltov. Además, aunque lo supiese, estoy segura de que lo habrá cambiado todo ya. Simplemente vais a tener que adaptaros a lo que vayáis encontrando en vuestro camino.

—Haré todo lo que pueda. Una última cosa, ¿tienes alguna idea de dónde pueden tener retenido a Davien?

—Si tuviese que adivinar, sería en algún sitio profundo en el castillo, un sitio al que sea difícil llegar. El poder de la colina es más fuerte cuanto más profundo estés, y hace más débiles a todos los fae excepto al rey. —Shaye se detiene. Raph también se queda atrás mientras Giles se acerca con sigilo a los barrotes que cierran la entrada a la ciudad. Lo veo moverse por ahí para preparar el ritual que tiene pensado usar—. Escúchame, Katria, vas a tener una sola oportunidad de hacer esto. En cuanto Boltov sepa que *tú* estás en la

ciudad, va a hacer todo lo que esté en su mano para darte caza. Por los hechizos protectores de la muralla exterior, ya saben que hay algún tipo de intruso. Una vez que sepa que es una humana la que está boicoteando sus planes, nada le va a impedir buscar vengarse de ti.

»Por difícil que pueda resultar, no te agarres a la primera oportunidad que tengas, a menos que sea la correcta. Si sois listos y cuidadosos, los dos podréis esconderos a plena vista, pero en cuanto os identifiquen… bueno, más os vale moveros muy deprisa de ahí en adelante. Tratad cada acción como si pudiese ser la última, porque muy bien podría serlo.

—Entendido. —Asiento y cierro la mano en torno al collar de mi cuello.

—Bien. —Shaye me da una palmada en el hombro—. No sé si vosotros los humanos creéis en el gran Más Allá detrás del Velo, pero si todo esto terminara mal, espero verte ahí.

—Yo también lo espero, suponiendo que los viejos dioses, o quienquiera que sean los gobernantes de ese mundo, dejen entrar a los humanos.

Shaye se ríe.

—Con todo lo que has hecho por los feéricos, me aseguraré de que hagan una excepción contigo.

Una sonrisa cruza mis labios justo cuando regresa Giles.

—Muy bien, yo estoy listo. ¿Vosotros tres?

Miro a Raph.

—Listo —confirma—. Quédate cerca de mí, Katria.

—Lo haré.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —le pregunta Shaye a Giles—. Podrías ir con ellos.

—Tú no eres la única que le quiere hacer un poco de daño a Boltov. —Giles sonríe con desdén—. Llevo esperando este momento desde que asesinó a toda mi corte. No me niegues la oportunidad de sembrar el caos ahora.

—Ni soñarlo. —Y en el despliegue de afecto más atrevido y abierto que le he visto hasta ahora, Shaye toma la mano de Giles y se la lleva a la boca. Sus pestañas aletean antes de cerrarse y besar cada uno de

sus nudillos—. Ha sido un honor para mí estar a tu lado.

—Siempre tendrás un sitio ahí. —Giles gira la cabeza hacia la salida—. Bueno, a la cuenta de tres. Uno.

—Dos —dice Raph. Veo que flexiona un poco las piernas para prepararse. Yo hago lo mismo después de apartarme un poco hacia un lado a fin de tener vía libre para correr.

—Tres —termina Shaye por todos nosotros.

Giles estampa la palma de la mano contra el túnel y un retumbar vibra desde el corazón de la muralla en sí. El suelo de debajo de la salida se derrumba, y observo cómo la reja y la mitad de la pared se colapsan con él. Shaye no espera ni un segundo. Sale corriendo a la ciudad al otro lado y agita una mano por el aire. Unas sombras oscuras brotan de las yemas de sus dedos y se condensan en el aire. Oigo gritos.

—Esa es nuestra señal —dice Raph. Me lanza una mirada de soslayo y asiento. Echa a correr y yo voy pisándole los talones cuando emergemos en la Corte Suprema.



Treinta y cuatro

Raph fija una velocidad de vértigo. Es muchísimo más rápido y ágil que yo, por lo que tengo problemas para seguirlo. Baja saltando por los escombros como si solo esquivara unas piedrecitas, y aterriza en el adoquinado paseo ribereño cuando yo todavía estoy deslizándome por la primera roca.

Me reprimo de gritar su nombre porque no quiero llamar la atención hacia nosotros. Solo tengo que mantenerle el ritmo. Así que salto. Aterrizo con violencia y me araño la rodilla al rodar hacia delante para no torcerme el tobillo. Me ayudo de las manos para levantarme y echo a correr en la dirección por la que ha desaparecido Raph, mientras rezo por no haberlo perdido ya.

Los ciudadanos de la Corte Suprema solo aumentan la confusión. Son siluetas que corren frenéticas de acá para allá. Es un caos absoluto. Aun así, de milagro, consigo ver a Raph entre el barullo.

Él mira atrás y nuestros ojos se cruzan. Asiento y seguimos corriendo.

Un repentino viento gélido sopla por la zona y disipa el humo. En cuanto lo hace, agarro a Raph del cuello de la camisa y tiro de él hacia un pequeño recoveco en el que hay otras personas refugiadas. Me abro paso hasta el fondo, aferrada a él con ambas manos para que no se

aleje. Raph me mira con cara de pocos amigos.

—Deberíamos…

Le chisto para que se calle y vuelvo a mirar hacia la plaza. Ninguna de las otras personas a nuestro alrededor parece prestarnos atención alguna. Somos solo otros dos ciudadanos de la Corte Suprema, temerosos y con una fascinación malsana por saber qué tipo de cólera están a punto de lanzar los Carniceros contra los intrusos.

Shaye está de pie sola sobre un puente que cruza el río en el centro de la plaza. Sus hombros están relajados, las manos en las caderas, mientras levanta la vista hacia los cuatro Carniceros apostados sobre el tejado cercano. Uno de ellos desenvaina una daga con ademán perezoso.

—Es impresionante que hayas llegado tan lejos, traidora —comenta uno de los Carniceros en tono insulso—. Tal vez signifique que no serás del todo aburrida cuando te matemos.

—¿Por qué no bajáis aquí y lo averiguamos? —Shaye ladea la cabeza.

—Se la ve muy confiada —bromea el Carnicero al tiempo que juguetea con la daga—. Veremos a ver si tiene una lengua tan afilada dentro de unos minutos.

Observo la escena en busca de algún signo de Giles. No se lo ve por ninguna parte. Eso solo puede significar que ha adoptado algún tipo de posición estratégica para ayudar a Shaye. Después de su insistencia en quedarse con ella, sé que no la va a abandonar ahora.

—Oh, si la tiene, ¿puedo cortársela yo? —Uno de los Carniceros se ríe—. He descubierto que a veces esa es la única forma de tratar con listillos como ella.

—Bueno, si estáis demasiado intimidados para detenerme, creo que voy a tener una conversación con el rey. —Shaye se encoge de hombros y empieza a bajar por el puente en nuestra dirección.

En cuanto se mueve, los Carniceros se lanzan a por ella desde donde están encaramados. Shaye no se molesta ni en mirarlos. Una pared gigantesca brota de la nada, sin duda obra de Giles, así que Shaye les da la espalda a los tres Carniceros iniciales para lanzar dagas a otros dos que saltan desde puntos ocultos.

A medida que la reyerta se intensifica, los ciudadanos empiezan a

desperdigarse.

—Deberíamos irnos —susurra Raph. Asiento, pero no parezco capaz de animarme a moverme. Tengo los ojos clavados en la batalla que solo está comenzando. Aunque ya sé cómo acabará, porque por fuerte que sea Shaye y por listo que pueda ser Giles con su magia… ellos son solo dos y los Carniceros parecen infinitos. Solo puedo esperar que los apresen vivos y los encierren con el resto de supervivientes de Canción Onírica.

Los salvaremos con el resto. Tengo que creer que eso es verdad.

Raph tira de mi mano y por fin me fuerzo a moverme. Empezamos a caminar entre dos parejas, huyendo de la reyerta al mismo ritmo que ellas. Mantenemos la cabeza gacha y, por algún milagro, no nos detiene nadie.

Caminamos hasta que dejamos de oír los sonidos de la batalla. No sé si hemos dejado de oírlos porque la reyerta ha terminado… o si estamos demasiado lejos para oírla ya. Ahí es cuando por fin reúno el valor para mirar atrás.

Me quedo abrumada al instante por lo… *normal* que parece todo. Bueno, normal para Midscape. Había esperado que la Corte Suprema fuese un lugar con sangre corriendo por las calles y gritos flotando en el aire. Esperaba ver a gente vivir bajo un regente despiadado, la amenaza de sufrir daños físicos oculta tras cada esquina.

Sin embargo, los hombres y las mujeres no parecen distintos de la gente de Canción Onírica. Lejos del caos y de la vida nocturna de la sección de la ciudad por la que entramos, las calles están tranquilas. La gente va a lo suyo, la cabeza gacha y los hombros altos mientras se dirigen hacia donde sea que vayan tan tarde por la noche.

Los edificios tienen el mismo estilo de construcción que muchos de los que vi en Canción Onírica. Hay vidrieras y farolas de hierro. La mayoría tienen dos o tres pisos de altura, pero están mucho más apelotonados que en Canción Onírica.

Es en las comparaciones que hago donde empiezo a ver el trasfondo más oscuro. La construcción es tan parecida que no puede ser casualidad. Pienso en lo que Giles me contó acerca de su gente: que Boltov había reunido poco a poco a las cortes de artesanos y comerciantes, que luego fueron asimilados o asesinados. O quizás las

casas son aún más viejas y datan de épocas de Aviness. Son parte de una historia robada; sus ocupantes son cautivos. Aunque se dedican a sus asuntos, la normalidad es un velo, una mentira para ocultar el miedo constante en el que deben vivir.

—No me gusta este sitio —susurra Raph.

—A mí tampoco. Haremos lo que hemos venido a hacer lo más deprisa posible. —Aun así, mientras digo eso, pienso en la advertencia de Shaye: solo tendré una oportunidad de entrar en el castillo. Tengo que esperar al momento adecuado.

Subimos por las calles en dirección al punto más alto de la Corte Suprema: el castillo. A medida que nos acercamos, oigo música tenue. Me hace aún más consciente de lo silencioso que ha estado todo. Emergemos a una calle principal. Hacia un lado, allá a lo lejos, está la verja principal de la Corte Suprema. En dirección contraria, hay un rastrillo grande que protege la entrada del castillo.

—Bueno, pues ahí está —murmura Raph.

—Odio lo bonito que es —digo en voz baja. Unos pináculos de plata están ribeteados de cristal que casi parece escarcha. Motas de luz flotan por el aire, giran en torno a las altísimas puntas y luego por encima de la ciudad, como si toda la magia que he visto en tierras feéricas procediera de esta única fuente. Todas las ventanas están embellecidas con un marco de piedra tallada con forma de lirios y estrellas. Todos los balcones están adornados con volutas. Es el castillo que siempre vi en mis sueños después de escuchar desde el otro lado de la puerta los libros de cuentos que solía leer Joyce.

—Es bonito porque Boltov no lo construyó.

—Ya me lo imaginaba.

—Mamá me contaba historias de Aviness cuando era pequeño. Decía que el castillo, la colina, la corona de cristal y el pueblo feérico son todo uno. Siempre que uno se mantenga en pie bien erguido, lo mismo harán todos los demás. Y esa es la razón de que la corona de cristal pueda controlar a los feéricos y la razón de que no pueda salir de la Corte Suprema.

Me pongo en cuclillas y me apoyo contra una pared para escucharlo. Nos apostamos al borde de donde la calle estrecha se cruza con la principal, el castillo a la vista.

—¿Tenían los cuentos de tu madre alguna pista sobre cómo podríamos entrar? —pregunto, mientras trato de mantener toda mi concentración puesta en él y en nuestra misión, en lugar de en la música que se filtra a través del rastrillo.

—Por supuesto que no. Los cuentos no suelen contarte eso.

—Ya lo sé, son bastante inútiles —mascullo—. Las historias de mi mundo sobre los feéricos tampoco creas que me han servido de demasiado aquí. —Cierro los ojos y escucho la canción hasta que llega a su fin. Al principio, creía que estaba tan concentrada en ella porque habían pasado unos días desde la última vez que oí esa música, que no era del tipo mágico. Pero cuanto más la oigo, más empiezo a pensar que la reconozco—. Esa canción… la conozco.

—¿Ah, sí? —Raph arquea las cejas. Me separo de la pared

—Estoy casi segura de que sí.

—Proviene del interior del castillo, ¿verdad?

—Eso creo. —Me llevo el pulgar a la boca y me mordisqueo la uña —. Quiero esperar aquí un ratito.

—¿A qué estamos esperando?

—Quiero ver si logramos averiguar quién está tocando. —Mantengo los ojos fijos en el rastrillo, pero hago caso omiso de los cuatro Carniceros alineados a cada lado.

—¿Quieres acercarte? —Raph desplaza su peso de un pie a otro, como si ya estuviese impaciente por moverse.

—No, nos quedamos aquí hasta que parezca inseguro o insensato hacerlo. —Me aseguro de que mis palabras sean firmes y no dejen lugar a la contradicción. Una sola oportunidad. Eso es todo lo que tenemos. Tengo que tener paciencia y aprovecharla en el momento correcto.

La música continúa a lo largo de la noche. Cuanto más tiempo la escucho, más segura estoy de que la he oído antes. No es solo la tonadilla o la melodía, ni siquiera las armonías únicas… a lo que me aferro es a la ejecución singular de esas notas. La música es como la pintura. Los artistas pueden emplear el mismo medio, pero no hay dos personas que creen arte del mismo modo.

Cuando el amanecer empieza a iluminar el cielo, el rastrillo por fin se abre. Me pongo de pie y Raph también se separa de la pared. Me

agarra de la mano y la aprieta con fuerza mientras observamos a la gente salir en tromba del castillo.

Se tambalean a la luz tempranera de la mañana, unos agarrados a otros y dando tumbos. Observo el macabro desfile bajar por la calle principal, empezar a distribuirse por las callejuelas laterales y desaparecer en las lujosas casas que bordean la arteria principal de la Corte Suprema.

Estos feéricos no son como los otros que vimos en los barrios más bajos de la ciudad. Estos van vestidos con ropa suntuosa: sedas y gasas de una transparencia escandalosa, con cortes que dejan muy poco a la imaginación.

Van cargados de oro y joyas, alrededor de cada dedo y en el cuello. Llevan sofisticados adornos colgados incluso de los cuernos y las alas, atados con lazos y pequeñas campanillas que tintinean al moverse. Estas personas flotan por el mundo como si fuese de su propiedad, como si no tuviesen una sola preocupación.

—Mira —susurra Raph—. Sus pies…

Me doy cuenta entonces de que su aspecto ostentoso es una mera distracción. Los bajos de los vestidos y las botas están ensangrentados. Veo gotas carmesís salpicadas por los chalecos de los hombres.

—No creerás que es de…

—Ni lo pienses. —Tiro de Raph para acercarlo un poco más a mí —. Vamos a ayudarlos y a detener esto para siempre, te lo juro, Raph. Detendré esto. —Me giro hacia el rastrillo justo a tiempo de ver emerger a la *troupe* de músicos. Como era de esperar, los reconozco—. Esos son los músicos de Canción Onírica —murmuro.

—¿Qué? —Raph también los mira—. *Esos traidores* —escupe—. ¿Cómo se atreven a…?

—Para. —Lo agarro aún más fuerte antes de que pueda salir corriendo con una ira justificada. Me arrodillo y lo miro directo a los ojos—. Tienes que mantenerte frío ahora y pensar bien todas tus acciones. ¿Harás eso por mí? —Raph traga saliva y asiente varias veces—. Bien. Ahora, dime, ¿sabes tocar algún instrumento?

—El tambor, un poco.

—El tambor es, pues. Ven conmigo.

—¿Qué vamos a hacer? —Se queda a mi lado, aunque está claro

que no entiende qué me ha incitado a echar a andar por la calle principal.

—Voy a hablar con ellos.

—Esto no me gusta; no me gusta nada de nada. —Cruza los brazos.

Desde luego que esa es una forma muy suave de expresarlo. Nada de esto está saliendo como hubiera esperado. Estoy exhausta, forzándome hasta el límite, y en mi cerebro empiezan a escasear las ideas buenas. Quizás ya hace un rato que se agotaron. Supongo que pronto sabremos si Raph tiene razón y esta es una idea terrible desde el principio.

Seguimos a los artistas hasta una posada no lejos del castillo. En cuanto entran, oigo a la banda empezar a tocar de nuevo y suelto un suspiro de alivio. Al menos no se han retirado de inmediato a sus habitaciones. Será más fácil intercambiar alguna palabra con ellos de este modo.

Me detengo.

—Tú te vas a quedar aquí, ¿vale?

—¿Qué? —Parpadea consternado varias veces cuando me ve retirar el colgante de cristal de mi cuello—. No puedes… ¿Qué estás…?

—Si no vuelvo a salir por esa puerta, busca una manera segura de salir de aquí y *te vas*. Llévate esto lo más lejos que puedas, escóndelo en algún sitio donde nadie vaya a encontrarlo. —La culpa y la aflicción le hacen compañía a la desesperación mientras miro al niño, el destino de su gente como una losa sobre sus pequeños hombros—. Lo escondas donde lo escondas, llévate ese secreto a la tumba. Cualquiera que pudiera saber que lo tienes hará lo mismo. Yo haré lo mismo. Mantente a ti mismo y a la magia de Aviness a salvo.

—No puedo… —Me agarra una mano con dos de las suyas—. No puedo hacer esto sin ti.

—Espero que no tengas que hacerlo. —Le doy unas palmaditas en la mano con la otra mía—. Pero si las cosas se tuercen ahí adentro, esta es la forma más segura. Así que prométeme que entiendes lo que debes hacer.

Asiente a regañadientes.

—Lo entiendo.

—Bien. —Me giro hacia la posada. Respiro hondo y cruzo la estrecha calle al soltar el aire. Antes de inspirar otra vez, he abierto la puerta. Ya no hay vuelta atrás.

La *troupe*, más que actuar, está sentada y tocando de manera informal. La planta baja de la posada es una taberna, desierta a esta hora del día. Huelo el aroma herbáceo de alguien que cocina a fuego lento en la parte de atrás; los dueños sin duda, que tratan de adelantar algo de trabajo para la hora punta de mediodía antes de que el sol salga siquiera.

Puesto que está tan vacía, todos los ojos se posan en mí en cuanto entro. Los instrumentos se quedan en silencio. Cruzo directa hacia ellos, serpenteando entre las mesas vacías. Mis ojos se cruzan con los de el hombre que supongo que dirige la *troupe*. El hombre de pelo negro como el carbón y marcas en la frente con quien toqué en Canción Onírica.

Nos limitamos a mirarnos durante varios segundos largos. Noto que me reconoce al instante; por su actitud, noto que todos lo han hecho. Nos evaluamos en silencio los unos a los otros y esperamos a ver quién mueve ficha primero. Los músculos de mis piernas están en tensión y listos para echar a correr.

—Pareces cansada, viajera. —El líder engancha una silla con la punta del pie y la desliza de una patada hacia mí—. Tómate un descanso.

—He hecho un largo viaje. —Me siento—. He oído que el rey tiene algo realmente especial planeado para el final de las celebraciones de otoño.

—No puedo hablar en nombre del rey, pero nosotros hemos oído susurros por el estilo. —Mientras su líder habla, la *troupe* intercambia miradas desconfiadas. Veo un destello de acero cuando uno de ellos se mueve. Unos bardos que viven en las carreteras irán armados hasta los dientes.

—Debe de ser agradable, tener la oportunidad de ver esas celebraciones desde dentro de los salones del rey.

—Desde luego que es algo. —El hecho de que no se muestre de acuerdo conmigo, de que ninguno de ellos haya llamado de inmediato a los Carniceros al verme, me da esperanzas.

—¿Tocáis a menudo para la realeza? —Tengo que estar del todo segura de dónde están sus lealtades. Cómo han podido pasar de tocar para la gente de Canción Onírica a tocar para el círculo interno de Boltov en unos pocos días está más allá de mi entendimiento. Pero si voy a trabajar con ellos, tengo que entenderlo.

—Solo cuando se nos llama. El rey tiene buen oído para la música; aprecia la calidad.

Esa debe de ser la razón de que hayan disfrutado de ciertas libertades. Deben de haber hecho un trato con el rey, o al menos llegado a algún tipo de acuerdo. ¿Será suficiente lo que tengo que ofrecerles para que renuncien a la seguridad que han conseguido labrarse?

—¿Creéis que apreciaría la calidad de mi música?

—Como ya he dicho, no puedo hablar en nombre del rey.

Eso es un «no».

—Sería un honor tocar para el rey feérico.

—¿Ah, sí? —Arquea las cejas.

—Necesito *desesperadamente* entrar en el castillo.

—¿Y eso por qué?

Me muerdo el labio de abajo y medito mis siguientes palabras con sumo cuidado.

—Hay algo… alguien… dentro de esas paredes a quien me gustaría mucho ver. Pero por desgracia, los Carniceros tienen el lugar muy bien vigilado y no tengo el rango suficiente como para poder entrar de otro modo, así que es del todo imposible que vaya a conseguir entrar por mi cuenta.

—O sea que quieres abrirte paso tocando, ¿no? —Su franqueza me da esperanza.

—Si eso es lo que hace falta.

El hombre extiende una mano hacia una de sus compañeras. La mujer le entrega un laúd sin hacer preguntas. El líder me lo pasa a mí.

—Toca para ganártelo.

—¿Perdón? —Cuando acepto el laúd, él agarra su violín de donde está apoyado contra la silla.

—Un duelo de cuerdas. —Sus dedos juguetean con las cuerdas del mástil de su violín—. Yo toco, luego tú tocas, luego yo toco, luego tú,

hasta que uno de los dos sea derrotado.

—¿Y cómo sabemos cuándo uno de los dos ha sido derrotado? —Ya estoy afinando el laúd.

—Lo sabremos. Eso no es nunca un problema.

Los otros músicos se ponen cómodos en sus asientos. Llevan amplias sonrisas plantadas en la cara, como si todo esto fuese un juego divertido para ellos, como si el destino de las tierras feéricas no estuviera haciendo equilibrios al borde del precipicio. A lo mejor esto es solo otra diversión. A lo mejor la vida de estos bardos consiste en buscar un arrebato de inspiración, o de entretenimiento, tras otro. No tienen lealtades, ni fidelidad, más que hacia la musa de la música.

Tal vez sea su falta de lealtad hacia alguien lo que hace que pueda confiar en ellos. Eso los hace simples y directos. Siempre sabré cuál es su principal interés: ellos mismos.

—Si gano yo, nos dejáis a mí y a mi amigo unirnos a vuestra *troupe* durante la siguiente actuación en el castillo, ¿sí? —pregunto con cuidado, consciente de que debo estar muy atenta a todo cuando hago un trato con los fae.

—¿Tú *y* tu amigo?

—Sabe tocar el tambor. —Lo pienso un poco, consciente de la aptitud musical de la gente con la que estoy hablando—. O, puede ser como un bufón y bailar por ahí. Es pequeño y puede ser bastante payaso.

El líder intercambia una mirada con otra mujer. Esta se ríe.

—Creo que me gustará ver a su pequeño ayudante.

—Muy bien. Trato hecho.

En cuanto el hombre lo dice, sus dedos empiezan a moverse. Comienza despacio. Danza en torno a notas aisladas, una cuerda después de otra, antes de hacerlas evolucionar en acordes. Es una cancioncilla corta y estridente, casi como una quintilla jocosa sin palabras y en forma de música.

En el instante que para, empiezo a tocar. Tomo la misma línea que inició con sus notas y la convierto en acordes completos. Cuando vuelve a tocar él, armoniza esos acordes, el arco en la mano esta vez, deslizándolo a toda velocidad por las cuerdas.

Estoy tan asombrada al verlo tocar ahora como la primera vez que

lo vi. La inspiración me provoca un hormigueo en las yemas de los dedos. La música alivia mis problemas. Deja el mundo en suspenso. No puedo detenerme. No espero a mi turno.

Empiezo a tocar en armonía, y luego en una disonancia creativa con él. El líder me lanza una mirada y una sonrisa, pero no me dice que pare. Le devuelvo una sonrisa pícara y empiezo a tocar más deprisa. Nos azuzamos el uno al otro con miradas de soslayo y notas ingeniosas. La *troupe* empieza a dar pisotones y palmadas. Cuando alcanzamos nuestro *crescendo*, los dos terminamos con una floritura. Sin aliento.

Compartimos una sonrisa, como solo dos músicos pueden hacerlo.

—Muy bien. Deberías descansar un poco. Porque esta noche, vienes con nosotros a tocar para Boltov.



Treinta y cinco

Duermo durante la mayor parte del día. Cuando me despierto, es porque los otros miembros de la *troupe* con los que comparto habitación empiezan a moverse. Siento que habría podido dormir para toda la eternidad. Raph está hecho un ovillo a mi lado, ronca con suavidad. Tiene el rostro relajado y parece muy vulnerable, muy pacífico. Nunca he sido más consciente de lo joven que es. Me corroe la culpa por el lío en el que lo he metido. Retiro el pelo de sus ojos con ternura.

Uno de los músicos se acerca y me tiende un pequeño fardo de ropa. Lo tomo con un «gracias» silencioso. Tienen tres baúles llenos de disfraces de donde todos sacan sus atuendos. Lo que me han dado es una blusa con volantes, mangas abullonadas y un generoso escote. Va conjuntada con unos ceñidos pantalones de cuero negro. No sé qué hacer con el colgante, hasta que al final me decido por girarlo y dejarlo colgar entre mis escápulas. De este modo, parece casi una gargantilla, siempre que mi pelo cubra mis hombros.

Despierto a Raph para darle su ropa. Medio dormido, se viste con la túnica de colores chillones y las mallas con lunares. Cuando termina de vestirse está lo bastante despierto como para fruncir el ceño al ver el resultado.

—Parezco un payaso.

Me río en voz baja y no le digo nada de mi comentario de la noche anterior, cuando dije que podía hacer de bufón.

—Pareces un *artista*.

—A ti te ha tocado la ropa buena. —Hace un mohín.

—Parezco un pirata.

—Los piratas son fabulosos.

Me río y sacudo la cabeza.

—Vamos a desayunar.

Raph y yo nos mantenemos apartados mientras comemos. La *troupe* no es antipática, pero no parece interesada en tratar con nosotros más de lo indispensable. Supongo que es mejor así. Cuanto menos sepan, más seguros estaremos todos. Además, pase lo que pase esta noche, tengo la clara sensación de que no saldremos del castillo juntos. Esto es un negocio puro y duro.

Estoy a medio desayuno cuando me percato de que la comida *todavía* tiene sabor. Raph se da cuenta de mi repentino cambio de actitud e intenta averiguar la razón, pero me lo quito de encima con tacto.

Ya tenemos bastantes cosas de las que preocuparnos. Añadir cualquier duda sobre la posibilidad de que me marchite como humana en el mundo de los feéricos es algo que no necesitamos. Aun así, no *creo* que me esté marchitando. Debe de ser porque aún llevo el collar encima; el poder de los reyes sigue conmigo aunque no esté dentro de mí. Por suerte, parece ser suficiente para sustentar mi vida en este mundo.

Cuando salimos de la posada, están encendiendo las farolas de la calle. El líder guía a la *troupe* con una giga alegre mientras caminamos y bailamos por la calle. Intento zambullirme en la música. Mis dedos se mueven por instinto, vale, pero me resulta imposible perderme en la melodía del modo que suelo hacerlo, del modo que lo hice ayer por la noche. No con el castillo alzándose amenazador sobre mí y el rastrillo cada vez más cerca.

—Alto. —Una de las Carniceras nos detiene justo antes de entrar. Sus ojos se posan en mí y en Raph—. Esos dos no estaban con vosotros ayer.

—Ah, sí, llegaron tarde a la Corte Suprema. Se reunieron con nosotros ayer por la noche, pero sería negligente por nuestra parte actuar otra vez sin su destreza —dice el líder. Todo verdad, técnicamente.

La Carnicera todavía parece recelosa.

—No recuerdo que entrara nadie nuevo en la ciudad.

Agarro mi laúd un poco más fuerte mientras procuro mantener una expresión lo más calmada posible. Cuando cruzamos las barreras, ¿supieron cuánta gente entró? ¿O solo les llegó la sensación de que se había producido una brecha en la muralla? ¿Creían que al capturar a Shaye y a Giles habían apresado a todos? Aunque no fuese así… solo puedo esperar que den por sentado que cualquiera que sea lo bastante tonto como para colarse en la Corte Suprema se mantendrá lejos del castillo.

—¿Recuerdas todo lo que pasa en la Corte Suprema? —El líder de la *troupe* ladea la cabeza.

—¿Pierdes con frecuencia a miembros de tu *troupe*?

—Pierdo muchas cosas. —El hombre se ríe y rasga las cuerdas de su violín.

La Carnicera me mira, entorna los ojos.

—Voy a hacerte una pregunta muy sencilla. Solo puedes responder sí o no. Si dices alguna otra palabra, te mataré sin dudarlo ni un instante. ¿Entendido?

—Sí. —Esto va a ser facilísimo. Me está tratando como a una feérica y cree que no puedo mentir. Aunque no tenga cuernos ni alas, no tienen ninguna razón para esperar que haya una humana aquí.

—¿Os habéis, tú y él —señala a Raph— infiltrado en la Corte Suprema? ¿Sí o no?

—No. —Sonrío de oreja a oreja y no puedo evitar añadir algo más —. Todo lo que él ha dicho es completamente cierto. Salieron fuera a recogerme.

Una de las mujeres de la *troupe* se echa a reír.

—¿Te hace gracia algo? —espeta la Carnicera.

—Creo que el mundo es un gran chiste, y la única tragedia es la gente que parece no poder reírse de él —declara con una sonrisa.

—Fuera de mi vista —gruñe la Carnicera y nos hace un gesto para

que sigamos.

Mientras pasamos por debajo del rastrillo, el líder de la *troupe* se gira hacia mí con una sonrisa taimada. Ralentiza el paso para caminar a mi lado.

—Creía que eras un poco diferente… un poco aburrida… pero ahora me doy cuenta de que eres de lo más interesante. Pues es lo que te falta lo que te hace especial.

—Soy única a mi propio modo, como lo somos todos —afirmo, y comparto con él la que muy bien podría ser la única sonrisa que esbozaré en toda la noche—. Y tienes razón en que no necesito cuernos ni alas para ser especial.

—Desde luego que no. —Agacha la cabeza y levanta sus ojos de gato para conectar con los míos—. Quiero que sepas que ha sido un honor supremo tocar contigo.

—Lo mismo digo.

—Pase lo que pase esta noche, creo que compondré una balada épica inspirada por tu historia.

Me río con suavidad. Empiezo a sospechar que esa es la razón de que me dejara venir con ellos.

—Esperemos que esa canción no se corte en seco y tenga un final feliz.

Nuestra conversación termina cuando emergemos al otro lado del rastrillo. Vamos a parar a una antecámara donde pulula gente vestida de gala. Unos cuantos aplauden y sonríen cuando entramos. Una grandiosa escalera dorada gira alrededor de la sala, pero nosotros nos dirigimos hacia las puertas de doble hoja que dan al salón principal del castillo.

Me quedo sin respiración y, de repente, estoy dividida entre el asombro y el horror. Unos enormes contrafuertes soportan un techo que parece tocar el cielo. El tejado tiene agujeros circulares cubiertos con láminas de cristal que le dan a las estrellas y a la luna vistas de los festejos de la sala. Los fae bailan al son de una música insonora, giran por el suelo y ríen. Algunos pululan por los lados, comiendo y maquinando.

Sería una celebración de lo más normal de no ser por los hombres y mujeres suspendidos en jaulas entre cada uno de los contrafuertes.

Veo a Hol en una de las jaulas y agarro a Raph al instante. El niño me mira y yo le sostengo la mirada.

Sé fuerte, le digo solo con los labios y lo miro con intensidad. Después, levanto los ojos otra vez hacia Hol. Raph debe de seguir la dirección de mi mirada porque siento que tropieza; oigo el gemido estrangulado que casi se le escapa. Me aferro a él con los nudillos blancos, tan fuerte que sé que duele. Hubiese acabado por ver a su padre antes o después. Es mejor que la imagen no lo pille desprevenido. No obstante, una vez más, me siento abrumada por la culpabilidad de haberlo traído hasta aquí.

Si nuestro plan funciona, todo esto merecerá la pena. Raph y yo repasamos los detalles múltiples veces la noche anterior antes de irnos a dormir. Sabe por qué está aquí, sabe por qué lo necesito. Y no se arrugará… no cuando ve a su padre en el menú de la diversión de esta noche para estas personas dementes. Esta es su única oportunidad de *salvar* a su madre y a su padre.

En el otro extremo del salón, instalado sobre un estrado, está el trono y el hombre que solo puedo suponer que es el rey Boltov. Desde esta distancia, es difícil distinguir los detalles de él. Solo alcanzo a verlo a grandes rasgos: su rubicundo pelo rojo, lo alto que debe ser para dominar una silla a pesar de estar tan encorvado y huraño. Me quedo atónita al ver lo delgado y frágil que parece. ¿Este es el hombre que ha mantenido con vida el legado Boltov y al reino feérico arrodillado? ¿Este es el rey que ha cometido todas las atrocidades que he visto e imaginado? Parece que sea él el que se esté marchitando, no yo.

No, no puedo dejar que su aspecto me engañe; no debo bajar la guardia.

Mientras cruzamos la sala para presentarnos ante el rey, busco alguna señal de Davien o de Vena. Las personas de las jaulas seguro que son cautivas del saqueo de Canción Onírica, pero no veo a ninguno de los líderes. No estoy segura de si eso me hace sentir mejor o peor.

—Majestad. —El líder de la *troupe* hace una reverencia profunda —. Gracias por traernos otra vez esta noche para tocar en vuestro gran salón.

El rey Boltov asiente de un modo ligerísimo. La corona de cristal que descansa pesada sobre su cabeza capta la luz de las enormes lámparas de araña y la fragmenta en mil pedazos. Deja en ridículo a las réplicas de la noche de Canción Onírica y las que llevan sobre la frente los hombres de este salón. Su manufactura es más refinada y rezuma un poder asombroso. Un millar de arcoíris encierran un cosmos en su interior.

También parece que Davien tenía razón: el rey ha realizado algún ritual oscuro que le permite llevar la corona puesta. Verla sobre su cabeza me revuelve el estómago. Estoy furiosa, como si verlo con esa corona fuese una afrenta a *mi* historia, un insulto a mi persona.

—Mis trovadores favoritos han regresado.

—No osaríamos poner peros a vuestra llamada, majestad. —El líder de la *troupe* aún no se ha enderezado. Sigue con los ojos fijos en el suelo. El resto de nosotros hemos seguido su ejemplo y hemos inclinado la cabeza. Yo, sin embargo, miro al rey entre mis pestañas.

De cerca, veo más detalles del rey sangriento.

Tiene el rostro ajado, como cuero que se ha curtido en exceso, afinado en el proceso y luego estirado sobre unas piedras irregulares. Sus ojos son de un azul intenso, penetrantes, y amenazan con revelar hasta el más leve indicio de engaño. Los dedos del hombre son más hueso que carne o músculo, y unas nudosas garras amarillas brotan de ellos en lugar de uñas. Dos cuernos con forma de medialuna, negros como el carbón, brotan de su frente para enroscarse alrededor de la corona de cristal. No hay nada en él que sea suave, o cálido, o atractivo. Todo son ángulos brutales.

—Estoy impaciente por oír vuestra actuación de esta noche, puesto que estamos al final de nuestras celebraciones. Tocad bien y os permitiré conservar todos los dedos y pies. Tocad mal y os veréis forzados a bailar sobre muñones.

Empiezo a darme cuenta de por qué la *troupe* se ha mostrado tan dispuesta a permitir que me uniera a ellos. Aunque no sean estrictamente leales o desleales a nadie más que a sí mismos, Boltov es un enemigo fácil para todos.

—Será un placer para nosotros tocar para vos. Nos os decepcionaremos, majestad.

—Bien. Sin embargo, debéis saber cuándo parar. Tengo una sorpresa especial planeada para la culminación de las celebraciones de otoño y que no quiero que nadie la interrumpa.

Las palabras «sorpresa especial» me llenan de miedo. Cualquier cosa que este hombre piense que es especial es muy probable que no me guste. De todos modos, voy con la *troupe* hacia el lado del estrado. El líder marca la melodía inicial. El resto de nosotros lo seguimos. Raph tamborilea al son sobre su tambor de tamaño ridículo, una sonrisa valiente desplegada en la cara.

Dos horas y me duelen los dedos. Nunca he tocado durante tanto tiempo ni con tanta intensidad, pero continúo forzándome a hacerlo aun cuando mis manos amenazan con agarrotarse. Estoy tocando por mi vida.

Y entonces, de repente, la música para. Miro del líder de la *troupe* al rey. Boltov ha levantado una mano. Como un presagio funesto, se desenrosca despacio del trono y se yergue en toda su altura para alzarse imponente sobre todos los demás.

—Buenos súbditos, hoy es el último día del otoño y el primero del invierno. Es el día en que los vivos dan paso a los muertos. Cuando un mundo pasa al siguiente. Y cuando el Velo entre nosotros y el gran Más Allá está en su momento más fino.

Un murmullo nervioso recorre el salón. Veo a cortesanos agarrar copas y beber tragos entusiastas. No pueden esperar a ver lo que ha planeado su rey, y eso me pone enferma.

—Sé que muchos de vosotros estáis esperando un entretenimiento esta noche similar al de ayer, sobre todo visto mi decorado. —Boltov levanta las manos y señala hacia las jaulas repartidas por el salón—. Sin embargo, esta noche es especial. Esta noche es para *mí* y para una historia que comenzó hace cientos de años con la muerte del rey Aviness VI. —Los feéricos ahí congregados bufan ante la mención del antiguo rey. Boltov empieza a descender despacio por la escalera que gira en torno al estrado—. Como sabéis, hay algunos que todavía creen que la estirpe Aviness puede restaurarse. Que el *verdadero rey* del trono está ahí fuera, aunque sea *yo* el que lleva la corona. —Da unos golpecitos sobre el cristal que rodea su frente para dar énfasis a sus palabras. Unas risas se extienden por la sala—. Así que esta noche

será un placer para mí asegurarme de que el último miembro de ese linaje desaparezca por fin. De hoy en adelante, jamás habrá dudas sobre quién es más apto para gobernar.

Boltov dobla los dedos y las puertas del lateral de la sala se abren. Una pequeña legión de Carniceros, encabezados por el líder que vi en el bosque, hace pasar a Davien. Está encadenado, esposado, indefenso. Los cortesanos lo abuchean y escupen sobre él a su paso mientras lo exhiben por todo el salón hasta por fin llevarlo ante del rey.

—Arrodíllate ante el verdadero rey de los fae —le ordena el Carnicero con desdén, antes de golpearlo por detrás de las rodillas. Davien cae al suelo.

—¿Este niño-hombre es la última esperanza de la «poderosa» estirpe Aviness? ¿Este es el hombre que pretendía amenazar mi trono? ¿El que fue protegido durante décadas en el Mundo Natural? —Boltov se ríe y la corte se ríe con él—. Esta patética criatura creía que sería ungida por los fantasmas de los viejos reyes en el lago Unción, pero no tiene ningún poder real.

Boltov le da a Davien una violenta patada debajo de la mandíbula. Una que hubiese hecho a Davien salir volando de no ser por el Carnicero que lo sujeta en el sitio de los dos brazos. Un hilillo de sangre brota de la boca de Davien mientras mira al rey con ojos asesinos. Todavía no me ha visto, lo cual supongo que es una bendición.

—Supongo que debe ser necesaria una falta de verdadero poder en uno mismo para detectarla en otros —gruñe Davien y le escupe al rey a la cara.

—Perro inculto —casi ronronea Boltov, al tiempo que arrastra una de sus garras por la mejilla de Davien—. Voy a disfrutar de destrozarte, pedazo a pedazo. —Boltov se gira hacia nosotros—. Música, adecuada para ver sangre.

El líder de los trovadores agarra su violín de nuevo y vacila, solo un instante. Extrae una nota aguda de las cuerdas, una reminiscente de un grito lejano. El tamborilero empieza a tocar un ritmo constante, pausado, pero decidido. Horrible en lo lento que es.

Esta es. Mi oportunidad. Cruzo la mirada con Raph y asiento, al tiempo que me quito el collar del cuello y lo guardo en la palma de la

mano con la que rasgo las cuerdas de mi laúd.

A medida que la música se anima, empiezo a moverme. Todos los ojos están sobre mí mientras me acerco, lo suficiente como para llamar la atención de Boltov y Davien. Los ojos de este último se abren un pelín. Fuerzo una sonrisa demente con mis labios, tan bien que él se sorprende.

Con una carcajada, giro sobre mí misma mientras empiezo a rasgar las cuerdas de mi laúd a un ritmo frenético, desquiciado. Doy pisotones al son de la música y lo miro todo con ansiedad. Los acordes que toco son menores, disonantes a propósito con el ritmo del violín. No es música, sino un sonido horripilante que encaja a la perfección con la mirada en los ojos de Boltov.

—¡Sí, sí! —Boltov ríe, luego echa hacia atrás una mano con garras —. ¡Bailaremos por su muerte! —El resto de los feéricos empiezan a reír y a dar vueltas también mientras Boltov golpea a Davien en la cara. La sangre salpica el suelo.

Tengo el estómago revuelto, pero sigo tocando. Davien ya no me mira. Está encorvado entre los brazos de los hombres que lo sujetan. ¿Sabe lo que estoy haciendo? ¿Puede ver mis pies? *Por favor, que se dé cuenta*, rezo. En la periferia de mi visión, veo a Raph adelantarse. Los nervios hacen que el ritmo de su pequeño tambor se vuelva frenético.

Todo está aumentando hasta el punto de ebullición. Los ataques de Boltov se vuelven más brutales. Yo no dejo de dar vueltas, dibujo formas invisibles en el suelo con mis pies. Las mismas que estaba haciendo en el lago. Los mismos símbolos que Davien y yo repasamos para el ritual de abdicación. Con un poco de suerte, el comienzo cargado de aquel ritual sigue en nuestro interior. Esperando a ser culminado.

—¡Miradlo! —grita Boltov. Todo el mundo ralentiza sus movimientos. Yo termino los míos, el collar caliente en la palma de mi mano—. No hay nada especial en este hombre. Es…

—Puede que todavía no haya nada especial en él, pero desde luego que lo hay en mí —lo interrumpo. Boltov gira en redondo. Sujeto el collar en alto. *Mírame*, digo con mis acciones, *mírame solo a mí. No te has dado cuenta de todo lo demás que estoy haciendo*. Le gruño, como si yo también tuviese alas y colmillos. Como si pudiese ser tan

monstruosa como cualquier feérico—. Quieres esto, ¿verdad? Esto es lo que necesitas para convertirte en el verdadero rey de los feéricos y no una especie de soberano fingido que vive en un castillo robado por sus antepasados y gobierna con poco más que un poder fracturado y mucho miedo.

Los ojos de Boltov se abren un poco y su boca se estira en una sonrisa que deja al descubierto sus dientes tipo tiburón.

—*Tú* eres la humana.

—Y tú eres el último Boltov al que los feéricos tendrán que sufrir jamás.

Pica el anzuelo y se abalanza a por mí. Espero hasta que se ha puesto en movimiento; está demasiado obcecado para cambiar de rumbo cuando suelto el collar y dejo que caiga. Un borrón a mi lado pasa zumbando por delante de mí antes de que el colgante tenga ocasión de tocar el suelo. Boltov no puede atraparlo, no cuando ya tiene sus manos con garras estiradas hacia mí. Raph es tan rápido y pequeño que es más veloz incluso que los Carniceros, a los que hemos pillado por sorpresa.

Oigo a Hol gritar, pero estoy centrada solo en Raph y en Davien. El niño tira el colgante. Davien se estira a por él hasta donde se lo permiten sus cadenas. Sus dedos se cierran alrededor del cristal al tiempo que los Carniceros se abalanzan a por él.

—¡Abdico! —grito a pleno pulmón para que todos me oigan. Lo grito para que resuene en todos los rincones de este antiguo castillo. Para que mi voz sacuda los mismísimos cimientos de esta colina sobre la que coronaron al primer feérico. Para que los regentes que todavía tienen los ojos puestos en mí conozcan mis intenciones—. Gobierna en mi lugar. El reino es tuyo; la corona es tuya; y la fuerza de los viejos reyes es tuya. Levántate, rey Davien Aviness.

Mis palabras reverberan de manera antinatural en mis oídos. Hay un eco extraño, un retardo, mientras el mundo tiembla bajo mis pies. Las líneas invisibles que dibujé en el suelo refulgen en tándem con el colgante. La luz se vuelve tan brillante que el suelo se agrieta y el colgante se hace añicos en las manos de Davien. Los grilletes quedan reducidos a polvo y él se yergue más recto y más alto de lo que lo he visto jamás. Sus heridas están curadas y sus alas lucen completas, ya

no deshilachadas. Sus ojos son del tono de verde más brillante que ha existido jamás.

Y son lo último que veo antes de que Boltov termine su ataque hacia mi cuello.



Treinta y seis

V*oy a morir*. Ese es mi primer pensamiento. El segundo es: *lucha*. Caigo hacia atrás, sin importarme siquiera cómo podría aterrizar, siempre y cuando esquive el ataque. Sin embargo, Boltov tiene velocidad y potencia de feérico. Cuando la primera pasada yerra, continúa su ataque aprovechando el impulso. Gira sobre sí mismo y se deja caer al suelo encima de mí. Yo ruedo, asombrada de que sus garras no encuentren su objetivo por segunda vez. Entonces levanto la vista y veo por qué.

Davien se alza imponente sobre nosotros. Aún refulge y tiene a Boltov agarrado de la muñeca. El caos abunda en el gran salón; algunas personas huyen hacia el rastrillo; otras se quitan de en medio pero se sirven copas de vino para contemplar la diversión que les habían prometido.

—Por intentar tocarla siquiera, te condeno a muerte —gruñe Davien. Boltov forcejea para soltarse de su agarre, pero no puede.

Los Carniceros se lanzan a la carga desde todos los rincones de la sala.

—¡Davien, Carniceros! —grito.

Davien mira hacia atrás para evaluar la amenaza. Con la mano libre, agarra la corona de cristal de la frente de Boltov. Este grita y se

oye un espantoso ruido de desgarro cuando la corona se libera. Observo cómo la piel de Boltov se separa del hueso en pedazos que quedan pegados a la corona, como si la hubiese cimentado a su cabeza. Davien la mira sorprendido y asqueado, antes de tirar a Boltov de vuelta sobre el estrado con una fuerza antinatural. La cabeza del exrey cruje contra la piedra y deja un rastro de sangre; tiene los ojos vidriosos. Sus párpados se cierran despacio. Sin la corona, parece el hombrecillo frágil que vi cuando puse los ojos en él por primera vez.

—Yo los contendré. —Davien mira a Raph, luego a mí—. Vosotros dos encontrad una manera de liberar a los otros.

—Será un placer. —Me levanto del suelo. Davien no tiene tiempo de ponerse la corona sobre su propia cabeza antes de que los Carniceros caigan sobre él. Un golpe del Carnicero en jefe la hace caer de sus manos—. Davien…

—¡Marchaos! —Y con un gruñido, se abalanza sobre el hombre que reunió a todos los ciudadanos de Canción Onírica.

Suelto una maldición y reprimo el impulso de quedarme a ayudarlo.

—Sígueme, Raph.

El niño está a mi lado cuando echo a correr hacia las puertas por las que trajeron a Davien.

—¿Adónde vamos? ¿Qué pasa con la gente de las jaulas? —Sé sin verlo que está mirando a su padre.

—No estoy segura de cómo bajarlos todavía. —Empujo a un lado a un cortesano sorprendido, justo en el camino de un Carnicero que nos atacaba—. Tenían a Davien al otro lado de estas puertas, así que supongo que ahí es donde tienen a la gente más fuerte y peligrosa. Los necesitamos.

—¿Queremos a gente más peligrosa? —pregunta Raph, al tiempo que esquiva con agilidad las manos de un Carnicero. Mete las manos en sus bolsillos y saca lo que parece arena centelleante. La sopla fuera de la palma de su mano y se prende en el aire para explotar en millones de chispas diminutas. Inofensivas pero eficaces a la hora de ocultar nuestra salida por las puertas.

—Queremos a gente peligrosa si es *nuestra* gente peligrosa —susurro. Aunque el gran salón se ha sumido en el caos, estos pasillos

están en silencio y sería tonta de creer que Boltov dejaría a sus prisioneros sin vigilancia.

—Oh. —Raph lo pilla—. ¿Como Vena y Shaye?

—Ojalá. —El pasillo continúa, lleno de puertas que parecen demasiado buenas como para albergar a prisioneros—. Raph, si tuvieses prisioneros, ¿dónde los encerrarías?

—En el corazón de la colina —responde sin dudarlo ni un instante —. Más cerca del centro, donde todos los poderes son débiles excepto el del rey.

—Entonces vayamos abajo.

—Espera. —Raph me agarra de la mano—. Dudo de que esto vaya a funcionar, pero es mejor que nada. —Cierra los ojos y adopta una expresión de concentración extrema. Observo mientras una imagen se superpone sobre él y se condensa despacio en su sitio, como cuando el agua se solidifica en hielo, hasta parecer sólida. Donde estaba Raph hace un segundo, está ahora uno de los Carniceros que nos paró ante el rastrillo del castillo.

—¿Acabas de convertirnos a los dos en Carniceros?

La ilusión superpuesta sobre él asiente. No tengo ni idea de a dónde mirar, porque sé que Raph solo me llega a la cadera.

—Insisto en que dudo de que vaya a funcionar. La mayoría de los feéricos puede ver más allá del *glamour* de otros.

—Pero es mejor que nada. Eres brillante.

—Solo dame la mano. Me cuesta menos mantener el *glamour* si puedo tocarte.

—Por mí perfecto.

Echamos a andar por el pasillo. Al final, da a una habitación. Por suerte, está vacía y hay una escalera que conduce tanto hacia arriba como hacia abajo. Tomamos la rama descendente que va a parar a otra habitación. Hasta el cuarto pasillo no vemos a nadie; ahí, un grupo de Carniceros corre a lo lejos. Esperamos, pegados a la pared y conteniendo la respiración. Solo uno mira en nuestra dirección, pero no parece registrarnos como fuera de lugar. El *glamour* de Raph funciona.

Bajamos otro tramo de escaleras. La sofisticación del castillo empieza a desaparecer, sustituida por lo que esperaría de los Boltov.

Hay habitaciones diseñadas solo para los placeres más sórdidos, del tipo que me hace encogerme y pasar lo más deprisa posible. Sujeto la mano de Raph un poco más fuerte. Le va a costar algo de tiempo procesar todo esto cuando hayamos acabado. Aunque si tenemos éxito, podrá pasar ese tiempo con sus dos padres vivos.

Al pasar junto a una puerta, oigo un murmullo tenue en el interior. Me detengo y pego la oreja a ella para confirmar mis sospechas.

—¿Qué pasa? —pregunta Raph.

—Creo que están aquí dentro. —Mi mano aterriza sobre el picaporte de la puerta—. ¿Estás listo?

—Después de lo que ha pasado en el salón, estoy listo para cualquier cosa.

—Es verdad que lo estás. —Intento girar el picaporte, pero no se mueve. Me trago un sonoro gemido de frustración.

—No pasa nada, yo puedo hacerlo. —Raph me suelta la mano y el *glamour* desaparece. Sus dedos ágiles hurgan con la puerta mientras musita en voz baja. Oigo el leve *clic* del pestillo al soltarse. Me sonríe avergonzado—. No… les cuentes a mis padres lo de este ritual en particular, ¿vale?

—Tu brillante secreto está a salvo conmigo. —No me extraña que pueda meterse en cualquier sitio y abrir cualquier cosa. Agarro el picaporte de nuevo y me planteo cómo proceder. ¿Abro la puerta y entro preparada para pelear? ¿O intento colarme a hurtadillas? Sin tenerlo muy claro, abro la puerta una rendija, despacio. Una luz plateada corta a través de la jamba de la puerta y oigo las palabras con mayor claridad.

—… oís el eco de unos gritos, ¿no es así? Eso son vítores de felicidad mientras vuestro rey queda hecho picadillo a manos de los cortesanos a los que pretendía gobernar —se burla Allor.

Abro la puerta un poco más y asomo la nariz. Hay una mesa ensangrentada en el centro de la habitación y todo tipo de instrumentos siniestros colgados de las paredes. Al fondo hay varias jaulas, todas llenas de personas a las que reconozco de Canción Onírica. Entre ellos, Shaye, Giles y Vena.

Allor camina por delante de las jaulas, como si los barrotes estuviesen diseñados para ella. Para mantenerla fuera, más que para

mantener a los prisioneros dentro. Porque si tuviese acceso a ellos… bueno, sus amenazas dejan claro lo que haría.

Abro la puerta un poco más. Las bisagras son silenciosas, así que me deslizo con sigilo al interior. Me quedo pegada a la pared del fondo. Los ojos de Vena se posan en mí solo por un segundo. Giles está desplomado contra la pared, inmóvil. Estoy segura de que Shaye también se fija en mí, pero ni sus palabras ni su actitud revelan nada.

—Más te vale que esos sean vítores de felicidad —le dice Shaye a Allor en voz alta, como si tratara de mantener su atención puesta en ella—. Porque si no lo son, va a ser desastroso para ti, ¿verdad? ¿Qué crees que nuestro nuevo rey hará con los Carniceros que sirvieron a los Boltov con tanta lealtad? Parece un hombre generoso, pero…

—No quiero la generosidad de hombres como él —declara Allor con desdén.

—¿Ah, no? Vaya, y yo que pensaba que querías la generosidad de los reyes. No pareces tener ningún problema en besarle los pies a Boltov. —Shaye se apoya en los barrotes—. Tal vez sea porque eres consciente de que, sin él, no eres absolutamente nada.

—¡Cómo te atreves! —Allor está furiosa y se abalanza hacia la jaula. Mientras sacude la puerta con estrépito, aprovecho para agarrar una contundente maza de acero de la pared. Pesa tanto que mis músculos tiemblan solo de sujetarla en alto—. *Tú* eres la que no es nada. Tú eres la que está dentro de la jaula, no yo.

—Yo escapé de la jaula que el rey puso a mi alrededor hace mucho. —Shaye sonríe y mantiene la atención de Allor fija en ella y solo ella—. Así que sí, siento lástima de ti, de que no seas lo bastante fuerte como para escapar. Cuerpo débil, mente débil. Es muy triste.

—Yo te demostraré quién es débil. —Allor mete la mano en un bolsillo. Saca una llave y justo en ese momento me ve en la periferia, a un solo paso de ella—. ¿Qué demon…?

No dudo ni un instante. Columpio el brazo y el martillo conecta con el lateral de su cabeza con tanta fuerza que sale volando de mis manos y se estrella contra el suelo con un golpe tan sonoro que estoy segura de que ha alertado a la mitad del castillo. Allor cae al suelo, inmóvil. Yo la miro desde lo alto, jadeando. Con un solo golpe mi pulso se ha acelerado aún más que cuando me atacó Boltov. Cada

centímetro de mi cuerpo está en llamas, aterrado, listo para luchar.

—Bonito golpe. —Shaye emite un silbido.

—Yo… ¿Crees que está muerta? —pregunto dubitativa. No esperaba cumplir la amenaza que le hice a Allor en el bosque aquel día. Supongo que ha sido la segunda feérica a la que he matado.

—Eso espero. Creo que sería muy poético que una de sus líderes muriera a manos de una humana.

Mientras Shaye habla, Raph pesca la llave que dejó caer Allor y empieza a abrir todas las jaulas. Shaye sale de la suya mientras yo todavía estoy contemplando a Allor. Apoya una mano en mi hombro.

—No creo que esté muerta. Lo cual es una suerte, porque me gustaría tener el honor de matarla yo misma, si a ti te da igual.

—Por supuesto, adelante —murmuro.

—¿Qué está pasando? —pregunta Vena, que emerge de su jaula como si hubiese estado ahí sentada por voluntad propia, no a la fuerza —. Entiendo que el hecho de que estés aquí es buena señal, ¿me equivoco?

—Davien tiene la magia de los viejos reyes. El ritual de abdicación ha concluido. Está en el gran salón luchando contra los Carniceros, pero necesita ayuda —explico a toda prisa.

—Llegan refuerzos. —Vena mira a Shaye, que está arrastrando a Allor hacia la jaula en la que ella misma estaba atrapada hace un instante—. ¿Sabes dónde tienen retenidos a los demás?

—No sé nada sobre el castillo; ya te lo dije antes. —Shaye pone los ojos en blanco—. Pero puedo hacer una conjetura lógica.

—Pues hazla —ordena Vena mientras Shaye cierra con llave la puerta de la celda de Allor—. El resto de vosotros que seáis capaces de luchar, venid conmigo.

—¡Yo puedo guiaros de vuelta al gran salón! —exclama Raph emocionado.

—Este no es sitio para ti. —Vena frunce el ceño. Raph se viene un poco abajo y la frustración sonroja sus mejillas.

—Raph, yo te necesito más —dice Shaye—. Necesito tus dedos pequeños para abrir cualquier puerta cerrada con llave que pueda interponerse entre nosotros y el resto de nuestros amigos. Además, después de que liberemos a todo el mundo, vamos a necesitar un guía

de vuelta al gran salón.

—Muy bien. —Raph levanta la vista hacia Vena—. Liberarás a mi padre, ¿verdad? Está en una jaula en el gran salón.

—Lo haré —jura Vena.

—Yo puedo mostraros el camino —aporto. Vena niega con la cabeza.

—Ese tampoco es sitio para una humana. Deberías quedarte aquí.

—Voy a guiaros.

—Vena tiene razón —dice Shaye mientras examina las heridas de Giles, que gime con suavidad—. Deberías quedarte aquí. Será más seguro.

—Vámonos —le digo con firmeza a Vena.

—Esta no es tu guerra —insiste Vena.

—Sí que es mi guerra. —Señalo al suelo, como si reafirmara mi posición, como si estuviese jurando por la roca en la que fue coronado el primer rey fae—. Esta ha sido mi guerra desde el momento en que la magia de los viejos reyes entró en mi cuerpo, desde el momento en que me casé con Davien en el Mundo Natural. Y después hice un juramento a vuestra gente. He cumplido mis promesas. Quiero ver esto hasta el final. —Quiero ver el primer momento en que Davien se sienta en el trono feérico.

—Muy bien. —Vena cede con un brillo en sus ojos que casi parece aprobación—. Guíanos.

Recorremos a la carrera los pasillos y salas. No hay señal de un solo Carnicero por el camino. Cuando nos acercamos al gran salón, oigo por qué.

La lucha ha alcanzado un tono febril. Los incesantes gritos y explosiones de magia sacuden las puertas por las que escapamos Raph y yo. *Aguanta*, le suplico a Davien desde los rincones más profundos de mi corazón, con la esperanza de que pueda oírme de algún modo. *Aguanta solo un poquito más. Tengo cosas que necesito decirte*.

Me quedo un poco atrás y dejo que los feéricos se lancen a la carga alrededor de mí. Aunque esta sea mi guerra, ellos son mejores luchadores que yo, sobre todo cuando ahora no tengo magia alguna.

Las puertas se abren de sopetón para revelar un salón destrozado por la magia. Unas armas delgaduchas vuelan por los aires mientras

los Carniceros saltan de sombra en sombra. Davien está en el centro de todo ello. Parece estar iluminado desde el interior y el poder aún emana de él como llamas frías que desvían la mayoría de los ataques. Con un poderoso batir de alas, se impulsa por el aire, agarra a un Carnicero por el cuello y lo lanza al suelo, solo para aterrizar sobre su pecho al instante, antes de enzarzarse con otro.

Los feéricos de Canción Onírica entran en tromba en la sala y equilibran un poco el campo de juego. Con todas esas manos, logran liberar a los que seguían atrapados en las jaulas que cuelgan del techo y se unen también a la pelea.

A medida que cambian las tornas, desvío la mirada hacia el estrado. El manchurrón de sangre de la cabeza de Boltov sigue ahí, pero Boltov mismo no está. Creía que había muerto, o que estaba inconsciente, como poco.

¿Dónde está? No lo veo en la refriega, y ese hecho me incita a la acción. Echo a correr por el borde de la sala, salto por encima de escombros y demás obstáculos y esquivo ataques desviados que hacen agujeros y surcos en los vivos frescos que discurren por mi lado. Agachada para hacerme más pequeña, inspecciono el rastro de sangre que conduce fuera del estrado y hacia la parte de atrás. Cuando lo sigo, encuentro una puertecita oculta a la vista de la sala principal. Está abierta.

Me giro otra vez hacia el salón. No parece haberse fijado nadie en mí. Están todos demasiado ocupados. Antes de que pueda pensármelo mejor, cruzo el umbral de la puerta.

Al otro lado, encuentro un túnel por el que tengo que gatear. Se ensancha para dar paso a una escalera de caracol. Subo y subo en espiral hasta que salgo escupida a lo que parece un armario. Docenas de chaquetas y pantalones, todos manchados de sangre y tirados por el suelo para apestar la habitación, amortiguan mis pisadas cuando me abro paso entre la cortina de ropa colgada.

Un arrastrar de pies en la otra habitación me hace parar en seco. Boltov masculla para sus adentros. Las pisadas se acercan, así que me pongo en cuclillas y me retiro de vuelta al pasadizo antes de que pueda verme.

La ropa colgada entorpece la mayor parte de mi visión, pero lo veo

rebuscar en fotogramas aislados. Agarra cosas de un modo frenético, mientras la sangre no deja de manar de su frente y pinta su rostro de un siniestro color carmesí. Abre un armarito que contiene dagas, pero las descarta y agarra a cambio las joyas que descansan debajo de ellas.

Cuando se marcha, vuelvo a salir con sigilo, levanto una de las armas de su soporte y me la llevo para mí misma. Boltov pretende huir y yo pienso impedírselo. Una estirpe acabará hoy, pero no va a ser la de Aviness.

Emerjo en los aposentos del rey. Él está en una oficina adyacente, enmarcado por estanterías a ambos lados e iluminado por una pared con ventanales que dan a la ciudad y a las estrellas. Como era de esperar, tiene una bolsa abierta sobre un escritorio en la que está intentando meter de cualquier manera demasiados metros de tela. Maldice frustrado y tira la ropa por los aires con un gruñido.

Me acerco a él en silencio por la espalda. ¿Este es el rey que ha tenido al reino feérico de rodillas? No, es solo una versión aguada del primer usurpador, aferrado a un prestigio que ya no existe.

Boltov se agacha para recoger una de las joyas que ha dejado caer. Está demasiado frenético para fijarse en mí. Cuando está de rodillas, deslizo la daga delante de su cuello.

—No te muevas —digo con suavidad. Levanta la vista hacia la ventana que domina la pared de detrás de su escritorio. Nuestros ojos se cruzan en el reflejo del cristal oscuro.

—Tú. —Suelta una carcajada rasposa—. Una chica humana ha venido a matarme.

—No voy a matarte. —Aunque desde luego que me lo he planteado.

—Oh, ¿me vas a mostrar misericordia? Dudo de que a tus amigos vaya a gustarles. —Enrosca el labio de arriba del desdén con que habla.

—Voy a dejar que el nuevo y legítimo rey decida lo que hacer contigo. —¿Existe un regalo de coronación mejor para Davien que la cabeza de Boltov?

—El nuevo rey… ese bastardo llorón no durará ni un año.

—Algo muy temerario de decir con un cuchillo al cuello. —Tiro de la daga solo un poco para dar énfasis a mis palabras. Boltov echa la

cabeza hacia atrás del todo para mirarme. Su expresión es una de regocijo demente.

—Davien Aviness… excepto que *en realidad* no lo es, ¿verdad? No nació con ese nombre. Está robando el poder de los viejos reyes en la misma medida que lo robaría yo. No hay ni una gota de sangre Aviness en él. Esa corona no le hará caso a él, igual que no me lo hacía a mí.

—Si no crees que pueda llevar la corona, ¿por qué intentar matarlo? —No voy a permitir que me haga dudar.

—Porque ejecutamos a cualquiera que se atreva a decir que es parte de esa familia. El nombre por sí solo provoca rebeliones. Mientras la gente crea que aún hay esperanza de que un Aviness regrese, se enfrentará a mí —explica con un bufido que deja a la vista todos sus afilados dientes.

—Si Davien no era el heredero, ¿por qué no podías llevar tú la corona de cristal?

—Porque estoy seguro de que hay algún bebé llorón, o un chiquillo, un descendiente lejano que tiene *justo* la sangre suficiente en sus venas para mantener el ritual con vida. Es probable que descienda de la última Aviness verdadera que escapó de mis garras. Pero ¿quién puede ser ese bebé? —Suelta una risa lúgubre—. No lo sé ni yo. En cualquier caso, matar a todo posible Aviness evita que la gente piense siquiera en investigar sus antepasados. Así que el verdadero heredero no lo sabrá nunca y nadie volverá a ceñirse la corona de cristal. Los feéricos estarán en un callejón sin salida eterno.

—Davien *sí* llevará esa corona —mascullo, y empujo la daga un poco más. Le hace un cortecito en el cuello, pero Boltov se limita a sonreír aún más—. Él es el heredero.

Tanta lucha. Tanta sangre. Pensar que Boltov podría tener razón… que durante todo este tiempo lo que hacía era disuadir a la gente de buscar al verdadero heredero de la estirpe… que matar a Davien era solo un medio de minar la determinación de los Acólitos y que nunca fue el elegido para la corona… No puedo soportar la idea. Está mintiendo, tiene que estar mintiendo.

—No, no la llevará. La corona de cristal solo aceptará la frente del verdadero heredero, y ese no es Davien. —Boltov agarra de repente mi

muñeca con una fuerza que no sabía que aún poseyera. He sido una tonta al pensar que solo porque ya no tenga la corona estaría indefenso. Sigue siendo un feérico.

El mundo da vueltas cuando me lanza por los aires. Boltov me tira como si fuese una muñeca de trapo, pero me aferro a él con la otra mano en el último segundo y el impulso nos arrastra a los dos hacia la ventana. El cristal se hace añicos y cae en cascada sobre la Corte Suprema.

El viento revuelve mi pelo y siento que se me sale el estómago por la boca al tiempo que el suelo firme desaparece de debajo de mis pies. Boltov se aferra a mí, desesperado. Es igual que el día que caí del tejado. Levanto la vista hacia el cielo, igual que hice entonces, la luna una observadora silenciosa.

No vuelvas a trepar jamás.

Niña monstruo.

El olor de la carne quemada de mi espalda ataca mi nariz.

Por un momento, lo veo todo con claridad. Lo que ocurrió en realidad aquel día vuelve a mí con toda su fuerza. El mundo parece facturarse porque ninguna de las piezas parece encajar para mí ya.

—¡No perderé ante ti! —grita Boltov. Eso me trae de vuelta a la vida. Tengo que frenar. Alargo la mano hacia una de las elaboradas tallas de las ventanas y me agarro de un lirio—. No vas a…

Lo silencio al clavar la daga enjoyada en su cuello. Boltov borbotea sangre y sus manos se aflojan. Resbala de entre mis brazos y cae, más y más lejos, hasta que no es más que una mota engullida por las sombras de las calles de la Corte Suprema mucho más abajo.



Treinta y siete

Estoy demasiado impactada como para moverme durante varios segundos. No hago más que mirar abajo. Espero ver que le brotan alas y vuela de vuelta hacia arriba; espero ver a un Carnicero saltar hacia las sombras para salvar a su rey. O espero ver a un hombre parecido a Boltov a lo lejos huir por arte de magia.

Pero no sucede nada y mis manos van a ceder si espero más tiempo. Me estiro hacia el siguiente alféizar de ventana y trepo hasta que puedo izarme por encima de los cristales rotos y de vuelta dentro de la habitación. Jadeando, envuelvo los brazos con fuerza a mi alrededor y trato de palpar mi espalda.

Ese recuerdo.

¿Mi recuerdo?

Aprieto los ojos con fuerza en un intento por expulsarlo de mi mente. *No, no, no,* grita una niña herida que todavía vive en mi interior, *no pienses en ello. Olvídalo*. No tiene ningún sentido. Estoy cansada. Estaba casi muerta. Estoy en un mundo que mi mente humana apenas puede comprender. Los recuerdos retroceden para hundirse de vuelta en las profundidades de las que intentaron salir. Aquel día fue uno de los peores de mi vida, pero no fue *tan* malo. *Está todo en mi cabeza,* como diría Joyce.

Me levanto del suelo y vuelvo a colarme por el pasadizo para emerger a un gran salón mucho más silencioso. La lucha ha terminado. A los Carniceros restantes los han reunido y están rodeados por feéricos familiares como prisioneros de guerra.

Davien está en el centro de la sala con Vena. La magia ardiente se ha diluido a su alrededor, pero aún tiene un aura con un brillo tenue. Sus ojos se cruzan con los míos.

—Katria. —Mi nombre suena como alegría pura en sus labios mientras suelta un suspiro de alivio. Corre hasta mí, pone ambas manos sobre mis mejillas y, sin previo aviso, delante de todo el mundo, me besa en plena boca. Y así sin más, el mundo desaparece durante un minuto maravilloso. Solo está él, la sensación de sus labios sobre los míos, la forma en que su aliento hace revolotear el pelo al lado de mi oreja… Es todo aún más perfecto de lo que lo recordaba. Cuando por fin se aparta, me quedo aturdida y llena de deseo.

—Davien —susurro con suavidad. Mis ojos saltan por todo el salón —. Todo el mundo…

—No me importa. —Apoya la frente en la mía—. Que lo vean. Que vean todos que su rey ama a la mujer que ha salvado su reino.

Cierro los ojos lo más fuerte posible y deseo que este momento no terminara jamás. Que el mundo no fuese complicado y yo pudiese quedarme a su lado. Pero las cosas no son tan simples. Mi alma es tan oscura como las sombras que suelen rodear los cuellos de los Carniceros.

—Sin embargo, ese no es nuestro destino —susurro solo para sus oídos—. Y tu reino todavía necesita ser salvado.

—Hemos vencido. —Davien se aparta y mira hacia el estrado. Sus ojos se abren de par en par porque, sin duda, acaba de darse cuenta de que Boltov no está donde había quedado—. ¿Qué dem…?

—Boltov está muerto. Lo he matado yo.

—¿Tú? —murmura.

Le cuento lo que ocurrió mientras ellos luchaban con los Carniceros en el gran salón.

—… y entonces, cayó.

Davien me suelta y se gira hacia atrás.

—Shaye, conmigo.

Shaye acude a la carrera y Davien resume a toda prisa lo que acabo de contarle.

—Encabezaré la partida de búsqueda, majestad. No descansaré hasta traerte su cuerpo. —La mujer sale corriendo del gran salón.

—Antes de que haya más distracciones, creo que hay un asunto importante que debes atender, majestad —dice Vena, y le tiende la corona. Davien se gira hacia mí.

—Me gustaría que lo hicieses tú.

—¿Qué? ¿Yo? —Miro de Davien a Vena. Las palabras de Boltov acerca de la corona siguen frescas en mi mente—. No creo que…

—No hay nadie más que quiera que haga esto. Los feéricos se han salvado gracias a ti. —Davien agarra mis manos—. Por favor, aunque solo sea por mí.

—Muy bien —digo con vocecilla débil. Vena me entrega la corona. Nunca había visto nada tan bonito. Aunque está hecha de cristal, es cálida al tacto y los bordes más irregulares parecen suaves. Veo una luz brillar en su interior, una pátina parecida a la que vi debajo de las aguas del lago Unción.

Davien se arrodilla delante de mí y levanta la vista, expectante. Trago saliva con esfuerzo. Boltov mentía, seguro. Estaba en una posición desesperada. Aun así… *Esto parece equivocado; algo no va bien*. Aparto esos pensamientos de mi mente. Sujeto la corona por encima de la cabeza impaciente de Davien.

—Por fin —murmura Vena. Coloco la corona sobre la frente de Davien y la suelto—. Que todo el mundo aclame… —Las palabras se atoran en la garganta de Vena cuando la corona sale volando de la cabeza de Davien y rebota contra el suelo mientras todos miramos consternados.

—¿Qué significa esto? —oigo que pregunta Oren.

Davien está demasiado aturdido para decir nada de inmediato. Mira la corona con incredulidad, como si de algún modo lo hubiese traicionado. Tengo ganas de abrazarlo, de esconderlo y consolarlo. Tengo ganas de gritarle a la corona por atreverse a hacerle tanto daño al hombre que me ha robado el corazón. Tengo ganas de matar a Boltov por segunda vez por tener razón.

—Significa… que no soy el verdadero heredero —declara Davien

al fin.

—Pero las estirpes… tú eras el último. Por matrimonio, pero… —Vena farfulla palabras apenas coherentes—. Estábamos seguros… no hay ningún otro. Y *tú* tienes el poder.

—Pero hay alguien más ahí fuera que es más adecuado para el trono que yo. Debe de haber un Aviness por sangre y no solo por matrimonio. —Davien se levanta. Parece más mayor y más cansado de lo que lo he visto jamás. Aun así, todavía consigue mantener la cabeza alta—. Así que yo gobernaré, hasta que encontremos a esta persona y pueda ocupar su legítimo trono. La búsqueda comienza mañana.



La noche ha dado paso al día y, aun así, de algún modo, sigo despierta. Me da la impresión de que hace un siglo que no descanso bien una noche entera. Davien está de pie delante del estrado, Vena a un lado y yo al otro, mientras empieza a organizar a los feéricos bajo su nuevo régimen. Hay infinitos asuntos que tratar y todos ellos empiezan a confundirse a medida que se alargan las horas.

El salón que tengo delante se ha transformado gracias a las manos de la gente de Canción Onírica y a los cortesanos que han regresado al castillo, encantados de haberse deshecho de los Boltov. Han colgado por todo el salón estandartes con el escudo Aviness: una estrella sobre la imagen de una silueta de la corona de cristal en color plata sobre un fondo azul marino, todo ello rodeado por lirios blancos.

Los miro con ojos soñolientos. Creo que he visto ese símbolo en alguna parte antes, pero no tengo ni idea de dónde. Niego con la cabeza y me froto las sienes. Es probable que fuese en Canción Onírica. O es solo que estoy tan cansada que mi mente me está jugando malas pasadas, como hizo cuando casi caí al vacío.

Esa es la explicación más lógica.

—Katria —dice Davien con dulzura. Parpadeo, al tiempo que me pregunto cuándo se ha puesto delante de mí—. Deberías ir a descansar.

—Estoy bien.

—No tienes que ser fuerte por mí. —Ladea la cabeza y me sonríe

—. Has hecho más que suficiente.

—Esperaba que quizás pudiera… —Dejo la frase a medias. Está muy ocupado. Ahora es el rey. Al menos el temporal, hasta que puedan encontrar al verdadero heredero Aviness por sangre. Yo no soy nadie. Aunque me besara delante de todo el mundo. Aunque lo ayudara a salvar a los feéricos… Muy pronto no seré nadie. Tendré que volver al Mundo Natural y, en el mejor de los casos, seré una frase en una leyenda de bardos.

—¿Que pudieras…?

Abro la boca para hablar, pero se acerca Oren.

—Majestad, hemos encontrado los demás estandartes en el fondo de las criptas. ¿Quieres que los cuelguen a lo largo de la calle principal de la Corte Suprema?

—Sí. —Davien no aparta la vista de mí—. ¿Qué es lo que esperabas?

—No es nada.

—Lo que sea que desees nunca es «nada» para mí.

—Solo quería tener un momento contigo… a solas. —Han pasado tantas cosas a lo largo de los últimos días desde que nos separamos, que no parece real siquiera que esté aquí conmigo ahora, que esté a salvo. Ha pasado de estar encadenado a luchar y luego a gobernar en un abrir y cerrar de ojos. Y aparte de ese beso, no hemos tenido ni un momento para nosotros. Su ceño se suaviza un poco, su boca se relaja del duro rictus de un rey para esbozar una sonrisa que conozco—. No es importante.

—Vena, me voy a retirar durante unas horas. Tráeme cualquier cosa urgente, pero para las cuestiones menores, te autorizo a actuar en mi nombre mientras yo no esté.

—De verdad que no tienes que hacer esto —protesto, aunque sin demasiada convicción. Tengo unas ganas desesperadas de que haga esto. Tantas que incluso me siento un poco culpable.

Davien ignora mis protestas y me toma de la mano.

—Oren, ¿hay alguna habitación en la que lady Katria y yo podamos descansar?

—Desde luego. —Oren sonríe con una inclinación de cabeza—. Creo que sé de un cuarto de invitados sin usar que vimos cuando

estábamos buscando las viejas reliquias de Aviness. Puedo llevaros hasta ella.

—Por favor, hazlo.

—Davien, te necesitan. Puedo ir a tumbarme una horita y…

En medio de mis objeciones, me levanta en volandas con ambas manos y me acuna entre sus brazos. No se me pasan por alto las miradas curiosas de los cortesanos que aún rondan por el gran salón, pendientes de cómo su nuevo rey toma posesión de su cargo. Me pregunto qué opinan de mí. Me pregunto si ya soy la concubina humana del rey en sus chismorreos.

—A lo mejor tú no eres la única que quiere robar un momento solo para nosotros dos. —Me lanza una sonrisa traviesa, ajeno a mis inseguridades, y sigue a Oren fuera del gran salón.

Vamos en dirección contraria a la que seguí la última vez que exploré el castillo. En lugar de salir hacia la derecha del salón, vamos hacia la izquierda. Veo parches desnudos en las paredes donde supongo que había tapices de Boltov colgados. Algunos ya han sido reemplazados por nuevas obras de arte; otros aún esperan sustituto.

Oren abre una puerta para revelar un dormitorio de aspecto cómodo.

—¿Os valdrá esto?

—Es perfecto. Encárgate de que no nos molesten, a menos que sea urgente.

—Desde luego. —Oren inclina la cabeza y cierra la puerta a su espalda.

Soy consciente al instante de lo solos que estamos de repente. Igual de consciente que soy de cada latido de su corazón a través de la andrajosa camisa que lleva. Nos quedamos plantados en medio de la habitación, él conmigo en brazos y yo solo mirándolo a los ojos. Sin decir palabra, me lleva hasta la cama y me tumba en ella.

No hay necesidad de palabras entre nosotros. Si hablásemos, tendríamos que hablar de las complejas circunstancias en las que nos encontramos, de todas las incómodas verdades que nos rodean. A saber, de que él es ahora el rey feérico y yo tendré que marcharme muy pronto.

Aun así, mientras se mueve encima de mí, me hace sentir…

mágica. Aunque mi espalda esté pegada a la cama, siento como si volara. Nuestros cuerpos se mueven juntos en un baile que solo nosotros conocemos, que nosotros inventamos. Nuestros suspiros, jadeos y gemidos de placer cantan un coro hecho solo para nuestros oídos.

Dejamos a un lado todo lo demás y nos centramos solo el uno en el otro, una vez, dos, tres veces, hasta que quedamos sudorosos y saciados en un batiburrillo de éxtasis sin aliento. Deslizo los dedos por su pecho, recorro las curvas de sus músculos. Agarra mi mano y se la lleva a los labios, donde besa las yemas de mis dedos con suma ternura.

—Ojalá pudiera quedarme en esta cama para siempre —murmura.

—Tienes un reino entero que gobernar.

—Un reino que no es mío —dice con tristeza.

—Si hay un heredero más verdadero ahí fuera, ¿cómo es que los Boltov no lo encontraron? —Hago caso omiso de lo que me dijo Boltov antes de morir—. A lo mejor ese heredero no *quiere* que lo encuentren. A lo mejor no quiere la responsabilidad. O a lo mejor no tiene ni idea de quién es.

—No se trata de lo que queremos, se trata de nuestro deber para con nuestra gente. Solo el verdadero heredero puede llevar la corona y controlar todas las partes del gran poder Aviness.

Le dedico una sonrisa cansada.

—Haz lo que tengas que hacer, pero quiero que sepas que mi confianza está contigo y solo contigo.

—Y tu confianza es lo único que me importa. —Besa las yemas de mis dedos otra vez y hace una pausa. Parece que no quiere mirarme a los ojos—. Dime, Katria, ¿cómo te encuentras?

—Cansada, pero creo que eso no puede sorprendernos.

—La magia ya no está en ti. Tendremos que llevarte de vuelta a tu mundo antes de que te marchites y acabes reducida a nada.

Sabía que venía esto, pero oírlo decirlo no lo hace más fácil.

—El mundo es cruel.

—Iré a visitarte siempre que pueda. Lo juro.

Durante un breve instante, me regodeo en esa fantasía. Pienso en veranos en el claro del bosque, en sentarme sobre el tocón y tocar el

laúd para él. Imagino inviernos acurrucados al lado del fuego, mientras planeamos lo que plantaremos en el jardín a la primavera siguiente. Pienso que viene a verme a esa mansión, como si viviera calle arriba y estuviésemos separados por un problema menor, como que él tuviese que vivir más cerca de la ciudad por su trabajo, más que a causa de la realidad de que existimos en mundos diferentes.

—Me gustaría, pero también deberás actuar como rey de los feéricos durante el tiempo que sea. Y puede que eso signifique que tengas que tomar una mujer estratégica.

—Si soy el rey de los feéricos, haré lo que quiera —insiste. Me resisto a comentar lo mucho que ha cambiado su discurso al respecto y me guardo el pensamiento para mi disfrute personal—. O tal vez encuentre al verdadero heredero pronto. Y cuando esté bien instalado en el trono, iré a vivir contigo al Mundo Natural para siempre jamás.

Es una fantasía preciosa, pero no soy tonta. Este amor, por significativo que fuera, no estaba destinado a durar.

Llaman a la puerta y luego se oye la voz de Oren.

—Mi señor… quiero decir, majestad. Han empezado a llegar feéricos que dicen ser los herederos de la estirpe Aviness y quieren probarse la corona. ¿Cómo quieres que procedamos?

Davien suelta un gran suspiro.

—Creí que tendría más tiempo.

—El deber te llama —le recuerdo sin necesidad y con una sonrisa coqueta.

—Volveré en cuanto pueda, mi amor. —Me besa ambas manos y luego grita en dirección a la puerta—: Estaré ahí en un momento.

Davien se levanta y empieza a vestirse. Con cada prenda de ropa que cubre su piel prístina, se me comprime el pecho más y más. Me pregunto si esta será la última vez que lo toque, que lo bese. Estoy tan perdida en mis propios pensamientos que su mano ya está sobre el picaporte cuando reacciono.

—Te quiero —suelto de sopetón.

—¿Qué? —Davien me mira y parpadea varias veces.

Me siento, las mantas apretadas contra el pecho, aunque la modestia parece una noción muy tonta entre nosotros ahora.

—*Te quiero, Davien* —repito. Pronuncio cada palabra con sumo

cuidado. Había tenido la intención de decirlo en un momento más significativo, pero se nos está acabando el tiempo y cada segundo que pase sin decirlo es una tragedia.

—Creía que habías jurado que jamás te enamorarías.

—Un hombre sabio me enseñó que no sabía lo que era el amor cuando hice esa promesa —digo con falsa modestia—. Además, creo que cuando me hice esa promesa, estaba pensando en hombres *humanos*… Tú no entras dentro de esa categoría, así que no estoy rompiendo ninguna de mis viejas reglas.

Sonríe de oreja a oreja y está de vuelta en la cama en un instante. Acuna mi cara entre sus manos y lleva sus labios hasta los míos una y otra y otra vez.

—Y yo te quiero a ti; siempre te querré.

Respiramos al unísono mientras disfrutamos del aluvión de emociones que pueden provocar esas dos palabras. No obstante, demasiado pronto, me suelta. Luego me sonríe. Hay una chispa de anhelo en sus ojos, como si quisiera quedarse. Aun así, se va… y sé que esta será mi vida para el resto de mis días.

Anhelaré a un hombre que nunca podré tener. Un hombre que siempre se marchará de la habitación, y de mi vida, a un mundo del que yo no formo parte. Y viviré sola, en una mansión vacía, con el conocimiento de un mundo que ningún otro humano tendrá ni querrá creer.

Parte de mí está agradecida, aun así, de conocer este amor, esta completitud.

Y otra parte de mí empieza a marchitarse despacio por una razón que no tiene nada que ver con la magia… aplastada ya por la incomprensible soledad que me aguarda.



Treinta y ocho

Pensé que partiría hacia el mundo humano de inmediato. Sin embargo, Davien ha estado tan ocupado que ha sido logísticamente imposible que eso sucediera. Ha insistido en que él será quien me acompañe cuando por fin regresemos. Por ello, ni Shaye, ni Oren, ni Giles, ni Hol han recibido permiso para llevarme al otro lado del Vano, lo cual ha causado este retraso.

Por algún milagro, todavía me encuentro bien en Midscape. Me preguntan con regularidad cómo me siento, pero después de una buena noche de descanso, el agotamiento del esfuerzo de recuperar la Corte Suprema ha desaparecido de mis huesos. Además, la comida todavía conserva su sabor. Todo esto fascina a Vena, que ahora come casi cada día conmigo y me hace preguntas interminables acerca de cada uno de los sabores. Una vez, incluso trató de ponerme a prueba y pidió que me sirvieran comida aderezada con intensas especias. Pasé la prueba con creces, y con un enfado considerable.

La teoría actual es que la magia de los reyes antiguos estuvo dentro de mí tanto tiempo que parte se ha filtrado en mi interior. Le da a Davien la inesperada esperanza de que quizás pueda quedarme. Vena intenta quitarle la idea de la cabeza, pero sin ningún éxito. Davien parece convencido de que encontrará una manera de

concederme la habilidad para vivir en Midscape si el poder de los antiguos reyes despierta otra vez la vieja magia humana oculta en mi interior, lánguida por haber vivido en el Mundo Natural.

Sin embargo, a pesar de todo esto, yo sé la verdad. Sé lo que va a pasar al final. Y me he estado preparando para ello cada día. Si acaso, mi tiempo aquí se está volviendo más una tortura que una fantasía. Cada vez es más duro despertar a su lado por las mañana, a sabiendas de que tendré que renunciar a él en algún momento. Regresar al Mundo Natural será algo bienvenido cuando por fin suceda.

Durante el día, Davien está ocupado con el interminable desfile de feéricos que acuden a probarse la corona. Cada afirmación es más ridícula que la anterior. Al principio, me quedaba en el gran salón como parte del público. Observaba a cada hombre y mujer acercarse a explicar cómo quizás estuviesen emparentados de manera tangencial con la estirpe Aviness. Las tenues relaciones son casi tan ridículas como sus historias sobre cómo se «perdieron para la historia» y «recordaron ahora su llamada».

Davien los escucha diligente (más paciente de lo que yo podría ser jamás) y luego los invita al estrado con él. El hombre o la mujer en cuestión se sientan en el trono y Davien les pone la corona sobre la frente. Una y otra vez, cae al suelo. Como es natural, enseguida me aburro de observar esta farsa y empiezo a explorar el castillo a cambio. No me voy a quedar ahí plantada mientras Davien pone la corona de cristal sobre la cabeza de todos los fae del reino.

Pero el disgusto por su falta de respeto por la corona de cristal y todo lo que Davien sufrió para conseguirla por fin no es la única razón para empezar a deambular por el castillo.

Hay algo que me atormenta, que me persigue. Se me ha aparecido en mis sueños más oscuros. Es un recuerdo que se desvanece más y más a cada día que pasa, como si quisiera ser olvidado otra vez. Parte de mí quiere olvidar, pero la otra parte recuerda ese segundo de claridad que tuve durante la caída.

Así es como he acabado de vuelta en los aposentos del rey, el único lugar que aún tiene que cambiarse de como lo dejó Boltov.

Así es como he acabado aquí, mirando por la ventana rota, el corazón acelerado. Shaye encontró el cuerpo de Boltov más tarde

aquella noche. Ha cruzado el Velo y ha ido al Más Allá, pero su fantasma sigue aquí. Los recuerdos que me obligó a revivir se grabaron a fuego en mi mente.

Me muerdo la uña del pulgar, jugueteo con ella con los dientes. No quiero recordar. *Pero tengo que hacerlo*. Esa noche me ha atormentado durante años y estoy a punto de recordar algo que parece de una importancia increíble. Me duele la espalda otra vez mientras miro hacia fuera y contemplo el cielo.

«¿Recordar *qué*?», mascullo, y me alejo furiosa de la ventana. ¿Cómo pueden mis recuerdos estar distorsionados de esta manera? ¿Qué pasó que fue tan malo que mi propio cerebro se niega a permitirme recordar los detalles? ¿Por qué está esta verdad justo fuera de mi alcance?

Camino de un lado a otro por la habitación, más frustrada a cada vuelta que doy, hasta que acabo dándole un puñetazo a una de las estanterías con un ruido gutural. Mientras me masajeo los nudillos doloridos, mis ojos se posan en los libros. Deslizo un dedo por los lomos y acaba por engancharse en un hueco donde falta un tomo.

En cada uno de los lomos, está grabado el símbolo de Aviness: la estrella de ocho puntas sobre la corona de cristal rodeada de lirios. Deslizo el dedo con suavidad por el cuero tenso y me detengo en la corona. De este modo, las puntas más altas del contorno de la corona de cristal casi parecen una montaña.

—*No,* no puede ser… —murmuro.

—¿Qué es lo que no puede ser? —Doy un respingo y giro en redondo para toparme con Davien. Se acerca a mí, las manos cruzadas a la espalda. Incluso sin la corona, tiene el porte de un rey. Sus movimientos son más regios a cada día que pasa.

—Yo… Has terminado pronto —consigo decir.

—No puedo soportar a una sola persona más que venga a estos salones sagrados a soltar sus medias verdades y sus reivindicaciones medio inventadas sobre su legitimidad. —Se pasa una mano por el pelo cuando se detiene a mi lado—. He esperado durante décadas la oportunidad de ascender al trono. Me he formado y me he esforzado y he luchado por tener la posibilidad de traer paz y prosperidad a nuestra gente. Y ahora, ver a estas personas surgir de la nada, sin

ninguna comprensión de lo que están tratando de asumir…

Apoyo una mano con suavidad en su hombro para interrumpirlo antes de que pueda alterarse en exceso.

—Siempre podrías detener la búsqueda —le recuerdo sin necesidad—. Y gobernar como había intención de que hicieras.

—Al final, el heredero de Aviness aparecería. Al final, algún hijo o hija se enteraría de su origen y vendría a reclamar el trono. Es mejor encontrarlo ahora, cuando puedo enseñarle, cuando tengo el respeto de la gente y puedo ceder el trono con elegancia para garantizar una transición de poder fluida. Lo encontraré, cueste lo que cueste.

Niego con la cabeza.

—Y esa es la razón de que seas el rey que no se merecen.

—El listón estaba bastante bajo cuando asumí esta posición.

—Y cuando la dejes, estará mucho más alto.

—¿Qué haría yo sin tus ánimos? —Me regala una sonrisa amorosa—. Y ahora, ¿qué es lo que «no puede ser»? —pregunta antes de que pueda contestar—. ¿Y por qué has venido aquí? —Davien olisquea el aire como si lo ofendiera—. Todavía apesta a usurpadores.

—Yo… —Deslizo los dedos por los tomos. Mis dedos trazan las ranuras del dibujo grabado en los lomos. Recuerdo el libro de mi madre, su título desgastado y su encuadernación deshilachada—. Cuando caí con Boltov… tuve un recuerdo de aquel día.

—¿Qué día?

—La última vez que caí —susurro.

—¿El día que Helen y tú caísteis del tejado? —Davien apoya la palma de una mano entre mis escápulas, sobre la cicatriz.

—Sí. —La palabra me resulta gomosa.

—¿Qué recordaste?

—Creí recordar haber *volado* —susurro. Esa es la idea que me ha estado atormentando por estas salas.

—Estoy seguro de que, para una niña pequeña, caer desde una gran altura debe de haber sido como volar.

—No, creo… creo que de verdad volé. Con torpeza. No bien. Pero… es imposible que Helen y yo pudiésemos sobrevivir a una caída desde semejante altura. Es imposible que hubiese podido alcanzarla. —Mis ojos siguen fijos en la estantería, mi dedo aún encajado en el

hueco vacío entre dos tomos. Fijos en las piezas que empiezan a encajar en sitios que desearía con toda mi alma poder ignorar—. En ocasiones, desde que llegué a Midscape, he tenido sensaciones extrañas, como de saber cosas, de encajar…

—La antigua magia de los reyes.

La lanzo una breve mirada ceñuda, de frustración. No me está tomando en serio. Claro que… acabo de hablar de volar. Yo misma tampoco me he estado tomando demasiado en serio a lo largo de los últimos días cuando de ese tipo de pensamientos se trataba. Sin embargo, esta maldita estantería me está forzando a salir de mi ignorancia feliz. Estas cosas ya no puedo ignorarlas más.

—No obstante, es más que solo ese recuerdo. Como estos libros. Aquí falta uno… el libro que usaste en el ritual aquella noche provenía de aquí, ¿verdad?

—Eso creo, sí. —Suspira con suavidad—. Ese libro fue uno de los pocos que escapó en algún momento de la Corte Suprema.

—¿Qué *son* estos libros? —me atrevo a preguntar.

—Hace mucho tiempo, había una Corte de Estrellas, videntes de los feéricos. Registraban el destino de cada Aviness en estas páginas con una magia arcaica que solo podía leer la persona en cuestión. Cada libro de esta estantería representa a un Aviness perdido… registrado por una magia que los Boltov erradicaron.

Trago saliva con gran dificultad. Estoy equivocada. Tengo que estar equivocada. Esto es una locura.

—¿Sabes cómo consiguió mi padre ese libro? —*Por favor, ten una explicación lógica y sencilla*, ruego en silencio. Pero Davien niega con la cabeza.

—Nadie entre los Acólitos pudo averiguar cómo llegó ese libro a la casa de tu padre. Se decía que la última persona conocida con sangre Aviness había escapado con él. Se lo llevó y huyó. Desapareció en la noche. —Pienso en lo que dijo Boltov: *La última Aviness verdadera que escapó de mis garras*—. Vena tardó una eternidad en seguirle el rastro al tomo hasta tu padre. Al menos el libro llegó lo más lejos posible de Boltov. Estoy seguro de que, de lo contrario, lo hubiesen reclamado o destruido. Intenté que tu padre me lo vendiera durante años, pero siempre se negaba.

¿Qué digo? ¿Cómo puedo explicarle esto? El miedo de que Davien considere que el secreto que le he ocultado es una gran traición me tiene paralizada.

—Ese libro…

—Como humana te hubiese resultado imposible saber lo que era. No te sientas mal al respecto. —No tiene ni idea de por qué mi piel se ha puesto toda pegajosa—. Y tu padre, como comerciante, estoy seguro de que se topó con él en algún momento de sus negocios. Cómo cruzó el Vano es un misterio, pero estoy seguro de que la última persona de la estirpe Aviness solo trataba de mantenerlo a salvo antes de que Boltov le pusiera las manos encima. Cosas más extrañas han pasado y…

—Ese libro era de mi madre —lo interrumpo. Soy incapaz de mirar a Davien. En lugar de eso, miro el lugar de la estantería en donde debería estar guardado. Finjo colocar un libro en el hueco, luego deslizo los dedos por la estantería hasta dejarlos caer a mi lado.

Ahí estaba. La pieza que faltaba para que todo tuviese sentido. Me da un retortijón en la tripa y no estoy segura de si voy a vomitar o a llorar.

—*¿Qué?*

—Te dije que mi madre biológica no era Joyce. Mi madre murió cuando yo era muy pequeña. Ella fue la que me enseñó todas mis canciones. Cuando murió, mi padre me prohibió entrar en el bosque, igual que me prohibió decirle a nadie nunca a quién pertenecía el libro. —Me giro hacia Davien—. Pensé que solo estaba siendo cauto, sobreprotector, porque Joyce destruyó todas las cosas de mi madre. O pensé que quería que supiera el gran valor sentimental que tenía para que no me deshiciera de él nunca.

—Y es por eso que, cuando me viste tirarlo al fuego…

—Por eso me lancé a por él, sí. Era una de las únicas dos cosas que me quedaban de mi madre.

Davien me agarra de los hombros y me sacude. Él también empieza a verlo.

—La otra cosa suya… Dijiste que era su laúd, ¿verdad?

—Sí.

—Se rumoreaba que la mujer que debería haber sido la reina

Talahani Aviness era una música excelente. Las canciones que conoces, las que siempre conociste, son canciones *feéricas*… —Las manos de Davien se aflojan—. No, no. No es posible. —Sacude la cabeza y se aparta de mí medio tambaleante—. Y aun así, las canciones, el secretismo, las cicatrices de tu espalda… Tu recuerdo de haber volado… El libro de la reina Talahani encontrado en casa de tu padre.

—Espera, ¿no creerás que…? —No es posible. Esto no puede ser posible.

—El día que caíste invocaste unas alas. Tu padre no dejó que esa mujer te quemara por falta de sensibilidad. Dejó que te quemara en un intento humano, equivocado y draconiano, de mantenerte a salvo. De que siguieras siendo «normal» para sus estándares. Te brotaron alas y ellos te las cortaron.

Un estremecimiento me recorre de arriba abajo cuando los recuerdos vuelven en toda su fuerza. Los recuerdos que he intentado reprimir pero ya no puedo ignorar. Los recuerdos de ese día no tenían ningún sentido para mí como niña y aún menos ahora como adulta.

—Mi padre sabía demasiado acerca de los feéricos —susurro—. Siempre pensé que era por casualidad. O por su proximidad con el bosque. O por las historias que habría encontrado en sus viajes. No… sabía tanto de los feéricos porque se había enamorado de una. Siempre dijo que mi madre no estaba hecha para ese mundo —repito el triste lamento de mi padre—. Lo decía porque estaba hecha para Midscape.

—Eres medio fae. —Davien da un paso atrás y se apoya contra la estantería como si necesitara recuperar la respiración—. Siempre se rumoreó que la reina Talahani huyó en un esfuerzo por salvar la estirpe. Los Boltov afirmaron que la habían matado, pero nadie encontró su cuerpo nunca. Después, el libro que buscaban los Boltov, el que Vena supo que debía buscar gracias a la información de Allor, se descubrió en posesión de tu padre. Talahani debió de escapar al Mundo Natural. Debió enamorarse de tu padre y te tuvieron a ti.

—No, yo no puedo… tal vez sea medio feérica, *quizás*, pero no soy… si lo soy, estoy segura de que mi madre era una feérica cualquiera. No una importante. —Me echo a reír, una risa un poco

desquiciada, abrumada por completo—. Lo que dices no tiene ningún sentido.

—Tiene *todo* el sentido. Te encuentras bien, aun después de tanto tiempo en Midscape. Puedes comer nuestra comida y vivir aquí sin marchitarte. La magia de los antiguos reyes fue a ti, y no a mí, porque eres la heredera; *tú eres la verdadera heredera*. Y no podías entregarme el poder a mí sin ser ungida antes de manera formal y después abdicar, porque la corona debería haber sido tuya para empezar. Estaba equivocado. Muy equivocado. Nunca fuiste una ladrona. Estabas reclamando su derecho de nacimiento. —Davien se pasa una mano por el pelo mientras niega con la cabeza. Vibra con un ataque de risa incrédula—. He pasado los últimos días convencido de que no encontraríamos nunca al heredero. Que nuestra gente tendría que *contentarse* conmigo y que estaría condenada a la incertidumbre cuando yo muriera. Durante todo este tiempo he pensado que tendría que dejarte ir, pero no es verdad. ¡Nada de eso es verdad! —Corre hasta mí y me levanta en volandas para darme un fuerte abrazo—. Katria, naciste para ser la reina de los fae.

Suelto otra carcajada.

—Estás demasiado cansado. Es imposible que creas lo que estás diciendo.

—Sabes que lo que digo es verdad —me susurra al oído—. En el fondo, lo sabes.

Ignoro la insistente sensación de que tiene razón. La sensación que llevo días haciendo todo lo posible por ignorar.

—Estás desesperado.

—Muy bien. —Se aparta un poco—. Si no me crees, ven a ponerte la corona. Si tú tienes razón y yo me equivoco, no tienes nada que temer. Caerá de tu frente como de la de todos los demás. —Davien se dirige hacia la puerta, pero yo estoy paralizada en el sitio.

—¿Y qué pasa si tú tienes razón? —pregunto con una voz muy pequeña. Se gira hacia mí con una leve sonrisa.

—Entonces, tú gobernarás este mundo, como marca tu derecho de nacimiento.

—Pero tú todavía tienes la magia. —Corro hasta él—. Yo abdiqué.

—Estas cosas pueden invertirse. Recuerda, el objetivo de la

abdicación siempre fue solo servir de regente hasta que el verdadero heredero estuviese preparado. Tú estás más que preparada y te devolveré tu poder encantado. —Me agarra de la mano—. Ven conmigo.

—No puedo.

—Pase lo que pase, Katria, yo estaré a tu lado. Si eres la heredera perdida, yo estaré contigo como tu más leal sirviente. Si no lo eres, seguirás siendo medio feérica y pasaremos la vida juntos en una felicidad constante. No nos espera más que alegría, te lo prometo.

Recorro el castillo guiada por Davien. Mi mente sigue dando vueltas a sus palabras, intenta encontrarles el sentido. Y aun así, tengo la impresión de que mis pensamientos lógicos están intentando llegar hasta lo que mi corazón ya sabía, lo que quizás hace mucho tiempo que sabía.

Nunca pertenecí al mundo en el que nací. Nunca encajé ahí. Y sin embargo aquí, desde que llegué a Midscape, encontré un propósito. Encontré el amor.

En cuanto entramos por la puerta del gran salón, Oren aparece ante nosotros.

—Majestad, hay más personas aquí que querrían…

Davien le hace un gesto para que se retire. Sin decir ni una palabra, delante de todos los ahí congregados, me guía hasta el trono sobre el estrado como si me llevara a la cama. Me hace un gesto para que me siente y oigo brotar un coro de murmullos a nuestro alrededor.

—¿Majestad? —Vena da un paso al frente—. ¿Qué estás…?

—Hace muchos años, perdimos a la mujer que creíamos que era la última heredera verdadera de la estirpe Aviness. Aunque nunca ascendió al trono, se rumoreaba que vivía en la Corte Suprema, delante de las mismísimas narices de Boltov, dedicada a mantener a salvo las reliquias de sus antepasados. La búsqueda de un libro que ella robó cuando Boltov por fin descubrió su identidad fue lo que me llevó a conocer a Katria. —Davien se dirige a toda la sala—. El libro se encontró al otro lado del Vano, en el Mundo Natural. Y cuando lo utilicé en un ritual para recuperar el poder de los antiguos reyes, ese poder no fluyó hacia mí, sino hacia *ella*. —Hace un gesto en mi

dirección. Se intercambian más susurros y miradas—. Lo hizo porque ella es hija de dos mundos. Talahani huyó y rehízo su vida lejos de donde Boltov pudiera encontrarla. Se enamoró de un humano y dio a luz a una hija.

Davien se coloca delante de mí. Me mira desde lo alto con los ojos llenos de amor y admiración. Es suficiente para hacerme sentir valiente. Para hacerme sentir, bueno, para ser sincera, un poco tonta.

—Siéntate, princesa Katria, en el trono que salvaste y que es tuyo por derecho propio.

Hago lo que me dice. El trono no me parece distinto de cualquier otro asiento, pero soy muy consciente del momento en que la corona de cristal se alza sobre mi cabeza. Levanto la vista hacia Davien y robo toda la valentía posible de su mirada amorosa. Posa la corona sobre mi frente.

Se queda ahí.

Encaja a la perfección.

—Salve, reina Katria, verdadera heredera de sangre al trono feérico, último miembro de la estirpe Aviness —entona Davien y todos los presentes lo repiten. Me lanza una pequeña sonrisa y veo que el amor centellea en sus brillantes ojos—. Larga vida a la reina.



Treinta y nueve

—Sabes que todavía podríamos esperar e ir en medio de la noche como dos ladrones. —Davien está sentado frente a mí en el carruaje, con aspecto de estar bastante contento con esa idea.

Me echo a reír con facilidad, una risa más alta y más alegre de la que jamás tuve. La risa me resulta más natural a cada día que pasa. Aunque han pasado casi tres meses desde que me coronaron de manera formal como nueva reina fae y mis responsabilidades han aumentado mucho más de lo que hubiese podido imaginar, me siento más ligera. Por primera vez en mi vida, sé dónde pertenezco. Vale, saber dónde perteneces no significa que siempre sea más fácil estar ahí. Solo significa que el trabajo duro es más digerible porque sé que significa algo.

—No pienso ir en medio de la noche. Voy a recuperar a Misty yo misma. *Y* me voy a enfrentar a ellas de una vez por todas. —Hice una promesa cuando entré en la Corte Suprema, una que estoy decidida a cumplir. Pero eso no se lo digo a él.

Davien sonríe. Sabe lo que esto significa para mí. Sabe por qué necesito hacerlo. Pero aun así, él no me haría sentir como una cobarde si tuviese que huir.

—Estaré contigo todo el rato; o no, si lo prefieres así.

—Creo que quiero hacer esto sola. —Estiro el brazo y le doy unas palmaditas en la rodilla—. Pero aprecio de veras que hayas venido conmigo a hacer esto. Saber que estás aquí es una diferencia enorme. —Suele ser mi segundo al mando siempre que no puedo gobernar, lo cual es a menudo, pues aún paso muchas horas al día aprendiendo a utilizar mi magia y estudiando los muchos matices de Midscape. Tengo muchísimas cosas que aprender. Un montón de historia de la que ahora formo parte y debo recordar… sobre todo desde que el rey de los elfos y la reina humana solicitaron una audiencia inesperada conmigo poco después de marcharnos.

En cuanto regresemos, nos meteremos de lleno en los preparativos finales para su llegada, que son muchos, puesto que acabamos de terminar nuestros ritos primaverales. Hay tantos festivales que celebrar en Midscape… Vena supervisa las cosas durante nuestra ausencia, junto con Shaye, Giles, Oren y Hol como ayudantes. No podría soñar con tener mejores personas a mi lado mientras me acostumbro a mi nuevo puesto.

—Necesites lo que necesites, siempre estaré aquí.

—Saber eso es lo que me da fuerzas. —Lo miro a los ojos al decirlo, con la esperanza de que sepa lo sincera que soy.

Sin embargo, Davien debe de malinterpretar mi mirada, porque se inclina hacia delante para besarme con pasión. Es un beso que promete más después, si estoy dispuesta a ello. Siempre estoy dispuesta cuando de él se trata.

—Iría al fin del mundo por ti.

—Yo cruzaría mundos por ti. —Me río y él también. Frota su nariz contra la mía. Ambas cosas son verdad. Me echo hacia atrás en mi asiento y miro por la ventana. El Mundo Natural es sosísimo comparado con la magia de Midscape. Estas calles parecen tan pequeñas, las casas que antes me intimidaban me parecen ahora tan poco importantes…—. Recuerdo la última vez que tomé este carruaje. Estaba nerviosa por conocer a mi marido.

—Oh, es verdad… —Davien deja la frase en el aire con una leve sonrisa—. Estamos de vuelta en el Mundo Natural. Eso significa que estamos casados de nuevo. —Suelto una risotada—. Tal vez debamos consumar ese matrimonio esta noche. Nunca lo hicimos en este reino.

—Eso te gustaría, ¿verdad? —lo tiento con una sonrisa.

—Sabes que me gustaría mucho.

Los dos hemos oído los rumores en la corte. La gente espera que estemos prometidos antes de final de año. Davien y yo solo hemos hablado del tema de pasada. Hay cosas más importantes de las que preocuparse ahora mismo que formalizar nuestro amor en Midscape. Además, no estoy preparada. Todavía estoy aprendiendo a amar y a ser una reina. Quiero dominar ambos artes antes de pensar en casarme de nuevo. Davien ha sido más que paciente al respecto y ha insistido en que la próxima vez que nos casemos, será según *mis* términos.

El carruaje gira por el camino de entrada a la mansión de mi familia. Contengo la respiración de golpe cuando el jardín delantero aparece ante nuestros ojos. Está mucho más exuberante de lo que lo había visto nunca. Hay varios jardineros por ahí, ocupados con los setos. Supongo que Joyce no dilapidó el dinero por completo, al menos todavía no, si aún queda algo para pagar a tanto personal.

Davien me da un apretoncito en la mano.

—Te irá muy bien.

—Lo sé —digo con suavidad. Pero aun así, tengo un nudo en el estómago cuando el carruaje se detiene al final del sendero.

Como era de esperar, Laura es la primera en recibirnos. Sale corriendo de la casa y frena derrapando sobre la gravilla al lado de donde se detiene el carruaje. Abro la puerta y veo que sus ojos se agrandan un poco cuando le echa el primer vistazo a Davien. Ahora que ha pasado un buen tiempo en Midscape, es capaz de esconder sus alas y cubrir con *glamour* su belleza más antinatural para hacerla pasar por un humano normal. Por el rabillo del ojo, veo que Davien le lanza un guiño cómplice.

A Laura se le corta un poco la respiración.

—Katria, yo, tú… no mentías. Es *muy* guapo.

Me echo a reír y la abrazo con fuerza.

—Me alegro mucho de verte, hermana.

—Te he echado tanto de menos…

Oigo el dolor y la nostalgia en su voz. Resuena en lo más profundo de mi ser y refuerza mi determinación. No había estado segura sobre lo que diría a continuación, pero ahora que estoy aquí, sé lo que tengo

que hacer. *Nada de dudas, Katria*.

—Yo también te he echado de menos. —Me aparto un poco. Sé que Helen y Joyce van a llegar en cualquier momento. Debo darme prisa mientras todavía estemos a solas las dos. Con las manos sobre los hombros de mi hermana, la miro directo a los ojos—. Tu madre no es una buena mujer.

—Katria…

—Sé que quizás creas que no soy imparcial. Y puede que sea verdad, pero sé que tú también lo ves —continúo, la voz serena y decidida—. No permitas que corrompa tu amabilidad, Laura. Abandona este lugar en cuanto tengas ocasión. Puedes venir conmigo. Puedes casarte con tu propio hombre apuesto. Puedes instalarte por tu cuenta y forjar tu propio camino. Yo te mantendré si es necesario. Lo que tú prefieras. Pero márchate mientras puedas y mientras aún tengas el corazón que adoro.

Laura no tiene ocasión de contestar.

—¿Katria? —Helen es la primera en aparecer.

—Puedes llamarme lady Fenwood —digo con tono altivo mientras aliso mi túnica suelta de seda feérica y me aparto un paso de nuestra hermana pequeña.

—¿Qué estás haciendo aquí? —consigue decir Helen entre su sorpresa.

—He venido a recoger a mi yegua. —Me encamino hacia los establos.

—Pero… es… no puedes…

Me detengo para lanzarle una mirada penetrante.

—Te aseguro que puedo. —Continúo hacia los establos para terminar lo que debí hacer hace meses.

—¡Voy a decírselo a Madre! —Se marcha a la carrera, de vuelta al interior. Laura, en cambio, sigue ahí plantada, sola, demasiado pasmada para hablar siquiera.

—Ve a decírselo a Madre, eso es lo único que has sido capaz de hacer en toda tu vida —musito en voz baja.

Para mi agradable sorpresa, Cordella está a la puerta de las cuadras. Al verme, casi deja caer el horquillo que estaba usando para recoger heno para los caballos.

—Vaya, vaya, que los viejos dioses resuciten. Nunca esperé volver a verte por aquí.

—Yo tampoco lo esperaba, aunque no me quedaré mucho tiempo. Y te aseguro que esta será la última vez que pondré un pie en este lugar. Pero es una alegría verte, vieja amiga —digo con sinceridad. Cordella siempre hizo todo lo posible por mí. A veces su «todo lo posible» no parecía suficiente, pero ahora que lo he podido pensar desde la distancia puedo apreciar de manera más plena toda su ayuda —. ¿Cómo está Misty?

—Necesita estirar un poco las patas, pero hago todo lo que puedo por mantenerla en forma. —Cordella me lanza una sonrisa entendida —. ¿Por fin has venido a buscarla?

—Así es. —Hago ademán de entrar en el establo, pero hago una pausa antes—. ¿Sabías que volvería?

—Tenía un presentimiento. —Cordella me mira de la cabeza a los pies un par de veces. Me dedica un asentimiento de aprobación—. Tienes buen aspecto, Katria. Tu porte es más regio que la última vez que te vi.

—Ahora sé quién soy —contesto con calma. Soy la heredera de la última descendiente de la estirpe Aviness. Soy la reina de los fae. Pero también soy la hija de un importante comerciante, una chica que creció en una casa de maltratadores, con padres que solo me demostraron todos los tipos de amor equivocados. Estoy entera y rota y en proceso de curación. Soy todas esas cosas y más. Soy Katria Applegate Aviness, y nunca más volveré a sentirme pequeña.

—¿Katria? —La voz estridente de Joyce interrumpe nuestra conversación.

—Por favor, prepara a Misty —le digo a Cordella—. Y me aseguraré de que sepan que más les vale *no atreverse* a castigarte por hacerlo.

—Será un placer, milady. —Cordella inclina la cabeza ante mí y vuelve al interior de las cuadras.

—¿Sí? —Miro a Joyce mientras intenta apabullarme desde la veranda que rodea la mansión. Había estado temiendo este momento, pero ahora que ha llegado, encuentro que no tengo ningún miedo. Joyce no tiene ningún poder sobre mí ya. El último nudo de mi

estómago se afloja y puedo respirar de nuevo.

Joyce no significa *nada* para mí ahora.

—No esperábamos que volvieras por aquí tan pronto. —Las palabras son falsa etiqueta.

—Solo he venido unos momentos. —Y han pasado meses desde que me fui. *¿Tan pronto?* Solo puedo suponer que no quería que regresara nunca—. He venido a recoger la última cosa que cometí el error de dejar atrás. No te preocupes, cuando me vaya esta vez, será para siempre.

—Aquí no hay nada para ti.

—Pronto no lo habrá.

—Misty está lista, milady —anuncia Cordella desde los establos.

—Gracias. —Tomo las riendas de la yegua.

—¿Qué crees que estás haciendo? —exige saber Joyce.

—Me estoy llevando lo que es mío. —Me monto en Misty y me siento bien erguida—. Me estoy llevando lo último mío que queda en esta casa y me marcho para siempre. No volveréis a verme jamás. No volveréis a saber de mí jamás. No seréis nunca bienvenidas en ninguna casa ni ningunas tierras que me pertenezcan. Porque he encontrado una familia que se alegra de tenerme. —Pienso en Oren, Giles, Hol, Raph, Shaye, Vena y todo Canción Onírica que me ha apoyado en los primeros meses de mi reinado—. He encontrado significado, propósito y el *amor verdadero*. No tienes ningún poder sobre mí ya. No importa lo mucho que intentaras conseguir que te tuviese miedo el resto de mi vida, porque no funcionó. Estoy libre de ti y me voy a llevar a Misty a mi nuevo mundo. Esta es una despedida definitiva. —Hago una pausa y miro a Joyce a los ojos—. Y si te atreves a castigar a Cordella por esto, te encontraré y sabrás lo que es mi cólera.

—Tú… Tú… ¡detente ahí mismo! —balbucea Joyce.

—No. —Con una ligera presión de piernas, Misty parte al trote. Noto que me recuerda. La sensación de su movimiento trae una sonrisa a mis labios. Los caballos feéricos están bien, pero nunca fueron míos. Giro hacia la parte de delante de la mansión mucho más deprisa de lo que puede correr Joyce. Helen sigue delante de las puertas principales, contemplando boquiabierta la escena a sus pies. Veo por qué: Davien está apoyado contra el carruaje, charlando con

Laura.

—Veo que has recuperado a tu yegua. —Se separa del vehículo.

—Así es —afirmo con orgullo—. Ya he terminado todo lo que tenía que hacer aquí.

—Katria —interviene Laura—. Cuando dijiste que… podía ir contigo… —Mira de Davien a mí.

Está claro que Davien no sabe qué decir, pero incluso ahora, deja las cosas en mis manos. Después de todo, yo tengo el poder de Aviness. Si alguien puede darle un lugar en Midscape a Laura, esa soy yo. Como poco, podré darle la mansión a este lado del Vano durante todo el tiempo que la necesite o que la quiera… hasta que esté lista para iniciar su propia gran aventura, sea cual sea.

—Tú siempre tendrás un lugar conmigo, hermana.

El rostro de Laura se relaja aliviado. Me pregunto si se ha estado sintiendo culpable por las acciones de Joyce y Helen. Me pregunto si creía que la odiaba como las odio a ellas. Tenemos muchas cosas de las que hablar, pero ahora tendremos tiempo para ello.

—¿Estás segura? —susurra.

—Yo lo decreto. —Sonrío un poco. Estoy impaciente por ver su reacción cuando se entere de que mi marido sí que tenía magia y que me la ha enseñado… en cierto modo. A Laura le irá muy bien en sus relaciones con los feéricos. O eso creo—. Sube al carruaje.

—Pero ¿mis cosas?

—Si no nos marchamos ahora, puede que Joyce no te deje irte nunca —le digo en tono solemne—. Juro que te daré todo lo que necesites y más. —Los ojos de Laura se deslizan hacia la casa justo cuando Joyce gira la esquina de la veranda para colocarse al lado de Helen. Laura debe saber tan bien como yo que lo que digo es cierto porque empieza a subir al carruaje detrás de Davien.

—¿Qué estás haciendo? —Joyce vuela escaleras abajo, chillando histérica.

Coloco a Misty entre ella y mi hermana.

—Está haciendo lo que quiere.

—¡Esa es mi hija, la… la estás raptando!

—Me marcho, madre —dice Laura, un poco temblorosa, pero más valiente de lo que hubiese podido esperar. Nunca me he sentido tan

orgullosa. Siempre fue la fuerte de nosotras—. Os escribiré.

—¡Cómo te atreves! —exclama Joyce cuando la puerta se cierra. Helen sigue plantada ahí arriba, su expresión oscilando entre el pasmo y la ira—. No puedes…

—Laura y yo haremos lo que nos plazca. Adiós, Joyce. —Es inútil continuar con esa conversación. Animo a Misty a partir al trote y le hago un gesto afirmativo a Oren al pasar por su lado. Oigo que el carruaje cobra vida con el repiqueteo de los cascos a mi espalda.

Joyce lo persigue hasta la mitad del camino de salida. Menuda criatura más despreciable. Puede que nunca se dé cuenta de que este dolor es consecuencia de sus propias acciones, aunque quizás Helen sí. Quizás quede algo bueno en su interior y este sea un catalizador para su cambio. Solo puedo desear que sea así, por su propio bien.

En cualquier caso, ellas ya no son mi problema. Miro hacia delante y las dejo a ellas y a la mansión detrás de mí.

Como amazona independiente, soy más rápida de lo que jamás podría ser un carruaje. Conozco el camino de vuelta a mi casa, a mi reino. Esta vez, cabalgaré ladera abajo por la propiedad de mi familia, a través del turbio amanecer y al interior del bosque prohibido. Continuaré adelante hasta encontrar los viejos indicadores que Giles y Hol me enseñaron a buscar para encontrar el camino a través de la oscura bruma que separa Midscape del mundo humano.

Mi corazón corre a la misma velocidad que el atronador galope de Misty.

La tortuosa endecha que Joyce ha dirigido durante mi vida ha llegado a su fin, y otra canción acaba de empezar. Una con mi hermana, con el hombre que será mi marido en *ambos* mundos, y con mi reino.

Sobre la autora

Elise Kova siempre ha sentido un profundo amor por los mundos fantásticos. De algún modo, logró concentrarse en el mundo real durante el tiempo suficiente como para graduarse con un MBA (máster en administración de empresas) antes de meterse otra vez debajo de su manta favorita para escribir y conceptualizar su siguiente sistema mágico. En la actualidad vive en St. Petersburg, Florida, y cuando no está escribiendo se dedica a jugar a videojuegos, a ver anime o a hablar con lectores en las redes sociales.

Elise invita a sus lectores a obtener adelantos, información privilegiada y mucho más solo con suscribirse a su *newsletter* en: https://elisekova.com/subscribe

Visítala en internet en:
https://elisekova.com/
https://twitter.com/EliseKova
https://www.facebook.com/AuthorEliseKova/
https://www.instagram.com/elise.kova/

Consulta todos los títulos de Elise en su página de Amazon:
https://author.to/EliseKova

Agradecimientos

Al Hombre: gracias por todas las veces que limpiaste la casa, cortaste el césped, te encargaste de la cena, de lavar la ropa o de cualquier otro recado para que yo pudiese centrarme en traer mis libros al mundo. Gracias por tu percepción y tu ayuda en todos los aspectos de mi vida. Puedo escapar del mundo real con confianza pues sé que tú te encargarás de todo.

A mis tortugas: escribir sería mucho más difícil sin todos vosotros. Sois mi apoyo. Mi lugar seguro. Mis mentes pensantes. Y mi humor. Vosotros me tenéis a mí y yo tengo mucha suerte de teneros a todos vosotros. Gracias a todos y cada uno de vosotros por todo lo que habéis hecho por mí.

Teal: gracias por ser tan buen amigo y por ayudarme con *Un trato con el rey de los elfos*. Sí, tenías que haber aparecido en los agradecimientos de ese libro, pero esta amiga escritora tuya puede ser un poco despistada a veces… ¿Mejor tarde que nunca?

Mary: la mejor feérica que conozco, gracias por ser una amiga tan inspiradora. Gracias también por asegurarte de que mi cuerpo no se rompe por escribir todas las palabras que tengo que escribir.

Danielle Jensen: espero que sepas lo asombrosa que eres. Gracias por todo lo que haces por mí, tanto relacionado con libros como no.

Marcela Medeiros: sigue siendo un sueño trabajar contigo. No podría imaginar a nadie más captando tan bien la extravagancia y la magia de estos mundos que estoy intentando crear.

Merwild: mis historias son más ricas gracias a tu arte. Gracias por seguir trabajando conmigo para dar vida a mis personajes.

Amanda: desearía poder darte un gran abrazo, pero una frase en los agradecimientos tendrá que bastar. GRACIAS por todo lo que has hecho para apoyarme como amiga y como autora.

The Book of Matches Media Team: sois todos increíbles y ha sido una delicia trabajar con vosotros para ayudar a dar a conocer mis historias.

Rebecca Heyman: otro manuscrito entregado y empezando con el siguiente. Gracias, como siempre, por tu ayuda continuada. Escribo con confianza al saber que tú estarás ahí para darme tu apoyo.

Melissa Frain: gracias por cortar, pegar, desmenuzar y ayudarme a volver a reconstruir este manuscrito. Es mejor gracias a toda tu ayuda y siempre alentaste mi motivación con tus encantadores comentarios.

Mi Dear Tower Guard: todos y cada uno de vosotros sois brillantes, alentadores y es divertidísimo trabajar con vosotros. Gracias a todos por vuestras ideas y por estar dispuestos a ser amables y pasarlo bien en nuestro rinconcito del mundillo escritor. Sigamos cuidando los unos de los otros.

Todos los *Instagrammers*, expertos de Facebook, Book Tok'ers, *bloggers* y otros *influencers* que ayudaron a correr la voz en cualquier plataforma: vosotros sois mis héroes. Tengo una suerte inmensa de que estéis dispuestos a trabajar conmigo y os estaré eternamente agradecida por ello. Espero que haya muchos más libros en el futuro para nosotros.

Mis mecenas: Andra P., Melisa K., Serenity87HUN, Liz A., Amé van der V., Nichelle G., Sarah P., Janis H., disnerdallie, Giuliana T., Carmen D., Alli H., Malou7, Becky T., Jordan H., Siera, Matthea F., Caitlyn, Stephanie Y., Catarina G., Bri B., Stephanie T., Heather E.,

Mani R., Lori, Elise G., Traci F., Beth Anne C., Jasmin B., Maria D., Ashley S., Shirin, Samantha C., Lindsay B., Lex, Katrina S., Sassy_Sas, Veronica R., Karin B., Eri, Sam van V., Ashley D., Amber V., Amy P., Michael P., Kate M., Aanja C., Aemaeth, Alexa A., Alexis P., Ambermoon86, Amy B., Angela G., Asami, Axel R., AzFlyGirl, Betsy H., Bookish Connoisseur, Cassidy T., Cassondra A., Dana A, Elly M., Emily C., Emily R., Emmie S., Jennifer B., Justine B., Kassie P., Kelley, Kira M., Lauren G., Lauren S., Lindsay W., Meagan R., Michelle S., NaiculS, Reva, Rhianne R., riyensong, Sarah P., Sheryl K B., Tamashi T., Tarryn G., Tiffany L., Allie D., Chelsea S.: gracias a todos por vuestro apoyo, *feedback*,, ideas y tiempo. He disfrutado muchísimo de nuestros momentos juntos y espero que haya muchos más por venir con cada libro que publique. Estáis todos conmigo al inicio de esta nueva aventura en mi mundo editorial, ¡y no podría imaginar personas mejores con las que vivirla!


AUTORA BEST SELLER
ELISE KOVA
Un Duelo con el
Lord de los Vampiros

UN DUELO CON EL SEÑOR VAMPIRO

Una novela casada con la magia



ELISE KOVA





Este libro es un trabajo de ficcion. Los nombres, personajes y eventos de este libro son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no es intencionada por el autor.

Publicado por Silver Wing Press

Arte de portada de Marcela Medeiros Edición de desarrollo por Rebecca Faith Editorial Edición de línea por Melissa Frain Corrección de Kate Anderson

ISBN (rústica): 978-1-949694-40-6
ISBN (tapa dura): 978-1-949694-39-0
ISBN electrónico: 978-1-949694-35-2

TAMBIÉN DE ELISE KOVA



Vea todos los libros de Elise y encuentre dónde conseguirlos en su sitio web en:

https://elisekova.com/books/



MAPA DEL PAISAJE MEDIO



CONTENIDO



para todos los amantes de los libros
con dagas y coronas
en sus estanterías

CAPÍTULO 1



“Cásate conmigo y te daré bebés tan fuertes”. Arrastra las palabras casi hasta el punto de ser ininteligibles.

Me estremezco y empujo... ¿Walt? ¿Waldor? Ni siquiera puedo recordar su nombre; empujo el brazo de como-se-llama de mis hombros. Retrocede riendo y casi choca con un grupo de mujeres bailando en la calle y aullando a la luna. Están reducidos a sus camisones de seda, una neblina roja y naranja brillando en su piel debido a la antinatural luz de la luna y las puertas abiertas de la herrería.

Pueden girar y bailar. Pueden cantar y llorar. Son tan libres como los dobladillos que rozan sus muslos. ¿Cómo sería ser uno de ellos? ¿Qué debería hacer? Ni siquiera lo sé. Los lazos que me rodean son tan estrechos como los cierres del resistente delantal de cuero que uso. Manteniéndome abotonado. Contenido.

Como-se-llame me alcanza de nuevo.

Aparto su mano de un golpe. "Eso es suficiente." Tocarme podría hacer que, en el mejor de los casos, lo azotaran; la bebida mantiene a raya su sentido común. Ni siquiera podría afirmar que no sabe quién soy. Todos en esta pequeña aldea saben quién soy. Soy bastante fácil de detectar por mis manos ásperas y manchadas de hollín. Por mis mangas arremangadas y brazos de cicatrices punteadas. Mi deber se considera más sagrado que el de muchos de los propios cazadores. Porque soy yo quien los armará y protegerá durante los años venideros. Conozco los secretos de la fragua.

Soy el guardián del acero y la plata.

Él, como todos los habitantes de Hunter's Hamlet, sabe que el único al que se le permite tocarme es el hombre que el maestro cazador decide que será mi marido. Sin excepciones.

Ni siquiera en la que podría ser nuestra última noche con vida.

"¿Hay algún problema aquí?"

La última vez que vi, Drew estaba en la herrería, hablando con una mujer joven en un rincón. Pero mi gemelo y tutor nunca está lejos. Debió haber salido cuando notó que no había regresado de mi recado al cobertizo trasero rápidamente.

"No hay problema, solo un borracho". Ajusto mi agarre sobre el cubo de carbón. El abastecedor de combustible vive cerca de los pantanos; es uno de los pocos profanos a los que se les permite cruzar la línea de tierra salada y entrar en la tierra del vampiro. Esta noche trajo una nueva entrega antes de que comenzaran las juergas. Estoy seguro de que mañana se quedará con alguien en la ciudad. Lo hace para lunas llenas regulares; Definitivamente lo hará para Blood Moon. Todos nos cuidamos unos a otros en la aldea, especialmente cuando los vampiros atacan.

Hay tres verdades fundamentales del misterioso y sanguinario vampiro:

La primera es que subsisten a base de sangre humana para su sustento y para sus magias oscuras. Debido a esto, la guerra entre vampiros y humanos se ha prolongado desde los albores de los tiempos. Sin la fortaleza y sus gruesos muros que rodean todo Hunter's Hamlet, invadirían el mundo con su sed de sangre y muerte.

La segunda es que el vampiro sólo tiene una verdadera debilidad: la plata. Todas las demás herramientas están destinadas simplemente a frenarlos o darles a sus víctimas una muerte limpia. Atrapar la carne de un vampiro con una espada plateada lo mata instantáneamente. Es nuestra única defensa y la razón por la que aquellos que saben cómo forjar la plata son venerados en Hunter's Hamlet.

La verdad final es que los vampiros comparten una misma opinión. Las bestias que nos atormentan mes tras mes son poco más que golems vivientes que obedecen la voluntad de su señor. Si el señor vampiro es derribado, el resto de su engendro lo seguirá. Pero está protegido por el Velo, y viene sólo una vez cada quinientos años con sus caballeros oscuros para atacar en la noche de la Luna Sangrienta, cuando el Velo es débil y él puede liderar sus ejércitos con fuerza.

Mañana la Luna de Sangre saldrá en su totalidad y los cazadores intentarán usar mis armas para matarlo y salvar a la humanidad. Todo podría cambiar en una sola noche, para bien o para mal, y nadie más allá de Hunter's Hamlet tiene idea.

El cazador que me ha estado molestando está horrorizado. "¡No

soy un borracho, soy un noble cazador!"

"Apenas puedes mantenerte de pie", respondo.

"Suficiente, Wallice." Ah, ese es su nombre. "No deberías quedarte solo con la doncella de la forja", regaña Drew.

"No estamos, no estamos solos". Wallice se tambalea y tiene hipo. "¡Mira, todos nuestros amigos están aquí!" Salta al grupo de bailarinas, quienes lo aceptan con los brazos abiertos como si realmente hubiera estado bailando con ellas todo el tiempo.

En un instante sus manos están sobre una morena, recorriendo las curvas de sus muslos, hasta la hinchazón de su estómago. Incluso las manos de un asesino entrenado como Wallice pueden lucir elegantes alisadas sobre la seda. Se acumula entre sus dedos y se desborda mientras le sube el vestido.

No puedo evitar preguntarme cómo se sentiría si fuera yo. Mis propios muslos hormiguean, el calor sube hasta mi centro. No quiero a Wallice. Pero sí quiero saber qué se siente cuando me tocan. Deseable por más que mi habilidad con el martillo y posición en el caserío. Wallice muerde el cuello de la mujer como lo haría un vampiro. Ella gime, gira la cabeza hacia atrás y me giro hacia la herrería antes de que un sonrojo suba a mis mejillas. Al menos por dentro podré afirmar que el enrojecimiento se debe al calor.

"Él no hizo nada malo, ¿verdad?" Drew le lanza una última mirada con el ceño fruncido a Wallice y luego me alcanza.

"Nada más que estar tan borracho que su sentido común ha desaparecido". No tengo ningún interés en meter a Wallice en problemas. Los cazadores viven vidas bastante duras y esta noche es una noche de juerga, imprudencia e indulgencia. Además, no hizo nada peor que pasarme un brazo por el hombro. "Dudo que él siquiera supiera quién era yo".

"Tendría que estar bastante borracho para olvidar eso".

“Él lo parecía; Lo viste con las otras mujeres”. Miro hacia atrás por encima del hombro. Wallice se aleja a trompicones con uno de los bailarines.

“Gracias por no ser demasiado dura con él, Flor”. Flor, abreviatura de Floriane. Sólo mi hermano y mi madre usan el apodo. "Así son las cosas la noche anterior a la Luna de Sangre".

“¿Deberían todos los cazadores estar borrachos hasta el punto de afectar su capacidad para cazar mañana?” Arqueo las cejas hacia él. Drew refleja el movimiento. Somos casi de la misma altura y de constitución similar. Compartimos el mismo cabello y ojos negros que

nuestra madre. Mirarlo es realmente como mirarme en un espejo y ver una versión más masculina de mí mismo.

“Tenemos hasta el atardecer para cuidar nuestras cabezas y estómagos, y el Elixir del Cazador para ayudarnos. Ningún dolor del segundo día es más fuerte que el elixir”.

"Mañana no será como una cacería normal".

“Nadie lo sabe mejor que nosotros”, afirma con un tono de severidad.

Me encojo de hombros en lugar de seguir discutiendo. Drew lo deja caer. Entramos a la herrería uno al lado del otro.

La herrería es uno de los edificios más grandes de Hunter's Hamlet, ligeramente separada del resto de las estructuras de adoquines agrupadas y apiñadas como demasiados dientes en la boca de un vampiro. A diferencia del resto de tejados de paja del caserío, su tejado es de pizarra, como el de la fortaleza. Toldos de madera cubren el frente, dándonos la bienvenida al interior. La fragua está en el centro de todo, y desde ella sobresalen mesas de madera. Generalmente están cubiertos de herramientas y cuchillas. Pero esta noche están cubiertos de comida y jarras.

Este es el centro de Hunter's Hamlet, ya que todo el mundo necesita el trabajo de un herrero en algún momento, y esta noche no es una excepción.

El cervecero trajo un barril de cerveza y lo abrió. Los agricultores se han reunido alrededor, saboreando el fruto de su trabajo. La modista les cuenta cuentos a los niños hasta mucho después de la hora de dormir. Y debajo del estrépito de todo esto late el corazón de Hunter's Hamlet: la matrona herrera, el escudo de Hunter's Hamlet. Mi madre.

El martillo de la madre sube y baja rítmicamente. Su cabello oscuro se escapa del apretado moño trenzado que lleva en la nuca, pegándose por el sudor a los lados de su cara. Incluso ahora, a última hora de la noche anterior a la Luna de Sangre, todavía estamos trabajando duro. Todavía queda mucho por hacer.

"Por cierto, ¿con quién estabas hablando antes?" Le pregunto a Drew mientras nos abrimos paso entre un grupo de ancianos chismosos.

"¿Cuándo?"

"Más temprano. Allí." Hago un gesto hacia la esquina. Quienquiera que fuera la joven, no estaba esperando que Drew regresara.

“He hablado con mucha gente esta noche; tendrás que ser más

especifico." Él sabe exactamente de qué estoy hablando y está siendo obtuso.

“Bien, guarda tus secretos. Pero si yo lo vi, mi madre también lo hizo, y te prometo que te resultará más difícil esquivar sus preguntas.

"Es sólo una mujer, nada grave". Drew se frota la nuca.

"Mamá te va a atacar si sigues con este asunto de 'nada serio' con todas las damas de la aldea". Dejo caer el cubo junto a la fragua y echo un poco de carbón con la pala, y me muevo para accionar el fuelle para aliviar un estallido de frustración. Drew puede tocar, bailar y sentir todo lo que quiera. Pero yo... tiro del fuelle aún más fuerte.

Madre me dedica una mirada apreciativa antes de regresar rápidamente a su conversación con el curtidor. Lo que sea que estén discutiendo debe ser importante, porque su expresión es severa. ¿Podría ser que haya algún problema con el último lote de cueros que enviamos a los cazadores para que los usen mañana? Instantáneamente intento recordar cada cierre y hebilla que hice, cada hombrera y cada aguja. ¿Marqué un defecto en el metal sin darme cuenta?

"No tengo quejas de nadie con quien he estado". Drew se encoge de hombros. “Eventualmente sentaré la cabeza, cuando lo decida”.

"Debe ser agradable decidir cuándo quieres estar con alguien o casarte con él", murmuro en voz baja. Podría aceptar con gracia mi papel para mejorar Hunter's Hamlet frente a todos los demás. Pero Drew es la única persona ante la que no necesito ser elegante.

“No debería haberlo expresado así. Lo siento, Flor”.

Sacudo la cabeza y suspiro, intentando aliviar la tensión en mis hombros. "Es cierto."

"Pero puede que no tenga que ser por mucho tiempo".

Mi corazón se salta un latido. "¿Qué quieres decir?"

"Te diré después."

"Pero-"

"Tiempo normal."

"Nada de lo de esta noche es normal", siseo. Nuestras voces se han reducido a un susurro. No puedo creer que esté hablando de nuestro entrenamiento de medianoche al alcance de tanta gente. “Mira cuánta gente hay aquí; No vamos a tener tiempo para...

No puedo terminar porque descubrí qué hizo que Drew tuviera tanta confianza en que podremos pasar un momento a solas.

La herrería guarda silencio. Incluso el martillo de mi madre guarda silencio mientras lo apoya sobre el yunque y hunde el hierro con el

que estaba trabajando en las brasas casi candentes que he avivado en la fragua. Todas las miradas se han vuelto hacia la silueta en la entrada, delineada por una luna rosada y purulenta.

Este hombre retorcido y temible es Davos, el maestro cazador, el hombre sin el cual nuestro mundo estaría perdido.

Su ropa está finamente confeccionada en terciopelo. Un material raro reservado al propio maestro cazador, ya que sólo puede conseguirse fuera de la aldea. Tiene las manos cruzadas sobre un bastón adornado con la cabeza plateada de un cuervo, idéntica al gran pájaro posado sobre su hombro. Lucho contra un escalofrío que recorre mi espalda al ver al cuervo.

Los ojos negros del maestro cazador.

Así se refiere la gente del pueblo al pájaro. Tiene un nombre; Drew me lo dijo una vez. Pero rápidamente lo olvidé. El nombre era tan incómodo como la mirada del pájaro. Un nombre apropiado que suena como gritos estridentes y clavos afilados sobre piedra.

Las viejas historias dicen que ningún maestro cazador, que se remonta a la propia fortaleza, miles de años, ha estado sin un cuervo. Cuando un maestro cazador muere, el cuervo surca los cielos. Luego, cuando llega el momento de enmascarar a un nuevo maestro cazador, un cuervo regresa para posarse en su hombro. Algunos afirman que ha sido el mismo cuervo para todos los maestros cazadores desde que se colocaron las primeras piedras de la forja. Drew dice que el cuervo es tan venerado en la fortaleza que normalmente es él quien elige al próximo maestro cazador entre candidatos dignos. Otros en la aldea van tan lejos como para pensar que la criatura es un dios antiguo con forma de bestia, que defiende Hunter's Hamlet contra el flagelo de los vampiros.

Si eso es cierto, el viejo dios no hace un buen trabajo. Porque aunque el propio señor de los vampiros no puede atravesar el Velo, todavía envía monstruos cada luna llena para atacar, para recordarnos que está ahí, esperando. Y el rumor divino claramente no pudo hacer nada para evitar la inminente Luna de Sangre.

“Salve, Hamlet del Cazador”, dice Davos con su tono cansado.

“Guíanos y protégenos”, entona la sala en respuesta.

"Las juergas de esta noche parecen haber sido una delicia". Davos sonríe. Creo que la expresión pretende ser paternal, pero a mí siempre me parece perversa. Hay un brillo en sus ojos que me pone profundamente nervioso. A Drew nunca le ha sorprendido mi inquietud.

Davos está bautizado en la sangre de nuestros enemigos, afirma. El hombre ha visto más vampiros, más de sus parientes vivir y morir, que cualquiera de nosotros.

Y ninguno de nosotros es ajeno al derramamiento de sangre en Hunter's Hamlet. La muerte guarda una casa de verano en este lugar abandonado.

“Pero la noche se está haciendo cada vez más tenue”, continúa Davos. "Y debo llamar a mis cazadores".

Hombres y mujeres se alejan lentamente de la multitud, como en trance. Ellos son los cazadores y tienen cicatrices, tanto visibles como no, como testimonio de su sangriento trabajo. Quiero agarrar la mano de Drew. Para preguntarle si está seguro de poder venir más tarde. No puedo soportar la idea de que él se vaya mañana por la noche sin tener la oportunidad de hablar con él a solas una vez más. Aunque todavía no sé lo que quiero decir.

¿Qué le dices a alguien antes de marchar hacia una muerte segura? ¿Qué podría decirle que no sepa ya? ¿Qué palabras serían suficientes para resumirlo todo? Siempre fue el inteligente con delicadeza. Soy inútil si no puedo solucionar mi problema con un martillo.

Pero lo dejé ir.

No tengo otra elección.

Él tiene su papel y yo el mío. Nos fueron entregados antes de que naciéramos, determinados únicamente por nuestro apellido y sexo. No importa cuánto podamos esperar, soñar o sentir rencor, ninguno de nosotros puede escapar del camino que se nos presenta.

“¿Necesitas algo más de la fragua?” —le pregunta la madre a Davos.

“No, ya has hecho más que suficiente para proteger Hunter's Hamlet. Sin vuestro armamento, fortificaciones de muros y ayuda con nuestra armadura de cuero, los cazadores estarían saliendo bajo la Luna de Sangre en un estado triste”, dice Davos mientras los cazadores se reúnen.

“Es un honor para nuestra familia ver a los cazadores y al caserío preparados para cada cacería, esta en especial”. Madre deja que sus ojos se desvíen hacia Drew con una sonrisa triste; es una expresión que le he visto darle a menudo, una de orgullo y preocupación, miedo y alegría. Aunque sabíamos que convertirse en cazador era su destino, por mucho que el mío sea la fragua, ninguno de nosotros esperaba que él se embarcara en ese camino. No es una vida con longevidad. Pero

sabíamos por qué tenía que salir de casa y unirse a la fortaleza. Entendimos.

Así son las cosas en la familia Runil: la hija mayor es la doncella de la forja y el hijo mayor se dirige a la fortaleza. Cada familia tiene sus tradiciones y su papel que desempeñar en Hunter's Hamlet. Hay seguridad cuando todos estamos en nuestro lugar. Es la promesa y el sacrificio que todos hemos hecho. Entonces, después de la muerte de mi padre, era simplemente cuestión de tiempo hasta que Drew asumiera su posición en la sociedad.

A partir de ese momento, mamá y yo hemos estado esperando cada mes a que llegara Davos y nos dijera que los vampiros se habían apoderado de otro miembro de nuestra familia. Pero, milagrosamente, mes tras mes, Drew ha regresado. Quizás este mes, incluso con la Luna de Sangre, no sea diferente. Es una esperanza tonta y lo sé. Pero toda esperanza es una tontería en Hunter's Hamlet.

“Hablando del honor de tu familia…” Los ojos de Davos se dirigen a mí mientras se calla. Sus ojos brillan y el sabor de la bilis sube al fondo de mi garganta. “Después de la caza de mañana por la noche, habrá aún más motivos de celebración. Es hora de cimentar el futuro de nuestra doncella forja, para que la herrería siga funcionando durante las generaciones venideras”.

“Haré lo que me diga el maestro cazador”. Bajo la barbilla y mantengo mi rostro tan inexpresivo como las máscaras que usan los cazadores cuando salen a Fade Marshes.

“Que suenen las campanas anunciando una boda la próxima semana”. Davos golpea su bastón para enfatizar. Drew está luchando contra un ceño fruncido. Creo que odia este tema incluso más que yo.

Me imagino lo que dirá más tarde. ¿Cómo se atreve Davos a hablar de ti como si no estuvieras allí, delante de todos? ¿Cómo se atreve a hablar de casarte como si fueras una yegua preciada? Pero mi destino no es ningún secreto. La doncella de fragua siempre se casa antes de los veinte años. Así es, la tradición, la necesidad, ya que cualquiera de nuestras vidas podría terminar en la próxima luna llena. Probablemente estaré embarazada antes de fin de año y la idea me tiene fría, incluso parada al lado de la fragua.

Hay murmullos emocionados entre los cazadores masculinos elegibles. Me miran de reojo. Agarro uno de los martillos de la fragua por instinto y lo mantengo a mi lado.

Puede que sea la doncella de la forja, pero no soy una flor delicada. Soy tan fría como la plata. Tan fuerte como el hierro. Me

doblegaré por el destino, pero no por ningún hombre.

CAPITULO 2



Nadie nota mis nudillos blancos; Están demasiado ocupados aplaudiendo. La boda de la doncella de la forja es un gran acontecimiento en Hunter's Hamlet. Tenemos muy poco que celebrar, así que cuando hay una excusa, la aldea se entrega profundamente.

Mantengo mi pánico, mi preocupación, dentro. No seré yo quien ahogue su alegría. No debido a nociones infantiles de poder elegir a mi marido por amor, deseo, atracción o cualquiera de las otras razones por las que alguien se siente atraído por una pareja. Tengo mi deber. Tengo una obligación y toda ella es mucho más importante que cualquier cosa que quisiera.

“Hacia la noche”, dice Davos, girándose.

“Buena caza”, respondemos el resto de nosotros mientras el maestro cazador se va con sus leales soldados.

“El fuelle, Floriane”, dice la madre, gentil pero firme. “Y ya que tienes un martillo en la mano, ayúdame con algunas hoces; la fortaleza nunca puede tener suficiente”. Sus ojos van de la herramienta a mi cara. Su expresión se suaviza hasta convertirse en una sonrisa triste. Ella sabe muy bien lo que me depara el futuro. También había sido suyo.

Y con el tiempo se había enamorado de mi padre.

Puedo verlos juntos en la fragua. El sudor brilla en sus mejillas. Comparten una sonrisa reservada sólo para ellos dos. El padre es ágil y ligero. La madre es fuerte y robusta. Él era su escudo, ella su espada. Eran dos partes de un ser, una entidad.

La imagen es reemplazada brevemente por el caparazón de mi padre tropezando de manera antinatural hacia la herrería sin su hoz;

así fue como supimos que estaba muerto.

Sacudo la cabeza, disperso los pensamientos y me pongo a trabajar.

Antes de darme cuenta, el último juerguista se ha alejado. Sólo quedamos mamá y yo, como siempre ocurre al final de un largo día. Las brasas se vuelven de color rojo anaranjado y las sombras se alargan.

"Eso es suficiente por esta noche". La madre golpea el cuerno del yunque, vuelve a colocar el martillo en su clavija, gira los hombros y luego estira las muñecas. No importa cuánto tiempo hagamos este trabajo, todavía hay dolores y molestias que lo acompañan. Cada golpe resuena desde el codo hasta los hombros. El núcleo está desgastado. Me duelen las rodillas. La herrería exige cada parte del cuerpo.

"Yo limpiaré".

"Gracias." Madre apoya una mano en mi hombro. “Lo que Davos dijo antes sobre su matrimonio…”

"No pensé en nada".

Ella sonríe. Ella sabe que estoy mintiendo. “Quería que supieras que no tenía conocimiento previo de que él sacaría el tema. Si lo hubiera hecho, te lo habría dicho”.

"Lo sé", digo en voz baja. Durante años he sentido como si solo fuéramos ella y yo, desde que mi padre murió y Drew se fue a la fortaleza. Trabajamos juntos todos los días. Comparte la cena todas las noches. Ella es la única que realmente entiende mis circunstancias.

“Después de que sobrevivamos mañana, si el señor vampiro no es asesinado, entonces hablaremos más sobre tus nupcias. No te enviaré a ciegas. Y haré lo que pueda para encontrarte una pareja inteligente”.

"Gracias", digo con seriedad.

"Por supuesto." Se inclina hacia delante y me besa en la frente, aunque sé que está cubierta de polvo metálico y hollín. “Ahora, tómate tu tiempo. Estaremos encerrados mañana por la noche y tendremos los preparativos al amanecer, así que disfruta este tiempo para ti”.

Mamá me conoce demasiado bien.

Paso mi mano por la suave parte superior del yunque después de que ella se va. Mis uñas se pegan a las ranuras del metal más blando del cuerno. Todavía hace calor por su trabajo.

Hogar.

Cada mes los vampiros vienen a intentar quitárnoslo todo. Pero,

según las viejas historias, las infiltraciones mes tras mes son sólo golpes indirectos. La verdadera pelea es mañana. Drew me ha estado diciendo que no piense en mi posible fallecimiento durante los últimos meses, pero ¿cómo podría no hacerlo? Tal como advierten las viejas historias, la luna se vuelve cada vez más siniestra, con un rosa pálido que se oscurece cada noche. No se puede ignorar.

Me puse a limpiar. Primero, levanto la báscula, luego rastrillo las brasas y las apilo hacia atrás. Es extraño pensar que no estaremos avivándolos dentro de unas horas después del amanecer. Luego me dirijo hacia atrás.

En la parte trasera de la fragua hay una bóveda integrada en los gruesos muros. Reviso y cuento la plata que hay dentro, asegurándome de que todas las barras estén apiladas de la manera particular que a mamá le gusta. Luego, cierro la puerta con los diales giratorios fundidos en el frente. El bloqueo numérico es un extraño artilugio diseñado por mi tatarabuela. Mantuvo su funcionamiento en secreto hasta la tumba. Cada doncella de la forja ha dejado su huella, un gran trabajo dejado atrás. El mío sigue siendo un misterio.

Quizás descubra cómo hacer mi propia cerradura única y reemplazar ésta. Nadie vivo sabe cómo arreglar el que se fundió en la puerta. Pero la ventaja es que nadie excepto nuestra familia tiene idea de cómo funciona y cómo abrirlo. El miedo se combina con la desesperación para generar malas decisiones, dice siempre mi madre. Debemos proteger la plata, ya que es nuestra única defensa contra los vampiros. Una defensa que cada día es más finita.

Aquellos que ingresan a Hunter's Hamlet por la puerta de la fortaleza y se unen a nuestra comunidad nunca podrán salir después. Eso es parte de nuestro sacrificio para mantener el mundo a salvo de los vampiros. Nadie entra ni sale, incluidos los vampiros. El espacio para que los humanos puedan deslizarse significa espacios para que pasen los vampiros. El único camino a través de la fortaleza es la única conexión fuertemente vigilada con el mundo exterior.

La única excepción al secuestro es para el maestro cazador. Se le permite salir por la puerta exterior para enfrentarse a los comerciantes que los otros cazadores llaman desde las murallas. Hay algunas cosas que no podemos producir por nuestra cuenta, como el hierro y la plata.

Según Drew, la Applegate Trading Company, que transporta plata rara y en bruto desde el lejano norte, no ha venido a la ciudad portuaria cercana a nosotros desde hace casi un año. Mamá y yo

empezamos a preocuparnos de que tal vez nunca regresen. Se han pasado muchas cenas discutiendo qué haremos si las vetas de plata en esas minas lejanas se han agotado. Ella ya ha comenzado a consultar los viejos registros familiares en busca de ideas sobre cómo fundir de manera más eficiente las armas existentes, pero rotas, y transformarlas en hoces de luna creciente que los cazadores empuñan sin perder la potencia de la plata.

Se abre la puerta de la fragua. La luz de la luna baila con la luz de la lámpara mientras una figura envuelta en una capa entra. No hago sonar la alarma porque conozco al hombre de un vistazo.

“Todo se ve bien”, valora Drew.

"Me alegro de tener su aprobación". Salto a una de las mesas. "Realmente no pensé que podrías venir esta noche".

"Tenía que hacerlo". Se sienta a mi lado y nos quedamos en un cómodo silencio durante unos minutos. "Escucha, no tenemos mucho tiempo, así que mañana..."

"No. No me gusta ese tono”.

Él continúa de todos modos. "Mañana dependerá de ti proteger a mamá".

"Lo sé."

“¿Todavía los tienes?” Él se ciñe al punto. Implacable, hermano mío.

"Por supuesto que sí. Uno aquí... Asiento hacia las herramientas de forja... y otro en la casa, tal como me dijiste. Me muevo incómodamente. “¿Pero no sería mejor entregárselos a la fortaleza? ¿No podrían los cazadores usar todas las armas que puedan conseguir?

"Gracias a ti y a mamá, tenemos más que suficiente". Se levanta de la mesa y se dirige hacia los estantes de herramientas. La madera del costado del estante está suelta donde se une a la pared. Atascada detrás hay una hoz. Drew me había dicho que lo hiciera en secreto.

Luego insistió en que aprendiera a usarlo.

Me tiende la empuñadura. "Mantenlo contigo en las próximas horas".

“Madre verá”.

"Será demasiado tarde para que ella haga algo".

"A ella le encantará que violemos la ley". Pongo los ojos en blanco y los dedos se cierran alrededor del frío metal. Drew suelta el peso familiar de la hoz en mi palma. Me pregunto si alguna otra doncella de la forja se ha sentido tan cómoda con un arma en las manos. Lo dudo. Debemos ser protegidos y mantenidos fuera del campo de

batalla a toda costa. Los recursos son demasiado valiosos para que todos tengan armas. Cada uno tiene un papel y se le da lo suficiente para cumplir con los deberes de ese papel. Ni más ni menos.

"Ella estará agradecida si surge la necesidad".

"Ella se enojará con los dos en el momento en que lo vea". Los cazadores se han llevado a mis dos hijos, puedo oírla decir. La luz de la lámpara brilla en la afilada hoja. Lo he estado perfeccionando durante semanas hasta mañana. Como si pudiera hacerlo tan nítido que pudiera eliminar mis preocupaciones.

"Tengo algo más para ti". Drew flota, viéndose incómodo e intenso al mismo tiempo.

"¿Qué?"

Busca en su bolsillo y saca un pequeño frasco de obsidiana. "Aquí."

"¿Qué es esto?" Le doy la vuelta al extraño recipiente en mis manos y coloco la hoz en la mesa a mi lado.

"La razón por la que llegué tarde a escabullirme y la razón por la que tuve que venir". Drew inhala lentamente, como siempre lo hace cuando reúne el coraje para decir algo que sabe que no me gustará. “Si los vampiros llegan a la ciudad, las cosas han salido mal. Los cazadores que queden aquí necesitarán toda la ayuda que puedan conseguir. Y... y no puedo salir a los pantanos mañana sin saber que tú y mi madre estaréis a salvo.

"Nadie está a salvo en Hunter's Hamlet". Resoplo amargamente. Pasamos nuestras vidas enzarzados en combate, tratando de luchar contra los vampiros y nuestro propio miedo.

"Por eso has estado entrenando".

"Y todavía no soy lo suficientemente bueno para enfrentarme a un vampiro".

“Eres mejor de lo que piensas. Y con esto, serás imparable”. Señala el vial con la cabeza.

Me doy cuenta de cuál es realmente su don. Escalofríos recorren mi cuerpo, comenzando por la mano que sostiene el vial. Se me pone la piel de gallina.

"No." Se lo empujé hacia él. Él da un paso atrás. "No no." Salto de la mesa; él da un paso atrás. "No puedes-"

"Tengo."

"Si tú, si alguien, se descubre que tomaste esto de la fortaleza y me lo diste, serás ahorcado".

"Si tú y mi madre no estáis aquí para que yo regrese, entonces desearé estar muerto de todos modos", dice Drew con severidad.

Miro fijamente el vial en mi palma y susurro: "Elixir del cazador". Me parece prohibido incluso decirlo. Es muy ilegal para mí estar reteniendo.

"Una bebida poderosa además". Cambia su peso, pareciendo brevemente inseguro. Pero pasa antes de que pueda intentar aprovecharlo lo suficiente como para devolver el vial. “Davos dijo que este elixir en particular era raro, más fuerte, algo que estaba guardando sólo para mañana. Provenía de una pila especial en las profundidades de la fortaleza. Así que sé que te hará lo suficientemente fuerte para defender a Madre y la forja”.

"Y si me descubren con esto o habiéndolo bebido, me colgarán también". Sacudo la cabeza y le doy una mirada fulminante. Está jugando con nuestras vidas.

“Nadie colgaría jamás a la doncella de la forja. Además, ¿cómo lo sabrían? Bébelo sólo si estás mirando los ojos muertos de un vampiro. De lo contrario, mantenlo en secreto y devuélvemelo a la mañana siguiente de la Luna de Sangre”. Lo dice como si fuera tan simple.

“¿Qué pasa con la locura del cazador?” Pregunto.

“Un trago del elixir no provocará locura. Se acumula con el tiempo”. Los ojos de Drew se vuelven distantes. Ha visto a sus hermanos y hermanas de armas sucumbir a la locura del Elixir del Cazador, una sed de sangre y una sed de batalla como ninguna otra.

A lo largo de los años, se ha endurecido ante mis ojos, convertido en un hombre que a veces apenas reconozco. Me desespera aún más estar cerca de él. Es parte de por qué acepté dejarle entrenarme. No compartía sus nociones de que podríamos escapar, o incluso doblegar, nuestro destino si nos volviéramos lo suficientemente fuertes, por muy tentadores que pudieran ser. No, estos entrenamientos nocturnos sucedieron porque extrañaba a mi hermano.

Continúa: “Además, sospecho que la locura no tiene nada que ver con el elixir, y más con lo que vemos y debemos hacer en Fade Marshes”.

Mis nudillos se ponen blancos mientras agarro el vial. Toda nuestra práctica de combate de repente parece tan tonta. Soy una doncella forja, no una cazadora. Se supone que debo fabricar armas, no usarlas. Todo esto ha ido demasiado lejos. “Por favor, no vayas mañana. Quédate aquí en la ciudad y protégenos. No me obligues a usar esto”.

"Voy a ir para que nunca más tengas que temer al vampiro". El tonto de mi hermano da un paso adelante y coloca ambas manos sobre

mis hombros. "Voy con la vanguardia para que los vampiros no lleguen aquí".

La vanguardia. Drew estará en primera línea. Mi corazón comienza a acelerarse.

"No lo hagas, Drew", digo apresuradamente. "Davos te ama..."

Drew resopla suavemente.

“Eres el hermano de la doncella de la forja; Él te permitirá quedarte como parte de la defensa del pueblo si pides defenderme. No es necesario adentrarse tanto en los pantanos”.

"Tengo que." Su voz se ha reducido a un susurro. Aunque estamos solos, mira a su alrededor. “Davos no me dejó quedarme en la ciudad porque me ha preparado para esta noche desde que me uní a los cazadores. He sido elegida para una misión especial, Flor. Puedo terminar con esto”.

“¿Terminarlo?”

“Acabar con todo”. Drew me abraza fuerte. Es como los abrazos que daría mi padre antes de la luna llena. Pero esta vez... sé que será la última vez que veré a mi hermano. Él está diciendo adiós.

"Por favor, no te vayas", le ruego. Mi garganta está gomosa. Los ojos arden. “No me importan ninguna misión especial ni viejas historias. Nunca habrá un final. Siempre seremos cazados. Así que quédate aquí y vive conmigo”. Mis inseguridades y miedos se multiplican. Soy el tonto del que mamá siempre me advirtió y cedo a la desesperación cuando digo: “No me obligues a casarme con el cazador que Davos quiera. ¿Cómo sabré que es alguien decente si no estás ahí para intervenir?

Drew me suelta. "Nunca te dejaré vivir una vida de miseria".

"Pero-"

"Mañana", dice en voz baja. “Cuando la Luna de Sangre diluya el Velo y el propio señor vampiro guíe a sus legiones a través de él, estaré listo y esperando. Mataré al señor vampiro, la mente de la colmena, y pondré fin a esta guerra sin fin.

Mi corazón se agarrota en mi pecho. Tengo la garganta demasiado apretada para decir algo más. Sabía que el señor vampiro vendría. Pero... nunca imaginé que mi hermano sería el que estaría dispuesto a atacarlo de frente.

"No puedes", susurro.

Drew tiene una sonrisa triste. “¿Ni siquiera un poco de confianza para tu hermano mayor?”

"Más viejo por minutos", digo por instinto. Él se ríe. "Por favor-"

“La decisión está tomada. Estoy haciendo esto por todo Hunter's Hamlet. Pero también para ti. Si el señor vampiro muere, ya no necesitarás ser una doncella de forja. Hunter's Hamlet será como cualquier otra ciudad. No tendrás que trabajar aquí todos los días. No te casarán. Tú y yo finalmente podríamos ir al mar”. El mar, símbolo de ese sueño omnicomprensivo del mundo más allá de las murallas.

“Tengo todo lo que necesito aquí; No necesito el mar”. Es mentira. Algo que me he dicho tantas veces desde niña que cada vez me lo creo más a medida que me hago mayor. El tiempo tiene una manera de apagar los sueños. "Te necesito a ti y a mi madre a salvo y la fragua caliente".

“Cuando éramos niños, queríamos ir al mar”, responde.

“Éramos siete. Entonces las cosas eran más sencillas”. Sacudo la cabeza, preguntándome cómo podemos ser tan parecidos y tan diferentes al mismo tiempo. Drew siempre estaba luchando, luchando por más, por Hunter's Hamlet, por sueños que dejé de soñar hace mucho tiempo.

"Podrías ser mucho más, Floriane", dice Drew en voz baja.

“Lo único que quiero es no ver morir a otro miembro de nuestra familia”.

"Entonces prométeme que protegerás a mamá, así lo único en lo que debo concentrarme es en mantenerme con vida y matar al señor vampiro".

Cuando lo dice así… "Bien. Pero debes regresar”.

"Lo haré."

“Júralo. Jura que cuando la luz del sol llegue al campanario después de la noche de la Luna de Sangre, marcharás a casa.

“Te juro que volveré”.

Lo agarro con fuerza. Con tanta fuerza como me aferro a mis emociones. Me lo ha jurado. Él volverá.

Sin embargo, mi corazón sabe la verdad. Quizás sea porque somos gemelos. Quizás porque es un cazador como lo era mi padre. Tal vez sólo sé por haber nacido en la tierra de Hunter's Hamlet que la muerte ya está en el aire.

Podría jurar que regresará, pero…

Él está mintiendo.

CAPÍTULO 3



Hoy es el primer día de mi vida que la fragua no está encendida.

Por lo general, cada mañana, la Madre es la primera en levantarse. Baja las escaleras y pone la tetera a hervir para el té, luego se dirige a la herrería y comienza a despertar las brasas dormidas en el hogar, avivándolas hasta convertirlas en llamas altas para crear un lecho de calor desde el cual podamos trabajar. La fragua brilla con un color naranja furioso, como si despreciara que debe despertar incluso antes que el cielo. Cuando bajo las escaleras, puedo sentir el calor en la ventana de la cocina y mi madre ya está accionando el fuelle. Antes de que salga el sol, estamos listos para fundir plata y acero para hacer la aleación especial que solo nosotros podemos fabricar.

Pero hoy la casa está en silencio.

Todo Hunter's Hamlet está lleno del silencio más horrible y ensordecedor.

Me levanto antes que mamá. No es del todo inaudito, pero además de todo lo demás, es un recordatorio de lo extraño que es el día. Miro por la ventana las calles tranquilas. No sale humo de la chimenea del panadero. No hay trabajadores caminando penosamente hacia los campos que llenan el espacio entre la ciudad y Fade Marshes. Las únicas personas afuera están frente a sus puertas, comenzando a colgar en sus aleros las delicadas campanas de plata que hemos pasado meses forjando.

Madre y yo nos unimos a ellos.

No decimos mucho. Los cazadores nos han dicho qué hacer para prepararnos y no es tan diferente a cualquier otra luna llena. Hay mucho que podemos hacer para prepararnos para los vampiros, y

menos aún para el propio señor de los vampiros. Las viejas historias son vagas sobre qué esperar del gobernante y la mente colmena de los vampiros: algunos dicen que es una monstruosidad alada, otros afirman que es capaz de extraer la sangre de todas las criaturas vivientes a su vista con un simple pensamiento. No estoy seguro de lo que creo, aparte de que él es sin duda la causa de todas las dificultades y pérdidas en Hunter's Hamlet.

Lo que Drew dijo me pesa a medida que pasan las horas. Sus palabras, sus mentiras, fueron más afiladas que las hoces que forjo. Más afiladas que las armas que he escondido en la sala principal de abajo. Miro hacia la fortaleza, como si pudiera vislumbrarlo, pero está detrás de esos altos y gruesos muros. No es la primera vez que me pregunto qué está pasando dentro de toda esa piedra.

Pero los asuntos de los cazadores no son para mí. No he hecho los votos de un cazador. No usaré máscara esta noche. Soy la doncella de la forja y mi lugar está aquí tanto como el suyo en Fade Marshes. No podemos cambiar nuestros roles, por mucho que queramos hacerlo.

La campana pega.

El campanario de Hunter's Hamlet se eleva desde el centro de la plaza principal. Es tan antiguo como la fortaleza, que se dice que fue construida hace miles de años, al mismo tiempo que las murallas que rodean toda la tierra de Hunter's Hamlet. Uno de los cazadores actúa como campanero. Siempre pensé que era una tarea inútil. Ninguno de nosotros olvida cuando llega la luna llena. Ciertamente no necesitamos un recordatorio sonoro cada anochecer antes de la luna llena para estar en nuestros hogares. Cada peaje es peor que el anterior.

Bajo mis manos de las campanillas de plata extendidas sobre nuestra puerta y miro a mamá. Ella mira fijamente el campanario. Con tres pisos de altura, es la segunda cosa más alta de la aldea. La más alta es la fortaleza de cuatro, que estoy seguro es la estructura más alta jamás construida por manos humanas. Los rasgos de la madre son tan duros como el hierro que martillamos y no delatan ninguna emoción. Reflejo su expresión. No podemos ser delicados.

“¿Quieres ir a ver la procesión?” Pregunto.

"Por supuesto." Ella niega con la cabeza, como si intentara desterrar los pensamientos de preocupación que sé que están ahí. No habrá manera de desterrarlos, no esta noche.

Nos unimos al resto de Hunter's Hamlet, dirigiéndonos a la carretera principal que atraviesa el pueblo. Nunca había visto tanta

gente en un lugar tan silenciosa. Sólo se oye el sonido de nuestras botas en las calles adoquinadas. Escucho un llanto proveniente de una de las ventanas por debajo de las cuales pasamos. No se calla.

La carretera principal se extiende desde la fortaleza hasta la plaza central y el campanario, y luego pasa por el muro inferior de Hunter's Hamlet. Atraviesa los campos de los agricultores y se dirige hacia el norte a través de la tierra salada. Luego, pasa del ámbito de mi conocimiento y entra en Fade Marshes. Nadie sabe qué hay al final. Nadie ha llegado tan lejos en las tierras de los vampiros y ha vivido para contarlo.

Drew ha dicho que el camino es antiguo y conecta hasta la fortaleza vampírica en el otro extremo de Fade Marshes, más lejos de lo que cualquier humano haya ido y regresado. Afirmó haberlo leído en uno de los libros de Davos, un tomo antiguo y secreto que sólo a él se le permitía leer. Todos los privilegios especiales que obtuvo mi hermano de repente cobran un sentido que desearía que no lo tuvieran. Davos lo ha convertido en lo que el maestro cazador cree que es el asesino de vampiros más ideal. Y por eso enviará a mi hermano a atacar al señor vampiro esta noche.

Mi estómago se revuelve cuando mamá y yo nos detenemos en el camino. No sé si quiero ver a mi hermano con su traje de cazador. No esta noche. No esta luna llena. Todo será real en el momento en que lo vea y luego lo último que tendré de él será Drew el cazador, con su armadura de cuero, y no Drew, el hermano que conocí anoche.

Pero ya es demasiado tarde para dar marcha atrás.

El poderoso rastrillo de la fortaleza se abre lentamente con un profundo ruido metálico. Detrás está el poder del Gremio de Cazadores. Todos los cazadores llevan la misma armadura: cuero pesado y placas delgadas, diseñadas para movimientos rápidos. Es la única manera de mantenerse al día con la velocidad antinatural del vampiro. Todos llevan máscaras en blanco con sólo una fina rendija para los ojos y collares alrededor del cuello.

Drew me mostró el interior del suyo una vez cuando le pregunté por qué necesitaban espinas tan delicadas. Hay puntos ocultos en su interior, impregnados de un veneno mortal. Las puntas de las agujas están metidas en solapas de cuero. Pero si un cazador les golpea la garganta de la manera correcta, las agujas se soltarán y morirán limpiamente. Más importante aún, el veneno hará que su sangre esté demasiado pútrida para que el vampiro la consuma. Es un diseño arriesgado, pero vale la pena los pocos accidentes que ocurren. La

alternativa sería cubrir a los cazadores con plata, y es un recurso demasiado valioso para eso.

El cuero resistente y los cuellos altos, las máscaras, el veneno, todo está diseñado para evitar que los vampiros realicen su magia más oscura y rara. Con sangre, pueden robar los rostros de aquellos de quienes beben e infiltrarse en la ciudad como nuestros seres queridos.

Como pasó con el padre.

Destierro el pensamiento al vacío dejado por su muerte. El mismo vacío se amplió cuando Drew se fue a la fortaleza. No me permitiré pensar en Drew de la misma manera. Él regresará a casa. Tengo que creerlo o podría caer en la desesperación demasiado pronto.

Pasa la procesión, encabezada por Davos. Por supuesto, eso significa que Drew está al frente, a la mano derecha del maestro cazador, ayudando a liderar la vanguardia. Puedo distinguirlo por su armadura, aunque es un diseño idéntico al de todos los demás. Hice todos los cierres que recubren sus accesorios. El anillo de plata que lleva en el meñique derecho lo hice idéntico al mío.

Su cabeza gira. Nuestros ojos se encuentran. Puedo sentir su mirada a través de la máscara.

Me abruma la necesidad de correr hacia él, agarrarlo, sacudirlo, retenerlo, gritarle por lo que está haciendo. Lo admiro infinitamente por los sacrificios que ha hecho y continúa haciendo y la esperanza que de alguna manera logra reunir a pesar de ellos.

No olvides tu promesa, digo.

Su pulgar derecho llega debajo de su palma y hace girar el anillo en su meñique. Es un movimiento que todos los demás ciertamente extrañan, pero yo no. Ese movimiento no tiene ningún significado explícito, solo un sentimiento: un recordatorio del vínculo que compartimos y la atadura que nos une.

Bajo mi barbilla. Él espera una vez más.

Drew se ha ido. El resto de la procesión continúa, oscureciendo mi visión de él. Madre y yo nos quedamos con todos los demás habitantes del pueblo, rondando en nuestro lugar hasta mucho después de que la gran mayoría de los cazadores se hayan ido. Sólo unos pocos permanecen apostados en el muro inferior que rodea la ciudad propiamente dicha.

Cuando regresamos a nuestra casa, Madre recoge el cubo de sal justo dentro de nuestra puerta y con cuidado vierte una línea gruesa en cada alféizar de la ventana y sobre el umbral de la puerta. Luego nos encerramos adentro, listos para instalarnos para pasar la larga

noche.

"Venir." Mi madre me indica con calma que la siga escaleras arriba. Lo hago en silencio. No confío mucho en mí mismo para hablar todavía. Mi corazón sigue en una agitación que quiere escapar en forma de gritos o sollozos. "Aquí".

Madre me lleva a su dormitorio. Abre el cofre a los pies de su cama y saca las mantas que usamos en invierno y la ropa de cama que fue un regalo de la sombrerera cuando ella y mi padre se casaron. En la parte inferior del cofre hay una armadura de cuero idéntica a la de los cazadores. "Ponte esto".

"¿Cómo tienes eso?" Miro entre ella y la armadura. "No se nos permite tener herramientas de cazador como ciudadanos". Cada uno en la aldea tiene su lugar y a nadie se le permiten los adornos de la estación de otro. Pero siempre se promete a todos que tendrán suficiente. Recompensas dignas por sacrificios dignos: otra enseñanza más de la aldea.

"A tu hermano tampoco se le permite enseñarte las habilidades de un cazador entre lunas llenas".

Me congelo. Los ojos de mi madre, oscuros como las brasas de la fragua, iguales a sus cabellos, iguales a los míos, me traspasan. "Lo sabías", susurro.

"Lo supe desde la primera noche". Ella se ríe exasperada. "Ustedes dos realmente no pensaron que podrían ocultarme algo así, ¿verdad?"

"Nosotros no... Nosotros no estábamos... Nosotros... ¿Por qué nunca dijiste nada?" Tengo mil preguntas, pero apenas puedo formular una.

“¿Por qué iba a impedir que mis hijos aprendan a defenderse?” Ella pone sus manos en sus caderas. “Los viejos dioses no lo permitan, si fueras atacado por un vampiro, me gustaría que supieras todo lo que pudieras. El caserío necesita su doncella fragua. Siempre pensé que era una tontería que nunca aprendiésemos a usar correctamente las armas que fabricamos, por si acaso”.

"Ese no es el papel de la doncella de la forja".

"A veces los roles deberían cambiar". El sentimiento es contrario a toda nuestra forma de vida.

“Incluso si…” No, ni siquiera puedo pensar en llegar a un acuerdo con ella aunque quiera. Mis objeciones todavía están enterradas debajo de todas las palabras de los ancianos de la ciudad, de Davos e incluso de la propia Madre sobre nuestras estaciones. En cambio, digo: "Pero no soy tan bueno como Drew". Sigo mirando la armadura con

incertidumbre. Dudo que me quede bien, y no sólo por mis curvas. Esa no es la vida para la que estoy hecho.

"Por supuesto que no. Tus días los pasaste en la fragua. No puede compararse con tu herrería. Ella sonríe. "Pero si hubieras ido tú a la fortaleza y no él, no tengo ninguna duda de que habrías sido tan bueno como tu hermano". Lo dudo, pero no lo digas. Ese no era mi destino. "Ahora, déjame ayudarte con esto".

"¿Qué pasa contigo?" Pregunto mientras ella extiende la armadura. Aunque nunca lo he usado, lo conozco bien. He forjado miles de estos cierres. Comprobando cada uno varias veces.

"Solo pude hacer un trato con el curtidor por un conjunto de armadura. Nos llevó años reunir todas las piezas, suficientes para armar un conjunto completo sin que el Gremio de Cazadores se diera cuenta de que algo andaba mal". Robar al gremio conlleva el mismo castigo que Drew que me roba el elixir. Parece que somos una familia corriendo hacia la horca. "Comenzamos a trabajar en el arreglo poco después de que Drew me contara sobre la inminente Luna de Sangre".

"¿Qué le diste a cambio al curtidor?"

"Dagas de plata, tres de ellas, pequeñas".

"¿De dónde sacaste la plata?" Yo ya sé la respuesta. Esto resuelve un misterio de larga data sobre el que mi hermano y yo nos hemos preguntado durante años. Sé lo que dirá antes de que lo diga.

"Finí la hoz de tu padre". Un raro regalo de la fortaleza a una viuda de luto y a una doncella de forja, una infracción de las reglas destinada únicamente a honrar a los muertos.

"Madre-"

"No te sientas culpable ni por un momento". Ella acentúa el firme sentimiento con un tirón de las correas de la armadura. Inspiro y mi pecho lucha contra la apretada coraza de cuero. "Esta fue mi elección, Floriane". Ella usa mi nombre completo. Así es como sé que habla en serio. "¿Supongo que todavía tienes el otro que lograste forjar?"

"Sí."

"¿Y el que te compró tu hermano?"

Ella realmente lo sabe todo. "Sí."

"Bien." Madre termina de apretarme el cinturón alrededor de la cintura. "Ve a buscarlos".

Estoy aturdido mientras bajo las escaleras. Drew y yo fuimos muy cuidadosos, muy considerados. Intentamos mantener a mamá fuera de esto. Y, sin embargo, ella lo sabía. Ella estaba haciendo sus propios preparativos al igual que nosotros, también eludiendo la ley para

nuestra familia.

Para mí.

Mi pecho se aprieta más allá del punto de dolor cuando tomo las dos hoces y las deslizo en los ganchos del cinturón. Han arriesgado mucho por mí. De repente, un peso invisible tira hacia abajo mis hombros. La madre se cruza de brazos y se apoya en una columna de soporte en la sala principal. El cielo se ha vuelto furioso detrás de ella, iluminando su cabello negro con mechones dorados, como fuego en un hogar.

"Pareces un verdadero cazador".

"No tengo máscara ni collar". Me froto la garganta. Puede que parezca un cazador, pero no lo soy. Yo nunca seré. No sé si podría quitarme la vida, ni siquiera con el vampiro mirándome fijamente, sin saber siquiera que sería lo mejor para Hunter's Hamlet. Por eso Drew estaba destinado al gremio y yo a la forja.

"Esperemos que no necesites nada de eso". Madre se sienta a nuestra mesa y cruza las manos. Cierra los ojos y puedo ver sus labios moverse en una oración silenciosa. Espero que sus viejos dioses estén escuchando. No puedo rezar a dioses que claramente se han olvidado de nosotros.

Voy a la ventana. El cielo se está poniendo violeta. El sol se está desangrando. Observo cómo desaparece por completo y nos sumergimos en una breve oscuridad antes de que la luna surja de las cenizas de su hermana. Enojado y rojo.

La Luna de Sangre cuelga sobre la tierra, tiñéndolo todo de carmesí. Es la luna más grande que he visto jamás, inflamada como una pústula purulenta. Se arrastra sobre los tejados y carga el aire con una energía inquieta. Coloco mis manos en las hoces, ajustando mi agarre.

"Deberías alejarte de la ventana", dice la madre en voz baja.

"Me volveré loco si no puedo ver lo que está pasando". No sé qué espero ver. Pero sí sé que no saberlo es mucho peor.

"Ojalá no pase nada".

"Con suerte", repito.

Durante la primera parte de la noche, tengo el corazón en la garganta. No puedo apartar los ojos de las calles vacías. Cada sombra está atormentada. Cada rincón esconde un vampiro secreto que sólo existe en mi mente.

Mi mente se aleja de la realidad, regresa a esa noche... hace mucho tiempo... la noche en que murió mi padre.

Recuerdo que se fue. Nos dio un beso de despedida a ambos y nos abrazó con fuerza como siempre lo hacía. A diferencia del abrazo de Drew, no se sintió definitivo. Me pregunto si las cosas hubieran sido más fáciles si así fuera. Si hubiésemos sabido que esa sería la última vez que lo veríamos y nos despediríamos, ¿todavía nos habría dolido tanto? ¿Podría haber comenzado a formar ese enorme vacío dentro de mí de antemano para que mi descenso hacia él no fuera tan repentino?

Se fue y la siguiente vez que lo vimos…no tenía su hoz. Un monstruo le había robado la cara.

Los gritos llenan mis oídos.

Pero estos gritos no están en mi recuerdo del día en que mi padre se fue. Mamá también lo escucha. Salta de su asiento y corre hacia la ventana, ignorando su advertencia anterior.

"¿Ves algo?" ella susurra.

"No." Intento sacudirme los fantasmas del pasado.

"Sonó cerca..."

"Lo hizo." Aprieto las hoces con más fuerza. Si los vampiros están aquí, significa que la vanguardia cayó. Significa que Drew es... Ni siquiera puedo pensarlo. Porque algo en mí me dice que no está muerto. Mi hermano vive. Es un optimismo tonto, nada más. Y, sin embargo, estoy tan seguro de que lo sabría en el fondo si muriera. "Sube las escaleras."

“Flor…”

"Madre, por favor", digo, en voz baja y firme, fijando mis ojos en los de ella. Nunca le he ordenado que haga nada. Quizás sea la confianza que Drew tiene en mí (lo único que me pidió, para protegerla) lo que me da la fuerza para ser severo. "Sube las escaleras y escóndete".

"Si hay un vampiro, me encontrarán incluso si me escondo".

“Por eso tenemos la sal. Y no dejaré que el monstruo se acerque ni siquiera tanto”. Sacudo la cabeza. “¿No es para eso que compraste esta armadura? ¿No es por eso que dejaste que Drew me entrenara en secreto? ¿Para protegerte?"

Sus manos caen sobre mis hombros y me sacude ligeramente. “Para protegerse”.

"Puedo hacer ambas cosas, si me dejas". Drew también, yo también puedo protegerlo, al menos eso es lo que dice mi corazón. Lo sé mejor lógicamente. No hay manera de que pueda ayudarlo ahora. Y, sin embargo, a medida que los gritos comienzan a acercarse cada vez más, sé con más y más certeza que él me necesita. Las cosas han ido

terriblemente mal. La Luna de Sangre tiene hambre y nosotros somos la presa. "Sube y escóndete, sala el umbral de tu puerta, no hagas ruido y no salgas hasta la mañana, pase lo que pase".

Sus ojos brillan; su boca se frunce. Ella quiere pelear conmigo. Sé que lo hace. Pero ella no lo hará.

Porque esto es lo que somos.

Esto es lo que siempre hemos sido.

Todos en Hunter's Hamlet tienen un pie en la tumba y una mano en un arma plateada. No caemos sin luchar. Somos lo único que se interpone entre nuestro mundo y los vampiros que lo consumirían.

"Estar a salvo. No tomes decisiones precipitadas", susurra y me abraza con fuerza. "Te veré en la mañana."

"Solo voy a vigilar la puerta". No sé por qué suena a mentira. Eso es todo lo que debería estar haciendo; todo lo que puedo ser. Y, sin embargo, mi corazón se acelera. Mis pies también están ansiosos por hacerlo. "Te veré en la mañana". Le doy unas palmaditas en la espalda y ella se aleja.

La madre toma el balde de sal y se va.

Estoy solo con mis preocupaciones y gritos lejanos. Apoyo mis manos en las empuñaduras de las hoces y voy a sacarlas de sus ganchos. El movimiento hace que mis manos se aflojen por el shock. Casi tiro mis armas a tientas, recuperándome rápidamente antes de que caigan al suelo.

Una sombra solitaria atraviesa la noche. No es humano, puedo decirlo por sus movimientos. Es demasiado rápido, demasiado fluido, pero de alguna manera frenético e irregular. El monstruo se detiene y mueve sus ojos atormentados de izquierda a derecha. Son orbes completamente negros, con sólo una pequeña mota de oro en el centro. Los dientes se alinean en sus fauces abiertas: puntiagudos y mortales. Con un mordisco puede cortar la garganta de sus víctimas y tragarse sangre.

A juzgar por la explosión carmesí en su frente, ya lo ha hecho. Ni siquiera se ha molestado en robarles la cara a sus presas. Sabe que no es necesario esta noche.

Lentamente, meto la mano en mi bolsillo y saco el frasco de obsidiana que está allí. Elixir del cazador. Un poderoso y antiguo brebaje que otorga fuerza y velocidad iguales a las de los vampiros para que podamos enfrentarnos cara a cara con ellos. Pero es tan potente que está prohibido consumirlo excepto para los cazadores debido a la locura del cazador, un estado de frenesí al que caen los

viejos cazadores.

Drew dijo que todo estaría bien.

Vuelvo a mirar al vampiro. Cruza la calle hacia otra puerta mientras huele el aire. Su frente roza las campanas bajas. Suenan suavemente, pero no huye ante el sonido. El pánico y la duda se hacen rápidamente amigos en mi corazón. ¿Se equivocaron los cazadores? ¿Las campanas o la sal ayudarán en algo?

Abro el vial y miro las escasas gotas de líquido que contiene. Incluso bajo la luz roja de la luna es negro como la boca del lobo. Inhalo su aroma único mientras lo llevo a mis labios temblorosos. Me duele todo el cuerpo; Un impulso que nunca he conocido surge de lo más profundo de mi ser ante el solo aroma. Es como si hubiera estado esperando esta libertad, este poder de hacer mi propio destino, toda mi vida y nunca lo hubiera conocido.

Bebo.

El líquido espeso y coagulado cae como un solo grumo. Se desliza hasta dentro de mí, recubriendo mi garganta, cayendo en mi estómago como una botella de licor encendida estrellándose contra el suelo. El fuego estalla en mi interior y caigo de rodillas.

Las imágenes pasan ante mis ojos. De la fortaleza. De ojos tan brillantes como la luz del sol. De estrellas y ciudades montañosas dibujadas sólo en libros ilustrados. Se han ido en un abrir y cerrar de ojos.

Más aún, mis músculos gritan. Las cargas, los dolores y las molestias de la realidad se desvanecen hacia la nada. Dámelo. Corre por mis venas y conviérteme en cazador. Transfórmame en alguien que pueda proteger todo lo que amo. Todo lo que he conocido. Hazme lo suficientemente fuerte para desafiar todo lo que todos pensaban que podía ser, aunque sólo fuera por una noche.

Me levanto del suelo, tratando de evitar doblarme y arrojar el regalo de fuerza que Drew me ha dado. El mundo se desdibuja, vibra, cada vez más rápido hasta que todo es ilegible. El aire nunca ha tenido un sabor tan dulce y tan intenso. Nunca he olido tan intensamente: el rocío de la noche, el carbón de la fragua, la más mínima cantidad de residuo de la cena de anoche en la olla, puedo olerlo todo. Siéntelo todo. De repente, el mundo es más de lo que nunca ha sido y estoy listo para aceptarlo todo.

La puerta se abre de golpe. Toda la tierra tiembla.

La luz de la luna se cierne sobre los hombros del vampiro como un halo sangriento. La criatura silba suavemente entre sus dientes

alargados.

"Muere", gruño. Mi voz no suena como la mía. Es más profundo, teñido de un hambre que me roe las entrañas. Más, insta el elixir, dame más. Dame poder y dame sangre. Por fin pon fin a la larga noche.

Salto y me convierto en un susurro de muerte en el viento.

CAPÍTULO 4



El vampiro deja escapar un chillido primitivo y alcanza con sus garras. Esquivo las garras del monstruo. Sus movimientos parecen ser más lentos y más telegrafiados de lo que parecían anteriormente. Aunque sigue siendo fluido y silencioso, parece moverse sólo por instinto. No se parece en nada a mi hermano y los pasos disciplinados de alguien entrenado en combate. Veo cada huelga antes de que llegue.

El vampiro se inclina hacia adelante cuando no estoy donde esperaba que estuviera y yo lo esquivo mientras está desequilibrado. En un solo movimiento, y con un agarre firme, engancho mi hoz entre sus costillas y tiro, desabotonando su pecho con repugnantes golpes de entrañas negras y grisáceas. El vampiro suelta un grito y se retuerce mientras la plata purifica su sangre moteada. La vida abandona su cuerpo. La sensación es más que la de quedar flácido sobre mi espada. Es una clara conciencia de la existencia que de repente se desvanece: un vacío donde alguna vez hubo algo.

Libero la hoz de un tirón, incapaz de soportar su peso, jadeando suavemente. Lo hice. De hecho lo hice. Mis manos tiemblan. Unos pocos pasos y se acabó. Me moví tal como me dijo Drew. Estará muy orgulloso. Si me cree. Tendré que decírselo a primera hora cuando...

Un grito resuena en el aire desde muy, muy lejos.

El sonido es diferente a todos los demás que he escuchado, todos los demás que no debería poder escuchar. Los sonidos de la batalla, cercanos y lejanos, reverberan en mis oídos. Hay gritos y llantos distantes, órdenes dadas de un cazador desesperado a otro. Es como si, con el elixir fluyendo a través de mí, el mundo entero se hubiera abierto a mis sentidos en un grado casi insoportable. Hunter's Hamlet

es un estruendo de ruido, latidos martilleantes y órdenes frenéticas. Puedo oler la sangre derramada en campos de batalla distantes. Cada sensación se enciende en mis sentidos, el miedo y el pánico de toda la humanidad golpean contra los míos en esta noche abandonada de siniestra y roja luz de luna.

Intento dejarlo todo fuera hasta que el grito vuelve a atravesarlo todo con su baja resonancia. Nunca lo había oído antes. Y esperaba no hacerlo nunca.

Es Drew.

Lo sé en mi alma. Mi hermano está en peligro. Miro hacia las escaleras.

“Perdóname”, le susurro a mamá, aunque ella no puede oírme. No sé si me diría que me quedara o que me fuera. Pero este es mi hermano y no voy a dejar que muera solo en Fade Marshes. No cuando tengo todo este poder desenfrenado.

Me lanzo hacia la noche.

Una correa invisible tira de mi ombligo, como si me estuvieran arrastrando hacia algo (alguien) en la distancia. Me guía por la carretera principal y fuera de la ciudad. Cazadores y vampiros monstruosos luchan en el campo. La noche se tiñe de carmesí con la luz de la luna y la sangre. Sigo corriendo.

Soy más rápido que cualquier hombre o monstruo. Ninguno me hace caso. O, si lo hacen, desaparecen borrosas.

La sensación de la tierra húmeda bajo mis pies se mezcla con la frescura del aire nocturno en mis pulmones. Siento que ya he hecho esto antes, aunque sé que nunca lo he hecho. Como doncella de la forja, apenas se me permite estar en las afueras de la ciudad. Está estrictamente prohibido entrar en Fade Marshes.

Los campos de agricultores se detienen bruscamente ante otra pared. Este es el verdadero final de Hunter's Hamlet y el comienzo del frente de guerra. El camino continúa, atravesando tierra árida; la tierra ha sido quemada y salada a lo largo de los años para protegerse del vampiro.

De poco sirve que esté hecho.

El suelo alrededor de la carretera se empapa. Árboles esqueléticos se elevan a través de los humedales, siluetas brumosas en la luz mortecina. Las nieblas se curvan sobre el agua, volutas liberadas de la barrera de niebla que se extiende hasta el muro del cazador en cualquier dirección detrás de un antiguo arco de piedra.

En la parte superior del arco está el símbolo de un diamante con

forma de V formando un arco debajo, con dos lunas crecientes reflejadas a cada lado. Drew me dibujó esta forma antes y la llamó la marca del vampiro, una advertencia construida por nuestros antepasados en los límites de su tierra. Los Fade Marshes me abrazan con sus brazos brumosos cuando paso bajo el arco.

Ahora estoy en su tierra y lo único que me ofrece calma es el elixir que corre por mis venas.

Un largo y sinuoso camino de piedra serpentea entre árboles podridos y aguas oscuras. Soy un rayo a través de la niebla. Corro más rápido de lo que creía posible, moviéndome sobre las corrientes subterráneas del viento.

Rápidamente descubro que la niebla juega una mala pasada a los ojos. Más de una vez, mi mirada se dirige en una dirección cuando creo ver movimiento. Pero cuando lo examino de cerca, no hay nada allí. Parpadeo varias veces, deseando que mi vista se agudice. No me dejaré distraer por un truco de luz.

Hay otro gruñido. Un silbido. Mis oídos están entrenados en los sonidos tensos de mi hermano. Aguanta, te lo ruego con cada respiración jadeante. Puedo sentir al vampiro a mi alrededor, a su alrededor, alterando el equilibrio de nuestro mundo.

La niebla se disipa de repente y salgo a una gran plataforma circular. Parecen los restos de alguna gran torre. Los muros que se desmoronan impiden que los pantanos se desborden y se lleven las piedras desgastadas. Cualquiera que sea el impulso que me impulsó durante la noche, se rompe en el momento en que mis ojos se posan en la masacre.

Davos, maestro cazador… está muerto.

Su cuerpo está mutilado. Un corte profundo casi le ha atravesado el cuello. Sus ojos están muy abiertos y sin alma. La sangre se acumula a su alrededor, lo que significa que el vampiro no lo drenó. Como si su muerte fuera por deporte.

Mis fosas nasales se dilatan ante el olor a sangre. Abrumador, casi hasta el punto de insoportable. Me asaltan más imágenes de ojos dorados y carne moteada. Sacudo la cabeza, tratando de desterrarlos, de concentrarme en el aquí y ahora. No permitiré que la locura del cazador me reclame.

Un rastro de salpicaduras rojas me lleva a otras dos.

Drew ha sido brutalmente golpeado. Cuelga inerte, sostenido por las garras de acero que le atraviesan el hombro, inmovilizándolo contra la pared de las ruinas. Su cabello negro, el mismo que el mío, el

de mi madre, le ha caído alrededor de la cara en mechones húmedos mientras su barbilla cuelga hacia el pecho.

El vampiro que lo tiene inmovilizado no se parece a nada que haya oído o visto antes, ni siquiera en mis pesadillas más oscuras.

A diferencia de los otros monstruos, que deambulan con ropas andrajosas, él viste una placa de hierro pulido. Cada pliegue intrincado ha sido trabajado con más cuidado que la confección del mejor vestido de fiesta de Navidad.

El plato está adornado en oro; Hebras tejidas cubren la armadura en formas que no reconozco, pero aprecio la inmensa habilidad que se necesitaría para crear a pesar de mí mismo; nunca he tenido los recursos disponibles para hacer algo ni la mitad de fino. El vampiro tiene penachos de plumas de cuervo, manchadas de aceite y brillando a la luz roja de la luna, que sobresalen como cuernos a cada lado de su casco; me pregunto si serán trofeos de los cazadores que sus exploradores han matado para él. Los cazadores usan plumas del cuervo del maestro cazador para tener suerte; Las fichas robadas me revuelven el estómago. Una capa carmesí, también adornada en oro, flota en el aire detrás de él. Manos invisibles surgen de la niebla, tirando de su dobladillo, deshilachándolo ligeramente, como si algo estuviera tratando de atraerlo de regreso al mundo de donde vino.

Agarro mi hoz con más fuerza. Creo que lo único que mantiene firme mi agarre es el elixir que hay en mí.

“Si él no fue el ancla, ¿lo eres tú? Dime dónde está. Dime cómo romperlo”. La voz es como sumergir metal caliente en agua. Seguramente no puede ser de la criatura que tengo delante... Esa voz... ese sonido primordial parece haber venido de todas partes al mismo tiempo. Más que hablarlo, fue deseado que existiera. Las palabras entran por mis oídos y se enroscan en mi mente como una serpiente haciendo de mi cráneo su nueva guarida. Casi puedo sentirlo, sentir su poder puro, deslizándose contra el fondo de todos mis pensamientos más íntimos.

El vampiro se inclina más cerca de Drew. Le han arrancado el cuello. El monstruo va a matarlo. Me imagino al vampiro bebiendo la sangre de mi hermano y quitándole la cara. No podré matar a la bestia si usa la piel de Drew.

"¡Lo dejó ir!" Grito, atrayendo la atención hacia mí antes de que el vampiro pueda actuar.

Drew se sobresalta al oír mi voz pero no levanta la cabeza. Ha perdido demasiada sangre para eso. A través de nuestro vínculo como

gemelos, o el elixir, puedo sentir que está vivo, pero apenas.

Una bocanada de aire. Diversión. El vampiro deja escapar una risita que suena más como el rugido distante de alguna bestia, olvidada hace mucho tiempo, que merodea por los humedales. “¿Otro cazador viene a vengar a sus amigos caídos?”

¿Entonces esa voz realmente era la del vampiro? ¿Son capaces de hablar? Nunca antes había oído hablar de algo así. Si puede hablar, ¿significa eso que es capaz de razonar? Y si tiene la capacidad de pensamiento superior entonces... entonces eso significa...

Todo ha sido una elección.

No nos cazan como a bestias. Nos cazan porque así lo han decidido. Porque nos ven nada más que como un deporte. Agarro mi hoz con más fuerza y no le pido a la criatura que libere a mi hermano por segunda vez. Sólo hay dos cosas que una criatura como él sabe: el derramamiento de sangre y la muerte. Y se los daré.

“¡Ahora soy tu presa!” Cierro la brecha entre el vampiro y yo, saltando. Intenta girar, pero es demasiado lento. El guantelete de acero que cubre sus garras está incrustado demasiado profundamente en la piedra. Clavo una hoz en la visera de su casco y tiro.

El acero se encuentra con el hierro con clamor. Su casco vuela, mi hoz va con él. Él se tambalea y yo perdono el equilibrio. Clavo la punta de mi otra hoz en la piedra y la uso para girar y encontrar mis pies. Los meto debajo de mí, liberando el arma con un giro. Puede que no haya entrenado con los cazadores, pero Drew me enseñó las habilidades que Davos le transmitió. Y de día afilaba mi cuerpo levantando carbón, martillo, hierro y plata.

El vampiro gira y, cuando me encuentro con los ojos huecos del monstruo, recuerdo demasiado tarde lo que me dijo Drew:

Mañana, el propio señor vampiro liderará sus legiones a través del Velo... Lo mataré.

Esta criatura de pesadilla y maldad pura... es la fuente de todo nuestro dolor. Puede hablar porque es la mente del vampiro. Es por él que la gente de Hunter's Hamlet ha luchado y sangrado. Es gracias a él que estamos encerrados, luchando por sobrevivir por el bien del mundo del más allá.

Por su culpa, mi padre está muerto y mi hermano está muriendo.

Sus ojos están hundidos contra sus mejillas. Los pliegues de carne se hunden debajo, cubiertos de una edad que debe ser antigua. Una ceja profundamente arrugada se inclina sobre ellos, tallando arrugas entre ellos. Lo que sería blanco en los ojos de un humano es negro

para él, lo que hace que los profundos recovecos que se encuentran en su rostro sean aún más pronunciados. En el centro hay un iris amarillo brillante, como los ojos de un lobo atrapados por la luz de una lámpara de una noche oscura.

Su nariz es aguileña y afilada, como si estuviera hecha de cera y estuviera demasiado cerca del interior de su casco. Su piel está flácida y gris, sin vida y desgastada. Dos colmillos amarillentos sobresalen de sus labios ligeramente entreabiertos mientras jadea en busca de aire.

El señor de los vampiros es un cadáver ambulante, adornado con cada historia espantosa transmitida en Hunter's Hamlet.

Monstruo. Sí. La palabra le conviene. Él es cada pesadilla y más. Él es el viento que azotaba mi ventana cuando era niña. Él es la sombra que permaneció demasiado tiempo en un rincón de mi habitación. Él es lo que temía debajo de mi cama. Lo que me acechó en mis pesadillas hasta mi edad adulta.

El señor vampiro se congela mientras me mira. Sus ojos atormentados se abren ligeramente, brillando siniestramente a la sangrienta luz de la luna. Esos ojos hambrientos me estudian, como si ya estuvieran consumiendo mi alma.

"¿Qué vas a?" —dice con voz áspera.

¿Qué soy yo? Una pregunta extraña viniendo de una bestia como él. Sonrío salvajemente. “Yo soy tu muerte”.

CAPÍTULO 5



Muevo la hoz hacia esos ojos horribles y atormentados. Un golpe es todo lo que se necesitaría para poner fin a esto. Mi golpe casi conecta con la carne flácida cuando el vampiro colapsa en nada más que niebla. Caigo a través de las sombras que se disipan, preparándome.

Hay un susurro de movimiento. Puedo sentir su esencia volver a condensarse con un remolino de magia de sombra y sangre. La niebla se acumula y el señor vampiro emerge.

"Eres una abominación", gruñe.

No digo nada en respuesta, lanzándome hacia adelante para cerrar la brecha. El vampiro vuelve a disolverse. Mis sentidos hormiguean y se me eriza el vello del brazo derecho. La materialización del señor vampiro se siente como el aire justo antes de que caiga un rayo. Una neblina sombría se acumula y su capa roja ondea a su alrededor cuando reaparece.

Él me agarra y me agacho. Giro la hoz en mi mano, girándola para poder apuñalar con un tirón. Intento alcanzar el pequeño espacio detrás de su rodilla. La cota de malla debe terminar en sus caderas. Las grebas terminan justo debajo de la rodilla. Sé lo suficiente sobre cómo hacer armaduras para saber que debería haber una vulnerabilidad aquí: mi espada se hunde pero no encuentra carne antes de alcanzarme.

Abandono mi hoz, todavía encajada en su armadura, para agarrarlo por el hombro y usar su incómoda posición contra él. Caemos sobre el adoquín. Mis uñas se rompen cuando rompo una roca para estrellarla contra el templo del señor. Él retrocede.

Busco mi arma, pero es demasiado tarde. Un greba cubierto de placas lo pisa y lo patea hacia atrás, deslizando la hoz en el lodo del pantano. Voy a agarrar mi otra hoz mientras el señor vampiro se acerca hacia mí, con la mano abierta. Va por mi cuello. Me alejo. Nuestros ojos se cruzan una vez más. Jadeante.

"Te han convertido en un monstruo". Desaprobación: el odio se filtra en sus palabras. Una emoción que compartimos.

“¡Si debo ser un monstruo para matar a uno, entonces así será!” Doy un salto.

Es más rápido. Una niebla negra enojada sigue sus movimientos y cuando se detiene ante mí, irradia desde él, envolviendo mi rostro con manos invisibles. El señor me agarra por el cuello y me estrella contra una de las paredes que se desmoronan. Agarro su mano con mi brazo exterior, agarrando su pulgar. En un movimiento rápido, le quité la mano.

Normalmente le acercaría la rodilla al estómago, pero eso serviría de poco contra su plato. Cayendo, perdiendo nuevamente el equilibrio, luchamos y rodamos por el suelo. Me lanzo hacia él, pero él me desarma una vez más.

Golpe a golpe, nos igualamos. Un golpe tras otro, ninguno de nosotros parece poder asestar mucho más que golpes rasantes. Mis nudillos tocan el duro adoquín, crujiendo y partiéndose mientras él esquiva un puñetazo, apartándome de él e inmovilizándome con ambas manos.

El nudoso y viviente cadáver del señor vampiro se cierne sobre mí. La luna roja brillante enmarca su rostro atormentado mientras mira hacia abajo con esos ojos ardientes y antinaturales, todos negros excepto por los iris amarillos brillantes.

"Eres una bestia verdaderamente tenaz", gruñe, las palabras pronunciadas alrededor de esos colmillos afilados. Su boca no es como la de un vampiro normal. La mayoría de sus dientes son parecidos a los humanos. Sólo sus caninos son alargados.

Mi mente se acelera mientras trato de pensar en una manera de escapar de su control. El tiempo se acerca. Puedo sentirlo. Me tomará en sus brazos y beberá de mí hasta que esté seco. Luego, usará mi cara para infiltrarse en Hunter's Hamlet.

Madre, perdóname. Ni siquiera tengo un collar para detenerlo.

“Pero, maldita sea, Callos tenía razón. Serviréis para lo que necesitamos”, proclama.

Antes de que pueda procesar lo que ha dicho, la niebla nos

envuelve.

Inspiro y me ahogo, farfulla, toso. Desgarra mis pulmones, desgarra mis venas y amenaza con explotar mi carne. Me deshago y rehecho en un abrir y cerrar de ojos.

Ya no estamos en las ruinas, sino de nuevo en la carretera principal del pantano. ¿Estamos más cerca o más lejos de la ciudad? Apenas tengo tiempo para preguntarme antes de que me destrocen nuevamente. Se me saltan los oídos, la noche se desploma sobre mí, condensada por arte de magia. No soy más que un pensamiento en el vacío.

Luz roja una vez más. Estamos otra vez en otra parte. Estamos en la cima de una colina, mientras las nieblas de las marismas se disipan. Se arremolina a nuestro alrededor como un océano. Debemos estar en el punto más alto de Fade Marshes. A lo lejos, muy lejos, hay un solitario punto de luz. Es Hunter's Hamlet, que se hace pequeño por lo lejos que estamos. Todo lo que he conocido, cada consuelo que he tenido o cualquier esperanza que pudiera siquiera soñar, está siendo arrastrado a medida que este monstruo me arrastra cada vez más lejos.

Una vez más, justo cuando me oriento, nos movemos. Aprieto los dientes para evitar soltar un grito. Cada vez que me arrastra por el espacio con él es más doloroso que la anterior. Cada vez estoy más sin aliento. La magia viva me rodea, un túnel interminable de noche. Pasamos junto a marcadores de piedra que brillan débilmente y que parecen un cementerio antes de que todo se vuelva demasiado.

Cierro los ojos con fuerza. El aire cambia y respiro bruscamente. El señor mira hacia atrás cuando nos materializamos al pie de una montaña que nunca he visto.

¿Dónde están las montañas? Nunca he oído a ninguno de los cazadores hablar de montañas. Me giro y miro detrás de mí. Una costa astillada salpica un mar tempestuoso. Las olas chocan con espuma contra las rocas irregulares que salpican las islas como si fueran peldaños. El rocío del océano se mezcla con las nubes bajas que se esculpen en el horizonte, bloqueando todo lo que hay más allá de la vista.

Estoy en el mar. Finalmente, por fin... y es gracias a este monstruo.

Un puente solitario y en ruinas se extiende sobre las aguas, suspendido en esas islas, conectando la pared de humo mágico con un pesado rastrillo que bloquea el túnel frente a mí.

Los muros de Hunter's Hamlet se extienden hacia el mar para mantener a los vampiros en sus tierras. Ver este océano siempre ha

sido solo un sueño y ahora se ha convertido en una pesadilla. Miro hacia la montaña, delineada por una luna carmesí que cuelga baja.

“Ya no estamos muy lejos”, murmura, casi tranquilizadoramente. El tono contrasta marcadamente con el monstruo con el que he estado luchando.

¿No muy lejos de qué? Estoy tambaleándome. No importa dónde esté. Tengo que-

Estoy sumergido en la oscuridad una vez más y desgarrado a través del tiempo y el espacio por la magia del señor vampiro, arrastrado a su lado, secuestrado. Profundizado en lo que sé con certeza, a pesar de todas las probabilidades, es la tierra del vampiro.

El mundo se rematerializa y un viento gélido me atraviesa mientras estamos parados en la nieve que casi nos llega hasta las rodillas en el borde de una montaña. Nieve, en verano. Sólo pasamos un segundo antes de volver a movernos. Cada paso que da el vampiro se siente más largo que el anterior, la oscuridad más permanente. Mis músculos gritan con una agonía que nunca había conocido.

¿Me llevará hasta el fin del mundo sólo para poder sacarme de él? Debo escapar. La próxima vez que volvemos a existir, me libero de sus manos. El señor vampiro deja escapar un gruñido de sorpresa mientras gira para mirarme. Estamos aún más arriba en la montaña. Mis pies se entumecen instantáneamente y se deslizan sobre el hielo escondido debajo de las capas de nieve espesa.

Él me alcanza y yo me escapo de su alcance. El elixir todavía está en mis venas, adormeciendo lo que seguramente debe ser un dolor insoportable. Manteniéndome alerta. El señor frunce los labios, los ojos brillan de ira mientras alcanzo un carámbano que cuelga de una repisa cercana. Mi piel arde por el frío brutal, fusionándose con el hielo mientras lo arranco.

El señor arquea una ceja pálida hacia mí. “¿Crees que puedes matarme con eso?”

Me mantengo firme sin decir palabra. Mis armas desaparecieron hace mucho tiempo. Me ha llevado al campo de su elección y no tengo otras opciones. Pero no voy a caer sin luchar.

“No podrías matarme si estuvieras armado con dos de tus preciosas hoces de plata. ¿Qué crees honestamente que podrías hacer con eso?

Levanto el carámbano en una amenaza silenciosa.

“Te concedo que con la tradición de sangre, eres fuerte. Tenaz, sin duda. Pero está claro que no eres ingenioso”. Que piense lo que

quiera; Todo lo que necesito es que dé unos pocos pasos más. Blandí el carámbano un poco más alto. “Digamos que realmente logras matarme, ¿hmm? ¿Entonces qué? ¿Dónde vas a ir? No puedes escapar de este lugar sin mi ayuda. Voy a presentarles una oportunidad única, dejen de amenazar…”

El señor se mueve para arrancar el carámbano de mis manos. En cambio, lo atraigo hacia mí y, gracias al elixir, tengo la fuerza para arrastrarlo con él. Envuelvo mis brazos rápidamente alrededor de sus hombros blindados y aprieto los músculos de mi espalda baja. Lo levanto como si fuera un enorme saco de carbón. Nos inclinamos hacia atrás y empujo con ambas piernas, usando hasta la última gota de mi fuerza.

Mis dientes rasgan la cáscara de su oreja mientras gruño: "No estaba tratando de escapar". El viento aúlla a nuestro alrededor, casi robándome mis palabras. Ya no hay vuelta atrás para mí. Si no es la locura del elixir lo que me atrapa, ciertamente moriré a manos del señor vampiro. Y si de alguna manera logro matarlo, sus legiones me capturarán. No hay salida para mí ahora, no cuando hemos llegado hasta aquí. “¡Si voy a morir, te traeré conmigo!”

Caemos al aire libre. Mis brazos lo rodean, abrazándolo lo más fuerte posible. La luna gira sobre nuestras cabezas. El aire grita en mis oídos.

Con un clamor de acero y carne, nos encontramos con la piedra inquebrantable.

CAPÍTULO 6



Todo el viento me es quitado. Las estrellas explotan en mis ojos mientras mi cabeza golpea contra el duro suelo. Un dolor de cabeza desgarrador atraviesa mi cráneo al instante, amenazando con hacerme vomitar. El peso del señor vampiro está encima de mí, el sonido de su malla resonando en mis oídos. Es demasiado; mis sentidos se rebelan.

Afortunadamente, Drew y yo luchamos constantemente desde una edad temprana. Incluso antes de convertirse en cazador. El instinto entra en acción.

Doblo mi rodilla para hacer palanca y aparto al vampiro de mí, soltándolo. El movimiento me lleva al límite. Mi estómago se aprieta alrededor de mis costillas, removiendo su contenido, como si eso borrara el dolor de mi mente al mismo tiempo. Mi bilis es tan negra como el elixir que bebí y me pregunto si acabo de expulsar lo único que me mantiene con vida.

Todo empieza a doler. Un dolor más allá de cualquiera que haya conocido. Mis músculos tiemblan de debilidad mientras el cansancio desciende sobre mí.

No lo haré... no puedo... Este monstruo...

Pienso en él inmovilizando a Drew contra la pared. Me imagino a mi hermano sangrando, muriendo en el suelo, en lo profundo de Fade Marshes, donde nadie lo encontrará. No soy ningún sanador. Pero reconozco una herida grave cuando la veo. Su vida se estaba apagando y este monstruo me alejó de mi hermano en sus momentos finales. La rabia es casi suficiente para adormecer el dolor.

"Tú..." Una risa oscura corta el aire. "Ciertamente te han

convertido en una bestia malvada". El señor vampiro deja escapar un gemido. Los platos suenan. Está de pie.

Me levanto del suelo para igualar, nada más que el odio y el miedo me impulsan. El mundo gira y finalmente se instala en otro lugar desconocido. Debe habernos movido mientras caíamos. Maldita sea todo. Incluso puede usar su magia a mitad de la caída.

Estamos al fondo de una habitación que me recuerda al gran salón de la fortaleza que Drew me describió después de unirse a los cazadores. Tapices raídos y abanicos de espadas adornan las paredes de piedra. Dos largas mesas se extienden paralelas a un hogar más grande que el de nuestra fragua. Una mesa más pequeña está perpendicular a ellos, delante de la oscura chimenea.

“¿Pensaste que podrías matarme?” El señor vampiro hierve y se gira para mirarme. Su capa roja parece más andrajosa que antes. Armadura abollada. Si tengo razón acerca de cómo está forjada la armadura, entonces podría hacer que algunas articulaciones se bloqueen con uno o dos golpes bien colocados y limitar severamente su movilidad.

En lugar de responder, salgo corriendo hacia uno de los estantes de armas ornamentadas. Sus bordes romos no estaban destinados a nada más que a la decoración, pero una espada sin filo es mejor que ninguna espada. Mis dedos se cierran alrededor de la empuñadura de acero justo cuando él se mueve justo detrás de mí. El señor vampiro agarra mi muñeca y tira de mí. Me levanta en el aire por el brazo. Mi hombro cruje y el rápido movimiento brusco amenaza con enfermarme de nuevo.

“No puedes matarme con eso. Sabes que no puedes”, gruñe, inclinándose con su cara horrible. “Ya basta de resistir”.

Intento liberar mi brazo. Me deja caer y vuelvo a sentirme enfermo. Mis músculos comienzan a tensarse por el esfuerzo de mantenerme erguido. Definitivamente creo que las náuseas eliminaron lo último del elixir que tan desesperadamente necesitaba.

El señor vampiro me mira con desprecio. "Si te quisiera muerto, lo estarías, ¿sabes?"

"Si fueras inteligente ya estaría muerto", gruñí, enseñándole los dientes.

Sus labios se curvan hacia atrás en respuesta, revelando los dos colmillos afilados que vi antes. “¿Ni siquiera quieres saber por qué todavía tengo que quitarte la vida? ¿Ni siquiera tienes curiosidad?

"Para servirte." Las palabras saben peor que el elixir la segunda

vez.

"Hay quienes se sentirían honrados de tener la oportunidad de servirme".

"Nunca serviré a un monstruo". Y si él piensa diferente entonces debo reevaluar mis opiniones sobre su intelecto.

"Ah, sí, yo soy el monstruo, cuando tú eres el que se ha transformado en un sujeto de prueba".

Ignoro sus palabras, las mentiras que inventa para distraerme, en lugar de lanzarme a por la espada una vez más. Una vez más, es más rápido y ya está detrás de mí. Mi fuerza está disminuyendo, pero de todos modos pateo y me retuerzo contra el agarre que tiene alrededor de mi cintura. Araño y empujo sus brazos, pero no sirve de mucho contra sus guanteletes. Mis brazos están inmovilizados a mis costados y es difícil hacer palanca.

“¿Podrías escuchar…”

Me quedo adelante, me preparo para la agonía que esto será y retrocedo. La parte posterior de mi cabeza golpea contra su nariz y él me deja caer por el dolor o el shock. Caigo al suelo, intentando coger la espada de nuevo, pero el punto blando en la parte posterior de mi cráneo suena. Me dejo caer contra una de las mesas y caigo sin ceremonias en un banco.

Si alguna vez te encuentras cara a cara con un vampiro, ¡lucha! Puedo escuchar la voz de Drew en el fondo de mi mente. Lucha con todo lo que tienes. Lucha como si tu vida dependiera de ello.

“¿Pero qué pasa si no puedo?” No estoy seguro si digo las palabras o si simplemente las pienso en voz alta. Me arden los ojos. Todo duele. Drew era el cazador, no yo. ¿Cómo soy yo el que terminó aquí? Es por eso que a todos en Hunter's Hamlet se les enseña a nunca cuestionar su lugar. El elixir se ha ido y mis viejas dudas surgen para ocupar su lugar.

Si no puedes matarlo, llévate al maldito monstruo contigo. Eso fue lo que me dijo Drew. Así vivía él. No puedo decepcionarlo. No puedo. No. Me levanto, tropezando una vez más con las armas como si fueran mi único salvavidas.

Por una vez, el señor de los vampiros no se abalanza sobre mí. Aunque mis movimientos son lentos y torpes. Saco una espada de la pared y su punta cae al suelo con un ruido ensordecedor, casi cayéndose de mis manos. Mis músculos se están rindiendo. Me siento peor que cuando llevo días y días trabajando con poco descanso.

"Ya basta de esto", dice el señor vampiro. Su voz se ha suavizado.

Alzo los ojos. Sangre, casi negra, brota de su nariz. Se mezcla con el carmesí de mi propia sangre. Se lame los labios y sus ojos dorados parecen brillar un poco más. "No estás en condiciones de pelear conmigo y estás desperdiciando la vida que tan generosamente te he permitido conservar al intentarlo".

Con un gruñido levanto la espada. Los músculos de mi espalda gritan. El arma tiembla en el aire.

"No… moriré… sin llevarte conmigo", logro decir.

“¿Por qué defiendes a la gente que ha cometido tales horrores contra ti?”

Agarro la espada con ambas manos como única respuesta. No haré caso a las palabras de un monstruo. De la fuente de todas mis dificultades.

Suspira y retrocede hacia un tapiz que cuelga de la pared. El señor vampiro lo agarra y lo arranca de la camilla. El tapiz se deshilacha hasta convertirse en polvo mientras tira, dejando al descubierto un espejo. El reflejo capta mis ojos y no puedo apartar la mirada.

Él no es el monstruo que tengo delante, sino un hombre normal de carne y hueso. Por lo que puedo ver de su mejilla, su piel no está arrugada ni flácida, sino tensa contra su mandíbula angulosa y sus pómulos redondeados. El cabello que veo grasiento, apelmazado y enmarañado cuelga alrededor de la parte posterior de su cabeza en ondas sueltas en su reflejo.

Me pregunto cómo se verá su rostro, pero todo el asombro cesa cuando veo quién debería ser yo.

“¿Qué engaño es este?” Yo susurro. El monstruo que me devuelve la mirada mueve su boca al mismo tiempo que la mía. Pero no puedo encontrarle sentido. La mujer tiene ojos oscuros e inyectados en sangre con iris rodeados de oro. Venas de color púrpura oscuro sobresalen de la piel fina como el papel que está hundida contra los huesos de su cara.

Ella mira…*Me veo... casi como uno de ellos.*

"¿Qué es esto?" Repito, más fuerte. Una enfermedad que no tiene nada que ver con mis palpitaciones en la cabeza está surgiendo en mí.

“La verdad de en lo que te estás convirtiendo”.

"¡Tu mientes!" Grito y levanto la espada más alto.

“Por eso te he traído aquí. Los cazadores te están convirtiendo en uno de nosotros, más o menos, para que tengas la oportunidad de matarnos.

“No soy uno de ustedes y nunca lo seré”. El elixir. Esta debe ser

alguna función de ello. Quizás un efecto secundario. Pero Drew me habría advertido.

A menos que él no supiera que esto podría suceder. Los cazadores sólo beben cuando están cazando en los pantanos y con sus máscaras puestas. Quizás no tenía idea. O tal vez esto esté sucediendo porque no soy un verdadero cazador. No estaba destinado a tomar el elixir y de alguna manera el borrador lo sabía.

El señor vampiro continúa como si yo no hubiera dicho nada. "Tienen conocimientos que no deberían existir y con ellos..."

“¡Señor Ruvan!” La voz de un hombre corta el aire. Miro por el rabillo del ojo, sin atreverme a desviar mi atención del señor por más de un segundo. Efectivamente, hay otro vampiro de ojos amarillos parado en un arco.

Sin embargo, él también es diferente de los otros vampiros que he encontrado. Y no sólo porque, al igual que Ruvan, también sea capaz de hablar. Este nuevo vampiro no lleva ningún tipo de placa ni cuero, ni tampoco viste ropas andrajosas como los vampiros que atacan durante las lunas llenas normales. El acero ha sido sustituido por terciopelo del mismo tono que la capa del señor. Los volantes se extienden desde los gruesos puños de sus mangas, acentuados por botones de latón muy pulido. Parecería estar bien formado si no fuera por su piel curtida y sus ojos hundidos. El vampiro se parece a Ruvan: un cadáver disfrazado.

Sus ojos van del señor vampiro a mí y de regreso.

El señor vampiro se recupera y ordena: “Quinn, lleva a nuestro invitado a la torre occidental, si aún está despejado. Está cansada por el viaje hasta aquí y no está en condiciones de conversar significativamente. Esperaré hasta que tenga una mejor cabeza”.

"¿Nuestro invitado?" Quinn se hace eco de mi sentimiento. Quizás la única vez que estaré de acuerdo con un vampiro.

"Nuestro invitado", repite Ruvan, con más firmeza que el anterior. “Verla atendida. Ella necesita reparación. La vamos a necesitar”.

¿Me necesitas? Los imagino atandome contra una mesa de tortura, hundiendo sus colmillos en mí. Casi puedo sentir el fantasma de la lengua del señor vampiro recorriendo mi pecho, mi cuello, mi cuello. Me estremezco.

"Si mi señor." Quinn se inclina y se gira hacia mí. Veo sus movimientos desde mi periferia y siento su atención. Pero mi atención sigue estando únicamente en el señor de los vampiros. La espada que agarro con ambas manos continúa oscilando en el aire, amenazando

con caer en cualquier momento. “¿Por favor?”

No me muevo. Lord Ruvan nivela sus ojos con los míos. Puedo sentir tanto como oír la invitación silenciosa. Mátame si puedes. Si te atreves.

Mi agarre sobre la espada se aprieta y cambio ligeramente mi peso. Evalúo mi equilibrio y mi fuerza restante. Soy lo suficientemente fuerte. Me niego a creer nada más.

Todos esos años entrenando en secreto. Todo lo que Drew y mi madre arriesgaron para intentar mantenerme a salvo. La tonta decisión que tomé al participar en la caza de Blood Moon a pesar de que estaba prohibido para mí.

Si voy a morir, debo llevarme al señor vampiro conmigo. Matarlo podría haber sido el destino de Drew, pero es un trabajo que mi hermano no pudo terminar, un manto que asumiré por él. Todo Hunter's Hamlet depende de mí en este momento.

¿Por qué no puedo? ¿Seré suficiente? Lo he intentado con todas mis fuerzas. He estado tan cerca. Pero no es suficiente... el señor vampiro todavía respira.

Voy a estar enfermo otra vez. La sangre gotea de mis nudillos destrozados y tensos. Me corre por la espalda. Me mantengo unido con poco más que odio y una necesidad de venganza.

Una vida.

Todo lo que tengo que hacer es quitar una vida.

El señor vampiro que está frente a mí es la fuente de todo nuestro dolor. Toda la angustia. Sin él, la Aldea del Cazador estaría libre de sus obligaciones y de sus muros. Mi familia estaría completa. Drew y yo hubiéramos ido al mar hace mucho, mucho tiempo. ¿Cómo puede un hombre ser fuente de tanta desesperación y esperanza? ¿Cómo puede ser tan difícil matar a un hombre?

Me deshilacho y empiezo a rasgarme. Las costuras que no sabía que me mantenían unida se doblan y se deshacen; Exploto de dolor que he estado ignorando toda mi vida. La furia que nunca me he permitido sentir surge de un lugar olvidado en lo más profundo de mí y estalla con fuerza violenta. La muerte de mi padre. Mi hermano se va. Nunca dejé que nadie más viera cada mirada de anhelo porque no se me permitió un momento de felicidad que tendría una persona normal. Años de dolor reprimido suavizan las grietas en mi carne y el dolor en mis músculos. Esta ira da velocidad a mis pies.

El mundo se vuelve borroso y cargo hacia el señor vampiro. Cambio mi peso, pongo un pie hacia adelante y retrocedo con los

brazos. Balanceo la espada con todas mis fuerzas, bajándola como un martillo de forja en un arco de esperanza.

Ni siquiera se inmuta. El señor levanta una mano y agarra la espada fácilmente por la hoja. Es tan aburrido que el acero ni siquiera puede penetrar el cuero de su guantelete. Ruvan lanza un suspiro monumental.

—Entonces, por las malas.

Arranca la espada de mi alcance y la balancea en el aire. La fuerza que me llenaba se está evaporando. No tengo tiempo para esquivarlo antes de que el pomo toque mi sien.

El mundo se vuelve negro.

CAPÍTULO 7



El brumoso crepúsculo silencia el carmesí de las sábanas manchadas de sangre.

Visión de túnel. Parpadeando lentamente. Escenas filtradas de rostros marchitos de vampiros flotando sobre mí. Sus ojos inquietantes brillan mientras hablan. Inspeccionando mi cuerpo maltratado. Casi puedo verme a mí mismo a través de su mirada.

Cosa destrozada y lamentable. Patético. Las palabras comienzan con la profunda resonancia del señor vampiro, pero evolucionan hacia la mía. No fui lo suficientemente fuerte.

Yo era una doncella de fragua. No es un luchador. Se suponía que ni siquiera debería haber estado aquí. Eso quedó claro al final. Un verdadero luchador habría podido acabar con esto.

¿Qué había estado pensando? Con un frasco y una bebida, me puse en el lugar de Drew y asumí la obligación de matar al señor vampiro.

¿Dónde está mi hermano ahora? ¿Él vive? Algo en mí dice que sí... pero me preocupa no poder confiar en ese rincón esperanzador y tonto de mi corazón. Tengo que luchar por él. Pero querer no es suficiente. Mi voluntad se ha separado de mi cuerpo, dejándome como una marioneta cuyos hilos han sido cortados. El elixir tomó todo lo que tenía y algo más. Ya no puedo moverme.

Oscuridad una vez más.

Un hombre de pelo largo y plateado está sentado junto a mi cama. "Te esforzaste demasiado", dice, sonando algo exasperado.

¿Hice? *Quiero decir. Pero en cambio, "lo sé" se escapa de mis labios*

con un suspiro casi tímido.

Se inclina hacia adelante y puedo ver su rostro más claramente que cualquier otra cosa. Siento que lo he visto antes, muchas veces. Y, sin embargo, recordaría un rostro tan hermoso como este. Recordaría a un hombre que olía a hojas perennes y tenía ojos como la luz del sol.

“¿Qué voy a hacer contigo?”

"¿Ámame para siempre?" Mi boca se mueve sola.

"Cuidado, o podría hacerlo".

Voy a la deriva a través de una conciencia no del todo consciente, sueños extraños y fugaces y una nada pesada y asfixiante. Mi mente se retira a un lugar muy lejano y muy desapegado de mi cuerpo. He estado en esta oscura pesadilla interna antes. Este es el mismo vacío al que llegué cuando Davos mató al vampiro que robó el rostro de mi padre, exponiendo la horrible verdad que había debajo.

Viví aquí mientras me ahogaba en ese dolor. El dolor de saber que mi padre había desaparecido. Que no se podía hacer nada más por él ni por mi familia. Pero que tal vez... tal vez si hubiera sido lo suficientemente mayor y fuerte para forjarle una hoz más afilada... si no hubiera querido que estuviera en casa durante tantas cenas que se saltó el entrenamiento... tal vez todavía estaría conmigo...

Entonces, ¿cómo salí de este pozo de desesperación? ¿Cómo encontré la fuerza para moverme durante esos días de dolor interminable?

Ah, eso es correcto… Lo sofoqué todo. Pensamientos. Sentimientos. Innecesario y peligroso. En cambio, trabajé. Golpeé hasta que mis manos quedaron en carne viva. Eso es lo que debo hacer de nuevo. Debo sofocar el dolor. Debo sacar la frustración de mis huesos. Si no siento nada ni atesoro nada, entonces no me pueden lastimar. Seré inmune a sus golpes. Una vez que lo haga, mi mente estará más clara.

Puedo volver a trabajar.

¿Pero en qué puedo trabajar?

Trabajar. Sin fin. Siempre hay mucho por hacer. Pero estamos cerca.

Una mujer caminando por pasillos oscuros. Pasando como un fantasma: presente, sentido, pero no visto. Armas cargadas con tres diarios. Un hombre de cabello negro está a un lado de ella, un hombre de ojos dorados al otro.

"Debemos decírselo", dice el hombre de pelo negro.

"No lo aceptarán. Todavía no", objeta el otro hombre.

"Quizás con el tiempo", dice.

Pero por ahora trabajo...

No tengo ningún deber aquí. Sin trabajo. La herrería está lejos... tan lejos. No puedo sentir su calidez. La aldea del cazador. Madre. Drew… ¿Qué puedo hacer por ti ahora?

Por favor dime qué hacer.

Más hilos cortados desde dentro. Mis ataduras se están desgastando. Estoy a la deriva en demasiados pensamientos, todos diferentes, todos abrumadores. Estas emociones me asfixiarán hasta que no pueda respirar. Hasta que no quede nada más que oscuridad… y fracaso.

Arroyos fríos fluyen por mi cara caliente. ¿Caliente de vergüenza o fiebre? No sé. El delirio se ha apoderado de mí. Hay manos cuidando mis heridas, fuertes y seguras, adormeciendo el dolor casi hasta el punto de ser soportable. Se habla más, más de esa voz profunda que amenaza con destrozarme. Más del hombre de cabello plateado en mis sueños.

¿Qué quieren de mí?

Con el ritual adecuado, puedo ayudarlo, ayudarlos a todos. El costo no tiene por qué ser tan alto.

Podemos hacerlo sin derramamiento de sangre innecesario.

¿Desde cuándo estamos en bandos opuestos, hermano?

Mis ojos finalmente se abren y permanecen abiertos. Un dormitorio cobra protagonismo.

Hay un pesado dosel de terciopelo en un ya familiar tono carmesí encima. Las cortinas se abren y se atan alrededor de los cuatro postes que las sostienen. Un edredón grueso me cubre, pero mi cuerpo todavía tiembla. Soy la fragua en invierno, fría y caliente al mismo tiempo. Probablemente con fiebre.

Obligarme a sentarme duele mucho menos de lo que hubiera esperado. Llevo la mano detrás de mi cabeza y mis dedos rozan las vendas. Mi cráneo todavía está sensible pero ya lo han atendido. Los

monstruos han intentado curarme.

¿Por qué? ¿Porque necesitan mi sangre fresca? Drew lo sabría. Y la idea casi me enferma. Mi hermano sabría qué hacer. Ni siquiera se habría permitido terminar en esta posición. Habría matado al señor vampiro.

Cambiamos destinos con la entrega de un vial, y ahora ambos sufriremos por ello. Es posible que Drew ya haya pagado el precio máximo. Mi pecho se aprieta, mi corazón da un vuelco. No, parece decir.

"Te estás recuperando tan bien como se podía esperar".

Me acerco hacia la fuente del sonido, arrepintiéndome instantáneamente del rápido movimiento, ya que mi visión tarda un segundo en alcanzarla y casi me da vuelta el estómago. El señor vampiro se encuentra frente a una sola ventana. Es más grande que cualquier pieza de vidrio que haya visto jamás y, sin embargo, de alguna manera todavía parece pequeña en la inmensidad de esta habitación solitaria.

"Hemos hecho lo que pudimos por usted". El vampiro se gira para mirarme, su silueta está recortada por la pálida y normal luz de la luna que entra por la ventana abierta. Una luna normal. Eso significa que ya no es la noche de la Luna de Sangre. ¿Cuánto tiempo ha pasado? La luna todavía es grande, ¿tal vez sólo un día? ¿Dos? Espero que no más. “Pero llevar a un humano a través del Velo es una tarea peligrosa y prohibida en circunstancias normales. Hacerlo cuando ese humano insiste en herirse acelera la descomposición natural”.

Mientras habla, escaneo la habitación. Hay muy poco. Una mesa a mi lado de la cama, vacía. Una estantería rodea una chimenea frente a los pies de la cama que contiene telarañas en lugar de papel y cuero. Aparte del símbolo del vampiro grabado en la piedra del hogar, este lugar es un vacío. Desalmado.

"No hay nada aquí que puedas usar para atacarme", dice.

“Yo no estaba…”

"Ahorrarme." Él pone los ojos en blanco. “Tengo registros que detallan cómo se entrena a los cazadores. Puedes convertir cualquier cosa en un arma”. Señala la pequeña chimenea vacía flanqueada por las estanterías. "Incluso me quitaron las herramientas de la chimenea".

Trago espesamente. Él todavía piensa que soy un cazador. Eso significa… ¿tal vez me teme? Intento reunir toda la valentía que he visto en mi hermano.

"¿Qué quieres conmigo?" Mis palabras son uniformes y niveladas.

"Quiero hablar contigo."

“¿Qué te hace asumir que quiero hablar contigo?” Me atrevo a decir, aunque mis entrañas todavía se están licuando con solo verlo. Sin el elixir estoy indefenso ante él.

"¿Tienes algo mejor que hacer?" Hay un destello de diversión en sus ojos brillantes.

"Bien, continúa", cedo. Tiene razón, no tengo otra opción. Él me ha mantenido con vida hasta ahora, y provocar aún más al señor de los vampiros parece una mala idea cuando ya no tengo un elixir para respaldar mis amenazas.

“Seré claro y directo, ya que tenemos muy poco tiempo. Te estás muriendo”, dice gravemente.

Me miro las palmas. Me han curado. Pero me duelen las manos como no me duelen desde hace años, como la primera vez que estuve en la fragua. No, peor. Con cada movimiento mis dedos se entumecen, mis manos amenazan con bloquearse y negarse a abrirse.

"Está bien", digo, finalmente. No estoy seguro de estar preparado para creerle plenamente. Pero algo se siente diferente en mí, hasta la médula. Discutir con él también podría impedirle darme más información valiosa.

"No pareces molestarte por eso."

Casi suena como si le importara. ¿Qué le importa al monstruo que me ha perseguido a mí y a mis parientes mis sentimientos hacia la muerte? Él no lo hace. Debe ser un truco para adormecerme y darme una falsa sensación de seguridad.

"Me imagino que es difícil para ti identificarte con las emociones que rodean la propia mortalidad". El odio se filtra en mi voz.

“¿No crees que sé sobre la mortalidad?” Él levanta la ceja y sus ojos atormentados brillan.

“¿El eterno señor vampiro?”

Él resopla suavemente. "Eterno... si tan solo", murmura y mira hacia la ventana, con los labios arrugados y agrietados ligeramente separados para mostrar sus horribles colmillos. ¿Debo creer que los vampiros no viven mucho tiempo?

“¿Por qué sigo vivo?” Pregunto intencionadamente. "Los de tu especie siempre han sido muy buenos matando a los míos".

"Estoy dispuesto a mantenerte con vida el tiempo suficiente para dejarte ir". Eso me da que pensar. "Si aceptas ayudarme".

"¿Ayudarte?" Me hago eco. “¿Para qué podría un vampiro necesitar la ayuda de un humano?”

"Vam-pie-err". Él pronuncia la palabra lentamente, haciéndose eco de mí con un poco de desprecio. "Ustedes los humanos masacran a los de nuestra especie en nombre y cuerpo".

"¿No eres un vampiro?" No sé por qué lo pregunto. Su naturaleza es tan evidente como sus dientes amarillentos, sus ojos completamente negros y su carne marchita.

“Somos vampiros. Va-m-peer. La palabra salta de sus labios con un gesto que nunca antes había oído. Es más suave, más redondeado. Como si el sonido viniera del fondo de su garganta y luego se desvaneciera suavemente en la punta de la lengua. Es un sonido más elegante de lo que hubiera pensado que podría producir. "Vampiro es una mala pronunciación humana".

"Ah, pero todavía sois monstruos que agotan la vida, sin importar el nombre".

Está a mi lado más rápido de lo que puedo parpadear, cerniéndose sobre mí. “No somos nosotros los que drenamos la vida”, gruñe. “Si quieres saber quiénes son los monstruos, no debes buscar más allá de tus preciosos cazadores. Viste lo que te hicieron”.

“Lo que me hiciste”, insisto.

Él se burla. “Te conocí en el estado en que estabas. Te viste en el espejo. Tus preciosos cazadores te convirtieron en un experimento. En todo caso, lo que te ofrezco es bondad en comparación”.

Ignoro sus comentarios. Está tratando de confundirme, de ponerme en contra de los míos. El espejo del pasillo debía haber sido engañado con magia vampírica. Después de todo, había hecho que su cabello pareciera blanco plateado, no grasoso ni apelmazado como está.

“Obligarme a servirte no es un gesto de amabilidad”, digo.

“Me servirás solo en un área”.

Sea como sea, no estoy seguro de querer saberlo. Sin embargo, pregunto de todos modos: "¿Y eso es?"

Él nivela sus ojos con los míos. “Ayúdame a romper la maldición. Hazlo y te liberaré”.

¿Maldición? Nunca he oído nada sobre maldiciones. "Inventar maldiciones es una forma bastante elaborada de convencerme de tu causa".

Él se burla. "Me sorprende que no lo sepas ya". Se inclina y me mira. “Hablo de la misma maldición que tus cazadores nos impusieron y que ha atormentado a mi pueblo durante siglos”.

“¿Y crees que puedo romper una antigua maldición?” Decido seguirle el juego a sus delirios. Me mantiene con vida porque cree que

podría serle útil. Pero si los cazadores realmente poseyeran la capacidad de maldecir al vampiro, lo habrían hecho hace mucho tiempo, con una aflicción mucho peor que lo que él cree que lo aqueja.

“Hay una puerta, en lo profundo de este castillo, que sólo puede abrirse con manos humanas. Necesito que me lleves adentro, porque dentro está el ancla de la maldición”.

"Muy bien." Sigo fingiendo que sé de qué está hablando. ¿Por qué el ancla de una maldición estaría dentro del castillo de los vampiros, detrás de una puerta que sólo se abre a manos humanas? ¿Cómo cree realmente que, después de todo lo que le ha hecho a mi gente, yo realmente le ayudaría? No tengo las respuestas, pero si permito que esta artimaña continúe el tiempo suficiente, podría encontrar una manera de matarlo o liberarme en el proceso.

"¿Muy bien?" el repite. “¿Me vas a ayudar?” Es cauteloso y está en guardia. Quizás debería haber mostrado más ignorancia. Quizás debería haber dudado más. No estoy hecho para esto y estoy muy fuera de mi alcance.

Drew sabría qué hacer, se lamenta mi mente. Drew es... Ni lo pienses.

"Me gusta mucho respirar y si ayudarte es la única forma de seguir haciéndolo, entonces considérame tu nuevo asistente". Es en parte cierto. En parte una cara valiente. Supe que estaba muerta desde el momento en que me llevó.

“¿Crees que te tomaré la palabra?” Baja ligeramente la barbilla para mirarme mejor a los ojos. Su mirada está ensombrecida, dos orbes brillantes colocados en un cielo nocturno. Relajado y fuera de batalla, me mira con los ojos de un hombre mucho más joven; son sorprendentes, incluso. Pero dolorosamente yuxtapuesto a su antiguo rostro. Son los ojos de un hombre en su mejor momento, rebosantes de destreza masculina atrapado en el cuerpo de un cadáver ambulante. Me encuentro incapaz de apartar la mirada.

"Debes querer hacerlo, o no estarías hablando conmigo ahora mismo". Hablo con el nudo en mi garganta.

“Quiero muchas cosas que no tengo”, dice solemnemente. Las palabras son tan pesadas como piedras que se hunden en el fondo de un pozo y resuenan con una nota sorda de anhelo. “Pero no puedo permitir que las necesidades nublen mi juicio cuando el destino de mi pueblo está en juego”.

“Entonces, ¿qué harás conmigo? Si no puedes confiar en mí, ¿qué

sentido tiene todo esto?

“Eso es algo que he estado debatiendo mientras tú dormías y sanabas. Y creo que he encontrado una solución: resolver un problema con otro, por así decirlo. No sé si puedo confiar en ti. Más bien, sé que no puedo confiar en ti”.

El sentimiento es mutuo.

“Y volvemos al problema de que tú también te estás muriendo”. Hace una pausa y considera brevemente sus siguientes palabras. “¿Cuánto sabes del Velo?”

Muy poco, la verdad. El Velo existe en los mitos y leyendas de Hunter's Hamlet. Es tan antiguo como la fortaleza y aún más misterioso. Drew me contó historias al respecto, pero cada una parecía más imposible que la anterior.

"Sé que proviene del primer cazador: una protección para evitar que los de tu especie invadan mi mundo". ¿Quizás esa sea la “maldición” de la que habla? Si es así, no hay forma razonable de que pueda imaginar que yo le ayudaría a deshacerlo.

Él resopla y cruza las manos detrás de la espalda. El señor vampiro se da vuelta y se dirige hacia la ventana. "Claramente, no sabes nada".

"Sé lo suficiente."

"El Fade no tiene nada que ver con nuestras disputas", dice.

"¿Entonces que es eso?"

Él me mira. Parece que soy bastante bueno frustrando al señor vampiro. Un talento maravilloso, ese. Lo que me sorprende aún más cuando responde.

“Hace poco más de tres mil años, hubo una gran guerra mágica. Los humanos quedaron atrapados en la refriega, incapaces de enfrentarse a aquellos como el vampiro. El Rey Elfo hizo un tratado con el Rey Humano. Tomó una novia y partió el mundo en dos con el Velo. Por un lado vivían los humanos en lo que llamamos el Mundo Natural. Del otro lado, en Midscape, vivíamos el resto de nosotros”.

Elfos. ¿El resto de nosotros? No... sólo han existido los humanos y los vampiros. No hay…más. Me duele la cabeza, y no sólo por mis heridas.

"No pasó mucho tiempo después de que el mundo se dividiera cuando se lanzó la maldición". Su voz se vuelve tan aguda como una hoz. “Y desde entonces nos hemos visto debilitados”. Las manos de Ruvan... el señor vampiro se aprietan en la parte baja de su espalda. Es difícil imaginar que los vampiros a los que nos enfrentamos estén debilitados. “Pero lo que hay que entender, de todo esto, es que los

humanos no están hechos para Midscape. Sólo la Reina Humana puede vivir en este mundo. Todos los demás humanos del mundo natural se marchitan y mueren. Esa es la muerte que te persigue ahora. Es por eso que nuestra curación se ve, en el mejor de los casos, embotada. Podemos frenar su progreso, mínimamente, pero no podemos evitar que usted se marchite”.

Podría estar mintiendo para desesperarme. Me miro las manos.

Cierro mis dedos en un puño. Todavía puedo sentir el dolor antinatural que sentí desde el momento en que desperté. El cansancio en mi cuerpo es más profundo que muscular, más profundo que esquelético. Sé cómo se sienten esas heridas y dolores. Puede que no sea un cazador, pero he tenido mi parte de dificultades y trabajo. He vivido en la herrería, a través de todas las quemaduras, rasguños, magulladuras y roturas. Sé cómo debería curarme y esto no es todo.

Todavía soy consciente de que podría estar mintiendo para desesperarme. Pero no puedo dejar de sentir cómo mi cuerpo se siente... diferente. Atormentado por el dolor y un agotamiento incesante.

"¿Cuánto tiempo tengo?" Finalmente pregunto. Todavía no estoy seguro de creerle completamente, pero todo esto sería una treta bastante larga para ser completamente una mentira. Si lo único que quería era mi sangre, ya podría haberla tenido. Y luego están los dolores en mi cuerpo.

Hay más en todo esto, tiene que haberlo.

“Una semana, dos como máximo”. Me mira una vez más. Sus ojos van de mi cabeza a la manta y a mis piernas cubiertas. “Pero dentro de unos días no podrás ni levantar la cabeza. Unos días después perderá la fuerza para masticar y tragar. Es posible que todavía respires, pero ya estarás muerto mucho antes de que cierres los ojos por última vez”.

"Entonces vamos a abrir tu puerta ahora". Hace demasiado tiempo que estoy fuera de la aldea. Debo volver a casa, aunque regrese avergonzado. La idea de que mi madre me busque hace que me duela el pecho con otro dolor más. ¿Cree que perdió a sus dos hijos en la caza de Blood Moon?

Se ríe de nuevo, profundo y estruendoso. El sonido me recuerda el sabor de los limones. Amargo y picante... pero no del todo desagradable, si te apetece. "Si sólo fuera así de simple. Tendremos que actuar rápido, sí. Pero no hay manera de que podamos lograr en una semana lo que los señores vampiros antes que yo han estado

tratando de lograr durante siglos. La puerta está en lo profundo del antiguo castillo y, en el mejor de los casos, es difícil y, en el peor, mortal, llegar a ella. Es imposible para usted hacer el viaje con su condición deteriorándose todo el tiempo".

"¿No podrías transportarnos allí con tu niebla?" Pregunto.

Inhala lentamente y se pellizca el puente de la nariz como si estuviera manteniendo junta cada gota de su paciencia. "No, el castillo está protegido. Si hubiera una manera fácil de llegar a esta puerta, ya estarías allí".

"Bueno, si no puedo ser transportado allí y me llevará un gran esfuerzo llegar allí (más tiempo y energía de los que me quedan), ¿cuál es tu plan para llegar allí?"

El aire se vuelve espeso y pesado por el silencio. Mis ojos vuelven a él, mi atención deja de evaluar mi condición y se concentra en sus siguientes palabras. Parece inseguro.

"Intercambiaremos sangre".

"¿Intercambiar… sangre?"

"Sí, tú consumirás mi sangre y yo consumiré la tuya".

Puedo sentir mis párpados abrirse. Una mano fría e invisible agarra mi columna alrededor de mi cuello, enviando escalofríos por todo mi cuerpo. Cada vértebra se estremece. Mi estómago se revuelve. El miedo y el asco me empapan de sudor frío.

"No soy un vampiro. No consumo sangre".

"¿Oh? Intentaste obtener los poderes de uno".

"Eso es lo último que haría".

"El estado en el que te encontré dice lo contrario". Él se ríe entre dientes, el amarillo de sus ojos brillando intensamente ante mi mueca. "Pero tienes razón, no eres un vampiro. Tampoco te daría jamás los ritos de tal bendición". Su labio superior se curva ligeramente en un disgusto que refleja el mío. "Sólo te daría suficiente de mi sangre para fortalecer tu cuerpo, para ayudarte a arraigarte en Midscape lo suficiente como para protegerte del marchitamiento".

"¿Y a cambio consumirías mi sangre?"

Sus labios se dibujan en una sonrisa casi cruel. Trabajo para mantener la compostura ante la vista. "Sí. Para lograr nuestros objetivos, nos convertiríamos en juramentos de sangre: dos que han consumido la sangre del otro. Un voto hecho en nuestras vidas que, si se rompe, resultaría en la muerte del otro".

"Podrías robarme la cara". Mi voz se ha silenciado por la sorpresa. Mis oídos zumban con restos de sus palabras. Veo al vampiro que

llevaba el rostro de mi padre, su cadáver moteado y ardiendo a la luz del sol después de que Davos lo matara.

“Sí, podría asumir tu forma siempre que tu sangre esté en mi cuerpo, si así lo deseara. Pero te aseguro que no tengo ningún interés en tu cuerpo”. Su nariz se arruga ligeramente en una mueca de disgusto.

Ignoro deliberadamente el comentario. “¿Podría tomar tu forma?”

“No eres un vampiro y no sabes nada sobre la tradición de la sangre. Así que no”. Parece estar encantado con esto. Debe ser un recordatorio de lo indefensa que estoy ante él.

"Entonces, ¿qué beneficio tengo?"

“Tu beneficio sería tener al señor vampiro jurado de sangre—atado—a ti. No podría mentirte aunque quisiera, ni tú a mí. Ninguno de nosotros puede romper los términos de nuestro acuerdo una vez establecidos. Como dije, esta es la mejor solución que se me ocurrió y que resolvería todos nuestros problemas. Si sabes que no puedo engañarte ni hacerte daño, entonces sabrás que puedes confiar en mí, y lo mismo funciona a mi favor”.

Entrecierro los ojos ligeramente. En mi silencio, sopeso mis opciones. Si dice la verdad… no pasará mucho tiempo antes de que me sienta indefenso y no pueda defenderme. Ya duele estar sentado erguido; cada respiración es más laboriosa que la anterior. Podría estar mintiendo, mi escepticismo persiste. Pero si quisiera matarme y robarme la cara, ya podría haberlo hecho; todavía podría hacerlo si me niego. Si bien no soy tan ingenuo como para pensar que me está contando todos los detalles de este acuerdo, sí creo que parte de ello debe ser cierto. Esa es la única explicación que tiene sentido. ¿Por qué si no me mantendría con vida?

Pero beber la sangre de un vampiro. Ser jurado de sangre, vinculado de alguna manera mágica, al señor de los vampiros... Mi estómago se aprieta como si mi cuerpo estuviera físicamente tratando de rechazar la idea. El único consuelo que puedo encontrar es que soy mejor yo que Drew.

Por lo que preferiría estar en cualquier otro lugar... si intercambié destinos con Drew debajo de la Luna de Sangre y le ahorré esto, entonces ese será mi consuelo. Mientras mi hermano siga vivo...

“Te dejaré tomar la decisión”. El señor vampiro rompe mis pensamientos mientras se dirige hacia la puerta. "Pero elige rápido, porque pronto estarás demasiado débil para aceptar la sangre".

Sus pasos resuenan como el solemne repique de las campanas que

resonaba en la ciudad en las noches de luna llena. Doce peajes. Doce pasos.

El tiempo se me acaba.

Pero mi vida siempre ha sido un tiempo prestado. Todos los nuestros en Hunter's Hamlet. Nacimos en un duro mundo de supervivencia. Toda mi vida he estado trabajando para intentar que mi respiración signifique algo: para mi familia, mi ciudad, el mundo.

Si puedo matar al señor vampiro todo esto termina, escucho en la voz de Drew. Todo el dolor finalmente terminará.

"Lo haré", digo en voz alta, atrayendo su atención hacia mí.

Se queda quieto y el aire se vuelve espeso una vez más. Esta vez no puedo leer la emoción que muestra. Ni siquiera me di cuenta de que los vampiros eran tan capaces de tener una variedad de sentimientos.

“¿Tú, un cazador, te convertirás en un vampiro con juramento de sangre y me ayudarás a romper la maldición sobre mi pueblo?” Aunque esto es lo que quería, seguramente lo que había estado calculando, todavía parece sorprendido.

“Si eso es lo que debo hacer para seguir con vida”*—para poder salvar a mi familia y a todas las generaciones futuras de personas de su calaña: “entonces sí”.*

Los músculos de su garganta se tensan mientras traga, los tendones y ligamentos nervudos ya se tensan bajo este tonto acuerdo. “Entonces comenzaré los arreglos y regresaré en breve. Antes de que se ponga la luna, estará hecho. Serás mi juramento de sangre”.

CAPÍTULO 8



Una helada se abre camino dentro de mí y un violento escalofrío de miedo y asco recorre mi cuerpo.

Después de que el señor vampiro se va, la habitación se vuelve más oscura y fría. Cada sombra es más siniestra. Nunca pensé que podría extrañar la Luna de Sangre y su tono antinatural. Pero de alguna manera la luz acerada de una luna normal es peor. Es un recordatorio de que el tiempo ha pasado y pienso de nuevo: ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

Quizás estuve inconsciente durante varios días y por eso me siento tan débil. Pero incluso si lo fuera… no pueden haber sido mucho más de dos días como máximo. Un período de tiempo tan insignificante y todo ha cambiado.

Me miro las manos, los brazos, las piernas, sintiendo ese dolor profundo e innegable en todos ellos; Es un agotamiento como nunca antes había conocido. Quiero que sea tranquilizador. Tomé la decisión correcta, ¿no? Si mis opciones eran morir por extinción o un pacto con el señor vampiro, entonces elegí correctamente. Mientras esté vivo puedo hacer algo; Puedo seguir trabajando por un futuro mejor para Hunter's Hamlet.

Cuando Drew anunció por primera vez que se uniría a los cazadores, su madre dijo: No desperdicies tu vida. Ella le había estado diciendo que si ésta era la decisión que estaba decidido a tomar, si así era como quería pasar su vida, entonces debía asegurarse de que significara algo. Que entregó su vida por una causa digna.

Eso es lo que todos hacemos en Hunter's Hamlet. Simplemente pensé que mi causa sería forjar armas de plata. No usarlos yo mismo.

Agarro mi cabeza y me hago un ovillo. Las lágrimas intentan escapar de mis ojos, amenazando con ahogarme si las dejo sueltas. ¿Fue así como se sintió mi hermano cuando se unió a los cazadores? ¿Sabía que era la decisión correcta y, sin embargo, estaba destrozado porque estaba aterrorizado al mismo tiempo? No, él debe haber estado tranquilo, así que yo también lo estaré.

Respirando entrecortadamente, lucho por mantener la compostura. El señor de los vampiros cree que eres un cazador, ¡actúa como tal! Me regaño a mí mismo, pensando en la fuerza estoica e inamovible de Drew. Absolutamente nada parece sacudirlo. Puede tomar cualquier cosa con calma. Si ese poder está dentro de él, entonces también está dentro de mí. Llevo mi mano a mi pecho, girando el anillo plateado que hace juego con el suyo alrededor de mi dedo meñique hasta que me calmo.

Me quito la manta y estoy decidida a no hundirme en la preocupación y la duda. Debo dar con seguridad y certidumbre en la fragua, apenas unos segundos y calor entre la perfección y la chatarra. Intento canalizar la misma confianza aquí y ahora.

La sangre tiene costras contra mi armadura de cuero, pero no parece demasiado vieja. Es otro extraño consuelo, otra seguridad de que no ha pasado mucho tiempo. Me dirijo hacia la ventana, hundiendo mis rodillas con cada paso para probar mis músculos. Mis piernas tiemblan de una manera que no deberían. Pero todavía hay fuerza allí, suficiente para caminar erguido por un poco más de tiempo.

Desde la ventana contemplo la tierra del vampiro.

Como era de esperar, dado nuestro viaje hasta aquí, me encontraré en un castillo en la cima de una montaña. Picos helados rodean una caldera baja, cuyas puntas recuerdan las bocas de dientes afilados de los vampiros. La cuenca está repleta de edificios. Es una ciudad iluminada por la luna con puentes que conectan torres con chapiteles. La ciudad se extiende tan alta que no puedo ver el suelo. E incluso si pudiera, estoy demasiado arriba para ver criaturas, vampiros o no. Lo más importante es que no puedo espiar de ninguna manera la ciudad que se encuentra debajo. Lo que me lleva a creer que las montañas son huecas y hay túneles internos. O bien, la única forma de entrar y salir de este castillo es a través de los pasos de niebla de un vampiro.

¿No dijo que el castillo estaba vigilado? Debe haber estado mintiendo. Después de todo, entramos usando magia. Los vampiros son pura maldad y no puedo confiar en nada de lo que dicen. Ni

siquiera puedo estar seguro de los términos de los juramentos de sangre. Tendré que descubrirlo todo por mí mismo y confiar sólo en mi propio instinto. Cualquier cosa menos podría significar mi desaparición.

Me pregunto si me puso en esta habitación en particular para que intentara encontrar una posible manera de escapar de este castillo y del territorio del vampiro, para evaluar mis opciones y no encontrar ninguna. Apuesto a que espera que entre en pánico al ver mi impotencia y realmente me someta a él. Supone que tengo miedo, que soy fácilmente manipulable y que me encojo ante la idea de estar atrapado o solo.

No se da cuenta de que siempre he estado atrapado por los de su especie. Nací en Hunter's Hamlet y moriré allí porque es mi juramento a toda la humanidad proteger al mundo de su flagelo. Esto no es materialmente diferente. Simplemente estoy más cerca de mi enemigo jurado.

Al menos eso es lo que me digo a mí mismo. No voy a dejar que me derribe con juegos mentales y dudas.

"Si lo mato, todo termina". Mi aliento empaña el cristal. La puerta se abre, interrumpiendo mis pensamientos. Espero que el sentimiento no haya sido escuchado.

No es el señor de los vampiros sino el hombre del salón en el que aterrizamos. Quinn, era su nombre. Qué extraño, no pensé que nadie excepto el señor vampiro tendría un nombre. Aunque tampoco pensé que ninguno, incluido el señor vampiro, fuera lo suficientemente sensible como para hablar. Quizás si de alguna manera logro escapar con vida y no logro matar al señor vampiro en el proceso, pueda llevar conocimientos útiles a la aldea.

“Debo llevarte al altar”. Mientras habla, también noto que sólo tiene dos colmillos alargados. Otra similitud con el señor vampiro y diferencia con los vampiros con los que estoy familiarizado.

"Muy bien." Agradezco que no haya venido antes. Si hubiera llegado inmediatamente después de que el señor vampiro se fuera, me habría encontrado hecho un desastre en la cama. Afortunadamente, logré reunirme lo suficiente como para proyectarme como un cazador fuerte.

Se muestra escéptico ante mi tranquilidad. Lo puedo decir por cómo me mira por el rabillo del ojo. Cómo se demora, esperando a ver si digo o hago algo más. Casi puedo oír los susurros no dichos que queman el otro lado de sus labios arrugados. Pero el hombre es un

sirviente obediente de su señor y no dice nada, simplemente se hace a un lado en el marco de la puerta y me hace señas para que lo siga.

Me pregunto si no podrá decir nada más, aunque quisiera. Las historias de Drew extraídas de los libros de cazadores dejaron en claro que todos los vampiros provienen de un solo señor: comparten la sangre antigua del primero de su especie abandonada. Por eso, si alguien mata al señor, el resto morirá. Serán monstruos sin sentido, incapaces de pensar sin su líder, una horda sin dirección en lugar de un enemigo pensante.

¿Convertirme en un juramento de sangre también me convertirá en un esclavo sin sentido para él? Inspiro lentamente y mantengo la cabeza nivelada. No, no lo será. El señor vampiro parece pensar que me necesita como humano. Si este pacto cambiara mi humanidad, dándole así algún tipo de control sobre mí, entonces dudo que lo lleve a cabo. Además, como bien dijo, no soy un vampiro. Los efectos de este ritual probablemente no me afectarán de la misma manera que a los demás de su especie.

Incluso si no puedo confiar en lo que dice... puedo confiar en mi propia lógica. ¿O puedo? El dolor apuñala mis sienes y las froto ligeramente. Todo este pensamiento, intriga y debate me hace dar vueltas en círculos; No estoy hecho para esto en lo más mínimo.

Los pasillos del castillo son vacíos llenos de corrientes de aire, polvorientos y vacíos. Es un lugar enorme y parecido a un laberinto. Sigo a Quinn a través de una serie de habitaciones hasta un balcón. La nieve se ha amontonado. Un único camino de pasos atraviesa el manto blanco. Las vías salen del borde del balcón, pasan por un tramo de barandilla rota y continúan por un contrafuerte que sostiene esta ala del castillo. El estrecho sendero se extiende a través del oscuro abismo del acantilado y el castillo como una cinta pálida y desplegada.

Me detengo en el borde del balcón y trago saliva. El mundo se inclina ligeramente. Quinn está varios pasos adelante en el camino que claramente pretende que ambos usemos.

"¿Miedo, humano?"

"No", miento. Nunca había visto un lugar tan alto. Pero estar encaramado al borde...

Huele, como si pudiera oler mi engaño. Espero que no pueda. Los acantilados debajo de la pasarela. ¿A quién engaño? Ni siquiera es una pasarela. En el mejor de los casos, es un elemento decorativo del castillo. ¿Por qué no vamos por dentro? Quiero preguntar pero no quiero parecer un cobarde.

"¿No estamos usando el interior del castillo por las mismas razones que tu señor no puede llevarme directamente a su puerta especial?" Intento formular mi pregunta para que suene como si estuviera buscando información.

"Deberías concentrarte en no resbalar en lugar de preocuparte por el viejo castillo". ¿Castillo Viejo? “¿A menos que tengas miedo, después de todo?”

"Por supuesto que no." Esta prueba no es algo que un cazador pueda temer.

“¿Qué estás esperando entonces?” Quinn detiene su paseo, como si el camino estrecho y helado no fuera nada para él. Velocidad, fuerza, equilibrio, precisión de los vampiros, todas las cosas contra las que los cazadores luchan por competir sin los elixires. Un elixir que ya no tengo en mí.

“Estoy pensando que sería una lástima que la nueva—“lucho por pensar en cómo llamarme”—asistente de su señor cayera y muriera. Quiero asegurarme de que le parece bien que corras ese riesgo.

“Él conoce los caminos que debemos tomar”, responde Quinn enigmáticamente. “Además, esto no debería ser un problema para un cazador como tú. He leído sobre cómo te entrenan”.

“¿Qué has leído sobre los de mi especie?” El señor vampiro también mencionó algo acerca de tener un registro del entrenamiento de los cazadores. Sin duda, sus secuaces lo traen de regreso cada luna llena.

"Suficiente." Parece que ser dolorosamente obtuso es otro rasgo vampírico que nunca me habían enseñado. "Ahora, date prisa".

Puedes hacerlo, Floriane, me digo. Debes tener confianza y seguridad en la fragua. Esto no es nada. Sólo una gota hasta tu muerte. Estarás bien.

Respiro profundamente, lo contengo y doy un paso adelante.

Debajo de la nieve hay una capa de hielo, más gruesa en algunos lugares que en otros. Muevo mis pies lentamente, asegurándome de que las suelas de mis botas hayan encontrado su agarre antes de continuar. Continúo estudiando las ventanas y arcos oscurecidos. No hay ni una sola señal de vida aquí más allá de nosotros. Esperaba que toda la horda de vampiros estuviera deambulando por estos pasillos. Pero se sienten vacíos. Solitario, incluso.

Una ráfaga de viento especialmente violenta amenaza con derribarme. Dejo escapar un grito y caigo de rodillas, aferrándome al hielo y la piedra para salvar mi vida. El mundo debajo de mí se vuelve borroso, volviéndose aún más distante, alejándose como si quisiera

tragarme. Cierro los ojos con fuerza. Mi visión se oscurece y me siento débil.

"No tenemos toda la noche, cazador". Quinn da un pequeño salto desde el contrafuerte hasta la ventana abierta de una torre. Ni siquiera le importa si muero. Por supuesto que no, es un vampiro.

La única persona que me mantiene con vida soy yo mismo. Puedes hacerlo.

Manteniendo mi centro de gravedad bajo e ignorando la helada helada, me arrastro hasta el otro extremo del pasillo. El alféizar de la ventana parece muy lejano; se retira más cuanto más lo miro. Reúno mis piernas debajo de mí y mi coraje al mismo tiempo. Si no me muevo, quedaré congelado en el lugar para siempre.

*¡Hazlo!*grita la parte de Drew que vive dentro de mí. Él siempre supo lo fuerte que debía presionarme durante nuestros entrenamientos de medianoche.

Salto y estiro ambos brazos hacia adelante.

Es un mal salto. Aterrizo torpemente, de cara primero, cayendo. Pero todos mis miembros están dentro y no puedo contener un monumental suspiro de alivio. El monstruoso rostro de Quinn aparece sobre mí.

"Esperaba más de un cazador".

“¿Quizás te estoy atrayendo hacia una falsa sensación de seguridad?” Suena ridículo dada mi actuación, incluso para mis oídos y, a juzgar por la sonrisa de satisfacción de Quinn, también lo parece para él.

"Tal vez deberían entrenarte más con las alturas en lugar de dejar que los de tu clase se revolquen en la tierra". Él comienza a bajar las escaleras, dejándome recomponerme y correr detrás de él, mordiéndome la lengua con el ceño fruncido.

Pasamos varias puertas, cada una cerrada con un pesado candado. ¿Están diseñados para mantener alejado a algo o a alguien? ¿O dentro? Después de un largo rato, empiezo a escuchar un suave llanto. Al principio creo que es el viento. Pero luego me doy cuenta de que está demasiado cerca y demasiado lejos... No me atrevo a pensar en un ser humano-vampiro.

"¿Qué es eso?" Pregunto.

"No hay nada de qué preocuparse".

No puedo volver a preguntar.

Cuando llegamos al final de las escaleras y entramos al santuario interior del castillo, vi una vez más al señor vampiro. Se encuentra al

fondo de una capilla, ante un altar semicircular. Anillos de piedra irradian de él como ondas en el suelo. A distintos intervalos, los candelabros iluminan las tallas y estatuas de hombres y mujeres contorsionándose, con la boca con colmillos abiertos en éxtasis, que trepan por los pilares a ambos lados, sosteniendo el alto techo.

Sobre el altar está esculpida la estatua de un hombre con los brazos extendidos y sosteniendo un libro. Anillos de poder tallados y grabados se originan en sus páginas y giran a su alrededor. Tiene sus ojos pétreos vueltos hacia el cielo y los labios ligeramente entreabiertos como si estuviera rezando. En su frente hay una corona hecha de metal negro que se arquea como una red de colmillos desde su frente, con un gran rubí en el centro.

"Bien, lo lograste", murmura el señor vampiro, continuando con lo que sólo puedo asumir que son herramientas mágicas en el altar. Mueve una copa varias veces de un lado a otro entre las velas.

"No hay problemas, Lord Ruvan", informa Quinn. Lo miro por el rabillo del ojo. Claro, llegué aquí. Pero ciertamente no diría que lo hice sin problemas. ¿Está siendo amable al no compartir mi vergüenza? No, esta es otra estratagema para hacerme bajar la guardia.

"Me alegro de que todavía estés fuerte y estable". El señor vampiro llama su atención hacia mí.

“Es bueno que no hayamos esperado unos días más. Entonces podría estar demasiado débil para usar el atajo exterior y habría tenido que atravesar el castillo. Tal vez podría haber abierto tu puerta en el camino”.

Ruvan gruñe oscuramente divertido y no muerde el anzuelo, negándose a dar más detalles sobre por qué no entré al castillo y volviendo al altar. Su amarga sonrisa conlleva un sinfín de palabras no dichas.

"Bien, por cierto", dice finalmente. “No perdamos más tiempo y procedamos con nuestra comunión”. Con la palma abierta, me indica que me pare a su lado.

Tan cerca de él, puedo ver cada arruga antigua y nudosa de su rostro. Bolsas cuelgan debajo de sus ojos, dobladas sobre sus mejillas. Sin embargo, sus ojos, por más horripilantes que sean, siguen siendo brillantes y agudos. Inteligente. Son los ojos de un erudito hambriento... o de un estratega militar despiadado.

No se parecen en nada a los ojos inexpresivos del vampiro que he conocido.

El señor vampiro se enfrenta al altar. “Sangre de los viejos reyes, bañada por la luz de la luna”, entona, devolviendo mi atención a sus movimientos. Toma una copa llena de un líquido negro y espeso. Lucho contra el escalofrío.

“Sangre fresca de la descendencia, donada gratuitamente”. El señor vampiro se lleva la mano a la boca y muerde la suave carne alrededor de la base de su pulgar. Sangre igualmente oscura gotea dentro del cáliz. Habla con suave reverencia y se mueve con determinación, confiado y fuerte a pesar del estado de su cuerpo. “Traigo a luz el linaje antiguo, el rey al que he jurado lealtad y el juramento a mi pueblo sobre el cual hacer mi voto. Vengo ante el lugar de origen de la tradición de la sangre, para rendir homenaje, ofrecer reverencia y potenciar mi magia”.

Pone el cáliz entre nosotros al borde del altar. Con reverencia, me entrega una daga de plata. “La sangre debe donarse gratuitamente. Un juramento de sangre no puede hacerse bajo coacción o coerción. Tienes que hacer esto voluntariamente o la magia no funcionará”.

"Los de tu clase no tienen problemas para tomarlo normalmente".

“Siempre damos la opción de que se entregue voluntariamente”, responde. Lanzo una risa que golpea las frías paredes de este salón cavernoso. ¿Danos una opción? ¿Realmente cree que creeré eso? Ruvan se hincha ligeramente, como si intentara inflarse como un pájaro depredador. "Te burlas de mí y de mi amabilidad".

"No conoces la bondad", respondo. “¿Cómo es que todo esto está dispuesto de mi parte?”

"Puedes irte". Las palabras son firmes, pero sus ojos son desesperados y casi... tristes. Sólo me enoja más. ¿Cómo se atreve a estar triste en esta situación después de todo lo que me ha hecho a mí y a mi pueblo?

"Y muere." Sacudo la cabeza y espero a que pase el sabor amargo que ha puesto en el fondo de mi boca. Parece como si estuviera a punto de hablar, pero lo interrumpí. “Bien, sí, terminaré tu juramento de sangre de buena gana. ¿Qué debo hacer?"

Los tendones del cuello de Ruvan se tensan. Él fuerza con los dientes apretados: "Ofrece tu sangre al cáliz y di que haces este voto por tu propia voluntad".

Mantengo mi antebrazo sobre el cáliz y me corto la parte posterior del brazo con la hoja. Perforar la piel de mis palmas sería una tontería; me impediría agarrar con eficacia. Una cosa que me ha enseñado la forja es a conservar mis manos.

“Hago el voto libremente”. Apenas puedo evitar el sarcasmo en mi voz mientras la sangre gotea hacia el cáliz de abajo.

"Dilo como si lo sintieras. Átate a mí”. Las palabras casi son un gruñido desde lo más profundo de su garganta.

Inspiro lentamente. Tengo muchas cosas que quiero decirle. Pero forzar mi suerte antes de que termine este juramento de sangre probablemente sea una mala idea.

“En sangre y cuerpo, me uno a ti, Señor de los Vampiros”. Mi voz comienza fuerte y luego se desvanece en un susurro. Una ráfaga recorre mi cuerpo y hormiguea la parte posterior de mi cuello, haciendo que mi pecho se sonroje ante la sensación.

Tan pronto como termino de hablar, una columna oxidada se eleva del contenido de la taza. Huele a sangre y a metal, sí. Pero también huele un poco… ¿dulce? Como el primer rocío de la mañana justo antes de que salga el sol. Quizás incluso floral. ¿Madreselva, tal vez? ¿Orquídea? Es la primera vez que veo algo relacionado con la magia vampírica que no me disgusta inmediatamente.

Ruvan levanta el cáliz y lo sostiene entre nosotros mientras continúa inmovilizándome con su mirada. "Coloca la palma del otro lado".

Sí. Mis dedos casi tocan la base de su muñeca. Sangre fría y pegajosa corre por el cáliz entre nuestras manos. ¿Todavía no ha sanado? Pensé que los vampiros podían sanar en cuestión de segundos. Me pregunto si podría haberlo matado, si debería intentarlo. Busco rápidamente cualquier cosa que pueda usar como arma, pero no hay nada, y Quinn todavía permanece como guardia solemne. Él estaría sobre mí si me saliera un paso de la raya. He vivido toda mi vida perseguido entre paredes y, sin embargo, nunca me había sentido tan atrapado.

¿Calculé mal los riesgos y beneficios de este juramento? Todo está sucediendo muy rápido.

¿Qué he hecho?

“Te prometo que mientras estés bajo mi cuidado serás un invitado del Castillo Tempost. Se os brindará todo tipo de protección y hospitalidad. Nadie bajo mi control os hará daño en las tierras que protejo”. Sus palabras son lentas y profundas con un propósito. Se hunden en mi médula, como si estuviera encerrada en el juramento mágico que él está forjando. “Y cuando hayas cumplido tus votos conmigo, te traeré de regreso al mundo al que perteneces. Volverás por donde viniste, libre de daño”.

"Y ni tú ni el vampiro bajo tu control volverán a cruzar el Velo para atacar a los humanos de nuevo", agrego apresuradamente.

Parpadea tres veces. Su boca se curva en una lenta sonrisa, más amenazadora que amable. “Y ni yo, ni nadie bajo mi control, vendremos a vuestras tierras para atacar a los humanos para siempre una vez que se haya roto la maldición”, añade. "Ahora, hazme tu promesa".

“Prometo ayudarte en todo lo que pueda para romper la maldición que pesa sobre ti y tu pueblo”. Mi mente da vueltas, tratando de pensar en qué más podría necesitar decir. Parece estar pidiendo muy poco. Pero no puede ser tan simple...

"Y, mientras lo haces... juras no poner un dedo en peligro ni a mí ni a nadie que me sea leal".

Mis músculos se tensan. Trabajo para mantener mi respiración lenta y uniforme. Había dicho que este voto, una vez hecho, no podía romperse; si lo fuera, moriríamos. Lo que significa que, si digo estas palabras, no podré atacarlo sin atacarme también a mí mismo.

Pero si puedo encontrar una manera de matarlo, con mucho gusto daré mi vida por ello. Dudo que encuentre una manera de escapar vivo de este lugar. Este voto me dará tiempo para encontrar un arma plateada. Me ayudará a aprender sus movimientos y poderes. En el peor de los casos, sacrificaré mi vida para quitarle la suya. En el mejor de los casos, estaré listo en el momento en que se rompa la maldición.

"Juro no hacerte daño a ti ni a nadie leal a ti mientras trabajo para romper la maldición".

Sus ojos brillan. Él conoce mi intención. Él sabe que mientras estoy aquí, haciéndole votos de protección y fidelidad, estoy planeando su muerte. Él podría impedirme actuar según esos deseos, pero no puede impedirme pensar en ellos, y así es como sé que mi mente sigue siendo mía. El cáliz tiembla entre nosotros mientras ambos lo aferramos con fuerza. Aferrándonos a nuestras esperanzas y planes secretos con toda la desesperación que podamos reunir.

“Acepto tu voto”, dice finalmente. El señor vampiro me quita la copa de las manos y se la lleva a los labios. Bebe profundamente.

La carne de Ruvan se llena, los músculos se tensan contra su ropa donde antes colgaban fláccidas. Su piel pasa de estar sin vida a luminiscente. Resplandece bajo la luz de la luna que entra por la enorme ventana circular sobre la estatua. La oscuridad cae de sus ojos como lágrimas de tinta. Parpadea para eliminar las impurezas, revelando la parte blanca, como lo habría hecho cualquier humano

normal. Sus iris todavía son amarillos, pero adquieren un tono dorado profundo y arremolinado. El cabello que antes era grasoso y enmarañado ahora brilla como si hubiera sido recién lavado y relajado, el blanco enmarca un rostro repentinamente etéreo.

Ha pasado del monstruo de mi peor pesadilla a un hombre sacado directamente de un sueño. La muerte embellecida es de algún modo mucho peor, mucho más siniestra, que su forma original.

El señor vampiro me mira como diciendo: He aquí, mírame en toda mi gloria. Me pregunto de quién será la cara... tal vez fue una que robó hace mucho tiempo. Pensé que los vampiros sólo podían robar las caras de las hostias recién consumidas, pero eso podría ser tan equivocado como tantas otras cosas. Pero no importa, porque he visto su verdadera forma. Y sé que debajo de ese exterior repentinamente dolorosamente atractivo está la verdad del monstruo que es. La niebla negra sigue sus movimientos como un poder enojado y sensible mientras sostiene la taza hacia mí.

“Ahora bebe”.

“Acepto tu voto”, hago eco de sus palabras y tomo la copa con ambas manos. Me encuentro con su mirada fundida mientras, por segunda vez, me preparo y bebo una bebida mágica e inesperada que me arrojan, obligándome a no tener arcadas. Y al igual que el elixir del cazador que me dio Drew, este se quema por completo. Dejo escapar un grito ahogado y me agarro el pecho mientras mi corazón late más fuerte que un martillo y más rápido que las alas de un colibrí. De repente mi respiración se vuelve ruidosa. Nunca he sido más consciente de los sonidos que hace el aire al pasar a través de mí. Puedo escuchar la sangre corriendo por mis venas y mis tendones gimen mientras se tensan entre el hueso y el músculo tenso.

Golpeo mi mano contra el altar. Monedas de oro y dagas tintinean contra otros cálices dorados. Mantengo mis ojos fijos en los suyos, con los dientes apretados. No le daré a este monstruo la satisfacción de verme de rodillas.

El pozo de mi garganta arde como si me atravesaran el cuello con una daga candente. El arma invisible se curva y cae sobre mi pecho. Sin previo aviso, mi corazón se detiene. Puede que sólo sea un segundo, pero el tiempo existe en el hueco de mi pecho, donde debería haber un latido. Beat, lo haré.

Mi respiración se corta.

El mundo da una revolución completa y se detiene bruscamente.

"Recuerda respirar", dice suavemente.

Inhalar. Exhalar. El ardor interior comienza a disminuir. A medida que se desvanece, es reemplazado por una oleada de poder puro. La debilidad de mis músculos desaparece. Miro la parte posterior de mi antebrazo y observo con fascinación cómo mi piel vuelve a su lugar. Mi fuerza ha regresado, y algo más.

Este es el poder del Elixir del Cazador... pero más profundo. Más rico. Más profundo y completo. Miro al señor vampiro. Una sonrisa creciente corta sus labios ante mi disgusto, sus dientes tan pálidos como la luz de la luna que perfila sus hombros. Por supuesto, elegiría el rostro más dolorosamente bello de todo lo que ha robado. Pero si cree que eso hará que yo esté menos inclinado a odiarlo, a matarlo, está profundamente equivocado.

Se inclina hacia adelante pero no me toca. Su aliento mueve los mechones de cabello cerca de mi oreja y envía escalofríos por la nuca.

"Mi poder es embriagador, ¿no?" él susurra. "¿Quieres mas? Rompe la maldición sobre mi gente, querido cazador, y podré mantenerte ebrio con mi poder hasta que tu cuerpo ya no pueda soportarme. Se aleja, el cabello cayendo sobre sus ojos, ensombreciéndolos con el mal que sé que es real, porque lo ha grabado en mi alma.

Es difícil no estrangularlo. Pero mi cuerpo se rebela ante la mera idea de hacerlo. Aparto la idea de mi mente, incapaz de manejar la sensación de mareo y náuseas que de repente me llena con sólo pensar en hacerle daño. Vuelve mi miedo anterior: ¿Qué he hecho?

"Ahora, ven... te mostraré tus habitaciones y luego podrá comenzar el verdadero trabajo".

CAPÍTULO 9



Salimos los tres de la capilla. Espero que volvamos por donde vinimos, pero no lo hacemos. En cambio, bajamos por la escalera con muchas puertas cerradas. Ruvan levanta un enorme llavero de una clavija de la pared y lo sujeta a su cinturón mientras comenzamos nuestro descenso.

Mantengo mi atención en el camino por el que me está llevando, tratando de mantenerme orientada en este castillo laberíntico. Pero es inútil. Me encuentro continuamente distraído por las cosas más extrañas. El leve olor a carne chisporroteando roza mis fosas nasales. Hay corrientes en el aire, azotando mis tobillos, enredándose con mis dedos, como si hubiera una vida en este lugar que no había sentido antes.

La magia vampírica todavía fluye en mí, amenazando con marearme a cada paso por ser tan abrumador. Me preparo para cada ola que choca contra mí para no tropezar. Soy más fuerte que nunca, como si pudiera forjar durante un día seguido sin parar y todavía me quedara energía para transportar carbón o almacenar el hierro fundido restante. Sin embargo, también podría ser destrozado en cualquier momento.

Ruvan se detiene en una puerta y la abre antes de pasar. Noto la línea de sal que cubre el marco de la puerta por ambos lados. Él da un paso cuidadoso sobre él y yo sigo el movimiento, con el corazón hundido mientras lo hago.

"Entonces, la sal no hace nada para protegerse de los vampiros". Hizo poco para protegernos a mi madre y a mí del vampiro rebelde

que nos atacó. Me pregunto cuántas casas en Hunter's Hamlet fueron invadidas; las endebles protecciones que pensábamos que teníamos quedaron sin valor. ¿Cuál fue el punto de todo esto? ¿Sabíamos realmente algo sobre los vampiros?

No esperaba que mis pensamientos abatidos fueran escuchados.

"Si y no." Ruvan cierra la puerta detrás de nosotros. “La sal embota los sentidos de un vampiro; obstaculiza nuestra capacidad innata de rastrear y buscar sangre, incluso sangre que todavía está en las venas”. Él se queda quieto y me pregunto si está reconsiderando darme esta información. Tal vez continúe cometiendo esos errores y me cuente los secretos del vampiro. Si alguna vez vuelvo a ver Hunter's Hamlet, se lo llevaré a Drew y la fortaleza. Para mi sorpresa, continúa Ruvan, tras su vacilación. “Así que la sal funciona hasta cierto punto: si un vampiro no sabe que hay una persona detrás de una puerta, no la sentirá ni la buscará. Pero si pueden ver a la gente dentro, la sal no sirve de mucho”.

“¿Por qué lo tienes aquí?” Pregunto.

Él se estremece. Ruvan es bueno manteniendo la compostura, se lo concedo, pero no extraño su breve mueca de dolor. Y noto la cualidad repentinamente distante en sus ojos.

"Por protección."

"¿Necesitas protección contra los vampiros?" Arqueo las cejas con incredulidad.

"Vampir, y contrariamente a lo que puedas creer, hay monstruos mucho peores que nosotros acechando en la oscuridad". Vuelve a señalar la sal. "La sal ayuda".

"Veo." Algo no cuadra. Dice que la sal diluye los sentidos de un vampiro, pero eso no explica cómo el vampiro me sintió cuando estaba dentro de una casa bien salada; no me había visto. Quiere que piense que él y sus aliados son débiles, o que simpatice con ellos. Decido nuevamente que no seré presa de sus juegos mentales.

"Tienes más preguntas", dice suavemente cuando Quinn pasa.

"Cosas que dudo que me digas", respondo.

Nos miramos con recelo mientras Quinn abre un segundo juego de puertas que conducen a esta escasa antecámara. Me pregunto si Ruvan está haciendo los mismos cálculos que yo. El juramento de sangre nos impide mentir, supuestamente, pero no sé si evitaría verdades a medias. Y Quinn ya ha demostrado que los vampiros pueden ser buenos esquivando preguntas.

"Ven, cazador". Ruvan pasa rápidamente a mi lado y entra por la

puerta que Quinn ha abierto.

Me lleva a un entrepiso que da a un salón de reuniones debajo. Se han reunido algunos vampiros, pero no nos notan. O, si lo hacen, no miran en nuestra dirección. Ruvan rápidamente me hace pasar a través de otra puerta que Quinn mantiene abierta. Pero el sirviente no lo sigue. En cambio, permanece del otro lado mientras se cierra.

"Estas son mis habitaciones", explica Ruvan, guiándome a través de otro conjunto de puertas hasta una sala de estar. "Te quedarás aquí".

“*¿Aquí?"*

“Sí, donde puedo vigilarte personalmente. ¿De verdad crees que te perdería de vista?

"¿Oh? ¿Preocupado porque ataque a tus secuaces? ¿No tienes fe en tu juramento de sangre? Le levanto la barbilla, esperando que muerda el anzuelo y me diga si hay alguna manera de dañar a estos vampiros.

“Tengo fe en que el juramento detendrá tu espada. Pero no le hará mucho daño a tu lengua y no me interesa lidiar con las tensiones que un bruto como tú podría crear. Él frunce levemente el ceño. Elijo ignorar el insulto.

Entonces, ¿por qué no me encierras en una habitación en algún lugar? Sería más feliz si no pasara tiempo con nadie de tu especie”.

“Qué pena, cazador. Vas a tener que arreglártelas para trabajar con todos nosotros si quieres volver a ver esa choza que llamas hogar”. Se burla levemente. Ahora es mucho menos temible con su rostro fresco y atractivo. Cuando su piel estaba cubierta de cuero y sus colmillos al descubierto, parecía una bestia antigua. Ahora se parece a cualquier otro humano.

No... eso no es del todo cierto. Todavía se mueve con la gracia imposible del vampiro. Su cabello es luz de luna y sus ojos son oro fundido. Y sus colmillos todavía están presentes, aunque no tan pronunciados. Incluso las cosas sutiles de su apariencia no son del todo humanas; es como un retrato viviente, demasiado fino para ser completamente real. Demasiado encantador para ser normal.

“O…” continúa Ruvan. "¿Estás protestando porque estas habitaciones no son lo suficientemente cómodas para un cazador delicado?"

"La verdad es que todo lo relacionado con este acuerdo es incómodo", digo directamente.

"Excelente. No quisiera que te sintieras cómodo y te quedaras mucho tiempo.

"No hay posibilidad de que eso ocurra", le aseguro con un tono que

espero transmita lo obvio que es. Recojo mi altura. Lo cual no es mucho. Soy algo rechoncho de estatura y los músculos que la forja me ha inculcado enfatizan el físico. "¿Pero qué hay de ti? ¿Será incómodo tener un humano entre ustedes?

Él no retrocede; en cambio, infla ligeramente su pecho. "Nunca podrías hacer nada que me hiciera sentir incómodo".

"¿Es eso un desafío?" Mis labios se partieron cuando le enseñé los dientes, tratando de hablarle en un idioma que él entienda: amenazas. Él refleja la expresión. Sus colmillos son mucho más temibles de contemplar.

“Por supuesto”, invita, extendiendo los brazos. “Hazme sentir incómodo. Te doy la bienvenida." Da medio paso hacia adelante. Parpadeo rápidamente y me inclino. En realidad no esperaba que lo hiciera... Se ríe. A mí. "No lo creo".

Intento recuperar mi compostura. “No tengo ningún interés en jugar. Estoy aquí para matar”.

"Bien." Ruvan baja ligeramente la barbilla. Una sombra cae sobre sus ojos y su expresión se oscurece, creciendo en intensidad. Estamos a un respiro el uno del otro. Está tan cerca que puedo ver los rayos dorados tan brillantes que son casi platino, estallando como estrellas alrededor del negro de sus iris. Está lo suficientemente cerca como para poder alcanzarlo y estrangularlo. Pero el mero pensamiento hace que me tiemblen las manos. "Sé que pasarás todos los días de este acuerdo planeando mi muerte". Sus palabras son lentas. Voz baja con lo que suena como una pena estremecedora, tan profunda que hace retumbar mis costillas. "Reconoce que hice este voto contigo, sabiendo los peligros, sabiendo lo que eres: que sujetaré la correa de una criatura muy peligrosa, una que me morderá la garganta en el primer momento en que me resbale".

Lo que soy... una criatura muy peligrosa, dice, como si yo fuera el monstruo aquí. “Ya he contemplado tu verdadera forma. También sé el monstruo que eres, vampiro”.

Él se burla y se aleja. La tensión que enciende el aire entre nosotros se alivia un poco. Aunque todavía se susurra la promesa de muerte, esperando que uno de nosotros la cumpla.

“Lo que soy…” murmura el señor vampiro, acechando hacia la pared. Agarra una manta que ha sido arrojada sobre un marco y tira de ella para revelar un espejo. La hermosa mentira que es su rostro le devuelve la mirada, yo al fondo.

Mi mirada cambia.

Soy una vez más la mujer que siempre he conocido. Mi piel ha vuelto a su tono leonado natural. No hay venas oscuras y enojadas retorciéndose debajo de su superficie. No hay rubor ni palidez en mis mejillas. Sin embargo, noto una marca negra en la base de mi garganta, en el hueco entre mis clavículas. Tiene forma de diamante con una lágrima larga y delgada debajo. Lo que parecen dos alas de murciélago estilizadas se arquean con gracia a cada lado. Lo toco ligeramente.

"Es mi marca". Se acerca y lo mira pensativamente. “Una firma de mi sangre, de mi magia. Significa que estás vinculado a mí”.

Inspiro lentamente y observo cómo los músculos de mi cuello se tensan contra la marca. Se mueve con mi piel como si estuviera tatuado allí. Él se ríe.

“No te preocupes. Una vez que nuestro trato haya concluido y el voto haya sido cumplido, este desaparecerá de ti”.

"Bien." Bajo mi mano y le frunzo el ceño.

Se inclina hacia adelante, su nariz casi tocando la mía. "No temas, el odio por llevar la marca del otro es mutuo". Se alcanza el cuello y desabrocha el botón superior con destreza, incluso con una sola mano. Mis ojos se sienten atraídos instantáneamente por el movimiento y un rubor sube hacia mis mejillas a mi pesar. Mi fascinación por un hombre desnudándose se apaga instantáneamente cuando tira la camisa a un lado, revelando un contorno de diamante con un diamante más pequeño en el centro. Dos formas de hoz lo envuelven desde cada lado, con puntas en forma de gancho que sobresalen de sus extremos.

"¿Qué es eso?"

"Tu marca".

Mío… “Pero no soy un vampiro”.

"Vampir", corrige inútilmente. Nunca haré el ajuste, especialmente en su nombre. “Y no dije que fueran una marca del vampiro, sino una firma de la sangre de un individuo. Tu sangre contiene el poder de tu vida misma, que se enriquece con cada experiencia que alguna vez has tenido o llevarás contigo. No hay dos marcas iguales”.

esa es mi marca, pienso mientras se aleja. Mis ojos están fijos en él incluso mientras se abotona la camisa una vez más, reubicándola. Estoy en el mundo del vampiro. He hecho un juramento de sangre con el señor vampiro. Pero lo que finalmente sacude mi núcleo es esto:

Mi sangre.

Mi sangre muy humana.

Tiene magia.

"¿Hay magia en mí?" Yo susurro. No había sido mi intención que se me escapara el pensamiento.

Se gira y alza una ceja en forma de media luna. “Por supuesto que sí. Otros podrían haber asumido que los humanos no eran nada mágicos, pero el vampiro sabía la verdad: todos tienen poder, si lo reclaman”.

El poder se hace, no nace., eso es lo que me dijo Drew hace mucho tiempo cuando le pregunté por qué Davos lo había elegido como estudiante especial. Cualquiera podría volverse poderoso. Todo lo que hizo falta fue trabajo duro y orientación. Por eso Drew volvía a verme a escondidas, casi todas las noches. Somos gemelos, decía. Si yo puedo volverme fuerte, tú también puedes. Juntos, llegamos a ser más de lo que éramos, de lo que alguna vez pensamos que seríamos. Me pregunto si Davos sabía que realmente nos estaba entrenando a ambos. Probablemente no. Si lo hubiera hecho, nunca habría seguido enseñando a Drew.

Cruzo hacia mi reflejo. El señor vampiro continúa mirándome mientras froto suavemente la marca en mi cuello. Su expresión permanece cautelosa e imposible de leer. No tengo idea de cómo yo, una humilde doncella de forja, terminé aquí, marcada por un señor vampiro y vestida como una cazadora. Todavía tengo mis ojos negros y cabello oscuro, las familiares cicatrices y quemaduras en mis brazos, en mi mejilla derecha debido a un accidente de fragua cuando tenía doce años, pero difícilmente me reconozco de otra manera.

"¿Quieres aprovecharlo?" Me saca de mis pensamientos.

"¿Aprovechar qué?"

“El poder sin explotar en tu sangre que tus ancestros nunca tuvieron”. Ruvan sonríe levemente. Es engreído. Tan satisfecho de sí mismo que podría sentirme fascinado por algo de su mundo. Reprimo mis pensamientos. Esos serán sólo para mí.

"Por supuesto que no. No soy un vampiro y no quiero tener nada que ver con ellos”.

"¿Oh? Tener un juramento de sangre para alguien ciertamente es 'cualquier cosa que ver' con un vampiro”. Su presunción se intensifica.

"Esto es un acuerdo, nada más". Me alejo del espejo y me abrocho la armadura por completo. Desearía poder controlar mis pensamientos acelerados con la misma eficacia.

"Sí, claro." Ruvan se vuelve hacia la puerta. “Ahora que has visto tus habitaciones, te presentaré el resto de mi pacto”.

“¿Tu pacto?”

"Sí. Mis leales caballeros, aquellos que me han hecho un juramento a mí, a esta tierra y a nuestros parientes. Mi propio grupo de cazadores, por así decirlo”.

"¿Estás seguro que quieres? ¿Ya no te preocupa mi lengua afilada? No estoy seguro de querer conocerlos. Estaría muy feliz de esconderme en esta habitación tanto como pueda mientras intento recuperar el aliento. Están cambiando muchas cosas y apenas he tenido oportunidad de mantenerme al día. "Además, ¿qué dirán cuando descubran que su ilustre señor vampiro ha hecho un trato con su enemigo jurado?"

“¿Cuestionas a tu señor cazador?”

Frunzo los labios. No tengo idea de lo que sucede en la fortaleza y eso hace que responder sea peligroso ya que todavía no sé cuánta información tienen estos vampiros sobre Hunter's Hamlet o de dónde la obtuvieron.

"No pensé." El abre la puerta. "Ahora ven."

Retrocedemos a través de las puertas y pasamos a Quinn, quien esperó obedientemente. El pasillo es un poco más ruidoso ahora; la charla de varias personas resuena por encima del punteo de lo que suena como un violín. Aunque el entresuelo de la habitación está muy arriba, casi puedo distinguir cada palabra pronunciada, algo que estoy seguro que no podría hacer antes de convertirme en un Juramentado de Sangre.

Otro recordatorio más de lo que he hecho y cómo he cambiado. Fue la decisión correcta, trato de recordarme. Pero mi voz interna es más débil que antes. Nada se siente bien. Mi propia piel está incómoda y mis sentidos me juegan una mala pasada. Una semilla de odio se abre paso en mí por mi propia sangre. Por el poder que siempre ha estado ahí pero que nunca quise, nunca pedí. A lo sumo quería mantener a mi familia a salvo y tal vez ver el océano con mi hermano.

¿Cómo terminé aquí?

"Son más audaces que antes", se queja un hombre.

“Más audaz. Más fuerte. Cada vez más testarudo”, añade otro hombre con una voz suave y onírica.

“Al menos tenemos su sangre”, dice una mujer a la ligera. Entonces es cuando me da un escalofrío: están hablando de Hunter's Hamlet. Mis oídos empiezan a zumbar hasta el punto de que apenas escucho el resto de sus conversaciones, como si mi cuerpo estuviera físicamente tratando de bloquearlas.

“Es muy poco lo que se da gratuitamente”, se lamenta el segundo hombre. "Tendremos que purificar el resto como podamos".

"¿Purificar? La sangre a la fuerza es basura”, murmura la mujer.

"Haré lo mejor que pueda", dice la voz suave.

El desplume se detiene. “¿Será suficiente?” Una segunda mujer.

“Tendrá que serlo”, dice Ruvan mientras descendemos la escalera que rodea la parte trasera del pasillo, conectando el entrepiso con el área de reuniones de abajo.

Todos se ponen de pie en el momento en que me ven. Trago saliva y me concentro en mis pies para evitar tropezar. Ahora soy una cazadora, no una doncella de la forja; No me permitiré mostrar mi miedo. Nos miramos a los ojos y el aire se vuelve espeso, como ocurre justo antes de que estalle una pelea.

CAPÍTULO 10



Aprieto mis manos en puños. Incluso con esta nueva fuerza, todo lo que se necesitaría serían dos de ellos, como máximo, para inmovilizarme. Podrían romperme como a un juguete si quisieran.

Ruvan también debe poder sentirlo, porque da un paso adelante, colocándose físicamente entre el resto de ellos y yo. "Este es el miembro más nuevo de nuestro pacto".

“Mi señor…” comienza el hombre con la voz profunda y ronca, y luego pierde las palabras en el camino. Está tan pálido como las montañas nevadas del exterior, e igual de enorme. Todo su cabello castaño oscuro abandonó su cabeza y se instaló en su barbilla.

“Ese es un cazador”, termina una mujer, acercando su violín a la mesa. Largos mechones de cabello rubio pálido se deslizan sobre su hombro con el movimiento. Es casi del mismo color que sus ojos, como todos los ojos de ellos.

"Y ella ha jurado sangre conmigo". Ruvan cruza las manos en la parte baja de la espalda.

La mujer que escuché reír antes deja escapar un grito de incredulidad. Se coloca su largo flequillo de color marrón oscuro detrás de la oreja. Su cabello es corto, como el mío, de un lado. La otra mitad de su cabeza está afeitada y marcada con cicatrices que recorren su cuello, huellas fantasmales a través del tono sepia de su piel. "No puedes hablar en serio".

"Mortal."

Hasta aquí su redil no lo cuestionó. Miro al señor vampiro por el rabillo del ojo. Su mandíbula está apretada. La presunción me inunda

pero no dejo que se note. Hacerlo sería una tontería.

“¿Tú… estás jurado de sangre con un humano?” El hombre corpulento se resiste.

“¿Y un cazador además?” El hombre de voz suave y piel oscura se ajusta sus gafas circulares como si intentara verme mejor. Su cabello negro ha sido fuertemente trenzado contra su cuero cabelludo, el resto recogido en un moño regordete en la parte posterior de su cabeza.

"Hice. Ella nos ayudará a romper esta maldición, de una vez por todas. No es que vayamos a llevarla a las profundidades mientras ella se marchita por el simple hecho de existir en Midscape”.

“Lo admito, es lógico”, murmura el hombre con gafas. "Simplemente no lo había calculado".

“¿No calculaste algo?” La rubia jadea.

El hombre de voz suave pone los ojos en blanco, desvía la mirada y rápidamente vuelve a mirarla antes de apartarla nuevamente.

"Los cazadores sólo se preocupan por sí mismos". El hombre pálido con voz ronca me mira con furia. Puede que tenga la constitución de una pequeña montaña, los músculos abultados, amenazando con tragarse el cuello y las orejas enteros, pero a menudo encuentro que músculos como esos son sólo para mostrar. Por otra parte, no creo que quiera saberlo en este caso.

“Ella se está cuidando a sí misma”. Los ojos de Ruvan vuelven a mí con una mirada casi expectante. ¿Quiere que diga algo? Sonrío levemente y lo dejo luchar entre sus caballeros. Ruvan resopla. "Prometí que si ella me ayudaba a romper la maldición sobre los de nuestra especie, nunca volveríamos a cruzar el Velo para cazar a su gente".

“¿Vas a dejarlos ir, libres de castigo, después de todo lo que han hecho?” La pequeña mujer ya no se ríe. Casi parece que podría llorar o asesinar algo. “Ruvan…”

“Ya está”, espeta. “Diría más palabrotas si eso significara que nuestro pueblo estaría libre de esta plaga. Hemos perdido demasiados y sólo nos quedan unos pocos ciclos; de lo contrario, estamos muertos, todos nosotros”. La frustración irradia de sus hombros mientras se gira a medias para mirarme. “Este es mi pacto. Trabajará estrechamente con ellos, así que trate de ser cortés, si puede manejar los aspectos básicos del decoro. Ninguno de ellos te hará daño, según las condiciones de nuestro voto”. Ruvan procede a presentarlos, señalando con la palma de la mano a cada uno por uno.

"Nuestra sirena que toca el violín es Winny".

"Cuarto de sirena", dice, algo tímidamente, pero sus ojos son tan duros como el oro que parecen.

"Ventos es nuestro músculo".

El hombre corpulento cruza los brazos sobre el pecho, acentuando sus bíceps.

"Si necesitas algo de táctica o conocimiento, no hay nadie mejor que Callos".

El hombre con gafas se lleva una mano al pecho derecho y hace una profunda reverencia. Cada pliegue de su ropa está cuidadosamente planchado. Ni un poquito fuera de lugar. Es claramente alguien que aprecia la forma sobre la función y no me parece amenazador... a menos que ese sea su plan.

"Lavenzia es..."

“El práctico”. Ella sonríe ampliamente, mostrando los colmillos. La mujer más baja tiene mucho cuerpo. Fácilmente podría haber una fuerza incalculable bajo sus curvas y, dadas sus cicatrices, es probable que la haya.

"Y has conocido a Quinn".

Apenas me mira mientras se acerca a la mesa. Llena con agua un cáliz de oro, no muy diferente al que había sobre el altar. Luego lo llena con tres gotas de un frasco de obsidiana. El vial es similar al que me dio Drew. Inquietantemente…

“¿Qué hay en el vial?” Pregunto.

Todos comparten una mirada. Callos es quien responde: “Sangre”.

Sin duda, tomadas de los cazadores en la noche de la Luna de Sangre.

Mis pensamientos son interrumpidos cuando, justo ante mis ojos, la carne de Quinn se llena. Su piel leonada es un tono más oscura que la palidez de Ruvan y Ventos. Sus ojos recuperan la claridad, la oscuridad goteando por sus mejillas en riachuelos. Los mechones de cabello se llenan en su cabeza, reemplazados por mechones de color marrón oxidado, atajos y ligeramente levantados en el frente. Sus labios se hinchan en un puchero, complementado por sus ojos tristes e intensos.

Beben sangre humana para ocultar sus formas monstruosas. Debe ser por eso que necesitan cazar humanos en luna llena y por eso parecen cadáveres tambaleantes cuando lo hacen. Quizás beber sangre constantemente es lo que les permite hablar y pensar: por qué estos vampiros son sensibles en comparación con los que normalmente nos atacan.

"Y, mi pacto, este es... es..." Ruvan hace una pausa, parpadeando

varias veces hacia mí. "No tengo tu nombre."

Sonrío triunfalmente. Había estado esperando que él se diera cuenta de esto. Haberle ocultado esto durante tanto tiempo podría ser una victoria pequeña e insignificante. Pero de todos modos es una victoria. Ahora tengo algo sencillo que puedo usar como prueba para el juramento de sangre.

"Mi nombre es..." El nombre falso que había estado planeando dar se me pega en la garganta. Lo aclaro con una tos. Entonces lo que dijo era verdad. No podemos mentirnos unos a otros. O al menos no puedo mentirle. Tendré que encontrar una manera de probar que a él le pasa lo mismo, solo por seguridad. "Riane", digo, demostrando que se pueden decir verdades a medias. Otro buen dato.

"¿A cuántos vampiros has matado, Riane?" Pregunta Ventos, acariciando su barba, de un tono oscuro profundo.

"Uno", respondo honestamente, luego inmediatamente desearía haber inflado el número para sonar más amenazador.

"¿Uno?" se burla. "Mentir."

"Piensa lo que quieras". Me encojo de hombros.

"Ella es joven". Winny vuelve a sentarse y se acerca el violín al pecho. Lo toca suavemente, sin tocar nada en particular. Las notas son agudas y agudas, chirriantes en comparación con su melodía anterior. "No hay manera de que ella pudiera haber matado a muchos".

"Ella está diciendo la verdad", dice Ruvan con suficiente convicción que refuerza su capacidad para distinguir la verdad de la mentira.

"Por el hecho de que trajiste a un humano aquí, supongo que el ancla no era el maestro cazador, como sospechabas". Callos me quita el tema de conversación y habla directamente con Ruvan. Los demás se calman. Hay un brillo de complicidad en los ojos de Callos. Ruvan se pone rígido a mi lado.

Una sensación repentina y opresiva se posa sobre mis hombros. Al principio creo que es un luto por Davos, pero casi nunca sentí amor por el viejo cazador grisáceo que guardaba nuestra ciudad y estaba dispuesto a casarme como a una yegua de cría. No, esto es diferente... Casi puedo sentir mi estómago hundiéndose como si fuera yo quien estuviera en el lugar. Miro a Ruvan. Su rostro es pasivo, pero… Mis nervios están en llamas. Casi puedo ver debajo de la superficie de su expresión. Creo que puedo sentir su pánico.

"El maestro cazador fue asesinado por mi mano, pero la maldición sigue en pie", admite Ruvan a regañadientes.

"Te lo dije." Callos suspira. “He leído todos los libros sobre la historia de la sangre antigua escritos por Jontún y estoy seguro de que el ancla de una maldición debe ser una cosa, no una persona. Especialmente una maldición tan duradera como ésta. Si hubiera sido una persona, ellos y la maldición habrían muerto hace mucho tiempo”.

"Entonces encontraremos el ancla en la habitación que has identificado", dice Ruvan secamente.

"Si puede llegar allí". Lavenzia mira entre Ruvan y yo.

“Ella lo logrará. Ella se defendió de mí”, dice Ruvan solemnemente.

"Intentarías matar al humano que necesitábamos". Winny pone los ojos en blanco.

“Ella no estaba dispuesta a venir pacíficamente; ningún humano lo haría. Es más, en cuanto la vi supe que tenía que ser ella. Ella no era como los otros cazadores”.

Las palabras de Ruvan hacen girar una pequeña bola de calor en mi estómago. Uno lo intento apagar instantáneamente. No me sentiré halagado por él.

"Quieres decir que es algo más que su destreza en combate", pregunta Callos en esa forma tranquila y conocedora que tiene.

"Habían usado la tradición de la sangre con ella y, por eso, podía enfrentarse cara a cara conmigo". La habitación se queda en silencio. El silencio llena el espacio fácilmente, resaltando cuán grande y vacía está la habitación. En esta sala cabrían cincuenta personas. No, cien. ¿Seguramente el señor de los vampiros tiene un vasallo más temible? ¿No han vuelto del otro lado del Velo? O... tal vez... ¿los cazadores mataron al resto?

El orgullo crece en mí. Quizás Hunter's Hamlet esté bien. Quizás Drew fue encontrado en la niebla y salvado por otros cazadores que reclamaron la noche para la humanidad.

"No hay forma." Winny deja de tocar.

“Sé lo que vi. Tenía los ojos inyectados en sangre y rodeados de anillos dorados. Sus venas se hincharon. Quizás no sepas cómo son los ritos de transformación, pero yo sí. He visto los viejos dibujos y rituales, y ella miró la mitad de ellos sin dejar de ser completamente humana y aun así… —Sus ojos vuelven a mí. Sigo guardando silencio. Cualquier cosa que diga ahora podría usarse en mi contra o en mi contra. “Ella irradiaba el gran poder de nuestra especie. Podía sentirla venir tan fácilmente como cualquiera de ustedes.

Siénteme… ¿Quizás así fue como el vampiro supo que estaba en mi casa a pesar de la sal? Si eso es cierto, entonces hay alguna esperanza de que Madre permaneció a salvo durante la noche. Pero si es cierto entonces también significa que realmente tenía algún tipo de poder. Cómo me miré en el espejo cuando llegué por primera vez… ¿era realmente yo?

"Fascinante." Callos se acerca a mí y me mira de pies a cabeza. Odio la sensación de que un vampiro me inspeccione como si yo fuera la rareza. "¿Cómo lo hicieron?"

“Yo…” ¿Qué les digo? Tengo que hacer cualquier cosa para mantener la farsa. Sé que no puedo mentirle abiertamente a Ruvan, pero ¿qué pasa con el resto de ellos? “Soy un cazador”—así puedo mentirles a los demás—“no un erudito. No hago preguntas a mis superiores”.

“Ah, porque la verdadera medida de la lealtad es no cuestionar”, dice sarcásticamente Callos, pone los ojos en blanco y regresa al banquillo.

"Encontraste uno realmente útil, Ruvan". Lavenzia se hunde en su asiento.

“Ella será útil. Ella nos llevará al interior de la puerta. Y si no puede, aún sabrá de los intentos de los cazadores de conocer la sangre. Eso podría darnos algo de claridad sobre cómo hicieron la maldición en primer lugar; ella podría saber algo sin darse cuenta.

Miro a Ruvan por el rabillo del ojo. La forma en que habla hace que parezca que ha estado planificando contingencias con tanta diligencia como yo. Quizás tenga razón y ambos nos necesitamos el uno al otro. Pero si tenemos una opinión similar, entonces eso plantea la pregunta: ¿cómo planea matarme una vez que esto haya seguido su curso?

Si realmente es como yo, ha pensado de varias maneras.

"Sabes que los Sucumbidos se volverán frenéticos ante su olor", dice Winny.

"Callos puede encontrarnos un camino de menor resistencia a través del antiguo castillo", responde Ruvan.

¿Castillo Viejo? ¿Sucumbió? ¿Anclas de maldición? No tengo idea de qué están hablando, pero trato de tomar nota mentalmente de todo.

"Creo que podría ser divertido ver a los Sucumbidos desgarrarle miembro por miembro". Lavenzia se inclina hacia adelante en su silla, con los ojos brillantes. Parece diez veces más letal y ahora compite

con Ventos por ser la persona más aterradora aquí. Quizás sean los juramentos de sangre, pero Ruvan es sólidamente tercero y casi quiero decírselo sólo por darle un golpe.

“Ella es una de nosotros ahora. No desear su muerte”, les recuerda Ruvan.

"No." Ventos se pone de pie y la silla se cae con la fuerza con la que lo hace. Es claramente un tipo impulsivo. “Ella podría haberte hecho un juramento, y podríamos tener el deber de honrar tus órdenes y los juramentos que haces. Pero ella no es y nunca será uno de nosotros. Ella es una cazadora. Ella es el enemigo”. Me señala con un dedo.

Los vampiros actúan de manera muy parecida a los humanos. Emocional. Capaz de hablar. Los vampiros sienten. Y si todos son tan leales a Ruvan… ¿por qué hablan en su contra?

Parecen tener sus propios pensamientos en lugar de ser un grupo parecido a una colmena... Pero son monstruos, los he visto muchas veces, pero no del tipo que siempre me dijeron. Son monstruos que visten la piel de los humanos, beben sangre para obtener sentimientos y emociones humanas, y se disfrazan lo suficientemente cerca de la humanidad como para resultar casi confuso. Quieren que simpatice con ellos, que los vea como no tan diferentes de mí. Bueno, no me dejaré engañar.

"Nunca quisiera ser uno de ustedes", digo en voz baja. Todos los ojos están puestos en mí al instante. "Cumpliré este juramento por toda la humanidad y me libraré de este lugar y del vampiro para siempre".

“Bien dicho”, valora Ruvan. "Cuanto antes rompamos la maldición, mejor; en eso estamos todos de acuerdo".

Ventos asiente de mala gana, endereza su silla y cae pesadamente en ella. Es un milagro que la cosa no se rompa bajo el peso de todo ese músculo.

“Lo que significa que mañana nos dirigiremos al viejo castillo”, declara.

La preocupación y la aprensión brillan en sus ojos. Pienso en las ventanas oscuras que Quinn y yo evitamos. “¿Qué es el viejo castillo?” Me atrevo a preguntar. Ninguno de ellos parece dispuesto a responder. Algunos abren y cierran la boca. Finalmente, es Ruvan quien habla.

“El lugar donde se pudre la podredumbre de tu maldición. Donde verás el verdadero horror de lo que tus queridos cazadores le han hecho a los de nuestra especie”.

CAPÍTULO 11



"Para descender al antiguo castillo, necesitarás tu fuerza", continúa Ruvan. "Así que deberías comer mientras puedas". Él mira al resto de ellos. “¿Se han saciado todos?”

“Sí, pero todavía queda algo”, dice Lavenzia.

"Espera, lo conseguiré". Winny se levanta de un salto y corre por el pasillo, regresando rápidamente con comida (comida humana normal) que pone sobre la mesa.

No importa cuánto exterior duro quiera proyectar, mi estómago me traiciona con un poderoso gruñido. Ruvan se sobresalta y mira hacia mí. Él es el único que parece darse cuenta y, para mi sorpresa, no llama la atención.

En cambio, dice: "Por favor, sírvete tú mismo".

“¿Para que pueda comer el veneno?” Yo respondo.

Suspira profundamente. “No está envenenado. No podría matarte aunque quisiera, ¿recuerdas? Si quisiera, como si no hubiera sido lo principal en su mente todo este tiempo.

"Tal vez tú no puedas, pero ella sí". Señalo a Winny, que está consiguiendo recipientes y utensilios para comer. Ella parpadea varias veces, sorprendida de ser repentinamente el tema de mi atención. "No tengo ningún juramento de sangre hacia ella".

“Me han hecho sus propios juramentos y yo juré que nadie bajo mi mando podría hacerte daño. Nadie te hará daño”. Hay un tono de impaciencia en la voz de Ruvan. "Ahora come."

"Si mi señor." Fuerzo las palabras con cada piedra de disgusto que se ha hundido hasta la boca del estómago. Que Winny traiga los

cubiertos me da una idea.

“Ella no está sentada con nosotros”, se queja Ventos.

"Déjala sentarse", responde Lavenzia a la ligera. Ella apoya una mano en el gran antebrazo de Ventos. “Tendrás que luchar junto a ella cuando llegue la mañana. Creo que eso es mucho peor que compartir mesa. Es mejor que te acostumbres a su presencia más temprano que tarde”.

Ventos mira a Ruvan pero no dice nada más.

"No tengo ningún interés en compartir tu mesa", digo claramente. “Todos hemos dejado bastante claro que se trata de una alianza frágil. No soy uno de ustedes y no tengo ningún deseo de serlo. Comeré solo e interactuaremos lo menos posible”.

"Al menos tienes algo de sentido común". Debería ser un cumplido, pero la forma en que Ventos lo dice deja claro que no cree que los humanos tengan sentido común en general. Ignoro la ofensa y me concentro en la escasa comida que tengo ante mí: carne de cerdo salada y verduras encurtidas.

Reconozco las dificultades cuando las veo. Generalmente hay suficiente para todos en Hunter's Hamlet, gracias a que todos viven vidas tan reglamentadas. Pero ha habido épocas de sequía intensa o lluvias intensas que han limitado nuestras reservas de alimentos hasta el punto de causar dolor de estómago. ¿Por qué el señor de los vampiros come la comida de los pobres en una sala vacía y decrépita con sólo unos pocos caballeros a su lado?

Es una de muchas preguntas, pero todo lo que parece que puedo hacer es: "¿Los vampiros comen comida normal?"

“¿Qué más comeríamos?” Pregunta Quinn.

"¿Sangre? ¿Carne humana?" Pensaría que es obvio, pero cuando la mesa estalla en carcajadas me doy cuenta de que estoy equivocado. Un sofoco me quema el cuello y aprieto los labios para evitar que me invada la cara.

"Los humanos realmente no saben nada sobre nosotros". Lavenzia se sirve unas coles de Bruselas encurtidas.

"Usamos sangre para magia, Riane, no para sustento". El nombre alternativo suena extraño, pero me obligo a acostumbrarme rápidamente a él. Ya le he dado magia que no sabía que tenía y un juramento que nunca quise... Tampoco le daré mi nombre. Un gran peso sigue la declaración de Ruvan, acompañado de una mirada contemplativa que no puedo descifrar. Me pregunto si, de alguna manera, él está sintiendo mi incomodidad como yo sentí la suya. "Al

menos, los verdaderos vampiros lo hacen."

“¿Verdaderos vampiros?” Pregunto.

“Aquellos que no han sucumbido a la maldición. Lo verás mañana”. Hay algo en su tono que me recuerda a un soporte metálico a punto de romperse. Quejándose. Gimiendo. Un sonido que sientes, que te indica que si se le coloca algún peso extra, se partirá.

Dando por terminada la conversación, tomo un plato y selecciono cuidadosamente mi comida, eligiendo el trozo de carne más grande disponible y esperando que no sea de origen sospechoso. Luego, tomo los cubiertos, resistiéndome a mirar de reojo para ver si van a detenerme. No lo hacen. Intento mantener el movimiento fluido y simple, doblando la servilleta de tal manera que no se pueda ver su contenido. No me están prestando atención, sino que vuelven a hablar entre ellos.

“¿Deberíamos despertar a más soldados si vamos al viejo castillo?” Lavenzia le pregunta a Ruvan.

"No, ya hemos perdido demasiados, no podemos darnos el lujo de despertar más".

"Se supone que el Señor de la Fortaleza tiene siete vasallos, al menos".

"No quiero despertar a nadie más", insiste Ruvan. Me pregunto qué quiere decir con "despertar". Quizás sea otro término para los ritos de los que hablaban para crear vampiros. “E incluso si lo hiciera, sólo tomaríamos suficiente sangre para nosotros y para soportar la larga noche. Sería demasiado apoyar la magia de otro”.

“¿Es esta realmente una conversación que deberíamos tener frente a ella?” Ventos señala con la cabeza en mi dirección.

Afortunadamente, ya presioné el tenedor y el cuchillo contra el fondo del plato. “No me hagas caso; Llevaré esto arriba”.

"No, no lo harás". Ruvan me mira entrecerrando los ojos. Por un segundo, me preocupa que hayan descubierto mis intenciones. “Ya tenemos suficientes problemas con las alimañas. No quiero que nada los atraiga a mi dormitorio”. Se vuelve hacia Ventos. “Ella me ha hecho un juramento de sangre. Ella no es tu enemiga”.

“¿Y qué pasa cuando expire el juramento de sangre?” Ventos tararea después de su pregunta. “¿Será ella nuestra enemiga entonces?”

“Habrá garantizado la seguridad de su pueblo; ella ya no nos verá como un enemigo”. Las palabras de Ruvan son directas y nos miramos a los ojos mientras él habla por mí. Puedo sentirlo tratando de sondear

la malicia que todavía tengo hacia él.

Mantengo mi rostro tan inexpresivo como la máscara de un cazador. “Exactamente como dices. Una vez que esto termine, no tengo motivos para preocuparme por ti.

“Una vez cazador, siempre cazador”. Ventos va a ser un problema. Sospecha de mis verdaderas intenciones y fácilmente podría sospechar que no soy todo lo que digo; Voy a tener que mantenerme alerta cuando esté cerca de él.

Pero por ahora me encojo de hombros y me dirijo a una de las mesas más alejadas, dándoles la espalda.

Lavenzia retoma su línea anterior de interrogatorio. “¿Entonces realmente vamos a entrar al viejo castillo, solo nosotros cinco?”

"Tendremos que ser estratégicos", dice Ruvan con gravedad.

“Callos, será mejor que consultes todos tus libros y discos para encontrar un buen camino”, murmura.

"¿Realmente dudas de mis habilidades?" Callos pregunta con incredulidad.

Mientras hablan, me obligo a comer. Ya han comido esta comida, así que no creo que esté envenenada. Además, se supone que debo estar a salvo mientras tenga el juramento de sangre.

La conversación continúa, extrañamente normal. Los seis parecen viejos amigos, como humanos, no monstruos.

"¿De verdad crees que podremos poner fin a esta larga noche?" La voz de Ventos se ha vuelto más suave, más pensativa.

“No habría apostado mi vida si no lo hubiera hecho. No habría traído un cazador aquí si no lo hubiera hecho”. Casi puedo sentir los ojos de Ruvan en mi espalda. Soy muy consciente de él, más que de nadie antes. Sigo comiendo, ignorando la sensación. Se calma cuando comienza a hablar de nuevo. “Los cazadores todavía están involucrados en la tradición de la sangre; por fin tenemos la confirmación de ello. Apuesto a que lo están usando para alimentar la maldición año tras año, ya que ya no pueden alcanzar su ancla. Con las herramientas de sangre adecuadas, podríamos deshacerlo por completo... o al menos combatirlo en algo más que simplemente alimentar las tripas”.

Lavenzia se ríe, pero no es un sonido alegre. Hay una punzada de tristeza que lo recorre. Tristeza y angustia. “El final de la larga noche”, reflexiona en voz baja, su tono casi como el de una canción. “Ni siquiera sé qué haría primero. No yo se. Me comería uno de los famosos pasteles de Lamir. Me comería siete”.

“Te enfermarías”, dice Ventos.

"Y qué enfermedad más deliciosa sería". Puedo decir que hay una sonrisa en su voz.

Un vampiro hablando de pastel... El mundo se ha dado vuelta. Abajo está arriba. La sangre es tinta. Estoy sentado en el lado equivocado del Velo. Y un vampiro habla de pastel.

“Cambiaría todos los pasteles del mundo por tener una ciudad a la que Julia pudiera regresar”. Un pesado silencio llena la habitación detrás de las palabras de Ventos.

“¿La has visitado desde que regresamos?” Lavenzia pregunta en voz baja.

La larga pausa llama mi atención por encima del hombro. Ventos mira fijamente a la nada. No parece triste, pero exuda tristeza. Hay una pérdida allí que conozco muy bien por la aldea. Quiero deleitarme con ello. Pensar en lo maravilloso que es ver a un vampiro incluso con una fracción del dolor que nos ha causado.

Pero… me veo en esa expresión de dolor. Veo a Madre buscando entre las llamas de la fragua. Mirando a la nada mientras se hundía aún más en su propio vacío tras la muerte de nuestro padre. Veo mis ojos en blanco en el espejo después de la muerte de mi padre, después de que Drew se fue.

Ventos se levanta y el sonido del raspado de una silla sobre el suelo de piedra llena el aire. “Se hace tarde, me voy a la cama”, declara, poniendo fin con firmeza a la conversación.

“Tienes razón, deberíamos descansar un poco”, coincide Lavenzia.

Mientras cada uno se va a pasar la noche, limpio con cuidado el cuchillo que levanté con el resto de los cubiertos y lo deslizo dentro de mi manga. La parte plana de la hoja está fría contra mi piel. Tranquilizador. Lo aseguro en su lugar apretando la correa de cuero alrededor de mi puño con una mano. La ropa y armadura de los cazadores están diseñadas para ocultar armas siempre que sea posible. Aunque nunca antes había usado las pieles, conozco bastante bien sus diseños gracias a mi trabajo con el curtidor para los cierres, la placa de luz y otras modificaciones.

Sigo su señal y me levanto también, envolviendo los otros cubiertos como lo hice cuando llevé mi comida a la mesa del fondo. Dejé el plato con el resto de los restos de la cena.

“Yo puedo encargarme de ello”, ofrece Lavenzia.

“No, no, es mi turno”. Ruvan la aleja con un gesto. Es difícil creer que toda la gracia y elegancia que proyecta ahora estuviera envuelta

en la cáscara de aspecto miserable de un hombre que conocí por primera vez. "El resto de ustedes, a la cama".

Me despido de ellos y vuelvo arriba. Qué suerte que el señor vampiro decidiera quedarse atrás. Pero me pregunto qué era lo que estaba “cuidando…” Casi parecía como si se quedara atrás para limpiar. La preocupación se apodera de mí. Si está lavando platos, ¿notará que falta el cuchillo?

Pero seguramente un señor vampiro tiene asistentes para realizar tareas tan básicas. Incluso si no los he visto... deben estar escaseando.

Sacudo la cabeza mientras entro a las habitaciones que ahora son mi hogar temporal. No me preocupo por nada, intento tranquilizarme.

Las habitaciones están vacías y Quinn no está en la puerta esta vez. Estoy solo. Es una decisión curiosa, ya que me deja sin ningún tipo de supervisión en sus dependencias personales. Uno que aprendo rápidamente no es tan tonto como parece en la superficie. Todos los gabinetes están cerrados. Doy una vuelta por la sala de estar, investigando todo lo que está a mi alcance.

Los muebles son viejos y en su mayoría apolillados. Lo que queda está desnudo y deshilachado. Estas no se parecen a las lujosas cámaras del señor vampiro que hubiera esperado. No es que alguna vez haya pensado mucho en cómo vivían los vampiros. Hasta ahora era casi como si los Fade Marshes los hubieran creado para aterrorizarnos. No importaba de dónde vinieran. Lo único que importaba era detenerlos.

Hay tres puertas desde la sala principal: una por la que entré, la segunda está cerrada con llave, pero la tercera se abre para mí. En el interior hay un baño. Como todo lo demás, tiene el barniz del lujo, cubierto por una espesa suciedad de abandono. El grifo sobre el fregadero se ha vuelto verde con el tiempo y el calcio cubre su boquilla. Me quedo atónito cuando las manijas giran y sale agua casi limpia. Al menos no moriré de sed.

De vuelta en la sala principal empiezo a hacer un balance de las cosas que puedo controlar, los suministros que están disponibles para mí y todo a lo que tengo acceso. Hay una tabla suelta en el suelo, pero debajo solo hay piedras y insectos. Encuentro que uno de los zócalos cercanos también está suelto; el yeso de detrás ha sido agrietado y devorado por algún roedor. Podría almacenar comida allí para que no me maten de hambre como motivación para hacer cualquier oferta que no me guste. Pero recuerdo las palabras de Ruvan durante la cena sobre las alimañas. No quiero que la criatura que hizo este agujero consuma mis raciones de emergencia antes de que yo tenga la

oportunidad de hacerlo. Sin embargo, podría ser un lugar para armas.

Levanto los cojines del sofá. Efectivamente, las costuras son suaves y puedo abrirlas con facilidad. Es otro buen escondite para un arma pequeña. Guardo el cuchillo allí y coloco los cojines en su lugar antes de acostarme. El arma está justo a mi alcance, atrapada entre el cojín y el respaldo del sofá, escondida entre los pliegues de la costura deshilachada.

Como era de esperar, el sueño me evita. Me quedo despierto y observo cómo el brillo plateado de la luna comienza a debilitarse y desvanecerse, reemplazado por una bruma más suave y natural del amanecer. Si estuviera en casa, simplemente me despertaría para bajar las escaleras y poner a hervir el té antes de dirigirme a la fragua para que ambos estuvieran calientes cuando mamá se levantara.

El dolor de la pérdida se instala en mis huesos. Conozco bien esta sensación. La causa es diferente, pero el tacto es el mismo. Es el mismo abrazo helado que me da mi padre desde el Gran Más Allá.

¿Cómo es el caserío? ¿Qué está haciendo mamá? ¿Dónde está Drew? ¿Está siquiera vivo?

Si logro matar al señor vampiro y sobrevivir el tiempo suficiente para regresar a casa, ¿a qué regresaría? Si Ruvan está muerto... entonces seremos libres, sea lo que quede de nosotros. Podría ir al mar. Puedo forjar metales de los que sólo he oído hablar. Podría casarme con quien quisiera o tal vez incluso no casarme en absoluto. Todas las decisiones del mundo serían mías.

Es un sueño despierto tan delicioso que duele. La vida que pude haber tenido, pero que me fue robada desde el momento en que nací.

Parpadeo hacia el techo, tratando de reemplazar mi dolor con ira antes de que pueda deslizarse hacia el vacío de la nada que yace dentro de mí. Las preguntas amenazan con asfixiarme. De repente mi caja torácica es tres tallas más pequeña.

Si no fuera por los vampiros, no estaría aquí. El Hamlet de Hunter estaría completo. Es posible que mi madre, mi padre, Drew y yo nos hayamos mudado al mar hace mucho tiempo. Es culpa del vampiro. No puedo perder eso de vista. Incluso cuando el asombro del regreso a casa se vuelve ensordecedor en el silencio de la noche. Mi odio por los vampiros puede ser mi luz guía.

La puerta se abre justo antes de que el sol llegue a la cima del horizonte.

El señor vampiro cruza la habitación. Se me eriza el pelo de la nuca cuando pasa a mi lado. Mantengo mi respiración uniforme y

baja. Ojos cerrados. Los peldaños metálicos de la cortina rozan la barra mientras sumerge la habitación en una oscuridad total. Apagando la luz.

La luz del sol quema los cadáveres de los vampiros. Quizás no necesito plata en absoluto. Tal vez sólo necesite arrancar las cortinas en el momento adecuado.

"Sé que no estás dormido".

Dejo de fingir y me siento. El señor vampiro está en la ventana, de espaldas a mí. Las manos todavía agarraban las cortinas.

“Sé que lo tomaste”, continúa. Permanezco en silencio y él se gira hacia mí, sus ojos brillan en la poca luz. "Al menos no lo niegas".

"¿Te enteraste cuando tus asistentes estaban lavando los platos?"

“Asistentes…” Se burla suavemente. “No me insultes. Sabía que terminaría en tu manga desde el momento en que lo levantaste de la mesa”. Me trago la decepción de mí mismo. Soy transparente. “¿Qué crees que podría hacerme un cuchillo para carne?”

Nada... Lo supe desde el momento en que lo tomé. Una delgada pieza de acero no es nada contra un vampiro. Pero tuve que hacerlo. "No me siento cómodo estando desarmado aquí".

"Y no lo serás". Cruza los brazos sobre el pecho. "Simplemente no podías confiar en mí lo suficiente como para esperar a que te diera un arma, o incluso para preguntarme".

“¿Me darías un arma?”

“¿Por qué no lo haría?”

Nivelo mis ojos con él. Él sabe por qué; Ambos sabemos por qué. La misma razón por la que Ventos nunca confiará en mí. Por qué Lavenzia me mira con tanta atención. Quizás todos sabían que yo tenía el cuchillo.

“Ah, ¿crees que no te confiaría un arma porque la usarías en mi contra?” Se acerca lentamente y se detiene justo delante de mí. Mientras se mueve, bajo mis piernas al suelo, lista para salir corriendo, lista para atacar si es necesario. Incluso si estoy indefenso ante sus habilidades vampíricas, no moriré sin luchar. Jamás. Nací y crecí en Hunter's Hamlet. No morimos pacíficamente en nuestras camas. "Hazlo entonces."

Inclino ligeramente la cabeza y entrecierro los ojos.

“Tienes tu arma, vuélvela contra mí”.

"El acero no te hará nada".

"Y aun así, al aceptarlo, arriesgaste la buena voluntad que estaba intentando construir contigo". Se inclina hacia adelante y coloca

ambas manos en el respaldo del sofá, a cada lado de mí. Estoy enmarcado por sus brazos. Fijado sin un toque. El rostro del señor vampiro está muy cerca, lo suficientemente cerca como para que pueda oler el olor a musgo y cuero en su ropa y sentir el calor de su aliento. La última vez que estuve tan cerca todavía tenía un arma plateada. Era una cáscara, no una impresionante criatura de muerte y luz de luna, y todavía tenía una oportunidad de acabar con él. “Así que úsalo”.

No me muevo. Solo miro su cara robada y sus ojos mentirosos.

“Hazlo”, insta con dureza.

Todo el odio que había acumulado antes alrededor de mi corazón se rompe. Alcanzo el arma y la saco de su escondite. Con todas mis fuerzas empujé hacia adelante, directo a su garganta, como si estuviera tratando de apuñalar y hacer la marca en la base de su cuello. La marca que supuestamente es mía.

Miles de manos invisibles se envuelven alrededor de mis extremidades y me mantienen en mi lugar. El cuchillo tiembla en el aire mientras me esfuerzo contra las ataduras invisibles. Usando todos los músculos que tengo, llevo mi mano izquierda a la derecha y agarro el cuchillo con ambos, tratando de empujarlo hacia adelante. Mi corazón late como si estuviera a punto de explotar por el esfuerzo.

Pero no se mueve.

A un pelo del cuello del señor vampiro, el cuchillo ya no avanzará. No puedo moverme. Un muro invisible me aleja de él. No, me aleja activamente.

Con un gruñido frustrado, caigo hacia atrás. El cuchillo cae al suelo mientras mis músculos se relajan, exhaustos por el esfuerzo. Una sonrisa se desliza por su rostro. Horrible y sumamente satisfecho de sí mismo. El señor vampiro se agacha y agarra el cuchillo, dándole vueltas en sus manos, haciendo como si lo inspeccionara.

“¿Lo ves ahora? ¿Entiendes por qué te armaré? ¿Por qué no te temo a ti y mis parientes tampoco?

"El juramento." Nunca antes había dicho una palabra con tanto desdén.

“Juraste sobre tu sangre que no me harías daño a mí ni a nadie que me fuera leal; te marcaste con tu promesa hacia mí”.

Hasta que se rompa la maldición, agrego mentalmente. Sólo estaré atrapado en este acuerdo mientras exista esta maldición. En el momento en que se levante, seré libre y él estará muerto.

“Entonces, roba todas las armas que quieras, Riane. Guárdalos,

guárdalos en tu ropa, en tu cama. Escóndelos donde creas que estarán seguros. Pero sabed que no los usaréis contra mí ni contra mi pacto. Ni ahora ni nunca”.

Él flota, cerniéndose sobre mí, con sus ojos dorados brillando, esperando a ver si intento discutir. Tal vez esté esperando a ver si intento atacarlo de nuevo. Pero aprendo rápido y me adapto. Ha dejado claro su punto y no volveré a arrojarme contra esa pared.

Tendré que ser inteligente. Quizás, si no puedo hacerlo con mi mano, pueda forzar la mano de otro. O tal vez podría ser tan simple como un accidente, una daga plateada, pequeña e imperceptible, apuñalada hacia arriba hasta la base de su almohada. Y cuando apoye su cabeza sobre él, será ensartado muerto. Un viaje de mis torpes pies y las cortinas se quitan mientras él está justo frente a la ventana iluminada por el sol.

Sí, hay muchas cosas que puedo probar. Y si piensa que sólo soy mortal mientras tengo un arma en la mano, entonces su vida será el costo de subestimarme.

"Ahora ve a dormir. Necesitarás tu fuerza. La pesadilla comienza al atardecer”.

CAPITULO 12



El sueño sigue siendo difícil de alcanzar. No puedo comprometerme a dormir. No cuando estoy en la guarida del vampiro.

Debería investigar más a fondo mi entorno. Encontrar posibles vías de escape. Algo útil… Pero estoy agotado. Mi deseo se ve ensombrecido por el conocimiento más práctico de que, hasta cierto punto, estoy a salvo en este momento. No puedo dañar al señor vampiro ni a sus parientes. No pueden hacerme daño. Su exhibición fue una prueba suficientemente clara de ello. Y necesito mantener mis fuerzas.

No quiero descansar. Pero debería hacerlo. Necesito mantener mis fuerzas.

Cuando mis ojos se cierran, la Luna Sangrienta me persigue.

La niebla carmesí se riza a mi alrededor. Las bestias ocultas se mueven por él. Listo para saltar. Veo a mis compañeros cazadores corriendo a través de la niebla. Drew está borroso y se ha ido antes de que pueda siquiera pronunciar su nombre. Su grito sigue rápidamente, interrumpido por un gorgoteo de sangre.

En lo profundo de mí hay un hilo que gira y me empuja hacia adelante. Tengo que llegar a Drew. Me está acercando a mi hermano, mi gemelo. Tirando de mí hacia—

A él.

El señor vampiro se encuentra en el centro de las ruinas donde luchamos, gritando al cielo. Drew no está por ningún lado. El poder oscuro

irradia del vampiro en ondas que chocan contra la niebla, compitiendo con ella. Su cabello es tan pálido como el hueso y le cae hasta la mitad de la espalda en una sola sábana. El cabello de Ruvan no es tan largo, mi mente se rebela. El cabello de Ruvan cae sobre sus ojos pero se estrecha en su cuello, a diferencia del de este hombre. Sin embargo, esta podría ser simplemente otra cara que Ruvan puede usar.

Todo queda en silencio.

"Una maldición de venganza", susurra el señor vampiro. "Una maldición forjada en sangre…"

Una maldición.

Una maldición…

Los sueños se deslizan a mi alrededor, cambiando, cambiando. Ya no estoy en los pantanos sino en la herrería. Madre y yo estamos encendiendo los fuegos. Acaba de amanecer.

"Entra, Floriane", insta.

"¿Madre?"

"Adentro, ahora".

El sonido del carbón golpeando el suelo resuena en mis oídos. Ensordece el gemido que sale de los labios de mi padre. Animal gruñendo silbando entre dos colmillos.

Una mancha de movimiento.

Un destello plateado.

Un grito.

Mi padre se desploma y la piel se le hunde en los huesos. No. Cuando la luz del sol lo golpea, el cuerpo del vampiro que le robó la cara comienza a humear y arder. Sus gritos coinciden con los míos.

"¡Despierta!"

Me despierto sobresaltado. Ruvan se cierne sobre mí, con sus ojos dorados muy abiertos y asustados, casi reconfortantes. Casi humano. Hasta que mi atención cae hacia sus labios ligeramente entreabiertos y veo sus colmillos.

Estoy de nuevo en el sueño y lo empujo violentamente. Ruvan cae hacia atrás, perdidamente. Me miro las manos, sorprendida por la fuerza. Sacudido por ello. Por el sueño. Mis dedos tiemblan como si

intentaran liberar la energía y agarro mi cabeza mientras un destello de dolor la atraviesa y desaparece tan rápido como llegó.

"¿Estás bien?" pregunta, recomponiéndose, como si no lo hubieran convertido simplemente en una planta rodadora viviente. Se pasa una mano por el pelo despeinado y tira de una bata de terciopelo gastada, pantalones holgados y una camisa debajo. Casi parece como si acabara de levantarse de la cama.

"¿Qué te importa?" Lo miro.

“Tú eres mi juramento de sangre, es mi deber cuidar”, intenta decir, teniendo la audacia de parecer preocupado.

"No quiero tus mentiras".

"No puedo mentirte". Ruvan niega con la cabeza, el cabello plateado en la penumbra cae sobre su rostro. “¿Fue una pesadilla?”

"Estoy bien." Aparto la mirada de él.

Él resopla. "No te ves bien".

"¡Dije que estoy bien!" —digo bruscamente, apretando mis manos en puños para evitar que tiemblen. La última persona a la que dejaré que me consuele es él.

"Muy bien." Ruvan está erguido una vez más, cerniéndose sobre mí. No lo miro. Es su culpa que mi padre esté muerto. Es su culpa... "Entonces te dejaré sufrir en silencio".

Me quedo en el sofá mucho después de que él se va, pensando en mi padre dejando réplicas a su paso. "Contrólate, Floriane". Me agarro la cabeza y trato de obligarme a dejar de temblar. Me lleva un tiempo, pero lo logro.

Sacudiendo la cabeza, me reoriento y me dirijo al baño, preparo mis abluciones matutinas y compruebo el estado de mi armadura. Sólo es necesario apretar unas pocas correas. Tiro de las correas hasta el fondo, sin dejar lugar a miedos ni temblores.

Inspeccionar los cierres me da algo que hacer. Hay algunos que resultaron abollados en mi pelea inicial con el señor de los vampiros. Si puedo encontrar una oportunidad de arreglarlos antes de ver algún combate, sería una buena idea.

Finalmente saliendo al salón principal, inmediatamente escucho la suave voz de Callos.

"Creo que lo tengo completamente cubierto".

"Bien, no quiero que se repita lo de la última vez". Ese es Ruvan. Hago una pausa, esperando a ver si escucho a alguien más. Hay un largo momento de silencio. "Buenos días, Riane." La voz de Ruvan llena el espacio cavernoso. Habla como si nuestra interacción anterior

no hubiera ocurrido en absoluto. Dudo que sea una amabilidad, más bien no quiere que sus otros amigos vampiros sepan que lo puse en su trasero a primera hora. Pero me conformo con dejar que se olvide el asunto.

“¿No está anocheciendo?” Pregunto mientras desciendo. Esperaba que se despertaran al atardecer. Todo lo que vi fue una luz que se filtraba a través de las cortinas.

"No del todo", responde Ruvan, alejándose de la mesa para mirarme. Mantengo mis ojos en su rostro deliberadamente cuando noto que las corbatas de su camisa están casi desabrochadas. He visto el pecho desnudo de un hombre antes: en el campo, o a veces incluso en la fragua, cuando hacía demasiado calor y los jóvenes que mi madre y yo contratábamos como huelguistas para quitar parte del costo físico de nuestros cuerpos nos despojaban de sus cuerpos. camisas. Pero ninguno de los hombres de Hunter's Hamlet puede compararse con el físico de Ruvan. El hombre está prácticamente tallado en mármol. Mi garganta está seca. "Tarde."

“¿Y estás despierto?” Intento sonar casual. “¿No duermen los vampiros todo el día?”

“Los vampiros podrían hacerlo. No puedo decir que sepa mucho sobre ellos. Pero los vampiros no”, responde Callos. "Aunque nuestro grupo tiende a mantener horarios extraños, dadas nuestras circunstancias".

No sé cómo preguntar si la luz del sol quema la piel de un vampiro vivo o no, así que dejo de intentarlo por ahora. En lugar de eso, evalúo los diarios y mapas que están colocados sobre la mesa. Las habitaciones están cuidadosamente dibujadas con tinta sobre el pergamino amarillento. En papel de aspecto más reciente hay bocetos similares, acompañados de notas.

"¿Qué es todo esto?"

"El camino más probable para llevarnos al ancla de la maldición", dice Ruvan.

“Es un alivio saber que finalmente estás de acuerdo conmigo”, murmura Callos. Ruvan lo ignora.

Hay líneas y X dibujadas por todos los papeles, tinta roja estropeando los contornos negros de habitaciones y pasillos. Los lugares individuales no significan nada para mí. Pero en general... es enorme. En una esquina hay una habitación marcada como “taller” y rodeada con tinta roja; al menos espero que el rojo sea tinta y no algún tipo de magia de sangre de vampiro.

"¿En el taller de allí?"

Ruvan asiente. "Ese es nuestro destino". Está claro por qué no podíamos simplemente caminar hasta allí cuando mencionó por primera vez que yo lo ayudaba. El castillo parece más grande que todo Hunter's Hamlet.

“Con un poco de suerte lo lograrás”, dice Callos. Ojalá sonara más confiado.

Ruvan lo agarra por el hombro, casi haciendo que el hombre pierda sus anteojos por el sobresalto. "Si alguien puede conseguirnos el mejor camino hasta allí, eres tú".

“Hace siglos que nadie llega tan profundo…” Callos se quita las gafas y las limpia con la camisa. "Estoy trabajando con información antigua reunida a partir de los registros de Jontún con una oración".

“¿Jontún?” Pregunto.

“Él era el archivero real durante la época del primer rey, cuando se construyó este taller y comenzó la tradición de la sangre. Lord Jontún fue quien preservó nuestra historia de la época. Nuestro primer rey no era un gran escritor”, explica Callos.

"¿Por qué un ancla maldita estaría en un taller en la parte más antigua del castillo del vampiro, detrás de una puerta que sólo un humano puede abrir?" Nada de esto tiene sentido. Seguramente ellos también tienen que ver eso.

"Esperaba que pudieras decírmelo". Ruvan se cruza de brazos y noto que sus bíceps se tensan contra el algodón de su sencillo abrigo. Tendría que ser fuerte para moverse en toda esa placa, incluso con poderes vampíricos. “¿Tal vez se transmitió el secreto de algún cazador?”

“No me mires en busca de respuestas. Sólo estoy aquí para abrir una puerta”. Me encojo de hombros y me vuelvo hacia Callos. No le daré a Ruvan más de lo que debo, no sea que diga algo que pueda usarse contra Hunter's Hamlet. “¿Qué tipo de taller es?”

“Uno de los estudios originales sobre la historia de la sangre”, responde Callos. “Originalmente había dos, pero uno fue destruido poco después de que se creara el Velo. Según todos los registros que podemos encontrar, este es el único que queda”.

"¿La 'cultura de sangre' original es diferente de la actual?"

"Si y no. La tradición de la sangre es simplemente el acto de extraer magia de la sangre a través de objetos y rituales. Hay algunos rituales que todo vampiro puede realizar y otros que están impresos en nuestra propia sangre”. Callos hojea los diarios. “Otros son

exclusivos de cada vampiro. Habilidades innatas que surgen con el tiempo y que les permiten usar la sangre de una manera que ningún otro puede hacerlo. La tradición sanguínea, como cualquier estudio, ha evolucionado con el tiempo para todos los vampiros y para cada individuo”.

"¿Qué tipo de habilidades innatas?" La idea de que cada vampiro tenga poderes únicos es desalentadora. Significa que son todos más peligrosos de lo que pensaba, de lo que se puede rastrear o rastrear.

"Es diferente para cada persona". Él me mira. “Tomemos a Winny, por ejemplo. Si su daga tiene una gota de su sangre, nunca podrá fallar en el blanco”.

"Veo." Esperaba información más concreta sobre a qué me enfrentaba. Siempre había pensado que el vampiro podía usar el conocimiento de la sangre sólo para robar caras. Pero parece que pueden hacer casi cualquier cosa además de estas "habilidades innatas".

Callos arquea las cejas hacia mí. "¿Sientes realmente curiosidad por la historia de la sangre?"

"Estoy más bien tratando de asegurarme de que no me lleves allí para romper el juramento y dividirme", respondo rápidamente para ocultar mi curiosidad genuina. Si hago demasiadas preguntas, es posible que sospechen más y dejen de darme información útil.

“El juramento no se romperá hasta que se cumpla”, dice Ruvan con cansancio. "Deja de pensar que hay una amenaza en cada esquina".

"Ha habido una amenaza en cada esquina durante toda mi vida", espeto. "En todo caso, es más extraño poder mirar el peligro a los ojos en lugar de que se abalanza sobre mí desde las sombras".

Ante mis palabras, bloqueo mi mirada con la suya. Baja ligeramente la barbilla. Esos ojos luminiscentes amenazan con tragarme entero. Casi puedo sentir las profundidades de los pensamientos arremolinándose detrás de esa mirada. Es como si se hubiera erigido un puente entre nosotros, uno que nunca podré (nunca) cruzaré… Pero con él puedo ver y sentir cosas que no debería en él. Siento los flujos y reflujos de su emoción. La fuerza irradia de él, acariciándome como el susurro de un sueño peligrosamente bueno.

“No eres el único que vive con el peligro acechando en las sombras”, dice finalmente, con palabras tan frías como el aire del castillo. "No eres el único que ha pasado toda su existencia en la fragilidad".

Nunca he pensado que los vampiros sean "frágiles". Pero la forma en que Ruvan lo dice me hace dudar. Hay un dolor genuino allí que se manifiesta como un dolor sordo en el hueco de mi garganta.

Ruvan se pone de pie. Antes de que pueda decir algo más, continúa, probablemente para lo mejor. "Venir. Deberíamos equiparte adecuadamente para entrar al antiguo castillo”.

Me conduce a través de las puertas dobles al frente del salón, que conecta con una antecámara que se ha convertido en una armería. En el momento en que veo un estante para armaduras, lleno al azar de cueros ensangrentados y demasiado familiares, dejo todo movimiento. Simplemente me quedo mirando la armadura de cuero, sin dueños que la llenen. Refleja el creciente vacío dentro de mí, el vacío en el que he intentado arrojar todos los sentimientos... todos los pensamientos sobre el hogar, mi madre y Drew... sólo por el bien de sobrevivir.

“¿Te enfurece?” él pide.

Hay mucho que uno puede sentir antes de que las emociones comiencen a adormecerse, y yo he superado ese umbral. Pero no voy a ser tan abierto, tan vulnerable, con el señor de los vampiros. Entonces, en lugar de eso, respondo: "No te tomé por alguien que se preocupara por mis sentimientos".

"Me hieres."

"Estoy en lo cierto".

Una fina sonrisa se abre paso en sus labios. Después de todo, esa es una de las razones por las que te elegí. Ser un cazador, atacar rápido y certero, ser despiadado”.

“¿Pensé que me querías para acceder a esta puerta e información sobre los cazadores?”

“Soy decidido. Todo y todos los que me rodean tienen múltiples funciones”. Ruvan cruza hacia el estante de armaduras que he estado mirando. Señala con la palma abierta la pila de armaduras. "Toma lo que necesites".

"Ya estoy equipado con una armadura".

“¿No hay nada mejor aquí?”

"No, todos los cazadores reciben la misma armadura". A excepción del maestro cazador. Davos siempre tuvo la mejor armadura de toda la fortaleza… de poco le sirvió. Aun así, me acerco a los estantes, invadiendo el espacio de Ruvan. Ligeramente, paso las yemas de los dedos por los cueros. Los presiono en las hebillas y cierres que recuerdo haber hecho. Era un trabajo pequeño que incluso un niño podría hacer. Dios mío, era más fácil cuando mis dedos eran más

pequeños y ágiles.

Yo ayudé a hacer una cuarta parte de la armadura que hay aquí. Y todo está manchado de sangre que parece demasiado fresca para mi gusto. El calor fantasmal de la forja hormiguea mis dedos cuando pienso en trabajar en la armadura de Drew, una armadura que estaba tan sangrienta como esta la última vez que lo vi.

“El hombre al que estabas matando cuando te vi por primera vez, en esas ruinas…” Las palabras se me escapan como un susurro. Debería mantenerlos dentro. Pero este dolor es demasiado profundo y amenaza con abrumarme si no tengo cuidado. “Él… lo dejamos…” Trago con dificultad. El señor vampiro simplemente me mira. Silencioso. Espera. Permitiéndome luchar. Apuesto a que está disfrutando de esta agitación. Me pregunto si él puede sentir mis sentidos a través de ese puente invisible entre nosotros tan intensamente como yo puedo sentir los suyos. “¿Estaba todavía vivo?”

Ruvan está terriblemente silencioso. Empeoró cuando no me dio una respuesta directa. “¿Qué te importa?”

“Él es…” La palabra gemelo se me pega en la garganta, asfixiándome. No puedo hablar de mi familia. Hacerlo sería un peligro para Drew si Ruvan alguna vez decidiera robarme la cara. No seré una repetición de mi padre. "Alguien que me importa".

"¿Un amante?"

"¡No!" Me atraganto. “Hemos estado… durante mucho tiempo estuvimos… muy unidos…”

"Ustedes son familia". Ruvan se cruza de brazos. Frunzo los labios y es toda la afirmación que necesita. “No lo maté y escuché los latidos de su corazón cuando nos fuimos. Pero no puedo decir si se desangró antes de que llegara la ayuda”.

Exhalo un pequeño suspiro de alivio y toco el anillo en mi meñique. Existe la posibilidad de que Drew sobreviviera. Es mejor que nada. Drew es fuerte. Estará bien. Lo sabría si no lo fuera, trato de decirme a mí mismo.

“Es mi hermano”, lo admito a mi pesar, obligado por una fuerza desconocida. Quizás sea porque Ruvan ya se dio cuenta de que era de mi familia y, dada su edad, está claro que Drew no es mi tío ni mi padre.

"Lo lamento."

"Usted no es." Miro al señor. Sacudir mi rostro hacia él hace que nuestras narices casi se toquen mientras él se inclina. Mi corazón late con fuerza y puedo sentir la tensión en el aire. Me pregunto si uno de

nosotros va a ceder ante la inutilidad al intentar atacar al otro. Mis entrañas se retuercen ante la idea de volver a caer con él contra la piedra. De intercambiar golpe por golpe. De inmovilizarlo y alzarse sobre él, triunfante.

"Soy." Ruvan me lanza una mirada firme. Curiosamente… siento sinceridad viniendo de él. ¿Pero por qué? “Tú y tu hermano sois tan víctimas de esta circunstancia como lo somos yo y mi pacto. Ninguno de nosotros puso las bases de todo este derramamiento de sangre, de toda esta muerte. Pero somos nosotros los que debemos seguir sangrando por ello”.

"Tu gente prospera gracias a ello".

"¿Parece que estamos prosperando?" dice fríamente, inclinándose más cerca. Puedo sentir el poder enojado vibrando el aire a su alrededor. "Dime, por lo que has visto, ¿es esta la poderosa horda de vampiros que esperabas?"

Abro la boca para replicar y me quedo corto. Quiero decir que sí. Pero no sé qué hacer con este extraño mundo y los pocos vampiros que hay en él. Las viejas historias, transmitidas durante más tiempo del que se ha contado en Hunter's Hamlet, hablan del sanguinario señor vampiro y sus legiones de portadores de muerte sin sentido, listos para arrasar a la humanidad cada quinientos años cuando sale la Luna de Sangre si no fuera por los cazadores.

Ninguna de las historias se desarrolló en torno a un pequeño grupo de amigos en un castillo solitario y decrépito.

“Dime…” Su atención vuelve a la armadura mientras se inclina, la tensión se evapora. “¿Qué han hecho tus cazadores con nuestros caídos después de los años de la Luna de Sangre?”

Ahora es mi oportunidad de aprender sobre ellos. "Los hemos dejado que se quemen al sol".

"Ah, por supuesto, no un entierro adecuado". Hace una mueca.

"No enterramos monstruos".

“¿Te parezco un monstruo?” La pregunta es tranquila, llena de tristeza, anhelo, incluso anhelo. ¿Pero para qué? ¿Qué sigue queriendo de mí?

Estudio su rostro, la marcada elevación de sus pómulos, sus labios finos pero firmes. El gancho afilado de su nariz y el cuadrado de su barbilla. Es casi... demasiado perfecto. Incómodamente. Es insoportable mirarlo y por ello… no puedo apartar la mirada. Apenas puedo luchar contra el impulso de tocarlo.

“He visto tu verdadera forma. Sé lo monstruoso que eres —

susurro.

“¿Mi verdadera forma? Eso... eso... Parece quedarse sin palabras y sacude la cabeza. “¿Cómo eres tan tonto? Esa no es mi verdadera forma. Esto es. Si no fuera por la maldición, que agota mi fuerza, mi poder, mi cuerpo mismo, así es como me vería”. Pasa su mano por su frente, sus largos dedos atrapan los cordones abiertos de su camisa, abriéndolos un poco más. Nunca me había centrado tanto en la longitud del cuerpo de un hombre. Nunca había estado a solas con un hombre durante tanto tiempo. En el momento en que me doy cuenta, mis entrañas se retuercen. "Es la maldición que los de su especie nos lanzaron la que nos convirtió en monstruos".

“No tenemos ese tipo de poder”, logro decir.

“Los humanos lo hicieron una vez. Y parece que los de tu calaña han robado parte de nuestra tradición de sangre para preservarla.

"Ni siquiera sabía que tenía magia en mi sangre", respondo. Las falacias en su lógica están sumando demasiado para permanecer en silencio, incluso si sé que probablemente debería hacerlo. “¿Cómo crees que todo Hunter's Hamlet sufre algún tipo de maldición secreta? Y si tuviéramos ese poder, ¿por qué no lo usaríamos para luchar contra ustedes, monstruos?

"Ah, monstruos, ahí está esa palabra otra vez". Da un paso más hacia mi espacio personal. Es un movimiento pequeño, pero suficiente para iluminar mis sentidos. “Aquellos que han sucumbido a la maldición podrían parecerlo así, ya que se han hundido por debajo del umbral del conocimiento y han recurrido al instinto básico. Sí, son monstruos, como dices. Pero también son víctimas. Tus manos están tan ensangrentadas como las mías. Y ambos nacimos en jaulas que no hemos creado nosotros”. Su frente se suaviza ligeramente y sus labios se abren, apenas dándome un vistazo de sus afilados colmillos. Parecería casi humano en ese momento de emoción, si no fuera por ese recordatorio de su maldad. Ruvan continúa buscando mi rostro. ¿Qué es lo que quiere? ¿Mi simpatía? ¿Mi perdón por todo lo que ha hecho? “Pero podemos arreglarlo. Tú y yo. Podemos encontrar nuestra libertad de esta pesadilla inquebrantable. Si pudieras dejar de lado tu odio ciego el tiempo suficiente para ver la verdad ante ti”.

Libertad.

Esa palabra casi prohibida de anhelo. De querer. Lo que ansiaba tan desesperadamente desde que nací que tuve que aprender a no hacerlo para no volverme loco. ¿Podría realmente existir algo así para mí?

No. No. Está mintiendo. No hay libertad para ninguno de nosotros. Sólo muerte. Pensar que podría haberlo sería abrir una nueva herida.

Nada es más profundo que la esperanza.

"¿No tienes nada que decir?" Sacude la cabeza decepcionado. Estoy a la deriva, arrastrada por un océano de tristeza que se origina en él. "¿Por qué esperaba algo más de ti?" Señala una mesa con hoces, dagas y espadas de plata. “Toma lo que necesites para defenderte. Todo lo que quieras es tuyo. Prepárate para la batalla de tu vida para que podamos terminar el uno con el otro lo más rápido posible”.

Sus palabras de batalla deberían darme miedo, pero mi atención se centra únicamente en el armamento. Espadas... Mi familia no ha forjado espadas en siglos. Las hoces son más ligeras y requieren menos material. Y lo que los cazadores sacrificaban en alcance con hoces, lo ganaban, y más, en velocidad.

Pero sí me pregunto qué podría hacer si tuviera la opción... si tuviera todos los recursos del mundo. Si no tuviera un pueblo que proteger. ¿Qué haría? Nunca me había preguntado eso antes.

"Estos son viejos", susurro.

"Las armas viejas siguen siendo buenas armas". Él pone los ojos en blanco.

"No siempre es cierto". Levanto una espada, miro hacia abajo e inspecciono el filo. “La edad por sí sola puede embotar una espada. Y si los sacabas del campo de batalla, para empezar ya estaban mellados y dañados”. Le muestro las sutiles abolladuras del arma. "Mira aquí."

Ruvan parece levemente impresionado, pero la emoción es fugaz. “Una espada plateada sin brillo sigue siendo una espada plateada. Todo lo que necesita hacer es romper la carne de un vampiro”.

“Es mucho más efectivo cuando está afilado. La espada hace más trabajo para que el luchador no se ralentice. Además, las hojas viejas y abolladas se atascan en los huesos en lugar de cortarlas limpiamente, lo que crea una apertura para los ataques. ¿Tienes una herrería?

“¿Una herrería?” Él parpadea, claramente sorprendido. “¿Para qué podrías necesitar una herrería?”

Ahora mismo te haces pasar por una cazadora, Floriane, no por una herrera. mantén la ilusión. "Yo... podría intentar perfeccionarlos", murmuro. Descubrir cómo bailar con mis palabras es cada vez más difícil. “Lo he visto hacerlo suficientes veces. A veces trabajaba con mis propias hoces”. Cosa que un cazador nunca haría. Pero no puedo resistirme. No puedo dejar estas armas en el estado en que se encuentran. Hacerlo sería una deshonra para todas las doncellas de la

forja que me precedieron.

Ruvan considera esto durante un largo momento y me preocupa que mi artimaña haya sido destruida. Comienza a regresar hacia las puertas principales. Empiezo a intentar encontrar cuál es el arma más afilada, levantando rápidamente hoces que creo que serán mi mejor apuesta.

"Déjalos. Ventos te los traerá”.

"¿Indulto?"

“Estará encantado de utilizar toda esa fuerza suya llevándolos a la herrería”, aclara Ruvan. Pero hace siglos que no tenemos un herrero en el castillo. Así que será mejor invertir tu tiempo en limpiar las telarañas que en cargar metal.

"En realidad tienes una herrería..." Lentamente dejé la hoz. Y aquí pensé que todo era sangre.

"Por supuesto lo hacemos. Pero sólo tienes un día para hacer lo que necesites. No retrasaré más el ingreso al antiguo castillo”.

CAPITULO 13



De vuelta en el salón principal, los otros cinco vampiros están sentados alrededor de la mesa, los diez ojos puestos en nosotros inmediatamente después de entrar.

"Ventos, necesito que lleves el armamento que todos usan a la herrería".

"¿Arsenal? ¿Herrería?" Ventos retumba, compartiendo miradas con los que están en la mesa. “¿Tenemos una herrería?”

"Creo que hay uno adjunto a la verdadera armería", responde Quinn. “Aunque en cuanto al camino para llegar allí...”

“Está claro”, dice Callos, ajustándose las gafas. "Tomé esa ruta antes para acceder a la biblioteca".

"Esos pasillos han estado tapiados durante años y no pasa nada". Lavenzia muerde su plato. El desayuno es tan aburrido como lo fue la cena. Extraño las galletas frescas que el panadero nos traía todas las mañanas: un regalo especial para la doncella de la forja, decía. “¿Pero para qué necesitas la herrería? ¿Nuestras armas no son lo suficientemente buenas para ti, humano?

“En lo más mínimo”, digo claramente. Las cejas de Lavenzia se arquean ante mi franqueza. "Esas armas han quedado abandonadas y no vale la pena empuñarlas en este estado".

La mesa parece atónita. Yo diría cualquier cosa por el estilo. Escucho un suave resoplido proveniente de Ruvan. ¿Diversión, tal vez? Pero no pudo ser. Ciertamente no, dado que toda nuestra interacción no ha sido más que polémica hasta este momento. Por otra parte, anoche había mencionado que estaba desperdiciando la buena voluntad que intentaba darme. Quizás todavía queden rastros de esa

buena voluntad, restaurados a partir de nuestras conversaciones de esta mañana. No es que me importe la buena voluntad de un vampiro.

"Por aquí." Me lleva a través de la puerta lateral al pie de las escaleras que se extienden hasta el entrepiso en el que se encuentran sus habitaciones. Anoche vi a miembros de su pacto pasar por este salón. Estos deben ser sus alojamientos.

Al final del pasillo hay una escalera detrás de una puerta con barrotes. Al igual que la escalera circular que conducía a la capilla, la mayoría de las puertas a lo largo de este pasillo están cerradas con llave. La pátina de los pernos y barras delata cuánto tiempo hace que fueron colocados. Estos candados no están aquí para mi beneficio.

“¿Qué hay detrás de estas puertas?” Pregunto. Ruvan mira en mi dirección y arquea una ceja perfecta. Supongo que significa cómo te atreves a preguntar, pero me equivoco. Una vez más, responde a mi pregunta.

"Pasajes que ya no usamos, ni necesitamos, ni podemos proteger".

"Parecen un montón de barricadas para mantener a la gente en determinadas zonas".

“Menos sobre mantenernos dentro y más sobre mantenerlos fuera”, dice Ruvan solemnemente.

"¿A ellos?"

"Los sucumbidos".

Al pie de las escaleras, como ya hemos mencionado, se encuentra una antigua armería. Grandes estantes de armas están llenos de lanzas y espadas. Pero no han sido levantados desde hace siglos, a juzgar por la gruesa capa de polvo y telarañas que los recubren.

"Acero." Paso la yema del dedo por la parte más completa de una de las espadas. Es de buena fabricación. O lo fue, en un momento. Ahora es tan inútil como la espada decorativa que intenté usar contra Ruvan cuando llegamos.

“¿Puedes saberlo rápidamente con solo mirar?” Parece sorprendido.

“He crecido con armas de plata; Conozco la diferencia”. Es sólo una excusa que se me ocurre rápidamente, pero luego la emoción se apodera de mi lengua. "Puedes verlo cuando miras de cerca, aquí, ¿ves?" Ruvan se acerca. Él se cierne sobre mi hombro mientras apunto al metal de la espada. “Esto está empañado y oxidado, por supuesto, el tiempo lo hace. Pero puedes ver las ranuras de la piedra de afilar elaboradas por la piedra de afilar para crear ese acabado suave. Si tuviera plata, habría surcos, ondas o flores sutiles”. Como los llamaría

Madre.

"Sí, tus armas plateadas son realmente únicas". Ruvan se aleja, inspeccionándome más que la espada. Rápidamente me alejo del arma y él continúa. Me quedo un paso atrás, regañándome por mi afán por todo lo relacionado con el metal. “Es por eso que debemos robarlos, junto con la armadura y cualquier otro recurso que podamos recolectar durante la Luna de Sangre. Sólo hubo un herrero entre nosotros que podría tener la oportunidad de reproducir tu plata, y ya no está.

"No me sorprende", murmuro en voz baja. Si Ruvan oye, no dice nada. Mi familia, hace generaciones, fue quien ideó el proceso de fundir plata con hierro en un proceso especial para crear una aleación tan fuerte como el acero y tan mortal como la plata. Todo ese trabajo, toda la herrería, la de mi madre, la de mi abuela… siendo manejada por vampiros. Es casi suficiente para enfermarme. Sigo hablando en un intento de distraerme. “¿Para qué necesitas armas plateadas?”

“¿Por qué crees?”

Sólo hay una explicación de por qué necesitarían plata, específicamente. El acero está bien para humanos y bestias, la plata es para... —¿Cazas a los de tu propia especie?

Se detiene en un arco trasero, con los hombros alzados hasta las orejas y la cabeza gacha. "Ya no son 'de nuestra especie'", dice solemnemente. "Lo mejor que podemos hacer por ellos es ofrecerles una muerte limpia".

Cualquier pensamiento adicional se me escapa cuando entramos en una herrería dos veces más grande que la de mi familia. Las ventanas han sido cerradas, aunque los rayos de luz atraviesan las grietas y las lamas faltantes. Mesas de piedra están repartidas por toda la habitación. En la esquina trasera hay una rueda trituradora accionada por pedal, y detrás de ella hay más piedras de repuesto de diferentes granos de las que he visto en mi vida. Martillos de todos los tamaños y cabezas están cuidadosamente colocados a lo largo de la pared junto a tenazas y otras herramientas necesarias, como si alguien tuviera la intención de regresar, pero nunca lo hizo. Ahora están tan olvidados como las armas de la armería.

La forja en sí tiene la forma de unas fauces poderosas y temibles. Casi como un lagarto. Dientes afilados se muestran en el arco sobre donde se encenderán los fuegos de la forja. Las chispas de las brasas del hogar iluminarán dos ojos, actualmente oscuros. Construidos en el suelo hay poderosos fuelles, destinados a ser bombeados con el poder

de las piernas sobre los brazos.

Como el altar ante su dios, descansa el yunque en el centro de todo. Me acerco con reverencia, mi respiración es superficial. Todavía hay vida en este lugar, en este yunque. Todavía hay calor, para quien sabe sentirlo. "Hola", susurro, pasando mis dedos por la parte superior y los bordes. Los surcos y hendiduras son diferentes a todos los que he conocido, la marca de un falsificador a quien nunca conoceré.

"¿Esta todo bien?" De repente, Ruvan está a mi lado. No recuerdo que se acercara. Sus largos dedos también recorren el yunque. Nuestro cepillo de meñique y el anillo plateado del mío me llaman la atención.

Rápidamente aprieto mi mano en un puño. De repente me imagino a Drew viéndome rozando la mano del señor vampiro.

"Es más que 'está bien', es magnífico". Ni siquiera puedo mentir. Los fantasmas de los herreros que me precedieron todavía permanecen aquí, rogando en silencio por ruido y calor. Por el ruido metálico y el martilleo implacable de creaciones aún no realizadas. “¿Por qué no se usa?”

“Ya escuchaste a Ventos, la mayoría de los que se despiertan en la larga noche no se dan cuenta de que ni siquiera tenemos una herrería. Todos los herreros murieron hace mucho tiempo”. La atención de Ruvan se desvía por las ventanas hacia donde se encuentra más allá la ciudad cubierta de hielo. “Solo despertamos a un número limitado de personas a la vez, lo suficiente para mantener viva y protegida a nuestra gente. Los que despiertan tienen una función, generalmente luchar. O para mantener registros. Se consideró innecesaria la falsificación”.

"Si estás peleando, necesitas absolutamente una herrería activa".*Y una fragua oscura debería ser un crimen, especialmente una tan bonita.*

"Simplemente no es algo para lo que tengamos los números".

No discuto y en lugar de eso me siento atraído hacia la chimenea, inspeccionando el carbón que aún está dentro. Hay suficientes existencias a un lado para sostener meses de trabajo. Sin pensarlo, me pongo a encender la fragua buscando el yesquero. Antes de darme cuenta, estoy avivando las llamas.

Por un momento glorioso, olvido dónde estoy y con quién estoy. Sólo se oyen los pesados suspiros de los fuelles. El crepitar del fuego que arroja todo con un familiar resplandor anaranjado. Se oye el ruido metálico cuando configuro mis herramientas tal como las quiero. Mi corazón está lleno. Estoy donde pertenezco.

Éste es el único espacio donde puedo expresarme, donde tengo

poder. En Hunter's Hamlet soy un premio para ser regalado. Soy la representación de generaciones de protecciones contra los vampiros. Pero en la herrería soy la creación misma. Soy poderoso.

Pero solo por un segundo.

La realidad se derrumba a mi alrededor cuando Ruvan vuelve a hablar. "Pareces... bastante confiado en la herrería". Suena casi escéptico.

Hago una pausa y rápidamente reanudo mis preparativos. Un cazador no tendría tanta confianza, ¿verdad? Rápidamente elaboro una verdad a medias y me guardo mis dudas. Si quiero que esto sea creíble, debo hablar con la mayor confianza.

"He pasado mucho tiempo en una herrería mientras se trabajaban las armas". Miro en su dirección, tratando de ver si está leyendo entre las líneas que estoy dibujando. Su rostro es imposible de leer, pero no siento ninguna duda derivada de él. Que yo sepa, la fortaleza nunca ha sido traspasada, por lo que el vampiro no debería tener ninguna información detallada sobre lo que sucede dentro o qué tan práctico es lo que estoy explicando. "Tenemos un herrero, por supuesto". Lo intento como un golpe ligero pero él no reacciona. El silencio agita mis nervios lo suficiente como para obligarme a hablar un poco más rápido. “La herrería siempre estuvo cálida. Brillante, incluso en las noches más oscuras. El fuego nunca se apaga por completo. Siempre ardía demasiado para eso y sería necesario nuevamente demasiado pronto para apagarlo por completo. Era un lugar de poder, creación y vida. Donde la gente pudiera reunirse y contar historias. Donde hombres y mujeres chismorreaban mientras esperaban que repararan sus herramientas. Era el corazón de todo”.

Se cruza de brazos y se apoya en una mesa. Puedo sentir su mirada sobre mí, mirándome de arriba a abajo, valorando mis palabras. Me imagino que está buscando una mentira pero su mirada no se siente... no se siente como si dudara de mí. Hay una gentileza subyacente en él que sólo me pone más en guardia.

Nada en un vampiro es ni podría ser gentil. Pero justo cuando pienso eso, recuerdo su dedo rozando el mío. De la forma en que me miró en la armería superior, rogándome que viera las cosas a su manera sin preguntarme abiertamente.

Me paso el anillo meñique alrededor del dedo.

"No eres lo que esperaba de un cazador".

Resoplé. "¿Qué esperabas? Me propuse intentar matarte”.

“Eso lo hiciste. Y, Dios mío, con la magia que tenías surgiendo a

través de ti, si algún cazador podría haberme matado, eras tú. Se ríe entre dientes como si ahora lo encontrara divertido. Aunque solo asienta una roca en mi núcleo. Mata al señor vampiro. Si Drew hubiera conservado el elixir, con todo su entrenamiento, tal vez realmente podría haber matado a Ruvan. Si hubiera podido defenderme, Drew podría haber ganado.

¿Eso significa que maldijimos a Hunter's Hamlet y a toda la humanidad porque él me dio el elixir? ¿Y si esta guerra finalmente hubiera terminado? En el mejor de los casos, Hunter's Hamlet matará al señor vampiro durante la próxima Luna de Sangre dentro de quinientos años, pero... es por eso que me dijeron que nunca saliera de lugar. Aceptar mi suerte en la vida. La consecuencia de abandonar mi puesto como doncella de la forja me sobrepasa.

tengo que llegar a casa, tira una voz en mí. Primero tienes que matar al señor vampiro, responde otro. No hay futuro para mí en Hunter's Hamlet si Ruvan respira. Estoy dividido en tantas direcciones que me duele la cabeza.

"¿Qué es?" Se da cuenta de que mis manos se han quieto.

"Nada." Sacudo la cabeza.

"No eso fue-"

“¿Dónde debería poner esto?” Ventos llega con un clamor, salvándome sin saberlo de mis propios pensamientos atormentados. Las diversas armas están apiladas en sus brazos. Una pesada lona separa las hojas plateadas de su carne.

Ruvan debe tener el mismo pensamiento que yo sobre el riesgo. "¿Qué crees que estás haciendo?" Se acerca corriendo, tomando con cuidado las armas una por una, asegurándose de que solo las maneja por el cuero envuelto alrededor de sus empuñaduras.

“Estaba haciendo lo que me pediste; Yo traigo las armas”.

"No esperaba que fuera así". Ruvan se pellizca el puente de la nariz con un suspiro. “Esperaba que hicieras varios viajes para estar seguro. ¿Qué pasa si uno de ellos te corta?

"Los viajes múltiples son para los débiles". Ventos se ríe.

"Pero la plata".

"Lo puedo manejar." Ventos infla su pecho.

Se me escapa una risa que me distrae de mi preparación para volver a abrir la herrería.

“¿El humano se está riendo de mí?” Ventos se encuentra entre el shock y la ira.

"Ni se me ocurriría reírme del temible vampiro". Aparto los ojos de

Ventos. Ruvan lo ve, a juzgar por su resoplido de diversión.

“¿Usted también, mi señor? Me hieres más agudamente que una espada de plata”.

"Si mis palabras fueran espadas de plata, estarías muerto hace mucho tiempo". Ruvan se apoya contra el yunque. El fuego resalta las líneas afiladas de su mandíbula con llamativas líneas anaranjadas, como si brillara desde dentro como un trozo de hierro abrasadoramente caliente. Aparto la mirada de su rostro robado y cruzo las armas que trajo Ventos.

Una mano grande cubre la mía mientras busco una espada. "¿Realmente vas a mejorarlos?"

Miro a Ventos. "Suéltame."

"Respóndeme."

Aprieto los dientes pero logro decir: “Sí. Lo suficientemente afilado como para cortar esa mano si no la quitas de mi persona”.

Él me libera. Tomo la espada con una mirada furiosa, regreso a la fragua y la hundo en las brasas. Este es particularmente malo; Todo está descentrado del agarre. Lo martillaré hasta darle forma aproximada antes de que llegue a la muela.

"No confío en ti", dice a mi espalda. Sólo está ansioso por pelear. Puedo sentirlo. Una parte imprudente de mí quiere dárselo, aunque no puedo gracias a que soy el juramentado de sangre de Ruvan.

"Y no confío en ninguno de ustedes", digo.

“Bien, ¿por qué lo harías? Después de todo, matamos a docenas de los de tu especie en la noche de la Luna de Sangre”.

"Suficiente", dice Ruvan con firmeza. Ambos lo ignoramos. Ventos ha tocado demasiada fibra sensible como para que entre en razón. Solo veo el mismo rojo que la sangre de mi hermano.

“¿A cuántos mataste?” Giro en el lugar, mis nudillos blancos alrededor de la empuñadura de la espada.

"Muchos." Ventos inclina su cabeza hacia atrás con aire de suficiencia. "Y no perdimos a ninguno de nosotros".

Pienso en la armadura que vi antes, sin cuerpos. “¿Cuál es el punto de todo esto? ¿Por qué nos cazas?

"Para sobrevivir."

“¡No deberíamos tener que morir para que tú puedas vivir!” Mi voz resuena en toda la piedra y el metal.

"Entonces para castigarte por todo lo que nos has hecho".

"Dije que ya era suficiente", dice Ruvan con firmeza, moviéndose para interponerse entre nosotros. "Ustedes dos."

Ventos continúa ignorándolo. “Espero que hayas perdido gente importante. Ya sea a ese gremio abandonado o a ti personalmente. Espero que te duela. Espero que todos sangran. Espero que sientas una pizca del dolor que has causado a los de mi especie”.

Mientras Ventos habla, se acerca lentamente a mí. Aunque Ruvan todavía está atrapado entre nosotros, esa montaña de hombre intenta cernirse sobre mí, envenenando el aire a mi alrededor con su odio. Odio que se refleja dentro de mí y crece.

“No te preocupes, he conocido el dolor todos los días de mi vida”, le aseguro a Ventos. Mi voz es más gélida que las cimas de las montañas que nos rodean.

“Vuestro sufrimiento apenas equivale a un día comparado con lo que los de nuestra especie han soportado y soportarán. Podrías vivir en agonía durante cien vidas y aun así no sería suficiente para expiar la larga noche”.

“Ventos, detente. No nos llevarás a ninguna parte alienándola”.

“¡Para empezar, nunca le pedí ayuda!” Ventos mira a su señor. “Cuando nos impusiste este acuerdo, ¿pensaste siquiera en cómo se sentiría tu pacto? ¿O incluso te importó?

"Estoy haciendo lo que hay que hacer para salvar a nuestra gente". Las palabras de Ruvan son desesperadas y demasiado familiares.

“¡La salvación de nuestro pueblo no puede venir de manos de un cazador!” Ventos golpea la mesa con la palma de la mano, haciendo sonar el armamento.

"Haré lo que sea necesario para salvar al vampiro y poner fin a la larga noche".

“Eres un tonto”, dice Ventos.

“Esa es mi elección, aunque me considero más un idealista que un tonto”. Ruvan saca su altura; a pesar de que es una cabeza más bajo que Ventos, se comporta como si fuera el doble de alto. El señor vampiro parece llenar el espacio, empequeñeciendo al otro hombre. “La decisión de cómo progresamos mientras estamos despiertos recae en mí y solo en mí, según lo decidió el consejo antes del atardecer de la larga noche”.

"Entonces el fracaso de esto, y la desaparición final de nuestro pueblo a causa de ello, recae únicamente en usted". Ventos continúa mirándolo.

“Lo sabía mucho antes de hacer el juramento con un cazador. Lo supe desde el primer momento en que desperté a este futuro cruel y distante”. Las palabras de Ruvan son pesadas; comienzan a darle

forma al contorno del núcleo de plomo que lleva dentro de él. Del dolor he obtenido esbozos, pero no el cuadro completo. “Estoy dispuesto a aceptar la responsabilidad de mis decisiones y de todo lo que conllevan. Aunque soy optimista, la larga noche termina con nosotros”.

Ventos se inclina, como si estuviera a punto de decir algo más. Pero finalmente se aleja, murmurando algo sobre ir a una "academia" en voz baja mientras sale corriendo de la habitación.

Ruvan y yo nos quedamos incómodos, dándome la espalda. Sus palabras fueron audaces y fuertes, pero eran una fachada para un hombre cansado cuyos hombros se encorvaron en el momento en que Ventos desapareció. Puedo sentirlo trabajar para recomponerse. Todavía albergar esa tonta esperanza y pasión por proteger a su pueblo. Pasión que nunca recuerdo que Davos haya mostrado por nosotros. Pasión que he tratado de mantener y sofocar imposiblemente al mismo tiempo...

Me duele el pecho. Mis ojos arden. Estoy enojado, frustrado. Quiero gritar. Quiero llorar.

Y algo, algo me obliga a tender la mano incluso cuando todos los sentidos me dicen que no lo haga. Mi mano se encuentra con el hombro de Ruvan. Sus músculos se tensan e inhala profundamente. Respiro con él. La piel en la base de mi garganta, donde está su marca, hormiguea ligeramente.

Intento abrir la boca para hablar, pero no encuentro las palabras. Su cuerpo está más caliente que la fragua debajo de mi palma. Me quemará si sigo tocándolo y, aun así, no puedo parar. Deseo-

“Estoy bien”, dice finalmente.

Rápidamente retiro mi mano. ¿Qué estaba haciendo? ¿Consolar a un vampiro? Me dirijo a la fragua.

"Lamento lo que dijo". Puedo sentir los ojos de Ruvan sobre mí mientras habla.

"No quiero la simpatía de los vampiros". No quiero simpatía de nadie. He tenido mi parte de dificultades, pero también otras, mucho peores que yo.

"No tenemos que ser tus enemigos". Sus palabras son tan cansadas como yo enojado.

"Eso es todo lo que has sido".

“Una vez cada cinco…”

"Mi padre murió por tu culpa". Mis manos dejan de moverse; están inertes a mi lado. Miro fijamente las herramientas frente a mí. No sé

por qué estoy hablando. Sé que hacerlo es una tontería. Es inútil buscar simpatía que no quiero. Sin embargo, hablo de todos modos. Puedo ver el rostro de mi padre mientras me arropa en la cama, jurando que me mantendrá a salvo de los vampiros que acechan en la noche. “Ventos tenía razón; Perdí a alguien importante. Todos tenemos. Mi padre era cazador, y además muy bueno. El Hamlet de Hunter era menor cuando moría un hombre como él. Esa fue la pesadilla que tuve esta mañana. Estar en este maldito lugar me recuerda todo lo que los de tu especie me han hecho a mí, a mi hogar, a mi familia”.

"Soy Sor-"

“Ahórrame tus disculpas”.

“¿Quieres que se les perdone cuando sean sinceros?”

“¿Sinceridad por la muerte de un cazador?” Me burlo. "Pensé que todos odiaban a los de nuestra especie".

"Muchos hacen. Muchos culpan a todos los humanos por la maldición. Pero soy capaz de odiar una circunstancia y al mismo tiempo compadecer a las personas atrapadas en ella. Sé que la maldición no fue tu culpa y tú también debes verlo”. Esta es la segunda vez que menciona este tema: ve a la gente del caserío como víctimas de estas circunstancias. Ciertamente no lo hemos pasado muy bien y, bueno, si pudiera elegir, hubiera preferido vivir fuera de las paredes...

Ruvan continúa demorándose. Mirándome. Me pregunto si está esperando algo. ¿Esperando que diga algo más? ¿Esperando que haga algo? ¿Para mí concluir que somos más parecidos que no? Su silencio me desgasta.

"Ninguno de nosotros realmente quiere esa vida", digo en voz baja. Suena a confesión. Pero me pregunto a quién le estoy confesando. ¿Él o yo? “Estamos orgullosos de ello, claro. Todos en Hunter's Hamlet saben por qué nos sacrificamos. Por qué los padres entregan a sus hijos a la fortaleza para que los que están más allá de nuestros muros no tengan que tomar las mismas decisiones. No nos gusta, pero lo aceptamos y, a cambio, tenemos todas nuestras necesidades atendidas. Nos tenemos unos a otros: una comunidad. Es más de lo que mucha gente jamás recibe”.

He oído historias de dificultades más allá de los muros de la gente que se une a la aldea. Algunos pueblos donde hay riqueza para todos pero la conserva uno. Otros lugares que nunca ven suficiente comida. Lugares donde hombres y mujeres brutales gobiernan con puños de

hierro y una crueldad que de alguna manera es diferente y peor que la del vampiro porque es de nuestra propia especie.

Escucha atentamente y finalmente dice: "Es extraño".

"¿Qué es?"

"Que te ves atrapado... y, sin embargo, tu gente es la que tiene la maldición sobre nosotros". Da un paso adelante con las manos abiertas como si suplicara. "Si también es tan malo para los humanos, ¿por qué los cazadores no nos liberarían?"

“¿Entonces el vampiro podría ir y atacar al resto del mundo?” Hundo la espada en el hogar.

"¿El resto del mundo? No queremos tener nada que ver con su mundo, ese es el punto. Queremos ser libres para vivir nuestras vidas aquí en Midscape, donde pertenecemos”. Mira las ventanas aún cerradas, mira a través de ellas y ve algo más allá. “Nunca lo he visto fuera de esta ciudad. Y a diferencia de tu aldea, no tengo todo lo que necesito. Quiero mucho más. Quiero ver los bailes de la corte de las hadas o escuchar los duetos de sirenas en año nuevo. Quiero ver llanuras tan vastas que el horizonte se las trague”. Su voz se ha vuelto suave por el asombro y la nostalgia.

Intento ignorar el dolor por lo que dijo. Hay un latido sordo en mí, como una llamada a todo lo que hay más allá del metal y el calor, a un mundo destinado al conocimiento. Un mundo en el que claramente no he pensado ni la mitad de lo que él lo ha hecho.

"Necesitas sangre para tu magia", respondo débilmente.

“Podríamos encontrar suficiente sangre en Midscape si no estuviéramos confinados por la maldición. Claro, la sangre humana es la más potente, pero otras serían suficientes. Lo hacíamos durante nuestros festivales lunares mucho antes de que las dríadas crearan a los humanos”.

Busco su rostro, deseando que pueda estar mintiendo. Pero puedo sentir la verdad en él tan intensamente como el calor de la fragua... o el cosquilleo en la base de mi cuello. Esto sería mucho más sencillo si pudiera descartarlo todo como si él me estuviera engañando. Porque si no lo es... si no lo es...

Entonces es sólo un hombre solitario y desesperado parado frente a mí, suplicando ternura en la que Hunter's Hamlet nunca me permitió crecer.

"Necesito concentrarme en este trabajo", digo en voz baja y le doy la espalda. "Solo tengo un día para hacer los ajustes necesarios".

Ruvan se queda ahí y por un momento parece que quiere decir

más, pero no lo hace. En cambio, dice: “Les diré a los demás que traigan las armas que prefieran; priorizarlos”.

Él va a irse pero duda en medio de la habitación. Puedo sentirlo. Puedo sentirlo. Cada uno de sus movimientos amenaza con ponerme la piel de gallina. Tenía la esperanza de que esta aguda sensación de conocimiento que se le atribuye se desvaneciera a medida que pasaba el tiempo después de nuestro juramento, pero parece estar creciendo.

“Y Riane, pareces cansada. Debes asegurarte de descansar un poco; lo vas a necesitar”. Me deja con eso.

El señor vampiro tiene razón, estoy cansado. Pero es el tipo de cansancio para el que dormir no sirve de mucho. Lo que necesito es lo que ya está delante de mí.

CAPITULO 14



El martillo es una meditación.

Huelga. Pausa. Inspeccionar. Golpe de enderezamiento. Calor. Repetir. Fresco.

La forja tiene un ritmo a lo largo del año: planificación en primavera, almacenamiento a finales del verano cuando llegan los comerciantes, trabajo duro durante el otoño y el invierno. Drew siempre decía que odiaba esos últimos meses. Ahí era cuando saldríamos adelante para el próximo año mientras el clima era fresco y, como resultado, era aún más encantador estar en la herrería.

Durante mucho tiempo pensé que era porque mi hermano era un vago. ¿Cómo no iba a disfrutar de la herrería cuando el mundo exterior estaba cubierto de nieve? Pero luego se hizo cazador, y el perezoso no levanta la hoz.

Entonces, un día de Navidad, mientras estaba parado a un lado de la plaza del pueblo (prohibido bailar, por supuesto) con Drew haciéndome compañía incluso cuando podía bailar con cualquier dama elegible que deseara, le pregunté por qué lo odiaba abiertamente. Me dijo que odiaba la herrería en aquellas noches frías y largas, no porque no quisiera trabajar, sino porque el constante golpe del metal resonaba dolorosamente en el interior de su cráneo, un ruido implacable que persistía incluso mucho después de su partida. para dormir y me provocó dolor por la mañana.

Entonces no entendí su resentimiento por el ruido.

Todavía no lo hago.

Para mí, estos sonidos son el latido del corazón, que resuena entre

mis antepasados. Todos lo hemos compartido y muchos más lo compartirán en los años venideros. O tal vez no. Quizás, como dicen los vampiros, esta larga noche finalmente llegue a su fin. Hunter's Hamlet despertará de la pesadilla que ha existido en su interior. Reemergeremos en el mundo humano, con los ojos llorosos y esperanzados. Podemos ver el mar y ciudades distantes, y tal vez incluso llanuras cubiertas de hierba tan vastas que el horizonte se las traga enteras.

Los vampiros vienen hacia mí, uno por uno. Todos menos Ventos.

Lavenzia trae la espada de Ventos, lo único que no pudo llevar antes. Me sorprende descubrir que no me importa su compañía. Ella guarda silencio mientras se sienta junto a la ventana, contemplando las frías montañas tornadas en platino a la luz de la luna. Los compañeros silenciosos son los mejores porque no me distraen de mi trabajo.

Winny es la siguiente en llegar, con docenas de pequeñas dagas que no estaban en la armería cuando Ventos estaba recogiendo cosas porque "no confía en que estén fuera de su vista por mucho tiempo". Ahora tiene un arco para su violín y lo mueve con destreza a lo largo de las cuerdas. Casi creo que ella está tocando al ritmo de mis golpes porque cada vez que cambio mi ritmo, la forma de tocar de Winny también cambia. Ligero y rápido, lento y conmovedor. El dúo me hace luchar contra una sonrisa.

Van y vienen, guardianes silenciosos o tal vez carceleros. No les presto atención de todos modos. Tengo un trabajo que hacer, uno que mantiene mis manos ocupadas, mis músculos tensos y mi frente salpicada de sudor. Creo que soy lo más cercano a la felicidad que puedo esperar de estar aquí.

Pero esto llega a su fin, como siempre.

Cuando amanece, me limpio el hollín y el metal de las manos. Admiro mi trabajo. Es entonces cuando me doy cuenta de cuánto he completado. Más de lo que debería haber sido posible. He forjado así antes, perdido para el mundo. Pero incluso en mi momento más productivo, incluso en mi momento más fuerte, no podía completar tanto en el lapso de un día y aun así sentirme tan bien.

Debe ser la magia jurada de sangre. El poder y la fuerza vampíricos que todavía surgen dentro de mí. Toco el hueco entre mis clavículas. Mi trabajo se siente contaminado por...

A él.

Es como si hubiera convocado a Ruvan con un pensamiento.

Un amanecer brumoso brilla entre rayos, cortados por los hierros de las ventanas, golpeando un mosaico en el suelo. Abrí las contraventanas hace mucho tiempo para tener la luz de la luna para trabajar y ahora el sol ha entrado sin ser bienvenido. El señor vampiro se encuentra debajo del arco que conduce a la antigua armería. La espesa noche que sigue durmiendo en el castillo lo envuelve como una manta.

Su cabello es plateado en la poca luz, del mismo color que el metal con el que he estado trabajando durante horas y horas. Es un complemento, incluso debo admitirlo, del tono dorado de sus ojos. Es un hombre de pura noche y frío invernal y, sin embargo… no se siente frígido en este momento.

Algo en él es hirviente.

Es como si hubiera estado aquí antes. Como si hubiera venido muchas veces a verme a esta herrería. Este momento, su presencia, es dolorosamente familiar y, sin embargo, tan diferente que una intensa conciencia me ha invadido. Lo conozco en mi sangre. Lo siento ahí, amenazando con abrumarme si no tengo cuidado.

"¿Has terminado?" Su bajo estruendo atraviesa la herrería, recordándome lo silencioso que ha estado desde que dejé de trabajar y comencé a limpiar.

"Sí."

Da un paso adelante. Me alejo de las armas y miro, atónita, mientras él camina hacia la luz gris de la mañana. No estalla en llamas. Su piel es besada suavemente por el sol. La única reacción que parece tener ante la luz del sol es parpadear un par de veces.

"¿Eres propenso a mirar fijamente a los hombres?"

Mis mejillas arden al instante y vuelvo a mirar la mesa de armas. "No estaba mirando".

“¿Admirando, entonces?” Saca las palabras con un propósito.

"Difícilmente." Resoplé. "Pensé que los vampiros arden a la luz del sol".

“Cuando la maldición nos reclama, en vida o muerte, lo hacemos. Pero no antes”, afirma. “Los vampiros no son un pueblo de la noche naturalmente. Sí, nuestra magia siempre ha sido más fuerte alrededor de la luna llena. Pero fue la maldición de los cazadores la que hizo que nuestro pueblo comenzara a existir sólo a la luz de la luna”.

"Veo."

Se detiene junto a la mesa. “No me crees”. Odio que no esté formulado como una pregunta. Parece conocer mis pensamientos.

"No sé lo que puedo y no puedo creer cuando se trata de ti", murmuro.

“¿Cuándo aceptarás que no puedo mentirte, aunque quisiera? Y esto puede ser una sorpresa, pero no quiero”. Me mira a través de sus pestañas, con el rostro todavía abatido hacia las armas sobre la mesa. Su cabello cuelga entre nosotros como un velo. Como una armadura que nos protege a ambos ante la presión del otro. Los viejos dioses prohíben lo que podríamos encontrar si investigamos demasiado profundamente este vínculo que nos une.

"¿Puedo ayudarle con algo?" Hago un gesto hacia las armas, dejando de lado el tema de la luz del sol. Hasta aquí lo de conspirar para arrancar las cortinas “accidentalmente”.

"Creo que es obvio que voy a inspeccionar tu trabajo". Ruvan revisa los protectores de cuero que reemplacé cuidadosamente en cada una de las empuñaduras: una capa adicional de protección entre la carne del vampiro y la plata. “No voy a permitir que intentes encontrar una escapatoria en las palabras de nuestros juramentos de sangre. Algún tipo de forma en la que tú no asestas el golpe mortal, pero un arma defectuosa sí lo hace”.

"¿Yo puedo hacer eso?" -dejo escapar.

"No, entonces no deberías lucir tan esperanzado". Él se ríe, aunque suena algo triste. “Ventos volvería a perseguirme si no comprobaba todo dos veces. No tener que lidiar con sus quejas es mi verdadera motivación”.

Frunzo los labios. “No hice nada para sabotear a ninguno de ustedes. Tus armas son dos veces mejores que cuando las trajiste aquí”. Paso junto a él, voy a irme.

"Puedo ver eso. Gracias, Riane”. Es muy extraño escuchar la sincera gratitud de un vampiro.

Me detengo y lo miro. Nunca he pasado tanto tiempo a solas con ningún hombre, salvo Drew, y el tiempo con mi hermano es muy diferente. Cada vez que he estado tan cerca de un hombre, o ha estado demasiado nervioso para hablar, ansioso por alejarse de mí lo más rápido posible para no meterse en problemas, o me ve como una conquista. , algo a lo que aspirar. Una fruta prohibida que están ansiosos por arrancar. Ruvan no parece querer nada de mí. Y no parece que lo ponga nervioso en lo más mínimo.

Quizás esto es lo que es ser sólo una mujer, sólo con un hombre. Aunque nada de ninguno de nosotros es “simplemente” cualquier cosa.

"Si vamos a enfrentarnos a un peligro, también me ayuda a

asegurarme de que todos estáis en vuestro mejor momento", digo finalmente.

"Eso es muy cierto. Esperaba que lo vieras de esa manera”.

"¿Realmente no podría haber saboteado las armas?" Pregunto sin mirarlo a los ojos. "No es que lo haya hecho, ni siquiera lo haya intentado". La culpa me inunda. Estaba tan perdido en la fragua que ni siquiera pensé en intentar encontrar una manera de matar a los vampiros durante toda la noche.

“Podrías haberlo intentado. Pero se vería obligado a contarnos lo que hizo antes de que nos hiciera daño. Ese impulso crecería cada vez más, volviéndose insoportable el momento antes de que tu acción nos dañara”.

"Maravilloso", comento secamente.

“Agradezcan los términos de nuestro juramento; significa que ambos tenemos seguridad garantizada”.

"Vampiros y seguridad, algo que todavía me cuesta pensar que puedan ir juntos".

"Vampir", intenta corregir una vez más. Ruvan da un paso más y yo no me alejo. Estamos cara a cara. Me busca sin tocarme. Casi puedo sentir la leve caricia de la magia recorriendo mis hombros y brazos. "¿De verdad crees que nunca podrías estar seguro conmigo?"

"Eres mi enemigo jurado". Mi voz se ha reducido a un susurro sin que yo lo ordenara.

“¿Pero y si no tuviera que ser así?”

La pregunta exige una respuesta, una que no tengo. No porque quiera esquivarlo... sino porque nunca he pensado cómo se verían las cosas si fueran diferentes y genuinamente más allá de las reflexiones de la infancia. Sin embargo, desde que estoy aquí, la pregunta parece regresar sin descanso.

¿Qué querría yo? Una fragua, creo. Está en mi sangre. Es quien soy. ¿Pero qué haría sino hoces y armaduras? ¿Dónde estaría si pudiera estar en cualquier parte?

¿Qué querría Ruvan más allá de sus cortes de hadas, sus canciones y sus grandes llanuras? ¿Me importa saberlo? Peligroso. Prohibido. Yo podría.

“¿Por qué te importa tanto lo que pienso de ti?” No puedo evitar preguntar. Aunque hay una pequeña parte de mí que quiere preguntarle qué piensa de mí.

Puedo sentirlo retirarse ligeramente. Lo he puesto en aprietos. Su mano se mueve como si estuviera a punto de alcanzarme, pero no lo

hace.

"He vivido mi vida rodeado de criaturas que quieren matarme". Su voz es suave y a punto de quebrarse. "Tal vez, en ti, hay un extraño tipo de redención: la esperanza de que si puedo convertir a un cazador en un aliado, entonces poner fin a esta maldición debería ser un asunto trivial en comparación".

"Nunca seré tu aliado".

Se mueve a la velocidad del rayo. Sus dedos están alrededor de mi barbilla y el pulgar casi toca mis labios. Me estremezco. Nunca había estado tan concentrada en un toque tan delicado. Tan ligera que casi no existe.

“¿Porque todavía me tienes miedo? ¿Es asi?" Los labios de Ruvan se partieron con su sonrisa, mostrando sus colmillos. Pero su ferocidad carece de la fuerza que alguna vez tuvo, gracias a sus ojos atormentados. "Pronto conocerás a aquellos a quienes realmente debes temer".

Me suelta y se va sin decir una palabra más. Con el corazón martilleando, me hundo contra

la mesa como apoyo, sujetándola con fuerza. Mi piel está en llamas y lucho por mantener la compostura.

Hay una hoz en cada una de mis caderas. Tengo un gran cuchillo de caza hecho de acero atado a mi muslo izquierdo, para usarlo más como herramienta que como arma. Adjunto a mi derecha hay un cuchillo similar pero fundido en plata. Hay cuatro pequeñas dagas escondidas en otros lugares de mi cuerpo. Uno en mi muñeca, dos en mis costillas y uno en mi bota. Todos ellos son lugares prácticos a los que me resulta fácil acceder en un momento de extrema necesidad. Sólo espero que sean suficientes. Tendrán que serlo.

Cada uno de los vampiros está armado con sus propias armas plateadas. Una vista que nunca podría haber imaginado, incluso después de haber trabajado en sus respectivas espadas todo el día y toda la noche. Ventos se ha atado su espada a la espalda. Todavía me sorprendo admirando su artesanía. Debe haber sido forjado hace mucho tiempo, cuando la plata debía ser barata y abundante.

Lavenzia está armada con su estoque. Winny lleva una espada corta y diez dagas arrojadizas atadas a un cinturón que cruza su

pecho. Ruvan lleva dos hoces, como yo. Está armado con las armas de los cazadores. Me pregunto si lo hizo para intentar provocarme.

No… no creo que él haría eso. Él no es... bueno, no puedo llamarlo amable. ¿Puedo? Al menos no ha sido cruel conmigo cuando fácilmente podría haberlo sido. Me dio uso gratuito de la herrería. Me ha permitido descansar por las noches. Casi ha sido amable, más allá de sacarme de mi casa, eso es…

Cuanto más pienso en él, más confusos se vuelven mis pensamientos y sentimientos.

"Todos ustedes conocen el camino, ¿verdad?" pregunta Callos. Él y Quinn están desarmados y desarmados. Están frente a las puertas que conducen al salón principal. No vendrán a ver lo que sea que tenga este viejo castillo.

"Hacemos." Ruvan asiente. "Si no volvemos en dos días, ya sabes qué hacer".

"Esperemos que no llegue a eso". Quinn se retuerce las manos. "Un año no es un mandato muy largo para un señor vampiro".

¿Un año?"¿Sólo has sido el señor de los vampiros durante un año?" -dejo escapar. Los ojos de Ruvan se vuelven hacia mí, junto con los de todos los demás. Me habría puesto escarlata de vergüenza si no fuera por el aura sombría que irradia de todos ellos, especialmente de Ruvan.

"Sí, sólo un año", dice Ruvan con una nota firme, comprobando sus agarres una vez más. Vuelve a mirar a Quinn. "Haremos nuestro mejor esfuerzo, amigo".

"En ese momento, nos vamos". Ventos da un paso adelante y levanta la gruesa barra de hierro que estaba asegurando las puertas opuestas a la entrada del pasillo.

Los músculos de la espalda de Ruvan se tensan cuando abre la puerta un poco.

Winny se cuela. "Claro", responde ella.

Lavenzia entra sigilosamente por la puerta.

“¿Ambos lo tienen?” Pregunta Ventos mientras les entrega a Callos y Quinn la enorme barra de hierro.

"Somos más fuertes de lo que parecemos". Callos le sonríe.

“Eso espero, alguien tiene que dejarnos volver a entrar”. Ventos se ríe de buena gana y atraviesa la puerta.

"Riane, conmigo", ordena Ruvan.

Justo detrás de él, paso a un territorio inexplorado. La puerta se cierra detrás y puedo escuchar el sonido de la barra volviendo a

encajar. La misma excitación incómoda y retorcida de la noche de la caza sacude mi cuerpo, justo debajo de mi piel, a pesar de que no he bebido ningún elixir. Es un deseo que no siento del todo mío y susurra con la misma oleada de poder que cuando me convertí en un juramento de sangre de Ruvan.

Dame poder. Dame sangre.

Agarro ambas hoces por mis caderas, cambio de agarre y agarro de nuevo, tratando de sacudir el impulso. Intento inhalar lentamente, sofocando la inquietud que crece dentro de mí.

“Está tranquilo”, susurra Lavenzia. Su habitual frivolidad ha desaparecido. Puedo decir por su pose que está lista para sacar su estoque en cualquier segundo. Tiene la misma agudeza en su mirada que Drew justo antes de que se lanzara hacia mí durante nuestro entrenamiento.

"Bien." Ruvan también irradia malestar. Quizás este sentimiento desgarrador provenga de él y de la conexión que se nos ha impuesto a través de los Juramentos de Sangre. “Aún es temprano en el día. Tendremos que aprovechar cada minuto que estén sedados durante el día para llegar lo más profundo que podamos”.

“Callos está seguro de este camino, ¿verdad? Porque ciertamente no podemos seguir el mismo camino que la última vez después de que tuvimos que volarlo”, dice Ventos. Claramente tiene dificultades para mantener la voz baja.

¿Explotarlo? Eso no suena bien.

"Tiene confianza". La mirada de Ruvan cae sobre mí. “Y lo lograremos; después de todo, tenemos un cazador con nosotros”.

Genial, realmente quieren que sea cazador. Simplemente maravilloso.

“¿Y qué estoy cazando?” Pregunto.

"Lo que estás hecho para cazar".

“Pero el juramento de sangre…”

“El juramento de sangre te impide hacerme daño a mí o a cualquier persona leal a mí. Estos vampiros no me son leales. No son leales a nadie. Son los monstruos que tu gremio creó con su maldición”. Los ojos de Ruvan se estrechan ligeramente.

Ignoro su mirada acusatoria. “¿Cómo sabré la diferencia entre aquellos que te son leales y estos 'monstruos'?”

“No será difícil notar la diferencia”, responde Lavenzia.

"Tienen los rostros marchitos y hundidos que poseíamos originalmente". La mirada que me da Ruvan es mordaz, como si estuviera tratando de enfatizar que la forma en que lo vi

originalmente fue el resultado de esta maldición y no de su propia monstruosidad.

Suena como el vampiro que conozco. "Bastante simple, entonces."

Seguimos por el castillo. Winny corre para nuestro grupo y se mantiene en cabeza. Su cabello, recogido hacia atrás, es un mechón dorado.

Es cuando ella se desliza hacia la oscuridad que tengo delante que noto que todo en esta primera habitación está oscuro. No hay fuentes de luz. Sin velas. Sin ventanas.

Me detengo y me doy vuelta. Parpadeo. "Que..."

"¿Qué es?" Pregunta Ruvan. Todos se detienen y dan un paso más.

"Puedo ver." Los detalles más finos están disminuidos. Pero puedo ver los muros de piedra y los tapices desmoronados. Puedo ver la condensación que brota de las vigas hundidas del techo y gotea como sangre al suelo. "¿Cómo?"

“Es la magia de los Juramentos de Sangre”, responde Ruvan como si esto debería haber sido obvio y claro cuando para mí no lo es. "Tienes poderes de vampiro dentro de ti".

"Pero no soy un-"

"Vampiro, sí, todos lo sabemos". Suspira con cansancio. “Pero nuestra esencia se ha vinculado, se ha abierto un camino entre nosotros. Algunas de mis habilidades y conocimientos te los he dado a ti y, a su vez, los tuyos a mí”.

Me pregunto exactamente cuáles son esas “habilidades y conocimientos” que le di. ¿Puede forjar? ¿Puede realmente robarme la cara? ¿O sabe algo más íntimo? Este no es el momento ni el lugar para preguntar y me alegra evitar la respuesta por ahora.

“Útil”, es todo lo que digo, y seguimos adelante.

Vuelvo a hacer una pausa, brevemente, cuando veo sangre negra por primera vez.

Aparece como gotas y luego huellas de manos manchadas en las paredes. Entonces se abre el pasillo. Puedo ver los fantasmas de los combatientes bailando, sangre seca pintando el contorno de una batalla que tuvo lugar hace mucho tiempo en este salón de banquetes lleno de telarañas. Mesas volcadas y sillas destrozadas están esparcidas por el suelo, un confeti de escombros.

"Bien, todavía está claro", dice Winny en voz baja, apenas audible.

“¿Qué ves, Riane?” Ruvan me sorprende al preguntar.

"Aquí tuvo lugar una pelea".

"Obviamente. Quiero que me lo desgloses”.

"¿Indulto?" Lo miro a los ojos.

"¿Cuántos enemigos había?"

"¿Es eso relevante?"

La mirada de Ruvan se vuelve más intensa, inquisitiva. Me enciende el pánico. Él es sospechoso. Lo sabía. De repente estoy contando todo lo que dije e hice. ¿En qué estaba pensando, forjando armas? Los cazadores no falsifican. ¿Pero tal vez él no lo sabe? Tal vez esto sea simplemente una prueba de mis habilidades y no surja de una sospecha.

“Quiero saber qué ves”, insiste.

"¿Realmente tenemos tiempo para esto?" Ventos refunfuña.

“No debería llevarle mucho tiempo. Continúe”, insta Ruvan.

Me hago a un lado. Puedo sentir sus ojos siguiéndome por la habitación. Drew me dijo cómo leer las señales de batalla… pero sólo de forma académica. Me habló del seguimiento mediante gotas de sangre y de cómo las huellas podían dar forma al rumbo de una pelea. Nunca tuvimos una razón para practicarlo. Nunca esperábamos que fuera a cazar. Después de dar una vuelta completa por el pasillo, me detengo frente a Ruvan.

"Te enfrentaste a muchos enemigos".

"¿Cuántos?"

"Yo... yo diría que unos treinta". Sinceramente no estoy seguro. Este no es mi fuerte.

Ruvan sonríe levemente. "Más cerca de los veinte".

"Realmente deberíamos seguir adelante", presiona Winny.

Pero Ruvan es implacable. "¿Qué otra cosa es lo que ves?"

“Ventos peleó aquí”. Señalo un punto en el suelo en el centro de un amplio arco de sangre. "Con una espada tan grande y pesada, solo hay una cantidad limitada de ataques que podría realizar... y el patrón de la sangre lo respalda".

"Seguir."

"Lavenzia estuvo aquí." Señalo un lugar diferente. Puede que no sea un cazador, pero conozco las armas y cómo las usarán los combatientes. El trabajo de mi vida lo he dedicado a centrarme en eso. Tal vez eso sea suficiente para superar cualquier prueba que Ruvan esté tratando de hacerme. “Su estoque requiere delicadeza; un estoque depende de la velocidad y la precisión. Sin embargo, controlar la distancia también es fundamental con un arma como esa. Tu juego de pies deja líneas en el suelo a medida que pasas junto a los enemigos que matas”.

"¿Y yo?"

“Tú…” pierdo mis palabras por un momento mientras mis ojos regresan al señor vampiro. Él es el único cuyos movimientos puedo visualizar claramente a través de la habitación. "Luchas como lo haría un cazador". Casi puedo sentir dónde aterrizaron sus ataques. Cómo se movía. Se mueve como yo en combate, como Drew.

No es de extrañar que estuviéramos tan bien emparejados en esas ruinas en Fade Marshes. Él conoce todos mis ataques antes de que los realice. Todos mis movimientos antes de que pueda pensarlos. Tal como conozco el suyo. ¿Pero por qué? ¿Obligó a los cazadores de aquí a entrenarlo? ¿O tiene algún tipo de registro de cómo luchan los cazadores? Sospecho que es este último dadas sus declaraciones anteriores sobre registros de cazadores.

Continúa estudiándome, con expresión ilegible.

“¿Podemos seguir adelante ahora?” Pregunta Winny. "Tenemos mucho camino por recorrer".

"En efecto." Ruvan finalmente cede y avanza. Me siento a su derecha.

Seguimos descendiendo hacia las profundidades del castillo. Las habitaciones comienzan a desdibujarse, un collage de oscuridad y sangre seca. Cada campo de batalla olvidado es como un retrato de una lucha que pasó hace mucho tiempo. En cada uno de ellos están las huellas de personas que luchan contra enemigos en las sombras informes. Pero quiénes son esas personas comienza a cambiar. Ya no estoy seguro de que sea Ruvan y su pacto.

Hubo otras personas que lucharon contra estos misteriosos enemigos a lo largo de los años. Miro a los demás, viendo si puedo encontrar una manera de afirmar mi sospecha, pero sus miradas intensas y distantes me silencian. Son hombres y mujeres atormentados por la batalla y la sangre. Tienen los mismos ojos que los cazadores que regresan de las marismas después de la luna llena.

Empiezo a obtener más información del interminable desfile de salpicaduras de sangre y mesas volcadas. Estos monstruosos vampiros que estamos cazando no son más grandes ni más pequeños que nuestro propio grupo. Aunque parecen rápidos y fuertes, debido a las profundas hendiduras que casi parecen garras. Tanta sangre, tantas batallas... pero ningún cuerpo.

Esa es la parte más desconcertante de todo.

“¿Por qué no hay cadáveres?” Yo susurro.

Pasa mucho tiempo antes de que Ruvan responda: "Comen la carne

de los muertos".

No pido nada más.

Winny continúa corriendo hacia adelante y hacia atrás. Hace movimientos con las manos y asiente en dirección a Ruvan. Un código que sólo ellos parecen entender. Aunque no estoy al tanto de su lenguaje secreto, sé que no es bueno cuando ella regresa, su piel normalmente bronceada palideció casi hasta quedar completamente blanca.

Todos se apiñan para escucharla susurrar.

"Adelante, al menos quince de ellos. Hay…"

Ruvan le tapa la boca con la mano. Muevo mi barbilla en la dirección de donde ella viene, entrecerrando los ojos. Se me erizan los pelos de los brazos. El aire está electrizado.

El señor vampiro también debe escuchar el lento raspar, como clavos sobre piedra. También hay un ruido más bajo. Más pesado. Respirando, me doy cuenta. Son jadeos irregulares sacados a través de una mandíbula floja. Los vampiros a mi alrededor cambian de postura. Mi corazón comienza a acelerarse, bombeando la ráfaga de la batalla inminente por mis venas.

De la oscuridad emerge el monstruo que estaba esperando.

CAPITULO 15



Me doy cuenta de que me había equivocado durante la caza. El rostro del señor vampiro no era la bestia que ocupaba mi mente cada vez que evocaba la imagen de un vampiro. Esta criatura lo es.

El monstruo es incluso peor que el que me atacó esa noche en Hunter's Hamlet. Su carne se ha endurecido más allá del cuero, pareciendo casi una piedra esculpida, estirada sobre huesos y tendones, provocando una apariencia casi de insecto. Su mandíbula cuelga fláccida, la boca ancha y los colmillos amarillentos de gran tamaño expuestos entre hileras de dientes puntiagudos. Los ojos del monstruo son completamente negros. Sin iris.

Mis manos tiemblan.

Una parte de mí que no reconozco está hambrienta de pelea. Ese imprudente desprecio por la autoconservación me impulsa a seguir adelante. Empujándome a hacer algo en lo que tengo muy poca experiencia: matar.

Pero la otra parte de mí, el instinto humano, está congelada en su lugar mientras contemplo lo que debe ser el rostro de la Muerte.

Lavenzia se lanza al ataque.

La bestia es rápida.

Se mueve con movimientos bruscos y antinaturales. Más rápido de lo que debería por lo débil que parece debido a la falta de músculo. Le mueve una de sus manos; uñas largas, parecidas a huesos, se extienden como garras más allá de las puntas de sus dedos.

Ella se agacha con gracia debajo de su brazo y le clava su espada en el hombro. La plata perfora la piel fácilmente. El monstruo apenas

da un grito de sorpresa antes de caer al suelo, muerto.

Justo cuando relajo mi postura, Ruvan habla en voz baja y dura en mi oído. “No te relajes. Uno es inofensivo. Son los números los que te matarán”.

Miro hacia el borde de mi visión.

Si Winny tenía razón, aún quedan catorce más. Me obligo a agarrar las hoces. El resto de los vampiros se mueven a mi alrededor, alejándose, hacia un peligro cierto. Pero estoy congelada en el lugar. Ruvan permanece a mi lado, justo detrás del resto de ellos. Me pregunto si se quedará para protegerme mientras flaqueo. Es fuerte y tranquilizador, lo suficiente como para que ni se me ocurra alejarlo ahora mismo. No cuando mis nervios están empezando a desgastarse. Su aliento mueve los pequeños pelos de mi nuca.

"¿Tienes miedo, Riane?"

Estoy aterrorizado. Nuestros compañeros desaparecen en la completa oscuridad, más allá de donde mi visión mágicamente mejorada puede ver. Los sonidos de la batalla que estallan comienzan a resonar.

"Sí." No puedo mentirle aunque lo intentara, y no lo intentaría cuando la verdad es tan obvia.

Él tararea. Le he dado motivos para dudar de mí. Puedo sentirlo. Cierro los ojos con fuerza.

"¿Qué tal más poder entonces?" La pregunta por sí sola parece más peligrosa que cualquier cosa que se acerque a mí. Me tienta con magia prohibida. "Incluso si no tienes miedo, la lucha sería más fácil con ello".

"¿Qué?" Lo miro a los ojos, sus narices casi tocándose. Su mirada es intensa y amenaza con consumirme. Casi puedo ver la umbra a su alrededor cobrando vida mientras la magia antes mencionada irradia desde sus hombros.

Inclina ligeramente la cabeza. “Deberías tomarlo, creo. Quizás sea la única manera de que alguien como tú sobreviva aquí.

Alguien como yo… ¿Un humano? ¿O mis temores eran correctos? ¿Sabe él la verdad por mi forjada y torpe evaluación de la batalla? Quizás lo supo desde que dudé con Quinn en ese camino helado.

"¿Bien?" Hay urgencia en la palabra. Se nos acaba el tiempo, casi parece decir.

¿Quiero su poder? ¿Quiero su sangre? Eso es lo que realmente pregunta. Estoy disgustado por mi pensamiento inicial.

Sí.

No lo había querido hasta ahora. Pero su magia ya está en mí y el terror sabe a desesperación. No moriré aquí. Ahora no. No después de todo lo que he pasado y lo cerca que estoy de llegar a esa puerta suya y liberarme.

Pero, ¿qué pensará mamá, Drew, mi pueblo de mí por esto?

No tienen que saber, susurra una nueva voz desde el fondo de mi mente. Un rubor sube por mi pecho. Mi respiración se corta.

No tienen por qué saberlo.

No hay nadie aquí para juzgarme por lo que estoy a punto de hacer. Sin cazadores. Ningún pueblo. Sólo hay monstruos en la oscuridad y un hombre hecho de luz de luna que me ofrece la salvación. Hay una necesidad creciente, desgarradora, en lo más profundo de mí. Queriendo ser liberado nuevamente. Queriendo que él me haga y me deshaga. Queriendo, por un bendito momento, ser mi propia mujer. Ser triunfante. Vencer a la muerte y al miedo por una vez en mi vida.

“Dame poder”, ruego y me niego a permitirme sentir vergüenza.

Se lleva el pulgar a la boca y lo muerde ligeramente. El pequeño hilo de sangre que llega hasta la palma de su mano me hace salivar. Cualquier disgusto por la reacción de mi cuerpo palidece en comparación con mi necesidad.

Lo necesito. Dámelo. Más, una voz interior insta cada vez más fuerte.

Las yemas de los dedos de Ruvan se deslizan por mi mejilla y se curvan alrededor de mi mandíbula. Su pulgar descansa sobre mi labio inferior. "Solo un toque. Lo suficiente para que puedas pasar.

Mis labios se abren. Su pulgar se desliza entre ellos. Resbaladizo con sangre. Paso mi lengua a lo largo del corte por instinto y trago.

La magia surge de él hacia mí como si yo fuera un recipiente que su esencia estuviera ansiosa por llenar. Inspiro profundamente. Ruvan retira su mano mientras mis preocupaciones comienzan a adormecerse y mis sentidos se intensifican. Un ceño tira de sus labios, pero no pregunto por qué. No quiero saber qué causa su disgusto cuando esto se siente tan… deliciosamente bien.

No sabía qué esperar del elixir que me dio Drew. El juramento se produjo de forma borrosa. Pero ahora he aceptado el poder con los dos ojos abiertos. Estoy listo cuando choca contra mí y uso su fuerza como impulso. Giro y me lanzo hacia la oscuridad mientras tengo el coraje y la fuerza para hacerlo, persiguiendo el ruido de la batalla.

Ventos y los demás están borrosos. Corté al primer demonio sin

esfuerzo con mi hoz derecha mientras mi izquierda atrapa la muñeca de un segundo. Ambos caen con un breve grito de agonía, muertos por la plata que les perforó la piel. Otro monstruo se lanza hacia mí; Me agacho y esquivo hacia su espalda, cortando su columna mientras dos embestidas más.

Sorprendentemente, Winny es la primera en alcanzarme. La pequeña y ágil criatura es un torbellino de espadas y dagas. Ella lanza dos. Apuñala a otra mientras recupera la primera daga. Dos más caen por sus espadas mientras ella alcanza el segundo.

Mantengo mi enfoque hacia adelante. Hay un gemido que se eleva desde las profundidades: una agitación de algo poderoso y temible. Hay más en camino. Puedo sentirlos. Mucho, mucho, mas. Divido mi atención entre los que me rodean y los que vienen, trabajando hacia la parte trasera del grupo y el frente de la siguiente ola.

Hay un momento para recuperar el aliento entre un cuerpo que cae al suelo y los siguientes cinco chocan contra mí. Vienen todos a la vez, una mano con garras roza la armadura de mi hombro mientras elimino a dos más. Cinco, diez, veinte, estos demonios sin sentido no serán los que me derriben.

Si el propio señor vampiro era rival para mí, nada menos que él me detendrá. Así no. No con su poder.

Ruvan. Puedo sentirlo moverse detrás de mí. Lo conozco tan bien como conozco a mi propia carne y sangre. Absorbo su poder descaradamente para seguir avanzando, saltando de un cuerpo para obtener influencia sobre dos, usando mis hoces en sus hombros para saltar más por el pasillo.

Una sonrisa corta mis labios. Esta... esta pelea ahora se siente... casi placentera. Soy demasiado fuerte para que estos monstruos me detengan. Su sangre está caliente en mi cara y mis manos. Lamo mis labios, sintiendo su escozor en mi lengua. Su sangre es agria comparada con la de Ruvan. Pero de todos modos me alimenta. Una magia más barata y sucia. Sin embargo, sigue siendo poderoso. Servirá.

Más, grita la voz dentro de mí, la misma voz que el elixir trajo a la vida la noche de la Luna de Sangre, ¡dame más!

Giro, balanceándome, derribando a cuatro a la vez. Apenas me doy cuenta de que el resto de mi grupo está detrás de mí. Demasiado lento. Se están perdiendo toda la diversión que les espera. Pero supongo que les reduciré el paquete. De esa manera no tendrán que preocuparse ni luchar mucho.

El pasillo termina en una T. Mi pecho se agita. Mi respiración es tan áspera y entrecortada que me duele. Es casi como si estuviera inhalando vidrio y no aire. Sin embargo, lo trago de todos modos, los músculos gritan y los pulmones me duelen. Casi quiero que mi cuerpo se rompa.

Rompe para que pueda reconstruirse más fuerte con esta magia. Quiero más, ser más.

Un estruendo a la derecha presagia enemigos incontables. Puedo verlos a lo lejos: una horda entera, que apenas puede pasar por el pasillo. Se arrastran unos sobre otros, arrancando la piel de sus aliados, todos apurados por llegar hasta mí. Me hundo en mis piernas y estoy a punto de abalanzarme cuando Ruvan grita: "¡Izquierda!". Instantáneamente recalibro. Nos dirigimos hacia la izquierda y esta horda viene por la derecha. Hay una puerta, a medio camino entre la masa y yo. La charla de los vampiros sobre asegurar rutas y garantizar un paso seguro persiste en mí, incluso en mi neblina de batalla. Corro.

"¡Dije que se fuera!" Grita Ruvan. Sólo agita más a las bestias. Lamentos y gritos se elevan desde dentro de los muros. Es como si todo el castillo estuviera construido sobre los cimientos de estos monstruos. Ahora entiendo lo que querían decir cuando decían que necesitábamos viajar durante el día mientras "ellos estaban sedados". Si esto está sedado, ¿qué le deparará la noche?

Corto a los tres primeros y pateo sus cadáveres por el pasillo inclinado, derribando a otros cuatro. Uno se lanza hacia mí y lo mato con un buen golpe en la sien. Agarro la puerta y la empujo hasta la mitad mientras tres intentan entrar a la vez. Es un juego de cortar y patear mientras trato lentamente de cerrar la puerta. Al menos tengo terreno elevado.

Una garra se hunde profundamente en el punto blando de mi armadura de cuero en mi codo. Reprimo un grito de dolor. La sangre explota, el olor es brillante y penetrante incluso en mi nariz. Nunca en mi vida había sido tan consciente de mi propia sangre. El aroma parece hundirlos más profundamente en su frenesí.

Inclinándome contra la puerta, bloqueando mis piernas, empujo con todas mis fuerzas. Soy yo contra al menos ocho de ellos. Aprieto la mandíbula y contengo un gruñido mientras me esfuerzo. Mis músculos tiemblan pero no tengo suficiente fuerza, no mientras sigo teniendo que cortar y empujar a cualquiera que intente entrar.

"¡Ventos!" Yo grito. Necesito a ese bruto de hombre. "¡Ventos!"

El estruendo que presagia sus pasos es un sonido bienvenido.

"Estoy aquí." Nunca hubiera imaginado que me sentiría aliviado al escucharlo decir eso. Una mano fuerte golpea la puerta y de repente el esfuerzo que estaba haciendo para cerrarla se desvanece por completo.

Le dejo la fuerza muscular a Ventos, concentrándome en evitar que los monstruos pasen. Juntos podemos cerrar la puerta. Evalúo la cerradura y las bisagras y desenvaino tres dagas de mi pecho. Según cómo está construida la puerta, creo que puedo bloquearla por el momento. Clavo mi daga de acero en la madera del marco casi hasta la empuñadura. Se calza contra la manija de la puerta, impidiendo que se abra el pestillo. Puse dos más junto a las bisagras, usando una fuerza que no sabía que poseía para dejarlas sin valor.

"Eso no durará mucho". Cubro mi herida con mi mano. “Eventualmente lo derribarán”.

"Aguantará el tiempo suficiente para que podamos salir de aquí", dice Ventos mientras nos reunimos con nuestros compañeros.

Lavenzia tiene un corte profundo en un costado de la cara que se está curando rápidamente y, por lo demás, está ilesa. Ruvan me mira con recelo. Le devuelvo una sonrisa cautelosa. Estoy bien, genial, incluso. Entonces, ¿por qué parece tan vacilante?

“Ella también está herida. El olor de su sangre va a atraer aún más”, dice Ventos.

"No lo estará por mucho tiempo". Ruvan toma mi mano entre las suyas. El agarre es sorprendentemente suave. "Mirar."

Efectivamente, mi herida ya se está curando. Limpio la sangre y solo hay una delgada línea roja donde estaba, algunas gotas todavía goteando en dos puntos que se cierran.

"Sus ojos", dice Winny con el ceño fruncido.

"¿Qué hay de ellos?"

En lugar de responderme, Winny mira a Ruvan. “Le diste sangre”.

“Ella lo necesitaba para sobrevivir y la mantendré con vida a toda costa. Ella puede manejar mi poder”. El tono de Ruvan no debe ser cuestionado. Él me libera. “Vamos, tenemos que seguir moviéndonos. Tenemos que llegar al desván antes del anochecer”.

“No hemos estado allí en mucho tiempo; ¿Crees que todavía es seguro? pregunta Lavenzia.

“Por lo general, carecen de coordinación para subir escaleras. Entonces, incluso si no lo es, debería haber tan pocos que sean fáciles de remediar”. Winny se encoge de hombros.

“O están los peores”, murmura Lavenzia en voz baja.

"Estará bien." Ruvan mira por encima del hombro mientras el

golpe en la puerta detrás de nosotros se hace más fuerte. "No nos demoremos".

Nos movemos.

Mi corazón late con cada paso. Quiero más. Más peleas. Mas sangre. Por primera vez, me siento como un cazador... y, ahora que el ajetreo de la batalla se ha desvanecido, me doy cuenta de que no me gusta.

Me miro las palmas, salpicadas de sangre como la tinta. No estoy hecho para la muerte. Mis manos pican por crear. Esta necesidad dentro de mí... no es mía. ¿De dónde viene? Miro la espalda de Ruvan. ¿A él? No, lo sentí en la aldea antes de conocerlo. El elixir. ¿Es esta la locura del cazador? El miedo intenta arraigarse dentro de mí y lo corto de raíz. Quizás sea la locura, quizás no. Pero tengo cosas más importantes de las que preocuparme por el momento.

"Tengo que admitir que eres decente en una pelea, Riane", dice Ventos a mi lado. No debo poder ocultar mi sorpresa ante su afirmación, porque intenta ahogar la risa y, en la mayoría de los casos, fracasa. "Aunque supongo que la sangre de vampiro es la razón de la mayor parte".

"Soy bastante temible sin eso", trato de farolear. Ruvan me lanza una mirada que no puedo descifrar. O tal vez…que no quiero descifrar.

Él sabe, me asegura una sensación de hundimiento en el estómago. Él sabe de tu engaño.

Pasamos junto a un espejo de cristal de mercurio y me detengo ante él. Sólo por un segundo. El tiempo suficiente para ver mis ojos rodeados de oro. Venas negras sobresalen debajo de mi piel leonada. Me veo sorprendentemente similar a cómo aparecí en el primer espejo que me mostraron aquí.

"Cómo..." susurro. Pero al igual que la causa de las miradas escépticas de Ruvan, también sé la respuesta a esto.

“Es la tradición de sangre asociada a los juramentos de sangre. Nos hemos marcado la sangre el uno al otro, compartimos vida y energía, así que puedo darte una fracción de mi poder”, responde Ruvan. Me impulsa a caminar a su lado una vez más. Puedo escuchar un débil gemido a lo lejos. Hay más batallas por venir antes de que lleguemos al loft antes mencionado. "Y, con ese fin, te agradecería que siguieras corriendo de cabeza hacia el peligro al mínimo".

“No sé qué me pasó”, murmuro. Me tiro la mejilla, inspeccionando el anillo dorado que me rodea el ojo. "Soy como la noche de la Luna

de Sangre, ¿no?"

"Eres."

“Eso significa…” Las palabras me estrangulan. Pero me obligo a hablarlos de todos modos. Por primera vez hay algo casi tranquilizador que irradia Ruvan, pulsando hacia mí a través de este vínculo que compartimos. "Significa que el Gremio de Cazadores realmente está involucrado en la tradición de la sangre de vampiros, ¿no?"

"Sí. Un humano no debería poder convertirse en un Juramentado de Sangre tan fácilmente como tú; tu sangre ya tenía las huellas de la tradición sanguínea. Mi magia no debería fluir hacia un humano que no esté tocado por la tradición como lo ha hecho contigo. Fuiste marcado por el arte del vampiro antes que yo y lo serás para siempre”. Me mira por el rabillo del ojo con desaprobación y preocupación.

"Marcado", repito, frotándome entre las clavículas.

“Todo lo que hacemos, todo lo que vivimos, nos marca la sangre. Estamos moldeados por todo lo que hemos sido, pudimos haber sido, somos y no somos. Y tenías conocimientos de sangre sobre ti antes de conocerme. Ruvan se vuelve hacia mí. "Tus preciosos compañeros cazadores te estaban convirtiendo lentamente en uno de nosotros para matarnos".

"Tú eres—tú eres—" No puedo decirlo. La palabra se me pega en la garganta.

"¿Equivocado?" Ruvan inclina ligeramente la cabeza y frunce el ceño. Se inclina ligeramente hacia adelante. "No puedes decirlo, ¿verdad?"

Trago espesamente, en silencio.

"¿Sabes por qué?" Su voz baja. “Porque no puedes mentirme. Tengo razón, y lo sabes tanto como nuestro juramento de sangre.

Mis ojos se abren ligeramente. Pero él no se regodea. Ruvan se aleja, mirándome pensativamente mientras mil pensamientos pasan por mi mente a la vez.

Si el Gremio de Cazadores se involucra en la tradición de la sangre (la magia de los vampiros) para crear cazadores más fuertes, ¿qué significa eso para Drew? ¿Los fines justifican los medios? ¿Es necesario convertirse en monstruo para matar a uno? Si pudieran y quisieran hacerlo para elaborar el Elixir del Cazador, ¿por qué habría de pensar que no lo harían también para maldecir a nuestros enemigos?

Quizás haya algo más en esta maldición de la que hablan. Quizás

incluso provenga de Hunter's Hamlet. Drew lo sabría.

Dibujó. Me duele el pecho. Cierro los ojos con fuerza, favoreciendo la oscuridad detrás de mis párpados en lugar de la oscuridad del pasillo por un segundo. ¿Qué pasaría si usaran la tradición vampírica sobre él para curarlo? ¿Eso lo acercará mucho más a convertirse en vampiro? ¿Qué pasa si él es parte de un gran experimento que continuará porque le robé su destino y el señor vampiro está vivo?

¡Nunca harían eso! Puedo oír en la voz de mi madre. En Davos, en nuestra mesa.

Sin embargo… la verdad está ante mis ojos. Hay más en la aldea de lo que jamás he conocido, e incluso si no quiero descubrirlo porque me aterroriza, porque amenaza todo aquello en lo que he encontrado consuelo, debo hacerlo. No importa el costo.

El sonido de los monstruos a lo lejos es bienvenido. Dejo escapar un ruido de frustración y cargo hacia adelante, una mancha de plata y poder. Quiero que la magia elimine estos pensamientos. Quiero usarlo para sobrevivir y no pensar en las implicaciones.

Quiero ignorar todo lo que está borrando las líneas simples y claras que siempre han dividido mi mundo.

CAPITULO 16



He perdido la cuenta de cuántos he matado. Me duelen las extremidades y me falta el aire. Esa fue la tercera ola. ¿Cuatro? Estamos en lo profundo del viejo castillo ahora y puedo sentir la piedra a mi alrededor como si fuera un ser vivo. Cada pared parece estar llena de más y más de estas bestias. Está claro lo que Ruvan quiso decir con los números. El riesgo de estos monstruos no es enfrentarlos uno a uno, sino sentirse abrumado en el momento y carecer de la resistencia para manejarlos a todos. Es mucho peor aquí que cualquier luna llena que haya oído describir a Drew.

De alguna manera, logré sobrevivir. Si mi hermano pudiera verme ahora estaría orgulloso. Tan sorprendido como estoy, pero definitivamente orgulloso. Su entrenamiento fue mejor de lo que cualquiera de nosotros creíamos. Puedo moverme por instinto. Aunque incluso lo admito, la magia vampírica ha ayudado mucho. No estoy seguro de cuánto falta para que desaparezca, pero, por ahora, no parece que esté disminuyendo. Y aunque lo fuera, sé dónde podría conseguir más.

Mis ojos se dirigen a Ruvan. Está tan cansado y desgastado como todos nosotros. Sin embargo, por alguna injusticia, casi parece más guapo con un poco de suciedad. Esto silencia parte de su insoportable perfección y lo hace... ¿casi humano? Menos como una criatura divina y más como un hombre que podía ser tocado por manos mortales.

"Aquí." Ruvan le entrega a Winny un llavero grande que previamente estaba sujeto a su cinturón. Lo usa para abrir una de las muchas puertas por las que hemos pasado. Hay una escalera al otro

lado.

Winny se levanta y luego responde: "Está claro".

"Oh, muy bien". Lavenzia da un suspiro de alivio y trepa ante el movimiento de Ruvan.

"Tú eres el próximo", me dice.

Yo también subo. Estoy agradecido por cada uno de mis años en la herrería. Si no fuera por cada hora que pasé levantando acero y hierro, no podría seguir subiendo estos peldaños después de todo el esfuerzo del día.

El "loft" se parece más a un ático. Vigas de madera sostienen el techo sobre nosotros. Nos encontramos en el techo de otra gran sala situada más abajo. Estoy casi cegado por el crepúsculo que se cuela a lo lejos a través de un agujero en el techo. Después de pasar tantas horas en completa o casi completa oscuridad, es casi doloroso ver la luz natural.

Ruvan es el último en subir, siguiendo el sonido de la puerta cerrándose debajo.

“Has estado cazando esas criaturas por un tiempo, ¿verdad? ¿Y la gente anterior a ti también lo era? Finalmente pido confirmar mis sospechas anteriores. “¿Cómo es que todavía hay tantos Sucumbidos?”

"Se perdió un mundo entero". Lavenzia gime mientras se sienta en una de las vigas del techo de madera. La madera es vieja, pero aguanta. Especialmente bien, teniendo en cuenta que el techo se ha hundido en algunos lugares.

"Innumerables personas sucumbieron antes de que se implementara el sueño". Ruvan envaina sus espadas.

"Siempre olvido cuánto tiempo ha pasado". Winny suspiros. "Se siente como ayer".

“Para nosotros prácticamente lo fue”, dice solemnemente Ventos. “Ayer y un año”.

“Qué mundo que perder y al que despertar…” dice Lavenzia con tristeza.

"Es por eso que ahora odio estar en los peldaños más bajos de la ciudad y en el antiguo castillo". Winny se sienta junto a Lavenzia y apoya la cabeza en su hombro. "Y pensar que una vez lo disfruté".

“Ciertamente no es nada fácil”, coincide Ventos.

Mientras hablan, cruzo hacia la abertura en el techo, confiando la mayor parte de mi peso a las vigas de soporte principales, en lugar de a las tablas podridas suspendidas entre ellas. La nieve cae en motas plateadas en el gris crepúsculo. La apertura revela un castillo más

extenso, escondido entre crestas y picos alrededor de la caldera.

¿Qué tan profundo es este lugar?

“Nadie ha vivido aquí durante miles de años. Bueno, es decir, nadie todavía siente nada. Ruvan está a mi lado. Lo escuché venir gracias al crujido del piso y la conversación cambiante que dejó atrás. Winny, Lavenzia y Ventos hablan entre ellos en voz baja y apenas audible. "A partir de los registros dejados entre los señores, hasta Jontún, creo que somos los primeros en haber visto este tramo particular del castillo en casi mil años".

"¿Cómo es eso posible? ¿No es este tu castillo? Mi curiosidad está empezando a desbordarse. Tal vez sea su comportamiento tranquilo el que finalmente me agota. Tal vez sea algo parecido a la confianza que se está formando entre nosotros, a regañadientes, no deseados y no bienvenidos... pero brotando como malas hierbas determinadas entre calles adoquinadas.

“Ya no es el castillo de nadie”, dice solemnemente.

"Pero tú eres el señor de los vampiros".

"Señor vampiro, y sí, un señor, no un rey". Observa las torres y los tejados helados. “Soy un asistente glorificado. Un observador y protector. Mantendré este castillo y cuidaré de todos mientras duermen mientras intento hacer mi parte para poner fin a la maldición”.

"Parece mucho", murmuro. Me pregunto si así se sintió Davos. Drew siempre culpaba de su naturaleza desagradable a las cosas que había visto como maestro cazador. Pero tal vez parte de ello fue el estrés de cuidar de todo el Hamlet de Hunter.

"Es."

“¿Entonces la maldición ha hecho que todos en el castillo se conviertan en esos monstruos?” Hay un peso en este lugar que se vuelve más pesado cuanto más tiempo estoy aquí. Un dolor profundo que es igual al vacío amargo y solitario en el que me sumergí después de la muerte de mi padre. Este castillo ha conocido una pérdida tan inmensa.

"No sólo el castillo", dice solemnemente. “Se le impuso a nuestro pueblo poco después del final de las grandes guerras mágicas hace tres milenios. Es un veneno lento y progresivo de naturaleza mágica. Ningún vampiro escapó y, mientras estemos despiertos, poco a poco nos convertirá en los monstruos con los que hemos estado luchando”.

“¿La maldición empeora para ti cuanto más profundizamos y más nos acercamos a su ancla?”

Él niega con la cabeza. “Afortunadamente no; La maldición afecta a todos los vampiros por igual, en su mayor parte. Es una maldición puesta sobre nuestra sangre con magia en la que los humanos nunca deberían haberse entrometido. No hay forma de escapar de él, sólo de frenarlo. Ésa es también la razón por la que el consumo de sangre fresca y no contaminada restaura nuestros rostros y poderes adecuados; incluso la sangre extraída por la fuerza, por afrenta a la tradición que es, es mejor que no tener sangre. Es por eso que necesitamos Blood Moon para reponer nuestras tiendas. No somos lo suficientemente fuertes para cosechar la sangre de aquellos aquí en Midscape (aquellos con magia) en este estado debilitado. Cazarían lo que queda de nosotros si vieran el peligro en el que nos hemos convertido”.

Los ojos de Ruvan vuelven a sus compañeros. Su frente se arruga ligeramente con preocupación. Lo dejo con sus pensamientos, manteniendo los míos. Dijo que su verdadera forma no era la visión monstruosa que lo vi por primera vez, sino el hombre casi etéreo que ahora está frente a mí.

“¿La maldición debilita vuestra magia y os convierte en monstruos, y las criaturas contra las que luchamos han sido transformadas por ella?”

Él me devuelve su atención con un gesto cansado. “Los llamamos Sucumbidos. Es la segunda etapa de la maldición. Nosotros…” se señala a sí mismo y luego a los otros tres “todavía somos vampiros. Estamos malditos, pero tenemos nuestro ingenio.

“Los Sucumbidos han sido víctimas de la maldición. Ya no son seres vivos, pensantes y no pueden volver a ser lo que eran, por mucha sangre que consuman. Son bestias instintivas que cazan para recuperar lo perdido aunque no puedan”.

"Parece que deberían ser débiles". Pero lo sé mejor.

"Si solo. Los Sucumbidos no carecen de magia. En cierto modo, su frenesí ha aumentado sus poderes. Pero son instrumentos contundentes, que carecen de estrategia o táctica”.

“Ya veo…” Miro hacia atrás, hacia la vasta extensión de hielo y piedra. “Por eso siempre que nos han atacado ha sido sin organización. No hay ningún plan. Siempre son uno o dos, si es que hay alguno, cazando sólo por instinto”. El vampiro nunca tuvo una "mente colmena". Estábamos equivocados todo el tiempo, en todo, cuando se trataba de nuestros enemigos.

"¿Atacarte? Pero el Velo sólo es lo suficientemente débil como

para cruzar durante la Luna de Sangre”. Ruvan parece genuinamente sorprendido.

"Bastante débil para ti, pero esos monstruos malditos vienen cada luna llena de los pantanos". Me pregunto si debería decirle esto. ¿Podrá utilizar esta información para encontrar su propio camino a través del Velo durante la luna llena? Aunque no es que Ruvan tenga el ejército que alguna vez pensé que tenía...

Ruvan se acaricia la barbilla y murmura: “Eso explica algunas cosas que los señores vampiros se han estado preguntando sobre los cazadores. Siempre han sido entrenados mucho mejor de lo que esperamos para encontrarse con vampiros sólo una vez cada quinientos años. Cuando descubrí que estaban usando conocimientos de sangre, pensé que eso lo explicaba únicamente. Pero esto es mucho más plausible”.

"¿Cuál es la tradición de la sangre?" Finalmente tengo la curiosidad suficiente para preguntar abiertamente. “Entiendo que involucra sangre y magia. ¿Pero cómo funciona?"

"No estoy seguro de si un humano podría entenderlo".

"Pruébame." Me muevo para mirarlo.

Él me valora y yo debo, de alguna manera, estar a la altura. "Está bien. Como te dije antes, toda sangre, toda vida, contiene magia en su interior. Blood cuenta la historia de una persona, sus fortalezas y debilidades, su linaje, la suma de sus experiencias. Incluso su futuro está marcado en la sangre”.

“¿Puedes…ver la experiencia de alguien?” Pregunto con cautela. "¿Su futuro?"

"Sí. Pero como toda tradición de sangre, requiere talento y las herramientas adecuadas para hacerlo”. Una sonrisa se desliza por sus labios, la boca ligeramente abierta en una esquina, su colmillo malvado y brillante. “Un vampiro puede robar una forma. ¿Qué te hace pensar que no podemos también robar un pensamiento, si quisiéramos?

"La historia de la sangre suena horrible". Invasor. Intruso. Y sin embargo... tengo una profunda curiosidad.

"Puede que te sientas así, pero miles en Midscape no lo hicieron". Ruvan mira hacia las cimas de las montañas y su voz se vuelve melancólica. “Venían de todas partes para nuestros festivales lunares mensuales. Cuando nuestro poder era más fuerte, podíamos leer el futuro de los reyes”.

“¿Sólo reyes?”

“Cualquiera que haya ofrecido su sangre”.

Considero esto un momento. "Si los vampiros pueden ver el futuro, ¿cómo no sabían que estarían maldecidos?"

“Tal vez alguien lo hizo y no entendió bien su visión. Vampir no consigue una imagen completa. Sólo podemos ver específicamente lo que el autor de la pregunta nos exige. Así que es posible que nadie lo viera venir, nadie pensó en preguntar”.

“¿Miraste hacia el futuro antes de aventurarnos aquí? ¿Es así como Callos conoció el camino? Pregunto.

"No... la maldición ha oscurecido y limitado muchas de nuestras habilidades", dice secamente, evitando mi mirada como si estuviera avergonzado.

Me hace preguntarme cuán poderosa es la tradición sanguínea. Entonces pregunto: "¿Qué más puede hacer la tradición de la sangre?"

“Algunos pueden identificar la verdad de la mentira. Otros pueden obtener información sobre la verdadera naturaleza de una persona. Fuimos reverenciados y respetados por todos nuestros conocimientos sobre cosas que aún no habían sucedido y la verdadera naturaleza de los individuos”.

"Los cazadores no pueden hacer nada parecido".

"¿Cómo puedes estar tan seguro?" Su mirada comienza a endurecerse. “¿Cómo conseguiste la historia de la sangre en la noche de luna llena?”

"¿Qué?" La inseguridad hace que la palabra resuene en mi boca.

Me agarra el brazo, justo por encima de mi codo. "Si no te hubiera concedido mi poder antes, habrías muerto luchando contra los Sucumbidos".

Intento alejarme, incapaz de negarlo gracias al conocimiento de la sangre, pero él se mantiene firme.

“Fue inteligente, te lo aseguro. Permitiéndome pensar que eres un cazador para poder asegurar tu lugar aquí; protegerte del marchitamiento convirtiéndote en mi juramento de sangre. Pero te he mostrado mi verdadero rostro. Creo que es hora de que me muestres el tuyo. Se inclina hacia adelante y mi mundo se reduce solo a él.

“¿Cuánto puedes saber realmente?” Pregunto con valentía, bailando con mis palabras. "Ni siquiera sabías que esos monstruos nos cazaban cada luna llena".

"¿Monstruos?" —repite con indignación. "Muestra algo de respeto. A pesar de lo que son ahora, alguna vez fueron mis parientes, mis antepasados, los hombres y mujeres a los que debería haber servido si

no fuera porque tu maldición de cazador los convirtió en lo que son. Algunos de ellos estaban vivos cuando entré en mi sueño y me desperté para encontrarlos enemigos sin sentido.

“¿Crees que quiero ver a mi gente masacrada? ¿Dejado arder al sol sin la decencia de un entierro adecuado? ¿Crees que los habría dejado vagar por tu mundo como ganado para el matadero si lo hubiera sabido?

Con el corazón acelerado, estoy cautivo en su agarre. Incapaz de hacer nada más que mirar con miedo y asombro el dolor que lo desbordaba. Lo siente tan profundamente. Más profundo de lo que jamás me he permitido sentir.

“Suficiente, Ruvan”, grita Ventos. “Estás perdiendo el aliento. Nunca conseguirás que un humano, y menos aún un cazador, se compadezca de nuestra difícil situación.

Sin embargo, eso es lo que ha estado tratando de hacer. Sigue intentando hacerlo. Los ojos de Ruvan no dejan los míos. Puedo sentirlo buscando. Rogando por algo que no puedo dar. Su magia me roza con toques invisibles, ligeros como una pluma. Me envuelve.

"Tiene razón, un cazador nunca simpatizaría contigo", digo suavemente, tratando de mantener mi atención en que él esté tan cerca. Las palabras carecen de su habitual mordiente. No puedo imponerles la fuerza, aunque quisiera. Y tal vez, terriblemente, ya no quiera hacerlo. No puedo decir todas las cosas duras y mordaces que quiero porque el vínculo no me deja... lo que significa que ya no son ciertas.

Pero Ruvan no parece verlo. "Y pensé que tal vez... tal vez porque no eras realmente uno de ellos podrías simplemente..." Ruvan maldice. "Muy bien. Miéntete a ti mismo. Intenta engañar con tus medias verdades. Insulta aún más mis intentos de bondad y generosidad. De todos modos, es todo lo que los de tu clase saben hacer”.

Me libera con un ligero empujón. Suficiente para darle espacio para maniobrar a mi alrededor. Pero no me lo esperaba. Tropiezo. Mi pie aterriza sobre una tabla, en lugar de una viga. Se hunde directamente a través de la madera empapada y nevada. Estoy desequilibrado, intentando recuperarme. A pesar de su ira y sus miradas, Ruvan se lanza hacia mí. Nuestros dedos se cruzan. Sus ojos se abren un poco mientras caigo, estrellándome contra el suelo.

El viento chirría en mis oídos. Intento girar mi cuerpo para caer de pie. Podría romperme las piernas, pero puedo hacer que mis rodillas reciban el impacto y luego...

Hay gritos arriba. Zumbido. Dos brazos fuertes me rodean. Ruvan me atrae hacia él y nos gira en el último segundo. Chocamos contra el suelo y él suaviza el impacto con su cuerpo.

Hemos aterrizado torpemente. Estoy tumbada encima de él, con las piernas enredadas. Armadura apretada. Gimo, alejándome. Los brazos de Ruvan todavía están alrededor de mi cintura. Su cabello es casi tan plateado como su armadura a la luz tenue. Sus labios se abren ligeramente.

Justo cuando estoy a punto de levantarme con una mueca y una disculpa, se gira.

"¡Estar atento!" Ruvan se da vuelta y se pone encima de mí. Se oye un ruido metálico contra su armadura, acompañado de un chirrido agudo.

Una sombra salta hacia atrás, aferrándose de forma antinatural a la esquina donde la pared se une al techo, como una rana o una araña. Sus garras se extienden casi hasta el tamaño de hoces. Su boca está permanentemente abierta, un crujido reverbera entre sus cuatro colmillos.

“¿Qué…?” respiro en estado de shock.

Tan pronto como hago un sonido, la cabeza de la criatura se mueve hacia nosotros. Deja escapar otro grito espeluznante. El sonido está en mis dientes. Mis ojos lloran y mis oídos zumban, el mareo me alcanza. De repente, el mundo sufre un remolino repugnante.

"¡Riane, contrólate!" Ruvan me agarra por los hombros y temblando ligeramente. "Te necesito con tu ingenio". Se lleva el pulgar a los labios, como si tuviera intención de morderlo de nuevo y darme su poder. Incluso con mi conciencia débil, el hambre crece dentro de mí, ansiosa.

Pero no tiene oportunidad de romperse la piel antes de que la bestia se lance al aire.

"¡Mi señor!" Ventos está en auge.

"¡Es un caído!" Esa es la única respuesta que Ruvan tiene la oportunidad de dar antes de que el monstruo se acerque a él.

La bestia es sombra y viento: un rugido de garras y muerte. Ruvan es inquebrantable mientras se posiciona entre la monstruosidad y yo. Yo veo; el mundo se desacelera. Capturo cada detalle mientras Ruvan levanta su hoz. Va hacia la garganta del monstruo, la criatura retrocede, la plata le corta el hombro. La bestia aúlla y cae. Creo que se acabó.

Me equivoco.

Observo con horror cómo lentamente se eleva una vez más. Una pesadilla implacable.

"Es-Es-Lo cortaste con plata".

"La plata es una debilidad del vampiro". Ruvan mira por encima del hombro, con sus ojos dorados llenos de ira. Honestamente no puedo decir si está dirigido a mí o no. “Te lo dije, estas bestias no son vampiros. Cuanto más profunda es la maldición, menos son uno de nosotros. Estar listo."

"¡Hay otro!" Salto sobre mis pies mientras el movimiento me distrae de la esquina opuesta.

“¿Qué…?” Ruvan no tiene oportunidad de reaccionar. La criatura que se lanza hacia él hunde todos sus colmillos en la mano que empuña la hoz, perforando el cuero de su guante. El arma cae al suelo mientras Ruvan deja escapar un grito horrible. La sangre negra explota. Ante mis ojos, cambia de color a un tono verde enfermizo.

Quiero asegurarme de que esté bien. El impulso es extraño y no deseado. Afortunadamente para mí, tengo una razón de peso para no dedicar demasiado tiempo a pensar en ello. Recojo mi hoz y me enfrento al monstruo que corre hacia mí.

Su andar es extraño. Se arrastra sobre dos patas, corre, se inclina hacia adelante para correr casi como un lobo a cuatro patas. Sus garras se clavan en el suelo de piedra con cada embestida hacia adelante, dejando profundas hendiduras. Me gruñe y hace clic, olfateando el aire. Es todo extremidades, huesos y músculos nervudos.

Este no es como el vampiro con el que he estado peleando. No hay nada remotamente humano en esta criatura, ni siquiera la forma extraña y etérea en que el vampiro parece reflejar a la humanidad.

Cada instinto de autoconservación grita dentro de mí. Diciéndome que corra. A huir. Me aferro. Otra cosa que Drew siempre decía era la marca de un buen cazador: ser capaz de mantenerse firme incluso ante la muerte.

Espero hasta poder ver los hoyos oscuros de los ojos de la criatura. Se parecen más a cáscaras, con costras y cicatrices, que a cualquier cosa que pueda usarse para la vista. Se lanza hacia mí.

Me esquivo y corto, atrapando a la criatura debajo de las costillas. Aúlla y se desprende de mi hoz, cortando mi armadura. Por suerte sigo ileso. Está aturdido sólo por un segundo antes de regresar hacia mí.

"¡Estamos bajando!" Winny grita. Una cuerda se despliega, llamando mi atención y la de Ruvan al mismo tiempo. Vemos más

movimiento al unísono, porque ambos reaccionamos.

"¡No!" grita, una mano agarrando su muñeca herida. Me pregunto si habrán visto el corte. Seguramente deben olerlo. El olor a podredumbre que sale del antebrazo de Ruvan es lo único en lo que mi nariz parece concentrarse. “Es un nido de caídos. Sigue moviéndote, nos vemos en el antiguo taller”.

“Mi señor…” comienza a decir Lavenzia.

"Esa es una orden", ladra, con más dureza de lo que jamás había escuchado antes. Ruvan ataca de nuevo al primer monstruo y luego gira, agarrando mi mano. "Tenemos que correr".

Apenas tengo tiempo para procesar lo que ha dicho antes de que mi brazo casi se desacople por la fuerza con la que él me empuja. Corremos hacia una puerta lateral por la que él mete el hombro con un gruñido. Más sangre explota de su antebrazo.

"Muévase a un lado." Le lanzo el hombro, apartando al señor vampiro del camino.

Ruvan se enfrenta a los monstruos entrantes. Extiende su brazo herido, la sangre gotea al suelo y su boca forma una dura línea de dolor y determinación. De repente, la sangre brota de la herida y flota en el aire, flotando, desafiando las convenciones. Da vueltas y gira, volando hacia los monstruos, cubriéndolos.

Chillan y silban como si los hubieran golpeado con ácido antes de quedarse inmóviles de forma antinatural.

Con todas las fuerzas que me quedan empujo la puerta. Mis músculos gritan y se tensan contra mi armadura. Pero los gruñidos de los monstruos que luchan contra el control de Ruvan son toda la motivación que necesito. La pesada puerta se abre. "Ir."

Por suerte, ni siquiera intenta ser caballeroso. Ruvan rodea la rendija de la puerta y el trance de los monstruos se rompe cuando baja el brazo. Rápidamente lo sigo detrás de él. Ambos le dimos la espalda. Lo último que veo son tres monstruos cargando hacia nosotros, un cuarto dándose un festín con su contraparte caída.

CAPITULO 17



La madera y el metal suenan cuando los monstruos golpean contra ellos. Cuatro golpes en total. Había incluso más de los que pensaba.

"No digas nada", respira Ruvan, tan suavemente que casi no lo oigo. No podría hablar aunque lo intentara. Mi corazón late con fuerza en mi garganta.

Después de lo que parece una hora, los golpes, los gruñidos y los rasguños disminuyen lentamente. Sigo presionando mi espalda contra las puertas; Mis piernas tiemblan por el esfuerzo de asegurarme de que las criaturas permanezcan atrapadas dentro. Ya nada intenta siquiera abrirse paso. Pero lo único que puedo ver es a esos demonios acercándose a mí.

Un ligero toque en mi antebrazo me hace abrir los ojos. Ni siquiera recuerdo haberlos cerrado. Ruvan lentamente se lleva un dedo a los labios. Recibo el mensaje alto y claro.

Nos movemos en un silencio tenso. Nuestros pies se arrastran por el cansancio. El oscuro pasaje parece no tener fin. El más leve susurro del viento en la distancia, o el crujido de cimientos antiguos, me hacen saltar fuera de mi piel.

Espero que sepa adónde va, pero no encuentro el valor para preguntar. Me imagino perdido aquí abajo. Dejado morir de hambre. Olvidado. He estado con el vampiro durante días y de alguna manera, después de mi pelea inicial con Ruvan, esta es la primera vez que realmente siento que voy a morir.

La sangre de vampiro, la sangre de Ruvan, finalmente está comenzando a menguar en mis venas. Me estoy cansando. No,

exhausto. No podré luchar contra otra horda como lo hice antes y Ruvan no parece lo suficientemente estable para ofrecer más poder.

Vamos a morir aquí.

El vacío en el enorme e interminable salón que tengo ante mí está vivo, invadiendo, comprimiéndose, dentro y alrededor. No puedo luchar más. Está debajo de mi piel, vaciándome desde dentro. La plata de mi hoz no alcanza. Nunca fue suficiente para protegerme de todo el mal que acecha en las sombras vivientes. El pánico sube por mi garganta y se escapa como un gemido.

Ruvan se vuelve hacia mí y me presiona contra la pared. Él pone una mano sobre mi boca. Con la otra mano vuelve a llevarse un dedo a los labios. Con los ojos intensos, sacude lentamente la cabeza.

No hables, no hagas un solo ruido., casi puedo oírlo decir, resonando a través de la tenue conexión que compartimos. Puedo sentir su magia temblar con nervios que nunca antes había sentido en él. Se está debilitando a cada segundo. Él también tiene miedo.

De alguna manera, eso me calma. Creo que su miedo debería hacerme temblar aún más. Él debería ser mi protector y salvador en este laberinto de monstruos. Su miedo debería hacerme caer en una espiral más profunda de desesperanza. Pero, curiosamente, me tranquiliza. Tal vez sea porque en sus ojos veo humanidad: veo emociones reales que se reflejan dentro de mí. Puedo entenderlo.

Quizás estoy más tranquila porque verlo asustado enciende un instinto de tranquilizarlo. Ser estable para él si no puedo serlo para mí. Mientras más me preocupo por su estado, tengo menos miedo de lo desconocido que permanece en las sombras. Me preocupo por él en lugar de por mí y me siento como en casa.

Mi respiración se hace más lenta.

Su mano se desliza lejos de mi boca, pero no abandona mi persona. Permanece en mi hombro. Las yemas de los dedos recorren mi brazo. Suavemente, tentativamente, me toma la mano, como diciendo: Podemos hacer esto juntos.

No. Eso no puede ser todo. Simplemente no quiere que tropiece en la oscuridad. Aunque no me había tomado la mano hasta ahora. Aprieto sus dedos ligeramente. Él aprieta y ninguno de nosotros rompe el agarre.

Después de muchas idas y vueltas, lo escucho exhalar un suspiro de alivio. Es débil, pero después de forzar mis oídos y no escuchar nada durante lo que parecieron horas, es fuerte para mí. Ruvan se da vuelta y comienza con un propósito renovado. Al final nos detenemos

ante una puerta. Conduce a un vestíbulo, decorado con muebles de estilo similar a su habitación. Aunque los adornos son mucho más decrépitos, parece que alguna vez fueron incluso más opulentos que cualquier cosa que haya visto hasta ahora. Cruzamos a una sala de estar y luego a un dormitorio. Cierra todas las puertas detrás de nosotros, con una lentitud agonizante para no hacer ruido, y luego las bloquea con lo que puede. Ayudo con el levantamiento más pesado. Sus pies comienzan a arrastrarse y noto que continuamente se agarra el antebrazo herido.

Da una vuelta por el dormitorio en el que terminamos, levantando tapices de las paredes y mirando detrás de ellos. La mayoría se desmorona en sus manos. Hay otra puerta que conduce a un vestidor, conectado con el vestíbulo. Él también bloquea estas puertas.

Mientras lo hace, descorro las cortinas de la ventana. Necesito ver algo más que los interminables y opresivos muros del viejo castillo, desprovistos de toda luz. Al igual que los tapices, la tela se desintegra bajo mis manos. La luz de la luna entra a raudales en la habitación y suspiro de alivio. Nunca pensé que la luna pudiera ser tan reconfortante, o ver el cielo tan liberador.

"Creo que esto es lo más seguro que vamos a tener esta noche". Ruvan se sienta a los pies de la cama, inspeccionando su brazo herido. Comienza a tirar de su guante, jugueteando con las correas de su plato.

"Aquí, déjame ayudarte."

“¿Tú, un cazador, quieres ayudar al temible señor vampiro?” Dice vampiro como hago yo para burlarse de mí, estoy seguro.

"Odio ser portador de malas noticias, pero no pareces tan temible en este momento".

“Déjame esforzarme más”. Muestra sus colmillos. Podría haberme aterrorizado alguna vez, tal vez incluso antes este día. Pero ahora resoplo suavemente. La expresión casi me hace reír. Una sonrisa se desliza por sus labios también.

"Aún por debajo del promedio", digo a la ligera.

"Ah, maldita sea". No parece que lo diga en serio. “¿Eres una especie de sanador secreto?”

"Lamentablemente no. Pero he visto mi parte de heridas”. Antes de que pueda objetar más, tengo tres cierres desabrochados.

“Tienes dedos rápidos. ¿Le quitas la armadura a los hombres a menudo? Él arquea las cejas.

La pregunta me toma tan desprevenido que no puedo detener la

risa. "Algo como eso."

"Quinn normalmente me ayuda". Termina de quitar el último trozo de plato. La ropa de algodón que llevaba debajo de su armadura se adhiere a su piel, moldeada por la placa. Deja muy poco a la imaginación y rápidamente aparto la mirada, situando el pesado acolchado que tenía.

Suspira aliviado. Me imagino que se sentiría bien estar libre de todo ese peso. Lo suficientemente bueno como para pensar brevemente en quitarme la armadura. Pero no me gustaría ser atrapado vulnerable aquí... Simplemente no puedo decir si tengo más miedo de ser vulnerable frente a los Sucumbidos o Ruvan.

Mis pensamientos errantes se detienen cuando él expone la herida en su brazo. Dos semicírculos de agujeros dejados por los colmillos de la bestia recubren su carne, todavía fea y que llora sangre del tono de la espuma de un estanque.

"¿Por qué no se cura?" Siempre he visto a los vampiros curarse rápidamente, siempre y cuando no sean cortados por una hoja de plata. Pero esta herida está supurando; la carne a su alrededor burbujea, como si la hubieran quemado. “¿Es por esa magia que usaste?” Pienso en su sangre arremolinándose en el aire, hundiéndose en las criaturas, y luego cómo de repente se quedaron quietas.

“No, ese fue mi don innato de la tradición de la sangre. Puedo usar sangre para controlar criaturas, brevemente”. Hace una leve mueca de dolor. "Sin embargo, requirió más esfuerzo del que hubiera requerido de otra manera, gracias a la maldición".

“Un don innato. ¿Entonces sólo tú puedes hacerlo? Suena horrible y es otro recordatorio de lo letal que es el hombre con el que estoy... y una muestra de lo mucho que podría hacerme pero no lo ha hecho. Robar caras y pensamientos, ganar control corporal… ¿qué no puede hacer un vampiro?

Ruvan asiente. "No puedo hacer mucho más allá de la magia más básica de la tradición de la sangre, salvo esto". La explicación me hace recordar lo que Callos dijo antes. La tradición sangrienta es más que robar vidas y rostros.

"La forma en que hablas hace que parezca que no es terriblemente increíble", murmuro, mirando hacia otro lado.

“Los vampiros no eran luchadores, Riane. Los dones más venerados no eran nuestras habilidades para matar o luchar”.

“Los que usabas durante tus festivales lunares: la capacidad de ver la verdadera naturaleza de una persona o su futuro”, recuerdo.

“Estabas prestando atención”. Me da una leve sonrisa, una que parece orgullosa, que casi hace sonrojar mis mejillas. Todavía somos dolorosamente cercanos y, por primera vez, lo veo más como un hombre que como un vampiro.

Me concentro en su brazo. "Si no es la magia que usaste para detener la curación de la herida, entonces ¿qué es?"

“La maldición mancha la sangre. Los Caídos, esos monstruos, son la siguiente etapa de la maldición después de los Sucumbidos. Pero su instinto es el mismo; buscan sangre más fresca para intentar reemplazar la podredumbre que hay en sus venas”. Ruvan se recuesta e inclina la cabeza contra el estribo. Sus ojos están vidriosos y distantes. Nunca lo había visto tan débil o cansado. “Cuando los caídos muerden, purgan su sangre maldita para dejar espacio a la nueva. Piensa en ello como si fuera un veneno”.

Mientras habla empiezo a notar lo hundidas que están sus mejillas, cuánto brillo ya ha perdido su piel. Incluso el blanco de sus ojos está empezando a volverse opaco y gris. Cada vez se parece más al monstruo que conocí por primera vez. Ruvan se mueve, los brazos caen a los costados, una rodilla doblada y la otra recta. El poderoso señor vampiro está tirado en el suelo ante mí.

Pero no siento ninguna satisfacción por ello como antes. En cambio, esas emociones han sido reemplazadas por simpatía.

Inclino mi cabeza para mirarlo a los ojos. "¿Qué necesitas?"

"Descansar." Parpadea lentamente; cada vez sus ojos permanecen cerrados más tiempo que el anterior.

"No me mientas".

"Qué ironía que me digas eso". Me recuerda la conversación que estábamos teniendo justo antes de caer. El desacuerdo que nos metió en este lío.

Debato contra mí mismo, mi mejor juicio, antes de decir finalmente: “Tienes razón. En realidad no soy un cazador.

"Y le voy a deber a Quinn un frasco de sangre por ello".

"¿Qué?"

Ruvan se ríe entre dientes, la diversión es tenue y tan fina como su piel se está volviendo. “Él sospechaba la verdad mucho antes que yo. Es por eso que traté de ponerte a prueba cuando entramos por primera vez al antiguo castillo; Necesitaba saber cuánto tenía para protegerte”.

Frunzo los labios. "¿Por qué no me mataste por mentirte?"

“Aún eres humano; Todavía puedes llevarnos al ancla. Sólo tengo que trabajar un poco más duro para mantenerte con vida en el

camino”.

"Sé cómo pelear".

"Sí, y gracias a los viejos dioses por ello, pero no eres un cazador". Inclina la cabeza hacia un lado. “¿Cómo aprendiste a pelear?” Ruvan vuelve a hablar antes de que pueda responder, la claridad ilumina su rostro. “Tu hermano, el cazador. Con el que estaba luchando en las ruinas”.

"Su nombre es Drew". No sé por qué me veo obligado a decirle la verdad. Se me escapó una verdad y ahora no sé si podré quedarme con las demás. Estoy cansado. El miedo que casi me asfixió antes todavía acecha en los pasillos de los que huimos. Cierro los ojos con fuerza. Tiene razón, no soy un cazador, no puedo hacer esto con la fuerza estoica que poseen los cazadores. Tengo que forjar mi propio camino, uno que sea tan exclusivamente mío como el metal que saco de la forja.

“¿Y cuál es tu nombre, tu nombre completo?”

Abro lentamente los ojos y vuelvo a mirarlo. Él lo sostiene. Calma. Expectante.

"¿Supieras?"

"Por supuesto lo hice."

"¿Cómo?" Pregunto, aunque una parte de mí sospecha que ya lo sé. Es de la misma manera que yo he sabido cuando está preocupado o asustado. Esta conexión cada vez más profunda que vive entre nosotros.

"Puedo sentirte." Las palabras son casi sensuales por la suavidad con que las dice.

"Floriane", es todo lo que digo. No sé si podría hacer algo más.

“Floriane”, repite con ese suave acento suyo. Me envía un escalofrío por la espalda. "Es un nombre hermoso."

"Ahora sólo me estás halagando".

“¿Qué razón tengo para halagarte?” pregunta claramente.

Parpadeo varias veces. "Ninguno, supongo", digo riendo. Uno al que se suma. Pero su diversión termina con un suave silbido. "El veneno, la maldición, ya está empeorando, ¿no?"

"No se siente muy bien, lo admito". Tiene una expresión dura; Lo he visto antes en Drew. Algunas noches, Drew venía a mí para enseñarme, pero terminaba curándolo con los suministros médicos que mi madre guardaba en la herrería. Ahora sé por qué ella nunca preguntó por qué esos suministros estaban disminuyendo y por qué yo nunca tuve que reemplazarlos.

"¿Es por eso que no usaste la niebla para alejarnos?"

“El castillo está protegido, ¿recuerdas? Vieja tradición de sangre. La única manera de entrar y salir es a través de la sala de recepción”.

"Bien." Aunque eso todavía no explica cómo los Sucumbidos logran vagar hasta Hunter's Hamlet durante las lunas llenas... Tiene que haber otra salida. ¿La puerta que vi cuando llegué por primera vez, tal vez? No, eso estaba bien cerrado. Debe estar en otro lugar...

Los ojos de Ruvan se cierran y mis pensamientos se ven interrumpidos. Su respiración se está volviendo superficial. A lo largo de nuestra conversación, sus músculos se han estado relajando. Necesita más que descanso para luchar contra el veneno que intenta reclamarlo al ritmo que se está deteriorando.

Reúno mi resolución. "Necesitas beber más de mi sangre".

Los ojos de Ruvan se abren y permanecen abiertos; la línea firme de su boca, apretada por el dolor, se relaja. ¿Está en shock? ¿Entusiasmado? Definitivamente hay una nueva energía vibrando en el aire a su alrededor, en su magia, en mí.

"No puedo hacer eso".

"¿Por qué? Acabas de decir que la sangre fresca puede ayudar a evitar la maldición.

"No haré eso".

"¿Por qué?" Repito. "No tienes ningún problema en extraer sangre de Hunter's Hamlet".

“Solo tomamos lo que necesitamos para mantener nuestra magia para poder intentar encontrar una manera de destruir esta maldición. Y cualquier sangre que extraigamos por la fuerza no es tan potente; la tradición sanguínea, para ser verdaderamente eficaz, necesita sangre que se entregue libremente. Él suspira. “No somos lo suficientemente fuertes para hacer la guerra contra los de su especie e, incluso en los puntos más oscuros de nuestra historia con los humanos, nunca tuvimos la intención de hacerlo. Sólo queremos sobrevivir y poner fin a esta pesadilla”.

"¿Ventos sabe que los vampiros no quieren la guerra?"

“Sé que todos en mi pacto tienen sus propias opiniones, pero yo soy su señor y las decisiones finales recaen en mí”. Él mira hacia la esquina de la habitación, mirando algo que no puedo ver. “No me importa si no matarte y trabajar contigo nos debilita. No me importa si las futuras generaciones de vampiros maldicen mi nombre por no eliminar a los humanos que nos cazaron a nosotros y a nuestros antepasados implacablemente. No me importa si me ven como un

traidor por no buscar venganza y retribución por la maldición. Quiero paz. Quiero poner fin a esta larga noche. Quiero asegurarme de que nadie más tenga que despertar ante un mundo podrido”.

Pienso en lo que dijo Ventos en la herrería, en cómo todo esto, bueno y malo, recaía sobre los hombros de Ruvan. Por primera vez, realmente intento escuchar a Ruvan y lo que dice. Intento creer cada palabra. No sólo porque no puede mentirme, sino porque... porque sé en lo más profundo de mí que está diciendo la verdad porque quiere hacerlo.

Desde el principio, se mostró firme. Incluso cuando estaba atacando para matar, él se contuvo. Se abstuvo. Sí, él me necesitaba... me necesita... pero podría haberme amordazado y llevado hasta esta puerta. Podría haberme torturado hasta someterme. Ha respondido a mis preguntas. Ha sido... amable.

Empiezo a permitir que la imagen del monstruo que he visto se desvanezca. "Necesitas sangre para sobrevivir".

“Si descanso lo suficiente me recuperaré”, insiste.

"Hombre terco". Me río amargamente. Nunca pensé que estaría intentando convencer a un vampiro de que bebiera mi sangre. Nunca pensé que sería alguien que lo ofrecería. Pero la verdad es: "Te necesito".

Sus ojos se abren ligeramente y rápidamente rompe el contacto visual. Como si al apartar su mirada de mí pudiera ignorarme.

“Ruvan, no quiero morir aquí. No quiero que mueras. Tenemos que seguir adelante y llegar hasta el final. Tu pacto te está esperando. Mi familia me está esperando. Y el destino de nuestra gente está conteniendo la respiración por lo que hacemos aquí”.

Lentamente vuelve a mirarme a los ojos, buscando. Puedo sentirlo extendiéndose con su magia. Consciente o no, no lo sé. Pero no lucho contra eso. No lo alejo.

Odio estar aquí. Sin embargo, este lugar, este momento, este hombre, no un monstruo, se siente como el comienzo de algo trascendental e ineludible. Se aleja del pie de la cama y avanza. Permanezco donde estoy, voluntariamente atrapado.

"No debería."

"¿Por qué no? Mi sangre es donada gratuitamente”. Estudio su rostro; los bordes suavizados se vuelven más duros. Se está convirtiendo nuevamente en uno de esos monstruos.

"Sientes que no tienes otra opción".

“Ahora reconoces esa verdad”. Le doy una sonrisa amarga. La

culpa suaviza un poco su expresión, pero no giro el proverbial cuchillo. En lugar de eso, sacudo la cabeza. "Es diferente. Esta vez realmente quiero hacerlo. Quiero que te mejores, Ruvan, y daré mi sangre por ello”.

"Todavía no puedo." Sin embargo, incluso mientras dice eso, me está consumiendo con sus ojos. Me pregunto cómo se sentirá cuando use su boca para consumirme y una excitación retorcida recorra mi columna vertebral. Siento una profunda curiosidad por saber qué pasará si sigue mirándome de esa manera. Quiero saber adónde me llevará este nuevo camino que estoy eligiendo.

“¿Por qué estás dudando?”

"Porque ya sé cómo sabes". Levanta una mano y pasa lentamente las yemas de los dedos por mi brazo, mi hombro y mi cuello.

"¿Es mala?" Lucho contra un sonrojo y sé que estoy perdiendo. Nunca antes un hombre me había tocado así. Nunca antes había estado tan cerca de un hombre... y me gusta. Es posible que mi mente haya vagado hacia lugares más sensuales en el pasado. Pero nunca me vi como algo que desear más allá de mi condición de doncella de la forja.

Pero él no sabe que soy la doncella de la forja. Ruvan no sabe ni le importan las raciones adicionales que recibirán la doncella forja y su familia en tiempos de dificultades, el prestigio en la comunidad o el respeto entre los cazadores. Él no me ve como una conquista.

Solo soy Floriane, la mujer cuyo nombre acaba de conocer. Quien intentó matarlo. Y, sin embargo, todavía me mira como si yo fuera el lugar donde el mundo comienza y termina. Todavía me toca como si mi piel fuera sagrada.

"De nada." Inhala lentamente por la nariz, como si lo superara el recuerdo. "Eres magnífico. Sabe a fuego y humo de leña, como la rara orquídea roja que florece a partir de sangre vieja”.

Trago espesamente. "¿Entonces, cuál es el problema?" Mi voz tiembla ligeramente. Su intensidad hace que mi corazón lata con fuerza. Incluso si solo desea mi sangre y la magia que contiene… quiero que siga mirándome, tocándome.

"Me temo que una vez que vuelva a probarte, no podré parar".

"Te detendrás cuando te lo diga". Nivelo mis ojos con los suyos, haciendo coincidir su intensidad con la mía.

Se inclina aún más cerca, abrumándome por completo. “¿Presumes ordenarme? ¿El temible señor vampiro?

"Sí", digo con orgullo, sin ninguna duda.

Él se ríe oscuramente, el sonido retumba a través de mí y aterriza justo en mi ingle, tan caliente que tengo que moverme para intentar aliviar la tensión. ¿Sabe lo que me está haciendo? Eso espero… porque no quiero que se detenga. En este momento quiero más. Quiero dejarlo todo a un lado y ser simplemente Floriane, no la doncella de la forja ni la cazadora oculta. La mujer.

“Como ordenes”, murmura.

La doncella de la forja al mando del señor vampiro. Nadie en casa lo creerá jamás. No es que alguna vez lo descubran… Este será mi secreto.

Su atención está en mi garganta. Sus dedos se curvan alrededor de mi nuca. Con la otra mano, traza la marca en el hueco entre mis clavículas. Las suaves caricias envían escalofríos por mi columna mientras chispas vuelan entre su dedo y el diseño. "¿Estás listo?"

"¿Dolerá?" La emoción y los nervios hacen que mis palabras sean apenas audibles.

"Nunca." Hay mucho envuelto en esa palabra. “Nunca permitiré que te suceda ningún daño”.

Inclino mi cabeza hacia un lado, le expongo mi cuello y me preparo. "Entonces hacerlo."

CAPITULO 18



Se inclina hacia adelante y abre los labios para exponer los colmillos plateados a la luz de la luna.

No quiero mirar y, sin embargo, no puedo desviar la mirada. Sus ojos permanecen fijos en los míos hasta el último segundo, cuando su rostro desaparece de mi vista. Su aliento caliente prepara mi piel para sus labios mientras se deslizan por mi carne. Me muerdo el labio inferior y contengo la respiración.

Está la suavidad de sus colmillos. Él se adapta. Ligera presión que roza la línea del dolor, pero de alguna manera no la cruza. Y luego…

Entonces…

Exhalo lentamente, un rubor recorre mi cuerpo mientras cada pizca de tensión se libera a la vez. Mis párpados se vuelven pesados, el mundo se vuelve borroso. Alfileres invisibles me pinchan; Siento un hormigueo hasta que se me ponen los pelos de punta. Soy consciente de cada centímetro de él y de mí, de la necesidad que crece en la parte inferior de mi abdomen hasta el punto de la insaciabilidad. Mis manos se mueven solas, alcanzándolo. Se deslizan sobre sus antebrazos y lo agarran por detrás de los codos. Se pone tenso, pero sólo brevemente. Ruvan se relaja y me permite acercarlo.

Sus manos se mueven. Uno deslizándose hacia abajo, rozando mi pecho mientras envuelve su brazo alrededor de mi cintura. Su otra mano permanece en mi nuca, guiándome con una presión sutil, manteniéndome exactamente donde él quiere.

¿Por qué se siente tan... bien?

Estamos a punto de convertirnos en uno. Tengo dolor. Lo acerco

aún más. Su brazo se tensa. Cada parte de su músculo es mío para explorar mientras sus labios calientes se plantan sobre mí. Mis propios labios de repente están fríos. Jadeando a la luz de la luna. Queriendo el suyo. Querer más, incluso si no sé del todo qué es “más”.

Su presencia, su cuerpo, se ha convertido en una segunda conciencia, como un miembro fantasma o mi martillo en la fragua. Como algo que debería ser mío, pero no lo es. O tal vez fue hace mucho, mucho tiempo.

Un gemido bajo se eleva desde el fondo de su garganta, haciendo que los músculos de mi cuello tiemblen. Mi núcleo se tensa. Mis ojos se cierran. Me abraza con tanta fuerza que juro que me saldrá un moretón y no me importa.

Quiero acercarme más, más aún. Quiero sentarme en su regazo. Para montarlo a horcajadas. Perder mis dedos en su cabello iluminado por la luna mientras bebe mi sangre y se deleita en mi carne.

La magia dentro de él crece. Mi poder está creciendo dentro de él. La vida y la magia se me escapan para llenar su forma. Su agarre deja de temblar ligeramente y bebe lenta y constantemente, habiendo desaparecido el fervor inicial.

Somos dos velas, pero una sola llama. No podemos ni permitiremos que el otro se apague. No mientras uno de nosotros todavía arda.

Mi mente da vueltas y sucumbo a las deliciosas sensaciones. Mi agarre se afloja. Cálida… estoy tan cálida y segura en sus brazos.

Y, sin embargo, comienza a liberarme. Él se va a alejar. No estoy listo para que esto termine. Quiero más. Quiero que siga tocándome, besándome, con y sin colmillos. Quiero sentir todo lo que nunca me permitieron o nunca pensé que debería hacerlo. Quiero todo lo que me negaron porque si no lo tomo ahora, ¿lo tendré algún día?

Un gemido se escapa de mis labios.

"Es demasiado", murmura, con voz espesa y pesada. Me deja sin aliento. "No puedo soportar más de ti".

"¿Tienes suficiente?" Susurro, abriendo los ojos. Espero que diga que no.

Él es una vez más él mismo, el ser etéreo que mi sangre hace de él. La luz de las estrellas es buena con él, delineándolo en un blanco brillante. Sus labios son de un brillante color carmesí. Los lame, con los ojos cerrados, como si estuviera saboreando hasta el último sabor mío en su lengua.

Casi me dan ganas de lamerme de él.

"Me diste más que suficiente".

"¿Sabía bien?" No puedo evitar preguntar.

"Floriane, sabes…" Se detiene. Sus ojos brillan más que el sol al amanecer. Me mira fijamente como si todas las palabras de lo que iba a decir estuvieran escritas en mi cara. "Sabes a fuerza y esperanza".

Esperanza. Esa cosa ilustre a la que tan rara vez me he permitido siquiera estar al lado. Tal vez esa curiosidad de si estoy cambiando o cómo es lo que me impulsa a preguntar: "¿Podrías ver mi futuro?".

Se pone tenso. No quiere decírmelo. Casi puedo vislumbrar lo que no dice cuando me veo reflejada en sus ojos.

"¿Ruvan?"

"Incluso si tuviera las habilidades para hacerlo, nunca miraría sin tu bendición".

"Y aquí esperaba que pudieras decirme lo que me deparaba el destino". Inclino la cabeza pero el mundo se balancea. Estoy mareado. No es sólo el calor de su toque. Me pregunto cuánta sangre perdí cuando la claridad comienza a aparecer en mí.

Ruvan aprieta sus brazos alrededor de mí una vez más, abrazándome a él. Mi sien aterriza sobre su hombro. De alguna manera estoy colocado en su regazo. De hecho, llegué allí, tal como quería. Su corazón late en mi oído, con un ritmo tan constante como mi martillo en la fragua. De alguna manera, su abrazo es todo lo que esperaba y más. Casi quiero llorar de lo bueno que es que me abracen. He sido fuerte durante tanto tiempo, un pilar de la comunidad, llevando la carga de plata y las expectativas por igual… No recuerdo la última vez que me consolaron así.

"Basta de preguntas por ahora. Necesitas descansar." Se lleva el pulgar a la boca, lo muerde ligeramente y unta una gota de sangre negra en mi labio inferior mientras me estudia. La yema de su dedo permanece en mi labio, su uña roza mi piel antes de alejarse.

"Pero tu-"

"Podemos compartir el poder que fluye entre nosotros. Tomé demasiado; déjame devolverte un poco".

Lamo mis labios y siento la ráfaga de él en mis venas. Fuera de la batalla, la magia no es tan necesaria. No exige sangre ni batalla.

Haciéndolo girar en mi lengua, trato de pensar en cómo sabe más allá de la nota pesada y metálica de la sangre. Hay dulzura ahí, como una ciruela demasiado madura. Una oscuridad similar a la profundidad del vino generoso. Puedo saborear algo mineral, como los peñascos rocosos que sostienen el castillo.

Amabilidad. Es un pensamiento extraño, pero cuando mis ojos se cierran, eso es en lo que me decido. "Sabes a bondad", murmuro.

Él suelta una risita y me mete el pelo rebelde detrás de la oreja. "Y aquí pensé que la vida me había amargado demasiado para eso".

"No estás amargado en absoluto". Bostezo. "Eres... increíblemente dulce".

Los dedos de Ruvan se detienen ante eso, las puntas de los dedos se posan en la cresta de mi oreja mientras se mueve para apartar el cabello de mi cara. "No soy."

"Lo eres... aunque no vi nada de tu futuro".

Él resopla suavemente. "Bien. Ahora descansa, Floriane. Tenemos que llegar al ancla mañana".

Lo hago, sucumbiendo al cansancio en los brazos del señor vampiro.

Ya estoy de vuelta en los pasillos del castillo. Pero no son las cáscaras ruinosas que vi con mis ojos despiertos. Estos pasillos están iluminados por candelabros dorados y la luz fracturada de candelabros pulidos. Los tapices son nuevos, colores brillantes. Las alfombras del suelo son lujosas bajo mis pies.

Excepto que no son mis pies.

Paso por espejos –descubiertos– y descubro que soy una mujer más alta y más delgada. Mi cabello corto y negro es reemplazado por largas trenzas de color marrón oscuro y ojos negros con color ámbar intenso. Me muevo por los pasillos con confianza, no con miedo. Este aún no es un lugar peligroso. Esto es hogar.

El camino que tomo me lleva a una puerta de metal, una pieza rara y personalizada que muestra la habilidad del herrero. El metal tardó años en desarrollarse; Esto fue simplemente una prueba, una experimentación, pero valdrá la pena una vez que se fabriquen las dagas. En el centro de la puerta hay una marca que parece una lágrima con un diamante en el centro, dos cortes en forma de daga formando una V debajo.

Paso las yemas de los dedos ligeramente sobre el símbolo familiar antes de agarrar el mango. Una aguja plateada perfora mi piel en el lado de la manija que mira hacia la puerta. Precaución adicional. No puedo permitir que nadie más sepa lo que hago aquí. No puedo permitir que mi investigación salga a la luz demasiado pronto o, peor aún, que caiga en las manos equivocadas. Hay algunos que querrían convertir mi trabajo en un

arma. Apenas hago una mueca cuando mi sangre llena los surcos dentro de la puerta y me permite entrar.

Dentro del taller, me dediqué a mis asuntos con confianza. El herrero tiene ahora la aleación adecuada. Podremos probarlo con nuevas dagas durante la próxima luna llena. Necesitamos la sangre de criaturas sensibles, aquellas con experiencia para potenciar la sangre. Vendrán de buen grado y donarán su sangre durante el festival.

Con los pactos correctos... fortaleceremos al vampiro lo suficiente como para que ya no deba vivir en reclusión. Bien—

Hay alguien en la puerta. Me giro, sonriendo. Sólo hay una persona que vendría a visitarme aquí.

Es el hombre que vi en las ruinas.

"Solos", digo con una voz que no es la mía. "Ven y mira esta daga; Ya no pasará mucho tiempo. Podemos poner fin a los horrores de una vez por todas".

Me despierto a la luz del sol, calentado por sus rayos y un dolor sordo que lentamente se retira de entre mis sienes. Estoy tirado en el suelo y me estiro lánguidamente, casi con pereza. Me siento como uno de esos gatos que dormirían en lo alto de la gran muralla que rodeaba Hunter's Hamlet y la fortaleza, dormitando bajo la luz del sol sin ninguna preocupación en el mundo.

El día anterior vuelve a mí apresuradamente. Inspiro profundamente. Mi mano vuela hacia mi cuello. La piel es sensible y el más mínimo contacto me provoca escalofríos. Exhalo con un escalofrío y me lamo los labios, como si la sangre de su pulgar todavía estuviera allí. El sabor de él vuelve a mí.

Ruvan todavía está profundamente dormido. Se ha acurrucado contra la pared, al lado de la ventana.

Lentamente me pongo de costado, pongo mis rodillas debajo de mí y me arrastro hacia él. Su cabello ha caído sobre su rostro. Su respiración es lenta y uniforme; parece casi pacífico. Sólo su rostro le trae los recuerdos de anoche. Sus fuertes brazos me rodean, apretándolos. El sentimiento de su creciente e insaciable necesidad por mí. Una necesidad que quería satisfacer.

Me froto el cuello pensativamente. ¿Es la magia de los juramentos de sangre o algo más? Quiero decir que es sólo la magia vampírica jugando con mi mente, que nunca desearía esas cosas.

Pero lo sé mejor. Nunca antes me habían necesitado. No de esa

manera. Aunque me he preguntado cómo sería.

Hay pocos pretendientes en Hunter's Hamlet. Algunas chicas se deleitan con su propia caza, lo mejor que pueden con las opciones que se les ofrecen. Los miraba con nostalgia mientras se vestían para sus bailes de Navidad y bailes de primavera. Sí, los envidiaba. Su libertad. Su capacidad para mirar más allá de la vida que nos dieron y verla como algo que podría ser... esperanzador.

La mayoría veía Hunter's Hamlet como un santuario del mundo exterior. Aunque nos enfrentábamos a vampiros cada luna llena, eso era sólo un día al mes. Todos los demás días hubo seguridad, barrigas llenas cuando no había sequía o aguaceros inesperados, y una comunidad donde todos tenían un papel y cada papel elevaba a otro.

Para mí, Hunter's Hamlet era todo lo que tendría en la vida. Sabía cuál era mi futuro como doncella de forja, cuál sería siempre. Nunca tuve otra opción cuando se trataba de pretendientes o de una familia propia. Tenía obligaciones.

Así que ningún hombre se atrevió a mirarme como lo hizo Ruvan anoche. Al menos ninguno que alguna vez me haya permitido ver. Y me atrevo a decir que me gustó.

Sacudo la cabeza y trato de desterrar la idea. No, no me gustó. Bueno, lo hice... pero no de este vampiro, en realidad no. Ciertamente no me gustó la seda de su cabello o la curva de su boca. Y definitivamente no me gustaron para nada sus colmillos. En absoluto... Me muerdo el labio inferior y lo muevo entre mis dientes. Todavía puedo saborearlo. Todavía quiero más de él.

“Si me miras más te voy a pedir un retrato”, dice sin abrir los ojos.

Casi caigo hacia atrás por la sorpresa. "¿Cuánto tiempo llevas despierto?"

"El tiempo suficiente para saber que he sido tu único foco durante algún tiempo". Los ojos de Ruvan se abren. Una mirada suya me deja sin aliento. "¿Cómo te sientes?"

"Estoy bien."

"Bien."

"¿Qué pasa contigo?" Pregunto. Todavía luce luminoso. Mejillas fuertes, labios carnosos, aunque ya no están teñidos de carmesí. Lo imagino lamiendo lentamente sus labios nuevamente, saboreando cada sabor. Rápidamente trato de desterrar el pensamiento. Tengo que recuperar mi ingenio.

"Soy excelente." Él se pone de pie y yo también. "Deberíamos empezar a movernos mientras todavía tengamos la ventaja de la luz de

nuestro lado y el viejo castillo esté más tranquilo".

"Por supuesto." Ajusto mi armadura, comprobando qué armas me quedan. Una hoz, algunas dagas. El resto se perdió en la caza y la caída. Mientras lo ayudo a volver a sentarse en su plato, le pregunto: "¿Sabes dónde estamos?"

“Por suerte, sí. Me orienté anoche. Estamos en una de las antiguas cámaras del rey. Suponiendo que los mapas de Callos y mi memoria sean correctos. Su advertencia no suena tan segura como me hubiera gustado.

“¿Hay otros tipos de monstruos que debería conocer?”

Iba a quitar las barricadas de la puerta cuando se detiene. No me gusta nada la vacilación. "Solo uno."

“Oh, genial, ¿algo peor que los Sucumbidos o los Caídos?” Creo que la única manera de aceptar lo que está pasando es con una amarga diversión.

"No es algo de lo que debas preocuparte". Continúa alejando cosas de la puerta. Me acerco para ayudarlo y aprovecho la oportunidad para lanzarle una mirada frustrada.

"Ya no quiero estar en la oscuridad".

"Desafortunadamente estos pasillos son muy oscuros".

"Eso no es lo que quise decir y lo sabes". Puse mis manos en mis caderas. “Si trabajamos juntos, entonces trabajemos juntos. De verdad y de verdad”.

"Tú eres quien para hablar". Las palabras no son tan mordaces como podrían ser.

"Lo digo en serio. Volvamos a empezar desde el principio”.

"Está bien, Floriane." Que use mi nombre todavía me hace dudar. Es extraño ver su boca hacer esos sonidos. “Sólo existe otro tipo de vampiro maldito. No se sabe mucho sobre la maldición y cómo funciona. Los humanos no nos dieron precisamente una introducción al respecto”.

“Si existe alguno, no lo sé. Esa es la verdad." Hago a un lado la cómoda de piedra que colocamos frente a la puerta.

"Desgraciado." Me agarra la barbilla y acerca mi rostro al suyo. Aspiro aire, sosteniéndolo. Su intensa mirada está de vuelta, esos ojos brillantes me capturan. "Tienes suerte de saber tan bien, de lo contrario estaría mucho más frustrado contigo".

Intento hablar pero sólo llego hasta abrir la boca.

Satisfecho. Presumido. Él me libera. Él sabe exactamente lo que me está haciendo, y aunque eso me frustre, también... me gusta.

Quiero que siga tocándome tanto que podría tomar el asunto en mis propias manos si no tengo cuidado. Ahora que me he dado permiso para darme el gusto, no tengo una buena respuesta de por qué no lo hago constantemente.

"Cualquiera que sea la razón, la maldición no afecta a todos los vampiros por igual", continúa, como si no acabara de convertir mis rodillas en gelatina. “Algunos sólo llegan a ser Sucumbidos. Otro vampiro, Caído. El último tipo es el Perdido. Yo nunca he visto uno, pero los registros de los señores vampiros que me precedieron especulan que los Perdidos son las cáscaras de poderosos señores perdidos hace mucho tiempo. Así que mi teoría es que el impacto de la maldición está de alguna manera relacionado con el poder innato que tenía un vampiro antes de que se lanzara la maldición y no con el tiempo que alguien ha estado maldecido”.

"Excepcional." Yo suspiro. "Así que hay un enemigo mayor y más poderoso al que hay que prestar atención".

“Como dije, son raros. Los primeros señores podrían haberlos eliminado a todos. No hay constancia de ningún avistamiento desde hace siglos”.

“¿Qué los diferencia de los demás?”

“Como dije, solo tengo registros parciales, pero otros señores que los encontraron y sobrevivieron han notado que son grandes monstruosidades aladas. Son completamente inmunes a la plata, por lo que hay que reducirlos. Y quizás lo más peligroso es que son capaces de hipnotizar mediante el sonido”.

Espero a que diga que sólo está bromeando, que nada de esto es real, pero su expresión es mortalmente seria. "Bueno, entonces esperemos que nunca nos topemos con uno y descubramos si esas leyendas son ciertas".

"Acordado."

El antiguo castillo está en silencio, tan silencioso como cuando partimos por primera vez. La oscuridad sigue siendo espesa y oscura. Puedo sentir las otras entidades con las que compartimos estos pasillos. No estamos a salvo de ninguna manera. Pero los monstruos que nos rodean duermen. No hay sensación de movimiento. No hay corrientes en el aire en calma.

Me lleva medio día darme cuenta de que el camino que estamos tomando me resulta familiar. Son los contornos fantasmales de los tapices. Las mesas olvidadas que se han derrumbado por su propio peso debajo de los candelabros que vi brillar en mis sueños hace

apenas unas horas.

Reduzco la velocidad para detenerme en un gran salón de banquetes.

Ruvan también hace una pausa cuando se da cuenta de que ya no lo sigo. Vuelve hacia mí, invadiendo mi espacio personal para susurrar: “¿Qué pasa? ¿Qué oyes o ves?

"Conozco este lugar."

“¿Quieres decir que es similar a algo que has visto antes?”

Respiro una risa suave. “No, no he visto nada parecido a este castillo en mi vida. No hay nada tan grandioso en Hunter's Hamlet, ni siquiera la fortaleza”.

"Entonces-"

"Creo que lo vi... en mis sueños". Lo miro y rápidamente agrego: “Me doy cuenta de que suena imposible decirlo en voz alta. Pero te lo prometo, no soy...

"No puedes mentir". Un ceño tira de sus labios.

"¿Qué crees que significa?" Yo susurro.

Ruvan mira alrededor de la habitación. Ojalá supiera lo que estaba pensando. A pesar de todas las pistas y vislumbres que me brinda la magia que compartimos, no tengo una idea real de lo que está pasando por esa cabeza suya.

“Ya veremos”, responde enigmáticamente.

Lo tomo del brazo. "Dime."

"Aún no."

“¿No crees que tengo derecho a saberlo?”

"No creo que quiera compartir algo hasta que esté seguro de ello, de una forma u otra". Se aleja de mí y el conocimiento se retira con él. "Ahora tenemos que seguir adelante".

"No." No me muevo.

Ruvan reduce el paso y mira por encima del hombro. "¿No?"

“Dije que no”, repito. "No continuaré hasta que me lo digas".

"Éste no es el momento ni el lugar".

"Entonces habla rápido".

"Eres implacable". Se frota las sienes, aunque no siento ninguna agitación genuina por nuestro juramento. En todo caso, creo que está usando el movimiento para ocultar una sonrisa.

"Me han dicho que golpeo algo hasta que se somete a mi voluntad", digo.

"Eso es lo que creo". Ruvan suspira. "Me pregunto si nuestro juramento de sangre, de hecho, te ha dado algún poder de vampiro".

Mis manos se relajan y dejo ir lo que había pensado que iba a decir. Ciertamente no me esperaba esto.

"Pero no soy un vampiro..."

"No, y los ritos para crear uno son complejos e implican un gran poder y sacrificio por parte de los vampiros y los humanos por igual, tan grandes que sólo hay unos pocos escritos del Rey Solos, y el proceso fue inmediatamente prohibido".

Solos. Escuché ese nombre en mi sueño. Al menos eso creo. “¿Pero lo has investigado?”

"Solo hay unos pocos tomos limitados sobre este arte, pero siempre me han intrigado las cosas prohibidas". Él sonríe con picardía. “En cualquier caso, convertirse en un juramento de sangre no es parte de los ritos para convertirse en un vampiro humano. Pero no hay más información sobre lo que sucedería con un humano y un vampiro jurados de sangre, como nunca antes se había hecho. Podría teorizar que, al hacer el juramento y fortalecerlo con el ritual que realicé, profundizándolo con más de mi sangre, te he dado rastros del poder del vampiro. Quizás viste el futuro caminando por aquí en tus sueños”.

¿Era eso lo que era?" Quizás", es todo lo que puedo decir. Mi cabeza late con fuerza. El sueño, aunque se estaba desvaneciendo, era diferente... pero no sé cómo. Se está volviendo confuso en mi memoria y Ruvan tiene razón. Éste no es el momento ni el lugar para discutir estos temas y, además, ya no quiero hacerlo más. Hay preguntas al acecho que no quiero responder. La idea de una nueva magia creciendo dentro de mí me tiene estremecido. "Supongo que sabremos más a medida que pase el tiempo".

Él capta la indirecta y no dice nada más.

Las habitaciones se desdibujan, una tras otra, pero sé cuándo nos acercamos a nuestro destino. Efectivamente, con una o dos desviaciones para tener en cuenta los pasillos derrumbados y las habitaciones con barrotes, tomamos casi el mismo camino que la mujer de mi sueño.

No podría haber sido el futuro. Trago espesamente. ¿Qué ha despertado dentro de mí este juramento de sangre? Temo haber invitado a la magia del vampiro y todo lo que viene con ella dentro de mí... y ahora tal vez nunca se vaya.

CAPITULO 19



La puerta de metal está delante de mí. Incluso si no lo hubiera visto recientemente en mis sueños, sabría que es importante de un vistazo. Está al final de un largo pasillo que se abre justo antes y es diferente de todas las demás puertas que hemos visto. A diferencia de mis sueños, está empañado por la edad. Hay espesas telarañas a su alrededor, adheridas al símbolo apagado en su frente.

"No parece que nadie más lo haya logrado todavía", observa solemnemente Ruvan. No hay ningún lugar donde esconderse en esta pequeña antecámara y ciertamente no pueden abrir la puerta por razones que ahora entiendo.

"No crees que les pasó nada, ¿verdad?" Descubro que ya no deseo verlos sufrir muertes horribles.

"Espero que no." La respuesta no es tan tranquilizadora como me gustaría. Sé lo mucho que significan para él. “Pero conocían los riesgos de que los despertaran durante la larga noche. Todos lo hicimos."

“Sigues diciendo despierto…”

“Te explicaré más una vez que hayamos sobrevivido y estemos de regreso en el castillo superior. Por ahora, mantenemos nuestro enfoque”.

Tomo su mano, más atrevida que nunca con nadie, y mucho menos con un hombre. "¿Prometes que me lo dirás?"

La pregunta atrae únicamente su atención hacia mí. El aire a su alrededor se siente… vacilante. Casi asustado. ¿Pero a qué le tiene miedo? Ciertamente no yo. ¿Me prometes algo? Creo que ya nos

hemos hecho la máxima promesa al convertirnos en Juramentos de Sangre.

"Sí." Se enfrenta de nuevo a la puerta. Puedo ver sus hombros tensos y sentir su aprensión. “Ahora quiero ver qué hay dentro. Estoy listo para encontrar el ancla de esta maldición y poner fin a todo esto”. Alcanzo el mango pero él me detiene con un toque en mi muñeca. “Debo advertirte que…”

"Hay una pequeña hoja plateada en el otro lado del mango y es por eso que un vampiro no podría abrirla", interrumpo para terminar por él.

"Cómo hizo…"

“Ya te lo dije, vi esto en mi sueño”, digo algo impaciente.

“¿Has tenido otros sueños extraños?” Se concentra intensamente en mí.

"Unos pocos", lo admito.

“¿Y no pensaste en decírmelo?”

Arqueo las cejas. "No es que hayamos estado en los mejores términos todo este tiempo".

Abre la boca para objetar y la cierra lentamente, reconsiderándolo. Luego dice: “Cuéntame de ellos cuando regresemos a un lugar seguro. Por ahora, centrémonos en nuestra misión”.

Asiento, cierro los dedos alrededor del mango y siento el familiar pinchazo en la yema de mi mano. Hay una oleada de magia que fluye hacia la puerta. Me extrae sangre y poder de la misma manera que Ruvan me extrajo anoche. El símbolo en el centro de la puerta brilla con un tenue color carmesí, quemando las telarañas y el tiempo. Una cerradura se abre en lo más profundo de su ser. Saco y sacudo el polvo restante para revelar plata brillante, como si estuviera recién forjada. A medida que el metal se vuelve opaco, mis sospechas se reafirman: no es plata maciza. El mango lo es, pero el resto es diferente.

Hay algo especial en el metal con el que se hizo esta puerta. Nunca antes había visto un metal como este: es liso con un leve remolino rojo, casi como óxido.

Ruvan no se mueve. Se queda ahí en silencio y asombrado el tiempo suficiente para que me gire para mirarlo.

"¿Todo está bien?" Pregunto.

“Desde el descubrimiento de esta puerta en los registros de Jontún por la Dama despierta hace dos mil años, ha sido un misterio. Y cada pista que cualquier señor o dama ha encontrado desde entonces apunta a que este lugar es uno de los mejores lugares posibles para el

ancla de la maldición. Es uno de los talleres originales sobre conocimientos de sangre; estaba sellado, un misterio perpetuo... Ahora estamos aquí. Y... Un ruido sordo procedente del pasillo lo interrumpe.

"Eso no es bueno." Mis palabras se hunden en mi estómago.

"Entrar." Ruvan me agarra del hombro y me empuja hacia adentro, siguiéndome justo detrás. Se posiciona junto a la puerta. Sosteniéndolo desde adentro, listo para cerrarlo. Entrecierra los ojos ante la oscuridad detrás de nosotros. Me quedo cerca de él, con la mano en la hoz.

"¡No sé cuál es el punto de esto!" La voz aguda de Winny corta la creciente cacofonía. "Estamos a punto de llegar a un callejón sin salida".

"¡Cierra esa puerta!" Grita Lavenzia. El sonido de la madera astillándose resuena hasta nosotros. Hay un gruñido. Seguido de un chillido. "¡Suéltalo!"

“Estamos aquí”, grita Ruvan en el pasillo. "¡Sigue corriendo!"

Winny es la primera en emerger de la espesa sombra y entrar en mi reino de percepción. Sus ojos se abren cuando se encuentran con los míos. Ella vuelve a llamar por encima del hombro: “Lavenzia, Ventos, me debéis tres de vuestros viales. Ella es la verdadera cazadora”. Ellos sospecharon de mí. Me pregunto si Winny se resentirá conmigo cuando se dé cuenta de que voy a hacerle perder esos viales.

Lavenzia viene a continuación, ayudando a Ventos enfermo a caminar por el pasillo. "¡Ahora no es el momento de regodearse, Winny!"

Se oye un trueno detrás de ellos. Paso al otro lado de la puerta, frente a Ruvan, con la hoz en la mano y lista.

Winny pasa primero a mi lado. Lavenzia se ve frenada por el peso de Ventos mientras lo sostiene. Una horda de Sucumbidos les pisa los talones. Uno los desliza; Lavenzia suelta un grito, aprieta los dientes y sigue adelante.

Me lanzo a la acción. Corriendo para encontrarme con ellos, me lanzo y levanto mi hoz. Cojo tres con el movimiento. Su sangre rezuma alrededor de mi espada. Los monstruos caen y me llenan de la misma satisfacción que ayer. Puede que no sea un cazador, pero estoy aprendiendo a amar la caza. Especialmente cuando estoy luchando por una causa.

Estamos trabajando de espaldas a la puerta. Estoy defendiéndome de tantos como puedo, las dagas de Winny zumbando junto a mi

cabeza. Lavenzia y Ventos despejan el marco de la puerta.

—¡Floriana! Grita Ruvan. Vuelvo a entrar en la habitación, esquivando un golpe de una de las garras de la bestia. Con la ayuda de Winny, Ruvan cierra la puerta. Lavenzia golpea a los pocos que intentarían lograrlo.

Por un segundo nadie habla. Nuestras respiraciones entrecortadas llenan el taller. Los gritos de los monstruos se silencian en el lado opuesto de la puerta mientras golpean la plata con tanta fuerza que los adornos les rompen la piel. Cualquiera que sea esa aleación de plata, sigue siendo suficiente plata pura para matar a un vampiro o, al menos, a un sucumbido.

La risa llena la habitación. Se presenta en forma de sibilancias profundas provenientes del suelo donde yace Ventos. El sonido se convierte en gemido.

"Me atraparon bien". Él maldice.

"Déjeme ver." Ruvan está a su lado.

"No necesitas preocuparte por mí". Ventos intenta ahuyentarlo.

“Y a veces no necesitas fingir que no necesitas ayuda”. Ruvan niega con la cabeza y se lleva la mano a los labios.

Sé lo que está a punto de hacer y se me hace la boca agua; Lo quiero para mí. Quiero probarlo de nuevo. Sentir esa oleada de poder. Tenerlo en mis brazos. Si abriera la boca ahora mismo no podría evitar suplicarlo. La necesidad es tan poderosa que a algunos me asusta, pero me niego a negarla; Me he pasado la vida negándome cosas y aquí ya no me obligan.

"Toma, bebe".

“Mi señor, no pude…”

“Es sólo un poco y me sobran fuerzas. Beber." Ruvan lleva su palma a la boca de Ventos.

Las energías dentro de mí cambian, atraídas como mareas hacia la luna mientras la magia cambia en Ruvan. El poder abandona el cuerpo de Ruvan y fluye hacia el de su vasallo, como si una parte de mí desapareciera.

Me pregunto si Ventos puede sentir la diferencia que hace mi presencia en Ruvan. Entonces me asalta un pensamiento diferente: si la sangre se fortalece con la experiencia, ¿estamos Ventos y yo conectados ahora de una manera que no lo estábamos antes? Lucho contra una mueca.

"¿Cómo te sientes?" Ruvan le pregunta a Ventos, ayudándolo a levantarse.

"Mejor de lo que debería, dado lo que hemos pasado para llegar hasta aquí", dice Ventos.

“¿Están bien ustedes dos?” Ruvan se vuelve hacia los demás miembros de su pacto.

“Estamos bien”, responde Lavenzia. "Un poco raspado y magullado, cansado, pero bien".

"Aunque me alegro mucho de verte", añade Winny.

"El sentimiento es mutuo." El alivio de Ruvan es palpable al ver a sus caballeros. No, sus amigos. La forma en que los mira hace que mi mirada también se mueva.

“¿Tuviste más problemas en el camino?” Pregunta Ventos.

"Ninguno después de los Caídos". Ruvan niega con la cabeza. “¿Te persiguieron?”

“Los mantuviste ocupados el tiempo suficiente para que logramos escaparnos. Me alegro que el cazador lo haya logrado, o estaríamos en una situación difícil ahora mismo”. Ventos asiente en mi dirección con lo que parece un respeto genuino.

"Sobre eso..." Empiezo y pierdo las palabras cuando todos sus ojos están puestos en mí. No tengo que decirles nada. Si Ruvan quiere que lo sepan, puede decírselo. Y sin embargo... me veo obligado a decir algo. Necesito... quiero trabajar con estas personas. Hemos llegado hasta aquí, continúan protegiéndome y no son los vampiros que esperaba. Les debo la verdad. Nos guste o no, ahora compartimos un vínculo de sangre y experiencia. "En realidad no soy un cazador".

"¡Ja! ¡Lo sabía!" Lavenzia le saca la lengua a Winny, quien se cruza de brazos con un puchero.

"Winny, deberías estar feliz de que nos haya mentido, porque eso significa que en realidad no estabas trabajando con un cazador". Ventos niega con la cabeza como un padre decepcionado. No estoy seguro si es porque las cosas han cambiado después de nuestro viaje al viejo castillo, o si es porque me estoy permitiendo verlos bajo una nueva luz, pero estos vampiros parecen diferentes ahora. Más cálido.

"Déjame tener un momento para estar molesta, ha sido un día largo y tengo una multitud de razones para estar de mal humor", dice Winny, impasible.

Ruvan simplemente continúa mirándome. Puedo sentir su curiosidad. Cuanto más tiempo estoy cerca de él, más empiezo a captar los cambios sutiles de su magia. Cuanto más puedo leerlo.

“Mi hermano era—es—un cazador. Él es quien me enseñó todo lo que sé sobre pelear, aunque se suponía que no debía hacerlo. Yo era la

doncella forja de Hunter's Hamlet”.

"No es de extrañar que parecieras un talento natural en la herrería". Winny relaja su puchero.

“¿Le hace cosquillas el hecho de que fue engañado por un humano, mi señor?” Ventos pregunta secamente.

"Si algún humano fuera a engañarme, creo que me alegro de que fuera Floriane". Las palabras de Ruvan son cálidas.

“¿Floriana?” repite Lavenzia. "¿Tu nombre real?"

“Sí, mi nombre completo. Pero si quieres seguir llamándome Riane, también está bien”. Nunca antes nadie me había llamado Riane. Parece apropiado darles ese permiso continuo. Me siento como una persona diferente en este lado del Velo.

"Me alegro de conocerte finalmente, Floriane". Ella me da un movimiento de cabeza.

“Me alegra saber el nombre real de la mujer con la que estoy trabajando. Aunque quizá todavía me quede con Riane de vez en cuando. Winny extiende su mano.

Lo considero por un momento, pero finalmente acepto, apretándolo con fuerza. "Riane está bien conmigo".

"Ahora, busquemos esta ancla y terminemos la larga noche". Ruvan se vuelve hacia la habitación.

“Me pregunto cómo un humano de hace mucho tiempo se coló en nuestro territorio justo delante de nuestras narices para poner esta maldición. Aunque tal vez ahora pueda ver cómo”. Ventos me mira de reojo. Yo suspiro. Como si tuviera algo que ver con esa persona. Tal vez no se da cuenta de que los humanos no tienen una esperanza de vida tan larga como la de los vampiros... por otra parte, me doy cuenta de que en realidad no sé cuánto tiempo es la vida de un vampiro. Los cazadores los llaman seres eternos, pero he aprendido que no es así.

Miro a Ruvan. Lo que ha dicho hasta ahora me ha hecho creer que su existencia podría ser tan fugaz como la mía. Ha hablado de señores vampiros anteriores a lo largo de los siglos; parece que hay muchos que vinieron antes que él, otra diferencia con las historias de los cazadores sobre un único señor vampiro que nos acecha durante milenios.

Dejando los pensamientos y las preguntas para más tarde, dirijo mi atención a la habitación. Lavenzia enciende algunos de los apliques, proyectando una tenue luz naranja sobre este lugar olvidado.

El aire se ha calmado desde nuestra entrada inicial. El polvo cubre

las mesas, los vasos de plata y los tarros de cristal con diversas sustancias cuestionables y objetos que flotan en su interior. Los vampiros se despliegan por la habitación, con cuidado de no tocar nada, molestando sólo con la mirada. Me pregunto si sabrán cuál es el ancla maldita a simple vista y sentido. Así que les dejo a ellos buscarlo.

En lugar de eso, dejo que mi mente vuelva a pensar para qué podría haber sido utilizada esta habitación, a mis sueños. La habitación ha estado olvidada durante mucho tiempo. En mi sueño todo era brillante y resplandeciente. Todo era nuevo.

No podría haber sido un vistazo al futuro.… ¿El pasado, tal vez? ¿Es eso siquiera posible? Ruvan dijo que para que un vampiro realice su magia, debe recibir sangre libremente. En cuyo caso, ¿estaría viendo el pasado de Ruvan? Él es aquel cuya sangre consumí. La magia está ligada a la sangre, escrita por la experiencia. Pero esa tampoco es una explicación probable. Intento forzar a la mujer de mi sueño a agudizarse en mi memoria, pero al hacerlo me duele la cabeza.

Camino hasta una de las mesas. Se encuentran dispuestos varios viales en estantes con notas adjuntas. No estoy seguro de si quieren que mire, pero lo hago de todos modos; es difícil no hacerlo. Tengo mucha curiosidad en este momento. Luché y sangré para estar aquí. Tengo tanto derecho como ellos a saber por qué fue toda la lucha.

Además, ninguno de ellos me detiene.

Todos rondan las notas omitidas, pero me atrae una ficha del tamaño de la palma de la mano junto a una pluma cargada de polvo y telarañas. Levanto la ficha y le doy la vuelta en mis manos. Efectivamente, está hecha del mismo material que la puerta. No es plata pura. Hace demasiado calor para ser plateado. Y el brillo se ha apagado. Tampoco reconozco una variante plateada.

El herrero tiene ahora la aleación adecuada. Podremos probarlo con nuevas dagas durante la próxima luna llena. Eso fue lo que dijo la mujer en mi sueño.

"¿Podría ser esta el ancla maldita?" No le pregunto a nadie en particular. Toda la atención se centra rápidamente en el disco que tengo en la mano.

“No”, dice finalmente Ruvan. "¿Pero porque preguntas?" Él se acerca.

"Es una aleación extraña y está hecha del mismo metal que la puerta".

“A mí me parece plata”, dice Lavenzia, que también viene para

una investigación más detallada.

“No es plata”, le aseguro.

"Por supuesto que es."

"No, no lo es", digo, tratando de guardar mi agitación para mí.

"Yo sabría que es plata". Lavenzia pone los ojos en blanco.

"Creo que debería conocer la plata mejor que tú, ya que la olí".

"Ella te tiene ahí", interviene Winny.

Ventos me arrebata el disco de la mano antes de que pueda reaccionar. “¿Crees que no sabemos cómo se siente la plata? ¿La quemadura sutil? ¿La picazón progresiva?

Frunzo los labios e inhalo lentamente. *Los viejos dioses me ayuden a no poner a este hombre corpulento en su lugar con tanta crueldad que aguantará los azotes verbales durante semanas.*

“¿Es prudente manipular plata con las manos desnudas sólo para demostrar algo?” Ruvan arquea las cejas hacia Ventos. Este último se da cuenta de repente de lo que ha hecho y su mano se queda flácida.

Cojo la ficha antes de que caiga. “Hay dos tipos de plata: pura y de acero”, intento explicar, haciendo girar la moneda entre mis dedos. “Bueno, ahora supongo que en realidad podría haber tres tipos de plata. La plata pura es exactamente lo que parece. Recién salido de las minas y no mezclado con ningún otro metal”.

"Conocemos muy bien la plata pura", dice Ventos con una nota de disgusto.

“No del todo”, digo, pero luego agrego rápidamente: “Es posible, pero no estoy seguro. Pero si estás hablando de las armas que empuñas, es una variante de acero. Puedes verlo por las ondas sutiles en las armas cuando miras muy de cerca”.

“Pero si nos cortan, moriremos”. Lavenzia mira su estoque. "No se puede decir lo mismo del acero".

“Acero puro, sí. Acero modificado también sí”, estoy de acuerdo. “Pero la variante de acero plateada es diferente. Es…” Me detengo mientras busco mis siguientes palabras.

"¿Qué es?" Ruvan dice suavemente.

No tengo por qué avergonzarme. De hecho, tengo todos los motivos para estar orgulloso de mi familia por nuestro ingenio en la fragua; Siempre lo he sido antes de ahora. Formo parte de una larga línea de ilustres doncellas forja. Sin nosotros, Hunter's Hamlet no habría sobrevivido tanto tiempo. Pero... las armas que fabricamos también han matado a innumerables vampiros, víctimas de la maldición que ahora he visto con mis propios ojos.

Ya desearía poder ignorar todo lo que he visto. Ya no sé con seguridad quién es bueno y quién es malo. Lo único que puedo hacer es seguir adelante con lo que sí sé: que realmente creo que puedo confiar en estas personas.

“Es una aleación especial inventada por mi familia hace mucho tiempo. De eso están hechas todas las armas. Es un oficio secreto que no está escrito en ningún libro ni libro mayor, sino que se transmite de madre a hija a lo largo de los siglos. Plata pura, aunque eficaz contra vampiros... vampiros. La corrección me sorprende. Hablo más rápido, esperando que no se hayan dado cuenta. A juzgar por el sutil cambio en la expresión de Ruvan, el breve surco de su frente, la repentina intensidad en su mirada que amenaza con quemar mis intentos de fingir que nunca sucedió… lo escuchó, alto y claro. “La plata pura es demasiado blanda para fabricar armas. Cualquier cosa hecha de plata pura se doblaría y perdería brillo al instante. Recibirás un corte, si tienes suerte. No es apto para el combate”.

"Así que ustedes, los humanos, crearon algo con todos los efectos de la plata, pero con la fuerza del acero". Ventos saca su espada y mira hacia abajo. Me pregunto qué piensa de empuñar armas hechas por mi familia, para cazadores, contra los de su propia especie. Cualquier pensamiento que tenga le hace hacer una mueca en la boca. "Criaturas inteligentes y viles".

"Aquieta tu lengua", espeta Ruvan antes de que pueda registrar lo que dijo Ventos. El señor vampiro se ha enfrentado a uno de sus más ardientes defensores. Ventos va a hablar de nuevo, pero Ruvan habla por encima de él antes de que tenga la oportunidad. “Floriane es un miembro leal de este pacto. No permitiré que sigas insultándola”.

"No dije nada de ella, solo los de su especie". Ventos gira los hombros e inclina la cabeza de un lado a otro, como si se estuviera preparando para una pelea.

"El desaire es el mismo".

“¿Y qué hay de todo lo que dijo sobre nosotros? ¿Sobre el vampiro? ¿No hay dudas sobre ti?

“Ella está aprendiendo y superando sus errores. Podemos hacer lo mismo”.

Me pregunto si todo esto se debe a que Ruvan captó mi corrección. Su intensidad no parece coincidir con el breve momento de etiqueta que le brindé a su gente. Especialmente porque fue puramente por accidente. Me pregunto cuánto proviene de la noche que pasamos juntos.

“Ni siquiera sabías su nombre hasta hace unas horas”, se burla Ventos. “No dejes que los juramentos de sangre se te suban a la cabeza. Ella es una herramienta para conseguir lo que necesitamos y ya cumplió su propósito”.

"La maldición aún no se ha roto". Me sorprendo siendo yo quien habla. “Hasta que lo sea, soy miembro de este pacto. Esa fue la promesa que hice. Mi propósito está lejos de cumplirse y estoy de tu lado hasta que se cumpla... y tal vez después, dependiendo de cómo procedamos todos.

Ventos parece estar tan sorprendido como yo. Él fanfarronea un poco y los sonidos incoherentes se desvanecen en una burla. Él se aleja pisando fuerte. “Plata, acero, aleación, no importa. Sea lo que sea, no es el ancla maldita y deberíamos volver a buscar”.

Lavenzia suspira. “Ventos tiene razón”. Ella también se aleja.

"Nunca terminaste tu explicación". Winny me sorprende con una mirada expectante y ansiosa. “¿Qué tipo de plata es esa? ¿Si no puro y no como el acero?

“No lo sé”, admito. “Sé que es diferente, puedo decirlo. Tiene flores similares a la variante plateada, pero son rojizas en lugar de un platino más brillante”. Dejé caer el disco al suelo de piedra. Llena la habitación con un sonido metálico sordo. Poco después, dejo caer una de las últimas dagas plateadas que me quedan. El sonido que hace cuando golpea el suelo es un tono claro y agudo que suena mucho después de que lo he levantado. "Escuchaste la diferencia, ¿no?"

“Todo me sonaba a metal”. Winny se encoge de hombros.

"Definitivamente sonaban diferentes", dice Ruvan, pensativo.

“Las variantes de plata pura y acero tienen ese sonido agudo. Hay otras cosas que podría hacer para demostrar que esto no es plata pura o una variante de acero, pero necesitaría la herrería”.

“Te tomo la palabra”. La forma en que Ruvan lo dice hace que parezca que está hablando por todos ellos. A juzgar por las expresiones de Winny, e incluso de Lavenzia, en realidad podría estar hablando por ellas dos. Pero Ventos y yo nunca estaremos en buenos términos, eso parece claro por el hecho de que él ni siquiera mira hacia atrás en mi dirección. "Entonces, ¿qué tiene de especial esta nueva plata?"

"No estoy seguro todavía", admito. “Pero puedo decirles que la puerta del taller (la mayor parte) estaba hecha del mismo material que este disco. Había un poco de baño de plata pura en el mango, pero el resto era este metal”.

“Parecía canalizar tu magia de sangre cuando abriste la puerta”, observa acertadamente Ruvan.

Asiento con la cabeza. "Eso es lo que sentí también para mí, lo que me da algunas teorías sobre lo que podría ser este metal". Dudo que las líneas rojizas sean por casualidad…

“Entonces tendrás tiempo y espacio para investigar estas teorías cuando regresemos. Todo lo que necesites será tuyo”, decreta.

Me quedo en silencio sobresaltada, sin saber cómo responder. Lavenzia entrecierra ligeramente los ojos y vuelve a concentrarse en su caza. Una sonrisa se dibuja en los labios de Winny. No sé por qué se ve tan engreída.

“¿Entonces puedo quedármelo?”

"Puedes. Realiza los experimentos que quieras con él; solo mantén informado a Callos. Él es el archivero entre nosotros. Si fallamos en nuestra misión, él será quien pasará las crónicas de nuestro intento al siguiente grupo que será despertado”.

"Gracias." Me guardo el disco en el bolsillo. "Sin embargo, Ventos tiene razón: todos deberían seguir buscando el ancla real".

"No intentes conquistarme con tus acuerdos, humano", se queja Ventos mientras me da la espalda.

"Soy perfectamente capaz de no intentar conquistarte y al mismo tiempo poder admitir cuando tienes razón".

“Admitir cuando alguien tiene razón no es su fuerte”, tararea Lavenzia, fingiendo inspeccionar un estante. "Por eso le resulta difícil verlo como algo que otras personas pueden hacer".

Por un momento, parece que Ventos está a punto de darse la vuelta y morder el anzuelo, pero permanece tan impenetrable como uno de los muros del castillo y sigue hojeando las distintas notas. El resto de ellos también regresan a él, en busca del ancla maldita que nos liberará a todos.

CAPITULO 20



Los récords
y las notas están dispuestas en las tablas en orden cronológico y, según las fechas en las esquinas superiores derechas, son antiguas. Quiero levantar uno para verlo más de cerca, porque no puedo creer lo que veo, pero no lo hago. Si el pergamino tiene realmente tres mil años, me temo que se desintegrarían en mis manos si lo intentara y cualquier información que posean se perdería para siempre.

“¿Cómo ha sobrevivido este pergamino?” murmuro.

Winny me sorprende con una respuesta. “Conocimiento de sangre. Así es como la mayor parte del castillo se ha mantenido durante tanto tiempo. Los artesanos infundirían a lo que hacían un poco de su propia magia”.

Miro la tinta utilizada en los papeles con un poco más de sospecha. Aunque la doncella forja que hay en mí se pregunta qué significaba la tradición de sangre para el herrero del castillo.

“¿Alguien encontró algo?” Pregunta Ruvan.

“Son sólo notas sobre un antiguo ritual de sangre que hay aquí. Cosas fascinantes. Pero no es realmente útil”, informa Lavenzia.

"No veo ningún ancla maldita debajo de las mesas". Winny ahora está gateando. Y luego subirse a las estanterías.

“¿Cómo se ve un ancla maldita?” Pregunto, queriendo ser más útil. Pero si aún no lo han encontrado… Mi pecho se oprime.

“Callos dice que puede ser cualquier cosa, cualquier objeto al que la magia pueda adherirse”, responde, tosiendo polvo mientras se sienta en lo alto de una estantería. “Sin embargo, lo sabrás cuando lo

sientas. Tendrá ese toque de magia antigua y poderosa”.

“Mi señor, ¿y si no es—?” Ventos ni siquiera tiene la oportunidad de terminar.

"No. No lo entretendré. Debe estar aquí”, dice Ruvan, con la voz un poco tensa por el fastidio.

¿Debe ser? ¿O no sabes qué harás si no es así? Quiero preguntar, pero mantén la boca cerrada.

"Mira de nuevo", ordena.

Así lo hacemos.

Y otra vez.

Mientras el vampiro caza, empiezo a leer. Todavía no entiendo la historia de la sangre con gran detalle. Pero estoy recopilando más información por el momento.

No soy un erudito por lo que mi lectura es lenta; No hay tiempo para esas cosas en Hunter's Hamlet. Aprendemos habilidades prácticas y compartimos información práctica. Gran parte incluso de nuestra propia historia se ha perdido a lo largo de los años, considerada indigna de transmitirse a través de historias alrededor del hogar. Si no está directamente relacionado con mantenernos vivos, ¿qué sentido tiene ejercer energía sobre ello? Los únicos libros de historia que conozco se guardan en la fortaleza, reservados para los ojos del maestro cazador.

Tengo la suficiente curiosidad como para seguir avanzando lentamente a lo largo de las líneas del texto, y varios registros comienzan a pintar una imagen. Pero incluso si entiendo las palabras, la mitad del significado no tiene sentido para mí porque no conozco los detalles más finos de la historia de la sangre. Aún así, hay algunas cosas que puedo reunir. Una es que dos personas estaban llevando un registro. Y el segundo…

"Había un humano aquí", anuncio, deteniendo su búsqueda. Puedo deducir eso de lo que he leído. Y de mi sueño… La mujer que vi anoche no tenía los ojos dorados del vampiro. "Una mujer."

“Por supuesto que sí”, se queja Ventos. Cada paso que da es más pesado que el anterior, la frustración por la falta del ancla de la maldición lo agobia. “Un humano se infiltró en nosotros hace mucho tiempo, acechó dentro de nuestras paredes, creó un lugar al que sólo los humanos podían llegar con esa puerta destrozada que mataría a cualquier vampiro que intentara abrirla y nos maldijo. Y apuesto lo que sea a que estaba confabulada con los primeros cazadores.

Me quedo mirándolo fijamente durante un largo segundo,

esperando a ver si se da cuenta de la idiotez de lo que acaba de decir. Cuando no es así, hablo lentamente para enfatizar el punto que se me ha quedado grabado desde que oí hablar de esta sala por primera vez. “¿Un humano se infiltró en el vampiro lo suficiente como para que pudieran… construir una habitación en el castillo?”

"Bien-"

Señalo la puerta. “Esa puerta no es fácil de hacer. Es metal sólido y masivo. Y hay un mecanismo de bloqueo mágico. Forjar eso requirió mucho tiempo y recursos, y mucho menos instalarlo. ¿Y crees que algún humano hizo eso sin que tu Rey Vampiro se diera cuenta? O el humano tenía más poder que el vampiro o tu rey era extraordinariamente inepto.

"Como te atreves-"

"No, Ventos, ella tiene razón", interviene Ruvan. "¿Qué más encontraste?"

“Ella estaba buscando algún tipo de hechizo protector. Algo que podría usarse para fortalecer y fortalecer”.

"Más bien, estaba siendo utilizada por un vampiro que era el que estaba investigando". Lavenzia vuelve a mirar la mesa, estudiando minuciosamente las notas.

"Bueno, quien escribió estas notas estaba trabajando directamente con el rey de los vampiros".

"Lo cual fue hace tres mil años". Ruvan frunce el ceño ante las notas, como si de alguna manera lo hubieran traicionado. Se acerca a mí y se queda un poco más cerca de lo que creo que era normal para nosotros hace apenas un día. “¿Qué dice específicamente sobre el rey de los vampiros?”

Me muerdo el labio ligeramente, mirando un nombre. Lo reconozco. De Ruvan mencionándolo, y de mi sueño de anoche.

"Ella estaba trabajando con un rey llamado Solos..."

Todos se quedan mortalmente quietos. Su cambio de comportamiento es tan repentino que me silencian.

"¿Lo conoces?"

"¿Conocerlo?" Winny se burla. "Es una leyenda".

"Él fue el último rey antes de la larga noche". Ruvan se mueve, definitivamente más cerca de lo que generalmente se consideraría “apropiado” para dos personas en nuestras circunstancias. Curiosamente, su presencia me resulta reconfortante. Se cruzó una línea en el momento en que bebió de mí, se eliminó una barrera entre nosotros. Entrecierra los ojos para concentrarse mientras mira el

papel, como si intentara leerlo.

"No es posible que un humano estuviera trabajando con King Solos". Ventos se cruza de brazos con un resoplido. "El rey de los vampiros nunca se rebajaría a tal cosa".

"¿Bajar?" Repito suavemente. Nadie parece escuchar excepto Ruvan. Su silencio es ensordecedor. Intento hacerlo pasar como si la conversación avanzara demasiado rápido.

"Podría haber estado usando a la humana para obtener su sangre", dice Winny. "Hizo la puerta para que sólo un humano pudiera abrirla, y él era el único que tenía control sobre ellos".

“¿A menos que este humano fuera quien lo traicionó? Solos creó este lugar para enjaularla, realizar sus experimentos y gracias a ello ella adquirió conocimientos sobre la tradición de la sangre. Lavenzia frunce el ceño ante uno de los conjuntos de viales que tiene delante.

¿Control? ¿Enjaularla? Cada vez me gustan menos este King Solos y el primer vampiro.

"No crees que un humano intentaría ir contra él, ¿verdad?" Winny murmura. “Solos era un verdadero rey de los vampiros; Tenía todo el poder de nuestro pueblo. Fue el inventor de la ciencia de la sangre y la conocía mejor que nadie. Ningún humano se atrevería a cruzarse con él. Y, considerando cómo se usaba a los humanos en esos primeros días…”

“¿Cómo se utilizaron?” Finalmente pregunto.

Ninguno de ellos parece ser capaz de mirarme.

"Callos podría contarte más, conoce las historias", dice Winny, más débil de lo habitual.

“Se usaron bruscamente”, dice Ruvan rotundamente y luego cambia de tema antes de que pueda seguir investigando, sin duda intencionadamente. “¿Mencionaste algún tipo de hechizo protector? Si ella estuviera trabajando en algo así, ¿podría ser el comienzo de la maldición?

“Una protección contra los vampiros para los humanos, eso fue lo que pensé”, coincide Ventos.

"No creo que sea eso". Paso la yema del dedo por el borde de las notas pensativamente. Me ignoran. Winny incluso se aleja.

“Tendremos que preguntarle a Callos cuando regresemos. Lavenzia, ¿usarás tu sangre para marcar estas notas y preservarlas para que podamos traerlas de vuelta? dice Ruvan.

"Absolutamente." Pero los ojos de Lavenzia se dirigen a Winny antes de que pueda morderse el pulgar. Este último está agachado en

un rincón de la habitación, rascando algo. “¿Winny? ¿Qué es?"

La atención de todos los demás se centra en ella.

"Creo que hay una trampilla aquí".

“¿Y estás intentando abrirlo?” Lavenzia niega con la cabeza. "¿Es una buena idea abrir trampillas secretas en lugares extraños?"

“Hemos llegado hasta aquí... y ciertamente no quiero volver por donde llegamos. No después de que alguien perturbara a toda una horda de Sucumbidos”. Ella mira fijamente a Ventos.

"No fue mi culpa", resopla.

"Ciertamente no era nuestro". Lavenzia sonríe.

Ruvan suspira, atrayendo todas las miradas hacia él una vez más. “Recorramos la habitación una vez más. Si nada, tomaremos todo lo que podamos”. Sus ojos son distantes y su voz se suaviza. “Demasiados antiguos señores pensaron que esto era todo. Debemos honrarlos haciendo sus sacrificios para conocer esta sala, para asegurar rutas con sus vidas, cuenta”.

Mientras el resto debate qué es mejor traer de regreso a Callos, Ruvan da algunas vueltas adicionales con el pretexto de "buscar cualquier otra cosa importante". Pero sé que todavía está buscando el ancla, todavía con la esperanza de que esté escondida en algún lugar. Su mirada está desenfocada, atormentada.

No puedo creerlo pero... mi corazón duele por el señor vampiro.

“¿Ruvan?” Digo en voz baja, lo suficientemente alto para que él me escuche, mientras los otros tres organizan los diarios y los viales en una caja para que Ventos los lleve. "Ruvan", repito cuando continúa mirando una estantería ahora vacía.

"Pensé que estaba aquí", susurra, con la voz temblorosa suavemente. "Realmente, de verdad, pensé que estaba aquí".

"Lamento que no fuera así". El dolor surge de las plantas de sus pies. Estoy de pie junto a él, como si estuviéramos a la deriva en un océano creado por él. El dorso de mis nudillos roza ligeramente los suyos. Eso lo incita a mirarme, pero de alguna manera le duele, porque su expresión se arruga y sacude la cabeza, evitando mis ojos.

"Debería haber sabido que era demasiado esperar".

"Quizás algo aquí ayude a encontrarlo", intento y ofrezco con optimismo. El dolor que exuda es demasiado grande para ignorarlo. Está en la boca de mi estómago, como si este fuera mi dolor.

La magia jurada de sangre es algo peligroso. Necesito comenzar a luchar activamente contra ello, o de lo contrario podría sobrescribir completamente mis sentimientos con los de él. Podría encontrarme

demasiado metido con el señor de los vampiros. Más profundo de lo que podré escapar cuando llegue el momento.

"Con un poco de suerte." Su expresión está contorsionada y tirada por el peso de la decepción. "Pensé que tal vez sería yo quien lo rompería". Él se burla. "Necio. Señores mucho mejores que yo han sido despertados y no pudieron”.

“Llegaste más lejos que ellos”.

“¿Y de qué sirvió todo eso?”

Agarro su mano y acerco su rostro hacia mí. "Cada paso es un progreso, incluso si no podemos verlo en el momento".

Suspira, con el rostro relajado. Ruvan levanta la mano y me mete un mechón de pelo detrás de la oreja. "No entenderías lo que es irse a dormir con esperanza y despertarse para encontrar el mundo en ruinas".

"Sin embargo, sé lo que es nacer en una situación desesperada", respondo. “Y sé lo que es trabajar en algo, dedicarle la vida y saber que tal vez nunca sea suficiente. Estar bien con ser simplemente un recipiente para generaciones de conocimiento: un eslabón de la cadena. Nada más."

Sus dedos permanecen en la curvatura de mi mejilla antes de que su mano caiga a su costado. "Quizás tengas razón."

"Claro que soy yo." Le doy un codazo.

Se atreve a sonreír. Es pequeño. Pero creo que es lo más sincero que he visto de él. No hay pretensión, ni odio, nada del desastre que nos unió y que todavía nos rodea, amontonado como acero retorcido de comienzos en falso e intentos poco entusiastas.

"Creo que estamos listos para partir", dice Winny.

Ruvan se aleja de mí para preguntar: "¿Tenemos todo lo que podemos necesitar?"

"Con un poco de suerte. Tenemos todo lo que podemos llevar”, responde Lavenzia.

"Puedo llevar más". Ventos parece ofendido por la implicación de lo contrario.

"Tanto como podamos llevar sin que nos estorben demasiado". Lavenzia pone los ojos en blanco. “Entonces, ¿será la trampilla? ¿O por donde vinimos?

"Mi voto es por la trampilla". Winny levanta la mano.

"No estoy seguro de poder encajar". Ventos ajusta su mochila en su espalda. Hay algunas raciones (frascos de sangre de obsidiana) que se dejan sobre las mesas para dejar espacio para aún más cuadernos.

"Chúpalo, grandullón". Lavenzia le da palmaditas en el vientre.

"Tienes suerte de que me gustes". Ventos le lanza una mirada fulminante.

“¿Qué piensa nuestro ilustre señor, y cazador pero no cazador?” Nos pregunta Winny.

Para mi sorpresa, Ruvan se vuelve hacia mí. Rápidamente sopeso las opciones y me decido por "La trampilla".

"¿En realidad? No tenemos un camino claro a seguir en ese sentido”, advierte Ruvan. "Es un territorio inexplorado".

"Hemos recuperado la mitad de todo esto a medida que avanzábamos". Me encojo de hombros. "Tal vez, si esta habitación está tan abandonada y es tan difícil llegar a ella, no encontraremos a nadie más que haya sucumbido a la maldición".

"Eres demasiado optimista". Lavenzia ajusta la espada en su cadera.

"Al menos alguien más lo es". Winny abre la trampilla. “Seré el escudo de carne de todos nuevamente y exploraré hacia adelante. Si vuelvo, todo estará bien. Si escuchas gritos, asume que no lo son”. Ella sonríe levemente y se desliza en la oscuridad, desapareciendo.

Sigo dando vueltas al disco en mi bolsillo mientras esperamos en tenso silencio. Es un metal tan único. Estoy tratando de adivinar de qué podría estar hecho por peso y sentirme solo. Lo rasco ligeramente. Necesito volver a la herrería para poder discernirlo.

"Está vacío." Winny reaparece. "No tengo idea de adónde va todavía, pero está claro".

“En ese caso, actuaremos rápida y silenciosamente”, decreta Ruvan.

Una escalera desciende hacia la oscuridad de la trampilla y nos lleva a un pasillo estrecho. Ventos tiene que quitarse la mochila y la espada para esquivarlo. Lavenzia le lleva la caja. El pasillo se abre a una escalera de caracol.

Mi visión mejorada atraviesa la oscuridad lo suficiente como para distinguir las formas de los demás. Pero sigo más los sonidos que la vista. Ventos no guarda silencio con su enorme espada golpeando periódicamente la pared. Las respiraciones cortas de Winny resoplan mientras salta hacia adelante y hacia atrás.

Pero mi atención se centra en Ruvan, en cómo se mueve detrás de mí, cada paso más cerca de mí que el anterior. Sus manos se deslizan sobre las paredes de piedra a ambos lados de mí para apoyarme hasta que me posiciono entre ellas, mi espalda casi rozando su pecho.

Sin previo aviso, sus labios rozan el caparazón de mi oreja. “No tengas miedo. Te mantendré a salvo”, susurra tan suavemente que creo que lo he imaginado.

Me transporto instantáneamente a anoche. A la sensación de que él me agarra. Acercándome más. Sus colmillos mientras me penetraban.

Mi respiración se entrecorta y pierdo un paso. Ruvan llega en un instante. Su brazo se desliza alrededor de mi cintura. Mi espalda está pegada a su frente y no puedo encontrar el aliento.

“Cuidado”, susurra antes de dejarme ir; Casi puedo sentirlo sonreír. Como si él no fuera quien me hizo tropezar en primer lugar.

Sigo como si nada y espero que ninguno de los demás se haya dado cuenta. Pero mi mente está en otra parte. Pensando en estar a solas con él otra vez. De su fuerte cuerpo presionado contra el mío. Él me consume. Me estremezco y trato de controlar mi mente acelerada.

Salimos a un estudio. Más libros y discos están metidos en cada lugar. Lavenzia suelta un silbido bajo.

"Callos tendría el mejor día de su vida con esto", dice.

“Todo esto es muy viejo… ¿Crees que fue de Jontún?” Pregunta Winny.

“Tal vez”, dice Lavenzia.

“Callos ya tiene suficientes cosas que traeremos para mantenerlo ocupado; No llevo más libros”. Ventos camina penosamente hacia la puerta opuesta. Winny la sigue, Ruvan y Lavenzia detrás. Pero me quedo.

"¿Qué es?" Ruvan se detiene cuando nota que no estoy con el resto de ellos.

En lugar de responder, saco el medallón de mi bolsillo y lo coloco en un hueco reflejado en el cajón del escritorio. Queda perfecto. Presiono y se abre una pequeña escotilla en el medio del escritorio.

“¿Qué…?” murmura Lavenzia.

"¿Qué hay adentro?" Pregunta Ruvan mientras abro el pestillo por completo.

"Algún tipo de cartas". Saco con delicadeza un pequeño bulto del compartimento oculto.

“Los abriremos cuando regresemos. Ya hemos estado fuera demasiado tiempo. Quinn y Callos estarán preocupados”. Ruvan extiende su mano expectante. Cruzo y le entrego las cartas. "Callos analizará todo y discernirá si algo es útil aquí".

El comentario me hace reflexionar. Si. Si hay algo útil. ¿Qué pasa

si no lo hay? ¿Qué pasa si no encontramos una manera de romper la maldición? ¿Seré un juramento de sangre ante el señor vampiro hasta el final de mis días naturales? No había nada en nuestro voto inicial que me diera razones para pensar que este juramento pueda romperse por algo tan simple como no encontrar el ancla de la maldición como se esperaba.

Quiero preguntar, pero no... no puedo.

Al pasar por una serie de habitaciones conectadas, subir una escalera y, a través de una puerta cerrada que Ventos rompe con su espada, regresamos al ala occidental del castillo, donde llegué por primera vez. Así, sin más, vuelvo al principio y, sin embargo, todo ha cambiado.

CAPITULO 21



Callos y Quinn se sorprenden al vernos. Encantada, pero muy sorprendida. Ni siquiera se molestan en ocultar que ya habían comenzado a darnos por muertos, algo que los demás no parecen encontrar tan desconcertante como a mí. Aparentemente es bastante normal entrar en el antiguo castillo y no volver a ser visto ni oído nunca más.

Nuestro regreso rápidamente se convierte en una pequeña celebración. Quinn anuncia que con gusto recurrirá a las reservas de sangre para reponer las fuerzas de todos. Todavía es extraño ver a la gente arrojar sangre de viales de obsidiana en copas de agua, pero ya no me pone nervioso como antes. Además, ahora sé cuánto lo necesitan.

Sus rostros parecían un poco demacrados, un poco más monstruosos cuanto más tiempo pasábamos en las profundidades del castillo. Me pregunto si es una función de estar tan lejos del sol, estar tan cerca de otros que habían sucumbido a la maldición, o cuánto poder y energía ejercían todos. Probablemente todas estas cosas combinadas.

Al igual que en Hunter's Hamlet, uso la herrería como escape cuando comienzan las festividades. Porque al igual que en Hunter's Hamlet, estas celebraciones no son para mí. Puede que me lleve mejor con todos ellos, pero todavía no soy "uno de ellos". No puedo esperar serlo nunca. Así que llevo sus armas a través del salón principal, más allá de sus habitaciones y hacia mi tranquila soledad de creación.

Pero cuando estoy aquí, mis manos no se mueven. La fragua está

fría. Triste. No importa cuánto lo intente, parece que no puedo provocarlo.

¿Dónde pertenezco? Es más, ¿qué se supone que debo ser? Quizás Ruvan pueda decírmelo mirando mi sangre. Quizás no estoy "destinado" a ser nada. Soy tan maleable como el metal caliente, esperando a que le den forma. ¿Pero qué forma tomaré? El martillo metafórico siempre ha estado en manos de otras personas: sé la doncella de la forja, mantén protegida la aldea del cazador equipando a los cazadores. Permitir que el maestro cazador decida mi marido. Tener un hijo. Transmitir la información vital y el comercio de mi linaje.

Mantente en línea y haz todo lo que te digan. Nunca pienses en nada más porque si lo haces te darás cuenta de lo asfixiantes que son todas las exigencias y expectativas. Mi respiración es entrecortada. Mis pies caminan por el suelo tan rápido como mi corazón late en mi pecho.

Por primera vez, tengo el control y yo... no sé lo que quiero.

Intento sofocar los pensamientos aferrándome al disco y pensando en el sueño. Hay más en eso de lo que Ruvan y yo sabemos. Algo es diferente dentro de mí. Algo está cambiando y no puedo detenerlo.

Lo siento antes de oírlo: su presencia robusta, inquebrantable y abrasadora.

El mundo se abre para Ruvan, como si él fuera el que se queda quieto y el resto de nosotros nos moviéramos a su alrededor, atraídos por su innegable poder. El comentario anterior de Ventos sobre los juramentos de sangre confirmó mis sospechas. Este pacto debe ser lo que me está cambiando. Cuanto más tiempo estoy en este acuerdo, menos soy quien era y más soy alguien nuevo. Alguien que aún no conozco. Alguien en quien no podría haberme imaginado convertirme ni siquiera en mis sueños más locos.

"¿No deberías estar celebrando con el resto de ellos?" Pregunto, mirando la fría fragua en lugar de mirarlo a él. Si lo miro, cederé a sus manos, a su boca, otra vez… y no me sentiré ni en lo más mínimo culpable por ello.

"Necesitan sus victorias donde puedan encontrarlas. Terminar la larga noche no está en sus cabezas, está en la mía. No estoy seguro de qué se supone que debo celebrar", responde con una nota solemne que lleva su voz a un registro más bajo. Agarro el disco con fuerza para evitar que se me ponga la piel de gallina en los brazos ante el sonido más rico y completo. "Ni siquiera sabemos todavía si estamos más cerca de romper la maldición. Ciertamente no encontramos el ancla y

por eso me siento más un fracaso que un héroe triunfante”.

"Quería preguntarte algo sobre eso". Todavía no me he vuelto para mirarlo. No tengo que enfrentarlo para verlo con mis ojos que ahora pueden ver incluso la noche más espesa. En cambio, lo estoy construyendo en mi mente. La forma en que se comporta, sin su armadura plateada, de nuevo con sus terciopelos y sedas. Pantalones que le rozan los muslos, metidos en botas de cuero. Suave, pero agudo. Y su cabello níveo que constantemente cae sobre sus ojos.

Cabello níveo como el hombre que ha estado ocupando mis sueños… Intento mantener mi atención en el presente. He estado necesitando hacer esta pregunta y no puedo distraerme ahora. Y Ruvan no es más que muy bueno distrayéndome.

"¿Sí?" Pregunta como si de alguna manera fuera completamente ajeno al efecto que su presencia tiene en mí: que mis huesos se han puesto al rojo vivo y me están quemando de adentro hacia afuera. Me pregunto si el mío tiene lo mismo con él. Si cada minuto que pasa este canal entre nosotros se vuelve más y más profundo, hasta que sea lo suficientemente grande como para tragarnos a los dos enteros.

“Si no rompemos la maldición, ¿qué me pasará a mí? ¿Me quedo aquí para siempre?

"Ah", respira suavemente, el sonido se convierte en una risa baja y retumbante. "Realmente no planeamos esa contingencia, ¿verdad?"

"Me di cuenta de que no lo hicimos".

El sonido de los tacones de sus botas golpeando el suelo de piedra resuena contra el techo a medida que se acerca lentamente. Cada paso resuena como un trueno en un horizonte lejano. Él es el relámpago, que me pone los pelos de punta.

“¿Qué quieres que pase?”

Inspiro lentamente al mismo tiempo que sus manos se elevan. Se ciernen sobre mis hombros, a un suspiro de tocarme. Si me movía lo más mínimo podría salir corriendo o caer sobre él. Todavía no sé cuál quiero más y eso me aterra. Pienso en él abrazándome anoche, pero los pensamientos de él aplastándome contra él se transforman en cuando me robó, cuando me secuestró de mi casa y atacó a mi familia.

"Quiero poder pensar con claridad", susurro.

"¿Por qué no puedes?"

"Sabes por qué no puedo".

"Supongo que sí, si estás la mitad de atrapado que yo". Todavía tiene que tocarme. ¿Por qué no me toca? Los recuerdos de esa habitación regresan con agresiva claridad. La pálida luz de la luna,

como la que brilla ahora a través de la ventana de la herrería, convirtiéndolo en una plata más pura que cualquier otra con la que haya trabajado.

Con una exhalación, estoy de vuelta en sus brazos en ese suelo olvidado. Sus colmillos están en mí. Dejo de existir; deja de existir. Somos uno.

Sacudo la cabeza y hago lo que ya debería haber hecho. Me tambaleo hacia adelante. Me alejo a trompicones. Envolviéndome con mis brazos, me froto los bíceps y trato de sacudir la sensación fantasmal de sus manos sobre mí. De él debajo de las yemas de mis dedos.

No puedo permitirme tenerlo. No puedo…

La cálida tensión que crecía rápidamente entre nosotros comienza a evaporarse en la fría noche. Sí, él es un rayo y yo soy Tinder. Una chispa demasiado cerca y estaré acabado. Me quemaré y todo lo que quedará será esta necesidad insaciable de colapsar el espacio entre nosotros hasta convertirlo en nada.

"¿Bien?" Exijo, sin permitirme perder el foco. "¿Qué pasa con nosotros y nuestro acuerdo si no podemos romper la maldición?"

“No lo sé”, admite.

“¿No lo sabes porque no quieres? ¿O porque no entiendes la magia que nos une? Finalmente me giro para mirarlo y desearía no haberlo hecho. Si no lo hubiera hecho, no habría visto el breve destello de dolor en su rostro. No lo habría visto tragar saliva. Pero todavía habría sentido la incertidumbre y eso habría sido suficiente. "No me liberarías", le susurro.

Permanece en silencio durante un tiempo dolorosamente largo. "Tener una doncella de forja aquí podría resultar útil".

“Nunca volvería a hacer nada para ti”, lo juro.

"Mantenerte alejado de Hunter's Hamlet, alterar tu línea familiar, podría salvar generaciones de despertares por venir". Las palabras son inusualmente crueles. Puedo ver por su expresión que no se refiere a eso. Sin embargo, todavía asestan un golpe indirecto.

“No harías ninguna diferencia si me mantuvieras aquí. Mi madre le enseñaría a otra persona. Mi línea familiar es larga. Pero no estamos tan orgullosos como para dejar que lo único que impide que Hunter's Hamlet sea invadido por vampiros muera con nosotros. Estamos demasiado decididos a sobrevivir para eso”.

“Decidido a sobrevivir”, repite con determinación, acercándose. "Sí, eres terco, ¿no?"

"Te gusto de esa manera". Hablo antes de que pueda dudar de mí mismo.

"Sí." Habla tan rápido que sé que no ha pensado mucho en las palabras, y mucho menos en el sentimiento detrás de ellas. Mi corazón comienza a acelerarse. El mundo se estrecha una vez más, centrado sólo en él. Sobre el vampiro acechando tranquilamente hacia mí. Como si tuviera la intención de devorarme entera.

“¿Y-lo haces?” Doy un paso atrás y choco contra una mesa; me tiene acorralado. El costado de su boca se arquea ligeramente. "¿Por qué?"

Inclina la cabeza, evaluándome, como si todavía estuviera tratando de encontrar la respuesta a esta pregunta por sí mismo. "Tú..." La palabra flota.

"¿A mí?"

"Te encuentro... intrigante".

No puedo evitar una carcajada. "¿Intrigante?" Repito. “¿Te intrigo?”

“Sí, y quiero conocerte mejor. Quiero ver todas las partes de ti”.

"No soy una herramienta que puedas inspeccionar y usar como quieras". Utilizo la palabra de Ventos de antes. Eso es algo que sí sé, me doy cuenta. A pesar de toda la incertidumbre que rodea mi futuro, sé que nunca más quiero que me vean como una herramienta o un trofeo. No importa lo que suceda aquí o en Hunter's Hamlet, me niego a permitir que suceda.

"No te veo como una herramienta".

"Entonces sólo es una diversión". Saco la barbilla, lo miro y lucho por ignorar el movimiento dentro de mí cuando él se detiene, cara a cara. Agarro la mesa de piedra en busca de apoyo.

“'Intrigante', dije”, se fuerza con la mandíbula tensa.

"Difícilmente es un cumplido".

“El mejor cumplido que podría hacer”, responde. Eso me silencia el tiempo suficiente para que él continúe. “Mi mundo ha sido monotonía. Ha sido una tortura, día tras día. Mi familia, desaparecida. Todos los que conocí, muertos o perdidos. Se ríe con tal amargura que casi puedo saborearlo en mi lengua, secándome la boca. “Incluso algo tan simple como comer… lo que no daría por una comida decente. No raciones. Alimento. Para sentarse y saborear. Las cosas más pequeñas son una tortura. Una tortura que esperaba nunca despertar para ver y, sin embargo, sabía que lo haría. Tortura que esperaba (aún espero) que terminara. Tu presencia aquí ha sido lo primero que ha roto la

infinidad de este dolor inquebrantable que he conocido durante toda mi vida. Para traer un rayo de calidez, de optimismo. Ya he logrado lo imposible contigo a mi lado. Tal vez no revelaría este juramento de sangre porque quiero ver qué más podemos hacer juntos. Me gustaría que tú también quisieras eso".

Mientras habla, pequeños cosquilleos recorren mi cuerpo, como si me estuviera hundiendo en un baño demasiado caliente. Me envuelve y se me sube a la cabeza. Él no quita sus ojos de los míos y el mundo se estrecha sobre nosotros juntos. Hay más en lo que está diciendo que los Juramentos de Sangre. Lo sé. Esto... todo lo que está diciendo, este dolor, todo es real.

Abro la boca, pero las palabras no salen. Parece que está resentido conmigo y, sin embargo, también me hace un cumplido al mismo tiempo. Suena como si yo fuera lo último que realmente necesita, pero me desea de todos modos. Y sé que él es todo igual para mí. Él no es nada que yo necesitaba, ni esperaba, ni siquiera pedí. Y todavía…

Él es todo lo que alguna vez pude haber querido. Tan leal como soy a su causa. Un protector feroz. Una criatura hermosa, hábil y profundamente defectuosa.

"Por favor, dime que estás mintiendo". Es lo único que se me ocurre decir. Lo único que quiero rogar que sea verdad.

"No puedo mentirte; y nunca lo haría".

"Ojalá lo fueras", susurro.

Una fractura por estrés rompe la tensión entre nosotros ante mis palabras. Sus brazos están liberados. Sus manos golpean la mesa junto a la mía. Estoy atrapado entre ellos, inclinado hacia atrás sobre la piedra.

"Te aseguro que el sentimiento es mutuo", casi gruñe. Está ardiendo, no de rabia, sino de deseo.

"Debería odiarte." El pánico está aumentando en mí junto con una necesidad creciente que refleja la suya. No puedo necesitarlo. No puedo quererlo. No lo haré. Y me recuerdo a mí mismo todas las razones. "Mataste al maestro cazador. ¡Mataste... podrías haber matado... habrías matado... a mi hermano!

Hay fuego en sus ojos mientras me mira. Saco la barbilla y le devuelvo la mirada. Nuestras narices casi se tocan. Pienso en él la primera noche que nos conocimos, llamándome monstruo y arrancándome de mi casa. Pienso en él anoche, su boca en mi cuerpo, llenándome de un placer que no debería ser posible. ¿Cómo se ha vuelto esto tan complicado?

"Así como sé que debería odiarte", gruñe, con los colmillos brillando. Verlos debería llenarme de miedo, pero en cambio… es emoción lo que me recorre. Le he dado tanta sangre y aún así mi cuerpo está listo para darle más. Dale todo. “Naciste para matarme. Has forjado innumerables armas que matan a mis parientes”.

“Fueron sucumbidos; tú también los matas”.

Lo considera brevemente, pero su veredicto es que se siente aún más frustrado. “Usarías esas armas contra mí. Lo intentaste. Incluso cuando me juraste pensaste en colocarme una daga de plata entre las costillas”.

“Querías usarme para conseguir lo que querías. Me viste como nada más que una herramienta”, respondo.

"Quería ser bueno contigo pero lo hiciste muy difícil en esas horas iniciales". Las comisuras de sus labios tienen una ligera curvatura. Hay emoción en esta ira. Un alivio que es tan bueno como sus colmillos en mí.

¿Por qué prosperamos odiándonos unos a otros?

No… esto no es odio. Esto es negación. Un querer odiar. Y ese es nuestro permiso y nuestro perdón. Hay una parte de nosotros que piensa que si todavía podemos odiarnos unos a otros, entonces disculpa al resto. Se disculpa anoche. Es una excusa para los deseos crecientes que nos dividirán en dos y nos unirán nuevamente como uno solo.

Todo puede ser perdonado (esta necesidad y cómo vamos a actuar en consecuencia) siempre y cuando sigamos desempeñando nuestro papel de enemigos. Incluso si no lo somos. Incluso si hace tiempo que dejamos de encajar perfectamente en ellos.

"Nunca quise que fueras bueno conmigo", siseo con los dientes apretados. “Quería que me odiaras. Todavía quiero que me odies”.

"Pero no lo hago". Su nariz roza la mía. Nuestros labios casi se tocan. Estoy ardiendo ante su toque. "Y eso me hace querer… quererte… aún más".

"Entonces odiémonos unos a otros hasta que no podamos soportarlo". Lo miro a los ojos. Este es el momento antes de que rompamos. El último aliento lo tomamos por nuestra cuenta. "Odiémonos unos a otros para poder perdonarnos a nosotros mismos por desearnos el uno al otro".

“Cada instinto me dice que sí. Pero nunca podría odiar a mi intrigante doncella de forja”, susurra, bajando los ojos a mis labios. “No quiero. He reconocido todas las razones por las que debería

hacerlo y ahora las dejaré ir. Los pierdo por ti”.

Ahí está la verdad. Prosperamos con nuestro odio porque es nuestra supervivencia. Y sin embargo… sin embargo… ¿y si hubiera otra manera? ¿Y si pudiera encontrarlo, falsificarlo? Soy lo suficientemente fuerte, lo suficientemente capaz... tal vez, sólo tal vez...

"Me gustaría poder ignorar todo esto", respiro.

"Ojalá nunca te hubiera llevado aquí".

"Ojalá nunca hubiera jurado sangre contigo".

"Ojalá nunca te hubiera probado". Se lame los labios.

“¿Te está consumiendo a ti también?” No tengo que decir qué es "eso". Ambos sabemos. Estoy seguro de que el recuerdo de la noche que compartimos ha estado en su mente casi tan interminablemente como en la mía.

“Con cada minuto de vigilia. No me dirigí a nuestras habitaciones ni siquiera para intentar dormir porque sabía que tú también me perseguirías allí. Me persigues cada momento que no te toco.

Ni siquiera había pensado en dormir. La idea era lo más alejado de mi mente y me pregunto si eso se debe a él. ¿Plantó el pensamiento sin darse cuenta? ¿O fue solo su energía lo que me llevó a la conclusión?

“¿Cómo nos liberamos de este tormento?”

"No sé si quiero ser libre". Su mirada cae más lejos, hacia mi cuello. “Podrías ser la tortura y la tentación encarnadas. Pero tú eres fuerza y poder. Eres condenación y salvación atrapada en curvas que deberían estar prohibidas”.

Un cosquilleo de placer se desliza por mi columna como la yema de un dedo invisible. Yo trago. Me está mirando de nuevo con esos ojos hambrientos. Y, una vez más, no quiero que se detenga.

Me rindo. "¿Quieres?"

Deja escapar un gemido bajo y me acerca más. Nuestras caderas están al ras. Un brazo rodea mis hombros; la otra mano está en mi cabello. Estoy tenso con una tensión deliciosa. Más. Más. Luego suelte.

“Quiero más de lo que jamás he deseado nada. Tanto que me aterroriza”. Sus colmillos son pequeñas lunas crecientes decididas a clavarse en mí. Me estremezco. Quiero que lo hagan, aunque no haya ningún motivo para ello. Ya no está herido. No puedo usar la excusa de la supervivencia para explicar esto.

“¿Bebiste la sangre con el resto de ellos?” La mera idea de que la sangre de otra persona toque sus labios enciende una fea racha dentro

de mí.

“No podía, lo único que podía pensar era en ti. No quiero a nadie más, ni en sangre ni en cuerpo. Nunca nada sabrá tan dulce como tú”.

"Bueno, necesitas mantener tu magia para luchar contra la maldición". No reconozco mi voz. Es más profundo, casi sensual.

“Floriane…” murmura, con los párpados cada vez más pesados.

"Una condición." Me pongo de puntillas para murmurarle al oído. Mis manos se extienden sobre su fuerte pecho para apoyarme. “Te pruebo después. Dame tu poder. Mantenme borracho con eso”. Dame esa dulce neblina de magia. Lo necesitaré para lo que quiero hacer en la herrería. Lo necesito para mi propia saciedad.

“Lo haré hasta que tu cuerpo se rinda y ya no puedas soportarme”, repite sus palabras de la noche de nuestro voto y desciende sobre mí. Su duro cuerpo presiona contra el mío, inmovilizándome contra él. Atrapándome con músculos y terciopelo.

Me muerdo el labio inferior de dolor cuando sus colmillos perforan mi carne; Exhalo deleite mientras todas las sensaciones se desvanecen. No tengo dolores en los músculos, ni moretones ni rasguños de nuestro largo viaje a las profundidades del castillo. Mi forma corporal ha desaparecido, encerrada en sus brazos para su custodia, mientras mi conciencia se sumerge en el pozo de poder entre nosotros.

Esta magia, la magia de sangre, la alimentamos ambos. Mediante el intercambio de poder: el suyo y el mío. Mis dedos suben por el firme plano de la parte delantera de su camisa, buscando la marca en la base de su garganta. Él gruñe, mordiendo con más fuerza mientras mis uñas delinean mi marca de sangre en él.

Se me escapa un gemido.

Me agarra el trasero y me levanta sobre la mesa. Mis piernas lo rodean por instinto. Ruvan me inclina hacia atrás, exponiendo mejor mi cuello y pecho a su boca y manos.

Debería doler. Debería estar gritando. Pero el calor gotea por mi torso como sangre y se acumula en la boca del estómago. Todos los pensamientos acelerados que tenía antes se calman. Esto es exactamente lo que quería.

El regalo de su mordida y su cuerpo se acaba demasiado pronto. Él se aleja. Intento aguantar, pero él no me deja y me resbalo de la mesa. Ruvan fija sus ojos en los míos. Su cabello ha caído sobre su rostro, un desastre iluminado por la luna. Sus ojos dorados brillan desde las sombras que proyecta su ceño fruncido, contrastando con la nitidez del pincel de un pintor contra su carne pálida, tan llamativa como sus

labios ensangrentados. Ruvan mueve sus manos hacia mi cara. Uno de sus pulgares se desliza sobre la curvatura de mi mejilla con demasiada facilidad. Lubricado por sangre.

Arrastra su lengua lentamente a través de sus colmillos, tallando una línea en el músculo y llenando su boca con su propia sangre. Me doy cuenta de lo que está a punto de hacer un segundo antes de que lo haga. Un gemido se escapa de mis labios. Necesitado. Desvergonzado.

Me encanta. *Hazme suplicar por ti, Ruvan. Mis entrañas se han derretido. Dame poder, dame vida.*

Sus labios chocan contra los míos.

Lo agarro con más fuerza, acercándolo más mientras nos saboreo a ambos en su lengua. Él inclina mi cabeza, libero mi mandíbula, el beso se profundiza. Sus colmillos rozan mi labio inferior. Mas sangre. Más poder. Más del placer más puro que nunca debería haber existido para mí, y ahora no puedo tener suficiente. Esto es todo lo que me negaron en el caserío y ahora todo lo que quiero. Eso podría haberlo deseado siempre si alguna vez me hubiera permitido siquiera intentar imaginarlo.

Y, sin embargo, incluso mientras me entrego a él, una pizca de sentido común, de mi dignidad como ser humano del Hamlet de Hunter, regresa a mí. El calor en la parte baja de mi estómago comienza a hervir por el conflicto. ¿Qué estoy haciendo? pregunta la mujer que se crió en la aldea desde un rincón de mi mente. ¡Este es el señor vampiro!

Lo suelto, empujándolo lejos. El mundo se inclina ligeramente; Me pregunto cuánta sangre he perdido. Pero gracias a su sangre corriendo a través de mí puedo mantenerme erguido. Nos hemos entrelazado aún más profundamente. Casi puedo escuchar sus pensamientos ahora.

“Tú…” No puede formar palabras mientras se lame los labios.

"No puedo... No podemos... No lo hago, pero tampoco puedo pensar con claridad en este momento... Deberías irte". Tropiezo con mis palabras y me acomodo la ropa, preguntándome cuándo se volvió tan torcida. Ciertamente estaba muy consciente de sus manos moviéndose… pero no pensé que me estuviera tocando tanto. Todo es un borrón placentero. "Tengo trabajo que hacer."

Ruvan da un paso adelante; sus dedos rozan mi brazo. “El trabajo continuará. Vuelve conmigo a mis habitaciones. Quédate conmigo esta noche." Sus ojos todavía están ebrios. Odio lo profundamente que todavía me conmueve su lujuria. Incluso cuando acabo de saciar esa necesidad, ésta amenaza con regresar otra vez. Quizás por eso siempre

me negaron el placer carnal. Es una distracción. Una distracción deliciosa y decadente.

“Tenemos lo que necesitábamos. Necesito un tiempo a solas con mis pensamientos. Por favor, vete." Digo la última palabra con aire de orden. El dolor lo hace retroceder. Está confundido por mi comportamiento.

Bien, yo también. Soy una contradicción andante en este momento y su presencia es un recordatorio de todas las razones. No puedo simplemente borrar, o ignorar, toda una vida de entrenamiento para unos cuantos besos a la luz de la luna, por muy buenos que sean.

Ruvan se marcha sin decir una palabra más. Pero puedo sentirlo, su energía inquieta, ardiente y ardiente, hasta el momento en que supongo que se queda dormido. Porque entonces el mundo se calma y finalmente puedo trabajar.

CAPITULO 22



El cielo ya se está volviendo de un color ámbar brumoso; El sol saldrá dentro de una hora. Me imagino que todos dormirán todo el día después de las festividades de esta noche, lo que significa que tengo entre ocho y diez horas de soledad ininterrumpida.

Es hora de ponerse manos a la obra.

Con la magia de Ruvan todavía ardiendo dentro de mí, enciendo la forja, cambiándola de rojo a naranja y a amarillo junto con el cielo. El poder dentro de mí es tan brillante y ardiente como las llamas que bailan en mi hogar. Sacando el disco de mi bolsillo, lo coloco en el centro de una de las mesas y simplemente lo miro fijamente. Lo que los libros son para los eruditos, lo es el metal para mí. Lo escaneo y busco cualquier información que pueda obtener con solo un vistazo.

Cuando termino, lo recojo. Lo muerdo, lo pruebo, lo rasco, lo dejo caer y lo raspo. Lo golpeo ligeramente con un martillo. Hago todo lo que puedo para palparlo e inspeccionarlo sin dañar materialmente el disco. Por muy curiosa que sea acerca de sus secretos, es aún más valiosa para mí intacta, al menos hasta que pueda recrearla con confianza. Así que, por ahora, no puedo arriesgarme a fundirlo ni a realizar otras investigaciones más intensivas.

Mis inspecciones reafirman mi sospecha existente de que ciertamente no se parece a ninguna otra plata con la que me haya topado hasta ahora. La emoción me recorre. Un nuevo metal para explorar. Para intentar recrearlo.

Me arremango y me pongo uno de los pesados delantales de cuero que cuelgan de una de las perchas de la herrería. Luego empiezo a

buscar suministros. Afortunadamente para mí, esta herrería quedó bien abastecida cuando fue abandonada. Hay lingotes de hierro, cobre, latón, acero e incluso algo de oro.

Sin embargo, falta plata pura. Por supuesto sería. Si tuvieran plata pura, entonces no necesitarían robar las armas a los cazadores durante la Luna de Sangre.

Se me ocurre una idea.

Vuelvo a toda velocidad por el pasillo hasta la armería superior, agradecida de no encontrarme con nadie en el camino. Allí, recojo las armas más antiguas que se han recolectado de los cazadores a lo largo de los siglos. Dado lo que dijo Ruvan, los Sucumbidos son los únicos que deambulan por nuestro mundo con regularidad. Vampiro como él sólo ha venido una vez cada quinientos años. Pero si hay una espada aquí, debe haber...

Mis dedos aterrizan en una pequeña daga con forma de aguja. Plata. Plata pura. Puedo saberlo por la vista, el tacto y el oído. Hay cuatro en total. Acuno las armas en mis manos. Fueron fabricados por uno de mis antepasados, hace más de dos mil años, cuando aún no sabíamos cómo fabricar acero plateado.

“Gracias”, le susurro a la tatarabuela que hizo esto para que yo lo encuentre y lo regrese a la fragua.

Coloco las cuatro dagas dentro del crisol. Se necesitarán todos los intentos posibles para hacerlo bien, si es que puedo, y es mejor no desperdiciar más de lo necesario. Una vez que tengo las dagas fundidas, vierto la mayor parte del metal en un canal. Cuando la plata casi se ha enfriado por completo, la rompo en pedazos mientras aún es maleable.

Con mis recursos asegurados, vuelvo al crisol. Lo que estoy a punto de hacer no se parece a ningún tipo de forja que haya hecho jamás. No sé nada sobre magia o conocimiento de la sangre... en realidad no. Pero estoy aprendiendo. Y lo que sí sé es que la sangre, mi sangre, tiene poder. Y ese poder podría ser justo lo que necesito.

Clavo la punta de una de las hoces que afilé antes de salir en mi antebrazo cerca del codo. Es un corte pequeño, suficiente para dejar caer cinco gotas en el crisol. La sangre burbujea y silba en el momento en que toca el metal caliente, volviéndolo negro. Dejo que mi cuerpo decida con cuánto empezar. Usando todo lo que sangré antes de que mi herida sanara.

Magia en mi sangre... Todavía es difícil entender la verdad, pero lo creo en este momento. Sin embargo, desdibuja incómodamente la

línea entre humanos y vampiros. Los vampiros siempre fueron los que tenían magia en las historias y nos cazaban únicamente por comida. Los humanos no tenían ningún poder innato.

Fue una mentira. Los humanos llevamos nuestra propia magia. ¿Fue intencional el engaño entre la gente de Hunter's Hamlet? ¿O simplemente una parte olvidada de nuestra historia? ¿Qué significará cada caso para nuestro futuro?

Me pregunto brevemente cuál es mi habilidad innata de conocimiento de la sangre. Si es algo, debe ser forja.

El metal se ha enfriado hasta el punto que estaba esperando y destierro los pensamientos preocupantes de mi mente mientras levanto con cuidado el recipiente con unas pinzas y vierto el líquido en un segundo molde pequeño y rectangular.

Trabajo con rapidez y confianza hasta que el metal se enfría y adquiere la forma de un nuevo lingote. Sostengo la pequeña barra en una mano, el disco en la otra y cierro los ojos. Pruebo su peso, temperatura, suavidad. Como era de esperar, no está bien. Ni siquiera cerca. Pero todavía hay más por probar.

La puerta en las profundidades del antiguo castillo pudo canalizar magia a través de ella. Así fue como se abrió el cerrojo. La plata pura del mango fue hecha para protegerse de los vampiros (curioso en sí mismo, pero un tema para reflexionar en otro momento), pero este metal era a través del cual se movía el poder dentro de la sangre.

Tiene que tener alguna propiedad especial. Algo que no estoy viendo. Mis nudillos se vuelven blancos y mi frente se arruga mientras miro las dos piezas de metal en mi mano. Ellos no hacen nada.

O no tengo idea de lo que estoy haciendo o mi teoría es totalmente errónea. Cualquiera de las dos cosas es posible. Frunzo los labios y pienso en la puerta. Un trozo así de grande… Dejo caer el lingote que acabo de hacer. Suena con el tono de la plata pura y se abolla con la misma facilidad. No cambié sus propiedades en absoluto con mi sangre.

La puerta tenía alguna otra aleación en el metal para fortalecerla. Debe haberlo hecho. Esta vez volví a poner la barra en el crisol junto con hierro, carbón y piedra caliza. Mas sangre. Y de nuevo al calor.

Mientras espero que el metal alcance la temperatura y se funda, camino por el perímetro de la herrería, repitiendo los pensamientos de la mujer de mi sueño.

“El herrero tiene ahora la aleación adecuada. Podemos probarlo con nuevas dagas durante la próxima luna llena”.

Cruzando los brazos, me apoyo contra una de las paredes en la esquina trasera, golpeándome los bíceps.

"Muy bien, Floriane, acepta que tu sangre contiene tanta magia como la de ellos". Elimino los problemas de mis dudas con palabras contundentes. "Bien. Ahora bien, ¿qué sabes sobre la magia en la sangre?

Dos cosas: que todos los vampiros pueden ver el futuro usándolo y que algunos vampiros tienen habilidades únicas más allá de eso.

"Pero no eres un vampiro", continúo mientras crepita el hogar. Drew me habló una vez de los encargados de los registros en la fortaleza, que usaban sus plumas para registrar y ordenar sus pensamientos. Para mí, el sonido de mi propia voz es mucho mejor que el de cualquier bolígrafo y pergamino. "No puedes ver el futuro... ¿pero es posible que aún tengas alguna habilidad innata?" No estoy seguro, pero la lógica parece sólida ya que tengo un juramento de sangre para Ruvan. Eso podría haber despertado algo de poder dentro de mí.

"Si ese sueño no era el futuro... entonces ¿quizás fue el pasado?" Me alejo de la pared.

El herrero tiene ahora la aleación adecuada. ¿Estaba esa persona haciendo referencia al herrero que trabajaba en esta herrería? Empiezo a caminar de nuevo, pasando las yemas de los dedos ligeramente por las paredes, sintiendo cualquier cambio en la piedra.

Algunas piedras sobresalen torpemente, pero no sirven de nada. Necesito volver corriendo a mi taller de metal antes de poder seguir buscando.

Prueba y error. Paso el día saltando entre atender la forja y escanear las paredes mientras mi suministro de plata disminuye. Cuando el sol comienza a ponerse, me limpio el sudor de la frente. Estoy cerca, puedo escuchar los susurros de mis ancestros decirlo. Estoy en la cúspide de algo grandioso.

Cuando me quedo sin plata, solo me queda una pequeña esquina trasera de la habitación para inspeccionar. No espero mucho cuando mis dedos caen en un candado incrustado profundamente en la piedra, oculto por la sombra. Con el corazón acelerado, lo inspecciono y rápidamente me dispuse a romperlo. No es nada comparado con el candado de mi abuela en la herrería de mi familia.

Una puerta oculta se abre, revelando un espacio estrecho iluminado de color ámbar por los últimos rayos del día que se filtran a través de una ventana polvorienta en lo alto del fondo de la

habitación. Había estado buscando un almacén como el de mi familia, en algún lugar donde pudiera haber plata extra, pero este es aún mejor. Es una oficina.

A diferencia de mi familia, que transmitió todas nuestras técnicas y recetas de forma oral, este antiguo herrero parecía llevar tantos registros como la mujer del taller. Los tomos polvorientos están apilados en estantes encima de un escritorio ordenado. Dos libros de cuero duermen uno al lado del otro bajo una pesada capa de polvo.

"¿Y qué eres tú?" Yo susurro.

El libro de contabilidad de la derecha es un registro de todos los metales que entran y salen de la herrería.

Pero, a la izquierda... “Un libro de registro”.

Hojeo lentamente las páginas. Mi pecho se oprime. Cambio mi peso inquietamente de un pie a otro. ¡Esto es todo, esto es todo! Grito por dentro.

Efectivamente, hay una serie de notas cuidadosamente presentadas sobre cómo hacer que la sangre sea plateada, un metal diseñado para canalizar y almacenar magia en la sangre. Considerando todo, no estaba demasiado lejos en mis intentos. Sólo uno o dos ajustes. Habría podido hacerlo yo solo, pero esto ahorra mucho tiempo.

Me muerdo el labio y escaneo la oficina, aunque no hay mucho que encontrar aparte de los libros. Nada de plata. Cada experimento requirió sólo un poco de metal, pero he estado trabajando como si estuviera poseído. Preocupo el anillo alrededor de mi meñique. Al quitarlo siento como si me estuviera quitando una parte de mí mismo. Como si estuviera traicionando a mi familia.

"Lo entenderías, ¿verdad?" Le susurro a la pieza, preguntándome si Drew puede oírme de alguna manera. "Lo harías", me aseguro antes de regresar a la fragua para colocar el anillo en el crisol y poner el crisol en el fuego antes de que pueda dudar de mí mismo.

Mi pecho se oprime mientras veo cómo se derrite el anillo: la primera pieza que hice, un regalo para que mi hermano y yo lo compartamos. La emoción me llena y se derrama con la sangre de mi brazo. Mientras trabajo, lloro por mi familia. Cada golpe de mi martillo es una preocupación. Una y otra vez repiten.

¿Drew me perdonará por todo lo que he hecho? ¿Será madre? ¿Me reconocerán cuando regrese? Si vuelvo...

Ya ni siquiera golpeo el metal. Estoy golpeando el yunque. Visión borrosa. Me limpio los ojos y la nariz, sollozando fuertemente.

Ni siquiera recuerdo haber hecho la daga de acero con sangre

cuando terminé. No es mi mejor trabajo, pero no tiene por qué serlo. No voy a perder tiempo perfeccionando un arma hecha exclusivamente para experimentación.

Primero dejo caer la daga. No se abolla; mantiene su forma. La resonancia que produce es deliciosamente similar a la del disco. Intento no permitirme emocionarme demasiado, pero es difícil no hacerlo cuando los frutos de mi trabajo están tomando forma ante mis ojos.

El color está ligeramente apagado. El disco es de un color plateado más brillante, un poco más opaco que un lingote de plata pura, y las líneas que contiene son sutiles. Pero mi daga está audazmente rodeada de lo que casi parece óxido. Levanto mi brazo izquierdo, con la daga en mi mano derecha. Me he cortado más veces esta noche que una mala noche entrenando con Drew. Pero cada herida ha valido la pena, incluso si mi curación se ha ralentizado a medida que pasaban las horas y la sangre de Ruvan ha comenzado a desvanecerse de mis venas.

Pero incluso sin su sangre en mí, todavía hay magia. Sólo necesito la herramienta adecuada para aprovecharlo. Saco la espada contra mi antebrazo. Jadeo bruscamente, pero no de dolor.

La esencia de Ruvan. Me lo sacan con la sangre. Su magia, su poder. Manos invisibles, del mismo tamaño y forma que las suyas, recorren mi cuerpo. Por mis hombros, por mis brazos. Desde mis tobillos hasta mis muslos. Me estremezco.

Una vez pasada esa sensación inicial, el aire se siente más frío. Exhalo y mi aliento se nubla, como si la temperatura de la habitación (o de mi cuerpo) realmente hubiera bajado. Mi respiración se acumula en la figura confusa de una mujer. Ella mira fijamente la fragua. Pero parpadeo y ella desaparece, reemplazada por rojo.

La sangre cubre el filo del arma y se acumula en las líneas oxidadas que martilleé en su lugar. Es como si la daga estuviera hecha de esteatita en lugar de metal, bebiendo con entusiasmo el líquido que le he proporcionado. El color apagado de la daga se vuelve rojizo. Lo corto lentamente en el aire, asegurándome de que lo que estoy viendo no sea sólo un truco de la luz.

Que no es.

En realidad, la daga brilla débilmente.

Se me escapa un chillido y doy un pequeño salto, dejando escapar mi deleite. Mamá y Drew tendrán que perdonarme ahora. Espera hasta que les diga lo que he hecho. Lo cual... no estoy del todo seguro de

qué es eso. Por supuesto, no tengo idea de lo que significa este débil resplandor. Por lo que sé, este es un fenómeno obvio para un vampiro. Pero para mi…

Forjé magia.

El poder corre a través del arma. Puedo verlo flotando en el aire con cada giro de la hoja. Inquieto. Como si suplicara liberación. Pero no tengo idea de cómo liberar la magia que tengo almacenada en él. Así que me quedo sin hacer nada mientras se desvanece lentamente y la hoja vuelve a perder el filo como estaba recién sacada del yunque.

Quiero volver a cortarme el brazo y verlo brillar. Pero me abstengo. Esas extrañas sensaciones me frenan. Todavía no sé qué hacer con esta arma. Pero lo resolveré. Quizás esté en las notas... o en el diario que descubrí en la oficina.

Más tarde. Averiguar las implicaciones tendrá que esperar. El resto se despertará pronto. Ordeno la herrería de todas las pruebas de mi experimentación, devuelvo los lingotes restantes a la oficina y la cerré herméticamente. Sin embargo, mantengo la forja caliente y me dispuse a afilar las espadas del pacto como les dije que haría cuando regresamos por primera vez.

Será sospechoso si me ven trabajando toda la noche sin nada que mostrar. Por suerte para mí, afilar las armas lleva una cantidad de tiempo insignificante ya que fueron perfeccionadas recientemente. Los tengo colocados sobre la mesa y mi daga escondida cuando escucho pasos acercándose.

Les hablaré de la daga, por supuesto... pero quiero contárselo a Ruvan primero. Será como una oferta de paz dada la última vez que nos separamos. Me estremezco al recordar la sensación de su presencia dentro y alrededor de mí. No puedo esperar a ver su reacción. Estará orgulloso. Él será—

Me decepciono en el momento en que puedo decir que los pasos no le pertenecen. Sé que aún no se ha despertado; puedo sentir que todavía está dormido por lo tranquila que estoy. No existe la energía inquieta que impregna mi mundo y que se siente como si se hubiera disparado como un rayo desatado cada vez que él está cerca.

Los pasos son demasiado ligeros para Ventos pero demasiado pesados para Winny. Demasiado ruidoso para Lavenzia. Hago un juego de intentar adivinar quién es y me decanto por Callos. Me equivoco.

"Te levantas temprano", dice Quinn.

“Nunca dormí”. Me alejo de la mesa de herramientas. No es mi mejor trabajo, pero todo lo que se haga con prisa faltará. Y no podrán

notar la diferencia. Espero. “Me desvié un poco”.

"Veo." Quinn inspecciona las armas. Con valentía, pasa el pulgar paralelo a una de las hojas.

“Cuidado, están recién afiladas. Odiaría tener que explicarle a Ruvan lo que le pasó a su fiel asistente”.

"Si quisiera suicidarme con una espada de plata, lo habría hecho hace mucho tiempo". Quinn aparta su mano.

"Quinn, ¿puedo preguntarte algo?"

“Sólo si puedo pedirte algo a cambio. Uno por uno." Él me trae esos ojos atormentados.

"Trato. ¿Qué es exactamente la 'larga noche'? La forma en que hablan de ella me hace pensar que es más que la maldición.

"La larga noche comenzó después de que se puso la maldición". Se acerca a la ventana y contempla el sol poniente. Puedo verlo hacer una leve mueca de dolor, pero de todos modos está parado bajo la luz del sol. Como desafiando. “La maldición se apoderó rápidamente de nuestra sangre. Vampir abandonó los otros pueblos y ciudades a lo largo de las montañas por Tempost. Vinieron buscando una cura, pero sólo encontraron más muertes en nuestra principal fortaleza”.

Yo también cruzo la ventana y me quedo junto a él. Pero continúa mirando más allá de su reflejo y hacia la ciudad más allá. Parece estar mirando a un punto específico en la distancia: un gran edificio con un techo abovedado y cuatro campanarios en cada esquina.

“Se perdieron tantas vidas durante el proverbial ocaso de nuestro pueblo. Los lykin al norte, al noroeste de nosotros, cazaron a los de nuestra especie sin piedad cuando se convirtieron en los Sucumbidos. A medida que la maldición empeoraba, los lykin se volvieron más... proactivos en el sacrificio de nuestra gente, reclamándolo en defensa de todo Midscape.

“Todo sucedió tan rápido que ni siquiera hubo tiempo para enviar una solicitud de ayuda... incluso si lo hubiéramos hecho, dudo que las manadas de bestias lobo hubieran permitido que pasaran buena voluntad y suministros. Habían visto en qué nos habíamos convertido y estaban decididos a no permitir que ninguno de nosotros escapara”.

“¿Entonces la larga noche es una metáfora de esta época oscura que tiene la cara del vampiro?”

"Creo que son dos preguntas".

Lo miro de reojo. “Aún es sólo uno. No cuentan como preguntas adicionales si estás siendo críptico y yo busco claridad. Son seguimientos”.

Se ríe suavemente, pero la ligereza no llega a sus ojos. "La larga noche obtuvo su nombre por cómo pospusimos la maldición". Él tiene toda mi atención ahora. “El vampiro llevó a cabo un ritual de sangre como ningún otro que el mundo haya visto. Los grandes señores y damas, consejeros, manos derecha e izquierda del último linaje del rey, firmaron un pacto final. Dieron sus vidas para crear la larga noche, el gran sueño, una crisálida en la que el vampiro restante podría esconderse”.

"Crisálida... ¿cómo el capullo de una mariposa?"

El asiente. “Tienes una idea”.

Pienso en cientos de vampiros, durmiendo boca abajo como orugas. Esperando despertar una vez que se hubiera levantado la maldición sobre ellos.

“La estasis detiene la progresión de la maldición. Nos impide sucumbir o algo peor. Pero no nos cura. En el momento en que nos despertamos de nuestro letargo, la maldición se extiende una vez más”. Hay una larga pausa. No sé cuánto tiempo pasará hasta que se gire hacia mí.

Mis pensamientos me devuelven a la realidad. Puedo sentir la expresión en mi cara. Mis labios están fruncidos. Tengo el ceño fruncido. Intento forzar mi expresión a relajarse, pero sólo consigue que el nudo en mi garganta empeore.

"Es todo tan... triste".

Los ojos de Quinn se dirigen hacia mí, abriéndose un poco y frunciendo el ceño. Se aclara la garganta. “La difícil situación del vampiro es una tragedia. Sufrimos en silencio, solos. Nuestro pueblo nunca tuvo un gran alcance como los elfos o las hadas. Nunca poseemos la fuerza corporal inherente de nuestros hermanos más cercanos, los lykin, o la profunda magia de las sirenas del lejano norte. Éramos débiles ante la tradición de la sangre; solo confiábamos en interactuar de manera segura con aquellos más allá de nuestras montañas alrededor de la luna llena. Y justo cuando encontramos fuerza, nos la robaron”. Detiene sus reflexiones con una expresión confusa. “Sé cuál quiero que sea mi pregunta”.

"¿Sí?" Me sorprende su repentino cambio. El aumento de intensidad.

"Lo que acabas de decir sobre el vampiro, que nuestro sufrimiento te trajo tristeza, ¿lo dices en serio?"

Mi boca inmediatamente comienza a formar la palabra "no". Pero me detengo en seco. ¿Siento simpatía por el vampiro? El instinto me

dice que no lo haga. Mi mente dice que nunca podría.

Pero mi corazón...

"Hice; Sí. Sé lo que es vivir sintiendo que no hay esperanza, ni salida, ni futuro más que uno sombrío pavimentado por las manos de otros. Y es un destino que nadie debería soportar. En este punto, los vampiros son tantas víctimas como nosotros”, me hago eco de las palabras de Ruvan.

Quinn inhala lentamente y exhala algo que suena a alivio. Se pasa una mano por su polvoriento cabello castaño, completamente oxidado por la luz del sol. Sacude la cabeza como si estuviera incrédulo. Supongo que podemos compartir ese sentimiento.

“Nunca pensé que vería el día en que un humano se apiadaría de los de nuestra especie. Pero claro, nunca pensé que vería el día en el que mi señor, cualquier vampiro, se convertiría en un juramento de sangre para uno de esos humanos”. Deja caer la mano y la extiende como si fuera una ofrenda de paz. "Supongo que si algún humano va a caminar entre nosotros, me alegro que seas tú, doncella de la forja".

Me río suavemente. Supongo que Ruvan debe haber compartido la verdad con Quinn y Callos. No es que me importe. No puedo negar que he empezado a confiar en todos ellos. Estrechando la mano de Quinn, digo: "Supongo que si voy a caminar entre vampiros, me alegro de que sea con tu señor y su pacto también".

Quinn suelta mi mano y coloca ambas en sus bolsillos, como para evitar físicamente siquiera pensar en extenderme esa oferta de paz nuevamente. Me vuelvo hacia la ventana, pensando en cuál será mi próxima pregunta para él. Pero somos interrumpidos.

Los pasos apresurados de Winny se acercan y ella irrumpe en la herrería. “Quinn, Riane... Floriane, venid rápido. Es Ruvan”.

Mi corazón se hunde hasta la boca del estómago. Sus ojos muy abiertos, su tono frenético…

"¿Qué es? ¿Qué ha pasado?" Pregunta Quinn, corriendo hacia ella. Lo sigo, decidida a no quedarme atrás, arrastrada por un miedo irracional que amenaza con consumirme.

“Es la maldición. Está a punto de convertirse en Sucumbido”.

CAPITULO 23



El mundo había estado demasiado tranquilo. Todo estaba demasiado tranquilo. Ruvan no estaba simplemente durmiendo… estaba en problemas.

Llegó a la herrería, hambriento y necesitado, porque podía sentir la maldición que lo asolaba, provocada por la mordedura del Caído. Estaba enfermo y no me di cuenta. Lo alejé al final. ¿Y si la sensación que sentí con la daga estaba sacando fuerza de él? ¿Podría ser esto mi culpa?

La culpa se aferra a mí con más fuerza que mi ropa empapada de sudor.

¿Pero debería sentirme culpable? ¿O es sólo que el juramento de sangre me está jugando una mala pasada? Mis pensamientos están perdiendo forma, volviéndose líquidos, incapaces de mantener la forma en el fuego de mi creciente pánico. No puedo discernir qué es real y qué no. ¿Qué sentimientos son míos y qué me ha sido impuesto por este vínculo mágico con un vampiro?

Lo único que sé es que debo llegar hasta él. Una vez que pueda verlo, una vez que esté a mi alcance, todo empezará a tener sentido nuevamente.

Creo.

Espero.

Corremos por el salón de banquetes. Estamos en los aposentos de Ruvan en un suspiro. El resto de ellos se encuentran en la sala principal. Ventos camina delante de la ventana. Lavenzia está sentada en el sofá donde debería haber estado yo anoche, con las manos entre

las rodillas. Escucho la voz de Callos proveniente de la habitación de Ruvan.

Quinn me rodea y se dirige directamente al dormitorio. Lo sigo detrás, pero Ventos se interpone en mi camino, mirándome con el ceño fruncido.

“¿Y qué crees que estás haciendo?”

"Voy a ver a Ruvan". Miro hacia la montaña de un hombre.

"No eres necesario."

"Tal vez pueda ayudar", digo rápidamente. “Con mi sangre”.

Él resopla. "Como si un humano alguna vez fuera a donar libremente su sangre al señor vampiro".

ellos no lo saben, Me doy cuenta de. Ruvan nunca les contó lo que pasó: cómo sobrevivimos a los Caídos que nos atacaron. ¿Por qué? ¿Lo mantuvo en secreto como un error honesto? ¿Se le olvidó? Sin embargo, no es como si hubiera tenido mucho tiempo para hablar casualmente con ellos. Quizás nunca se presentó la oportunidad.

O tal vez se avergüence de ti; escuchaste cómo hablaban de la mera idea de que su antiguo rey trabajara con un humano.

Aparto el pensamiento. Es una idea tonta porque para avergonzarse necesitaría pensar que algo importante pasó entre nosotros. Estábamos sobreviviendo, nada más y nada menos. También ignoro ese mezquino susurro en el fondo de mi mente porque… no me importa lo que él—ellos piensen de mí. De nosotros. De esta. De lo que sea que esté sucediendo o no entre nosotros. Porque nada estaba ocurriendo. No me importa en absoluto. En lo más mínimo.

Sacudo la cabeza y disperso los pensamientos frenéticos. Nada de eso importa cuando Ruvan está allí, fuera del alcance de mi brazo, sufriendo por una aflicción que yo podría ayudar a aliviar.

“Renuncié a mi sangre libremente para convertirme en su juramento de sangre. Lo hice de nuevo—créanme o no—” agrego apresuradamente al ver la expresión de Ventos “—después de que escapamos de los Caídos. Y lo haré ahora si me dejas pasar”.

Ventos no se mueve. Él continúa frunciendo el ceño.

"Ventos, por favor."

“Déjala ir, Ventos”, dice Lavenzia sin levantarse. "No es como si ella fuera a lastimarlo ahora precisamente".

“Pero está debilitado”, protesta Ventos. "El juramento de sangre podría fallar".

“El juramento es fuerte”, insisto. “Y, aunque no fuera así, te juro que no le haré daño”. Me sorprendo a mí mismo con mi propia

convicción, y dado su cambio de expresión, a Ventos también.

Ventos cede. "Bien, vete".

Sin perder tiempo, entro al dormitorio de Ruvan por primera vez.

Es exactamente lo que esperaría basándome en el resto del castillo: viejo y en ruinas. La esquina trasera izquierda se ha derrumbado. El techo apenas se apoyaba en unas vigas que aterrizaban de manera conveniente. Sin embargo, tal vez sea más resistente de lo que supuse inicialmente ya que los escombros parecen viejos, como si todo se hubiera caído hace años y no se hubiera movido desde entonces. A la ventana le faltan dos pequeños cristales y el viento susurra a través de ella. La temperatura cae en picado cuando cruzo el umbral de la puerta.

El lujo, si se le puede llamar así, se aferra a los lugares donde puede. Las tallas de mármol de las orquídeas que rodean el hogar han sido pulidas. Los candelabros colocados en el perímetro de la habitación están aceitados para brillar y brillan a la luz de las velas. En una de las mesitas de noche hay una bandeja con relucientes frascos de perfumes de color ámbar y copas enjoyadas vacías. Las cortinas de su cama parecen casi nuevas. Su edredón está bordado con oro y gemas, ya sean nuevas o conservadas con algún tipo de magia.

Mi evaluación de su dormitorio se detiene cuando Ruvan consume mi atención. Su piel está nudosa una vez más, pasando de un sonrojo saludable a casi pétrea. Puedo verlo ahora, esta no es su forma natural. Cuando llegué aquí por primera vez solo vi el monstruo que esperaba—no, el monstruo que quería ver. Pero la forma en que debe ser no es débil ni se desvanece. No se trata de provocar sibilancias superficiales a través de labios apenas entreabiertos. Está destinado a ser fuerte y robusto. Tan siempre presente como la propia luna.

Corro hacia su cama, atraída por un impulso que no había sentido desde la noche de la Luna de Sangre. Él era a quien el elixir me estaba atrayendo esa noche. Lo había sentido... tal vez de la misma manera que el vampiro sucumbido en Hunter's Hamlet me había sentido en mi casa a pesar de la sal que cubría el marco de la puerta.

Presento la revelación mientras tomo la mano húmeda de Ruvan y la envuelvo con mis dedos. Tiene los ojos casi cerrados, pero sus párpados se mueven, como si tuviera pesadillas. Callos está sentado a mi lado en la cama, Quinn al otro lado.

"¿Por qué es tan malo?" Pregunto. Quiero que tengan una razón distinta a mí y mi daga. "Estaba bien hace apenas unas horas". Incluso tenía mi sangre, creo, pero no lo digo.

"Es el mordisco de los Caídos", dice Callos solemnemente. “Lo está devorando. Honestamente, es un testimonio de su fuerza el hecho de que no se haya rendido todavía. Pero es demasiado... Continuará desvaneciéndose así hasta que muera el hombre que es. Después de eso, la próxima vez que abra los ojos, será como uno de los monstruos que viste en el antiguo castillo”.

"Le di mi sangre para evitarlo", digo. Callos parece sorprendido, pero parece creerme. “Estuvo bien después”.

“Incluso si lo fuera… su conexión con la maldición se profundizó mucho con ese mordisco. La maldición está aumentando su control sobre él más rápido que el resto de nosotros ahora y cada día será peor que el anterior”, dice Quinn con gravedad.

“¿Puedo darle más sangre?” Pregunto, apretando más a Ruvan. Casi ni se mueve cuando lo toco o hablo. Está en otro lugar, muy lejos. Un lugar al que ninguno de nosotros pueda llegar. Su magia nunca ha sido tan fina y frágil y hace que el pánico crezca en mí.

“La sangre fresca ayudará, por un tiempo. Más que sangre preservada lo hará”, admite Callos.

"Entonces tómalo". Extendí mi brazo.

"No es una solución permanente". Callos se vuelve hacia mí, en lugar de hacia Ruvan. Me mira por encima de las monturas de sus gafas.

"La única solución permanente es romper la maldición, lo sé", digo en voz baja. “Pero tenemos que intentarlo; Tenemos que hacer algo para evitar la maldición por ahora. No podemos dejarlo así”. No permitiré que se convierta en uno de esos monstruos.

Él suspira. “No puedo garantizar cuánto durará la fuerza que le das. Podría convertirse en un esfuerzo inútil después de un tiempo”.

Sé lo fugaz que fue por lo de anoche. Pero ahora le daré todo lo que necesite.

"Podríamos complementar con la sangre que recolectamos en la noche de la Luna de Sangre", sugiere Quinn.

Callos niega con la cabeza. “La sangre de los juramentos de sangre será mejor. Es más fresco, no simplemente conservado mediante rituales y viales. Además, necesitamos salvar la sangre de la noche de la caza para el próximo grupo que despierte”.

La forma en que lo dice me hace pensar que este “próximo grupo” llegará pronto. Aunque no me atrevo a preguntar por qué. Sospecho que no quiero la respuesta.

"Estoy feliz de dárselo". Un escalofrío me recorre ante ese

sentimiento. ¿Estaba simplemente hablando? ¿O fue la magia jurada de sangre que se apoderó de mi mente? Ayúdalo a sobrevivir, grita una voz en mí, lleva esto a cabo. Pero ¿de dónde viene esa voz? ¿Puedo confiar en ella?

“Muy bien, lo haremos ahora. Realizaré un ritual para fortalecer y fortificar la sangre. Ojalá le dé un impacto extra”. Callos se levanta. "Espera aquí."

Se marcha, dejándonos a Quinn y a mí en silencio junto a la cama de Ruvan. Ambos nos quedamos mirando la frágil forma del señor de los vampiros. Y pensar que alguna vez temí a este hombre... Ahora no parece más que un abuelo monstruoso y enfermizo.

Reprimo la risa que arde como lágrimas. Estoy destrozado en formas que nunca quise. Nunca lo pedí. Necesito una forja que arda tan caliente como él y un martillo tan rápido y seguro como todo lo que conocí en Hunter's Hamlet para volver a unirme. Necesito ambos... y sólo puedo tener uno. Y sé qué debo elegir cuando todo esto termine.

No estoy hecho para el mundo de los vampiros.

Pero tal vez pueda ayudarlo mientras esté aquí y llevaremos esto hasta el final. No sólo por la magia jurada de sangre que me empuja. Pero por el bien de todos.

"¿Está seguro?" Susurra Quinn, como si pudiera leer mis pensamientos.

Lo pillo mirándome por el rabillo del ojo. "Soy."

"Estás manteniendo vivo al señor vampiro".

"Lo sé, y no lo haría de otra manera", digo resueltamente.

Callos regresa con un cáliz de oro. Las secuencias de la luna han sido grabadas alrededor de su labio junto con remolinos y símbolos que no significan nada para mí. Nadie se molesta en explicar lo que está pasando. Así que me queda observar y asumir.

Uno por uno, se acercan al cáliz y pronuncian las palabras: “Sangre de la alianza”. Toman una daga de obsidiana, no más larga que la palma de Callos, y perforan su carne, cada uno en un lugar diferente. Winny se arremanga y corta por el codo; Lavenzia se recoge el pelo hacia atrás, cortándolo justo detrás de la oreja; Ventos se corta debajo de la rótula; El corte de Callos es por la rodilla; Quinn se desabrocha la camisa a medias para clavar la punta de la daga en su pecho izquierdo.

Cada corte es superficial. No se añaden más que unas pocas gotas de sangre al cáliz, que se lleva en una hendidura en el abrelatas de la

daga de obsidiana. Cada corte está hecho sobre el símbolo de un diamante con una lágrima larga y delgada debajo, dos alas estilizadas arqueándose a cada lado.

La marca de Ruvan.

Entonces, cuando finalmente me pasen la daga, sé qué hacer. Los cinco extienden el cáliz ante mí. Cada uno de ellos apoyando la base con dos dedos.

Me desabrocho el botón superior de la camisa y paso los dedos por el hueco de mi garganta, donde sé que tengo la marca de sangre de Ruvan. Suavemente, con cuidado, perforo mi piel. La sangre fluye libremente en riachuelos sobre la daga, baja por mis dedos y se derrama por mis nudillos hacia la copa. Doy más que el resto. Derramo mi poder hasta que la herida se cierra. Lo último de la fuerza que Ruvan me impartió con su beso abandona mi cuerpo con el líquido carmesí.

"Sangre de los juramentos de sangre", entono.

El líquido del cáliz adquiere un color más intenso y emite brevemente su propia luz natural. El brillo es similar al tono de la daga de la herrería. Ahora me pregunto si podría usarse en estos rituales o cómo. Tengo mucho que aprender sobre la tradición de la sangre. Hay mucho más que puedo hacer por ellos si soy lo suficientemente audaz para aprender y lo suficientemente valiente para intentarlo.

La luz se desvanece, dejando nada más que una pasta espesa y como tinta en la copa.

“Dáselo”, dice Callos con reverencia.

Tomo el tallo del cáliz y el resto de sus manos se caen. Una vez sola, me acerco a Ruvan. El grupo se encuentra a unos pasos de distancia, junto a la cama. Suavemente, deslizo mi mano debajo del cuello de Ruvan, justo en la nuca, levantándola ligeramente para que el peso de su cabeza se incline hacia atrás y su boca se abra ligeramente.

"Bebe, por favor", susurro. Sus ojos parpadean, como si me oyera. La piel mía que toca la suya se calienta ligeramente. Él sabe que estoy aquí. Estoy seguro de ello.

Colocando el cáliz en sus labios, lo inclino lentamente. El líquido espeso rezuma en su boca. Su garganta trabaja para tragar.

"Eso es todo", murmuro, sin dejar de servir. Quiero deshacerme de todo de una vez para que se mejore al instante. Verlo beber, sorbo a sorbo, es una agonía.

El cáliz está vacío y se lo devuelvo a Callos. Por instinto, presiono las yemas de mis dedos en la base de su garganta, donde está mi marca. Intento verter algo de mí en él, algo más que la sangre que le di.

Ya estoy sufriendo la ausencia de mi hermano y la distancia de mi hogar, no me hagas sufrir también tu pérdida.

Los ojos de Ruvan se abren y respiro aliviado. Su piel comienza a llenarse una vez más. El gris se desvanece. Vuelve su palidez habitual. Incluso el tono rosado de sus mejillas y el tono oscuro de sus labios han vuelto. Sus ojos vuelven a ser brillantes charcos de oro fundido y, sin embargo, su expresión es de angustia y tristeza.

Nuestros mundos se estrechan entre sí y, por un segundo, respiramos al mismo tiempo. Él ha vuelto a mí y yo a él. Mis dedos se contraen y lucho contra el impulso repentino e insaciable de atraerlo hacia mí. Para estrellar mi boca contra la suya. Abrazarlo hasta que caigamos en un sueño profundo y sin sueños.

“¿Cuánto tiempo estuve fuera?” Se sienta y se frota ligeramente las sienes. Me alejo para darle espacio, tratando de exhalar la tensión mientras lo hago.

"Sólo unas pocas horas", responde Quinn. "Al menos, esa sería mi suposición basada en cómo estabas anoche y cuando te encontré".

“Unas pocas horas y me siento como si estuviera muerto”.

"Lo parecía también", chirría Winny, pero su voz carece de su habitual ligereza de canción. Ella está tratando de aligerar el ambiente, pero falla ligeramente. La preocupación se ha arraigado en todos nuestros corazones.

"Es cada vez peor." Ruvan expresa lo que todos acabamos de ver. Lo que ya sabíamos.

Abro la boca para objetar, pero Quinn me interrumpe.

"Lo es", dice con gravedad. Ninguno de los demás puede mirar a Ruvan.

“No sucumbiré todavía; Todavía tengo trabajo por hacer”, dice Ruvan, decidido. “Ni siquiera hemos tenido tiempo de revisar todos los registros. El ancla de la maldición no estaba en el taller, pero estoy seguro de que esos registros nos llevarán a ella”.

“¿Y qué harás si no lo hacen?” Ventos exige saber.

"Seguiré cazando".

“¿Hasta que te conviertas en un Caído o, peor aún, en un Perdido?”

“¡Trabajaré hasta el último momento si eso es lo que hace falta

para liberar a nuestra gente de esta larga noche!" Aunque Ruvan está sentado en la cama, de repente parece consumir todo el espacio vacío de la habitación. Los mismos cimientos del castillo parecen temblar ante su voz.

"No quiero matarte". Lavenzia es quien encuentra la valentía para hablar ante la ira y la frustración de Ruvan.

"¿Qué?" Yo susurro. Ninguno de ellos escucha, a pesar de que estoy buscando en cada uno de ellos una verdad distinta a la que se me presenta.

"Ningún otro señor o dama lo ha esperado de su pacto", dice solemnemente Ventos.

Ruvan evita sus miradas mordaces y murmura: "Estamos tan cerca que puedo sentirlo... debo seguir trabajando".

"Si te esfuerzas hasta el punto de que la maldición se apodere de ti, es probable que te conviertas en un Perdido y no seremos lo suficientemente fuertes como para matarte", dice Callos con total naturalidad mientras limpia sus gafas. "Tienes que conocer tus límites, para todos nosotros, despiertos y aún dormidos".

Finalmente me doy cuenta exactamente de lo que están hablando: se espera que se vaya a morir, que acabe consigo mismo antes de que la maldición pueda acabar con él. Pienso en las agujas en los cuellos de los cazadores. La expectativa de quitarse la vida antes de convertirse en un monstruo también existe aquí, y mi corazón se estremece al darme cuenta.

Ruvan no dice nada. Se mira las manos, curvando y relajando los dedos. Es como un espejo de cómo era yo cuando llegué por primera vez. Nunca imaginé que entre nosotros yo sería el fuerte.

Y voy a necesitar toda la fuerza que alguna vez tuve.

Veo su frustración, incertidumbre, la necesidad de hacer algo cuando todo parece desesperado. Conozco muy bien el dolor y la frustración que siente y no se lo deseo a nadie. Pero Callos tiene razón: Ruvan está limitado en este momento, debe tomarse las cosas con más calma.

Yo, sin embargo, no tengo tales límites.

"Podría haber una manera de prolongar la fuerza de Ruvan en la lucha contra la maldición", digo. Todos los ojos están puestos en mí. Lo que estoy a punto de sugerir es una posibilidad remota, lo sé. Pero podría ser nuestra única opción: si la sangre es fuerza y el conocimiento de la sangre es sangre aún más potente, entonces Ruvan necesita fuerza a través del conocimiento de la sangre. Y no hay

ninguno más fuerte que "El elixir del cazador".

Ventos está en mi garganta, con el puño cerrado en mi camisa. “¿Le harías beber algo que hicieron los cazadores?”

Apenas logra hablar antes de que la mano de Ruvan esté en su muñeca. Los nudillos de Ruvan se vuelven blancos mientras agarra y gira con una fuerza inmensa que su cuerpo no muestra. Ventos hace una mueca y su agarre se vuelve flácido. Respiro libremente de nuevo. Ruvan aparta la mano de Ventos de mí, pero la mantiene y al hombre en su lugar mientras dice casi con demasiada calma: "La tocas de nuevo y habrá consecuencias".

La sala queda atónita en silencio, incluido yo mismo.

Ruvan relaja la dura mirada que le estaba dando a Ventos y libera al hombre grande. Ventos se aleja, frotándose la muñeca, luciendo más confundido que herido. Ruvan se vuelve hacia mí con una pequeña sonrisa, como si no acabara de amenazar a uno de los suyos. "¿Estabas diciendo?"

Intento encontrar mis pensamientos nuevamente después de ese arrebato. “Lo sé, no es lo ideal. Pero… lo que acabamos de hacer, lo que acabamos de hacer en el cáliz, se parecía casi exactamente al Elixir del Cazador”.

Winny levanta la mano. "¿Qué es el elixir del cazador?"

“Nadie lo sabe excepto el maestro cazador. Es el responsable de prepararlo y administrarlo. La receta está más guardada que la sustancia misma, lo cual ya es decir: robar cualquiera de las dos se castiga con la muerte”. Me froto la nuca, recordando la noche anterior a la Luna de Sangre, Drew presionando el frasco de obsidiana en mi mano. “Los cazadores guardan el elixir en viales de obsidiana. Así como se almacena sangre aquí para mantenerla fresca”.

“Curioso”, murmura Callos, acariciando su barbilla.

"Es lo que bebí la noche de la Luna de Sangre, lo que te hizo decir que me habían practicado la tradición de la sangre". Miro a Ruvan de nuevo. “Mi hermano me dio su elixir y me dijo que sólo lo bebiera si era necesario. Un Sucumbido había llegado a la ciudad... y cuando bebía, el vampiro podía sentirme incluso a través de un umbral salado.

"Tal como podía sentirte en los pantanos", dice Ruvan en voz baja, afirmando mi teoría.

"Puede que no sepa cómo hacen el elixir, pero creo que tienes razón, es una especie de tradición sangrienta". Finalmente estoy lista para admitirlo en voz alta. “Y es poderoso. Puede hacer que los

humanos sean lo suficientemente fuertes como para luchar contra el vampiro. El borrador que me dio mi hermano era especial, según dijo. Pero me hizo, alguien que no es un cazador, capaz de enfrentarme cara a cara con el mismísimo señor vampiro. Esto también significa que Drew debería saber dónde conseguir más”. Si todavía está vivo. Pero todavía me niego a creer lo contrario. "Si podemos robar un poco, ¿tal vez podría ayudarte a tener la fuerza para protegerte de la maldición durante el tiempo que necesites?"

Todos guardan silencio, reflexionando sobre esta información. Espero con alfileres su veredicto.

"Podría funcionar." Ruvan es el primero en hablar. Luego el resto lo hace, como si estuvieran esperando su permiso y valoración.

"Esta podría ser una manera de que ella regrese corriendo a través del Velo y les cuente a sus compañeros humanos todo lo que sabe sobre nosotros". Ventos siempre tiene confianza en mí.

"No huiré y no traicionaré tu confianza", digo.

“¿Cómo podemos saber eso?”

“Le he jurado ayudar a todos ustedes. No puedo hacer nada que pueda lastimarlos al menos hasta que se rompa la maldición. Y yo... Me detengo en seco.

"¿Tu qué?" Demanda Ventos.

"Ni siquiera lo haría después de romper la maldición y el juramento", termino suavemente.

Él resopla. “¿Cómo podemos creerle?”

"Sí, quiero", ofrece Winny. Lavenzia todavía parece insegura, pero no dice que no esté de acuerdo, lo que tomo como una buena señal.

"Yo también. Y, como mínimo, valdrá la pena estudiar este elixir”, añade Callos. "Saber lo que tienen los cazadores sólo nos ayudará a nosotros (o a los futuros señores y señoras) en nuestra lucha".

¿Qué he hecho? Le estoy dando a personas que matarían a todos y a todo lo que he amado acceso y conocimiento de una de las pocas defensas que tenemos.

La duda se desvanece cuando miro a Ruvan. Debo ayudarlo. Y si esto significa que logramos romper la maldición entonces no importa lo que sepa el vampiro. Vampir nunca volverá a cruzar el Velo. Ruvan mantendría nuestro trato incluso si no hubiera un juramento de sangre que lo obligara a cumplirlo.

Esto vale la pena. Tiene que serlo... o he condenado a Hunter's Hamlet, y nadie sobrevivirá a la próxima Luna de Sangre dentro de quinientos años y a cualquier señor o dama vampiro que venga a

buscarnos en ese momento.

"Déjame volver a cruzar el Velo", digo. "Te traeré el elixir".

“¿Cómo sabemos que podemos confiar en que usted regresará?” Pregunta Ventos.

Ruvan anuncia: "Porque ella no irá sola".

CAPITULO 24



"Pero tú... no puedes cruzar el Velo si no es la Luna de Sangre", digo apresuradamente. La idea de traer un vampiro de regreso a Hunter's Hamlet es tan incómoda como un martillo golpeando metal demasiado frío y rebotando con un ruido ensordecedor y una vibración que recorre todo el brazo.

“No puedo”, coincide Ruvan. “Como descendiente lejano de uno de los primeros reyes, mis poderes están demasiado arraigados en Midscape como para pasar desapercibidos por las piedras angulares que marcan el Velo. Pero uno de mi pacto podría hacerlo”.

"¿Podemos?" Lavenzia parece sorprendida por esta información.

“Los Sucumbidos pueden hacerlo en luna llena”, dice Ruvan.

"¿Ellos pueden?" Quinn se sorprende al igual que el resto de ellos.

"Hunter's Hamlet es atacado la mayoría de las lunas llenas", digo, recordando la conversación entre Ruvan y yo antes de caer por el techo. A Ruvan le sorprendió la información; Parece sensato que el resto de ellos también lo sean.

"¿Cómo van a salir del castillo?" Pregunta Winny.

"Ahí está el viejo rastrillo". La mente de Lavenzia va directamente a donde fue la mía por primera vez. "Por el mar."

Callos considera esto y llega a la misma conclusión que yo. “Siempre parecía cerrado. Sin embargo, no estoy seguro de dónde más podrían estar saliendo. La luna llena fortalece incluso a los Sucumbidos. ¿Quizás puedan sentir la sangre al otro lado del Velo? O tal vez sean algunos viejos hábitos los que los atraen; tal vez sean viejos vampiros que regresan al castillo de verano antes de que la

tierra fuera destruida. De cualquier manera, si pueden hacerlo, deberíamos poder encontrar una manera mientras nuestros poderes también aumentan".

"Se necesitará mucha magia, lo que significa mucha sangre". Lavenzia se pone las manos en las caderas.

"Tenemos raciones", dice Ruvan.

"En lo cual no queremos profundizar demasiado. Falta mucho tiempo hasta la próxima Luna de Sangre", advierte Quinn.

"Será suficiente si todas las raciones van a parar a una sola persona". El resto de ellos siguen con las palabras de Ruvan. "En el peor de los casos, dejaremos que el próximo señor o dama y su pacto busquen el ancla de la maldición. Sostendremos sólo a uno de nosotros, hasta que llegue el momento de despertar al siguiente grupo. No sería la primera vez que ocurre esto en nuestra historia".

Sólo uno de nosotros… Eso significa que sólo uno de ellos estaría despierto, y el resto se iría y acabaría con ellos mismos antes de que la maldición pudiera hacerlo. Esa persona esperaría, sola, contando los días hasta despertar al próximo señor o señora y su pacto. Encerrado en algún rincón seguro del castillo, sin duda. Sin atreverse a aventurarse demasiado.

Sus vidas ya son bastante duras y solitarias. Pero al menos se tienen el uno al otro. Lo que Ruvan sugiere suena casi demasiado desgarrador para soportarlo. Y, sin embargo, todos parecen convencidos de que es el camino correcto. Todos están dispuestos a hacer ese sacrificio.

"No llegaremos a eso." Yo también me quedo. "Romperemos la maldición. Mientras estoy buscando el elixir, tú y Callos podéis revisar la información que obtuvimos del taller. Estoy seguro de que habrá algo útil allí", le digo a Ruvan.

Sus labios se curvan ligeramente hacia arriba en una sonrisa. "¿Cuándo encontró el humano la valentía para darle órdenes al señor vampiro?"

Pongo los ojos en blanco e ignoro el comentario. Aunque persiste en mí incluso cuando pregunto: "¿Quién viene conmigo a Hunter's Hamlet?"

"Ventos se irá", decreta Ruvan.

"¿Qué?" Ventos y yo decimos al unísono casi perfecto. Es la última persona a la que me gustaría que se uniera a mí.

"Te preocupaba que ella no regresara", le dice Ruvan a Ventos. "¿Qué mejor manera de asegurarte de que lo haga que yendo tú

mismo? Además, no quiero lidiar con tus quejas y quejas si te quedas aquí. Tenerte aquí menospreciándola todo el tiempo agotaría mi paciencia muy, muy. Hay un susurro de asesinato en la voz de Ruvan. Una amenaza no tan sutil que incluso yo puedo oír.

“¿Entonces preferirías que me menospreciara en mi cara?” Me cruzo de brazos y miro fijamente a Ruvan.

"Si es así, dímelo cuando regreses y se solucionará", dice Ruvan casualmente. Como si no fuera a aguantarlo mientras tanto. Pero sus movimientos tienen una gracia que promete violencia en caso de que sus deseos claros sean negados o ignorados.

“Si vuelvo”. Miro a Ventos por el rabillo del ojo. Cada vez parece menos feliz. No estoy segura de que me gusten mis probabilidades de irme con él. Por lo que sé, él encontraría la primera oportunidad o excusa para dejarme indefenso, atrapado en el Velo.

"Ventos no se atrevería a regresar sin ti". Ruvan me agarra del hombro y devuelve mi atención únicamente a él. “Iría contigo si pudiera. Pero no puedo. Por eso debemos dividir y conquistar. Mientras realizas esta excursión, seguiremos buscando información útil sobre el ancla aquí. Sé que no me decepcionarás”.

Quiero presentar más objeciones, pero no con todos los presentes. Lo último que quiero hacer es decir o hacer algo que pueda ofender a Ventos y empeorar mis viajes.

“La próxima luna llena aún no será hasta dentro de dos semanas”, observa Callos. "Tenemos tiempo para prepararnos".

"Bien, aprovecharemos cada momento". Ruvan suena muy seguro, muy confiado, pero se me hace un nudo en el estómago por la preocupación y la aprensión. Sé que sugerí este plan de ataque... pero ya lo estoy pensando mejor. “Callos, ve y recopila toda la información que tenemos actualmente sobre Hunter's Hamlet. El resto de ustedes vayan y ayúdenlo. Comenzaremos nuestra planificación rápidamente”.

"Deberías descansar", le digo, colocando una mano en el hombro de Ruvan. Noto cómo Lavenzia se concentra intensamente en el gesto y resisto el impulso de alejarme. No quiero alejarme de Ruvan. Ya no soy simplemente la doncella de la forja (ya no tengo prohibido tocar ni ser tocada) y no me permitiré sentirme culpable.

"Me inclino a estar de acuerdo", dice Quinn.

“No es necesario que sea esta noche, mi señor. Podemos tener estas discusiones en las próximas semanas”, dice Callos.

"La idea es nueva y estamos comprometidos con ella; no hay mejor momento que el presente". Ruvan insiste. Hay una firme resolución en

sus hombros y mandíbula. Nadie va a apartarlo de esta decisión. “Además, quiero tener tiempo para seguir durmiendo, desafiar y debatir nuestros planes antes de finalizarlos. No dejaremos que esto mienta”.

"Muy bien. Haré lo que me digas”. Callos inclina la cabeza y sale de la habitación.

El resto intercambia miradas cautelosas, pero todos aceptan a regañadientes. Quinn es la última en salir. Puedo sentir sus preguntas sobre mi presencia persistente (mi mano todavía sobre la persona de su señor) pero él no las expresa. Me pregunto qué dirán el resto. Mis oídos arden con todo lo que no puedo oír...

Ella se queda con él. Solo. Ella lo tocó.

Prohibido. Todo esto está tan prohibido.

Saco mi mano de su hombro y la aprieto en un puño. Lo acerco a mí como si estuviera herido. Mis otros dedos lo envuelven, masajeando mi piel. Mi carne es mía y sin embargo—

“¿Floriana?” Ruvan dice suavemente. Sus dedos aterrizan ligeramente en mi barbilla, guiando mis ojos hacia los suyos. "¿Qué es?"

"Me temo que."

"¿Asustado de qué?"

"Todo." Sacudo la cabeza y expreso todos los sentimientos encontrados que me han hundido sus púas espinosas durante días. "¿Qué me está pasando?"

"¿Qué quieres decir?"

"¿Soy sólo una marioneta ahora?"

"¿Por qué piensas eso?"

"Te necesito. Quiero alejarte. Siempre me han dicho que no puedo permitir que me toquen y, sin embargo, lo único que quiero son tus manos sobre mí”. Mis palabras se vuelven apresuradas. “Te vi mintiendo, muriendo, convirtiéndote en uno de esos monstruos, y lo único en lo que podía pensar era en salvarte. Tenía que verte, salvarte, estar contigo.

“Floriane, respira”, dice en voz baja.

La sugerencia sólo aumenta mi frustración, haciendo que mi respiración se acelere aún más. "Estoy respirando."

"Estás entrando en pánico".

"¡Claro que soy yo!" Lo alcanzo. Mis manos alisan el amplio plano de su pecho como las de un amante antes de cerrar los puños en su ropa como las de un enemigo. Tiemblan cuando la idea de

estrangularlo pasa por mi mente por primera vez en días. El deseo se ve rápidamente frustrado por unas náuseas instantáneas ante la mera idea de hacerle daño. “Todos mis pensamientos se sienten controlados por ti. Siguen volviendo a ti”.

Sus manos aterrizan ligeramente sobre las mías. Quiero alejarlos de una bofetada, pero estoy consumida por su mirada tranquila y estable. Ruvan es tan resistente como el hierro. "Lo prometo, sigues siendo tu propia mujer".

“Entonces, ¿por qué ya no siento que mis pensamientos sean míos? ¿Por qué no puedo pensar en nada más que en ayudarte? Le ruego respuestas que no sé si podrá darme. Pero los necesito. Los necesito más de lo que necesito cada aliento tembloroso que lucho por respirar. “¿Realmente quiero ayudarte? ¿O es solo la necesidad de que la magia de los Juramentos de Sangre se apodere de mi mente y se infiltre en mis pensamientos? ¿De verdad me preocupo por ti, Ruvan? ¿O quiero que mueras tan ferozmente como siempre me dijeron que debía hacerlo? ¿Como siempre pensé que lo hacía?

No dice nada. El silencio es peor que cualquier otra cosa que se le haya ocurrido. Eso hace que quiera gritar.

Sin embargo, susurro: "Dímelo, por favor".

"No puedo." Las palabras son suaves y de alguna manera aún más irritantes por eso. “No puedo decírtelo porque no conozco tu corazón; eso es algo que sólo tú puedes saber”. Sus manos agarran las mías. “Pero puedo decirte lo que dice mi corazón. Es decir que no estás solo en esta confusión o en esta insoportable necesidad de explorar todo lo que está sucediendo entre nosotros, todo lo que podemos ser a pesar de todas las probabilidades”.

Me quedo quieto mientras sus ojos se vuelven aún más intensos. Me siento atraída por él, arrastrada por manos invisibles y necesidades inquebrantables. "¿Tú también lo sientes?"

"Por supuesto que sí." Él niega con la cabeza. “Te veo y no sé si veo al cazador de monstruos que siempre imaginé, la mujer sedienta de sangre que vino a por mi garganta con una hoz de plata en la noche de la Luna Sangrienta, o si veo a Floriane…” Su voz se vuelve más suave, más tierno. “La doncella de la forja que ha devuelto un latido al castillo de mis antepasados, uno que puedo escuchar resonando suavemente hasta mí con el agudo sonido metálico. Una mujer que tiene manos que pueden matar o crear. Una mujer que me cautiva cada vez más con cada capa de dolor y daño, conocimiento y poder, bondad y oscuridad que hay en ella”.

Dejo escapar una carcajada y sacudo la cabeza. Me vio como el monstruo. Tal como lo vi. Ambos nos miramos y vimos lo que queríamos y lo que el mundo nos había dicho que viéramos, no lo que realmente había allí. Y ahora que nos enfrentamos a la verdad...

“No sé qué hacer”, confieso. Mi corazón se desacelera y mis pensamientos se aclaran gracias a su agarre firme y constante. “No sé qué creer. ¿Confío en mi formación y en los instintos que me dio? ¿Mi sentido, lógica o razón? ¿O confío en mi corazón?

“¿En qué quieres confiar?”

"No lo sé", repito, dolorosamente honesto. “Mi formación, todo lo que me dio Hunter's Hamlet, es lo que siempre he sido, es lo que siempre he sabido. Cuando los tiempos eran difíciles, nunca tuve que cuestionar. Todo lo que necesitaba era fe ciega para salir adelante. Nunca he tenido que preocuparme por lo que quiero, lo que necesito, porque nunca he tenido ningún tipo de opción. Ahora siento que me estoy ahogando en un mar de ellos”.

“Te veo, Floriane. Sé exactamente cómo te sientes." Las palabras son profundas y decididas.

Mis manos se relajan y me inclino sobre él. Mi frente se acerca a la suya antes de que pueda pensar en ello. Excluyo el mundo cerrando los ojos y simplemente respiro.

A raíz de mi silencio, él habla. “Nací en un pueblo maldito y moribundo. Desde el primer momento en que tomé aire, ya estaba en una lejana línea de sucesión que trazaba el curso de mi vida. Nunca debería haber pensado en liderar al vampiro pero aquí estoy. Mi pacto busca en mí ayuda y guía, pero no soy el señor que necesitan. En realidad, no soy nadie”.

Me río suavemente y me inclino. "El señor del vampiro, que no se hace llamar nadie".

"Sin embargo, es verdad". Ruvan me da una sonrisa cansada. “Solo soy el señor vampiro porque mi pueblo tuvo que planificar miles de años de líderes cuando comenzó la larga noche. Estoy muy, muy lejos de su primera opción. Y la próxima persona lo será aún menos. Por eso debo poner fin a esta maldición. No puedo confiar en que la siguiente persona, o la siguiente, lo haga”. Hace una pausa y hunde la cabeza en la almohada. Sus ojos están vidriosos, su mirada es suave y distante. Ruvan gira la cabeza y mira hacia la ventana. “No… es más que eso. Yo también quiero acabar con la maldición de forma egoísta. Para demostrar que valgo algo, que mi vida tiene significado. Que no era un señor de usar y tirar al final de la lista”.

“No creo que nada de nadie sea 'desechable'”.

“¿Incluso sobre un vampiro?” Vuelve a mirarme a los ojos.

"Quizás", digo. Pero luego me obligo a decir lo que realmente quiero decir. "Sí."

Ruvan sonríe gentilmente. “Ahora, les he hablado del funcionamiento interno de mi corazón. Dime, Floriane, ¿cuáles son las tuyas? ¿Qué dice tu corazón sobre nosotros? No los instintos provocados por tu entrenamiento. Tu corazón."

Lo único que nunca he escuchado. Lo único a lo que casi nunca he prestado atención. Siempre supe lo que es correcto para mí porque me lo dijeron y me indicaron.

¿Qué dice mi corazón?

"Eso… lo siento por ti", confieso. “Que quiero seguir aprendiendo quién eres y conociéndote”.

"Y lo siento por ti". Me acerca un poco más, sus manos todavía alrededor de las mías. “Me duele por ti. Ardo por ti. Te deseo."

Él me quiere. El calor se acumula en la parte inferior de mi estómago. Tengo la garganta seca y la boca húmeda. Trago espesamente.

"Aunque todavía puede haber una parte de mí que te ve como mi enemigo", confieso.

"Lo sé."

“Y a veces, esa parte que me dice que debería odiarte, todas las voces de mi familia y mis antepasados, pueden prevalecer sobre mi deseo de ser amable contigo, de conocerte. Puede que no siempre sea la persona que quiero ser contigo y para ti”.

"Y eso está bien". Esas palabras están entre las más dulces que he escuchado jamás. Se siente como si me hubiera aceptado por todo lo que soy y, al mismo tiempo, por todo lo que no soy. Es como si él fuera la primera persona que me mira y realmente comienza a conocerme. Mi madre me ve como su hija. Mi hermano como su hermana. El caserío me conoce como la doncella fragua. Todos ven y conocen partes de mí, pero ¿alguien alguna vez ha intentado realmente ver la imagen completa? “Ninguno de nosotros vencerá a toda nuestra educación en días, semanas o incluso años. Tendremos que trabajar para aprender algo nuevo día tras día. Pero…” Ruvan se inclina para rozar su nariz contra la mía mientras me tienta con casi un beso. "Me atrevo a pensar que aprenderte será un placer".

Me estremezco cuando su cálido aliento recorre mis mejillas. Conscientemente hago a un lado todas las dudas. Todos dudando. Y,

por un momento, funciona. Lo suficiente como para decir...

"Bésame."

"Ahí estás, comandando al señor vampiro otra vez".

"¿Qué vas a hacer al respecto?" Las palabras son tímidas, sensuales, dichas en el dorso de mi lengua con el borde de una sonrisa.

"Voy a besarte, tal como me ordenas". Sus labios presionan suavemente los míos. Ruvan no va por mi cuello, no va por mi sangre en absoluto, sólo mis labios. El beso es de alivio y más tensión. Es todo lo que necesitaba para liberar mi cerebro de este deseo constantemente ardiente. Calentarme hasta el punto de ser lo suficientemente maleable como para que todo vuelva a su lugar.

El instinto me dice que deteste todo acerca de este hombre. Debería resentirme por estas circunstancias. La forma en que me hace sentir...

Debería odiarlo. No quiero odiarlo. No puedo odiarlo...

Me encanta.

CAPITULO 25



Estoy perdido en el beso por lo que debe ser una cantidad de tiempo vergonzosa. Su lengua se desliza dentro de mi boca, rozando la mía. Pide permiso. Me canta sin palabras y mi cuerpo se eleva en armonía, elevándose por encima de las vigas y las agujas del castillo.

Sus manos enmarcan mi rostro, sosteniéndome contra él. Me proporcionan una estructura para que mi mundo no se desmorone por lo bien que se siente este momento. Hunter's Hamlet, el título de doncella de la forja, se caen como grilletes que no sabía que me envolvían con tanta fuerza que no había podido respirar profundamente en toda mi vida.

Quédate con él, Floriane.

Sólo sé, Floriane.

Lo empujo hacia atrás y sus manos se deslizan hacia abajo, rozando las curvas de mi pecho. El contacto apenas está ahí y, sin embargo, cada músculo de mi núcleo se estremece de placer. Tómame, hazme, rómpeme, mi cuerpo le exige en silencio mientras recoge mis muslos entre sus palmas. Me muevo a su antojo, sentándome a horcajadas sobre él mientras él masajea el músculo de mi trasero.

Nos separamos y nos juntamos, una y otra vez, hasta que finalmente se aleja tan sin aliento como yo.

"Deberíamos irnos", susurra entre mis labios.

"Pero-"

“Nos están esperando”, me recuerda.

Me enderezo y la realidad llena lentamente los huecos que el placer había creado. "Van a sospechar algo".

"Ya lo han hecho".

“¿Qué han dicho?” Me alejo para que pueda ponerse de pie. Nunca me había concentrado tanto en la forma en que un hombre se pone de pie, en la línea larga y fuerte de su espalda. La atrevida redondez de su trasero en la que me concentro durante demasiado, demasiado tiempo.

"Nada aún. Pero lo harán”.

“¿Cómo sabes entonces que sospechan algo?”

"Ellos son mi pacto, todos están vinculados a mí como yo a ellos". Hace una breve pausa, con las manos en el camisón. Sus ojos se dirigen a los míos y puedo sentir un breve momento de vacilación. Uno que termina con él pasándoselo por la cabeza. "Ver."

"Oh." Eso es todo lo que puedo reunir.

Sé lo que está tratando de mostrarme: las marcas que son similares a las mías en todo su cuerpo. Hay uno junto a su codo. Uno debajo de su pectoral izquierdo. Uno con forma de V que desaparece en la parte delantera de sus pantalones, dejándome celoso de un poco de tinta negra. Pero, si soy honesto, mi atención sólo roza las marcas y, en cambio, se detiene en las hendiduras de sus delgados músculos: las profundas sombras martilladas por la lucha y el hambre. Las cicatrices acentúan su carne, blancas y profundas, entrecruzándose sobre su forma perfecta.

"Las otras marcas". Me las arreglo para encontrar las palabras a pesar de verlo dejándome casi sin aliento. “¿También estás jurado de sangre con todos los demás?” Vi marcas similares en su pacto.

“Me han hecho sus juramentos, marcando nuestra sangre… pero no es lo mismo que un juramento de sangre. El vínculo de un Jurado de Sangre es diferente, más profundo”. Ruvan se detiene a medio camino para recoger su camisa y se queda de pie frente a mí. Me inclino ligeramente hacia atrás, tratando de abarcarlo todo. No sé qué he hecho para ganarme tal exhibición, pero no quiero arriesgarme a hacer nada que pueda terminar con eso. “Esta cicatriz es de la primera vez que fui al antiguo castillo. Éste es de antes de la larga noche, cuando Tempost era una ciudad de gente desesperada”.

“Y la desesperación engendra estupidez”, repito suavemente las palabras de mi madre.

"Demasiado cierto." Lleva una sonrisa amarga. “Este es de cuando me desperté por primera vez. Y esto es de cuando era más torpe con las armas…” Enumera todas sus cicatrices, una por una, hasta llegar al antebrazo. A diferencia de las otras cicatrices, la piel todavía está

nudosa y verdosa. Enconado. "Ya conoces este".

"Todavía se ve muy mal".

"Puede que siempre sea así". Hace una pausa. "¿Te disgusta?"

"No creo que nada sobre ti pueda disgustarme".

Está tan sorprendido como yo. Los labios de Ruvan se abren ligeramente antes de sonreír. "¿Estás seguro de eso? Tus ojos mostraban mucho disgusto hacia mí cuando llegaste por primera vez".

Sacudo la cabeza y resoplo. "¿Qué tienen ahora mis ojos?"

"Ellos sostienen..." Se calla, haciendo una pausa, pensando. Mi respiración se vuelve superficial mientras espero lo que está a punto de decir, lo que puedo sentir pero que todavía tengo que expresar con palabras. "No es asco".

"¿Estarás bien?" Pregunto, alejando ligeramente la conversación de ese lugar de tensión sin aliento.

"No tengo otra opción."

"Te ayudaré", le digo con convicción.

"¿Porque eres mi juramento de sangre?" pregunta con ojos cautelosos.

"Porque quiero."

"Bien." Me aprieta la mano y continúa vistiéndose.

Salgo de la habitación, dándole privacidad, y me tomo el momento para recomponerme. El horizonte de Tempost me llama la atención por la ventana y me detengo ante él, inhalando profundamente y dejando salir el aire lentamente. Mi aliento empaña el cristal, convirtiéndolo en una superficie más reflejada.

Pelo oscuro y corto. Ojos oscuros. Piel bronceada moteada de mis propias cicatrices. Sigo siendo yo. Tanto como la marca de Ruvan está entre mis clavículas. Los juramentos de sangre y el vampiro son ahora parte de mí, tanto como lo es la herrería, tanto como lo son las palabras de mi madre, o el entrenamiento de mi hermano, o las viejas historias de la aldea... Todos son yo. Sin embargo, nadie me define.

No lo dejaré. Quiero elegir cada momento, uno tras otro. Quiero ser mi propia mujer.

Lo estaré, por primera vez.

"¿Estás listo?" Ruvan emerge, ajustándose uno de los desgastados abrigos de terciopelo que le he visto antes. Los cuellos altos le sientan bien, decido. Tan dolorosamente guapo como siempre.

⚒

"Sí."

Llevamos horas sentados alrededor de una de las mesas del salón principal. Una gran tablilla de pizarra que casi ocupa toda la superficie de la mesa está cubierta con los contornos calcáreos de mis torpes garabatos de Hunter's Hamlet.

“¿Y qué es esto de nuevo?” Ventos señala una franja de tierra sombreada.

Me frustraría más tener que explicarme una y otra vez si mis dibujos no fueran tan terribles y esto no fuera tan importante. “Esa es la tierra salada. No debería suponer ningún problema... pero no hay ningún lugar donde esconderse en ese tramo así que tendremos que movernos rápidamente para evitar que alguien nos vea venir desde los pantanos.

“La sal evitará que la niebla cruce. Tendrás que correr a la siguiente cubierta”. Winny señala una de las granjas cuadradas. “Hasta aquí, y luego aquí…”

Repetimos un plan, lo cuestionamos y cambiamos nuestro enfoque. Todo se debate cuidadosamente. Es agotador, pero necesario si queremos conseguir que un vampiro entre en Hunter's Hamlet y llegue hasta la fortaleza.

"Hagamos un descanso, por ahora", dice Ruvan con un bostezo. Sus ojos ya han perdido algo de brillo. No sé si los demás se han dado cuenta todavía, pero es suficiente para preocuparme. "Se hace tarde y todavía estamos recuperando fuerzas de nuestra aventura en el antiguo castillo".

"Pensé que nunca lo sugerirías". Winny extiende sus manos sobre su cabeza, poniéndose de puntillas. “Buen sueño a todos. Nos vemos mañana para hacer todo esto una vez más, estoy seguro”. Ella bosteza y rápidamente se dirige a su habitación.

El resto se va filtrando. Pero Callos permanece encorvado sobre la mesa el tiempo suficiente para que quede claro que está esperando algo.

"¿Qué es?" Pregunto.

Un ceño fruncido cruza los labios de Callos. "No estoy seguro…"

"Conozco esa mirada". Ruvan coloca los codos sobre la mesa, con cuidado de no rayar mis dibujos con los antebrazos. "Ves algo."

“No estoy seguro”, repite Callos, más firme que el anterior. “Pero creo que algo me resulta familiar. Primero necesito investigar algunas cosas”. Echa los hombros hacia atrás, inclina la cabeza de un lado a otro y se masajea el cuello. Ha estado encorvado durante horas

mirando mis dibujos y pendiente de cada palabra con una intensidad que nunca antes había visto a alguien poseer en busca de conocimiento. "Se lo haré saber, mi señor, siempre que, si es que alguna vez, encuentro algo".

"Asegúrate de que soy el primero en saberlo". Ruvan aprieta el antebrazo de Callos y se levanta. No puedo evitar notar que Ruvan ha estado favoreciendo cada vez más su brazo ileso.

"Siempre hago."

"Gracias por todo tu arduo trabajo, querido amigo".

"De nada." Las palabras de Callos son verdad sólo a medias. Disfruta del conocimiento y sus actividades. Eso puedo decir. Pero las circunstancias bajo las cuales se ve obligado a adquirir el conocimiento... socavan cualquier alegría que pueda obtener de él. Sus ojos dorados se vuelven hacia mí. “¿Te importa si grabo aquí todo lo que has escrito para que no lo perdamos?”

No me di cuenta de que tenía otra opción. Miro a Ruvan, remitiéndome al señor vampiro.

Me da una sonrisa cansada. “No me mires, te pidió. Es tu conocimiento lo que estás compartiendo con nosotros”.

Miro el mapa que he dibujado. Incluso por malos que sean mis intentos de cartografía... sigue siendo una representación detallada de Hunter's Hamlet: de su hogar. Será el hogar de doncellas forjadoras, cazadores, curtidores, granjeros, zapateros y humanos que se enfrentarán al vampiro en los años venideros. Paso las yemas de mis dedos ligeramente, con nostalgia, por el marco de la tableta de pizarra.

O tal vez no en los años venideros. Si lo logramos, será un pueblo como cualquier otro.

"Puedes", digo en voz baja, sorprendiéndome a mí mismo. Espero que Callos se sienta mareado con este permiso, pero no es así. Él sabe lo que le estoy permitiendo hacer. De todos… me atrevo a pensar que él entiende. Quizás porque es el más culto y conoce la larga y sangrienta historia de este conflicto. "Pero tengo una petición: una condición".

"¿Sí?"

"Si te lo pido, destruirás los registros".

Hace una mueca ante mi ultimátum.

Pero continúo independientemente: “Lo sé, o lo he deducido, que no eres el tipo de persona que querría destruir ningún tipo de historia o registro. Pero no tengo garantías, si no logramos romper la

maldición, de que el próximo señor o dama vampiro sea tan comprensivo con los humanos como lo ha sido Ruvan".

"Si se trata de eso, dejaré la siguiente palabra sobre el señor vampiro y dejaré en claro todo lo que hemos logrado y las cosas serán diferentes. Al fin y al cabo, intentarán colaborar con la aldea", dice Ruvan con demasiado optimismo.

"Si hacen caso a esas palabras", respondo suavemente. "E incluso si lo hacen… es poco probable que encuentren un humano que los ayude más. Sólo me tienes a tu lado con la suerte de que no me mataste y yo no terminé matándome. Las posibilidades de que las circunstancias se alineen a favor de otro señor o dama son escasas". Y si lo que Ruvan dijo antes es cierto, es probable que esos futuros señores y damas no tengan el mismo calibre de persona que Ruvan.

"Vimos los collares de los cazadores en la noche de la Luna de Sangre", murmura Callos. "Vi uno usado".

Asiento con la cabeza. "La gente de Hunter's Hamlet está entrenada para morir antes de que ayudemos a un vampiro o dejemos que uno tome nuestra sangre. Me sorprende que hayas logrado recolectar sangre para tus reservas".

Cuanto más hablo, más pienso en lo imposible que es que esté aquí. Que todavía estoy dispuesto a trabajar con Ruvan. Más que dispuesto a trabajar con él... Me masajeo el cuello, pensando en la sensación de sus brazos alrededor de mí. El calor de nuestros cuerpos se juntó. La necesidad que surge dentro de mí hasta un punto de fusión en el momento en que sus manos y colmillos están sobre mí.

Ruvan ve el movimiento y rápidamente dejo caer mi mano. Los pensamientos han encendido el fuego que constantemente acecha entre nosotros. Puedo sentir el comienzo de ese tira y afloja. Una necesidad que me volverá loco si no se sacia.

"Entonces, si esto no funciona, si no parece que tendremos éxito…" Me obligo a mantenerme concentrado, por ahora. Quizás me dé un capricho más tarde. "Entonces quiero que esta información sea destruida. Porque, si no es así, el próximo señor o dama vampiro lo usará para aniquilar todo lo que alguna vez he amado y no puedo seguir con eso pesando sobre mí. Será demasiado insoportable".

Callos suspira y luego, para mi sorpresa, dice: "Muy bien".

"¿Realmente?"

"Te doy mi palabra. Lo siento, pero eso tendrá que ser suficiente, ya que no puedes jurar sangre con dos personas". Él se ríe. "Y no me atrevería a hacer ningún tipo de juramento con los jurados de sangre

de otra persona".

Ruvan da medio paso hacia mí ante la mera mención de otro juramento. Un aura protectora me envuelve. Le desanima la mera idea de que Callos haga algo conmigo. La sensación hace que el calor suba por mi pecho, amenazando con llegar a mis mejillas.

He estado vigilado y protegido toda mi vida. Pero la actitud defensiva de Ruvan se siente diferente. Incluso delicioso. Es porque esta es la protección que elijo y por esa razón, a diferencia de la protección que ofrece el título de doncella de forja, puedo eliminarla con una solicitud.

"Te creo", digo, y le ofrezco a Callos una sonrisa alentadora.

“Agradezco su confianza”. Callos baja la barbilla. “Te extenderé la misma fe”.

"¿Oh?"

Sus ojos se mueven entre Ruvan y yo. "Para mantener a nuestro señor en su mejor momento". Tiene las características de una sonrisa tímida. Estoy demasiado aturdida para decir algo más antes de que él incline la cabeza y baje las escaleras.

La mano de Ruvan se desliza en la mía, llamando mi atención hacia él.

"Tienes razón, ellos lo saben", susurro.

"Hacerles saber." Él se encoge de hombros. “Este mundo es oscuro y la noche es inflexible; lo mínimo que podemos hacer es llenarlo de dulces sueños prohibidos”.

Una vez más, me quedo atónito y en silencio. Ruvan aprovecha el momento y se inclina hacia adelante para levantarme en sus brazos. Agarro sus hombros para lograr estabilidad.

"¿A dónde me llevas?" Pregunto, algo en broma. Ya sé dónde (su dormitorio) y, por primera vez, estoy lista para estar allí.

"Te estoy robando, por supuesto". Tiene una sonrisa que promete todos esos sueños prohibidos antes mencionados. El tipo de sonrisa que sólo he visto a los hombres darle a las mujeres antes de caer juntos en la noche, el tipo que hace que mi cabeza dé vueltas y el calor aumente desde los dedos de los pies hasta la parte superior de las orejas. "Como lo hacen los señores vampiros".

"Ah, sí, y soy un cazador, así que debería luchar". Se me ocurre, brevemente, que ahora puedo llamarme cazador. Todavía no puedo mentirle a Ruvan, así que debe ser verdad. La revelación me llena, me emociona tanto como él.

“Le doy la bienvenida. Me gustan tus colmillos”.

"Cuidado, o descubrirás lo fuerte que puedo morder". Me extiendo hacia arriba y tomo el músculo de su cuello entre mis dientes, mordiendo lo suficientemente fuerte como para dejar una marca.

Ruvan deja escapar un gruñido y sube las escaleras de dos en dos. No puede llegar lo suficientemente rápido.

CAPITULO 26



Nos movemos sin palabras, sin problemas, fluyendo juntos desde el momento en que él me deja y abre la primera puerta, hasta que yo abro la segunda. Nuestros cuerpos se deslizan uno contra el otro, reflejando nuestras bocas. En un momento estoy en la sala principal y al siguiente mi espalda está pegada a la puerta de su dormitorio. Sus manos tirando de mí, levantándome. Mis piernas se envuelven alrededor de su cintura.

Lo siento. Cada centímetro de músculo glorioso y perfecto. Cada cicatriz ganada con tanto esfuerzo. Cada mechón de cabello sedoso. Paso mis manos sobre él como si lo estuviera inspeccionando.

El aliento de Ruvan me calienta la garganta. Sus labios se arrastran hasta mi barbilla, provocando escalofríos por mi columna. Él respira entrecortadamente contra mi carne antes de besarme de nuevo con un hambre que no sabía que uno podía poseer, una que comparto.

"¿Qué necesitas?" Susurro contra su boca, con los ojos medio cerrados. Puedo verlo a través de la cortina de mis pestañas: su mandíbula afilada y las sombras que se adhieren a su rostro con tanta fuerza como la luz de la luna.

"Te necesito", dice con voz áspera.

"¿Mi sangre?"

"Tu cuerpo."

Sosteniéndome contra él, con mis piernas alrededor de su cintura, se aleja de la puerta. Antes de darme cuenta, mi espalda está sobre la cama. El colchón se hunde debajo de mí y me sorprende gratamente descubrir que no huele a polvo ni a envejecimiento, sino a madreselva

y sándalo.

Se acerca a los pies de la cama y me mira fijamente. La luz de la luna golpea la impecable línea de su mandíbula. Ilumina su cabello plateado. Él parece un dios en este plano mortal y yo soy su ofrenda, lista para ser devorada.

Ruvan levanta una rodilla sobre la cama. Lentamente, como una bestia al acecho, se arrastra encima de mí. Sus rodillas se abren paso entre mis muslos hasta que mi espalda se arquea, nuestras caderas se encuentran y mi respiración se entrecorta. Al mismo tiempo, su mano se desliza por mi costado hasta terminar en mi pecho.

Se me escapa un gemido, profundo y gutural. Seguido instantáneamente por un sonrojo. Levanto una mano y me muerdo los nudillos. Entre dientes digo: “Lo siento. Es que nunca antes me habían tocado así”.

Hace una pausa, evaluándome pensativamente. Tomando mi cara entre sus manos, su pulgar rozando mi mejilla. Espero el veredicto de lo que sea que esté debatiendo. Pero el tiempo pasa y él no dice nada.

"¿Esta todo bien?" Finalmente pregunto.

"Eres perfecta", susurra Ruvan, colocando un suave beso en mis labios.

"Lo siento, no tengo mucha experiencia". Nunca me molestó mucho hasta este momento. Nunca tuve una razón para sentirme insegura por no tener nunca amantes, o nunca besarme o tocarme, porque eso era lo que se esperaba de mí. Todos en mi mundo lo sabían.

Pero Ruvan no es de mi mundo. Es un mundo entero en sí mismo. ¿Dónde encajo en ello? ¿Puedo?

"Dije que eras perfecta", dice con firmeza. “El dolor de los demás hombres será mi bendición y mi deleite”. Ruvan me muerde el cuello suavemente. No rompe la piel. Un tierno beso. Una lamida. Se me escapa un gemido en lugar de un gemido. “No lo escondas, Floriane. No te avergüences. Gemir, gritar, llorar siempre que sea de placer. Déjame escucharte."

“Pero los demás…”

“No escucharán. Pero no me importaría mucho que lo hicieran”. Se aleja y se cierne sobre mí. Un brazo a cada lado de mi cara. Su cuerpo se presionó contra el mío. Mi mundo es él y sólo él. “Esta noche, olvídate de todo lo demás, Floriane. Todo lo que debes hacer es sentir. Deja todos los demás pensamientos a un lado y disfrútalo”.

Es fácil dejar mi mente en blanco cuando él se desliza hacia abajo

por mi cuerpo, tomando uno de mis senos en su boca sobre mi camisa. Otro gemido sale volando de mis labios, y otro. Sus manos, su boca. Estoy en fuego.

Ahora entiendo por qué encontrar un pretendiente era lo único en lo que pensaban algunas mujeres jóvenes. Cuando este placer que te pone los dedos de los pies es algo que uno puede simplemente tener a voluntad cuando tiene una pareja... Se mueve de nuevo y su palma aterriza en el centro de mi deseo. Inspiro profundamente y él casi ronronea de placer.

Sus dedos se mueven generando una deliciosa fricción. Un relámpago corre a través de mí, formando pequeños cosquilleos que me ponen la piel de gallina al luchar contra el aire fresco de la noche. Mi espalda se arquea, mi pecho se aprieta.

Ruvan parece saber exactamente cuánto es demasiado y cuándo no es suficiente. Mis ojos se cierran, bloqueando la luz, el sonido y el pensamiento. Sólo está él, aparentemente en todas partes a la vez. Todos los sentidos están abrumados. Los dedos de mis pies se curvan a medida que la presión aumenta, aumenta y aumenta.

Estoy a punto de romperme. Este hombre me hará pedazos en mil pedazos sólo con su lengua y sus dedos. Me quedo sin aliento mientras trato de avisarle, pero el choque cae sobre mí antes de que pueda encontrar las palabras.

Los escalofríos sacuden mi cuerpo y los gritos escapan de mis labios. Se acabó en momentos que parecieron milenios gloriosos. Agarro de cintura para abajo, los músculos se contraen, enviando nuevas oleadas de placer con cada presión. Ruvan ralentiza sus movimientos, atrayéndome hacia él y quitando su mano de entre mis muslos en el último momento. Mi cara está presionada contra la curva de su cuello y soy vulnerable y protegida al mismo tiempo.

Presiona sus labios contra mi frente. "Respira, Floriane."

"Yo... qué... yo..." Las palabras me han fallado. Se han ido, flotando a lo largo del maravilloso mar en el que todos los demás pensamientos están dispersos y a la deriva.

"¿Cómo te sientes?" él pide.

"Bien." No es suficiente. Esa palabra no es suficiente para abarcar el feliz zumbido que se ha instalado en mis músculos. No es suficiente para contener algo tan crudo y real como lo que estoy experimentando ahora mismo. Pero tendrá que ser suficiente.

Se ríe suavemente, como si supiera todas esas cosas. Como si pudiera oírlos en esa única palabra, que no es lo suficientemente

buena. "Bien", repite Ruvan.

A pesar de mí mismo, bostezo. Los temblores están remitiendo y la cama es mucho más cómoda de lo que esperaba. Mi cuerpo se vuelve pesado.

"Deberías descansar, has tenido un día largo".

"¿Aquí?" murmuro.

"¿Dónde más?"

En lugar de discutir, cierro los ojos. El sofá de la sala principal es lo que menos pienso en este momento. Irse es demasiado esfuerzo.

Dos brazos fuertes a mi alrededor. Un edredón pesado. El invierno afuera de la ventana, tratando de encontrar la manera de entrar, pero el fuego lo mantiene a raya.

Me muevo, inclinando la cabeza para mirarlo. Dos ojos brillantes me miran a la luz de la luna. Sus labios adquieren una fina forma de media luna.

"Estás despierto", le digo.

"¿Cómo podría dormir cuando estoy tan maravillado ante la impresionante criatura en mi cama?" casi ronronea.

No puedo evitar reírme. "Eres incorregible". No soy una presencia nueva en su cama, en su vida. Casi existo exclusivamente aquí y ahora. Su comodidad se ha convertido en mi hogar…tanto que ya ni siquiera pienso en dejar las montañas.

"¿Cuánto tiempo más persistirá esto?" Pregunto. Él conoce el meollo de mi pregunta, su ligero ceño me lo dice.

"Pronto mi amor. Sabrán la verdad muy pronto. Cuando nuestro trabajo esté terminado".

Amanece y no me muevo. El edredón y las pieles deben ser de plomo, porque nunca en mi vida había sentido algo tan pesado. El resplandor de anoche está tan instalado en mí como el brazo de Ruvan alrededor de mi abdomen. Su respiración agitada me dice que todavía duerme y me giro lentamente para evitar molestarlo.

No es la primera vez que lo admiro temprano en la mañana. Pero esta vez estoy mucho más cerca que la anterior. Puedo ver la suave curva de sus labios y cada larga pestaña que descansa sobre su mejilla mientras duerme. Tengo la extraña sensación de que no es la primera vez que me despierto así… ¿Un sueño?

Mis intentos de recordar los detalles se topan con un destello de dolor en todo mi cuerpo. Es una agonía no provocada por ningún trauma físico, sino por mi mente que me inflige crueldad. Estoy húmedo y frío. La vergüenza intenta apoderarse de mí.

¿Qué he hecho? No puedo estar aquí. No puedo estar con ningún hombre, pero menos con él. Veo los ojos decepcionados de mi madre y el horror de mi hermano detrás de mis párpados cerrados. Puedo escuchar a Drew ahora: De todos los que podrías haber elegido, Floriane...

no puedo estar aquí. Mi respiración se acelera. Voy a molestarlo si me quedo, ya sea llorando o gritando.

De alguna manera, logro escapar sin despertarlo y me retiro a la sala principal. Pero todavía está demasiado cerca de él. Puedo olerlo en mi piel.

Huyo al único lugar donde siempre he tenido estabilidad: la fragua.

Afortunadamente es lo suficientemente temprano para que nadie me detenga en el camino. En cuestión de minutos, el hogar está caliente y hay metal dentro. Puedo moverme sin pensar aquí y dejo que mi mente se quede en blanco.

Pero mi alivio para enfrentar mis decisiones dura poco cuando aparece Ruvan. Puedo sentir su presencia y no apartarme del yunque. Se acerca lentamente mientras golpeo el metal con mi martillo, esperando hablar hasta que lo devuelva a la forja.

"¿Qué estás haciendo?"

"No lo sé todavía". Las palabras son un poco más breves de lo que pretendía. Anoche tomaste tus propias decisiones, Floriane, no lo culpes ni te desquites con él, me reprendo.

Duda un momento. "¿Estás bien?"

Finalmente lo miro e inmediatamente deseo no haberlo hecho. Esperaba que fuera indiferente. Que, de alguna manera, nos las arreglaríamos para no hablar de lo que pasó entre nosotros. O, mejor aún, también estaría atormentado por una culpa fuera de lugar, grabada en su alma por todo lo que siempre nos han enseñado a ser.

“¿Floriana?” Da un paso adelante.

Quiero decirle que se vaya. Quiero decirle que estoy bien y que lo de anoche no significó nada para mí y que nunca volverá a suceder. Pero sé que ninguna de las dos cosas es cierta. Mi corazón nunca se elevó más allá de mi pecho, ni se cayó de mi cuerpo como lo hace cuando está a su alrededor. Incluso si quiero ignorarlo, incluso si

siento culpa por ello, esto no es algo que pueda dejar de lado... y hacerlo tampoco sería justo para él.

"Yo... no estoy bien", admito. Sus labios se abren y sus ojos se llenan de pánico mientras sus cejas se fruncen de tristeza. Sacudo la cabeza rápidamente, olvido mi trabajo mientras doy un paso hacia él. "No eres tú. No precisamente. Quería anoche. Pero yo…” Miro fijamente una grieta en el suelo. “Todavía estoy luchando con esto, nosotros, tú y yo como algo más que enemigos. Cada vez que estoy cerca de ti, mi corazón se acelera y quiero tocarte. Pero los escucho, mi madre, mi hermano, mi padre, todo el pueblo, juzgándome por cada respiro que tomo y no suelo maldecir tu nombre.

"Fue demasiado rápido", dice en voz baja.

"Sabía lo que estaba haciendo y estoy tratando de no hacerlo; no me permitiré sentirme avergonzado", digo con firmeza.

"Bien." Toma mis dos manos entre las suyas. “Pero ambos ya hemos reconocido que esto llevará tiempo. Ninguno de nosotros puede ignorar todo lo que hemos sido”. Doy un pequeño asiento. "Iremos más lento".

"Lo lamento."

Ruvan me agarra la barbilla y me mira a los ojos. Todavía puedo olerme levemente en sus dedos y eso me hace luchar contra el rubor. Me recuerda la pasión con la que me llenó.

"No tienes nada por qué disculparte." Él sonríe, sus ojos brillan bajo la primera luz del sol. "¿Tienes hambre?"

Parpadeo ante el cambio de conversación, aunque no es desagradable. “En realidad no lo soy. Lo cual es extraño”. Miro hacia la fragua. He estado trabajando durante casi una hora y no comí mucho anoche.

"No precisamente."

"¿Oh?"

“Cuando el Rey Solos creó el saber de sangre, buscó fortalecer los cuerpos del vampiro. Sumando a nuestra sangre una y otra vez el poder de otros, hasta que pudiéramos subsistir completamente con las pocas cosas que podíamos cultivar, cazar y buscar alimento en las montañas de nuestras tierras”.

"Pero yo no-"

Me interrumpe con una sonrisa de complicidad. Ni siquiera tengo que decirlo, un vampiro. “Tu sangre ha sido marcada con la mía; Algunas de las fortificaciones que tengo ahora te las extiendo a ti”.

Marcado.

Estoy marcado por él. Incluso mucho después de que nuestro juramento de sangre llegue a su fin y la maldición se rompa, todas las experiencias (todo lo que somos) permanecen en nuestra sangre. Pero, ¿qué significará cuando acabemos con la maldición? ¿Cuándo? Lo haré en el mundo.

¿Qué pasará después para Ruvan y para mí?

No sé. Ésa es una pregunta para la que no estoy preparado para buscar la respuesta. Ya tengo suficiente y estoy tratando de ordenarlo tal como está.

Ruvan me suelta las manos. “Tu metal es de un blanco brillante. Te daré algo de espacio y te dejaré con eso”.

"No es necesario", le digo antes de que pueda irse.

"¿Está seguro? Si necesitas tiempo...

"Te diré lo que necesito". Intento ofrecerle una sonrisa tranquilizadora. “Suponiendo que lo sepa”.

"Ambos estamos averiguando esto a medida que avanzamos", coincide.

“Oh, hablando de descubrir cosas sobre la marcha, tengo algo que quiero compartir contigo. Lo encontré ayer... ¿hace dos días? Antes de que enfermaras. El tiempo se vuelve borroso con todo lo que ha sucedido y lo poco que parezco necesitar dormir ahora. “Está aquí de nuevo…” Mientras me muevo, abriendo la puerta de la oficina del herrero y recuperando el libro de contabilidad y mi daga, le hablo de mi descubrimiento y mis experimentos. Cuando termino, la daga y el libro de contabilidad están en una de las mesas entre nosotros.

"Increíble", susurra Ruvan.

"¿De verdad lo crees?" Pregunto con incertidumbre. “¿Aunque podría haberme quitado poder y haberte puesto en ese estado?”

"Estoy bien y este descubrimiento vale con creces cualquier dolor que deba experimentar". Con unas pocas palabras alivia todas mis culpas.

“¿Qué crees que hace?” Pregunto.

"No lo sé... pero conozco a alguien que podría". Ruvan se aleja de la mesa y sale de la fragua. Ya sé a quién va a recuperar, así que en lugar de llamarlo, aprovecho la oportunidad para apreciar que se haya ido. Luego, con una sonrisa con la que no me molesto en luchar, vuelvo a la fragua con un propósito renovado.

CAPITULO 27



Callos hace apenas mil preguntas. Incluso después de contarle toda la historia de cómo encontré la oficina y todo mi trabajo, él todavía indaga. Cuando finalmente se queda en silencio, mira fijamente la daga y el libro de contabilidad durante varios largos minutos. El tiempo suficiente para volver a golpear mientras espero.

"Un momento", es todo lo que dice Callos antes de salir corriendo de la habitación en un borrón.

"¿Con qué frecuencia se pone así?" Me duele la garganta de tanto responder a todas las preguntas de Callos.

Ruvan se ríe. "A menudo. Al menos cuando algo ha capturado su imaginación. Es nuestro académico y archivero residente. Lo que Jontún fue para Solos, Callos lo es para mí".

"Veo." Compruebo el metal derritiéndose en la fragua.

"¿Y en qué está trabajando nuestro herrero ahora?"

Es extraño oír que me llaman simple herrero y no doncella de forja. No me desagrada. Alivia aún más la presión que siempre estaba presionando mis hombros.

"Estoy viendo si puedo oler otra variante de plata".

"¿Otro avance metálico más en el lapso de dos días?" Ruvan se cruza de brazos y se apoya en una de las mesas. Suena impresionado y el orgullo crece en mi pecho.

"Ya veremos." Esta es la primera vez en mi vida que tengo acceso a recursos casi ilimitados. "Es para Ventos".

"Ventos es bastante partidario de su espada".

"Es demasiado útil con él como para soñar con reemplazarlo", digo. "Pero no podrá llevarlo de regreso a mi mundo".

"¿Por qué no?"

"Hace generaciones que no se fabrican espadas para los cazadores". Levanto sobre la mesa el molde en forma de varilla en el que verteré el metal líquido. “El formulario consumió demasiada plata y agotó rápidamente las existencias. Las minas de plata están muy al noroeste y los comerciantes rara vez vienen; Dicen que en el norte los mares están infestados de monstruos. Por lo tanto, tenemos que preservar nuestros recursos lo mejor que podamos. Las espadas anchas se fundían para fabricar armas más pequeñas en la época de mi bisabuela”.

Ruvan escucha atentamente, con los ojos brillando como si yo fuera la cosa más fascinante que jamás haya existido. “¿Entonces le estás haciendo una nueva arma?”

Asiento y recojo mis tenazas, preparándome para sacar el crisol del fuego. “Y para mí también. En Hunter's Hamlet, si hay alguna sospecha sobre una persona, a menudo se ven obligados a ser cortados con una espada de plata, solo para asegurarse de que no sea un vampiro quien le robó la cara a alguien. Obviamente no queremos que eso le pase a Ventos”.

"Obviamente."

“Entonces, estoy tratando de hacer algo que pueda pasar por plata pero que no sea puro. O está lo suficientemente modificado como para no dañar a Ventos”.

Ruvan se distrae momentáneamente con las llamas que arden espontáneamente cuando el río de calor dorado se encuentra con el moho más frío. Devuelvo el crisol al costado de la fragua para que se enfríe, cambio mis tenazas y recojo mi martillo.

“Tu proceso es fascinante”, murmura. Él no lo sabe, pero estar con los ojos muy abiertos y cautivado por los infinitos misterios y posibilidades del calor y el metal es lo más atractivo que podría haber hecho jamás.

"Estoy de acuerdo en que el proceso es fascinante, pero soy parcial".

“Tal vez parcial. Pero eso no significa que estés equivocado”. Cambia su peso y se aclara la garganta. “¿Crees que podrías enseñarme cómo hacerlo?”

“Por lo general, el aprendizaje en la herrería dura

aproximadamente una década, y eso es sólo para hacer las cosas más básicas. Otros cinco o diez años antes de que te dejara sostener un martillo e incluso mirar trabajos de plata o cualquier otra cosa compleja. Esta no es mi herrería, en realidad, pero los instintos de mi familia están demasiado arraigados en mí como para ignorarlos. Hay un procedimiento para que alguien aprenda el camino de la forja y cada paso está ahí por una razón.

“¿Quince años para trabajar con plata? ¿Empezaste a trabajar como herrero cuando naciste?

Resoplé. “Me apetecía, pero no. Empecé a trabajar en la herrería cuando tenía cinco años”.

"Eso es muy joven", dice Ruvan, pensativo.

"No para Hunter's Hamlet". Observo el metal mientras se enfría lentamente, el oro cambia a ámbar. “Ninguno de nosotros espera vivir una vida larga, aunque muchos de nosotros sí lo hacemos. Al menos, aquellos de nosotros que no somos cazadores. La promesa de Hunter's Hamlet es que sólo tendrás que temer a una cosa: el vampiro. De lo contrario, todos se ocupan de los demás”. Miro en su dirección. “Así que, aunque la mayoría de la gente se siente cómoda, si podemos ignorar el miedo constante, todos sabemos que nuestros días podrían estar contados. Sabemos que estamos a sólo una luna llena de la muerte. Es común que los jóvenes sean tratados como hombres y mujeres completos a la edad de trece años. Es lo más joven que puede salir un cazador.

“Pero sí, comencé a trabajar en la herrería cuando tenía cinco años. Barrer, ir a buscar agua y otras cosas para mamá, todas pequeñas tareas que un joven podría realizar con seguridad. Los trabajos que fortalecerían mi cuerpo y me ayudarían a acostumbrarme a las vistas y los sonidos de la herrería. De esa manera, cuando comencé a hacer más, estaba listo”.

“¿Y cuántos años tienes ahora?” Pregunta Ruvan. Me sorprende que no lo sepa. Y casi se me caen las pinzas cuando me doy cuenta de que todavía no tengo idea de cuántos años tiene él tampoco. Hace mucho tiempo descubrí que Ruvan no es el ser antiguo que alguna vez pensé que era el señor vampiro. ¿Pero cuántos años tiene en realidad?

"Diecinueve." Con unas pinzas, saco la barra de metal recién fundida de su molde y la llevo al yunque. El calor residual que aún irradia rojo por todo el metal lo hace enrollarse lentamente alrededor de la cabeza del yunque, comenzando a formar lo que será la base de mi forma de hoz. "¿Y tú?"

"¿Contando el sueño, o no?" Ruvan pregunta tímidamente.

“Digamos ambas”.

“Sin contar la larga noche, tengo veinticuatro años”, dice. “Contando la larga noche, alrededor de tres mil ciento veinticuatro”.

"Qué…"

“La larga noche ha sido la de los últimos tres mil años mientras dormíamos en estasis para evitar sucumbir a la maldición. Pero para mí, fueron meros momentos”. Hay una pesadez en sus palabras que persiste mientras devuelvo el hierro a la forja. Recuerdo la mención de Quinn sobre el sueño de crisálida.

Callos regresa antes de que podamos hablar más sobre edades o largas noches.

"Se mencionó algo como esto en las notas que trajiste". Abre uno de los libros que llevaba y lo encuentro lleno de papeles sueltos que reconozco del taller del antiguo castillo. Dos libros que presenta también tienen el mismo guion que algunos de esos artículos. Los coloca junto al libro de contabilidad del herrero. "Aquí se habla de encerrar la magia de sangre dentro del metal, usándola para preservar y transportar poder".

Limpié mis manos, me acerco y escaneo la página que señala. A un lado hay un boceto de la puerta que abrí en el antiguo castillo. No es exacto. Pero está lo suficientemente cerca como para decir que es un concepto inicial. En el lado opuesto hay algunas notas, casi como mensajes intercambiados entre dos personas diferentes. Está la misma mano que reconozco del taller junto con una caligrafía que coincide con el libro de contabilidad del maestro de forja. Se centran en las especificaciones y los detalles que rodean la forma real de construir algo así como una puerta mágica que canalice la magia de la sangre.

“Como el disco y la puerta”.

"Exactamente. Hubo una misiva pública en nombre del Rey Solos, escrita por Jontún, que esbozaba una idea de cómo el vampiro podría recolectar, preservar y usar la sangre que los patrocinadores de todo Midscape donaban gratuitamente durante nuestros festivales de luna llena. durante todo el mes como fuerza. Lo había olvidado por completo hasta que vi estas notas. Este metal y las dagas hechas con él podrían ser lo que pretendían”. Callos señala uno de sus libros. “Mira, esto es un disco en la mano de Jontún. Y aquí, en estas notas, pueden ver que el guion es el mismo. Estoy seguro de que hemos descubierto una herramienta que nuestros predecesores planeaban usar para fortalecer al vampiro”.

Inclinándome, miro las notas. Veo la letra similar que señala Callos. Pero también noto algo más. “Si el vampiro podía recolectar sangre de esa manera, entonces no les servía de nada a los humanos. Eso haría que un humano quisiera trabajar con ellos para descubrir este poder”. Señalo. Tal como sospechaba, en el taller había dos personas llevando registros. "¿Ver? Si esa es la letra de Jontún, entonces ésta es la de otra persona. Está aquí en las notas del taller y en los márgenes del libro de contabilidad del herrero. Debe ser ella”.

“Winny me contó tu teoría sobre la mujer humana”, dice Callos con delicadeza, limpiando sus gafas. “Pero creo que es mucho más probable que esto sea obra de King Solos. ¡Lo cual es un hallazgo extraordinario! El hombre era famoso por no escribir nada; Jontún hizo todo por él”. Habla como si estuviera tratando de consolarme.

“Sé que fue la mujer”. Miro a Ruvan en busca de ayuda. Él sabe de mis sueños. Sueños... Tuve uno anoche, me doy cuenta. ¿No lo hice? ¿O no fue más que una fantasía ilusoria?

Ruvan frunce el ceño. "Todavía creemos que el ser humano era más un... experimento para Solos que un compañero".

“No creo que…”

"Los solos no funcionarían con un humano". Callos es condenado.

Me muerdo la lengua y me resisto a corregirlo, y sigo compartiendo una mirada intensa con Ruvan. Me pregunto si estará recordando el sueño del viejo castillo. Pero él no dice nada y mi corazón se hunde.

Callos habla, ajeno a nuestra tensión. "Estos descubrimientos son realmente increíbles", susurra. “Pensar que durante todo este tiempo había aún más en la tradición de sangre escondida en los antiguos talleres del Rey Solos. Puede que sean necesarias semanas para revisar todo realmente, pero esto es un tesoro de información. Me pregunto si algo de esto es la composición de los primeros tomos sobre la historia de la sangre. Quizás podríamos reconstruir los registros perdidos de Jontún sobre los primeros trabajos de Solos desde que se perdieron los libros de contabilidad originales”.

Paso los dedos por el diario, recordando con vívidos detalles el sueño que tuve mientras estaba en el antiguo castillo. “Pero el humano…”

"No hay manera de que King Solos hubiera estado realmente trabajando con un humano". Callos está claramente muy seguro de sí mismo. "Este dominio de la tradición de la sangre sólo podría ser el Rey Solos".

"¿Por qué?"

"Él fue el inventor de la tradición sangrienta", dice Ruvan con total naturalidad. "Provino de su trabajo con los primeros humanos que llegaron a Tempost".

"¿Pensé que los vampiros siempre podrían usar la magia de la sangre?"

"Vampir podía, pero era sólo durante la luna llena cuando nuestros poderes eran más fuertes. El conocimiento de la sangre nos fortaleció en otros momentos. Pero el costo…" Callos hace una pausa, meditando sus palabras.

"¿Terminaste aquí?" Ruvan dice de repente.

Miro por encima del hombro. La fragua todavía está caliente. Mi metal esperándome. Si esto fuera en Hunter's Hamlet, mi madre me castigaría hasta ponerme roja por lo que estoy a punto de hacer. Pero... tengo curiosidad por saber qué tiene que decir a continuación.

"Estoy en un punto de parada", digo. "Puedo sacar el metal, dejarlo enfriar y volver más tarde. Se mantendrá".

"Bien, entonces ven conmigo". Ruvan extiende su mano.

"¿Espera, a dónde vas?" Callos salta de su asiento mientras Ruvan ya me está sacando de la herrería.

Dejo todas mis herramientas donde las dejé. Otra cosa que a mamá le horrorizaría si la viera. La pequeña rebelión me hace sonreír. Esta es mi herrería ahora, nadie se atreverá a interferir, creo que puedo hacer con ella lo que quiera.

"¿A dónde vamos?" Pregunto mientras ascendemos por el pasillo pasando por las habitaciones de los demás.

"El Museo. Explicará más sobre cómo sabemos que Solos no pudo haber estado trabajando con un humano".

"¿Museo?" Sueno. La palabra es nueva y extraña en mi boca.

"Sí, está en la ciudad, y como no podemos pisar los terrenos del castillo, tenemos que ir a la sala de recepción".

Esta es una excursión mayor de lo que pensaba si se refiere a caminar en la niebla.

"¿El Museo?" Callos lo alcanza. "¿Crees que eso es prudente?"

No sé qué es este "museo", pero dado el estado actual de Ruvan, asumí que era algo por lo que no tenía que preocuparme demasiado. Pero ahora me pregunto si es peligroso.

Callos es de la misma opinión. "No hemos despejado esa sección de la ciudad en meses".

"Es temprano en la mañana, regresaremos mucho antes de que se

ponga el sol", dice Ruvan. "Sin mencionar que la última vez que fuimos, estaba casi vacío".

"¿A dónde vamos?" Winny está levantada.

"Genial, ahora es una fiesta". Callos se quita las gafas y, frustrado, las limpia con la camisa. No puedo evitar notar cómo se esfuerza por no mirar a Winny. Quizás quitarse las gafas fue la excusa para no hacerlo.

"Me gustan las fiestas." Winny se detiene al pie de las escaleras.

“Coge tus dagas, Winny. Nos dirigimos a la ciudad”.

"¡Oh! Buscaré a Lavenzia, ella...

“La última vez que Lavenzia me acompañó al museo rompió una escultura cuando pensó que era un Sucumbido”, dice Callos inexpresivo.

"Tienes razón... dejemos atrás a los brutos". Winny se ríe y sale corriendo.

Se están preparando para la batalla contra los Sucumbidos y desean proteger estas esculturas, sin duda mágicas, en el proceso. "¿Debería conseguir una hoz?"

"No puede hacer daño", dice Ruvan. “Ponte tu armadura también”.

Nos preparamos para la batalla con una breve parada en la armería. Luego, Ruvan nos lleva escaleras arriba y regresamos por la puerta que conecta con la capilla. Mientras cruzamos la sala cavernosa, veo de nuevo la estatua del rey flotando sobre el altar. Sosteniendo su libro y mirando hacia el cielo.

“¿Ese es el Rey Solos?” Pregunto mientras comenzamos a subir las escaleras. Su rostro me resulta familiar.

“Lo es”, responde Ruvan. "Esa es la capilla donde se utilizó por primera vez la tradición de la sangre".

“Se dice que el libro que sostiene es el primer registro de conocimientos sobre sangre; un libro de hechizos, podrían llamarlo los humanos”, dice Callos. “Es lo que esperaba que encontraras en el taller, si no el ancla maldita. Pero desgraciadamente en ambos aspectos”.

“¿Falta el primer registro de la historia de la sangre?”

“Los tres primeros lo son”, dice tristemente Callos. “Nadie sabe qué les pasó, pero su pérdida ciertamente atrofió nuestra capacidad de luchar contra los efectos de la maldición. Si los hubiésemos tenido…” Se detiene cuando llegamos a la entrada del castillo. Callos se inclina ligeramente y contempla la ciudad. "Quizás las cosas podrían haber sido diferentes".

"No tiene sentido pensar en el pasado". Winny salta al contrafuerte que crucé en mi primer día aquí, paseando como si nada. Callos la sigue hacia el frío ventoso con un suspiro.

Miro fijamente la brecha, reuniendo mi coraje.

Ruvan extiende una mano. “¿Quieres que te lleve al otro lado?”

Lo miro, sin darme cuenta de cuándo estuvo tan cerca.

"Quinn me habló de tu primer viaje... Puede que sea más seguro". Él da una sonrisa cansada. "No quiero tener que saltar detrás de ti una segunda vez".

Vuelve el recuerdo de él saltando detrás de mí en el viejo castillo. La seguridad de sus brazos. El sonido ensordecedor de su plato chocando contra el duro suelo, el viento expulsado de él mientras me protegía de la peor parte del impacto.

"No quiero que los demás piensen que soy débil".

"Saber cuándo aceptar ayuda es un signo de fortaleza, no de debilidad".

Ya saben que no soy un cazador. ¿Qué dolería? "¿No te agotará demasiado?"

"Cuidado, Floriane." Su voz es baja y espesa. "Me harás pensar que realmente te preocupas por un vampiro, hablando así".

“¿Pensé que era un vampiro?” Arqueo las cejas, sin querer que me tomen por sorpresa.

Él se ríe. “Tú, mi juramento de sangre, puedes llamarme como quieras. ¿Puedo?"

Sólo puedo asentir. Ruvan se inclina hacia adelante y me toma en brazos. Mis brazos rodean su cuello por instinto y lo sostengo con fuerza para sostenerlo. Nuestros ojos se encuentran. Mi respiración se corta. Ahora me siento atraído por sus labios constantemente. Pero el sol ilumina mi mejor sentido.

No puedo besarlo delante de ellos. Apenas puedo manejar mi propio juicio. El juicio de los demás sería demasiado.

Sus ojos recorren mi cara, aterrizan en mi boca y luego bajan a mi cuello. Los músculos de Ruvan se tensan ligeramente. Su fuerza ondea a mi alrededor. Mis pensamientos vagan y lo imagino llevándome de regreso a nuestras habitaciones. En mi fantasía llegamos hasta la capilla. Para que los dioses vampiros me vean, me acuesta sobre la piedra, con un abrigo de terciopelo debajo de mí. Besa mi cuello, lenta y sensualmente, desgarrando mi camisa con movimientos contundentes y controlados. Luego él-

"Deberíamos irnos", me obligo a decir mientras mis mejillas se

calientan. "Ya casi han cruzado". De alguna manera el tiempo parece haberse ralentizado desde el momento en que me recogió hasta ahora. Lo que fue solo un minuto, tal vez segundos, se sintió como una pequeña eternidad que él y yo compartimos.

"Deberíamos", está de acuerdo, sonando algo... ¿desamparado? Antes de que pueda detenerme, Ruvan salta sobre la viga. Aprieto ligeramente mi agarre. Él se ríe y el sonido está dentro de mí tanto como lo escucho. “¿No confías en mí?”

“Obviamente sí. Pero no me gusta lo impotente que me siento así”. El suelo está muy lejos, y aunque sus pasos son seguros, es difícil no sentir la nieve o el hielo, sin saber si estoy a un segundo de caer en picado.

“¿Te dejo?”

"No te atrevas." Lo fulmino con la mirada.

Él sonríe, pero mantiene su concentración en el futuro. La expresión se desvanece lentamente cuando llegamos a la mitad del camino. "Debo disculparme por obligarte a hacer esto por tu cuenta la primera vez".

"Pensaste que era un cazador".

"Incluso si fueras un cazador, esto era demasiado arriesgado para un humano".

"Fue. Pero estoy bien. Bien está lo que bien acaba."

“Bien está lo que bien acaba”, repite. "Me gusta esa expresión".

"¿No lo has oído antes?" Pregunto. Él niega con la cabeza. "Es bastante común".

"En tu mundo, tal vez".

Tarareo. "Me pregunto cuánto es lo que todavía no sabemos sobre los mundos de los demás".

"Creo que muchas cosas maravillosas". Él sonríe levemente.

Nuestra conversación se ve interrumpida por nuestra llegada al otro extremo, donde Winny y Callos están esperando. Ruvan me baja suavemente y entramos. Regresamos a los pasillos y habitaciones, hasta llegar al primer pasillo al que llegué. La espada que blandí contra Ruvan todavía está en el suelo, descartada. No puedo evitar sonreír ante eso ahora.

“Iremos primero y lo exploraremos. Llama la atención de cualquier Sucumbido”, dice Winny, caminando hacia el otro extremo de la habitación. Noto un pequeño círculo de piedras que no había visto antes. Ella se para en el centro y desaparece con una nube de humo.

“¿Esa es la abertura en las barreras del castillo?” Supongo.

“Lo es”, afirma Ruvan mientras Callos se aleja. "¿Estás listo?" Ruvan me tiende una mano.

"Soy." Mis dedos se deslizan contra los suyos y él me guía hacia el círculo.

En un momento, respiro sombra y oscuridad, preparándome para lo que sea que este misterioso “museo” contenga.

CAPITULO 28



Estoy en una ciudad de piedra y hielo. La escarcha cubre puertas y alféizares; antiguas estalagmitas se aferran a los balcones, lanzando amenazas vanas con sus puntas peligrosamente afiladas. Los edificios de la ciudad que vi desde el castillo son más grandes de lo que podría haber imaginado. Se elevan sobre mí, varios pisos de altura. La fortaleza en Hunter's Hamlet tiene solo cuatro pisos en su punto más alto y durante toda mi vida pensé que era el edificio más alto que se podía construir.

Al girarme, lo asimilo todo. El silencio. La nieve brillando a la luz del sol, bailando sobre mis pestañas y arremolinándose en mis respiraciones nubladas.

“Bienvenido a la ciudad propiamente dicha. Tempost, la cuna del vampiro”. Ruvan me suelta la mano.

“Es…” Las brillantes agujas, los relucientes adoquines, los herrajes que se desplazan por los costados del edificio… su belleza me deja sin aliento.

“No es mucho, no ahora. Pero antes-"

"Es impresionante." Encuentro mi voz de nuevo.

El silencio sorprendido de Ruvan se relaja en una sonrisa fácil. Parece más ligero fuera del castillo, es un poco más alto. "Me alegro de que te guste."

“¿Cómo fue antes de la larga noche?” Pregunto.

La mirada de Ruvan se vuelve suave y distante. Él mira fijamente las calles silenciosas. "La verdad es que ni siquiera yo lo sé".

"¿No lo haces?" Miro por encima del hombro, asegurándome de

que Winny y Callos no estén cerca, antes de tocar ligeramente su codo.

“No… nací después de que se puso la maldición. Incluso cuando era niño, sólo vi una sombra de la antigua gloria de Tempost. La gente ya estaba sucumbiendo, matándose unos a otros para sobrevivir. Pero en el apogeo de la ciudad, era un lugar de esplendor”. Sus palabras están llenas de anhelo, de nostalgia por algo que ni siquiera conoció. “Los ancianos decían que las cosas estaban tranquilas durante el mes, pero los festivales alrededor de la luna llena llenaban las calles con gente de todas las formas. Lo harían-"

"Parece todo claro". Winny sale corriendo de un gran edificio cercano, interrumpiendo las reflexiones de Ruvan sin que ella lo sepa; Callos camina detrás. Rápidamente dejo caer mi mano, esperando que no se dieran cuenta.

"Eso es bueno." Ruvan pasa la palma de la mano por los botones de su abrigo. Nunca antes me habían cautivado tanto los botones de hierro. Pero la forma en que se deslizan debajo de sus largos y elegantes dedos antes de liberarse es fascinante. Casi me hace lamerme los labios. Me dan ganas de pasar lentamente la lengua por las puntas de los dientes. Sintiendo si tengo—

Mi mente se agita.

Colmillos.

Eso era lo que había estado pensando.

De repente me concentro mucho en la arquitectura de los edificios, la distribución de las calles, cualquier otra cosa que no sea él.

"¿Estás listo?" Callos dice de una manera que me hace pensar que no es la primera vez que le preguntan.

"Sí, claro." Coloco mi mano sobre la hoz mientras nos acercamos a una estructura descomunal más adelante.

Las columnas se alinean en su frente. Su entrada es un arco tan enorme que podrían pasar un caballo y un carro. En lo alto hay una cresta y un grabado cubiertos de una espesa capa de escarcha y nieve, lo que los hace ilegibles.

"¿Estás bien?" Ruvan pregunta suavemente mientras nos acercamos. Winny y Callos están liderando el camino. Supongo que Winny, pero Callos tomando la carga en la batalla es algo que no pensé que el hombre hiciera.

"Estoy listo." Asiento rápidamente, manteniendo mi mano en la empuñadura de mi hoz.

Ruvan da un suave resoplido de lo que suena como diversión. Me está subestimando de nuevo, tal como lo hizo cuando descendimos por

primera vez al viejo castillo. Se lo mostraré. Enfermo—

Mis pensamientos se detienen por segunda vez, mis pies se reflejan y se detienen en seco.

Estoy parado en un atrio de dos pisos. La nieve cae a través del cristal roto de una cúpula de arriba. Hay un escritorio de piedra, enmarcado con mármol, justo delante de mí. Su silla hace tiempo que se convirtió en polvo.

Pero lo que está suspendido de la cúpula consume mi atención. Arriba hay un enorme esqueleto de una monstruosidad alada. Colmillos más grandes que la espada de Ventos apuntan hacia mí como si estuviera a punto de descender y consumirme de un bocado. Garras más afiladas que mi hoz se extienden desde cuatro patas. Está sostenido y suspendido por un alambre que algún herrero debió pasar horas fabricando.

“¿Qué… qué es este lugar?” Murmuro, mi mano se relaja a mi costado. Por más temible que sea el esqueleto, no va a cobrar vida y atacarme.

“Un museo”, repite Callos, algo estupefacto. La forma en que me mira hace que el calor de la vergüenza caiga sobre mí, compitiendo con el frío en el aire y ganando.

"Bueno, eso es obvio", digo con fuerza. Con demasiada fuerza. Ruvan arquea una ceja plateada.

"Sí, bueno, nos dirigimos hacia aquí". Callos rodea el escritorio y se dirige a un atrio secundario donde hay estatuas centinelas.

Doblamos una escalera lateral hasta un entrepiso. Estoy concentrado en las estatuas todo el tiempo. Una está coronada, similar a la capilla del castillo. Pero otros dos están elegantemente congelados en medio del baile: un hada con alas de mariposa y lo que parece un humano, riendo, abrazados. Otro cuenta la historia de un hombre y su enemigo el puma. Una cuarta es la horrible imagen de un vampiro que imaginé mucho antes de llegar a Midscape; es una mujer encorvada sobre un cuerpo inerte, con sangre pétrea goteando por su barbilla en riachuelos helados.

Todo lo que pasamos tiene el fino brillo de la escarcha y el polvo. Atemporalidad y edad inconmensurable, congeladas juntas y suspendidas en la eternidad. No quiero tocar nada. Casi no quiero respirar.

Estos pasillos me parecen prohibidos. Son algo que no se parece a nada que haya visto jamás, que jamás me haya atrevido a contemplar. No estoy destinado a estar aquí. Y aun así, todavía…

Mi corazón se acelera.

Cada esquina que recorremos, cada pasillo que descendemos, es emocionante. Las pinturas llorosas me hacen volver a juntar sus colores, imaginar lo que podrían haber sido, lo que podrían haber sido. Las estatuas me miran con ojos silenciosos. Nada de esto es mágico, como sospeché originalmente, pero todo me ha capturado, ha agarrado mi imaginación por los dientes.

Apenas he arañado la superficie de este maravilloso lugar cuando Ruvan dice: "Aquí estamos".

Nos hemos detenido en un pasillo largo y estrecho. Hay más esqueletos aquí, pero no son como el monstruo grande de la entrada. Estos se mantienen en posición vertical mediante varillas de metal sólido a través de su núcleo, en lugar de estar suspendidos del techo. Entre ellas hay estatuas, toscas al principio, pero que poco a poco se vuelven más refinadas a medida que avanza la sala. Hay pinturas y tapices que colorean las paredes a su alrededor.

"Por aquí", dice Callos, dirigiéndose a una de las estatuas más cercanas. Utiliza el costado de su mano para quitar la escarcha y la suciedad de un cartel que tiene delante. Mientras lo hace, me concentro en la estatua misma. Muestra a dos hombres tomados de la mano bajo la luna llena. "El primer pacto lunar".

Leí el cartel. “¿Vampiro y…lykin?”

“Nuestros hermanos celestiales. Los antepasados de los lykin también encontraron fuerza en la luna. Pero nuestros caminos se separaron mucho cuando sus líderes hicieron un pacto con los espíritus antiguos en lo profundo del bosque para obtener su fuerza. El vampiro no hizo tales pactos y en su lugar se retiró a nuestras montañas”. Callos señala una calavera sobre un pedestal. “Mira, aquí, los vampiros no eran tan diferentes de los humanos originalmente. Todavía no conocíamos la tradición de la sangre, así que no teníamos motivos para tener colmillos”.

Miro fijamente el cráneo del vampiro sin colmillos. Callos tiene razón. Es casi igual que el de un humano. Excepto que incluso sus cráneos son más hermosos y delicados. El hueso es perfectamente liso, como si estuviera esculpido en una sola pieza de mármol.

“¿Los vampiros fueron cambiados físicamente por la tradición de la sangre?”

“Sí, era la única manera de sobrevivir”, dice solemnemente Ruvan.

"Los vampiros eran débiles por naturaleza", dice Callos, llevándonos por el pasillo. Hay un retrato descolorido de hileras de

camas, hombres y mujeres ocupándolas. Los asistentes estaban congelados entre las filas.

"Teníamos nuestra propia fuerza", se opone Winny a que la llamen débiles.

"Lo hicimos. Podríamos usar el poder de la luna giratoria para desenterrar magias profundas que podríamos usar para realizar maravillosas hazañas mágicas, leer las estrellas o crear grandes obras de arte", coincide Callos. "Pero sólo durante ese tiempo. Hizo que los primeros señores y damas temieran el mundo exterior; en comparación con el resto de Midscape y toda su magia, éramos débiles. Así que nos fortificamos en nuestras montañas y solo recibimos a los demás cuando había luna llena".

"Y entonces comenzó la tradición de la sangre", murmura Ruvan cuando nos detenemos ante otra estatua del Rey Solos. Lleva la misma corona que en la capilla, aunque esta corona está hecha de piedra, no de hierro y rubí. "Con la infusión de magia de sangre, pudimos fortalecer a nuestra gente más allá de la luna llena. Se añadió sangre nueva y todo su poder y experiencia al vampiro".

"Nos volvimos más rápidos y fuertes con cada incorporación. Podríamos abrir completamente nuestras fronteras al comercio y los viajes como lo habían hecho todos los demás reinos. Tempost se convirtió en un bastión del arte, la cultura y la música. Leemos las estrellas y los duendes cantan sobre nuestras habilidades para ver el alma de una persona a través de su sangre", dice Callos con orgullo.

"Y míranos ahora..." murmura Winny, pasando los dedos por las barandillas y las bases de las estatuas. "Hasta dónde hemos caído. Qué breve duró todo. Qué fácil fue para la misma magia que nos hizo deshacernos".

Callos la mira fijamente, desamparado. Sus ojos brillan con un anhelo que hace que me duela el corazón.

Ruvan también debe verlo porque dice: "¿Por qué no llevas a Winny a ver los tapices? Sé que le gusta coser".

"¿Estás seguro? Como archivero, es mi deber llevar un registro de la historia", objeta Callos, moviéndose con torpeza. "Hay más que discutir sobre King Solos y los primeros humanos en Tempost".

"Como actual señor de los vampiros, creo que estoy bien calificado para asumir esa responsabilidad". Ruvan inclina la cabeza en dirección a Winny; está inspeccionando lo que parece ser una réplica de la ciudad de Tempost en su caldera.

"Muy bien, grita si hay problemas", dice Callos, corriendo hacia

donde Winny ha vagado. Intercambian algunas palabras antes de desaparecer juntos por un pasillo lateral.

"Espero que no te moleste." Ruvan se vuelve hacia mí. “Su tiempo a solas con Winny es raro. Pensé que sería bueno para ellos”.

“¿Callos y Winny están saliendo?” Soy lento en la asimilación de estas cosas. Sabiendo que mi noviazgo siempre sería formal, breve y mayoritariamente organizado para mí por familia, fortaleza y ciudad, nunca le presté atención. Tal vez ahora no me sentiría constantemente caliente y frío con Ruvan si las cosas hubieran sido diferentes para mí y hubiera tenido más experiencia.

"Aún no. Quizás nunca”.

"¿Alguna vez?"

Ruvan se encoge ligeramente de hombros. "Nada está garantizado".

"Nada lo es", estoy de acuerdo, entrelazando mis dedos con los suyos. "Quizás por eso deberían hacerlo".

Él resopla suavemente, mirando hacia abajo como para ocultar su pequeña sonrisa. ¿Es el fantasma de un sonrojo en sus mejillas? “Quizás tengas razón. Probablemente nunca se habrían conocido si no fuera por la maldición”.

"¿Por qué?"

“Winny estaba entrenando para ser miembro de la guardia del castillo. Callos acababa de ganarse su puesto como director de la academia”.

"¿Academia?" Otra palabra más desconocida.

“No actúes tan sorprendido. Los vampiros estuvieron entre los primeros en registrar la historia escrita. Asumimos como responsabilidad registrar el presente y el pasado, así como el futuro que vimos a través de la magia de sangre. Nuestros anales se remontan casi en su totalidad a la formación del Velo, la barrera que separa este mundo del Más Allá.

"¿Hace cuánto tiempo fue eso?" Lo sigo mientras se acerca al pueblo en miniatura que Winny acababa de estar inspeccionando.

"Hace unos seis mil años".

Seis mil años… Apoyo mis manos en el borde de la mesa de piedra sobre la que se construyó la ciudad en miniatura. Necesito algo resistente. Seis mil. Es mucho tiempo. Más tiempo del que lleva en pie Hunter's Hamlet. Más tiempo que cualquier cosa que haya conocido.

"Me pregunto si hay algo en mi mundo tan antiguo", susurro.

“Estoy seguro de que sí. El Mundo Natural y el Paisaje Medio alguna vez fueron un mundo de vivos. Antes de que fuera entregada a

los humanos, gran parte de la tierra estaba ocupada por elfos, hadas, vampiros, mer, lykin y quién sabe qué otros monstruos y bestias mágicas vagaban por las primeras tierras con las que ahora sólo podíamos soñar, como dríadas o dragones.” Ruvan gira hacia el lado opuesto de la mesa. Señala un edificio alto. Lo reconozco como el que Quinn había estado mirando desde la ventana de mi herrería. “La academia está aquí. El museo está aquí. Y, por supuesto, conoces el castillo en la montaña. Mi lugar favorito, sin embargo, en toda la ciudad es la torre de las estrellas, aquí en esta línea de cresta. Los Sucumbidos lo habían superado antes de mi nacimiento. Pero vi fotografías de ello en libros y escuché historias de discos de vidrio que acercaban las estrellas ante tus ojos, tan cerca que ningún fragmento del futuro podía escaparte”.

Mientras Ruvan habla, señala. Lo sigo, vagando por el museo a su lado, absorbiendo toda la historia del vampiro que puedo caber entre mis oídos. Aprendo más cosas importantes: aprendo cómo el vampiro y el lykin finalmente dividieron territorios como resultado de que el lykin no estaba de acuerdo con la forma en que el vampiro abordaba la tradición de la sangre. El primero creía que la sangre sólo debería extraerse de animales, si es que alguna vez se extraía sangre, pero el vampiro necesitaba sangre profundizada por la experiencia para realmente obtener poder de ella. Me enteré de cómo se construyó la mitad de la ciudad después de que comenzó la historia, la velocidad y la fuerza que le brindó a los vampiros les permitieron construir el doble de robusta y dos veces más rápida.

Aprendo notas importantes sobre la historia. Su. Mío. Nuestro. Que mi hogar estuvo una vez en el territorio del vampiro. Que la fortaleza donde los cazadores hicieron su hogar era en realidad la puerta del extremo suroeste del castillo y es por eso que el muro se extiende hasta el mar, a través del Velo y hacia el castillo del que alguna vez fue parte.

Tengo preguntas, por supuesto. En el caserío dicen que la fortaleza y las murallas las hizo el primer cazador. Pero no contradigo a Ruvan. No quiero hacer nada que le haga dejar de hablar. Su voz es encantadora.

Además, la última vez que sentí tanta curiosidad por algo fue cuando mi madre me mostró por primera vez cómo hacer acero plateado. Pero ese era un conocimiento del que tenía alguna idea. Todo lo que me cuenta Ruvan es nuevo. Quiero saberlo todo. Lo he abrazado con los brazos abiertos y ahora quiero intentar abrazar

también la verdad de nuestros mundos, sea lo que sea.

“¿Qué es eso?” Pregunto, señalando a la derecha cuando llegamos a la T al final del pasillo por el que hemos estado paseando.

"De esa manera..." Tararea. "Creo que son armaduras de la antigüedad".

Inspiro profundamente. Viejo. Vampiro. Armadura. Tengo que verlo.

"¿Te gustaría verlo?" Ruvan lee mi mente y extiende una mano con una cálida sonrisa. Mi corazón da un vuelco.

"¡Pensé que nunca lo preguntarías!" Tomo su mano y lo tiro por el pasillo.

Él estalla con una risa más brillante que cualquier otra que haya escuchado de él. Combina con el oro brillante de sus ojos y el platino impecable de su cabello. "¿Sabes siquiera adónde vas?"

“¡No, pero tengo la intención de encontrar todo lo que pueda en el camino!”

"He desatado un monstruo". Sigue riéndose todo el camino mientras lo tiro, llevándolo de una habitación a otra.

"Estás equivocado", le digo.

"¿Qué?"

Le doy una pequeña sonrisa por encima del hombro, observando su rostro etéreo. El calor de su mano alrededor de la mía. Qué equivocado he estado... "Nunca hemos sido

monstruos".

El sol está bajo en el cielo y mi estómago está rugiendo cuando terminamos de recorrer cada rincón del museo. Ruvan y yo terminamos en un jardín de esculturas en la azotea convertido en un paraíso invernal. Las estatuas silenciosas miran con ojos vacíos a través de un hielo tan viejo que se ha vuelto azul.

Ruvan se adelantó y ahora se apoya en la barandilla, dándome tiempo y espacio hasta que finalmente esté lista para unirme a él.

"Parece que te has divertido". Él sonríe, pero no llega a sus ojos.

“Nunca antes había estado en un lugar como este. No sabía que existían”, admito finalmente. Esperaba que se riera de mí por la confesión, pero en cambio parece confundido. Realmente me va a hacer explicar esto. “No hay nada como esto en Hunter's Hamlet.

Aunque todavía somos una ciudad viva y funcional, no tenemos museos, ni academias, ni salas de conciertos o... ¿cómo lo llamaste? ¿Ese lugar que Tempost tuvo hace mucho tiempo, el de muchas jaulas que contienen curiosas bestias de diferentes formas y colores?

"¿Un zoológico?"

"Ciertamente nunca hay zoológicos en la aldea". Me río suavemente y apoyo los codos en la barandilla. La piedra helada es muy fría y, curiosamente, se siente bien. La nitidez es bienvenida. Entre el frío y el aire fresco, mi cabeza se siente más clara que en años. "Si tuviéramos muchos tipos diferentes de bestias, probablemente nos las comeríamos".

El viento se convierte en un tercer compañero a medida que se levanta, barriendo los picos para golpear mi cara, como si el mundo mismo se extendiera para acariciar mis mejillas y susurrar: Todo estará bien, no llores.

no estoy llorando, quiero responder. Pero no por el nudo que de repente apareció en mi garganta.

Su mano descansa ligeramente sobre la mía. “Cuéntame más sobre la aldea”.

“Bueno, el maestro cazador tiene el control de todo. Debajo de él hay un pequeño ayuntamiento que ayuda a gestionar los asuntos cotidianos fuera de la fortaleza. Ellos-"

“No, Floriane, cuéntame sobre la aldea a través de tus ojos. ¿Cómo fue allí para ti?

Lo miro a los ojos y el nudo en mi garganta empeora. Lucho por las palabras. Croar. Y aflojar mis flautas vocales con una risa amarga.

“Me atendieron. Era." No estoy muy seguro de por qué tengo la necesidad de enfatizar tanto eso. “Crecí con el amor de mi familia... pero ese es el único amor que conocí. Para el pueblo yo siempre fui la doncella de la fragua, la chica a la que casarían poco después de convertirse en mujer. Tenía todo lo que quería, pero nunca pude pedir más. Nunca podría soñar con eso”. Miro la ciudad en decadencia. “Había ruido y vida en la fragua, pero incluso allí yo era un extraño. Mi martillo se movió por los demás.

“Nunca tuve arte. Música, pero rara vez, sólo en ocasiones especiales, y nunca fue para mí simplemente disfrutarla. No tenía historia que leer, matemáticas ni educación más allá de la herrería. Lo único que he conocido es la supervivencia. Mis necesidades corporales fueron satisfechas mientras mi alma pasaba hambre”. Nunca he odiado más mi hogar que en este momento. Y, sin embargo, a pesar de

todo, todavía me encanta. Todavía está en casa. “Me pregunto si los primeros cazadores lanzaron la maldición por despecho”, me pregunto en voz baja. “Después de que se formó el Velo, nuestro mundo se volvió muy pequeño y quedamos aislados de todas las maravillas que hay aquí. No teníamos nada”.

Ruvan permanece en silencio el tiempo suficiente para que termine mirando en su dirección. Mira más allá del horizonte, con el ceño ligeramente fruncido.

“O lanzaron la maldición por odio a lo que el Rey Solos podría haberles hecho a aquellos primeros humanos durante el descubrimiento de la tradición de la sangre. El museo pinta la creación de la tradición sangrienta en colores rosados porque es nuestra historia. Nos ayudó. Pero pasa por alto el costo humano que tuvo en ese momento”. Ruvan niega con la cabeza. “¿Soy mejor que ellos? Maté a tu maestro cazador a sangre fría”.

"Pensaste que él era el ancla de la maldición".

"Habría matado a tu hermano si no hubieras intervenido". Sus solemnes palabras atraen mis ojos hacia él. El viento susurra entre nosotros pero suena como un abismo aullante. Por primera vez en semanas me siento lejos de él. "No habría sido mejor que Solos, derramando sangre humana porque podía, porque en ese momento yo era el que tenía el poder".

"Hablando de solos", empiezo y luego hago una pausa, buscando palabras. Sé lo que debo preguntar y, sin embargo, tengo miedo de hacerlo. Todo lo que han dicho sobre este rey, las palabras recortadas, la mención de humanos… no augura nada bueno para lo que necesito saber. "Me trajiste aquí con el pretexto de explicarme por qué Solos nunca trabajaría con un humano".

“Supongo que sí”. Él duda. Puedo sentir la incomodidad rezumando de cada centímetro de él. Puedo verlo en cómo cambia su peso, encorvando ligeramente los hombros.

"Dime; Prefiero saber toda la verdad que la color de rosa”. Lo miro a los ojos y mantengo su atención, quitándole cualquier duda de que estoy a punto de dejar el asunto en paz.

Suspira profundamente y guarda silencio durante un período de tiempo anormalmente largo. Cambio mi peso sobre la barandilla antes de que mi piel se vuelva entumecida y azul. Finalmente, cuando Ruvan habla, lo hace lentamente y con dolor. “Según las historias de Jontún, los primeros humanos que llegaron a Tempost fueron un pequeño grupo de viajeros que llegaron para los festivales de luna

llena. Querían investigar la magia del vampiro. Y obtuvieron más de lo que esperaban.

“Solos descubrió que la sangre humana era más potente y poderosa para nosotros que otras. Quizás debido a su conexión con las dríadas que las crearon por primera vez. Quizás por los rituales feéricos que les enseñaron. Probablemente una combinación. Pero eran demasiado valiosos para el vampiro como para simplemente dejarlos ir después del festival. Vinieron a nosotros esperando calidez y hospitalidad como las hadas... y nunca volvieron a ver sus hogares”.

"¿Se convirtieron en cautivos?"

Ruvan asiente levemente. “La mayoría de los vampiros no sabían lo que estaba pasando en ese momento. Incluso los escritos de Jontún desde el castillo sobre las acciones de Solos son breves. Protegió a su pueblo de la peor parte de sus crímenes”.

“¿Qué dicen esos escritos?” Ya se me revuelve el estómago, pero pregunto de todos modos. Tengo que saberlo. No puedo dejar que el asunto descanse.

“La sangre del humano se usó para descubrir la tradición sanguínea y fortalecer al vampiro. Hacia el final, algunos se perdieron en la experimentación sobre el fortalecimiento del cuerpo”. Él baja la cabeza. “Esas notas sólo se encontraron mucho después… pero, incluso si la mayoría de los vampiros no conocían el alcance total de lo que estaba sucediendo, eso no lo excusa. Nuestra fuerza se pagó con las vidas de inocentes”.

Vuelvo a mirar la ciudad y dejo que las palabras penetren en mí. Todos estos imponentes edificios y su esplendor fueron construidos con el poder de la tradición de sangre que alimenta al vampiro. Su belleza se ve empañada por una historia imperdonable.

“¿Cuándo terminó?” Pregunto.

“Justo antes de que se pusiera la maldición. Después de las muertes, los humanos restantes fueron llevados por uno de los suyos... finalmente aislados al otro lado del Velo. Solos no pudo cruzar con sus ejércitos para recuperarlos. Cuando intentó enviar un grupo de búsqueda, los humanos pelearon”.

“Los primeros cazadores”, me doy cuenta. Ese grupo de humanos, que huían de los horrores, fueron los fundadores de Hunter's Hamlet. Nuestra historia desde el principio ha estado llena de sangre y odio hacia el vampiro. "Por eso pensaste que el ancla maldita estaba al otro lado del Velo, y por qué fueron los cazadores quienes la colocaron".

"No puedo decir que no mereciéramos la maldición". Su admisión

me sorprende. Siempre se ha hablado de la maldición como lo más horrible que le puede pasar al vampiro. Pero la verdadera historia es mucho más complicada. “No espero que me perdones por las acciones de mis antepasados, pero lo siento por ellos. Y una vez que se levante la maldición y el poder del vampiro se restablezca por completo, haré todo lo posible para enmendar a la gente de Hunter's Hamlet”.

Estoy en silencio. El aire invernal de Tempost congela mis pensamientos. Busco, en lo más profundo de mí, la rabia candente que una vez sentí hacia el vampiro y no encuentro nada. Se ha enfriado y endurecido hasta convertirse en una resolución más firme: en la mujer en la que estoy trabajando para convertirme. Incluso frente a estas revelaciones, todavía no odio a estas personas. La maldición fue puesta hace tres mil años. Cien años antes de que naciera el propio Ruvan.

Ruvan va a alejarse. Agarro su mano y su mejilla, guiando sus ojos hacia los míos.

"Voy a obligarte a cumplirlo, ¿sabes?", digo en voz baja, con firmeza.

"¿Me odias?" susurra, con los ojos brillantes.

"¿Odiarte de nuevo?" Sonrío levemente. Él resopla divertido. Es lo más cerca que podemos llegar a la levedad en este momento. “No fuiste tú quien puso la maldición. No te culpo por ello y no te culpo por querer salvar a tu gente. Esta maldición, justificada o no cuando se hizo, nos está lastimando a todos ahora. Creo que los fundadores de la aldea hubieran querido que esto terminara si hubieran sabido que su propia gente resultaría perjudicada y vinculada para siempre al vampiro. Tenemos que seguir adelante”.

Ruvan me mira fijamente como si yo fuera la fuente de la luna y las estrellas. Sus labios se abren ligeramente, su rostro se relaja y, por un breve segundo, creo que está a punto de llorar. Pero luego, risas.

"¿Puedo besarte?" él pide. Dadas nuestras acciones mutuas, me sorprende que sienta la necesidad de preguntar. Y, sin embargo, después de nuestra discusión actual, lo aprecio (y a él por ello) aún más.

"Puedes."

Me atrae hacia él, me besa con firmeza pero con suavidad y, por un breve momento, el mundo se detiene.

No hay nada particularmente sensual en el beso. Quizás sea la falta de lujuria lo que lo hace aún más dulce. Esta expresión de pura alegría y aceptación con alguien a quien he llegado a conocer y

cuidar. Explorar el museo hoy fue posiblemente uno de los mejores días de mi vida y este hombre, no el señor vampiro ni sus antepasados, fue quien me lo regaló.

Tengo la intención de decírselo mientras nos alejamos, pero las nubes se mueven en la distancia. Un rayo de sol nos golpea y lo vuelve todo dorado. Sería pintoresco, si no fuera por el gesto de dolor de Ruvan.

“¿Quieres entrar?” Pregunto suavemente. Me pregunto si el sol se está volviendo más mordiente con el avance de la maldición sobre él. Es otro recordatorio más de que se está desvaneciendo de este mundo. No significa que esté mucho más tiempo con nosotros.

“No, quiero ver el atardecer. No sé cuántos me quedan por ver”. De alguna manera es peor escucharlo expresar mis pensamientos en voz alta.

“¿Necesitas mi sangre?” Pregunto.

“Aquí no”, murmura, de repente rezumando malestar. ¿No quiere que Winny o Callos lo vean? Ciertamente ya son conscientes de nosotros. —No debería... Te he pedido demasiado, Floriane. Hoy realmente ponemos todo en perspectiva”.

"¿Todo?" Me hago eco.

"Mi historia. Lo que mis antepasados hicieron por su propio bien, ignorantes o indiferentes al costo que conllevaba. Quería ser mejor que ellos. Incluso cuando era un bruto y te tomé, juré que no sería el monstruo que pensabas que era”.

"¿De qué estás hablando?"

“No tenía ninguna intención de usarte por tu sangre. Mi único objetivo era conseguir que abrieras la puerta”.

"¿Nunca?" ¿Está honestamente tratando de decir que el pensamiento nunca pasó por su mente?

“Bueno, tal vez si te convirtieras en un problema”, confiesa con una sonrisa un tanto tímida que rápidamente abandona. "Pero nunca me ha gustado lo que pasó".

Han pasado tantas cosas en tan poco tiempo. Es difícil decidir exactamente en qué se centra principalmente. “Lo que pasó” entre nosotros no parece nada malo. Pero podría ser que él necesite su propio espacio para procesar. Sin duda, nuestra discusión ha sacado a relucir las voces de su pasado, tal como hice yo con la mía esta mañana.

"Perdón por no convertirme en un problema". Intento mantener la ligereza. Me divertí hoy, a pesar de todas las probabilidades,

realmente lo hice. No quiero que las cosas se pongan amargas al final.

"Creo que definitivamente lo hiciste", murmura.

"Entonces es mutuo", estoy de acuerdo en voz baja. ¡Deberías intentar matarlo! Una parte de mí todavía se queja. Mantén tu mano sobre la suya, otra voz, suave, fuerte y ajena a todo lo que pensé que era, susurra desde lo más profundo de mi pecho. Resuena desde un lugar previamente sofocado y mayoritariamente ignorado.

Se oyen pasos crujir en la nieve y el hielo detrás de nosotros. Lenta y sutilmente quito mi mano de la suya.

“¿Están ustedes dos listos para regresar?” pregunta Callos. "Se está haciendo tarde."

Ruvan se aleja de la barandilla. Espero que diga que sí, pero en cambio me sorprende cuando dice: "Todavía no".

"¿Oh?" Winny inclina ligeramente la cabeza.

"He decidido llevar a Floriane a la academia".

Winny y Callos intercambian una mirada, una que encierra una conversación silenciosa que sólo ellos parecen ser capaces de discernir. Callos finalmente habla. "Creo que es una buena idea".

"Yo también." Winny parece más reacia, pero su acuerdo parece sincero.

"¿Tú haces? ¿Ustedes dos?" Ruvan está sorprendido.

“Floriane debería seguir aprendiendo sobre nosotros. Y más allá de la historia de la sangre, no hay nada más importante en nuestra historia que la larga noche”, dice Callos.

“¿Seguimos adelante de nuevo?” Pregunta Winny.

"Creo que me gustaría llevarme a Floriane sola".

"Se hace tarde, mi señor." Ella mira hacia el sol poniente.

"Sólo estaremos por un corto tiempo, regresaremos mucho antes del verdadero anochecer". El tono de Ruvan deja claro que no quiere que lo vuelvan a interrogar.

Callos parece darse cuenta. Apoya una mano en el hombro de Winny. "Nuestro señor puede cuidar de sí mismo, sin embargo, ciertamente me vendría bien una escolta de regreso".

"Está bien", cede Winny. “Ventos mantiene la academia bien vigilada de todos modos. Pero si no regresas dentro de una hora, todos iremos a buscarte”.

"No esperaría menos de mis leales vasallos". Ruvan sonríe y me tiende la mano. "¿Debemos?"

Lo tomo y nos llevamos a la oscuridad.

Cuando el mundo se rematerialice, estaremos ante lo que sé sin

duda es la academia. Incluso si Ruvan no me lo hubiera señalado en la miniatura de la ciudad, conocería su arquitectura en cualquier parte. Desde el arco apuntado sobre la entrada hasta los cuatro campanarios, todo ha quedado grabado en el paisaje de mis sueños, ligado a esta circunstancia imposible en la que he estado entretejido.

"Por aquí." Los movimientos de Ruvan tienen una reverencia solemne mientras entramos. Intento seguir su ejemplo, sin estar muy segura de qué esperar mientras subimos las escaleras. Se detiene sin previo aviso. "Este lugar... ¿No le dirás ni una palabra a los de Hunter's Hamlet?"

"Lo juro."

"¿No importa lo que pase?" Los ojos dorados de Ruvan son penetrantes. Intenso. Sondeo.

"Pase lo que pase", repito asintiendo. “Callos prometió destruir la información que le di sobre Hunter's Hamlet si no logramos romper la maldición. Prometo lo mismo con cualquier cosa que estés a punto de mostrarme”.

La intensidad se desvanece de su rostro y toma mi mano, apretándola. El movimiento es familiar y tranquilizador. Es amigable, pero también de alguna manera más íntimo.

Confiamos unos en otros, profunda y verdaderamente. ¿Cuándo pasó eso?

Me lleva bajo el arco principal.

La entrada inmediata a la academia es una pequeña sala. Hay un escritorio de piedra, con un símbolo estampado en la pared detrás que nunca había visto antes. Puedo decir que es otra marca de sangre, pero no tengo idea de quién es. Continuamos por los pasillos de la academia, dirigiéndonos directamente hacia donde están las montañas y luego descendiendo.

Al principio, el pasillo está bien formado, pero después de dos habitaciones más y a través de otra puerta, se vuelve tosco y deforme. Este no es un pasaje bien planeado; su construcción huele a prisa. Desesperación. Una preocupación inexplicable sube por mi garganta. Trago fuerte y trato de desterrar la sensación hacia un éxito leve.

Nos detenemos ante una puerta de hierro. Sé que algo anda mal por cómo Ruvan se detiene abruptamente, con un brazo extendido para detenerme. Protégeme. Inhala profundamente y su comportamiento cambia. Sus músculos están tensos. El aire a su alrededor parece vibrar con poder.

Se está preparando para la batalla.

Agarro mi hoz y lentamente me acerco a él. Ruvan abre la puerta y estoy listo para saltar. El movimiento casi me hace balancearme, pero me detengo en el último segundo.

Una pregunta gruñona corta el silencio. "¿Qué estás haciendo aquí?"

CAPITULO 29



Debería haber hecho el swing cuando tuve la oportunidad. Debería haber hundido mi hoz en la inteligente boca de Ventos. Salgo de mi postura; Ruvan también lo hace.

"Quería mostrarle la caverna", responde Ruvan, a pesar de que soy yo quien Ventos está mirando hacia abajo.

"Ella no tiene nada que hacer aquí".

"Ella lo hará si yo lo digo".

"No me importa irme", interrumpo. La atención de ambos está puesta en mí. "A pesar de lo que puedas pensar, Ventos, mi objetivo no es hacerte sentir incómodo".

"No, tu objetivo es matarnos".

"No estoy tratando de matar a ninguno de ustedes". Al menos ya no. Aunque Ventos sigue poniendo a prueba mi determinación.

"No más." Ruvan apoya una palma firme sobre el hombro de Ventos, dándole una sacudida al hombre corpulento. "Ella no es tu enemiga".

Ventos mira de Ruvan a mí. “Si te pasas de la raya aquí, aunque sea un dedo del pie, te mataré. No me importa si eres el jurado de sangre del señor actual. No me importaría si fueras la reina de los vampiros. Voy a matarte." Esta no es una amenaza vana. No está tratando de hacerme sentir fuerte ni de animarse a sí mismo. Se trata de una promesa firme y decidida. Tranquilo y seguro en su letalidad.

“Vento—”

Antes de que Ruvan pueda terminar, Ventos ya se ha alejado, su forma se vuelve confusa entre el frío que se riza en el aire casi como escarcha, iluminado de forma poco natural por las puntas dentadas de cristal. El señor vampiro se vuelve hacia mí. "Lo lamento."

"¿Para qué? No le envidio su escepticismo”.

"¿No lo haces?"

Me encojo de hombros. "Había estado planeando encontrar una manera de matarte en el momento en que terminara el juramento".

Ruvan parpadea, la sorpresa pasa rápidamente por su rostro antes de liberar la tensión con una risita baja. "La idea también pasó por mi mente".

"Es bueno saber que tuvimos tanto en común desde el principio".

"Ah, sí, ambos contemplando el asesinato, una combinación inteligente hecha allí mismo". Ruvan extiende su codo. "Si todavía estás dispuesto a ver, me gustaría mostrarte a mi gente".

Tomo su codo y entro en una caverna más fría que la muerte.

Todo está bañado por un tenue resplandor rojo. Pero la luz es tan tenue que no puede alcanzar el techo cavernoso ni las paredes de ninguno de los lados. El espacio es tan vasto que parece como si se extendiera hasta el infinito. Parpadeo, obligando a mis ojos a adaptarse, aprovechando la magia que Ruvan me dio para ver. Pero ni siquiera yo puedo ver los confines más lejanos.

El brillo es emitido por puntos dentados de lo que parecen rubíes del tamaño de personas. Casi tropiezo por las cortas escaleras hasta el suelo de la habitación cuando me doy cuenta de que hay gente. Cientos de ellos.

Me acerco a uno de los vampiros, congelado en el tiempo. Es un hombre con los brazos cruzados sobre el pecho. Está suspendido apenas del suelo, el cristal ligeramente acumulado debajo de sus talones y dedos de los pies. Pequeñas orquídeas brotan alrededor de la base del cristal, también brillan y emiten un leve aroma floral. Parece tranquilo, como si estuviera durmiendo. Inclino la cabeza de un lado a otro para poder ver mejor a través de los bordes irregulares y los planos suaves de la crisálida.

Ruvan me permite inspeccionar y luego continúa guiándome a través de las filas de personas dormidas de todas las formas, tamaños y colores. Nunca imaginé un lugar con tanta gente. Pero se necesitaría una población poderosa para llenar las calles de arriba. “¿Estos son… todos?”

“Esto es sólo un tercio de lo que éramos. Y estas son sólo las

personas que podríamos salvar. Las personas que podrían ser arrestadas lo suficientemente rápido y que podrían realizar los ritos de sangre para dormir durante la larga noche. Se detiene ante un libro colocado sobre un pedestal en el centro de la habitación. Faltan personas en los peldaños del tomo: cristales irregulares en el suelo, que ya no brillan y son tan oscuros como sangre vieja, son los únicos restos de cientos.

“¿La magia falló en algún momento?” Pregunto.

“No, estos son los que fueron despertados. Los señores y damas y sus pactos que nos precedieron”. Ruvan suspira. “Aproximadamente cada ochenta o cien años, suponiendo que todo vaya bien, se entrega a los guardianes y líderes. Hay un nuevo señor o dama vampiro que se despierta y siete se despiertan con él o ella como sus asistentes y protectores jurados. Al final de su vida, por muy rápido que llegue, si la maldición aún no se ha roto, despiertan en la siguiente ronda”. Él apoya una palma sobre el libro. “Los fundadores originales planearon cinco mil años de señores y damas. ¿Quién hubiera pensado que eso podría no ser suficiente?

Cada base de cristal dentada, opaca sin la magia del vampiro que la sostiene, representa a una persona. Alguien con un sueño. Alguien que tuvo una vida que dejó atrás al cerrar los ojos durante la larga noche.

"Debe ser discordante", susurro, arrodillándome para pasar mis dedos por las puntas de cristal. “Irse a dormir y despertar miles de años después”.

“Ciertamente no es fácil. Puede llevarnos meses aclimatarnos… Callos deambuló por la academia durante días y días cuando nos restauraron por primera vez y Lavenzia se sentó en el armazón de su panadería favorita, en silencio”, dice Ruvan, cautelosa. Su mirada es distante y atormentada. “Los guardianes son poco más que fantasmas. Y desde el momento en que nos despiertan, sabemos que nuestras posibilidades de volver a ver a nuestros seres queridos son casi nulas”.

Se aleja del pedestal y del libro y comienza a recorrer las filas. Lo sigo en silencio. Puedo imaginar los ojos del vampiro mirándome mientras paso por detrás de sus párpados. Acusatorio.

¿Realmente hicieron esto los primeros cazadores? Incluso si lo hicieran... e incluso si Ruvan tiene razón y el Rey Solos trató a un grupo de primeros humanos como poco más que animales con los que experimentar y matar para obtener nuestra sangre... esas fueron las acciones de un solo hombre. ¿Cuánto más tendrán que esperar estas

personas hasta que hayan pagado sus cuotas? ¿Cuánto sufrimiento se les debería infligir hasta que sea suficiente?

¿Quiénes eran los verdaderos monstruos hace miles de años? ¿Quiénes son ahora? Alguna vez estuve tan seguro de esa respuesta y ahora no tengo idea.

"Aquí", dice Ruvan en voz baja, deteniéndose ante una cáscara rota de rubí oscuro. Estoy junto a él. Algo me obliga a rodearle el suyo con mi brazo. Nuestros lados están al ras. Examino su rostro de perfil mientras espero que esté listo para decir lo que sea que claramente haya guardado bajo llave. “Aquí era donde yo estaba”.

"¿Cuánto tiempo hace que te despertaron?" Miro fijamente el caparazón vacío. La piedra rota, opaca sin su magia para alimentarla. Creo que esto se mencionó en algún momento, pero parece que hace años que llegué por primera vez. Entonces no era la misma mujer que soy ahora y escuchaba las cosas (o no las escuchaba) de manera diferente. Mi mundo todavía era simple.

“Hace apenas un año. El último señor tardó mucho en despertarnos justo antes de la Luna de Sangre para que tuviéramos nuestra máxima fuerza. Tiempo suficiente para aclimatarnos, leer los registros de los pactos anteriores, perfeccionar nuestras habilidades y sacudirnos el polvo; pero no lo suficiente como para languidecer o, peor aún, sucumbir a la maldición”.

Veo a Ruvan de otra manera nueva. Nació en una época diferente. Él, todos ellos, creció en un Tempost que estaba en plena caída. Se encerraron en rubí mientras su mundo se desmoronaba, sin saber cuándo, o si alguna vez despertarían... o con qué despertarían.

"Lo primero que hice cuando desperté... fue matar al último señor". El brazo de Ruvan tiembla levemente. Se queda mirando a la nada, sin duda mirando directamente a esa noche de hace un año. “Estaba sucumbiendo a la maldición pero aguantando porque el resto de sus vasallos ya habían caído. Tenía que ser él quien nos despertara. Se esforzó hasta el borde para hacerlo. Y tenía que ser yo quien lo matara”. Ruvan se cubre la cara con la mano y mira hacia otro lado. “Sin embargo, todas las noches sigo pensando en él. Sus ojos oscuros. Cubierto en su sangre. Y yo... yo...

"Todo está bien." Aprieto mi agarre y cambio mi peso de un pie a otro. Sin pensar ni dudar, apoyo las yemas de mis dedos en su barbilla y guío su rostro hacia el mío. Su mano cae y me mira con esos ojos suyos, atormentados y brillantes. “Hiciste lo que tenías que hacer”.

"Lo sé. Pero... fui yo quien le talló el pecho y, sin embargo, el mío

es el que tiene el agujero”.

Mi mano cae para descansar en el centro de su pecho. “Aquí no hay ningún agujero”, le aseguro. "Sólo el fuerte latido del corazón de un buen hombre".

Su mano envuelve la mía, acercándome a él. Sin mirar a su alrededor para ver dónde podría estar Ventos, Ruvan inclina su cabeza hacia abajo y presiona su frente contra la mía. Sus ojos se cierran y los míos también. Por un momento respiramos juntos. Nos apoyamos el uno en el otro y mis pensamientos se desvanecen.

"Gracias", susurra.

"¿Para qué?"

"Por no ser el cazador que pensé que eras". Puedo escuchar la sonrisa en sus labios sin abrir los ojos. “Por darme a mí, a todos nosotros, una oportunidad”.

Me río suavemente. "Incluso el acero más fuerte puede doblarse... con suficiente paciencia, tiempo y fuerza".

Ruvan se aleja con una pequeña sonrisa. El momento se disipa lentamente. No es una sensación de quiebre o chasquido. No se deshace abruptamente. Pero se desvanece. Se instala. Hay un nuevo sentimiento entre nosotros ahora. Cada emoción se profundiza cuanto más lo entiendo y más él me entiende.

"Deberíamos regresar". Él se aleja. Lo libero, pero es más difícil que nunca. Y no como resultado de algún deseo profundo. Pero un anhelo silencioso. Un deseo de estar cerca. "Se está haciendo tarde."

"No queremos que los demás vengan a buscar", estoy de acuerdo. Estoy lista para volver a acostarme con él y, con suerte, mañana por la mañana no tendré que escapar.

Ruvan escanea la habitación, entrecierra los ojos y se dirige en una dirección distinta a la puerta. Ventos se encuentra frente a otro vampiro encapsulado. Su mano descansa ligeramente sobre el cristal.

“¿Es ese un futuro guardián? ¿O la dama del vampiro? Me inclino para preguntarle a Ruvan en voz baja.

Él ralentiza su paso. "No. Ella no es uno de los líderes y no se registró para ser tutora. Ella quería hacerlo, pero Ventos no la dejó…”

“¿Quién es ella entonces?”

“Su juramento de sangre. Su esposa."

Parpadeo. Varias veces.

Jurada de sangre... ¿esposa?

CAPITULO 30



¿Esposa?

¿Esposa?

Mi mente repite la palabra una y otra vez. ¿Son los juramentos de sangre y la esposa lo mismo en la sociedad vampírica? “Ruvan…” No tengo oportunidad de preguntar.

"Ventos, nos dirigimos de regreso al castillo".

“Sigue adelante”, dice Ventos.

"Se hace tarde y Lavenzia se quejará si tiene que venir a buscarte mientras los Sucumbidos están más activos".

Ventos suspira. "Bien, bien."

Se aleja del lado de su esposa y se alinea con nosotros mientras atravesamos al otro vampiro dormido. Intento concentrarme en cualquier cosa que no sea juramento de sangre y esposa usada en la misma oración, que posiblemente tenga el mismo significado. Mi desesperación me hace pedirle a Ventos más información personal de la que jamás he... o deseado.

“¿La visitas a menudo?”

Me mira de reojo. "¿Qué es para ti?"

"Tengo curiosidad. Ruvan dijo que ella es tu... Me ahogo un poco con la palabra y me aclaro la garganta, recuperándome rápidamente. "… esposa."

Ventos mira a Ruvan, pero rápidamente abandona la emoción con un profundo suspiro. "Sí, ella es. Y solía venir mucho más. Había pasado demasiado tiempo”.

“¿Todavía vienes antes de hacer algo que pueda provocar que te

maten?” Pregunta Ruvan.

"Cada vez." Ventos se cruza de brazos, como si intentara protegerse de estas preguntas personales.

“¿Alguna vez pensaste en despertarla?” Nunca antes había visto a Ventos tan vulnerable o tierno. No puedo evitar preguntarme qué tipo de mujer terminaría con él. Por primera vez, pienso en él como si tuviera una parte de él que podría considerarse suave.

"Cada día. Pero más que quererla como compañera, quiero construir un mundo al que ella pueda regresar. Quiero ayudar a poner fin a esto para que ella pueda despertar y ayudar a reconstruir”. Él sonríe débilmente, los brazos caen inertes a sus costados. “Ella es una sanadora brillante y una de las últimas. La generación de vampiros que regrese al mundo la va a necesitar. Ella es demasiado preciosa para desperdiciarla con nosotros ahora”.

"Haremos un buen mundo para ella", digo.

Parece sorprendido por mi confianza. Ventos hace una pausa y yo también. Me mide de arriba a abajo. Por primera vez, creo que estoy cerca de dar la talla.

"Encárgate de hacerlo, Floriane". Ventos se adelanta.

"Creo que es la primera vez que usa mi nombre", murmuro.

"Cuidado", me susurra Ruvan al oído. "Antes de que te des cuenta, te llamará 'amigo'".

Reflexiono sobre esto durante el corto camino de regreso al castillo. No damos un paso hasta que salimos de la academia, así que supongo que tiene algún tipo de protección similar a la del castillo. El silencio momentáneo me da la oportunidad de intentar desenredar mis pensamientos... menos sobre Ventos y más sobre lo que dijo Ruvan.

Esposa.

La palabra vuelve con toda su fuerza al primer plano de mi mente mientras me levanta en sus brazos para llevarme de regreso a través del contrafuerte que conduce a la escalera de caracol y la capilla. Lo único que puedo pensar es en los recién casados en Hunter's Hamlet. Socios que alzan a sus cónyuges para llevarlos a través del umbral de su casa. Me transportan de regreso a mi ciudad. Ruvan está ahí conmigo.

Estoy luchando contra una risa enloquecida al pensar en el señor vampiro con colmillos en Hunter's Hamlet, llevándome a la herrería en un compromiso para poder llevarlo a la casa. Mis pensamientos giran hasta que lo veo sentado en mi mesa frente a Drew y mi madre. Estoy imaginando hábitos domésticos y nocturnos y acostándome

junto a él, imaginando más, mucho más de lo que hemos hecho hasta ahora. Nos quitamos la ropa. El matrimonio está consumado.

"¿Todo está bien?" Pregunta Ruvan mientras me deja en el suelo. Ventos se ha detenido en lo alto de las escaleras.

“No”, respondo sin rodeos. Los ojos de Ruvan se abren un poco. "Creo que tú y yo deberíamos hablar". Le doy a Ventos una mirada penetrante.

Es rápido en la asimilación. "Haré que todos sepan que has vuelto a salvo". Ventos no pierde el tiempo en huir de la creciente tensión.

"¿Qué ocurre?" Ruvan también se ha dado cuenta.

“Voy a hacer una pregunta simple y necesito una respuesta simple…” Me detengo cuando lo miro a los ojos. No tienes que preguntar, susurra una vocecita desde el fondo de mi mente. No es necesario que lo sepas. Porque lo que Ruvan diga a continuación podría cambiarlo todo. Esta frágil paz. Este cariño. Será diferente si… si… “¿Son los juramentos de sangre y la esposa lo mismo para el vampiro?”

El shock relaja los músculos del rostro de Ruvan, uno por uno. Sus labios se abren ligeramente. Intentan formar una palabra y fallan. Quiero correr, huir de lo que está pasando. Lamento esta elección que he hecho.

“Es complicado”, dice finalmente. El vínculo entre nosotros parece zumbar incómodamente. Está esquivando mi pregunta. Una media mentira.

“En realidad no lo es; es una pregunta sencilla. ¿Sí o no?"

"El vampiro existió mucho antes de la tradición de la sangre, mucho antes de que fuera posible jurar sangre con alguien..." Ruvan se calla, apartando sus ojos de los míos. Doy un pequeño paso adelante y vuelvo a llamar su atención. Bajo ligeramente la barbilla y reúno toda la intensidad que puedo manejar. Ruvan suspira antes de continuar. "Pero después de que el rey Solos creara la tradición de la sangre, se volvió común jurar sangre en lugar de otras ceremonias, ya que es una vinculación más profunda que cualquier otro voto".

La sangre corre por mis oídos, impulsada por el martilleo de mi corazón, y me deja sordo. Mis dedos hormiguean; Mis brazos se han entumecido a mis costados. Son pesados. Todo mi cuerpo se ha vuelto incómodo. Mi espíritu quiere volar, salir de este lugar, no escuchar lo que dijo.

Mientras las palabras se asientan en mí, la expresión de Ruvan también cambia ligeramente. Sus ojos brillan con un dolor que

rápidamente entierra. Su rostro se vuelve inexpresivo, pasivo. El muro insuperable del señor vampiro que conocí por primera vez regresa.

"Entonces estamos... tú y yo estamos... ¿estamos casados?" Finalmente lo logro.

"Cree lo que quieras". Intenta pasar a mi lado.

Lo atrapo por la muñeca y lo sujeté con fuerza. Miramos en diferentes direcciones, los brazos apenas se tocan, incapaces de vernos cara a cara en este preciso segundo. "¿Qué crees?"

"No importa."

"A mí me parece así". Es lo único que podría importar.

“Floriane…”

"Deja de eludir nuestro vínculo y dime la verdad, por favor".

“No tuve otra opción. Salí en la noche de la Luna Sangrienta, sabiendo que podría morir, sabiendo que las personas que me importaban podrían morir, porque pensé que el ancla maldita yacía en el corazón del maestro cazador”.

Davos, muerto en el suelo. Con los ojos muy abiertos y ensangrentado. Las palabras de Ruvan de esa noche resuenan en mí. Dime dónde está. Palabras que aún no entendía. Drew pasa por mi mente, un dolor punzante en mi pecho. Sigue vivo, tiene que estarlo, me niego a creer lo contrario. Pero si no lo es… ¿qué significará eso para Ruvan y para mí? Otra pregunta que nos rodea para la que no tengo una buena respuesta.

“Fui un tonto al ir en contra de mi asesor. Callos me dijo que el ancla maldita no podía estar en un humano pero no le creí. Y luego, tú… En ti vi la única oportunidad que teníamos. La Luna de Sangre es una noche, y si yo estaba equivocado y Callos tenía razón, necesitábamos un humano. Te elegí porque no tenía otra opción. Porque”—el brazo que estoy sosteniendo se relaja—“cada vampiro está esperando, esperando, que alguien ponga fin a esta larga noche. Y se nos acaba el tiempo. Solo tenemos tanta sangre para sostener el encantamiento sobre todos mis parientes dormidos. Cada quinientos años entre Lunas de Sangre disminuye nuestros recursos cada vez más hasta el punto de casi romperse”.

Su voz se ha vuelto entrecortada. El cabello cae sobre sus ojos ensombrecidos mientras se encorva. Mi agarre se afloja sobre él.

“Tenía que mantenerte con vida. Sabes que lo hice. Lo entiendes, ¿no? Ruvan dice suavemente. “No importaba si mantenerte con vida significaba convertirte en mi juramento de sangre o cómo mi gente vería nuestro vínculo: el señor de los vampiros tomando a un cazador

humano como su juramento de sangre. No importaba cómo me sentía y, en ese momento, Floriane, no me importaba cómo te sentías tú. Había decidido que si eso significaba que la maldición terminaría, todo valdría la pena”.

"Pero entonces la maldición no terminó", susurro lo que ambos sabemos. Nos empujó hacia el aquí y el ahora. Hacia lo que ambos hemos estado ignorando sin ser plenamente conscientes del hecho. “El presentador no estaba en Davos ni en el taller. Entonces, ¿dónde... qué... nos deja eso?

Se endereza y me mira con los ojos recorriendo todo mi rostro. Sus labios se separan de nuevo y arrastra ligeramente su pulgar tembloroso sobre el mío. Me pregunto si siquiera se da cuenta... o si se está moviendo solo. Por instinto. Sobre las necesidades que hemos estado complaciendo y reprimiendo, noche tras noche y día tras día.

"Aún estoy intentando romper la maldición", susurra.

"Eso no es lo que quise decir." Sacudo la cabeza lentamente. Escucho las voces de la gente del caserío. Sus miradas de desaprobación se vuelven demasiado para mí. De repente, vuelvo a ser sólo la doncella de la forja. Llevando el peso de sus expectativas. "No puedo... no puedo casarme con un vampiro". Mi voz se ha vuelto pequeña. “Soy la doncella de la forja; Voy a casarme con un hombre elegido por el maestro cazador.

Su agarre se afloja. Su mano cae de mi alcance mientras estudia mi expresión. "¿Incluso si no quieres serlo?"

"Nunca ha sido mi elección", susurro. “El único sueño que me permitiría, rara vez, sería soñar con elegir mi vida y mi pareja. Si me casara, lo haría por amor”. Cada palabra es más difícil de decir que la anterior. “Pensé que tenía una opción aquí. Me decía a mí misma que aquí podría ser la mujer que quería, hacer lo que quisiera. Pero no pude, ¿verdad? Me quitaste eso tanto como ellos”.

Sus ojos se abren ligeramente. Ruvan habla apresuradamente. “No es como si los de tu especie reconocieran a nuestros juramentos de sangre. Ni siquiera necesitan saberlo”.

"Pero yo sé." Toco la marca en la base de mi garganta. Hace calor, tanto como esta necesidad, esta frustración, que arde dentro de mí cada vez que miro esta exquisita escultura de un hombre. "Sé que soy..." Sacudo la cabeza y reúno el coraje. Mis ojos se encuentran con los suyos. "¡Que soy tu esposa!"

La expresión de Ruvan sigue siendo completamente ilegible. Se acerca paso a paso, cerrando la totalidad del espacio entre nosotros.

Inspiro profundamente y todo lo que respiro es a él: el olor del fuego que crepita en su habitación, el musgo que crece en las paredes del castillo, el cuero y la madera viejos y el espíritu de este mismo castillo se manifiesta en el aire que lo rodea. Es embriagador. Es agonizante. Estoy mareado.

"Si quieres, no puedes ser nada para mí", susurra con brusquedad.

"Pero los juramentos de sangre..."

"No será nada en el momento en que rompamos la maldición".

"¿Y si no podemos romperlo?"

Una sonrisa afilada como una hoz se curva en sus labios. Es amargo. Casi siniestro. Es algo que no he visto de él desde que llegué por primera vez a Midscape.

"Si odias tanto que te juren sangre, entonces será mejor que luches con todas tus fuerzas para romperlo". Él se aleja.

"No es que odie—yo—yo—" Sólo quería una opción.

"No necesitas apaciguarme". Su hombro roza el mío cuando pasa. Me quedo a su paso. Aturdido. Aturdido.

Para cuando puedo volver a formar palabras, ya se ha ido.

Las nevadas son intensas en Tempost y se acumulan en los aleros y los lados de las calles. Cientos de personas lo pisotean y lo apartan mientras se afanan. Avanzo asombrado.

Burbujas de caramelo caliente en un caldero. La noche está teñida de naranja por palos brillantes, llevados por niños ansiosos. Una mujer se inclina sobre un puesto callejero, intentando repartir colgantes con constelaciones.

"¡Con las estrellas en tu cuello, el destino es tuyo!" Ella llama.

Hago una pausa.

"Honestamente, no estás pensando en comprar uno, ¿verdad?" Un hombre está a mi lado con un tono de cabello castaño similar al mío y ojos verdes familiares. "No es real, ¿sabes?"

"Sé para qué vine aquí". Le doy unas palmaditas a la bolsa en mi cadera. En su interior tintinean unas cuantas monedas.

Vine aquí para...

Hay un hombre delante de mí ahora. Diferente al que estaba a mi lado

antes. Un hombre con ojos dorados muy familiares y cabello largo y blanco recogido debajo de su capucha.

Un hombre aún desconocido.

Un hombre que sonríe con el peso del destino.

"Dame la mano", dice, "tengo tiempo para una más".

Me arrodillo ante él y le tiendo la palma de la mano. El vampiro lo toma con ambas manos y lo acerca hacia él. Se inclina y separa lentamente los labios. Los colmillos se hunden en la carne en la base de mi pulgar. Lo suficiente para romper la piel. Cuando la punta de su lengua pasa por mi carne, tiemblo.

Sus ojos se dirigen hacia los míos. Inspiro profundamente.

"Tú…" susurra, "eres nuestro destino".

Han pasado días y apenas nos hemos hablado una palabra desde nuestro… ni siquiera sé cómo llamarlo. ¿Argumento? ¿Desacuerdo? ¿Conversación intensa? ¿Debate?

Dejo caer mi martillo con un fuerte sonido metálico que está en perfecta armonía con la frustración que hierve dentro de mí. Ni siquiera ha bebido de mí durante este tiempo. Puedo ver los huecos de sus mejillas haciéndose más profundos. Las sombras se aferran a ellos. Sacudo la cabeza. Todavía no puedo creer que quiera que beba de mí. Pero necesita su fuerza.

¿Como llegué aquí?

La pregunta permanece en el fondo de mi mente. Persistente. Claro. Pero las respuestas son más confusas que los sueños que intentan huir de mí cada amanecer.

Por supuesto que sé cómo llegué aquí, en el sentido de que conozco los eventos que me llevaron a este lugar y momento en particular. Recuerdo cada paso que se dio. Cada decisión que se tomó. Pero hay una desconexión en mi mente en algún lugar entre esas elecciones y dónde terminé. Cómo… cómo una doncella de la forja podría terminar en el castillo vampírico. ¿Cómo podría terminar trabajando a la luz de la luna y durmiendo a la luz del sol?

El único momento en el que puedo escapar de las preguntas es cuando estoy en la herrería. Aquí las cosas siguen siendo consistentes. Sé cómo reacciona el metal al calor. Conozco el sonido del martillo. Mis manos se mueven solas sin necesidad de pensar. Puedo

desconectar mi mente inquieta y simplemente concentrarme en crear lo que quiera. Y casi me quedo solo... Mayormente.

Dejo mi trabajo al oír pasos.

Callos entra a la herrería. "Disculpa por interrumpir."

"No lo eres, pero está bien". Saco el metal de la fragua y empiezo a martillar. Callos y Winny me han estado visitando más desde el museo. Parecen turnarse.

“¿Sigues trabajando en la hoz de Ventos?” pregunta por encima del ruido metálico de mi martillo.

Asiento y mantengo mi atención. Sólo puedo realizar entre treinta y cuarenta golpes antes de que el metal esté demasiado frío para trabajar con él. Callos espera para volver a hablar hasta que lo haya devuelto a la fragua.

“Vi las nuevas dagas de aguja que hiciste para Winny. Estaba encantada de haber reemplazado lo que se perdió en el antiguo castillo”. Su tono no revela nada de sus pensamientos sobre que yo le muestre cierto favoritismo.

“Encantado es por decirlo suavemente. Me rompió la espalda en varios lugares con su abrazo”. Creo que nunca me habían abrazado tan fuerte. La fuerza de los vampiros los convierte en buenos abrazadores.

"Me vendría bien un buen golpe en la espalda". Callos se estira.

"Entonces Winny es tu chica". Vuelvo a mi metal. No tenía la intención de que nadie más supiera que le había hecho algo, para que no vinieran todos a llamarme. Una noche había estado demasiado inquieta para dormir. Entonces me puse a trabajar. Tener una fragua perpetuamente a mi disposición, una donde mi madre no supervisa la gestión de los recursos y el tiempo, está resultando una delicia. Al menos hay algo delicioso aquí y ahora.

"Así es", dice Callos en voz baja, tan suave que casi lo extraño. La tierna nota de su voz hace que me duela el corazón de una manera que ignoro deliberadamente. Pero antes de que pueda, me pregunta: "¿Quieres contarme qué pasó?"

Al principio no me gustaba su presencia, pero hemos encontrado una relación pacífica. Somos cordiales, pero no demasiado amigables. Las interacciones tienen el mismo aire de profesionalismo que cuando el curtidor venía a hablar con Madre sobre nuevos diseños para la armadura de cuero del cazador. Sin embargo, ahora está tentando su suerte.

"Te dije que no pasó nada".

“Y no lo creo en lo más mínimo”. Callos es demasiado inteligente para su propio bien. La forma en que es capaz de leer tan rápido y sintetizar información es su propia forma de magia. Es posiblemente la persona más inteligente que he conocido. Pero creo que prefiero que él dirija su atención hacia temas distintos a mí. “Tú y Ruvan sois completamente diferentes la semana pasada”.

"No somos." Tomo mi martillo de nuevo.

"De hecho lo eres." Callos se acomoda en su silla habitual, con notas y discos esparcidos a su alrededor. “Es poco probable que se ocupe el mismo espacio durante mucho tiempo. Evitan mirarse a los ojos. Y apenas logran dirigirse una palabra.

"Y todo eso tiene sentido, porque somos enemigos jurados".

Callos resopla. Blandí mi martillo. Él pone los ojos en blanco. "Ninguno de nosotros ha sido enemigo jurado desde tu primera noche aquí".

Resoplo y empiezo a trabajar de nuevo, tratando de ordenar mis pensamientos. “¿No deberías concentrarte en los misterios de la plata de sangre?”

Ha estado decidido a aprender más de su historia. Sospecho que es una distracción temporal de la búsqueda del ancla maldita. Dado el reciente fracaso, no puedo culparlo.

"Por suerte para ti, soy excepcional en la multitarea".

"Muy afortunado." Sacudo la cabeza y uso el golpe de mi martillo para desalentar cualquier conversación futura. No debería importarle lo que esté pasando entre Ruvan y yo. Ninguno de ellos debería hacerlo. Y, de hecho, nuestra distancia debería hacerlos más felices.

Debería hacerme más feliz.

Entonces ¿por qué soy tan miserable?

“¿Aquí otra vez?” Winny nunca tarda en llegar después de Callos. Me pregunto si Winny está interpretando demasiado su compañía temporal y la mía. Espero que no.

Ahora que Ruvan me ha señalado la relación latente entre Callos y Winny, no puedo dejar de verlo. La forma en que Callos la mira por encima de sus gafas. La forma en que decide sentarse demasiado cerca de él.

“Mi trabajo está aquí”, dice Callos.

"Puedes llevar tu trabajo a cualquier parte". Winny coloca sus dagas junto a la piedra de afilar. Fueron perfeccionados más allá del punto de perfección hace días. Pero ella sigue con ellos. Debo morderme la lengua para evitar regañarla cada vez que pierde la

concentración para mirar a Callos mientras él no está mirando.

Le va a arrancar la punta de un dedo si no tiene cuidado. Aunque supongo que sanará rápidamente si lo hace. Todo el mundo debe aprender de alguna manera, y si lo único que pierdes es la punta de un dedo en el proceso, entonces no está tan mal, considerando todo.

"Pero no tengo la experiencia de nuestra doncella de forja residente en ningún otro lugar".

“¿Ya sabes lo que hace la sangre plateada?” Pregunta Winny.

"Todavía estamos trabajando en ello". Callos pasa el dedo por la empuñadura de la daga. "Podría ser más rápido si tuviéramos sangre fresca que no fuera del vampiro". Él mira en mi dirección.

Le doy una leve mirada, toda exasperación. Después de la primera vez que me corté con la cuchilla, no tengo ningún interés en volver a hacerlo. No volveré a encontrar a Ruvan boca abajo en la cama, a punto de sucumbir a la maldición. Especialmente no cuando apenas nos hablamos después de la revelación de nuestro matrimonio...

"Deberíamos saber más qué hace la plata sanguínea, o qué pretendían que hiciera, antes de experimentar demasiado con ella", digo.

Callos se recuesta en su silla y se cruza de brazos. "A veces, la única forma de aprender magia es arriesgarse y ponerse un poco sangriento".

"Hablando de ponerme sangriento", aprovecho la apertura para cambiar el tema, "Necesito la ayuda de ambos".

"¿Con que?" Pregunta Winny.

Levanto una de las hoces en las que he estado trabajando. Está lejos de ser perfecto. Lejos de pasar por una hoz de cazador. Pero quiero asegurarme de que mi premisa básica sea correcta antes de pasar los días que me quedan perfeccionándola. La luna está llena y el tiempo se acaba.

"Vamos al viejo castillo", anuncio.

CAPITULO 31



“¿El viejo castillo?” dicen al unísono, compartiendo una mirada.

"Es hora de hacer un buen uso de todo tu arduo trabajo para afilar tus dagas, Winny". Empiezo desde la herrería.

Ella es la primera en alcanzarlo. Me alegra verla traer sus dagas. "¿Por qué vamos al viejo castillo?"

"Este no es un viaje autorizado, el señor vampiro—"

“No vamos muy lejos”, interrumpo a Callos. No tengo ningún interés en obtener la aprobación de Ruvan. Ya que él tampoco parece tener interés en hablar conmigo estos días. "Sólo necesitamos un Sucumbido".

"¿Para qué?" Callos se resiste.

“Necesito ver si esta plata lo matará. Si tengo razón, no lo será. Y ahí es donde entrarás tú —digo asintiendo con la cabeza hacia Winny.

“¿Por qué quieres que tu plata no mate a los Sucumbidos?” ella pregunta.

“Necesito algo que tenga todas las propiedades de un acero plateado, al menos a simple vista. Pero no hay suficiente plata para ser mortal para un vampiro. Cuando Ventos y yo regresemos a Hunter's Hamlet, levantará sospechas si no empuña una espada plateada. Pero no podemos darle uno de plata real en caso de que lo obliguen a cortarse con él”. No engañará a mi madre. Pero con suerte no nos toparemos con ella… por mucho que me duela el corazón pensar.

"Elegante." Callos parece impresionado.

"Tengo mis momentos", digo por encima del hombro con una

sonrisa mientras llegamos a lo alto de las escaleras.

“¿Momentos de qué?” —Pregunta Ruvan, deteniéndome en seco.

Lo miro fijamente, casi chocándome con él. Estamos a un suspiro de distancia. Su expresión la última vez que estuvimos tan cerca está grabada en mi memoria. Su frustración. Herir.

Si quieres, no puedes ser nada para mí.

No quiero eso. Sé que no. Pero todavía no he encontrado las palabras ni el coraje para decirlo. Todavía estoy herida por todo lo que no dijo, o no me dijo antes. Todo lo que él hizo, y sus antepasados, por lo que no sabía que tenía que perdonarlo; todo eso con lo que me encuentro luchando durante los momentos de tranquilidad, incluso si parezco completamente bien cuando estoy ocupado. Tenía razón, nos juntamos muy rápido y ahora estoy rebotando hacia atrás, lejos de él, como un martillo golpeando directamente un yunque.

Tal vez encuentre palabras para él antes de partir hacia la aldea. Pero cuanto más llena crece la luna, más cerca estoy de regresar a todo lo que he conocido, más se apodera de mí una sensación de vergüenza espontánea. No deseado. Sin embargo, es innegable.

“Momentos de brillantez”, dice Callos, superando la tensión como si no la sintiera cuando yo sé que sí.

“Eso no es sorprendente”, murmura Ruvan, como si le resultara difícil decir el cumplido.

"Por qué gracias." Mi hombro roza su brazo mientras doy la vuelta.

"Vamos al viejo castillo", informa Winny. Me congelo y los hombros se elevan hasta las orejas. Esperaba evitar esto.

“¿El viejo castillo? ¿Por qué?" Los pasos de Ruvan se reanudan detrás de mí.

"Necesito probar algo".

Me agarra del codo. "No puedes ir al antiguo castillo".

"¿Por qué no?" Me giro.

“¿Qué pasa si te pasa algo?”

“Vienen Winny y Callos”.

El ceño de Ruvan se profundiza. "Callos no ayuda mucho en una pelea".

“Gracias por toda su confianza, mi señor”, dice secamente Callos.

Sus ojos se dirigen a su caballero. "Lo siento."

"Sólo estaremos un momento". Intento soltar mi brazo del agarre de Ruvan. Se mantiene firme. "Déjame ir."

“Voy contigo”, insiste.

“Puedo protegerme”.

“Riane puede cuidar de sí misma. Y, de cualquier manera, no creo que venir sea una buena idea, mi señor”. Winny viene en mi ayuda. “Estás demasiado cerca de la maldición. No estás en posición de luchar contra Succumbed. Un mordisco de ellos podría acabar contigo.

“Es un riesgo que estoy dispuesto a correr”, insiste.

"¿Para qué?" Pregunto.

"Para ti." Su atención se centra únicamente en mí y trago con dificultad.

"No quiero que lo hagas". Me lo imagino en la cama otra vez, marchitándose, pero esta vez no podemos sacarlo del abismo.

La expresión decidida de Ruvan se evapora. Sus hombros se desploman ligeramente. Sin otra palabra, me suelta y se aleja.

Un impulso surge dentro de mí de seguirlo. Abrazarlo con fuerza y asegurarle que estaré bien. Quizás aún quede algo para nosotros, una brasa aún ardiendo, decidida. Sólo necesitamos proteger esa llama, por pequeña que sea.

Cojo su mano. "Ruvan."

Sus ojos se encuentran con los míos nuevamente, convocados por su nombre.

"No podía quedarme quieto mientras cedías ante la maldición".

Una vez más me escucha, pero no parece entenderme. Él se retira. "Lo sé. Tendrías que matarme, cazador”.

"Eso no es..." Intento decir, pero él se ha ido, retirándose a sus habitaciones.

“¿No es lo que querías decir?” Winny termina por mí con una sonrisa triste.

“Están hablando el mismo idioma, pero ninguno de los dos se escucha”, observa acertadamente Callos.

“¿Y qué hago al respecto?” Miro entre ellos, esperando que alguno de ellos tenga una respuesta a mi problema.

“Dale tiempo”, dice finalmente Callos. “Ruvan no es un hombre al que se le debe apresurar. Creo que eres similar en ese sentido. Ambos estarán listos cuando sea el momento adecuado”.

Callos y Winny se dirigen a las puertas gigantes que conducen al antiguo castillo y trabajan para abrirlas. Él tiene razón; No estoy listo todavía.

¿Pero qué pasa si nunca lo soy?

Esa pregunta me persigue mientras descendemos al vacío del antiguo castillo. Permanece conmigo cuando nos encontramos con un

Sucumbido y mi hoz no le hace nada. La plata como



inofensivo como el acero simple.

No lo entenderías, había dicho. Las palabras resuenan en mis oídos. Todavía puedo ver su espalda hacia mí, alejándose. Puños cerrados con determinación como siempre lo ha hecho desde que éramos niños cada vez que una tarea lo molestaba.

Corro por los pasillos y pasadizos secretos, con el corazón latiendo con fuerza en la garganta. Déjame equivocarme, me suplico a mí mismo. Pero no lo soy, lo sé. Lo conozco mejor que nadie y todas las piezas han encajado.

Sé lo que ha hecho antes de escuchar los gritos subiendo a un rápido crescendo y luego silenciados.

Tambaleándome, me agarro a la pared y agarro mi camisa sobre mi pecho. Las náuseas luchan por el control de mi cuerpo pero me niego a permitirlo. Tengo que verlo con mis propios ojos. Quizás, posiblemente, me equivoque. Puedo estar equivocado, lo repito una y otra vez hasta llegar al primer taller que establecimos: su taller.

Irrumpiendo, me detengo abruptamente cuando el olor a sangre asalta mi nariz. Tanta sangre... tantos cuerpos... Vinieron aquí conmigo, por mi culpa. Se quedaron por mi culpa. Me llevo una mano a la boca y contengo un grito mientras un par de ojos con toques dorados se vuelven hacia mí.

Un monstruo.



Corro.

Todos los días y todas las noches trato de ordenar mis sentimientos.

Martillo. Martillo. Martillo.

Mis pensamientos son tan implacables como mi trabajo. Si ataco este problema con suficiente fuerza, puedo doblegarlo a mi voluntad. Puedo hacer algo útil con ello. O al menos algo que pueda entender, algo que pueda explicar cuando inevitablemente me enfrente a Drew o a mi madre. Oh, viejos dioses, ¿cómo podré siquiera mirarlos a los ojos después de todo lo que ha pasado?

No tengo una respuesta. Por cualquiera de ello. Y me siento aún

más lejos de la claridad cuando Ventos y yo estamos juntos en la sala de recepción del castillo. Se siente como si estuviera aquí con Ruvan, Callos y Winny; Es difícil creer que la luna ya esté llena.

Al menos tengo algo que mostrar en todas mis luchas. Incluso si mi estado mental está peor por el incesante ataque a mi situación, Ventos tiene una nueva hoz en su cadera, perfecta en todos los sentidos. Ningún cuero protege la plata de la empuñadura de su mano.

“¿Cuánto tiempo estarás fuera?” Pregunta Quinn.

"Sólo unas pocas horas, espero". Reajusto mi armadura de cuero. Ha sido limpiado, pero presenta signos de desgaste por las pruebas que he pasado hasta llegar a este momento.

"¿Unas pocas horas?" Ventos se sobresalta. Ya puedo escuchar el estruendo subiendo por su pecho que sale como un gruñido. "No quiero correr el riesgo de estar en el mundo humano por tanto tiempo".

"Dije como mucho". Le doy una pequeña mirada y me mantengo firme en mi estimación de tiempo original. “Espero que podamos avanzar más rápido que eso también. Cuanto más tiempo esté allí, más tiempo habrá para que alguien me reconozca. Y si alguien me reconoce, me hará preguntas para las que no tengo buenas respuestas”. Ya he comenzado a debatir lo que podría decir si me atrapan y acorralan, pero ninguna de las razones o excusas suena lo suficientemente bien en mi mente. En este punto estaré inventando una mentira en el acto y eso garantiza que terminará mal. Soy muchas cosas, pero un buen mentiroso no es una de ellas.

“Cuídense los dos”. Es un deseo y una orden de Ruvan. Él realmente quiere que estemos a salvo, incluido yo. De eso estoy seguro. De alguna manera la sinceridad empeora el sentimiento. Si él se preocupa... se preocupa por mí, entonces ¿por qué se alejaría como lo ha hecho? Si realmente me importa, ¿cómo lo dejé?

Hablaré con él cuando regresemos., Yo juro. No me gusta cómo se sienten las cosas inacabadas. Y si ahora soy su esposa (por más difícil que todavía sea pensarlo) entonces tenemos que arreglar las cosas entre nosotros.

Pero mucho más preocupante que nuestra relación aún en evolución es su aspecto actual. Ruvan se está volviendo demacrado y delgado. A medida que la luna ha crecido, se ha marchitado. Sus mejillas están demacradas y sus ojos hundidos. Sé que subsiste gracias a un poco de sangre y tal vez a la fuerza de la luna. Me preocupa cuánto están agotando sus reservas para sustentarlo. Y eso hace que su

determinación de no tocarme (de beber de mí) sea aún más confusa. Los está poniendo a todos en riesgo para no sacar dinero de mí.

Sé que el resto puede ver sus dolencias. Han hecho más y más por él cada noche. Su pacto trabaja para ayudarlo lo mejor que puedan, limpiando la mesa de nuestras escasas cenas o llevándole libros y papeles para que los lea en lugar de ir él mismo a recogerlos.

Soy yo quien más podría ayudarlo y aun así él todavía me rechaza. Aunque... no he ido exactamente a ofrecerlo. Al igual que los cazadores y el vampiro, ya no sé quién tiene la culpa y todo lo que quiero es que la situación se resuelva.

“Haremos nuestro mejor esfuerzo”, le digo. "No te preocupes; Me aseguraré de mantener a Ventos a salvo —agrego con un toque de arrogancia, intentando inyectar un poco de ligereza en este momento tan pesado. Me sorprendo del éxito que tengo. El resto se ríe del cambio de expresión de Ventos.

"Veremos quién cuida de quién". Ventos resopla. "Terminemos con esto." Él extiende su mano.

Miro a Ruvan a los ojos por última vez, con la esperanza de transmitir mis pensamientos. Cuando vuelva, hablaremos. Arreglaremos esto. Pero todavía no tengo el coraje de decir esas palabras. Entonces, en lugar de eso, tomo la mano de Ventos y contengo la respiración mientras regresamos a la aldea.

Sombra. Agudo para los pulmones. Duro para los ojos.

Tomo aire salado del mar mientras nos detenemos en una roca. Ventos no espera a que recupere el aliento. No se lo pido. No nos retrasaré.

La oscuridad vuelve a caer sobre nosotros con un pop.

Estamos en un claro de la noche. La sombra viva se enrosca a nuestro alrededor, tomando la forma de árboles fantasmales y plumajes de la misma sombra. A nuestra derecha hay una gran losa cubierta de hiedra y musgo. El follaje es tan espeso que es casi imposible distinguir las palabras que alguna vez estuvieron grabadas en él.

Nos volvemos a mover.

Y otra vez.

Y otra vez.

Finalmente separo mi mano de la de Ventos para colocar ambas palmas sobre mis rodillas. Estoy doblado, sin aliento. Levanto la mano. "Un minuto por favor."

"Lo siento", murmura. "No me gustaría saltar tanto, pero es difícil

sentir algo en el Fade, lo que hace que sea casi imposible orientarme".

"Todo está bien. Sé que estás haciendo lo mejor que puedes, pero es duro para mi cuerpo”.

"Puedo imaginar." Ventos mira con cautela hacia la oscuridad. “Sin embargo, deberíamos seguir moviéndonos. No me gusta este lugar. Apesta a magia élfica”.

“¿Fue tan difícil pasar la noche de la Luna de Sangre?” Me enderezo. “¿Ventos?”

"No", admite de mala gana, secándose la frente con el antebrazo. Él también está exhausto y ni siquiera hemos llegado todavía a Hunter's Hamlet. “El Velo era más tenue y nuestro poder era más fuerte. Entonces casi me sentí como si estuviera caminando”.

"Sabes adónde vas, ¿verdad?"

"Creo que sí. Este lugar es muy diferente a esa noche. Como si la tierra misma hubiera sido cambiada... Pero creo que ya casi hemos terminado”. Él extiende su mano. Lo tomo y me preparo.

Cada músculo y articulación de mi cuerpo grita. Caminar en la niebla es una agonía absoluta. Me están desgarrando y volviendo a unir, una y otra vez. Pero aprieto los dientes y lo soporto porque cada estallido de dolor es un paso más hacia casa.

La luna está baja en el cielo cuando finalmente salimos a un lugar que nos resulta familiar. Doy un suspiro de alivio y me desplomo en la tierra pantanosa. El aplastamiento y chapoteo del barro ya no me molesta como podría haberlo hecho antes. Es real. Hemos atravesado ese mundo de sombras vivientes y ahora estamos de regreso en el reino que siempre conocí. Respiro profundamente el aire húmedo de los pantanos y me levanto con renovado vigor.

Estoy en casa.

CAPITULO 32



"No puedo llevarnos mucho más lejos", dice Ventos, tan sin aliento como yo. "Sólo puedo dar un paso brusco hacia algún lugar en el que he estado antes, o que puedo ver, y este es mi límite".

"Esto está bien." Miro a la luna para que sea mi guía. "Conozco el camino aproximado desde aquí".

Conduzco a Ventos a través de los pantanos, en dirección sur, sureste, hasta que encontramos la carretera principal que serpentea a través del pantano. Nos movemos más rápido después de eso. Aunque la carretera poco a poco está siendo recuperada por la naturaleza, ofrece una base segura.

Ambos guardamos silencio. Los cazadores saldrán esta noche en busca de Succumbed. Sé que si nos topamos con un cazador, Ventos se verá obligado a matarlo; ninguna cantidad de alegatos lo impediría. El cazador habrá visto a un vampiro con un humano y no se les podría permitir vivir. Así que la única alternativa es evitar a toda costa cualquier confrontación. Por suerte, la mayoría de los cazadores patrullan las marismas más profundas. Los sucumbidos no suelen caminar por la carretera principal, por lo que nos quedan solos.

No me di cuenta de cuánto poder había obtenido de los juramentados de sangre (y sin duda también de consumir la sangre de Ruvan) hasta que estuve de regreso en el Mundo Natural. En Midscape soy débil comparado con el vampiro. Pero aquí puedo ver en la oscuridad y no resbalar ni una sola vez sobre la piedra resbaladiza; Mis movimientos son fáciles y seguros. Estoy bastante seguro de que incluso puedo oler a los cazadores en los pantanos y saber cuándo

reducir o acelerar el paso.

Los pequeños pelos de mi nuca se erizan cuando pasamos por las ruinas en las que Ruvan y yo luchamos. Todavía puedo oler la sangre que se derramó allí.

Hago una pausa.

“Necesitamos seguir adelante”, susurra Ventos.

"Lo sé." El sueño que tuve la primera noche en el castillo vampírico regresa a mí junto con un dolor sordo en el fondo de mi mente. Veo el contorno de la figura de pelo blanco en las ruinas, aunque en realidad no está allí.

"Floriana".

"Lo sé", repito y empiezo a avanzar de nuevo.

Unas tres horas antes del amanecer, el gran arco es visible a lo lejos.

"¿Eso es todo?" Tararea su pregunta, mirando a través de la tierra salada hacia los campos salpicados de casas de agricultores. Estos son los pocos valientes que arriesgan sus vidas viviendo más cerca de las marismas para cultivar alimentos y criar ganado para toda la ciudad. Sus ojos se posan en la lenta subida que termina con la muralla que envuelve la ciudad propiamente dicha y la silueta de la fortaleza bañada por la luz de la luna.

"Sí. Hogar."

"Nunca llegué tan lejos en la noche de la Luna de Sangre", admite. "Pasé el año pasado preguntándome cómo sería el hogar de las personas que convirtieron nuestras vidas en una pesadilla eterna".

“¿Es todo lo que imaginabas?” Pregunto secamente.

“En absoluto”, admite. Ventos se frota la nuca. "Es casi tan patético como lo es Tempost estos días".

Debería ofenderme, pero me río suavemente. “No estoy en desacuerdo. Ambos vivimos medias vidas tristes, con miedo constante del otro... ¿y para qué? Es parte de la razón por la que estoy tan convencido de que la maldición debe terminar. No importa quién empezó, o cuán justificados estaban o no, ya no ayuda a nadie”. Mientras hablamos, examino las granjas en busca de señales de vida. Debemos pasar rápidamente por la tierra salada, para que nadie nos vea, ya que Ventos no puede cruzar.

“Para empezar, la maldita maldición nunca ayudó a nadie”, murmura. Todavía siento que no tengo suficiente información sobre aquellos primeros días de la maldición para estar de acuerdo o en desacuerdo. Aunque Ruvan me ha contado algunos de los horrores que

cometió Solos, algo todavía no me sienta bien. Hay demasiados vacíos en la historia que Jontún registró cuando empiezo a pensar en ello demasiado de cerca.

“Lo mejor que podemos hacer es acabar con esto. Y entonces, con suerte, tanto el vampiro como el humano podrán seguir con sus vidas. Podemos recuperar un mundo que creíamos perdido para siempre”. Una nube se arrastra lentamente sobre la luna, arrojando sombras al mundo. "Deberíamos movernos".

"Un segundo." Ventos se lleva un pequeño frasco a los labios y bebe. Sus ojos son luminiscentes en la oscuridad mientras el poder los ilumina. Se desvanecen, pero no hasta alcanzar su tono amarillo habitual. Son pétreos, de un gris duro y brumoso. La carne de Ventos se ondula desde el centro de su cara como si se hubiera vuelto líquida y estuviera siendo arrastrada por el viento. Sus labios se extienden. Su barba cae al suelo. Su cuerpo se estremece.

Observo cómo sus huesos se rompen y se rompen. Sus músculos se derriten y se desinflan para volverse delgados y delgados. De su cuero cabelludo calvo crecen finos mechones de cabello castaño oscuro. El gemido de los tendones al estirarse y tensarse y el chasquido de las articulaciones se desvanecen. Ventos se ha ido y otro cazador está frente a mí en su lugar. Incluso su ropa se transformó en una armadura de cuero.

Un escalofrío me recorre, el horror acechando sus talones. Esto fue lo que hicieron los Sucumbidos con la sangre de mi padre. El vampiro tenía suficiente sentido común e ingenio (no, sólo instinto) para robarle la forma y el rostro. Se dio un festín con su cuerpo y luego se inclinó sobre él y realizó este grotesco ritual para robarle la piel, dejando su cuerpo como una cáscara olvidada.

"Floriana." Ventos me sacude ligeramente. "¿Qué es?" Incluso su voz ha cambiado. Todo en él ha sido remodelado, hasta sus cuerdas vocales.

"Es... esto..." Lo empujo y me tambaleo hacia la pared que bloquea los pantanos de la tierra salada y Hunter's Hamlet, volcando el contenido casi vacío de mi estómago.

“¿Es un efecto secundario de tanto pisar con niebla?”

No lo miro mientras hablo, con las uñas clavándose en la piedra. Uno se inclina hacia atrás. Uno se rompe. El dolor es agudo y me mantiene en el presente y concentrado. Me impide caer más profundamente en el vacío que dejó mi padre. "No. Estoy bien."

"No te ves bien".

"Dije que estoy bien", espeto. Los ojos actualmente humanos de Ventos están sorprendidos. Yo suspiro. Esto no es su culpa, pero ¿por dónde empiezo? “A mi padre… le robaron la cara. Fue un Sucumbido quien lo hizo. Pero… yo—yo… Justo ahora fue la primera vez que vi a un vampiro transformarse en otra persona y me pregunté si así era como se veía cuando le pasó a mi padre. Pensé en los Sucumbidos comiéndolo en los pantanos para intentar infiltrarse en nosotros. O tal vez para recuperar una parte de sí mismo que perdió”.

Ventos apoya una mano en mi hombro. Pero él no me atrae hacia él. Él no exige que me vuelva. “Por si sirve de algo… El vampiro no roba caras para ser malvado o engañoso. Sinceramente, ni siquiera lo disfrutamos. Ciertamente no lo hago. Es doloroso e incómodo estar metido en otro cuerpo. Si pudiera pasar el resto de mis días sin hacerlo, estaría contento”.

Nunca esperé que Ventos fuera un consuelo... pero lo es. Miro por encima del hombro. La cara extraña es menos alarmante ahora que la espero. Me alegro, sin embargo, de no reconocer a qué cazador pertenecía. Esto sería más difícil si conociera al hombre cuya sangre le habían extraído.

“Ya estoy mejor”, me insisto más que a él. “Deberíamos seguir adelante. Tenemos que regresar a Midscape esta noche”. La idea de lo demacrado que lucía Ruvan cuando nos íbamos me hace querer hacer esto dentro de una hora. Si me equivoco y el elixir del cazador no logra mantener fuerte a Ruvan, debemos comenzar a planificar de inmediato lo que podemos hacer a continuación por él. No dejaré que se vaya a morir a algún lugar. Mientras yo respire, él también lo hará.

“No me oirás discutir”, dice Ventos. “Odio cómo se siente este mundo; Quiero irme lo más rápido posible”.

“¿Cómo se siente este mundo?”

“Es… no estoy muy seguro de cómo decirlo. Callos tendría una mejor descripción para ello. Pero este mundo está tranquilo. Se siente muerto. El zumbido de la magia que existe dentro de las criaturas vivientes también está aquí, pero es más débil. No hay un susurro de mayor poder en todas partes como lo que hay en Midscape”.

Intento pensar si puedo sentir una diferencia entre este mundo y Midscape, extendiendo mi mente, mi corazón y buscando mientras camino. Puedo sentir una diferencia, pero no puedo estar seguro si tiene algo que ver con la magia. Puede que se sienta diferente porque esta es mi casa.

Por fin estoy en casa.

Nuestros pasos son silenciosos sobre los adoquines de la carretera principal. Aunque nos apresuremos, no sacrificamos el sigilo por la velocidad. Cuando la luna emerge de las nubes, parecemos dos cazadores que regresan temprano a la fortaleza después de patrullar. No es que nadie nos vea. Las casas están cerradas herméticamente durante la luna llena.

Me pregunto qué parte del incómodo silencio se debe a las cicatrices invisibles dejadas por la Luna de Sangre. La gente todavía está de luto por las pérdidas, agravadas aún más por la culpa del superviviente.

La carretera nos lleva al pueblo. Ventos se detiene en la plaza principal y mira hacia el campanario.

“Es de nuestra fabricación. No hay duda al respecto”, murmura.

Yo también puedo verlo. No hay manera de que pudiera haberlo hecho antes de ir a Midscape. Pero ahora que he pasado un tiempo en Tempost, la arquitectura del vampiro es innegable. Es inquietantemente similar a los campanarios de la academia. "Esta realmente fue alguna vez toda tu tierra".

“El extremo sureste llega”, coincide. “Lo juro, el Rey Elfo que talló el Velo no tenía sentido de la geografía. He oído que los duendes también perdieron mucha tierra en la división”.

"Me pregunto si los humanos también están luchando contra las hadas", murmuro. Las minas de plata de las que obtenemos están muy al norte, justo más allá de donde alguna vez habrían estado las tierras de las hadas según los mapas que vi en el museo. Quizás por eso se detuvo el suministro de plata. Pienso en otra ciudad como Hunter's Hamlet, luchando contra hadas en lugar de vampiros. “¿Las hadas también odian la plata?”

"No que yo sepa. Pero Tempost estaba cerrado al resto del mundo antes de que yo naciera en un esfuerzo por contener la maldición, por lo que nunca conocí a un hada”. Ventos se encoge de hombros. "Esa es una mejor pregunta para Callos".

"Bien. De todos modos, sigamos adelante”. Pero la idea de la plata me hace dar vueltas por la ciudad. Antes de darme cuenta, realmente estoy de regreso.

"¿Dónde estamos?" Ventos me mira con curiosidad, sin duda porque inexplicablemente me he detenido en seco.

Hogar.

Estoy en el lugar donde estuvo el Sucumbido hace un mes cuando se volvió hacia mí, cuando bebí el elixir y cambió mi vida para

siempre. Se han quitado las campanas de plata del alero sobre la puerta y se ha acabado la sal del escalón. Atada alrededor de la aldaba hay una cinta negra, símbolo de luto, de muerte. Han estado en las otras puertas de Hunter's Hamlet, más de las que he visto nunca, pero esta es diferente. Este me roba el aliento. ¿Esa cinta es para mi hermano? ¿Para mí? ¿O nosotros dos?

Pero todo, salvo esa cinta negra, es igual que siempre lo he conocido. Las cortinas están cerradas sobre los cristales arremolinados de las ventanas. La ventana de mi madre en el segundo piso, justo al lado de la mía, está a oscuras. Estoy seguro de que si entrara, oiría sus ronquidos.

"¿Floriana?" —susurra Ventos.

"La casa de mi familia", respondo finalmente, apartando los ojos de la cinta en la puerta.

"No tenemos tiempo para…"

"Lo sé", lo admito. "Lo siento... sólo una cosa". Agarra mi muñeca mientras me dirijo hacia el costado de la casa. "Una cosa, Ventos, lo prometo. Eso es todo. Por favor."

Nuestros ojos se cruzan. La desaprobación irradia de él. No quiere permitir que esto suceda, pero ya sabe que no tiene más remedio que dejarme. Él sabe que no me iré sin que se me permita esto; Puedo verlo en su expresión. Sus dedos se van desenroscando lentamente.

"Un minuto, no más, y nadie ve".

"No te preocupes, sé cómo escabullirme en mi casa". Maniobro hacia atrás y alrededor de la casa. A diferencia de todos los demás edificios densos de Hunter's Hamlet se encuentra la herrería. Demasiado ruidoso. Demasiado caliente. Demasiado riesgo de incendio para colocarlo demasiado cerca de cualquier otra cosa. Al amparo de la oscuridad, entro y me dirijo directamente al hogar.

Es cálido.

Me tapo la boca para evitar que el suspiro de alivio se escape como un gemido de emoción. La madre ha continuado la forja. Realmente no me sorprende. Esto es lo que estábamos destinados a hacer, para lo que fuimos criados, todo lo que sabemos. Las mujeres de la familia Runil martillan metal. Somos las madres de la espada y el escudo de Hunter's Hamlet.

Pero el alivio de saber que ella siguió adelante, incluso sin mí, me deja estupefacto por un momento.

Regreso a la puerta escondida detrás de la herrería, abrumada por la nostalgia. Se siente como si acabara de cerrar esta puerta,

ordenando a la plata que está dentro que se mantuviera a salvo durante la noche de la Luna de Sangre. Casi estoy esperando que Drew entre para nuestro entrenamiento mientras hago girar los rodillos de la cerradura del rompecabezas. El código no ha cambiado y el bloqueo se deshace.

No me atrevería a dejar un mensaje escrito. Ni siquiera creo saber escribir suficientes palabras para contarle a mamá todo lo que pasó. Pero no puedo irme sin dejar de lado sus preocupaciones. Tomo una pequeña barra de plata y la pongo perpendicular a las demás, apoyándola justo en la parte superior de la pila.

"Debes mantener la plata en orden, Floriane", le indicaba mamá. Es extraño. Sagrado. Lo mantenemos a salvo. Lo respetamos y le rendimos honor en cada paso de nuestro proceso.

Ella me inculcó esas lecciones, una y otra vez, hasta que la plata siempre estuvo alineada. Pero una vez que encuentre este bar tan fuera de lugar, lo sabrá. Es un mensaje que sólo ella puede leer detrás de una puerta que sólo yo puedo abrir. "Estoy viva, madre", susurro. "Volveré a casa tan pronto como pueda".

Cierro y me voy.

“¿Conseguiste lo que necesitabas?” Ventos ha empezado a pararse justo al lado de la calle, debajo de una puerta, fuera de la luz de la luna.

Asiento con la cabeza. "Gracias."

"No le contaré a Ruvan sobre este desvío". Se aleja de la pared. "Se preocupará innecesariamente".

"Gracias." Él y yo compartimos una mirada conspirativa. Uno que se sienta... respetuoso. Casi amigable.

Nos detenemos ante la gran fortaleza. Inclino mi cabeza hacia atrás, admirando su poderosa silueta. Nunca aprecié plenamente su belleza. Y nunca hice suficientes preguntas sobre cómo construimos estructuras tan increíbles y luego perdimos todo conocimiento sobre ellas para nuestros propios hogares.

Ventos hace la pregunta más importante. “¿Cómo entramos?” Lo que me ha estado devanando los sesos desde que se decidió este curso de acción.

"La fortaleza sólo tiene una entrada y una salida". Señalo la puerta plateada a la izquierda del pesado rastrillo.

"¿El otro lado?" Está escaneando las paredes incluso mientras pregunta. Él sabe tan bien como yo que superar los escarpados muros que envuelven Hunter's Hamlet es casi imposible.

“Si bien, sí, el único acceso al mundo exterior desde Hunter's Hamlet está al otro lado, está aún más fortificado ya que casi nadie entra o sale. Aunque es probable que haya menos plata. Drew no me ha contado mucho sobre el exterior. Por otra parte, más allá de preguntarme por los comerciantes de plata, no he preguntado. Nadie sale de Hunter's Hamlet. La gente entra y se une a la comunidad de vez en cuando. Pero sólo tienen palabras duras que decir del mundo exterior: un lugar donde casi nunca hay suficiente comida para todos y unos pocos dominan a la mayoría. Incluso encerrados con el vampiro, prefieren la aldea.

Me pregunto si la gente se irá una vez que la amenaza del vampiro haya terminado. Ciertamente, hay lugares difíciles ahí fuera. Lugares como Tempost lo son ahora. Pero también debe haber lugares de belleza, como lo fue Tempost en sus días de gloria. Quizás la gente sea lo suficientemente valiente como para explorar y encontrar esos rincones escondidos del mundo. Creo que me gustaría.

“¿Cómo vamos a entrar entonces?” Pregunta Ventos.

"Solo un camino." Estoy un poco más alto. "Vamos a tener que entrar".

“¿No nos interrogarán?”

“La guardia cambia a medianoche. Ésa será nuestra mejor oportunidad de evitar demasiadas consultas”. Miro hacia la luna. "Prepárate y mantén la cabeza gacha".

"Está bien, seguiré tu ejemplo".

Para mi sorpresa, Ventos sí. No hay más preguntas ni dudas. Cuando una nube pasa sobre la luna, hay movimiento al otro lado del rastrillo. Aprovecho nuestra oportunidad.

Con la mano en mi cadera y repitiendo todo lo que Drew me contó sobre su vida, abro la puerta de la fortaleza. En el fondo de mi mente, escucho las advertencias de los mayores de Hunter's Hamlet, de mi madre.

Nunca intentes seguir a tu hermano al interior de la fortaleza, Floriane. Ahora es un cazador y pertenece a un mundo para el que no estás hecho. El castigo por colarse en la fortaleza, aunque sea para echar un vistazo, es la muerte.

CAPITULO 33



Como era de esperarse, los guardias que estaban de guardia en el pequeño pasadizo que conduce al patio interior de la fortaleza se van. Miran por encima del hombro con ojos cansados y aburridos y ven a dos cazadores, mojados por la niebla del pantano, con el barro hasta las rodillas y con la cabeza gacha. Uno de los dos guardias nocturnos hace una pausa pero no pregunta nada. Él, sin duda, sólo quiere irse a la cama.

Bajo mi mano y froto mi pulgar a lo largo de mi espada. Una gota roja cae al suelo. Ventos hace lo mismo. La luz es lo suficientemente tenue como para que su sangre parezca idéntica a la mía.

No se intercambia una palabra.

Salimos al polvoriento patio de la fortaleza. El hedor a sangre y sudor ha impregnado la tierra compacta. Hago una pausa, pensando en el tiempo que Drew ha pasado aquí, las horas entrenando con Davos. ¿Es aquí donde sangró y peleó? ¿O esas sesiones especiales se realizaron en otro lugar?

Por mucho que quiera detenerme y reflexionar, asimilarlo todo, no lo hago. Soy un cazador que ha visto este lugar docenas (cientos) de veces. Sigo a los guardias del turno de noche hasta el salón principal.

La sala de mesas y bancos está más llena de lo que esperaba a esta hora de la noche. Aunque Drew mencionó una vez que muchos guardaban las horas de sus presas, yo esperaba pasillos tranquilos y oscuros por los que escabullirme. Algunos cazadores se sientan en

silenciosa reverencia, rezando a los antiguos dioses cuyos nombres se han perdido en el tiempo. La mayoría come y conversa. Otros, solos y en silencio, pulen sus hoces de plata. Creo que al menos cuidan bien las cuchillas.

En el otro extremo del salón hay un altar iluminado por cien velas colocadas en estantes estrechos, ahora hechos más de cera que de piedra. Sobre el altar hay un barril de madera encerrado en una jaula de acero. El elixir. Drew dijo que sólo Davos tiene la llave de la jaula y puede administrar la poción. Derrama lo suficiente para llenar el cáliz dorado, apenas más grande que un dedal, colocado debajo del grifo.

Estoy empezando a descubrir cómo podría conseguir una clave cuando nuestro plan de repente se desvíe.

"¿M…Mardios?" alguien tartamudea detrás de mí. Miro por encima del hombro. Ventos mantiene la calma a pesar de que un cazador corre hacia él. Aunque no reconocí al cazador cuyo rostro robó Ventos, alguien más claramente lo hizo. "Mardios, es…" Saca su hoz. "Córtate, demonio".

"No soy ningún demonio. Solo un cazador que finalmente encontró el camino de regreso", responde Ventos con un suspiro de agotamiento para enfatizar. Están empezando a reunirse más cazadores. Permito que Ventos se concentre, deslizándose hacia un lado. Nadie me hace caso.

"Entonces pruébalo con un trozo de tu mano".

"Ya me corté el pulgar para entrar". Ventos se cruza de brazos. "¿Cuál te gustaría a continuación? ¿Yo para cortarme una oreja?

"Deja de estancarte." El cazador avanza su hoz. Esa plata es real. Y si le corta la barbilla a Ventos, el truco ha terminado.

Ventos corta el costado de su muñeca contra la hoz que todavía está en su cadera, inmediatamente manchando la sangre. "Allá. ¿Prueba suficiente?

Para mi alivio, el otro cazador baja su hoz. Afortunadamente, los cazadores no prestan atención al tono de la sangre de Ventos, ni notan que sus heridas ya se han cerrado debajo de la mancha de sangre. Lo único que buscaron fue el corte inicial. "Nunca podemos ser demasiado cuidadosos y no sonaste como tú mismo".

"Ha sido un largo mes vagando por los pantanos". Ventos recuerda las historias que le conté hoy, justo antes de irnos.

"¿Cómo sobreviviste?" pregunta otro cazador.

Ventos cuenta una historia de traumatismo craneoencefálico combinado con un recuerdo más denso que la niebla. Es mucho más

inteligente y elocuente de lo que le hubiera dado crédito. Es un gran alivio. Mantengo un ojo sobre él mientras lentamente recorro el perímetro de la habitación, tratando de no parecer demasiado sospechoso.

Si puede mantener la atención en sí mismo durante el tiempo suficiente, tal vez pueda conseguir el elixir. La jaula ciertamente no es tan fuerte y parece vieja. Debe haber un punto débil en la forja que pueda explotar. Entonces yo...

“¿Qué es esta conmoción?”

Me congelo en el lugar. Mi corazón está en mi garganta. Por segunda vez esta noche, estoy sofocando un ruido de emoción cruda. De dolor y alivio.

"Mardios regresó", informa el primer cazador.

"¿Él hizo?"

Lentamente me vuelvo hacia el orador. La voz es diferente. Más adentro. Más duro. Y, sin embargo, lo sabría en cualquier lugar.

De pie en la base de la escalera que conduce al pasillo desde los niveles superiores hay un hombre vestido con traje de cazador. No tiene hoces, pero camina con un bastón que sólo he visto sostener en Davos. Sus ojos están hundidos y rodeados de sombras. Pero su mirada es tan aguda como la del cuervo posado sobre su hombro.

Dibujó. Mi hermano.

Ha sido elegido maestro cazador.

Lucho contra la enfermedad. Algo en ver ese pájaro infernal y antinatural posado en su hombro me hace querer gritarle que se aleje de mi hermano. Él no es para ti, ojalá pudiera decir que no puedes tenerlo.

Los vampiros me han cambiado más de lo que pensaba. Porque veo con resentimiento y horror ver a mi hermano recibir uno de los más altos honores de Hunter's Hamlet. Las vestimentas que usa con orgullo son las que le harán verme ahora como su enemigo.

¿Se verá obligado a cazarme por lo que he hecho? Froto el hueco en la base de mi cuello donde está escondida la marca de Ruvan. Incluso si Ruvan deshiciera a los Juramentos de Sangre, ¿tengo un lugar al que regresar?

"Nadie sobrevive a la Luna de Sangre".

“Lo hice”, insiste Ventos.

"Así lo veo. Y ahora debes decirme cómo”. Drew continúa hablando con ese tono antinatural en su voz, uno que nunca había escuchado de él antes, ni siquiera en broma. Es inquietantemente

similar a cómo siempre sonó Davos. Sonríe con la misma sonrisa angustiada de Davos. "Ven, lo discutiremos en privado".

Me hundo detrás de la multitud, esperando que Drew no mire en mi dirección. Sé que si me concentro demasiado en él corro el riesgo de llamar su atención. Siempre supimos cuando el otro nos buscaba. Pero no puedo dejar de mirar.

*Mi hermano está vivo.*Podría ser el maestro cazador. Podría estar resentido conmigo por todo lo que he hecho y lo que estoy tratando de hacer. Pero la sensación de que él todavía existe al otro lado de la cuerda que nos une no era mentira.

Al igual que espero que la sensación similar de Ruvan todavía respirando sea igualmente cierta.

Drew lleva a Ventos al fondo de la habitación, a una puerta puntiaguda a la izquierda del altar, casi completamente oculta. Desaparecen y el resto de cazadores se dedican a sus asuntos. Mientras las masas reunidas y parlanchinas comienzan a retirarse, me dirijo a uno de los bancos alineados ante el altar con el barril de elixir. Me siento con mi hoz en mi regazo, fingiendo pulirla.

¿Recibiré el elixir ahora? Miro por encima del hombro. No, todavía son demasiados.

El tiempo se vuelve difícil de seguir. Los minutos pasan y se convierten en horas. Puedo sentir la noche adelgazarse como la línea del cabello de un hombre.

Ventos todavía no ha vuelto.

Miro por encima del hombro de nuevo. Sólo quedan tres, todos al fondo del pasillo. Sus cabezas están inclinadas en una especie de oración. Quizás para los cazadores que todavía salen esta noche. Esta será la mejor oportunidad que tengo. Debería ir por el elixir.

Pero en lugar de eso, me deslizo por la puerta al otro lado del altar, preparando algún tipo de excusa o explicación para cuando mi hermano sin duda me reconozca, y una excusa de por qué necesitaré que me consiga el elixir. No necesito ninguno de los dos. La habitación está vacía.

Hay un estante con barricas similar al que está en el altar al otro lado de la pared que ahora está a mi espalda. El trigo es tan valioso en Hunter's Hamlet que sólo una pequeña parte se guarda para el maestro cervecero, para que fermente para los antiguos dioses en las grandes fiestas. Estos barriles tienen el mismo aspecto que los del granero de la cervecería, pero el olor es vagamente metálico. Familiar. Me doy cuenta de dónde lo reconozco y de repente me pregunto si así es como

se elabora el Elixir del Cazador. Si estos barriles están llenos de elixir, entonces tenemos lo que necesitamos. ¿Pero dónde está Ventos?

Mis reflexiones se calman cuando descubro un pasillo en el rincón más alejado de la habitación. Los estantes se han deslizado hacia un lado, dejando al descubierto una puerta. Escucho susurros y sibilancias distantes. El pasaje huele a mosto y a algo… maduro. ¿Casi dulce? Pero de una manera horrible.

Putrefacción.

Podredumbre carroñera. Eso es lo que huele. Mi estómago se revuelve mientras estoy en el precipicio, sabiendo que debo descender a esas profundidades y enfrentar los horrores que me esperan.

No estoy listo. Pero no tengo otra opción que no serlo. Ventos y Drew deben estar ahí abajo.

El pasaje se vuelve más helado cuanto más profundizo. El llanto de las paredes se convierte en escarcha. Al final, termino en una habitación que es un duplicado de la sala principal en casi todos los sentidos: desde su techo abovedado, sostenido por vigas y contrafuertes, hasta la silueta fantasmal de un altar en el otro extremo. Pero a diferencia de la sala de arriba, esta sala está llena de más filas de barricas. Deben ser cientos.

Sin embargo, mi atención no se centra en el elixir en fermentación. Más bien, no puedo apartar la vista del altar al otro extremo. Las velas sostienen un entramado de pesadas telarañas en lugar de llamas. El altar en sí está tallado en piedra, hecho con tanta habilidad que los volantes de un paño de altar esculpido parecen poder ondear con la más leve brisa. Las costuras de piedra parecen cálidas al tacto, como tela real.

La tela se separa en el frente del altar para formar una cresta que he visto antes. Dos diamantes están apilados uno sobre el otro, el superior más pequeño que el inferior. Alrededor de ellos hay una forma de hoz. Es el mismo símbolo que estaba en la puerta plateada del antiguo castillo del vampiro.

Esa no es la única similitud con la casa del vampiro. Una figura de piedra se alza sobre el altar, muy parecida al Rey Solos en la capilla. Ruvan y yo hicimos juramentos de sangre dentro. El hombre empuña el arma de los cazadores, una hoz de plata, en una mano, y en la otra palma hay tres tomos encuadernados en cuero. En su sombrero de ala ancha luce una pluma de cuervo sujeta con un broche negro. Una elegante armadura de cuero está tallada en su cuerpo y una capucha bajada sobre sus hombros. Su rostro es difícil de ver desde mi posición

ventajosa, pero no lo necesito para identificarlo.

Al igual que en el salón de arriba, hay un barril en el centro del altar. Pero éste no está atado a una jaula. Se encuentra al aire libre, sostenido por placas de hierro agregadas durante lo que parece haber sido un tiempo muy largo, ya que algunas tienen una pátina espesa.

Por increíble que sea todo, mi atención se centra en los dos hombres ubicados en el centro de la habitación. Rápidamente me lanzo detrás de una hilera de barriles, mirando entre ellos. Ventos se arrodilla ante el altar, con el rostro ensangrentado. No la cara que había robado. Su cara. El truco ha terminado.

"¿Cuánto tiempo llevas escondido?" Ventos le gruñe a Drew, que se cierne sobre él. "¿De verdad pensaste que podrías deshacer la larga noche de una manera que te sirviera?"

"Me dirás cómo te infiltraste en mi fortaleza", dice Drew siniestramente. "De una manera u otra." Él levanta el bastón. Su mango es una cabeza de cuervo plateada con un pico extremadamente afilado. “Me canso de que lo esquives. Esta es tu última oportunidad."

“Con mucho gusto moriré por un verdadero señor vampiro. No un cobarde que abandonó a su pueblo por la posibilidad de robar una corona”, jadea Ventos. ¿Cómo llegó a estar tan ensangrentado? Drew no pudo derrotar a Ruvan en la noche de la Luna de Sangre. Derrotar a una de las manos derechas del señor vampiro sin ni siquiera un rasguño...

El silbido del bastón con empuñadura de plata que atraviesa el aire me saca de mis pensamientos. Salto de mi escondite. "¡Draw, no!"

El bastón se congela en su lugar. Se gira lentamente. Nuestros ojos se encuentran y... mi corazón se detiene.

No lo reconozco.

Esa expresión dura. Esos ojos fríos y distantes. La curvatura de sus hombros, cargada aún más por el resplandor del cuervo todavía posado allí con tanta atención que sus garras han perforado las vestimentas de cuero que usa mi hermano. Puntos de sangre rodean sus garras negras.

Drew es como mi padre cuando regresó con nosotros esa fría mañana. Tiene el rostro de un hombre que conozco, amo, mi familia, pero no es el hombre que conozco que ocupa la carne. Algo malvado se ha apoderado de Drew. Algo mucho más siniestro que incluso el rostro robado de Ventos.

"¿Dibujó?" Digo suavemente, esperando ver un destello de alguien que reconozco dentro de él. Alcanzo el anillo de mi meñique para

hacerlo girar y su ausencia envía una punzada de anhelo a través de mí. "Drew, soy yo."

Baja lentamente el bastón y, por un breve segundo, veo a mi hermano. Parpadea varias veces. “¿Flor?”

"Drew, yo..." No puedo terminar.

El bastón cae al suelo mientras se agarra la cabeza, gritando y retorciéndose. Drew retrocede. Ventos se levanta y se lanza hacia él.

"¡No le hagas daño!" Corro hacia adelante. Pero no soy lo suficientemente rápido. Ventos lo alcanza antes que yo, pero no agarra a mi hermano. Agarra el cuervo posado en el hombro de mi hermano al mismo tiempo que Drew.

"No... le haré... daño..." Drew rechina, arrancando el pájaro de su hombro. Ventos lo sostiene con sus fuertes manos mientras el pájaro intenta volar.

"Veamos si muestras tu verdadero yo antes de que te arranque el cerebro de pájaro", gruñe Ventos. No le presto atención. Mi hermano me necesita.

Estoy al lado de Drew mientras sus rodillas colapsan. Me preparo, permitiéndole caer dentro de mí, dejándolo caer hasta el suelo.

"¡Dibujó!" No sé qué le está pasando, pero no vine hasta aquí, no luchamos ni luchamos por nuestras vidas, solo para que muriera ahora sobre mí.

Una ráfaga de plumas golpea mis mejillas. Las garras desgarran mi piel. El cuervo se ha escapado del alcance de Ventos y trata de arrancarme los ojos.

Ventos ataca al pájaro con su hoz, atrapándolo justo donde su ala se une con su cuerpo. Pero la hoz que le hice fue para lucirse. Es demasiado aburrido para separar el ala del cuerpo de un solo golpe y el pájaro aún puede volar.

El cuervo se eleva hacia las vigas, lloviendo plumaje ensangrentado. Inclina la cabeza hacia atrás como si fuera a hablar. Como si fuera a despertar a toda la fortaleza con un poderoso graznido. Pero en lugar de eso, una voz aguda me golpea justo entre las sienes, haciendo que mi cabeza palpite.

Pagarás con sangre, como el resto de tu especie abandonada. Tendré el trono que me gané y mi venganza por Loretta.

Dado su críptico mensaje, el pájaro vuela hacia un rincón lejano (un conducto de ventilación, por lo que puedo decir) y desaparece.

CAPITULO 34



Paga con sangre. Trono. Venganza.

Loreta.

Las palabras resuenan en mi mente, las siento más que las oídas. Su sonido me llena de un odio crudo que brota como un grito esperando ser desatado. Me llena de una locura como la del elixir que bebí en la noche de la Luna de Sangre. Una necesidad infinita de más. Más dolor. Mas sangre. Más…

Fuerza.

"Floriane, Floriane." Ventos me sacude. Parpadeo varias veces y vuelvo a la realidad, alejándome del aturdimiento en el que me puso esa infernal bestia alada. "Tenemos que irnos, ahora".

"¿Qué pasó?" Pregunto, mirando de Ventos a Drew. Está tan quieto como la muerte. Mi corazón se estremece. "Qué-"

“No hay tiempo ahora, pero no estamos seguros aquí. Tenemos que-"

"¡Por supuesto que no estamos seguros aquí!" Seguimos interrumpiéndonos, turnándonos. “Lo supimos desde el momento en que…”

"¡No estamos a salvo porque hay otro vampiro aquí!" Ventos finalmente tiene la última palabra.

"¿Qué?" El mundo se ha inclinado y me inunda la misma sensación que cuando llegué por primera vez al mundo del vampiro. Nada de esto es real. No puede ser.

"Ese pájaro era un vampiro que tomaba la forma de un animal".

"¿El vampiro puede hacer eso?"

"Por supuesto que podemos. No lo hacemos porque tenemos un poco de respeto por nosotros mismos. Robar el rostro de los humanos es una cosa, ¿pero de las bestias? No somos lykin. Se burla un poco. Pero su expresión rápidamente se vuelve seria una vez más. "Ahora que sabe que estamos aquí, tenemos que irnos". Ventos extiende su mano.

Miro entre él, mi hermano, y el barril sobre el altar.

"Aún no."

"Flori..."

"Vinimos hasta aquí por el elixir, no nos iremos sin él". Dejar a mi hermano es como arrancarme físicamente un miembro. Casi puedo escuchar un ruido desgarrador cuando lo dejo en el suelo y me dirijo hacia el altar. Pero su corazón es fuerte bajo mis dedos y hay que trabajar. A la derecha del barril en el altar hay un estante de viales de obsidiana, el mismo que he visto usar al vampiro, e idéntico a lo que Drew me dio en la noche de la Luna Sangrienta, demasiado cerca para ser casualidad.

Deslizando la abertura del vial hacia un lado, lo coloco debajo del grifo. Un líquido espeso y como tinta gotea dentro del vial con gotas grandes y húmedas. Cinco gotas es todo lo que se necesita para llenar uno hasta el borde. Se lo entrego a Ventos. "Aquí."

"Deberíamos irnos". Lo toma a pesar de su objeción y no me impide llenar un segundo vial.

"Necesitamos conseguir todo lo que podamos". Le entrego el segundo vial y voy por el tercero. Me quedaría con el barril entero si no estuviera atornillado y encadenado. Liberarlo, en este punto, llevaría demasiado tiempo y pondría en riesgo la integridad del barril en general.

El eco de una puerta que se abre de golpe muy arriba retumba en mi pecho. Se oyen gritos y muchos pasos. Sólo estoy en mi tercer vial. Ruvan va a necesitar más. El elixir se me acabó muy rápido. Necesitará mucho más que tres para mantenerse y ésta es nuestra única oportunidad. Callos también pidió un poco, ¿tal vez pueda hacer más si tomo suficiente?

La carrera de mi mente es interrumpida por Ventos agarrándome. La sangre continúa cayendo al suelo desde el grifo abierto del barril. Cerré el tercer vial y lo guardé en el bolsillo.

"Nos vamos."

Aparto mi brazo de su agarre mientras la magia se mueve a su alrededor. "No sin mi hermano".

"¿Qué?"

"No podemos volver con..."

"¡No lo voy a dejar!" Mi voz hace eco. No me importa quién escuche. Si dejo a Drew aquí, lo matarán. Lo sé. No hay precedentes de lo sucedido y el cuervo lo ha abandonado. Los cazadores asumirán la participación de los vampiros en este punto. "Matarán a Drew por exceso de precaución". Doy sonido a mis pensamientos. “Lo dejé moribundo una vez. No lo volveré a hacer. Me niego. ¿Puedes movernos a los dos?

“Tú…” Ventos es interrumpido por la aparición de una luz. Me arrodillo, agarro a mi hermano y levanto una mano hacia Ventos. Mira entre él y la avalancha de cazadores que salen de la escalera.

Nos vamos en un abrir y cerrar de ojos.

La puerta principal del pueblo se materializa a nuestro alrededor. Estoy agarrando a Ventos y Drew a cada uno con fuerza. Pero el vampiro se tambalea y tropieza. Tose sangre como tinta y apoya las manos en las rodillas.

“¿Ventos?”

"El bastardo." Su sonrisa enloquecida está teñida de negro. “¿Pensó que esas escasas barreras podrían detenerme?”

Odio presionarlo cuando obviamente está luchando, pero… “No podemos quedarnos aquí. Hay que mantenerse en movimiento."

Ventos asiente y toma mi mano una vez más. Mira hacia la niebla de los pantanos y el mundo gira y luego colapsa en las sombras.

Sólo para volver a materializarse con un pop.

Una y otra vez, él nos conmueve. A la cuarta vez, Ventos se tambalea. De él se desprenden destellos mágicos y sombras, pero se disipan con el viento. Cae de rodillas y se hunde en la blanda tierra de los pantanos. La sangre cubre el frente de su armadura debido a su tos y farfulleo.

"¿Por qué está pasando esto? ¿Es porque vas a trasladar a dos personas? Apoyo una mano en su hombro.

“Eso ya es bastante difícil… pero no… la fortaleza tenía una barrera no muy diferente a la del castillo. Incluso mal hecho... es... Tose más sangre. "Fue suficiente para herirme cuando nos obligué a pasar".

“¿El vampiro que tomó la forma del cuervo hizo una barrera?” Pido aclarar.

Ventos asiente débilmente, con los ojos aún enfocados hacia adelante, como si estuviera reuniendo fuerzas para movernos una vez más. Pero no surge ninguna magia. El aire está en calma. Me pregunto si él mismo se llevará la peor parte de las heridas, salvándonos a Drew y a mí.

“Esa debe haber sido su guarida. Quienquiera que sea el bastardo, tuvo la sensatez de tratar de mantener alejados a otros vampiros que querrían matarlo por volverse contra los de nuestra especie. Debería haber sabido mejor."

Saco el vial de mi bolsillo y extiendo la mano. "Aquí."

“No, eso es para…”

“A Ruvan no le importará si morimos aquí. Tómalo y llévanos de vuelta a un lugar seguro —digo con firmeza. Ventos busca mi expresión férrea. “Escucha, conozco a los cazadores. Van a sondear estas marismas y ya casi sale el sol. Tus poderes se están debilitando a medida que se pone la luna. No podrás llevarnos de regreso a Midscape pronto y tengo miedo de lo que sucederá si intentamos quedarnos aquí”.

"Pero-"

“Tu esposa te necesita vivo. ¿De qué sirve hacerle un mundo nuevo si mueres aquí? Le meto el frasco en el pecho y él me mira fijamente, atónito. Quizás sea cruel de mi parte criarla. Pero todos tenemos personas por las que vivimos y luchamos. "Tómalo."

"Medio." Agarra el frasco con un gruñido. Es tan pequeño que Ventos debe pellizcarlo entre el pulgar y el índice. La delicadeza con la que se lo lleva a los labios se yuxtapone al cansancio del hombre macizo y a la sangre negra que le corre por la barbilla. Toma un solo sorbo y abre los ojos como platos.

Conozco ese sentimiento. Algo en mí, despertado por el elixir, sostenido por Ruvan, todavía lo anhela. Pero no cedo a esos impulsos. Ni siquiera ahora, cuando Ventos me devuelve el frasco medio vacío. Aunque una parte de mí quiere beber de él, cierro bien el recipiente y lo devuelvo a mi bolsillo.

Ventos se levanta, más fuerte que antes. Sus músculos se hinchan, hinchados. tomo su mano

✈

y continuamos nuestro vuelo hacia la seguridad de Midscape.

El sol acaba de asomar el horizonte cuando aterrizamos en la sala de recepción del Castillo Tempost. Me desplomo en el suelo con un profundo suspiro. Ventos, por supuesto, no está desgastado gracias al elixir que todavía fluye a través de él.

“Quédense aquí, yo traeré a los demás”, dice. Antes de que pueda responder, se ha ido, moviéndose con una velocidad vampírica que apenas puedo seguir usando mis ojos humanos.

Finalmente, lentamente, libero el brazo de Drew. El constante subir y bajar de su pecho me inunda de alivio. Aún está inconsciente, pero parece que de la herida que le dejó ese desgraciado pájaro por fin ha dejado de manar sangre.

"Tienes suerte de no haberte dado cuenta de todo eso", murmuro. "No es algo con lo que hubieras querido lidiar". Acerco mis rodillas a mi pecho, las rodeo con mis brazos y apoyo mi mejilla encima. "Vas a enfadarte mucho conmigo cuando te despiertes y veas adónde te he traído".

Pero él despertará. Lo salvé de una muerte segura llevándolo a los pasillos del vampiro. Parece tan al revés que reprimo una risa.

"Floriane." Mi nombre en la lengua de Ruvan me saca de mis pensamientos. Está parado en la puerta, flanqueado por Quinn y Callos. Para mi alivio, no parece peor que cuando me fui. Ventos no aparece por ningún lado. La expresión de Ruvan oscila entre el alivio, la alegría y la agitación. Desafortunadamente para mí, termina en el último momento cuando sus ojos se dirigen a Drew. “¿Has perdido todos tus mejores sentidos?”

Me paro. "Si lo hubiera dejado allí, los cazadores lo habrían matado".

Él se acerca furioso. "Ahora el marchitamiento lo matará".

"Podemos devolverlo al otro lado del Velo", digo con calma.

"No somos lo suficientemente fuertes para cruzar el Velo cuando no hay luna llena".

“Dijiste que los vampiros eran fuertes los tres días alrededor de la luna llena. Podemos traerlo de regreso mañana después de que los grupos de búsqueda se hayan calmado”.

“¿Quieres correr ese riesgo?” Ruvan arquea las cejas. “¿Qué pasa si no podemos cruzar?”

"También tenemos el Elixir del Cazador para ayudar".

"Un elixir que necesito para sobrevivir". El dolor pasa por los brillantes ojos de Ruvan. Busca mi rostro y el impulso insaciable de tocarlo casi me supera. "Un elixir que tú y Ventos arriesgaron sus

vidas para conseguirlo". Su voz se ha vuelto más suave con gratitud.

"Callos aprenderá a hacer más". Desvío mi mirada. “¿No es así?”

El hombre de gafas parece incómodo por haber sido puesto en aprietos. "Ciertamente lo intentaré".

“Y lo lograrás”. Me muevo hacia atrás para mirar a Ruvan que se cierne sobre mí. “Drew estará aquí algún día como máximo. La luna estará mayoritariamente llena mañana; Lo traeremos de regreso entonces”. No estoy seguro de a qué regresará Drew... pero tengo veinticuatro horas para encontrar esa solución.

Ruvan frunce los labios.

“Además, tendrá información útil para nosotros, información que podría ayudar a Callos a preparar el elixir. Y sobre el otro vampiro que estaba en la fortaleza del cazador”.

A juzgar por el hecho de que Ruvan no está del todo sorprendido por la mención de otro vampiro, Ventos le informó sobre ese descubrimiento. Los músculos de sus mejillas se hinchan cuando aprieta la mandíbula. Deben estar encerrados, porque no puede pronunciar una sola palabra durante unos largos segundos, aunque puedo sentir el desagrado que irradia de él. Dudo que el descontento esté enteramente dirigido a mí dada la reciente revelación de un enemigo imprevisto.

“Quinn, lleva al cazador a la misma habitación en la que residió Floriane por primera vez. Callos, regresa y dile a Ventos, Winny y Lavenzia que piensen en una rotación de guardias. Entonces, Callos, ponte manos a la obra inmediatamente para descubrir este elixir”. Mientras Ruvan ladra sus órdenes, los hombres entran en acción. Quinn levanta a Drew como si no pesara casi nada, aunque sé que mi hermano pesa bastantes piedras.

Los dos me miran con recelo por primera vez en semanas. Supongo que no puedo culparlos. He traído a un cazador de vuelta... uno de verdad. Cualquier confianza que estaba construyendo con ellos se ha visto dañada. Sólo espero que no sea irrevocablemente. No lo será una vez que pueda hablar con Drew y, con suerte, obtener información útil para todos nosotros.

Al menos mi hermano está vivo. Eso es más que suficiente para mí.

"Gracias", digo suavemente mientras los otros dos se van.

“Deberías agradecerme”. Ruvan recupera su altura. Está tan dolorosamente cerca y, sin embargo, no me toca. De hecho, se aleja. “Te dejé traer aquí a un cazador genuinamente mortal. Te he dado suficiente deferencia como para que mis hombres estén escuchando

tus locas órdenes”. Se pasa una mano por el cabello y los mechones caen entre sus dedos como platino. Ruvan me mira entre ellos. Es como si estuviera dividido entre querer tocarme y necesitar estar lejos. "Podría haber condenado el destino de mi pueblo por ti".

"No lo hiciste", trato de tranquilizarlo.

“Pero podría haberlo hecho. Podría haberlo hecho y lo hice de todos modos”. Ruvan se acerca con determinación una vez más. "Lo que he hecho y estoy haciendo contigo podría ser el fin de todo lo que amaba".

"Casi no hemos hecho nada". Me insisto a mí mismo que es verdad.

"Si 'apenas hemos hecho nada', ¿cómo te has convertido en mi todo?"

Retrocedo un paso, agarrándome el estómago y el calor que se ha acumulado allí solo con la pregunta. ¿Qué digo a eso?

"Podríamos parar". Mi voz también se ha reducido a un susurro. No sé por qué digo esto. No lo digo en serio.

"Ninguno de nosotros quiere eso".

“¿No es así? ¿No hemos estado tratando de evitarnos desde que admitiste los crímenes de tus antepasados y nuestro estado civil?

"Nunca te estuve evitando".

Pongo los ojos en blanco. “Por supuesto que lo eras. ¿Y por qué no lo harías? ¿Cuánto podría importarte realmente cuando dijiste que no podía ser nada para ti? No es hasta que hablo que admito plenamente cuán profundamente me duelen esas palabras. Si podía eliminar todo el afecto que sentía por mí tan fácilmente, ¿qué tan real era para empezar?

“¿De verdad me creíste?” Levanta la mano lentamente y extiende el dedo índice. Pasa sus nudillos por mi mejilla, la yema de su dedo por mi cuello. “¿Cuándo hemos sido 'nada'? Desde el primer momento en que te sentí… tenía que tenerte. A partir de ese segundo, supe que nunca volvería a estar satisfecho hasta conocerte”.

"Me mató."

“Te probé. Hablé contigo. Te tenía."

Mis párpados se están poniendo pesados. Su toque, simple y lento, es una fuerza que no puedo ignorar. Lo único en lo que puedo concentrarme es en su boca. El calor burbujea dentro de mí, haciendo que el mundo gire lentamente. Casi puedo saborearlo en mis labios mientras los lamo; el recuerdo fantasma de su sabor me ayuda hasta este segundo.

“Aún sé que debería odiarte por lo que me has hecho hacer.

Debería odiarte por ser una distracción. Debería odiarte por todo lo que eres. Todas esas voces, las voces de todos los que conocí y de todos los que me enseñaron, todavía viven en mí”.

"¿Y todavía?" Doy sonido a las palabras que quedan flotando tras su sentimiento.

“Y sin embargo…” repite, tan débilmente que me pregunto si me lo imagino. “Sin embargo, cada día me siento más atrapado por ti. Encuentro que mi educación es más fácil de luchar, ignorar o olvidar por completo. Creo que incluso estar frustrado contigo es un espinoso zarcillo que sólo me acerca más a ti”. Su único brazo rodea mi cintura, atrayéndome hacia él. Nuestros cuerpos están completamente al ras. Su frente se funde con el mío. “Floriane, eres fuego, caos y posibilidades infinitas. Has traído no sólo calor y latidos a estos pasillos sino también a mis huesos. No quiero seguir adelante sin ti a mi lado, mientras me tengas, mientras quieras explorarnos”.

"¿A nosotros?" logro preguntar. Las palabras están frenando al mundo. El tiempo entre cada latido de su corazón, fuerte bajo mis dedos, se hace más largo. Esto es lo que he estado deseando y extrañando: él. Su cercanía. Cercanía.

"A pesar de todas las probabilidades, a pesar de mis deseos y temores y de cada fragmento de mejor juicio, a pesar de saber que no te merezco después de todo lo que te he hecho a ti y a tus seres queridos, temo que podría estar enamorándome de ti".

Amar.

Cómo quería ser amado. Pasé años imaginando este momento, en el que un hombre me tomó en sus brazos y afirmó que me deseaba. No por el prestigio de la doncella de la forja. No por la influencia que mi familia aportó a Hunter's Hamlet, ni por la seguridad de estar rodeado de plata. Pero para mí.

A mí.

Y aquí está. Ese sueño se hizo realidad. En la forma del hombre que me lo tomó y me lo dio todo.

“¿Qué pasa con tu gente?” Me las arreglo para decir, pensando en dónde dejamos las cosas por última vez. De las palabras hirientes todavía tenemos que clasificarlas.

“El mundo dirá que no debería hacerlo. Pero cada vez me importa menos lo que piense el mundo. Te escojo a ti." Continúa mirándome con la misma intensidad que antes. Lo mismo que sé que se está volviendo hacia adentro.

“¿Qué pasará con nosotros cuando esto termine?” Vuelvo a esa

pregunta que nos ronda como una acompañante incómoda.

Su agarre se aprieta como si alguien ya le hubiera dicho que me dejara ir. “Si podemos romper esta maldición, entonces podríamos encontrar una manera de vivir como lo harían dos amantes cualesquiera. Mientras quieras quedarte conmigo”.

Amantes. Viviendo. La vida después de la maldición y la larga noche en la que he estado atrapada junto a él desde mi nacimiento.

Nunca hubo un final para esto fuera de mis sueños más locos. En mis horas de vigilia, lo único que ha habido ha sido sostenerme y perseverar a pesar de todas las adversidades. ¿Cómo me gustaría que fuera mi vida del otro lado?

“Me quedé dormido en otra época, soñando con un futuro. Me desperté descorazonado y desamparado. Pero el futuro que me atrevo a esperar eres tú —murmura, mientras la punta de su nariz toca la mía. Sus ojos están en llamas mientras intenta derribarme solo con su mirada. “Dime lo que quieres, Floriane. Lamento haberte elegido una vez; Nunca más lo haré, lo juro. Di la palabra y me iré, di la palabra y seré tuyo. ¿Me eliges?

Mi corazón late tan fuerte que mis costillas vibran. Me duele la cabeza. "Deseo-"

Lavenzia me interrumpe cuando dobla la esquina y anuncia apresuradamente: "Está despierto".

CAPITULO 35



Vuelo por los pasillos, con los pies ligeros y el corazón acelerado por una razón completamente diferente. Escucho golpes y gruñidos. Me hace moverme aún más rápido.

"¡Suéltame, monstruo!" Drew grita. "¡No me volverás a llevar!"

Se oye un ruido sordo. Doy la vuelta a la puerta y encuentro a Drew y Quinn en el suelo. Drew está luchando por tomar la delantera. Quinn es más fuerte, pero mucho menos entrenada. Drew levanta su rodilla; Puedo verlo a punto de girar para lanzar a Quinn.

"¡Dibujó!" Entro.

Mi hermano se congela en el momento en que escucha mi voz. Su cabeza se inclina hacia atrás y sus ojos se encuentran con los míos. "Floriane... ¡Floriane!" Se mueve casi tan rápido como un vampiro, tomando a Quinn con la guardia baja y lanzando al sirviente de Ruvan casi a la mitad de la habitación con su vigor. Drew se pone de pie de un salto, corre hacia mí e inmediatamente me aplasta con su abrazo. "¡No eras un sueño! Eras real".

La humedad corre por mi mejilla. Me alejo de él y lo miro en estado de shock. Él también está llorando. Mi hermano estoico, duro y feroz… está llorando. Nunca lo había visto llorar antes, ni siquiera cuando murió mi padre. Me siguió a ese oscuro vacío de nada sin emociones y ahogó cualquier lágrima que pudiera haber llorado allí. Cuando emergió... estaba desprovisto de todo lo que sentía lo suficientemente profundo como para hacerlo llorar.

Hasta ahora.

“Estás viva”, dice entrecortadamente, mirándome de pies a cabeza y de espaldas. "¿Cómo? ¿Cómo estás? ¿Qué te hicieron? No te preocupes, ahora estás a salvo. Te sacaré de aquí”. Se coloca entre Quinn y yo, quien simplemente pone los ojos en blanco y suspira.

“¿Qué le hicimos?” Ruvan se desliza dentro del marco de la puerta tan suavemente como su voz. “La mantuvimos con vida. La protegió. La vistió y la alimentó”.

"Tú... tú eres..." Drew nos mira a todos, buscando una respuesta. Su confusión alcanza su punto máximo cuando ve que no estoy angustiado en lo más mínimo. Apoyo una mano suavemente sobre su hombro. Es más pequeño de lo que recuerdo. Sigue siendo fuerte, de eso no hay duda. Pero no es acero forjado como lo vi una vez. Se ha ido desvaneciendo, incluso sin estar en Midscape. “No sé qué te dijeron, Flor, pero están…”

"Vampir", terminó por él.

Casi al mismo tiempo, Ruvan dice: “¿Flor?” con un toque de diversión que decididamente ignoro. Todavía no le había dicho ese apodo mío.

“¿Vampiro?” Drew repite. "¿Vampiro?"

"No, vampiro", corrijo. “Esa es la forma correcta de decirlo. Nos hemos equivocado durante miles de años”.

“Te atraparon. Están en tu cabeza como estaban en la mía”. Drew me agarra con ambas manos y me sacude tan violentamente que si antes no me dolía la cabeza, ahora ciertamente me duele. "¡Liberar! ¡Eres más fuerte que ellos!

Hay una ligera brisa a mi espalda que anuncia la llegada de Ruvan. La velocidad vampírica para cruzar una brecha tan pequeña definitivamente no era necesaria. Pero tuvo el efecto que sin duda buscaba cuando Drew lo mira boquiabierto.

Las manos de Ruvan se enroscan alrededor de mis hombros. “Sé que eres el hermano de Floriane, y sólo eso es la razón por la que todavía respiras. Pero tu relación me importa cada vez menos cuanto más la maltratas.

Hay un tono áspero y protector en la voz de Ruvan que casi hace sonrojar mis mejillas. Combinado con lo que dijo antes sobre desarrollar afectos genuinos… Una ola de calor se estrella sobre mí, pasando rápidamente cuando mi hermano me separa de Ruvan, interponiéndose entre él y yo.

"No te atrevas a tocarla, vampiro".

"Vampir", corrijo de nuevo. “Hermano, soy yo. Mírame y no deberías tener ninguna duda de que mi mente y mi cuerpo siguen siendo verdaderamente míos”. Lentamente se aleja de Ruvan. Aun mirando entre los dos vampiros, finalmente me mira. Puedo sentir su mirada inquisitiva. Lo encuentro.

“No hay manera…” susurra.

"¿Cómo puedo demostrarte que realmente soy yo?" Nunca imaginé que tendría que demostrar que no estaba bajo algún tipo de control. Pero fui un tonto por pensar lo contrario. Drew todavía cree que los vampiros tienen una mente colmena. Todos esclavos sin sentido del señor vampiro. Levanto lentamente la mano.

Drew refleja el movimiento. Instinto, de verdad. Nunca hemos intentado poner en palabras lo que es esto. Otros han preguntado, pero no hemos podido explicarles. Es algo que siempre hemos hecho. Algo que siempre haremos. Mamá dijo que nos encontraría durmiendo en la cuna, palma con palma. Como si esa atadura fuera el único y clave recordatorio para el otro de que todavía estábamos allí. Por eso usamos nuestros anillos.

La mano de mi gemelo está pegada a la mía. Cierra los ojos y suspira. Sus hombros se relajan. Y cuando me mira de nuevo lo hace con una claridad que aún no había visto.

Bienvenido de nuevo, Quiero decir.

"Realmente eres tú". Él aparta su mano y yo hago lo mismo.

"Es."

“¿Qué…?” Drew se calla sacudiendo la cabeza. Con cautela, vuelve a mirar a Ruvan y Quinn.

"Ruvan, Quinn, ¿podría tener un poco de tiempo a solas con mi hermano?" Es una exigencia formulada como una pregunta. Si esos vampiros no quieren que los golpee con mi martillo la próxima vez que me visiten en la herrería, me darán algo de espacio.

Quinn mira a Ruvan, quien continúa mirando a Drew con recelo. Pero incluso el señor vampiro cede a mi petición. "Muy bien. Pero estaremos afuera. Así que no intentes nada”, le dice más a Drew que a mí.

Con eso, los dos vampiros se van, dejándonos solos.

Cruzo hacia la cama. Las sábanas todavía están manchadas de sangre por mi recuperación. Las mantas están retiradas, sin duda por el despertar de Drew. Me siento en el borde y le hago un gesto a Drew para que se una a mí. Lo hace de mala gana.

"Lo sé, tienes muchas preguntas".

"¿Estás bien?" Ese es el primero que sale volando de su boca y me trae una sonrisa cansada.

"Soy." Tomo ambas manos.

Él le da la vuelta al mío. “¿Qué pasó con tu anillo?”

"Yo..." Trago con dificultad. “Tuve que usar la plata. Lo siento mucho-"

“Es sólo un anillo. Puedes hacer otro mientras duermes”. Drew sacude la cabeza con una pequeña sonrisa. Mi hermano estoico y firme, siempre centrado en el panorama general. Y aquí yo había estado temiendo que él se enojara. "Sé que si lo forjaste, realmente necesitabas protección y me alegro de que te mantuvieran a salvo".

"Gracias por entender." No le digo que lo usé para experimentar y prometo en silencio que haré de nosotros dos nuevos, mejores, tan pronto como pueda. “Ahora no tenemos mucho tiempo y tengo mucho que decirte y mucho que necesito que me digas. Empezaré desde el principio e iré rápido…”

Le cuento a Drew todo: cómo los Sucumbidos llegaron a Hunter's Hamlet, cómo fueron capturados por Ruvan y la maldición del vampiro. Su expresión se oscurece cuando menciono haber jurado sangre. Su agarre se estrecha sobre el mío mientras le detallo los horrores de la maldición realizada en el antiguo castillo.

Por más difícil que sea, le cuento las partes que no quiero decir. Admito haber compartido con el vampiro algunos de nuestros procesos de plata. Les explico el nuevo acero plateado falso que he creado con la ayuda de Callos para descifrar registros de antiguos herreros vampiros.

Lleno todos los espacios entre ahora y la última vez que nos vimos. Lo único que dejo de lado es la daga que hice con mi anillo de plata (no sé cómo se sentiría él acerca de mi forja con magia de sangre) y los detalles de mi relación con Ruvan. Hay algunas cosas que todavía no soy lo suficientemente valiente para impulsar.

Cuando finalmente termino, se queda mirando a la nada. Espero pacientemente, aunque esa paciencia se pone a prueba cuando él se acerca a la ventana. Se pone de pie, tal como lo hice yo cuando desperté por primera vez en Midscape, y contempla su mundo. Excepto que, a diferencia de mí, le han contado todos los secretos de este lugar en una hora. Le he dado la información que tuve semanas para procesar en cuestión de minutos.

Apoya el antebrazo contra el cristal y luego la frente. "¿Cómo es posible que todos hayamos estado equivocados durante tanto tiempo?"

“¿Me crees entonces?” Me levanto, demasiado ansiosa por sentarme. Pero no me muevo de la cama por si la decepción me hace doblarme como un metal endeble.

“Siempre te creería, Flor”.

"No lo hiciste al principio."

Él se ríe y sacude la cabeza. "Tienes razón. Pero eso era temer que tu mente no fuera la tuya. Ahora que sé que lo es, no tengo motivos para no creerte.

"Aparte de que va en contra de todo lo que nos han enseñado". Estoy junto a él, admirando Tempost y sus agujas heladas. Se parece casi a la casa de galletas que el panadero haría y exhibiría en su ventana durante Yule. La confección premiada del caserío. Todos siempre tenían un pequeño trozo al final de las celebraciones.

"Sé que nunca me mentirías y, además..." Se calla, alejándose de la ventana. Los ojos de Drew son distantes e irreconocibles. "Tengo todas las razones para creerte ahora".

"¿Por qué?"

“Porque esa criatura, ese monstruo, estaba en mi mente”. El odio estropea los rasgos de mi hermano, torciéndolos de una manera que nunca antes había visto. Se me revuelve un poco el estómago. “El cuervo no es un pájaro. Y no es un cuervo nuevo para cada maestro cazador. Es el mismo, una y otra vez, controlando a los cazadores durante quién sabe cuánto tiempo”.

Toco el alféizar de la ventana y rápidamente cuento los pros y los contras de lo que sé que necesito preguntarle. Incluso si él cree todo lo que he dicho y sabe que se puede confiar en estos vampiros... es difícil que tu mundo cambie en un instante. Yo debería saber. Aun así, debo seguir presionándolo. No tenemos mucho tiempo antes de que tengamos que devolverlo al mundo natural.

"Drew, quiero escuchar lo que tienes que decir, pero creo que el vampiro también debería escuchar".

Mira la puerta con recelo, como si pudieran irrumpir en cualquier momento. “¿No puedes simplemente transmitir lo que digo?”

Apoyo mi mano en su antebrazo. “Sé lo difícil que debe ser esto. Lamento todo lo que te he impuesto, Drew. Pero si pensara que hay otra manera o una mejor, ya la habría seguido”. Sus ojos se encuentran con los míos y bajo mi barbilla en lo que espero sea de una manera tranquilizadora. Respondo a su pregunta tácita: “Confío en ellos, lo hago. Y ellos van a saber mucho más que yo. Todos nos beneficiaremos si usted les puede contar directamente lo que sabe; No

quiero correr el riesgo de olvidar ni un solo detalle".

Él suspira. Sé que él estará de acuerdo antes de que lo haga. Sé cómo suena la resignación en su voz. "Muy bien, charlemos con los vampiros…" Se recupera. "Vampiro."

Ofrezco una pequeña sonrisa de aliento. "Sabes, estás manejando todo esto mejor que yo", digo mientras me dirijo hacia la puerta.

"Como te dije, tuve a ese hombre-monstruo en mi cabeza durante semanas". Se frota las sienes, con los ojos temporalmente distantes. "Sé que están sucediendo muchas más cosas aquí. Al igual que sé que él habría hecho que me matara el siguiente hombre que eligiera como maestro cazador si me hubieras dejado en la fortaleza. Así que gracias por no hacer eso".

Mis instintos estaban en lo cierto. Estoy aliviado y horrorizado al mismo tiempo. Nuestro adversario es mortal y astuto en formas que sé que aun no comprendo. Pero estoy listo para hacerlo. Cuanto más sé, más inteligente puedo ser. No voy a perder ahora que todo lo que amo está en juego.

"Reúne a todos los demás en la sala de recepción", declaro mientras abro la puerta, ante las expresiones de sorpresa de Ruvan, Lavenzia y Quinn. "Necesitamos hablar."

"¿Acerca de?" pregunta Lavenzia.

"El tiempo es oro; Mantengamos las preguntas al mínimo por ahora. Lo descubrirás pronto". Empiezo a bajar por el pasillo.

Lavenzia mira a Ruvan, claramente insegura de si puedo dar órdenes como esta. Cuando él no dice nada, ella hace una reverencia dramática. "Muy bien, si la dama del señor vampiro lo ordena".

La mirada de Ruvan se vuelve dura y fría. Lavenzia simplemente le lanza una sonrisa engreída mientras regresa a nuestra fortaleza. Cualesquiera que sean los matices que se acaban de intercambiar, no me detengo en ellos. Pero… señora del señor vampiro, no suena mal.

En cuestión de minutos, estamos todos reunidos en la sala de recepción. Lavenzia ha regresado con Ventos, Callos y Winny, y se unen a nosotros en la mesa que hemos reclamado. No se ha dicho mucho. Drew está intensamente concentrado en Ruvan, sin duda porque ahora sabe que el hombre sentado frente a él es quien casi lo mata, el vampiro que fue la marca de Drew en la noche de la Luna de Sangre y el que ahora usa la mía.

"Le he informado a mi hermano Drew de todo lo que ha sucedido aquí". Me levanto de mi asiento y apoyo las yemas de los dedos en la mesa en una pose que imagino (espero) imponente y algo intimidante.

Nadie dice nada, lo que debe ser una buena señal. "Él sabe acerca de la maldición y que estamos trabajando para intentar romperla".

Ventos irradia desaprobación pero no dice nada. Estoy seguro de que hace unas semanas lo habría hecho. ¿Me atrevo a interpretar su silencio como el fundamento de una confianza real?

“Nos he reunido a todos porque Drew tiene su propia información para compartir. Como descubrimos Ventos y yo, había un vampiro escondido en forma de cuervo. Y ese vampiro parecía estar controlando las mentes de los maestros cazadores y, por lo tanto, el Hamlet del Cazador a través de generaciones, Drew más recientemente”.

"¿Eso es posible?" Winny susurra. Mira a Ruvan, cuyo rostro no revela nada, y luego a Callos.

“Hay escritos en los registros personales de Jontún sobre el conocimiento de la sangre que se usó de esa manera, hace mucho tiempo. Aunque es breve y nunca se publicó ampliamente debido a lo peligroso que se consideraba”, admite Callos vacilante. “Algunos archiveros han teorizado que así era como el Rey Solos podía controlar a los humanos iniciales retenidos por su sangre. Que había accedido a sus mentes y los había convertido en sus sirvientes voluntariosos. No sabían nada más que complacer al vampiro”.

La información es pesada y lentamente me recuesto en mi asiento. Ruvan había dicho que no culparía a los humanos iniciales por resentirse tanto por el trato del vampiro como para lanzar una maldición. Pero no había considerado posible que el Rey Vampir les hubiera despojado de su completa autonomía hasta el punto de que ni siquiera sus mentes fueran suyas. Si eso es cierto, ¿cómo se escapó? ¿Cómo rompió la tradición de sangre el que dirigió el grupo desde el castillo?

Cuanto más aprendo, más preguntas tengo.

"Si fueran registros raros y privados de Solos y Jontún, ¿cómo sabe un vampiro rebelde cómo realizar esta hazaña?" Ruvan hace la pregunta en todas nuestras mentes. Su tono es áspero, enojado.

“¿Podría este otro vampiro haber sido un señor?” Ventos se pregunta. “Él conocía una poderosa tradición de sangre para desarmarme. No fue diferente a su control sanguíneo, mi señor. Es posible que alguna vez haya tenido acceso a estos viejos tomos”.

La atención de Ruvan permanece en Drew. "Cuéntanos todo lo que sabes sobre el vampiro que te controlaba".

Drew traga saliva. Puedo decir lo difícil que es para él hablar de

esto. Sé que, como cazador, ha jurado mantener sus caminos en secreto para todos los que los busquen. Pero eso fue antes de que ambos supiéramos que los cazadores han sido durante mucho tiempo una fachada para un vampiro, buscando...

Venganza. Sangre. Loreta.

“Cuando mataron a Davos, el pájaro alzó el vuelo”, comienza finalmente Drew. Sus ojos se dirigen a Ruvan. "Nos peleamos." Ruvan se mueve ligeramente en su asiento a mi lado pero no dice nada. “Todo se volvió confuso, borroso. Estaba entrando y saliendo de la conciencia... Podía sentir que mi vida se escapaba. Pero entonces el pájaro vino hacia mí y habló. Pensé que estaba alucinando por la pérdida de sangre. Pero me preguntó si deseaba vivir y, por supuesto, le dije que sí. Dijo que el precio sería mi sangre”.

“¿Un jurado de sangre?” Dirijo la pregunta a Ruvan y Callos.

Callos considera esto y le pregunta a Drew: “¿Tienes una marca en alguna parte de tu cuerpo? ¿Uno como éste? Callos agarra la mano de Winny y levanta su brazo, bajándole la manga para exponer la marca de Ruvan en su cuerpo.

“No, no lo creo”. Drew niega con la cabeza. "No es que lo haya encontrado".

Ruvan tararea. “Un jurado de sangre dejaría una marca que podría ser vista e interrogada. Tendría sentido que este vampiro no despertara sospechas”. Él me mira. “Además, te dije que jurar sangre no otorga ningún tipo de control sobre el otro. Esto es una tradición de sangre, sin duda, pero no un juramento.

"No me importaba lo que fuera en ese momento", continúa Drew. “Le dije a la criatura que tomara mi sangre. Se lo había prometido a mi familia, a los cazadores, lo había derramado en los pantanos; al menos hacía tiempo que había dejado de ser mío. Tuve que seguir viviendo para servir”.

La necesidad de tocar a mi hermano es abrumadora. Pienso en todas sus sonrisas. La alegría que proyectaría al ser cazador y servir a Hunter's Hamlet. Todo una mentira. Toda una farsa. Había estado viviendo para todos menos para sí mismo.

Y nunca lo vi.

Yo, la que se supone que lo conoce mejor que nadie, la que debería saber lo que está pensando con una simple mirada. No vi más allá de su frente. Quizás no quería. Quizás no podría. No es de extrañar que nunca renunciara a esos sueños infantiles de escapar de la aldea. Todavía los estaba soñando.

La idea me sacude hasta lo más profundo, haciendo sonar una piedra angular de mi mundo mucho más importante de lo que alguna vez fueron los propios cazadores.

“Entonces, el cuervo bebió de mis heridas. Sentí su pico perforar mi carne. Sus garras se hundieron en mí y me alejé, perdido y atrapado dentro de mi propio cuerpo”. Drew apoya su cabeza entre sus manos, mirando las vetas de la mesa. No, mirando más allá de ellos, volviendo a ese horrible lugar que describe. “Veía el mundo y podía sentirme moviéndome en él. Cuando me miraba en un espejo, veía mis propios ojos. Pero no vería el pájaro sobre mi hombro. Detrás de mí había un hombre”.

“Los espejos muestran la verdad en todas las cosas; Ni siquiera la magia de sangre más poderosa puede oscurecerlo”. Ahora se me ocurre por qué el vampiro cubrió todos sus espejos. No puedo imaginar el dolor que sería saber que estabas maldecido y solo verte a ti mismo como alguna vez fuiste. "Describe a este hombre", ordena Ruvan.

“Tenía venas abultadas y piel fina como el papel. El blanco de sus ojos se había vuelto negro. Su cabello era de color marrón moteado y sus colmillos salientes estaban retorcidos. Parecía la misma Muerte”.

"Suena como la maldición", digo.

"Lo hace." Callos tamborilea sus dedos. “Un vampiro estaría afectado por esto, tal como lo estamos nosotros, incluso en el Mundo Natural... pero tal vez haya podido subsistir a base de sangre humana y cualquier otra fuerza que pueda obtener de esta tradición de sangre que ha tejido. Así es como ha logrado salir del estancamiento durante tanto tiempo”.

“¿Qué te hizo hacer?” Ruvan sigue centrado en Drew.

“Cosas normales para el maestro cazador. O pensé que eran normales. Tareas que Davos siempre realizó. Pero supongo que todo parecería normal… ese pájaro también estaba en su cerebro. Ese vampiro... vampiro... es el maestro cazador.

“Cuando dices que este hombre estaba en tu cerebro…” Winny deja su pregunta en suspenso.

“Él me ordenó. Tenía el control de mi cuerpo. Era como si mi mente hubiera sido eliminada por completo. Y si intentaba acercarme demasiado a la superficie, me empujaría hacia atrás. Él me decía que mi sacrificio era por un bien mayor. Que había fallado en matar al señor de los vampiros pero aún podía servir a los cazadores con mi sumisión y comenzar nuestros preparativos para la próxima Luna de

Sangre”.

“¿Por qué un vampiro estaría tratando de matar al señor de los vampiros?” Paso la mirada por la mesa. Ninguno de ellos parece querer responder. Su silencio y su creciente ansiedad sólo me estimulan aún más. Mi mente comienza a seguir la progresión lógica de lo que tengo ante mí. "Había mencionado un trono... ¿Qué pasa si está tratando de tomar el poder para sí mismo?"

“Ser el señor de un castillo en ruinas y de un pueblo maldito y dormido. Realmente es algo por lo que matar”, dice secamente Ruvan.

Frunzo los labios. "No, no es eso. Dijiste que a un humano se le podían dar los ritos de sangre y convertirlo en vampiro.

“Ese conocimiento de la sangre no se ha hecho desde King Solos, y sólo hay registro de un ser humano convertido. La sangre humana era demasiado valiosa sin ser removida y el costo era demasiado alto”.

Están pensando como vampiros, por eso no lo ven. Así fue como el Hombre Cuervo se quedó dos pasos por delante. Pero me estoy poniendo al día.

"A menos que este vampiro quiera hacer su propio reino". Mis manos casi tiemblan. Aunque no estoy seguro de por qué. ¿Ansiedad? ¿Emoción derivada de la sensación de resolver este rompecabezas? ¿Miedo? “¿Qué pasa si el Hombre Cuervo es quien lanzó la maldición?”

"¿Qué?" Lavenzia jadea.

"No, piénsalo", digo apresuradamente antes de que alguien más pueda objetar. “Este vampiro huye a través del Velo y consolida su control en Hunter's Hamlet, donde sabe que tiene un suministro constante de sangre, poder y sirvientes dispuestos. Dijiste que había registros de un grupo humano que escapó después de esos experimentos y pérdidas posteriores. ¿Qué pasa si este vampiro es quien los ayudó a escapar? Luego se gana su confianza al lanzar la maldición, sabiendo que lo afectará, pero tiene una gran reserva de recursos para salir adelante. Iba a dejar que el resto del vampiro muriera y luego convertiría a la gente de Hunter's Hamlet en sus nuevos seguidores sin que se dieran cuenta.

“Pero no tuvo en cuenta la larga noche y el profundo sueño. Así que ahora ha estado esperando, intentando cazar al vampiro, sabiendo que el señor eventualmente vendría para intentar vencer la maldición. Y una vez que el Señor y su pacto estuvieron muertos...

"No quedaría nadie para despertar la siguiente guardia", susurra Quinn horrorizada. "El resto del vampiro quedaría encerrado en un

sueño eterno y él podría tratar con nosotros cuando quisiera".

"Quiere algo más que el señor de los vampiros", dice Drew. “Por las noches me susurraba y me decía que los vampiros eran sólo el comienzo. Cuando tuviera el control total de la tradición de la sangre, la usaría para reunir a los lykin y luego mataría al Rey Elfo.

"Quiere gobernar todo Midscape". Ruvan frunce el ceño y se cruza de brazos. El asesinato está en sus ojos.

Me inclino hacia adelante, sobre la mesa, y golpeo con el dedo el centro. “Este es el hombre que puso la maldición. Este es el hombre que buscamos. Conseguimos a este Hombre Cuervo y no sólo liberamos al vampiro, sino también a los cazadores”.

“Flor, entonces estaremos en deuda con el vampiro”, murmura Drew con incredulidad. Es difícil de imaginar. Pero también creo que es verdad, incluso si fuera lo último que los cazadores querrían admitir.

“Suficiente, al menos, para que los cazadores estén dispuestos a aceptar el alto el fuego del que hablamos. Porque el vampiro también estará en deuda con nosotros”. Me vuelvo hacia Ruvan. “Esa es tu respuesta. Así es como ganamos. Mata al Hombre Cuervo, acaba con la maldición y danos una razón para que todos hagamos las paces”.

CAPITULO 36



Todos guardan silencio durante un tiempo molesto. Esperaba que estuvieran tan emocionados como yo. Como lleno de energía, listo para ir a conquistar a nuestro enemigo.

Pero ninguno de ellos se mueve.

Hasta que Ventos explota.

Se levanta de un salto de su silla, haciéndola caer. Con un rugido, agarra el borde de la mesa, levantándola con toda la fuerza de esos abultados músculos. Winny está al otro lado de la habitación, pero Lavenzia, la más cercana a Ventos, no parece sorprendida ni molesta. La mesa cae al suelo con un ruido sordo que parece hacer temblar todo el suelo. Me pregunto, si continúa, si podríamos terminar hundiéndonos en el suelo y regresar al viejo castillo debajo de nosotros.

"¡No!" Ventos ruge. "No. No quiero oír ni una palabra más de esta traición”. Señala con un dedo en mi dirección. “Tú… estabas a solas con él. Tuviste la oportunidad de compadecerte. Estás intentando hacer que nos volvamos solos. Para confundirnos y...

"Eso es suficiente". Ruvan se levanta lentamente.

"No vas a dejar que ella escupe estas tonterías mientras estás bajo tu supervisión, ¿verdad?" Ventos se resiste. Hasta aquí la confianza que habíamos estado construyendo. Yo suspiro. No, Ventos es un exaltado. Lo supe desde el principio. Volverá a la normalidad en poco tiempo si le doy suficiente tiempo y espacio.

Al menos eso espero.

“Viste y oíste lo que hice, Ventos”, le digo con calma.

Él se queda quieto.

“¿Crees que lo que ha dicho está mal?” exige Ruvan.

"No hay manera posible de que uno de los nuestros ideara un plan tan nefasto". Ventos niega con la cabeza.

“Hubo cien años de disputas por el poder mientras la maldición devoraba a nuestro pueblo”, dice Ruvan con gravedad. “Hombres y mujeres que desperdiciaron un tiempo precioso en pos de un trono. No es tan difícil de creer que uno de ellos pudiera haber puesto sus miras en otra parte. Y Solos no estuvo exento de enemigos”.

“Sólo le crees porque eres un juramento de sangre. Nos dijiste que eso no te cambiaría. Que no la veías como una auténtica juramentada sino como un medio para lograr un fin. Una necesidad y nada más”.

Las palabras duelen más de lo que quisiera. Se hacen eco de lo que Ventos me llamó hace mucho tiempo: una herramienta. No hay razón para que me duela tanto. Ruvan no me debe nada.

No, soy su esposa. La palabra todavía permanece extrañamente grabada en mi mente. Pero me encuentro usándolo cada vez más para tranquilizarme.

"Le creo porque lo que dice tiene más sentido". La voz de Ruvan bajó y se volvió peligrosamente silenciosa. Veo la sombra del señor vampiro que me tomó y se convirtió en mi juramento de sangre. Pero ahora esa ferocidad se dirige hacia uno de los suyos en mi defensa. Es casi impensable.

“¿Podría ser otro vampiro que cruzó el Velo y se quedó atrapado allí? ¿Quizás no sea nada nefasto y simplemente ha estado sobreviviendo? Lavenzia pregunta con optimismo.

"Si ese fuera el caso, ¿no trataría a Ventos como si hubiera llegado un salvador y no lo torturaría?" Volteo de vuelta.

"¿Tal vez estaba preocupado después de trabajar con los humanos durante tanto tiempo que lo veríamos como un enemigo?" La pregunta es débil y revela cuán insegura está la propia Lavenzia sobre esa posibilidad.

“¿Qué pasa con lo que dijo?” Ventos detiene su furioso paseo y decide quedarse en lugar de salir corriendo de la habitación.

"¿Lo que dijo?" pregunta Callos.

“Antes de escaparse de nosotros, dijo: *Pagarás con sangre, como el resto de tu especie abandonada. Tendré el trono que me gané y mi venganza por Loretta”, repite Ventos. Recuerdo las palabras con la misma nitidez.*

“¿Quién es Loretta?” Lavenzia se pregunta en voz alta después de

que las palabras hayan calado en todos.

"Bonito nombre, parecido a una canción, pero nunca lo había escuchado". Winny debe considerar a Ventos lo suficientemente tranquila, porque regresa a la mesa.

"Nunca he leído sobre ninguna Loretta". Callos niega con la cabeza.

“Paga con sangre, paga como el resto de los de tu especie abandonados”, repite Ruvan en voz baja. Luego, en voz más alta: “¿Por qué abandonado? ¿Por qué 'los de tu clase'? ¿No se ve a sí mismo como uno de nosotros?

"Me alegro de que no lo haga si está intentando matarnos", declara Ventos.

"Podría ser una de esas divisiones anteriores que mencionaste", dice Callos con un pequeño gesto hacia Ruvan. “Quizás sea el líder de una de esas primeras facciones que lucharon por el poder después, o incluso antes, de la muerte del rey Solos, pero antes de que se restableciera el orden con desesperación. Podría explicar por qué considera que el trono es suyo”.

"Pero lo que dijo Drew... podría referirse al trono del Rey Elfo". Winny se rasca la cabeza. "Todas estas conjeturas son horribles". No puedo estar en desacuerdo con ella.

“O tal vez alguna vez fue humano”. Drew ve la pieza final de este rompecabezas, lo que yo pasé por alto. Todos los ojos están puestos en él y mi corazón se hunde. Quizás las cosas no sean tan simples como alguna vez pensé. Es posible que Ruvan y yo tuviéramos razón, a nuestra manera. “Dijiste que los humanos pueden transformarse en vampiros y que un grupo de primeros humanos escapó de Midscape para fundar Hunter's Hamlet poco después de que lo hiciera el primer humano. ¿Y si este hombre fuera ese experimento?

"Eso explicaría que su apariencia sea ligeramente diferente a la del vampiro, incluso uno afectado por la maldición". Ruvan se acaricia la barbilla pensativamente.

"Y estaría aún más motivado para maldecir al vampiro si fuera el hombre del que Jontún escribió cuando hablaba de la experimentación". Callos se pone de pie y comienza a caminar en el extremo opuesto de la habitación donde antes estaba Ventos. “Un humano se volvió. Loretta probablemente era un amor perdido, igualmente brutalizada por el vampiro. Es uno de nosotros, pero no se ve a sí mismo como tal porque se vio obligado a aceptar esos ritos. Quiere venganza y nuestro reino como recompensa. Todo tiene sentido."

"Genial, ¿ahora toda esta conversación conducirá a un apuñalamiento?" Lavenzia se cruza de brazos. "Sabemos dónde está ese bastardo, ¿por qué no atraparlo?"

"Recuperarlo va a ser bastante difícil". Ventos le hace un gesto a Drew. "No podemos arriesgarnos a lanzar ningún tipo de ataque hasta la próxima luna llena".

“Honestamente, no puedes pensar que ahora que sabemos dónde está, vamos a quedarnos aquí sentados pacíficamente”, protesta Winny. "Un mes es para siempre".

“Estuviste dormido durante tres mil años. ¿Qué es un mes? Quinn pone los ojos en blanco.

“También soy de la opinión de que deberíamos ir a buscar a ese bastardo antes de que pueda encontrar otra forma que tomar y se nos escape”, dice Lavenzia.

Los cinco discuten. Ruvan y Drew guardan silencio. Mi hermano se mira las palmas. La mente de Ruvan está en algún lugar lejano.

"Esto es lo que vamos a hacer". Golpeo la mesa con la palma de la mano. Eso, combinado con el volumen y el tono de mi voz, los deja a todos en silencio. “Drew, antes de irte, le contarás a Callos todo lo que sabes sobre cómo se elabora el Elixir del Cazador, así como cualquier otra cosa que se te ocurra sobre este hombre. Callos, vas a preparar algo de elixir lo más rápido posible para Ruvan. Quinn puede ayudar. Winny, Lavenzia, Ventos, van a comenzar a planificar nuestro ataque junto con Drew, sin importar cuánto tiempo le quede con nosotros en ese momento. Si el elixir nos da suficiente poder para regresar, Drew será nuestros ojos en el lado del Velo del Mundo Natural. Después de que Drew se vaya, continuamos planificando y preparándonos para el ataque buscando cualquier otra historia que podamos encontrar sobre quién podría ser el Hombre Cuervo”.

"No podré regresar", dice Drew con cautela. "No ahora que el Hombre Cuervo sabe que soy libre".

“No hasta Hunter's Hamlet. Puedes quedarte escondido en los pantanos”. Tomo su mano y la aprieto. "Sé que lo que estoy pidiendo es difícil, pero es sólo un mes". El resto ha hecho sus sacrificios para ayudar a poner fin a esta maldición. Es hora de que haga el mío. Aunque quiero que Drew se quede aquí conmigo, sé que no puede. Y no puedo volver con él. Aún no.

“El Hombre Cuervo siempre pareció desconfiar de los pantanos. Debería estar a salvo”. Puedo sentir que la valentía de Drew es una fachada. Se rompe un poco cuando agrega: "Durante un mes, al

menos".

"Y tú..." Me vuelvo para mirar a Ruvan, pero su expresión me detiene. Hay un brillo en sus ojos, un brillo de diversión y buen humor que no había visto en él en semanas. Creo que esa mirada está reservada sólo para mí, ya que nunca lo he visto dársela a nadie más.

"Eres implacable", dice en voz baja, pensativo. Las palabras deberían ser enojadas o agitadas pero casi suena... ¿feliz? Mi estómago se aprieta por razones que no puedo describir.

"Cuando pone su mirada en algo, lo ataca con toda la ferocidad de un animal salvaje", dice Drew con una sonrisa. Él también lleva una sonrisa ahora.

“No soy un animal salvaje”, protesto, lanzando una mirada furiosa a mi hermano.

"No, no, eso parece correcto". Lavenzia sonríe.

"Disculpe, no soy un animal", repito para enfatizar. “Soy una doncella de fragua. Y sí, eso significa que estoy bastante acostumbrado a machacar las cosas hasta conseguir lo que quiero”.

"¿Ella siempre es así?" Ruvan le pregunta a Drew.

"Peor, por lo general".

"Y pensar que me estaba lamentando por no poder retenerte más tiempo". Inclino mi cabeza hacia un lado y entrecierro los ojos hacia mi hermano.

"Me extrañarás y lo sabes". La broma se vuelve suave y la emoción genuina se apodera de ella.

"Terriblemente", lo admito. El estado de ánimo decae ligeramente ante mi tono.

Ruvan se aclara la garganta. "Bueno, ahora que tenemos nuestro plan de ataque, más o menos, Drew, ¿te importaría ver la herrería del vampiro?"

"Depende del desastre que haya hecho mi hermana".

"¿Disculpe?" exclamo.

Ruvan se pone de pie riendo. "No puedo decir si ella hace un desastre mayor con la herrería o ella misma después de un día de herrería".

"Adiós, me voy, me arriesgaré solo con la pasarela", declaro, dirigiéndome hacia la puerta. Nunca pensé que tener a Ruvan y Drew juntos sería peligroso para mí. Peligrosos el uno para el otro, pero no para mí. Sin embargo, los dos parecen estar dispuestos a burlarse de mí sin cesar. ¿Cómo se ha aliado mi hermano con mi marido accidental antes de que siquiera sepa la verdad del acuerdo?

"Oh, ¿la nueva dama del vampiro ha dado órdenes y decretado que ahora podemos regresar a nuestros asuntos?" Lavenzia pregunta dramáticamente. La ignoro. Pero las palabras se me quedan grabadas como la primera vez que las pronunció.

dama del vampiro. Excepto que nunca podría serlo, en realidad no. Soy humano de principio a fin, del suelo de Hunter's Hamlet. Hija de un cazador.

Mis pies se ralentizan hasta detenerse. Los escucho detrás de mí, pero apenas lo registro. Drew tiene razón, nunca he sido muy bueno manejando problemas que no podría resolver con un martillo. Siempre lo he sabido y nunca he tenido que cambiar. Pero esta situación en la que estoy no se puede arreglar con fuerza bruta y determinación.

Soy quien soy. Ruvan es quien es. Estamos destinados a mundos diferentes. La presencia de Drew está fracturando cualquier ilusión que había estado tratando de crear. Ninguna cantidad de pura fuerza de voluntad o juramentos de sangre cambiará jamás quiénes somos en nuestros corazones.

Alguien choca conmigo. Miro por encima del hombro y veo a Ruvan allí, flotando demasiado cerca. Se inclina cuando los demás nos pasan. Drew está hablando con Lavenzia. Los dos parecen estar discutiendo sobre la mejor manera de ayudarlo a cruzar la brecha. Drew insiste en que no lo llevarán.

"Tus pensamientos son ruidosos", susurra Ruvan.

"¿Oh?" ¿Qué dice alguien ante eso?

“Por lo general, eres un latido silencioso al otro lado de mi conciencia, un recordatorio suave pero firme de tu presencia. Pero ahora tus pensamientos laten con fuerza”.

Como mi corazón cuando él está tan cerca de mí. “Me siento aliviado de ver a mi hermano. Nervioso por lo que hay que hacer. Emocionado por poner fin a la maldición”.

Antes de que pueda decir algo más, Ruvan me toma en sus brazos. Sus movimientos son suaves, fáciles. Me levanta una vez más como si no fuera nada. Mis manos rodean su cuello y, en un suspiro, su rostro está terriblemente cerca del mío. Puedo sentir su corazón latiendo con fuerza, la sangre en las venas de su garganta. Recuerdo lo cerca que éramos antes y lo mucho que no dijimos ni hicimos. No puedo evitar lamerme los labios. De desear que nos hubieran concedido un poco más de tiempo a solas.

“Y aquí pensé que podría tener algo que ver conmigo”.

Arqueo las cejas. “¿Por qué alguna vez pensarías eso?”

"Porque esos golpes empeoran cada vez que me acerco". Estira ligeramente el cuello; nuestras narices casi se tocan.

Mis peores miedos se encarnan. Me he enredado con un hombre al que aparentemente no puedo ocultarle nada.

“Nos estamos quedando atrás”, me obligo a decir. Al igual que la última vez, todos los demás han avanzado y nosotros estamos congelados en el lugar.

"Asi que estamos." Ruvan se mueve, salta al aire libre y aterriza ligeramente sobre la viga que sostiene la otra ala del castillo.

Al principio tenía miedo de estas alturas. Pero ahora en sus brazos me siento segura. Robusto. Ruvan no permitirá que me suceda ningún daño y esa certeza me permite disfrutar de las impresionantes vistas: los arcos y pilares del castillo en todo su desmoronado esplendor.

"Este lugar realmente debe haber sido increíble", murmuro, principalmente para mí mismo. Pero el viento lleva mis palabras directamente a los oídos de Ruvan.

"Fue. Pero incluso cuando nací, pasó suficiente tiempo después de la muerte del rey Solos que el castillo estaba cayendo en mal estado durante todas las luchas internas y el debilitamiento de la maldición. Luego nos quedamos dormidos y, cuando despertamos… todo había cambiado. Fue peor de lo que jamás hubiera imaginado”.

Puedo escuchar la tristeza en su voz. No es la primera vez que intento imaginar cómo habría sido para estos vampiros (mis amigos) cuando se encerraron en la magia y despertaron tres mil años después en el cascarón decrépito de un mundo que una vez conocieron. Los lugares que estaban frescos y brillantes en sus recuerdos ahora están en ruinas.

“Cuando se rompa la maldición, ¿el vampiro se reconstruirá o abandonará este lugar?”

“Recuperaremos nuestro hogar y será mejor que nunca. De eso estoy seguro."

"Espero poder verlo", digo en voz baja.

"Si es algo que deseas, me aseguraré de ello".

Nuestra discusión termina una vez que volvemos a entrar al castillo. El resto del grupo ya está abajo en la capilla. Drew se para frente al altar, mirando la estatua.

"Se parece mucho al salón debajo de la fortaleza". Aunque sus palabras son suaves, resuenan en el espacio cavernoso y son mucho más fuertes.

"Esa fortaleza también fue construida por el rey de los vampiros",

dice Callos. "Es lógico que hubieran construido una sala dedicada a artes de sangre más avanzadas".

"Y quién hubiera pensado que seguiría utilizándose tres mil años después de la formación del Velo", murmura Winny.

"Excepto que la estatua del Rey Solos fue arrancada allí y reemplazada por esa abominación".

“La estatua del primer cazador, Tersius. La estatua que se parece al Hombre Cuervo”, dice Drew solemnemente.

“Allí también era antiguo”, añade Ventos. "Parecía tan viejo como este".

"Entonces, el Hombre Cuervo realmente podría ser de la época de Solos", murmura Winny.

Sus reflexiones plantean una pregunta que no había considerado antes. "¿Tenía la impresión de que los vampiros no podrían vivir para siempre?"

“Por supuesto que no. Pero la tradición de la sangre fue diseñada para fortalecer el cuerpo del vampiro. Uno de los primeros objetivos de los experimentos era alargar la vida. Sin embargo, al igual que convertir a un humano en vampiro, el costo fue demasiado alto”, dice Callos.

“¿Alguien tuvo éxito alguna vez?”

"No, y fue prohibido después de que el grupo de prueba escapó". Callos niega con la cabeza. “Se requirieron grandes cantidades de sangre... extraída a la fuerza. Y la sangre extraída por la fuerza es la antítesis de la verdadera tradición. No es tan efectivo y sólo puede usarse para rituales particulares sin una purificación intensa”.

*La sangre extraída por la fuerza es la antítesis de la verdadera tradición...*Les he oído decirlo antes. Si Solos fue el fundador de la tradición de la sangre, ¿por qué Solos mantenía a los humanos como sujetos de prueba? ¿Realmente estaba controlándolos mentalmente y esa era su manera de lograr que dieran su sangre libremente? No tiene sentido. Miro fijamente la estatua, deseando que cobre vida y me cuente los secretos del hombre según el cual fue modelada.

“Sigamos adelante. La herrería está por aquí”, dice Ruvan antes de que pueda expresar mis dudas en voz alta, dirigiéndose hacia la puerta que conduce a los pasillos que hemos estado ocupando.

El resto del grupo se queda en el salón principal y comienza a ponerse a trabajar. Ruvan se disculpa, comenta que está cansado y sube las escaleras. Me pregunto si debería seguirlo, pero Drew me está esperando para mostrarle la herrería y solo tengo hasta el atardecer

con mi hermano.

Solos y juntos, lo guío hasta la armería. Él se maravilla, al igual que yo, ante la colección de herramientas antiguas de cazador. Y luego contempla con asombro la propia fragua.

Cuando era niño, siempre parecía resentido con la herrería. Fue trabajo. Fue un trabajo que nunca tuvo que hacer. Pero ahora, sus ojos brillan mientras pasa las yemas de los dedos por el yunque. Inspecciona las olas con atención, como si fuera a ponerse a trabajar él mismo. Al igual que hice yo en la herrería de nuestra familia, él termina junto al hogar, poniendo una mano sobre él y sintiendo su calor residual con algo más que la palma.

Siempre habrá olor a metal caliente, humo y hollín en nuestras almas. Incluso si su camino fuera diferente. Ambos somos del mismo casting inicial.

La inspección de Drew llega a su fin cuando sus ojos finalmente se posan en mí. “Aquí te sientes como en casa”. Las palabras suenan tristes y algo llenas de anhelo.

“Es una herrería. Siempre estaré en casa cerca de una fragua”. Me subo a una de las mesas y balanceo los pies.

“No, es más que eso, te sientes cómodo entre ellos. Te mueves y actúas como ellos ahora. Eres más fuerte, más rápido. Tu cara está más llena y tu frente más relajada”. Después de una rápida inspección de mi trabajo, Drew se apoya en la mesa de enfrente, con los brazos cruzados. "En todo caso, te ves más en casa porque saliste de nuestra herrería por un tiempo".

"Dices eso como si se supusiera que debía dejar Hunter's Hamlet antes".

"Hubiera sido bueno para ti".

"No tenía elección entre estar allí: la aldea o la herrería". Estoy tratando de descubrir qué espera lograr mi hermano con esta línea de pensamiento. "Tú conoces mis circunstancias tan bien como yo".

"Y desearía que fueran diferentes para ti y para mí en todo momento". Él niega con la cabeza. "Tienes que saber que esa fue una de mis razones para enseñarte a pelear".

"Me estabas enseñando para que pudiera proteger a mi madre y a mí".

"Verdadero. Pero había una parte de mí que esperaba que vieras cuánto más podías ser. Floriane, eres más que una herrera talentosa. Tal vez quería que tuvieras la fuerza para luchar contra tus circunstancias cuando estuvieras listo”.

Esta línea de pensamiento, sus palabras... todo se siente como si me hubiera tragado gusanos vivos. Se retuercen incómodamente dentro de mí y me hacen sentir mal. Lo que dice no está mal. Sé que no lo es. De hecho, es lo cerca que está de las conclusiones que finalmente saqué lo que me desconcierta aún más.

“Ese era mi destino. No pude cambiarlo. Hasta que…” Mi voz se apaga. Miro las fauces gigantes de la fragua. Puedo ver a Ruvan apoyado en una de las mesas junto a ella, mi compañero tranquilo y firme mientras trabajo. “Hasta que finalmente me di cuenta de que el destino es como el metal: aparentemente inflexible hasta que lo sometes a calor y presión. Puedes forjarlo en la forma que quieras”.

Drew sonríe, genuina y triste. Conozco su dolor. Por primera vez, nuestros caminos no están perfectamente alineados. No somos enemigos, pero ya no estamos uno al lado del otro. Hombro con hombro, avanzando. Cada uno de nosotros trabajamos para lograr lo mismo, pero ahora verdaderamente a nuestra manera.

"Y veo que al remodelar tu destino te has encontrado más dispuesto a atraer la atención de un pretendiente".

Trago espesamente. La sensación incómoda en mis entrañas empeora. "No tengo pretendiente".

"¿Está seguro?" Drew arquea las cejas. Logré asentir. "¿El señor vampiro lo sabe?"

“No somos—yo no soy—No es como—Los Juramentos de Sangre son—” ¿Cómo explico algo con lo que apenas he logrado llegar a un acuerdo? No importa cuánto haya podido silenciar las inseguridades que se han arraigado en mí dentro de mi propia mente, no estoy lista para enfrentar la evaluación de Drew.

“Siempre fuiste una mentirosa terrible, Flor”. Drew se aleja de la mesa. Se cruza para mirarme, directo a los ojos. No hay forma de escapar de su desaprobación.

De repente, soy una niña otra vez. "No se lo digas a mamá", chillo.

Drew estalla en una carcajada tan fuerte que tiene que alejarse. Un rubor escarlata recorre mis mejillas. Estoy seguro de que estoy más rojo que las brasas en este momento.

“Oh, Flor, de todas las cosas, ¿crees que se lo diría a mamá?” Él niega con la cabeza. "¿Por qué le diría si no hay nada que decir?"

"¿Nada que decir?" Repito suavemente.

"No es que este enamoramiento vaya a ninguna parte". Drew me hiere más profundamente de lo que cree. “Una vez que se rompa la maldición, volverás a Hunter's Hamlet. Quizás podamos hacer uno de

esos viajes al mar de los que siempre hablábamos cuando éramos niños. Finalmente podremos irnos".

El retorcerse de mis entrañas ha cesado y ahora todo está dolorosamente tranquilo. Me duele respirar. Mis dedos están entumecidos.

La costa… algún día iremos a la costa… Las promesas que hicimos cuando éramos niños cuando no entendíamos el mundo. Pero pronto podrían ser una realidad. Estaría libre de Hunter's Hamlet y del vampiro, de una vez por todas. Podría ir a donde quisiera. Debería ser feliz. ¿Por qué me hundo más profundamente en el vacío dentro de mí?

"¿Qué es?" Él siente mi disgusto.

"Pensé que estarías más decepcionado de mí con todo lo que he hecho". No puedo mentirle abiertamente a Drew, así que me concentro en una verdad a medias. No sé por qué me duele la idea de ser algo para Ruvan y de ser nada para Ruvan.

"Creo que debería serlo". Suspira y pone sus manos en sus caderas. El movimiento es incómodo. Esperaba las fundas de hoces cuando no las hay. Me aseguraré de arreglar eso antes de que regrese al Mundo Natural. "Creo que debería sentir y tener opiniones sobre muchas cosas que parece que no puedo entender en este momento. Todo está sucediendo muy rápido. Quizás eso esté a tu favor, Flor. Voy a seguir las cosas como vienen". Él se encoge de hombros. "Lo solucionaremos cuando todo esto termine y el Hombre Cuervo esté muerto".

Me pregunto si él también se está hundiendo en el abismo, permitiendo que todo lo demás se lo lleven a un lugar distante donde no le duela tanto. No expreso mis sospechas. Es mejor dejar algunas cosas sin decir.

"No voy a morder el oro regalado", digo.

"Solo prométeme una cosa". Drew agarra mi mano. "Ten cuidado."

Asiento con la cabeza. "Lo he intentado tanto como he podido".

"Estos vampiros podrían estar de nuestro lado por ahora. Pero ellos siguen siendo vampiros y tú sigues siendo humano. Cuando esto termine, ten lista tu plata. Diviértete experimentando con tus nuevas libertades aquí, aprende todo lo que puedas de ellas, pero nunca olvides que puede llegar un momento en el que, a ti o a ellos, te degollarán".

CAPITULO 37



Afortunadamente, las conversaciones que Drew y yo tenemos el resto del día son sobre temas más ligeros y sencillos. Nunca encuentro una buena respuesta a lo que dijo. ¿Cómo le digo a mi hermano que está equivocado cuando me tomó semanas aceptar que el vampiro no era lo que pensábamos? ¿Cuál será su reacción cuando descubra la verdad de mi conexión con Ruvan?

Te lo juro, nunca te haré daño. Las palabras de Ruvan permanecen en el fondo de mi mente, tan presentes como el zumbido de la magia que reverbera de él a mí a través del éter entre nosotros. Hablaba en serio con esas palabras, y no sólo por los Juramentos de Sangre. Pase lo que pase, incluso si él y yo no estamos unidos para siempre, él no me hará daño.

Drew y Callos trabajan juntos y eso me da tiempo para trabajar en la herrería. Drew necesita hoces y armaduras, cosas con las que protegerse si el Hombre Cuervo lo persigue en los pantanos. La tarea me da algo en qué concentrarme y me dedico a ello hasta que sale la luna y volvemos a la sala de recepción.

Lavenzia se ha ofrecido a llevar a Drew al otro lado del Fade. Ventos todavía se está recuperando de nuestra última excursión. Solo quedamos Ruvan y yo para despedirlos.

“Viajen con seguridad”, les dice Ruvan a ambos.

"Lo haré lo mejor que pueda." Lavenzia abre el frasco de obsidiana. Es el medio lleno del que bebió Ventos. Se le ha entregado un vial lleno a Callos y el otro a Ruvan.

"Con un poco de suerte, es posible que podamos acudir a usted

nuevamente". Sé que es una tontería decirlo, o incluso esperarlo, pero dejar ir a mi hermano otra vez ya está resultando demasiado doloroso de soportar. "Callos preparará el elixir del cazador antes de que nos demos cuenta, estoy seguro".

“Cuando logre la hazaña, estará lejos de la luna llena”, dice Lavenzia con incertidumbre. "Atravesar el Velo va a ser bastante difícil tal como está".

"No te preocupes, estaré bien", me dice Drew. "Estaremos en el océano muy pronto".

"Bien." Me río débilmente, resistiendo la tentación de mirar a Ruvan. ¿Escuchó? ¿Qué piensa? "Hasta entonces, mantente a salvo".

"Lo haré." Drew acaricia las dos hoces plateadas en sus caderas. "Tengo la mejor herrería de todo Hunter's Hamlet para verlo así".

“La luna está casi en su cima. Deberíamos irnos para estar en el muro del Velo cuando mis poderes estén en su punto más fuerte”.

Atraigo a Drew hacia mí. Mis brazos no se desharán. No quiero dejarlo ir. No puedo. Mi hermano, mi gemelo, pensé que podría estar muerto una vez. No puedo soportar no saberlo por segunda vez. El próximo mes me romperá.

"Tengo algo que quiero que hagas", susurro rápidamente. Su partida me ha recordado... "Ve a las ruinas en las que luchaste contra Ruvan. Echa un vistazo allí".

"¿Qué estoy buscando?" Él susurra en respuesta.

"Todo lo que puedas encontrar". No sé qué quiero que busque, sólo sé que hay algo ahí. He estado tratando de recuperar ese primer sueño que tuve en Castle Tempost todo el día con mucho dolor en la parte posterior de mi cráneo. Ese sentimiento cuando Ventos y yo pasamos por Fade Marshes permanece conmigo. Los sueños... Hay algo en todo esto y he estado demasiado distraído y, si soy sincero, demasiado cobarde para afrontarlo. Pero estoy perdiendo el tiempo evitándolo.

Drew es quien finalmente me aleja. "Que estés bien, hermana, y tú también estarás a salvo". Recuerde lo que dije, no se dice.

"Lo haré."

Lavenzia toma a Drew de la mano.

“Espera tu…” Desaparecen en una nube de humo negro. "Aliento", terminó débilmente. Olvidé advertirle sobre los trucos para mejorar el paso de niebla. Tendrá que resolverlo en el camino.

Miro fijamente el lugar de donde partieron, el círculo de piedras en el suelo que marca la ruptura de las barreras del castillo. No estoy seguro de cuánto tiempo nos deja Ruvan permanecer allí, pero creo

que es un lapso de tiempo significativo porque cuando me muevo, me duelen ligeramente las piernas. Saliendo de la sala de recepción, me dirijo a la habitación en la que estaba Drew. La cama todavía tiene su silueta marcada. Todavía puedo ver nuestros fantasmas en el borde, en la ventana, hablando de que el mundo no era como nos lo prometieron.

En cierto modo, es mejor.

“Entonces, ¿por qué te sientes mucho peor?” Yo susurro.

"¿Qué hace?" Ruvan me recuerda su presencia. Me giro y lo miro. Ha permanecido a mi lado con tanta diligencia que me duele.

"Todo."

Lentamente, como si tuviera miedo de asustarme, Ruvan toma mi mano. Su toque es abrasador. Sube por mi brazo y me hace arder los ojos.

“Háblame, Floriane”, la insta suavemente. “Cuéntame todo lo que te ha pasado por la cabeza. Hemos estado en silencio durante demasiado tiempo”.

Suspiro suavemente. Está pidiendo más que solo hoy, que nuestra conversación interrumpida de antes. Él está pidiendo todas las cosas que no he dicho, que tenía la intención de decir. Todas las cosas que me prometí a mí mismo reuniría el coraje para hablar de ellas cuando regresara de la aldea.

“Mis pensamientos sobre nuestros Juramentos de Sangre, sobre estar casados contigo, todavía son turbios y confusos en el mejor de los casos. A veces encuentro consuelo en ello. Otras veces me devora”, admito. Ruvan se mueve, como si se dispusiera a escuchar pacientemente. “Siempre supe que me casarían, del mismo modo que supe que nunca tendría elección sobre quién o cuándo sería”. Me río suavemente. “Cuando lo digo de esa manera, en realidad no es tan diferente de lo que pasó. Al final no pude elegir marido. El mundo tiene un retorcido sentido del humor, ¿no? Puedes tener toda la razón sobre lo que te espera y, al mismo tiempo, estar completamente equivocado. Quizás no pueda realmente forjar mi propio camino en este mundo”.

"Eso no es cierto. Puedes ser y hacer lo que tu corazón desee”, dice Ruvan, suave y firme. "Incluso el vampiro que puede ver el futuro en la sangre de alguien siempre dirá que la elección todavía está en el corazón palpitante de la persona".

Aparto la mirada. “Me gustaría que pudieras mirar hacia mi futuro. La tranquilidad sería más fácil”.

"No necesito probar tu sangre para ver tu futuro". Su pulgar comienza a acariciar el mío. “No necesito magia para ver a una mujer en el proceso de aprender lo que quiere. Veo a una mujer cuyo mundo es mucho más de lo que pensaba y eso amenaza su rígida estructura. Y, a medida que esa estructura siga desmoronándose, tendrá que tomar cada vez más decisiones por primera vez en su vida sobre lo que quiere y quién quiere ser”.

"¿Cómo me conoces tan bien?" Estoy entre asombrado y frustrado. Pero, en definitiva, contento. Es reconfortante para alguien verme de verdad.

"¿No es así?" Tiene la audacia de mostrar una sonrisa perezosa. Pero sus ojos todavía están distantes. En algún lugar de esas profundidades doradas hay una emoción que casi parece tristeza, teñida de anhelo. “Tu futuro será lo que hagas con él. Si eso es conmigo, entonces te ayudaré a luchar, en cada paso del camino, por todos tus sueños. Si decides que estás destinado a otra persona, a pesar de lo doloroso que será, me haré a un lado”.

"Cada vez que creo que sé lo que quiero, me cuestiono". Puedo ser o hacer cualquier cosa. Y no puedo deshacerme del terror que me infunde esa posibilidad infinita. "Todas estas opciones me abruman y tengo miedo de tomar la decisión equivocada".

"No lo harás."

“¿Cómo puedes estar tan seguro?”

“Porque siempre has tenido este poder; después de todo, lo llevas en la sangre”. Sus manos están en mis caderas, acariciándome con los pulgares. Me mantiene a un suspiro de distancia de él. Nuestras narices casi se tocan. Su cabello me hace cosquillas en las sienes mientras me mira a los ojos como un erudito estudiando detenidamente un tomo. “Apenas estás aprendiendo a usarlo. Así que hagamos un pequeño experimento. Cierra los ojos, mira dentro de ti y dime lo que quieres”.

“Te dije que no lo sé. Todavía estoy solucionando el desastre que me provocó Hunter's Hamlet.

“No en el futuro. Mañana no. Ahora mismo, Floriane.

"¿Ahora mismo?"

“Sí, decide lo que quieres en este momento y luego en el siguiente. No tienes que dictar todo tu futuro de una vez”.

“Lo que quiero…” te quiero a ti. Quiero que me empuje contra la pared. Quiero que me muerda el cuello. Quiero probar sus labios otra vez. Quiero olvidarme de todo lo demás y sumergirme en ese lugar de

calidez y comodidad que sólo él parece brindarme. Quiero la conexión que compartimos y ignorar todas las dudas. No quiero sólo lujuria, sino compañía genuina.

La mera idea de que nuestra magia se mezcle una vez más, nuestra esencia, me pone la carne de gallina. Me hace reprimir un escalofrío que recorre mi columna. Puedo sentirnos a él y a mí tan claramente.

Hay una necesidad carnal que ha despertado en mí. Cosas que sabía, pero que nunca había pensado. Actos que nunca han sido para mí se vuelven accesibles de repente por su existencia.

Deshazte de la piel de la doncella de la forja. Si se rompe la maldición, nunca volveré a ser esa mujer. Podré salir e ir a donde quiera. Más allá de las murallas y hacia el mar. ¿Quién sabe, tal vez más lejos? Tal vez me suba a un barco y navegue hasta las minas de plata del norte.

Quizás me quede aquí, con él, y elija ser su esposa.

"¿Quieres?" Él me trae de vuelta al presente.

“Primero quiero saber qué sientes”. Lo agarro por detrás de los codos. Necesito saber que estamos en pie de igualdad.

“Te lo dije antes, pero lo diré una y otra vez, tantas veces como sea necesario”, dice Ruvan lentamente. Me quedo con sus palabras. “Cuando desperté por primera vez en este mundo y me di cuenta de que todavía estábamos maldecidos, que todo lo que alguna vez conocí y amé había desaparecido, juré que dedicaría mi vida a salvar al vampiro. Ese sería mi enfoque solitario. Cada respiración. Cada paso. Para mi gente. Juré renunciar a la alegría. Juré renunciar a la bondad. Yo era una misión dada la carne de un hombre.

"Pero entonces... entonces..." Su voz se apaga. Él se ríe. “Un cazador casi me mata en la noche de la Luna de Sangre. Y, oh, quería matarla por eso”. Me muerdo el labio; sus ojos se dirigen hacia el movimiento. “Podría haberlo hecho esa noche. Mi misión era lo único que me impedía hacerlo. Pensé: Incluso si ella es un monstruo, para mí vale más viva”.

Ambos nos miramos y vimos un monstruo en esas primeras noches. En algunos aspectos teníamos razón. En muchos estábamos tan equivocados.

“Luego me obligó a aprender que mis presas no eran monstruos. Ella no era un monstruo, sino una mujer de carne, sangre y calor. Una mujer que sabe a fuego y canela. Cuya sangre susurra un gran propósito”. Ruvan me acerca un poco más. "Una mujer a la que llegué a conocer lo suficiente como para que el amor pudiera echar raíces".

"¿Y ahora qué?" Yo susurro.

"Ahora, espero saber si los sentimientos son mutuos, qué cara cree ella que es la mía verdadera. ¿Soy el monstruo o el hombre para ella?

Había acusado su rostro maldito de ser el verdadero. No... levanto una mano y toco su mejilla. "Esta, esta es tu verdadera cara".

El alivio aparece en su expresión. Su frente se frunce, levantándose en el centro, sus ojos se cierran y Ruvan apoya su frente contra la mía. A través de nuestro vínculo, a través de la magia y la sangre suya que vive en mí, puedo sentir su alegría. Tanta felicidad por algo tan simple.

Más de ser visto.

Cuando nos separamos, lo miro fijamente y me pregunto si soy el primer humano (la primera persona, vampiro, humano o cualquier otra persona) en verlo tal como es realmente. Conocerlo tan profundamente. Quizás no sea el primero. Quizás no sea el último. Pero ya estoy aquí. Yo lo veo... y él me ve.

No la doncella de la forja. No el cazador. No mi sangre.

Floriane.

"Ahora mismo te quiero", confieso. "Bésame", exijo.

"Sí, mi señora." Él acepta sin pensarlo dos veces.

El beso es lento. Roza sus labios contra los míos ligeramente una, dos veces. Luego, presiónelos firmemente. Él me besa por mí y yo lo beso por él. Lo beso porque lo quiero. Porque yo también me estoy enamorando de él.

Ruvan se aleja y mis ojos se abren.

"Quiero que me toques", admito.

"¿Cómo?"

"Como nuestra primera noche, y de una manera que todavía no sé del todo", admito. Lo agarro para que no se aleje, para que sepa que lo necesito en serio. "Quiero explorarte. Quiero que me muestres cosas nuevas, mejores de las que ya tienes".

Ruvan se lame los labios. "¿Qué crees que podría mostrarte?"

"Cómo encajan hombres y mujeres". Un rubor sube a mis mejillas. Lucho por mantenerlo a raya. Quiero que me tome en serio. Saber que aunque sea doncella, no me avergüenzo de esta necesidad.

Sus labios rozan los míos por tercera vez en un leve beso. Sacudo la cabeza.

"Te lo complaceré, mi jurado de sangre. Pero no aquí." Me hace girar, me levanta.

Avanzamos durante la noche. Sus pasos silenciosos son amplios y

seguros. Esto es como un sueño. El cielo se abre sobre mí, un millón de estrellas iluminando el camino fantasmal que se extiende a través de un abismo helado. Estamos de vuelta en el castillo, atravesando la capilla. Escucho las débiles voces de Callos y Quinn abajo, pero si nos escuchan, no llaman.

Dentro de sus habitaciones, pasando el sofá en el que dudo volveré a dormir, y hasta su habitación. El frío de la noche nos ha golpeado aquí a través del cristal roto de su ventana. Me muerde mientras mi armadura se cae, agudizando mis sentidos y aumentando mi conciencia de lo que estoy haciendo. Pero no detengo sus manos mientras se mueven sobre mí. Le permito que me ayude a quitarme la armadura. Le desabrocho el abrigo.

Todavía estamos completamente vestidos. Lo he visto antes solo con camisa y pantalones. Él me ha visto igual. Pero este momento se siente diferente. Quizás porque ya estoy despegando el resto con la mente. Sé que pronto estaremos desnudos el uno ante el otro y eso me hace temblar.

"¿Tienes frío?" Envuelve sus brazos alrededor de mis hombros. Mis manos están atrapadas entre nosotros, extendidas sobre su pecho.

Puedo sentir su corazón acelerarse. Quizás eso es lo que me lleva a admitir: "Creo que estoy un poco nervioso".

“Si es demasiado, podemos parar. En cualquier momento. Tú dices la palabra”.

Pienso en la primera vez que bebió de mí, advirtiéndome que tal vez no pudiera parar. Ahora trae una sonrisa a mis labios. Desde el principio existimos cruzando los límites que el mundo nos impuso, pero honrando los nuestros.

"No es mucho."

"¿Estás seguro?"

“¿Desde cuándo los señores vampiros son tan amables?”

"Está en el proceso de la tradición sanguínea; sólo debemos tomar lo que se nos da gratuitamente". Me levanta una vez más con el único propósito de acostarme en la cama. Inmediatamente recuerdo la primera vez que estuvo encima de mí. El calor aumenta entre mis muslos, hormigueando e insoportable. Necesito que me toque de nuevo y no pierde el tiempo. Ruvan no escatima ningún centímetro de mi cuerpo con sus besos. Mi ropa está llena de manchas húmedas por su afecto.

Sus manos están en el dobladillo de mi camisa, levantándolas lentamente. "Déjame verte."

Asiento y él me quita la ropa de la carne, salpicada de bultos helados. No me devora con sus colmillos, sino con su mirada. Es como si yo fuera un festín en medio del hambre y él poseyera un hambre que nunca antes había visto.

La valentía me posee. No voy a ser el único expuesto. Me siento y le paso la camisa por la cabeza. Veo la constelación de cicatrices y marcas que obedientemente me señaló antes, pintando un cuadro en su carne de su vida hasta ahora. En el momento en que estamos desnudos juntos, me atrae hacia él. Nuestra piel está al ras a lo largo de nuestro pecho. Me muerde el hombro y dejo escapar un grito ahogado, mis uñas se clavan en su espalda.

Ruvan se aleja rápidamente. Puedo ver una leve raya roja en sus labios. "No era mi intención".

"Ruvan..." Acuso su mejilla, mi pulgar separa sus labios y recorre sus colmillos hasta la punta. "Todo está bien."

"¿Sabes que no soy mis antepasados?"

"Sí." Lo miro a los ojos. “Nunca me has mentido. Sé que no quieres hacerme daño”. Me cambio. Mis caderas se rozan contra las suyas y se me escapa un gemido. Me abraza con más fuerza. "Así como sé lo bien que puedes hacerme sentir".

Se ríe entre dientes, con los párpados pesados y los ojos casi siniestros, pero de la manera más encantadora. "Aún no tienes idea de lo bien que puedo hacerte sentir... pero tengo toda la intención de demostrártelo".

Nuestros besos son cálidos, húmedos y entrecortados. Cada uno es más ansioso que el anterior, más profundo. Sensual.

Sus brazos me rodean con fuerza. Todo el espacio entre nosotros se ha ido. Cuerpos tensos, calientes y anhelantes.

Me giro y lo empujo hacia la cama. Mis piernas todavía están a ambos lados de él, con las manos en su pecho para apoyarme. Lo estudio debajo de mí en toda su gloriosa perfección. Ruvan sabe que es objeto de mi inspección y prácticamente se pavonea. Coloca sus manos detrás de su cabeza, los músculos de su espalda se extienden a cada lado de su pecho en una forma de V bastante gloriosa.

"¿Te gusta lo que ves?" Él ladea ligeramente la cabeza.

"Mucho." Muevo mis caderas, la sensación de calor pulsante es deliciosa. Quiero replicarlo mil veces.

“Cuidado con eso”. Sus manos se mueven hacia mis caderas y sus dedos se curvan alrededor de mi trasero. "Vas a hacer que quiera más".

Hay un toque de oscuridad en sus palabras que disfruto. Estoy

torturándolo y provocándolo (a nosotros) y, viejos dioses, me encanta. Me inclino para susurrarle al oído.

“¿Y si te dijera que ese es mi objetivo?” Él ha despertado una criatura sexual dentro de mí. Nunca antes había conocido a esta Floriane y ahora quiero pasar horas conociéndola.

Ruvan abre la boca para hablar, pero lo silencio mientras muevo mis manos por su pecho, más abajo, quietas, sobre su abdomen inferior. Mi cuerpo se mueve con ellos, retrocediendo. Beso su cara y me muevo para morderle el cuello, tan fuerte como me atrevo. Luego sigo mis manos con mi boca, mordiendo y lamiendo, hasta el punto en que me deslizo entre sus piernas.

Sus músculos se tensan. Exploro a mi aire. Aprendo. Con las manos y la boca lo tengo justo donde lo quiero. El señor vampiro es mi prisionero voluntario y me muevo con una lentitud agonizante. Escucho sus respiraciones guturales, sus jadeos. Salgo victorioso cuando provoco un gemido. Lo que me falta de experiencia lo compenso con afán y atención. Recuerdo lo bien que me hizo sentir cuando me acarició entre mis muslos y deseo hacer lo mismo por él.

Justo cuando su respiración se vuelve irregular, se sienta erguido. Con un gruñido nos retuerce; retrocedemos. Baja por mi cuerpo y termina entre mis muslos. Me explora con sus dedos y su lengua en lugares en los que nunca me he aventurado.

El calor se acumula dentro de mí. Es demasiado. Esto está mucho más allá de todo lo que he conocido. Es todo y no suficiente. Está creciendo y creciendo hasta que rompo con un grito.

Ruvan se mueve para abrazarme, tal como lo hizo la primera vez que me destrocé contra él.

Cuando recobro el aliento, me atrevo a hablar. "Eso fue increíble."

"Oh, mi querido juramentado de sangre", susurra contra mis labios mientras mi pecho todavía está agitado, mi mente todavía nadando en una neblina eufórica. “Eso fue sólo el comienzo. No puedo esperar a ver a qué locura te empujaré con el resto de mí”.

No tengo oportunidad de responder antes de que él esté encima de mí en un movimiento borroso, con sus caderas entre mis piernas. Cambiamos y encontramos posicionamiento por instinto y la guía de sus manos firmes. Se inclina sobre mí, con los ojos cerrados, buscando. Inclinando la cabeza, se agacha y me penetra con el cuerpo y los colmillos.

Dolor momentáneo. Muerde más fuerte. Una explosión de placer. Estamos unidos en cuerpo, sangre y espíritu.

Los sonidos de nuestra pasión llenan la habitación. Mis dedos se hunden en su espalda, el edredón, la almohada. No encuentro nada sólido a lo que agarrarme; Estoy flotando. Mis ojos se ponen en blanco y me estremezco. Me estoy ahogando en su placer y poder. Estas son nuevas profundidades de las que nunca quiero salir.

Me inclino ligeramente hacia delante. Mis labios se cierran alrededor de la carne de su cuello donde se encuentra con su hombro. Y muerdo. Duro. Él sisea mientras le saco sangre.

Si, dámelo, Creo. La voz de la batalla ha vuelto, pero diferente. Es mío ahora. ¡Soy esa voz que pide más, más! Dame todo.

Dame placer. Dame dolor. Romperme. Hazme.

Ruvan, soy tuyo.

CAPITULO 38



Yacemos en la dicha. Nuestra carne está remendada pero cruda por las mordeduras. Nos hemos atiborrado del otro. Cuerpos resbaladizos y almas llenas.

Miro al techo y escucho su respiración. Aún no hemos dicho una palabra. Los últimos sonidos que llenaron la habitación fueron gemidos y movimiento.

"Floriane." Finalmente rompe el silencio. "Eso fue mucho... ¿estás bien?"

Me vuelvo para mirarlo. Descubrí que ya no me importa en lo más mínimo verlo en la almohada a mi lado. Las voces que me decían que me avergonzara de lo que hice finalmente han sido silenciadas, de una vez por todas. “¿Por qué no lo estaría?”

"La primera vez de una mujer puede ser dolorosa y me preocupa haber sido más fácil contigo".

"Blasfemia." Sonrío levemente. “Si necesitara más descansos o más ternura, lo habría pedido. Quería exactamente lo que me diste”.

"Bien." Se pone de costado y pasa un dedo por mi brazo. Aún así, deja un hormigueo a su paso. "¿Estás satisfecho?"

Soy. Pero de todos modos pregunto: "¿Qué harías si dijera que no?"

"Trabaja hasta que lo estés". Se lame los labios.

"Puedo apreciar a un gran trabajador".

“Yo también”. El movimiento de la mano de Ruvan se detiene en la mía. Nuestros dedos se entrelazan. "¿Puedo preguntarte algo?"

"Lo que sea", digo, y lo digo en serio.

“Has dicho que nunca podrías elegir con quién te casarías en

Hunter's Hamlet. ¿Era eso cierto?

"Sabes que no puedo mentirte".

Él se ríe. "Muy cierto." Su expresión se vuelve más seria a medida que nuestros cuerpos se enfrían y nuestras cabezas se aclaran. “¿Por qué nunca tuviste otra opción?”

“Todo en Hunter's Hamlet se mantiene en orden y todos ponemos nuestra fe en ello. Por esa razón, casi no hay delincuencia en la aldea. Nadie pasa hambre fuera de circunstancias extremas. La gente está vestida y protegida. La seguridad es nuestra recompensa por los sacrificios que hacemos para mantener al mundo a salvo del vampiro”.

"Parece que hay muchos sacrificios". Se pasa el colmillo por el labio inferior mientras piensa. Le dejo reflexionar sobre sus siguientes palabras. “Si tu pareja fuera decidida por ti, ¿quién tomó esa decisión?”

“Para la gente normal de la aldea, serían ellos mismos. Necesitarían la aprobación de sus padres, o tal vez del ayuntamiento, por supuesto, pero rara vez se rechazaban las coincidencias. El maestro cazador tiene ese honor para la doncella fragua, ya que es un puesto de gran estima. Por lo general, se selecciona a uno de los cazadores más fuertes como marido de la doncella de la forja, para ayudar a proteger la línea y solidificar la unión de la forja y la fortaleza”.

Ruvan me observa mientras hablo, con los labios apretados en una línea dura que no entiendo.

"¿Qué es?"

“¿Alguna vez pensaste en huir?”

"Ni una sola vez. Había aceptado mi destino”.

“¿Y cuál será ese destino una vez que seas libre?” Se acerca y acaricia mi mejilla y mi cuello. Sus manos sobre mí son un sentimiento familiar y bienvenido. "Una vez que se rompa la maldición y el vampiro haya jurado no volver a atacar, ¿qué harás?"

Me pongo boca arriba y miro al techo. Sus dedos dibujan círculos perezosos por todo mi cuerpo. Pero el toque no me saca de mis pensamientos. Existo en un lugar que todavía es sólo hipotético. No del todo real. Aún no.

“Te llevará un tiempo deshacerte por completo de todos los Sucumbidos. Estoy seguro de que será necesaria la Aldea del Cazador y una forja caliente durante un poco más de tiempo para evitar que los Sucumbidos se adentren en el Mundo Natural”.

“¿Pero es eso lo que quieres?”

"Me encanta la herrería". Lo miro. “Me encanta el calor, las posibilidades. Es mi hogar y siempre lo será”.

"Mi doncella de forja... aunque supongo que ya no tan doncella".

Me río y Ruvan se inclina hacia adelante, plantándome un beso firme en los labios antes de alejarse con un suspiro. Él también se recuesta y su costado parece tan vacío que me veo obligada a darme la vuelta y acurrucarme contra él. Su brazo está alrededor de mis hombros, mi cabeza sobre su pecho.

"¿Eso es todo?" él pide. “¿Sólo la herrería para ti?”

"No estoy seguro... Quizás algunos viajes, quizás una familia... Creo que quiero resolverlo sobre la marcha". Bostezo. “¿Qué harás cuando estés libre de la maldición?”

“El consejo acordó hace tres mil años, cuando comenzó la larga noche, que el señor o dama vampiro que rompiera la maldición sería nuestro gobernante. Todos los señores y damas elegidos en la línea de sucesión fueron seleccionados en función de lo cerca que estaban en título o linaje del trono cuando comenzó la noche. Entonces, si... cuando... rompamos la maldición, seré rey”.

Intento imaginarlo. Mis pensamientos se están volviendo turbios y oníricos. Me imagino una sala del trono, en algún lugar de este castillo que aún tengo que ver. El trono es de hierro, al igual que la corona que descansa sobre la estatua de Solos en la capilla. Está envuelto en una capa de terciopelo carmesí y todo brilla. El mundo es brillante. Tempost es cálido.

"Serás un buen rey", murmuro, con los párpados pesados y cerrándose lentamente.

"Intentaré. Para el vampiro… y para los humanos de Hunter's Hamlet”.

"¿Prometes?" Pregunto, dándome cuenta vagamente de que en ninguno de nuestros planes había una mención de cuál sería el futuro para él y para mí.

“Te lo juro. Mientras respire, te protegeré a ti y a tu hogar”.

El amanecer entra por la ventana. He dormido poco. La mayoría de mis noches estos días las paso despierto, dando vueltas entre las sábanas con él, mi amor, mi rey, mi jurado de sangre.

Unos dedos largos y elegantes pasan por mi pelo, apartándolo de mi

cara. Mientras me muevo, me da un beso en la frente.

"Buenos días, Loretta".

¿Loreta? Ese no es mi nombre… *La conciencia me supera, lo suficiente como para sacarme de la cama. Ya no siento las uñas del hombre ligeramente en mi cuero cabelludo.*

Un hombre y una mujer yacen juntos bajo edredones de seda, con pieles amontonadas sobre sus pies. El cabello blanco lo enmarca, extendido sobre la almohada detrás de él. Veo su rostro nítido y claro por primera vez. Una morena está acurrucada a su lado, tapada hasta la barbilla. Comparten una sonrisa y es entonces cuando noto sus ojos: el de él dorado, el de ella verde. Él es un vampiro y ella es humana.

La luz brilla en los candelabros de cristal, proyectando arcoíris sobre la fina tapicería de las paredes. El castillo es tan glamoroso como lo imaginaba; Reconozco vagamente las tallas de la cama. Me vuelvo hacia las estanterías, llenas de baratijas, que enmarcan una chimenea familiar.

Me despierto sobresaltada y me quito las mantas. La luz del sol es cegadora. Tiemblo por un sudor frío y la cabeza me parte por el dolor.

"¿Floriana?" Ruvan gime y se da vuelta.

Lo miro fijamente con los ojos muy abiertos. Su cabello níveo está extendido sobre la almohada. Más corto, pero tan sedoso como el del hombre de mis sueños. El hombre que me ha estado persiguiendo en todo momento tiene ahora una posible identidad. Dado el linaje lejano de Ruvan, tendría sentido... pero parece demasiado imposible para ser real.

"Tenemos que volver a la habitación a la que me llevaste por primera vez". Me levanto y busco mi ropa.

"¿Qué… qué pasó?"

"Mis sueños. Creo que sé de quién se trata".

"¿Todavía persisten?" Se incorpora, con los ojos más claros y más concentrados.

"En realidad nunca pararon", admito.

"¿Y no me lo dijiste?" Ruvan frunce levemente el ceño.

"Hemos estado ocupados". Me pongo la camisa y le doy una mirada penetrante.

"Justo... Pero todavía quiero saber". Él suspira.

"Además, cada vez que intento pensar en ellos me duele la cabeza". Me froto la parte posterior de mi cráneo. El dolor está presente, pero no voy a dejar que me desanime. No esta vez. Lucho

por recordar los detalles de mis sueños, haciendo una leve mueca de dolor. "Creo que podría saber quién era Loretta".

"¿Cómo? ¿OMS?"

“Todos mis sueños han tenido dos cosas en común: una mujer humana y un hombre de pelo largo y blanco. Esta fue la primera vez que usó su nombre; la llamó Loretta y estaban en esa habitación en el borde del antiguo castillo. Sé cómo suena, pero sigo sintiendo como si hubiera algo, alguien, llamándome”.

“¿Qué más recuerdas de tus sueños?” Se levanta.

"Estoy tratando de recordar". Me masajeo las sienes. "Pero duele intentarlo".

Ruvan se levanta, toma mis manos entre las suyas y las aparta de mi cara. Él masajea suavemente en mi lugar. “Aprovechar el saber innato de la sangre es difícil. La lucha es normal”.

"¿Cómo puedo dejar de luchar?"

"Es diferente para todos". Me da una sonrisa alentadora. "Pero estoy seguro de que lo recibirás cuando estés listo".

“¿Pero me crees?”

"Por supuesto que sí." Sólo logro asentir; Estoy suspendida por un asombro ante la cantidad de confianza que ha depositado en mí. "Ahora, vayamos a inspeccionar esta habitación y veamos si podemos descubrir lo que tu sangre está tratando de decirnos".

Juntos, nos vestimos y salimos corriendo de nuestras habitaciones, cruzando el entresuelo. Lavenzia, Callos y Winny están en un feroz debate sobre nuestro plan de ataque, pero ninguno de ellos nos llama. Cruzamos la puerta y llegamos a la escalera, pero me detengo en el momento en que entramos a la capilla. Ruvan va a irse, tirando de mi brazo. Pero me mantengo firme.

"¿Qué es?"

“El hombre de mis sueños… creo que también sé quién es”. Cruzo la capilla y mis pasos resuenan. Me detengo ante el altar y la estatua del hombre con corona que sostiene el libro. "Rey Solos".

"¿Qué?"

"Se conocieron durante un festival... él leyó su futuro... Ruvan, creo que Loretta era la amante del Rey Solos".

"El rey Solos no tuvo amantes ni tuvo hijos". Ruvan se acerca a mí sacudiendo la cabeza. “Es lo que provocó tanta agitación tras su muerte. No había una línea de sucesión clara e irrefutable: primos, sobrinas y sobrinos lucharon por el trono”.

"No", digo con firmeza. “Tenía una amante, Loretta. Los vi juntos.

Ella estaba trabajando estrechamente con él, ayudándolo”. Todo va encajando poco a poco. “El taller en el antiguo castillo era suyo, no de Solos. Solos no esclavizó a los primeros humanos, estaba trabajando con ellos”.

Ruvan apoya ligeramente sus manos sobre mis hombros, tomándolos. Mirándome directamente a los ojos, dice: "Lo que estás sugiriendo va en contra de toda la historia del vampiro".

"La historia puede estar equivocada", digo con firmeza. “¿No hemos aprendido eso ya ambos?”

"Pero este es... este es el Rey Solos". Ruvan mira la estatua del hombre y su libro. "Los escritos de Jontún fueron explícitos".

“¿No quieres que Jontún se equivoque?” Pregunto.

“¿Pero por qué mentiría?” Los ojos de Ruvan están vidriosos y distantes.

"Tal vez porque los vampiros no estaban dispuestos a aceptar que la ayuda viniera de personas que consideraban que tenían magia 'menor'". Recuerdo cómo Ruvan describió a los primeros humanos. “¿O tal vez para protegerlos?” Sacudo la cabeza. "No sé. Pero creo que la historia ha cambiado, intencionadamente o no. Quizás no conozcamos la historia completa, la historia real. Todo lo que sabemos de Solos fue a través de Jontún. No tenemos la imagen completa del hombre, y nunca en sus palabras”. Pongo mis manos en sus caderas y lo acerco. El contacto lo saca de su neblina. “Sé lo difícil que es que tu mundo se vea sacudido. Pero la única manera de resolver esto es si nos abrimos a mirar todo lo que nos rodea, no como queremos que sea, o como pensamos o nos han dicho, sino como es”.

Los brazos de Ruvan me rodean con fuerza. Anoche nos abrazamos como amantes. Pero creo que esta podría ser la primera vez que nos abrazamos puramente como amigos. No hay tensión hirviendo. Ninguna necesidad insaciable. Todo eso finalmente ha sido saciado. Y lo que queda es apoyo.

"Está bien." Finalmente se aleja, luciendo decidido. “Entonces, el Rey Solos tenía una amante y su nombre era Loretta. Y si el Hombre Cuervo busca venganza por ella entonces…

“¿Quizás era otro posible pretendiente?”

"Un humano que se enamoró de un vampiro", dice Ruvan en voz baja, casi con tristeza. Y además, la amante de un rey. Fue abandonado y utilizado. Quizás incluso intentó convertirse en vampiro para ser digno de ella”. Valioso. La palabra se me queda grabada y trato de ignorarla.

"Ella no era un vampiro", insisto. Sé lo que vi en mi sueño. Loretta no tenía los ojos dorados de un vampiro. Espero que Ruvan esté listo para aceptar finalmente esa verdad. "Ruvan, si el taller era suyo, un taller con una puerta que sólo podía ser abierta por un humano, con registros que indicaban que un humano estaba trabajando con Solos, entonces Loretta era una humana".

"¿Por qué un humano estaría trabajando con el rey de los vampiros?" Todavía está atrapado en su incredulidad. Sé, visceralmente, lo duro que es lo que está soportando, pero eso no me hace querer gritarle menos.

"Tal vez ella también vio una oportunidad de ayudar a su gente. Uno que no conocemos o que se ha perdido en el tiempo. O... tal vez ella lo amaba. Sus ojos, los de él, la forma en que se miraban en mi sueño. Cómo desearía poder mostrarle a Ruvan lo que vi. "Tal vez ella era la jurada de sangre de Solos".

"Los vampiros nunca han jurado sangre ante los humanos".

"Pero tu-"

"Fui el primero." Me suelta y camina por el pasillo.

"Crees que lo eras. Pero no lo sabes". Reitero: "Si he aprendido algo estas últimas semanas es que no sabemos tanto como creemos. Si la población general de vampiros en la época de Solos veía a los humanos como poco más que ganado para ser usado como sangre, ¿qué harían si descubrieran que su rey no sólo estaba trabajando con un humano sino que había jurado sangre a uno?

"Nunca lo aceptarían", susurra.

"¡Exactamente! Jontún debe haber omitido a Loretta de sus registros para proteger tanto a su rey como a ella". Doy un paso adelante. Está a punto de admitirlo. Puedo sentirlo. Pero entonces Ruvan sacude la cabeza lentamente y un sudor frío cubre mi cuerpo ante su expresión. El miedo ha venido a hacernos compañía.

"El Rey Solos podría haber tenido cualquier mujer que deseara de la élite de Tempost. No hay manera posible de que seleccionara a un humano".

Yo todavía. "¿Qué quieres decir con eso?"

Ruvan me mira; están en conflicto. Los músculos de su cuello se tensan mientras traga con fuerza. Él no responde.

"¿Qué quieres decir cuando dices que 'no hay manera posible de que King Solos seleccione a un humano'?"

"Incluso si los escritos de Jontún no fueran el panorama completo, hay verdad en ellos. Debe haber... Todo lo que hemos conocido... El

Rey Solos nunca habría elegido a un humano. Ruvan está interesado en buscar en cualquier otro lugar menos en mí.

"¿Porque un humano no es lo suficientemente bueno?"

"Floriane, no quise decir..."

"Entonces dime qué quisiste decir". Cierro la brecha entre nosotros. Toda la ira, la frustración y el dolor que sentí cuando llegué por primera vez a este lugar están regresando. Excepto que ahora es peor. Porque ahora me preocupo por él. Ahora quiero que él me quiera porque yo lo quiero a él, por toda esta esperanza con la que ha insistido en llenarme.

Ruvan se enfrenta a mí. "Solos era una época diferente. Los humanos eran jóvenes en el mundo, recién creados por las dríadas".

"¿Entonces?"

"Sus magias eran vistas como inferiores a las nuestras".

"Así que lo has insinuado. Lo cual me parece extraño ya que los vampiros eran los débiles que sólo confiaban en salir alrededor de la luna llena".

Ruvan frunce levemente el ceño ante mi golpe. "Nunca dije que fuera justo o correcto. Todo lo contrario, si mi opinión le interesa. Realmente, deberías estar agradecido de que Solos no haya hecho a uno un jurado de sangre. Quién sabe qué podría haberle hecho para descubrir la verdad sobre la historia de la sangre.

"A menos que Solos no fuera el hombre que pensabas", insisto.

"No todos los fragmentos de nuestra historia son mentiras".

"Bueno, mucho de eso no ha sido cierto. ¡Muchas cosas ni siquiera tienen sentido! ¿Por qué no puedes ver los agujeros que tiene? Señalo el altar. "Dices que el conocimiento de la sangre, el verdadero conocimiento de la sangre, se basa en la sangre que se dona libremente. ¿Parece una artesanía mágica creada por un hombre que mantenía a los humanos como si fueran ganado?

Hay un destello de duda genuina en los ojos de Ruvan, pero rápidamente lo sofoca. "Sólo porque los humanos te han estado diciendo mentiras desde que naciste y las han aceptado no significa que le hayamos hecho lo mismo a los nuestros. Podrías estar a tres mil años de la muerte de Solos y el Fade. Pero nací sólo cien años después de la muerte de Solos. Crecí con historias sobre el gran rey de personas que lo conocieron. El hombre era brillante, extraordinario", espeta Ruvan.

"Un hombre grande y extraordinario que, según usted y la preciosa y perfecta historia que se niega a cuestionar, usó y abusó de los

humanos”, espeto.

"No quise decir... extraordinario como en..." Él busca a tientas sus palabras.

"No sé a qué te refieres ahora, pero no es razón". Sacudo la cabeza y me dirijo hacia las escaleras.

"Floriane." Intenta tomar mi mano pero la aparto.

"No me sigas".

"No seas así". Los ojos de Ruvan están heridos. Me imagino que los míos también lo son.

Me detengo en las escaleras y suspiro. Una última oportunidad. “Ruvan, si ponemos fin a la maldición y te conviertes en rey, ¿todavía me tendrás como tu juramento de sangre?”

"¿Qué?" Se tambalea. "¿Te gustaría siquiera serlo?"

"Eso no es lo que pregunté".

"Pero lo que quieres importa".

"Bien, supongo que sí". Lo miro fijamente a los ojos, inmovilizándolo en el lugar. “Si todos los vampiros estuvieran despiertos. Si enfrentaras todo su juicio por mantenerme a mí, un humano, a tu lado, ¿aún seguirías jurado sangre conmigo?

"Pero tus deseos importan". Está usando mis deseos para esconderse y eso me enfurece. Está siendo evasivo y lo sabe. Él sabe lo que estoy tratando de preguntar y su evasión es realmente toda la respuesta que necesito.

“Sigues diciéndome que elija mi futuro, ahora quiero que elijas el tuyo. Si quisiera seguir siendo tu juramento de sangre, incluso después de que fueras el rey de los vampiros, ¿lo harías porque me amabas? Dijiste que me defenderías a mí y a la aldea de tu gente, pero ¿defenderás nuestro amor?

Abre la boca y deja escapar el comienzo de una palabra que se queda ahí. El silencio se apodera tan rápido como mi corazón se hunde en mi pecho. Drew tenía razón... nada de esto significa nada. Nunca lo hizo.

Qué tonto fui por trabajar para tomar esto en serio. Y pensar que podría haberme entretenido en seguir siendo su esposa. Para honrarlo y amarlo.

"De acuerdo entonces." Subo las escaleras.

"¡Floriane, no es tan simple!" Él corre detrás de mí.

“¡Es así de simple! O me crees o no. Estás dispuesto a ayudarme a encontrar la verdad sobre nuestra historia, o no”. Giro en la escalera, cerniéndose sobre él. "Me amas, me amas de verdad y me quieres a tu

lado, o no".

"¿Quieres siquiera que te ame?" Se lleva una mano al pecho. "¡Porque nunca podré decirlo contigo!"

"Sabes lo difícil que es esto", espeto.

“¡Difícil para ambos!” Lanza sus manos al aire. "Nací para odiarte".

“Al igual que yo”.

“¿Pero me amas a pesar de eso? ¿Me amas como yo te amo? Me estás exigiendo todo esto y todavía no me has dicho cómo te sientes realmente”.

Frunzo los labios e inhalo lentamente. Estoy demasiado enojado para pensar racionalmente. Porque lo único que puedo pensar es en él haciéndome a un lado. Él reverencia a un rey que, según él, consideraba a los humanos como poco más que sujetos de prueba. Él dice que cree en mis sueños y luego sus acciones lo contradicen directamente.

“¿Es esa mi respuesta entonces?” Él se ríe entre dientes y sacude la cabeza.

“Ruvan…”

Él habla sobre mí, palabras amargas y duras. "¿Qué importa? Bien, entonces tu respuesta es no y la mía también. No serías mi juramento de sangre porque el vampiro nunca aceptaría a una humana como su reina. Especialmente no uno que sea descendiente de aquellos que nos maldijeron”.

Nos miramos fijamente y las palabras resuenan en nuestros oídos. Todavía puedo sentir su magia en mí de la noche anterior, llenando el hueco dejado por su cuerpo. Un vacío que nunca más se llenará. ¿Quién diría que había tantas maneras de hundirse en la oscuridad?

"De acuerdo entonces. Me alegro de que pudiéramos aclarar eso antes de convencerme de que esto era real”. Me giro para irme.

Maldice en voz baja. "Floriane, ¿adónde vas?"

"Cualquier lugar excepto aquí."

“No te vayas. Deberíamos hablar…"

"No lo hagas", siseo mientras él comienza a subir las escaleras. “No me sigas. Quiero estar solo."

“Deberíamos hablar de esto”, termina su frase con propósito. "Ambos somos..." Se frota las sienes. "Han pasado muchas cosas, las emociones están altas y ambos estamos siendo tontos".

“¿No crees que lo sé?” Lo miro. Pero mi ira se suaviza un poco. Yo suspiro. ¿Por qué es todo esto tan difícil? ¿Cómo puedo preocuparme tanto por alguien y, sin embargo, me hiere en igual medida? “Tienes

razón, tenemos que hablar. Pero primero necesito un tiempo a solas, por favor. Hablaremos cuando no esté tan enojado y pueda pensar con claridad”.

"Deberíamos hablar ahora".

"No quiero hablar contigo ahora", digo con firmeza. "Dame un poco de espacio, déjame aclarar mi cabeza y solucionaremos esto más tarde".

Al salir de esta última vez, no se siguen pasos.

CAPITULO 39



Me paro en el precipicio de la torre, en lo alto de las escaleras, ante el muro roto que conduce a la viga para atravesar de regreso al ala occidental del castillo. El viento y la nieve azotan mi rostro y me congelan las lágrimas en las pestañas.

No lo dijo en serio. No fue mi intención. No quisimos decir nada de eso. Eso es lo que me dice mi corazón. Ambos estamos navegando por algo nuevo y complejo, algo que ninguno de nosotros sabe cómo manejar.

Además, sé lo difícil que es que se cuestionen verdades que uno valora tanto que son sagradas. Es difícil. Incluso da miedo. Ruvan es un buen hombre y recuperará el sentido común. Él me creerá.

O no lo hará. Esa es una parte más fea de mi forma de hablar ahora. Una voz más débil, que pensé que había matado pero que fue resucitada por las acciones de Ruvan. Nada de lo que esté sucediendo entre ustedes dos importará una vez que se rompa la maldición.

¿Anoche fue una exploración para ambos que culminó en nada más? ¿Fue mera saciedad? ¿Significará algo cuando todo esto termine?

¿O fue nuestro hacer el amor la consumación de un matrimonio genuino?

Miro hacia atrás por encima del hombro y veo la oscuridad que vive en estos pasillos vacíos y encantados. Quizás tenga razón. Quizás debería quedarme y deberíamos hablar más. Pero la mera idea de volver allí hace que el pánico suba por mi garganta. Me lo imagino profundizando más. Ninguno de nosotros está en un lugar lo

suficientemente bueno ahora como para hablar productivamente. Voy a necesitar más pruebas si quiero que me escuche, lo que significa que tendré que resolver esto por mi cuenta.

Suspirando, vuelvo hacia el aire gélido que aúlla en la noche.

Drew podría estar equivocado sobre el futuro de Ruvan y el mío, pero no estaba equivocado acerca de que yo fuera diferente ahora. Tengo la magia del vampiro dentro de mí; la magia de Ruvan me fortalece, me protege incluso cuando está lejos.

Salto en el aire y aterrizo con confianza en la viga.

Aunque la nieve es igual de espesa (más espesa) que la primera vez que crucé y el hielo es igual de peligroso, me muevo con facilidad. Una ráfaga de viento intenta derribarme; Me agacho y me estabilizo. El suelo de abajo intenta levantarse y encontrarse conmigo, pero no lo dejo. No dejaré que el monstruo del miedo me consuma.

De regreso al otro lado del castillo, exhalo aliviado. Atravesar ese camino helado fue toda la prueba que necesitaba de que había cambiado. Por mucho que quiera a Ruvan, no lo necesito. Es extrañamente reconfortante saber que estos sentimientos no surgen únicamente de la gratitud por la protección que me ha ofrecido.

Me muevo a la habitación a la que me llevaron por primera vez, la misma que ocupaba Drew hace un día, para estar en el mismo lugar donde estaba en mi sueño. Miro por encima del hombro hacia la chimenea. Puedo imaginar las estanterías llenas de las mismas baratijas que vi en mis sueños.

"¿Esta habitación era tuya, Loretta o de Solos?" Le digo a su fantasma. Me pregunto si todavía camina por estos pasillos. Casi puedo sentirla aquí conmigo. Cruzo hacia la cama y me acuesto. Aquí fue donde recibí mi primer sueño. No entiendo cómo los consigo, ni por qué, pero voy a volver sobre mis pasos, incluso si debo regresar al antiguo castillo para hacerlo. "Aunque esperemos que no llegue a eso", le digo al fantasma. "Si quieres que sepa la verdad, ahora es el momento".

Cierro los ojos y espero.

Al principio soy muy consciente de todo. Pequeños cambios en el aire, la forma en que mi cuerpo se contrae justo antes de quedarme dormido, el dolor creciente en la parte posterior de mi cabeza que amenaza con volverse insoportable en poco tiempo. No estoy cansado, pero este espectro no vendrá a mí en el mundo despierto.

Excepto que lo hizo una vez.

Me siento y me llevo la cadera a donde está enfundada la daga

plateada y ensangrentada. Me muerdo el labio y lo giro a la luz de la luna. ¿Me atrevo a cortarme con eso otra vez? El rostro hundido de Ruvan aparece ante mí. Si necesita más sangre, se la daré. También tiene el Elixir del Cazador. Esto valdrá la pena.

El corte en mi antebrazo es pequeño pero me quita el dolor de la mente. Sostengo la daga contra mi pecho y siento su poder enfocándome. Vuelvo a tumbarme, respiro profundamente y me concentro en mis pies. Fuerzo los músculos de cada uno de mis dedos a relajarse, luego los de los arcos de mis pies y mis tobillos. Subo por mi cuerpo, un músculo a la vez. Es un truco que me enseñó mamá. La herrería es implacable y, a veces, te duele tanto que ni siquiera puedes dormir, ni siquiera cuando sabes que eso te haría sentir mejor.

En algún lugar entre mi abdomen y mis manos me quedo dormido.

No me doy cuenta de que estoy dormido hasta que el sueño me golpea. Todavía estoy en ese dormitorio. Excepto que no es lo mismo, estoy de regreso en una época anterior cuando el castillo aún estaba prístino.

Aquí también es de noche y Loretta busca a tientas. Corre entre las estanterías y un escritorio colocado debajo de la ventana, un escritorio que ya no está presente en mi época.

"No están aquí". Ella maldice en voz baja. Entonces me doy cuenta de que faltan tres libros del estante. "Maldito sea."

Está de vuelta en el escritorio, moviendo la pluma frenéticamente sobre el pergamino. Me acerco. Parece que cuanto más consciente soy de estos sueños, más autonomía tengo dentro de ellos. O tal vez simplemente soy cada vez más fuerte. Quizás sea la magia de la daga que extrae poder de los rincones de mi cuerpo.

Está escribiendo una carta, unas breves palabras:

Tersius regresó incluso después de que lo desterraste. Nos robó el trabajo. Voy a conseguirlo. No me sigas, es demasiado peligroso para ti cruzar el Velo con Tersius como está. Te hará daño si vienes. Pero no te preocupes, estaré a salvo. Volveré pronto.

"Debería haberlo sabido", dice en voz baja. "Debería haber visto en qué te habías convertido realmente y dejar que Solos te matara cuando tuvimos la oportunidad". Loretta se inclina sobre el escritorio y las lágrimas corren por

sus mejillas. Secándose la cara y recomponiéndose, regresa a las estanterías. Levanta una espada corta de un soporte y la desenvaina hasta la mitad. Líneas rojas y negras garabatean a través del metal. Parece casi mi propia daga.

Lo enfunda con propósito y se lo ata a la cadera. Por la forma en que se mueve Loretta puedo decir que no es una combatiente. Ella va a morir. Todos los indicios apuntan a esa trágica verdad.

Una mujer, amada por dos hombres, traicionada por uno angustiado, al parecer.

Loretta va a la esquina de la habitación y mete el hombro en la estantería. Para mi sorpresa, se abre. Ella desciende a la oscuridad. Intento alcanzarla, pero en el momento en que doy el primer paso, la oscuridad me traga.

Me despierto de golpe, vuelo hacia la estantería y empujo tal como lo hizo ella. Se niega a ceder. Sigo presionando. Mis piernas y brazos se tensan. Con un gemido, las antiguas bisagras se aflojan lentamente y la puerta del pasadizo secreto se abre. Sigo empujando hasta que esté lo suficientemente abierto como para poder pasar. Necesito aspirar todo para que encaje y, aun así, es un empujón difícil, pero lo logro. Agradezco en silencio a mi madre por todas las veces que me impulsó a levantar más lingotes pesados, carbón y agua. Sin la fuerza que ella me ayudó a desarrollar, no podría hacer nada de esto.

Las escaleras bajan antes de abrirse a lo que parece ser otro taller, aunque está mucho menos abastecido que el que se encuentra en las profundidades del antiguo castillo. A través de otra habitación, de repente reconozco dónde estoy. Me oriento y me dirijo a la derecha. Efectivamente, al final de este pasaje está el estudio en el que encontré las cartas, el que conecta a través de pasillos olvidados hasta el taller.

Me pregunto si Callos ya tuvo la oportunidad de leerlos. Estaba repasando todo lo que había traído del taller muy lentamente. Me pregunto, si lo hubiera hecho, si habría encontrado pruebas más concretas de una relación entre King Solos y Loretta. Empiezo a afirmar y ampliar mis teorías mientras camino por estos pasillos abandonados, un rincón olvidado de un castillo laberíntico.

Loretta era humana. Solos la mantuvo oculta porque sabía que su gente no la aceptaría y, como solo hablaba a través de Jontún, fue una tarea fácil. Éstas eran sus cámaras y pasadizos secretos. Ella era la presencia invisible del castillo. Solos se llevó todo el crédito por su

trabajo sobre la historia de la sangre. Y sin embargo... ella lo amaba de todos modos. A pesar de todas las probabilidades, lo hizo; Puedo sentir la emoción tan vívidamente en los breves momentos en que veo la historia de este mundo a través de sus ojos.

Y ahora tengo otra pieza del rompecabezas.

Tersius, el primer cazador, robó los primeros tres libros de conocimientos de sangre, los que perseguía Callos. Su trabajo inicial con Solos. Eran los libros que vi que sostenía la estatua en el salón subterráneo de la fortaleza. Esos tomos permitieron a Tersius lanzar la maldición, lo que hizo en venganza. Tal vez si puedo descubrir qué había en esos libros, pueda encontrar una manera de identificar el ancla de la maldición o anular la maldición sin ella.

Me detengo en un cruce de caminos, mirando hacia el pasaje por el que vine y hacia abajo aún más. Loretta había dicho que iría tras Tersius. Eso significa que tenía alguna forma de salir del castillo y cruzar el Velo, aunque no era un vampiro. Tal vez incluso fuera algo que pudiera hacer que el propio Solos también entendiera. Ella dijo que era demasiado peligroso para él ir, no que no pudiera hacerlo.

Quizás ese mismo camino sea el que utilizan los Sucumbidos. Otro misterio explicado. Todo está encajando y pronto tendré todas las pruebas que necesito. Entonces Ruvan me escuchará. Tendrá que hacerlo.

Abajo está. Si hay una manera de hacer que al vampiro le resulte más fácil cruzar el Velo, la necesitarán. Quizás entonces yo también pueda entenderme. Si Loretta era una Jurada de Sangre y tenía una manera de cruzar por su cuenta, entonces yo también debería poder usar ese mismo método. Si no puedo encontrar registros alternativos de su trabajo inicial, entonces regresaré a la aldea, entraré sigilosamente y de alguna manera los robaré de la fortaleza.

Mi corazón se acelera. Todo se está uniendo. Estoy muy cerca de la verdad: de descubrir las últimas piezas que todos necesitamos para romper esta maldición de una vez por todas. Puedo sentirlo en mi médula y lo haré, ya sea que Ruvan y el resto me crean o no.

Entro en un gran espacio subterráneo. Hay filas y filas de lo que parecen ser pequeños barriles. Me acuerdo de todos los barriles que había en la sala secreta de la fortaleza. Paso los dedos por los estantes, dejando líneas profundas en el polvo espeso. Otra confirmación de que Tersius le robó el trabajo; lo usó para hacer el elixir del cazador.

Se me hace un nudo en el estómago por el disgusto por cómo trataron a esta mujer. Me duele ella. Borrados de la historia, los logros

de su vida fueron utilizados contra ella y el hombre que amaba. Escondido por ese mismo amante. Sacudo la cabeza. Si sobrevivo a esto, si se rompe la maldición... erigiré una estatua en su honor en Tempost, en Hunter's Hamlet. Ambos. Lo forjaré con acero plateado. Y escribiré su nombre para que todos, y para siempre, lo vean.

Loreta. Jurados de sangre del Rey Solos. Mujer que le dio al vampiro su fuerza y al Hamlet del Cazador la capacidad de defenderse.

Estoy tan perdida en mis pensamientos y en mi enojo que no veo el movimiento hasta que es casi un segundo tarde. Un monstruo corretea por el techo y emerge de la oscuridad hacia mi periferia. Se lanza hacia mí. Retrocedo y aterrizo con fuerza para evitar sus garras.

Los Caídos chocan contra los estantes de los barriles. Sangre vieja, de color negro como la tinta, del mismo tono que el Elixir del Cazador, explota y cubre al monstruo. Chilla con lo que parece un júbilo bestial. Una lengua moteada y arrugada le recorre la cara. Sus ojos completamente negros adquieren una mota dorada.

Está quieto.

Mira a su alrededor, moviendo la cabeza de izquierda a derecha, como si estuviera confundido. El Caído deja escapar un poderoso chillido que parece hacer temblar los cimientos del castillo. Se agarra la cabeza. Su estómago se distiende y se encoge debajo de la caja torácica mientras respira con dificultad.

Los Caídos son sólo vampiros que se perdieron a causa de la maldición. La sangre, fresca y conservada, ayuda a evitar la maldición. Me pregunto si este baño de potente y antiguo elixir le ha devuelto una apariencia de conciencia a esta pobre criatura. Me pregunto si está confuso, buscando una respuesta, un fragmento de conciencia que alguna vez se perdió.

Lentamente, mientras chilla y acuna su cabeza, me agacho. Saco la daga de mi cadera. Lo arrastro a través del elixir en el suelo. Brilla con tanta intensidad que los Caídos y yo ahora estamos en un halo de luz carmesí, del mismo tono que la Luna de Sangre.

Eso llama la atención del monstruo.

Pero en lugar de abalanzarse hacia mí, se aleja. ¿Me tiene miedo? ¿Miedo a este poder? ¿Qué recuerda el fragmento de conciencia que persiste en esta antigua bestia? Si bien siento lástima por la criatura, no le doy la oportunidad de huir. Permitirle hacerlo le daría la oportunidad de atacar a otra persona en el futuro. Lo estoy sacando de su miseria aquí y ahora.

Salto. Mi espada se hunde en su pecho. Sus garras se extienden

hacia mí, pero no tiene oportunidad de atacar antes de que mi sangre plateada haya perforado su carne. El Caído muere instantáneamente. Libero la espada de las costillas del monstruo. El metal ya no brilla, la magia ha desaparecido.

El Ruvan Caído y yo luchamos en el antiguo castillo y teníamos tolerancia hacia la plata. Esta criatura murió de un solo golpe. Entonces, la sangre plateada almacena poder y lo desata con un efecto letal.

Mientras inspecciono el arma, el movimiento me distrae por segunda vez. Un poder profundo se agita en mí.

“Ruvan, bien, lo siento por lo de antes. Pero debo decirle lo que he...

Me giro y me congelo.

El cambio de poder no proviene del señor vampiro, aunque es igual a su poder.

Acechando en la oscuridad hay un monstruo tan horrible que antes me resultaba inimaginable, incluso en la peor de las pesadillas. Tiene el cuerpo de un hombre de piel gris, del color de un cadáver, estirado sobre músculos poderosos. No hay ni una piedra de grasa en esta criatura claramente diseñada por la propia Muerte.

Sus dedos se convierten en garras. Colmillos tan grandes que no caben en su boca se extienden más allá de su barbilla. Los cuernos suenan en su cabeza como una corona. Dos alas enormes, parecidas a las de un murciélago, se extienden sobre sus hombros y forman un arco alrededor de su cuerpo.

Nunca había visto algo así antes, lo que me lleva a creer que esta criatura es el tercer monstruo del que me habló Ruvan. El peor de todos.

Estoy cara a cara con un Perdido.

CAPITULO 40



El monstruo no se mueve como los demás. Parece casi consciente. La sombra del hombre que alguna vez fue todavía vive en su rostro demacrado y atormentado. Mi mirada baja por sus cuernos hasta los vacíos donde alguna vez estuvieron sus ojos.

¿Estoy mirando los restos del Rey Solos?

Me lo imagino persiguiendo a Loretta. Aunque ella le dijo que no viniera. Me pregunto si la maldición lo consumió mientras estaba en estos pasillos olvidados; los pasajes dentro de los cuales la escondió terminaron siendo su tumba. Abandonado. Dejado atrás. Lo dieron por muerto mientras todavía deambulaba.

Pero quienquiera que fuera esta criatura, Solos o algún otro señor que llegó tan lejos como yo persiguiendo el rastro de Loretta antes de que la maldición los atrapara, no importa. Todavía está perdido. Y todavía viene a matarme.

Ajusto el agarre de mi daga y lentamente me inclino hacia abajo. Necesito cargarlo nuevamente. Podría usar mi propia sangre, pero el elixir es más fuerte y no quiero volver a arriesgar el bienestar de Ruvan.

He tomado una decisión terrible.

The Lost se mueve tan rápido como el viento. En un segundo está detrás de mí. No tengo tiempo suficiente para cargar la cuchilla; Me balanceo salvajemente, girando. Le corto el brazo, pero no sirve de nada. La criatura parece más curiosa que herida. Al menos su curiosidad me da un momento para escapar.

Me dejo caer al suelo torpemente y retrocedo. En el proceso, paso

mi daga por la piedra cubierta de elixir. La luz roja vuelve a brillar, pero no soy lo suficientemente rápido.

La criatura desciende sobre mí. Dientes y garras. Intento escaparme, pero no soy lo suficientemente rápido. Sus colmillos se clavan en mi hombro. Dejo escapar un grito que resuena por todo el castillo y mi cabeza da vueltas violentamente. Levanto mi daga y le corto el pecho. Retrocede, dejando escapar un sonido similar al de arrastrar una espada sobre metal. Me pone los pelos de punta y me congela temporalmente en el lugar.

La sangre corre por mi costado, empapando mi ropa. Ya estoy mareado por la pérdida. Limpio mi daga con mi propia sangre, invocando la luz una vez más. Ojalá hubiera pasado más tiempo estudiando la tradición de la sangre, en lugar de solo sus aplicaciones en metales. Si lo hubiera hecho, tal vez habría aprovechado mis sueños antes; tal vez no estaría aquí ahora. Todas esas horas con Callos, desperdiciadas. La luz de la daga no les hace nada a los Perdidos. Entiendo lo que Ruvan quiso decir: esta criatura es algo diferente, ni vampiro, ni humano, ni siquiera uno de los otros monstruos de la maldición, sólo maldad y odio, unidos por magia.

"Está bien entonces", gruñí. “Si esto va a ser así, entonces te llevaré conmigo. ¡Ven a mí, demonio!

Como si pudiera entenderme, me obliga.

Me agacho, evito su primer golpe y le corto el pecho. La criatura se tambalea, rugiendo. Aprovecho la oportunidad para limpiar la hoja de mi camisa nuevamente; absorbe mi sangre. Le doy otro golpe en el brazo. Si de alguna manera puedo incapacitar sus brazos, podría tomar la delantera.

La criatura se mueve, demostrando que nunca tuve una oportunidad con un poderoso batir de sus alas.

El Perdido se lanza hacia adelante, deslizándose por el suelo y chocando contra mí. Chocamos contra barriles de elixir. Sangre oscura vuela por todas partes. Mi daga vuelve a brillar, de poco me sirve estar inmovilizado contra la pared del fondo.

Este monstruo será lo último que vea. Me lamo los labios, estiro la lengua, ignorando el mal sabor del líquido por cualquier poder que este elixir olvidado pueda darme. No voy a morir aquí. No me dejaré morir aquí. Me queda mucho por hacer. Ruvan aparece ante mis ojos. Queda mucho por decir.

Desenterró fuerzas que no sabía que todavía tenía. Hay un pozo en mí, más profundo de lo que jamás pensé o imaginé. Yo bebo de ese

poder. Levanto las rodillas, pateo y giro. Al igual que cuando lucho con Drew, uso el entrenamiento y el apalancamiento para librarme de la bestia. Me pongo de pie.

La pérdida de sangre es otra batalla que estoy peleando y perdiendo. Puse una mano contra la pared para apoyarme. El monstruo ya se está levantando. La bestia no siente dolor, no conoce el agotamiento, lo único que conoce es el instinto. Y ese instinto le dice que me mate y me consuma.

El monstruo se tambalea. Me preparo.

Un poderoso rugido llena el espacio. Hay una imagen borrosa cuando un objeto choca contra Lost. Los dos caen. Al principio, creo que de alguna manera un Caído ha venido en mi ayuda contra todo pronóstico. Me doy cuenta de que eso no tiene sentido y lo miro mejor.

Es Ruvan.

Mi corazón se estremece.

Retrocede con una hoz plateada y se dispone a enganchar el cuello de la criatura. Se mueve. Él echa de menos. Ruvan agarra y desciende con los dientes. Atrapa al monstruo; se retuerce.

"Matarte para poner fin a tu pesadilla podría ser mi deber como señor vampiro". Ruvan se levanta lentamente. Escupe sangre. Busco una herida en él hasta que me doy cuenta de que es la sangre del Perdido. "Pero será un placer para mí matarte por ponerle la mano encima".

Ruvan se lanza para otro ataque. Los dos ruedan, se pelean. Estoy demasiado aturdido por un momento para hacer algo. Entonces pienso en esa sangre pútrida que llena la boca de Ruvan. El curso. Ya estaba al borde del abismo antes.

El pánico me impulsa a moverme. Vuelvo a la pelea. The Lost es temible, pero por un tiempo parece que estamos ganando terreno. Ruvan y yo nos movemos como un solo cuerpo en lugar de dos personas separadas. Puedo sentir sus intenciones, sus movimientos, antes de que los realice.

Clavo la daga en el estómago del Perdido, hasta la empuñadura. La bestia me agarra las manos y me atrapa con sus garras mientras me alejo. No voy a dejar que me quite el arma. El monstruo retrocede a trompicones, luciendo deteriorado pero aún moviéndose. Sigue siendo letal. "¿Cómo vamos a matar esta cosa?"

"Voy a tener que usar mi conocimiento de la sangre". Aunque Ruvan no parece contento con eso en lo más mínimo. Pienso en lo que

les hizo a los Caídos y en cuánta energía le quitó eso.

"¿Qué puedo hacer?"

“Simplemente no lo dejes salir de esta habitación; No podemos dejarlo vivir”.

"No tenía ninguna intención de eso".

Ruvan se vuelve hacia mí. Está a punto de decir algo cuando la criatura emite un suave zumbido. Esto es diferente a los gritos, ruidos guturales o clics que han hecho los otros monstruos. Esto suena... casi como cantar.

"¿Qué está haciendo?" Pregunto, mirando entre el monstruo y Ruvan. Este último se ha quedado completamente quieto. Los ojos de Ruvan se han puesto vidriosos; se balancea ligeramente al compás del tarareo de Lost. El color está desapareciendo de su rostro. Se está volviendo demacrado, ceniciento y maldito ante mis ojos. Corro y agarro su brazo izquierdo. “¿Ruvan?”

Su brazo derecho vuela hacia arriba con la velocidad de una víbora. Engancha mi barbilla entre su dedo índice y su pulgar. Girando, me golpea contra la pared. Mi cabeza golpea contra la piedra. Debería doler más. Si todavía fuera completamente humano, la fuerza del movimiento podría haberme dejado inconsciente. Gracias al elixir y a nuestra magia jurada de sangre, no es así.

Nuestros juramentos de sangre... No debería poder hacerme daño, ni siquiera si lo intentara. Lo que sea que esta bestia le esté haciendo está convirtiendo a Ruvan en otra cosa. Está más cerca de un Perdido que el hombre que conocí.

"Ruvan", jadeo.

The Lost tararea su canción atormentada y espeluznante aún más fuerte. Casi puedo sentir a la criatura en mi propia mente, raspando mi cráneo con esas garras, tratando de encontrar la entrada. Quizás no pueda porque no soy un vampiro. Así es, Ruvan había dicho que los Perdidos podían hipnotizar con sonido.

Miro fijamente a Ruvan a los ojos, buscando al hombre que conocía, el hombre que decía estar enamorado de mí. Su agarre se aprieta alrededor de mi garganta. Lucho por respirar.

"P-por favor", jadeo.

Él no suelta. Él no cede. No hay nada en sus ojos que me haga creer que el Ruvan con el que compartí cama hace apenas unas horas todavía está allí. Todo lo que veo es odio y la maldición, desenfrenados.

Aprieto la daga con más fuerza.

Si alguna vez te encuentras cara a cara con un vampiro, ¡lucha! Drew grita desde lo más recóndito de mis recuerdos. Lucha con todo lo que tienes. Lucha como si tu vida dependiera de ello.

Paso la daga por mi pierna. Una luz roja se enciende, iluminando la expresión impasible de Ruvan. Hace que su rostro habitualmente etéreo sea aún más siniestro.

No desperdicies tu vida. Madre ahora.

Puedo ver a los Perdidos moviéndose en mi periferia. Se acerca a los dos. Hará que Ruvan caiga completamente bajo la maldición, me mate y luego ambos se deleitarán conmigo en su monstruoso ocio. A toda costa, debíamos matar a los Perdidos.

La daga tiembla en mi mano. No puedo dejar que Ruvan sucumba a los Perdidos y la maldición. No dejaré que se convierta en uno de estos monstruos. Si tengo que matarlo, que así sea.

Este es el destino que le robé a Drew esa noche: matar al señor vampiro. El destino del que pensé que había escapado regresa para perseguirme de una manera que nunca esperé.

Forja tu propio destino, resuena la voz de Ruvan, más fuerte que el resto.

Retiro la daga. Cierro los ojos con fuerza. Para mi sorpresa, mi mano se mueve. Esto es diferente a antes; No hay manos invisibles que me detengan. Ninguna barrera me detiene. Ruvan ya no es el hombre al que le juré sangre. Podría apuñalarlo. Pero me detengo en seco.

Él todavía está allí.

Mi daga cae al suelo. Mis manos se relajan a mis costados. No puedo hacerlo. No puedo lastimarlo. No por los juramentos de sangre... sino porque no puedo. Miro a Ruvan a través de una visión de túnel que se vuelve más espesa a cada segundo.

"Todavía estás ahí", le digo con voz áspera. "Sé que eres."

Su agarre se estrecha aún más. Sigo mirando. Yo no peleo.

"Ruvan, vuelve a mí". Si Drew pudo romper el control que el Hombre Cuervo tenía sobre él, entonces Ruvan puede vencer esto. La criatura se acerca. Levanto una mano y la apoyo suavemente sobre la mejilla de Ruvan. Incluso este simple movimiento es difícil, mis músculos piden aire a gritos. “Me juraste... me juraste que nunca me harías daño. No sólo por nuestros juramentos de sangre. Sino porque nunca querrías hacerlo”.

Las palabras son más difíciles a cada segundo. Su mano alrededor de mi garganta comienza a temblar. No puedo decir si es por la tensión de asfixiarme lentamente, o si es el resultado de que mis

palabras realmente llegaron a él.

Es entonces cuando noto que las lágrimas corren por sus mejillas. Aunque sus ojos no tienen emoción, aunque todavía está muy lejos. Él está peleando.

"Lo... lo siento", digo con voz áspera. No fui suficiente. Lo que sea que éramos, o nos estábamos convirtiendo, no fue suficiente para liberarlo. Cierro los ojos con fuerza. El dolor está abandonando mi cuerpo. El frío se está apoderando de mí. "La verdad es que yo... yo amo..."

Su mano se aprieta aún más. Me ahogo porque no puede pasar más aire. Todo se inclina. Ahora sólo puedo ver sus ojos, desvaneciéndose, alejándose cada vez más de mí.

Un rugido distante acompaña el borde de la realidad que regresa rápidamente. Hay una mancha borrosa detrás de nosotros que no es de Lost. Un destello plateado en un amplio arco; La espada de Ventos se clava en el pecho del monstruo. El zumbido cesa.

Ruvan me libera al instante. Me caigo al suelo temblando y tosiendo. Casi me siento mal pero me detengo. Las arcadas serían lo peor que podría ocurrir en este momento. Necesito la fuerza del elixir para curar mis heridas y darme fuerza.

"¡Tu vas a pagar!" Ruvan grita desde la misma boca del estómago. El castillo se estremece de rabia. Aprieta los puños y echa la cabeza hacia atrás. El elixir se levanta del suelo en gotas, como si el mundo se hubiera puesto patas arriba y el techo fuera ahora el suelo. Comienza a girar alrededor de Ruvan, cada vez más rápido, una tempestad de saber sangriento.

Winny y Lavenzia entran rápidamente en la habitación y se detienen bruscamente justo al cruzar la puerta. Ellos miran en estado de shock. Ventos retrocede.

The Lost se pone de pie ante el desafío que presenta Ruvan. Pero la pelea ya terminó. El elixir cubre al monstruo mientras Ruvan le ordena mágicamente, hundiéndose en su carne. Chilla y gime. Hay un vórtice de muerte y cuando el ruido cesa, Lost está en el suelo, inmóvil.

Ruvan se desploma.

Aunque cada músculo está ardiendo, me arrastro hacia él. Saco a Ruvan del suelo mojado y lo pongo en mis brazos. Su cabeza se inclina hacia atrás. Pero su piel está nudosa, arrugada. Su respiración es superficial y su piel aún no ha recuperado su brillo.

La maldición lo tiene ahora.

CAPITULO 41



“Tenemos que terminar con esto”, mira Lavenzia entre su espada y Ruvan. "Antes de que se convierta en uno de ellos".

Agarro a Ruvan con más fuerza y los miro con furia. "No dejaré que le hagas daño".

"Riane, sabes lo que va a pasar". Los ojos de Lavenzia están muy abiertos por la tristeza. “Es un gesto de amabilidad hacia él. Es lo que él querría”.

"No." Miro a Ruvan, untándole la sangre en la mejilla mientras le acaricio la cara. “Despierta, por favor, lucha contra esto”.

“Floriane…” comienza Ventos.

“¡Le daré más de mi sangre! ¡Le daré lo que necesita!

"No hay nada que podamos hacer para detener el avance de la maldición". Ventos niega con la cabeza lentamente. Sus ojos brillan. ¿Lo he visto alguna vez llorar? Creo que no puedo soportar la idea.

Pero su tristeza le hace pensar. Una posibilidad poco probable, improbable. "Hay algo que podemos hacer".

"¿Qué?" Lavenzia comparte una mirada sospechosa con Ventos.

"Tenemos que llevarlo a la capilla". Ninguno de los dos se mueve. “Por favor, si lo vas a matar qué importa si lo haces aquí o allá. ¡Pero al menos podemos intentar salvarlo!

Ventos es el que debe moverse.

Todo parece suceder lentamente. Ventos levanta a Ruvan. Estamos corriendo hacia el castillo. Winny corre hacia adelante como lo hace habitualmente, buscando otros enemigos. Lavenzia está preparada.

Y yo… me encuentro enfocándome en las cosas más extrañas.

El brazo de Ruvan se balancea sin fuerzas, entrando y saliendo de mi visión, bloqueado por el cuerpo de Ventos. Estoy hiperconcentrada en la mano que hace apenas unas horas pasó por mi cabello. Acarició mi cuerpo. Me llevó a las alturas de la pasión que solo había imaginado antes de él. Tiene el pelo pegado a la cara, sucio. Pero hay manchas blancas, tan brillantes como la luz de la luna que atraviesa la habitación de Loretta cuando volvemos a emerger.

Los sonidos son distantes, ahogados por mi corazón acelerado y mi respiración agitada. Cada bocanada de aire duele. Pero no es por eso que me arden los ojos.

Verlo así es un hacha en mi esternón. Mis costillas están partidas. Corazón rezumando. ¿Me escuchó cuando dije que lo sentía? ¿Sabía por qué me estaba disculpando? ¿Me escuchó intentar contarle de mi amor? ¿Él entendió?

No te vayas, mi corazón suplica a cada latido, no te vayas. Nos queda mucho más. Todavía estamos en progreso, seguimos trabajando, luchando, aprendiendo… superándonos… No te vayas, Ruvan.

El viento y la nieve me devuelven a la realidad.

Lavenzia apoya una mano en mi hombro. “¿Quieres ayuda para cruzar?”

Lucho contra el impulso de decirle que no. Ahora no es el momento de estar orgulloso. Ahora no es el momento de intentar demostrarme a mí mismo o a cualquier otra persona que puedo cruzar este rayo de hielo por mi cuenta. Lo hice antes. Lo único que importa ahora es Ruvan.

"Por favor", digo.

Se arrodilla frente a mí y dobla los brazos. Como un niño, salto sobre su espalda, con los brazos sobre sus hombros y agarrándome los codos. Lavenzia se levanta y se balancea ligeramente.

"¿Soy demasiado pesado?" Sé que no soy una mujer ligera.

"Estaré bien; No fue precisamente que me maltrataran allí. Lavenzia mira por encima del hombro. “Pero si me caigo, salta de mí. Concéntrate en salvarte a ti mismo”.

"No te caigas", digo inexpresivamente.

"Ciertamente intentaré no hacerlo". Lavenzia se acerca corriendo con la misma gracia que siempre he visto en ella. Reafirma mi decisión de contar con su ayuda.

El hecho de que pueda hacer algo solo no significa que sea la mejor manera. Incluso el mayor señor vampiro necesita un pacto. Incluso el cazador más fuerte necesita hermanos y hermanas de armas.

Todavía me queda mucho por aprender de ti... No te vayas.

Estamos de vuelta en el castillo. Salto de la espalda de Lavenzia y corro hacia adelante. Ventos ya está bajando las escaleras, con Ruvan todavía en su poder. Están fuera de mi vista. No soporto tener a Ruvan donde no puedo verlo. Como cualquier segundo y desaparecerá de mi vida para siempre.

Me detengo patinando en el salón de la tradición sangrienta.

Ruvan ha sido colocado encima del altar debajo de la estatua de Solos. No se ve a Ventos por ningún lado, aunque escucho un clamor proveniente de las escaleras que conducen al salón principal que ocupamos. Debió haber ido a buscar a Quinn y Callos.

Tomo la mano de Ruvan suavemente. “Callos te va a ayudar, sabrá cómo hacerlo funcionar”, susurro. "Tú mismo lo dijiste, Callos es una de las mentes más brillantes del mundo en lo que respecta a la tradición de la sangre".

No estoy hablando por el bien de Ruvan en este momento. Sé que está demasiado ido para escucharme. Estoy tratando de tranquilizarme. Como si pudiera, sólo con palabras, alejar la realidad que se derrumba a mi alrededor.

Ruvan se ve peor que en la noche de la Luna de Sangre. Su piel es dura, sus dedos huesudos. Siempre han sido largos, pero ahora lo parecen. Puse mi mano sobre la suya, tratando de recordar cuán grande era anoche. ¿Es más grande? ¿Ya le están creciendo garras como los Lost? ¿Cuánto falta para que una de las personas más leales a él le atraviese el pecho con un cuchillo?

Winny y Lavenzia me flanquean. Miran solemnemente. Yo trago. Mi costado ya se está recuperando. La magia vampírica que compartimos puede curarme a mí, pero no a él.

"Toma mi magia", murmuro. “Retíralo, quítamelo, dáselo”.

"Desafortunadamente, eso no ayudará al avance de la maldición". La voz de Callos atraviesa la habitación y resuena en el techo alto. Sus pasos son rápidos de seguir. Quinn está detrás con una caja que suena suavemente; sospecho que el elixir en el que estaba trabajando. Callos se detiene ante el altar. No pide viales de sangre. Él no se mueve. Él simplemente mira.

Su quietud me provoca movimiento. Mis manos vuelan hacia su cuello. Las manos de Winny están sobre mis hombros. No me muevo mientras ella intenta alejarme.

“Dale el elixir”. Exijo con una sacudida.

"No creo que eso sea suficiente". Callos me responde pero sus ojos

todavía están en Ruvan. "No esta vez."

"Mi sangre, entonces". Libero a Callos y me alejo. Voy a buscar mi daga mágica y me doy cuenta de que estaba en el suelo de la habitación. Está bien, era un arma para matar... para tomar. Dudo que ayude a Ruvan ahora. Tal vez fue porque me corté para convocar a Loretta que Ruvan está en esta posición. Las cosas que fabrico traen la muerte. No hago nada que salve una vida. Saco una daga del cinturón de Winny y me corto el antebrazo. "Tómalo."

"No va a ser suficiente". Callos niega con la cabeza.

"Soy su juramento de sangre, por supuesto que es suficiente".

Callos simplemente me mira con ojos tristes y brillantes. Él niega lentamente con la cabeza.

"Entonces, el elixir del cazador y mi sangre juntos".

"Luchó contra un Lost", dice Callos en voz baja. "Es un milagro que alguno de ustedes haya salido vivo de allí". Vuelve a mirar a Ruvan. "Se esforzó demasiado. La maldición ha avanzado demasiado; lo reclamará en cualquier momento".

"No dejaré que ninguno de ustedes lo toque". Mi voz se eleva con emoción. Ninguno de ellos se mueve mientras estoy cerca del altar, desarmado pero listo para luchar por el hombre detrás de mí.

"¿Y qué crees que puedes hacer para detener esto?" Ventos ladra. "¿Qué crees que puedes hacer como humano que generaciones de vampiros no pudieron?"

Generaciones. Pienso en la academia y en los cientos de vampiros que aún duermen. Emitiendo una luz teñida de rojo antinatural, del mismo tono que mi daga, como la Luna de Sangre, como todo lo que he llegado a asociar con el poder cuando se trata del vampiro. Es la única idea que tuve, aunque esperaba que algo más funcionara, ya que sé que lo que voy a sugerir es una posibilidad remota.

"¿Podemos ponerlo a dormir?" Yo susurro.

"¿Dormir?" repite Quinn.

"No querrás decir..." Lavenzia abandona el pensamiento en estado de shock.

Me concentro sólo en Callos. "La estasis frena la maldición. ¿Crees que funcionaría ahora?

"Por supuesto que no funcionará". Ventos siempre es el primero en derribarme. Siempre el pesimista. "Cuando entramos en la larga noche, era parte de un gran ritual del que no éramos líderes. Y usamos nuestra propia magia, nuestra propia sangre vital, para encerrarnos. No puedes realizar ese tipo de ritual con otra persona".

“Fue un gran ritual porque encerraban a muchos a la vez. Éste es sólo un hombre, tenemos suficiente fuerza entre nosotros”, insisto. “Y su sangre vital… la sustituiré por la mía. Después de todo, soy su juramento de sangre, nuestras vidas están entrelazadas. Seré su apoderado”.

"¿Funcionaría eso?" Winny le pregunta a Callos. Se acaricia la barbilla.

"No somos los grandes eruditos que vivieron en la academia y estudiaron con los alumnos originales de Jontún", se queja Ventos.

"Habla por ti mismo." Callos mira por encima del hombro a Ventos y le lanza a su compañero una mirada penetrante. “Esta es exactamente la razón por la que la academia me eligió para despertarme tan tarde. Sabían que las protecciones de nuestro pueblo podrían estar empezando a flaquear. Me eligieron para inspeccionar el estado de la larga noche y fortalecerla según fuera necesario. Me dieron una idea del ritual, de arriba a abajo”.

“¿Entonces crees que podemos hacerlo?” Pregunto, tratando de no dejar que la esperanza se me adelante demasiado.

Callos me mira a los ojos. Hay un fuego en él que nunca antes había visto. He trabajado con Callos durante semanas en la herrería y no vi nada parecido. Estos son los ojos de un hombre que está a la altura del desafío. A la altura del momento.

“Creo que deberíamos intentarlo. Y si queremos tener alguna posibilidad de éxito, debemos actuar con rapidez”. Él toma la iniciativa y comienza a ladrar órdenes. “Lavenzia, llena de agua el cáliz de plata. Winny, Quinn, ustedes dos comiencen a preparar una colecta en el cáliz dorado. Tan pronto como lo tengas a mano, Winny, necesito que vayas a mi habitación y recojas el sudario carmesí en el que he estado trabajando. Ventos, obtén la mayor cantidad de elixir que puedas de él, no queremos que diluya las cosas”.

“¿Sudario carmesí? ¿Te has estado preparando para esto? Winny ve a través de Callos. Después de todo, ella lo conoce mejor que el resto de nosotros.

“Digamos que el humano piensa mucho más como un vampiro de lo que creemos. Es tan ingeniosa como nuestros antepasados”. Callos me asiente respetuosamente. Uno vuelvo. “Sabía que uno de nosotros iba a quedar atrapado por la maldición, tarde o temprano. Estaba pensando que no estaría de más intentarlo”.

¿Qué más tenemos que perder? Casi puedo oírlo decir. Vuelvo a mirar a Ruvan; apenas respira ahora. No se parece en nada al hombre

que conocí. El hombre que yo... trato de mantener mi atención en el presente.

Nos movemos como soldados, como sanadores, como desesperación.

Cada una de las órdenes de Callos se sigue al pie de la letra. Hago todo lo que me dice y, aun así, no se me ocurre ni una sola orden después del hecho. Mi cuerpo se mueve pero mi mente está lejos. Es dondequiera que haya ido Ruvan, buscándolo.

El vínculo que compartimos sigue... tan horriblemente quieto. Todo se detuvo para mí en el momento en que se desplomó.

Ventos limpia diligentemente el elixir del antiguo castillo del cuerpo de Ruvan. Winny coloca un sudario sobre él, hasta la barbilla. En él hay un marcador familiar, uno que he visto muchas veces. Es el mismo símbolo que estaba en la puerta plateada en lo profundo del antiguo castillo.

“¿Qué símbolo es este?” Le pregunto a Winny mientras los demás continúan preparándose.

"El símbolo de Solos".

Señalo el libro que sostiene la estatua, lo que sólo puedo asumir es el primer tomo sobre la historia de la sangre. "Es diferente a ese".

"Esa es la marca de la tradición de sangre".

La marca de Loretta, creo, pero no lo digo. Nuestra atención debe centrarse en Ruvan ahora mismo.

"¿Están todos listos?" Callos pregunta, interrumpiendo mis pensamientos.

"¿Qué necesito hacer?" Pregunto.

“Lo que has estado haciendo”, me dice. "Exactamente como digo." Callos sostiene el cáliz de plata en alto sobre Ruvan. “Sangre de reyes antiguos, pura como la luz de la luna, buscamos fortalecer, buscamos fortalecer”. Inclina el cáliz y vierte el agua sobre Ruvan.

Como un arma caliente sumergida, el agua silba, burbujea y se evapora. Me lanzo hacia adelante.

Ventos me agarra. "No."

"Le está haciendo daño". La piel de Ruvan está carbonizada en algunas zonas. El sudario sigue humeando.

“Es purificador”, dice Ventos con lo que suena casi como una nota de simpatía. Él sabe que no fui testigo del primer gran sueño. Me pregunto si ve sombras de sí mismo en mí, viendo cómo su juramentada de sangre se encierra. "Si muere por esto, no sobrevivirá al resto".

Agarro mi camisa sobre mi corazón. Fuerzo mi respiración a disminuir. En algún lugar, Ruvan todavía está ahí. Si mi corazón late, el suyo también. Debo estar tranquila y firme para él. Debo estar estable.

Callos le pasa el cáliz de plata a Quinn con su mano izquierda. Extiende su derecho para quitarle el cáliz dorado a Winny. “Sangre de los guardianes, sangre del pacto, sangre de aquellos que velarán durante la larga noche”, entona mientras da vueltas alrededor del altar, derramando la sangre en un círculo alrededor de Ruvan.

Los otros cuatro se abren en abanico a mi alrededor, colocándose en cada uno de los puntos del altar. Callos sigue en su centro; me hace un gesto. Habla en voz baja, sólo para que yo lo escuche, no para el ritual.

“La sangre es un pergamino y la vida una pluma. Todo lo que hacemos, todo lo que somos, seremos y podríamos ser, está escrito en nosotros con nuestra sangre. Cuando os convertisteis en su juramento de sangre, ambos quedasteis irrevocablemente marcados. Os entrelazasteis. Encuentra la parte de él que vive en ti. Sé un recipiente para él en este momento”. Callos me mira a los ojos. “Sálvalo”.

“¿Pero qué hago?” pregunto frenéticamente.

"Tu sabrás." Callos sonríe con tristeza. “Todos nos encerramos. El ritual empezó con los demás, pero fuimos nosotros quienes lo terminamos, y fue diferente para cada uno. No puedo decirte qué hacer y no puedo hacerlo por ti”. Se acerca al altar frente a mí.

Todos colocan sus dedos ligeramente sobre el anillo de sangre alrededor de Ruvan. Cierran los ojos al unísono y la magia llena el aire. Chispea como un relámpago rojo sobre la sangre, elevándose como brasas.

Lo miro estupefacto. Tienes que hacer esto, Floriane. Todavía tienes mucho que decirle. Puede que no sea mi para siempre, pero quiero tener la oportunidad de descubrirlo.

Cierro los ojos e inhalo profundamente. Pienso en él. Pienso en sus manos sobre mi cuerpo. Pienso en el momento en que nos convertimos en Juramentos de Sangre, la sensación de su magia (todo lo que él es, fue y sería) corriendo a través de mí.

Tómalo, quiero decir. Tómalo todo. Te lo devuelvo si eso significa que te salvaré.

Manos invisibles se deslizan desde mis hombros hasta mis brazos. Se me pone la piel de gallina. Me estremezco. Inspiro. Mis ojos se abren.

Superpuesto al presente está el pasado. Retratos del vampiro, reunidos en la gran caverna debajo de la academia, pasan ante mis ojos. Los veo como si fuera Ruvan. Siento sus nervios, su miedo, su anticipación.

A través de esos ojos suyos, hace mucho tiempo, veo al vampiro que estaba en círculo en el centro de todo. Los primeros guardianes. Aquellos que pasaron la larga noche y se despidieron de todos los que alguna vez amaron.

Adiós, le susurra al mundo que dejó atrás.

"Adiós", le digo. Por ahora.

Magia, sangre, vida y poder toman forma. Es un comando simple, pero claro. Guárdame del mundo; que no haya otra marca en mi sangre, en la de él. No hay lugar para la maldición. Sólo él y yo.

Extiendo mis manos y abro lentamente los ojos.

Hilos carmesí se desprenden de mis antebrazos, manos y dedos. Envuelven a Ruvan. El resplandor del pacto los fija en su lugar. Los cristales comienzan a formarse como hielo en el costado de un cubo de agua, olvidado fuera de la herrería. El rubí cubre su cuerpo, cada vez más espeso.

Cuando el carrete de magia se agota dentro de mí, me desplomo ante lo que parece un ataúd de cristal rojo. Ruvan ha vuelto a ser perfecto una vez más, la maldición a raya, mantenido en un estasis dormida en su interior.

CAPITULO 42



Nadie se mueve.

Estamos todos asombrados. Animación suspendida. Tan congelado en el lugar como Ruvan.

Funcionó. Es un pensamiento que todos compartimos. Puedo sentirlo en la magia que todavía flota en el aire, brillando como luciérnagas alrededor de la piedra vidriosa de lo que parece un ataúd de rubí que encierra a Ruvan. Puedo verlo escrito en sus caras. Ventos es el más sorprendido; su boca cuelga completamente abierta. También es el primero en intentar hablar y termina lloriqueando.

Callos pasa sus manos por el suave rubí. Verlo tocarlo me hace ponerme de pie. Nadie me detiene cuando me acerco. Mis manos se ciernen sobre la tumba de piedra de Ruvan, temblando ligeramente. Las yemas de mis dedos se encuentran con el cristal que brilla débilmente.

No... En realidad, no es del todo cristal. No es piedra, ni vidrio, metal ni ninguna otra sustancia que haya encontrado antes. Mis dedos se hunden ligeramente en la magia. La neblina que rodea a Ruvan es casi como gelatina. Después de un punto encuentro firmeza. Es suave, casi sedoso. La magia es cálida y acogedora, como el calor radiante de una fragua en invierno. Pero no me permitirá pasar más lejos. No puedo tocar a Ruvan.

"¿Funcionó?" Yo susurro. Parece que sí, pero no soy un experto en magia y quiero estar seguro. Tengo que oír que está bien o no lo creeré.

“Así fue”, dice Callos. “El sello es sólido. El color es correcto y la

magia es fuerte”. Una leve sonrisa adorna sus labios. “Sólo míralo”.

Sí. Se ve exactamente igual que antes de la maldición. Se ve mejor. “Si lo liberamos…”

"La maldición volverá con toda su fuerza". Callos se da cuenta de mi pregunta mal formulada. “Esta estasis preserva las cosas como deberían ser, no necesariamente como son. Como un espejo, es una ventana a la verdadera naturaleza de una persona, libre de enfermedades o maldiciones. Pero no es real; No refleja el verdadero estado de su ser físico o mágico, sólo lo que hay en su alma”.

Un vistazo al alma. Mi pecho se aprieta. Se ve mucho más perfecto de lo que lo he visto jamás. No puedo decir si realmente es diferente o si simplemente estoy tan aliviada de ver su piel con su palidez habitual, su cabello helado, su suave frente relajada.

Nunca lo había visto tan pacífico. Mis dedos se extendieron a través de la barrera. Quiero verlo así de pacífico, una y otra vez. Quiero darle un mundo donde esta sea su realidad, por dentro y por fuera. Donde puedo llegar a conocerlo como debe ser.

Aunque es algo que quiero darle, lo quiero para mí. Sí, quiero proteger a mi familia, a mi hermano, Hunter's Hamlet. Quiero ayudar a mis amigos de este lado del Velo. Pero todos esos son deseos de otros.

Ruvan es la primera cosa (persona) que alguna vez quise para mí.

Su gente dirá que no debería tenerlo. Ya lo han dicho. Si puedo demostrar que su pacto es incorrecto, si puedo ganármelos, entonces podría ganarme al resto del vampiro si así lo deseo. Y tal vez no elija. Nunca me ha importado mucho lo que los demás pensaran de mí. Incluso cuando tenían control sobre mi vida, no me importaba cuál fuera su opinión sobre mí.

Soy yo quien sostiene el martillo y sigue adelante.

Mis manos se cierran en puños. Sigo mirando su rostro perfecto. No sé lo que nos depara el futuro, ni siquiera lo que nos puede deparar, pero tengo la intención de descubrirlo. Ninguna maldición me detendrá.

"Deberíamos ponernos a trabajar", anuncio.

"¿Trabajar?" Winny inclina la cabeza hacia un lado. "¿Qué se supone que hagamos?"

“Lo que ya estábamos planeando hacer: acabar con la maldición”.

"Hay reglas", comienza Quinn con incertidumbre. “Siempre debe haber un señor o dama vampiro para guiar el pacto y la protección del pueblo. No se nos permite hacer nada sin uno”.

"Nuestro señor está aquí". Le hago un gesto a Ruvan.

Quinn cruza las manos ante él. “No creo que esa sea la intención de las reglas que el consejo de señores y damas estableció antes de la larga noche”.

Mis labios se presionan en una sonrisa firme. "Quinn, me estás confundiendo con alguien a quien le importa el consejo de lores y damas y lo que dijeron hace tres mil años".

“Para nosotros, ese consejo fue hace apenas un año”, dice Ventos.

"Entiendo. Pero eso no cambia el paso real del tiempo”. Me enderezo, tratando de tener la misma presencia que siempre tenía Ruvan. Su magia y esencia están dentro de mí, no hay razón por la que no pueda hacerlo. Pude hacerlo cuando Drew estuvo aquí. “Puede que a todos ustedes les parezca que sucedió hace tan poco tiempo. Pero esa no es la verdad. Esa gente lleva mucho tiempo muerta. Hónralos, pero no te ates ni a ti ni al presente al pasado a costa de seguir adelante”.

“Si no tenemos un señor o una señora que nos guíe, ¿cómo se supone que vamos a saber qué hacer?” Lavenzia se cruza de brazos.

“Todos ustedes son inteligentes y capaces; He visto cuánta libertad te dio Ruvan. Nunca estuvo interesado en dictar cada una de tus acciones y nunca lo hizo. No necesitas que él ni ningún señor o dama te diga que hagas lo correcto”.

“El próximo líder que despierte se enojará por esto. Puede que no estemos exentos del castigo”, murmura Quinn.

"¿Qué van a hacer? ¿Mátanos? Todos estamos muriendo de todos modos, ¿es eso una amenaza real? Me sorprende que sea Callos quien señale esa cruda verdad. Pero siempre fue pragmático, siempre centrado en la realidad que tenía ante él. “Si tenemos la oportunidad de poner fin a la maldición, tenemos la obligación de intentarlo. Podría llevar semanas informar a otro señor o dama y convencerlos de nuestros planes”.

Le doy un asiento a Callos y miro a Quinn. "Y si despiertas a otro líder, no será amigable conmigo".

“No sabes…”

"Tienes razón, no lo sé", interrumpo su protesta. “Pero piénsalo. En el mejor de los casos me enviarán de regreso al Mundo Natural. En el peor de los casos me van a matar. Y cuando lo hacen, Ruvan está muerto. No estaré presente para ayudar a alimentar con magia esta barrera que lo mantiene en estasis”.

Incluso ahora puedo sentir que mi energía se está agotando. Quinn

no dice nada y Callos tampoco pone objeciones a mi evaluación. Utilizo su silencio como una oportunidad para estar a la altura de las circunstancias.

“Danos un mes”, le suplico directamente a Quinn, a todos ellos. “Dense un mes más para terminar esto. Tenemos la pista sobre el Hombre Cuervo. Tenemos un plan. Si lo logramos, la maldición se romperá y Ruvan será el rey. Vuelve el ritmo. Si eso sucede, estoy seguro de que no importará lo que los demás señores y damas puedan pensar de nuestros métodos: ustedes serán sus salvadores y su rey estará de su lado. Hemos llegado hasta aquí, sé que podemos hacerlo. Y, si fallamos en nuestra misión, Quinn, serás tú quien se quede a salvo aquí en el castillo. En un mes, podrás despertar al próximo señor o dama. El ciclo comenzará de nuevo”.

Pero no fallaremos. Eso es lo que no digo. No voy a aceptar el fracaso, no cuando estamos tan cerca y hay tanto en juego. Miro a cada uno de ellos. El conflicto está escrito en sus rostros, todos menos el de Callos.

“Sabes cuál es mi posición”, dice. “Quiero poner fin a esto y creo que Floriane tiene razón. Creo que podemos."

“Si Callos cree que podemos hacerlo, yo también”, dice Winny.

"No veo cómo podría doler un mes". Los brazos de Lavenzia caen a sus costados. "Con Quinn como nuestro respaldo, si algo nos sucede en esta misión final, el vampiro seguirá estando protegido".

Ventos tiene tanta expresión como el muro de piedra detrás de él. Tiene el ceño fruncido, los brazos cruzados y los músculos abultados por la tensión. Sacude la cabeza y mira a Quinn con tono de disculpa.

"Se supone que eres tú quien tiene el mejor sentido común". Quinn le suspira a Ventos. "¿No se supone que eres un guardia del castillo que sigue órdenes por encima de todo?"

"Soy. Pero no soy tonto. Creo que esta es la mejor manera de proteger este castillo, nuestra gente y…” La mirada de Ventos se suaviza; Él nos mira a todos. "Y si tengo una oportunidad para Julia, de darle el mundo que se merece, le debo a ella aprovechar esa oportunidad".

Quinn se resigna. "Muy bien. Un mes. Iré a la academia y me quedaré allí. Pondré barricadas en las puertas, en caso de que las cosas salgan realmente mal y el Hombre Cuervo pueda venir por nosotros”.

"No lo ha hecho hasta ahora", dice Winny esperanzada.

"Pero sigue siendo una idea inteligente", digo asintiendo con la cabeza hacia Quinn. Pienso en mi visión de Loretta. Todavía hay un

camino de entrada y salida del territorio vampírico que desconocemos. Uno que voy a encontrar. Y si puedo encontrarlo, entonces es posible que el Hombre Cuervo, Tersius, también lo haga.

"Muy bien." Todos miramos mientras Quinn se marcha.

“Creo que se recuperará”, dice Callos. "Sospecho que ver a Ruvan tan cerca de sucumbir por completo a la maldición lo ha sacudido hasta lo más profundo".

"Es difícil cuando los cimientos de tu mundo, las personas que actúan como sus piedras angulares, se ven amenazados". Yo debería saber. Todos lo harán, con el tiempo. "Eso hará que todo sea mucho mejor cuando Ruvan regrese como rey". Miro a cada uno de ellos, todavía rodeando al señor vampiro. El pacto del que ahora formo parte, y de alguna manera, a pesar de todas las probabilidades, parece

ahora sé el líder de. "Está bien, pongámonos a trabajar".

Nos encontramos ante la escalera que conduce a las profundidades del antiguo castillo.

"¿Seguro que quieres hacer esto?" Pregunta Ventos.

"Hay una manera de salir del castillo, una manera más sencilla que la niebla atravesando el Velo", insisto. “Si lo encontramos, entonces no tendremos que esperar hasta la luna llena para atacar al Hombre Cuervo. Podemos pillarle desprevenido. Además, si damos un paso brusco estaremos exhaustos cuando regresemos al Mundo Natural. Necesitaremos todas nuestras fuerzas para combatirlo, por lo que esta también podría ser una mejor alternativa”.

Sé que mi razonamiento es sólido y que este es el curso de acción correcto. Por eso ninguno de ellos discute conmigo. Pero todavía dudo. Todavía estoy de pie en lo alto de las escaleras mirando hacia la oscuridad de la que acabo de salir hace apenas unas horas, que reclamaba a Ruvan.

Estoy haciendo esto por él, por mí y por todos nosotros. Aprieto los puños para evitar que me tiemblen las manos y empiezo a bajar las escaleras. Winny, Lavenzia y Ventos están detrás de mí. Hasta Callos vino. Se colocó a mi lado, rodeado por los otros combatientes.

"Si encontramos otro Perdido, no hay manera de que lo derribemos", murmura Ventos.

“¿Estás cada día más alegre o es sólo mi imaginación?” Winny

murmura con una mirada furiosa en su dirección.

"Estoy siendo realista".

“Siempre has sido un poco pesimista, pero últimamente estás peor de lo normal”, interviene Lavenzia.

Cualquiera sea el motivo, Ventos siempre parece tomarla más en serio. "Últimamente no hemos tenido muchas cosas a nuestro favor".

“Piensa en toda la información que trajiste del taller”, dice Callos. "Hemos avanzado mucho en nuestra comprensión de la tradición sanguínea".

"Ahora conocerás el camino al taller y será otro lugar que aseguraremos y nunca te volveré a ver". Winny parece un poco perturbada por cuánto tiempo ha pasado Callos con los registros y la experimentación.

“Fuera de los registros, sí tenemos un humano. Esto es ciertamente algo que ningún otro pacto ha tenido y ha funcionado bastante bien”, señala Lavenzia.

"Luna pálida arriba, los vampiros nunca podrán olvidar la vergüenza de un ser humano que causó la ruptura de la maldición", se queja Ventos, aunque hay una nota sarcástica que nunca antes había estado allí.

"Estoy aquí, ¿sabes?" Miro a Ventos. Tiene la audacia de sonreír. Pongo los ojos en blanco. "Además, si es un humano el que hizo la maldición, entonces debería ser un humano el que la rompa".

"Tiene un punto."

"Por supuesto que sí, ahora deberíamos concentrarnos". Estamos de nuevo ante la escalera que conduce a la sala de las barricas. Puedo oler el elixir flotando desde las profundidades. Me preparo.

Los restos de la pelea están por todas partes, en la sangre del suelo, en los estantes astillados y en los barriles. Miro fijamente el lugar donde cayó Ruvan. Esperaba que me golpeara más fuerte, que me sorprendiera y me adormeciera de la misma manera que lo hizo regresar a Hunter's Hamlet. Quizás esta herida sea demasiado reciente; Todavía no sé todas las formas en que ha dañado mi psique. O tal vez no estoy cayendo en el vacío de la desesperación porque sé que él todavía tiene una oportunidad mientras yo pueda seguir presionando.

Cruzo hacia donde dejé caer mi daga. Ahora que Ruvan está en estasis, me pregunto si usarlo no le hará daño. Pero puede que no sea un riesgo que esté dispuesto a correr: extraer nuestro poder podría romper la barrera que lo protege al desviar mi magia.

"Sangre vieja y orquídeas", susurra Callos, arrodillado junto a los

Perdidos.

"Monstruo desagradable, ¿no?" Ventos refunfuña.

"No. Sí. Sí lo es. Pero eso no es…" Callos alcanza suavemente el cuello del Perdido, agarrando una fina cadena de plata que no había notado en el caos anterior.

"¿Qué es?" Pregunta Winny, arrodillándose a su lado. Callos no dice nada, gira un pequeño colgante deslustrado entre sus manos y se quita la suciedad y la sangre con el pulgar. "¿Callos?"

"Jontún".

"¿Qué?" Lavenzia da un paso adelante.

"Es... él es Jontún". Callos levanta la vista lentamente. "Este era el colgante del archivero del rey. Ellos modelaron los de la academia a partir de él".

"Tenemos que profundizar más", declaro, envainando la daga en mi muslo. Este descubrimiento sólo respalda mis teorías anteriores sobre estos pasillos.

"Te llevaré al estudio que encontramos". Winny le ofrece una mano a Callos. Él lo acepta asintiendo. Ella mira al resto de nosotros. "Nos reuniremos contigo más tarde".

"Estén en guardia", dice Ventos, y nos separamos.

Al fondo de la habitación hay otra escalera. Por Ventos, Lavenzia y yo vamos, descendiendo más, más lejos que nunca antes. Es como si camináramos hacia el mismo centro de la Tierra.

Con el tiempo, el descenso en pendiente se vuelve menos extremo, antes de nivelarse por completo. Caminamos durante lo que parece una cantidad de tiempo interminable a través de un túnel toscamente excavado en lo profundo de la tierra. Nuestros oídos se tapan y las paredes se empapan de agua, que se filtra de fuentes desconocidas. El agua es tan profunda en algunas zonas que estamos vadeando. Pero seguimos.

Lo bueno del túnel es que es imposible sufrir una emboscada. Gracias a eso, hacemos buen tiempo.

Llegamos a una sección del pasaje que está tan llena de sombras como la tinta que nuestros ojos no pueden ver a través de ella. Me detengo, con Lavenzia a mi lado. Ventos ocupa la retaguardia.

"¿Es lo que creo que es?" Sólo he conocido esta oscuridad rizada a través de los pasos de la niebla.

"Es el Fade, de eso no hay duda", dice Lavenzia. "Exploraré más adelante".

"Ten cuidado", digo.

Ella sonríe. “Te das cuenta de lo divertida que es esa petición, ¿verdad? ¿Considerando que nada de lo que estamos haciendo es cuidadoso en este momento?

"Haz tu mejor esfuerzo." Le devuelvo la sonrisa.

Lavenzia se adelanta. Ventos y yo esperamos con gran expectación su regreso. Parece que lleva una eternidad. Y, sin embargo, sé que fueron sólo unos momentos.

"Es un tiro directo", dice a cambio. “No hay maniobras difíciles de la barrera. No estoy seguro de cómo lo hizo quien creó esto, pero definitivamente encontraron un punto débil en el Velo y lo explotaron”.

O hicieron uno ellos mismos. Pienso en Loretta y su poder sobre la tradición de la sangre mientras entro en el Velo con ellos. Los muros de piedra desaparecen, aunque todavía puedo sentirlos a ambos lados, la atmósfera espesa y pesada. Es casi como intentar respirar bajo el agua. Sigo adelante. Y de repente estamos del otro lado.

El túnel desciende hacia arriba y termina en una plataforma en Fade Marshes.

“Bueno, creo que vale la pena este descubrimiento por sí solo y no despertar inmediatamente a otro señor o dama”, dice Lavenzia.

Miro hacia los pantanos, recordando una vez más que le estoy dando al vampiro conocimiento de mi mundo, mi hogar, caminos más fáciles de entrar y salir. Si fallo, Hunter's Hamlet ciertamente estará condenado por mi culpa. No importa qué notas queden para el próximo señor o dama, especialmente con Ruvan incapacitado.

"Vamos", digo, comenzando hacia adelante. Ninguno de los dos se mueve. "Quiero mostrarles la arena en la que nos enfrentaremos al Hombre Cuervo".

Ventos inclina su cabeza hacia el cielo. “La luna no está llena en este momento, ni siquiera ha salido. No somos tan fuertes. Deberíamos regresar”.

“Eres lo suficientemente fuerte, no hay cazadores a esta hora del día. Ahora es el mejor momento para partir”. Intercambian miradas inseguras. “Créanme, no habrá cazadores; No te he desviado todavía, ¿verdad? Me pregunto si así era como se sentía Ruvan cuando yo dudaba constantemente de él. Algo más por lo que necesito disculparme cuando despierte.

Esta vez, cuando me muevo, me siguen.

Me dejo llevar por el instinto a través de los pantanos. Un árbol fantasmal no significa para mí más que cualquier otro. Pero todavía

siento una atracción por las ruinas en las que luché contra Ruvan por primera vez. Llegué a pensar que era el elixir que había en mí la noche de la Luna de Sangre. Podía sentir los grandes poderes de Ruvan como señor vampiro. Ahora mi mente lógica desea pensar que es mi conexión con mi gemelo lo que me atrae a este lugar.

Después de todo, la sangre es un marcador. En él están escritos la historia, el tiempo y la experiencia.

La niebla se disipa y nos encontramos en las ruinas de una antigua torre. Drew ha construido una choza improvisada con los suministros que Lavenzia le trajo. Está hecho un ovillo, pero su cabeza se levanta bruscamente en el momento en que nos escucha.

“¡Qué… Flor!” Se pone de pie de un salto y corre hacia mí. Lo rodeo con mis brazos con fuerza. "No te esperaba en semanas".

"Los planes han cambiado". Me separo, sosteniéndome de sus hombros. "Vamos a atacar al Hombre Cuervo, Tersius, dentro de una semana".

"¿Una semana?" dice Lavenzia, sorprendida. “Entonces será luna nueva; nuestros poderes estarán en su punto más débil”.

"Exactamente."

“¿Tersio?” Drew me hace eco. “¿El Hombre Cuervo es el primer cazador? ¿Realmente?"

Asiento con la cabeza. "Todavía estoy reconstruyendo la historia exacta, pero estoy bastante seguro de que así es". Acudo a mi pacto. “Cuando tus poderes estén en su punto más débil, los de él también lo estarán. Pero está bien, tendremos la preparación, los números y la sorpresa de nuestro lado. Tendremos el elixir del cazador para fortalecerlos a todos, algo que con suerte no se le ocurrirá tomar. A Drew y a mí la luna no nos afectará en absoluto. Entonces atacar será nuestra mejor oportunidad”.

Todos intercambian una mirada. Ventos es quien finalmente habla. “Entonces será una semana”.

"Bien. Porque vamos a necesitar cada hora a partir de ahora para preparar nuestra trampa”.

CAPITULO 43



Casi no duermo ahora. Es un cambio que viene ocurriendo desde hace algún tiempo y que noté hace semanas. Pero nunca ha sido más evidente que en estos últimos días previos a nuestra trampa. Puede que no sea completamente un vampiro, pero tampoco soy completamente humano.

Algunas noches, mientras estoy despierto y trabajando en la herrería, intento desenredar mis sentimientos al respecto. Al principio, creo que debería estar más molesto por la idea de ya no ser tan humano como antes, como si fuera una traición a todo lo que alguna vez conocí para convertirme en algo diferente, para volverme como ellos. Pero luego me doy cuenta de que son sólo los ancianos de Hunter's Hamlet y su condicionamiento hablando a través de mí. Las mismas personas que me enseñaron a odiar ciegamente y seguir el camino que me marcaron.

Los cazadores han estado utilizando la tradición de la sangre durante generaciones; Es parte de nosotros tanto como parte del vampiro. Soy sólo una progresión y extensión de esa larga historia. Una historia que gana más contexto cada día.

Callos y yo pasamos horas revisando las notas antiguas. Ante mi insistencia, prioriza el estudio de las letras. Por supuesto, queda completamente sorprendido cuando descubre la conexión entre Loretta y King Solos. Intencionalmente no se lo dije. Después de cómo Ruvan manejó mis sospechas, supe que era mejor para Callos llegar a esa conclusión por su cuenta. Entonces el descubrimiento viene desde dentro del vampiro. Déjele manejar la conmoción y la incredulidad que sin duda sobrevendrán. De todos modos, a él le resultará más fácil

convencer a los demás que a mí.

No hay mucha información sobre quién era Loretta. Por lo que sabemos, apareció en la vida del Rey Solos poco después de la última Luna de Sangre antes de la creación del Velo. Pero esto no prueba que sea humana, dado que los festivales durante las Lunas de Sangre en Tempost supuestamente eran mundialmente reconocidos y atraían a asistentes de todo el mundo conocido en ese momento.

Si bien todavía hay lagunas sobre quién era la mujer, sus registros contienen una gran cantidad de información útil sobre la historia de la sangre que nos dará la fuerza para enfrentarnos y eliminar a Tersius y su maldición. También hay más información sobre la plata con sangre entre las notas. Respalda nuestras teorías anteriores y los escritos públicos de Jontún.

"El herrero iba a fabricar cientos de estas dagas de plata y sangre para recolectar la sangre de aquellos que vinieron a Tempost para que les dijeran su futuro". Callos está garabateando mientras yo martilleo, y continúa trabajando en armas y armaduras para nuestro asalto final a Tersius. “La gente vendría y ofrecería su sangre al vampiro. Les pincharían los dedos con dagas, y las dagas almacenarían el poder para ser liberado más tarde cuando el vampiro lo necesitara. Dado que la sangre donada gratuitamente es más poderosa que la sangre robada, sería lo suficientemente potente”.

“Si a Tempost vinieran tantas personas como usted dice para los festivales, no faltaría sangre donada”, estoy de acuerdo.

"Aún no sé cómo planearon sacar la magia almacenada de la espada más tarde". Se levanta y se acerca a la ventana, mirando a Tempost. “Pero es una solución elegante. La gente ofreció su sangre libremente, el vampiro obtuvo su poder y la gente aún recibió sus ideas sobre el futuro”.

"Algo todavía no me sienta bien". Hago una pausa para secarme la frente. "Si la tradición de la sangre se trata de sangre que se da libremente, entonces no tiene sentido que Solos haya creado magia basándose en sangre voluntaria al experimentar con personas que mantuvo cautivas". A veces es difícil no contarle cosas abiertamente a Callos. Pero él tiene que sacar sus propias conclusiones, me repito continuamente.

Callos tararea. “Yo siempre me lo había preguntado. En verdad, asumí que era la peor y más fea parte de su proceso la que lo llevó al descubrimiento de la verdadera tradición de la sangre”.

"¿A menos que no haya atrapado a los humanos?" Sugiero,

mirando en su dirección.

“¿Crees que los humanos ayudaron voluntariamente?” Él limpia sus gafas.

“Tendría más sentido”, me atrevo a decir. "Loretta ya es una asistente que no conocíamos". Y era un humano, quiero gritar.

Callos regresa a sus notas, mirándolas a ellas y a los diarios. “Ella parece una figura bastante importante. Lo que hace que uno se pregunte por qué Jontún nunca la mencionó.

"Curioso, por cierto." ¿Cómo puede alguien tan inteligente ser tan tonto?

“Otra cosa que me he estado preguntando es sobre el grupo de humanos que escapó, del que sospechamos que Tersius formaba parte. Si estamos en lo cierto al suponer que él era el vampiro que crearon…” Callos tiene los hombros encorvados. Sus ojos todavía están distantes. Aunque hojea las páginas, le falta su entusiasmo habitual. “¿Por qué Solos querría convertir a un humano en vampiro? Siempre pensé que era parte de la investigación general sobre cómo fortalecer el cuerpo, pero no estoy tan seguro”.

“¿Hay constancia de ese ritual?”

“Desafortunadamente, el único que lo sabe es Ruvan como uno de los señores. Algunas tradiciones de sangre están reservadas sólo para los descendientes de Solos. Si hay un registro escrito de ello en alguna parte, nunca me dijeron su ubicación”. Me mira con ojos angustiados.

"Podemos preguntarle sobre esto cuando se despierte". Sigo martillando pero Callos no continúa su lectura. Continúa mirando con indiferencia las notas. Hago una pausa. "¿Qué otra cosa?"

"Nada."

"Eres un mentiroso tan malo como yo". Suspiro, devuelvo el metal a la forja y coloco mi martillo en el yunque. "Dime."

Se quita las gafas para frotarse los ojos. "Me temo que todavía nos falta algo y toda esta preparación es en vano".

"¿Qué quieres decir?" Pregunto suavemente. No puedo permitir que empiece a dudar ahora. Todavía lo necesitamos; todos tenemos que trabajar juntos para que este plan se haga realidad.

"Siempre he dicho que el ancla maldita no puede estar atada a una persona viva".

Recuerdo a Ruvan yendo tras Davos, pensando que el Maestro Cazador era el ancla de la maldición, y la presunción de Callos a nuestro regreso. “Esta no es una persona común y corriente… es un vampiro, o un humano convertido en vampiro. De cualquier manera,

tiene acceso a los primeros tres tomos de historia de sangre y muy probablemente tenga poderes que ni siquiera podemos imaginar. Y ha vivido miles de años. Si algún mortal puede ser un ancla de maldición, seguramente es él”.

Callos me da una sonrisa. Creo que pretende ser alentador. Pero no llega a sus ojos. Mi pecho se aprieta.

"Espero que estes bien."

"Soy. Debo serlo —murmuro y vuelvo a mi trabajo. He tenido razón sobre Loretta y Solos. Y mis sueños… El ancla maldita es Tersius. Tiene que ser. Y si no es así, le haremos decir dónde está.

¿Quién más lanzaría la maldición sino él?

Día y noche trabajamos, planificamos y practicamos.

Quiero pasar más tiempo con el resto de ellos en la capilla (nuestro campo de entrenamiento improvisado), pero mi deber está donde siempre ha estado: en la herrería. Me imagino el canto de mi martillo resonando hasta Ruvan. Me pregunto si puede oírme por encima del ruido de las espadas y el zumbido de la magia en ese lugar distante donde duerme.

Estamos haciendo todo lo imaginable para prepararnos. Y, sin embargo, cuando finalmente llegue el momento, me preocupa que no estemos preparados en absoluto.

Los pantanos de Fade están empapados en una noche implacable.

Incluso en verano, tiemblo mientras atravesamos los pantanos. Llevo conmigo el frío del mundo dormido de Tempost a lo que espero sea la batalla final para determinar su destino. Los cuatro nos movemos con una armadura que he diseñado cuidadosamente para brindar fuerza y velocidad. Una combinación difícil de conseguir utilizando principalmente metal. Pero la plata sanguínea es única. Sólo he empezado a arañar la superficie de su poder. Podría haber ganado mucho más si hubiera tenido meses o años para prepararme para esta noche.

Nos detenemos al borde de las ruinas. Drew ha ordenado su campamento, tal como le dije durante una de mis visitas la semana pasada. Nuestra arena está libre de obstáculos.

"Eres un regalo para la vista", dice, alejándose de la pared en la que estaba apoyado.

"Solo han pasado unos días desde la última vez que me viste". Hemos estado yendo y viniendo entre los dos mundos ahora que tenemos un paso fácil a través de los límites del Velo.

"Aquí es dolorosamente aburrido". Él se encoge de hombros. "¿Es eso para mí?" Drew señala la armadura que lleva Ventos.

Hice dos tipos de armadura antes de esta noche. El tipo que tenemos Drew y yo magnifica el poder. Funcionará con nuestra sangre para volverse más fuerte; la barrera protectora que hice para Ruvan me dio la idea de usar magia de sangre para crear armaduras poderosas. La otra clase es la que lleva mi pacto. Usé mi propia sangre (sangre humana) en su armadura para ayudar a enmascarar su presencia como vampiro. Si estoy en lo cierto, serán invisibles, o casi invisibles, hasta que Tersius esté justo encima de nosotros.

"Sí. Debería encajar". Ayudo a mi hermano a ponerse su armadura. Encaja, en su mayor parte. Pero sus medidas han cambiado ligeramente desde la última vez que hice manualidades para él. Ha perdido peso. Me recuerdo a mí mismo que cuando lo envié aquí (lo envié lejos de Midscape pero no de regreso a Hunter's Hamlet) supe que ambos estábamos haciendo un sacrificio. Las cosas no iban a ser fáciles para él. Pero, con suerte, fue una lucha a corto plazo por una ganancia a largo plazo. “Ahí tienes”.

Ajusta la armadura y no dice nada de los lugares donde podría estar un poco más ajustada. Mi hermano tampoco quiere que lo vean como débil. Un rasgo testarudo que ciertamente compartimos. "¿Tienes el elixir?"

Saco un pequeño frasco de obsidiana de mi bolsillo. Callos no está peleando con nosotros, pero la preparación que nos brindó será invaluable. "Hecho de tu propia sangre".

"Me pregunto si sabrá diferente que un corte fresco". Drew acepta el vial.

"Conociéndote, será más amargo con la edad", bromeo.

“Te das cuenta de que tenemos la misma sangre, ¿verdad? Cualquier insulto que me hagas será para ti también”.

"Sé de buena tinta que mi sangre es bastante dulce", respondo e inmediatamente me doy cuenta de lo que dije cuando Drew se queda quieto. Casi puedo oír todo lo que quiere decir pero no lo hace. No debería recordarle que dejé que los vampiros bebieran de mí. Incluso si él lo ha descubierto, o lo asume, es algo completamente diferente presentarle la información tan claramente. Intento superarlo rápidamente. "¿Tiene alguna pregunta sobre lo que debe hacer?"

"Ser el cebo es bastante fácil". Drew continúa mirando el frasco en su palma. Él está asustado. Incluso después de todas las peleas que ha librado y todo el entrenamiento que ha tenido, la batalla nunca es fácil.

Apoyo mi mano en su hombro. “Esta armadura te protegerá. Y estamos aquí, esperando. Lo superamos en número; atacaremos rápido y certero. Todo esto termina esta noche, no con una batalla prolongada sino con un ataque dirigido. Estarás de vuelta en la cocina de mamá comiendo panecillos recién hechos y calientes del panadero antes de que te des cuenta”.

Drew resopla suavemente y me da una sonrisa cansada. “Sabes, siempre supe que eras increíblemente duro. ¿Cuándo empezaste a dejar que el resto del mundo lo viera?

"Recibí un buen consejo de que tal vez debería elegir mi propio destino".

"¿Quién te dijo eso?" Parece bastante engreído.

"Algunas personas en las que confío".

La presunción de Drew se desvanece un poco en el plural. Sólo le doy una sonrisa confiada y no digo nada más. Tendremos mucho que discutir cuando todo esto termine. Eso es seguro.

"Estaremos esperando", digo alentadoramente.

Mi hermano se adentra en los pantanos. Entrecierro los ojos para mantener mi atención en él todo el tiempo que pueda. Pero finalmente la noche y la niebla lo consumen.

"Está bien, pongámonos en nuestros lugares". Ventos es quien nos devolverá a la realidad. De lo contrario, podríamos haber seguido mirando al cazador convertido en aliado vampiro hasta que llegara Tersius.

Los otros tres miembros del pacto y yo nos posicionamos alrededor de las ruinas, detrás de los muros en ruinas y los árboles cercanos. Cada uno de nosotros sostiene un frasco de obsidiana. La espera es la peor parte. Mis músculos empiezan a dolerme por la tensión. Una extraña y abrumadora necesidad de gritar, sólo para romper el silencio, lucha en mi garganta.

Pero me quedo quieto. Yo espero. Y sigo repasando el plan en el que hemos estado trabajando toda la semana. Mis nudillos están blancos por apretar el frasco y tengo las palmas sudorosas cuando finalmente lo siento.

CAPITULO 44



Hay un zumbido repentino y agudo proveniente de la dirección en la que se fue Drew: la dirección de Hunter's Hamlet. Ha bebido su elixir. Sé que el resto también lo siente porque los veo abrir sus viales. Y si todos podemos sentirlo, es de esperar que Tersius también sienta a Drew. Él vendrá, atraído por la oportunidad de atar un cabo suelto.

Tersius nunca sabrá lo que le espera.

Después de aproximadamente una hora, la presencia de Drew se acerca. Corre a una velocidad vertiginosa a través de los pantanos y el elixir le ayuda a impulsar sus piernas. Levanto mi mano para que el resto de mi pacto pueda ver, y mis ojos se encuentran con los orbes dorados de cada uno de los otros vampiros. Espera, les recuerda mi palma, espera hasta el último segundo posible.

Drew emerge de la niebla; un cuervo sobrevuela y lanza un grito.

Dejo caer mi mano. Todos bebemos.

El cuervo se inclina con fuerza. Con el elixir fluyendo por nuestras venas, Tersius puede sentirnos; va a intentar huir. Por suerte, era fácil suponer que lo haría y estamos preparados.

Winny se pincha el dedo y lanza una daga. Gracias a su conocimiento de la sangre, la mujer nunca pierde su objetivo. El arma se introduce en un ala y el pájaro deja escapar un grito y cae en espiral hacia el suelo. Lavenzia está allí para encontrarse con el cuervo: clava su estoque a través de la otra ala, inmovilizando al hombre-bestia contra el suelo.

Ventos y yo también emergemos. Mi armadura emite una luz tenuemente brillante debido a la sangre que le he untado, activando la

magia interior. Saco mi daga contra el dorso de mi palma expuesta. Mi piel se teje pero mi arma arde con magia. Apunto hacia el pájaro.

“Basta de luchar. Has perdido, Tersius. Esto termina esta noche”.

Al oír su nombre, estallidos y chasquidos llenan el aire. Las plumas de cuervo desaparecen en la niebla que se deshace para formar la forma de un hombre. Es anciano, angustiado, flacucho y tan desnudo como el día en que nació. El costo total de la maldición y el tiempo queda al descubierto en su carne: una serie de cicatrices retorcidas por el derramamiento de sangre y los estragos de la magia que no quiero entender. El estoque de Lavenzia todavía está apuñalado limpiamente en su brazo. La daga de Winny está en el otro. No importa lo poderoso que sea, no puede dar un paso con tanta plata en él. Pero por si acaso, Ventos lo sostiene a punta de espada.

"Entonces sabes mi nombre". Su voz es tan fina como su piel, entrecortada por no haber sido utilizada durante siglos. "Pero si buscas matarme, entonces claramente no sabes por qué peleo".

“Lo sé todo”, miento. Ciertamente todavía hay lagunas, pero sé lo suficiente.

"Si supieras todo, ni se te ocurriría luchar junto a ellos".

“Conozco las historias del Rey Solos y los primeros humanos. Pero, quizás lo más importante para ti es que sé que te robó a tu amante, Loretta.

Tersius aúlla de risa. Su estómago y su pecho se agitan. Le permitimos expresar su diversión, aunque suene como dagas sobre cristal.

"¿Mi amante? No, claramente no sabes nada”. Él sonríe ampliamente, mostrando los colmillos. Son ligeramente diferentes de los colmillos curvos del vampiro. Estos son más cortos, sus puntas más triangulares. Sus ojos siguen siendo esmeralda, sólo que están rodeados de oro. Un humano convertido en vampiro es una criatura completamente diferente.

Es el color de sus iris combinado con los mechones finos de su cabello oscuro lo que me hace llenar sus mejillas, el centro de sus ojos, para esculpir la imagen de un hombre más joven. Un sueño regresa a mí con un aguijón de recuerdo. He sido un tonto.

"Ella era tu hermana", me doy cuenta.

“Ella era una erudita en magia, la mejor de todas. Ella fue quien dijo que deberíamos ir a las montañas para el festival Blood Moon. Ella quería ver la magia. Pero no fue suficiente. Tan pronto como él leyó su futuro, ella quiso ayudarlos como una mujer poseída”. Sacude

la cabeza y su respiración débil presiona contra sus costillas. “Yo era boticario; Conocía el cuerpo. Ella no podría ayudar al vampiro sin mí. Yo fui el verdadero fundador de la tradición de la sangre. Fui yo quien descubrió sus usos y aplicaciones y coseché sus beneficios antes de que me juzgaran por mi brillantez”.

"Tú... te convertiste en un vampiro", le susurro.

Él sonríe maliciosamente. “Sabía el costo de la grandeza. Acepté el precio. Pero mi hermana era suave. Ella tomó mi trabajo y lo hizo más aceptable. Ella redujo el costo y lo democratizó”. Todas las historias de humanos brutalizados tienen sentido; lo fueron, pero Solos no. Por uno de los suyos. Tersius se volvió contra los de su propia especie para desarrollar una tradición de sangre que le sirviera sólo a él mismo. Dos saberes sangrientos: uno por la fuerza, otro por el libre albedrío. Tersius era el padre del primero y su hermana de la segunda, la que Solos reconocería. “Entonces, ¿a quién le dio el crédito Solos? La única mujer para la que tenía ojos. El bastardo incluso le puso su nombre.

"Conocimiento de sangre", susurro. "Loretta."

Puede que el vampiro no estuviera preparado para que su rey prestara juramento de sangre a un humano, pero eso no impidió que Solos la honrara. Esa información cambia mis otras suposiciones. Los pasillos del castillo, aunque secretos, eran inmensos. Solos le estaba dando todo lo que podía, tratando de encontrar tantas formas posibles de integrarla en la sociedad hasta que la aceptaran por completo. La mantuvo cerca, donde podía protegerla. Probablemente estaba empezando a presentarla a sus asistentes y asesores para ganárselos primero, como Jontún. Su archivero mantuvo registros del trabajo de Loretta y trató de enmarcarlos lo mejor que pudo... simplemente no tenían suficiente tiempo.

"Así que le quitaste el trabajo..."

“Era mi trabajo”, insiste. “Simplemente no podían soportar el costo. Los vampiros eran débiles, siempre serán débiles. Pero nosotros, tú y yo, tú también lo tienes, puedo sentir la magia en ti, podemos ser más fuertes. Somos la próxima evolución de vampiros y humanos. Lo has visto, lo has sentido. Juntos, nuestros ejércitos impulsados por la tradición sangrienta gobernarán no sólo las montañas, sino todo Midscape. Podemos marcar el comienzo de una nueva era”.

"No sabes nada sobre mi." Blandí mi arma. "Ahora dime cómo romper la maldición".

Tersius vuelve a estallar en carcajadas. "Esperaba que pudieras decírmelo".

"No te hagas el tonto".

"No es mi maldición". Él niega con la cabeza. “He estado tratando de descubrir quién lo hizo todos estos años para poder perfeccionarlo. Un diseño brillante, claramente no lo suficientemente bueno para acabar con el vampiro. Y no lo suficientemente bueno como para acabar conmigo, como sospechaba que era la intención.

"Pensaste que el vampiro hizo la maldición para atacarte", susurro. Tersius sólo sonríe más ampliamente.

"¡Estás mintiendo!" Ventos empuja su espada hacia el cuello de Tersius.

"Alguien más te odia tanto como yo". La mirada de Tersius recorre a cada uno de nosotros. "Y ese enemigo vivirá mucho más que yo. Sea quien sea, es claramente muy inteligente si ninguno de nosotros lo ha encontrado todavía".

“Deja de mentir”, exige Ventos.

"No creo que esté mintiendo".

“Todo lo que alguna vez amaste se quemará hasta los cimientos”, dice Tersius. “Lo único que lamento será no haber sido yo quien lo haga. El trono vampírico debería haber sido mío y habría gobernado todo Midscape. Me habría sentado en un trono hecho con tus huesos y habría poblado el mundo con la ayuda de tus mujeres”.

Ventos deja escapar un rugido. Él estalla. Y empuja su espada hacia abajo.

“¡Ventos!” No puedo detenerlo.

En un momento se acabó. El primer cazador está muerto. Y con él, todos los secretos y la sabiduría que podría haber guardado.

"¿Qué sucede contigo?" —grita Lavenzia. “¡Lo necesitábamos!”

“Simplemente iba a hacernos perder el tiempo. Él... Él estaba esperando algo. Debe venir un ataque. No vino solo”, dice Ventos. Aunque no estoy seguro de hasta qué punto él lo cree.

“Tenía información”. Winny mira fijamente los restos de Tersius. "Él podría haber podido ayudar".

"Ese hombre nunca te ayudaría", dice Drew.

Por mucho que quiera gritarle a Ventos, lo hecho, hecho está. No estoy de acuerdo con sus acciones, pero estoy de acuerdo con Drew: no hay manera de que Tersius nos ayude alguna vez. Miro fijamente su cuerpo viejo y arrugado. Tanta fuerza y magia, marchitas y reducidas por el tiempo y el odio. El otrora poderoso cazador (no, brillante hechicero de sangre) ahora reducido a la nada.

Sólo fue fuerte porque tenía la ventaja. Él guardaba los secretos.

Ahora que todo eso estaba deshecho, no tenía nada.

“¿Cómo se sienten todos?” Miro al vampiro. "¿La maldición todavía se siente intacta?"

"No me siento diferente". Lavenzia levanta los brazos y mira su cuerpo.

"Yo tampoco", dice Winny. Ventos niega con la cabeza. "Aunque nunca antes me habían quitado una maldición, así que no tengo idea de cómo se sentiría".

"Hay una manera de averiguarlo". Pero primero me dirijo a Drew. "Tienes que volver rápidamente a Hunter's Hamlet".

"¿Qué? ¿Por qué?"

“La búsqueda de un nuevo maestro cazador comenzará pronto desde que el cuervo tomó vuelo. Vuelve y di que el vampiro te tomó cautivo. Pero lograste escapar cuando el cuervo vino en tu ayuda. Desafortunadamente, el vampiro mató al pájaro”.

"No es luna llena, no habría vampiro—"

"Vas a regresar de entre los muertos, creo que ampliarán su creencia". Tomo la mano de Drew y lo atraigo hacia mí. “Necesito que hagas esto. Cueste lo que cueste, vuelve a ser el maestro cazador. Te necesito de nuestro lado para lo que venga después”.

"Está bien." Nos separamos.

Me dirijo al resto de ellos. “Usa los viales vacíos y recoge tanta sangre como puedas. Callos podría necesitarlo para estudiar. No sé nada sobre maldiciones, pero sé que la sangre tiene poder y esta es nuestra única oportunidad de conseguir la de Tersius. “Entonces, regresaremos al castillo. Hay una manera de saber si la maldición desapareció con su muerte o no. Ojalá Ruvan esté esperando para recibirnos”.

Y si no lo es... es posible que nos quedemos sin opciones.

CAPITULO 45



Mis pies se sienten pesados con cada paso que damos. No hay ninguna emoción para mí mientras regresamos al castillo. El resto está inquieto por la anticipación. Puedo escuchar los atronadores latidos de sus corazones sobre nuestros pasos acelerados.

Tienen esperanzas. No los culpo. Si yo fuera ellos, también lo sería. Pero estoy lo suficientemente lejos de toda esta situación para verla de manera más objetiva.

Fue demasiado fácil.

Esperaba que fuera fácil. Y una parte de mí quiere pensar que fue por nuestros preparativos. Fue fácil porque Tersius era un anciano, cansado y decadente, que se había aferrado a la vida con magia robada mientras los siglos lo devoraban. Él era sólo un caparazón de lo que alguna vez fue un fuerte y capaz portador de conocimientos de sangre.

Se había maldecido a sí mismo con su propio odio, creo que eso es cierto. Pero él no había maldecido al vampiro. Estaba diciendo la verdad. Puedo sentir en mis huesos que si él hubiera sido quien lanzó la maldición, el vampiro habría estado muerto hace mucho tiempo.

Llegamos de regreso al castillo, lo atravesamos rápidamente y corremos hacia la capilla. Sé que nada ha cambiado desde la tenue luz roja que brilla hacia nosotros mientras subimos las escaleras. Pero no se detienen hasta que ven el ataúd.

Los tres están de pie en el centro de la capilla, con los brazos a los costados. Callos se da vuelta desde donde estaba vigilando. Quinn ya está en la academia; lleva una semana.

"¿Bien?" Callos pregunta cuando ninguno de nosotros dice nada.

Quiero responder pero hay un nudo en mi garganta que no puedo tragar del todo. Mi pecho arde. Ruvan todavía yace en estasis, tan perfecto como una estatua, tan frío como la muerte.

Ventos cae de rodillas. Él se desploma. Espero que grite, que grite, que dirija su ira hacia mí. Después de todo, esta fue mi idea. Lo que no espero es que se lleve sus grandes manos a la cara y se proteja del mundo. No espero que sus hombros tiemblen por las lágrimas que intenta ocultar.

Lavenzia vuelve los ojos hacia el cielo y no dice nada mientras Winny corre a los brazos de Callos. Me pregunto si Lavenzia está intentando darnos privacidad a todos durante nuestro duelo. Ella misma incluida.

“Ya veo…” Callos dice suavemente mientras acaricia la espalda de Winny. "A veces odio tener razón", murmura.

Camino hacia el lado de Lavenzia y también le doy una palmadita en la espalda. Ella no me mira. Me encuentro con los ojos de Callos. “Tenemos al Hombre Cuervo: Tersius, el primer cazador. Él está muerto."

"¡Ventos lo mató antes de que pudiéramos lograr que nos dijera dónde estaba el ancla maldita!" Winny está furiosa y se gira para enfrentar al hombre afligido. “¡Tu temperamento siempre te ha frenado! Nunca sabes cómo controlarlo y ahora no podemos romper la maldición por tu culpa”.

Ventos se estremece, pero no muestra su rostro.

"Winny, no creo que sea justo culpar a Ventos", dice Callos en voz baja.

Eso hace que la expresión de Winny se arrugue y se esconda en la seguridad del hombro de Callos. "Lo siento, Ventos", murmura, apenas audible.

De todos modos, Tersius no podría habernos dicho dónde está el ancla; él no fue quien puso la maldición”. Realmente le creí cuando dijo eso.

"Si no es él... ¿entonces quién?" pregunta Callos.

"No lo sé", admito, por muy doloroso que sea.

“Entonces eso es todo…” Callos suspira. Con el afecto más exterior que he visto en él, le da un suave beso en la sien a Winny. “Está bien, hicimos lo mejor que pudimos. El próximo señor o dama realizará la tarea”. Callos no parece convencido en lo más mínimo de la idea.

“No está bien”, murmura Lavenzia. “Cada camino, cada camino,

cada pieza de información que alguna vez tuvimos nos llevó a aquí, a él, a esto. Llegamos tan lejos, más lejos que nadie. Si la maldición no fue de él, ¿entonces de quién? Si no es en Hunter's Hamlet, ¿dónde? ¿Con qué hemos estado luchando todo este tiempo? ¿Hubo algún sentido en todo esto o fue simplemente una persona olvidada y amargada que nos maldijo a todos porque podía, y ahora nunca seremos libres?

La voz de Lavenzia se eleva mientras habla. Alcanza un tono que resuena por toda la capilla, en lo más profundo del castillo, como si fuera una pregunta para todos los que vinieron antes. El silencio es su única respuesta.

Al menos hasta que Callos sea lo suficientemente valiente como para responder por todos nosotros. "El punto es el mismo de siempre: sobrevivir. El significado es lo que tú le das. Iremos a la academia, despertaremos al próximo señor y le transmitiremos todo lo que sabemos. Al final descansaremos sabiendo que hicimos lo mejor que pudimos. Y con un poco de suerte, la próxima ronda será mejor".

"Julia", Ventos gime suavemente. Todos pretendemos que no escuchamos.

"Tenemos hasta la luna llena antes de que Quinn despierte al próximo señor", digo. "Esperemos hasta entonces".

"¿Cuál es el punto de?" Lavenzia me mira con esperanza en sus ojos. Supongo que he sido yo al que se le han ocurrido ideas locas en el último segundo posible. Pero ya no tengo planes improbables.

"No sé." No tengo una respuesta con la que ella esté satisfecha y lo sé. Pero de todos modos le digo la verdad. "Aún no estoy listo para decir adiós. Tampoco sé qué me deparará el futuro. Dudo que esté aquí por mucho más tiempo... pero no sé adónde iré ni qué haré a continuación". Miro a Ruvan. Me mantendrá atado a Midscape por el resto de mis días mortales. ¿Debo vagar por esta tierra sin un hogar? ¿Intentaré ayudar al próximo señor o dama? ¿O regresaré a Hunter's Hamlet temiendo en cualquier momento que alguien sepa la verdad? ¿Ocultar la marca entre mis clavículas por el resto de mis días? "Dame un poco más de tiempo, por favor".

"Estoy de acuerdo con ella." Ventos levanta la cabeza y me mira a los ojos. Me da un pequeño gesto de comprensión. Él sabe lo que es añorar a alguien que está justo frente a ti y, sin embargo, imposiblemente fuera de tu alcance.

"Bien. ¿Qué importa?" Lavenzia se encoge de hombros. "Dos semanas."

Ventos se levanta del suelo y comienza a dirigirse hacia el salón principal. El resto les sigue. Pero me quedo, mis pies se mueven en la dirección opuesta, alejándose de ellos.

"¿Vienes?" Pregunta Winny.

"Ve sin mí. Quiero pasar un poco más de tiempo aquí”.

Ellos obedecen y me dejan en paz. Camino hacia el altar, dominado por el poder. Coloco mi mano sobre donde está la cara de Ruvan.

Si esto fuera un libro de cuentos, podría inclinarme hacia adelante y besarlo. Él se despertaría. Sería una prueba de que estábamos verdaderamente enamorados. Nuestra unión sería ordenada por una fuerza mayor que nosotros.

Pero sé que la única manera de salvarlo es con acción.

"Y ya no tengo ideas", digo en voz baja. “Lo siento, Ruvan. Lo intenté. Realmente lo hice. No estaba intentando simplemente salvar Hunter's Hamlet. Quería ayudar a todos, pero especialmente a ti. Tal vez esto es lo que me pasa por ir demasiado lejos de todo lo que me hacía”. Una sonrisa amarga cruza mis labios. “Tienes razón, ya sabes, que uno forja su propio destino… Supongo que no tuve la mano lo suficientemente hábil para hacerlo realidad como quería. Y no creo que pueda practicar más”.

Mi voz flaquea. Las palabras se ahogan en mi garganta.

“Lamento lo que te dije la última vez que nos separamos. He estado tan asustado. He estado enojado y confundido, conmigo mismo y con las personas que me criaron”. Sacudo la cabeza y las lágrimas brotan de mis pestañas y caen sobre el cofre de rubíes. Ruvan continúa tumbado allí, tan quieto como la piedra mágica que lo encierra. “Aunque sabía esto: eres todo lo que quería, todavía tenía miedo. Y ese miedo me hizo intentar encontrar todos los motivos para decir que esto no funcionará, que no siento nada por ti o que no es importante. Lamento no haber sido mejor, no haber sido más valiente, más fuerte, más inteligente o más elocuente. Quizás si lo hubiera sido, ahora tendría una mejor idea. Lo habría descubierto todo antes”.

Mis uñas se clavan en la magia, como si estuviera tratando de abrirme paso y alcanzarlo. No funciona.

“Pero la verdad es… La verdad es, Ruvan… Aunque estaba asustado. Aunque siento que nunca he sido suficiente. Todavía quiero intentarlo. Para ti, para mí, para nosotros. Porque... porque no fuiste el único que desarrolló un apego: el amor. No soy bueno en todo esto; No tengo práctica en romance. Pero creo… creo que me gustaría, si

fuera contigo. No, sé que quiero. Porque, Ruvan, te amo”.

Las palabras flotan en el aire. Los imagino hundiéndose a través de la magia y llegando a sus oídos. Espero que me escuche. Es lo único que espero por ahora. Este es mi último deseo para él y para mí.

“Te amo, Ruvan. Todavía estoy aprendiendo qué es eso, qué significa y cómo hacerlo bien. Pero sé que es verdad. Entonces tienes que... Tienes que volver conmigo, ¿de acuerdo? Necesitas despertar; no necesitas ser maldecido. Necesitas liderar al vampiro como sé que sólo tú puedes hacerlo. Tienes que salvarlos porque yo no fui suficiente”. Me doblo y apoyo la frente en los antebrazos. Mi nariz toca la suave barrera, que rápidamente se llena de lágrimas. “Ruvan, por favor. Dijiste que nunca me harías daño, pero esto es una agonía. Así que por favor, por favor…”

Mis palabras se vuelven confusas. Finalmente estallan en sollozos. lloro por todo lo que

★

podría haber sido. Por una vida que podría haber tenido y que terminó incluso antes de comenzar.

Sigo los trámites durante unos días. Todos lo hacemos. Somos como fantasmas vagando por sus pasillos familiares, haciendo las cosas por costumbre. Casi no decimos nada porque no hay nada que decir; no compartimos más que miradas abatidas.

La mayor parte de mi tiempo lo paso en la capilla o en el dormitorio de Ruvan. Es demasiado doloroso permanecer allí la primera noche. Todavía puedo olernos en las sábanas, así que duermo en el sofá. Pero hace mucho frío y soledad allí. La segunda noche mis emociones se rompen y huyo a la comodidad de la cama que compartimos por última vez. Me envuelvo con las mantas. Doy vueltas y vueltas, luchando por dormir. No llega hasta la mañana. Y cuando lo haga...

Él no está allí.

Intento obligarme a dormir durante dos días completos. Casi no como. Quiero escaparme a un mundo de sueños y recuerdos. Intento convocar a Ruvan como hice con Loretta. Y justo cuando he perdido la esperanza, él viene a mí. Revivo nuestra noche de pasión, una y otra vez. Me vuelvo tan buena llamándolo desde lo más recóndito de mi mente que los recuerdos están ahí tan pronto como cierro los ojos.

Una noche me interrumpe un golpe especialmente fuerte en la puerta principal. Maldiciendo, me levanto de la cama. Los cuatro están allí. Winny sostiene un plato de comida.

"Sé que no necesitas comer tanto como antes, pero aun así necesitas comer algo".

"Gracias." Lo tomo y voy a cerrar la puerta.

Callos me detiene. “Estaba leyendo más notas de Loretta y hay algunas cosas que quiero repasar contigo. Tenía algunas aplicaciones interesantes de la magia de sangre: un ritual, bueno, más bien una teoría para extraer la habilidad inherente de uno. Ruvan había mencionado que era algo que te interesaba, así que pensé que podrías interesarte...

"Ya no estoy interesado en Loretta ni en la tradición de la sangre". Sacudo la cabeza. "Gracias por la comida." Y les cierro la puerta. Coloco el plato en la sala principal, al lado del frasco de sangre que le tomamos a Tersius.

Ahí es cuando me doy cuenta.

Estos sueños… visiones del pasado… comenzaron después de que bebí el elixir en la noche de la Luna Sangrienta. No fue Ruvan, los juramentos de sangre, Midscape o este castillo lo que causó los sueños: fue el elixir.

“La sangre es un lienzo…” susurro. “Registra la suma de nuestras experiencias…”

Hay magias básicas de la tradición de la sangre, me explica la voz de Ruvan desde un lugar distante. Todos pueden invocar diferentes habilidades y hacer cosas diferentes con ellas, pero algunos son realmente talentosos. Algunos tienen dones innatos.

Había empezado a pensar que lo mío estaba falsificando. Pero ¿y si mi don innato es algo diferente? ¿Qué pasa si mis sueños no son un extraño subproducto de los Juramentos de Sangre? Estaba usando la sangre para ver el lienzo de la vida de otra persona... pero no era la de Ruvan.

Recojo el vial y salgo corriendo de la habitación.

“¿Floriana?” Lavenzia me llama. El violín de Winny se detiene.

"Estoy bien, no te preocupes por mí". Cierro la puerta detrás de mí lo suficientemente fuerte como para que me escuchen. Van a asumir que voy a llorar a Ruvan otra vez. Me darán espacio.

Excepto que no me detengo en la capilla, sigo subiendo las escaleras y cruzo la viga. Paso por las habitaciones y pasillos que conectan con las antiguas habitaciones de Loretta y bajo a su pasadizo

secreto. Sé que es peligroso ir solo, pero tengo mi daga conmigo y vale la pena correr el riesgo.

Esto podría fallar. No sé del todo qué es lo que estoy intentando hacer. Pero ahora es lo más cerca que me he sentido de tener esperanza en días. No quiero renunciar a ello. Tengo que probar. Callos dijo que una parte del conocimiento de la sangre es el instinto. La magia siempre está en nosotros. Así que confío en mi instinto e intento reclamar mi poder.

Como mínimo, veré la verdad de lo que les pasó a Loretta, Solos y Tersius... a través de sus propios ojos.

Abro el grifo de uno de los barriles antiguos y el elixir sale. Mantengo mi cabeza bajo el grifo y me llevo tres gotas a la boca. Sosteniéndolos ahí, subo corriendo las escaleras hasta la habitación de Loretta. Cierro el pasadizo secreto y me paro al borde de la cama.

Bueno, aquí va nada. Salud. Levanto el frasco de obsidiana que llevé desde la habitación de Ruvan en un brindis por el pasado y bebo.

La sangre de Loretta fue la base del elixir del cazador. El vial que tomamos de la fortaleza probablemente se mezcló con la sangre de Tersius mientras continuaba experimentando. Mi teoría es que el elixir original del antiguo castillo se mezcló con la sangre de Solos, ya que ella estaba trabajando con él. Y, aunque no fuera así, estaban jurados de sangre.

Si estoy en lo cierto, si alguna combinación de mis teorías es correcta, entonces debería tener la sangre de las tres en mí ahora. Debería poder acceder a esos marcadores, esos recuerdos, en los sueños, incluso si están fragmentados.

Levantando mi daga, me corto ligeramente la piel entre las clavículas, justo encima de la marca de Ruvan. Al igual que antes, el dolor que sube por la nuca ante el mero pensamiento de intentar recordar mis sueños disminuye. Se ha abierto una puerta dentro de mí y entro acostada en la cama.

Tan pronto como cierro los ojos, soy transportado a un lugar y tiempo diferentes.

Loretta corre durante la noche, mojada hasta las rodillas en Fade Marshes. Puedo sentir su corazón acelerarse tan intensamente como puedo sentir la ira que arde alrededor de los oídos de Tersius. Sus ojos están rodeados de oro y brillan en la penumbra.

"¡No huyas de mí!"

"¡Te llevaste mi trabajo!" ella grita en respuesta.

"Fue mi trabajo", afirma Tersius.

"Nuestro trabajo."

"¡Lo robaste y lo bastardaste!"

Ella aprieta tres libros contra su pecho: los tres diarios que faltaban de su estantería en mi sueño anterior.

"¡Era mío!" él ruge. "Ahora vuelve aquí. ¡Loreta! Escúchame. ¡Soy tu hermano!"

"Eres un monstruo." Loretta mira por encima del hombro y sus ojos se agrandan.

"Soy el futuro del vampiro, de la humanidad, de todo Midscape. Los humanos regresarán a través del Velo. Ya no seremos la especie más débil, presa de los demás. Estoy haciendo esto por nosotros, por todos nosotros, Loretta".

"Nunca fuimos presa de nosotros". Loretta niega con la cabeza; las lágrimas corren por sus mejillas. Agacha la barbilla y se adentra en la noche. "Podrías haber trabajado con ellos, conmigo, pero fuiste demasiado lejos".

"¡No finjas que todavía tengo un lugar en tu corazón! ¿Lloras siquiera por mí, hermana, cuando tu precioso rey Solos me desterró?

Loretta tropieza y mira hacia atrás. Esa herida todavía está fresca para ella. Puedo ver el anhelo en sus ojos, sentirlo en su corazón. Ella extraña a su hermano. Extraña al hombre que era.

"Ve, vuelve corriendo con él, haz su trabajo sucio de buscar mis avances robados". Sus palabras son audaces, pero puedo sentir un pánico más profundo en Tersius. Le tiene miedo a Solos. Me pregunto si acaba de convertirse, si sus poderes no son tan grandes como pensaba. "No importa lo que hagas, sabes que él nunca te respetará. Jontún nunca escribirá sobre ti y Solos nunca lo ordenará. ¡Serás su puta escondida!

La entrada al túnel secreto está más adelante. En esta época, está protegido por un muro y una puerta. Puedo sentir el pánico de Loretta. Su creencia de que si puede llegar allí, estará a salvo. Ella aprieta los libros con más fuerza.

Pero reduce el paso para echar un último vistazo a su hermano. "Cuando sea reina, pediré justicia cuando te juzguen por tus crímenes contra humanos y vampiros. Pero no pediré clemencia".

Tersius se mueve tan rápido como un vampiro. Él agarra su muñeca y se inclina sobre ella. Los libros caen al suelo. "No puedo dejar que hagas esto".

"Déjame ir."

"Es lo suficientemente cercano al Rey Elfo como para que se le pueda conceder permiso para llevar a sus ejércitos a través del Velo si le cuentas mis planes". El rostro de Tersius se relaja ligeramente; su voz se vuelve suplicante. "¿No lo ves? Estoy haciendo... estoy haciendo esto por nosotros. Para nuestro pueblo. Reclamaremos Midscape y seré un gobernante benevolente. Puedes sentarte a mi lado y ayudarme, como siempre lo has hecho. ¿Por qué no puedes confiar en mí?

"Ya no sé quién eres". Loretta separa su mano de la de él y va a agarrar los libros.

"¡No los tocarás!" Tersius la empuja. Quizás sea la ira que lo recorre. Tal vez sea su nuevo poder lo que lo hace más fuerte de lo que pensaba, más fuerte de lo que puede compensar.

Se lanza contra ella con la fuerza de un jabalí a la carga. Loretta apenas deja escapar un grito ahogado cuando se queda sin aire. No es un llanto. No es un aullido de agonía cuando sus costillas colapsan hacia adentro. Sus ojos se abren ligeramente. Ella apenas se da cuenta de lo que está pasando.

La arrojan como una muñeca de trapo hacia la puerta detrás de ella. Se oye un crujido agudo seguido de una mancha de sangre. Está apoyada, empalada en la estructura de hierro mientras su cabeza cuelga sin fuerzas.

Hay un largo momento de silencio.

"No", susurra Tersius. "¡No no!" Él corre hacia ella, tratando de levantarle la cara. Las lágrimas corren por sus mejillas. Pero la dulzura desaparece rápidamente y es reemplazada por la rabia. "Te dije... te dije que no fueras. Pero tenías que hacerlo. ¿Por qué tuviste que hacerlo? Él la sacude y luego la suelta de repente. Loretta cae al suelo. Tersius retrocede, como si lo hubieran quemado. "Es su culpa", susurra. "El Rey Vampiro... el que torció tu corazón contra el mío. Esto es culpa suya". Tersius empieza a reír.

El mundo cambia.

Estamos de vuelta en el salón subterráneo de la fortaleza de los cazadores. Tersius coloca con reverencia los tres libros sobre la estatua de sí mismo para su custodia. Coloca herramientas del ritual en el altar.

Elabora el elixir a partir de la sangre de Loretta y la suya propia.

Parpadeo y las cosas vuelven a ser diferentes.

Tersius se dirige a una pequeña multitud debajo del campanario de Hunter's Hamlet.

"¿Lo ves? ¿Lo ves ahora? El Rey Elfo mintió acerca de que el Velo nos mantenía a salvo de la poderosa magia de Midscape. Vendrán y nos matarán a todos si no los matamos a ellos primero. Debemos proteger nuestra tierra o pereceremos en sus manos, tal como lo hizo mi querida hermana", grita Tersius a un grupo de jóvenes cazadores. "Mátalos. Mátenlos por la humanidad, por nuestro futuro".

Los recuerdos se vuelven confusos, la sangre se está diluyendo. Las imágenes se vuelven borrosas.

Una batalla de fuego y plata.

Solos está superado en número. Loretta era un secreto. No podía traer su ejército para defender a su amante humano. Sólo el pequeño contingente de guardias jurados que sabían de ella, los pocos que envió a través del Velo para "recoger a los humanos que huyeron". Hombres y mujeres que se llevaron a la tumba el secreto del verdadero fundador de la tradición sangrienta.

Sigo a Tersius hacia la niebla. Corremos a través de la noche carmesí. En lo profundo de mí hay un hilo que me empuja hacia adelante. Llevándome a una torre, no lejos de la entrada secreta al Castillo de Tempost, una parada en el camino que fue partido en dos por el Velo.

Solos está ahí, herido y huyendo.

Tersius se lanza al ataque. Él y Solos intercambian golpe por golpe. A pesar de los temores anteriores de Tersius, sorprendentemente coinciden. Su elixir ha funcionado. Pero no lo suficientemente bien como para ganar.

Ambos están ensangrentados y heridos.

Muriendo.

Tersius agarra el cadáver de un cuervo del lodo de los pantanos. Lo muerde y su piel se rasga. Los huesos crujen. Las plumas brotan de donde antes no las había.

Él se va volando.

"Maldito seas, maldito seas", gruñe Solos hacia el cielo. Se vuelve hacia la daga en su palma, la daga que había estado usando para luchar,

una daga con el mismo brillo que la sangre plateada de Loretta. "Una maldición sobre ti. Una maldición de venganza, una maldición forjada con sangre por sangre".

Solos se retira a la torre.

Me despierto sobresaltado. Mi corazón se acelera, pero no más rápido que mis pies que me llevan de regreso al castillo. Baja al pasadizo que conduce a través del Velo.

Sé quién puso la maldición… y sé dónde y qué está el ancla.

CAPITULO 46



A veces, cuando una mujer entra en la herrería, un caldero de infinitas posibilidades, aún no sabe lo que se propone hacer. Tiene sus herramientas, sus suministros y, lo más importante, su habilidad. Todo un mundo de oportunidades está ante ella.

A veces, lo que termina haciendo es asombroso. Es nuevo. Diferente. Como el candado de la abuela. A veces, no es nada en absoluto, sólo un desastre de metal: práctica. Y a veces lo que se hace no es en absoluto lo que ella pretendía. Es algo diferente. Quizás no sea bueno ni malo, simplemente diferente.

Esta es una de las primeras lecciones que mamá me enseñó sobre la herrería.

La creación sucederá por sí misma. Las cosas suceden, independientemente de nuestra intención, y lo único que podemos hacer es juzgar el resultado. No pudimos cambiarlo en el proceso.

Estoy ante las ruinas. Aquí es donde me atrajo la noche de la Luna de Sangre. Aquí es donde me atrajeron cuando Drew se quedó aquí. Cada vez tenía una excusa, un motivo para sentirme atraído por este lugar. Al principio fue el poder del vampiro llamando a Ruvan. Luego fue mi conexión con mi hermano, que me atrajo hacia él después de tanto tiempo separados.

Pero ahora lo sé, hubo una corriente subterránea todo el tiempo. Había algo más que me atraía a este lugar una y otra vez. Loretta, la mujer cuya sangre bebí en el elixir que se suponía era para Drew. Estaba llamando a sus propios juramentos de sangre, al hombre que amaba. El hombre del que ha estado separada durante miles de años.

Independientemente de si pone fin a la maldición o no, es hora de poner fin a su historia.

Llego a las ruinas de esa torre olvidada. No hay mucho. Lo he visto todo antes. Pero ahora miro con nuevos ojos. Recuerdo la forma de la torre, la pequeña habitación a un lado.

Busco las ruinas de arriba a abajo. Paso horas rebuscando entre la suciedad y el barro hasta que encuentro lo que me ha estado llamando. La puerta del sótano está completamente oxidada. Abrirlo requiere todas mis fuerzas. Como un monstruo primordial, ha resucitado del barro. El agua fluye hacia la tierra que está debajo.

Si el Rey Solos hubiera subido a la torre, su cuerpo habría sido encontrado hace mucho tiempo. Habría habido algún registro de quienes patrullan este páramo, alguna mención transmitida en la tradición de los cazadores. Lo habría escuchado de mi hermano. No habría habido manera de que Tersius hubiera dejado morir a Solos sin regodearse por la eternidad de que él fue quien mató al poderoso Rey Vampiro.

No, Solos tenía ventaja sobre Tersius. Había vencido al cazador. La única forma en que Tersius escapó fue asumiendo su forma de cuervo. Y Tersius parecía pensar que la maldición podría haber sido colocada sobre el vampiro por su culpa. Creo que pensó que Solos había regresado a Midscape.

Entonces me hacen pensar que el cuerpo de Solos nunca fue encontrado. Me río para mis adentros mientras miro hacia el abismo frente a mí. Tersius estaba buscando al rey que lo derrotó, el que lo había eludido, el que pensaba que constantemente movía los hilos, extendiendo su vida de manera antinatural tal como lo hacía Tersius. Tal vez incluso pensó que Solos estaba detrás de la maldición.

Pero lo que Tersius no sabía era que, aunque Solos se había ido hace mucho tiempo, en realidad nunca se fue.

Empiezo a bajar las escaleras y llego a un sótano. No hay mucho; Todo lo que se almacenó aquí hace tiempo que se pudrió o se convirtió en polvo. Las paredes están llenas de algas y musgo. El pantano está decidido a consumir este lugar. Gracias a Dios ha durado lo suficiente como para poder encontrarlo.

En la esquina están los restos marchitos y momificados del otrora gran rey.

El último de la verdadera línea de Vampir Kings. Un hombre que se enamoró de una humana y sabía que su pueblo no estaba preparado para aceptar a la novia que había elegido. Un hombre que intentaba

honrarla lo mejor que sabía, para bien o para mal. Quien intentó escribirla en la historia escondiéndose a plena vista. Me pregunto qué pensaría de un humano como el que descubriría la verdad.

Quizás lo hubiera preferido así.

Camino hacia los restos del Rey Solos. No se parece en nada al hombre de mis sueños. Su largo cabello iluminado por la luna ha desaparecido. Sus labios están curvados lejos de sus colmillos, todavía nacarados incluso después de todo este tiempo.

Apuñalada en su pecho hay una daga.

Una maldición fuera de lugar creada por un corazón roto.

"Una maldición de venganza, una maldición forjada con sangre por sangre", hago eco de sus palabras.

Su intención era maldecir a Tersius. Había querido matar al hombre. Maldecir su sangre por derramar la sangre de su amada.

Pero lo que Solos no había considerado era que Tersius se había convertido en vampiro. Aunque era diferente al resto. Todavía se había convertido en vampiro.

Así que cuando Solos había maldecido la sangre de Tersius... también había maldecido a su propia gente, a la sangre de todos los vampiros. La maldición finalizó en este lugar. Pagado con la vida de Solos. Los recuerdos no me mostraron los términos, pero puedo sospechar cuáles eran.

Una maldición de marchitez. Una maldición de muerte. Una maldición de la que no había forma de escapar, nunca.

Y nadie lo hizo. Ni siquiera Tersius, al final. Y no la propia gente de Solos.

Tomo la mano momificada del rey y la sostengo entre las mías. "Está bien", murmuro. "Es hora de dejar esto pasar".

Lentamente suelto su mano y agarro la daga apuñalada en su pecho. En el momento en que mis dedos tocan el metal, una sacudida me recorre. Me estremezco. La frialdad se apodera de mi cuerpo. Este es un objeto de gran magia. Un objeto marcado con sangre.

Este es el ancla de la maldición.

Le arranco la daga del pecho. Un chasquido cruje detrás de mis oídos. Miro fijamente el arma en mi palma, no muy diferente a la que creé. Me pregunto si, a su manera, Loretta me guiaba en la herrería esas noches. Si la sangre es un marcador, he escrito su vida, la de su hermano, su amor en la mía. Los llevaré conmigo a la eternidad. Conservaré sus recuerdos durante el tiempo que me quede.

Regreso al castillo, pero no estoy seguro de cómo. Mi cabeza está

aturdida. Quizás estoy abrumado por todo lo que ha pasado. O tal vez sea la profunda magia que se filtra en la espada que llevo la que está desdibujando mi conciencia.

Antes de darme cuenta, estoy en el salón principal. Todos los ojos están puestos en mí mientras bajo las escaleras, con una antigua daga en la mano.

"¿Floriana?" Pregunta Winny. Todavía están alrededor de la mesa como si nada hubiera pasado, a pesar de que el mundo entero ha cambiado.

"Necesito que hagas algo", digo, deteniéndome en el pasillo que conduce a la herrería. "Va a necesitar de ustedes cuatro".

"¿Nosotros cuatro?" Callos se sorprende; No está acostumbrado a que lo envíen.

"Sí, quiero que todos lo vean", digo crípticamente. Necesitan descubrir cosas por sí mismos. Ya saqué la daga del cuerpo de Solos, pero reconstruirán las partes importantes: todavía está el agujero en su pecho momificado del que la saqué. Un vampiro debe ser quien transmita la verdad. Por mucho que quiera hacerlo, tiene que ser uno de ellos. Porque nunca me creerán. Solos lo sabía, al igual que Jontún e incluso Loretta.

Las personas que están congeladas en el tiempo están a sólo una generación y media de distancia del Rey Solos. Siguen siendo descendientes directos de vampiros que ni siquiera podían imaginar que su rey tomara a un humano como amante. A Ruvan le resultará bastante difícil convencerlos de que acepten mi papel en todo esto tal como está.

"¿Mira qué?" Pregunta Ventos.

"La verdad. Ve a las ruinas donde atrapamos a Tersius. Allí encontrarás la puerta del sótano; Lo dejé abierto. Adéntrate en las profundidades, encuentra la verdad".

"No soy muy partidaria de todo esto de evadir", murmura Lavenzia.

"Por favor, haz esto por mí". Necesito que se vayan. No quiero una audiencia para lo que estoy a punto de hacer.

Todos hacen una pausa. No sé si alguna vez les pedí que hicieran algo con tanta seriedad y claridad.

"No podría doler", dice Winny.

Todos aceptan a regañadientes, se ponen de pie y se van. Bajo a la herrería con un suspiro de alivio.

La fragua está caliente. No lleva tiempo calentarlo hasta una

temperatura viable. Todo el tiempo me asomo sobre la daga que liberé del pecho de Solos. Lo miro fijamente, deseando que me cuente sus secretos. Quizás tenga dos dones en lo que respecta a la tradición de la sangre. Uno es un don innato y exclusivo para mí: ver el pasado escrito con sangre. El otro tal vez sea uno que me transmitió mi familia a lo largo de los siglos, y ese es mi don de comprender la unión entre el metal y la sangre.

Coloco el crisol en la fragua, dejando que se caliente. La daga de Solos es realmente una pieza hermosa. Es una pena que haya tanta maldad y dolor ligados a ello.

Sin pensarlo dos veces, lo arrojo al crisol.

"Te reharé en mi propia forma". Mantengo mi brazo sobre el crisol, mi propia daga de plata con sangre en la mano. Lo paso por mi brazo justo por encima de mi codo y sangro en el metal derretido de la daga de Solos. "Me hago cargo de esta maldición. Que esté ligado a mi voluntad y a mi sangre. A partir de ahora asumiré su carga. Ya es suficiente, Solos. Puedes descansar."

Vierto el metal fundido en un molde. Mientras todavía está al rojo vivo, lo levanto con unas pinzas y lo coloco sobre el yunque. Manteniéndolo firme, empiezo a trabajar.

Esta no será mi mejor pieza. No es necesario que así sea. Sólo necesita ser lo suficientemente afilado y fuerte para este acto final.

Cuando el metal se ha templado y enfriado, lo levanto con mis propias manos. Es una daga básica, nada elegante ni especial. Tomé lo que Solos usó para crear la maldición y lo hice mío. Le di forma a mi diseño y fusioné mi sangre con él. He ganado el control… eso espero.

Sostengo la daga hacia afuera, mirándola al amanecer. Tan sencillo. Muy elegante. Pensar tanto depende de este poquito de nada.

Apunto la daga hacia mí.

"Una maldición, forjada con sangre, una maldición sobre la gente de Hunter's Hamlet y el hombre que los dirigió. Una maldición en busca de venganza. Una maldición en busca de venganza", le digo a la daga. Aunque, en realidad, estoy hablando con Solos. "Acepto el castigo de Tersius como descendiente de su especie. Acepto tu maldición. Pagaré con sangre la sangre que fue derramada injustamente. Que termine conmigo".

Respiro profundamente y hundo la daga en mi pecho.

CAPITULO 47



Una ola de magia brota de mí cuando la daga se hunde entre mis costillas.

Me desplomo de rodillas mientras el cristal de las ventanas cae a mi alrededor. Se oye un estruendo a lo lejos, como si la ciudad despertara con un fuerte bostezo. Un nuevo sol está saliendo sobre Tempost, y los fragmentos de las ventanas de la herrería parecen hielo, finalmente liberándose después de un largo sueño. La magia continúa brotando de mí en oleadas, destrozando mi cuerpo y derramándose por la ciudad.

Gimiendo, chasqueando, crujiendo, retumbando desde lo más profundo de su interior. La Tierra misma está siendo liberada de esta larga noche. Me doblo, la daga todavía en mi pecho, una mano todavía alrededor de ella y la otra sosteniéndome. Respiro y toso. La sangre salpica el suelo.

viejos dioses, No tenía intención de que terminara así. Sonrío amargamente, clavando las uñas en la piedra de la fragua como si me aferrara a la vida. Tal vez no tenía intención de que terminara así... pero supongo que una parte de mí se alegra de que así fuera.

Reclamé lo que se había perdido, para el vampiro, los humanos y para mí. Y si te soy sincero, si voy a morir en cualquier lugar, bien podría ser en el suelo de una herrería. Moriré como viví.

Alejándome del suelo, me inclino hacia atrás y miro al cielo. Hay muertes peores, menos nobles. Puedo estar contento con esto. Pero desearía que al menos una vez más hubiera tenido la oportunidad de...

El movimiento llama mi atención hacia la puerta.

Parpadeo varias veces, tratando de enfocar mis ojos. No creo que sea una ilusión, un truco de mi mente moribunda. Pero si lo es… estoy agradecido.

Ruvan está ahí. Jadeante. Aturdido. Los labios se separaron y las cejas se arquearon. Con un susurro de viento está a mi lado. Su brazo está alrededor de mis hombros. Su otra mano se mueve frenéticamente sobre la daga, demasiado asustado para soltarme.

Se ve tan perfecto como cuando dormía. Tan, tan perfecto. Él es todo lo que imaginé.

“¿Qué… qué… qué hiciste?” Él trae sus ojos hacia mí. Están vidriosos por la confusión, el pánico y alrededor de cien otras emociones.

"Lo hice", susurro, la sangre goteando por mi mandíbula. “Era una maldición unida a la sangre. Una maldición que exige vida por vida. Ya matamos a Tersius. Alguien… alguien tuvo que pagar el precio”.

"No no." Ruvan niega con la cabeza. “No lo aceptaré, me niego, no lo entiendo”.

"No queda mucho tiempo". Me hundo en su brazo, permitiéndole apretarme contra su pecho. "Tengo tanto para contarte. Hay tantas cosas que quiero decir…”

“Lo escuché todo”.

"¿Qué?"

Acaricia mi mejilla, las lágrimas caen por mi rostro. “Tú eres mi jurada de sangre, mi elegida, la mujer a quien he ligado mi vida, por quien respiro. Ninguna maldición, ni siquiera la muerte, me alejaría de ti.

Sonrío débilmente. “¿Y si la muerte me aleja de ti?”

"No lo permitiré... si me lo permites".

“Esta herida es…”

"Es demasiado profundo y demasiado mágico", coincide antes de que tenga que decirlo. “Solo tener mi sangre y mi poder no será suficiente para esto. Y hay que romper la maldición, hay que reclamar su precio. No hay forma de salvarte sin dejarte morir. Sin embargo, podrías nacer de nuevo”. Sus ojos, del mismo color que el amanecer (rojo y dorado), brillan sobre mí. “Pero no te salvaré sin tu permiso. Te he sacado una vez de tu mundo. Lo hice sin tu permiso ni tu bendición, y cambié tu vida para siempre. No volveré a cambiar tu vida sin tu consentimiento”.

"Ah." Todo tiene sentido para mí, lo que él está diciendo, no, ofreciendo. "¿Dolerá?"

Ruvan sonríe con ternura y acaricia mi mejilla. “Querida, juré que nunca te haría daño. Lo juré con juramento y como hombre. Te lo prometo, no te dolerá en lo más mínimo”.

Cierro los ojos y pienso en mi hogar, en Hunter's Hamlet, en la herrería de mi familia. Me pregunto si se oscurecerá. No... una fragua siempre encuentra la manera de mantenerse caliente. La madre seguirá trabajando y luego la joven a la que sin duda ya ha empezado a formar se hará cargo.

Será una nueva familia de herreros, una que no conoce a las doncellas de la forja sino sólo la pasión por el calor y el metal. La joven crecerá haciendo cosas prácticas: cerraduras, herraduras, bisagras, clavos. Porque ya no habrá necesidad de plata ni de armas. La larga noche ha terminado.

La guerra entre humanos y vampiros finalmente ha terminado.

"Otra cosa", digo con voz áspera.

"No tenemos mucho tiempo", advierte.

"No necesitamos mucho más". Aunque me duele moverme, tomo su mano. “Si haces esto, nosotros hacemos esto, no estaré oculto. Será difícil, pero no cometeremos los mismos errores que nuestros antepasados. Viviremos juntos, al aire libre. Lo intentamos en serio, o no lo intentamos en absoluto”.

Ruvan se ríe. Su sonrisa es más brillante de lo que jamás he visto. Esta es la sonrisa por la que estaba luchando. "No creo que pudiera esconderte si lo intentara". Tiene toda la razón, por supuesto.

"De acuerdo entonces. Estoy listo; el hierro está caliente. Conviérteme en algo nuevo”.

"Prepárate." Agarra la daga con firmeza. Pasando su labio inferior a lo largo de sus colmillos, corta líneas en él. La sangre gotea sobre mi cara y mis labios. Ruvan se inclina hacia delante y presiona su boca contra la mía.

Mi cabeza se inclina hacia atrás mientras él profundiza el beso. Su poder fluye dentro de mí mientras retira la daga. La sangre brota de la herida, tan caliente como la luz del sol. La vida sale de mi cuerpo; Mis ataduras a este mundo están empezando a desgastarse. Todo lo que puedo hacer es aferrarme a él y tener esperanza.

Todo se va oscureciendo poco a poco. Es como si el sol estuviera siendo eclipsado. No sé si este desvanecimiento es parte del ritual, o si es el fracaso del ritual, pero de cualquier manera, Ruvan será lo último que vea y sienta en esta vida.

A medida que todo se disuelve en la nada, toda la luz se apaga,

una nueva chispa se arraiga. Tan roja como la Luna de Sangre que inició todo, una nueva chispa de vida surge dentro de mí de las cenizas de la mujer que una vez fui. Ilumina cada recuerdo grabado en mi sangre. Arde por mis venas.

Inspiro profundamente y abro los ojos a un mundo teñido de carmesí. Todo brilla, unido por hilos que conectan con personas desaparecidas hace mucho tiempo, con la sangre de aquellos olvidados pero no perdidos. En mi mente veo cómo mi esternón se repara. El tejido se reconecta de maneras imposibles.

Golpear.

Golpear.

Al igual que cuando nos convertimos en Juramentos de Sangre, mi corazón late de nuevo. Diferente. Más fuerte. Más adentro. Recuerdo respirar.

Vuelvo mis ojos hacia Ruvan, todavía abrazándome, con la boca todavía ensangrentada pero sanando. Me inclino y arrastro mi lengua por sus labios. Su sangre ahora sabe diferente, más intensa, incluso más deliciosa de lo que creía posible. Los recuerdos cruzan por mi mente, acceso a partes de su historia que no desentraño ahora, que no lo haré nunca a menos que él decrete que puedo hacerlo.

"¿Cómo te sientes?" Pregunta Ruvan.

“Como si pudiera conquistar el mundo”.

"Bien. Empezaremos conquistando los corazones del vampiro de Tempost. Entonces hablaremos del mundo, mi reina.

CAPITULO 48



Todavía hago que Drew se sienta incómodo con mis ojos llenos de anillos dorados. Pero supongo que es de esperar mucho, ya que la mayoría de los días experimento cierta incomodidad cuando paso junto a mi reflejo. No proviene de la forma en que me muevo, ni de aprender a lidiar con antojos extraños u oleadas mágicas repentinas... solo de mis ojos. Son lo único que sirve como recordatorio físico de que soy diferente.

Afortunadamente para mí, Ruvan parece ser mucho más hábil a la hora de convertir a un humano en vampiro que Tersius. Pero la tradición sanguínea ha evolucionado y se ha vuelto más sofisticada con el tiempo. Tersius fue un intento inicial. Soy el proceso después de mucha más práctica.

Drew devolvió los tres tomos de la historia de la sangre que faltaban, dándole a Ruvan la oportunidad de continuar asegurándose de que mi recuperación se desarrollara sin problemas y a Callos la oportunidad de reconstruir la mayor parte de la tensa historia de los primeros humanos y el vampiro. Francamente, incluso si no es tan malo como Jontún lo hizo ver, sigue siendo desordenado, feo y complicado en muchos sentidos. La mayoría de los vampiros recién despertados parecen estar pasando por alto los detalles.

Dejaron un mundo moribundo. Gobernado únicamente por el caos y las riñas constantes. Dejaron un mundo donde las respuestas eran pocas y los conflictos abundaban. Y despertaron en un lugar de esperanza, donde aquellos que superaron la larga noche pueden mirar hacia el futuro.

Así que nadie parece demasiado interesado en preocuparse por los detalles de hace miles de años. De quién fue la culpa de la maldición,

por qué sucedió, cómo sucedió, nada de eso parece demasiado importante para ninguno de ellos. Están listos para seguir adelante. Sin embargo, esos detalles más finos son importantes para el Rey Vampir. Ruvan se ha propuesto dejar claro quién rompió la maldición. Y eso parece mantener a raya a la mayoría de los escépticos sobre mí.

Por ahora.

"Parece que te va bien aquí", dice Drew. Está sentado en una de las mesas de la herrería como siempre, como siempre. Vuelve a vestir la túnica del maestro cazador, a pesar de que parece haber consenso en la aldea, entre aquellos que tienen al menos una parte de los detalles de lo que ha ocurrido, que el Gremio de Cazadores se disolverá más temprano que tarde.

"Tengo pocas quejas". Le doy una sonrisa de complicidad mientras me limpio las manos con un trapo.

“Hermana del maestro cazador, reina de los vampiros, y me estoy adaptando bastante bien. Nadie me creería si les dijera toda la verdad”.

"Nada es oficial todavía en el frente de la reina". Me golpeo la frente. “Todavía me falta una corona”.

"Ahora dime. ¿Es sólo porque no has podido hacer uno?

Me río y sacudo la cabeza. “Eres insoportable. ¿Recuérdame otra vez por qué debería acompañarte a través del Velo con tanta frecuencia?

"Porque estarías desconsolada si no pudieras verme cuando quisieras".

“¿Me rompería el corazón yo o tú?”

"¿Ambos?"

Compartimos una sonrisa. Dejo el trapo sobre la mesa y miro por las ventanas. El cristal se cambió hace unos meses. Resulta que Callos y Ruvan no estaban exagerando sobre la habilidad y la destreza del vampiro.

Pensar que alguna vez los cazamos, un pueblo de eruditos y artistas. Tenemos mucho más que aprender trabajando unos con otros. Sólo puedo esperar ver un día así en mi vida.

"Aquí." Le lanzo el pequeño colgante circular de acero en el que estaba trabajando.

Drew le da vueltas en sus palmas. Es liso por detrás y marcado con cinco puntos por delante. "¿Qué es?"

“Un amuleto de buena suerte. Callos me ha estado enseñando sobre ellos. El vampiro catalogó las estrellas y descubrí bajo qué forma

nacimos”. Me pongo un cordón de cuero alrededor del cuello y le muestro un colgante similar. “Pensé que necesitábamos un reemplazo para nuestros anillos. Disculpas, esta vez no es plata”.

Drew se ríe. "No necesitas disculparte. No quisiera que mi hermana vampir se suicidara accidentalmente. Sonrío y empiezo a limpiar la herrería. "¿Qué significa nuestra forma de estrella?"

"No me vas a creer si te lo digo".

"Dime." Salta de la mesa.

"Daga: la forma del cambio rápido e irrevocable". Compartimos una risa. “Ahora, deberíamos recuperarte. Está amaneciendo y no queremos plantear demasiadas preguntas”.

“Nadie preguntará; Les dije que iba a inspeccionar la nueva puerta y asegurarme de que los cimientos estuvieran asentados bien”.

El camino secreto hacia Tempost está custodiado una vez más, el deber final de los cazadores. Drew tiene a los jóvenes cazadores trabajando las 24 horas del día para construir las paredes y el techo alrededor de ese "lugar misterioso". Mamá fue quien forjó la puerta y la cerradura. Estuve allí para ayudarla a instalarlo. Aparte de ella y Drew, el resto de Hunter's Hamlet cree que estoy muerta y que Drew realmente mató al señor del vampiro cuando fue secuestrado, razón por la cual los ataques durante la luna llena han cesado.

Aunque supongo que técnicamente morí. Entonces no se equivocan. Me río para mis adentros.

"¿Qué es?" pregunta Drew.

"Nada." Sacudo la cabeza. "Nada en absoluto. Vayamos a la sala de recepción y te llevemos de regreso”.

La armería ahora está en orden, aunque la mayoría de las armas aún están inutilizables. Ruvan ha insistido en que el resto de Midscape no necesita saber que los vampiros han regresado todavía. Mientras seamos un secreto, no necesitamos preocuparnos por las armas para protegernos, así que me tiene concentrado en herramientas de forja para ayudarnos a reconstruir.

Le preocupa que el vampiro todavía no se lleve bien con el lykin. Sin embargo, trato de recordarle que las disputas fueron hace tres mil años y fueron provocadas por una maldición que ya no existe. Todos los que lucharon en ellos, o incluso los recuerdan, ya no están. Ruvan sigue siendo cauteloso.

Por el pasillo que ahora está iluminado por apliques pulidos y hacia el salón principal, el ruido rebota en las vigas, armonizado por la voz retumbante de Ventos. Tiene mano firme sobre la nueva

guardia del castillo y Julia está constantemente ocupada arreglando a los nuevos reclutas que pasan por los guanteletes de Ventos. Aunque él y yo siempre hemos tenido una relación de altibajos, nunca me he sentido más segura que con él a cargo de mi guardia. Winny a su mano derecha tampoco hace daño en ese sentido. Además, Julia es una delicia inesperada y absolutamente bienvenida.

Drew y yo no salimos por la capilla. Ya no es necesario hacer equilibrios sobre vigas nevadas.

En cambio, nos dirigimos a la izquierda, hacia lo que una vez fue el antiguo castillo. Quedan las cicatrices de la larga noche. Me susurran, teñidos con el olor a sangre derramada hace mucho tiempo. Si quisiera, podría extender la mano y extraer un recuerdo de los restos de la sangre del señor, la dama o el vasallo que se sacrificaron para intentar traernos a este momento. Pero me abstengo. Mis poderes aún están frescos y todavía estoy aprendiendo cuál es la mejor manera de administrarlos. Además, parece intrusivo mirar el pasado de las personas sin sus bendiciones, así que también lo evito por esa razón.

Drew mantiene su capucha puesta mientras avanzamos por el castillo. Su túnica de cazador no significa mucho para el vampiro recién despertado. Pero sus ojos no dorados sí lo harán.

Soy una anomalía esperada, al menos dentro del castillo. Y la gente sabe de mi existencia más allá. Me muevo libremente, tal como quería. Ruvan no me ha escondido en lo más mínimo.

Ya casi llegamos a la sala de recepción cuando casi nos topamos con alguien. Una cabeza medio afeitada, brillantes ojos dorados. Lavenzia.

"¡Lo siento! Oh, eres tú." Ella sonríe.

“¿Hablando con Ruvan?” Pregunto.

"Recibir órdenes para llevarlo de regreso a la ciudad". Da unas palmaditas en un folio. Lavenzia ha sido una jefa de planificación urbana increíblemente digna. Nunca me di cuenta de lo organizada que era la mujer hasta que se le asignó la tarea de liderar la reconstrucción de Tempost. Es tan inteligente y capaz con el bolígrafo y los dibujos arquitectónicos como lo era con el estoque en el antiguo castillo. "Vamos a comenzar con el museo en breve, tengo una idea para una nueva expansión para albergar reliquias de la larga noche".

"¿Museo?" Drew repite. Reprimo una risa, entendiendo muy bien su confusión.

"Deberías verlo cuando esté terminado", digo.

"Podría llevarte", ofrece Lavenzia. "Si estás interesado, claro." Se

mete un poco de pelo detrás de la oreja, casi con timidez. Nunca he visto a Lavenzia lucir ni remotamente cerca de lo que yo llamaría tímida.

"Ciertamente, cuando esté terminado me encantaría verlo".

"¿Conmigo?" Lavenzia busca tímidamente claridad.

"Amaría eso." Mi hermano está perpetuamente ajeno. Contengo la risa mientras Lavenzia se aleja a toda velocidad, luchando contra una enorme sonrisa y perdiendo. "¿Qué?"

"Nada." Sacudo la cabeza. Voy a observar cómo se desarrolla esto desde el margen. Hay algunas cosas en las que es mejor no involucrarse. Y Ruvan y yo tenemos suficientes emparejamientos en nuestro plato antes de la inminente propuesta de Callos a Winny.

En la sala de recepción, Drew toma mi mano y paso entre los pliegues del mundo. La oscuridad me recuerda un poco al Fade. Casi me imagino deambulando por él cada vez que doy un paso.

"¿Qué estamos haciendo aquí?"

Entiendo su confusión. Normalmente lo llevo al interior del túnel, justo al borde del Velo. Está lo suficientemente lejos como para que ya no esté dentro de las barreras del castillo. Pero esta vez, estamos a lo largo de una playa rocosa, con acantilados detrás de nosotros, acunando mi nuevo hogar.

“Es el mar”, digo suavemente, apretando su mano.

Él sonríe. "Tal como lo prometimos".

Hoy se me ha escapado. Después de llevar a Drew al borde del Velo con un abrazo para pasárselo a Madre, regresé a la herrería. Callos, como nuevo director de la academia, ha solicitado una gran cantidad de plata de mi sangre para estudiarla.

Me mantiene ocupado hasta que el sol se ha puesto. Pero no soy el único que trabaja hasta tarde.

Me apoyo contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados. Ruvan está sentado detrás de un escritorio, la luz de la luna lo enmarca tal como a mí me gusta. Aunque los vampiros pueden existir durante el día, la noche es mucho más amable con ellos. No importa cuánto se oponga, mi juramentado de sangre es una criatura de la noche. La pálida luz acaricia sus mejillas, corta sombras nítidas y resalta el cabello que cae sobre sus ojos, cabello que constantemente

se cepilla.

"Si vas a seguir mirando así, esperaré un retrato". Deja su pluma.

Sonrío ante su broma corriendo. "No quería interrumpir."

"Si lo hiciste." Mi rey muestra una sonrisa perezosa mientras se recuesta en su silla y se aleja de todos los papeles que se encuentran en el gran escritorio de lo que ha convertido en su oficina. El castillo es grande y todavía quedan muchas habitaciones por recuperar. La mayoría de los espacios habitables son improvisados en este momento.

"Tal vez un poco." Me encojo de hombros y me alejo de la puerta, cruzando lentamente la habitación. "Se está haciendo tarde. ¿Debería irme a la cama sin ti?

“Debería decir que sí”. Golpea los papeles. “No hay suficientes horas en el día para hacerlo todo. Necesito quemar más horas de medianoche si tenemos alguna esperanza de ponernos al día para celebrar un festival que celebre nuestro regreso dentro de quince días”.

"¿Quién hubiera pensado que ser rey sería tan glamoroso?" Me apoyo en el borde de su escritorio a su derecha y señalo los papeles. "Me imaginé que serían muchos más tronos, capas, coronas y personas imponentes".

“Me pasaré mil veces encerrado detrás de un escritorio, si eso significa que mi gente está a salvo y yo estoy con ustedes”. Él toma mi mano.

“¿Estás seguro de que me quieres? Soy bastante testarudo, ¿sabes?

"Oh, lo sé."

"Insoportable, de verdad, pregúntale a mi familia".

Una lenta y seductora sonrisa se dibuja en su rostro. Me atrae hacia él. Caigo en su regazo, moviéndome hasta que estoy en la posición correcta. "Quizás, pero eres mi tipo de insoportable".

"Bien." Le planto un beso firme en los labios. Ruvan no pierde la oportunidad de profundizarlo, su mano recorriendo mi torso. Sé que sus pensamientos vagan con él, arrastrando los míos con ellos. "Entonces, ¿a la cama entonces?" Me alejo con una sonrisa.

"Bueno, dicho así, ¿cómo podría discutir?"

Me levanto y hago un esfuerzo para alejarlo del escritorio de la mano, pero él no se mueve. "¿Qué es?"

"Aquí hay una cosa para ti". Coge una hoja de papel y me la pasa. En él hay un boceto de puntas de hierro y rubíes. “Es sólo una idea aproximada, por supuesto. Quiero hacer lo que más te guste, quiero que sea tu elección”.

"¿Está seguro?" Es antes de lo que esperaba.

Ruvan me rodea la cintura con el brazo y se acerca. Pasa sus dedos por mi mandíbula, inclinando mi cabeza hacia atrás para mirarlo. “Nunca he estado más seguro. Eres el destino que elijo”.

“¿Cuándo sucederá?”

“Si estás de acuerdo en hacer esto oficial, me gustaría celebrar tu coronación antes del primer festival cuando llegue el invierno. Quiero presentarte a todo Midscape como la reina de los vampiros”.

Intento luchar contra una sonrisa y pierdo. Hay mucho por hacer. Pero ahora mismo, en estos momentos robados que creamos solo para nosotros dos, no es más que pura felicidad.

Él gime mientras me alejo.

“Abajo, mi rey”. Lo empujo hacia atrás en su silla. "Ahora ambos tenemos trabajo que hacer". Le planto un beso burlón más en los labios. “Las estaciones están cambiando y el festival estará aquí antes de que nos demos cuenta. Así que toma tu corona y tu pluma y yo conseguiré mi



martillo. Juntos haremos algo maravilloso”.

¿Quieres más de Floriane y Ruvan? ¿Quieres echar un vistazo a la Torre de las Estrellas? Dirígete a mi sitio web para saber cómo puedes obtener una escena adicional especial desde la perspectiva de Ruvan que tiene lugar después del final del libro. También tiene algunas pistas sobre lo que puedes esperar de los próximos libros del universo de Married to Magic.

Aprenda cómo puede obtener la escena extra GRATIS en:

https://elisekova.com/un-duelo-con-el-señor-vampiro/



Hay más como este libro...

A dúo con el duque sirena: una novela casada con la magia

Married to Magic no es una serie, sino un mundo. Cada novela

independiente ambientada en este universo será defendida por su propia heroína, que se topa con la magia, el romance y el matrimonio antes de alcanzar su final feliz. Si disfrutaste Un duelo con el Señor Vampiro, Un baile con el Príncipe Fae y Un trato con el Rey Elfo, y quieres más, entonces mira la próxima novela de Married to Magic...

Reserva y mira toda la información disponible en:

HTTPS://ELISEKOVA.COM/A-DUETO-CON-LA-SIRENA-DUQUE/

Sigue leyendo para ver aún más de mis libros…

MÁS DE CASADOS A LA MAGIA

Married to Magic no es una serie, sino un mundo. Cada novela de Married to Magic es un romance de fantasía completo e independiente y se puede leer en cualquier orden.

UN TRATO CON EL REY ELFO

Los elfos vienen por dos motivos: la guerra o las esposas. Cuando llegan, Luella, una joven sanadora, es tomada como la Reina Humana. Está decidida a romper el ciclo. Pero lo que en última instancia podría romperla es una pasión que nunca quiso.

Obtenga más información en: https://elisekova.com/un-trato-con-el-rey-elfo/

Katria juró que nunca se enamoraría. Cuando se vende su mano en matrimonio, su nuevo y misterioso marido hace que esa resolución sea muy difícil. Pero lo que es aún más difícil es sobrevivir después de que ella descubre que él es el heredero escondido del trono de las hadas. Después de robar accidentalmente su magia, la llevan a Midscape, donde descubre la verdad sobre las hadas y su corazón.

Obtenga más información en: https://elisekova.com/a-dance-with-the-fae-prince/

Victoria es la mejor capitana de los mares. No hay ningún lugar al que no pueda ir… gracias a la magia de sirena que consiguió. Pero todas las deudas vencen y cuando una hermosa sirena viene a cobrarla, el pago de Victoria será más que un sacrificio a su Dios de la Muerte; su pago podría terminar con su corazón.

Obtenga más información en: https://elisekova.com/a-dueto-con-la-sirena-duque/

El primer libro de fantasía épica para adultos jóvenes que es una historia de competencia, mayoría de edad, tierras lejanas, magia elemental y romance.

Obtenga su copia: https://elisekova.com/a-trial-of-sorcerers/

Hay hielo en su sangre.

Eira Landan, Waterrunner de dieciocho años, vive su vida en las sombras: la sombra de su hermano mayor, de los susurros de su magia y de la persona que mató accidentalmente. Ella es la aprendiz menos deseada en la Torre de los Hechiceros hasta el día en que decide salir y competir por un lugar en el Torneo de los Cinco Reinos.

Enfrentada a los mejores hechiceros del Imperio, Eira lucha por ser una de los cuatro campeones. Sobresalir en las pruebas tiene sus recompensas. La invitan a la corte real con el "Príncipe de la Torre", descubre su raro talento para la magia prohibida y, a medianoche, Eira se reúne con un apuesto embajador elfo.

Pero Eira pronto descubre que ninguna recompensa está exenta de riesgos. A medida que ella se convierte en el centro de atención, también lo hacen los esqueletos de un pasado que ni siquiera se había dado cuenta que la perseguía.

Eira entró en las pruebas lista para pelear. Listo para ganar. No estaba preparada para lo que le costaría. Nadie esperaba que los candidatos no salieran con vida.

***Un juicio de hechiceros* es perfecto para los fanáticos de The Legend of Korra, Truthwitch y A.Hechicería de espinas.**

La primera serie de fantasía de la autora más vendida de USA Today, Elise Kova. Para fanáticos de la magia elemental y el romance lento.

Obtenga su copia: https://elisekova.com/air-awakens-book-one/

Un aprendiz de biblioteca, un príncipe hechicero y un vínculo mágico inquebrantable...

El Imperio Solaris está a una conquista de unir el continente, y la rara magia elemental que duerme en Vhalla Yarl, aprendiz de biblioteca de diecisiete años, podría cambiar el rumbo de la guerra.

A Vhalla siempre le han enseñado a temer a la Torre de los Hechiceros, una misteriosa sociedad mágica, y ha sido feliz en su tranquilo mundo de libros. Pero después de que, sin saberlo, salva la vida de uno de los hechiceros más poderosos de todos, el príncipe heredero Aldrik, se ve atraída por su mundo. Ahora debe decidir su futuro: abrazar su hechicería y dejar la vida que conoce, o erradicar su magia y permanecer como siempre ha sido. Y con poderosas fuerzas acechando en las sombras, Vhalla

La indecisión podría costarle más de lo que jamás imaginó.

Obtenga su copia: https://elisekova.com/los-alquimistas-del-loom/

Su venganza. Su visión.

Ari perdió todo lo que alguna vez amó cuando la resistencia de los Cinco Gremios cayó ante el Rey Dragón. Ahora, utiliza su don incomparable para la maquinaria de relojería junto con una moral notoriamente inescrupulosa para contribuir a un próspero mercado clandestino de órganos. No hay un lugar en Loom que esté a salvo del ingeniero convertido en ladrón, y sus talentos mágicos se venden al mejor postor siempre que el trabajo desafíe a sus opresores Dragón.

Cvareh haría cualquier cosa con tal de ver a su hermana usurpar al Rey Dragón y sentarse en el trono. La casa de su familia ha soportado la vergüenza de ser el peldaño más bajo en la sociedad de los Dragones durante demasiado tiempo. El Gremio de Alquimistas, en Loom, puede tener la clave para poner a sus parientes en el poder, si Cvareh puede llegar a ellos antes que los asesinos del Rey Dragón.

Cuando Ari se topa con un Cvareh herido, ve la oportunidad de masacrar a un enemigo y sacar provecho de su cadáver. Pero el Dragón ve una oportunidad de navegar por Loom con la mejor persona para llevarlo a donde quiere ir.

Él le ofrece lo único que Ari no puede rechazar: un deseo de su mayor anhelo, si ella trae

✈

él a los Alquimistas de Loom.

Vea todos los trabajos publicados y futuros de Elise Kova en:

https://elisekova.com/books

AGRADECIMIENTOS

A todas las personas en las redes sociales que me dijeron que este libro saldría alrededor de su cumpleaños: ¡Feliz cumpleaños!

Melissa: Aprecio mucho que seas flexible con el proceso editorial para asegurarte de que un libro siempre obtenga lo que necesita. Este libro necesitaba todos los pases que estuvieras dispuesto a darle.

Robert: Mi amor, gracias por estar siempre dispuesto a ayudarme con mis historias... desde el guion gráfico hasta la inspiración para los besos.

Danielle: la mejor amiga autora que uno podría pedir. Gracias por estar siempre ahí para hablar de cualquier cosa. Eres inmensamente apreciado y tengo mucha suerte de tenerte.

Amy: No puedo agradecerte lo suficiente por todos los comentarios que me brindaste durante mis ediciones principales de este libro. ¡Realmente me ayudaste a encontrar el corazón en Ruvan y Floriane!

Robert de Wrought Iron Arts, Largo: no puedo agradecerte lo suficiente por todo el tiempo que dedicaste a responder mis preguntas durante nuestro día en la fragua. ¡Fue una experiencia maravillosa aprender de ti los conceptos básicos de la herrería y realmente me ayudó a darle vida a Floriane!

Michelle: ¡Pronto haremos más palabras en alta mar!

Katie: Gracias por ser una doble de cuerpo cuando necesito esforzarme y hacer el trabajo, además de ser buena para pasar el rato cuando necesito relajarme.

Rebecca: Otro para los libros, juego de palabras. Gracias por ayudarme a separar todos los problemas que me estaba creando en el complicado lío de una historia de fondo que había creado.

Kate: Gracias por el apoyo y por asegurarte de que se filtren la menor cantidad posible de errores tipográficos molestos.

Marcela Medeiros — Aprecio el tiempo y el esfuerzo que pones en darle vida a las portadas de estas historias. Sé que este pasó por mucho, pero llegamos allí y ¡se ve increíble!

Merwild: el arte de tu personaje, como siempre, es increíble. Gracias por darles vida.

La Guardia de la Torre: tengo mucha suerte de estar rodeado de gente que me apoya tanto. Desde transmitir en vivo y charlar con todos ustedes hasta nuestras extrañas publicaciones de debate, me encanta tener la oportunidad de estar en este viaje con ustedes.

Leo y todo el equipo de Urano: gracias por acercar Married to Magic a los hispanohablantes. Ha sido un placer ver a nuevos lectores

interactuar con este mundo y no podría haberlo hecho sin ustedes.
Mis patrocinadores: M Knight, Kate R., Kelly J., Raven B., Jennifer G., Marissa C., Monique R., Ru-Doragon, Claribel V., Sarah L., Nicole M., Anna TG, Ren , Lisa, Sorcha S., Jessamyn H., Shelby H., Tea Cup, Caitlin P., Bec M., Delilah H., Rebecca T., Madi, Paige E., Tessa J., Rebekah N., Gracie S ., Tiffany G., Kate R., Skylar C., Halea K., Alexandria D., Katelynn M., Taylor., Bridget W., Olivia S., Sarah [faeryreads]., Macarena M., Kristen M. , Anna B., Kelly M., Audrey C W., Jordan R., Allison S., Keshia M., Chloe H., Donna W., Renee S., Ashton Morgan, Mel G., Mackenzie S., Kaitlin B., Amanda T., Kayleigh K., Shelbe H., Alisha L., Katie H., Esther R., Kaylie., Heather F., Shelly D., Hazel F., Nutmeg 1422., Tiera B., Andra P., Melisa K., Serenity87HUN., Liz A., Nichelle G., Sarah P., Janis H., Giuliana T., Chelsea S., Carmen D., Alli H., Siera H., Matthea F. , Catarina G., Stephanie T., Heather E., Mani R., Elise G., Traci F., Beth Anne C., Samantha C., Lindsay B., Lex., Sassy_Sas., Eri., Ashley D. , Amy P., Stengelberry., Dana A., Michael P., Alexis P., Jennifer B., Kay Z., Lauren V., Sarah Ruth H., Sheryl K B., Aemaeth., NaiculS., Lauren S ., Justine B., Lindsay W., MotherofMagic., Hannah., Charles B., Kira M., Charis., Tiffany L., Kassie P., Emily C., Angela G., Elly M., Michelle S. , Sarah P., Asami., Amy B., Meagan R., Axel R., Ambermoon86., Bookish Connoisseur., Tarryn G., Cassidy T., Kathleen M., Alexa A., Rhianne R., Cassondra A. , Mick H., Emmie S., Emily R., Tamashi T., Patricia R., BookishAmyLeigh., Alisa T., Xyvah., Amelia S., EJ N., Angel K., Betsy H., Liz R. , Malou7., Nicola T., Kat S., Esther., Bethanie E., Bianca N., Kaitlyn., Disnerdallie., Fran R., Melissa F., Pamela F. — gracias por acompañarme en el viaje de darle vida a este libro. Desde su apoyo hasta sus comentarios y cómo ver cómo el primer capítulo se transforma ante sus propios ojos. Aprecio inmensamente a cada uno de ustedes.

A todos los lectores, críticos, corredores de apuestas, bookstagrammers, vendedores de libros y todos los que leen, comparten, reseñan y hablan sobre mis libros: no podría hacer lo que hago sin todos ustedes. Si bien no tengo tanto tiempo como me gustaría para responder a todas tus hermosas publicaciones, debes saber que eres visto y muy apreciado.

ACERCA DEL AUTOR: ELISE KOVA

Haga clic aquí para ver una lista completa de las novelas de Elise Kova en Amazon.

ELISE KOVA es una de las autoras más vendidas del USA Today. Le gusta contar historias de mundos de fantasía llenos de magia y emociones profundas. Vive en Florida y, cuando no escribe, se la puede encontrar jugando videojuegos, dibujando, charlando con lectores en las redes sociales o soñando despierta con su próxima historia.

Invita a los lectores a ver los primeros vistazos, obsequios y más suscribiéndose a su boletín en: http://elisekova.com/subscribe

Visítala en la web en:

http://elisekova.com/

https://www.tiktok.com/@elisekova

https://www.instagram.com/elise.kova/

https://www.facebook.com/AuthorEliseKova/

https://twitter.com/EliseKova

CASADO CON LA MAGIA

Un trato con el rey elfo

Un baile con el Príncipe Fae

Un duelo con el señor vampiro

Un dueto con el duque sirena

(Más por venir)

EL AIRE DESPIERTA EL UNIVERSO

Serie El aire despierta

El aire despierta

fuego cayendo

El fin de la Tierra

La ira del agua

Cristal coronado

Crónicas del vórtice

Visiones de vórtice

Campeón elegido

Futuro fallido

Sacrificio soberano

Cristal enjaulado

Trilogía de la Guardia Dorada

El perro de la corona

El pícaro del príncipe

La guerra de los agricultores

Un juicio de hechiceros

Un juicio de hechiceros

Una caza de sombras

Un torneo de coronas

(Más por venir)

LA SAGA DEL TELAR

Los alquimistas del telar

Los dragones de Nova

Los rebeldes del oro